This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

VIAJE PINTORESCO

AL

REDEDOR DEL MUNDO.

Dumont d'Urville

COLECCION DE VIAJES.
Viaje Pintoresco
AL
REDEDOR DEL MUNDO,
á las
DOS AMÉRICAS, ASIA Y ÁFRICA.
TOMO II.
BARCELONA.
1842.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE J. OLIVERES
EDITOR,
Calle de Escudellers, N. 53.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
93090A
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 1923 L

VIAJE

PINTORESCO

AL

REDEDOR DEL MUNDO.

RESUMEN JENERAL DE LOS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

de Magallanes, Tasman, Dampier, Anson, Byron, Wallis, Carteret, Bougainville, Cook, Lapérouse, G. Bligh, Vancouver, D'Entrecasteaux, Wilson, Baudin, Flinders, Krusenstern, Porter, Kotzebue, Freycinet, Bellingkausen, Basil Hall, Duperrey, Paulding, Beechey, Dumont D'Urville, Lutke, Dillon, Laplace, B. Morrell, etc.

Publicado en francés bajo la direccion de

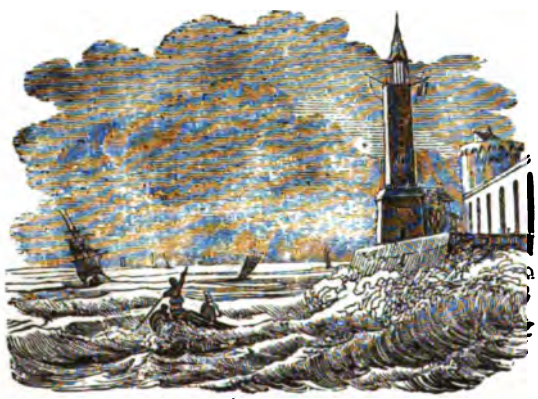
Jules Sebastian César

M. DUMONT D'URVILLE,

CAPITAN DE NAVÍO.

Adornado con mapas jeográficos, varios retratos y SEISCIENTAS láminas finas dibujadas por M. DE SAINSON *y grabadas sobre acero por los mejores artistas franceses.*

TOMO III.



BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE JUAN OLIVERES,

CALLE DE ESCUDELLERS, NÚM. 53.

1841.

VIAJE PINTORESCO

AL

REDEDOR DEL MUNDO.

CAPITULO I.

ISLAS HAWAII — OAHOU.

Estábamos pues en frente de una de las islas de Hawaii, de la que los navegantes antiguos apellidan el Jardin del grupo, de la deliciosa Oahou, tan celebrada por la lozanía de su vejetacion y el encanto de sus paisajes. Sin embargo, era el 18 de enero de 1831, época en que la naturaleza está adormecida en todo el hemisferio N., esperando que el sol deje la zona austral para despertarse y rejuvenecerse. La costa me pareció árida y desnuda, la tierra ingrata, y el país miserable; pero apesar de esto aguardaba una segunda impresion mas halagüeña, y un reconocimiento completo y detallado.

Apenas hubo fondeado *el Oceánico*, cuando Pendleton echó el bote al mar, invitándome á descender á él: « Vamos á casa de Mr Jones, decia, el cónsul americano, hombre escelente; venga Vd: quiero que se granjee su amistad. » Atravesámos la rada en la que reinaba la mayor actividad. Encerraba 12 ó 15 embarcaciones, las unas algo enmaradas, las otras en el interior del fanal, y muchas con el pabellon de Hawaii, que cargaban ó descargaban mercancías; varios buques costeños y piraguas pescadoras que se cruzaban en todas direcciones con sus velas triangulares y sus estrañas tripulaciones, mientras que allá en la playa se desplegaban ante nosotros, á la sombra de los encumbrados cocoteros, las modestas chozas de los habitantes de Hono-Rourou.

En el muelle construido de piedra y en la misma orilla del desembarcadero, hallámos al cónsul Jones, que habia reconocido al *Oceánico* y venia á abrazar á su anciano amigo Pendleton. Presentado como Francés y como pasajero del schooner, el funcionario americano me dispensó la acojida mas halagüeña. Habiéndome ofrecido sin rebozo la hospitalidad mas completa, no pude menos de aceptarla, y en consecuencia me instalé en su casa para todo el tiempo que debia permanecer *el Oceánico* en la rada de Hono-Rourou.

Mi amigo Philips vino á encontrarnos en casa del cónsul mientras estábamos gustando algunas frutas rociadas con madera. Temiendo disgustar á mi huésped, que sin duda tenia que hablar con Pendleton, me dirijí á Philips. « Vamos á ver la ciudad, le dije, yo he sido á bordo vuestro consolador, y así tengo derecho para reclamar que en tierra seais mi ciceroni. — No tengo inconveniente, pero con la condicion de que no hemos de ir muy lejos, dijo emprendiendo la marcha. Hace ya mucho tiempo que no he paseado por este alcázar. »

Llamar á ciudad Hono-Rouron, es conformarse con la jeografía de Hawaii, donde goza de cierta importancia relativa. Sin embargo, esta palabra, en su acepcion europea, no se atribuiria con oportunidad á una masa irregular de habitaciones que en parte no son

mas que chozas de un aspecto miserable.

Los únicos edificios que al principio llamaron nuestra atencion, consistian en una especie de arsenal casi contiguo á los muros del fuerte, y un edificio de piedras de dos altos, que servia de almacen jeneral. Veíanse en el astillero algunas pequeñas embarcaciones, las unas medio construídas, y las otras en estado de reparacion. A corta distancia habia antiguamente la hermosa casita de madera edificada por el rejente Karaï-Mokou, destinada á servir de alojamiento al navegante Byron durante su permanencia en la isla; pero recientemente aquella morada, construída á la europea con un pabellon y una atalaya, acababa de ser trasladada junto á la casa del residente Jones. Aquella habitacion, que era el antiguo *palacio Blondo*, servia de palacio al gobernador de Oahou, cuando la ví en Honó-Rourou, digno natural de Hawaii llamado Boki. Una capilla cristiana servia de apéndice al palacio (PL. LII. — 2).

No fueron estas las únicas habitaciones europeas que se nos manifestaron. « Esta es la casa del cónsul inglés Charlton, me decia Philips; aquella la del comerciante Fench, estotra la de los verdaderos soberanos de la isla, los misioneros, que han convertido á todos los indíjenas del archipiélago. A la derecha hay su sala de estudios, á la izquierda su imprenta; aquí su templo, allí su domicilio. En la actualidad constituyen una verdadera potencia en el país. Ya os hablará de ellos M. Jones. »

Hasta entonces, en nuestro pequeño paseo, habíamos encontrado muy pocos naturales; pero á medida que nos íbamos acercando á la parte de la playa que contiene sus chozas, veíamos pasar un gran número, así hombres como mujeres. Habituados á la presencia de los estranjeros, apenas nos prestaban la menor atencion. Únicamente nos seguian algunos pequeños bambines para arrancar algunas bagatelas á nuestra lasitud; de cuando en cuando se nos presentaban algunas mujeres de jestos y miradas sospechosas, haciéndones ofertas y anticipaciones cuyo esterior no hacia aceptables. El resto se dedicaba á sus faenas ó bien se hallaba tendido ante las chozas, fumando la pipa ó gustando el kava, licor fermentado que se halla en uso en la Polinesia. Sin embargo, algunas veces aquellos apáticos isleños nos saludaban con un *good bi* (buenos dias), ó con un *how d'ye do?* (como lo pasa V.?) quizás mas bien para manifestarnos que poseian la lengua inglesa, que para honrarnos con un acto de urbanidad. El inglés es el idioma europeo que los Polinesios tienen mas habituado, así por sus relaciones espirituales con los delegados de las misiones de Lóndres, como por sus relaciones comerciales con las embarcaciones inglesas y americanas.

Los isleños que observé me parecieron en jeneral de muy alta estatura, que en algunos llegaba hasta seis pies. Bien formados, aunque sujetos á la obesidad, tenian la nariz chata, el rostro óvalo, los ojos pequeños y negros, la boca grande, los labios salientes, los dientes hermosos y el pelo negro, ora liso, ora lijeramente lanoso. Su piel era de un color moreno, mas ó menos subido, segun el rango y la fortuna, y aun á veces simplemente atezada. Por todas partes observé semblantes con una espresion enteramente europea. Las mujeres, aunque de tipo relativamente inferior al de los hombres, tenian maneras dulces y los contornos bastante graciosos. Sus formas eran frescas aun, segun se observa entre algunos pueblos salvajes. Vestidas con cierta coquetería, agradaban en suma sin que ofreciesen nada de repugnante.

El traje de los hombres y de las mujeres hacia morir de risa. En lugar de vestidos salvajes, del *maro* y de la capa de corteza de árbol, antigua capa de los habitantes de Hawaii, que algunos de ellos llevan todavía, encontré en Hono-Rourou la amalgama mas grotesca y chocante del traje europeo con el salvaje. Parecia verdaderamente una máscara de carnaval. Llevaban un arrepiezo de nuestro traje, pero único, sin el accesorio y el surtimiento. Aquí se pavoneaba un gran diablo, de estatura de tambor mayor, con un sombrero de pluma y con el resto del cuerpo descubierto; allí se presentaba otro con una chupa encarnada con galones de oro; este no llevaba mas que el pantalon; aquel iba desnudo con botas escuderiles. En otras partes el lujo era mayor: el isleño llevaba medias de seda, con una simple estera en los riñones, ó bien vestia una casaca de jeneral, pero sola, y un puñal ó un sable en el talabarte. En medio de tan estraños disfraces eran pocos los que tenian el buen espíritu de guardarse el vestido primitivo compuesto de esteras flecsibles y pintarrajadas.

Hallábamonos ya á mucha distancia de nuestro punto de partida, atraídos de un objeto á otro, y deseosos de observarlos todos. En fin, como Philips estaba cansado, regresámos al domicilio del cónsul. Apenas me observó Pendleton, me salió al encuentro. «Yo le presentaré á Vd., dijo, á uno de mis buenos amigos del archipiélago, al mismo rey actual, Kau-ike-ouli, que se halla en Hono-Rourou, pues que hemos obtenido audiencia para mañana. Los reyes de la Oceania son señores muy oficiosos, armadores, comerciantes y constructores. Yo

estoy corriente con este, y no dudo que nos recibirá como buen príncipe. »

En efecto, al dia siguiente, el gobernador de Hono-Rourou, Boki, se dirijió á bordo *del Oceánico* para conducir al capitan á la audiencia del monarca. En esta ocasion se observó el ceremonial de costumbre. Siete cañonazos saludaron la llegada del gran funcionario. Boki era un hombre de alta estatura y de gran corpulencia, y me pareció de una intelijencia mediana y de una capacidad vulgar. Era el hermano segundo y el sucesor del famoso Karaï-Mokou, mas conocido bajo el nombre de *Pitt* que habia aceptado, y antiguo ministro del gran Tamea-Mea, civilizador de Hawaii. Este Boki era el mismo jefe bautizado por el capellan de *la Urania*, corbeta francesa mandada por M. de Freycinet, en su viaje al rededor del mundo.

Arreglada la etiqueta de la entrevista, nos embarcámos en la yola que fué saludada á su vez por el *Tamea-Mea*, navío almirante de la marina de Hawaii. No queria Boki quedar inferior á Pendleton en actos de urbanidad y de cortesía. Nuestra comitiva, acrecentada con el cónsul Jones, en breve se puso en marcha con cierto aparato hácia la residencia real. Apesar del baston de los oficiales de policía, encargados de desocupar las calles é imponer respeto, venian al rededor de nosotros nubes de muchachos á embarazar nuestras piernas.

De esta suerte llegámos ante una gran puerta blanca que formaba el límite de la residencia real. Abriósse para nosotros solos, y en breve comprendímos que Kau-ike-ouli nos habia preparado la sorpresa de una pompa verdaderamente real. Su guardia estaba sobre las armas alineada en dos filas de cien hombres cada una, en la plaza que rodeaba su palacio; los soldados llevaban un uniforme blanco completo con sombreros negros. Su capitan, el viejo Kahouhou, se distinguia de los demás por un magnífico frac encarnado, bordado con galones de oro, y blandia su espada desnuda con un aire imponente y marcial. Cuando pasámos entre aquellas dos filas, nos presentaron las armas. Mas lejos y á la puerta misma del palacio, encontrámos al jefe de aquellas tropas, el jeneral Ke-koua-noa, el magnífico uniforme de jeneral inglés, con sus brillantes charreteras. Presentó la mano al capitan Pendleton y le introdujo en el palacio. Yo seguí con M. Jones y Philips, quien, empujándome por el codo, me dijo; «Este jeneral tiene ciertamente el aire de un cangrejo que sale del fuego.»

El palacio de Kau-ike-ouli consiste en un solo aposento espacioso, elegante y casi grandioso. Todas las maderas que componen su armadura, de una esencia negra, dura y sólida, están cortadas y dispuestas con maravillosa finura. Las paredes, practicadas por medio de fuertes trenzas de fibras de coco, están blanqueadas con cal y dispuestas con elegancia. Los colores empleados en las diversas partes de la decoracion forman un contraste de tal naturaleza, que producen un efecto jeneral noble y gracioso á la vez, que armoniza con la sencillez de la arquitectura. En el palacio de Kau-ike-ouli se ha forrado el techo con una especie de plafon agradable á la vista. Este plafon está compuesto con delgados bejucos estrechamente trenzados, cuyo color moreno claro resalta sobre el negro de los pilares y el blanco de las paredes. No de otra suerte está guarnecido todo el interior del palacio, desde el piso hasta el techo, es decir, en un desarrollo de 40 pies.

El piso del palacio presenta todavía una derogacion de las antiguas costumbres y un lujo ignorado de los demas indíjenas. En lugar de un simple terreno nivelado, mezclado de yerba y de paja y batido con solidez, segun se practicaba antiguamente, la residencia de Kau-ike-ouli tiene un embaldosado de piedras pegadas con mortero y revestidas de una capa de cal. Este piso reproduce toda la tersura y la solidez del mármol, y lo cubren con esteras de variados colores, que sirven de tapices. La sala principal tiene ochenta pies de lonjitud y su aspecto jeneral es severo y suntuoso. En cada lado presenta ventanas anchas y hermosas; en las dos estremidades de las puertas, adornadas de preciosísimos espejos, sus cortinas de damasco carmesí y elegantes mesas con columnas; una hilera de arañas de cristal pendian del plafon alineadas en medio de la sala; en los pilares se sostenian candelabros de bronce dorado; en fin los retratos al oleo del difunto rey y de su esposa, ejecutados en Lóndres y adornados con riquísimos marcos: hé aquí de que se componen los muebles de la residencia real, las Tullerías de Hono-Rourou.

Las formalidades preliminares de una audiencia en la corte de los soberanos de Hawaii no son tan largas ni tan ridículas como en Europa. Apenas habíamos entrado, cuando compareció el rey S. M. Tamea-Mea III, conocido bajo su nombre individual de Kau-ike-ouli, fué á sentarse en un sillon cubierto de un magnífico manto de plumas amarillas. Llevaba el grande uniforme de Windsor con charreteras de oro, presente de Jorje IV, y debajo chupa, calzon y medias de seda blanca. Este lujo era el mayor de las majestades europeas y el traje de recepcion de aparato. A la derecha de Kau-ike-ouli se mostraba la rejente Kaahou-manou, las dos ex-reinas, Kinau, á la sazon mujer del jeneral Ke-kouanoa, y Ke-kau-rouobe, mujer de Kanaina; á cierta distancia se alineaban á lo largo de

las paredes, en pie y en actitud respetuosa, los diferentes jefes del pais y los principales oficiales del palacio, todos en su mas brillante uniforme.

Habíase dispuesto una doble hilera de sillas, así para nosotros como para otros Europeos, con quienes debíamos dividir el favor de la audiencia real. Apenas Kau-ike-ouli observó á Pendleton, cuando le hizo señal de que se acercase, tocóle familiarmente la mano, y le interrogó con interés acerca los resultados de su último viaje. Presentado á mi vez como pasajero del capitan y como Francés, obtuve la mas halagüeña acojida. «Vuestro rey no nos envia muchos buques, me dijo S. M. Por ventura le causamos algun temor? Si es así, puede desengañarse, pues hemos dispensado la mejor acojida á su navío *la Urania*, el último que hemos visto.»

Kau-ike-ouli era un jóven gallardo, alto, de semblante gracioso y franco, de maneras agradables y corteses. Su traje real le pesaba un poco, pero cuando lo ví de nuevo algun tiempo despues en traje de caza, con el arco, la flecha y el vestido primitivo de los indijenas, no pudo menos de chocarme por su aire marcial y juvenil, y por la dulzura, intrepidez, bondad é intelijencia que respiraba su fisonomía. Su pelo lanoso era de un negro muy bello, su frente alta y ancha, el arco de sus cejas bien marcado y el óvalo de su semblante perfecto. Sus ojos manifestaban mucha finura; su boca y su nariz, las dos partes mas desagradables de su semblante, no ofrecian efecto sobrado malo (Pl. LII. — 1). Sin embargo, lo que mas seducia en aquel rey de Polinesia, eran la dignidad y nobleza de sus modales. No hubiera tenido mas rectitud y mas gracia el heredero presuntivo de una corona europea, preparado al ceremonial de las cortes con quince años de lecciones y de aprendizaje. Las otras preguntas que nos dirijió no carecian de precision, oportunidad y sagacidad. Tambien reconocí su aptitud para los negocios, observada por M. Fench cuando su embajada, y no me faltaban pruebas de ella. A mis ojos Kau-ike-ouli promete un digno continuador al Napoleon de Hawaii, su abuelo el gran Tamea-Mea, á quien reemplazara su hermano Rio-Rio sin poder hacerlo olvidar. El jóven soberano proseguirá sin duda la comenzada obra de la civilizacion y completará esta reforma del reino de Polinesia, hecha á la imájen de los gobiernos de nuestra Europa.

La conversacion jeneralizada en la sala de la audiencia fué interrumpida por el mismo rey, que cojió á Pendleton por la mano y le condujo hácia un bufete guarnecido de un precioso surtido de cristales. Todos los estranjeros presentes siguieron al príncipe, que, destapando un frasco de madera, quiso verter un vaso de vino á cada uno de nosotros. Esta distincion lisonjera se debia sin duda á la presencia de Pendleton. Kau-ike-ouli apreciaba en gran manera á aquel marino, pues comprendia la seguridad de su carácter y la osadía de su ánimo. No se habia sustraído al jóven monarca este amor de las ciencias que poseía el Americano. Repetidas veces le habia hecho los mas brillantes ofrecimientos, y aun cierto dia se incomodó seriamente porque su amigo (que era el único título que le daba) se obstinaba en rehusar el grado de gran almirante de toda la marina de Hawaii.

Despues de una hora de audiencia, partimos dejando solo á Pendleton, á quien querian retener en la familia. Los mismos honores que nos rindieron á la entrada, saludaron nuestra salida: la guardia, alineada en el patio del palacio, nos presentó de nuevo las armas. Nada absolutamente faltaba á la ilusion, de suerte que hubiéramos podido creernos en San James ó en el Carrousel.

Sin embargo, este pueblo era el mismo que Cook encontrara salvaje sesenta años atrás. Qué pronta y sorprendente trasformacion! Cuán prodijiosos resultados! Qué actitud maravillosa para olvidar la vida antigua y aceptar una vida nueva! Cuán potente imitacion! En lugar de cabañas, un palacio; en vez de salvajes armados con flechas, una milicia regular, una corte, una sala magníficamente amueblada, una audiencia en toda forma! Ciertamente no pude uno menos de quedar estupefacto. Con todo, falta que solventar una objecion. Los recursos territoriales de estas islas serán acaso suficientes para sostener por largo tiempo este pequeño lujo europeo? La Inglaterra, despues de haber importado sus costumbres, su lengua, su relijion y sus usos en Hawaii, podrá crear allí un comercio que perpetúe esta tendencia? Tendrá quizás por largo tiempo algun interés en trasladar á tanta distancia los muebles y vestidos de Europa? Estas ideas me acometieron en aquel momento, pero no debia satisfacerlas hasta algun tiempo despues, ausiliado por las luces de Mr. Jones y de Pendleton.

Este último tenia mucho que hacer á la sazon para bastar á todos los actos de urbanidad de los grandes dignitarios de la corte y de sus nobles esposas. Habia declarado que no haria ninguna visita sin mí, puesto que llegué á ser su compañero necesario y su otro él mismo. Así es que al dia siguiente se me dispensó la mas grata acojida en casa del jeneral Ke-koua-noa. Cuando nos anunciaron, se paseaba en una vasta cerca, en cuyo derredor estaban diseminadas como otros tantos pabellones las diversas piezas de su alojamiento; aquí

1. Kau-ike-ouli, Roi des Iles Hawaii.

1. Kau ike ouli, Rey de las Islas Havaí

2. Chapelle et Palais du Gouverneur de Oahou.

2. Capilla y Palacio del Gobernador de Oahou.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

el dormitorio, allí el salon de ceremonia; acá la cocina, allá el comedor. Recibiónos en esta última pieza que podia reconocerse por un vasto bufete y una mesa de madera del país. Toda la estension de la sala estaba oreada por una ancha puerta que habia en cada estremidad, y el piso cubierto de hermosas esteras. En el centro habia una ancha banqueta forrada de damasco amarillo y algunas sillas dispuestas en cada lado formando una especie de divan, situado de suerte que la brisa esterior viniese á juguetear y refrescar las personas sentadas. En uno de los lados de la sala corria otro divan arreglado segun el antiguo método del país, en hermosas esteras de pandano. Del lado opuesto se levantaba por intérvalos una cortina de indiana encarnada que llegaba á dos pies del piso, y se hinchaba con el aire esterior cual globo aerostático, dejando de vez en cuando á descubierto el cuarto de la jenerala, Ke-koua-noa. Los únicos muebles que entreví consistian en un escritorio elegante y sencillo, cargado de papeles y libros en idioma del país.

La hada del lugar no se hallaba á la sazon en su templo: pero apenas vino en conocimiento de nuestra llegada, cuando nos salió al encuentro con un pequeño manuscrito en la mano, que contenia el evanjelio de San Lúcas, traducido al idioma de Hawaii. El tocador de la dama era sobrado esmerado paraque no tomásemos algo para nosotros. Sentóse ella á nuestro lado con una gracia familiar y con toda la comodidad necesaria. Merced á Ke-koua-noa que poseía algo el inglés, pudímos entablar la conversacion y prolongar la visita.

El jeneral llevó mas lejos su benevolencia hácia nosotros; quiso servirnos de guia y de intérprete en las visitas que aun teníamos que hacer. Con él fuímos en casa de la otra viuda del rey, la ex-reina Ke-kau-rouohe, que nos presentó á su esposo Kanaina. Todo anunciaba tambien en aquella habitacion comodidad y riqueza. Dos niños, un muchacho y una jóven vestidos á la europea, juguteaban sobre las rodillas de su gran mamá. Allí, como en casa de Ke-koua-noa, como en la del rey y en todas las de los grandes del país, nos ofrecieron el vaso de madera que hubiera sido impolítico no aceptar.

Terminada nuestra escursion, y entrados en cinco ó seis habitaciones de oficiales de la corte, Pendleton espresó sus deseos de volver á casa del cónsul. En el camino nos detuvímos para ver la imprenta de los misioneros. Un gran número de naturales, en pie delante de las cajas ó al lado de las prensas, se ocupaban de la composicion ó del tiraje. Casi todas las ediciones eran obras evanjélicas; ninguna habia sobre ciencias, industria, artes y oficios.

Hallabámonos entonces en la playa y á 200 pasos de distancia á lo mas de la casa de Mr. Jones, cuando en la esquina de una choza y á la sombra de un cocotero, distinguí á mi Philips que estaba fumando su pipa. A su lado se hallaba una jóven y seductora mujer del país, acurrucada á guisa de los naturales. Habia en los ojos de aquella criatura tal espresion de dulzura inquieta y deseo de agradar, y en la actitud del grueso Philips cierto aire tan conquistador, que al momento penetré el fondo de la aventura. Un bajá no hubiera observado en su harem mas impasible dignidad. Habiéndolo percibido Pendleton casi al mismo tiempo que yo, disparó en una carcajada. «Otra, dijo; este demonio de Philips se procura consuelos en todas partes. Cuando saldrémos de la Oceania, dejará en ella una lejion de viudas.» Dejámos á aquel sultan á sus quehaceres, y entrámos en la casa del cónsul.

Estábanos aguardando Boki para proponernos de parte del rey una gran diversion á la campiña para el dia siguiente, á la que debian asistir todas las damas de la corte. Era la cita en el delicioso valle de Nouou-Anou, donde Kau-ike-ouli tenia una residencia muy deliciosa. Este valle se hallaba á unas dos leguas solamente del Pari, pico elevado, situado en el Eden de Oahou y de todo el archipiélago de Hawaii, país fecundo en bellezas naturales, muy celebrado por los indijenas y designado á la admiracion de los Europeos. Aceptámos con entusiasmo la partida, á la que habian sido igualmente convidados Mr. Jones, Pendleton, algunos Europeos de la residencia y los capitanes de varias embarcaciones inglesas. Conspiróse contra la dicha de Philips, quísose arrancarle á la molicie de la Capua oceánica, y empeñóse para él de tal suerte que no pudo menos de aceptar.

Al amanecer estaban delante de nuestra puerta los corceles de las caballerizas reales manejados por algunos palafreneros. Entre aquellas cabalgaduras, habia algunas muy hermosas: ofreciéronme un bello alazan, esbelto, pequeño, pero gracioso. En breve lo monté y me hallé dispuesto á partir. Acababan de juntárseme M. Jones y Pendleton, cuando oímos partir detrás de nosotros espantosos juramentos. Era Philips á quien habian izado dos palafreneros sobre un lijero corcel. Despues de haber buscado por mucho tiempo su equilibrio, acababa de instalarse por fin. Por desgracia nos hallábamos bastante avanzados, y cuando su bestia emprendió el trote para alcanzarnos, el desgraciado caballero, acometido de una espantosa sacudida, oscilante y arrastrado á derecha é izquierda por su enorme vientre que no encontraba equilibrio, creyó llegar á su

última hora, dedicó su alma á Dios, pestañeó y juró, y de esta suerte llegó hasta nosotros salvado milagrosamente de una caída. «Diablo de silla! decia; yo me apeo, goddam! yo me apeo.» Tuvimos todas las penas del mundo para impedirle que lo verificase. No se decidió á continuar el camino sino bajo mi promesa formal de ir siempre despacio á su lado, y de manejar la brida de su caballo si emprendia el trote. Bajo estas condiciones se aventuró á otro lance.

Sin embargo, otros preparativos tenian lugar en palacio. La familia real poseia en otro tiempo varios carruajes, entre los cuales habia uno muy elegante del que la rejente gustaba servirse. Hacíase conducir á su casa de Manao por el jeneral Ke-koua-noa, reputado por un habil automedon. Sin embargo, diversos accidentes habian morijerado un poco el gusto que profesaba á las correrías en coche. Cierto dia, en un camino que confinaba á unos campos de taro, el jeneral no echó de ver un foso de agua, y de consiguiente el coche volcó, y aquellos dos cuerpos enormes, cada uno de los cuales pesaba almenos 300 libras, quedaron atascados en el fango hasta la cintura. La misma desgracia se repitió en la ciudad al doblar una esquina; y desde entonces el coche perdió el favor de la rejente, quedando desgraciado para siempre. Instalóse en su lugar un modesto carruaje de dos ruedas, arrastrado por dos mujeres cubiertas de una piel de cabra, apretada en forma de arnés. Sin embargo, la rejente renunciaba algunas veces á este medio de transporte. Cuando llegámos delante del palacio, la hallámos instalada en un carreton con una sombrilla en la mano, y rodeada de 6 ú 8 robustos criados que debian llevar los objetos destinados á su servicio ó impeler en los senderos estrechos el carro donde se sentaba con toda seguridad.

No acaecia lo mismo con respecto á la princesa Harrieta, ó mas bien Naheina-Heina, hermana del rey, ligada con el monarca por ciertos lazos menos ortodoxos, si hemos de dar crédito á las noticias de Hono-Rourou, jóven y linda, de 18 á 20 años, con larga cabellera y semblante espiritual y gracioso (Pl. LII. — 3). Llevaba manto de raso escarlata, cubria su cabeza una especie de venda de seda, é iba montada sobre un pequeño y fogoso jumento que habitaba el patio del palacio. Al lado de la princesa figuraba su secretario Maaro, y se apiñaban detrás unos doce elegantes guardias de corps que formaban su séquito. El rey compareció á su vez montado sobre un caballo gris y rodeado de unos 30 jóvenes caballeros, todos distinguidos señores de la corte y compañeros de placer del soberano. Así que, nuestra caravana se componia de unas cien personas entre las de á pie y las de á caballo.

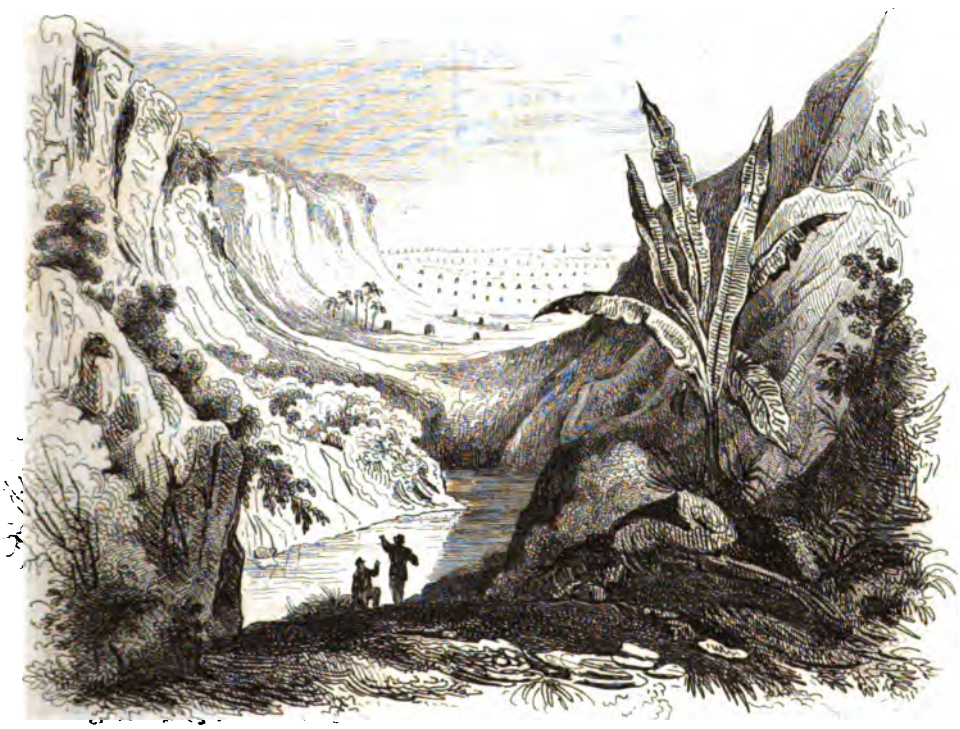
Apenas nos hubo percibido Kau-ike-ouli, cuando nos salió al encuentro sacudiendo amistosamente la mano de Pendleton y dirijiendo en seguida á cada uno algunas palabras afectuosas. Entretanto los criados arreglaban el carreton de la rejente; la princesa Naheina-Heina se ajustaba el tocado y disponia su vestido paraque no padeciese detrimento en su larga correría; los palafreneros visitaban las bridas; los portadores de bagajes y de provisiones emprendian la marcha con su carga. En medio de aquel movimiento de hombres y de caballos, mi Philips empezaba á dudar de nuevo de su equilibrio. Electrizado por la presencia de tantos camaradas, su pequeño corcel no podia ya contenerse, de suerte que su jinete tenia que gritar de continuo: *Stop!* «Vd. estará siempre á mi lado, me decia entonces el marino con evidente angustia; me lo promete Vd., no es verdad? — Sí, Philips, pierda cuidado.»

Eran las diez de la mañana cuando la cabalgada emprendió la marcha. La mayor parte de aquellos señores de Hawaii eran muy buenos escuderos, y manejaban sus cabalgaduras con destreza y notable gracia. De vez en cuando salian del camino y se lanzaban á galope decidido al través del valle; despues de algunas maniobras de hipodromo, volvian á recobrar nuestro sendero. El mismo rey, sumamente apasionado á la equitacion, no era de los últimos en señalarse en aquellas evoluciones. Hábil caballero, formado en las buenas tradiciones hípicas por un groom llegado de Lóndres, sobresalia en domar y manejar un corcel.

En una de aquellas escursiones al través de los campos, un pobre señor lanzado á galope tocó mi caballo, y apesar de la fuerza con que yo lo contenia, partió arrastrándome hácia la llanura casi apesar mio. Sin embargo, allí pensé en Philips y dí la vuelta, pero era ya demasiado tarde. El desgraciado se hallaba á la otra parte del foso que su corcel habia querido salvar despues del mio. Sin contusion ni herida veia correr su bestia que se nos juntó, despues de haberle hecho vaciar los arzones. A la vuelta lo hallé furioso, y decidido á hacer el resto del camino á pie antes que arriesgar una nueva caída. Procuraron consolarle y aun disponerle un carreton vacío que habian llevado. Instalóse Philips sin titubear en aquel pequeño carruaje, y en breve arrastrado por vigorosos criados, se fué de conserva con la rejente, con la que hubiera podido rivalizar en punto á amplitud y desarrollo de las formas abdominales. Hallándome libre y sin tener nada que

3. La Princesse Naheina-heina.

3 La Princesa Naheina-heina



4. Vallée de Oua.

4 Valle de Oua

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

remolcar, me mezclé con la multitud de caballeros aventureros.

Acababa de terminar la llanada, y penetrábamos en una rejion montuosa entrecortada de malezas y torrentadas. Aquel camino rápido y escarpado duró muchas millas, y al paso que íbamos avanzando, la ensenada que se desplegaba á nuestras plantas tomaba mas desarrollo y estension. El valle de Hono-Rourou con sus plantaciones, la ciudad con sus chozas, la bahía con sus embarcaciones, y el gran cinto de agua alrededor de esas costas: hé aquí los elementos que constituían el majestuoso panorama que se ofrecia á nuestra vista. Kau-ike-ouli disfrutaba de las impresiones que me causaba aquel espectáculo. Viéndome arrobado á cada paso del camino en que el paisaje se combinaba bajo un nuevo aspecto, venia á mi lado, me señalaba los puntos mas notables y me orientaba con infinito gusto. Habia hallado el medio de granjearme su amistad admirando la tierra donde reinaba, de suerte que en adelante caminó siempre á mi lado. Llegados á una vasta meseta situada en medio de aquellos desfiladeros, se detuvo, y llamando mi atencion sobre la localidad, dióme á entender por medio de signos que aquel terreno habia presenciado una memorable batalla. Sin embargo, la pantomima no podia espresar esta batalla. Esplicómela Pendleton, y por él supe que habia sido la accion final y brillante por la que el gran Tamea-Mea se habia enseñoreado de todas las islas Hawaii. En aquel sitio habia batido y aniquilado á su último competidor, el rey de Oahou. Treinta y seis años habian transcurrido desde aquella accion, memorable en los fastos de la historia, título hereditario y glorioso para la dinastía reinante. Cuando deseó esplicarme los nobles recuerdos inherentes á la localidad, Kau-ike-ouli tomó un aire grave, recojido y casi solemne.

A algunas millas de distancia se detuvo la cabalgada en una quinta bastante deliciosa perteneciente á Boki, quien nos recibió dignamente. El sitio era agreste, frondoso y rodeado de arroyuelos que murmuraban sobre su lecho peñascoso. La sombra, el agua, la fresca brisa, el embalsamado ambiente, los jardines, los verjeles, las chozas encantadoras; todo era mas que suficiente para retenernos algunas horas, aun cuando no nos hubiese invitado un escelente banquete preparado segun el método indíjena.

Desde allí debíamos encaminarnos al Pari, el pico romántico de Oahou. Al principio, Pendleton debia acompañarme solo; pero la princesa Nahcina-Heina quiso de todos modos formar parte de nuestra compañía. Partimos pues con tres ó cuatro criados.

Al principio atravesámos una serie de malezas y densos matorrales. En medio de aquellos desfiladeros, apenas circulaba el aire y vibraba el follaje de los árboles. Así es que solo esperimenté un sentimiento de incredulidad, cuando despues de una ó dos millas, la princesa nos invitó á apearnos y abrigarnos contra la violencia del viento. En lugar de bajar de caballo, continuaba mi camino, cuando súbitamente al doblar una roca, asaltóme el soplo del huracan con un vigor tal, que apenas tuve tiempo de empingorotarme á una balumba de piedras. El silvido del viento en aquel punto se parecia al rujido de un cráter y al ruído de una cascada. En breve se agregó el terror á la sorpresa. Hallábame al borde de un precipicio perpendicular de 1.000 pies de profundidad; y el peñon formaba un muro volcánico á cuyo pie se estendia el valle risueño y fecundo. El silvido del viento y el aspecto del abismo me hicieron retroceder de espanto: así de la roca en un arrebato frenético, y apesar de su bravura, Pendleton hizo lo mismo. Puede juzgarse de mi posicion cuando al marino le daba vahidos la cabeza. La princesa se hallaba allí como en un salon, casi inclinada hácia el precipicio, cual ave dispuesta á remontar el vuelo.

Tal era el Pari, mansion de buitres, atalaya aerea de donde se desplegaba á la vista un inmenso valle. El espectáculo llenaba de admiracion y terror: á nuestras plantas se presentaban llanos cultivados y aldeas populosas con un cinto de plata que revelaba arrecifes, y una banda de azul que circuía el todo; á derecha é izquierda, picos encumbrados, obeliscos graníticos que alzaban sus frentes hasta el cielo, ora en forma de conos, ora de pirámides, cubiertos en su mayor parte de verdura hasta su cima; por fin, en un plano algo mas apartado, una serie de crestas de montañas que formaban en perspectiva una especie de arco poco cóncavo que remataba hácia el mar de ambos lados, en escarpados y pintorescos promontorios. Esas dos puntas iban acompañadas de islotes y de rocas desprendidas que indudablemente eran fracmentos del nucleo primitivo. Tras de nosotros se veía el valle que atravesáramos, los sotos, la casa de Boki, el puerto de Hono-Rourou, todo en miniatura, y orillado por la inmensa é inhabitable linea del Océano.

Entre aquellas dos perspectivas casi sin límites, en aquella cresta que dominaba dos zonas de Oahou, no se absorvian todas las impresiones en los objetos distantes. La violencia del viento arremolinaba en torno de nosotros hojas, arena y aun piedras, al paso que describiendo en el aire círculos rápidos é infinitos, los petrelos y los faetontes, aves de grito monótono, jugueteaban sobre el abismo ó al rededor de la aguja de dos picos.

No obstante, en aquella punta de roca era donde se habia verificado el mas sorprendente episodio de la última guerra. Despues de un horrible combate cuyo teatro acabábamos de recorrer, cuando Tamea-Mea hubo derrotado las tropas del rey de Oahou, 300 soldados del partido vencido operaron su retirada en la direccion del Pari. Llegados á la cresta del monte, y prontos á caer en poder del enemigo, aquellos valientes prefirieron arrojarse á la sima uno tras otro á implorar la clemencia del vencedor.

Despues de algunos minutos de alto sobre el Pari, descendímos para regresar á la quinta donde nos estaba aguardando la real compañía. Encontré á mi Philips satisfecho de un escelente banquete que le habian hecho arreglar, y dispuesto á perdonar á todos, á escepcion del corcel que le habia desarzonado. Colocáronle de nuevo en su carreton, y recobrámos el camino de la ciudad adonde llegámos á puesta de sol. Habíase preparado una cena en el palacio por órden del rey, á la que estaba convidada toda la cabalgada.

A las nueve nos sentámos á la mesa. Todo era espléndido y real; porcelanas de China, cristales, vajilla de plata, nada faltaba. Circulaban por la sala treinta criados en librea. El banquete se compuso de tres servicios, el primero de platos frios, bizcochos, manteca, etc.; el segundo de café, té y diversas especies de líquidos; el tercero de frutos, melones, racimos, bananos, etc; todo rociado con cidra y diversos jéneros de vinos. Este último artículo no era de una eleccion maravillosa. Es probable que Kauike-ouli habia sido engañado indignamente por sus proveedores. Las botellas llevaban respetables etiquetas, tales como *Burdeos*, *Madera*, *Alicante*, *Champaña*, pero aquellas enseñas eran mentirosas. El burdeos, el alicante, el champaña y el madera de la mesa real me parecieron sumamente sospechosos de manipulacion indíjena; quizás no tenian nada de estranjero al país mas que su título y su carpeta. Apesar de esta mentirilla, el banquete fué alegre, libre, familiar y aun algo charlatan. Brindóse á la salud de S. M. que correspondió con mucha amabilidad, y en seguida se dió la señal de la partida, retirándose cada uno á su alojamiento.

Otras escursiones interiores marcaron mi permanencia en Hono-Rourou. Una de ellas me condujo al lago salobre, una de las principales curiosidades de la isla. Este lago está situado á cuatro millas cortas de la ciudad; pero la distancia casi se dobla por los rodeos que deben hacerse para alcanzarlo. Nuestro itinerario nos hizo costear al principio una de las maravillas del país, la viña de Mr. Marini, que produce uvas suficientes para hacer muchas pipas de vino. A lo largo del seto que lo orillaba habia rosas de Damasco que resaltaban con sus salientes matices sobre la pálida y amarilla flor del algodonero. El viñedo estaba tambien sembrado de ananúas, cuyos frutos, ora en flor, ora maduros, se presentaban en todos los estados de madurez y de crecimiento intermediarios. Poco despues, salvámos un torrente, al que la vanidad nacional ha aplicado el nombre de rio. Cerca del puerto hay un arroyo de algunas toesas de anchura sobre diez pies de profundidad dividido en dos brazos de agua que por lo comun se pasan á pie enjuto y siempre al vado. Lo que en todo el archipiélago de Hawaii lleva el nombre de rio no tiene mayor lecho ni mas dilatado curso que el torrente de Hono-Rourou.

Allende de vastas plantaciones de taro (*arum-esculentum*), se nos presentó una árida llanura ofreciendo en varios puntos algunos macilentos arbustos de enfermiza vejetacion; al cabo de dos millas el terreno cortado perpendicularmente nos mostró una deliciosa Tempé, planteada de sotos de cocoteros y bañada por frescos y tranquilos arroyuelos. Descendidos al seno de aquel bélico vallecillo, seguímos sus bosques y sus arboladas calles. Por acá y acullá se veían inmensos montones de lava negruzca, indicando que á poca distancia debiera ecsistir algun volcan, y aun á veces, con especialidad á nuestra izquierda, paredes basálticas, de muchos centenares de pies de altura, que se encumbraban perpendicularmente ó se encorvaban sobre nuestras cabezas en forma de arcos. La última porcion de aquella maleza es muy difícil de subir, á causa de su fragosidad; pero, cuán indemnizados quedámos de nuestras fatigas al llegar á la plataforma y descubrir casi toda la zona de la isla situada á sotavento, y á nuestras plantas el objeto de nuestra escursion, el lago salobre!

Este lago tiene unas dos ó tres millas de circuito; pero su agua en jeneral es poco profunda. Los bordes y el fondo están cubiertos enteramente de sal, por cuyo motivo esta cristalizacion vista de lejos ofrece el aspecto de un estanque helado esplendente con el sol y cubierto de agua algun tiempo antes del desyelo. Llegado á la costa meridional del lago, recojí algunos hermosos pedazos de sal, que se habian como incrustado en guijarros, en plantas, y aun en ramas de árboles, que colocadas á la superficie del agua habian retenido la cristalizacion. Esta accion es tan rápida y tan frecuente, que las incrustaciones solas suministrarian una abundante cosecha de sal. El propio incidente ofrecen nuestras salinas del Mediodía.

A nuestro regreso al valle de los cocoteros, encontrámos al digno gobernador Boki, que se instalara en él por dos ó tres dias, con este mo-

tivo. Habia vendido á un capitan inglés cuatrocientos barriles de sal á razon de tres dollars el barril. Cuando llegué, habia reunido en su alrededor sus operarios á fin de participarles sus instrucciones finales. Partieron, y entonces fué cuando yo acepté una pequeña refaccion improvisada que me ofreció el gobernador de Hono-Rourou. Algunas sandias y cocos llenos de agua límpida y fresca me sirvieron á la vez de platos y de bebida.

Solo me restaban ya dos puntos harto curiosos para visitados: la bahía de Waï-Titi y el valle de Oua. El circuito de la bahía no ofrecia ningun objeto notable; pero á una milla mas lejos, en los bosques que cubren el pie del promontorio de Diamond-Hill, ecsistian las ruínas de un *heiau*, que en otro tiempo fué el mas célebre templo de Oahou; y de consiguiente lo fuí á visitar. Era un sitio retirado, solitario, encajado en la lava, destituído en su centro de todo árbol, y ofreciendo solamente algunas plantas raquíticas y algunos mezquinos arbustos. La naturaleza severa y lúgubre de aquel sitio parecia escojida para armonizar con el templo. Del edificio solo restaba el muro esterior, cuya lonjitud calculé en unas veinte toesas sobre diez de anchura. Unicamente habia tres lados con paredes de seis pies de altura sobre tres pies de espesor. Las piedras eran de un tinte moreno y de un grano volcánico, y estaban reunidas con mucha regularidad. El lado occidental estaba abierto en el medio y servia de entrada al templo por medio de tres anchos terrados que se sucedian á iguales distancias.

Antiguamente ecsistian en aquel recinto diversos edificios que servian de capillas ó altares; pero á la hora en que lo visité recordaban el primitivo destino del heiau los restos de nueces de coco y fracmentos de huesos humanos que ofrecia, indicio irrecusable de sacrificios antiguos. Mi guia, antiguo sacerdote del lugar, en el dia zeloso cristiano, me confesó, no sin alguna dificultad y con toda la apariencia del remordimiento, que mas de una vez funcionara recientemente en aquellos altares ensangrentados. Veinte y cinco años antes se habian sacrificado diez hombres á los dioses en aquel santuario de muerte á fin de alcanzar la curacion de la reina Keopou-Olani, convertida despues al cristianismo y en la mas ardiente protectora de los misioneros.

Es admirable la vista que se ofrece al observador de lo alto de los terrados de aquel heiau. Desde allí se descubre Hono-Rourou, la bahía y las campiñas de Waï-Titi; á mayor distancia sombreados collados que se hallan cerca del lago salobre; en fin la cordillera que forma el terreno septentrional de la isla. Por la parte del E. la escena varía de carácter presentando sombrías y silvestres bellezas, los pedazos del promontorio de Diamond-Hill, la aridez del sitio destituído de árboles, la fragosidad de la montaña, sus caprichosas configuraciones y su cima pelada y melancólica. Las sensaciones á que da márjen aquel conjunto constituyen un relijioso recojimiento mezclado de terror. Al escojer aquel punto para sus horríficos misterios, los sacerdotes no habian contado para nada con aquella imponente y severa naturaleza.

Habíanme indicado igualmente como un sitio delicioso el valle de Oua, mas vecino aun de Hono-Rourou. En consecuencia cierto dia me fuí paseando hácia él. Este valle es un terrado natural situado en el fondo de un barranco amenazado por dos altas montañas. Sus paredes se elevan de suerte que el valle, al abrigo del sol, goza de una frescura y una sombra casi constantes. En tres direcciones no ofrece otra perspectiva que un muro de rocas; pero por la parte de Hono-Rourou presenta una pequeña abertura por donde se divisan las chozas de la ciudad y los buques de la rada (Pl. LII.—4). Si se quisiese trepar aquella muralla de lava que encaja al valle en su altura de mil pies, podria disfrutarse de uno de esos magníficos puntos de vista, tan frecuentes en la montuosa Oahou.

Así es que en la primera semana procedí al reconocimiento de las nuevas comarcas por el ecsámen del terreno, el aspecto de la campiña y el carácter de los antiguos monumentos indíjenas. En primer lugar tenia que investigar bajo esa delgada capa de civilizacion moderna el antiguo estado de aquel pueblo y de aquel país. Concluído este primer trabajo, observé la situacion actual, la fisonomía presente de aquel reino todavía en la cuna y su organizacion política, social y relijiosa. Allí encontré á los misioneros que debian cambiar la faz de Hawaii Aunque á veces sus relaciones personales no carecian de ecsajeracion, gustaba recojer de su boca el detalle de todas las pruebas por qué habian pasado y de los obstáculos que habian sufrido. Sin duda que en el piadoso pensamiento de propaganda cristiana podia mezclarse un poco de ambicion; pero no por eso debia dejar de reconocerse en el fondo todo el mérito de un zelo apostólico que iba á ejercitarse á tan remotos países. Por otra parte la misma dominacion no tanto era para aquellos evanjelistas un término como un medio. Para civilizar y predicar aquel pueblo, era preciso avasallarlo enteramente y conquistarse cierto poder temporal para obrar con mas autoridad en los asuntos espirituales.

Los Europeos residentes en las islas Hawaii no comprendian siempre ó no querian esplicar

en su sentido mas notable la conducta de los misioneros, por lo que la calificaban de tendencia ambiciosa, ecsajeracion en sus doctrinas é impolítica en su conducta; imputábanles el sacrificio que hacian á veces de los intereses comerciales de los colonos ingleses ó americanos á consideraciones de órden relijioso; decian que, á ejemplo de sus cólegas de Taiti, propendian á arrogarse insensiblemente el monopolio del poder, reservando únicamente al rey y á sus dignitarios la parte de soberano nominal, puesta á su devocion y á sus órdenes. « Contrariados por largo tiempo por la firme resistencia de Tamea-Mea, decian aquellos antagonistas de los misioneros, han ganado un terreno inmenso bajo el reinado de Rio-Rio, y aun mas durante la minoría del jóven Kau-ike-ouli, su pupilo y su discípulo. El imbécil Boki, á la sazon rejente, se dejaba embrutecer por su inclinacion á la embriaguez, ó bien absorver por sus asuntos de comercio: jamás se hubiera atrevido á tomar una actitud de fuerza y de autoridad contra la tendencia de los pastores. Únicamente algunos jefes, á cuya frente se hallaba Koua-Kini, opusieron un dique á sus pretensiones. Habian llegado á ser tan ecsorbitantes, que cierto dia pidieron al rejente la espulsion de los Franceses establecidos en el archipiélago, y tal vez hubiesen obtenido este acto de ostracismo, si Koua-Kini, levantándose súbitamente en la pública asamblea, no hubiese defendido á los Franceses contra las ecsijencias rivales. Habló de ellos en términos lisonjeros, recordó los servicios que el Francés Rives prestara á Tamea-Mea y aun por una especie de talion propuso espulsar á los misioneros; pero esta mocion, rechazada vivamente por la reina rejente, no tuvo resultado alguno. Lo único que se decidió fué que la tierra de Hawaii quedaria libre y abierta á todos los estranjeros, cualquiera que fuese su patria. »

Tal es lo que decian los residentes europeos acerca los misioneros, quienes presentaban á su vez otras quejas aun mas evidentes y mas fundadas. « La odiosa conducta de los colonos, reponian, y su brutalidad para con los isleños, han anulado mas de una vez nuestros esfuerzos, comprometido el porvenir de la fé relijiosa en estos países, y por consiguiente el del establecimiento comercial. Como es posible que los indíjenas de Hawaii den crédito á esta pureza de moral que caracteriza al cristianismo, cuando algunos cristianos educados en la fé viven á su vista en el mayor desarreglo y en el olvido de todas las prácticas ordenadas? »

De esta suerte se recriminaban mutuamente ambas partes, sin que tales controversias fuesen sin duda objeto de edificacion á los nuevos catecúmenos. Una de las quejas mas activas de los misioneros contra los residentes, era la oposicion de estos á someterse á las leyes establecidas por la asamblea de los jefes indíjenas. Semejantes leyes, promulgadas bajo la influencia y segun la fórmula misma de los misioneros, solo databan de 1825. Antes de aquella época, el único código del país se componia de algunas costumbres locales y las órdenes de los jefes, código práctico y no escrito. En 1825, á invitacion del comodoro Byron, se reunieron los notables del archipiélago y los funcionarios militares y civiles, á fin de discutir una especie de coleccion de leyes civiles y criminales, que se reducia á la parafrasis pura y sencilla del Decálogo, sin que nada estipulase en órden á la penalidad. Instruídos de este proyecto, los residentes europeos lo combatieron con tanta fuerza que lograron derogarlo. Sin embargo, en una asamblea solemne, verificada en diciembre de 1829, se admitieron y promulgaron, apesar de la oposicion de los colonos, algunas especificaciones penales, á saber: para el homicidio, la muerte; para el robo y el adulterio, la prision. El mismo jóven rey, asistido de la rejente Kaahou-Manou y del gobernador Boki, proclamó el nuevo código en presencia de todo el pueblo reunido. Este código fué impreso inmediatamente y distribuído por toda la isla en número de muchos miles de ejemplares. Estos primeros artículos fueron seguidos en breve de muchos otros; castigóse sucesivamente la embriaguez, la prostitucion, la violacion del sábado así por placeres prohibidos como por el trabajo, y el comercio ilícito entre personas no casadas. Poco á poco se llegó á hacer obrar la ley civil contra todo pecado venial ó mortal y contra la mas pequeña inobservancia relijiosa.

Por su parte los residentes dejaban lejislar á los misioneros, suponiendo que los nuevos reglamentos atañian solamente á los naturales, sin que los Europeos tuviesen nada que ver en ellos. Partiendo de este principio continuaron obrando como antes sin cambiar en nada su conducta ni sus procedimientos para con los isleños. Fuerza es confesar sin embargo, que estos procedimientos no se conformaban siempre á los consejos de una sabia política. Aun á veces tomaban tal carácter de brutalidad y de orgullo, que hubieran debido enviarse aquellos civilizados á la escuela de los salvajes paraque al menos les enseñasen á respetar el derecho natural. Varios actos de esta naturaleza apuraron la paciencia de los jefes de Hawaii, quienes, cediendo entonces á las instancias de los misioneros, espidieron un edicto que asimilaba los estranjeros á los naturales en órden á la jurisdiccion. El código de Hawaii se declaraba aplicable á todo individuo establecido en el territorio del reino. Entre otros motivos que dieron márjen á esta medida, bastará citar uno que los caracterize todos.

Segun las antiguas costumbres del país, todo animal que destruía los mojones de una propiedad y la desbarataba, era adjudicado de derecho al propietario. Sin embargo por lo comun el dueño del animal se ecsentaba de su pérdida por la reparacion del daño. Arreglábanse amistosamente; sufocábanse las recíprocas quejas, y se evitaba el perturbar por miserias insignificantes la buena armonía de los diversos posesores del terreno. Un solo colono, un Inglés, de humor menos pacífico que los demás, afectaba derogar estas sabias concesiones y temperamentos conciliadores. Cuando entraba en sus dominios algun animal, cualquiera que fuese, gallina, cabra ó cerdo, lo mataba á fusilazos. Repetidas veces habia administrado esta justicia espeditiva contra el ganado de los naturales, quienes, ecsasperados, le habian cobrado un odio irreconciliable.

La dilatada llanura que se estiende al E. de Hono-Rourou es propiedad comun de los habitantes y sirve de pasto á los caballos y á los rebaños de todos los vecinos, así nacionales como estranjeros. Las plantaciones que circundan este terreno estarian espuestas por cosiguiente á los estragos de los animales que por allí pasan, si no los vijilasen de dia, y si los propietarios no estuviesen obligados á tenerlos cerrados durante la noche. Como el Inglés era sumamente ríjido en órden á cuanto le perjudicaba, pero mas indiferente cuando se trataba de los derechos de los demas, en vez de cerrar su ganado por la noche, lo dejaba libre y vagabundo. Así que, cierto dia aconteció que una de sus mejores vacas de leche, cojida infraganti en casa de un habitante, fué retenida por este como garantía del daño que habia causado. Esta medida no pasaba de una simple represalia, y aun el habitante no pretendia quedarse con la vaca, pues tan solo pedia una simple indemnidad. En lugar de condescender, el Inglés colmó al isleño de insultos, hizo recobrar su vaca á viva fuerza, y lo amenazó con malos tratos si por segunda vez se tomaba tanta libertad. Viéndose ultrajado por segunda vez, el isleño mató de un fusilazo á la vaca hallada en reincidencia. Concíbase el furor del Europeo á tan imprevista audacia. Arrojóse sobre el natural con el ausilio de algunos criados, atóle las manos á la cola de su caballo y lo hizo correr hasta la ciudad durante una legua. En breve el pobre diablo se halló en estado de no poder seguir el galope del caballo; cayó y fué arrastrado con la mayor impiedad. Azotado por las patas de la bestia que procuraba desembarazarse de aquel cuerpo oscilante, despedazado por los guijarros del camino y dejando á cada punta de roca un pedazo de su vestido ó un arrapiezo de su carne, el isleño hubiera llegado muerto á la ciudad si uno de sus compañeros no hubiese cortado la cuerda que le retenia. Apesar del horrible suplicio de que debia ser víctima, el natural no quedó ecsento: herido y medio muerto, fué arrestado á su llegada á Hono-Rourou y encarcelado en la ciudadela, donde tuvo que meterse en cama á causa de sus heridas.

Tras semejante acto de barbarie, podria creerse que los Europeos, reunidos en consejo, elevaron sus quejas contra los jefes de la isla? Pretendieron que no habia ya en Oahou seguridad para las propiedades, y todos firmaron y presentaron al rey una esposicion para reclamar su intervencion en favor suyo. Almenos la pretension era singular. Así es que Kau-ike-ouli, informado de los pormenores del suceso, ya por el rumor público, ya por la relacion de los misioneros, no quiso condescender en ningun modo á unas ecsijencias que por lo comun lo habian encontrado sobrado complaciente. Reunió un consejo privado, en que se pesaron las quejas de las partes, y se discutieron solemnemente sus derechos y sus motivos: en seguida se dirijió una circular á los Europeos en contestacion á su demanda, tirada, por las prensas de la mision en inglés y en idioma indíjena, y difundida en gran número de ejemplares por toda la estension del país. Este juicio y el acto que produjo eran el resultado de una marcha trazada por los misioneros, pero la conducta de los Europeos merecia condiciones mas severas y onerosas á su mansion. No hubiera quedado tan impune un Inglés en Bengagala con un Indo: un contador de las Antillas no hubiera maltratado de esta suerte al negro su esclavo. Sin embargo, á esta brutalidad y violacion de todo sentimiento humano contestaba el gran consejo de Hawaii en estos terminos:

Kau-ike-ouli, *el rey*; Kaahou-manou, *rejente*; Boki, *gobernador de Oahou*; Adams Koua-Kini, *gobernador de Hawaii*; Manouia, Kekoua noa, Hinau, Aïka-naka, Paki, Kinau, John I y James Kahouhou.

Oahou 7 de octubre de 1829.

«Héos aquí la decision que he tomado por vosotros. Consentimos en la demanda de los residentes ingleses, otorgamos la proteccion de las leyes: tal es el objeto de vuestra peticion.

«Este es el motivo porque pongo mi proclama en conocimiento de vosotros y de todos los individuos de las comarcas estranjeras. — Las leyes de mi país prohiben el homicidio, el robo, el adulterio, las prostituciones, la falta de licores fuertes en los destilatorios, las diversiones el dia del sábado, y los juegos de azar en cualquier dia.

«Si alguno quebranta estas leyes, está sujeto al castigo, así todo estranjero como todos los habitantes de estas islas: cualquiera que quebranta estas leyes, será castigado.

«El matrimonio cristiano es conveniente á los hombres y á las mujeres. Cuando una mujer considera á un hombre como su solo marido, y el hombre considera á la mujer como su única esposa, están casados legalmente; pero si las partes no son casadas y no se consideran como marido y mujer, sean separadas sin dilacion.

«Hé aquí la decision que ahora os declaro. Hasta este momento hemos observado vuestra malicia. Vosotros no nos advertiais que vuestros verjeles y vuestros cercados eran *tabou* (sagrados inviolables) hasta el momento en que nuestros animales penetraban en vuestras plantaciones, en cuyo caso los mataban sin titubear. Mas nosotros os advertímos del tabou de nuestros campos muy de antemano, y de consiguiente que contuvieseis á vuestros ganados. Pero hemos sabido que vuestros ganados habian penetrado en nuestros cultivos y los habian asolado, por cuyo motivo algunos de vuestros ganados han sido muertos.

«Hé aquí el medio de obtener justicia. Si vosotros juzgabais culpable al hombre, no debiais castigarle al momento, sino consultarlo con nosotros; y caso que lo hubiésemos hallado culpable, os hubiéramos indemnizado los daños. Pero no, vosotros lo habeis maltratado cruel é inmediatamente. Este crímen es uno de dos. Sin embargo, os representámos que la herida de una bestia no puede ponerse en paralelo con la de un hombre, atendido que el hombre es el jefe de todos los animales.

«Esta comunicacion se dirije á todos vosotros, padres de los países de donde vienen los vientos; compadeced á una nacion de niños, muy débiles y tiernos, que todavía se hallan en las tinieblas del espíritu; ayudadnos para hacer el bien, y observad con nosotros lo que debe hacer el mayor bien de nuestro país.

«La vaca ha perecido por haber violado el tabou establecido para protejer la plantacion. El paraje estaba defendido por una empalizada construída por el propietario. Cerrada pues su propiedad, pertenecia al deber de los dueños de ganado practicar aquello que el vijilante de la plantacion les habia prevenido, cerrar cada noche el ganado en su casa. Hablóles de esta misma suerte; pero no se hizo caso de la advertencia, y se dejó al ganado libre durante la noche. Entonces fué cuando el propietario de la habitacion procuró obtener indemnizacion, puesto que se habian sorprendido ya muchos animales cuyos dueños no habian pagado ningun daño: así que, el dueño de la cosecha resolvió matar á uno de los animales que la devastaban. Porque se habia dicho que si algun animal forzase una cerca y asolase la cosecha, seria confiscado y adjudicado al dueño de la cosecha. Habíanse cojido muchos que fueron reclamados y al fin restituídos; esto es lo que siempre se ha practicado. Porqué pues se os ha escitado la cólera con tanta prontitud? Pues la vaca ha sido alcanzada en la misma cerca, y despues ha salido de ella. Porqué dice vuestra declaracion que la vaca ha sido vilmente muerta en el terreno comun? La vaca no hubiera muerto sino hubiese hecho mas que pacer en el pasto comun: es bien sabido que se hallaba en la cerca misma por todos los que cuidaban de las plantaciones.

«*Firmado* KAU-IKE-OULI.»

Este documento, tan morijerado, tan prudente y tan lleno de convincentes razones, descargó un golpe imprevisto sobre los Europeos, que hasta entonces habian sido casi libres de hacer en el país cuanto les acomodase. Una cosa en especial les incomodó, y fué la insistencia del rey en recordarles las leyes indíjenas, cuya competencia y autoridad habian declinado hasta entonces. Importábales mucho que no se invocase contra ellos la publicidad dada á semejante pieza. Así es que pretendieron anularla, para lo cual hicieron muchas dilijencias paraque los misioneros se negasen á imprimirla, pero estos la difundieron en gran número. El edicto de Kauike-ouli fué considerado en breve como el punto de donde partiria la linea política que el gobierno de Hawaii debia seguir en órden á los estranjeros. Otro resultado tuvo este acto, y fué ampliar mas la linea de interés que separaba á los residentes de los misioneros. Estas disidencias no pueden en lo sucesivo aprovechar á nadie, y menos á los naturales que á los demas. Colocados entre dos fracciones de Europeos y arrojados de la una á la otra, los naturales de Hawaii vendrán tarde ó temprano á poner en duda nuestra civilizacion, si es que la vean mas activa en sus odios que en sus beneficios y si se les presenta egoísta, apasionada y aborrecible. Sin embargo, son de esperar mejores resultados de la prudencia de los hombres. Sobrados intereses comunes ecsisten entre los misioneros y los residentes paraque no se restablezca la armonía tarde ó temprano.

A veces á motivos mas graves de desunion se han agregado algunas causas de un órden mas personal. Tal fué entre otras el oríjen de una indisposicion de toda la familia real contra los residentes, y en especial contra los Americanos. Hé aquí el motivo que determinó esta indisposicion. Era un año antes de mi permanencia, época en que el Americano Fench fondeó en Hono-Rourou. Este capitan estaba comiendo en

casa de un comerciante compatriota, con muchos de sus oficiales y su capellan, Mr. Stewart, que habia sido por mucho tiempo misionero en Hawaii. Durante el banquete, algunas consideraciones políticas hicieron recaer la conversacion sobre la naturaleza de las relaciones que ecsistian entre el rey y su hermana Harrieta ó Naheina-Heina. Repitiéronse algunas palabras injuriosas al honor de la princesa delante de Mr. Stewart, el cual las impugnó con un zelo puritano, y defendió á Harrieta contra la calumnia de las imputaciones. Aun hizo mas: confirióla con sus antiguos cólegas de las misiones, y en breve aquel miserable y escandaloso incidente dejeneró en un asunto de estado.

La noticia llegó á oídos de la familia real, la cual quedó conmovida profundamente. No solamente opuso á las noticias que corrian las negativas mas formales, sino que tambien hizo dirijir por la asamblea de los jefes una esposicion al capitan Fench, quejándose de la conducta de muchos residentes americanos, de las violencias que ejercian contra los naturales, y de su calumniosa malicia en órden á los soberanos del reino. Esta esposicion concluía imponiendo á los culpables una reparacion pública, á menos que lograsen justificarse competentemente de las sospechas que les atribuían.

Al recibir este documento, el capitan Fench se halló sumamente embarazado, como puede juzgarse fácilmente. Bien sospechaba de donde partia el golpe; y como por otra parte las quejas articuladas por los de Hono-Rourou eran reales, irrecusables y públicas, respondió á los jefes invitándoles al perdon, y asegurándoles que á su regreso á los Estados Unidos lo consultaria con el presidente y le obligaria á hacer justicia. La familia real tuvo bastante bondad para contentarse con esta promesa dilatoria.

La historia de estas pequeñas diferencias está mas enlazada de lo que jeneralmente se cree con la intelijencia del estado actual de Hawaii y del que reserva el porvenir á este archipiélago. Los capitanes Kotzebue y Beechey, al paso que hicieron justicia á los trabajos de los misioneros, no dejaron de imputar á estos evanjelistas alguna intolerancia y severidad. Mucho hay que decir acerca de esto: cuando se considera el estado en que se hallaban las islas Hawaii cincuenta años antes, cuando se penetra bien de que para dirijir la voluntad de los naturales y sujetarlos á la civilizacion, las influencias políticas ó comerciales tomadas accidentalmente se hubieran estrellado, y que la accion relijiosa era la única eficaz y la sola que pudiese imponer obediencia y adoracion; se acaba por ecsaminar esta contienda con mas circunspeccion y de admirarla bajo un punto de vista mas poético que filosófico. Quién sabe si esta austeridad de prácticas, ese intratable puritanismo, esa misticidad esclusiva, no eran para el culto importado á estas islas una condicion indispensable á la prosperidad del écsito? Quién sabe si una relijion fácil y relajada hubiera hallado prosélitos en Hawaii? Hacer consentir á todos los naturales al cristianismo, era prepararlos maravillosamente á nuestra civilizacion social é industrial; pero para esto era preciso hacerlos cristianos dóciles, obedientes, nutridos con la Biblia y el Evanjelio, y absorvidos en la idea de que la relijion es el principio y fin de todo. Partiendo de este principio puede comprenderse el motivo por qué los misioneros hayan podido considerar como obstáculos á su propaganda la conducta de los residentes, sus costumbres tan poco edificantes y la impiedad harto habitual á esta clase aventurera que busca fortuna á lo lejos. De aquí las discordias y la incompatibilidad. En el fondo debe reputarse mas bien como mal comprendido que una guerra seria, porque así los misioneros como los colonos, todos trabajan en Hawaii para el jenio y el interés europeos.

Decidido á esplorar el país en toda su estension y juzgarlo en persona, habia estudiado durante la travesía de Bonin-Sima á Hono-Rourou, el idioma de Hawaii, que no es mas que un dialecto de la gran lengua polinesia. Para esto tomé y devoré un vocabulario bastante completo redactado por los misioneros que Pendleton tenia á bordo. El vocabulario me daba la palabra, y Pendleton que era ya medio polinesio, me indicaba el acento. Creíame ya bastante fuerte cuando nos apeámos; pero estaba mas atrasado de lo que creía. Érame absolutamente imposible comprender una sola palabra del diálogo de los isleños durante la primera semana de mi mansion. Poco á poco mis oídos se acostumbraron á la melopea de aquel dialecto, y mi lengua se habituó á él. Mi ciencia filolójica, compuesta solamente al principio de algunas frases, se fué enriqueciendo y tomando cuerpo gradualmente, de suerte que en breve me hallé en estado de hacer rostro á los naturales. El idioma de Hawaii es dulce, fácil y armonioso; su principal dificultad consiste, como en el chino, en poder distinguir en una sola diferencia de acento á veces imperceptible, palabras al parecer semejantes cuando se pronuncian, y enteramente idénticas cuando se escriben.

CAPÍTULO II.

HAWAII. — ISLA DE HAWAII.

No bien habia pasado doce dias en Hono-Rourou, cuando ya conocia á fondo mi isla de

Oahou, una de las mas curiosas del archipiélago; pero aun me restaba por conocer Hawaii, que es la mayor del grupo y la que le comunica su nombre. No me contentaba con estudiarla por medio de los libros, sino que deseaba recorrerla, ecsaminarla y describirla. Así es que con facilidad podrá colejirse mi satisfaccion cuando el jeneral Koua-Kini, precisado á dirijirse á ella por asuntos de gobierno, me ofreció ir consigo. Para esplicar esta deferencia, debo decir que habia yo merecido algun concepto de la corte de Hono-Rourou. El rey me manifestaba algun favor; y como los cortesanos de la Oceania no son de diferente temple que los de Europa, el sufrajio del amo habia determinado todos los demás. Si yo hubiese querido, se habria creado para mí una plaza de viajero jeneral del archipiélago con un salario de cuatro dollars diarios. No abusé, sino que usé de mis triunfos, y partí para Hawaij en el schooner del rey denominado *el Rio-Rio*. Los marineros eran indíjenas, aunque el capitan era americano y las órdenes se daban en inglés. Ájil, vigorosa, y bien ejercitada, aquella tripulacion maniobraba el pequeño buque casi con la misma precision que hubiera podido hacerlo una tripulacion europea. Lo único que no habia podido obtenerse todavía de los indíjenas de Hawaii era este silencio absoluto que caracteriza las maniobras de los Ingleses.

Embarcados á 2 de febrero, montámos al dia siguiente la isleta Tahou-Rawe; y de allí despuntaban en el horizonte los elevados cúspides del Mouna-Kea y del Mouna-Roa al parecer como dos islotes, apesar de su distancia de mas de veinte leguas. Poco á poco se ensancharon sus bases, y la masa entera de Hawaii se desarrolló sobre el nivel del agua, cual masa volcánica nacida de cráteres subalternos con sus picos cónicos, su terreno desigual, sus rocas negras y anfractuosas y su aspecto sombrío y desagradable. A medida que costeábamos la parte occidental de la isla, no podia menos de admirar estos singulares efectos de los profundos desfiladeros y encumbrados picos, esta elocuente jeolojía, este sistema de montañas que revelaban la accion del fuego en toda aquella isla de lava resfriada. Despues de haber costeado Hawaii desde la punta septentrional de Oupoulou, surjímos á 5 de febrero en la rada de Keara-ke-koua, á una gran distancia de tierra, á causa de las violentas ráfagas del O. sobrado frecuentes en aquella estacion. Una chalupa armada por Koua-Kini nos condujo rápidamente hácia la costa.

El aspecto de aquella playa es grave y melancólico. La bahía y la aldea de Kaava-Roa están dominadas por un lúgubre peñon de lava: diríase que propende á perder el equilibrio, y que tarde ó temprano cegará la ensenada y destruirá la aldea; pero mas allá de aquel morro se revela una campiña fértil y risueña. Vese un primer plan de terrenos cultivados, de verjeles, de sotos y de bosquecillos, que remata en un plan mas remoto de selvas agrestes y majestuosos picos. El de Mouna-Roa que termina el paisaje, descuella al parecer como soberano.

Todo parecia preparado de antemano para evitarme el menor disgusto: aguardaba un alojamiento en casa de la noble dama Kapio-Lani, castellana de una hermosa choza con su cerca empalizada. Esta habitacion está situada cerca del punto en que pereció Cook en 1777. Desembarqué en el teatro mismo de aquel drama, consagrado hace poco tiempo por el capitan Byron que plantó en él un poste indicativo en 1825.

Prevenida por Koua-Kini, mi huéspeda me dispensó la mejor acojida. Ofrecióme té, frutas y madera; hízome ver el pabellon donde debia alojar, el comedor comun, y me enteró de todas las circunstancias de su residencia. Madama Kapio-Lani era una mujer gorda y de bien, cuyo semblante y continente indicaba una edad que debia de flotar entre 40 y 50 años.

Koua-Kini solo tenia que dar algunas órdenes en Kaava-Roa: y tuve el sentimiento de no pasar mas que un dia en casa de la señora Kapio-Lani. Al dia siguiente el schooner nos conducia á Kai-Roua, residencia habitual de Koua-Kini, en su calidad de gobernador de Hawaii, y fondeámos en la rada de Kaï-Roua, en frente del fuerte coronado de 30 piezas de artillería.

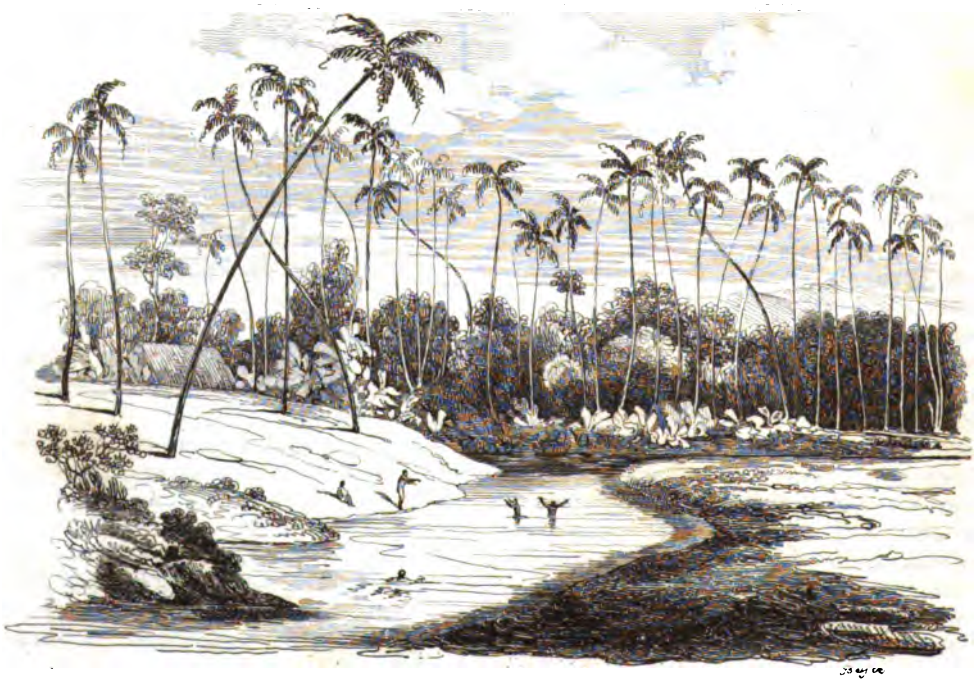
Este paisaje no es menos severo ni volcanizado que cuantos viéramos hasta entonces. Todas las montañas presentan este carácter de irrupciones anteriores y lava solidificada; pero á este inconveniente Kaï-Roua junta otro mas real. Aunque este paraje es sano y populoso, carece de agua fresca, y la única potable del país tiene que ir á buscarse en marismas ó torrentes muy distantes de la orilla.

Mis huéspedes de Kaï-Roua eran Koua-Kini y su mujer, jóven todavía, porque el viejo gobernador habia casado en segundas nupcias. Habia yo dejado algunos amigos en Hono-Rourou, pero los amigos de Kaï-Roua debian sobreponerse á todos los del archipiélago. No parecia sino que mi estrella me habia destinado á no encontrar en mi derrotero mas que semblantes risueños, acojidas afectuosas y hospitalidades leales. Hasta entonces era el tipo del peregrino que siempre encuentra un oasis por la tarde, una fuente, una caravanera, una chaunderia, monumentos de la piedad pública ó de la caridad privada. En los países en que el oro no es parte para el techo y la mesa, siempre fué mi vida feliz, dulce, festiva, abundante y tranquila. Habia yo dejenerado en un hijo

PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX

1. — Ruines d'un Fort à Kai-rua.

1 Ruinas de un Fuerte en Kai-rua



2. — Rivière Vai-akea.

2 Rio Vai Akea

del universo sin designacion de patria, hallando en cada continente y en todo archipiélago parientes mas ó menos prócsimos, tan pronto hermanos como primos, y á veces mas bien acojido en el hogar del salvaje de los mundos nuevos, que bajo el techo de los trasplantados colonos del antiguo continente. Si la ecsistencia del viajero estuviese llena siempre de tales azares, todos los habitantes del globo quisieran ponerse en marcha; y, quién sabe si el reposo de la mayoría es indispensable al equilibrio de nuestro planeta!

Lejos me ha conducido la bondad de la señora Koua-Kini. Verdaderamente nada puede concebirse mas delicado, mas perfecto ni mas bien dispuesto que las atenciones de que me rodeaban. Es verdad que hubiera podido tomarlo con un poco mas de fatuidad. Pero Koua-Kini tenia tal miramiento por mí y echaba en tanto olvido los negocios de su gobierno para ocuparse de mis pequeños proyectos, que empezé á amarla con todas mis fuerzas.

En aquel propio dia me acompañó en persona á todas las cercanías sembradas de grutas naturales, las mas curiosas que puedan concebirse. Una de ellas, denominada Rani-Akea, nos abrió sus misteriosos laberintos. Ora serpenteaban en bajos y estrechos corredores, ora se ensanchaban formando espaciosos salones de 20 pies de lonjitud. Durante un espacio de unos 1.200 pies caminámos de esta suerte con el ausilio de teas encendidas y escoltados por varios naturales. Las paredes interiores del peñon no tenian nada de característico, á no ser las caprichosas configuraciones que se manifestaban de cuando en cuando. Hubiérase creído ver por acá y acullá estatuas trabajadas por el cincel, nichos góticos, prolongadas columnatas griegas y bajos relieves. No aparecia ningun accidente de estaláctica ó estalácmita. En el fondo de aquellos corredores y de aquellos salones subterraneos se reveló de improviso un obstáculo inesperado, una vasta y profunda barrera de agua salobre en cuyos bordes nos detuvímos. Algunos de los naturales que nos acompañaban pusieron las teas en manos de sus camaradas y se arrojaron al lago para atravesarlo á nado. Era una especie de fantasmagoría. Aquel estanque, sobre el cual pendian en franjas, en lágrimas y en agujas, las concreciones de la lava, aquella bóveda cuyos pedazos tenian todos forma diferente, aquellos reflejos de las teas sobre las oleadas del lago, aquellas cabezas atezadas de salvajes que asomaban sobre el agua medio iluminadas, aquel silencio y aquellas tinieblas, la repercusion de la palabra por los ecos subterraneos, todo componia un cuadro fantástico, uno de estos ensueños que se encuentran en Apuleyo, este injenioso revelador de los jerofantes del Ejipto, ó bien una de esas pinturas escapadas á los antiguos mitologos; su Estijia, su Aqueronte, su Cocyto, la caverna de Caco ó la gruta de Melusina.

La entrada de aquel subterraneo está situada á una media milla del mar, y la profundidad del agua parece ser de 50 á 60 pies. En ella se hace sentir la accion de la marea, cuya circunstancia induce á creer que ecsiste una comunicacion subterranea entre el mar y el reservatorio interior.

Cabe la entrada de aquella gruta se ven los vestijios de una antigua fortificacion que parece haber sido una dilatada estension. Como la caverna servia de refujio á las poblaciones en tiempo de guerra, es probable que aquel sistema de defensa tuviese por objeto el ocultar ó protejer la avenida del subterraneo. Sus restos actuales consiston en algunas cortinas de muralla de 20 pies de altura sobre una base de 12 de espesor. La estremidad superior forma crestas dentelladas separadas por anchos intérvalos que servian sin duda de troneras (Pl. LIII. — 1).

Aquel mismo dia quiso Koua-Kini conducirme á la punta septentrional de la bahía de Kaï-Roua. « Es una tierra que he visto nacer, » me decia. En efecto, la formacion de la península solo databa de unos 30 años. Cierto dia el Mouna-Huararai vomitó una corriente de lava que corrió hasta tres millas por el mar, y cuajada por el agua, se convirtió en roca. Aquel dia el volcan lloró un promontorio. Pero antes de hacer retroceder el Océano, pasó sobre aldeas, cubrió plantaciones, llenó una bahía entera, cambió el aspecto de la costa y devoró millares de hombres y de bestias. Un Inglés que presenció aquel desastre refiere que el torrente de betun corria con irresistible impetuosidad. Llegaba por capas sucesivas, cortando el árbol de cuajo, llenando los barrancos y buscando siempre su inclinacion al mar. En su marcha hubo un instante en que al encontrar antiguas masas de lava endurecida ensayó su accion sobre ellas, las puso en efusion, y las arrastró consigo como ausiliares para aquel inmenso trabajo de destruccion.

Por esta misma época, tuvieron lugar innumerables ofrendas para conjurar la playa. Precipitáronse á las corrientes de lava cerdos vivos creyendo aplacar de esta suerte al dios que las arrojaba. Los cerdos desaparecian y la lava continuaba. Esta grande erupcion, tan celebrada en los anales de Hawaii, duró por mucho tiempo. Todos los esfuerzos habian sido vanos para detenerla, oraciones, holocaustos, cantos sacerdotales, dicen las crónicas indijenas, cuando el rey Tamea-Mea se encaminó hácia los volcanes al frente de sus principales oficiales, cor-

tó un mechon de sus cabellos que eran *tabou* (sagrados), y los arrojó á la lava. Dos dias despues la corriente se detuvo, de suerte que el mechon de Tamea-Mea fué mas potente que ella. Entonces se pretendió que los dioses quedaban satisfechos, y que la ofrenda del rey habia sido mas eficaz que todas las otras. Este incidente calculado ó fortuito, no contribuyó poco á acreditar entre los isleños el poder de Tamea-Mea. Convencidos desde entonces que las divinidades que presidian á los volcanes le profesaban un grande afecto y protejian á las poblaciones por causa de él, habituáronse á considerar á su soberano como un ser revestido de facultades sobrenaturales, y procuraron no ofenderle por temor de ofender á los dioses.

En este promontorio de Kaï-Roua, que no es otra cosa que una inmensa calzada de lava, las aguas del mar se siman en las cavidades interiores hasta una profundidad de 15 y 20 toesas, y vuelven á salir por aberturas superficiales de manera que forman muchos encumbrados surtidores de un agua que cae sobre la roca y huye rápidamente hácia el mar. Al encresparse las olas del Océano á impulsos de los vientos del O., este juego hidráulico produce un efecto imponente y singular.

La mision de Koua-Kini lo inducia á dar vuelta á la isla sometida á su gobierno. Apenas habia pasado tres dias en Kaï-Roua, cuando se vió precisado á partir para la bahía de Waï-Akea situada en la costa oriental, haciendo escala en todos los puntos en que era necesaria su presencia. Uno de mis planes consistia en visitar el gran volcan de Kirau-Ea, la maravilla de la isla, y apesar de los deseos que traía de gozar por mas tiempo la halagüeña hospitalidad que encontrara, cuando tuve conocimiento del nuevo destino del schooner, pedí á mi huésped el favor de embarcarme con él. Aquel mismo dia nos hicímos á la vela y llegámos al anochecer á Kohaï-Haï, una de las aldeas mas considerables de Hawaii, situada á 5 leguas N. de Kaï-Roua. Koaï-Haï era la residencia favorita de Tamea-Mea; pero desde que sus sucesores han preferido Hono-Rourou como residencia soberana, ya por las circunstancias particulares del puerto, como por la afluencia de estranjeros, Kohaï-Haï ha decaído mucho de su antigua importancia. Actualmente solo es un punto notable por la cantidad de sal que cosecha en unos estanques donde la evaporacion se opera sin dificultad.

Durante la noche continuámos nuestra derrota para doblar el cabo Oupoulou con el ausilio de una brisa terrestre; y en la madrugada nos dirijíamos ya hácia el S. E. siguiendo la costa oriental de Hawaii. Habíamos dejado en la víspera los distritos de Waï-Mea y Koua situados en la costa occidental, y á la sazon nos hallábamos en frente de los de Kohala, Hama-Koua é Hiro. La parte S. E. de la isla es ocupada por los distritos de Kaou y de Pouna.

No lejos del cabo Oupoulou, Koua-Kini me hizo observar la aldea de Pau-Epou, que antiguamente contenia el templo Mokini, célebre en las tradiciones de Hawaii. Decia la crónica que este templo fué edificado por un sacerdote estranjero llamado Paao, que se estableció en Pau-Epou, donde fundó su culto. Era esto bajo el reinado de Kahou-Kapou. Este kahouna ó sacerdote, hombre blanco, llegó de países muy remotos con dos dioses, el uno grande y el otro pequeño, que fueron colocados entre las divinidades del archipiélago. Elijiéronles el templo de Mokini, cuyo sacerdote fué Paao, que por medio de sus oraciones salvó de una gran enfermedad á uno de los hijos de Kahou-Kapou, nacido de una mujer de baja estraccion. El heredero de Paao fué su hijo Opiri, que sirvió de intérprete al rey en otra aparicion de blancos sobre la costa de Hawaii. Tal es la única noticia positiva de esta historia.

A poca distancia, si hemos de dar crédito á una tradicion aun mas fabulosa, estaba situada la residencia del hermano de Kana, especie de jigante mitolójico ó Polifemo oceánico, que podia viajar de isla en isla caminando por el mar. Este estraño coloso de Rodas, segun los naturales, á veces estaba con un pie sobre Hawaii y otro sobre Oahou, comprendiendo entre sus piernas 60 leguas. Los isleños no economizan anécdotas sorprendentes por su cuenta. Vamos á citar una entre mil. Cierto dia los habitantes de Hawaii ofendieron al rey de Taiti, y este les privó de la luz del sol en justo castigo de su crímen. Cuando los naturales hubieron pasado algunos dias en las tinieblas, empezaron á amedrentarse y recurrieron al hermano de Kana. Entonces el buen jigante se puso sus fuertes botas, pasó el mar y llegó á Taiti donde á la sazon residia Kahoa-Arii que hizo el sol. Hablóle y alcanzó que se volviese el astro á los habitantes de Hawai y paraque no se reprodujese mas semejante desgracia, lo fijó en el cielo donde no se ha movido desde entonces. Con un conocimiento perfecto del antiguo lenguaje de Hawaii, á buen seguro que en el fondo de esta tradicion alegórica se encontrarian hechos reales concernientes á la historia de estas comarcas. Esta luz que salió de Taiti, este hombre que atraviesa el mar y desde el 22° paralelo N. pasa al 18° paralelo S., no parece demostrar una civilizacion antigua y un conocimiento immemorial en el arte de la navegacion?

Por otra parte ecsisten otras tradiciones mas positivas que parecen establecer que los naturales de Hawaii hicieron en tiempos remotos diversos viajes á Nouka-Hiva y Tahou-Ata (sin

duda Nouka-Hiva y Tao-Wati), y aun hasta Taiti. En una de estas tradiciones en que se cita el viaje de Kama-pii-Kaï, se refiere que Kama-pii-Kaï (de las voces *kama* niño, *pii* correr, y *kaï* mar) era sacerdote de un templo dedicado á Kane-nouï-akea. Habiendo este dios aparecido en sueños á su sacerdote, le reveló la ecsistencia y la situacion de Taiti, y le mandó pasar á ella. De resultas de esta órden celeste, Kama-pii-Kaï se embarcó con muchos de sus compañeros en cuatro dobles piraguas, dió vela hácia Hawaii y no regresó allí hasta despues de 15 años de ausencia. A la vuelta Kama-pii Kaï hizo una descripcion seductora del país que visitara, y que denominaba Haupo-Kanee. Cubrian sus llanos abundantes mieses; y varios rios, bosques y praderas hacian muy deliciosa su mansion. Citaba con especialidad una playa, One-rau-ena, poblada de una raza de hombres muy gallarda, y abundante de mariscos y escelentes frutas. En fin hablaba de una verdadera fuente de Juvence que fué apellidada Waï-ora-roa (agua de larga vida).

Kama-pii-Kaï hizo otros tres viajes al país que habia descubierto, acompañado de un crecido número de compatriotas. Al cuarto viaje no volvió mas, y así se supuso que se habia establecido en Taiti ó que habia perecido en el mar. La mayor parte de los que seguian al sacerdote en tan lejanas y peligrosas escursiones, iban animados por el solo deseo de bañarse en las aguas de Waï-ora-roa; puesto que aseguraban que todas las enfermedades, deformidades y llagas cedian á la virtud de aquella ola milagrosa, y que salian de la piscina gallardos, jóvenes y robustos.

Estas tradiciones, muy populares en el archipiélago mucho antes que lo visitase Cook, atestiguan almenos que los naturales de Hawaii tenian conocimientos mas ó menos ecsactos de las islas Nouka-Hiva y Taiti, con las que ecsistian antiguas comunicaciones, cuyo hecho hubiera podido establecerse *á priori* por la conformidad de los idiomas, de las costumbres y de los tipos.

Recojiendo de esta suerte en mi derrotero las observaviones y conjeturas que inspiraban las localidades, desembarqué el propio dia en Halaua, territorio situado en la costa N. O, donde Koua-Kini debia permanecer algunas horas. Esta comarca es gobernada en el dia por Mio-Mioï, guerrero célebre por sus hazañas en las guerras de Tamea-Mea, que sucedió al mismo gran rey que habia nacido en ella, y que al fin de su carrera solo tenia esta pequeña herencia con una propiedad mas insignificante en el distrito de Kaua. Hasta la muerte de Taraï-Opou, el dueño futuro de todo el archipielago no poseyó nada mas. Mio-Mioï, que habia sido el amigo de infancia, el compañero de armas y el favorito de Tamea-Mea, nos referia que ya desde la adolescencia aquel monarca habia manifestado la mayor intelijencia y osadía de carácter. Asociado á una turba de jóvenes de su edad, y nombrado su jefe y su guia, acometia con su ausilio las mas estraordinarias empresas. Aquí el jóven guerrero y sus camaradas abrieran en una estension de cien pies una rampa por la que hacian descender sus piraguas pescadoras; allí, deseando hacer salir agua de una roca cual nuevo Moises, empezó á agujerearla con sus camaradas. Habia pasado ya muchos *strata*, cuando una capa de lava espesa y dura le obligó á abandonar este trabajo. No pudiendo hacer saltar la mina sin pólvora, necesitábase una paciencia á toda prueba para concebir la idea de semejante foraje. Otras veces se ocupaba Tamea-Mea de economía agrícola, descuaje de terrenos y mejoras en los procedimientos de cultivo. Los campos de Halaua se distinguian de las demas partes de la isla por el hermoso aspecto de sus plantaciones: Tamea-Mea dividiera los campos entre sus amigos, y él solo tenia el suyo como los otros. Al principio cada uno velaba por su lote, y ayudaba despues á los demás para hacerles valer el suyo. Así es que este célebre jefe daba preludios de la gran fortuna que debia verificar. El trabajo, el órden y la intrepidez le elevaron al trono, desde donde los infundió á sus súbditos despues de haberlos practicado por sí mismo.

Mio-Mioï nos designó muchos árboles que habia plantado Tamea-Mea en persona, y nos condujo al templo de familia del gran rey, dedicado al dios Taïri, lo cual le valia el nombre de *hare ó Taïri*, casa de Tairi. Era un sencillo monton de piedras aglomeradas al azar sobre el ángulo saliente de una roca. Bajo el reinado de Tamea-Mea ecsistia allí el tabou mas riguroso de toda la isla. La conjerie de piedras era tan sagrada, que castigaban de muerte á cualquiera que violase su recinto ó tocase una sola de sus rocas. Muchos temerarios habian sido quemados en la montaña vecina para espiar la infraccion de ese tabou. La fé de Tamea-Mea en la proteccion de los dioses de su familia era sumamente arraigada; y, sea que fuese concienciosa ó resultado de un cálculo político, lo cierto es que á los ojos de sus súbditos la constituyó el principio de todas sus empresas. Incesantemente estaba repitiendo que la lealtad hácia sus dioses le habia dado la victoria, y que á ellos debian atribuirse los beneficios de su reinado.

No obstante el placer que esperimentábamos al oir hablar de Tamea-Mea, tuvimos que abandonar su rejion natal para proseguir nuestra navegacion costanera. Desde la cubierta del schooner distinguíamos fácilmente todos los accidentes de aquel terreno desigual. Observámos

el estrecho valle que separa el distrito de Kohala del de Hama-Koua; y á poca distancia de Laupa-Hoïboï, se nos manifestó un vasto derrumbamiento en la montaña. Hace pocos años que una prolongada masa de rocas, minada en su base por el mar, se abismó súbitamente. En nuestros dias el morro que resta se halla sobre el abismo á una altura de 600 pies, y su lado por la parte del Océano es tan recto y tan terso como una cortina de muralla. La roca volcánica está compuesta de diversas capas de lava porosa. En muchos puntos el agua sale en forma de arjentados surtidores de unos 300 pies de elevacion. Vense además algunas chozas encaramadas á aquellas rocas pendientes ó sumidas en sus hendeduras, y algunos vestijios de ecsistencia humana en medio de aquella naturaleza y de aquellos lúgubres morros, que acaban de comunicar al conjunto un aspecto inefable y sorprendente.

Refieren los naturales que el dia de aquel acontecimiento coronó el morro una niebla, y que al poner del sol se columpió sobre la cresta del pico una luz semejante á un fuego fatuo, de lo cual se infirió que aquella luz era la precursora de Pele, la diosa de los volcanes, es decir, de una erupcion volcánica. Un sacerdote de Pele, que habitaba con su familia la aldea situada al pie del monte, insinuó á los habitantes que iba á ofrecer oraciones á su divinidad y que los salvaria del desastre. Pero las oraciones fueron impotentes. A las 10 de la noche la montaña se hendió como una granada en una lonjitud de una media milla, y el trozo desprendido por la convulsion subterranea se simó en el mar. Quedaron destruídas muchas pequeñas aldeas, entre cuyos escombros perecieron 20 personas. De esta suerte se compensaba todo: al O. de la isla una corriente de lava creaba un promontorio; y al E. una conmocion de los cráteres interiores precipitaba un morro en el Océano.

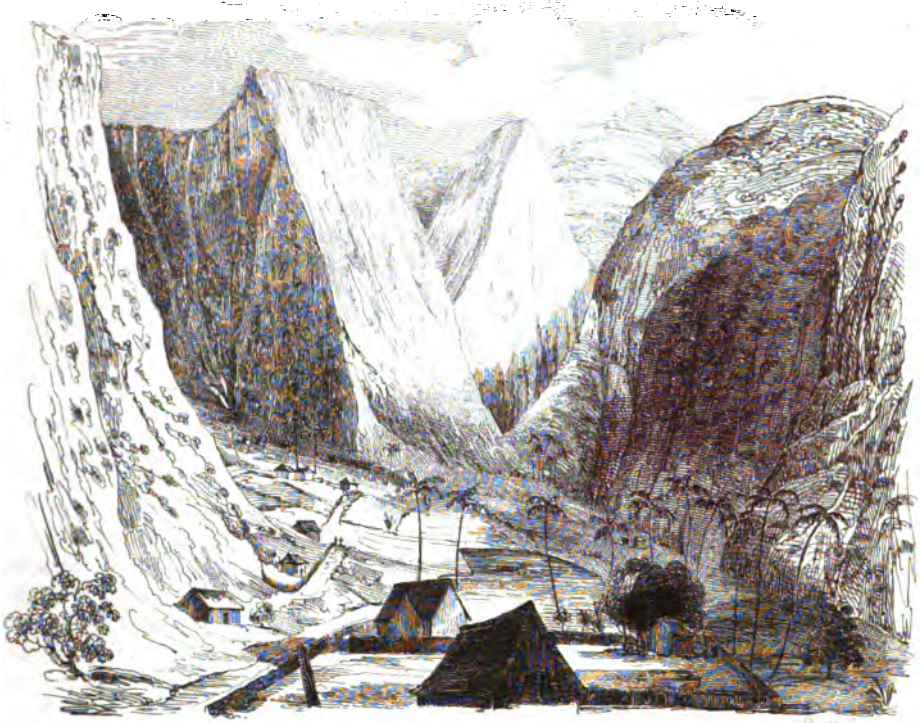
Cuantas curiosas localidades se desarrollaban á nuestra vista! Qué terreno mas propicio á las investigaciones del jeólogo, y al estudio de esa accion de los volcanes, cuya teoría barruntaban nuestros Empedocles y nuestros Plinios modernos de un modo especulativo y lejos de las bocas del cráter!

Sin embargo, en breve se desplegaron ante el schooner otros efectos de paisaje. Descubrímos las aldeas de Waii-Manou y de Waï-Pio, denominadas como los torrentes que las riegan. Este último punto en especial atraía por la escabrosidad del sitio. Encajado por tres lados entre montañas de tersas laderas, parecia abrirse hácia el mar para poner de manifiesto sus lijeras chozas, sus encumbrados cocoteros y su torrente (Pl. LIII.—3). Waï-Pio es célebre en los cantos nacionales de Hawaii por haber servido de residencia á Mirou y Akea, los primeros reyes de la isla, á Oumi y Riroa, que ocupan gran parte de la historia del país, y á Hoa-Kau, rey de esta parte de Hawaii y famoso en los anales del país por sus crueldades. Cuando este rey oía encomiar la cabeza de un hombre por su hermosura, sin la menor demora mandaba uno de sus satélites para cortarla y presentársela: su placer consistia entonces en desmenuzarla y desfigurarla á su gusto. Cierto dia hizo cortar el brazo de un hombre por el solo motivo de estar pintarrajado con mas elegancia que el suyo.

Cerca de Waï-Pio se hallaba el Pouho-Noua, ó asilo de toda esta porcion de la isla. Aunque de una dimension menor que el de Honau-Nau, este monumento afecta la misma forma, y presenta los caractéres de una remota antigüedad. En medio de aquel recinto y bajo un viejo pandano, habia la capilla que encerraba, segun los sacerdotes, los huesos de Riroa, nieto de Oumi, y que, segun los cálculos de los habitantes de Hawaii, vivia unas 15 jeneraciones atras. Para ser admitido al favor de visitar sus sagradas reliquias, era preciso presentar almenos un cerdo por ofrenda. Los mismos Tamea-Mea y Rio-Rio estaban sometidos á este tributo, de manera que en 1823 despidieron á algunos misioneros que deseaban satisfacer su curiosidad á causa de no querer conformarse con la costumbre jeneral. Cuanto pudo hacerse, se redujo á manifestarles una piedra esculpida groseramente, que les dijeron ser el *tii* ó la efijie de Riroa.

El valle de Waï-Pio recuerda una escena de barbarie. Habiendo el rey Oumi vencido en un combate á los reyes de los otros seis distritos de Hawaii, celebraba su victoria en este punto sacrificando los prisioneros de guerra. Despues de haber despachado un número suficiente de víctimas, quiso detener el sacrificio, pero al momento se oyó la voz de su dios Koua-Horo, que le significó su prosecucion: « Hiere siempre, decia siempre.... siempre!... » En consecuencia todos los prisioneros fueron immolados uno á uno, pues el rey obedecia sin resistencia las órdenes imperiosas de su dios. Al fin solo quedó uno, al que Oumi deseaba perdonar. Así es que cuando la voz divina persistió en pedir sangre, el rey se negó al principio á obedecer, y solo al último estremo mandó coronar la carnicería por un suplicio final. Entonces fué cuando se halló absolutamente solo con el sacerdote. Ochenta víctimas cuajaban el terreno degolladas sucesivamente en honor de aquella divinidad feroz é insaciable.

De esta suerte iba observando los puntos de la costa ausiliado de Koua-Kini; y cuando alguna localidad recordaba un episodio histórico ó alguna costumbre singular, ese buen amigo me lo esplicaba sin necesidad de preguntársele.



3. Vallée Vai-Pio.

3 Valle Vai-pio.

4. Chute du Vai-Rouku.

4 Cascada del Vai-Rucu.

THE NEW
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Poco tuvimos que notar en Kapou-Lena, Kolo-Aba, Koumo-Arii, Manie-Nie, Heala-Kaka y Neupea, aldeas situadas en el fondo de pequeñas anconadas, la última de las cuales termina por esta parte el distrito de Hama-Koua. Observada desde el mar, la costa de Hama-Koua presenta una bahía escarpada de 500 pies de altura, tapizada de matorrales y de arbustos y cortada de campos cultivados. La bahía entera está surcada de surtidores. En la cima de los picos pululan las cascadas, que tan pronto precipitan su espuma y caen pulverizadas en el mar, como culebrean á lo largo de las rocas en forma de cintas, y mueren en la playa en su pequeño y pedregoso lecho. Con la misma ojeada abracé de una vez hasta veinte de aquellas cascadas. Si bien el otro lado de la isla carece de agua dulce, esta parte abunda mucho de ella.

Al dia siguiente observámos el valle de Kaura, que forma la cabeza del distrito de Hiro, y seguímos toda la costa montañosa de aquella provincia dominada por la cumbre del Mouna-Kea, coronada de perpetua nieve. Descubrímos tambien Laupa-hoï-hoï, segunda aldea de este nombre en aquella linea litoral, Weloka y Kamaee, y anclámos en la grande y profunda bahía de Waï-Akea, término actual de nuestro crucero.

Tras sucesion tan prolongada de tierras desiguales y sombrías, de morros y de barrancos, de acantilados y de estrechos vallecillos, apareció Waï-Akea como una privilejiada ensenada, ó como una Limagne en medio de los montes de la Auvernia. En ningun punto despliega el archipiélago mas lozana vejetacion ni mas fértiles campos de taro, de cañas dulces, de patatas y de melones. Todo se coje en este territorio á pedir de boca, así los frutos como los granos y los legumbres. Sus cocoteros son mas vigorosos y sus bananos mas productivos. Por las chozas mas espaciosas y mejor edificadas, y por el aseo de los vestidos, reconócese fácilmente que este país es el mas rico é industrioso de todo el grupo.

Esta impresion que me habia conmovido de lejos y desde la misma rada, no solo se justificó, sino que aun se acrecentó, cuando la chalupa nos condujo hácia la costa. Veía los estanques y las lagunas de la llanura abundantes de pesca, cubiertos de bandadas de patos silvestres. Habia algunos pescadores apoyados sobre pequeñas paredes de piedra que circundan aquellas especies de vivares, menos ocupados al parecer en cojer peces que en alimentarlos con almejas aglomeradas en la playa. Mas cerca de la orilla pude discernir en breve los tres torrentes que desaguan en la bahía: el Waï-Akea que se desliza hácia el Oceano por una suave rampa, despues de haber hecho saltar la lava algunas millas antes, formando un arroyo encantador en su embocadura en el cual se ven representados los mas bellos cocoteros del vallecillo (Pl. LIII. — 2); el Waï-Rama, que ofrece casi los mismos caractéres que el Waï-Akea, escapado de un lecho volcánico, y cae en la bahía á corta distancia del mismo; por fin el mas considerable, el mas impetuoso y el mas célebre de todos, el Waï-Roukou, que desciende de las cumbres de Mouna-Kea, y forma por espacio de muchas millas un curso herviente y sinuoso. Ninguna corriente se presenta bajo aspectos mas románticos y variados. En su embocadura pasa mucho tiempo entre dos muros escarpados, peñascosos y cubiertos de una vejetacion silvestre y lustrosa; y en seguida engrandece su madre, se abre el teatro, y cae el agua en una profunda ensenada donde se reflejan los mas verdes collados. El torrente se arroja á este nuevo y espacioso campo por medio de dos cascadas, una de 20 pies y otra de 8 pies de altura, ambas cortadas en muchos despeñaderos blanqueantes (Pl. LIII.— 4). Un puente rústico atraviesa el Waï-Rourou á poca distancia de su caída, y uno de los grandes placeres de los habitantes del valle consiste en arrojarse á sus olas y dejarse arrastrar por ellas en el tranquilo lecho de la ensenada.

Todavía estaba admirando aquel paisaje cuando tocó la chalupa al desembarcadero. Habíanme destinado por alojamiento la casa que ocupara 5 ó 6 años antes el capitan Byron. Esta casa era muy sencilla; todos sus muebles se reducian á algunas esteras sobre el suelo, varias sillas, dos mesas y una especie de divan á uno de los lados. Koua-Kini debia ocupar una habitacion vecina tan modesta y lugareña como la mia. Ambas se hallaban á unos cien pasos de distancia del establecimiento de los misioneros, sucursal del de Hono-Rourou. Ese establecimiento consiste en algunas chozas construídas por el estilo de las naturales, donde alojan los pastores, y se hallan su templo y su escuela. Están situadas sobre las riberas de un canal de agua dulce que comunica con el mar, y rodeado de verjeles de cocoteros, de pandanos y de aleuritas (Pl. LIV. —1).

Las innumerables bellezas de la ensenada de Waï-Akea no me retrajeron del objeto de mi viaje, el volcan de Kirau-Ea, uno de los mas singulares fenómenos de todo aquel sistema ignívoma. Como Koua-Kini no podia acompañarme en aquella incursion pedestre al interior de las tierras, fatigosa por cierto á causa de las veinte á treinta leguas que tienen que recorrerse en medio de una comarca montañosa; dióme por guia á uno de los principales oficiales del país que se habia familiarizado ya con aquel camino, el digno y bravo Makoa. Era Makoa un natural de Hawaii que todavía llevaba la capa anudada en el pecho, y los riñones

ceñidos del maro, especie de languti de los negros, que pone á cubierto las partes secsuales. Makoa iba pintarrajado, y su craneo era rasurado á escepcion de las partes anterior y posterior, donde se realzaban los cabellos en forma de copete ú ondeaban en bucles (Pl. LIV. — 2). Si á estos aparejos del tocador se añade un semblante que no desdeñaria el mismo Odry, un tinte de bronce, una boca escesivamente hendida y una frente alta; se tendrá el tipo físico de Makoa. Pero su bondad, su comedimiento, sus afectuosos cuidados y demas calidades del corazon hubieran podido entrar en competencia con nuestros Europeos. En cuanto á mí, jamas he conocido hombre mas escelente que este, y á fé que no me han faltado esperiencias. Makoa poseía un poco el inglés; yo sabia un poco el idioma de Hawaii, y así teníamos ya mas que lo suficiente para comprendernos de un modo casi completo. Él fué á la vez mi intérprete, mi guia y mi aposentador mayor encargado del campamento, y en breve reunió una escolta respetable, ya para la seguridad del viaje, ya para el transporte de los víveres y de los bagajes. En la noche misma de nuestro desembarque, todo se hallaba ya en disposicion de partir.

CAPITULO III.

ESCURSION AL VOLCAN DE KIRAU-EA.

Al amanecer del dia siguiente emprendímos la marcha. El cielo estaba sereno y el tiempo propicio; las cimas del Mouna-Kea se manifestaban en el horizonte en lineas puras y transparentes, y todo prometia á nuestro viaje la calma mas feliz.

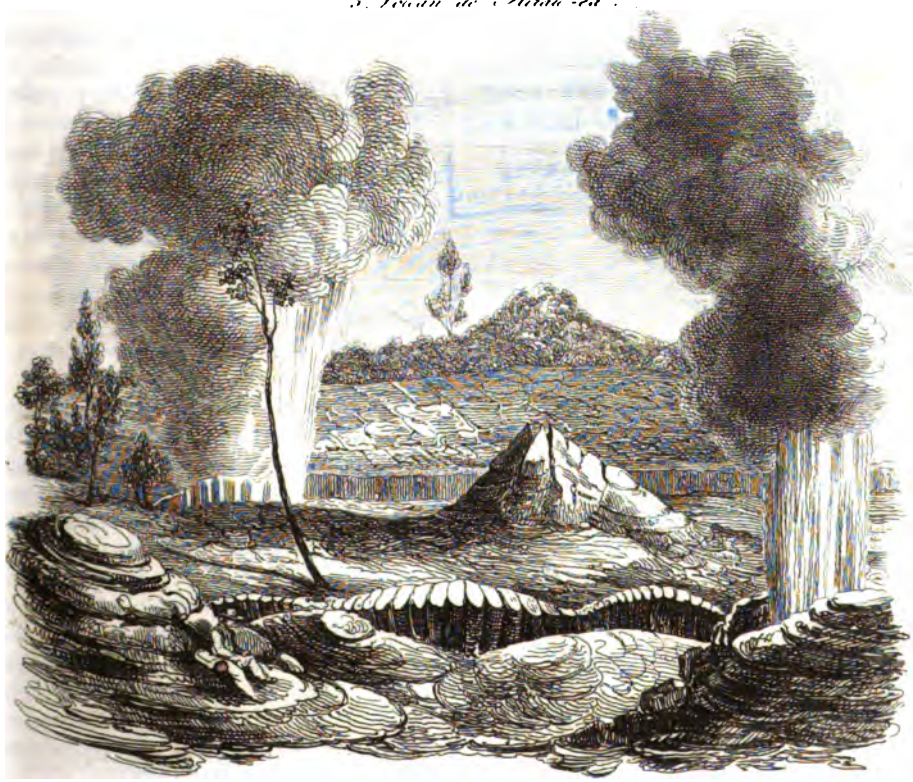
Despues de un trecho bastante dilatado, pero fácil y dulce, al través de los campos de la llanada, dejámos los bosques de cocoteros, de pandanos y de bananos, para entrar en un soto de aleuritas. Este árbol, comun á las islas Hawaii, produce un fruto del cual se estrae un aceite bueno para quemar, y el principio tintorial que servia antiguamente para el pintarroteo. Ese bosque de aleuritas, atravesado en todas direcciones de enredaderas y plantas parásitas, solo era practicable en un sendero muy estrecho que maltrataba nuestros calzados por las afiladas lavas que contenia. Estas lavas revelan la cercanía del volcan. Pasado el bosque se hace sentir ya su acceso, pues la lava es tan negra y tan tersa, que en muchos puntos es resbaladiza como el mármol. Por todas partes conserva la forma y el aspecto en que tiene lugar su petrificacion. Distínguese tambien la prolongada y anchurosa corriente en cuyos bordes vejetan bosques raquíticos. Uno de los arbolillos mas abundantes lleva una pequeña baya amarilla y encarnada harto refrescante. A orillas del camino no se halla choza alguna; pero en la raya del bosque se columbran á largas distancias algunos techos de cabañas revelados por largas espirales de humo.

A mediodía nos detuvímos bajo un hermoso aleurita; y por la noche acampámos en una casuca, asilo temporario de los naturales cuando recorren esta zona ingrata. Al dia siguiente, al rayar del alba proseguímos el camino, y á las ocho de la mañana percibímos los primeros humos de los volcanes. Cuanto mas íbamos avanzando, mas espesas y distintas eran aquellas largas columnas de vapor. En breve sobrevino un brusco accidente de terreno que nos reveló las cercanías de las bocas ignívomas. Un precipicio de 150 pies nos condujo por medio de una rampa perpendicular á una llanura de media milla, que terminaba en un segundo precipicio de 200 pies de profundidad. Cada uno de estos dos hundimientos tiene una especie de repisa semicircular de media milla de anchura. Al fin de esta segunda calzada se abre la cima vomitando vapores mezclados con llamas tan pronto sombrías como claras, con un lúgubre y eterno rimbombo.

Ningun objeto hay en el mundo que pueda dar una idea de aquel espectáculo. Concíbase una arena inmensa de 1.300 pies de profundidad y de siete á ocho millas de circuito, guarnecida de unos sesenta cráteres cónicos, los unos apagados y los otros en actividad; imajínense los mil accidentes de un terreno trabajado por un fuego interior, aquellas crestas de azufre y lava, aquellas profundas hendeduras que se presentan al viajero cual otras tantas simas, y el onduloso aspecto de aquella superficie movediza, y aun se tendrá formada una imájen harto incompleta del cuadro que tenia á la vista; cuadro en realidad serio y triste, que siempre conservaré grabado en mi fantasía como el mas imponente testimonio de los grandes cataclismas terrestres (Pl. LIV. — 3). Por lo demas, con sobrado fundamento no tienen los Hawaiis, númen mas venerado que Pele, la reina de los volcanes, puesto que á ella es deudor Hawaii de su nacimiento y de sus transformaciones, y la misma es quien amaga todos los dias modificar el aspecto que presenta. Ajente de creacion y derrumbamiento, omnipotente para causar estragos mas bien que para prodigar dádivas y beneficios.

El volcan de Kirau-Ea, segun manifiesta la lámina, difiere de la mayor parte de cuantos se han descrito hasta el presente; puesto que en lugar de un cono mas ó menos truncado y terminado por un cráter, presenta una depresion inmensa en medio de las tierras situadas en la

3. Volcan de Kirua-ea.



4. Volcan de Prana-hehoa.

PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

base del Mouna-Roa. El viajero que desee alcanzarlo, no deberá trepar picos mas ó menos encumbrados, sino por lo contrario, descender dos vastos terrados. Así es que solo puede distinguirse el volcan al llegar á media milla de distancia, cuya circunstancia coopera mucho á la viva impresion que produce. Indudablemente la cresta volcánica fué en otro tiempo un encumbrado cono; pero como la cima se fué gradualmente devorando por sí misma, amontonóse poco á poco en los hoyos y en las cavidades inferiores; cuya hipótesis jeolójica robustecen y patentizan las dos elevadas plataformas que habíamos descendido, no menos que dos sucesivos estados del volcan. No de otro modo se ha formado una mitad del fondo del cráter actual, segun atestigua una repisa de lava cuya anchura no escede de algunos pies solamente en ciertos puntos, bien que por comun alcanza muchas toesas; repisa semejante á un malecon construído ante aquel mar tranquilo, especie de galería que permite observar sin peligro el fondo del cráter. La configuracion de esta repisa manifiesta que la lava en fusion, que actualmente solo ocupa el fondo de la sima, llegaba en otro tiempo hasta su nivel; pero la desaparicion de las materias, verificada por medio de un canal subterraneo, causó un decremento de algunos centenares de pies en su altura y terminó en el estado de depresion actual.

La cumbre y los flancos de dos ó tres cráteres están cubiertos de azufre amarillo y verde, al paso que los bordes y el fondo del cráter son de un negro sombrío. Las paredes superiores de la parte del N. y del O., son perpendiculares, rojizas y calcinadas por el fuego, pero los bordes menos abruptos de la parte del E. están tapizados de azufre de un hermoso amarillo. La parte meridional está obscurecida enteramente por el humo que cubre todo aquel lado.

Del aspecto jeneral del volcan quise pasar á un reconocimiento detallado. En consecuencia descendímos á la sima. Durante los cuatrocientos primeros pasos, tuvímos que ir muy despacio puesto que aquella abrupta rampa estaba cuajada de rocas poco adherentes que el menor choque hacia rodar hácia el abismo. Salvado ya aquel peligroso pasadizo, caminámos con mas facilidad sobre una lava sólida que formaba un plano inclinado con mas suavidad hasta la consabida repisa. Yo no adelanté en aquel tránsito peligroso mas que sondeando el terreno con una larga percha, cuya medida fué muy prudente, pues la repisa, compuesta de escorias y de lava reducida á cenizas, estaba sembrada de hendeduras, de donde salian humaredas y vapores cálidos. Toda aquella superficie de un negro luciente habia conservado las configuraciones de la lava líquida, aun tan sumamente frájil que crujia bajo nuestros pies á manera de yelo. Bajo aquel sendero, apenas de algunas pulgadas de espesor, rimbombaba un cavernoso estruendo, ó un silvido de incendio interior; en ciertos puntos nuestras estacas hundidas con vigor abrian agujeros cuyo fondo no se percibia. Caminábamos pues sobre un abismo. A veces se derrumbaban algunos pedazos de repisa que rodaban con estrépito en el cráter. Aquella calzada de cenizas y de escollos se irá carcomiendo así poco á poco, y estallará como una muralla minada en sus cimientos.

Desde la parte oriental del volcan, enteramente sembrada de bancos de azufre, nos dirijímos hácia las paredes del O. A medida que íbamos avanzando, aquellas paredes tomaban mayor fragosidad hasta el punto de no ofrecer en breve mas que una muralla de 7 á 800 pies de altura. Varios montones de rocas colgaban verticalmente sobre nuestras cabezas, de suerte que el menor soplo ó el menor movimiento hubiera sido parte para desprenderlas y sepultarnos debajo de ellas. En diversos puntos se escapaban de los flancos y de la cima del cráter vapores blanquecinos, mientras que se nos presentaban varios arroyos de una lava arcillosa que parecian otras tantas cascadas fijadas recientemente.

A unas dos millas de distancia del punto á que habíamos llegado sobre la repisa, hallámos hácia la parte occidental un paraje en que se ensancha de muchos centenares de pies, cesando de formar una muralla vertical. Este estado del terreno parece el resultado de un gran derrumbamiento, y la aglomeracion de los pedazos de lava es de tal naturaleza, que puede descenderse hasta el fondo de la sima por medio de esos puntos de apoyo. Nosotros nos arriesgámos á bajar á él por un camino de zig-zag, y veinte minutos despues llegué al plano inferior del cráter. Tratábase de salvar aquel fondo de cenizas y de lavas, y debo confesar que titubeé algunos minutos. Apesar de mi temor en caminar por aquel piso, hoy sólido y mañana liquidificado, socorrióme Makoa que me habia seguido en todo aquel reconocimiento. « Caballero, me decia el buen isleño, yo le precederé á V. Pierda V. cuidado; Pele no está airada, y los habitantes de Hawaii no han cometido accion que escite su cólera. Sígame Vd.; otros Europeos han atravesado ya el fondo de Kirau-Ea, varios misioneros han hecho lo mismo, M. Byron tambien, y así otros. No hay peligro alguno. » Hablaba Makoa con una seguridad que me pasmó; por otra parte citaba Europeos é Ingleses que no habian retrocedido ante el precipicio. Avancé pues, y sin embargo me es forzoso confesar

que al verme en el fondo de aquel lúgubre precipicio, sin distinguir el cielo mas que al través de un agujero circular, y bloqueado de todas partes por paredes de basalto negro y dentellado, esperimenté un sentimiento indecible, una sorpresa profunda, un terror relijioso en presencia de aquella naturaleza convulsiva. Hubiera deseado ciertamente salir de allí.

La mejor comparacion que puede hacerse del aspecto interior del cráter, es la de un lago despues de un repentino desyelo, cuando las masas se chocan, se reunen y se apiñan de un modo caprichoso y desordenado. Únicamente se ecsalaban vapores abrasados y sulfurosos por acá y acullá, por medio de mil hendeduras abiertas.

Habíamos dado 40 pasos á lo mas sobre el piso inferior del abismo, cuando se abrió ante nosotros una hendedura de 30 pies de ancho. No atreviéndonos á aprocsimarnos á ella por temor de un derrumbamiento, rodeámosla por una de sus estremidades, en medio de torbellinos de un vapor infecto y mefítico. Un nuevo camino mas sólido, pero de una lava abrasadora hasta el grado de no poder aplicarle la mano, nos condujo á uno de los cráteres cónicos en actividad. Este cono tenia 150 pies de altura y formaba una masa irregular de lava, cuajada de agujeros, atravesada por acá y acullá de profundas hendeduras, ó atestada de bocas ignívomas de dó escapaban con horrífico estruendo cenizas, llamas, piedras y lava. Esta última formaba rápidas corrientes, y venia á concreficarse al pie del cono. Deseaba yo coronar mi jornada por una postrera osadía, y trepar aquella fragosidad trabajada por un hogar subterraneo, pero esta vez Makoa se opuso á ello. En efecto, el suelo quemaba hasta no poder suportarlo, y Makoa llevaba los pies descalzos como tambien mis guias. Yo hubiera podido todavía andar con mi calzado, bien que medio destruído; pero esto hubiera sido un acto de egoísmo é inhumanidad. Retrocedímos pues.

Habíanse establecido nuestras tiendas para la noche sobre el terrado que dominaba el cráter, y las sombras que empezaban á derramarse daban mas realce á la magnificencia del espectáculo. La profunda hendedura por cuyos bordes habíamos corrido, estaba á la sazon circundada de una bruma densa y blanquecina. Los fuegos de las bocas ignívomas que la luz del dia habia impedido discernir, se revelaban poco á poco, uno á uno, del mismo modo que se verifica al caer la noche con las luces de una populosa ciudad. A poca distancia de nosotros habia pequeños cráteres que continuaban arrojando sus luminosos surtidores de lavas y de cenizas, al paso que las cumbres de los mayores volcanes realizaban á lo lejos las mas hechiceras combinaciones de pirotecnia. Aquellos rios de fuego, unos apacibles y tersos, otros saltando en forma de cascadas, aquella actividad incesante de los grandes hornos subterraneos bajo un cielo estrellado, en una noche pura y en medio de una naturaleza adormida; cuanta poesía en semejante escena, cuantos objetos de ciencia meditativa!

Estábamos acampados en los bordes del abismo, de suerte que era muy peligroso pernoctar allí. Sin embargo, no faltaba espacio, y con solo retirar nuestras tiendas de algunos pies, nos habríamos encontrado en sitio mas seguro. Al terminar una cena frugal, interrogué á Makoa sobre aquella preferencia almenos singular. « Ah! caballero, me dijo, todo el resto es tabou; todo pertenece á Pele, la cual nos castigaria si durmiésemos en él. Pele solamente concede diez pies al borde del abismo á los peregrinos; allí están ya en seguridad, sin necesidad de violar lo que es tabou. » No obstante, era un cristiano quien así hablaba, un cristiano zeloso que temia á Pele, la diosa de los volcanes. En lugar de acostarme y dormirme, le maté á preguntas sobre Pele, sus atributos y el culto que se le rendia. Makoa reunia todas las circunstancias para satisfacerme, pues antes de su conversion habia sido sacerdote de Pele; conocia á su diosa; y lo escuché delante del templo activo de esta gran destructora, víctima de Pele si caía.

El volcan de Kirau-Ea es, segun los naturales, la mansion favorita de Pele y de los otros dioses de los volcanes. Los diversos cráteres son sus palacios en los cuales se recrean jugando al *konane*, bailando para divertirse al mujido de las hornazas, y divirtiéndose en nadar por las fervientes lavas. Aun á veces en las configuraciones de la llama sinuosa, pretenden los habitantes de Hawaii ver á Pele y sus compañeros.

Asegura la tradicion indijena que Kirau-Ea arde desde la gran noche ó el caos, y presenta los estados sucesivos del volcan en los siguientes términos. En los primeros siglos derrubiaba sobre toda la isla; en las edades posteriores se mantuvo en las llanuras vecinas aumentando siempre de superficie y de profundidad: solamente lanzaba de vez en cuando algunas rocas inflamadas acompañadas de rayos y de truenos; pero estas últimas esplosiones de cólera cesaron bajo el reinado de Ke-Oua, desde cuya época quedó parado el volcan pero como se manifestaba á veces en la orilla la lava recientemente solidificada, decian los naturales que Pele habia encontrado senderos subterraneos para dirijirse de su palacio hasta el mar.

Parece que la familia de los dioses volcánicos solo data de la época de *Taï-Akahinarii*,

mar de Kahinarii, ó diluvio de Hawaii. Aseguran tambien que esta familia llegó de Taiti, tierra muy lejana. Componíase de *Kamo-ho-arii* (rey del vapor), *Ta-poha-i-thai-ora* (esplosion en el lugar de vida); *Te-oua-te-po* (lluvia nocturna); *Tane-Hetiri* (trueno macho); *Te-o-ahi-tama-tawa* (hijo de la guerra que vomita el fuego), todos hermanos y dos de ellos diformes y cojos como Vulcano: las hermanas eran *Pele*, la primojénita y principal; *Ma-kore-wa-wahi Waa* (de ojos brillantes y que estrellan las piraguas); *Hiata wawahi-lani* (que rasga el cielo y disipa las nubes); *Hiata-noho-lani* (que habita el cielo y disipa las nubes); con esta atribucion jenérica *hieta* (que disipa las nubes) venian: *Taarava-mata* (de ojos sin cesar en movimiento); *Hoï-te-pori-a-Pele* (que besa el seno de Pele); *Ta-bou-ena-ena* (montaña inflamada); *Tereiia* (coronada de guirnaldas) y *Opio* (la jóven).

Esta numerosa y real familia vino á establecerse en Hawaii, y contraer domicilio en Kirau-Ea. Algunas veces daba vuelta á la isla, y gustaba mucho de visitar los picos coronados de nieve. Su llegada á un punto iba precedida de truenos, de rayos y de terremotos, y ordinariamente era anunciada por los sacerdotes de su templo. Como eran divinidades vengadoras, era preciso conjurarlas con ofrendas; y Pele, que era el ministro de sus cóleras bajo su forma de lava, devoraba á veces en una sola de sus escursiones hasta cuatrocientos lechones. Tan pronto se los ofrecian vivos como cocidos; así en el cráter cuando amenazaba erupcion, como en la lava cuando corria. De esta suerte la isla entera, tributaria de los dioses de los volcanes, mantenia sus templos (*heiau*) y alimentaba sus sacerdotes (*kahou*). Este culto era el del terror, oríjen de los demas, el mas poderoso y el mas obedecido de todos. Cuando se cometia una infraccion, al instante, segun los kahous, el Kirau-Ea se llenaba de lava y lanzaba su rio de fuego contra los culpables.

Y no es que no se hubiese procurado en diversas épocas arrojar de Hawaii tan temibles divinidades. Cierto dia debieron de ser domadas por Tama-Pouaa, animal jigantesco, especie de Minotauro, medio hombre y medio cerdo, que vino de Oahou, hizo una visita á Kirau-Ea y propuso á Pele ser su huésped y su amante. Apareció esta en el borde del cráter; pero en vez de aceptar su programa, lo trató con el mayor desprecio, apellidándolo cerdo é hijo de cerdo. Entonces fué cuando se empeñó una terrible lucha entre el ultrajado galan y la beldad difícil. Al principio Pelo perdió terreno, se vió obligada á entrar en su cráter, y, habiendo Tama-Pouaa llamado al mar en su socorro, pronto se vió inundada y estinguida. Empero sobrevino una coalicion de los dioses volcánicos; reunieron todos sus fuegos, sorbiéronse poco á poco las aguas, y en el momento en que los creía vencidos, salieron hirviendo de sus abismos y rechazaron á su enemigo Tama-Pouaa hasta el mar, donde lo ahogaron despues de haberlo apedreado á rocazos.

Otras veces se manifestaba la terrible Pele con mayor afabilidad. Así es que cierto dia prestó un importante servicio á Tamea-Mea, á causa de su piedad ejemplar contra su rival Ke-Oua que sin duda violara algun tabou. Ke-Oua habia tenido la imprudencia de acampar cerca del palacio de la diosa, y esta asió de esta ocasion. Despues del poner del sol, conmovió las montañas una horrible sacudida; remontáronse hácia el cielo jigantescas columnas de humo atravesadas por surtidores de fuego; y en medio de una espantosa detonacion, el abismo vomitó enormes rocas seguidas de piedras mas pequeñas. Gran parte de los hombres de Ke-Oua, colocados bajo las homicidas parábolas de aquellos proyectiles fueron muertos, y los restantes fueron sepultados á su vez bajo las corrientes de lava. Ochenta de los mas valientes guerreros de Ke-Oua quedaron en el campo; mas como este jefe era inaccesible al miedo sostuvo todavía la campaña; pero Tamea-Mea tenia en su ausilio á Pele, lo cual era una gran ventaja.

Mientras que Makoa me hacia esta relacion, tenia yo la vista fija sobre el volcan, y al aspecto de su majestuosa actividad y de su poder incesante, comprendia verdaderamente que semejantes fenómenos fuesen el objeto de un culto en un pueblo que amedrentan y en un país que desolan.

Aquella ensenada de fuego, con su penacho de humo luminoso, habia causado un no sé qué de supersticioso terror, cuando columbré los evidentes síntomas de mas enérjica convulsion. Un sordo estruendo hacia temblar el terreno bajo nuestros pies. Este estruendo semejante á una amenaza, duró algunos minutos, y poco despues se sintió una espantosa sacudida que conmovió con tanta fuerza la ensenada entera, que nuestros guias, sumidos en un profundo sueño, se despertaron con el mayor sobresalto. Levantóse Makoa y con los brazos tendidos hácia los cráteres: « Pele va á salir, » dijo. Apenas habia proferido estas palabras, cuando salió bajo nuestros pies una inmensa columna de humo; cerróse el piso; pero el cráter junto al cual habíamos pasado la mañana, proyectó una columna de esplendente llama, vomitó piedras encarnadas y cenizas que llegaban hasta nosotros, y derramó sobre las escorias del cono dos arroyos de luminosa lava que serpenteaban hasta el pie. No podia yo separar la vista de aquel má-

jico efecto de escena, cuando se reveló en un punto mas distante un lago incendiado de dos millas almenos de circuito. Aquellas olas de fuego se movian como las olas del mar, y del choque de estas ardientes oleadas nacian surtidores de fuego, algunos de los cuales llegaban hasta 50 pies de altura. Yo contemplaba en éstasis aquellos prodijios, observando con curioso terror aquella lucha de los elementos y aquella naturaleza que buscaba todavía su equilibrio desde el caos. Era ciertamente horrible y bello, imponente y doloroso. La lengua no halla voces suficientes para espresar semejantes escenas; el arte mismo es sobrado impotente para reproducirlas.

Mudo de admiracion pasé la noche en observar. Fatigado de aquella vijilia y de aquellas luces que devoraban la vista, al amanecer proseguí mi camino en compañía de mi buen guia. A una milla de distancia del punto en que habíamos acampado, Makoa hizo un alto junto á dos pequeños reservatorios de agua muy fresca, cuya circunstancia es tanto mas curiosa, cuanto que á dos ó tres toesas de allí se abren hendeduras de donde se ecsalan vapores inflamados. Estos vapores son los mismos que, condensados por el frio ambiente de la montaña, caen en rocío y forman esos reservatorios de agua destilada en ese alambique natural.

Desde aquel punto pasámos á la parte oriental del cráter, cuya altura calcula el capitan Byron en 3.000 pies sobre el nivel del mar. Seguímos un sendero muy estrecho, donde reuní muchos cascajos de lava en el estado de escoria casi vitrificada, frájil y brillante, de un color negruzco ó rojizo. Noté tambien una gran cantidad de lava vitrificada en tenues filamentos, denominados por los naturales *Rau oho ó Pele*, cabellos de Pele. Estos filamentos, de un aceituno subido, semidiáfanos y muy frájiles, tienen á veces muchas pulgadas de lonjitud, y se encuentran hasta á siete millas del gran cráter.

Seria sobrado prolijo espresar los pequeños conos volcánicos que observámos, como tambien los cráteres secundarios de tamaños y estados variables. Lo que ecsaminé con mas atencion fueron los conductos por los que se habia colado la lava al gran cráter. Estos conductos se habian cerrado por el resfriamiento de la lava en la superficie y en sus lados, al paso que iba continuando en correr por la parte inferior. Algunos de estos conductos tenian 10 ó 12 pies de altura y otros tantos de anchura. Operábase la concrecion con regularidad, y la bóveda inferior formaba una curva de la que pendian estalácticas de lava bajo todas las formas imajinables, mientras que el piso parecia un prolongado arroyo de vidrio. Las sinuosidades de la corriente y los surcos de la superficie eran tan bien conservados, que no parecia sino que aun se movia, ó almenos que era sobrecojido de una súbita refrijeracion en el momento en que ondulaba.

Dominado por la curiosidad de ver el punto de union de aquellos canales, seguíle hasta el borde mismo del gran cráter, en el paraje en que debia precipitarse la cascada de lava. Había formado esto una espaciosa ensenada, á donde caían aquellas corrientes de un centenar de pies de altura, dándole la forma mas estraña y confusa que pueda imajinarse. Habia ademas por acá y acullá pedazos de basalto de 10 millares de peso, que debian pertenecer á erupciones anteriores casi inesplicables por el estado actual del terreno.

A mayor distancia ví el cráter que los naturales llaman *Kirau -ea-iti* el pequeño Kirau-Ea, separado del volcan principal por medio de un itsmo de 50 toesas de anchura. El viajero que observe sus bordes menos escarpados y cubiertos de malezas no podrá menos de inferir que está parado desde largo tiempo. A alguna distancia se hallan los escombros de un antiguo templo llamado Oara-rauo, consagrado á Pele, cuyo sacerdote fué por espacio de muchos años *Kamaka-ake-akoua* (el ojo de dios), célebre profeta que vivia en tiempo de Tamea-Mea. Sus altares rebosaban en ofrendas llegadas de todos los ángulos de la isla, y compuestas de perros, de cerdos, de frutas y de pescado. Estos objetos debian ser cocidos al calor de las inflamadas humaredas que escapan de las hendeduras volcánicas, porque preparadas con otro fuego serian contaminadas de profanacion. Todo el terreno de esta llanura es tan sumamente cálido, que los isleños que concurren á estas montañas con objeto de cortar leña para sus cabañas ó para sus piraguas, cuecen siempre sus alimentos, así carne como pescados ó legumbres, envolviéndolos en hojas de árbol, y soterrándolos por espacio de algunas horas.

Caminando á través de aquella rejion volcánica, llegámos á un pico que lo domina en toda su estension, desde el cual se descubre el Océano. Desplegábase en la direccion del S. O. la impotente masa del Mouna-Roa, coronada de perpetua nieve; y con el ausilio de un anteojo se percibian fácilmente accidentes volcánicos, cráteres apagados y arroyos de lava resfriada. La base del monte estaba circuída por un cinto de árboles que se estendian á 6 y 7 millas de distancia.

Desde allí nos despedímos definitivamente del volcan de Kirau-Ea, y nos encaminámos hácia el distrito de Kaou, el mas meridional de la isla, donde se hallaba el volcan de Pouna-Hohoa. La senda estaba todavía sembrada de cráteres y corrientes resfriadas, cuya lava,

fracturada y resbaladiza, presentaba casi siempre el aspecto de un lago conjelado. Por la noche, una espaciosa gruta nos abrigó en Kea-Pouana, pais inculto y desierto. Esas cavernas son numerosas en las cercanías, y pertenecen, como todo el terreno interior de Hawaii, á erupciones volcánicas, puesto que la lava las formó á medida que se iba resfriando. Tendímonos en aquel meson de basalto de 50 pies de anchura, y, libre ya del ruído de los cráteres, pude reparar la vijilia de la noche precedente.

A medida que avanzábamos por la parte de Kapa-Pala, el terreno era mas fértil y el país mas habitado. Habia algunas grutas que contenian familias ocupadas de la fabricacion de las telas. Esas familias, aunque miserables, estaban contentas con su suerte. Faltos de agua en aquella zona árida, los naturales habian encontrado un injenioso recurso para procurársela. Ataban entre sí las estremidades de largas hojas canaliculadas del pandano, encorvándolas hácia tierra en la direccion de vasos y de calabazas, y de esta suerte utilizaban gran parte del rocío y de las aguas pluviales.

A la izquierda de este camino se halla el volcan de Pouna-Hohoa, menos célebre que el de Kirau-Ea, menos importante, pero no menos curioso. Su acceso es caracterizado por los movimientos y la fisonomía del terreno particulares á las ensenadas de los volcanes. Allende los confines de los campos de taro, venian varios cráteres y hendeduras ecsalando humo; y en seguida se descubrió súbitamente y casi á nuestras plantas, una depresion de cerca 500 toesas de diámetro, disminucion de una antigua lava á 50 pies bajo su nivel primitivo. Allí se hallaban las principales grietas, dos de las cuales en especial proyectaban su humo con una fuerza que argüia un imponente trabajo subterraneo. Estendíanse en un vasto espacio cual foso de circumvalacion. Estrechábanse en ciertos puntos hasta el grado de poder abrazarlos entre las piernas, pero otras veces se acrecentaban hasta 15 ó 20 pies (Pl. LIV. — 4). En las porciones mas anchas, el humo era mas espeso y mas intenso. El terreno vecino era tan abrasador, que apesar de mi calzado no podia permanecer mas de un minuto en el mismo puesto. Por dos ó tres veces percibímos el fondo que se componia de fracmentos de rocas desprendidas. En otro punto observé corrientes de lava en el estado semi-sólido que manifestaban una reciente erupcion. El aspecto jeneral de aquel volcan me pareció mas bien el de la juventud que el de la vejez. Quizás es un afluente subterraneo de Kirau-Ea, y es muy posible que cuando el antiguo volcan, oprimido por el peso de las masas que ha vomitado, no puede romper su peso terrestre, refluya sobre Pouna-Hohoa, donde rejuvenecido y renovado recobrará su aspecto conquistador y devastador.

En la rejion volcánica nos encontrámos con un habitante de Kapa-Pala que nos refirió que las dos grandes grietas se abrieran 7 ú 8 años antes. Hendióse la tierra casi sin ruído, permaneciendo por espacio de dos horas quieta y muda; pero en seguida sobrevino un lijero terremoto que sacudió Kapa-Pala, y realizó la depresion actual. El indíjena habia visto á menudo las grietas arrojando llamas y vomitando lava que al llegar al pie calcinaba y destruía los matorrales y los arbustos. Desde los volcanes de Pouna-Hohoa pasámos á Kapa-Pala, recorriendo mesetas menos ingratas y mejor cultivadas. Kapa-Pala es una pequeña aldea manufacturera, que hace un gran comercio de telas conocidas en el país bajo el nombre de *mamaki*, y celebradas por su finura y su consistencia. Al dejar las tierras bajas por aquellas rejiones elevadas, empezó á reinar un frio bastante intenso, que nos obligó por la noche á encender grandes fuegos á veces insuficientes para combatirlo.

Al dia siguiente proseguímos nuestro camino hácia el litoral recreando nuestra vista, cansada de horrores volcánicos y desiertos desfiladeros, por medio de llanuras cultivadas y chozas habitadas. Entre dia hicímos alto en Kara-Ra, y por la noche en Maka-Aka, aldea de 4 á 500 casas habitadas por familias pobres y hospitalarias.

La inclinacion del camino que corre hácia el mar empezaba á ser en Maka-Aka mucho mas rápida, por cuyo motivo hicímos en pocas horas las ocho ó diez millas que nos separaban de la aldea litoral de Pouna-Rouou. El mismo dia continuámos hasta Hilea, atravesando Koroa, conocido por los morrillos que suministra para uso de las hondas, y por Ninole, pequeña aldea, cuyas piedras, segun los naturales, están dotadas de la facultad de reproducirse, pudiendo en caso necesario transformarse en divinidades.

Poco antes de llegar á Hilea, mi guia, el erudito Makoa, me hizo observar un pequeño morro que recordaba un episodio importante de la historia contemporanea de Hawaii. En efecto, allí era donde Ke-Oua, el guerrero que Pele no se habia desdeñado de combatir, y el último y el mas animoso rival de Tamea-Mea, se entregó al vencedor despues de dos combates sucesivos. He aquí lo que me refirió Makoa de este guerrero.

Ke-Oua era el hermano segundo de Kau-ike-ouli, primojénito y sucesor de Taraï-Opou. Despues de la batalla de Keai donde murió su hermano, habia huído hácia el distrito de

Hiro que se pronunció en su favor. Lo propio hicieron Pouna y una parte de Kaou, porque Ke-oua era el descendiente directo de Taraï-Opou. Muchos años se pasaron de esta suerte reinando Ke-Oua en sus dominios, sin que Tamea-Mea desease al parecer inquietarle, cuando su rival tomó la ofensiva. No habiendo sido suficientes algunas pequeñas escursiones, marchó en 1789 al frente de todas sus fuerzas hácia las posesiones del gran jefe de Hawaii. En el camino acampó en la rejion volcánica, pero Pele, segun hemos visto, se derramó por su campo. Despreciando el presajio, marchó hácia Taï-Ritii, la punta mas meridional de la isla, donde se reunian tropas selectas al mando de Taï-Ana. El primer encuentro fué fatal para el agresor, quien, batido, perseguido y dispersado por segunda vez en Pouako-Koki, se vió obligado á salvarse casi solo y á ocultarse.

Por largo tiempo llevó en la rejion desierta una vida nómada y miserable. Finalmente, reducido á un corto número de secuaces, y no teniendo á su lado mas que á su hermano y algunos amigos, mandó un mensajero á Taï-Ana, ofreciéndole entregarse con sus partidarios en manos de Tamea-Mea, que residia á la sazon en To-waï-haï. Otorgósele la propuesta; atravesó con su escolta las tropas que habia combatido, y en todos los altos que hizo en la costa no encontró mas que votos en su favor, presentes en víveres, cerdos y telas, y protestaciones de adhesion y deseos de perdonarle la vida. Habia mucha confianza en la clemencia de Tamea-Mea; y á buen seguro que esta clemencia no hubiera faltado al vencido, sin el atroz encarnizamiento de un jefe de su corte. Apenas se manifestó Ke-oua en una piragua, cuando Tamea-Mea bajó en persona á la playa, rodeado de sus principales oficiales, todos inspirados como el rey de pensamientos de gracia, y decididos á protejer al infortunado prisionero contra la rabia de algunos furibundos. Sin embargo, habia madurado un espantoso proyecto en la cabeza de uno de aquellos hombres, el antagonista del hermano primojenito de Ke-Oua en el combate de Keai. Viendo á Tamea-Mea en la playa, dispuesto á tender la mano á su enemigo y á ponerle bajo su salvaguardia, este guerrero, llamado Keeau-Mokou, se dirijió hácia el mar, penetró en él sin titubear, caminó con agua hasta el sobaco, asió de la piragua que avanzaba, se arrojó hácia la popa donde estaba sentado Ke-Ouea, y le sepultó su puñal en el pecho. Siete camaradas del desgraciado príncipe sucumbieron en seguida bajo los golpes de aquel encarnizado verdugo, que se justificó diciendo que el país no hubiera estado tranquilo mientras viviesen aquellos rebeldes.

Esta relacion nos condujo hasta Hilea, aldea perteneciente á mi amigo y compañero de viaje, el gobernador de Koua-Kini. Hacia dos dias que estaba allí aguardándonos, y con la órden dada de hacernos dirijir hácia Honou-Apou, situada en el S. O., á pocas millas mas abajo. El camino de Hilea á Honou-Apou no ofrece otra circunstancia notable que los desórdenes de la lava que lo siembran. En ciertos puntos ha formado aglomeraciones tan singulares y tan abruptas, que para ayudar á subirlas, los naturales se han visto obligados á colocar á tres pies de distancia unas de otras, piedras llanas que sirven de escalones.

Honou-Apou es una aldea hermosa, poblada, fértil y surta de todas las comodidades. Estábame aguardando Koua-Kini en casa del jefe, cuyo domicilio se eleva en la punta mas avanzada de una calzada de lava donde está edificado el pueblo. Fatigado de mi incursion á través del domicilio de los volcanes, quise utilizar un alto necesario, completando los pormenores que me faltaban sobre el distrito de Pouna. Con el mapa en la mano interrogué á Pouna-Kini, y en medio de esplicaciones verbosas y difusas recojí y anoté las noticias siguientes.

CAPÍTULO IV.

FIN DE LA PERMANENCIA EN HAWAII.

El distrito de Kouna linda con el de Hiro, situado cerca de la aldea importante denominada Kaau, que depende del último distrito. A 9 millas S. S. E. de Waï-Akea se entra en Pouna por Hono-Rourou, y á medida que se va internando en el distrito, se encuentran waïaka-heula, Kahou-Kaï, y en fin Koula, paraje delicioso situado cerca del cabo Kapoho, punta oriental de Hawaii.

Cerca de Koula ecsiste una colina apellidada *Bou-o-Kahavari*, célebre en una leyenda del país, á causa de una victoria que alcanzó sobre Pele un jefe de Pouna, el poderoso Kahavari. Hé aquí esta singular alegoría.

Era una fiesta á la cual asistia el pueblo para su diversion favorita del *horoua*. Consistia el horoua en dejarse deslizar á lo largo de una colina sobre un *papa*, especie de narria compuesta de dos prolongadas piezas de madera muy tersas, de dos ó tres pulgadas de espesor sobre una lonjitud que variaba de ocho á diez y ocho pies. Estas dos piezas de madera estaban sujetas unas á otra por diferentes travesaños, de manera que su separacion era tan solo de dos pulgadas é iba aumentando gradualmente hasta cuatro ó cinco pulgadas por detrás. Habia una

pequeña plataforma para apoyar el cuerpo del justador, y á cada lado, á una distancia de cinco ó seis pulgadas de la máquina, se hallaban dos sólidos palos destinados á servirle de repechos. En el momento de partir, el justador se tendia sobre la narria, con una mano apoyada en uno de los palos y los pies contra el travesaño trasero, y así se arrojaba desde lo alto de la colina procurando mantenerse en equilibrio durante un trecho de cien toesas y rivalizar en rapidez con otros papas partidos al mismo tiempo.

El jefe de Pouna, Kahavari (acontecia esto bajo el reinado del rey Kearii-Koukii) jugaba cierto dia con su favorito al horoua sobre una colina que ha conservado el nombre de *Ko horoua ana Kahavari* (resbalon de Kahavari). Reunidos los naturales al pie de la altura, habian asistido á este asalto como á una fiesta, anticipándose al juego decisivo la orquesta indíjena y la danza. Iban á partir en sus papas el jefe y su amigo, cuando hé aquí que se presenta súbitamente Pele, la terrible Pele: desciende esta de Kirau-Ea, al principio como testigo; pero proponiéndose intervenir como actor, ofrece á Kahavari luchar con él. Acepta la propuesta el jefe de Pouna, parten los jugadores; pero como Pele no está habituada á manejar la narria, se queda en medio del camino, y Kahavari es coronado con los aplausos de la multitud.

Antes de verificar una segunda tirada, Pele pidió al jefe que le cediese su papa. Pero Kahavari, tomándola por una mujer ordinaria, respondió: «Sois acaso mi esposa para pedirme mi carro?» Y como impacientado de esta demora, tomó su resolucion y se deslizó rápidamente á lo largo de la colina. Puede colejirse la rabia de Pele, cuando se vió así burlada. Sintió que era diosa, dió un puntapie á la tierra y partió la montaña en dos. A sus gritos saltaron el fuego y la lava. Habia llegado Kahavari al vallecillo, cuando al volverse distinguió á Pele escoltada de truenos y de relámpagos y precedida de arroyos inflamados y torrentes de betun, que le iba ganando terreno y siguiendo de cerca sus pisadas. Entonces Kahavari asió su ancha lanza plantada en el suelo, llamó á uno de sus amigos y emprendió la fuga. Menos advertidos que él, los bailarines, los músicos y los espectadores sucumbieron á la agresion incendiaria. Tantas víctimas no podian satisfacer á Pele, porque lo que ella queria era el jefe de Pouna, Kahavari que le rehusara su papa. Persiguióle pues sin descanso, sin darle siquiera el tiempo necesario de respirar. Kahavari arrojó su *toui-raï* en Boua-Kea (manto de ojas de *ti* trenzadas), y se dirijió á su casa situada cerca de la orilla. Habiendo encontrado en la puerta á su cerdo favorito Aroï-Pouaa, saludólo con su nariz, y corrió hácia su madre que se hallaba en Kou-Kï saludándola igualmente. «Vengo apresuradamente, dijo, porque tengo piedad de vos; vuestra muerte está prócsima; Pele viene para devorarnos.» En seguida se acercó á su mujer Kanaka-Kahine, saludóla asimismo, y como esta le dijese; «Quédate, pues morirémos juntos; — No, respondió Kahavari, yo me salvo.» Despidióse de sus hijos Paupouron y Kache, diciéndoles: «Yo soy desolado por vosotros.» Rodaba la lava de nuevo sobre sus huellas, volvió á correr y no se detuvo hasta una hendedura ancha y profunda. Sin su lanza, estaba perdido: así que, la puso á través y pasó. Su amigo hizo otro tanto. Pele por su parte llegó hácia el mismo obstáculo, que no la detuvo un momento. Entonces Kahavari subió á la colina Bou-o-Kahavari donde encontró á su hermana Koae á quien solo tuvo tiempo de decir: «Buenos dias!» Y se fugó hácia la orilla del mar. Encontró allí á su jóven hermano que acababa de botar al agua su piragua pescadora para embarcar su familia. Saltaron á ella Kahavari y su compañero, y la hicieron emmarar. Llegaba entonces Pele furiosa sobre la playa; y como vió que le escapaba la presa, arrojóse al agua desesperada, probó de arrojar piedras contra los fujitivos, pero ninguna alcanzó la piragua. El jefe de Pouna y su amigo llegaron hasta una gran distancia de la orilla, donde se levantó el viento E. Entonces plantó en medio de la débil embarcacion su ancha lanza que sirvió á la vez de mástil y de vela, y alcanzó en breve la isla de Mawi donde permaneció una noche. De allí pasó sucesivamente á Ranaï y Moro-Kaï, de donde llegó á Oahou, mansion de su padre y de su hermana, á quienes refirió sus aventuras, y desde entonces contrajo domicilio en esta isla, lejos de las venganzas de Pele. Los isleños de Hawaii muestran áun en el dia las rocas que Pele arrojó sobre Kahavari.

El Bou-o-Kahavari es un cráter apagado de unos cien pies de altura con un acantilado en uno de sus lados por donde rebosó la lava. M. Ellis, que visitó estas comarcas en 1823, cree que un valle fértil, de tres ó cuatro millas de diámetro y rodeado de montañas de muchos centenares de pies de altura, no es otra cosa que un volcan estinguido desde largo tiempo. En el centro hay un segundo hundimiento de una media milla de diámetro y cerca doscientos pies de profundidad, con un lago de agua somera en el fondo, que sin duda era un antiguo cráter. Todos estos sitios están cubiertos en el dia de ricas plantaciones. La tradicion conserva un vago recuerdo del punto en que el

volcan debió de estar en actividad. El lago guarda su nombre de *Waï-a-Pele* (agua de Pele), y los naturales lo designan como uno de los puntos desde donde la diosa arrojara piedras á Kahavari. Por lo demás, toda esta fábula del jefe de Pouna es demasiado fácil de esplicar paraque haya necesidad de colejir su sentido real. En efecto, todo consiste en el recuerdo de una erupcion volcánica, ocurrida en los dominios de aquel príncipe, y tan completa que todo su territorio fué desolado.

Despues de Kopoho, la costa que se dirije al S. O. presenta sucesivamente las aldeas de Poua-Laa, Keahia-Laka, residencia del gobernador de Pouna, Kaua-Ea, Kama-Ili, en cuyas cercanías se hallaba un famoso templo dedicado al dios Rono; Kohena, sitio poblado de pescadores; Keou-Ohana, Kaï-Mou, aldea populosa y atractiva, circuída de plantaciones; Kala-Pana, pueblo pequeño, mansion de Kapihi, sacerdote de Koua-Haïro y profeta muy celebrado bajo el imperio de Tamea-Mea; Koupa-Houa, aldea encantadora, cubierta de arcos de verdura; Poulana, donde Tamea-Mea habia construído un gran templo que dedicó á Taïri, dios de la guerra, y donde se ofrecian sacrificios humanos; Kamo-Moa, allende el cual el aspecto de la comarca es rudo y silvestre; y por fin, Keara-Komo, lugar considerable, casi limítrofe del distrito de Kaou, y situado en un terreno amenazado casi incesantemente por las devastaciones volcánicas.

Estos datos jeográficos, que entresaqué de una multitud de cuentos supersticiosos y relaciones pueriles, casi completaban el mapa de esta parte de la isla. Al costearla por el lado del N., observara ya una porcion del distrito de Kouá, los distritos de Kohala, de Hama-Koua, de Hiro y de Pona, y en mi incursion terrestre, casi todo el de Kaou. Al costearla por el S., iba á terminar la tarea completando Kaou y Pouna. La goleta estaba á la sazon anclada ante Hono-Napou, y preferí embarcarme en ella. Koua-Kini habia terminado su encargo oficial y pasó á bordo conmigo, seguido de mi fiel Makoa.

Al salir de Hono-Napou, hízonos observar este un acantilado, debajo del cual habia una roca, denominada Kavero-Hea, que salia del agua. Un marido zeloso habia precipitado desde aquel acantilado á su mujer, que cayó en la piedra sin espirar, y volviera antes de morir hácia su esposo, agonizante y fuera de sí, quedando inmóvil sobre el morro, llamándole con los nombres mas tiernos y protestándole su inocencia y su virtud. Esta roca ha conservado el nombre de la víctima, la cual dicen los naturales vuelve á voces para llamar á su marido, y no faltan algunos que pretenden haberla visto. Por lo demás, estas quejas son consideradas como el preludio de alguna gran calamidad, tal como guerra, hambre ó muerte de algun personaje de encumbrada dignidad.

Todo este litoral es al parecer muy poblado y sembrado por acá y acullá de numerosas aldeas. Desembarcados en una de estas, vímos á los naturales jugar al *pahe* y al *maïta* en plazas preparadas al intento. Este primer juego consiste en tirar azagayas de dos á cinco pies de lonjitud sobre un espesor de cinco pulgadas que va disminuyendo hasta formar una punta. En el *maïta* ú *ourou-maïta*, se clavan en tierra dos palos á algunas pulgadas de distancia solamente uno de otro. Colócanse los jugadores á quince ó veinte toesas; procurando hacer pasar entre aquellos palos, pero sin tocar uno ni otro, discos redondeados de una especie de lava compacta que denominan *ourou*. Antiguamente los naturales eran sumamente apasionados á este juego, de suerte que se desafiaban uno á otro, no solamente de individuo á individuo, sino de aldea á aldea y aun de distrito á distrito. El lugar en que vímos aquella justa era muy celebrado por la habilidad de sus campeones: aquel dia habian concurrido de las cercanías 8.000 personas para presenciar la liza. Actualmente los misioneros, por un abuso impolítico de su autoridad, han prohibido á los naturales las diversiones de sus mayores, y únicamente han conservado el uso del ourou-maïta los cantones situados lejos de su vijilancia.

El camino que seguia la costa al salir de Waï-Ohinou, se dirijia algo al interior, á través de una campiña bien cultivada; y en seguida variaba su direccion al S. Allí se hallaba la aldea de Papa-Pohakou, centro de pequeños grupos de chozas sembradas en su alrededor. A mayor distancia aparecian Kalehou, aldea del interior, y Taï-Ritii donde desembarcámos. Situado en la parte occidental del cabo que forma en el S. la punta mas avanzada de la isla, Taï-Ritii es aun notable por la naturaleza de la lava que lo circunda, de una formacion reciente sin duda. Mas allá de Taï-Ritii, remontando hácia el N., aparecian á lo largo del litoral Kea-waï-Iti, Kaula-Namauna, situado en una comarca horriblemente trastornada y casi impracticable á causa de las lavas; y en seguida empieza el distrito de Kona, el mas populoso de Hawaii, á causa de su superficie. La primera aldea que reconocímos en él fué Kapoua, construída en torno de montecillos cónicos de 200 pies de altura, compuestos de cenizas y de materias volcánicas. Dia vendrá en que Kapoua espire de sed en aquella abrasada comarca, puesto que se necesitan andar siete millas en la montaña para tener agua. Mas allá está la aldea de Oma-Kaa, y á nueve millas mas le-

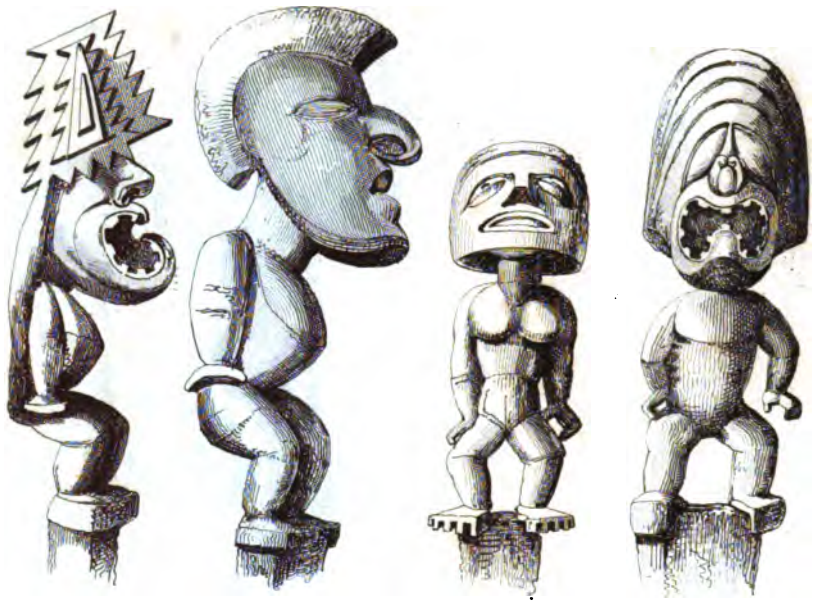
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Établissement des Missionnaires à Vai-akea.

1. Asiento de los Misioneros en Vaí akea.

2. Vahira.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



3. Divinités de Hawaï.

3 Deidades de Havaii.

4. Danseurs de Hawaï.

4 Bailarines de Havaii.

jos, la de Kala-Haiti, mas considerable y favorecida por su posicion.

No nos apeámos hasta Keakea, pueblo bastante imponente por su poblacion, y mas curioso todavía á causa de una espaciosa caverna formada por la lava llamada por los naturales Kea-Naee. Esta caverna consiste en una avenida cubierta de cincuenta á sesenta pies de altura sobre ocho á diez pies de anchura, y 400 á 500 toesas de lonjitud. Una erupcion contemporanea parece haber determinado su formacion; resultado de una caída de lava precipitada de una roca de 60 pies de altura. Así es que una parte de la bóveda ofrece una pared perpendicular, con los diversos tintes de escarlata, púrpura ó parda de la antigua lava; al paso que la otra parte, formada por el colamiento de la materia, ofrece un aspecto muy diferente, modificado por los accidentes que formó en su caída la cascada líquida. El color de esta pared es de un purpureo sombrío ó de un negro tan brillante que parece cubierta de un barniz vitrificado. Seguramente el instante en que aquella cascada de fuego se precipitó de tan encumbrada altura en una direccion vertical, presentó un espectáculo maravilloso! Por otra parte ha podido ya verse que Hawaii está atestada de semejantes magnificencias, y para describirla con ecsactitud, á menudo es preciso acordarse de esta constitucion jeolójica que es su principal carácter, seguir por todas partes á esta lava que corre y se reproduce bajo mil aspectos estraños y grandiosos, que predomina sobre toda la isla y que la hace temblar á todas horas, sea por el recuerdo de sus pasados estragos, sea por el presentimiento de sus desgracias venideras.

Al N. de Kea-Kea, y en el borde mismo de la costa, vímos Honaunau, nuestro último alto antes de Keara-ke-koua. Honaunau es un punto que no carece de importancia en la historia política y relijiosa de Hawaii, puesto que durante muchos siglos sirvió de residencia á las dinastias reales, y los vestijios del antiguo culto indíjena se conservan en él mas intactos y caracterizados que en ninguna otra parte del archipiélago.

El monumento mas curioso de todos los que encierra Honaunau, es el que lleva el nombre de *Hare-o-Keave* ó casa de Keave, osario de los reyes y de los príncipes de Hawaii desde ocho ó nueve jeneraciones. Este *moraï*, actualmente arruinado, fué en otro tiempo una sólida construccion de madera consistente, de veinte y cuatro pies de lonjitud y diez y seis de anchura, levantada en una calzada de lava que se interna mucho en el mar. Su techo era de hojas de *ti* ó dracæna; una empalizada bien cerrada circundaba á la vez el edificio y su patio de veinte y cuatro pies cuadrados, empedrado con guijarros diestramente reunidos: en la parte esterior de la cerca figuraban imájenes grotescas, unas sobre pequeños pedestales, otras sobre pilares; efijies groseras, personajes diformes de uno y otro secso, personificaciones de las divinidades tutelares del local. El patio interior estaba guarnecido por otras esculturas del mismo gusto, colocadas con irregularidad y confusion, que consistian en figuras con los cabellos erizados, las manos apoyadas sobre las caderas y las piernas como las de un bailarin que se ejercita (Pl. LV.—1 y LX—3.) Pero el grupo mas notable de tan monstruosas deidades, era el que se hallaba situado en el ángulo S. E. de la cerca. Doce de ellas formaban el semicírculo y parecian montar una especie de faccion al rededor de las catacumbas reales. Una pila de piedras en forma de creciente, de tres pies de anchura y dos de altura, servia de sosten á aquellas deidades que se hallaban colocadas como las demas sobre pilares ó pedestales. El dios principal estaba en el centro; y los otros se escalonaban á su derecha é izquierda, por órden de grado y dignidad. El signo de distincion no era la talla, sino el número de cinceladuras y el esmero con que estaban ejecutadas, con especialidad en la cabeza. Aplicábase el mayor conato en vestir con pompa á aquellas divinidades; y así es que siempre estaban rodeadas de flores, de guirnaldas, de pedazos de coco que la piedad de los fieles venia á depositar á sus plantas.

Cuando visité el moraï de Honaunau, solo quedaban ya restos de aquellas divinidades; pero la capilla estaba en pie, bien conservada y mantenida. El tabou prohibia siempre su entrada á los profanos, por lo que me fué preciso poner en contribucion la autoridad de Koua-Kini para hacerme abrir sus puertas. Desde allí, y sin que me fuese permitido traspasar los umbrales, percibí una multitud de figuras de madera ó de plumas encarnadas con ojos de madreperla y bocas muy hendidas, donde relucian hermosas hileras de dientes de tiburon. Ví además muchos haces de huesos humanos bien limpios, y dispuestos caprichosamente en todos los ángulos del edificio. A su lado habia esparcidos por el suelo pedazos de esteras y de telas que parecian ser la mortaja de aquellos nobles muertos.

Nuestra guia era en aquel moraï de Honaunau el guardian del sagrado depósito, sacerdote cuyo abuelo habia recibido al célebre Kook cuando su visita á las catacumbas reales. Refiriónos una anécdota que habia ya narrado el capitan Byron. Cierto dia su padre depositó delante del *Nouï-Akoua*, ó grande espíritu, la ofrenda habitual del pescado y del *poï*. Llegó el hijo hambriento ante aquel plato de víveres,

y se sintió con deseos de comerse los manjares ofrecidos á los dioses. Sin embargo, antes de violar sus derechos, quiso asegurarse de los medios de vijilancia y de venganza que estaban en poder de los ídolos. Pasó la mano sobre sus ojos, y no los cerraron; puso el dedo en su boca, y no lo mordieron. Entonces tomó su partido, echóles un manto sobre la cabeza, y viendo que no hacian movimiento alguno para desprenderse de él, tomó los víveres y los devoró con muchísimo gusto. Sobrevino su padre y le reprendió; pero siempre contestó á sus reproches: «Yo le he hablado, y no me ha oído; le he puesto mi mano en la boca y no me ha sentido; he colocado el manto sobre sus ojos, y no lo ha visto: tales son los motivos porque me he burlado de él, y he comido. — Hijo mio, hijo mio, repuso el anciano sacerdote; tu has obrado sin prudencia; es muy cierto que la madera no ve ni oye; pero el espíritu de lo alto lo observa y sabe todo.»

Cerca del Hare-o-Keave, y en la direccion del S., se encontraba el *Pahou-tabou* ó *Pouho-noua*, especie de cercados sagrados, verdaderos asilos bastante comunes en el archipiélago. Todo culpable que alcanzaba este suelo obtenia la impunidad. El fujitivo, el prisionero de guerra, el homicida, el violador del mas santo tabou, el ladron, el asesino, se salvaban cuando habian podido tocar una de sus numerosas puertas abiertas, sea por la parte del interior, sea por la parte de la costa. En tiempo de guerra flotaba en cada entrada un pabellon blanco á corta distancia de los muros. Hasta á aquella barrera podia perseguirse al vencido, pero mas allá hubiera sido un crímen de lesopahou-tabou, que habria espiado al instante la muerte del culpable. Ecsistian en Hawaii dos de estos asilos, el uno para el E. de la isla en Waï-Pio, y el otro para el O. en Honaunau dedicado á Keave, jenio tutelar de la comarca.

En un ángulo del recinto ecsistian algunas casas para los sacerdotes, y otras para los refujiados. Despues de algunos dias de hospitalidad para los justiciables de las leyes civiles, ó al fin de la guerra para los combatientes fujitivos, abríanse de nuevo las puertas del pahou-tabou, y salian de allí sin temer el menor peligro, porque su permanencia en el asilo inviolable habian borrado los crímenes anteriores, de cualquiera naturaleza que fuesen. Algunas veces los refujiados permanecian en el pahou-habou, y llegaban á ser sacerdotes de la comarca.

El asilo de Honaunau es uno de los mas espaciosos que ecsisten. En tiempo de guerra, las mujeres, los niños y los viejos de los distritos sublevados se refujian en él para hallarse al abrigo de las escaramuzas durante el combate, y de las represalias despues de la victoria. La forma de este pouho-noua es la de un paralelógramo irregular, cercado de paredes en uno de sus lados y en las dos estremidades. El otro lado que toca el mar á escepcion del N. O., solo está defendido por una empalizada de unos 660 pies de lonjitud, 380 de anchura y pocos de altura. Las paredes tienen doce pies de elevacion sobre quince de espesor. Hay varias efijies de divinidades, colocadas á cuatro perchas de distancia unas de otras, que dominan toda la estension de las murallas. El interior del recinto contenia en otro tiempo tres templos ó *heiaus*, dos de los cuales son destruídos, y uno solo subsiste aun medio arruinado. Componíase de un monton de piedras compactas, de ciento veinte pies de largo sobre sesenta de ancho, y cerca diez de altura. Vense ademas varios cuarteles de lava de cinco ó seis millares cada uno, elevados á siete pies del suelo, que han debido necesitar el ausilio de laboriosos esfuerzos por parte de unos isleños destituídos de todo instrumento y de todo procedimiento mecánico. La tradicion pretende que tales monumentos fueron elevados por Keave, cuyo reinado remonta á 250 años atras. Esta fecha puede ser cierta en cuanto á las paredes y á los templos, pero no en punto á las capillas y las estatuas indudablemente renovadas despues.

Entre Honaunau y Keei se hallaba el campo de Moko-Houa, célebre por la prolongada batalla que empeñó Tamea-Mea con Kau-ike-ouli, hijo primojénito y heredero lejítimo del rey Taraï-Opou. El usurpador ganó en ella la corona despues de una lucha que habia durado siete dias sin resultado decisivo. En la madrugada del octavo, sobrevino la muerte de Kau-ike-ouli que hizo trocar la fortuna en favor de su rival. Esta muerte tuvo lugar de un modo muy singular y muy dramático.

Mandaba á la sazon las tropas de Tamea-Mea, Keau-Mokou padre de Kaa-hou-Manou, Pia y Koua-kini mi amigo y mi compañero de viaje. Habíase aventurado con un corto número de guerreros á una distancia considerable del grueso del ejército, cuando las tropas de Kau-ike-ouli lo sorprendieron y lo bloquearon de improviso. Aquellos valientes soldados tuvieron que luchar con la enerjía de la desesperacion sucumbiendo todos sucesivamente uno á uno, sin esceptuar al mismo Keau-Mokou que, habiendo caído herido de muchos golpes de pahoa, fué dejado por muerto. Estaban ya despojando á los vencidos de sus halajas, cuando Kau-ike-ouli se adelantó en persona y mandó respetar el *paru-oa* del jefe enemigo. (El paraoa es una alhaja preciosa de dientes de ballena pulidos y suspendida del cuello por un rizo de pelo). Queria quitarla de su mano, cuando

Keau-Mokou volvió en sí, y en cuanto vió á Kau-ike-ouli inclinado hácia el suelo, ayudóse con el brazo del príncipe para levantarse, y de un brinco asiólo de sus largos cabellos y en breve lo abatió con su puño cuya fuerza era célebre en la isla. Amedrentados de tan imprevista resolucion, los soldados de Kau-ike-ouli esperimentaron un momento de sorpresa; pero al volver en sí, quisieron libertar á su amo, mas ya no era tiempo. Avanzaba con su cuerpo de ejército Tamea-Mea, cuando uno de los guerreros de la vanguardia intervino con oportunidad en el duelo de ambos jefes, matando á Kau-ike-ouli de una lanzada. Muerto ya el heredero de la corona, apoderóse de sus partidarios un terror pánico. Unos corrieron hácia el mar para enmararse con sus piraguas, y otros alcanzaron el vecino pahoutabou entre los cuales se hallaba el célebre Karaï-Mokou, ascendido despues á ministro de Tamea-Mea. Aun se ven en la actualidad en aquel campo de lava las osamentas de los defensores de Kau-ike-ouli bajo las de piedras, y uno de los montecillos indica todavía el sitio donde sucumbió el príncipe heredero de Tarai-Opou.

El resto del camino ofrecia muy pocas localidades notables. Recobrando el sendero terrestre, puesto que la goleta no habia querido esperarnos, atravesé con Makoa las aldeas de Keey, Kalama, Waï-Pounoula y Tiloa, y aun llegué temprano á Kaava-Roa, donde me estava aguardando mi noble y majestuosa huéspeda, la señora Kapio-Lani.

De esta suerte habia dado la vuelta á Hawaii visitado sus volcanes mas curiosos, y ecsaminado las partes mas importantes del litoral; pero aquel largo reconocimiento me habia hecho traspasar los límites del despido obtenido en Hono-Rourou. « Partimos dentro unos quince dias, » me habia dicho Pendleton; y habia diez y ocho que estaba ausente. Así es que esperimenté alguna inquietud, cuando por la mañana de nuestra partida se hizo sentir una pequeña calma de algunas horas. Afortunadamente esta calma duró poco, pues la brisa pasó al S. E. y nos impelió hácia Oahou. Esta vez pasámos entre Tabou-Rawe y el escollo Moro-Kini, y llevámos el rumbo hácia Lahaina en la isla Mawi. Lahaina es una aldea floreciente donde reinan los misioneros, que tienen allí una capilla de mampostería de noventa pies de longitud sobre sesenta de anchura, con dos altos y varias galerías. Este templo, una de las maravillas monumentales de la Polinesia, puede contener 3.000 fieles. Muchos grandes dignitarios de la corte de Oahou poseen propiedades en Lahaina, y la princesa Nahcina-Heina, la amazona de la familia real, posee tambien su casita de piedras enyesadas, segun el uso moderno introducido por los misioneros.

Despues de una hora de permanencia en Lahaina, hízose á la vela la goleta, corriendo entre Ranaï y la estrecha y montuosa Moro-Kaï, y apareciendo de nuevo, á 25 de febrero de 1831, á la vista de Hono-Rourou. Desde la salida de Hawaii, tenia un anteojo constantemente dirijido sobre el mar para ver si podria distinguir *el Oceánico*: amedrentábame la puntualidad del capitan Pendleton, y temia que no quisiese darme una leccion de ecsactitud. Cual fué mi satisfaccion al ver á mi schooner en la rada! Pero llegaba al punto de partir, pues todo estaba dispuesto ya. Abrazé apresuradamente á Koua-Kini; encarguéle mil cumplimientos para los amigos que dejaba sin verlos, el rey, su mujer, las princesas y Makoa á quien olvidara en la hora de salir de Hawaii; díle todas las bagatelas que tenia á la mano, aplicando á cada objeto un destino que le hacia precioso como un recuerdo; y pasé á la chalupa no sin alguna dificultad para alcanzar *el Oceánico* ya orientado. « Una hora mas tarde, me dijo Pendleton, dándome la mano para subir; y no hubiera tenido Vd. mas que dos partidos que tomar. Aceptar el servicio en la corte de Hono-Rourou, ó hacerse misionero. Es Vd. mas feliz que prudente! » añadió con una benéfica sonrisa. Y me dejó para velar en persona los aparejos y conducirnos fuera de los canalizos

CAPÍTULO V.

DESCRIPCION JENERAL DE LAS ISLAS HAWAII.

El grupo de las islas Hawaii es uno de los mas considerables de la Oceania, así por la vasta estension de sus relaciones comerciales, como por los progresos de sus moradores en la senda de la civilizacion. Este grupo se estiende desde los 19° á los 23° lat. N. y desde los 157° á los 159 lonj. O., formando una curva cuya concavidad mira la parte S. O. Compónese de once islas de las cuales cinco son considerables, otras tres pequeñas, y las tres restantes no son mas que simples peñascos.

La isla mas meridional é importante es Hawaii que comunica su nombre al archipiélago, y que no tiene menos de ochenta y tres millas de N. á S., sesenta y seis de E. á O. y unas doscientas cuarenta de circumferencia. Sus montañas son encumbradas y volcánicas, pero su recuesto, que empieza ya desde la orilla, es muy suave, sin que ofrezca, á escepcion de algunas localidades ya descritas, las hendeduras que caracterizan las tierras de esta formacion. La elevacion del Mouna-Kea, punto culminante del

sistema, ha sido calculada aprocsimadamente en dos mil quinientas toesas. En segundo lugar debe citarse el Mouna-Roa, mas templado y no mucho menos elevado; y en tercer lugar el Mouna-Houa-rarai. Entre estas tres montañas reina una meseta muy elevada, que permanece casi desierta é inculta, porque la parte litoral ha bastado al parecer hasta el presente á la poblacion de Hawaii. Salvo la zona terrestre que linda con el mar, zona populosa y cultivada, la isla no es mas que una rejion de volcanes y el dominio de su diosa Pele.

Hawaii, segun hemos visto, se divide en seis distritos: Kohala, Hama-Koua, Hiro, Pouna, Kaou y Kona, y ademas la meseta interior llamada Waï-Meo. La poblacion total de la isla asciende á 85.000 almas, segun los datos de los misioneros.

Separada de la precedente por un estrecho de veinte y cuatro millas, Mawi tiene treinta y ocho millas de lonjitud sobre una anchura muy regular, cuyo maximun hácia el S. E. llega á veinte y cinco millas. Está dividida en dos partes por un istmo muy bajo: la del S. E., montuosa y volcánica; la del N. O. fértil, rica y populosa. Su poblacion asciende á 20.000 habitantes.

Al S. O. de Mawi, y separada por un canal de tres á cuatro millas, está situada la pequeña isla de Tahou-Rawe, de diez millas de lonjitud sobre ocho de anchura. Es baja, estéril cubierta de malezas, y solo contiene una poblacion insignificante que se alimenta de pesca y depende del gobernador de Mawi. Entre las dos islas precedentes hay un escollo denominado Moro-Kini.

Mora-Kaï está situada al N. O. y á cinco ó seis millas de Mawi. Esta isla larga é irregular tiene cerca de cuarenta millas de lonjitud de E. á O., y una anchura de seis millas á lo mas del N. al S. El terreno se compone casi enteramente de montañas, de manera que solo hay una pequeña porcion susceptible de cultivo. Así es que apesar de su vasta estension, la isla tiene unos 3.000 habitantes.

Ranaï se apiña con las dos precedentes y tiene quince millas de lonjitud sobre diez de anchura. Es montañosa, aunque menos elevada que Mawi y Moro-Kaï, estéril en gran parte y privada de manantiales y torrentes, cuyas circunstancias hacen de ella una mansion ingrata para los 2.000 habitantes que contiene.

A veinte y tres millas O. N. O. de Moro-Kaï está situada Oahou, la mas fértil, la mas rica y la mas deliciosa del grupo. Su lonjitud no baja de treinta y ocho millas sobre diez y seis á diez y siete de anchura. Una cordillera de altas montañas ocupa su centro en la parte S. E. hasta la llanura de Eva, que tiene cerca veinte millas lonjitud sobre nueve á diez de ancho en ciertos puntos. Su suelo es fértil y entrecortado de riachuelos, pero la comarca interior es desierta y poco cultivada. Toda la poblacion se ha concentrado en torno de Hono-Rourou, en un llano de escelente terreno de aluvion que se prolonga hasta dos ó tres pies. Debajo hay el tufo volcánico, apoyado á una profundidad de quince pies sobre una base sólida de un calcareo madrepórico, análogo al que se halla en la costa. Atravesando este calcareo por espacio de doce ó trece pies, se halla un agua muy dulce que sigue con regularidad las alteraciones de la marea. Esta roca calcarea compacta y dura en la superficie, es mas tierna y porosa en las capas profundas, cuya circunstancia induce á creer que al filtrarla, el agua del mar deposita en ella su principio salino, y de esta suerte llega poco á poco al estado de agua dulce.

El puerto de Hono-Rourou, el mejor fondeadero de este archipiélago, ofrece una completa seguridad en todas las estaciones, y es el punto de recalo de los buques que recorren aquellos mares para acometer sus empresas aventureras. Raras veces acontece que no se hallen anclados cinco ó seis buques ante la ciudad, y aun á veces se han visto hasta veinte y cinco. Así es que Hono-Rourou propende á un acrecimiento gradual, ya por la residencia de la familia real, ya por la afluencia de los buques estranjeros. Cuéntanse actualmente en Oahou 20.000 habitantes, cuya mitad reside en Hono-Rourou.

Por el lado del O. N. O. y á unas sesenta y cinco millas de Oahou, aparece Tauai, isla montañosa, pintoresca, pero menos fértil y menos populosa que Oahou. Su figura es casi circular, tiene de veinte y cinco á treinta millas de diámetro y contiene una poblacion de unos 10.000 habitantes. Los principales cultivos se hallan cerca del rio de Waï-Mea, donde se ha levantado un pequeño fuerte artillado con veinte y dos piezas para la defensa de la costa. Los habitantes son dulces, bravos é industriosos. Ellis hace la observacion de que su idioma difiere del de los demas isleños en que los de las islas meridionales pronuncian *k*, y los de Tauai articulan *t*.

Niihau está situada al O. de la precedente y separada de ella por un canal de quince á veinte millas de anchura con corta diferencia, y solo contiene 5.000 habitantes. Está terminada al N. por un islote que le sirve de apéndice. Niihau goza, como Tauai, mucha reputacion por la fabricacion de hermosas esteras muy apreciadas por los jefes de las demas islas. Estas esteras coloradas tienen á veces diez y ocho á veinte varas de largo sobre tres ó cuatro de ancho. El cultivo de cáñamos, sumamente be-

llos parece ser particular á estas dos islas, las mas septentrionales del archipiélago. Su posicion aislada robusteció por largo tiempo su independencia; pero el combate de Waï-Mea, dado en 1824 bajo el dominio de Rio-Rio, las agregó definitivamente á la corona de Hawaii.

Los dos pequeños escollos Tahoura y Modo-Manou, habitados únicamente por aves, completan la nomenclatura del grupo.

El clima del archipiélago de Hawaii es cálido, pero no insalubre; y como el sol nunca se aleja mucho de la direccion de su paralelo, no se esperimenta en él invierno propiamente dicho, pues la única mutacion que caracteriza las estaciones, son las lluvias frecuentes y borrascosas que caen desde el diciembre hasta el marzo, y el reinado de las brisas invariables durante la misma época. A escepcion de estos cuatro meses lluviosos, cae muy poca agua en todas las playas occidentales de esas islas, pero por la parte del E. son muy frecuentes las borrascas en todos los demas meses del año.

En todos los puntos en que ha podido descomponerse la lava por largo tiempo endurecida, el terreno de este grupo es fecundo y activo, y se presta á mucho jénero de cultivos. El taro *(arum esculentum)*, el *convulvulus patatas* ó patata dulce, llamada entre los isleños *ouara* ú *ouhi*, y la caña dulce eran las plantas mas comunes antes de su descubrimiento. Conocian el árbol del pan, del cocotero, de las diversas especies del banano, de una especie de eujenia, las sangüesas y las fresas. Los Europeos han introducido los naranjos, los limoneros, los viñedos, los ananas, los papayos, las sandias, que han ido prosperando todos á escepcion de los ananas. Todavía no han probado aclimatar el café, el algodon y los otros artículos tropicales, apesar de la probabilidad que presentan de buen écsito.

En virtud de la ley jeneral que ha presidido á la distribucion de los seres sobre el globo, el reino animal es poco rico y variado en Hawaii. Antes de conocer á los Europeos, no contenia otros cuadrúpedos que el cerdo, el perro y el raton, mas estos han agregado la vaca, el caballo, la oveja, la cabra, el gato y el conejo. Las aves ascendian á unas veinte especies, entre las cuales se observan gansos, patos, dos pinzones (1), un tordo (2), varias zarcetas, (3) becadas (4), dos moscaretas (1), la paviota comun (2) y las acostumbradas aves marinas. Los insectos son raros y limitados; las mariposas y los coleópteros son en corto número, pero abundan las moscas y los músticos. No habita la isla ninguna especie de serpiente, y todos los reptiles se reducen á dos especies de lagartos del color ceniciento, y de cinco á seis pulgadas de lonjitud. Los peces al contrario, son variados y numerosos, con especialidad los bonitos y los peces voladores. Hay tambien diversos mariscos, entre los cuales descuella la ostra perlera, que suministra á menudo perlas de preciosa calidad. En la costa abundan los zoófitos. Un naturalista que acompañaba al capitan Byron en su viaje, recojió once especies de mariscos, todos pertenecientes al jénero voluta.

Ecsaminadas en la parte jeolójica, las islas Hawaii pueden considerarse como un grupo de volcanes surjido en un banco de corales y de madréporas (3). Hemos visto ya que las montañas se componian de lavas y de materias volcánicas. El gran volcan de Kirau-Ea parece tener por base una roca de trapp. Los terrenos bajos que tocan con el litoral, parecen situados sobre una base madrepórica dejada en seco. Estos terrenos ofrecen carbonato de cal y masas calcareas, donde están conglutinados los corales y los mariscos en todos los estados, desde el marisco y el coral naturales hasta la petrificacion casi completa. Hanse encontrado en Oahou pórfidos arcillosos y amicdaloidos.

Apesar de los trabajos de Andersón, Menzies y Gaudichaud, la flora de Hawaii es conocida aun con harta imperfeccion, sobre todo en su

(1) Pájaro del tamaño de un gorrion, pintado de varios colores y de canto poco sonoro.

(2) Ave muy conocida, de tamaño mayor que el de la cogujada, con unas pequeñas manchas blancas sobre el negro.

(3) Ave poco mayor que una paloma, de color obscuro, que anda siempre á la orilla del mar ó de los lagos.

(4) Ave pasajera y sabrosa al paladar, del tamaño de una perdiz, de color rojo, blanquecino, etc. Vuela poco, pero con velocidad: en verano suele buscar los montes, y en invierno los llanos. Aldrovando describe una becada campesina, mayor que esta, pero con los mismos colores, y mas cubierta y pintada. En latin es llamada *rusticula*, *gallinago* ó *perdix rustica*. En España le dan el nombre de *gallineta* en Andalucía; *pitorra* en Castilla la Vieja y Estremadura; *becaza* en otras partes, y tambien *coalla*, *gallina sorda* y *gallina ciega*. Hay ademas otra becada marina, llamada en francés *beccase de mer*, y en latin *rusticula marina*.

(1) Ave muy pequeña, que se mantiene de moscas, gusanillos y otros insectos. Hace su nido en las zarzas, y no pone mas de dos huevos al principio del verano. Anda siempre sola, y no se acompaña con el macho sino cuando está en zelo. Llámase tambien en castellano *siete arreldes* por su pequeñez, *moucherolle* en francés, y *avicula rubetis gaudens* en latin, aunque, segun Terreros, no se halla en buena latinidad.

(2) Ave fluvial de que, segun Jisnerio, hay cinco especies: la *comun*, á la cual alude el autor; la *esterna*, la *pescadora*, el *laro negro*, así llamada por tener el lomo negro, aunque todo el resto es blanco; y la que Alberto llama *Melva*, que absolutamente es blanca y marina. Llámase tambien en castellano *gaviotas*, en francés *mouette*, *poule d'eau*, *falcorde*, y en latin *gavia*.

(3) Planta marina ramosa, estrellada, acanelada, etc. de la cual ecsisten conocidas siete especies regulares, segun algunos. Es una planta piedra á modo del coral, de suerte que vulgarmente le llaman coral blanco. Llámase madrépora, esto es, milépora, por estar llena de poros.

parte mas curiosa, la de la gran mesa-central y de los puntos culminantes. Se sabe sin embargo que en Hawaii en especial; á escepcion del terreno de los torrentes, ecsiste una zona hasta cerca de 200 toesas de altura, donde la vejetacion natural es casi nula, atendido que la lava, aun dura y vitrificada, no ha recibido una modificacion suficiente para admitir y fecundar los jérmenes de las plantas. Mas arriba comienza la segunda rejion que comprende una parte considerable de la vejetacion indíjena; pero la zona superior, constantemente circundada de nubes, mantiene su verdura en un aspecto de perpetua frialdad; por fin, en la tercera rejion superior á las nubes, cesa enteramente la zona de las plantas alpestres en que la vejetacion sigue una marcha decreciva hasta el límite de las nieves eternas.

La vejetacion del litoral es casi la misma que se encuentra en las otras islas de la Oceania, á saber: el cocotero, el banano, la morera de papel, el árbol de pan, el *hibiscus*, el *gossypium*, el *morinda*, el *ricinus*, el *dracæna*, el *sida*, varios alboholes (1) y diversas plantas herbaceas. Prescindirémos de la nomenclatura de los árboles de la segunda rejion, que cuenta muchas especies propias á estas islas, y otras que le son comunes con los diversos grupos de la Oceania. Sin embargo, no puede menos de observarse que en medio de las nubes, la vejetacion toma un desarrollo estraordinario; muchas plantas que en el nivel del mar no eran mas que malezas ó arbustos, se convierten en árboles verdaderos, y la campiña, raquítica y melancólica, adquiere un aspecto vigoroso y franco, una verdura lozana y eterna primavera.

En el límite inferior de aquella rejion se observa á veces un curioso efecto de meteorolojía. Aunque los nublos fijados á cierta altura la abandonan varias veces para visitar la atmósfera interior, acontece sin embargo de vez en cuando que se apiñan separadamente y descienden algunos vapores desprendidos de la masa; pero en breve se ven aquellos copos parciales evaporarse bajo la accion intensa de los rayos solares, directos ó reflejados, disminuirse sensiblemente, volatilizarse y desaparecer. Este pequeño juego de evaporacion entre la rejion seca y la rejion húmeda sirve de alimento á la vejetacion intermedia, al paso que la del litoral entresaca su fuerza y su robustez de los torrentes que se precipitan de las cumbres nevosas, ó de las cascadas que se despeñan de los acantilados.

(1) Planta ratera y silvestre de que usan las mujeres para saumerios, y echa polvos para aumentar la leche. Dícese que enreda á lo que encuentra, y sus hojas se parecen á las de la yedra. Llámase en latin *convulvulus, simulax lœvis*, y *scammolia parva*.

En la rejion de las nubes habitan diversos pandanos, muchos lobeliaceos, un metrosidero y un mimosa; estos últimos son notables por las formas variables que afectan sus hojas, y principalmente el precioso sándalo, que constituye uno de los mas importantes ramos del comercio de estas islas.

CAPITULO VI.

HISTORIA DE LAS ISLAS HAWAII.

El archipiélago de Hawaii posee sus anales fabulosos consagrados en los cantos nacionales y en las tradiciones populares. Estos anales siempre vagos, á menudo contradictorios, mas bien alegóricos que verdaderos, y mas atestados de ficciones que de hechos, manifiestan sin embargo la fisonomía nacional y constituyen la poesía primitiva de un pueblo y la espresion de sus sueños infantiles, bajo cuyos diversos títulos merecen realmente ser estudiados.

El oríjen de la raza de Hawaii en estas viejas tradiciones es objeto de varios dictámenes. Segun los unos, el primer habitante de estas islas era de oríjen celeste y descendia de Haumea, divinidad del sexo femenino; segun otros, los jefes tenian por padre á Akea, que era el punto de contacto de los hombres con los dioses; pero la opinion mas acreditada es que los habitantes primitivos llegaron en una piragua desde Taiti que significa *lejos*. Refiérese pues que en los tiempos antiguos, cuando el Océano cubria todo el espacio, un ave de enorme tamaño se reclinó sobre sus olas, y depuso en ellas un huevo que fué Hawaii. Poco despues, llegaron en una piragua de Taiti un hombre, una mujer, un cerdo, un perro y un par de gallinas que aportaron y se establecieron en la costa oriental de Hawaii. Una version, que tenia curso en Oahou, añadia que los recien venidos se arreglaron amistosamente con los dioses y los espíritus que poblaron entonces aquellas islas. Las mismas y otras tradiciones hacen mencion de un diluvio que sumerjió todo el grupo, á escepcion de un pico dejado en seco sobre el Mouna-Kea, en el cual se salvaron algunos seres humanos que dieron oríjen á la poblacion actual (1).

Hemos visto ya que la navegacion lejana se

(1) En todos los pueblos de la tierra se encuentran tradiciones y testimonios irrecusables de la verdad del diluvio universal. Los Indos y todos los Orientales, apesar de cuanto se haya dicho, conservan todavía esta opinion, y aun pretenden señalar la época en que se verificó (La Mauze, Mem. acad. *inscrip. tom. XXII.*). Se ha dicho tambien que la China, no obstante haber podido transmitirnos todos los acontecimientos de su historia á causa de la constante pacificacion en que ha vivido, y de no haberse visto invadida como la Europa por ejércitos de bár-

manifiesta como un hecho indudable en los antiguos anales de la comarca, que un sacerdote de Hawaii, Kama-pii-kaï, colonizó Taiti, y que el sacerdote estranjero Pao, de color blanco, aportó con sus dioses en el suelo de Hawaii bajo el reinado de Kahou-Kapou.

En vida de Opiri, hijo de Pao, llegaron á Hawaii hácia el S. O. de la isla, muchos estranjeros, igualmente de color blanco, que contrajeron domicilio en las montañas. Los naturales ignoraban si debian tratarles como dioses ó como hombres; los miraban con un sentimiento de curiosidad respetuosa, y no osaban aproximarse á ellos. En fin, el rey del distrito lo consultó con Opiri, quien fué de parecer que se les ofreciesen en víveres un presente considerable. Aglomeróse al efecto una gran masa de provisiones, y Opiri, á la cabeza de sus isleños, se dirijió hácia la montaña donde se abrigaban los estranjeros. En cuanto vieron estos venir á Opiri con su escolta, salieron de su retiro y se presentaron á los visitadores; por cuyo motivo los naturales desplegaron esteras, depusieron en ellas sus víveres y retrocedieron algunos pasos. Entonces Opiri tomó la palabra y profirió dos ó tres espresiones, á las que contestaron los estranjeros aceptando el presente. Encontraron felizmente un trujaman, por cuyo medio entablaron conversacion con los naturales, pero este hecho tan sencillo pareció á los buenos de los isleños una cosa tan sobrenatural, que de todos modos quisieron ver dioses en aquellos estranjeros, y los trataron con todo el respeto imajinable. No fué larga la mansion de aquellos hombres blancos, pues pronto se volvieron á su país. La crónica no especifica cual buque habia podido conducirlos, y todo lo que nos ha transmitido es el nombre del jefe llamado Mana-Hini, que en lenguaje polinesio significa un estranjero, un huésped, palabra comun á los isleños de Hawaii, de Taiti y de Nouka-Hiva.

Una tradicion mas reciente y mas precisa establece tambien que muchos años despues de la salida de Mana-Hini y de sus camaradas, bajo el reinado de Kahou-Kapou, rey de Kaava-Roa, aportaron en la bahia de Ke-ara-kekoua siete estranjeros en el mismo punto donde tocó despues el capitan Cook. Vinieron en una canoa semejante á la suya con un tendal (1) en la popa, pero sin palos ni velas. Iban todos vestidos de blanco y de amarillo, y uno de ellos llevaba un *pahi* ó largo puñal á su lado, y una pluma en su sombrero. Los naturales recibieron á los recien venidos del modo mas amistoso. Aquellos hombres casaron con mujeres del país, fueron llamados jefes, se mostraron hábiles, jenerosos, valientes, esperimentados, y acabaron, segun se dice, por gobernar la isla de Hawaii. El misionero Ellis pretende que aun se hallan en esta isla individuos procedentes de aquellos colonos estranjeros. « Aquellos hombres, dice, se reconocen fácilmente por el tinte mas claro de su piel, por el carácter de sus facciones y por sus cabellos negros y ensortijados. Por lo demas, ellos mismos se atribuyen este orijen, cuyo recuerdo constituye una gloria y un título de familia. »

Lapérouse habia emitido ya la opinion de que las islas de Hawaii, las Sandwich de Cook, no eran otras que las islas de los Reyes y de los Jardines, descubiertas en 1542 por el Español Gaëtan. Este navegante refiere que habiendo partido del puerto de la Natividad, situado en la costa de América á los 20° lat. N., corrió directamente hácia el O. durante 900 leguas, á cuya distancia descubrió un grupo de islas de salvajes que iban casi desnudos, orilladas de corales, y fértiles en cocoteros y otros árboles.

Con el mapa en la mano fácilmente se ve que el archipiélago de Hawaii es la única tierra á que pueden aplicarse estas diversas circunstancias. En este caso la tradicion precedente debe de hacer alusion á la visita de Gaëtan, cuyo aserto es tanto mas probable, cuanto que Kahou-Kapou, 6° projenitor en linea directa de Taraï-Opou, rey de Hawaii cuando el viaje de Cook, debia vivir 200 años antes, esto es, hácia la misma época citada por el navegante español.

Mas significacion tiene otra tradicion que se refiere á la misma fecha, relativa á un tal Rono, puesto que esplica el motivo porque los

baros, nada absolutamente nos ha dejado relativo al diluvio. *(Carta que se supone escrita al papa Pio VII por el príncipe de Talleyrand)*. Sin embargo, este aserto queda desvanecido de todo punto, así por no estar cimentado sobre ningun fundamento sólido, como por la autenticidad de los datos que nos presenta el sabio Virey en su profunda y filosófica *Historia natural del jénero humano, lib. 6, secc. 1, art. 4*. En efecto, por ellos se ve palpablemente demostrado que los Chinos, no solo conservan la memoria de un diluvio cuyas aguas sumerjian los montes, si que tambien lo fijan bajo el reinado de Yao (sea que este personaje fuese ficticio ó real), cuya época parece coincidir con la de los Indos; con lo cual se desmoronan cuantos sistemas se fundan sobre la inecsactitud de aquella proposicion. Los que suponen que el diluvio fué tan solo la irrupcion de las aguas del Océano en el espacio que ocupa hoy el Mediterraneo, de la cual se formó este, pueden desmentirse pues completamente por las noticias diluvianas que se guardan no solo entre los pueblos litorales del Mediterraneo, sino tambien entre los Indos, los Chinos, los salvajes del Nuevo Mundo y las tradiciones de los habitadores de Havaii, segun vemos en este pasaje del autor, bien que un poco desfiguradas por la crasa ignorancia y embrutecimiento en que yacen sumidos aquellos naturales, y por las ideas politeistas de sus sacerdotes.

(1) Cubierta de lienzo ú otra cosa á modo de toldo, que sirve para defender del sol.

naturales tributaron á Cook los honores divinos en la época de su llegada. Vivia Rono bajo uno de los antiguos reyes de Hawaii. Zeloso y pronto, mató en un arrebato de cólera á su mujer á quien amaba tiernamente; mas habiendo enloquecido por el dolor y el sentimiento, recorria las islas quejándose á todo el mundo, luchando y dando puñadas al primero que encontraba; en fin, cansado y desesperado, embarcóse en una piragua de forma particular y se engolfó en alta mar, prometiendo regresar otro dia. Los naturales consagraron la vida de aquel hombre en un canto nacional que continuarémos para formar idea de los demas.

O Rono-Akoua

1. Rono-Akoua de Hawaii, en tiempos antiguos habitaba con su mujer en Ke-ara-ke-koua.

2. El nombre de la diosa, su amor, era Kaïki-rani-ari-opouna. Habitaban bajo una roca escarpada.

3. Un hombre subió á la cima de la roca, y de allí se dirijió á la esposa de Rono diciendo:

4. « O Kaïki-rani-ari-opouna, vuestro amante os saluda: conservad á este, apartad á aquel, el uno aun se quedará. »

5. Rono, comprendiendo este artificioso lenguaje, mató á su mujer en un movimiento de furor.

6. Desesperado por este acto de crueldad, trasladó á un moraï el cadáver de su mujer, y lloró sobre él por largo tiempo.

7. En seguida recorrió Hawaii en un estado de frenética demencia, batiéndose con cuantos hombres encontraba.

8. El pueblo atónito esclamaba: « Rono es enteramente loco? » Y respondia: « Yo soy loco á causa de ella, á causa de mi grande amor. »

9. Despues de haber instituído juegos para celebrar su muerte, embarcóse en una piragua irregular y se hizo á la vela para apartadas tierras.

10. Antes de partir, profetizó lo siguiente: « Yo volveré en los tiempos futuros sobre una isla que contendrá cocoteros, cerdos y perros. »

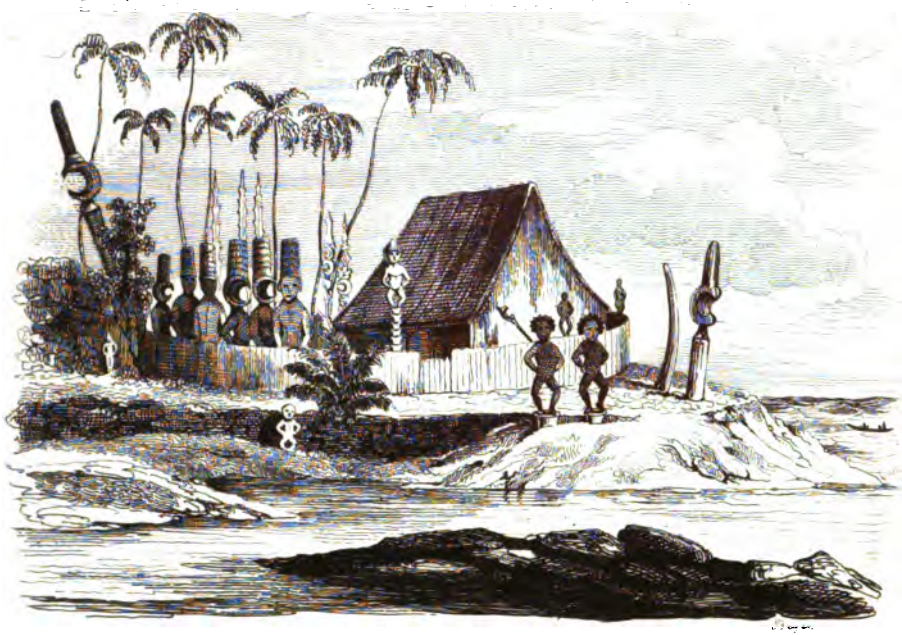
Los isleños colocaron á Rono en el número de sus dioses, y todos los años, en el aniversario de su partida, celebraban en su honor una fiesta acompañada de juegos homéricos, lucha, pujilato y combate de azagaya. Como Rono habia dicho que volveria, lo aguardaban todos los años, y así es que cuando Cook tocó en Hawaii, tomaron á sus buques por islas y al capitan por su dios. De aquí dimana aquella recepcion solemne y aquellos honores divinos de que hablarémos pronto.

A la época de Rono sucedió la del 5° descendiente de Kahou-Kapou, Kaïa-Mamao, que tuvo un fin muy trájico. Habiendo Kouï-Poïpoï, jefe poderoso de Hawaii, procurado seducir á una de las mujeres de Kaïa-Mamao, consiguió un dia atraerla fuera de su casa, y haciéndole violencia, se la llevó á la montaña. Este rápto impolítico y odioso, podia turbar la paz de la comarca; pero el hermano del raptor, Ala-Poï, hombre justo y guerrero valiente, reprendió á Kouï-Poïpoï, fué á encontrarlo, y lo decidió á restituir la robada esposa á su marido Kaïa-Mamao. Verificóse así; pero cuando Ala-Poï se presentó al rey con aquella mujer confusa y temblorosa, ese príncipe altanero y desdeñoso no quiso recibirla. Insistió Ala-Poï; preparó un presente de nueces de coco, pescado y otros víveres, y lo depositó á los pies del rey; pero este en vez de admitirlo, mandó colocarlo en *watas* ó plataformas, á fin de que fuese corrompido por el calor del sol. Semejante proceder era la afrenta mas sanguinaria que pudiese dirijirse á un jefe; así es que escitó la indignacion del honrado Ala-Poï. Partió furioso de la corte, reunió todos sus partidarios, y los llevó contra las tropas del rey. Empeñóse en el valle de Ono-Marino una accion sangrienta que duró tres dias. A escepcion de Kaïa-Mamao y de su hijo Taraï-Opou, pocos guerreros del partido real escaparon á aquella carnicería. El mismo rey debió su salvacion á la jenerosidad de su intrépido enemigo Ala-Poï, que detuvo la lanza que iba á atravesarlo. Sin embargo, siendo sobrado altivo para recibir una gracia mas cruel aun que su derrota, se suicidó en el campo mismo de batalla.

Apesar de esta catástrofe, los isleños de Hawaii no quisieron privar á su descendencia de la corona, entronizando al jóven Taraï-Opou, el mismo que reinaba cuando apareció Cook en esas costas. En aquella época las islas no obedecian á un solo jefe, pues cada una tenia un *arii-rahi*, jefe supremo, y varios *ariis* ó príncipes de distrito. La gran jenealojía real de Hawaii puede resumirse, para la época anterior á Cook, en un cuadro que trazó King sobre las indicaciones verbales de los sacerdotes, en tiempo del descubrimiento.

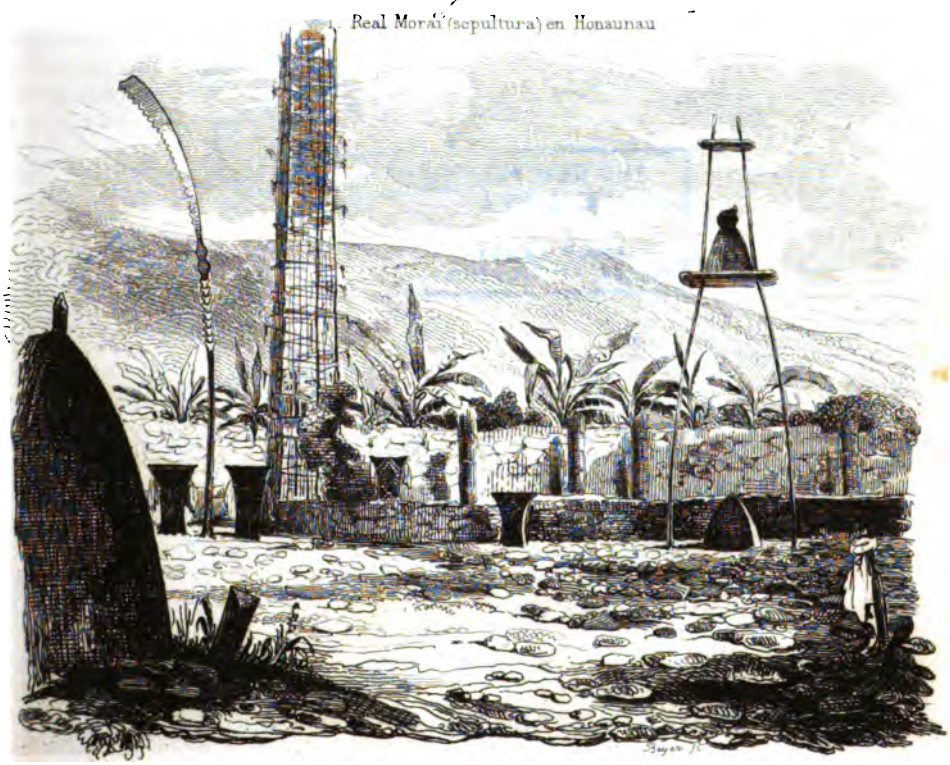
Este cuadro cuenta cuatro jeneraciones clasificadas en los términos siguientes:

Pourabou-aou-kaï-kaïa reinaba en Hawaii; pero solo tuvo un hijo llamado Nirou-Akoua. Por este mismo tiempo, Mawi tenia por rey á Moka-Kea, cuyo hijo se llamaba Papika-Niou.



1. Moraï Royal de Honaunau.

1. Real Moraï (sepultura) en Honaunau



2. Moraï à Taiaï.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

THE
PUBLIC
ASTOR
LENOX
TILDEN

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

THE
PUBLIC
ASTOR
TILDEN

Cook solo permaneció tres ó cuatro dias en Tauai; visitó Niihau, donde hizo un alto de tres dias, y apesar de su deseo curioso de esplorar el resto del grupo, llevó el rumbo hácia su destino, la costa N. O. de la América, y solo reconoció de lejos la isla de Oahou, que comprendia con Tauai, Niihau y el escollo Taboura, bajo la denominacion comun de islas Sandwich.

Pero al año siguiente, hácia la misma época y á su salida de las costas americanas, el insigne navegante quiso completar aquel útil reconocimiento. A 17 de enero de 1779 apareció de nuevo ante el grupo descubierto y ancló en la bahía de Ke-ara-Kekoua, situada en la costa occidental de Hawaii.

La presencia de aquellos hermosos navíos europeos produjo sobre aquella playa un efecto imposible de describir. Habiendo Kahou, el jefe del colejio de sacerdotes, y su hijo Onc-Ea, sacerdote del dios Rono, declarado solemnemente que era Rono que cumplia su promesa apareciendo de nuevo en Hawaii, segun habia pronosticado, desde entonces Cook fué Rono y dios para todos: cuando atravesaba aquella multitud de indijenas, era apellidado el gran Rono, Rono el poderoso; prosternábanse á su paso, y se hacian en los templos sacrificios en su honor. Así es que obtuvo cuanto quiso, no menos para sí que para sus tripulaciones. Pero algunas veces tenia que prestarse en cambio á ceremonias estravagantes cuya significacion no sabia comprender. Bien veia Cook, en la acojida que le dispensaban aquellas jentes, que no lo trataban como á hombre de la misma naturaleza y del mismo rango que los otros; pero no tenia conocimiento de la leyenda fabulosa de Rono. Sin embargo, dejóse eudiosar con mucho gusto; representó á Rono como si realmente Rono estuviese de regreso, y se sujetó á las ovaciones relijiosas con que celebraron su memorable llegada.

En una de aquellas ceremonias, lo condujeron al *Hare no o Rono* (casa de Rono), y lo hicieron sentar bajo el ídolo, especie de títere jigantesco, cobijado con un gorro puntiagudo y cubierto de un gran ropaje blanco, tan horífico como el *Mama-Combo* de los negros del Gambia (1). Colocado bajo aquella santa efijie, le envolvieron el brazo en una tela encarnada, y confiaron al oficial King el cuidado de sostener aquel brazo al aire (Pl. LV.—4). Entonces se adelantó un jóven jefe llamado Kaïri-Kia en medio de doce sacerdotes completamente desnudos y llevando solo el maro; tomó de manos de uno de sus cólegas un lechoncito, articuló una larga y solemne súplica, y ahogó al animal, que fué preparado y cocido. Bajo esta nueva forma lo presentaron á Cook con un redoble de oraciones, acompañadas de nueces de coco y de copas llenas de Kava, el licor fermentado de la Polinesia. Era forzoso hacer comer de aquel cerdo á Rono, y por última prenda de respeto, un sacerdote llevó con sus propias manos los víveres hasta su boca. Cook hizo la monada, puesto que poco antes le habian forzado á engullir cerdo corrompido, de rechazar la ofrenda con dulzura, pero con obstinacion. Resuelto entonces á vencerle por todo jénero de procederes, el sacerdote Koala mascó las tajadas y se las ofreció en seguida. Cook no resistió ya.

La benevolencia de los sacerdotes y de los naturales no se limitaba á estos honores de aparato. Siempre que desembarcaban los hombres de la tripulacion, los colmaban con provisiones de todo jénero; y si las chalupas tardaban en llegar, mandaban á bordo piraguas cargadas de lechones, nueces de coco, frutas y legumbres. El ofrecimiento de estos presentes era puramente desinteresado, pues nada pedian en cambio. Felices cuando Rono se dignaba aceptarlos!

A 24 de enero, un solemne tabou establecido en la rada de Ke-ara-Ke-Koua anunció la próxima llegada del arii-rahi Taraï-Opou, que regresaba de una incursion belijera en la isla vecina. Prevenido de la llegada del estranjero, paseóse al principio de incógnito al rededor de sus buques, y en seguida anunció que haria á Rono una visita solemne y que le ofreceria los mismos presentes que se ofrecian á los dioses.

En efecto, el dia fijado para la ceremonia, Taraï-Opou se embarcó al mediodía en una gran piragua, escoltada de otras dos cargadas de provisiones, y tomó el camino del navío. Los principales oficiales de la corte, cobijados con sus cascos, cubiertos con sus mas ricos mantos, y armados con picas y puñales, atestaban la embarcacion del rey; en la siguiente se apiñaban los sacerdotes, presididos por el venerable Kahou, y llevando sus ídolos adornados con telas rojas. Estos ídolos, especie de maniquíes de mimbre de jigantesca talla, estaban guarnecidos de plumas coloradas como los mantos de los grandes; sus ojos parecian discos de madreperla con una nuez hundida en el centro; sus colmillos, dientes de perros y sus facciones, rasgos salvajes y grotescos. La tercera piragua iba llena de cerdos y legumbres. La travesía de la orilla á bordo fué empleada en cantos relijiosos. Llegados ante los navíos, las piraguas les dieron la vuelta, y en seguida, en vez de subir al puente, el rey hizo una seña al capitan inglés paraque se confiriese con él á la playa. Cada

(1) Véase el tom. I, pág. 32.

uno por su parte se dirijió á ella, y entró en una tienda que improvisaron los Ingleses cerca del desembarcadero. Entonces fué cuando en medio del profundo silencio que se estableció en aquel recinto, el rey se levantó, se encaminó hácia Cook sentado en la estremidad de la sala de audiencia, colocó con mucha gracia su propio manto sobre las espaldas del Inglés, le cubrió la cabeza con un casco de plumas, púsole un abanico en las manos, y acabó por estender á sus plantas seis mantos del mas alto valor. Mientras el rey iba desplegando tan preciosos presentes, sus servidores trajeron por su parte cuatro gruesos cerdos, cañas dulces, nueces de coco y frutas de pan, que depositaron á las plantas del capitan. Concluyóse la ceremonia con el trueque de los nombres entre Cook y Taraï-Opou, formalidad muy jeneral é importante en las islas polinesias. Apenas hubo acabado el rey, cuando sobrevinieron los sacerdotes, zelosos de ofrecer sus homenajes á Rono, arrastrando tras sí una hilera de hombres con cestos de bananas, de legumbres y de frutos.

Taraï-Opou, viejo ya en aquella época, achacoso, macilento y enfermo, iba acompañado este dia de sus dos hijos y de su sobrino, tan celebrado despues bajo el nombre de Tamea-Mea. King que lo vió, asegura que aquel jóven jefe tenia un aspecto estraño y salvaje, y que su cabeza estaba cubierta de una pasta y de un polvo negro muy poco aptos para embellecerla.

De esta suerte se pasó el resto de la permanencia de los Ingleses. Ni un solo instante se turbó la buena armonía: únicamente Taraï-Opou parecia algo inquieto de la cantidad de víveres que absorvian los dos navíos. « Estas jentes, se decia el monarca de Hawaii, llegan de un pais donde morian de necesidad: por poco que permanezcan mas aquí, meterán el hambre en mi isla.» Entonces se informaba con mucha solicitud del dia en que debian partir, y cuando le dijeron que estaba fijado al 4 de febrero, pareció desmayarse. Redobló sin embargo sus atenciones, oprimiendo á Cook con piraguas cargadas de víveres. Cook le contestó con dádivas almenos equivalentes. En el momento de partir, los sacerdotes querian retener á Rono, ó almenos al oficial King, á quien tomaban por hijo suyo; de manera que no sin pesar vieron la *Descubierta* y la *Resolucion* llevarse al divino estranjero.

Hasta entonces Hawaii fué para el gran navegante una rejion propicia y hospitalaria, pero la desgracia quiso que estando á punto de determinar la esploracion del grupo, sobreviniese una ráfaga de viento que maltrató á uno de sus navíos, por cuyo motivo reapareció en la rada de Ke-ara-Kekoua á 11 de febrero de 1779. Estableciéronse en la playa cerca del moraï tiendas para los operarios, ateneos y fraguas, y se empezaron las urjentes reparaciones. Transcurrieron uno y dos dias, sin que se percibiese mutacion alguna en las disposiciones de los naturales. De regreso de un viaje al interior, el rey dispensó la misma acojida al capitan; pero en breve y á medida que se prolongaba la mansion de los Ingleses, se iba modificando y empeorando la actitud del pueblo de Hawaii. La actividad y el respeto obtenidos hasta entonces fueron al principio reemplazados por la desconfianza y la frialdad; pero despues se despertó entre ellos la manía del robo, tan habitual á los salvajes, escitándoles una tentacion irresistible cualquier objeto de hierro. Turbulentos, audaces y fanfarrones, no tardaron en provocar contiendas de parte de las tripulaciones inglesas. El dia 13 se levantó una riña en tierra entre estas y los naturales, que ya empezaban á apedrear en masa á los Europeos, cuando la llegada de Cook suspendió la colision. Casi al mismo tiempo los hombres de la *Descubierta* se veian obligados á hacer fuego sobre unos imprudentes rateros que venian á merodear á lo largo del bordo. Tan malos preludios arrastraron actos de violencia gratuita por parte de los Ingleses contra un jefe llamado Paria, del cual no tenian nada de que quejarse. Furiosos de tanta ingratitud, se arrojaron los isleños sobre los agresores, y sin duda hubiera tenido lugar en aquel dia una horrible matanza, si el mismo Paria, el jefe insultado, no hubiese intervenido para salvar á los Ingleses de las venganzas de sus amigos.

El negocio pareció adormecerse algun tanto, cuando por la noche se hizo fuego sobre algunos naturales que se habian deslizado á sordas junto á las tiendas, así para forzarles á retirarse, como para intimidar á los otros. Al dia siguiente, 14 por la mañana, se descubrió que por la noche se consumara un robo importante. Habia desaparecido la chalupa de la *Descubierta*, amarrada en la boya.

Á esta noticia, Cook entró en un acceso de furor, é hizo acañonear á dos piraguas de naturales que navegaban en la rada. En seguida, cediendo á los impulsos de su carácter osado y decidido, resolvió desembarcar, arrebatar al mismo rey con sus principales ariis, y custodiarlos á bordo en clase de rehenes hasta que le restituyesen su chalupa. Este medio era violento y correspondia mal á las anteriores liberalidades de los isleños y á la benevolencia constante y sostenida que habian manifestado á los Ingleses el rey y los sacerdotes de la isla. Pero como en semejantes ocasiones, el inflecsible y bravo capitan nunca habia marchado por diferente senda, no quiso derogar aquel dia el sistema de terror y de audacia que le habia

favorecido constantemente. Despues de haber dado sus órdenes para tomar todas las medidas de precaucion, embarcóse á las ocho de la mañana del 14 en una chalupa montada por nueve soldados y marinos con su oficial á la cabeza, é hizo bogar hácia la aldea de Kaava-Roa. Desembarcó allí con su escolta, encaminóse hácia la residencia del rey, á quien encontró aun durmiendo, y le intimó la órden de seguirle. El viejo monarca no opuso resistencia, levantóse, y habiendo mandado buscar á sus dos jóvenes hijos que estaban ausentes, se puso con ellos en manos de Cook y se dejó conducir hácia la embarcacion. Ninguna circunstancia indicaba hasta entonces intenciones hostiles de parte de los habitantes del distrito: la animosidad de la víspera parecia estinguida, y en todas partes acojieron al capitan inglés con las mayores señales de veneracion.

Cuando lo vieron salir del palacio real, llevando consigo al príncipe y sus dos hijos, no se supo al principio el motivo que pudiera dar márjen á semejante traslado. Ya estaban embarcados los niños, cuando se lanzó hácia la orilla la favorita de Taraï-Opou, llamada Kanona, y suplicó al monarca con lágrimas y suspiros no pasase á bordo de los buques. Algunos jefes reunidos en torno del rey le recomendaron sus recelos y le representaron los peligros que habia de ponerse en manos de los estranjeros; al paso que la multitud, engrosándose poco á poco, contemplaba aquella escena con una curiosidad inquieta é irresoluble. Taraï-Opou no sabia que hacer entre la inflecsible voluntad de Cook y el cuidado de su salud personal. No tenia otro partido que empeñar una lucha. Quizás la deseaba en su interior; pero no se atrevia á dar la señal. En un horrible estado de ansiedad é indecision, se sentó en la arena, pálido y consternado, cuando un natural corrió desde la otra parte de la bahía y se precipitó en medio de los grupos que circundaban á Cook.» La guerra! dijo, la guerra! los estranjeros han arrojado el guante haciendo fuego sobre una piragua y matando á uno de nuestros jefes.» A estas palabras, aquel populacho cambió de actitud, y desde entonces se armó con piedras y tomó la ofensiva al mismo instante.

Entonces el peloton de soldados ingleses se puso en estado de resistir, formándose en batalla á quince ó veinte toesas del punto en que se hallaban Cook y Taraï-Opou, y disponiéndose á hacer fuego sobre los mas osados. Sin embargo, calculando Cook la estension del peligro, parecia haber renunciado al proyecto de llevarse al rey; se resignaba y pasaba á su chalupa, cuando un natural lo amenazó con su lanza. El capitan, que tenia un fusil de dos cañones, previno á aquel hombre y lo mató. Este acto fué contestado con un granizo de piedras y provocó una descarga de parte de los soldados de la marina. Quiso Cook hacer cesar el fuego, pero el tumulto impidió que se oyese su órden. Asimismo probó de arengar á los isleños y concluir por medios persuasivos aquella lucha horrible y desigual. Pero en el momento mismo que se volvia, entróle por la espalda un golpe de pahoa, mientras que le atravesaba el vientre un hierro de lanza que le arrojó al agua yerto cadáver (Pl. LVI. — 1.). Tal fué la muerte de Cook, víctima de una temeridad cruelmente castigada; Cook, sobrado pródigo de su vida tan preciosa para la ciencia; Cook, este jenio de los viajes y descubrimientos; muerte sobradamente prematura, no para él, sino para nosotros, lamentable por tantos motivos, popular por tantos títulos (1).

Sucumbido que hubo el noble capitan, jeneralizóse la discordia. Los isleños no habian temido el fuego de los mosquetes, puesto que en vez de retroceder, se precipitaran sobre las mortíferas armas. Cuatro de los soldados de la escolta fueron muertos en las rocas de la costa, otros tres heridos de gravedad y el mismo oficial recibió un golpe de pahoa. Sin embargo, estos últimos lograron alcanzar sus chalupas de-

(1) Hace muchos años que la roca sobre la que pereció el capitan Cook en el momento en que mandaba cesar el fuego que hacian sus marinos sobre los naturales, segun un periódico de la Australasia, es objeto de una profunda veneracion y de una especie de culto por parte de todos los navegantes que tocan en las islas Hawaii. Los que hayan leido la historia de los viajes de aquel atrevido navegante que en el siglo pasado dió por tres veces la vuelta al mundo y descubrió una infinidad de islas, segun queda esplicado en la Introduccion á este *Viaje*, no podrán menos de reconocer el jenio estraordinario y el profundo talento que adornaban al capitan Cook para gloria de su patria y de su siglo, y derramar una lágrima de admiracion sobre la tumba de una de las primeras notabilidades científicas de los tiempos modernos. En efecto, son de tal naturaleza las dificultades que tuvo que atravesar, los innumerables peligros de las empresas que acometió, y el empuje brillante y organizador que dió á la navegacion; que no sin fundamento se ha juzgado al ilustre Cook acreedor á los homenajes de todos los navegantes y de los hombres pensadores, y no menos digno que el sabio é inmortal Newton á la alta veneracion que este físico incomparable se granjeó un dia en Europa con sus maravillosos descubrimientos, así entre todos sus discípulos y filósofos contemporaneos, como entre los mas entusiastas admiradores del jenio y del talento.

La memoria de las virtudes, del valor y de los vastos conocimientos de que estaba dotado este jenio privilejiado inspira tal respeto á los marinos de todas las naciones, que cuantos Europeos tocan en la isla de Hawaii ú Owyhee, se llevan algun pedazo de la roca sobre la que cayó herido de muerte, y la conservan escrupulosamente á manera de sagrada reliquia. No hace mucho tiempo que un buque español estuvo en aquella bahía, y toda su tripulacion con su capitan á la cabeza desembarcó en la playa en donde murió Cook, y postrada de rodillas dirijió al Ser Supremo sus fervientes plegarias para el eterno descanso del alma de aquel intrépido y desventurado marino.

Mort de Cook

Mort de Cook

Mort de Kook

TOUR DU MONDE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Vaisseaux de Cook !

3 Navios de Kook

4. Tamea-mea !

PITTORESC

jado en poder de los naturales el cadáver de Cook y de los cuatro soldados inmolados.

Esta primera accion fué seguida de otra, cuyo teatro fué el moraï en cuyo rededor habian los Ingleses establecido ya sus ateneos. Los isleños dieron pruebas de bravura y de encarnizamiento, y no retrocedieron hasta despues de haber perdido á muchos de sus mas valientes guerreros. Esta fatal jornada hizo comprender á los Ingleses que la lid no les podia ser ventajosa, por cuyo motivo plegaron sus tiendas y se retiraron á bordo. Hallándose al abrigo de toda agresion, entablaron conferencias para obtener el cadáver de su noble capitan. Empero, como no pudiesen conseguir esta demanda por los medios de dulzura, iban á tomar medidas de rigor, cuando se presentaron dos sacerdotes con un pedazo de carne humana que pesaba nueve ó diez libras envuelto en algunas telas. Era, segun aseguraban, todo cuanto restaba del cuerpo de Rono, que, segun costumbre, habian quemado, distribuyendo sus huesos entre los diferentes jefes.

A vista de los restos mutilados de su comandante, subió de punto la cólera de las tripulaciones inglesas, y como por su parte los isleños tenian que vengar igualmente la muerte de cinco jefes distinguidos y de unos treinta naturales, acrecentáronse las recíprocas divisiones, y á cada encuentro entre los Europeos y los habitantes se empeñaban reyertas parciales que continuaban las hostilidades jenerales. Cuando los Ingleses iban á hacer aguada, estaban seguros de encontrar una multidad furibunda armada de paboas, piedras ó palos. La mosquetería los dispersaba en un instante, pero luego volvian á la carga. Entonces el oficial que mandaba los dos navíos, deseando hacer un castigo ejemplar, mandó entregar á las llamas la aldea de los sacerdotes y pasar á cuchillo á cuantos pretendiesen oponerse á aquel acto de venganza.

Este acto decisivo produjo la paz: ambas partes se abocaron y se hicieron algunas concesiones, concluyendo un armisticio á 19 de febrero. Al dia siguiente, el jefe Eapo, seguido de muchos millares de isleños, transportó procesionalmente á la playa los despojos mortales de Cook, con las manos enteras, los huesos del metacarpo, la cabeza despojada de su carne y varias porciones de los brazos y de las piernas. El 21 los diversos jefes restituyeron los huesos, el cañon de su fusil, sus zapatos y algunos otros objetos. El 22 se tributaron solemnemente los postreros homenajes á la víctima, y desde entonces se restablecieron como en el primer dia la armonía, los trueques y las visitas. La rada de Ke-ara-kekoua se cubria á todas horas de piraguas con remo y vela, unas cargadas de provisiones, y otras de simples curiosos que venian á admirar la construccion de aquellos navíos (Pl. LVI.— 3).

Por lo demás, fuerza es decir en elojio de los jefes y de los sacerdotes, que la muerte de Cook, resultado de una efervescencia popular, les aflijió profundamente. La fábula de Rono se habia acreditado entre ellos de tal suerte, que rindieron los honores divinos á los despojos del ilustre Inglés. Inmortalizóse en las islas su memoria, de modo que antes de su conversion al cristianismo creían que Rono resucitado apareceria de nuevo en Hawaii y se vengaria de sus asesinos.

Sin embargo, la paz sellada no habia podido satisfacer la principal ecsijencia de los Ingleses, ocasion ó motivo de la guerra: el robo de la chalupa. Apenas los naturales la tuvieran en su poder, cuando la habian destrozado para sacar los clavos con los que hacian garabatos. Apesar de su buena voluntad, los jefes solo pudieron restituir astillas de madera.

Diez dias habia durado aquel funesto recalo, cuando á 22 de febrero, *la Descubierta* y *la Resolucion* se hicieron á la vela y surjieron á 1° de marzo á sotavento de la isla Niihau, cuyos naturales se mostraron rateros é insolentes. Asolaba entonces aquella comarca una guerra intestina, á causa de tres ó cuatro cabras que los Ingleses habian dejado el año precedente y que el jefe actual de Tauai disputaba al jefe de Niihau. Continuaba aun tan grave querella, cuando la escuadrilla inglesa salió del archipiélago á 15 de marzo de 1779. Por lo contrario, las hostilidades habian cesado ya en las islas meridionales del grupo. El rey de Hawaii, Taraï-Opou, habia concluído un tratado con Tahi-Teri, por el cual le cedia la soberanía de las tres islas Moro-Kaï, Ranaï y Tabou-Rawe; pero al fallecimiento del usufructurero, estas islas debian restituirse á la corona y avasallarse á Kau-ike-ouli, hijo primojénito de Taraï-Opou, heredero presuntivo de todos los estados de Hawaii. Si Kau-ike-ouli fallecia sin posteridad, debia sustituirse á sus derechos Tamea-Mea, hijo de Keoua, hermano segundo de Taraï-Opou. Tal era la ley de sucesion establecida por este acto.

Poco sobrevivió Taraï-Opou á la salida de los Ingleses. Si hemos de dar crédito á Vancouver, este rey murió de muerte violenta en una revolucion cuyos incidentes no se especifican, y en que Tamea-Mea se vió obligado á intervenir para salvar la real viuda amenazada por el furor popular.

Con todo, Kau-ike-oli fué entronizado despues de su padre; pero su conducta despótica y cruel indujo en breve á la mayor parte de la

poblacion á sublevarse contra su dominio. Segun la relacion de *la Blonda*, este tiranzuelo habia prohibido á sus vasallos de las clases inferiores que lo mirasen desde el salir hasta el poner del sol. Si un individuo olvidaba esta consigna y la violaba, sea por ignorancia, sea adrede, al instante mismo era condenado á muerte. Aunque no puede salirse garante de la ecsactitud de esta noticia, es positivo que el ambicioso y emprendedor Tamea-Mea halló en breve una multitud de pretestos para disputar á su primo el trono hereditario. Empeñáronse algunas escaramuzas sin resultado y encuentros parciales, que terminaron con la gran batalla de Moko-Houa, dada cerca de la aldea de Keei, en que pereció Kau-ike-ouli, y que abandonó al vencedor el cetro del archipiélago. Habiendo caído en manos de Tamea-Mea, tras esta victoria, la hija de Kau-ike-ouli, la jóven Keapono-lani, casó con ella el nuevo monarca á fin de acumular sobre su cabeza el doble derecho del nacimiento y de la conquista. Vanamente pretendió Ke-Oua, uno de los mas jóvenes hermanos del vencido, mantenerse independiente en algunos distritos de la costa oriental. Hemos visto ya su vencimiento, la empresa de Pele contra él, sus dos derrotas, su fuga, su rendicion y el asesinato que la coronó en la playa de To-wai-haï.

En el intérvalo en que ardia la guerra civil de Hawaii, ancló Lapérouse en Tauai, en 1786. Acojido satisfactoriamente por los habitantes, solo permaneció ante la isla 24 horas, sin añadir detalle alguno á las noticias conocidas. Los capitanes Portlock y Dixon, que visitaron tambien el archipiélago en 1786 y 1787, no tuvieron que quejarse en lo mas mínimo de los naturales, con quienes establecieron trueques regulares de víveres contra objetos manufacturados. La lealtad y la benevolencia presidian aquellas mutuas relaciones. En aquella época Tabi-Teri habia ascendido á jefe de Oahou.

Por este mismo tiempo recorrió Meares las islas Hawaii, donde tomó á bordo para Macao, á Tahi-Ana, el mas célebre de los jenerales de Tamea-Mea. Taï-Ana era un hombre muy gallardo, de cinco pies y diez pulgadas de altura, bien formado, aunque algo corpulento y de una figura agradable, espresiva é inteligente. Sus maneras, aun comparadas con las de Europeos civilizados, no ofrecian nada de estraño ni de salvaje. En pocos dias se halló al corriente de las costumbres inglesas, sin perder el menor punto de la dulce y natural bondad que le caracterizaba. Cierto dia en que asistia en un banquete que daba Meares á otros capitanes, observó algunos infortunados dando vuelta al buque en malas barcas é implorando la piedad de los Ingleses. Conmovióle aquel espectáculo, é inclinándose hácia las mesas cargadas: « Vosotros teneis mas de lo que necesitais, dijo; socorred pues á estos desgraciados que perecen de hambre; es cosa muy cruel dejar sufrir á los hombres de esta suerte. En Hawaii nadie tiene hambre, allí no hay mendigos; las islas son suficientes para subvenir á las necesidades de todos los habitantes. » Esta humanidad, esta dulzura y esta razon tuvieron algun ésito entre los Ingleses y los Portugueses que no creian encontrar tales virtudes en el corazon de un salvaje. Taï-Ana dejó en Macao un vivo sentimiento de íntima amistad.

Desde entonces fué conocido ya el archipiélago. Apenas habian transcurrido diez años desde la catástofre de Cook, cuando Hawaii era ya un punto de recalo y una escala muy frecuentada de los navegantes ingleses ó americanos que deseaban surtirse de víveres, pues algunos fusiles y una corta cantidad de pólvora bastaban para obtener abundantes provisiones. Cuanto mayor era el número de armas de fuego que poseian los naturales, tanto mas intenso era su deseo de tenerlas; porque su posesion era un privilejio de fuerza y de poder para aquellos que podian conseguirla. Los que no podian procurárselas iban á veces á hurtarlas, cuyo acto daba márjen á algunas venganzas sangrientas. Entre muchas de estas catástofres continuarémos la siguiente.

Un Americano llamado Metcalf habia armado para el comercio de forros dos pequeñas embarcaciones; la una que el mismo mandaba, el bergantin *la Eleonora*, de diez cañones, con una tripulacion de diez compatriotas y de cuarenta Chinos, dirijida por el maestre John Young; la otra, la goleta *la Bella Americana*, montada por su hijo con el maestre Isaac Davis y cinco marinos solamente. Partidos de China en 1789, las dos embarcaciones se separaron: *la Eleonora* pasó el invierno en las islas Hawaii, donde *la Bella Americana* no encontró á su conserva hasta el mes de febrero. Entonces entrambas salieron para ir á fondear ante Mawi. Estaban ancladas en la rada, cuando la chalupa amarrada en la popa del bergantin fué arrebatada durante la noche con el hombre que la guardaba. Al amanecer, se anunció el robo al capitan, y Metcalf juró vengarlo. Propúsose no obstante disimular, cuando á los tres dias le presentaron los huesos del marino y los restos de la chalupa. Continuó pidiendo víveres y dispensando buena acojida á las piraguas que se presentaban. Creyeron con esto los naturales estar ya perdonados, y así comparecieron en gran número. Una mañana se dió la órden á bordo de ambos buques de cargar los cañones con metralla y poner balas en los mosquetes. Á la llegada de las piraguas, se hi-

cieron pasar todas por la parte que miraba la costa, y se dirijió á quema ropa una descarga jeneral de cañones y de fusiles que cayó sobre todas aquellas embarcaciones aglomeradas. El efecto fué terrible; mas de cien naturales quedaron muertos y un número mayor fueron heridos.

Tras esta hazaña, Metcalf dió á la vela para Hawaii donde pasó tranquilamente los primeros dias de su recalo. A 18 de marzo, uno de los jefes del distrito, llamado Tamea-Motou, pasó á la goleta *la Bella Americana* con algunos amigos, manifestó sus deseos de ofrecer algunos presentes al jóven Metcalf, y con este motivo le recibieron sin el menor recelo. Empero, apenas habia llegado á la cubierta, cuando salió al encuentro del jóven y lo arrojó al mar, donde fué sumerjido prontamente; hizo otro tanto con el maestre Davis, que sin embargo pudo sostenerse sobre el agua, apesar de algunas heridas, y fué recojido en una piragua. Al propio tiempo el maestre de *la Eleonora* Young era arrestado en tierra y encarcelado por órden de Tamea-Mea.

La Bella Americana estaba pues en poder del jefe de Hawaii. El bergantin anclado á corta distancia, en vez de ausiliar á su conserva, hízose á la vela inmediatamente y no apareció jamas.

No es fácil, aun en nuestros dias, establecer el órden y la influencia que dieron márjen á este rapto. El arresto del maestro Young debe imputarse indudablemente á Tamea-Mea, puesto que deseaba por medio de algunos rehenes obtener alguna reparacion amistosa; pero la sorpresa de *la Bella Americana* mereció tan poco su aprobacion, que daba órden de restituirla á Metcalf en el momento mismo en que este usaba de una prudencia ecsajerada haciéndose á la vela. Así es que el honor del plan de captura, ni mas ni menos que su ejecucion, debia achacarse á Tamea-Motou que cargó parte de aquella responsabilidad sobre Taï-Ana, á quien acusan por otro lado las deposiciones del maestro Young. Este jefe, de un carácter ambicioso y atrevido, de una actividad increíble y de una intrepidez heroica, estaba desde largo tiempo en la creencia de que el poder de Hawaii no podria consolidarse para siempre hasta que se tuviesen cañones y escuadrillas para someter el archipiélago entero. Mas de seis meses antes habia propuesto arrebatar el bergantin de Metcalf durante el invierno; pero rechazado por el buen sentido y la lealtad del rey, empeñara á Tamea-Motou en su audaz empresa. Desde entonces Taï-Ana redobló por repetidas veces sus ofertas de pirata; entre otras en órden á la *Princesa Real*, apresada por los Españoles sobre los Ingleses. Tan poco caballerosas ideas se estrellaron contra el juicio y teson de Tamea-Mea, que estaba comprendiendo ya los medios de obtener por la justicia y la lealtad lo que el ambicioso jefe solo creía posible por medio de la vijilancia y el robo. En aquella lucha de sistema político, la corte de Hawaii estaba dividida en dos fracciones. Taï-Ana tenia en su favor á su hermano Noma-Taha y Tamea-Motou; pero otros jefes, Keeau-Mokou, Karaï-Mamabou y Kara-Haïro, comprendian y secundaban las pacíficas intenciones del rey.

El negocio de *la Bella Americana* solo incluía una circunstancia de que quisiese utilizarse Tamea-Mea: tal era la captura de dos Europeos, los maestros Young y Davis. Considerábalos no menos para él que para sus pueblos cual dos preciosos instrumentos de civilizacion; y bien persuadido de que en semejantes casos el fin justifica los medios, observó con ellos una conducta arbitraria. Los dos Inglezes fueron constituídos y declarados solemnemente cautivos suyos y responsables entre sí, Young de Davis y este de aquel, de suerte que no podian escapar sin que la responsabilidad de la fuga del uno no gravitase sobre la cabeza del otro con todo su peso. Empero, al paso que les daba el archipiélago por cárcel, Tamea-Mea los colmaba de prendas de amistad y benevolencia. Como Young y Davis esperaban ser comidos vivos por aquellos salvajes, y no sin razon, supuesto que las víctimas de Mawi clamaban incesantemente venganza; fácilmente podrá concebirse su sorpresa, cuando se vieron alojados en una casa muy deliciosa, situada á corta distancia del domicilio real, colmados de víveres y de presentes, y con libertad de escojer entre las mujeres del país las que mas les agradasen. En consecuencia se resignaron á quedarse, y á trabajar é introducir entre aquellos isleños algunas ideas y prácticas de nuestra civilizacion, acometiendo esta empresa no solo con placer, sino en prenda de su deber y su reconocimiento. Con este motivo popularizaron una multitud de nociones vagas, pero preciosas, emprendieron varios trabajos, que fueron imitados en breve por la sagacidad indíjena, y prestaron tan importantes servicios á Tamea-Mea, que este se desvivió mas que nunca por conservarlos. Young y Davis fueron los intérpretes de cuantas embarcaciones europeas llegaban; arreglaron los objetos de permuta que podian ser mas provechosos al país y fueron para con los estranjeros mas reyes que el mismo rey. Sin embargo, deseando evitar el sentimiento que no podria menos de causar su partida con sus compatriotas, no les permitieron pasar á bordo juntos, sino tan solo el uno despues del otro. Por lo demas, tales precauciones eran enteramente inútiles; pues como los

dos marinos se habian aclimatado ya en Hawaii, y tropezado allí con una suerte que en vano pudieran buscar en Europa, nunca les asaltó la idea de partir furtivamente. Al contrario, varios Ingleses y Americanos, deseando imitar su ejemplo, desertaron de su bordo, contrajeron domicilio en Hawaii y sentaron plaza en las banderas de los jefes.

Tal era el estado del país, cuando el Inglés Vancouver fondeó en enero de 1792 en la bahía de Ke-ara-kekoua. En cuanto hubo amarrado el ancla, presentáronse dos de los principales jenerales de Tamea-Mea, Taï-Ana y Keeau-Mokou, solicitando el honor de ser admitidos á bordo. La brevedad de este recalo no dió campo á incidente alguno, pero pocos dias despues, Vancouver se hallaba en Oahou aguardando una visita de Tamea-Mea con sus guerreros. El rey que en estas islas continuaba haciendo frente contra el poder progresivo del monarca de Hawaii, era el consabido Tahi-Teri. Prudente y poco seguro de su fuerza, pasara á Mawi y Moro-Kaï, á fin de prevenir á su antagonista. Desde Oahou el navegante inglés se dirijió á Tauai, en cuya isla solo encontró al heredero presuntivo del trono, Taumou-Arii, lindo niño de doce años. El rejente Enemo recibió á Vancouver con la mas viva cordialidad, y le procuró víveres, no obstante el aspecto de desolacion jeneral que á la sazon ofrecia la isla, bien que por otra parte este hecho no era particular á Hawaii. Los Ingleses de Vancouver, que formaban parte de las primeras espediciones, comparando el estado del archipiélago entero con la situacion en que se encontraba en la época de su descubrimiento, pudieron cerciorarse de un contraste increíble. Desde entonces no cesara la guerra de devastar el país; la despoblacion de las campiñas y el aspecto de las tierras yermas é incultas indicaban hasta que punto llegara su encarnizamiento y desolacion. Allí donde se alzaban antiguamente aldeas enteras, no se hallaba ya una sola choza; las llanuras, un dia cultivadas, solo presentaban el aspecto de lúgubres y estériles soledades. Todos aquellos jefes que en 1779 conociera Vancouver en Hawaii, estaban enfermos ó muertos; solo sobrevivia Tamea-Mea mostrándose sobre las ruínas para fecundarlas.

Aquel mismo año 1792, fué marcado por un episodio que recordó la fatal aventura de Cook. *El Dédalo*, á las órdenes del teniente Hergest, buque adicto á la espedicion de Vancouver, y cargado de víveres para sus navíos, vino á fondear en Waï-Mea en la isla Oahou, perteneciente al rey Tahi-Teri que sostenia aun su independencia. Las primeras relaciones entre el buque y la isla fueron pacíficas é inofensivas; empero, habiéndose suscitado una querella á causa de alguna cosa mal entendida, el teniente Hergest y el astrónomo Gooch fueron asesinados. Cuando los oficiales del *Dédalo* reclamaron los cuerpos de las víctimas, contestáronles que habian sido repartidos entre los diversos jefes.

Empero, habiendo Vancouver fondeado de nuevo al año siguiente 1793, ante To-waï-haï, despues en Kaï-Roua, y en fin en Ke-ara-kekoua, estrecháronse mas fuertemente los lazos que hasta entonces se habian anudado y roto entre los naturales y los Ingleses. El soberano de Hawaii fué para ellos un hombre enteramente nuevo, y, sea que deseasen manifestar su bondad á los Europeos, sea que se hubiese operado en él un gran progreso intelectual, lo cierto es que Tamea-Mea se mostró constantemente en lo sucesivo jovial, franco, sensible, jeneroso, benéfico é ilustrado. Pasó á bordo en persona, escoltado de muchos jefes y oficiales, de su suegro Karaï-Mamahou, y de su hijo, niño de nueve años. Ambas partes se ofrecieron mutuamente muy ricos presentes, y en lo sucesivo desapareció en las relaciones recíprocas todo temor de sorpresa ó de ignorancia.

Anclado á 22 de enero de 1793 en la bahía de Ke-ara-kekoua, donde residia entonces Tamea-Mea, Vancouver recibió la visita de los dos principales jefes del país, Kahou-Moutou y Taï-Ana, que parecian envidiar la posicion poderosa que adquiria gradualmente Tamea-Mea. No obstante haber sido ajentes principales de su elevacion, sentian en estremo tamaña prosperidad, y cierto hubieran deseado que el hombre llevado por ellos sobre el trono bajase de él para ponerse á su nivel. Lo que mas especialmente les ofuscaba, era que los magníficos presentes de los Ingleses fuesen recibidos por el rey solo, sin que los jefes pudiesen participar apenas de insignificantes bagatelas. Quejábanse á la par de Young, el Inglés Young, confidente inseparable del soberano, y decian que este primer ministro ecsajeraba á los ojos de sus compatriotas el influjo y el poder de Tamea-Mea, á fin de que se pensase en él solo y no se tuviesen en cuenta los demas jefes.

Vancouver escuchó aquellas quejas sin responder; presentó á los visitadores algunas dádivas preciosas para mitigar su dolor, pero no dejó de comprender que tarde ó temprano la destreza y la política en que estaba tan profundamente imbuido Tamea-Mea, conseguiria sobreponerse á aquellas despreciables veleidades y á las pretensiones rivales de individuos privados.

Por lo demas, el soberano de Hawaii no perdonó medio alguno para tratarlo con realeza durante su permanencia. Paseóle de festin en festin y de fiesta en fiesta, entre las cuales

habia una especie de juego olímpico ó un combate simulado harto interesante para referido.

La escena pasaba fuera del recinto del moraï y en la parte septentrional de la playa. Allí se alinearon á corta distancia una de otra, dos divisiones de 150 guerreros cada una. La division de la derecha representaba el ejército de Tahi-Teri y de Ta-Eo, reyes enemigos; la de la izquierda, el ejército de Tamea-Mea. Los combatientes blandian lanzas limpiadas, semejantes á las que se usaban en los combates, y aunque en las alas de cada campo debia de figurar un destacamento de arqueros para completar el órden de batalla, acordóse sin embargo que la imajinacion supliria su ausencia.

Dada la señal, los dos ejércitos emprendieron la marcha para embestirse mutuamente, sin que ningun jefe les indicase al parecer una direccion. Cuando se hallaron á corta distancia, se dirijieron violentas arengas, se provocaron con la voz y con el jesto; y á una segunda señal silvó de ambos lados un granizo de tiros que vino á amortiguarse con un rimbombante ruído. Es imposible formarse idea de la destreza con que se arrojaban las azagayas. Apesar de esto, algunos guerreros recibieron contusiones bastante fuertes; mas no por eso disminuyó su buen humor. En aquella lucha, que solo era una escaramuza ó un combate de segundo ó tercer órden, veianse varios soldados pasar súbitamente de la retaguardia á la vanguardia, lanzar sus dardos, recojer los que estaban en el suelo, y arrojarlos de nuevo al enemigo; y cuando habian disparado dos ó tres, se retiraban; pero los mas valientes, los Aquiles del bando, iban á retar á sus adversarios á corta distancia, colocábanse á su vista provocándoles con jestos y palabras insultantes; y convertidos de esta suerte en blanco de todas las azagayas enemigas, rechazaban con sus lanzas las que hubieran podido alcanzarlos, y cojiendo las otras á vuelo, las despedian en el mismo instante con maravillosa destreza.

De todos aquellos guerreros ninguno igualaba al rey. Habíase mezclado en la lucha por algunos momentos Tamea-Mea, que estimulado en su honor por la presencia de los Ingleses, quiso manifestarles que el papel de jefe de ejército no era una prebenda para un monarca de Hawaii. Combatió con tan admirable destreza, con tanta vivacidad en el ataque, y con tanta prontitud en la defensa, que Vancouver y sus oficiales quedaron estupefactos. Amenazábanlo seis dardos á la vez; con una mano se apoderó de tres al aire, rompió dos con el que le servia de arma ofensiva ó defensiva, y esquivó al sesto con un imperceptible movimiento de cuerpo.

Sin embargo, habiendo el enemigo distinguido al rey en primera fila entre los suyos, inmediatamente dirijió todos sus ataques hácia aquel lado. Llegaban sobre él las azagayas cual denso é incesante granizo, que solo podia evitarlo por medio de prodijios de destreza, y sin duda iba á ser alcanzado, cuando por un repentino movimiento circundóle su ejército formando en su alrededor una viva muralla. Despues de lo cual reunió todos sus medios de accion y dirijió al enemigo tiros tan numerosos y tan directos, que la victoria se declaró en su favor. Tamea-Mea salió vencedor de aquella reyerta sin haber sido herido una vez siquiera.

Muchos episodios característicos habian señalado aquella confusa lucha. Tal fué el instante en que se trató de disputarse el primer muerto ó herido. Como aquel que tenga esta desgracia está destinado á ser sacrificado en el moraï, si cae en poder de sus antagonistas; los dos partidos hacen increíbles esfuerzos para arrancarse aquella víctima, de suerte que no pocos perecen de una y otra parte. En el combate actual, el herido era del partido de Tahi-Teri, y por largo tiempo fué disputada su posesion con esfuerzos casi iguales. Sostúvose la accion, siempre mas animada, hasta el momento en que Tahi-Teri y Te-Eo retiraron su ejército. Entonces los guerreros de Tamea-Mea se abalanzaron á los heridos del partido contrario ó á los hombres que se suponian muertos, y los arrastraron á la arena por los talones hasta cierta distancia del campo de batalla. Precisamente aquellos pobres diablos, que remedaban á los difuntos, debian de ser hombres de virtud y de resignacion ejemplares, puesto que los verdaderos muertos casi no hubieran tenido mas paciencia. Durante toda la batalla los habian pisoteado ya, y los arrastraban entonces por los guijarros y por la arena sin que fuese parte el dolor para sacarles de su inmovilidad aparente. Terminada ya la comedia, se levantaron, con la boca, la nariz, los ojos y las orejas llenas de tierra, sacudiéronse como perros y se fueron á limpiar en el mar con alegría y júbilo. Habian desempeñado su parte como actores perfectos.

No obstante, hasta entonces solo se habia empeñado la lucha entre la soldadesca, la hez de los guerreros. Los jefes no habian combatido, pues habian permanecido enteramente á alguna distancia de la discordia popular. Mas cuando la victoria le habia dado un desenlace, cuando los dos ejércitos acurrucados en tierra empezaron á parlamentar; entonces comparecieron los jefes, suponiendo ignorar cuanto habia precedido á su llegada, como inferior á su estado y poco digno de atencion. Adelantábanse á paso lento con gravedad, bajo la escolta de algunos hombres armados de lanzas puntiagudas de madera sólida y de 16 á 20 pies de lon-

jitud, llamadas *pololou*. Marchaba su tropa con órden y con precision, ejecutando de cuando en cuando complicadas evoluciones, que manifestaban cierta táctica militar. Formados en líneas paralelas, regulares y resistentes, llegaron al teatro del combate, y se sentaron con sus armas delante, dejando solo entre sí un espacio de doce á quince toesas.

Despues de una breve pausa, comenzó la conferencia. Al principio se concedió la palabra al que representaba Ta-Eo, quien dió su parecer sobre la paz y sobre la guerra. Hablaron otros á su vez, declarándose unos en pro, otros en contra de las hostilidades. Estos debates se acentuaban muchas veces hasta la cólera y la violencia. A las proposiciones de paz, se inclinaban hácia el suelo las puntas de los pololous, y á las amenazas de guerra se levantaban á una altura uniforme. Durante aquellas conferencias, los dos campos se vijilaban con inquieta desconfianza: hubiérase dicho que temian una emboscada, una mala fé, ó una esplosion sin advertencia preliminar. Los jefes se señalaban unos á otros con una altivez y vijilancia significativas. En fin, no habiendo podido las conferencias producir la paz, decidieron inmediatamente tomar las armas. Con efecto, levantáronse los guerreros de ambas partes, formaron sus falanjes, y marcharon al encuentro unos de otros; pero en vez de embestirse sin titubear, las cohortes empezaron á formar evoluciones, cual si hubiesen querido disputarse algunas ventajas de posicion, y dar principio á la lucha brutal por medio de algunas combinaciones estratéjicas. Solamente las alas, cuyo papel era bastante parecido al de nuestros tiradores, arrojaban flechas y piedras.

Finalmente, vinieron á las manos las falanjes de los jefes luchando cuerpo á cuerpo y disputándose el terreno palmo á palmo. Allí se echaban de ver, aun mas que entre los combatientes vulgares, los prodijios de fuerza y de destreza. Por largo tiempo quedó incierto y disputado el combate; veíase al valor ser igual de una y otra parte, y barruntábase que el azar ó la fortuna decidirian la victoria en favor de quien conservase aquella actitud mas largo tiempo. En fin, la izquierda de Tahi-Teri flaqueó, y los guerreros de Tamea-Mea aprovecharon aquel instante precipitándose sobre el enemigo y prorumpiendo en horribles alaridos. Entonces fué cuando el otro partido se desbandó completamente; muchos de los jefes, queriendo hacer frente, sucumbieron en sus puestos, y el resto emprendió la fuga. El ejército de Hawaii fué coronado del mas completo triunfo, y como él mismo se habia arreglado el programa, él mismo se hizo los honores. La ocurrencia final del juego heroico fué la muerte de Tahi-Teri y de Ta-Eo. Los dos actores á quienes tocara desempeñar el papel, sufrieron todas sus consecuencias: arrastráronlos á la playa, apesar de su obstinada resistencia, y los presentaron al victorioso Tamea-Mea que decretó fuesen conducidos inmediatamente al moraï para ser sacrificados. Sin embargo, no pasó de aquí la ficcion, pues en lugar de dejarse degollar en honor de los dioses, los vencidos se sentaron á la mesa con los vencedores, y engullieron su racion de tocino rociado con kava.

Para corresponder con diversiones á las galanterías de Tamea-Mea, dispuso Vancouver para aquella misma noche un hermoso fuego de artificio. A vista de aquellos atrevidos cohetes que amenazaban á sus rivales las estrellas, de aquellas velas romanas, de aquellos fuegos colorados, de aquellos torbellinos, de aquellos soles, de aquellos petardos, los naturales no pudieron menos de sentir al principio un movimiento de terror, por el cual se fugaron casi todos; pero despues regresaron disparando á cada esperiencia de pirotecnia en gritos de sorpresa y de admiracion.

Vancouver disfrutaba de toda la confianza de Tamea-Mea, de suerte que este príncipe le escuchaba y consultaba algunas veces sobre las mejoras útiles á su reino. Deseando utilizar esta ventaja y hacerla redundar en beneficio de la comarca, procuró Vancouver arreglar las diferencias entre el soberano de Hawaii y los de Tauai y de Oahou, y empeñó á Tamea-Mea á contentarse con la soberanía de las islas Hawaii, Mawi, Ranaï, Moro-Kai y Tahon-Rawe. No rechazó el rey este pensamiento; mas habia ya consumado su proyecto ambicioso. Sobrado estrecho era el archipiélago para dividido entre dos amos.

Satisfecho de su permanencia en Ke-arakekoua, salió Vancouver de aquella rada á 11 de marzo, y ancló el 12 en Mawi, ante Labaina, donde se hallaba Tahi-Teri, rival de Tamea-Mea, á quien viera combatir y vencer en el combate ficticio. Tahi-Teri frisaba á la sazon con los sesenta años; era macilento, débil, impotente, y se habia estragado por el uso inmoderado del kava. Su fisonomía era dulce todavía, y su carácter vivo y jovial. En cuanto se halló en su presencia, el capitan inglés pidió en primer lugar esplicaciones acerca del atentado de que habian sido víctimas el capitan del *Dédalo* y dos individuos de su bordo. Evadióse Tahi-Teri de este cargo, jurando que ninguna parte habian tenido en él sus vasallos, y sí solo una pandilla de aventureros que recorria entonces aquellos parajes; añadió que se habia administrado justicia á todos aquellos que habian podido cojerse; que tres de los asesinos habian espiado la sangre con la sangre, y que estaba

dispuesto á hacer otro tanto con todos los que en lo sucesivo cayesen en su poder. Vancouver no podia tomar otro partido que aceptar esta esplicacion y esta escusa.

El aliado de Tabi-Teri, el rey de Tauai, Ta-Eo, no compareció hasta el dia siguiente. Era un hombre cuya edad frisaba con los 50 años, pero robusto y gallardo todavía, afable, comedido, intelijente y codicioso de instruirse. Habiéndose reunido los dos reyes, el capitan inglés les participó el proyecto que habia consabido de restituir la paz al archipiélago devastado harto tiempo por la guerra, y añadió que en su calidad de estranjero, y de consiguiente imparcial en aquellos debates, creíase autorizado para sondear á Tamea-Mea, á fin de venir en conocimiento de las condiciones con que deseaba concluir un protocolo. En seguida les dió cuenta de las bases que se habian establecido, sin que fuesen rechazadas por Tamea-Mea. A estos pormenores, los dos reyes, fatigados de ingratas y prolongadas hostilidades, manifestaron que no podian desear nada mejor; pero no ocultaron sus recelos en órden á la sinceridad de las intenciones de su enemigo. «Si podeis regresar en persona á Hawaii, decian, para terminar este negocio, puede que lo concluya y nos deje en paz; mas de otro modo no se tendrá por obligado, y considerará un artificio cuanto os ha dicho.» Como no podia Vancouver perder su tiempo en un crucero diplomático, declinó la mision estéril que le proponian, pero despues de una larga conferencia, decidieron hacer partir para To-waïhaï, á un jefe que poseyese la estimacion y confianza de ambos reyes. Esta eleccion recayó sobre un tal Martier á quien Vancouver entregó una carta para Tamea-Mea; pero la mision de aquel plenipotenciario fué enteramente infructuosa.

Desde Mawi pasó Vancouver á Oahou sobre la bahia de Waï-Titi. Habiéndose consumado allí el asesinato del *Dédalo*, quiso sacar una nueva venganza. Gobernaba á la sazon la isla Teri-Touhouraï, hijo primojénito de Tabi-Teri. Este hombre tenia solamente 33 años, y ya era caduco y cacochymo como un anciano. En los primeros dias, se halló demasiado enfermo para ir á visitar al comandante, y cuando fué á verificarlo, estaba pálido, flaco, descarnado, como un verdadero espectro. Llevábanlo como un niño ó como un paralítico. Sin embargo, Teri-Touhouraï se condujo muy bien con el capitan. Indagó de nuevo el paradero de los asesinos de Hergerst, y habiendo cojido á tres de ellos, mandó atarlos y conducirlos á una piragua cerca de la *Descubierta*, donde fueron fusilados á quema ropa por sus propios jefes á vista de las tripulaciones inglesas.

Durante la travesía de Oahou á Tauai, encontróse Vancouver con una magnífica piragua que llevaba un enviado del rejente Enemo á su rey Ta-Eo. La embarcacion era mas sólida y mas grande que cuantas se construyen ordinariamente en el país, y hecha de un solo tronco de madera de pino que el embate de la corriente arrojara sobre la costa. A buen seguro que las selvas de la América occidental habian suministrado aquel árbol estrellado á tanta distancia. El enviado que contenia la piragua, iba á comunicar al rey de Tauai la noticia de una vasta conspiracion sofocada antes que llegase á tiempo de estallar. Seguian en otras piraguas los restos de los jefes conspiradores, y algunos cómplices mas secundarios. El rey debia disfrutar del doble placer de contemplar los pedazos de los unos y ordenar el suplicio de los otros. El rejente Enemo y el jóven príncipe Taumou-Arii dispensaron en Tauai la mas albagüeña acojida al capitan, naturalizado ya en aquellos mares y en aquellas diversas islas.

No bien hubo Vancouver permanecido algunos meses en la costa N. O. de América, cuando se sintió con deseos de visitar otra vez á aquellos isleños. En el mes de enero de 1794, apareció al E. de la isla ante la bahía de Waï-Akea, deseoso de emplear su influencia á trueque de obtener resultados mas decisivos para la Gran Bretaña. Los laureles de los colonizadores de Bengala le impedian adormecerse, parecíale que sus viajes quedarían inutilizados á no terminar con un reconocimiento del patronato inglés sobre tan apartada tierra. Bien se echaba de ver la esterilidad de un patronato que debia costar mas de lo que produciría, pero esto poco importaba á la manía del siglo y á la manía de la Inglaterra. Aplicaba entonces tan ferviente entusiasmo á su propaganda comercial como los navegantes españoles del siglo XV á la propaganda católica. Si un ángulo de litoral, en una comarca asiática ú oceánica, quedaba libre de la tiranía europea, sin la menor demora la Inglaterra plantaba en ella su estandarte y decia: «Me pertenece!» Dentro el término de sesenta años podrá verse lo que posee de cuantos países ha britanizado de esta suerte. Con todo, no será absolutamente inútil esta pequeña gloria. La altivez inglesa no es improductiva y andrajosa como el orgullo español (1). En cualquier parte en que

(1) Fuerza es estar altamente dominado del influjo de las preocupaciones estranjeras ó de un resentimiento implacable contra la majestad imponente de la nacion española, para decir que el orgullo ibérico es improductivo y cubierto de andrajos. En todos los mares y continentes que cubren la superficie del globo, en todos tiempos y climas se ofrecen vestijios indelebles y señales indestructibles, que en vano pretenderá borrar la mano del tiempo, de los recursos inagotables que proporcionaron á la me-

se instale, casi siempre con un objeto de egoísmo, producirá en el país un resultado de progreso comercial y de civilizacion material. Tal es el medio de que se habrá valido la Inglaterra para concurrir á la marcha del universo, creyendo obrar no para todos, sino para sí sola, no con el vasto objeto de mejorar la condicion de la humanidad, sino de verificar especulaciones mercantiles. Pero poco importan los medios como se toque el objeto.

narquia los prósperos sucesos con que siempre fueron coronados los portentosos esfuerzos del orgullo español. Quién podrá jamas justipreciar el fruto que produjo á la España la reduccion de las islas Baleares, tesoro inestimable, tan envidiado y constantemente acechado de la Francia y de la Inglaterra? Quién podrá calcular los beneficios que reportaron á la civilizacion, al cristianismo, al comercio, á las artes y al rápido progreso de todos los conocimientos humanos el grandioso descubrimiento y la conquista de la América, ese monumento imperecible del jenio de la navegacion española? Las victorias de los Cartajineses sobre los Romanos; la invasion rápida y atrevida con que el grande Aníbal marchó á atacar á la república romana en el centro de su imperio, y los completos triunfos que alcanzó sobre sus adversarios para modelo del arte militar; la constancia, sin par en la historia, de Sagunto y de Numancia, ese dechado de heroísmo que agotó las fuerzas de Roma y se granjeó el pomposo renombre de *terror del Imperio* con que fué llamada en el seno del Senado; los progresos sorprendentes del invicto Sertorio, que desde el fondo de la península hizo titubear por mucho tiempo si á Roma ó si á España tocaria en suerte el imperio del mundo; no deben atribuirse á otra causa que á la emulacion y al noble orgullo que distingue naturalmente al Español. Este noble orgullo es lo que constituye el carácter moral de la España y el móvil y principal resorte de todas sus empresas: él es quien rechazó sin el ausilio de nacion alguna las falanjes sarracenas con su brillante civilizacion apoyada con las triunfantes cimitarras de quinientos mil combatientes; él es quien conquistó el vecino reino de Portugal con sola la fuerza de dos victorias y en el preciso término de quince dias; él fué quien estuvo á punto de desquiciar la monarquía francesa y el imperio de Turquía, prepotente á la sazon en Europa, coronando de inmarcesibles laureles la frente de los guerreros de Pavía, de Lepanto y San Quintin. Tal fué la causa que obligó á decir á Marineo que los Españoles son superiores á todos los mortales en el valor militar, y si la España de algun tiempo á esta parte ha decaido tanto de su antigua opulencia, debe achacarse menos que á la dejeneracion de las virtudes de sus moradores al influjo aciago de los cortesanos, á la corrupcion de sus caudillos, á las intrigas palaciegas y á la molicie ignorancia y debilidad de sus monarcas.

Y no solo en las empresas del arte militar se ha manifestado el influjo del orgullo español: las artes y las manufacturas han marchado muchas veces, por efecto del mismo, á la par de las naciones mas adelantadas. Plinio atribuye á los Tarraconenses la invencion de las telas de lino; Roma celebraba antiguamente la superioridad de las telas de Játiva, y Ateneo asegura que los Españoles inventaron las armas que los Romanos llamaban *gæsa*. La literatura recuerda con gloria los nombres de Cervantes, Quevedo, Moratin, Lope de Vega, Calderon, Ercilla y otros infinitos, superiores muchos á los escritores mas célebres de todas las naciones modernas; la pintura, la música y la arquitectura cuentan entre sus mejores injenios á Murillo, Herrera, Velazquez, el Españoleto, Pacheco, Juanes y el Mulato. En cuanto á la agricultura, dice Columela que los Españoles enseñaron á los Romanos el cultivo de la tierra, y Estrabon y Justino refieren que aun no conocia la Francia las vides, ni la Italia los olivos, cuando la España surtia ya á los estranjeros de vino y de aceite. En nuestros dias los paños de Tarrasa, Manresa y Segovia pueden sostener ventajosamente la concurrencia con los de Carcasona y otras ciudades de Francia; los papeles de Alcoy, Madrid y Capellades rivalizan con los de Génova y de Holanda; las armas de Castilla y de Guipuzcoa hacen progresos portentosos; la industria catalana va tomando un vuelo estraordinario; y si los límites de una nota nos permitiesen estendernos, con cuanto gusto podriamos hacer la apolojía del orgullo español!

Vancouver iba pues á Hawaii en nombre y por cuenta del rey de Inglaterra. Sin duda que por largo tiempo habia sondeado á Tamea-Mea y ecsaminado el ascendiente que sobre él tenian los dos marinos ingleses, sus consejeros y sus amigos, puesto que cuando apareció ante la bahía de Waï-Akea, no titubeó un instante el rey de Hawaii en pasar á bordo de su navío. Ademas, llevó la confianza hasta hacer la travesía con él desde Waï-Akea á Ke-ara-kekoua. El monarca retribuyó su pasaje con una jenerosidad verdaderamente real, suministrando en admirable abundancia todos los víveres consumidos á bordo.

A 25 de febrero de 1794 terminó en Kaava-Roua la gran comedia de la investidura. Habíanse superado las últimas dificultades con magníficos presentes, y en una audiencia de aparato, el rey Tamea-Mea, comprendiendo quizás el valor de las palabras de otro modo que Vancouver, no titubeó en reconocerse con los suyos por súbditos de S. M. Británica. Procedióse á este acto con un ceremonial ridículo y una afectacion burlesca. Al salir de aquella especie de parada política, así los salvajes como los Europeos hubieran podido preguntarse como en el *Matrimonio de Fígaro*: «Quien diablos juega aquí?»

Vancouver estaba dotado de un espíritu sobrado ecsacto y justo para no saber lo qué pensar sobre aquellas monadas, y si se prestó á ellas, fué ciertamente para complacer á los jefes del almirantazgo, para alhagar el orgullo nacional y suministrar materia á los periódicos de Lóndres para un artículo pintoresco. Por otra parte le importaba obtener de aquellos reyes salvajes una especie de compromiso por el cual se creyesen obligados poco ó mucho. Creía preparar de esta suerte la senda á la navegacion mercantil en aquellos parajes, y el resultado demostró que sus previsiones no carecian de fundamento. Lo mejor de todo era que contrataba con Tamea-Mea, príncipe mas ilustrado que sus pueblos, soberano leal y civilizador, para quien la ceremonia de la investidura era sin duda un hecho de muy poca importancia, pero que lo verificaba con la intencion formal de hacerlo redundar en provecho de la organizacion del país.

Sea como fuere, lo cierto es que esta nueva visita de Vancouver dió márjen á fiestas mas brillantes y variadas que las visitas anteriores. El rey agotó para sus huéspedes la no-

menclatura de las diversiones indíjenas. Hubo bailes y representaciones heroicas que tenian algo de muy curioso para ajenciarlas y ejecutarlas. La primera pieza que se dió ante los Ingleses no tenia mas que un solo actor, que era una mujer llamada Poukou, de facciones y maneras agradables. Al rededor de su cintura llevaba una gran cantidad de telas que descendian hasta las rodillas flotando con caprichosa gracia. La parte superior del cuerpo, enteramente desnuda, no encubria ninguna de sus formas ni de sus contornos; al rededor de la cabeza y del cuello ondeaban plumas negras, amarillas y encarnadas; y las piernas estaban envueltas en unas telas que iban ensanchándose desde el tobillo hasta el nacimiento de la canilla. La actriz llevaba ademas brazaletes de grúesos dientes de gocho pulimentados con toda perfeccion. La parte cóncava de los dientes estaba torneada por el lado esterior, y el conjunto de sus matices hecho con cierto gusto, comunicaba á aquellos adornos una apariencia bastante agradable.

La escena estaba al aire libre y la multitud de los espectadores, colocados en forma de semicírculo formando muchas filas, prorumpian en estrepitosos aplausos á la aparicion de la actriz favorita. Por su parte, ella se manifestaba mas satisfecha que conmovida de acojida tan halagüeña. A su derecha habia dos hombres que formaban su orquesta. El instrumento de cada uno consistia en una gran calabaza vacía, abierta por la parte superior, cerrada por el punto opuesto y tan delgada como era posible. Estos artistas daban con aquellos singulares instrumentos contra la tierra cubierta de yerba seca; y en los intérvalos de un golpe á otro, batian sus lados con el dedo y con la mano de manera que de todo aquel estruendo resultaba una especie de acompañamiento para sus canciones. Por lo demas, aquellos dos hombres, única orquesta de la pareja, no manifestaban la indiferencia y la impasibilidad de nuestros músicos. En sus movimientos, en sus jestos y en la espresion de su fisonomía, columbrábase fácilmente el grande interés que aplicaban al écsito del espectáculo y de la actriz. Esta se dirijia hácia ellos ó se apartaba en diversas direcciones, segun las ecsijencias de su parte, en lo cual parecia seguir un programa dispuesto de antemano y convenido entre sí. Presentada á la escena, recitó al principio con solemnidad, lentitud y gravedad, un discurso ó poema; despues fué animándose por grados; acentuando sus palabras con mas viveza y prontitud é inspirándose poco á poco de su objeto. En fin, llegada al último punto de entusiasmo, declamó con una enerjía, un fuego y una viveza que electrizaron á la concurrencia y determinaron por su parte prolongados y estrepitosos aplausos. La multitud parecia asociarse al fuego de la actriz: calma cuando estaba calma, ecsaltada cuando estaba ecsaltada. Vancouver confiesa que aunque no comprendió una palabra siquiera, los modales, los jestos y el acento de aquella voz le commovieron é interesaron. La orquesta no tenia nada de salvaje ni de discordante, y Poukou aplicaba en su juego toda su gracia y decencia. Un hecho hay que observar, y es que los principios de nuestras antiguas poéticas habian sido adivinidos y puestos en accion por aquellos actores polinesios. El buen sentido les habia dictado que para mantener sorprendido y estasiado hasta el fin á un espectador, debia establecerse una progresion de interés, y subir siempre en la escala de los tonos, empezando por la calma y la dignidad y acabando en el calor y el entusiasmo.

Por lo demas, aquella representacion solo fué el preludio de otra de un jénero mas elevado, que ecsijió largos y serios preparativos. Ocupáronse de ella como de un negocio de estado, puesto que debian desempeñar las primeras parte los señores y las damas de la corte. Créese que el mismo rey no se desdeñó, segun acostumbraba hacerlo en las mas solemnes ocasiones, de dar su parecer acerca los trajes de las actrices.

En un espacio cuadrado, ceñido de edificios y sombreado por la frondosidad de varios árboles, reuniéronse 4.000 espectadores, adornados con sus mas ricos vestidos, tan cerrados y tan estrechos, que todos los codos se tocaban. Habíase anunciado la pieza para las cuatro; pero como las damas tienen en todos los países el privilejio de hacerse aguardar, á las cinco no estaban terminadas aun las ceremonias y la escena estaba desierta. Incomodóse el patio, gritó, apostrofó á los morosos hasta que se presentó un maestro de ceremonias que se inclinó y pronunció un discurso que provocó grandes carcajadas, y desapareció. La orquesta se anticipó á este momento y obtuvo un profundo silencio. La banda de música llegaba á cinco hombres, todos en pie, que con una mano empuñaban una pieza de madera pulida en forma de lanza, y con la otra un palo que batian contra el primer instrumento; de cuyo choque resultaba una especie de música que servia para acompañar el canto. Las arias variaban segun la medida y sobre todo el movimiento. La diferencia de las notas y su progresion de lo grave á lo agudo, dependian del punto en que los palos se tocaban. Los músicos aplicaban á ello tal precision, que se hacian notar muy pocas disonancias, y los cinco instrumentos iban enteramente de acuerdo.

Habia terminado la orquesta su apertura, cuando señaló la entrada de las actrices una esplosion de gritos y de aplausos. Entonces los músicos retrocedieron y se establecieron en el fondo del teatro. La mayor parte de aquellas actrices llevaban traje bastante parecido al de Poukou. Unicamente las telas eran mas hermosas y dispuestas con mayor elegancia. Al rededor de las piernas, en vez de telas y redecillas adornadas con dientes de perro, aquellas damas llevaban guirnaldas trenzadas con una especie de enredadera, festones de verdura que guarnecian el ribete y caian hasta el tobillo. Tampoco llevaban brazaletes, pero en sus espaldas y en sus cuellos pendian otras guirnaldas trabajadas artísticamente con las anchurosas hojas del dracena.

La pieza representada se dividia en cuatro actos. La actriz principal, antiguamente la favorita de Tamea-Mea, era á la sazon la esposa de un chambelan del príncipe, especie de Bonneau muy condescendiente. Habia arreglado sobre su cabeza una guirnalda verde que daba mayor realce á su agraciado semblante. A poca distancia habia la jóven cautiva del rey Tahi-Teri. La mujer de Karaï-Mamahou, hermana segunda de la reina, ocupaba el medio como la mas distinguida de todas por el rango y por el nacimiento. Al rededor de aquellas actrices de alto copete, figuraban otras damas de la corte, cuyo nombre y esposicion eran menos ilustres. Eran de consiguiente siete actrices que se colocaron en una sola hilera en frente del espacio ocupado por las damas de elevada estraccion ó por los jefes.

El espectáculo era una mezcla de cantos y recitativos, cuyo sentido revelaba una pantomima espresiva. La pieza era en honor de una princesa llamada Karaï-kouli-nia que la tenian cautiva á sesenta millas de distancia. Para sujetar con mas fuerza á la multitud á aquella idea intencional, cada vez que el nombre de la heroina era articulado en el curso de las escenas, era forzoso que los espectadores, así hombres como mujeres, que llevaban ornamento sobre el pecho, se los quitasen al mismo instante para en seguida colocarlos de nuevo. Este ceremonial no ecsentaba á nadie, á escepcion de las actrices en escena: las que descansaban, aguardando que les llegase el turno, estaban sujetas á él como el resto de los concurrentes.

Los cómicos que desempeñaban las primeras partes, parecieron á Vancouver artistas consumados. Sin embargo, parece que no pudieron llegar á aquel grado de perfeccion en los modales, á aquella variedad en los jestos y á aquella rapidez en los movimientos, sin estudios largos y asiduos. Su talento parecia tanto mas el resultado de la habitud y de la práctica, cuanto que otras actrices, mas jóvenes y menos bien enseñadas, hacian resaltar toda la diferencia que ecsistia entre las hábiles y las novicias. Es probable que los jimnasios de aquellas damas eran al mismo tiempo conservatorios, donde se formaban en la declamacion de los modales y en las combinaciones que constituyen el mérito de sus representaciones escénicas. Habian llegado á un grado de perfeccion de que ningun Europeo hubiera podido creerlas susceptibles; las primeras actrices en especial se distinguian de las demas por una infinita gracia en los movimientos, por una indecible rapidez de jestos, por un calor y energía casi viriles, en fin por unos modales y maneras voluptuosas hasta la licencia. En el decurso de los tres primeros actos, ninguna circunstancia fué parte para dejar entrever que la representacion acabaria con una saturnal. Parecia ser una especie de drama combinado, de manera que durase hasta el desenlace; pero, sea que continuase la misma pieza con diferente tono, sea que la obra decente fuese reemplazada por una composicion mas lasciva, lo cierto es que al fin del espectáculo pasaron cosas que escandalizaron á los Europeos menos escrupulosos. Sin embargo, solamente comprendian la pantomima de las actrices, y sin duda que las palabras correspondian al nivel de los jestos. Vancouver supo que no se habia hecho escepcion alguna en su favor ofreciéndole cuadros de semejante naturaleza, por manera que aquello constituía el fondo del teatro de Hawaii y la parte mas apreciada de los espectadores. Por lo demas, el rey no asistia aquel dia al teatro, no porque tuviese mas castidad que sus súbditos, sino porque la ley prohibia á la real pareja concurrir á aquellas fiestas, á escepcion de la que tenia lugar cuando el año nuevo. Este obstáculo era una gran privacion para Tamea-Mea y sobre todo para su esposa, una de las mejores actrices del reino.

Tales fueron las principales diversiones con las que el rey de Hawaii celebró el regreso de sus huéspedes convertidos en sus soberanos nominales. En lo sucesivo la influencia reconocida de la Gran Bretaña sobre el archipiélago autorizaba á Vancouver para intervenir en sus negocios políticos. Así es que habiéndose informado de la mision de Martier, delegado de Tahi-Teri y recomendado por él, en la acojida de Tamea-Mea, le contestaron que considerado como espia Martier habia sido arrojado á fusilazos. No insistió mas Vancouver; pues comprendió que el rey de Hawaii no queria comprometer su porvenir de conquistador y que su objeto propendia á una soberanía sobre todo el grupo. Los intereses del protejido de la Gran Bretaña

habian dejenerado entonces en intereses semibritánicos. Qué importaba la suerte futura de los rivales de Tamea-Mea? Qué importaba una guerra ó una usurpacion sobre los otros reyes en provecho del mas poderoso de todos? Reunido en una misma mano, el archipiélago debia adquirir mas importancia comercial y política y hacer mas útil un patronato que solo era todavía una investidura ridícula é infructuosa. Bajo esto supuesto, Vancouver no predicó la paz; abstúvose de consejos, y dejó á Tamea-Mea sus vastos proyectos de engrandecimiento. Ayudóle aun indirectamente aumentando sus medios de ataque, puso á la disposicion del rey los carpinteros de sus navíos, y estos, de concierto con Young y Davis, construyéronle un hermoso batel con puente de treinta y seis pies de quilla. Este batel, primera muestra de la marina de Hawaii, fué denominado *Britannia*. Los naturales, marinos, cuando mas, ejercitados en la pagaya de sus piraguas, tal vez no hubiesen formado tripulaciones bastante hábiles para la maniobra de aquellas embarcaciones; pero por aquella época se habian naturalizado ya en aquellas islas varios Europeos. Young y Davis habian tenido sus imitadores. Hawaii contaba once Ingleses, Americanos y Franceseses; Oahou y Tauai tenian tambien sus blancos. No faltaban pues los instrumentos de civilizacion.

A 3 de marzo de 1794 salió Vancouver de Hawaii, y visitó sucesivamente Mawi, Moro-Kaï y Tauai, donde el rejente Enemo, sostenido por algunos Europeos, consiguiera hacerse independiente, para tratar en seguida con su amo, obteniendo de él su perdon y una nueva investidura. Soberano á medias, el rejente recibió á Vancouver con una pompa real y no quiso ser inferior á Tamea-Mea en punto á divertir y honrar á sus huéspedes. Sin embargo, las fiestas y los espectáculos de Tauai diferian de los de Hawaii. Podrémos juzgar de ellos por la narracion de una de sus mas notables representaciones.

No se presentaron, como en Kaï-Roua, un corto número solamente de actrices, comenzando por una declamacion grave para llegar á cuadros obscenos; era una multitud de cómicos, así hombres como mujeres, pero mas especialmente mujeres vestidas de telas de varios colores y del mas bello efecto. Los tres actos fueron ejecutados por tres grupos diversos, cada uno de los cuales consistia en unas doscientas mujeres colocadas en cinco ó seis filas. Aquellas mujeres no estaban en pie, ni de hinojos, ni sentadas, sino agachadas y boca arriba, de suerte que el busto se sostenia sobre sus caderas. Aquella multitud de actores en escena parecia obedecer á un hombre aislado que colocado á algunos pasos mas adelante de los otros, y en el centro de toda la banda, indicaba las posiciones que cada personaje debia tomar y el puesto en que debia permanecer. Las mujeres, no obstante la forzada actitud que conservaban, ejecutaron tan prodijiosa variedad de movimientos y de jestos, que con dificultad podian seguirse y observarse sin confusion. Todos guardaban un perfecto unísono, así para el canto como para la pantomima (1); los tonos eran los mismos; las menores vueltas de brazo, y hasta un movimiento del dedo, se hacian con maravillosa precision. Las voces de aquellas mujeres eran melodiosas, y sus innumerables jestos ejecutados con una elegancia, una facilidad y una precision de que es imposible formarse idea. El contraste parecia calculado y combinado en aquella representacion, de suerte que produjese el mayor efecto: á un corazon entusiasta y á una ajitacion confusa sucedian de repente el silencio y la inmovilidad; en otro momento, los actores se dejaban caer completamente, por el estilo inglés, cual si hubiesen sido heridos de muerte; se revolvian y se sepultaban en sus vestidos, de tal suerte que en ninguna parte se veia aspecto de cuerpo humano, sino tan solo la apariencia de telas amontonadas. Vancouver asegura que nada puede dar en el mundo la idea de aquella escena á quien no la haya visto. Era á la vez estraña y terrorífica. Por otra parte no se reprodujeron en Tauai las libidinosos accesorios del teatro de Hawaii, pues desde al principio al fin de la pieza, que duró dos horas, reinó el órden y una completa decencia.

Despues de haber hecho escala en Niihau, dejó Vancouver el archipiélago á 14 de marzo de 1794, muy satisfecho de los resultados de su viaje, y llevó á Lóndres el despacho de su soberanía sobre Hawaii y la declaracion de vasallaje de Tamea-Mea. En cuanto á nosotros, estas conquistas de la vanidad inglesa son en la actualidad muy poca cosa; empero lo que es y será siempre apreciable, se reduce á dos

(1) En todos los pueblos de los salvajes se observan una especie de dramas cuya representacion consiste en los jestos mas propios para espresar los impulsos de las pasiones, que han dado márjen á la invencion de los bailes pantomímicos. «La pantomima, dice el inmortal Bernardino de Saint-Pierre, es el primer lenguaje del hombre, conocida de todos los pueblos, y tan sumamente natural y espresiva, que los hijos de los blancos la suelen aprender fácilmente á poco que la vean practicar á los de los negros.» Esta verdad ha sido reconocida por todos los filósofos que se han dedicado á indagar el orijen y progresos del lenguaje. «Si suponemos un período anterior á la invencion de todas las palabras, los hombres no tenian otro medio de comunicarse sus sentimientos que por los gritos de la pasion, acompañados de los movimientos mas espresivos de la misma. *(Compendio de las lecciones sobre la Retórica y bellas letras de Hugo Blair, part. 1, cap. VII).*

preciosos documentos que recojió Vancouver sobre estas islas. La parte científica del navegante ha absorvido y anulado su parte política.

Apenas hubo salido del archipiélago, cuando se encendió la guerra con mas viveza y encarnizamiento que nunca. Tamea-Mea queria de todos modos llevar á cabo su proyecto. Habia enviado á Tai-Ana en 1794 desde Hawaii á las islas no sometidas; mas en vez de obrar contra los rivales de su soberano, este jeneral desertó, y se reunió á los reyes que ocupaban á Mawi. No obstante aquella traicion y aquella liga, al fin del año, Tamea-Mea habia arrojado á sus enemigos de todo el grupo vecino á sus estados, siendo por consiguiente su dueño único y absoluto. Entonces fué cuando concibió sus planes sobre Oahou, donde se hallaban reunidos sus principales antagonistas.

En el decurso de la última campaña, el hermano de Taï-Ana quiso revolucionar Hawaii; mas el regreso de Tamea-Mea redujo á la nada tan loca tentativa. Empero, instruído por la esperiencia, quiso el rey que todos los jefes le siguiesen en lo sucesivo en todas sus guerras; y para dar á esta ley una aplicacion inmediata, arrastró á sus oficiales en la campaña de Oahou, que mandó en persona, haciéndose reemplazar en caso de necesidad por su jeneral Karaï-Mokou. Ya en los primeros dias de la agresion tuvo lugar una batalla entre Hono-Rourou y el rio Eva, batalla funesta á los competidores del soberano de Hawaii. Derrotó completamente al ejército de Tahi-Teri y de Ta-Eo, cuyo último, rey de Tauai y de Niihau, quedó tendido en el campo de batalla. Tahi-Teri y el valiente Taï-Ana, jefe disidente, se reunieron en el valle de Anou-Anou, á poca distancia del Pari. Deseando emprender la persecucion, Tamea-Mea salió al encuentro de sus adversarios, y despues de un horrífico choque y una obstinada lucha, realizó una última victoria que le valió la posesion de Oahou. Tahi-Teri murió al principio del combate; pero Taï-Ana vino á la carga repetidas veces, retiróse poco á poco con sus 300 Espartanos hasta el Pari, peñon perpendicular, y, sin esperanza del menor recurso, se precipitó al abismo donde prefirieron seguirle todos sus camaradas antes que rendirse.

En consecuencia solo restaba conquistar de todo el archipiélago, Tauhai y Niihau. Tamea-Mea no tuvo que pasar á estas islas, porque su jefe actual, Taumou-Arii, temiendo la suerte de los dos reyes vencidos, se apresuró á reconocer la soberanía del vencedor de Tahi-Teri y de Ta-Eo.

Apenas se vió sin rivales Tamea-Mea, cuando se propuso mostrarse digno del absolutismo que ambicionara. El aspecto de las embarcaciones europeas y el roce de nuestra civilizacion infundiéronle deseos de iniciar á sus pueblos en los beneficios de los conocimientos estranjeros. Poco á poco llegó á comprender la fuerza de los lazos comerciales y las ventajas mutuas que producen á las naciones; concibió una idea bastante ecsacta del derecho natural que debe presidir á las permutas; barruntó la utilidad de las transacciones, y de consiguiente procuró protejerlas y dulcificarlas. Los aventureros ingleses y americanos parecian sumamente deseosos de llevarse de las islas Hawaii palo de sándalo que crecia con abundancia en sus montañas; pero los indijenas no tuvieron inconveniente en prestarse á correrías regulares, admirados de obtener en cambio armas, hierro y vidriado. El mismo rey, deseando entresacar de aquellas relaciones un elemento de poder, procuró adquirir algunos buques y cañones; compró y armó embarcaciones con las que compuso una pequeña escuadra de guerra, y la acrecentó con tanta rapidez, que en 1804 un inventario hacia ascender las fuerzas del rey de Hawaii á 21 pequeñas goletas construídas sobre la plantilla de *la Britannia*, y sloops de guerra armados de pedreros y casi todos mandados por Europeos. El arsenal contenia ademas 600 mosquetes, ocho cañones de á cuatro, uno de á seis, cinco de á tres, cuarenta pedreros y seis morteros. Para una potencia, poco antes salvaje, era esto marchar á pasos ajigantados.

Tamea-Mea no procedió á esta transformacion con las medidas de despotismo que da casi siempre un poder ilimitado como el suyo. No obligó á sus súbditos á civilizarse; sino que los persuadió, impeliéndoles con su ejemplo. Todos los Europeos que lo visitaron en aquella época, hacen el mas completo elojio de su carácter, de sus medidas paternales y sabias y de su reinado dulce y benévolo. Turnbull, que lo visitó en 1802, cita entre mil rasgos uno que caracteriza su prudencia y su severidad para consigo mismo. Por este tiempo Tamea-Mea se habia abandonado al abuso de los licores fuertes, uno de estos vicios que embrutecen y avasallan la razon. Cuando habia bebido inmoderadamente, no era ya el mismo, pues lo hallaban violento y colérico, apesar de su afecto y bondad habitual. Varias veces habian tenido que quejarse de los resultados de aquella intemperancia los dos Ingleses Young y Davis; y cierto dia, sea seriamente, sea para dar una leccion al rey, declararon que esto no podia durar así y que iban á partir. « Partir! les dijo el rey, pero porqué? Qué os falta? No teneis cuanto deseais? No sois mis amigos, mis ministros, y los primeros en el reino despues de mí? — No hay duda, respondieron los Ingleses; pero os abandonais al uso de los licores, y entonces cambiais de maneras, no man-

dais ya, nuestras vidas están en peligro cuando os embriagais; y á fé que no queremos morir de un golpe de vuestro pahoa. Si continuais en beber, partimos sin dilacion. — Pues bien! no beberé mas!» dijo el escelente rey. Con efecto, desde entonces arregló su dósis diaria de rom, y nunca mas traspasó la regla. Quizás el archipiélago es deudor á este incidente de haberlo conservado por largo tiempo sano de cuerpo y alma; pues el rom le hubiera embrutecido y muerto precozmente.

Turnbull cita otro rasgo que manifiesta la ciega lealtad con que Tamea-Mea era obedecido por sus vasallos. Era en los primeros años de su reinado, cuando su marina era pobre y naciente. Habiendo suplicado á un capitan de navío, anclado en la rada, sin duda aventurero poco complaciente, que le cediese uno de sus yunques, creyó este hacer imposible la realizacion del presente diciéndole: «Con mucho gusto, si la sacais del agua;» y la dejó caer sobre un fondo de coral por 15 brazas de agua. En vez de incomodarse, Tamea-Mea quiso aprovechar la ofrenda ejecutando sus condiciones. Llamó á sus súbditos que concurrieron todos con sus piraguas. Pero, como prestarse á ello? Como hacerlo? Nunca se acertaria el medio que imajinaron para cumplirlo. Sucesivamente bajaron al fondo del mar unos cuarenta buzos, arrastrando la masa de hierro hácia la orilla. Pasaba esto á una milla de distancia de la playa mas prócsima. Pues bien! la paciencia de aquellos hombres obtuvo su recompensa. En un fondo desigual, con 15 brazas de agua sobre sus cabezas y un elemento no respirable, arrastraron por el fondo aquel yunque que les abandonaban, asomando de vez en cuando á flor de agua para tomar un poco de aire y de vida, y buzcando de nuevo para consumar su increíble empresa. Qué pueblo civilizado se habria prestado á esta faena!

Tamea-Mea, robustecido con esta confianza que ejercia sobre sus súbditos, no desperdiciaba ocasion alguna de engrandecer y de consolidar sus relaciones europeas. En 1807 envió al rey Jorje, por medio de la fragata inglesa *la Cornwallis*, un magnífico manto de guerra y otros diversos presentes. En cambio de aquella galantería, y para retribuir á Tamea-Mea la acojida que dispensaba al pabellon inglés, el almirantazgo dió la órden de hacerle construir en Port-Jackson un hermoso schooner que, anunciado al rey en 1816, no llegó al archipiélago hasta en 1822, mucho tiempo despues de la muerte de Tamea-Mea.

Hasta entonces la Rusia no se habia manifestado en el grupo de un modo oficial. En 1804 un Ruso llamado Scheffer formó un complot al que se reunieron varios oficiales del buque colonial *Petropaudo. 'lowski*, á fin de operar una revolucion en Tauai en favor del patronato moscovita; pero San Petersburgo desaprobó y abandonó á aquellos aventureros. Hasta 1816 no se desplegó el pabellon ruso en aquellos parajes con alguna influencia y autoridad. El capitan Kotzebue, que mandaba el bergantin el *Rurick* en un viaje de descubrimientos, fondeó á 24 de noviembre en la rada de Kai-Roua frente de la aldea de Ke-arakekoua, donde residia entonces el soberano del archipiélago. Aquel nuevo estandarte y aquel bergantin de guerra fueron al principio para Tamea-Mea un objeto de sospecha y de desconfianza; creyó en intenciones malévolas, y se puso á la defensiva; pero apenas Kotzebue hubo esplicado su mision de sabio y de jeógrafo, cuando el rey cambió de conducta hácia él. Acojióle con la mas señalada benevolencia, y colocándose ya desde la primera entrevista cual hubiese podido hacerlo un monarca civilizado: «Ya sé, le dijo, que mandais un navío de guerra, y que haceis un viaje parecido á los de Cook y de Vancouver. Vuestro objeto no consiste pues en dedicaros al comercio, y así no pretendo hacerlo con vos: recibireis gratis cuanto necesiteis en los productos de mis islas. Arreglado pues este negocio, hablemos ahora de otras cosas. Decidme; consiente vuestro emperador que sus vasallos vengan á turbar la paz de mi vejez? Desde que Tamea-Mea es rey de estas islas, ninguno, que yo sepa, ha tenido que sufrir una sola injusticia. El archipiélago de Hawaii ha servido de asilo á todas las naciones, y ha suministrado víveres á todos cuantos los necesitaban. Sin embargo, hace poco que he visto llegar del establecimiento americano de Sitka, algunos hombres que se decian Rusos como vos, y que recibidos con urbanidad y colmados de víveres, se han conducido de una manera hostil á Oahou. Hannos amenazado con vuestros navíos de linea, que debian venir de lejos para conquistar nuestras islas. Pero gracias á Dios, esto no sucederá mientras viva Tamea-Mea. En el número de aquellos hombres habia un tal Scheffer, médico ruso que se decia enviado por el emperador Alejandro para botanizar en el archipiélago. Habia oido decir mucho bien del emperador Alejandro, y así no tuve inconveniente en permitirle botanizar suministrándole todo jénero de recursos. Héle dado una pieza de tierra con varios aldeanos paraque no le faltase nada, y á fin de que la permanencia en nuestras islas le fuese grata y saludable. Pero, qué ha resultado de todo esto? Ha sido ingrato para conmigo en el mismo Hawaii donde le habia colmado de beneficios; y en seguida ha abandonado esta isla para recorrer el grupo y se ha

arrojado sobre Oahou, donde se ha convertido en mi acérrimo enemigo. Ha destruído allí el moraï, y pasando en seguida sobre Tauai, ha conseguido sublevar contra mí al rey Taumou-Arii, hasta entonces mi vasallo y mi subordinado. Este Scheffer ecsiste aun allí, desde donde está amenazando á mis islas. »

A este discurso Kotzebue respondió vituperando y desaprobando á su compatriota, y pocas palabras de esplicacion fueron suficientes al rey. Presentó al navegante ruso á la reina Kaahou-Manou, y al heredero presuntivo Rio-Rio, jóven de 22 años que Tamea-Mea acababa de asociar á su corona, otorgándole el privilejio del tabou. Rio-Rio parecia tan torpe, tan necio y tan mentecato, como intelijente y juicioso era su padre. Corpulento y desgraciado así en lo físico como en lo moral, asistia á las audiencias sin mezclarse en ellas, durmiendo á veces en un rincon, por tierra, sobre una estera, á manera de un cuadrúpedo.

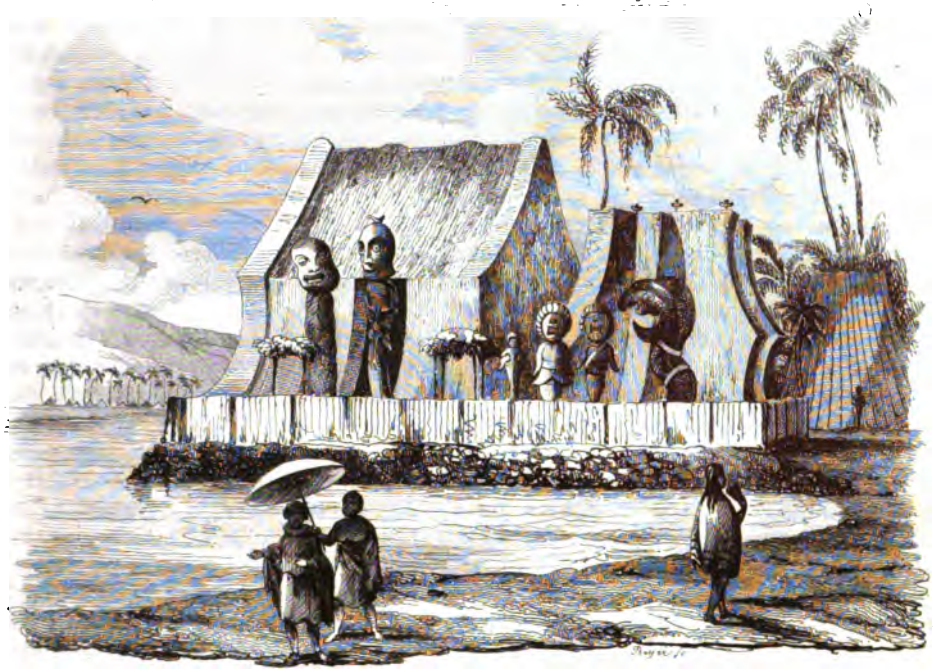
Tamea-Mea dió un banquete á sus huéspedes. Bebió, pero no comió. Al levantarse de la mesa, los condujo hácia su moraï de familia, el que visitaba con mas frecuencia y donde hacia sus adoraciones ordinarias. Este moraï era muy parecido al de Honaunau que hemos descrito ya. Las mismas eran sus monstruosas efijies, sus ídolos, sus símbolos, sus compartimientos interiores y sus sepulturas (Pl. LVII. — 1). Apenas entrado en su templo, Tamea-Mea se encaminó á uno de los ídolos, abrazólo, y dirijiéndose hácia Kotzebue: « Hé aquí nuestros dioses, dijo: los dioses que yo adoro. Si en esto hago bien ó mal, no lo sé; pero yo sigo una creencia que no debe de ser mala, puesto que nunca me ordena actos malos. » Proferidas estas palabras, penetró en la capilla del moraï, verificó ciertas ceremonias, y se puso en seguida á comer ante sus huéspedes escusando su libertad en estos términos: « Yo he visto el modo como comen los Rusos, y así es muy justo que los Rusos vean como Tamea-Mea come. » Su banquete, que apenas duró algunos minutos, consistia en pescado hervido, batatas y en una ave asada muy rara que se reserva siempre para la mesa del rey. Tamea-Mea no llevaba la imitacion de las costumbres europeas hasta adoptar nuestro servicio de mesa; cucharas y tenedores, pues comia con los dedos, y viendo que observaban esto con curiosidad: « Es la costumbre de mi país, dijo, y no la dejaré (1). »

Sin embargo el rey iba vestido entonces á lo europeo, con una pequeña corbata anudada al rededor del cuello, una chupa abotonada y una camisa de algodon. En este mismo traje lo bosquejó M. Choris, dibujante de la espedicion de Kotzebue. Prestóse con mucha dificultad á la demanda que le hizo Kotzebue de consentir en sujetarse por un momento á ser dibujado. Decia el navegante ruso que aquel retrato seria remitido al emperador Alejandro, quien no podria menos de quedar por ello muy obsequiado. Bajo este supuesto Tamea-Mea se dejó retratar, y asegura Kotzebue que la obra de M. Choris era de una semejanza perfecta. Los naturales de Oahou y los de Hawaii rodeaban al dibujante desde la mañana hasta la noche deseando que les enseñase á su rey, y se volvian maravillados de la ecsactitud de la copia cotejada con el orijinal (Pl. LVI. — 4). Por esta época Tamea-Mea era ya viejo; sus facciones eran arrugadas y sus contornos corpulentos. Con sus ojos pequeños, su frente cubierta su nariz y sus labios remachados, tenia el aire de un hombre de bien. En su juventud, al contrario, habia tenido las facciones atrevidas y salvajes, y casi feroces. Cítábase en la isla su fuerza prodijiosa, y su destreza aun mas sorprendente. En los combates detenia los dardos de sus adversarios, y cuando los arrojaba á su vez, los golpes eran casi siempre mortales. En los dias de combate llevaba un carro de plumas é iba armado de un sable, de un fusil y de una azagaya que enviaba al enemigo desde el principio de la accion. El traje en que M. Choris lo dibujó en aquella época era uno de sus vestidos habituales, pero en las grandes solemnidades, Tamea-Mea llevaba el uniforme de un capitan de navío de la marina inglesa.

Desde Hawaii pasó Kotzebue á Oahou, donde el pabellon ruso escitó cierto terror, pero que despues suministró á la escuadra todas las provisiones que necesitaba. Karaï-Mokou gobernaba entonces aquellas islas en nombre de Tamea-Mea.

Durante el reinado de aquel fundador de la civilizacion de Hawaii, el cristianismo hizo pocos progresos entre los naturales. El ejemplo del jefe era un hecho decisivo en materia de proselitismo, por cuyo motivo se instó repetidas veces á Tamea-Mea paraque abjurase su creencia indíjena y se convirtiese á la fé católica. Pero todos los esfuerzos fueron vanos. « No, decia á los que le ecsortaban, bien po-

(1) Uno de los medios indispensables para captarse la voluntad de un pueblo, es la relijiosa conservacion de sus usos y costumbres. Tal es la conducta que han observado siempre los grandes conquistadores que deseaban granjearse el afecto de las naciones sometidas, y aun los mismos monarcas que han querido robustecer el amor que ya les profesaban sus vasallos. « Jamas se ofende tanto á los hombres, dice el señor de Montesquieu en sus *Consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los Romanos*, como cuando se choca con sus usos y ceremonias. El procurar oprimirlos se mira á veces como una prueba del caso que se hace de ellos; el chocar sus costumbres, es siempre señal de desprecio. »



1. Moraï de Tamea-mea.

2. Teoui Hiaou.

de Meisonnier del.

TOM. III.
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

drá ser que vuestra relijion sea mejor que la mia; pero con ella no podria contener á mis pueblos en la obediencia.» Todo lo que pudo y quiso hacer, se redujo á anular el poder de los sacerdotes del país declarándose príncipe de los sacerdotes, y ejerciendo el supremo sacerdocio. Quizá dictó esta medida paraque no hubiese influencia alguna que contrabalancease la suya; pero este sistema no fué menos útil á la causa del cristianismo y á su prócsima propagacion (1).

Prestóse con mas fuerza al desarrollo de la industria y del comercio europeo. Al fin de este reinado la pequeña ciudad de Hono-Rourou, la mas frecuentada de todo el archipiélago á causa de su rada, estaba atestada ya de tiendas y de almacenes rejentados por Franceses, Ingleses y Americanos. De todas las partes del mundo afluian en las islas Hawaii industriales y aventureros. Á ellas iban á hacer fortuna varios Parisienses, Gascones, Italianos, Españoles, que á su llegada quedaban sorprendidos de encontrar, no salvajes crédulos é ignorantes del valor de las cosas, sino otros compatriotas no menos astutos que ellos y no menos ejercitados en los negocios. El Español Marin habia naturalizado ya en Oahou algunas plantaciones de nuestras zonas meridionales, las legumbres de Europa, la viña y los árboles frutales de Andalucía. Los ganados importados del Asia y de las islas malayas prosperaban y se multiplicaban, y aun los empleaban á la labranza. El rey de Hawaii, poseedor de una marina bastante imponente, la habia utilizado tambien en algunas especulaciones. Mandó á los mercados de la China embarcaciones cargadas de jéneros territoriales del archipiélago, que á la vuelta dieron á conocer á aquellos pueblos noveles las maravillas del lujo asiático. No se habia echado en olvido la defensa de las islas: Hawaii y Oahou tenian sus milicias regulares ejercitadas en el manejo de las armas de fuego, y en diversos puntos se enijieron fortines dirijidos por injenieros ingleses y artillados con cañones y obuses. Todo esto era imperfecto todavía; pero, qué Estado del globo ha visto efectuarse en 30 años semejantes milagros? Qué reinado de monarca ha realizado para un país lo que Tamea-Mea ha hecho para el suyo?

Antes de Tamea-Mea, ecsijia el uso que los prisioneros de guerra fuesen inmolados sobre los altares de los dioses, por lo que toda accion arrastraba al moraï una multitud de víctimas que debian perecer á impulsos de la clava del sacerdote. Tamea-Mea abolió tan bárbaras é inútiles crueldades. Cuando se eclipsaba el sol ó la luna, el desgraciado cuya mala suerte habia conducido cerca de un lugar sagrado, era cojido y sacrificado. Tamea-Mea no sufrió mas tan atroces sacrificios: creó una justicia civil y relijiosa, dulce tolerante y eficaz; puso en planta un código militar mas bien práctico que escrito; prometió un sueldo á sus tropas para limitar el pillaje, autorizado hasta entonces por la embriaguez de la victoria; y avasalló poco á poco á unos hombres que solo obedecian á tradiciones salvajes y sanguinarias.

Tal era el estado de las cosas, cuando á 8 de mayo de 1819 murió Tamea-Mea. En el mes que precedió á su agonía, el archipiélago entero tenia la vista fija sobre él, y el oído pronto á escuchar si respiraba todavía. A cada hora del dia se distribuian en todas direcciones correos despachados de To-waï-haï para llevar á los pueblos mas remotos noticias de tan preciosa cabeza. De los cuatro ángulos de la isla concurrian los sacerdotes, los adivinos y los hechiceres de todo jénero. Nada tuvo accion sobre el mal. Tamea-Mea comprendió su estado ya desde el primer momento, y así mandó á su hijo que se le acercase. «Rio-Rio, le dijo, te dejo un país que debe satisfacer tu ambicion: si eres prudente, lo conservarás; pero si pretendes engrandecerte, lo perderás. Los jefes que me rodean te permanecerán fieles con tal que seas justo. Hijo mio, no te apresures jamás á castigar una falta cometida por estranjeros; sufre con paciencia una segunda, y no te enfurezcas hasta un tercer ataque. Á Dios; lleva

(1) La mayor parte de los conquistadores han reconocido que la autoridad civil es muy limitada mientras tenga que sujetarse al imperio de la autoridad relijiosa; por cuyo motivo han procurado reunirlas entrambas en su persona; así cuando lo ecsijia su orgullo, como cuando lo reclamaba la naturaleza de las empresas que iban á acometer, y cuyo ésito dependia en todo ó en parte de una rigurosa unidad en su direccion. Es constante que la reunion de la unidad relijiosa y del poder civil ejerce un dominio absoluto sobre los pueblos, y no es otra la causa que sostiene y robustece en todas las comarcas del Asia el férreo yugo del despotismo. La historia nos presenta en cada una de sus pájinas un ejemplo patente de este aserto. Moises nunca hubiera conseguido domar al pueblo hebreo ni conquistar la patria de sus projenitores sin el doble carácter de lejislador y de profeta; Augusto hizo estable su dominacion absoluta arrogándose la supremacía del sacerdocio juntamente con el cetro; Pedro el Grande logró civilizar el pueblo ruso creándose jefe de su relijion, y el mismo Bonaparte dijo en su consejo de estado que solo habia dos soberanos verdaderos en Europa, á saber: el emperador de Rusia y el rey de Inglaterra, porque solo estos eran jefes de su iglesia. «El verdadero poder, decia, no consiste en disponer de los cuerpos, sino en gobernar las almas.» Bajo este aspecto la relijion cristiana, separando la autoridad temporal de la eclesiástica, es esencialmente enemiga del despotismo, y si Tamea-Mea, arrebatando el poder á los sacerdotes, dió un ajigantado paso hácia el establecimiento del cristianismo en las islas Sandwich ó Havaii, es únicamente por efecto de la razon espuesta, que demanda un poder absoluto y supremo al verificar alguna gran reforma, tal como la abolicion de una reforma de gobierno ó el maravilloso tránsito de la barbarie á la civilizacion, porque, como dice muy bien el señor presidente de Montesquieu: «los jefes de las repúblicas son los que hacen las instituciones al nacer las sociedades.»

mis votos á mis mujeres y á tu madre.»

Difundida por do quier la noticia de aquella muerte, una consternacion inmensa cubrió toda la estension del país. Todos los habitantes, así hombres como mujeres, vertian abundosas lágrimas, se arrancaban los cabellos y se revolvian en el polvo. Todos quisieron eternizar aquel luto haciéndose saltar uno ó dos dientes y sacrificar todos los animales domésticos de su casa (1). Hubo algunos que llegaron hasta el punto de derribar sus chozas. Ademas del pintarroteo de la lengua, acostumbrado en semejantes casos, los isleños se hicieron pintarrajar el brazo con letras enormes en inglés que decian: «Nuestro grande y buen rey Tamea-Mea ha fallecido á 8 de mayo de 1819.» Las mujeres se acribillaron el cuerpo de llagas y quemaduras; los hombres, al encontrarse, se desfiguraban el rostro uno á otro, tristes de no haberlo ya verificado y no haber manifestado su luto con señales esteriores mas significativos. En las cercanías de la residencia real, en Towaï-haï, en Taï-Roua, el pueblo permaneció en la plaza pública por espacio de tres dias y tres noches, lleno de la idea de señalar su dolor, sin comer, beber ni dormir, siempre en pie, y deplorando á grandes gritos el desastre jeneral. Los contornos pululaban en isleños, llegados de largas distancias para cerciorarse del resultado de la catástrofe. En todo el resto del archipiélago, esparcióse la noticia como una chispa eléctrica; y sin que hubiese necesidad de disponer el programa de un luto jeneral, paralizáronse inmediatamente todos los juegos y diversiones, y todos los habitantes permanecieron en sus chozas llorando y lamentándose, sin dar tregua á las lágrimas mas que para narrar algun rasgo popular de la vida de Tamea-Mea (2).

(1) Los habitantes del Paraguay, y los salvajes de Paramito y la California acostumbraban antiguamente cortarse una de las articulaciones de los dedos, cuando se les moria el padre, la madre ó algun miembro de la familia (Charlevoix, *Historia del Paraguay*). Lo mismo se observa aun entre los Guaranayos, y otras operaciones de esta naturaleza en la mayor parte de los pueblos bárbaros.

(2) No son ecsajerados cuantos elojios ha prodigado el autor á las brillantes cualidades de Tamea-Mea en el decurso de la interesante historia de su reinado. El filósofo que haya ecsaminado detenidamente la abyeccion y miseria en que yacian los isleños de Havaii antes del advenimiento de aquel príncipe, y el movimiento portentosamente acelerado con que rodó este archipiélago durante el periodo de su vida hácia el estado de civilizacion y cultura; precisamente deberá de admirar la fuerza de jenio, la rara capacidad y el relumbrante prestijio de aquel hombre estraordinario bajo cuya direccion hicieron sus vasallos progresos tan admirables é inauditos, progresos verdaderamente sin ejemplar en la historia de los pueblos salvajes. Los prodijios de gloria y de conquista que creó y organizó en aquellas islas, á cada paso de su carrera imponente y denodada; la arriesgada y dificilísima empresa de volcar con feliz écsito todo el sistema de una relijion, arraigada y sostenida hasta sus dias por los esfuerzos del sacerdocio y el profundo embrutecimiento de tantos siglos, arrancándola con arte y mano fuerte á impulsos de su jenio emprendedor; y la insigne sagacidad con que procedió en arreglar las permutas de comercio, dirijir las operaciones de la política y cortar de raiz una infinidad de abusos y corrompidas costumbres emanadas del fanatismo y de la barbarie, haciendo prevalecer entre sus súbditos la superioridad de la civilizacion europea; elévanlo sin disputa á la esfera privilejiada de los mas distinguidos heroes y al encumbrado rango de rejenerados de las islas Havaii. Siempre serán cortos pues cuantos panejíricos se dirijan á unos jenios tan beneficiosos, y la humanidad no olvidará jamás la memoria de aquellos seres que como Tamea Mea contribuyeron tan poderosamente á sacarla de su degradacion y de su barbarie.

Llegado el dia de la inhumacion, se quemó el cuerpo del rey, y sus huesos, reunidos con todo esmero, fueron alojados durante algun tiempo en el gran moraï de Kaï-Roua, y distribuidos despues, segun costumbre, entre los diferentes jefes. Ninguna prenda de afeccion y respeto para los despojos de los muertos era superior á esta (1).

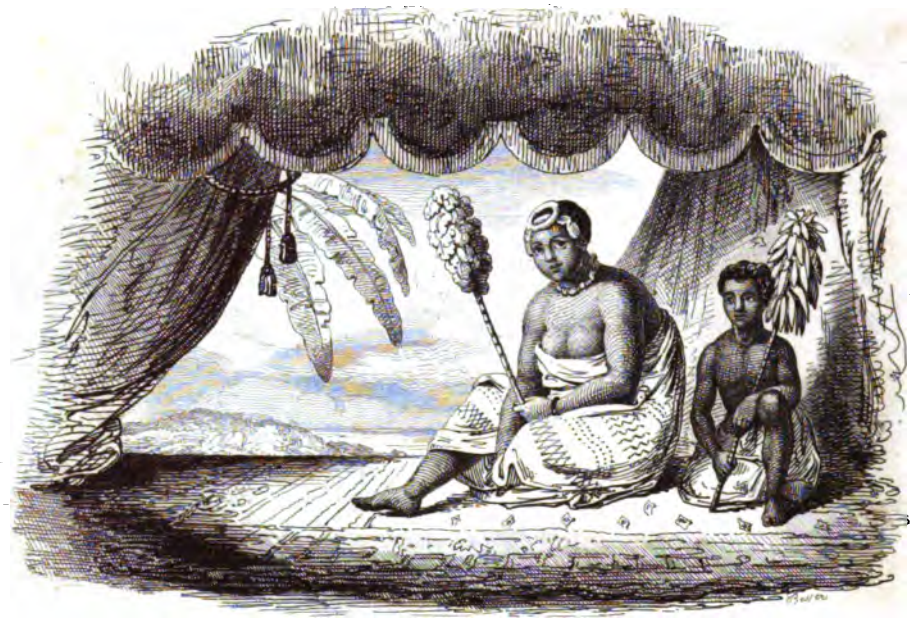
La tumba de Tamea-Mea fué considerada en adelante como un monumento mas santo y el mas tabou de todas las islas. Esta tumba consiste en un cuadrado de treinta pies, rodeado de un cinto de varech, con los ángulos reforzados y formando una lijera repisa. Su puerta es de madera, de cuatro pies y medio de altura y cerrada por una cadena. A dos pasos de la entrada se ven dos enormes palos en forma de cruz que indican que el asilo es tabou.

Al dejar el cetro á su hijo Rio-Rio, Tamea-Mea habia ecsonerado de su corona á la gran sacerdotisa que se atribuyera, y confiado los negocios del culto á Kekoua-oka-lani, su sobrino, y á los otros jefes. Rio-Rio, dispertado de su larga apatía, no bien entró en funciones bajo el titulo de Tamea-Mea II, cuando columbró un rival y un adversario ambicioso en la persona de Kekoua-oka lani, jóven, activo y emprendedor.

Por este mismo tiempo apareció por primera vez en aquellos parajes nuestra marina militar. A 8 de agosto de 1819, fondeó en la bahía de Towaï-raï la corbeta francesa *la Urania* mandada por M. Freycinet, que halló la isla minada sordamente por intestinas discordias. No habia ya la mano poderosa de Tamea-Mea nivelando todas las pequeñas rivalidades de jefes, y ya se disputaba su hijo, sobre las cenizas aun calientes de su padre, su autoridad hereditaria. El Inglés Young, á la sazon octojenario; suplicó al comandante Freycinet que interviniese en los debates y predicase á los jefes disidentes la obe-

(1) Los Hebreos, durante su luto, vivian tambien encerrados, sentados en tierra, ó echados sobre la ceniza, sumidos en un silencio sepulcral, y no hablando sino para lastimarse ó para cantar endechas. Casi esta misma costumbre se observaba entre los Griegos y Romanos y la mayor parte de los Orientales. Véanse *Las costumbres de los Israelitas, por el abad Fleury; Barcelona*, 1769.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Kaahou-Manou, reine régente de Hawaii.

1. Kaahu Manu, reina regente de Havaii.

2. Fort et Rade de Hono-Rouru.

2. Fuerte y Rada de Hono-Ruru.

F. Delly del.

VOYAGE
VIAJE

diencia y la paz. Verificóse una entrevista, en la que sirvió de intérprete al capitan francés un tal Rives, Gascon que de simple grumete á bordo de un aventurero, habia ascendido en Hawaii á médico sin diploma. M. Freycinet profirió ante los jefes reunidos palabras de concordia y de moderacion; recordóles cuanto se debia á la memoria de Tamea-Mea, á los venerandos actos de su última voluntad, á la fuerza y á la seguridad del trono que fundara, á la integridad y á la dicha del país; habló del interés que profesaba el rey de Francia á su amigo Rio-Rio; y despues sobre una palabra de la viuda del rey, la reina Kaahou-Manou, temiendo que se interpretase mal el llamamiento que hiciera al poder francés, añadió que este llamamiento era de todo punto desinteresado, y que el nombre de la Francia no podia ser invocado en una intencion hostil á la posesion preecsistente de los Ingleses, pero únicamente con la idea de una pacificacion interior de los estados de Hawaii y con un objeto de civilizacion jeneral que la disension y la guerra podrian comprometer. La arenga del comandante, larga y bien sentida, fué declarada por el intérprete gascon con una presteza tal, que los concurrentes franceses no pudieron menos de creer en una mistificacion. Sea como fuere, lo cierto es que los jefes se manifestaron sumamente satisfechos de aquella entrevista.

Mientras se prestaba el capitan á estos actos oficiales, mas incómodos que fructuosos, los jóvenes oficiales de los buques representaban en el país un papel menos serio y mas picante. La naturaleza de sus observaciones no permite referirlas todas; empero, continuamos una visita al harem de las mujeres de S. M., para lo cual cedemos el puesto á M. Jacobo Arago, dibujante de la espedicion.

« A mi desembarque vino á saludarme el Gascon de que he hablado con maneras muy graciosas, y me condujo con MM. Requin y Dubaut al cuarto donde las viudas de Tamea-Mea consumian su ecsistencia en la molicie y la ociosidad. Allí, para darnos una idea de su favor y de su crédito, aprocsimóse benignamente á la favorita del difunto y le dió lijeras bofetadas que no parecian divertirla demasiado. Pero como despues de aquellas caricias le ecsaminaba el pulso y hacia ciertas monadas de charlatan, no pudimos menos de preguntarle si ejercia tambien las funciones de médico de la corte, y cuando nos contestó que él mismo era quien habia visitado á Tamea-Mea, no estrañámos gota el acaecimiento de una muerte tan fatal á estas islas. Nada absolutamente sabia el desgraciado: armado de su estuche de medicamentos, ordenaba el bejuquillo (1) y la escila (2) á los que tenian reuma, y prodigaba sen, maná y la pulpa de la cañafístola á los infortunados que debian vomitar.

« La reina madre, Kaahou-Manou, favorita de Tamea-Mea (Pl. LX. — 1.), tendida sobre finísimas esteras, estaba envuelta en una pieza de tela de la mayor belleza. Su figura era interesante, y su obesidad estrema. Al considerarla, aunque sus ojos estuviesen vidriados por una lijera indisposicion, no es de estrañar el intenso amor que le profesaba Tamea-Mea. Sus piernas, la palma de su mano izquierda, bien así como su lengua, están pintarrajadas con arte, y en su cuerpo se ven un gran número de señales y de incisiones que se ha hecho al fallecimiento de su marido. Ofreciónos cerveza con mucha urbanidad, y á su ejemplo dirijimos un brindis á Tamea-Mea. Un jóven muy decente y bien formado ajitaba delante de ella un elegante abanico, de plumas de diversas aves, mientras que una moza la presentaba por intérvalos un pequeño vaso de calabaza, medio lleno de flores y cubierto de un pañuelo anudado, donde escupia. Este vaso se ofrecia tambien á las demas princesas; pero fácilmente se echaba de ver que la favorita gozaba de los mayores cuidados y respetos.

« Las reinas eran cinco, y la favorita, que almenos pesaba cuatro quintales, era la menos maciza. Las otras eran mas bien masas informes de carne que figuras humanas. Dos de ellas eran algo parecidas á estos elefantes marinos que se arrastran con tanta pena por la playa. Todas estaban acostadas de memoria, pero debo confesar que no he visto una sola mujer de las islas Sandwich, que estando tendida sobre esteras tomase diferente posicion.

« El cuarto que ocupaban era pequeño y atestado de calabazas, de esteras, de cofrecitos de china, de telas inglesas y del país, echadas cual por azar en todos los rincones. La puerta era obstruída por una numerosa multitud de pueblo, y á su lado habia un cuerpo de guardia que velaba por la seguridad de las princesas. Cuando preguntámos cuales eran sus diversiones y como pasaban su vida, nos dieron á entender que se ocupaban de no morir, lo cual es bastante difícil con un médico del consabido talento.

(1) El bejuquillo ó ipecuacuana (aunque por lo comun se le da la primera denominacion), es una raíz medicinal, reputada como uno de los mas seguros vomitivos, que crece en muchas partes de América, y las hay de tres especies, bien que la mejor es la morena. Conócese en francés bajo el nombre de *ipecacuanha*, en italiano tambien con el de *ipecacuana*, y en latin con el de *americana radix vomitoria*.

(2) Planta de que hay dos especies, una de raíz blanca y otra de raíz roja. Llámase en francés *scille*, y en latin *scilla* y tambien *ornithogalum*.

« Encaminámonos al palacio real con nuestro comedido intérprete. S. M. llevaba el uniforme de un coronel de húsares y un sombrero de mariscal de Francia; lo cual le comunicaba un aire tan afectado, que juzgámos con facilidad que su cuerpo estaba habituado á gozar de mas libertad.

« Dibujélo con su mujer agregando al cuadro sus principales oficiales que estaban acostados á sus plantas, como tambien á los dos guardias con mantos de plumas, que con el sable desnudo parecian dispuestos á defenderle. Ofrecímos á SS. MM. un chal de Madras y preciosos zarcillos; pero tuvímos el sentimiento de ver que recibian nuestros presentes sin afeccion y sin darles al parecer el mas pequeño valor. »

La esposa del rey era su propia hermana, jóven linda y agraciada, de maneras infantiles é inocente, que en presencia del dibujante de la espedicion y de los demas visitadores se permitió unos modales que en todos los países del mundo se hubieran reputado como imprudentes. Su talle de cinco pies y seis pulgadas, nada usurpaba á sus formas de su armonía y de su gracia. De las cuatro esposas de Rio-Rio, Kaou-Onoe (que así la llamaban) era la preferida.

Así prosiguieron nuestros jóvenes Franceses de *la Urania* durante toda su permanencia una serie de esperiencias personales. Los oficiales mantenian relaciones diarias con el rey y la familia real. Ambas partes se hacian mutuas visitas, se festejaban y se permutaban los actos de urbanidad. Mas en breve hizo diversion á tan pequeñas aventuras individuales una ceremonia importante. El primer ministro del rey Karaï-Mokou, apellidado Pitt, supo que á bordo de *la Urania* se hallaba un sacerdote, un limosnero: era M. de Quelen, primo del arzobispo de Paris. El jefe de Hawaii deseó ser bautizado, y su bautismo se verificó á bordo con cierta pompa que describe el dibujante de la espedicion en estos términos:

« El bautismo tuvo lugar en *la Urania*, concurrido por el rey y acompañado de la reina madre. La chalupa del comandante, á las órdenes de M. Jeanneret, fué encargado de trasladar á bordo todos los miembros de la familia real. Hallábame yo en tierra; pero deseando hacer de aquella escena el objeto de un dibujo, preferí embarcarme en una doble piragua que el rey hiciera preparar para él. Pidió este algunos momentos para vestirse; mas fué tan poco galante para con las damas, que se hizo aguardar mas de media hora. Sus dos esposas mas caras estaban ya embarcadas; y antes de entrar en la chalupa, hízose *desconsagrar* á fin de ponerse á cubierto del sol bajo una tienda ó bajo un quitasol. No era brillante su continente; llevaba una pequeña chupa azul, pantalones verdes y un sombrero negro de paja, pues economizaba sus solemnes trajes. Fué el último de embarcarse; y nosotros echámos de ver que al acto de entrar en la chalupa apoyó fuertemente su nariz sobre la de la reina madre, vertiendo entrambos algunas lágrimas.

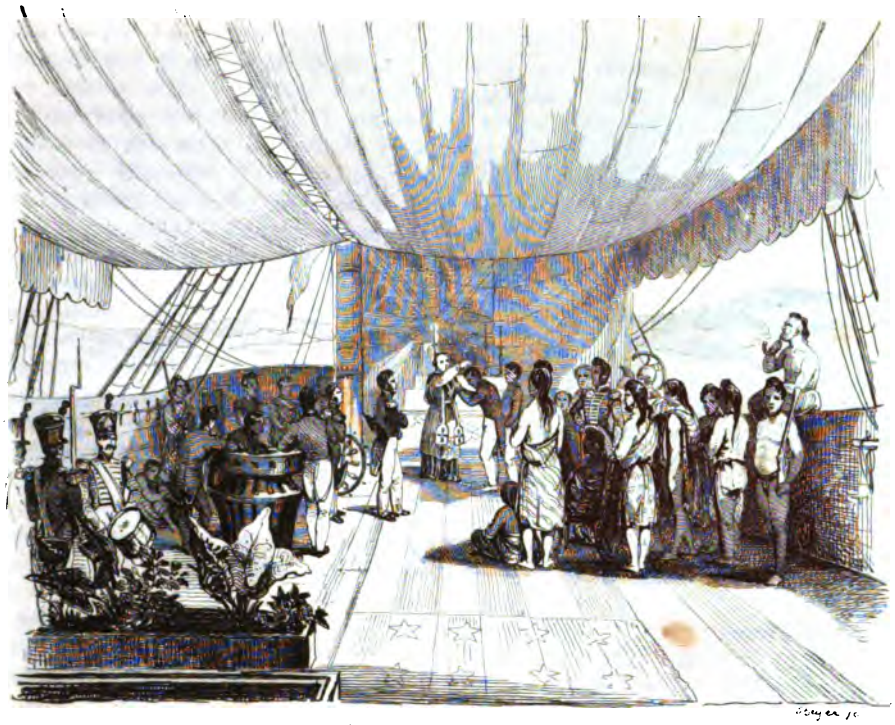
« Su embarcacion abria la marcha; seguia inmediatamente la nuestra, y tras de nosotros venian dos dobles piraguas y cuatro piraguas simples conteniendo personas de distincion.

« El rey fué saludado por once cañonazos, y descendió á la batería para ver ejecutar el fuego. Estaba dispuesto el altar; y el neófito Pitt ó Karaï-Mokou, se hallaba á bordo dos horas hacia. El señor abate de Quelen, nuestro escelente limosnero, ofició con sencillez, sin poderse dar á comprender del auditorio (Pl. LVII. — 3). Nuestro comandante era el padrino; M. Gabert, su secretario, la madrina; y su criado, el sacristan. Ofreciéronse sillas á las princesas, cuya mayor parte se acostaron en tierra. Muchos oficiales indíjenas presentes nos preguntaron cuantos dientes se harian saltar y cuantos miembros se arrancarian á su ministro; y nosotros tuvímos mucha dificultad en darles á entender que tales sacrificios eran contrarios á nuestra relijion.

« Durante la ceremonia, el rey pidió una pipa y fumó. Las reinas estaban sorprendidas del traje brillante del sacerdote, y de la belleza de la vírjen que se veía en el altar. Cada una de ellas espresó sus deseos de darle un beso. De cuando en cuando pedian de beber, lo cual no se atrevia á negárseles; y despues visitaron el buque descendiendo hasta nuestras cámaras, donde nos cumplimentaron sobre nuestros lechos que encontraban muy elegantes y cómodos. »

Este Karaï-Mokou ó Pitt, cuyo bautismo acababa de verificarse, era un hombre de una estatura bastante alta; sus miradas no carecian de espresion y finura, y su frente, mas ancha que la de los demas isleños, le argüía una capacidad bastante vasta (Pl. LVII. — 4). Su solemne conversion al cristianismo parecia ser mas bien el efecto de un cálculo ambicioso que de una síncera conviccion. Pocos dias despues, su hermano, el gobernador Boki, hízose bautizar imitando su ejemplo.

Tales fueron los acontecimientos que marcaron el paso de *la Urania* por las islas Hawaii. La corbeta fondeó en seguida sucesivamente en Mawi y en Oahou. En todas partes fué bien acojida de los naturales, á escepcion de uno solo, llamado Kiaï, cargado de provisiones por el rey. Este hombre encontró el medio de hacer su ne-



3. Baptême de Kárai-Moku.

3 Baptismo de Karai-Moku.

4. Kárai-Moku.

tierras y hombres para su servicio. Su padre habia representado el papel de reformador político; mas él aceptó la mision de reformador relijioso; ponderó con vehemencia la eficacia del *poule* y del *pala-pala* (el culto y las oraciones), y en breve sus vasallos, á quienes acababa de arrebatar sus creencias supersticiosas, reuniéronse con entusiasmo á la nueva fé que les parecia tan dulce y consoladora. Los dos principales catecúmenos fueron la madre del rey, Keo-pouo-lani, y Kapeo-lani, mujer de Naïhe, jefe de Kaï-Ruoa. Su ejemplo determinó un gran número de conversiones. En 1822 se imprimió el primer libro en idioma de Hawaii: era un pequeño ensayo de gramática, en que se adoptaban los principios ya establecidos para la escritura de las lenguas de Taiti y de la nueva Zelandia.

Desde entonces fueron acrecentándose los progresos de la industria. Diez años despues, en 1832, el total de las impresiones ejecutadas en seis meses ascendia á 166.000 ejemplares; entre los cuales se notaban *el Antiguo y el Nuevo Testamento*, *Elementos de aritmética*, tirados en 13.000 ejemplares, un *Tratado sobre el Matrimonio*, el *primer libro de los Elementos*, el *Pan cotidiano*, *Cuestiones de jeografía*, todo tirado y difundido en crecido número. Tratábase tambien en aquella época de dar á luz varias composiciones no menos útiles sobre la historia, las matemáticas, la gramática, la teneduría de libros, y aun de fundar un almanaque (1). No cabe ciertamente en el espacio de diez años un progreso mas rápido y mas feliz (1).

A los primeros apóstoles se agregaron en breve nuevos evanjelistas. Eran misioneros de Lóndres que deseaban secundar á sus cólegas de América en órden á los negocios del culto, y dirijir el espíritu de los naturales en el sentido de la influencia inglesa. En el número de los recien llegados descollaba M. Ellis, uno de los hombres mas ilustrados de la sociedad de las misiones, y el primero que recojió y publicó documentos útiles sobre este archipiélago.

Solo para acceder á las instancias de aquellos pastores, decidió Rio-Rio, no sé con qué objeto, hacer un viaje á Lóndres. Dejando el reino en manos de Karaï-Mokou, embarcóse el rey á 27 de noviembre de 1823 á bordo del *Aguila*, buque inglés que habia fletado. Llevaba consigo á su mujer predilecta Ka-mea-Marou; Boki, gobernador de Oahou, dos ó tres oficiales de su corte, y el Francés Rives que debia servirle de ciceroni y de intérprete. Llegado á Porstmouth á 31 de mayo de 1824, dirijióse el rey á Lóndres, donde por espacio de un mes solicitó vanamente una audiencia. El monarca británico trató con alguna caballerosidad á su cofrade de la Polinesia, y mientras se decidia cuando y como los recibirian, las dos majestades salvajes tuvieron el tiempo de morir, espresando por último voto que trasladasen sus huesos á la isla natal. Esta muerte fué propicia á la causa de aquella realeza nómada. S. M. Jorje IV recibió á los jefes en audiencia, les hizo algunos cumplimientos que les colmaron de alegría, y

(1) Esta sucinta reseña del estado en que se halla la imprenta en el archipiélago de Hawaïi, apesar del corto tiempo que ha transcurrido desde que fué introducida en él, patentiza los admirables progresos de sus moradores en la senda de la civilizacion. En efecto, segun el siguiente estado del número de discípulos que educan actualmente los misioneros en aquellas islas, puede felizmente augurarse del porvenir que aguarda á sus infortunados indijenas, postrados poco antes en la situacion mas deplorable de fanatismo y embrutecimiento.

Islas.	Escuelas.	Discípulos.
Hawaii	300.	20.000
Mawi	261.	10.738
Oahou	210.	6.635
Tauai	90.	5 500
Moro-Kaï	33.	1.485
Ranaï	10.	506
Tahou-Rawe	1.	31
Total	908.	44.895

Y siendo el total de la poblacion de las islas Havaii de unos 150.000 habitantes, resulta que frecuentan las escuelas para leer y escribir cerca de la tercera parte de los isleños; cuyo resultado nos da una idea favorable de la situacion en que se encuentra entre ellos la instruccion primaria. En este estado se prescinde de un número considerable que se han imbuido ya en la lectura, en la escritura y en las máxismas de la relijion cristiana, amen de mas de 900 indijenas que desempeñan el cargo de profesores.

Los datos estadísticos de estos últimos años han manifestado que en Francia y en Inglaterra aprenden los primeros elementos de educacion el décimoquinto de sus habitantes; en los Estados Unidos el octavo, y en Suiza mas de la mitad; por manera que tomando la educacion primaria como norma del estado social, segun se colije de estos datos puestos en paralelo con la cultura de dichos paises, y multiplicándose sus progresos en las islas Hawaii con la celeridad con que han avanzado hasta aquí, bien puede asegurarse que la civilizacion en breve se encumbrará en ellas al mayor grado de perfeccion de que la hacen susceptible el influjo del clima, el poder de los hábitos y las circunstancias de su posicion.

(1) Léjos de haber menguado en las islas Hawaii, desde la época á que se refiere Mr. Dumont d' Urville (1832), los adelantos de la imprenta, cuyo valor y maravilloso mérito, segun Mr. Guizot, jamás podrán darle los argumentos y pruebas retóricas (*Historia jeneral de la civilizacion en Europa, leccion XI*); han ido continuando hasta nuestros dias el primer impulso que en 1820 le dieron los misioneros, y aun prosiguen acelerando su movimiento progresivo sin interrupcion. En estos últimos años se ha establecido en ese archipiélago la publicacion de un periódico que lleva por título el *Polynesian*, del cual se acaban de recibir últimamente (junio de 1841) algunos números. En ellos el redactor en jefe reclama la indulgencia de sus suscritores acerca las faltas que puedan echar de ver en el trabajo tipográfico, atendido, segun espresa, que todos los cajistas son naturales de Hawaii é ignoran en consiguiente la lengua inglesa. Los que tengan algun conocimiento del mecanismo de la imprenta, bien podrian conocer desde luego á cuantos errores les sujeta esta circunstancia en un trabajo tan rápido y minucioso de la composicion tipográfica.

les anunció que la fragata *la Blonda*, á las órdenes del capitan Byron, los conduciria á Hawaii con los despojos de sus soberanos.

A 4 del mayo siguiente, *la Blonda* fondeaba con efecto en la rada de Lahaina y en seguida en la de Hono-Rourou. Hono-Rourou habia llegado á ser la verdadera residencia real. Reunióse en este punto toda la actividad comercial de las Indias; almacenes, arsenales, templos y casas elegantes cubrian sus playas; numerosas embarcaciones se columpiaban en la bahía, y la costa entera ofrecia un movimiento estraordinario de hombres y de mercancías. (Pl. LX. — 2).

Seria sobrado prolijo referir las ceremonias que marcaron la llegada de *la Blonda*. El desembarque de los jefes, los funerales del rey, y la acojida dispensada al capitan Byron, duraron mas de quince dias; pero ya en aquella época se ofuscaba el tipo indíjena, pues las fiestas del país eran inglesas y no hawaianas. En vez de llevar los restos de SS. MM. al moraï, los trasladaron á la iglesia de la relijion reformada, y de allí á una tumba cristiana.

Un hecho mas impregnado de color local marcó el paso del capitan Kotzebue, que apareció por segunda vez ante Oahou, en diciembre de 1824. Halló como jefe de la isla á Karaï-Mokou, quien lo recibió en audiencia. Al lado del gobernador habia dos mujeres; la reina Kaahou-Manou, y Noma-Hana, una de las viudas del gran Tamea-Mea, que se enamoró súbitamente del capitan ruso. Noma-Hana tenia una talla de granadero, cinco pies y ocho pulgadas almenos, semblante redondo como una manzana, ceñido de una venda: su corpulencia era prodijiosa y sus modales despejados y joviales (Pl. LVII. — 2). Vestida á la europea, aseada y coqueta, escribió la siguiente carta á Kotzebue que ha conservado con todo esmero el orijinal.

« Yo te saludo, ó Ruso! yo te amo con todas las fuerzas de mi corazon, y aun mas que á mí misma. Así es que al verte en mi país siento una alegría que no puede describir mi pobre lenguaje. Hallarás aquí muchas mudanzas. En vida de Tamea-Mea, el país era floreciente; pero desde su muerte, todo se arruína. El jóven rey está en Lóndres; Kaahou-Manou y Karaï-Mokou se han ausentado por algunos dias, y Chinau que los reemplaza, goza de muy poco crédito sobre el pueblo para darte una acojida correspondiente á tu rango. No puedo procurarte tantos cerdos, patatas y taro como te seria preciso. Cuanto siento que mis propiedades estén en la isla Mawi, tan distante allende del mar! Si estuviesen mas cerca, todos los dias te verias rodeado de lechones. Cuando vuelvan Karaï-Mokou y Kaahou-Manou, todas tus necesidades quedarán satisfechas. El hermano del rey viene con nosotros; pero es aun niño sin esperiencia que no sabe distinguir el bien del mal.

« Ruégote que dés en mi nombre un abrazo á tu emperador, y díle que apesar de mis deseos de dárselo en persona, me lo impide verificarlo el mar que nos separa. No olvides saludar á toda tu nacion. Pues que yo soy cristiana y tu tambien, espero que escusarás mi escritura. El hambre me obliga á terminar mi carta. Deseo que puedas comer igualmente la cabeza de tu cerdo con placer y con apetito. Soy con real constancia y eterno amor,

« tu Noma-Hana. »

La muerte de Rio-Rio, anunciada públicamente en el archipiélago, escitó algunas ambiciones rivales. Habiendo fallecido en mayo de 1824 el rey titular de Tauai, Taumou-Arii, su isla debia restituirse á la corona; mas el hijo del titular quiso aprovechar la ausencia de Rio-Rio para sobreponerse al derecho. Karaï-Mokou se vió precisada á hacer justicia con las armas al jefe sublevado; y de consiguiente puede muy bien decirse que Karaï-Mokou era el alma y el brazo de aquel rey. Nombráronle rejente cuando á 6 de junio de 1825 se proclamó rey á Kau-ike-ouli, hermano segundo de Rio-Rio, de diez años de edad, alumno y neófito del misionero americano Bingham (1).

El primer acto del rejente fué la confirmacion de los derechos de anclaje establecidos por Tamea-Mea sobre las embarcaciones estranjeras, derechos de tres francos por tonelada sobre las que entraban en relaciones, y de seis á diez sueldos por tonelada para las que se limitaban á un simple recalo. Empero, Karaï-Mokou sobrevivió poco al advenimiento de Kau-ike-ouli, pues murió de hidropesía en 1828 á la edad de setenta años. Despues de Tamea-Mea, Karaï-Mokou es el hombre que ha influído mas sobre la civilizacion y la conquista del archipiélago. Boki le ha sucedido sin reemplazarle, de suerte que el hombre mas importante en la actualidad, es Koua-Kini, hermano de la reina Kaahou-Manou, de cincuenta y dos años de edad. Robusto todavía, de maneras afables y de fisonomía intelijente, Koua-Kini tiene capacidad para los negocios, prudencia, imparcialidad y re-

(1) Por esta época la cultura de las islas Hawaii se iba haciendo mas sensible todos los dias. Mr. Botta, sabio naturalista á bordo del buque mercante *el Heros*, que visitó estos parajes en su viaje de 1826 á 1829, asegura que en este tiempo los jefes y sus mujeres habian admitido ya el traje europeo; la costumbre de pintarse se hacia siempre mas rara, y desaparecia gradualmente el uso de beber ava para embriagarse.

solucion (Pl. LVIII. — 2). Su hija Kini casó con el rey en enero de 1830 (1).

El soberano actual, Kau-ike-ouli, de diez y nueve años de edad, promete el mas bello porvenir. Dotado de disposiciones felices, injenioso, bueno, imparcial y jeneroso, seria un gran rey si fuese bien aconsejado; pero colocado en medio de rivalidades comerciales que se escluyen, y mientras se cruzan en sus estados diversas pretensiones, necesitará á la vez prudencia y teson para equilibrar todos estos intereses. Ingleses, Americanos ó Rusos festejan el grupo de Hawaii ya para contraer domicilio, ya para obtener privilejios que los antepongan á todos sus concurrentes. Si estas tres potencias no se neutralizasen mutuamente, si no se detuviesen ante esta presa á distancias iguales y vijilándose tanto como lo vijilan, hace largo tiempo que el archipiélago seria ruso, americano ó inglés. Esto durará siempre así? Permanecerán por largo tiempo independientes las únicas islas polinesias ocupadas por un cuerpo importante de nacion? Kau-ike-ouli morirá rey de Hawaii? Cuestiones son estas, cuya solucion solo puede dar el tiempo (2).

CAPITULO VII.

POBLACION, USOS, COSTUMBRES, RELIJION.

Los habitantes de las islas Hawaii constituyen una de las grandes divisiones de la familia polinesia y se parecen en muchos puntos á los pueblos de Taiti. En ambos archipiélagos, los jefes forman una clase distinta y superior á las otras por la talla, la fuerza y la intelijencia. Muchos jefes tienen seis pies de altura con una fuerza proporcionada á su talle. Las mujeres en especial, colosales á la vez y henchidas de gordura, se distinguen por una fuerza muscular de que es imposible formarse idea. Las jóvenes son tambien mas esbeltas y graciosas en sus contornos, y causan admiracion por el poder de sus músculos (Pl. LVIII. — 1). Los hombres tienen poca barba, y las mujeres tienen la costumbre de rasurarse con una pinza de hueso ó con el zumo de ciertas plantas. El hombre raras veces alcanza una edad avanzada, de manera que la de sesenta años es la de la decrepitud. Las mozas, núbiles á los diez ó doce años, paren casi sin ausilio, y al momento se dedican á sus ocupaciones habituales.

Las enfermedades mas comunes en el archipiélago son las afecciones venereas y catarrales, la lepra elefanciaca, las úlceras y la disenteria. La viruela ha ejercido en otro tiempo mas estragos, segun aseguran, y el solo remedio que practicaban los naturales consistia en ahogar al niño que estaba atacado de ella. « Algunas veces, dice Mr. Gaimard, los dejan morir de hambre.» En el tiempo del descubrimiento, King observó que aquellos locos eran tratados con respeto, y que los miraban como inspirados, circunstancia que recuerda los santones del oriente.

Los naturales de Hawaii son naturalmente dulces, benéficos y hospitalarios. Solo han podido derogar su bondad natural en algunas ocasiones en que estaban sobrecojidos de los zelos, el odio, la venganza ó la ambicion. Menos lijeros y versátiles que los de Taiti, tienen asimismo una índole menos seria y menos comunicativa que los habitantes de Tonga. Antes de sujetarse al influjo de las costumbres europeas, vivian entre sí en muy buena intelijencia. Los hombres cuidaban muy poco de las mujeres, pero las trataban con dulzura. El amor á sus hijos no les impedia destruir á los que no querian educar, y esto á veces un mes despues de su nacimiento: algun tiempo despues, cuando el hijo les desobedecia y les irritaba, el padre y la madre tenian el derecho de vida ó muerte sobre la familia, del cual usaban frecuentemente.

Entre los usos mas estraños de la comarca, no puede menos de citarse el modo como entablan la conversacion, tendidos de vientre sobre esteras. Al regreso de un pariente y de un amigo, el uso ecsije que al principio se vocifere y

(1) La celeridad con que ha marchado la civilizacion en las islas Hawaii, ha asombrado á cuantos sabios y profundos investigadores se dedican á estudiar la historia y analizar los progresos del entendimiento humano. Como este hecho no puede menos de ser muy honorífico para aquellos que hayan contribuido con los esfuerzos de su filantropía y de sus luces á la prosperidad de un écsito tan ventajoso á la cultura y á la dignidad del hombre, creemos en honor de nuestra patria no deber omitir el nombre del Español Marin, mencionado ya en la pág. 56. Este hombre, natural de Jerez de la Frontera, arrojado por la violencia de una tempestad á las playas de las islas Sandwich, logró con su conducta granjearse el favor del príncipe, por cuyo medio llegó á ser una especie de mandarin universal. Viéndose en tan eminente puesto y en el colmo de su favoritismo, organizó las tropas á la europea, reglamentó la administracion pública é hizo una feliz revolucion en el carácter de los sencillos isleños. En 1830, deseando tocar en el archipiélago para surtirse de víveres, y creyéndolo habitado por pueblos salvajes; un marino español tomó las precauciones que juzgó por ello indispensables, cuando con gran sorpresa se halló con una nacion verdaderamente civilizada que debia á Marin gran parte de su cultura y de las mejoras de su condicion social.

(2) Muchos desertores y otros Europeos de depravadas costumbres aportan de algunos años á esta parte en las islas del archipiélago de Sandwich, donde con su reprensible conducta estragan los sencillos corazones y corrompen la natural bondad de los isleños. Seria de desear que los gobiernos de Europa, abandonando unos planes sujeridos por la ambicion, y ajenos de todo punto á las filantrópicas ideas de emancipacion que difunde por todas partes el espíritu de nuestro siglo, se dedicasen con esmero á secundar la brillante disposicion de estos indijenas para la civilizacion y perseguia á los malhechores que así impiden el progreso de las luces y el bienestar físico y moral que el jenio de la filosofía proporciona á nuestros semejantes.

1. Jeune Fille d'Hawaii.

1. Joven Doncella de Havaii

2. Kiou-Kiou.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

se lamente, y despues que se consuele y se abrace. En las circunstancias solemnes, y cuando se recibe un huésped de distincion, celébrase su llegada por medio de canciones improvisadas, una de las cuales tenemos traducida por un misionero.

En la época del descubrimiento, el gobierno de las islas Hawaii era monarquía absoluta y hereditaria. El poder del soberano solo era restrinjido por un consejo de jefes, cuyo parecer era á veces obligatorio é imperativo. La corona no tenia el privilejio de los hombres, pues tambien se citaban mujeres que habian gobernado.

Todas las altas dignidades civiles y militares, eran hereditarias, bien que sometidas á la voluntad suprema del rey. El rey podia degradar á un noble y ennoblecer á un sujeto obscuro, castigando de esta suerte al uno por un crímen, y recompensando al otro por una buena accion. Las propiedades seguian una ley de la misma naturaleza: á la muerte del usufructurero recaían en el rey, quien disponia de ellas como mas le acomodaba. Por lo comun se transmitian en la familia, y Tamea-Mea no derogó casi nunca esta costumbre de herencia, en la actualidad poderosa y respetada como una ley.

El misionero Ellis divide la poblacion de Hawaii en cuatro clases: 1° el rey y los miembros de la familia real, á los cuales debe agregarse el primer ministro ó rejente; 2° los gobernadores de las diversas islas y de los seis grandes distritos de Hawaii, y algunos otros grandes jefes, todos descendientes de antiguos príncipes ó reyes, de Taraï-Opou, de Tahi-Teri, de Teporiorio-rani y Ta-Eo; 3° los posesores de cantones y de aldeas que hacen cultivar por criados ó realquilan, clase compuesta de los antiguos jefes y de los sacerdotes inferiores; 4° todo el resto de la poblacion, jornaleros, labradores, pescadores, músicos, bailarines y pequeños propietarios.

Tal es la division de Ellis; pero tambien se ha dado otra que nos parece mas racional. Divide á los habitantes en *Ariïs*, jefes de islas ó de distritos, el primero de los cuales es el rey bajo el título de *Ariï-Tabou*; en *Rana-Kiras*, jefes inferiores, dignitarios civiles y militares, sacerdotes, propietarios, etc.; en fin, en *Kanakae*, ó *Tanatas*, individuos no propietarios y que cultivan el terreno de otro, jornaleros, artesanos, etc.

Esta division corresponde, segun verémos despues, á las de los Ariis, Raa-Tiras y Taatas de Taiti; de los Arikis, Ranga-Tiras y Tangatas de la nueva Zelandia; en fin, á las de los Eguis, Mataboulas y Touas de Tonga-Tabou.

Las contribuciones pagadas al rey por los jefes de distrito consistian antiguamente en objetos en especie, piraguas, telas, esteras, cerdos, perros, etc. Actualmente el rey y los gobernadores ecsijen cierta suma en pesos fuertes españoles, ó una cantidad fijada de madera de sándalo. Sin embargo, hay ciertas tierras libres de impuestos; tales son las *aina-kou-pono* que lo son de tiempo inmemorial, y cuyas franquicias continuan, aun cuando el rey por graves motivos cambia los propietarios.

Un impuesto bastante singular es el que se percibe cuando un rey ó un arii edifica una casa nueva. Para gozar de la entrada del nuevo domicilio, cada súbdito debe presentar un don proporcionado á sus recursos.

La autoridad de los ariis era muy estensa en estas islas: de ellos dependia el poder judicial, y sus sentencias se ejecutaban sin apelacion. Antiguamente se imponia la pena de muerte por la infraccion del tabou; mas recientemente el reo podia rescatar su vida. El adulterio con la mujer de un jefe esponia al culpable á la pérdida de uno ó de ambos ojos, y abandonaba la cómplice á la discrecion del esposo insultado. El homicidio, la rebelion y el robo de objetos pertenecientes al rey, eran castigados con el palo.

Este archipiélago fué asolado largo tiempo por la guerra. Las relaciones nacionales están atestadas de combates, de invasiones y de luchas. Cuando un partido se creía bastante fuerte para presentar la batalla con ventaja, raras veces dejaba de buscar un pretesto para declararla.

Los ejércitos se componian de individuos escojidos de todas las clases. No se conocian tropas permanentes; cuando se declaraba la guerra, todos los naturales corrian á las armas y se volvian á sus faenas cuando estaba concluída. Desde la infancia se ejercitaban en las maniobras guerreras, manejando con oportunidad la lanza, el puñal y el pahoa. Hábiles arqueros, tocaban á 25 toesas de distancia el menor pedazo de madera, y asimismo tenian una prodijiosa destreza en arrojar la azagaya. Todos los dias verificaban simulacros de combate que ejercitaban su golpe de vista y su admirable fuerza muscular.

Cuando un partido queria correr á las armas, los sacerdotes debian primeramente sacrificar las víctimas, por lo comun cerdos y gallinas, y en seguida consultar á los dioses. Ecsaminábase el modo como espiraba la víctima, se analizaban sus entrañas, y se presentaban una multitud de señales; mas si los dioses no contestaban, la guerra era aplazada. Los únicos intérpretes de las divinidades eran los sacerdotes que dormian en lo interior del templo.

En caso de una guerra importante y de peligro inminente, se ofrecian sacrificios humanos. Las víctimas eran comunmente prisioneros he-

chos en el decurso de las hostilidades precedentes; y á falta de estas se echaba mano de los criminales destinados á perecer. Aquellos desgraciados eran cojidos por órden del jefe de los sacerdotes, arrastrados en el patio del heiau é impelidos hácia el altar, donde á impulsos de un hachazo hacian saltar su cérebro hasta los dioses. De esta suerte se inmolaban á veces hasta veinte víctimas, que se alternaban con ofrendas de cerdos, cuyos cuerpos, arrojados confusamente en el patio del heiau, eran destinados á corromperse juntos.

La cuestion de guerra y de paz se vaciaba en la asamblea jeneral de los jefes y de los guerreros. En ella espresaba cada uno su opinion con enerjía, y mas de una vez provocaba el debate discursos de una elocuencia noble y salvaje. Ellis cita la arenga con que un guerrero se despedia de sus amigos en el momento de partir para el campo, la víspera de una batalla. « Nuestras filas, decia, son como rocas en el Océano, inmóviles contra el esfuerzo de las olas; cada guerrero es como un erizo á quien nadie se atreve á tocar. Al ponerse en marcha las tropas del rey, descollarán sobre sus enemigos cual pino sobre la humilde yerba. Durante el combate, el guerrero se sostendrá con firmeza, como la palmera arraigada profundamente, y se cernerá sobre las cabezas enemigas cual cocotero sobre las cañas encorvadas. En nuestros ataques nocturnos, el esplendor de nuestras antorchas los sorprenderá como la luz de los relámpagos, y nuestros pitos lo aterrarán como el estruendo rimbombante del trueno. »

Declarada la guerra, los jefes y los sacerdotes decidian su marcha y la época en que debia emprenderse. Enviábanse mensajeros á todos los distritos para llamar á los combatientes á la cita guerrera, y su número era regulado segun la importancia de la espedicion. Cada uno llevaba sus armas, sus provisiones, y aun las nueces necesarias.

Cuando tenia lugar una leva en masa, un oficial, llamado Ourou-oki, estaba encargado de inspeccionar los morosos. Apenas encontraba uno, cuando al instante le cortaba ó le partia una oreja, le pasaba una cuerda al rededor del cuerpo, y en este estado lo presentaba al campamento. No eran numerosos tales refractarios; porque se marcaba una mancha indeleble en la frente de aquellos que no correspondian al primer llamamiento. Los mensajeros, en *Kawaïrere*, eran tan ájiles, que daban la vuelta á la isla en el espacio de ocho ó nueve dias, apesar de los altos que debian hacer, y los largos rodeos que ecsijia la fragosidad de la costa.

Llegados al punto de reunion, los guerreros establecian su campamento en un lugar fácil de atrincherar, donde levantaban chozas temporarias con hojas de dracæna ó de cocotero. Las mujeres, los niños, los ancianos estaban colocados en un *pari*, es decir, en un sitio casi innaccesible y fortificado con enormes montones de lava.

A veces la lucha se verificaba en el mar, entre flotas de mas de cien piraguas; pero como los atracaderos de Hawaii están casi siempre fatigados por la marejada, preferian combatir en tierra. Al principio procedian al combate por emboscada, despues por acciones decisivas. El ejército, formado en batalla, se dividia en centro y en alas, que desplegadas tomaban la forma de un creciente. Los arqueros y los lanceros estaban distribuídos en toda la línea. El rey ó su representante mandaba todos los jefes, y cada jefe sus guerreros.

Los *ihe* ó azagayas servian tambien de broqueles: los simples soldados no llevaban otro vestido que el maro; pero los jefes traían capas magníficas y cascos en forma griega (Pl. LVIII. — 4.), unos y otros guarnecidos de plumas encarnadas y amarillas colocadas con gusto. El rey era el único que podia llevar una capa enteramente de plumas amarillas. Las de los otros jefes eran de plumas amarillas y encarnadas, dispuestas en figura de romboide y atravesadas á veces por listas de un sombrío purpureo, ó de un lustroso negro. Los jefes subalternos ó los guerreros célebres solo tenian derecho al talabarte de plumas coloradas. A mas del casco y la capa, llevaban los jefes una especie de gola llamada *parawa* suspendida del cuello por un rizo de pelo.

Consumados los sacrificios y consultados los augures, así los de las entrañas de las víctimas como del aspecto del cielo y de las nubes, llevábase á la cabeza del ejército al dios de la guerra, Tairi, y proferida la arenga, se empeñaba el combate. A veces se embestian los ejércitos con todas sus fuerzas, esceptuando solamente las reservas. Pero por lo comun la batalla se componia de una multitud de acciones parciales, y aun á veces de combates singulares. Salia de las filas un campeon provocando al enemigo, quien recojia el guante y enviaba un guerrero. El duelo terminaba por la muerte de uno de ambos combatientes.

Estos combates duraban á veces muchos dias sin interrupcion, antes que la fortuna se inclinase por uno ó por otro bando. Con frecuencia sucedia que cada uno por su parte se retiraba del campo de batalla sin resultado decisivo. En caso de derrota fugábanse los vencidos en todas direcciones, los unos al Pouho-Noua ó lugar de asilo; los otros al Pari ó punto atrincherado, y otros á las montañas donde los sorprendian en detall uno á uno. Cuando cojian á uno de aquellos cautivos, lo presentaban al rey.

Si este guardaba silencio, ó decia : «Prosternáos en el suelo ! » era una sentencia de muerte ejecutada al instante ; pero si decia : « La cara al aire ! » el cautivo , salvado por el momento y convertido en esclavo , quedaba siempre á la merced de los sacerdotes cuando tenian necesidad de víctimas humanas. Cuando un rey ó un jefe tenia establecida cierta reputacion de clemencia , procuraban los cautivos encontrarse con él y prosternarse á sus plantas. Un signo , un jesto , la entrada sola del palacio real era un motivo de gracia. Lo mismo sucedia en punto á los jefes , bien que en esfera mas diminuta.

Los vencedores tenian el derecho de repartirse las tierras y los bienes de los vencidos , cuyas mujeres é hijos , convertidos en esclavos , tenian la obligacion de trabajar para sus nuevos amos. Despues de una batalla solo se sepultaban los cadáveres de los vencedores , pues los de los vencidos debian corromperse insepultos.

Cuando no habia vencedores ni vencidos , presentábase un enviado para tratar de la paz con una tierna planta de banano en la mano , ó una rama de dracæna. Las proposiciones eran discutidas en una asamblea de jefes , y caso de ser aceptadas , se encaminaban al templo donde mataban un lechoncito cuya sangre debia correr por el suelo. Los jefes de ambos partidos entretejian en seguida y disponian en el templo una guirnalda de maïri , planta odorífera ; y la ceremonia de paz y de reconciliacion terminaba con danzas y festines.

Tales eran las costumbres guerreras de Hawaii , antes que la civilizacion europea enseñase á sus habitantes los medios de destruirse con mas rapidez. Actualmente apenas se conservan en el regazo de estas islas vestijios de aquellas costumbres que cada dia se borran mas y mas. Los guerreros van desnudos , con el maro solo, llevando el arma al brazo izquierdo , y ejecutan la carga como un landwher prusiano. Kau-ikeouli tiene su guardia de honor con el uniforme inglés ; los fuertes de las ciudades son artillados , y las piraguas han sido reemplazadas por goletas de guerra. En el término de veinte años los fusiles-perkins y los morteros-monstruos llegarán á Hono-Rourou con el vapor y los caminos de hierro. Se buscarán los salvajes de Cook , sin poder dar con uno solo.

En tiempo de paz , los jefes llevaban una vida indolente y afeminada. Beber , comer , dormir , jugar y bailar ocupaban todos sus dias. De ahí procede esta enorme gordura que constituye el carácter jeneral de aquella raza ; gordura mas rara y menos pronunciada en los individuos del pueblo que se dedican á faenas personales.

Los usos y costumbres ofrecian algunos pormenores orijinales y caprichosos. Los himeneos consumados entre parientes eran de un ceremonial muy sencillo. Segun M. Ellis , bastaba que el novio echase una pieza de tela sobre su amante en presencia de sus parientes y de sus amigos. La familia daba un banquete que sellaba la union; mas para los que tenian una mujer , no era indispensable esta formalidad. Tomaban una esposa , dos , tres y aun cuatro , conservándolas y repudiándolas á su placer.

Los reyes y los jefes escojian sus mujeres del seno de sus mismas familias , inducidos por algun objeto político. El soberano casaba frecuentemente con su hermana , y los hijos de los jefes sucedian á sus padres así en su lecho como en su rango. Ordinariamente la primera esposa era mas considerada que las demas.

Al nacer un hijo lo lavaban en agua de mar y lo echaban en una estera en donde ejecutaba con libertad sus movimientos. Se ha dicho que estos recien nacidos eran á veces sacrificados por sus padres , con especialidad las hijas, como menos útiles al país. Ningun viajero cita la circuncision ni el bautismo entre sus costumbres, y segun Cook , lejos de circuncidar á sus hijos como los naturales de la Nueva Zelanda, practicaban una operacion diametralmente opuesta. Toda la educacion de los hijos se reducia á ejercicios militares y jimnásticos.

El pintarroteo se practicaba en Hawaii, pero mucho menos que en las demas islas polinesias. Solo á la muerte del rey , segun hemos visto por Tamea-Mea , todos los habitantes se hacian pintarrajar en señal de luto la lengua , los labios , las mejillas y las espaldas con signos confusos ó con caractéres alfabéticos. En tiempo ordinario los guerreros eran los únicos que deseaban con ahinco un pintarroteo imponente y complicado.

Las chozas de los isleños consistian todas en una pieza espaciosa , cuyo techo era sostenido por estacas y cubierto con hojas de pandano, de cañas dulces ó cocotero. En cada estremidad ecsistia una puerta y al lado una ventana. La dimension de estas chozas variaba desde doce pies de lonjitud hasta sesenta pies sobre cuarenta. Por la parte del mar eran defendidas contra los vientos por un muro de piedra sin cimiento; en los lugares húmedos y bajos los abrigaba contra la frescura del suelo una plataforma de pequeños guijarros.

Las familias de cierto rango tenian tres chozas, una que servia de cocina , otra de comedor para los hombres , y la tercera de dormitorio. Las chozas de los jefes estaban guarnecidas de esteras tendidas sobre una especie de yerbas secas. Aquellas habitaciones tenian tambien un patio empalizado y otras pequeñas chozas para uso de los criados.

Los naturales de Hawaii, del propio modo que los de la Nueva Zelandia, apiñaban sus chozas de manera que formasen una aldea de cien á doscientas casas alineadas con regularidad ó irregularidad, y entrecortadas de caminos paralelos.

Los utensilios domésticos se reducian á las calabazas destinadas para contener el agua, cestas para los víveres, y algunos vasos de madera. Ordinariamente comian tres veces al dia, primero al levantarse, segundo al mediodía, y por fin al ponerse el sol. Los platos eran servidos en tierra sobre esteras, en cuyo derredor se agachaba cada convidado. Comíase á competencia y con los dedos: los alimentos habituales consistian en el fruto de pan, el taro, las patatas, las bananas, el pescado fresco y salado; á veces se cocia un cerdo ó un perro para los jefes. Solo estos bebian kava despues de los postres, pues la bebida jeneral era agua. Antiguamente estaba prohibido á las mujeres comer con los hombres; pero este tabou no llegaba como en Taiti hasta prohibirles comer en el mismo sitio.

Preparaban los platos de un modo muy sencillo, colocando los alimentos en hornos de piedra donde adquirian un sabor perfecto. Los compañeros de Cook probaron este médoto y lo hallaron superior al de los Europeos. Por lo comun comian el pescado crudo ó templado simplemente en agua marina. Bien que repugnante al Europeo al principio, este plato agrada á quien está habituado á él. El *poe*, alimento ordinario de estos pueblos y semejante al pan europeo, se hace con la raíz del *arum* ó taro, cocida al horno. Despues de haber fermentado de doce á diez y ocho horas, esta pasta adquiere un sabor bastante apetecible; y cuanto mas agrio y fermentado, mas gusta á los naturales. La raíz cocida al horno suministra otra pasta que hacen secar al sol y la conservan durante muchos meses. Las patatas y las raíces del dracæna sufren una preparacion análoga.

Hemos visto las modificaciones que ha sufrido el traje de los isleños. Antiguamente los hombres del pueblo y los jefes subalternos se contentaban con el maro; los jefes superiores eran los únicos que llevaban la capa fabricada con la corteza de la morera de papel, anudada en la espalda, ó bien hermosas esteras de cinco pies de lonjitud sobre cuatro de anchura, ó la magnífica capa de plumas de los reyes y de los ariis. El traje de las mujeres consistia en una tela fina con la que se envolvian el cuerpo, ya cubriéndose el seno, ya dejándolo desnudo, Ambos secsos iban con los pies desnudos. á menos que los corales les forzasen á calzar sandalias groseras de corteza de coco. No llevaban gorro, casco ni sombrero alguno; pues se arreglaban el pelo segun su capricho. Ora lo dejaban flotar en toda su lonjitud, ora lo fijaban sobre la cabeza ó lo reunian en copetes aislados, ó bien lo hacian rasurar del modo mas estraño. En este último jénero, era una prenda de buen gusto dejar solamente desde la frente á la nuca una banda de cabellos de cuatro dedos de anchura, que figuraba con harta ecsactitud la crin de un casco de dragon.

Sin embargo, las mujeres aplicaban mayor atencion en su peinado. Unas cortaban sus cabellos por detrás, como las de Taiti; otras los realzaban y los conducian hácia la frente plegándolos en seguida sobre sí mismos y haciéndolos figurar un gorro frijio. Muchas teñian de blanco la porcion de cabellos que rodea el rostro en una anchura de dos dedos con corta diferencia. Las damas de cierto rango llevaban en sus cabezas coronas de plumas amarillas, encarnadas y negras, entremezcladas de frutas de pandano, ó bien de guirnaldas de flores escojidas entre las mas preciosas de la isla.

A mas de los diversos ornamentos usitados, tales como brazaletes, dientes de gocho, conchitas y coronas, King cita un pequeño aderezo llamado *raï*, que llevaban en el cuello y en los cabellos. El fondo, encarnado, y taraceado de fajas amarillas y negras, produce un efecto encantador (Pl. LVIII.—3). Las mujeres llevan en sus dedos, á guisa de sortijas, pequeños figurines de tortugas trabajados de madera y de huesos. King menciona ademas como ornato singular una especie de máscara agujereada en la parte que corresponde á la nariz y á los ojos, superado de ramitas verdes, y guarnecida de cintillas delgadas á modo de barba (Pl. LIX. — 2). Cierto dia apareció junto al navío una doble piragua montada por hombres con estas máscaras; y con tan caprichoso tocado hacian jestos y monadas que parecian anunciar intenciones burlescas. Sin duda era un carnaval por el estilo del país.

La industria primitiva de los habitantes era muy pobre y limitada, puesto que se reducia á la pesca, al cultivo de las tierras, la fabricacion de sus armas, de sus piraguas, de sus telas y de sus ornamentos. Sus productos agrícolas, el taro, la banana, la patata, ecsijian muy pocos cuidados y poco trabajo; el único instrumento aratorio era el *soko*, especie de espátula de madera, de seis pies de lonjitud, de la cual se servia el jornalero como de una azada.

La fabricacion de los tejidos ecsijia mas trabajo. Despues de haber secado la corteza de la morera de papel, la dejaban macerar en el agua, y se secaban las fibras por capas, en

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Danse de deux Enfans à Hawaii.

3 Danza de dos muchachos en Havai.

4. Danseur de Hawaii.

4 Bailarin de Havai

3. Jeune Femme d'Hawaii.

3 Joven Mujer de Havaii.

4. Guerrier d'Hawaii.

4. Guerrero de Havaii.

PITTORESQUE.
PINTORESCO

Pl. LVIII.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

forma de cintas mas ó menos delgadas, superpuestas y colocadas sobre una estera, paraque obtuviesen un espesor casi uniforme. Entonces se desponian estas cintas sobre una plancha inclinada, y algunas mujeres las batian con tanta mas actividad, cuanta mas era la finura que se deseaba en el tejido; y terminada esta operacion, esponian los filamentos al aire libre, sobre esteras. En el estado natural, este tejido es de una gran blancura; para colorarlo, se recurre á las sustancias tintoriales de la isla, y en seguida se realzan los matices por medio de un barniz vejetal de admirable brillo. Las esteras confeccionadas por las mujeres son á veces de un solo color, pero otras veces cubiertas de dibujos que resultan de la manera con que están tejidas. Estas esteras sirven de capas, de tapices ó de velas para las piraguas. Las mujeres fabrican asimismo, con las hojas del dracœna, cestas, abanicos y cascos, de un trabajo muy delicado. Tambien fabrican las preciosas capas de plumas que constituyen el adorno de los jefes.

Las piraguas sencillas tienen ordinariamente veinte y cuatro pies de lonjitud sobre diez y ocho ó veinte pulgadas de anchura. El fondo se compone de una sola pieza de madera ahuecada de una ó dos pulgadas, y terminada en punta en cada estremo. Los flancos son formados por tres tablas de una pulgada de espesor y muy bien ajustadas. Las piraguas, realzadas en forma de ángulo en las estremidades, tienen remos muy bien adaptados que se hacen maniobrar con pagayas, ó con una vela triangular envergada á un palo y provista de un chuzo.

Las piraguas dobles tienen sesenta y ochenta pies de lonjitud. En su centro hay establecida una plataforma que contiene los remeros, los pasajeros y los efectos que se quieren trasladar; mientras que un hombre colocado en la popa dirije con una gran pagaya. Hace poco que los isleños ejecutaban sus trabajos de carpintería con simples instrumentos de piedra dura, mas en la actualidad tienen ya conocimiento de nuestros instrumentos de acero.

Los antiguos navegantes están acordes en manifestar la dulzura, suavidad y melodía de los cantos de Hawaii, y aun algunos de los oficiales de Cook afirman que cantaban en partes. Hemos visto que su música instrumental consistia en calabazas que batian ó en mambúes que chocaban uno contra otro. El espesor del mambú formaba la variedad de los tonos que acompañaban. Sus danzas ú *houras*, como las de los demas Polinesios, iban precedidas de un canto dulce y grave perneando ó batiéndose dulcemente el pecho con graciosos movimientos y jestos. Poco á poco se aceleraba el movimiento precipitándose de tal suerte, que solo podian seguirlo los buenos bailarines. El mejor bailarin era el que se sostenia mas largo tiempo. Ellis asistió á un espectáculo en que un jóven ejecutó todos los pasos de la houra al son de la calabaza que batia con sus dedos y de un coro de asistentes que cantaban leyendas nacionales (Pl. LX.—4). Este mismo misionero vió otra vez dos niños de nueve á diez años, macho y hembra, que formaban pasos y entonaban las alabanzas de los heroes de Hawaii, acompañados de cinco músicos con sus tam-tams (Pl. LIX.—3). En fin, encuéntrase en Cook el retrato de un isleño, especie de bailarin grotesco en el jénero de los Italianos. Con su derecha empuñaba una especie de instrumento adornado de plumas y guarnecido de una olla hueca que contiene una piedra ú otra sustancia, formando un sonido parecido al de un grito infantil. Llevaba un collar de algas marinas, y sus piernas eran envueltas con brazaletes guarnecidos de dientes de perro (Pl. LIX. —4).

Uno de los juegos habituales de Hawaii era una especie de juego de damas muy complicado. El tablero tenia dos pies de alto, y 238 cuadretes en 17 filas. Los naturales hacian maniobrar sobre él pequeños guijarros de uno á otro escaque. Tienen otro juego que consiste en ocultar una piedra bajo un pedazo de tela. El que bate mas de cerca la piedra con un palo, ha ganado. Uno de los juegos favoritos de los jóvenes de ambos secsos, es la carrera, que da lugar á varias apuestas. Como son escelentes nadadores, arrojan al agua una tabla, y con su ausilio arrostran la mas furiosa resaca. Los primeros jefes de la isla, Karaï-Mokou, Taï-Ana y otros, eran muy aficionados á ejercitar su destreza en este ejercicio.

A mas de los juegos del *houra*, *maïta* y *pehe* ya descritos, ecsistia otro en el cual los concurrentes saltaban sobre una piedra pulida y redonda. El que permanecia mas largo tiempo sobre ella, ganaba la partida. Los naturales conocian tambien el juego de las cinco balas, arrojadas sucesivamente al aire y recibidas ó arrojadas de nuevo.

Hemos visto ya en que consistia la relijion y que influencia ejercian los sacerdotes sobre los indíjenas. Una cosa mas difícil de establecer es la teoría de este culto. Ningun dios superior á todos aparece en medio de tan diversas dignidades; ninguna teogonía caracterizada, como la de los de Taiti, se rebela ante aquellas prácticas idolátricas. Hé aqui lo que dice M. Freycinet sobre estas costumbres.

«Los atributos de la divinidad forman otros tantos dioses diferentes ó espíritus particulares, á quienes se ha atribuido el poder de dispensar el bien y el mal en lo humano, segun el

mérito de cada uno. Su residencia habitual es en los ídolos ó en el cuerpo de ciertos animales. Una inmutable jerarquía somete á los dioses mas poderosos los que ejercen un poder menor. Las almas de los reyes, de los héroes, de ciertos sacerdotes, forman una lejion de dioses inferiores y tutelares, igualmente subordinados entre sí, segun el rango que ocupan en la tierra. Hay ademas espíritus malignos que solo se complacen en maleficiar, por cuyo motivo son el objeto de conjuraciones y de ecsorcismos. Sacerdotes, augures, brujos, ofrendas, sacrificios humanos, los honores tributados á los muertos, las ceremonias espiatorias y el establecimiento de las ciudades de refujio, tal es el conjunto del culto esterior. »

Cada familia tenia su dios particular: los de Tamea-Mea eran el dios de la guerra, y Pele, la diosa de los volcanes. Mawi veneraba al dios Keoro-Eva. El sacerdote agujereaba las orejas á cuantos cerdos le presentaban como ofrendas para hacerlos gruñir; y despues decia á los dioses: « Heos aquí la ofrenda de ***, uno de tus kahous (adoradores). » Despues de esto el cerdo, con una marca en la oreja, podia vagar por la isla libremente, sin que lo tocasen ni menos inquietasen, pues era sagrado. Tambien era venerado en Mawi el dios Tiha. En Ranaï, las divinidades Rae-Apoua y Kane-Apoua presidian al mar y recibian los homenajes de los pescadores. Morokaï adoraba á Moro-Arii (rey de los lagartos), bajo la forma de un tiburon, y cada promontorio tenia un templo en su honor. A la llegada de ciertos peces de paso, se ofrecian en el heiau de Moho-Arii las primicias de la pesca.

Otras divinidades presidian á los vientos, á las estaciones, á las olas del mar, y recibian las oraciones y los votos de los marinos, votos inviolables so pena de castigo celeste. En Morokaï se adoraba á uno de los dioses mas horribles del archipiélago, Karaï-Pahoa. Fabricábanlo con una madera tan venenosa, que el agua que la tocaba era suficiente para emponzoñar. Este ídolo fué quebrado á la muerte de Tamea-Mea, y repartido entre los jefes. Pero en Morokaï ecsistia otro ejemplar de este dios, que recordaba un episodio singular.

Bajo el reinado de Kouma-Raua, antiguo rey de Morokaï, vivia Kanea-Kama, jugador desenfrenado. Jugando al maïta, perdió un dia cuanto poseía, á escepcion de un cerdo que no quiso arriesgar, á causa de haberlo dedicado á su dios. De regreso á su casa al anochecer, se durmió, y su dios se le apareció en sueños y le mandó que al dia siguiente jugase de nuevo, poniendo en prenda á su cerdo en un punto que le indicó. Habiendo seguido este consejo, jugó todo el dia con admirable felicidad, de suerte que antes de volverse á su casa no olvidó de ir á ofrecer á su dios la mayor parte de la ganancia.

La noche siguiente, apareciósele de nuevo el dios, mandándole que fuese á encontrar al rey para decirle que en cierto punto encontraria un macizo de árboles, y que si hacia un dios de sus troncos, residiria este en su interior, siendo su sacerdote Kanea-Kama. Obedeció este, y el rey le dió una partida de hombres para ir á cortar un tronco de árbol y fabricar un dios. Al acercarse á Karou-Akoï, presentóseles un grupo de árboles, en los cuales habia el dios Tane y otros dioses. Indicaron estos que era preciso cortar, y los operarios pusieron manos á la obra. Pero, habiéndolos tocado á lo lejos algunas virutas, espiraron al instante. Los demás operarios querian fugarse, pero Kamea-Kama los decidió á proseguir: cubriéronse el cuerpo con hojas de dracæna dejando libre solamente el ojo, y se sirvieron de pahoas en lugar de hachas, de donde provino el nombre del dios *Karaï-Pahoa*, cortado con el pahoa.

Otros dioses, Kaono-Hiokala y Koua-Haïro, estaban encargados de conducir el espíritu de los jefes muertos á ciertas partes de los cielos; y transcurrido un tiempo determinado, los trasladaban de nuevo á la tierra para vijilar ó aconsejar á sus descendientes. Así es que los manes de los reyes y de los jefes eran objeto de un culto piadoso.

« Ciertos isleños, dice Mr. Freycinet, adoran á los tiburones y arrojan al mar el cuerpo de sus hijos que nacen muertos con ciertas ofrendas, con la esperanza de que el alma del difunto pasa á la de un tiburon, con lo cual llegará á ser un poderoso protector de toda la familia junto á la raza de tan temibles peces. Delante de los templos del dios hay algunos sacerdotes que velan estas ofrendas, y anuncian por medio de agudos gritos á los parientes el momento en que ha debido operarse la transmigracion. »

Cada fase de la luna daba márjen á una fiesta. La de la luna nueva duraba tres noches y dos dias, y las otras tres noches y un dia. Los hombres que asistian á estas ceremonias no podian hablar á ninguna mujer bajo pena de la vida, ni menos navegar, pescar, tejer ni dedicarse á ningun juego durante todo aquel tiempo. La pesca de los bonitos y de algunos otros pescados era prohibida durante seis meses.

Las fiestas mas solemnes eran las del año nuevo, en cuya época, un sacerdote paseaba al rededor de la isla al ídolo Kekoua-Aroha, y cuanto podia cojer con la mano izquierda, era considerado de lejítima presa.

Los sacerdotes acumulaban frecuentemente sus funciones sacerdotales con una parte de hechicería. Jactábanse de poder hacer morir por

encanto á las personas de que tuviesen que quejarse, para lo cual bastaba que les presentasen un objeto que hubiese pertenecido á aquellas personas, especialmente su pelo y de su saliva; el resto del encanto se operaba por medio de jestos y palabras místicas. Como todas las enfermedades se atribuían á encantamentos, recorríase para combatirlas á encantamentos contrarios. Entonces los brujos rivalizaban en poder. Tamea-Mea tenia siempre en su séquito á un oficial cuyas funciones se reducian á recojer su saliva paraque no cayese en poder de algun hechicero mal intencionado.

Empero, la institucion mas notable de estos pueblos, y que les es comun con los otros Polinesios, es el TABOU. Esta palabra significa una prohibicion completa y rigurosa del contacto y de la vista. Tabou era una cosa santa y sagrada, perteneciente al dominio de la divinidad. Los reyes eran Arii-Tabou, porque dependian de ella, y los templos Wahi-Tabou por la misma causa. En este sentido la traduccion de esta palabra era *sagrado*.

Los efectos del tabou sin duda fueron al principio limitados á los objetos del culto, segun se echa de ver en muchas naciones. Pero en la Polinesia, á falta de leyes positivas y de convenciones bien promulgadas, los jefes usaron del tabou y se lo esplotaron y aplicaron en beneficio suyo. La prohibicion pasó de las cosas santas á las cosas políticas, merced al concurso de los sacerdotes que utilizaban esta tendencia. La pena en que se incurria por la violacion del tabou tomó toda la estension que quisieron dar á esta palabra los reyes y los jefes. Cualquiera que no sintiese el terror de las venganzas celestes, era colocado bajo el influjo de una penalidad humana mas vijilante y mas pronta.

El tabou era permanente ó interino, absoluto ó relativo. Los dioses, los templos, la persona y el nombre del rey y de su familia, la persona de los sacerdotes, todos los objetos destinados al uso de estos diversos privilejiados, la cabeza de las personas dedicadas al culto especial de algun dios, eran tabou para siempre y para todos. Los animales y los demas objetos ofrecidos á los dioses eran tabou para las mujeres. Ciertos lugares, tales como aquellos en que se bañaba el rey, eran constantemente tabou.

A veces se prohibian á las piraguas y á los hombres una isla y un estrecho, puestos bajo un tabou interino. Ciertos animales se hallaban bajo la dependencia del tabou durante muchos meses, especialmente al acercarse alguna gran ceremonia relijiosa, la víspera de una guerra, ó durante la enfermedad de un jefe. Otras veces duraba esto mucho tiempo, y la tradicion refiere que en tiempo de Oumi se puso á las barbas un tabou de treinta años, durante los cuales no pudieron los hombres rasurarlas. Algun tiempo despues, hubo uno que duró cinco años, pero antes de Tamea-Mea, cuarenta dias eran el período habitual del tabou que este rey redujo á cinco ó diez dias, y Rio-Rio abolió enteramente.

El tabou podia ser mas ó menos riguroso. En su fuerza ordinaria bastaba á los hombres abstenerse del trabajo, y asistir á las oraciones del heiau, pero cuando reinaba en la fuerza de su rigor, no se podia, en el distrito sagrado, encender antorchas, botar su piragua al mar, bañarse, ni salir de la cabaña, á menos que fuese para ir al templo. Si los cerdos, las gallinas y los perros gritaban, el tabou era violado; pero para impedir este sacrilejio, se ataba el cuello de los perros y de los cerdos, y se ponian las gallinas en una calabaza cubriéndoles los ojos con un pedazo de tela. Todos los hombres del pueblo se prosternaban al pasar los jefes que por sí mismos se habian consagrado, hasta el punto de no poder tocar los alimentos con sus manos. Cuando era consagrado el rey, debia ir con la cabeza desnuda, sin que pudiese abrigarse bajo una tienda ó á la sombra de un árbol. Era preciso que se dejase tostar por el fuego de los rayos solares en honor del tabou.

Cuando se imponia el tabou á alguna parte, iba por la noche un mensajero de los sacerdotes á avisar que apagasen todos los fuegos, y dejasen libres todos los senderos de la costa para el rey, y todos los del interior para los dioses. Por otra parte el pueblo estaba preparado ya de antemano. A veces era indicado el tabou por ciertas señales llamadas *ounou ounou*, que se aplicaban á las cosas consagradas. Para designar que ecsistia el tabou en cierta parte del pescado de la costa, se plantaba en las rocas una pequeña estaca con una mazorca de hojas ó un pedazo de tela blanca en su cima: una hoja de cocotero atada al rededor del árbol indicaba que el fruto era consagrado. Los cerdos consagrados y destinados á los dioses llevaban una trenza pasada en una de sus orejas.

La violacion del tabou era siempre castigada de muerte, á menos que el culpable tuviese valimiento entre los sacerdotes y los jefes. Los culpables eran ordinariamente ofrecidos en sacrificio, ahogados y á veces quemados en el interior del heiau. Un tabou perpetuo pesaba sobre el alimento de las mujeres. Ninguna de estas podia probar un manjar que hubiese sido puesto en el plato de su padre ó cocido á su fuego: ciertos alimentos le eran tambien prohibidos.

El hijo destetado tomaba el nombre de su padre y comia con él, mientras que la madre no podia comer en el mismo sitio que su hijo, ni tocar sus alimentos. Así es que cuando se trató de abolir el tabou, las mujeres aceptaron con entusiasmo una medida que les restablecia al derecho comun.

Lamentaron la pérdida de sus templos, de sus dioses, de sus diversiones y de sus danzas; pero la abolicion del tabou fué un lenitivo á tamañas desgracias.

A tan estrañas instituciones y reglas de interdiccion han sucedido hoy las severas prescripciones de los misioneros para la observancia del reposo dominical. Los isleños han aceptado esto como un nuevo tabou, mas dulce, mas tolerable y mas humano que el antiguo.

En ninguna parte toman formas esteriores mas ecsajeradas y estrepitosas el dolor público y el luto nacional que el archipiélago de Hawaii. Hemos visto ya la conducta de los isleños á la muerte de Tamea-Mea, la intensidad de su dolor y los estraordinarios pintarroteos que provocó. Unos se cortaron las orejas, otros se rompian los dientes, se rasuraron la cabeza, se mutilaron, se quemaron la piel ó se acribillaron el cuerpo heridas. De la propia suerte que en la Nueva Zelandia, los hombres iban casi desnudos, simulando locura y derribando cuanto encontraban á su paso. Pegóse fuego á las casas, asoláronse las propiedades, y aun se hicieron muertes, aprovechando esta ocasion para satisfacer el resentimiento y las venganzas particulares. A mas de estos testimonios de un luto salvaje, habia otros que consistian en canciones y danzas ejecutadas en torno del cadáver. El misionero Ellis, testigo de la inhumacion del famoso Kiau-Mokou, gobernador de Mawi, refiere que una mujer se acercó á su tumba con todas las señales de un gran dolor, y recitó un canto análogo á las circunstancias.

Los testimonios de luto que habian acompañado al fin de Tamea-Mea se reprodujeron con todos sus accesorios cuando murió su viuda, Keo-pouolani, madre de Rio-Rio y de Kau-ike-ouli, esposa de rey y madre de dos reyes. No hay espresiones humanas que sean parte para describir aquel dolor público, aquella escena griega que necesitaba un Homero para pintarla. M. Stewart hace una relacion que solo puede dar una idea aprocsimativa. Era en Mawi, residencia actual de Keo-pou-lani: los habitantes de la isla, en número de mas de 5.000, se encaminaron al domicilio de la difunta, vociferando, jimiendo, torciéndose los brazos de desesperacion y afectando las posturas mas estrañas y espresivas. Y no era el pueblo solamente quien así manifestaba sus sentimientos, sino tambien los jefes, los señores de la corte y el mismo Koua-Kini, uno de los mas poderosos de ellos. Estos lamentos tenian cada uno su actitud y su espresion individual. Las mujeres descabelladas, con los brazos tendidos hácia el cielo, la boca abierta y los ojos cerrados, parecian invocar una catástrofe que distinguiese el dia nefasto; los hombres cruzaban sus manos detras ta cabeza y parecian sumados en un profundo dolor. Unos se prosternaban en tierra revolviéndose por la arena; otros se hincaban de rodillas y simulaban convulsiones epilépticas. Estos tomaban sus cabellos á puñados y parecian querer arrancarse la cabeza. Todos multiplicaban sus jestos y sus demostraciones estravagantes y gritaban: *Auwe! auwe!* acentuando esta palabra de un modo lento y sofrenado, y aguzando la última sílaba cual para hacerla mas espresiva y dolorosa. Apiñados ó aislados, corriendo ó en reposo, con todas sus posturas tan diversas, tan terribles y tan caracterizadas, aquellos isleños enlutados, aquel pueblo haciendo la oracion fúnebre de su reina por medio de una pantomina jeneral, formaban el cuadro mas estraño que puede imajinarse, bien que al propio tiempo el mas interesante, el mas profundo y el mas poético (Pl. LIX. — 1). Interrogados sobre la causal que les inducia á manifestar su sentimiento con tanta ecsajeracion, respondian que aun era demasiado poco y que deberian conservar señales perennes de aquel dolor.

La lengua de los habitantes de Hawaii, segun llevamos dicho, es un dialecto de la gran lengua polinesia, dulce y armoniosa. Mejor articulado que el de los de Taiti, no tiene tampoco las notas guturales del nuevo-zelandés. Todas las voces acaban en vocales, disilábicas en su mayor parte. A escepcion de las palabras compuestas, solo hay un corto número trisilábico. El italiano es la lengua europea que por su pronunciacion se parece mas al sandwich; y el malayo es de todas las lenguas asiáticas la que se le acerca mas por las formas radicales.

La escritura es desconocida en este archipiélago como en el resto de la Polinesia. Sin embargo, Ellis cita algunas figuras trazadas en la lava por antiguos viajeros, sin duda para manifestar algunas circunstancias de su itinerario. Estas señales se parecen mucho á los signos jeroglíficos de los Mejicanos ó de los Peruvianos. Un círculo con un punto en el centro indicaba que un hombre habia dado la vuelta á la isla; muchos círculos concéntricos con uno ó muchos puntos significaban que habia dado vuelta á la isla un número de hombre igual al de los círculos ó de los puntos. Pero si solo habia un semicírculo, la isla solo fué rodeada en parte (1).

(1) Los jeroglíficos no son otra cosa que unos signos destinados á representar los objetos. Estos signos solo se usaban en la cuna de la escritura, y como eran puramente arbitrarios, de suerte que cada uno significaba una idea; por precision debia su número de ser inmenso. No es pues estraño que los Chinos tengan setenta mil caractéres, cuyo estudio ecsije por cierto toda la vida. Los *quipos* de los Peruvianos eran de esta misma naturaleza; los símbolos jeroglíficos de los Mejicanos tampoco eran mas que pinturas que indicaban ciertas ideas, y los Ejipcios se comunicaban tambien sus pensamientos por medio de las señales que se descubren cada dia en sus monumentos. Esta sola

1. Lamentations à la mort de Keopua-lani.

1 Lamentaciones a la muerte de Keopua-lani

2. Hommes masqués à Hawaii.

2 Hombres enmascarados en Hawaii

A. Adamson del.

LOUIS
VAIE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Estos pueblos empleaban la numeracion decimal, contando por vijésimas y cuadrijésimas. Calculaban el tiempo por lunas; doce lunas formaban el año; pero los verdaderos períodos estaban en las estaciones. Cada luna, como tambien cada noche de luna, tenia su nombre especial; porque empleaban las noches y no los dias para calcular las fracciones de un mes.

CAPÍTULO VIII.

TRAVESÍA DE LAS ISLAS HAWAII Á NOUKA-HIVA.—PERMANENCIA EN NOUKA-HIVA.

Habia desparecido ya el archipiélago de Hawaii. Apenas habia tenido tiempo de reconocerme á bordo del *Oceánico*, cuando ya el sloop se habia emmarado, pasando á sotavento de las islas, y costeándolas durante dos dias. Habia visto de nuevo Morokaï y Mawi; saludado desde alguna distancia á Hawaii, tan hospitalaria para mí, y columbrado bajo su casco de nubes las crestas del Mouna-Kea y del Mouna-Roa; distinguido con el ausilio de un anteojo las vastas hendeduras que cortan los flancos de aquellas montañas; y poco á poco desapareció todo. De nuevo nos veíamos reducidos al espectáculo del cielo y del agua.

Afortunadamente mi bravo amigo Philips me distraía en los ratos ociosos del bordo. Encontréle querelloso, sin que por de pronto pudiese yo dar en el motivo de su querella. Era su desgraciada caída de caballo, á vista de toda la corte de Hono-Rourou; era su amor propio escuderil comprometido á los ojos de los isleños que motivaron el odio de aquel bravo y digno muchacho. Por espacio de ocho dias fué el objeto de chascos tan pesados, que la habia pegado conmigo, á la sazon ausente y viajero. Cuando lo encontré á mi regreso, tuvo lugar la esplosion. « V. no debiera plantarme, dijo; si V. no hubiese lanzado su bruto al galope, yo no habria caído. » Algunas palabras de esplicacion calmaron su mal humor, convirtiéndome en su Pilades, su Efestion y el confidente de sus grandes conquistas y de sus grandes pesares.

« Maldito país este que abandonamos, país de mestizos, ni salvajes, ni civilizados, me decia. El archipiélago se moraliza; los viejos marinos como yo, pronto no hallarán nada que marinar. Y el comercio tan ventajoso! Estas jentes saben contar tanbien como V., y son mas flibusteras que los Europeos. Yo quise trocar algunas baratijas de China contra un poco de madera de sándalo; pero imposible, señor! Venden su jénero á precios altísimos. País perdido! añadió con un profundo suspiro. Pendleton se ha comido en él tiempo y dinero. A mí que me hablen de las islas en que no se conoce el valor de las cosas, donde se obtienen diez cerdos por un grano de vidrio. En tiempo de Cook iba bien; mas el viento ha cambiado enteramente. En otro tiempo, al volver uno de la Oceania entraba en su casa cosido de oro y rebosando alegría; tenia las maletas llenas de pedrerías para su mujer, arcos, flechas, capas de plumas y cascos estraños. Pero ahora, nada de eso; es preciso presentarse con las manos vacías, arruinándose en vez de ganar algunos doblones. Si no sale la ballena, devoramos el buque en el viaje y los armadores hacen bancarrota. »

Estas quejas no eran infundadas. El comercio de Hawaii ofrece de dia en dia menos recursos á los mercaderes europeos. Los objetos de permuta son cada año mas raros en estas islas y mas costosos.

Íbamos navegando entretanto, y á 1° de marzo de 1831, llevábamos salvado ya un trecho de mas de cien leguas. Nuestra derrota se dirijia á las islas Nouka-Hiva que Pendleton deseaba visitar. Durante esta travesía, el pobre segundo del *Oceánico* no tenia que esperimentar ninguna de aquellas tribulaciones que poco antes sufriera con tanta impaciencia. En toda aquella estension de agua que separa Hawaii de Nouka-Hiva, no se descubre una isla ni un islote siquiera, á escepcion de un escollo muy dudoso que se observa en algunos antiguos mapas españoles. Cuadrábase Philips en la cubierta en toda la plenitud de su triunfo, mostrando en su ojo lijeramente burlon un poco de sarcasmo contra Pendleton. El capitan se ocultaba, el segundo reinaba, cubríase el *Oceánico* de velas. Era de ver el lindo sloop surcar el agua con sus serviolas por medio de un mar magnífico y con el ausilio de una brisa favorable, deslizándose con rapidez, con gracia y con armonía. Cuando se ladeaba hácia el espolon, llamaba la atencion por su movimiento rápido y perpetuo; era el mar quien parecia correr bajo el buque. A ambos lados desfilaban de cuando en cuando bandadas de marsoplas, que rivalizaban en velocidad con el *Oceánico*. Pasando de la proa á la popa, batiendo la cola y casi sin esfuerzo, decuplicando la marcha del sloop, no obstante que hacia este cuatro leguas por hora, juguetcaban por el surco y parecian escoltar el buque, como una tropa que maniobraba á sus lados. Al anochecer, el surco cambiaba de aspecto y parecia arjentado: los peces se plateaban tambien, y todos se revestian de tintes dul-

nesía es suficiente para dar á conocer los obstáculos que envuelve el estudio de los jeroglíficos y la suma dificultad que se presenta naturalmente á aquellos que se dedican á indagar las ideas que representaban entre aquellos diversos pueblos la forma y coordinacion de tan emblemáticos caractéres.

ces y cambiantes. Los colores se fundaban poco á poco por medio de armoniosas degradaciones. Habíamos encontrado ya las bellas noches de los trópicos, y nos acercábamos al ecuador.

Era el *Oceánico* un noble velero. En el decurso de aquella semana hizo 90, 100 y aun 110 leguas por cada veinte y cuatro horas, sin que pareciese fatigado de tanta rapidez. Temblequeando hizo el sloop 600 leguas, pasando del hemisferio N. al hemisferio S., y al dia siguiente, 10 de marzo, debia atracar á Nouka-Hiva. He dicho ya que Philips estaba radioso: por cinco ballenas no hubiera dado aquella travesía.

En efecto, el 10 señaló el vijia una tierra al amanecer, y al mediodía nos hallábamos á tres ó cuatro millas de distancia de Fatouhou y de Hiahou, islotes bastante bajos, pero cuajados de admirable verdura. No presentaban ya el aspecto triste y volcánico de Hawaii, tierra de derrumbamientos y de lava concreficada. Aun no se percibia el astillero de la isla, tanta era su frondosidad y el número de arbustos y árboles cerrados y estrechos. Columbraba otra naturaleza, y yo, peregrino del pico Kirau-Ea, gozaba como de una cosa nueva y una especie de contraste con mis impresiones recientes.

Antes de anochecer, descubriéramos las cumbres montuosas de la isla de Nouka-Hiva, la reina del grupo. Ningun peligro rodea aquel archipiélago, y el arrecife de coral que reina en la costa no se estiende casi en ningun punto á mas de un cable hácia el interior; circunstancia escepcional y muy rara en los parajes oceánicos. Al dia siguiente, al fondear en Nouka-Hiva, pudímos atracar la isla y costearla durante una porcion de su lonjitud.

Al salir el sol, se hallaba *el Oceánico* á cuatro ó cinco millas de la punta S. E. de la isla, teniendo en frente las cumbres de Roua-Houga y de Roua-Poua. En la madrugada ganámos camino, y al mediodía una brisa favorable nos impelia á lo largo de la costa meridional de Nouka-Hiva. Pocas tierras he observado que ofrezcan puntos de vista tan variados y seductores. Concíbase, en un primer plan, una serie de morros escarpados, entrecortados de profundos barrancos tapizados por una verdegueante vejetacion, y en un plan mas distante varios picos interiores, algunos de los cuales no tienen menos de 4 á 500 toesas de elevacion. La punta S. E. consiste en un macizo escarpado y coronado por una roca jigantesca de la forma mas singular. Observada de cierto lado, esta roca simula ecsactamente una ciudadela arruinada con sus bastiones, su revestimiento y su parapeto, superada por una torre derruída.

Al O. de este promontorio se desarrollaba la profunda había de Oumi, habitada por Tahï-Piis, tribu belicosa y potente que ha adquirido cierta celebridad por la narracion de Porter. A mayor distancia se descubria el valle de los Hapas, enemigos de los Tahï-Piis. Apenas *el Oceánico* se habia mostrado al frente de su bahía, cuando se vió atracada por cinco ó seis piraguas de pescadores. Los naturales que las montaban no se detuvieron en parlamentar; encaramáronse á bordo con osadía, cual individuos de la tripulacion por medio de la escala ó de simples maromas. En breve tuvímos unos veinte sobre la cubierta. Estos eran muy salvajes, hombres primitivos, que aun no habian sido pulidos por el roce europeo. Iban enteramente desnudos, haciendo estos jestos, estas monadas y estos bruscos movimientos que pertenecen á la vez al mono y al hombre, caractéres salientes que se borran en una raza á medida que avanzan hácia la civilizacion.

El dialecto de aquellos pueblos, alteracion de la lengua polinesia como el de Hawaii, no nos fué difícil de comprender. Pendleton entró en conversacion con ellos, y se informó de la situacion de las islas. «Los Hapas están en guerra con los Tahï-Piis, dijo uno de aquellos naturales que parecia el jefe de los otros; si los hombres del Occidente quieren ausiliar á los Hapas, los Taï-Piis serán vencidos y esterminados, y nosotros nos regalarémos con sus carnes despues de la batalla.» Y para decidir mas prontamente á Pendleton á condescender á aquella alianza, refiriéronle que el último combate fué favorable á su tribu; espresáronle el número de prisioneros comidos, manifestando con jestos inequívocos los recuerdos sensuales que dejara entre ellos aquel festin, y el valor guerrero que les infundia la perspectiva de semejante fiesta. Era la primera vez que veía antropófagos naturales, envaneciéndose de su gusto atroz, y me es forzoso confesar que circuló por todos mis huesos un estraño terror. Hoy nuestros amigos, mañana nuestros enemigos, aquellos hombres podian combatirnos y reservarnos para sus banquetes. Con una especie de terror contemplaba aquellos dientes blancos y acerados, y me imajinaba que tal vez pasaria algun dia por aquel aparato humano una tajada de mi carne. Si á esto se agregan la estraña fisonomía de aquellos salvajes, que contrastaba con el aire dulce y neglijente de los naturales de Hawaii; la nueva naturaleza de la vejetacion litoral, y la imprevista escalada del bordo, se llegará á venir en conocimiento de las sensaciones que esperimenté. Pendleton y Philips permanecian impasibles; conocian el terreno, pues cuatro veces habian dado la vuelta al mundo. Salióme al encuentro Pendleton y me dijo: «Si esto le sorprende á V., qué sucederá en la Nueva Zelandia?»

Sin embargo, como los naturales montados á bordo insistiesen paraque el capitan fuese á anclar en su bahía, declaróles Pendleton que su proyecto era de ir á fondear en la rada de Taio-Hae, una de las mas seguras de la isla. Creía que esta declaracion bastaria para desembarazarnos de nuestros huéspedes, pero se equivocó, pues estos se obstinaron en decir que su tribu se hallaba momentaneamente en paz con la de los Taiis, y que deseaban manifestarnos el afecto que nos profesaban acompañándonos hasta allí.

A ocho millas O. del promontorio, en medio de una costa compacta, abrupta y muy elevada, se abre en la roca el estrecho pasadizo que conduce á la bahía de Taio-Hae, como una abertura á través de dos paredes basálticas: la entrada tiene media milla de anchura, pero en seguida se engrandece la ensenada tomando la direccion del N. constituyéndola en perfecta seguridad, y abrigándola contra las olas y el viento. El fondo de la bahía es una arenosa playa que forma un abra de una milla y media de anchura. Desde allí se eleva dulcemente el terreno por espacio de una ó dos millas, hasta que forma como un cinto de rocas al rededor de la bahía, que remataba de ambos lados en las dos puntas de la entrada.

El fondo de la bahía se encuentra, por decirlo así, dividido en dos por medio de un promontorio superado de un pico roqueño: uno de los lados del abra es cercado por una muralla vertical de basalto de muchos centenares de pies de altura, mientras que la parte opuesta se compone de un inmenso monton tapizado de árboles y de plantas. De lo alto de las montañas salen varias cascadas que cortan aquella verdura con sus blancos y espumosos despeñaderos. Aquella vejetacion activa, aquella miscelanea de agua y de selvas, aquella naturaleza agreste y lasciva, atraían y hechizaban la vista. Los valles eran tan frondosos, que solo se distinguian en ellos un corto número de habitaciones. En la falda de los collados circumvecinos veíanse solamente tres ó cuatro dominando al parecer á los otros y vijilando el país; por otra parte apenas se veían por acá y acullá algunas chozas mostrando sus techos sobre el nivel de los cerrados setos que las circundaban.

En aquella bahía fondeó el *Oceánico* á 11 de marzo de 1831. Apenas habíamos anclado cuando circulaban ya á lo largo del bordo muchos centenares de piraguas, mientras que asomaban á flor de agua millares de cabezas bronceadas que deseaban al parecer alcanzar el sloop á nado. En el espacio de algunos minutos la cubierta se halló atestada de isleños que habian subido de todos lados; unos por el cable, otros por el timon, por estribor, por babor, por la proa, por la popa. Cinco ó seis entraron en la cámara por las ventanas abiertas del alcázar: no parecia sino un verdadero asalto ó un abordaje formal. Sin embargo habia 200 en el puente, alegres, vivaces, buenos y sin pensar en hacer mal; pero sobrado numerosos para no vijilados y peligrosos en uno de estos casos de repentina broma, como acontece frecuentemente con estos pueblos: « Pecador de mí! se decia Pendleton; esto no puede durar así; nosotros no estamos en nuestra casa con estos bravos: es preciso ordenar sus visitas. « Y no queriendo usar de violencia, pidió que se presentasen los jefes principales del país. Entretanto se puso al rededor del buque una especie de guardia, á fin de que no agravase mas los embargos de la tripulacion un nuevo flujo de visitadores.

No podíamos ya maniobrar ni reconocernos á bordo del sloop; todos tropezábamos con isleños, hombres y mujeres, que nos empujaban y nos mataban a preguntas á que no correspondíamos. Philips, á quien por su gordura habian tomado por el capitan del buque, tenia ya una pequeña corte de habitantes de Nouka-Hiva. Rodeábanle estos fatigándolo con avances y caricias para obtener de él algun espejuelo ó algunos granos de vidrio. Las mujeres en su mayor parte eran lindas, graciosas y seductoras, con una coquetería instintiva, una neglijencia y un aire de abandono que no repugnaban al parecer á aquel Lovolace de la Oceania. Permitíase con ellos jestos familiares de que parecian gustar mucho. Por otra parte, no se hallaban muy dispuestas á rehusar ó defender alguna cosa, diferenciándose en esto de las de Hawaii que aplicaban alguna reserva y eleccion en sus pasiones.

Los hombres se cuidaban poco de lo que hacian sus mujeres; todo les gustaba á bordo, las menores bagatelas les inquietaban, y con especialidad pedian fusiles y pólvora para esterminar á sus adversarios. Deseaban alcanzar y poseer cuanto veían, un reloj, un vestido, un pedazo de tela, una maroma. Con muy poca cosa contenté á muchos; pero despues abusaron de tal suerte de mi jenerosidad, y me fatigaron tanto, que me ví obligado á darles una negativa jeneral y sistemática, sin lo cual toda la isla hubiera venido á mi encuentro forzándome á dar hasta mi último vestido. La única ventaja que saqué de mis liberalidades, fué demostrar hasta que punto me serian útiles en la Oceania mis estudios filolójicos. Víme obligado á comprender cuanto pedian así por jestos como por palabras, y la pantomima ayudó muchas veces á la intelijencia del diálogo. Sin embargo, lo poco que sabia del dialecto de Hawaii me fué de mucha utilidad en Nouka-Hiva, pues ambos idiomas solo se diferenciaban por insignificantes alteraciones que un cuarto de hora de esperiencias me hubiera bastado para averiguar.

No obstante, aun no se presentaba ningun jefe, y Pendleton iba á dictar una medida de autoridad, cuando anunciaron una barca que contenia varios personajes de distincion. Era efectivamente el primer jefe de la tribu, lindo niño de diez años llamado Moana, conducido por Haape, su tutor y rejente durante su menor edad. Iban acompañados de Tena, hijo del rejente y niño de la misma edad que el rey, y de Pia-Roro, jefe distinguido de la tribu de los Hapas. Estos personajes no se distinguian de los demas isleños por ninguna señal esterior, y todo su traje consistia en un talabarte, ó *tchibou* de tela muy comun.

Estos dos niños eran verdaderamente criaturas encantadoras, vivaces, anjelicales y habladores. El rejente Haape, hombre de alguna edad, de un continente calmo y pacífico, pareció animado de las mejores intenciones hácia el capitan del *Oceánico*. Felicitóse de poseer en su bahía una de las embarcaciones de *Pota* (corrupcion de Porter), y se declaró dispuesto á ofrecer todos sus servicios. La talle del viejo jefe era un poco mayor que la mediana. Sus cabellos eran de un gris claro, pero en gran parte rasurados, de suerte que solo tenia un copete en lo alto del craneo ligado cerca de la raíz con una venda de tela blanca. El único ornamento que llevaba era un par de pendientes hechos con dientes de ballena trabajados con arte.

Pia-Roro tenia un aire mas distinguido y mas noble que el rejente de los Taiis. Su talle era alta, sus proporciones admirables, y sus facciones muy regulares; en fin, era uno de los mas buenos mozos que haya visto. Su piel era pintorreada tan completamente, tan bien zebrada y acribillada de figuras ejecutadas artísticamente, que llevaba, por decirlo así, un vestido completo de pintarroteo. Así es que, apesar de que su tinte era naturalmente tan claro como el de sus compatriotas, su pecho y sus espaldas eran tan negras como las de un negro del Congo. Sus dientes eran de una blancura y de una regularidad admirables, y su talante, sus modales, su semblante, argüían una dignidad natural, templada de benevolencia y de afabilidad. Al verlo, era imposible no reconocer en él un hombre superior á los demas isleños no menos por la intelijencia que por la posicion. El cuidado en la cabellera, que parece ser en Nouka-Hiva uno de los signos esteriores del rango del individuo, era llevado en Pia-Roro á un alto grado de perfeccion. Sus cabellos se reunian en la coronilla de la cabeza artísticamente ligados con vendas de *tapa* ó tela blanca.

Pendleton conocia ya todo aquel personal de jefes. Varias veces habia el aventurero hecho escala en aquellas islas, y nunca habia respondido con violencias á la benévola acojida de los naturales. Apenas habia dicho que queria agua y víveres frescos, prometiéronle inmediatamente que todo se lo suministrarian á pedir de boca. Pasaron despues algunas formalidades de detalle para arreglar la naturaleza de las relaciones entre los indijenas y la tripulacion. No queria Pendleton tener la cubierta atestada de jente á toda hora, y permanecer inerme contra una afluencia de curiosos renovada sin cesar. El capitan y los jefes acordaron que siempre que flotase en el palo mayor un pabellon blanco, se permitiria á los isleños el acceso al *Oceánico*; pero que desde el momento en que aquel pabellon fuese reemplazado por un estandarte rojo, el sloop seria *Tabou*, esto es, prohibido á todos los visitadores de la costa, á escepcion de las personas de la familia real y de sus ministros: el tabou tenia un valor tan santo y tan respetado en Nouka-Hiva como en Hawaii. Acordóse además que durante todo el recalo del *Oceánico*, permaneceria á bordo un jóven jefe de la familia real apellidado Taï-Nanou, en calidad de rehenes y como en garantía para los marineros oficiales y pasajeros que desembarcasen. Pero era tanta la buena armonía que reinaba entre nosotros y los naturales, que esta precaucion parecia superflua, pues estaban sumamente contentos de que hubiésemos preferido su rada á la de sus vecinos.

Ajustadas estas condiciones, fué preciso promulgarlas á aquella multitud que cubria el puente. Para obtener silencio, se hicieron dos redobles de tambor, y en seguida los jefes Haape y Pia-Roro tomaron la palabra uno tras otro. Esplicaron á los isleños presentes la ley definitiva y suprema que debia arreglar las relaciones entre el buque y la tierra, diéronles á comprender la significacion en los dos pabellones rojo y blanco, y articularon la palabre *tabou* repetidas veces á fin de dar desde luego al *Oceánico* un carácter de inviolabilidad con las condiciones especificadas. Por su parte, Pendleton, deseando hacer mas intelijible el nuevo ajuste por medio de un ejemplo, mandó izar al palo mayor el pabellon rojo, que era la señal de retirarse. Sin embargo, no obedeció al instante aquella multitud: parecia no haber echado de ver el signo fatal; escurríase en el entrepuente, y apenas escuchaba sus jefes que no parecian ejercer sobre ella una grande influencia. Algunos se retiraban, pero aun quedaba la mayoría. Entonces Pendleton dictó medidas mas decisivas: á una señal dada, doce hombres de la tripulacion fueron á tomar en el astillero doce fusiles de municion, y alineándose en dos columnas, ejecutaron el manejo de las armas: despues de un segundo redoble de tambores, Pendleton señaló con el dedo á los naturales la tierra, y despues los fusiles. Este jesto significativo fué mejor comprendido que el pabe-

llon rojo: los visitadores se precipitaron á sus piraguas, empujándose uno á otro, arrojándose al mar y alcanzando la playa á nado.

De esta suerte desaparecieron todos los hombres en un abrir y cerrar de ojos; pero las mujeres, en número de treinta con corta diferencia, no quisieron acceder á la órden imperativa del capitan, y se quedaron á bordo. No parecia sino que tenian un sentimiento de la fuerza de su debilidad, y, sea por galantería ó por piedad, debian ser esceptuadas. Quedáronse pues, en especial el grupo pertinaz que se pusiera bajo la proteccion de Philips. Fué preciso que se renovase la maniobra, y que el segundo del *Oceánico* se encargase de la espulsion. Haciendo violencia á su carácter y á su conducta habitual, desembarazóse Philips á golpes de gratel de las beldades que le cortejaban mas vivamente, empujándolas hácia la defensa. En vano las pobres criaturas desplegaban cuantas seducciones les enseñara la naturaleza para interesar al capitan ó al implacable teniente: fué forzoso obedecer. A falta de piragua, la mayor parte se echaron á nado; y para dar desde allí á los que las arrojaran mayor remordimiento y pesar, juguetearon al rededor del sloop cual sirenas, deslizándose cual peces por el agua, y desapareciendo ó asomando de nuevo en la superficie en la actitud mas voluptuosa. Aquella gracia, aquella ajilidad, aquella pertinacia desarmaron á Pendleton. Mandó decir á las mujeres de Nouka-Hiva que en breve iba á izar el pabellon blanco, en cuyo caso, no siendo el buque tabou, podrian volver á bordo. Esta promesa consoló á las mujeres; dieron las mas espresivas gracias al capitan por medio de afectuosas miradas y nuevos embates al rededor del *Oceánico*. Las mas traviesas rivalizaban en ajilidad con las otras detras del alcazar, donde el grueso Philips estaba fumando su pipa, sentado y apoyado cómodamente. Hubiérase dicho que aquellas Nereidas se disputaban el honor de seducirle con los pasos mas elegantes, los movimientos mas vivos y las posiciones mas lascivas. Prolongóse aquel juego durante media hora, y en seguida aquellas hijas del mar, fatigadas de sus esfuerzos, se formaron en cuadrilla y nadaron hácia la playa.

Libre ya la cubierta de las bellas de Nouka-Hiva, descendimos á la cámara del *Oceánico*. Íbamos á sentarnos á la mesa con los jefes que Pendleton habia convidado, cuando se columbró una piragua dirijiéndose hácia nosotros. Apenas la hubo percibido Pia-Roro, cuando esclamó: «*Bretaña!* (Inglés!)» En efecto, aquella piragua contenia un Europeo que de lejos tomáramos por un salvaje, por tener todas sus apariencias: vestidos, pintarrateo, tinte cobrizo y bronceado por la accion del sol. Era un tal Morrison, Inglés establecido en aquellas islas hacia ya muchos años. Como poseía perfectamente el idioma del país, Pendleton le constituyó su intérprete en jefe, por cuyo título mandó que se le diese la racion del bordo durante todo el tiempo de su recalo.

Sentámonos á la mesa: sin escrúpulo por sus tabous, los jefes hicieron honor á nuestra cocina, á nuestro vino y á nuestro rom, y como parecieron querer abusar de este último, los contuvo Pendleton espresando su admiracion de verlos violar de esta suerte la prohibicion relijiosa aplicada á nuestros platos europeos. A esto respondió Pia-Roro: «En tierra es riguroso el tabou, pero á bordo no. Nuestros dioses solo tienen poder en Nouka-Hiva; pero fuera de allí lo tienen muy limitado sobre nuestras piraguas, y nulo enteramente sobre las embarcaciones de los blancos.» Y el espíritu fuerte apoyó su respuesta con medio vaso de grog.

Concluído el banquete, embarcáronse los jefes en su doble piragua, y Pendleton quiso honrarle con su direccion, remando hácia la costa. A una distancia regular, el sloop despidió cinco cañonazos para saludar á nuestros huéspedes. No comprendiendo por de pronto aquella señal, se amedrentaron; pero Morrison les esplicó el objeto de aquella salva, con lo cual pasaron repentinamente del temor á la alegría redoblando hácia Pendleton sus testimonios de reconocimiento y de gratitud. Pia-Roro en especial se manifestó vivamente agradecido, y tomando un aire digno y solemne, declaró que no solo él se hallaba en adelante al servicio del capitan Pendleton, sino que tambien ponia toda su tribu á su disposicion. Pero por de pronto no atendímos á la gravedad de aquella declaracion que para nosotros no tuvo efecto hasta algun tiempo despues.

Llegados á la playa, nos disponíamos á acompañar los jefes á sus casas, cuando los sobrecojió un repentino escrúpulo. «Nuestras casas son tabou hoy, decian: mañana se abrirán para nuestros amigos los blancos.» Por de pronto creía que era por su parte un pequeño acto de represalias, con lo cual manifestaban su autoridad en tierra cual lo hiciera Pendleton á bordo. Mas no era tal la idea de los buenos isleños. Su objeto consistia en prepararse con oportunidad disponiendo una fiesta solemne é imponente. Esplicado á Pia-Roro el saludo de los cinco cañonazos, juzgó que los jefes de Nouka-Hiva no podian quedar inferiores, y que á tales demostraciones debian responder con demostraciones aun mas significativas. Al instante se lo declaró al rejente Haape, y los detalles de la ejecucion llenaron la conversacion de ambos jefes durante toda la travesía de bordo á tierra.

En consecuencia tuvímos que renunciar á hacer aquel dia una visita á los naturales en sus propias casas. Embebidos en sus preparativos,

pregonaron un remate por causa de repeticion jeneral. Distraerlos en aquella ocupacion hubiera sido indiscreto y necio. Qué hacer? como emplear una hora ó dos en la playa? Afortunadamente me acordé de la relacion de Porter, de la ciudad que fundara, de Madisonville. Consultélo con Morrison, quien disparó en una sonrisa singular: « A Madisonville, señores! dijo, vamos pues; no tengo inconveniente en acompañarles. » En efecto, sin articular una palabra mas, nos condujo á través de los frondosos bosques que orillan la playa, y de esta suerte fuímos avanzando durante un cuarto de hora, creyendo que aun estaba lejos el objeto de nuestra escursion, cuando Morrison se sentó sobre un terromontero, miróme de fijo, y dijo: « Henos aquí en Madisonville. — En Madisonville!» esclamé con sorpresa, mirando en todas direcciones. A derecha é izquierda, por delante y por detrás, solo echaba de ver espesos sotos y murallas casi impenetrables de árboles, de arbustos y de bejucos. Imajinábame que Morrison queria burlarnos, cuando recobró la palabra; « Sí, dijo, aquí es donde Porter fundó su ciudad, ó mas bien la aldea que debia convertirse en ella; aquí, cuando empezó su obra, se verificaron algunos desmontes y algunas cortas que despejaron el local; mas en cuanto renunciaron los hombres á su faena, la naturaleza recobró su imperio, y la aldea del capitan americano dejeneró en una selva. » Al propio tiempo, apartando las malezas, me mostraba algunos cimientos de piedras, último vestijio de los trabajos de Porter y de sus camaradas. « Como! esclamé, quince años han sido parte para operar esta mudanza? — Aun no eran necesarios quince años, caballero, me respondió Morrison: hace mas de seis años que habito esta isla, y cuando llegué, la aldea habia ya desaparecido. La única circunstancia consistia en que los árboles eran menos corpulentos, y aun estaban en pie algunos techumbres. » Fuerza fué resignarnos: Madisonville no ecsistia ya. Contentámonos pues con gozar de la frescura de los bosques y de admirar aquella naturaleza siempre tan rica en las zonas ecuatoriales.

El dia siguiente fué celebrado con nuestra recepcion solemne. Para hacer iguales de ambas partes los festejos, Pendleton mandó enarbolar el pabellon blanco en el palo mayor, y en breve se halló el mar cubierto de piraguas ó de cabezas de isleños. Las mujeres en especial, á quienes se ofrecia una compensacion, se apresuraron á aceptarla, deslizándose cual delfines desde la playa al sloop é invadiendo todo el puente en el espacio de pocos minutos. Ocurrieron episodios de que no ecsiste análogo en las antiguas fiestas paganas. Nuestros marineros consolaron ampliamente á las mujeres de Nouka-Hiva del reciente rigor de su comandante, poniendo todo aquel dia el bordo á su disposicion.

Mas ceremoniosas eran las fiestas que se celebraban en tierra. Al mediodía vino Morrison á buscarnos para presentarnos á los jefes. Embarcámonos, Pendleton, Philips y yo sin llevar á aquella audiencia mas que á un tal Dig, mesonero del bordo, muchacho sencillo y crédulo, que entonces hacia su primer viaje por mar. Era encargado de llevar los presentes. En el decurso de la travesía del sloop á la playa, fuímos escoltados por una multitud de piraguas, y todos los isleños se alinearon en el desembarcadero para recibirnos y vernos pasar. Dos jefes subalternos, especie de inspectores de policía, parecian encargados en especial por el rejente de velar por la seguridad de nuestras personas.

A corta distancia de la orilla, compareció el mismo rejente Haape, vestido de grande uniforme, cubierto de una especie de casco de plumas de faetonte, mezcladas con plumas de otras aves, y todo trabajado con el mayor gusto. Relucia en su pecho una suerte de gola de marisco perlero. Adornado de esta suerte, el rejente se puso al frente de la comitiva. Iba delante de nosotros, mientras que á ambos lados se escalonaba una fila de ocho jefes empuñando prolongados palos de madera negra ó amarilla, y guarnecidos en una de sus estremidades de mechones de pelo humano. Observó Dig aquel pelo, y empezó á dirijirles terribles miradas. Desde la salida de Hawaii, el contramaestre del buque procurara amedrentar al pobre muchacho con narraciones de antropófagos; y bajo la autoridad de aquel grave relator, persuadióse firmemente Dig que los salvajes profesaban un gusto particular á los cocineros y á los mesoneros. Así que, no sin dolor observaba la triple hilera de jefes que nos empujaban por detras y por los lados, y aquella multitud de cabezas de los isleños que le parecian atroces á cual mas.

De esta suerte marchó la comitiva con lentitud en direccion al domicilio del jóven rey, atravesando sucesivamente un torrente y el canal que alimenta la aguada de la bahía. Cuando llegámos al borde del torrente, nos sentímos todos llevados al aire de un modo tan pronto como estraordinario, y trasladados á la otra ribera sin habernos mojado los pies. Para este transporte, nos vinieron detras dos naturales, y haciendo una especie de silla con sus manos entrelazadas, nos hicieron caer sentados, sin prevenirnos ni hablarnos, por medio de un lijero golpe que nos dieron en la pierna á la altura de la articulacion. Cuando este movimiento es imprevisto, corre el riesgo de caer de espaldas; pero Morrison me habia dicho algo al oído

No sucedió lo mismo con el pobre Dig, que sorprendido y amedrentado, dejóse caer por detrás, y recojido por sus portadores pudo abrazar entonces á toda la comitiva. Mientras lo dejaron andar en libertad, Dig combatió sus recuerdos; pero en cuanto se vió en poder de los salvajes de un modo tan completo y estraño, prorumpió en un lamentable grito creyéndose en la víspera de un sacrificio inevitable, y sintiendo sus huesos y su carne crujir bajo los dientes de aquellos comedores de hombres. Entonces recordó vivamente los pormenores de aquellos espantosos festines, y el gusto decidido de los habitantes de Nouka-Hiva para los mesoneros, como mas tiernos y mas bien comidos que los demás habitantes del buque. Como el mismo capitan, Philips y yo echámos á reirnos de su terror pánico, el pobre diablo creyó que lo habian escojido en calidad de holocausto, y que el *Oceánico* lo ofrecia al Minotauro paraque respetase el resto de la tripulacion. La actitud de los naturales en aquel momento parecia acreditar esta idea. Animados por nuestra primera sonrisa, los habitantes de Nouka-Hiva, traviesos y burlones, echaron á hacer monadas al rededor del paciente, ajitando sus palos ornados con pelo humano, espantajo del infortunado Yankee, y mostrándolo unos á otros con una pantomima espresiva. Si el miedo fuese parte para matar, sin duda que Dig hubiera muerto en aquella correría.

Despues de salvado un arroyo, nos depositaban en tierra para alzarnos de nuevo, cuando se presentaba otra corriente ó algun terreno pantanoso. A lo largo de aquel camino mostrábanse de trecho en trecho grupos de isleños que se prosternaban á nuestro paso, y no se levantaban hasta haber desfilado la comitiva entera. Entonces echaban á observarnos con una curiosidad inquieta, y se empingorotaban á los árboles para percibirnos mas tiempo. Dig no sabia como conciliar aquellas miradas, aquel acatamiento y la suerte final á que creía tenerlo dedicado.

Sin embargo, atravesábamos un país romántico, entrecortado de selvas umbrosas y rasos espaciosos. Los árboles que se presentaban con mas frecuencia eran el del pan y el cocotero. Habiendo observado algunos cuyo tronco estaba rodeado con todo esmero de trenzas hechas con una yerba grosera, pregunté á Morrison de que servian aquellas distintas señales. « Son árboles consagrados, me respondió; nadie debe tocarlos, ni nadie los toca. Los demas son propiedad comun; cada uno puede recojer sus frutos. »

Alzábase el domicilio del rey en medio de un bosquecillo de árboles del pan adonde conducia una avenida de cocoteros, deliciosa y regular. Por la parte del mar, se desarrollaba una hermosa llanura de un acre ó dos de estension. El edificio, de noventa y cinco pies de lonjitud sobre veinte de anchura, componíase como los de Hawaii de una techumbre de mambúes y hojas de palmera adaptados sobre una armadura sostenida por diversas hileras de postes. Toda la pieza estaba dividida en cuatro grandes aposentos de veinte pies cuadrados cada uno. Las dos porciones mas retiradas estaban subdivididas de suerte que formaban cuatro dormitorios; el edificio entero estaba enlosado de piedra labrada, y en el frontis corrian en toda su estension cuatro series de gradas igualmente de piedra labrada. Otros postes dispuestos al rededor del edificio sostenian cual otras tantas columnatas este apéndice de la techumbre.

Despues de una hora de paseo, entrecortado de arengas oficiales referidas por los jefes, entrámos en aquel domicilio. En las gradas esteriores de la residencia real estaban sentadas doscientas damas, la flor del país, adornadas con sus mejores vestidos, llevando telas blancas casi transparentes, y sus cabellos embadurnados con aceite de sándalo, turbantes de la misma tela que sus vestidos. El perfumado aceite de sándalo que sirve al tocador de las damas de Nouka-Hiva, no ha llegado aun á este grado de perfeccion que caracteriza los cosméticos de nuestra Europa. Así es que el olor del aceite rancio predominaba tanto al aroma del sándalo, que no pudieron menos de causar una desagradable impresion sobre nuestros nervios olfáticos.

En medio de aquel grupo de mujeres, y en la parte mas elevada, veíase el jóven rey teniendo á su lado la reina madre, dotada de buen talante y de unos cuarenta años; á Pia-Roro de grande uniforme, y á la rejente, mujer de Haape, una de las mas lindas criaturas que puedan verse, teniendo sobre sus rodillas á su hijo de diez y ocho á veinte meses á quien fatigaba con sus mimadas caricias.

Apenas hubímos llegado, cuando Haape nos hizo sentar, Pendleton entre el rey y su madre, Philips y yo á la derecha de la reina; en fin al pobre Dig, que aun temblaba, sobre una grada inferior. Concluída esta ceremonia, levantóse Haape y tomó la palabra. Por deseos que tuviese yo de comprender, debo confesar que á escepcion de algunas voces, tales como *Opote*, *Taii*, *Hapa* y *Taï-Pii*, el resto era griego para mí. Morrison vino á mi ausilio traduciéndome las palabras del jefe. Segun su esplicacion, Haape nos recordó la permanencia de Porter en la isla, y su alianza con los Taiis, añadiendo que no dudaba que en caso de necesidad Pendleton seria como Porter, un amigo y aliado de su tribu. Este discurso duró diez minutos, y en seguida Pia-Rora se levantó y ha-

bló menos aun, pero con mas enerjía de acento y de pantomima. Dijo que su tribu, la de los Hapas, habia sido castigada por Porter, porque entonces estaba en guerra con los Taiis; pero que desde entonces se habia restablecido la paz, que duraria siempre, y que de esta suerte la benevolencia de Pendleton podia dividirse entre los Taiis y los Hapas.

A estas insinuaciones que implicaban una aliansa ofensiva, respondió Pendleton que estaba sumamente satisfecho de las buenas disposiciones de ambos jefes y de sus tribus; que deseaba sinceramente vivir en amistad con todos, pero que le era imposible tomar parte activa en sus querellas. Añadió sin embargo que si durante su permanencia en la rada de Taïo-Hae, los Taiis se viesen atacados por pueblos malévolos, no podria menos de prestar socorro á sus huéspedes. Esta promesa no solo satisfizo á los jefes, si que tambien pareció causarles la mas viva alegría. Al instante mandaron presentar á Pendleton tres cerdos, varias raíces y frutas. Entonces fué cuando este, para corresponder á la liberalidad de los de Nouka-Hiva, hizo subir al mesonero Dig con su cesta de presentes. Sacó de ella sucesivamente tres hachas y tres gruesos dientes de cachalote, destinados cada uno á uno de los jefes; y en seguida para las damas, cintas, espejos y telas de color. A su vista hubo un concierto de *vavi, vavi, motaki, motaki*, (bien, muy bien), al cual Dig atribuía una significacion opuesta.

Concluídos los discursos oficiales y la parte del ceremonial, vinieron los descubrimientos confidenciales. La reina madre, sumamente curiosa de su naturaleza, encontróse con Philips, cuyas formas repletas producian siempre el mayor efecto en las cortes de la Polinesia, matábale á preguntas sobre las damas europeas, preguntábale si llevaban vestidos hermosos, si tenian buen aceite para perfumarse (circunstancia de que hubiera podido sacar partido otro que el galante Philips contra el aceite de sándalo), y si en Europa las mujeres comian con sus esposos. A todo esto contestaba Philips bien ó mal, con el ausilio de Morrison ó por medio de una lengua mímica de su invencion. Durante aquella zarandaja, Pendleton se estaba dando con Pia-Roro, y yo con el rejente Haape: Dig estaba atropellado por los buenos isleños. En breve nos hicieron gustar una especie de agua ferrujinosa, reservada para el uso de la casa real y muy desagradable al paladar, y en seguida nos sirvieron coco. El jóven rey todo se lo metia en la boca antes de ofrecerlo al capitan americano.

Un estraño episodio amenizó aquellas escenas hasta entonces tranquilas. Apareció un enorme cerdo, gritando en tal manera que predominaba á todas las voces de la asamblea. Arrastrado por una mujer vieja por medio de una cuerda, y azotado por dos criados que lo impelian hácia la asamblea, obstinábase el animal en no querer andar. Llegó por fin ante nosotros con su guardia, y esclamó: « *Oti-bouaka! oti-bouaka!* (hé aquí un cerdo). » En seguida tomó la palabra, y Morrison, esplicando sus discursos, nos declaró que ofrecia su animal en cambio de una gran botella de vidrio que tenia Dig. Pendleton aceptó el mercado con tanta mayor razon, cuanto que aquella mujer era nada menos que la suegra del rejente y la abuela del mismo rey. La buena señora se volvió satisfecha; pero poco despues retrocedió y preguntó al capitan si queria su cerdo vivo ó cocido. « Vivo, » replicó Pendleton, y quedó terminada la permuta.

Interrumpida la audiencia por tan brusco incidente, nos permitieron circular y ecsaminar detalladamente el palacio. Todos sus muebles ó utensilios se reducian á algunos vasos de madera, nueces de coco, lanzas, esteras y taburetes de madera semejantes á los de Hawaii.

Del interior del palacio pasámos á los sotillos que lo circundan y á una plataforma que domina todo el valle. La ensenada que descubríamos desde allí era cubierta en la mayor parte de su estension de macizos de cocoteros, de bananos y otros árboles, y solo ponia de manifiesto muy pocos terrenos cultivados. Observábanse por acá y acullá algunas pequeñas cercas plantadas con moreras de papel, cañas dulces, dracænas y tabaco. Estas cercas eran cuidadas con mucho aseo y defendidas por fuertes palizadas de mambúes, ligadas por medio de maromas de coco. En lo que atañe á las plantas indijenas, en esta primera escursion reconocí gran parte de las que en Hawaii llamaron mi atencion, el pandano, el inocarpo de castaña nutritiva, el casuarina de madera incorruptible, el gardenia de flor odorífera, el malvavisco de corteza fibrosa, las acacias, eujenia, etc. El vigor que caracteriza á todos aquellos vejetales, árboles, arbustos, plantas ó gramineas, argüía en aquel suelo una maravillosa fecundidad. La isla cuya armadura interior es toda volcánica, tiene efectivamente una capa superior que no tanto constituye un terreno como una composicion de restos vejetales.

En aquella correría al interior del palacio, prolongada á través de los campos, terminámos en la plaza pública de la tribu, vasta plataforma rectangular, enlosada de piedra y circundada de terrados bastante bajos, igualmente empedrados. Esta plaza es el punto comun de los negocios y de los placeres. En ella se dan los bailes públicos y los cantos, diversiones favoritas de los isleños: los danzantes y los cantores se colocan en el centro del recinto, al paso que los espectadores se disponen en los bancales laterales.

Cada tribu tiene su *tahoua* ó plaza pública, algunas de las cuales son tan espaciosas que pueden contener 10.000 almas.

Habíamos visto las mejores y mas grandes habitaciones del valle, recorrido en muchas direcciones el verdegueante recinto en cuyo medio estaban sembradas, y aun no habia observado ningun templo ni moraï. Insinuélo á Morrison, y este me contestó; « Un moraï? pardiez! aquí tiene Vd. uno. » Y me señaló con el dedo, cerca de la plaza una cabaña arruinada, que solo se diferenciaba de las demas por su mayor desaseo. Como yo no podia menos de admirar aquel estado de degradacion, refiriéme Morrison que uno ó dos años antes estalló entre los Taiis y los Hapas una guerra esterminadora que asoló completamente el territorio de los primeros, destruyó sus chozas y derribó sus templos. Desde entonces los vencidos fueron de hecho súbditos y tributarios de los Hapas. Actualmente (y esta revelacion me dió la llave de muchas circunstancias anteriores), el verdadero dueño del valle era Pia-Rora, el belicoso delegado del rey de los Hapas, comisario y colector de impuestos en aquella tierra conquistada. Travestia aquellas funciones de autoridad marcial bajo el título de huesped y de amigo del rejente Haape, sin que Haape y el rey menor, jefes nominales de la tribu, fuesen mas que los muy humildes servidores del delegado Pia-Roro.

Cuando llegámos á la plaza pública de la tribu, era de noche, y Pendleton habia dado la órden de regresar á bordo. Emprendímos la marcha hácia la playa, adonde llegámos escoltados por unos veinte jefes subalternos, despues de habernos despedido de Pia-Roro y del rejente. Cuando empero íbamos á embarcarnos, vanamente indagámos el paradero del mesonero Dig. Por espacio de cinco minutos le llamámos sin cesar, y estábamos ya á punto de abandonarlo, cuando salió de una de las abras de la bahía una especie de fantasma, cubierta de arena y de algas marinas. Philips fué el primero que reconoció al mesonero bajo aquella figura de Triton. «Maldito Dig, le dijo, de donde diablo vienes? Cual es la beldad del Oceáno que te ha trasladado á su tálamo de algas y de arena?» Á esta poética locucion, solo respondió el mesonero abajando la oreja y precipitándose al buque. Despues de la audiencia de recepcion, los naturales continuaran trayéndole al redopelo con tanta pertinacia, que el desgraciado tuvo que fugarse á través de los bosques, dejando sus vestidos colgados en las malezas, y alcanzando la playa donde se ovillara paraque no pudiesen descubrirlo.

Al dia siguiente, Pendleton debia recibir los jefes á su bordo. Las damas del país prometieron pasar á él, no por medio de las piraguas de sus maridos que para ellas eran sagradas, sino en la chalupa que el capitan americano habia puesto urbanamente á su servicio. Sobre las cuatro de la tarde anunciaron una piragua de guerra que en breve se halló junto al buque con los jefes que la montaban. Era una simple piragua de veinte á veinte y cinco pies de lonjitud, grosera y construída de madera de artocarpo. La proa muy baja, y casi al nivel del resto de la regala, se proyectaba horizontalmente de algunos pies fuera del cuerpo de la piragua, y remataba con una cabeza de figura chata y feísimas facciones. Todo el trabajo de la barca era ejecutado con mucho cuidado. La popa iba adornada por una efijie de divinidad groseramente esculpida, y en la proa flotaban mechones de cabellos, trofeos de victorias y despojos de víctimas humanas.

En la proa de la piragua se elevaban tres ó cuatro hojas de cocoteros de cinco ó seis pies de altura y en una pequeña plataforma se veía el distinguido jefe de una tribu vecina con grave talante y con las piernas cruzadas. Envuelto en una ancha capa de tela del país, llevaba sobre su cabeza una hoja seca de banano arreglada injeniosamente en forma de toca. En medio de la embarcacion habia Haape con el cinto solamente y un sombrero semejante al de los jefes de Taïoa, mientras que en una especie de toldilla guarnecida de hojas de cocoteros, Pia-Roro, provisto de un largo remo, hacia las veces de patron de la barca. Ocho robustos hombres armados con sus pagayas formaban la tripulacion (Pl. LXI. — 2).

Como Haape, Pia-Roro no llevaba otro vestido que el cinto; pero sus cabellos, en vez de ser reunidos y ligados de cerca en la coronilla de la cabeza, segun costumbre ordinaria, eran despeluznados en enormes mechones, cuya circunstancia comunicaba á aquel jefe un aspecto particularmente feroz. Sus orejas eran adornadas de pendientes de marfil pulido y bien trabajado cuya blancura contrastaba con el azabache de su cabellera.

Al acercarse al sloop, los remeros amortiguaron la marcha de la piragua para darnos el tiempo suficiente de admirarla y comprender la superioridad de su complicada estructura á la de nuestras chalupas tan sencillas y ecsentas de armamento. Por fin los visitadores atracaron el *Oceánico*, subiendo á bordo los hombres en primer lugar, y despues las mujeres. Hiciéronse descender á los jefes á la cámara donde se les sirvió un almuerzo. En cuanto á las mujeres, todo el tiempo que sus nobles esposos permanecieron allí, no se atrevieron á dirijirse siquiera al castillo de popa, porque semejante sitio era tabou. En consecuéncia per-

manecieron apiñadas entre el palo trinquete y el palo mayor, sin atreverse apenas á probar algunos refrescos que les hizo presentar el caballero Philips. Este mismo sujeto tuvo la idea de regalarlas con una música de pífano y tambor. Esta galantería fué pagada con una aceptacion prodijiosa: al son de aquella orquesta, todas aquellas beldades de Nouka-Hiva se ajitaban marcando el compás con sus jestos, con los movimientos de su cuerpo y con las ajitaciones de la cabeza. Lo mismo aconteció con los hombres cuando subieron al puente, y la fiesta terminó con aquella singular zarabanda (1).

Este incidente valió á Pendleton la indicacion de asistir á una gran danza indíjena que debia tener lugar al dia siguiente, no en la costa, sino á una gran distancia en el interior de las tierras. Ninguno de los oficiales del buque creyó de su deber acceder á la demanda; pero yo, como simple pasajero, y mas curioso que nuestros marinos, no tuve las mismas aprensiones ni los mismos escrúpulos.

Al dia siguiente partí pues con el Inglés Morrison y una numerosa escolta de naturales. Nuestro camino fué abierto al principio á través de sitios románticos y deliciosos. Por una parte se recreaba la vista en el abra tranquila como un lago al abrigo de su muro circular de roquedos; por otra parte contemplaba ya todos los accidentes de los terrenos interiores, los valles, las colinas, las cascadas, los torrentes, todo terminado por picos desnudos y solitarios.

Habíamos caminado ya por espacio de una hora, cuando al doblar un bosque nos encontrámos con dos guerreros en traje de grande uniforme. Todos eran de elevada estatura, bien formados, y con músculos tan robustos y proporciones tan armoniosas, que hubieran podido servir de modelo al estatuario. Iban casi desnudos, y todo su traje casi se reducia á la capa y el ceñidor; pero el pintarroteo formaba en toda la superficie de su cuerpo un vestido cuya idea solo puede comprenderse por medio de la inspeccion de la lámina. Regulares, no obstante algunas irregularidades, estos dibujos de pintarroteo producian una gracia y un efecto que me chocó. El tocado llamó aun mas vivamente mi atencion. Uno de aquellos jefes llevaba una especie de casco terminado por delante con una visera en forma de creciente de tres ó cuatro pulgadas de anchura. Este casco, casi enteramente guarnecido de brillantes granos, frutos del *abrus precatorius*, era superado por una rica cimera de plumas de gallo que el viento hacia ondear á cada minuto. Las orejas eran enteramente encubiertas por ornamentos de madera muy lijera blanqueada con cal. Caían sobre su pecho varios collares de dientes de cachalote, y de todas partes se escapaban mechones de cabellos humanos, de los que llevaban unos como brazaletes al rededor de las manos y de los pies, y uno como apéndice á sus anchos cintos de tela blanca. Sus armas consistian en la macana indíjena (Pl. LXI. — 1).

Estos guerreros pertenecian á la tribu de los Hapas, nuestros aliados de la víspera. Así es que apenas me vieron desde lejos, corrieron hácia mí con grandes gritos de alegría, y simulando una batalla contra sus adversarios los Taï-Piis, maniobraron sus armas con sorprendente ajilidad, reproduciendo todos los accidentes de un encuentro y las posturas de guerreros que atacan ó defienden todo con una pantomima espresiva y llena de ilusion, con agudos gritos y con esta frase cien veces repetida: « *Taï-Pü! Taï-Pü! te make i te Taï-Pü* (Taï-Piis! Taï-Piiss! mueran los Taï-Piis!) » Acabado que hubo el jóven guerrero, disparó en una larga risa, y Morrison me dijo que el baile del interior habia ya comenzado, y que lo habian dejado para dirijirse al buque. Despues de esto continuaron su camino en una direccion opuesta á la nuestra.

El camino en aquel paraje conducia á un valle interior de dos millas de lonjitud, y cubierto en toda su anchura de árboles del pan, cocoteros y otras grandes especies, árboles tan cerrados y tan vecinos unos á otros, que caminábamos bajo una bóveda vasta y continuada. Sus habitaciones eran espaciosas y en número considerable, y las plataformas de piedra sobre que se elevan, no contribuyen poco á su aseo y á su salubridad. Casi todas las chozas eran desiertas, porque el baile habia atraído á toda la poblacion vecina.

A mayor distancia varió de nuevo la naturaleza del paisaje. Estábamos al borde de un torrente, que murmuraba en el fondo de un barranco solitario; á la otra parte se manifestaba el pie de un morro, ramificacion de la cordillera central y límite del territorio que habita la tribu de Taïo-Hae. Este morro tiene vertientes tan rápidas, que si no se hubiesen practicado en el sendero huellas por los pies de los naturales, si no se hubiesen construído numerosas sinuosidades, y si no nos hubiesen servido de rampa mazorcas de yerbas, fuera absolutamente imposible subir aquella áspera colina. En medio del camino, fatigado y medio muerto, iba á renunciar á la tarea, cuando uno de los salvajes que nos acompañaban me cargó sobre sus hombros, y me llevó por los senderos mas fragosos. Sin embargo, en 1814 los naturales transportaron á fuerza de brazos por aquellos caminos un cañon del calibre de 9 libras de balas, que les prestó

(1) Cierta danza antigua.

1. Guerriers de Nouka-hiva.

1 Guerreros de Nuka-hiva.

2. Double Pirogue.

2. Doble Piragua.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Porter en sus guerras contra los Hapas. Necesitaba por cierto toda la autoridad de aquel célebre marino para dar crédito á semejante esfuerzo.

De lo alto de aquel morro, se esplayaba la vista sobre un horizonte inmenso. A mis plantas se veía el *Oceánico* del tamaño de una canoa, columpiado en la bahía, y á mayor distancia las confusas lineas de la isla Roua-Poua situadas en el marco azul y terso del Océano. La brisa juguetona en aquel pico y muerta en el valle, despertábase y venia á refrescar nuestras abrasadas frentes. Hallabámonos en el límite del territorio de los Hapas, y podíamos distinguir el valle donde se daba aquella danza indíjena que iba á buscar al través de tantas fatigas. A una distancia mayor todavía se podia distinguir de lo alto del morro el territorio de los Taï-Piis, entonces enemigos de los Hapas y de los Taiis.

Una rapida bajada en un sendero habitado de bonitas habitaciones, nos guió al sitio de la danza. Estábamos ya bastante cerca y empezaba á herir nuestros oídos el sonido del tam-tam, cuando vimos acorrer delante de nosotros una multitud de salvajes prorumpiendo en gritos de alegría, y manifestándonos por medio de jestos hasta qué punto estaban satisfechos de nuestra venida. Era verdaderamente una recepcion á lo Cook, ni mas ni menos que la que dieron estas islas al atrevido navegante, cuando las sorprendió en la sencillez de sus costumbres primitivas y sus usos característicos. Aun en la actualidad, al ver á aquellos pueblos aceptar con tanta dificultad nuestras maneras europeas, no tener mas penas ni alegrías, ni ceremonias de luto que hayan sancionado los recuerdos de la infancia, no puede menos de preguntarse si al moralizarlos y catequizarlos se hubieran debido respetar este tipo local, estas tradiciones, estos trajes, estos modales que constituyen la fuerza, la salubridad y la vida de los países oceánicos. Esta idea me asaltó desde el momento en que dí un vistazo á la danza: la robustez de los isleños y la franca vivacidad de sus modales hacíanme lamentar que los evanjelistas de Havaii no tolerasen en sus neófitos estos placeres honestos que tanto contribuyen al desarrollo del cuerpo. La ley cristiana, tan dulce y tan tolerante, tiene recursos en sí con que satisfacer todas las ecsijencias del clima y de hijiene. Para estos basta entenderla é interpretarla en la sabia y lata acepcion que le dió su divino autor.

El *Tahou* ó plaza del baile, estaba circundada de árboles jigantescos é impenetrables al sol. La asamblea que se habia reunido contaba muchos centenares de individuos de ambos secsos, vestidos todos con sus mejores adornos. Los guerreros llevaban su traje de combate; los bailarines, de fantasía; las señoras, modas variadas al infinito: un baile de Europa no hubiera desplegado mas pompa que aquella danza de Nouka-Hiva. Los turbantes de las bailarinas y sus capas de tapa estaban echadas con un arte, una gracia y un gusto encantador. El blanco parecia ser el color dominante, en especial para el tocado. Por lo comun los turbantes son del tamaño de un pañuelo de faltriquera; pero apesar de su poca anchura, los arrollan y combinan de diversas maneras: ora los atan estrechamente en la cabeza con los cabos reunidos en un ancho nudo en medio de la frente ó en una de las sienes; ora aquellas estremidades, mas largas, se ensanchan en elegantes copos. Otras veces se deja en la cima del turbante una abertura paraque los cabellos se rizen y floten sobre las espaldas y el cuello, ó bien se dejan flotar al azar magníficos cabellos sobre la capa de tela. Esta capa, único traje de las señoras, se llama el *kahaï*, y con ella se envuelve cada una segun su gusto.

Por primera vez pude en aquella asamblea probar el aserto de los navegantes oceánicos, que las mujeres de Nouka-Hiva son de una naturaleza mas bella, mas interesante, mas regular y mas noble que las demas isleñas de la Oceania, en especial las de Hawaii. Entre los Taiis, nada, nada habia observado que justificase esta relacion; pero aquí reconocí su ecsactitud. En aquella reunion de mujeres, ví muchas de una belleza tan notable, que nuestras Europeas se la hubieran envidiado. Sus facciones se parecian á las de nuestras razas, mas que en ningun pueblo asiático y oceánico ya visitado. Su tinte era bronceado lijeramente en la mayor parte, pero en un corto número llegaba á la blancura perfecta. Su fisonomía tenia algo de fino y delicado, y sus miembros ofrecian proporciones admirables.

Este grado de blancura en algunos semblantes me llamó la atencion hasta el punto de espresársela á Morrison. Noticióme el Inglés que aquellas damas la habian adquirido preservándose del sol, ó por medio del jugo de una pequeña baya denominada *papa*, que tenia, segun decian, la propiedad de blanquear la piel. Cada mañana las señoritas de Nouka-Hiva se frotaban con aquel cosmético, y envolviéndose en sus capas se encerraban en sus chozas. Cuando salian, les garantizaba su tinte una sombrilla hecha de una ancha hoja de palmera.

Cuando viene una fiesta, una embarcacion estranjera ó una solemnidad local, se zambullen en el torrente, hacen desaparecer el tinte verdoso del jugo de *papa*, se embadurnan con aceite de coco y se revisten con sus ornatos mas magníficos. Muchas coloran el aceite de que se untan, con el amarillento zumo del azafran de las Indias, ó bien con un estracto de la raíz quemada que da un tinte anaranjado aun mas brillante. Aseguran las señoras que esta mistura da un nuevo lustre á la piel, efecto muy

cuestionable, que por mi parte pongo en duda.

Los hombres tienen tambien sus dandys. Estos señoritos, afeminados como mujeres, toman á su imitacion precauciones y cuidados para adquirir y conservar alguna blancura. Pero la ley indíjena castiga esta coquetería, y solo la permite con la condicion de verse asimilados á las mujeres por todos los privilejios del tabou. Únicamente tienen el honor de figurar como cantores y bailarines en las ceremonias públicas.

Apaciguado el movimiento y la confusion que habia causado nuestra llegada, y despues de haber correspondido al saludo de los jefes y las miradas de las hermosas bailarinas, nos colocaron en sillas de honor, de donde podíamos observar cómodamente el conjunto y los detalles de aquel espectáculo. El teatro de aquel *tahoua* era una construccion cuya solidez hubiera podido retar á la mano de los siglos. Concíbase un cuadrado oblongo de unos sesenta pies de lonjitud sobre cuarenta de anchura, cuyo muro esterior era formado de piedras enormes ó de cascajos de rocas de seis á siete pies de lonjitud sobre siete de espesor, montones reunidos con una simetría y una destreza sorprendentes, especialmente al considerar la imperfeccion de los instrumentos empleados por los isleños. Al nivel de aquel muro reinaba al rededor del recinto un enlosado de piedras anchas de muchos pies, embaldosado destinado á recibir á los jefes, los guerreros y los demas personajes de distincion y todos los cantores, cuyas recitaciones deben acompañar y regular la danza. En el interior y algunas pulgadas mas bajo, habia un segundo enlosado mas ancho, guarnecido de trecho en trecho de montones de piedras que servian de sillas para los músicos; por fin en el centro se estendia una arena casi tan sólida como un camino á lo Mac-Adam. Este último espacio tenia veinte pies de largo sobre doce de ancho y servia de teatro á los actores.

El primero que ví era un jóven de diez y ocho á veinte años que permanecia desde algunos minutos en una de las estremidades de la arena, mientras que en cada ángulo del otro cabo figuraban dos muchachos de ocho á diez años. Empezó la orquesta, compuesta de cuatro tambores ó tam-tams y de ciento cincuenta voces de cantores. Los tam-tams, hechos con la madera del árbol cordia, tenia dos pies y medio de lonjitud sobre diez ó doce pulgadas de diámetro. Para confeccionarlos, se ahueca la masa interiormente, y uno de los lados se cubre en seguida de pieles de lagarto, sujetadas por medio de trenzas de cocotero. En suma, es á poca diferencia el mismo sistema que el de nuestros tambores. El músico da con sus dedos reunidos sobre el instrumento que tiene en una direccion vertical, y con largos palos modifica la naturaleza del sonido y acrecienta su intensidad.

La danza, cuya medida era lenta al principio, se compuso de graciosos movimientos de manos, de brazos y de piernas; pero regulando poco á poco su velocidad sobre el movimiento del tam-tam, se movieron los actores con mas rapidez. Al principio los cantores acompañaron con sus voces los pasos de la danza, pero despues se apartaron cantando solos ó duos á que la masa de los asistentes respondia á veces con un coro jeneral.

De los tres bailarines que entonces estaban en escena, un hombre y dos niños, el hombre, principal corifeo, era bien formado y de interesante figura. Los cuidados y el uso del *papa* le habian dado un tinte muy blanco que no contribuía poco á realzar sus gracias naturales. En cambio su tocador no correspondia mucho á aquel esmero. Consistia en una gran cantidad de cabellos blancos muy lanosos que le guarnecian la cabeza, cabellos prestados que contrastaban con su magnífica cabellera negra. Sus puños y sus tobillos estaban tambien adornados de mechones de cabellos. Su único vestido consistia en un cinturon de tela blanca.

El traje de los dos niños era mas ornado y mas orijinal. El uno llevaba un casco elevado y guarnecido de plumas; su ancho cinturon blanco dejaba escapar dos puntas que recaían por delante, y otras cuatro trenzas que descendian hasta la rodilla, de cuyo cabo pendian mechones de cabellos negros atados con discos de madera blanqueados y circulares. La cintura, los puños y los tobillos llevaban tambien ornamentos de la misma naturaleza, y en cada mano figuraba un mechon de cabellos blancos.

El otro niño tenia por tocado una espesa venda de tela blanca y encima una guirnalda de plumas negras superada de otro ornamento de tela blanca, plegado por delante, y colocado por detras en forma de una ancha cucarda ó de cola de pavo. Nada mas lindo y mas orijinal á la vista que aquel tocado coqueto y salvaje. Componíase el collar de aquel mozo de copos de bejucos brillantes y embalsamados, que alternaban con flores de jazmin del Cabo, mientras que su cintura ó maro de tela blanca plegada con todo esmero estaba entrelazada de una guirnalda semejante.

Terminados los pasos de aquella graciosa danza, manifestóse una compañía de mozos, en número de treinta ó cuarenta, que tomó lugar en la plataforma vecina al teatro. Allí comenzaron á cantar arias con este tono de voz sordo y monótono que afecta tan vivamente los nervios

y que constituye el carácter casi jeneral de todos los cantos salvajes. Consiste en un modo plañidero, regular y triste, cuya impresion es imposible reproducir. Los cantores de profesion, llamados *kaïois* son á la vez poetas, compositores y actores. Los objetos de sus cantos consisten en un gran episodio guerrero, ó un acontecimiento grave, como la llegada de un navío, que difundidos entre el pueblo, y transmitidos de familia en familia, atraviesan las jeneraciones. La poesía de aquellas razas primitivas no es muy casta ni ambigua en los términos; va desnuda como los hombres, y los pasajes mas eróticos son los que obtienen mas aceptacion. En la fiesta presente hubo largos y serios preparativos. Hacia muchos meses que el corazon de aquellas mozas, puesto bajo la regla de un tabou particular, trabajaba en estudiar el pedazo que cantaban, pieza capital de la fiesta, y para la cual el baile era solo un sazonamiento. Si hemos de juzgar por el entusiasmo que provocó el coro, era preciso colejir que Nouka-Hiva escuchaba aquel dia á su Homero ó á su Tirteo. Este unísono de voces, esta melopea del lenguaje, este ritmo, este canto preciso, aunque sordo y estraño, determinaron una sensacion de sorpresa que no estaba desnuda de encanto.

Hasta entonces reinara en aquella jovial multitud una especie de órden y de etiqueta; mas al concluir el espectáculo, cada uno se precipitó hácia nosotros con una curiosidad incómoda, aunque bien intencionada. Apesar de la pompa del baile y las delicias del canto, era ya para los isleños, en mi calidad de Europeo, la parte mas curiosa de la fiesta. Poco deseoso de ser importunado y crucificado á preguntas á que no hubiera podido responder, escurríme y alcancé el buque, acompañado de algunos Hapas que se habian reunido á mi primera escolta.

Tras este primer ensayo me asaltó el gusto de los paseos interiores. Al dia siguiente fuí á visitar el valle de Taïoa, situado al O. de la bahía donde estacionaba *el Oceánico*. Acompañábanos Morrison con algunos naturales, habitantes del país que íbamos á visitar. Pasámos junto á la roca que orilla la entrada del abra, escollo denominado *el Centinela*, y al aspecto de aquella marejada que se estrellaba contra las rocas, que entraba furibunda y salia espumosa, parecíame imposible que ningun ser viviente, que ninguna canoa pudiese caer en aquel Caribdis sin ser devorado al instante mismo. Cual fué mi sorpresa cuando distinguí desde nuestra chalupa en medio de las espumosas olas un isleño que andaba buscando mariscos y crustaceos en las anfractuosidades del islote! Este hombre habia llegado allí á nado y se habia deslizado en los torbellinos de la resaca. Los salvajes de la Oceania son realmente peces.

La brisa del O. llevó en breve la chalupa á la entrada de la bahía de Taïoa, donde se penetra por medio de un canal muy estrecho limitado por enormes acantilados en una altura vertical de 2.000 pies. La bahía se divide en dos ensenadas: la esterior, que puede ofrecer un buen fondeadero á las embarcaciones y solo está ceñida de montecillos inhabitados, cubiertos de yerbas y de sotos; la otra interior, orillada por una hermosa plaza semicircular, en cuyo derredor se elevan las chozas de los indíjenas bajo arcadas de cocoteros, de malvaviscos, de pandanos, de barringtonia y de inocarpo.

Al dar en aquella segunda bahía, el principal de los naturales que nos acompañaban, anciano sacerdote llamado Tahoua, imajinó dar un espectáculo á sus camaradas de la aldea ante la cual íbamos á descender. Para esto mandó ocultar bajo los bancos á todos los naturales de Nouka-Hiva, de suerte que la chalupa, al atracar la playa, pareciese montada por estranjeros solos. A nuestro acceso, eran de ver los naturales que se encaminaran hácia nosotros replegarse en sus casas y salir casi al instante con sus hijos y sus mujeres, fugándose hácia el interior. Sin duda tan escesiva timidez era efecto de agresiones desoladas y hostiles de parte de algunos balleneros. Sea como fuere, iba á emprenderse la fuga, cuando el viejo Taboua con sus camaradas salió de su escondite disparando en una larga risa. Llamaron á sus compatriotas con sus nombres familiares y con gritos conocidos, y estos retrocedieron siendo los primeros en celebrar el pequeño chasco que se habian llevado.

Apenas desembarcámos, nos encaminámos directamente á la cabaña de Tahoua donde recibímos la mas franca hospitalidad. Este anciano, deseando darme una prueba de su agradecimiento por algunos presentes que le hiciera, ofrecióme un hermoso abanico de mimbre de forma semicircular, blanqueado con cal y con un hermoso mango bien pulido de madera negra y muy dura.

La cabaña de Tahoua era mas espaciosa que cuantas viera hasta entonces. Observé en el centro un cofre cortado casi en la forma de una piragua, con una cubierta trabajada artísticamente, envuelto en muchas piezas de tela. Este cofre encerraba cenizas muy caras al sacerdote, las de un hijo muerto hacia ya muchos años, y estaba sostenido por un pedestal de madera de dos ó tres pies de altura. Ademas observé dos ó tres grandes tambores, una imájen muy bien trabajada del dios de la guerra, que embarcan en una piragua cuando tienen que empeñar algun combate naval, una maza guerrera adornada de cabellos, lanzas y hachas de combate, una hacha de piedra y otros instrumentos ú ornatos.

De la casa de Tahoua fuímos á la aldea que me pareció aseada, regular y populosa. La ca-

lle principal, ancha y bien cortada, era atravesada en el medio por un torrente regular que corria con rapidez hácia el mar. Cada choza tenia su cerca plantada de árboles frutales y su pequeña familia de gochos; en fin todo respiraba abundancia y comodidad (Pl. LXIII. —4).

Allí vimos moraïs un poco mas aseados que los de los Taiis. El Tahoua, cuyo nombre en idioma de Nouka-Hiva significa sacerdote, nos condujo á aquellos de los que era el principal sacerdote. Uno de ellos era construído sobre una plataforma de piedra, siendo al parecer la catedral del lugar. Veíanse en él un grosero ídolo cortado en una enorme pieza de madera y casi cobijado por las ofrendas de cocos, frutos de pan y otros objetos que le habian consagrado. A un tiro de piedra de distancia se revelaba una tumba, y en una plataforma de veinte pies cuadrados de superficie y cuatro pies y medio de altura, aparecia un pequeño soportal de anchas y pesadas piedras, de seis ú ocho pies de lonjitud, sostenido por diez pilares de madera. Yacia encima el cadáver en un cofre semejante al que adornaba la casa de Tahoua (Pl. LXII.—1).

A mayor distancia percibímos otro moraï, ó para valernos de la espresion de nuestro guia, una casa tabou. En el interior de su pequeño recinto figuraban tres efijies de ídolos groseramente esculpidos, sentados sobre sus bancos de piedra; la una tenia el rostro vuelto hácia la casa, los otros dos en sentido oblicuo. Sin embargo el respeto para los dioses de madera no me pareció bien establecido en la cabeza de los naturales, puesto que muchos de ellos se divirtieron en harcerles piruetar diciendo que no eran bastante niños para hacer caso de ellos (Pl. XLI. —3).

A treinta pasos de distancia se presentó otra casa tabou; pero no era templo. Circundada de mujeres que lloraban y se lamentaban formando todo jénero de sonidos, contenia un enfermo de importancia que los Tahouas del país vinieron á asistir á su manera, no con los socorros de la ciencia, ni remedios, ni prescripciones medicales, sino con encantos contra la enfermedad y conjuraciones hechiceras para alejar la muerte. Al rededor del agonizante ejecutan á competencia una ronda satánica, pernean y saltan, se despedazan el cuerpo con piedras afiladas, y profieren gritos lamentables y continuados. Esta comedia dura hasta que el moribundo ecsala el último suspiro, cuyo fracaso anuncian con un aullido jeneral.

Puesto ya fuera de toda duda el fallecimiento, traen una especie de ataud, fabricado con lanzas y otras armas de combate, que atan entre sí con ligamentos de bejucos. Este ataud, entonces cubierto de esteras, es colocado en una choza vecina á la del difunto. Entretanto preparan el cadáver, lo cubren con vestidos nuevos y lo colocan sobre un catafalco donde permanece espuesto por espácio de muchos dias. Los amigos y los parientes velan sin descanso este monumento funerario: por la noche lo circundan de antorchas encendidas, los sacerdotes recitan lentamente sus himnos de difuntos.

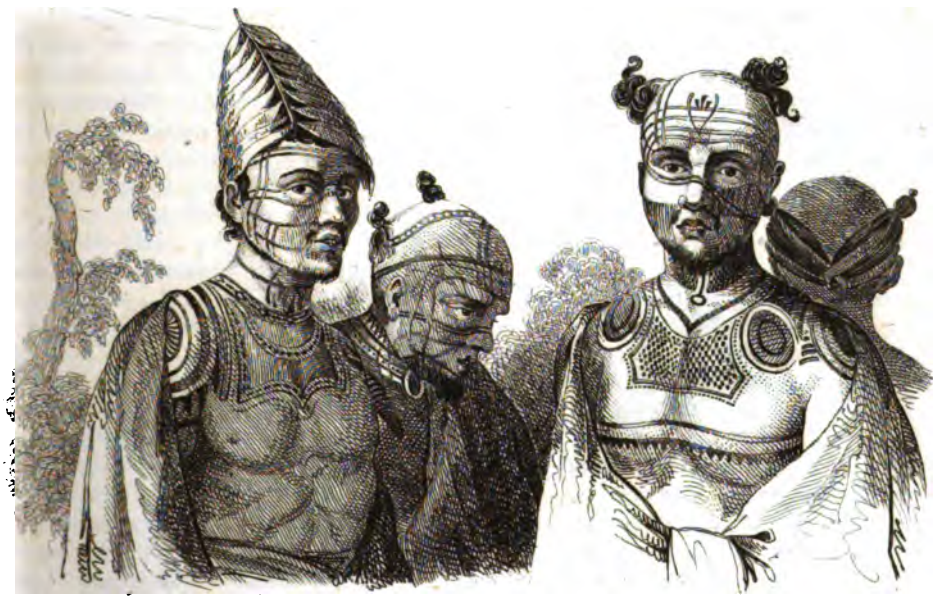
Entre estas tribus se celebra un suceso muy importante, tal es el festin que debe dar la familia del difunto, cuya disposicion y lujo guardan siempre proporcion con la fortuna del cadáver. Hácense de antemano las invitaciones, por órgano de unos mensajeros cubiertos con sus mejores vestidos y portadores de un prolongado palo. Estos mensajeros recorren el país para suplicar á los jefes y á las personas notables, llamando á cada convidado por su nombre á la puerta de la choza, é indicándole el objeto del mensaje por medio de las palabras *tou-ki*, no menos significativas que lacónicas. Entonces se congregan todos los convidados en una casa tabou, donde se preparan al gran banquete con un ayuno tan riguroso, que hasta se prohiben los fuegos en todas las cercanías.

Mientras duran los cantos de los sacerdotes, se prepara el festin; cuando cesan aquellos, empieza este. Sacan de los hornos los víveres medio resfriados; el jefe de la familia corta los lechones con un cuchillo de mambú, y separa la carne de los huesos con una piedra afilada. La cabeza del cerdo pertenece de derecho al primer sacerdote, pero por lo comun la pone aparte para tomar otro pedazo que escoje á su gusto. Las demas porciones se distribuyen entre los jefes principales que á su vez indican á sus jentes paraque las participen juntos. Despues traen vasos de madera llenos de diversos manjares preparados con el fruto de pan, el coco y la banana. En breve se anima el banquete, escitándose mutuamente y devorando los manjares; y cuando el estómago está henchido de carne y de legumbres, se quitan los restos para comerlos en otro banquete, porque el difunto tiene jeneralmente mesa abierta durante cuatro ó cinco dias.

A cada paso descubríamos en aquel paseo curioso objetos dignos de ecsámen y de mencion. Desfilaban sucesivamente á nuestra vista otros moraïs y otras casas consagradas. Todos los templos tenian el mismo carácter que los primeros, ya con ídolo colosal, ya con muchos ídolos pequeños, unos y otros honrados con copiosas ofrendas. Sin embargo, al penetrar en el interior de las tierras, tomaban los monumentos un carácter de grandeza mas pronunciada, hasta que al fin llegámos á un edificio flanqueado de muros de mampostería muy bien ejecutada. Una entrada espaciosa con una ancha escalinata con-

3. Morai à Nouka-hiva.

3. Morai en Nuka-hiva.



4. Portraits de Nouka-hiviens.

4. Petratos de Nuka-hivienes.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

ducia á aquel local rectangular. Las piedras, que arguían una antigüedad muy grande, eran aglomeradas con mucha perfeccion; algunas de ellas tenian seis pies de lonjitud, otros tantos de anchura, y dos ó tres pies de espesor. Su disposicion ecsijió medios mecánicos cuya tradicion perdieron al parecer los naturales. El interior de la parte cubierta ofrecia asimismo un trabajo muy primoroso, y segun las armas de guerra, lanzas, mosquetes, telas, esteras, que contenia aquel edificio, fácilmente podia juzgarse que era la habitacion de un rico y de un grande del país.

Yo volví muy fatigado de aquella escursion á través del mas hermoso país que pueda concebirse. Al principio Philips me habia seguido; pero echó el ancla en la primera choza donde se manifestó una figura de su agrado. Vaya V. mollando su cabo, díjome, ya nos encontrarémos al borde del agua y á la sombra de los cocoteros. »

Efectivamente, habiéndole encontrado allí, hicimos un banquete encantador en la playa, rodeados de isleños que se divertian con nuestros menores jestos y con los mas pequeños detalles de un convite europeo. Nuestros tenedores de estaño, nuestros cuchillos, nuestras botellas, eran para ellos objetos sorprendentes. Cuando cortábamos algo para dárselo, se escitaba entre ellos mucho júbilo, embriaguez y carcajadas; mas despues, en lugar de disputarse el pedazo ofrecido, lo dividian en fracciones imperceptibles paraque todos pudiesen gustar un poco del manjar de los blancos. La bondad, la franqueza y la risueña jovialidad constituyen al parecer las cualidades jenerales de aquel pueblo. El acto de embarcarnos fué solemnizado con la concurrencia de toda la poblacion del valle; varios naturales llevaron á bordo de la chalupa algunas provisiones que comprara Philips, y cuando salímos de la bahía, nos saludaron con un prolongado grito en señal de despedida.

Hacia unos ocho dias que nos hallábamos en la rada de Taïo-Hae, y apesar de todas nuestras promesas, del concurso y de los sacrificios del escelente Haape, no habíamos podido todavía hacer nuestras provisiones. Unos doce cerdos trasladados á bordo del *Oceánico* parecian haber agotado los recursos del valle que una guerra reciente y dilatada acababa de empobrecer. Por fin, á 20 de marzo, viendo que nada llegaba, resolvió Pendleton echar el ancla en la bahía de Oumi entre los Taï-Piis donde esperaba encontrar mayores recursos.

En consecuencia *el Oceánico* se enmaró y bordeó con el ausilio de un fuerte levante para alcanzar la bahía de Oumi. En una de aquellas bordadas pasámos casi al pie de Roua-Poua, distante dos ó tres leguas, elevada isla de un aspecto romántico, con sus picos que se remontan por el aire cual otros tantos obeliscos. A 21 de marzo fondeámos en la bahía de Oumi, menos segura y cómoda que la de Taïo-Hae, á causa del gran fondo que conserva aun junto á la costa. Evacuados ya los cuidados del fondeo, dirijímos la vista sobre el valle, pero este nos trataba como enemigos. No se veía allí, como en los parajes que acabábamos de dejar, aquel asalto de piraguas que venian á reconocer el sloop, ni aquella lucha entre los naturales y nosotros paraque despejasen la cubierta. Reinaba en toda la estension de la playa un silencio sepulcral y una inmovilidad perfecta: hubiérase dicho que tocábamos en una tierra desierta. Sin embargo, al observar con mas atencion, veíanse despuntar por acá y acullá al través de la espesura, cabezas bronceadas que nos estaban contemplando: eran sin duda los rezagados, pues el resto se fugara hácia las montañas.

Semejante recepcion no nos causó la menor novedad, pues ya la teníamos prevista. Nuestro confidente y nuestro ajente en aquellas islas, Morrison, nos habia enterado de la probable frialdad y del modo de conjurarla. Embarcado con nosotros, se habia granjeado la amistad de un Taï-Pii, casado y establecido desde largo tiempo en la tribu de Taïo-Hae. Este hombre iba á servirnos de pasaporte para con sus antiguos camaradas, porque semejantes derechos no perecen jamas en Nouka-Hiva. Desembarcó pues este Taï-Pii con Morrison; declaró las pacíficas intenciones con que ancláramos en la rada de Oumi, y en pocos minutos se restableció la paz. Al temor sucedió la confianza, y el silencio á los mas estrepitosos gritos. Reanimóse el valle súbitamente cual por un májico lance de teatro. Millares de hombres salieron de los árboles cual otros tantos Silvanos; botáronse al agua un número incalculable de piraguas, y en breve la cubierta del *Oceánico* se halló atestada de hombres y de mujeres, y, lo que era mas esencial todavía, de todo linaje de provisiones.

No tardaron en venir á visitarnos varios personajes de distincion. El primero que subió á bordo fué el príncipe de los sacerdotes, el jefe de los tahouas, acompañado del primer jefe civil. El gran tahoua llevaba la frente y las sienes adornadas de plumas encarnadas y blancas. Este dignitario nos espuso el motivo que dió márjen al terror jeneral que habia acompañado nuestra aparicion: los jefes de los Hapas mandaron espresos, despues de la solemne audiencia, al rey de los Taï-Piis, á fin de significarle llegada su última hora; que el navío de Porter acababa de formar alianza con ellos y con los Taiis, y que en la semana siguiente iria á atacarlos por mar, mientras que los Taiis y ellos mismos en persona (jefes de los Hapas), marcharian por

tierra al frente de un ejército considerable. Amedrentados con tan terrible amenaza, los Taï-Piis emprendieron desde entonces los mayores trabajos de defensa, y ejecutaron al través del valle una especie de atrincheramiento de piedras. Tras esta esplicacion añadieron: « Ahora todo está bien; venís en paz; habeis traído á Tatahe nuestro compatriota. Nuestro valle con cuanto en sí contiene y encierra, todo os pertenece; podeis desembarcar vosotros y vuestras jentes, pasearos con toda seguridad, y tomar los objetos que mas os gusten. Nosotros somos vuestros amigos. »

Con todo no debíamos fiarnos mucho en ellos, porque los Taï-Piis tenian una gran reputacion de ferocidad, motivada sin duda por algun antecedente no muy satisfactorio. En consecuencia Pendleton dió órden para tomar algunas precauciones, y prohibió á la tripulacion alejarse de la orilla cuando desembarcase, ya para procurarse agua, ya para surtirse de víveres.

Yo solo fuí la única escepcion de la regla jeneral. Habiendo aprovechado una ocasion de desembarque aquel mismo dia, no resistí mucho al ofrecimiento que se me hizo de una incursion en el interior del país. Un natural al servicio del príncipe de los sacerdotes me propuso guiarme al palacio del rey situado en el valle; y aunque no se hubiesen establecido todavía nuestras relaciones con los naturales, acepté sin titubear. Parecióme que bajo el influjo del cañon de Pendleton, el país, apenas recobrado del susto que le infundió una noticia falsa, no se alarmaria, ni menos se espondria á crueles represalias por el placer de cometer un asesinato estéril y aislado. Seguí pues á mi salvaje. En el decurso de nuestro viaje, eché de ver una vejetacion análoga á la que habia admirado ya, percibí por acá y acullá, como en Taïo-Hae, edificios destinados para las ceremonias relijiosas, una tumba con su cofrecito de madera, y moraïs con sus ídolos tapizados comunmente de musgo verde, ó casas consagradas pertenecientes á varios personajes del país.

De esta suerte llegué hasta el *tahoua* (plaza del baile) de los Taï-Piis, situado á una milla de distancia de la costa, no menos espacioso, regular y bien construído que el de los Hapas. Cerca de la plaza habia una casa bastante linda, con una mujer acostada que parecia sufrir cruelmente. Interrogada por mi guía, respondió: « *Mahi-oa, mahi-oa!* (estoy enferma, estoy enferma!) »

Adelantéme rápidamente en direccion al moraï real, atravesando varias veces en el decurso del camino, en hombros de mi piloto, un torrente sinuoso que describe largos cursos en el valle. Íbamos á tocar el término de nuestra fatiga; cuando ví llegar rápidamente un natural que parecia acelerar la marcha para alcanzarnos. Nada me dijo; pero lanzando una mirada de cólera á mi guía, le dirijió algunas palabras fuertes y agrias. Entonces cambió este repentinamente de fisonomía, y volviéndose hácia mí: « Vámonos, » me dijo. Y como yo insistiese por saber la causa de tan brusca mudanza: « Volvamos á la playa; volvámonos, » añadió. Y me tomó por la mano para obligarme á retroceder. En todo el camino, sin embargo, los semblantes no habian al parecer mudado de aspecto. Casi á cada momento tropezaba con miradas benévolas y saludos amistosos. Solo algunos isleños me persiguieron con miradas irritadas y malignas; entre otros un gallardo salvaje, sentado entre los ídolos de una casa consagrada, que respondió á mis preguntas con un jesto verdaderamente satánico. Siempre que interrogaba á mi guia, contestaba: « *Ka kino!* (va muy mal) » empujándome y tirándome del brazo para hacerme caminar con mas rapidez. Por fin llegámos á los márjenes del canal, sanos y salvos, bien que jadeando y medio asfixiados. En cuanto mi salvaje me vió en seguridad, desapareció y me quedé en ayunas acerca del verdadero motivo que determinó tan brusca retirada. Era quizas un efecto de las falsas alarmas acreditadas por los Hapas? Era el temor de que sorprendiese al pueblo en el acto de un sacrificio humano, ó que no barruntase las huellas de tan bárbaras inmolaciones? Jamas he podido saberlo. El hecho mas positivo es que pasé á bordo fatigado y fuera de mí.

La bahía de Oumi, que forma la ensenada mas oriental de la espaciosa rada que se encuentra al S. E. de Nouka-Hiva, se subdivide en dos abras, á saber: la de Haka-Haa en el centro, situada en frente del territorio neutral de los Hapas y de los Taï-Piis; la otra, enteramente al O., la de Haka-Paa, que baña la costa de los Hapas. Precisado á surtirse de provisiones, envió Pendleton una chalupa á la bahía de Haka-Paa con un oficial á quien acompañé.

Doblámos al principio la punta oriental de la ensenada Haka-Haa, promontorio fragoso y tapizado de verdura; y en el fondo de otra ensenada denominada Kaka-Pae, en una pequeña estension de terreno limitado por el mar de una parte y por un alto acantilado de otra, descubrímos una aldea sobre la que parecia caer una cascada que se despeñaba perpendicularmente de la roca. Veíase encallada en la orilla una flotilla de piraguas pescadoras, entre las cuales se hallaba una piragua de guerra, que se daba á conocer por los cráneos de Taï-Piis, trofeos de la última guerra.

Hallábamonos de nuevo entre nuestros primeros amigos los Hapas; y apenas nos apercibieron, cuando nos salió al encuentro toda la poblacion. Condujéronnos á casa de Taboua-Tini, el jefe

relijioso de la tribu, como Pia-Roro el jefe civil. Estaba su casa situada en el centro de la aldea sobre una plataforma circundada de corpulentos árboles. Era un venerable anciano, de encumbrada talle y de semblante noble y tranquilo, que nos acojió con una gravedad afectuosa y una sencillez patriarcal. Sentado sobre una ancha estera en el fondo de su casa, estaba envuelto en una gran pieza de tela blanca: encima de esta especie de ropaje, se echaba una capa mas estrecha, de tela mas consistente y de un hermoso escarlata, que caía desde el hombro hasta la rodilla, contenido sobre el pecho por medio de un ancho nudo. Ceñia su frente una venda de tela blanca, y sus cabellos reunidos en dos mechones espesos eran fijados por vendas del propio tejido. Todo este conjunto inspiraba mucha veneracion é infundia respeto y obediencia.

Despues de haber proferido algunas palabras, Tahoua-Tini nos ofreció refrescos en cuya retribucion le hicímos algunos presentes. Entonces su familia entera que habitaba una vecina choza, entró en aquella donde nos hallábamos. Componíase la familia de su mujer y de cuatro hijas, cuya mas jóven tenia unos catorce años, y la primojénita veinte y uno ó veinte y dos; todas de notable belleza. Mas bien hubiera podido acertarse su descendencia por el aire de dignidad que predominaba en sus personas, que por la semejanza física y la analojía del tinte. Aquellas jóvenes vírjenes eran casi blancas, al paso que el venerable Tahoua-Tini, con su piel pintarrajada, no dejaba de parecerse á un Mozambique ó á un Malgache. Consistia su traje, como el de las mujeres que habia visto ya, en vestidos y vendas de tela blanca, dispuestos graciosamente al rededor de su cuerpo ó rodeando sus agraciados semblantes.

Cerca del domicilio de Tahoua-Tini ecsistia el mas espacioso y magnífico moraï que hubiese visto. En una plataforma de piedra circundada de un seto de pandanos se hallaba un sarcófaho donde se echaban las osamentas de las víctimas humanas que, siendo sacrificadas al dios, se habian corrompido sobre su altar. En frente y en un dornajo que en una de sus estremidades figuraba una cabeza horrible, se veía tendida una de aquellas víctimas, ofreciendo solamente una masa informe de carne que apenas ponia de manifiesto algunas partes del busto humano. Á poca distancia se alzaba sobre su pedestal la divinidad á quien se hizo aquella ofrenda. A la derecha se abria un *toupa-pau*, ó casa de difuntos, encerrando un cadáver que infectaba el aire, y á la izquierda un altar con dos ídolos. Una multitud de ofrendas, nueces de coco, frutos de pan, pescados y pedazos de cerdo atestaban el piso por acá y acullá, juntamente con dos perros preparados para ser comidos, y que, devorados por las moscas, ecsalaban un hedor pestilencial.

Salímos de aquel matadero con el corazon abatido, y como para ofrecer un contraste á aquellos sacrificios humanos, desplegaba la naturaleza en las cercanías las mas risueñas y solemnes bellezas. Al través de bosquecillos de verdes y tiernos árboles, veíamos despeñarse de lo alto del morro la blanca cascada del acantilado, que descendia á sucesivos borbotones, y se perdia á media costa en una roca anfractuosa, ó en un macizo de matorrales, alzando despues sus cascadas sobre una roca, y precipitándose de una altura de 300 pies para desaguar en la vasta ensenada, reservatorio del valle.

Apesar de la belleza de aquel espectáculo, iba declinando el dia, y en consecuencia tuvímos que recobrar el camino de nuestra chalupa. Estábamos ya cerca de la playa, cuando nos encontramos con uno de los jefes mas apreciados del país, distinguido por la figura y por las maneras, y frisando al parecer con los cuarenta años. Este isleño nos suplicó con mucha urbanidad nos detuviésemos algunos instantes en su casa para refrescar. Sirviéronnos efectivamente nueces de coco y otros frutos deliciosos. Durante esta especie de almuerzo se encontró allí la familia de nuestro huésped; mas aunque nos dispensaron la mejor acojida, y aunque todos manifestaban un placer evidente en nuestra recepcion y compañía, eché de ver señales de dolor y luto, y lágrimas que serpeaban por casi todos aquellos semblantes. No sabia yo comprender aquel combate y aquel contraste, cuando Morrison nos lo esplicó en estos términos.

Dos ó tres años antes de nuestro paso, acercóse á la bahía de Oumi un buque americano espresando sus deseos de comunicar con los naturales. Dispuestos á prevenir á los estranjeros, se echaron siete de ellos á una piragua y pasaron á bordo del buque al pairo. Este era precisamente el plan del crucero: los siete hombres fueron marinados é izados al puente. Al principio se soltaron dos que se fugaron con la piragua, despues otros dos que fueron precipitados al mar y se salvaron difícilmente nadando hasta la costa. En resolucion se guardaron á bordo tres, entre los cuales habia un jóven de veinte años, hijo único de nuestro huésped y orijen del sentimiento de toda aquella familia que nos rodeaba, de su madre, de su hermana y de su mujer. Recorria entonces los mares como marinero americano, apesar de haber sido educado bajo un techo de Nouka-Hiva, destinado á hacer dichosos á todos aquellos individuos que le lloraban. Al aspecto de un dolor tan lejítimo y tan verdadero, nos sentímos sobrecojidos de una viva emocion, procurámos consolar á aquella familia infundiéndole la esperanza del regreso de aquel hijo que-

rido, y le prometimos no perdonar medio para abrirle de nuevo el camino de la patria, si algun dia lo encontrásemos por la vasta estension de los mares.

Por lo demas, este rapto no es un hecho aislado ni sin ejemplo. Aun en nuestros dias, cuando un capitan pierde algunos marineros indispensables á la maniobra de su buque por medio de la desercion ó de la enfermedad, procura tocar en alguna tierra y arrebatar salvajes que dedica del mejor modo posible al duro servicio del bordo. Que el desgraciado no tenga disposicion, que no pueda habituarse á esta vida de fatigas y de privaciones, que se vea condenado á perecer de nostaljía ó de estenuacion uno ó dos meses despues del rapto; poco importa á los aventureros. Si muere, lo reemplazan por otro, bien sea un indíjena de la Nueva Zelandia, por otro de Nouka-Hiva, un Carolin, un Papou, un isleño de Taiti ó de Tonga. A veces los salvajes arrebatan por represalias marineros europeos, eternizando de esta suerte la violencia y el robo, el odio y las rencillas provocadas por ultrajes anteriores.

Todas estas correrías en direcciones diversas acabaron por poner bajo un pie respetable nuestros recursos alimenticios. Así es que Pendleton resolvió hacerse á la vela al dia siguiente 24 de marzo, y le era tanto mas urjente el verificarlo, cuanto que deseaba anclar de paso en Tao-Wati para un pequeño trabajo hidrográfico. Tao-Wati era una de estas islas llamadas por largo tiempo *Islas Marquesas*, grupo descubierto por Mindana, visitado por Cook, y descrito por Wilson y Fanning.

Al dia siguiente, el *Oceánico* pasó rápidamente entre Roua-Houga y Roua-Poua, con el ausilio de una protectora brisa del E. N. E. A 25 de marzo costeaba á una legua de distancia las risueñas playas de Ohiva-Hoa, y algunas horas despues anclámos en la pequeña ensenada que Mindana denominó *Madre de Dios*, y Cook *Resolucion*. Consiste en una simple anconada situada en la costa occidental de la isla, y abrigada contra los vientos del E., pero abierta á la marejada y á las brisas del O. En la estacion en que nos encontrábamos, sopla á veces el huracan del N. O. con súbita violencia, por cuyo motivo solo permanecímos algunas horas, que poco faltó paraque nos fuesen fatales.

Apesar de esto bogó la chalupa hácia tierra, y como yo era uno de los pasajeros, nunca se hacia nada sin mí. La embarcacion iba armada, y la mandaba el mismo Philips con órden de comunicar solo con mucha precaucion y desconfiar de los naturales que muchas veces se habian mostrado hostiles hácia los Europeos. En primer lugar Pendleton le recomendó regresase á bordo antes de dos horas; no parecia sino que el hábil marino se sentia perseguido por algun negro presentimiento. Y no es que los indecisos chubascos que caían de cuando en cuando tomasen un carácter muy peligroso, sino que el aspecto del cielo, de las aguas y de la tierra, parecia revelarle algun siniestro suceso. Por otra parte la rada, comunmente animada, estaba vacía de piraguas.

Caminábamos descuidados despreciando aquella preocupacion: la chalupa acababa de atracar la costa en un pequeño surjidero orillado de rocas. En cuanto nos hallámos en la playa, vímonos rodeados de un tropel de naturales cuyo tipo, sin que pudiésemos equivocarnos, era el mismo que los de Nouka-Hiva, los mismos sus usos, sus costumbres y su idioma. Su conducta hácia nosotros parecia benéfica y afable. En la playa ví algunas chozas semejantes á las que acababa de dejar. Sin embargo, apesar de aquellas analojías y de aquella procsimidad, reinaba entre los isleños de Tao-Wata y los de Nouka-Hiva la mas encontrada antipatía. Cuando les mencioné los Taï-Piis, revelóse en sus semblantes un sentimiento de odio feroz. « Si en vez de blancos hubiésemos tenido hoy en esa costa Taï-Piis, decian, serian ya asesinados y dispuestos á ser devorados. » Sin embargo, era de temer que no acabasen por tomarnos como sujetos peores; la reserva que habian puesto en no arriesgar en la rada sus piraguas parecia un indicio cierto de mala fé. Cuando les interrogué sobre esto, me mostraron el cielo nubloso en efecto, pero no lo suficiente para justificar aquel temor; y para aumentar nuestros recelos nos participaron que acababan de robar un virador y que la embarcacion iba á partir. Era ya tiempo: los naturales deseaban retener y confiscar la chalupa, y fué preciso amenazarlos con mosquetes paraque abandonasen el puesto. Por otra parte el *Oceánico* acababa de despedir un cañonazo izando el pabellon de marcha. Como el aire era sufocado y la brisa nula, todas las chalupas del buque remolcaban y tiraban lentamente al sloop fuera del abra. A su vista, los remeros de la chalupa se precipitaron sobre sus bancos; embarcámonos apresuradamente, y lográmos enmararnos, no sin haber sufrido una lluvia de piedras que nos arrojaban los salvajes desde la playa.

Alcanzámos el *Oceánico*, y cuando nos hallámos en estado de oir la voz: « la ballenera! » gritó Pendleton. Este largo remolque duró dos horas, al cabo de los cuales nos hallámos á una milla de distancia de la costa. Embarcados ya todos y orientado el sloop, referia Pendleton nuestro pequeño episodio de la mañana. « Esta niebla no era nada, me dijo; con algunos mosquetes y el cañon se hubiera disipado; pero habia otras causas que nos inducian á salir de esta

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Chef de Tao-Vati.

5. Jefe de Tao-Vati.

4. Vallon à Nouka-hiva.

4. Valle en Nuka-hiva

maldita guarida. Vé V. ese cielo, añadia, vé el viento que esta mañana soplaba del E. y que poco á poco ha pasado al N. E. y por fin al N. O.; vé esta sorda y larga marejada que contrasta con la peligrosa calma que aun reina? Pues antes de esta noche, mi pasajero, habrá un zafarrancho en las aguas del Océano; antes de esta noche corremos seco de velas, á fé de Pendleton! »

CAPITULO IX.

NOUKA-HIVA.—JEOGRAFÍA, HABITANTES Y PRODUCCIONES.

Nadie ha pretendido contestar al Español Mindana el descubrimiento del archipiélago de Nouka-Hiva. Despachado en 1595 por el virey del Perú, Mendoza, para completar el reconocimiento del grupo Salomon que descubrió en un viaje anterior, tropezó con el de Nouka-Hiva, y surjió en una de sus islas, sin que se sepa cual, donde solo se detuvo algunas horas. Pasando adelante, quiso vanamente tocar en Ohiva-Hoa, cuyos isleños parecian desear su visita, y acabó por fondear á 25 de julio (dia de Santiago) en la rada de Tao-Wati. Singló hácia la playa una chalupa bien armada, y los hombres que la montaban desembarcaron al son del tambor. Los primeros momentos se pasaron con harta tranquilidad; algunas mujeres seductoras se presentaron á los Españoles desplegando sus gracias, y el dia hubiera concluído con felicidad sin algunos hurtos que fué preciso vengar á fusilazos. Al dia siguiente quedó al parecer restablecida la paz; pero fué muy efímera. Despues de una misa celebrada al aire libre, con pompa y en medio de la salvaje aldea, á la que asistieron el comandante y su mujer seguidos de los naturales con mas respeto que curiosidad; despues de esta misa y algunas permutas verificadas con el mejor acuerdo, podia juzgarse ya sellada la paz, cuando sobrevino repentinamente una brusca querella que obligó á los Españoles á hacer uso de sus armas contra los salvajes que arrojaron piedras. Tan desigual combate infundió almenos á los isleños la conviccion de su debilidad. Aquella muerte pronta é inesplicable como el rayo, aquel estruendo de las armas y la superioridad de los medios de defensa y de ataque, indujéronles á pedir la paz y someterse sin reserva, reinando por consiguiente desde entonces la union y una tranquilidad completa. Los usos, las costumbres y los trajes de aquellas islas eran los mismos que los de nuestros dias. Mindana las abandonó á 9 de agosto, aplicando á las que vió sucesivamente los nombres de *la Dominica*, *Santa Cristina*, *San Pedro* y *la Magdalena*, y denominando al grupo entero *Marquesas de Mendoza*, en memoria de la esposa del gobernador del Perú.

Desde aquella época ningun Europeo parece haber visitado estas islas antes del segundo viaje de Cook. Este navegante las reconoció en 1774 y añadió á la nomenclatura de Mindana la pequeña isla de Fatougou, fondeando despues en Tao-Wati, donde permaneció tres ó cuatro dias, teniendo que empezar con los naturales por medios violentos á trueque de obtener una buena armonía. Asegurada esta, dedicóse Cook á sus trabajos hidrográficos, mientras que los naturalistas Forster y Sparmann estudiaban las costumbres de la comarca. Ninguna circunstancia indujo á sospechar á estos últimos la inclinacion de los naturales á la antropofajía, puesta despues fuera de toda duda. La permanencia de Cook fué marcada por la visita que hizo á bordo un jefe llamado Honou, que se titulaba rey de toda la isla. Revestido de su grande uniforme, llevaba una capa de tela papiriforme, una especie de diadema, una gola, anchos pendientes y numerosos mechones de pelo humano (PL. LXII. — 3). Sin embargo su título de *Hehaiki*, los naturales parecian no profesarle mucho respeto.

En seguida se presentó el Americano Ingraham, de Boston, que fué el primero que en mayo de 1791 completó el reconocimiento del grupo con el descubrimiento de las islas Roua-Poua, Roua-Houga, Motoua-Iti, Hiahou y Fatouh. Ingraham quitó este honor á nuestro compatriota Marchand que fondeó en los mismos parajes un mes despues, y renovó la misma faena aplicando á estas islas nombres de su invencion y gusto, segun lo hiciera el Americano. Marchand estacionó ocho dias en el fondeadero de *Madre de Dios* sobre Tao-Wati; y entabló algunas relaciones amistosas con el jefe de la isla llamado Otou, cuya autoridad no parecia mas imponente y respetada que la del Honou de Cook. Parece que los camaradas de Marchand fueron los primeros en esplotar por mayor los atractivos de las mujeres de la isla, y este capitan refiere que llegaron á tal punto los abusos que se vió en la precision de prohibir las relaciones. Los padres y las madres venian á ofrecer á los marineros hijos de nueve á diez años en cambio de algunos abalorios.

Un año despues, en 1792, tocó en el puerto de *Madre de Dios* el teniente Hergest cargado de víveres para la division Vancouver. Algunos fusilazos entablaron y consolidaron las relaciones. Hergest vió asimismo, y aplicó nombre á las islas septentrionales, ignorando que dos marinos, el uno Americano y el otro Francés, las habian descubierto el año precedente.

Por esta época sin duda, el archipiélago fué visitado y frecuentado regularmente por los buques que iban á la pesca de la ballena. Uno de

ellos dejó allí al Americano Roberts que mezclado con los isleños permaneció cuatro meses en Tao-Wati.

Ningun incidente de importancia ocurrió despues en estas islas hasta la llegada del *Duff*, buque encargado de la piadosa comision de sembrar misioneros por todos los grupos de la Polinesia. Este buque era mandado por el capitan Wilson que habiendo fondeado á 5 de junio de 1797 en la bahía de *Madre de Dios*, desembarcó para predicar. La isla Tao-Wati era gobernada á la sazon por Tenaï, hijo del Honou de Cook á quien habia sucedido, y este digno jefe manifestó las disposiciones mas benévolas y apacibles, y declaró que aceptaria para huéspedes á los misioneros. De los dos apóstoles que se destinaban en la isla, el uno, llamado Crook, desembarcó inmediatamente y sin temor; pero el otro, apellidado Harris, titubeó, pasó quince dias á bordo, y al fin se aventuró á desembarcar á 20 de junio. Creíanle naturalizado ya como su cólega, cuando á 24 se supo á bordo del *Duff* que el misionero habia aparecido en la playa con su cofre llamando una canoa; que en el momento en que procuraba hacerse oir del buque, bastante apartado de la playa, los naturales lo rodearon y le arrebataron su cofre, en cuyo caso el pobre misionero, amedrentado de verse á merced de aquellos rateros, alcanzó los bosques, y despues de largas indagaciones, lo hallaron medio loco en un estado deplorable. Poco despues se supo la causa de este accidente.

Habiéndose visto obligado el jefe Tenaï, su huésped y el de Crook, á hacer una correría por el interior de la isla, propuso á los dos misioneros que lo acompañasen. Crook consintió sin reparo, pero Harris prefirió no perder de vista la bahía y el *Duff*. Entonces este escelente jefe, deseando que el Europeo tuviese todas las comodidades posibles, le abandonó su mujer, rogándole que ocupase su lugar. El misionero respondió á esta deferencia con un movimiento de horror; pero la esposa del jefe consideró la cesion por el lado serio, y persiguió de antemano á Harris. Aunque este declaró que la ley divina le prohibia todo comercio carnal, no se satisfizo ella con estas razones; antes llegó á sospechar el secso del misionero. Curiosa como todas las mujeres, debió comunicar el caso á sus compañeras, y Harris fué el objeto de una operacion singular por medio de una sorpresa nocturna, por cuyo motivo el pobre misionero se escapó hácia la playa renunciando á convertir á aquellas criaturas desvergonzadas.

A su regreso con Tenaï, instruyeron á Crook de la escena ocurrida, sin que por esto dejase de persistir en su primer objeto. En consecuencia dejó partir al *Duff*, que se hizo á la vela á 27 de junio. Poco brillante fué el écsito de su mision evanjélica; pero permaneció tranquilo, feliz, amado de los naturales hasta la llegada de un Italiano, arrojado por una embarcacion á la costa con un fusil y algunas balas. Este hombre, dotado de astucia y de condescendencia, se granjeó en breve la amistad de los isleños; marchó con ellos á la guerra, ausilióles con su arma mas mortífera que las del enemigo, y los llevó hácia la conquista y el engrandecimiento de su territorio. En vez de unirse con el misionero, se convirtió en su antagonista. Crook predicaba la paz, pero él predicó la batalla, y se condujo con tanta habilidad, que consiguió hacer al Americano sospechoso á los isleños. Sin el apoyo de un jefe poderoso, el misionero hubiera sido acuchillado y devorado.

Este jefe, primer guerrero del ejército; sostuvo hasta el fin á un favorito á quien amaba. Merced á sus esfuerzos, pudo Crook alcanzar por medio de una piragua la embarcacion americana, *Betzy*, mandada por el capitan Fanning que se presentó á la vista de *Madre de Dios*. El capitan Fanning escuchó con interés la relacion del misionero, y fundado en sus consejos, renunció al proyecto de tocar en Tao-Wati, abandonada desde entonces al mal jenio de aquel Italiano. Pasó á Roua-Poua, y vino á fondear en Nouka-Hiva, en la bahía de Taïo-Hae. Reinaba allí el jóven príncipe Paï-Rorou, bajo la tutela de su tio Touhoure-Bouba. Entabláronme comunicaciones con la tierra, y Crook quedó tan satisfecho del país y de sus moradores, que no pudo menos de decidirse á quedarse en él para predicar el evanjelio. Pero como su mision no fué mas feliz que en Tao-Wati, aprovechó una ocacion que se le proporcionó pocos meses despues para pasar á Taiti, tierrra de propaganda y de proselitismo.

Cuando Krusenstern ancló en 1804 en la bahía de Taïo-Hae, dos aventureros europeos ejercian allí una grande influencia. El uno era un Inglés, ese Roberts que hemos visto desembarcar en Tao-Wati, y que habitaba Nouka-Hiva hacia siete ú ocho años; el otro un Francés, José Cabri, establecido tambien en la isla desde una buena porcion de años. Como ninguno de los dos tenia costumbres ni cultura, embruteciéronse con los salvajes, en vez de darles algunos tintes de civilizacion. Dejáronse pintorrear, hiciéronse sus ausiliares en las batallas, y por este medio José Cabri llegó á ser un gran guerrero. Sin embargo, nunca pudo resolverse á comer carne humana, por cuyo motivo permutaba siempre un prisionero contra un cerdo.

En tiempo de Krusenstern, el jefe principal de los Taïs era Keata-Nouï, guerrero de cuarenta y cinco años, de muy buen talante, y pintarrajado de pies á cabeza. El navegante ruso aseguró que la autoridad de este rey era muy

limitada, cuyo aserto es idéntico con el de Cook y los demas navegantes: era una autoridad patriarcal, respetada solamente en el tabou inherente á la persona y á la casa del jefe. Merced á Roberts y á Cabri, Krusenstern tuvo facilidad de ecsaminarlo todo con ecsactitud; averiguó el hecho de antropofajía que se sustrajo á las observaciones de sus predecesores, y estudió las costumbres, las leyes y la organizacion de las tribus, sus relaciones entre sí, sus alianzas y sus guerras.

De todos estos hechos entonces observados, hay uno solo que no ha sido averiguado: tal es el que habla de una funcion importante en el palacio real, que Krusenstern llama cargo de *encender el fuego* del rey. Este personaje nunca se aparta del príncipe mientras permanece en su residencia; pero cuando el soberano tiene que ausentarse, se conduce con este hombre como el jefe Tenaï con el misionero Harris, lo pone al servicio de la reina, como vijilante y como posesor. En tiempo de Krusenstern, esta especie de *alter ego*, este substituto del tálamo real, era un Milon de Nouka-Hiva, un isleño de formas atléticas.

Hemos llegado á la época en que el célebre Porter hizo de estas islas el depósito interino de sus empresas. Porter es uno de los capitanes americanos que causaron mas perjuicios á los Ingleses en la corta guerra de 1813. Á 25 de octubre ancló con su flotilla en la bahía de Taïo-Hae, que denominó bahía de Comptroller, y encontró allí muchos de sus compatriotas que hacian un cargamento de madera de sándalo, y un Inglés llamado Wilson, naturalizado entre aquellos salvajes.

Por este tiempo Keata-Nouï reinaba aun sobre los Taiis. Envejecido por el uso del kava, no era ya aquel jefe vigoroso que conoció Krusenstern, pues tocaba ya á la decrepitud. Hallándose en guerra con los Hapas, se defendia mal, é iba á sucumbir, cuando apareció Porter. Implorólo Keata-Nouï como ausiliar, pero Porter quiso permanecer neutral. Los Hapas sin embargo respondieron con tanta insolencia á las proposiciones que les hizo, que decidió subyugarlos, sino en el interés de Keata-Nouï, almenos en el suyo. Habiendo roto las hostilidades, hizo subir á fuerza de brazos un cañon en el cúspide de un morro, batió en brecha la fortaleza de los Hapas, conquistóla, obligóla á enmendarse, é hizo pasar la tribu por un tratado oneroso y por un tributo semanal de cerdos destinados á Porter. Era el precio lejítimo de los servicios prestados en esta guerra en que tomaron parte cuarenta Americanos.

En breve siguieron el ejemplo de los Hapas los pueblos vecinos, declarándose todos tributarios de Porter, á escepcion de los dos mas poderosos, el de los Taï-Piis y el de los Hati-akou-Touoho, quienes declararon formalmente que permanecerian independientes del patronato estranjero.

No creyendo Porter llegada la hora de reducir á las tribus refractarias, procuró establecerse de tal suerte, que su sumision fuese al fin fácil é imprescindible. Los naturales entre quienes vivia le sirvieron con todo su mejor; edificaron para los Europeos una pequeña aldea que Porter denominó Madisonville, y algun tiempo despues se declaró la guerra contra los Hapas en que, necesitándose precauciones defensivas, prestáronse los mismos hombres á construir en su territorio una fortaleza que tomó el nombre de *Fuerte Madison*. Concluida esta fortificacion informe á 19 de noviembre, Porter creyó de su deber tomar posesion de Nouka-Hiva en nombre y por cuenta de los Estados Unidos. Aunque habia dos tribus que todavía eran independientes, estendió este acto á toda la isla, y lo proclamó por medio de la siguiente pieza mezclada de jactancia española y de lójica americana.

« El objeto de la presente es poner en conocimiento de todo el mundo que yo, David Porter, capitan de navío al servicio de los Estados Unidos de América, y comandante de la fragata *el Essex*, en nombre de los dichos Estados Unidos, he tomado posesion de la isla llamada por los naturales Noobeevah, jeneralmente conocida bajo el nombre de *Isla de sir Henry Martin*, pero actualmente denominada isla de Madison; que á instancias y con el apoyo de las tribus aliadas del valle de Tieu-Hoï, como tambien de las tribus montañesas que hemos domado y hecho tributarias de nuestro pabellon, he mandado edificar la aldea de Madison, consistente en seis hermosas casas, una cordelería, una panadería y otras dependencias; que para la defensa de esta aldea y para la proteccion de los naturales aliados, he construído un fuerte susceptible de recibir 16 cañones, en el que he colocado cuatro, y que he denominado fuerte Madison.

« Incontestables son nuestros derechos sobre estas islas, puestas bajo una prioridad evidente de descubrimiento, de conquista y de ocupacion. Ademas los isleños, para obtener de nuestra parte una proteccion que les era tan necesaria, han deseado ser admitidos en la gran familia americana, cuya forma de gobierno republicano guarda mucha analojía con el suyo. Tal es el motivo que me ha inducido á prometerles por cuenta mia que serian adoptados por los Estados Unidos, y que nuestro jefe seria su jefe, deseoso de contribuir á su interés y felicidad, y hacer al propio tiempo incontestables nuestros derechos en punto á la propiedad de una isla muy

importante bajo muchos aspectos: por su parte me han asegurado que todos sus hermanos americanos que los visitasen, serian acojidos en lo sucesivo con franqueza y hospitalidad; que les suministrarian en abundancia todas las provisiones de la isla; que les prestarian su ausilio contra todos sus adversarios, y que opondrian todos los impedimentos posibles á los súbditos de la Gran Bretaña paraque no aportasen en su isla hasta que se concluyese la paz entre ambos pueblos.

« Durante nuestra permanencia en esta isla, todas las tribus nos han ofrecido ricos presentes. El número de aquellas es el siguiente:

« Seis tribus en el valle de Tieu-Hoï denominadas los Taeehs, á saber, los Hoattas, los Maouhs, los Houneeahs, los Pakeuhs, los Hekuahs, y los Harrous;

« Seis tribus de Hapas, á saber: los Niekees, los Tattierows, los Paehas, los Keekahs, los Tekaahs y los Mullawhoas;

« Tres tribus de Mamatouahs: los Maamatouahs, los Tioahs y los Cahahas;

« Dos tribus de Attatokahs: los Takeeahs y los Paheutahs;

« Una tribu de Neekees:

« Doce tribus de Typees: los Poheguahs, los Naegouahs, los Attagiyas, los Cahunukohas, los Tomaraheenahs, los Tiheymahues, los Mooaeekas, los Aterhows, los Attestapwyhunahs, los Attehacoës, los Attetomohoys, y los Atta-kakaha-neuahs;

« Las cuales han manifestado en su mayor parte el deseo de ser puestas bajo nuestra proteccion, y nos han parecido dispuestas á obtener á cualquier precio una alianza que les promete tan grande utilidad.

« En consecuencia de estos motivos, y paraque nadie pueda disputarnos en lo sucesivo la posesion de esta isla, he depositado en una botella enterrada al pie del fuerte Madison una copia de la presente declaracion con varias monedas acuñadas en los Estados Unidos.

« Y paraque conste, doy la presente firmada de mi mano.

« DAVID PORTER. »

« 19 de noviembre de 1813. »

Por lo dicho se ve que la toma de posesion comprendia todas las tribus de la isla, aunque los Taï-Piis y sus aliados no fuesen sometidos. A la primera intimacion de Porter paraque se reconociesen tributarios, contestaron que aquella demanda era una burla; que no tenian razon alguna para desear la amistad de los blancos, y que desde el momento en que se trataba de obtener por violencia un tributo de cerdos y de frutos, no lo pedian con palabras, sino con la fuerza de las armas. A una segunda declaracion hecha por el rey Keata-Nouï, aliado de Porter, y apoyada por su hijo en persona, dieron los Taï-Piis una contestacion aun mas altanera é insultante: « Los habitantes del valle Kiou-Hoï y su rey Keata-Nouï son unos cobardes, decian; los Hapas han sido batidos porque tampoco han sido menos cobardes. En lo que á Porter y á sus camaradas atañe, no son mas que unos lagartos blancos que caerán á la primera fatiga, que no podrán trepar las montañas, ni suportar la privacion de agua, ni aun sufrir el peso de las armas. Y sin embargo estos enemigos son los que retan á los Taï-Piis, tantas veces vencedores, y á quienes su dios prometió siempre la victoria! Que vengan estos lagartos blancos; los desafiamos á todos; que vengan, no tenemos el menor miedo á sus *bouhis* (fusiles), cuando mas, buenos para amedrentar cobardes como los Taïs, los Hapas y los Shoumis. »

Este reto arrogante hacia inevitable la guerra que no tardó en estallar. A 3 de noviembre apareció Porter en la bahía de los Taï-Piis con una de sus corbetas, cinco chalupas y diez piraguas de guerra. Las fuerzas de sus aliados ascendian á 5.000 hombres. El bravo marino desembarcó en persona con treinta y cinco soldados armados de mosquetes, y emprendió la marcha contra los Taï-Piis. No obstante el vigor del ataque, defendiéronse los últimos con tanto encarnizamiento, que los Americanos se vieron precisados á reembarcarse sin haber podido obtener ventaja alguna.

Habiéndose acrecentado con esto la insolencia de la tribu rebelde, no se pudo menos de volver á la carga con un refuerzo. Doscientos fusileros americanos se mezclaron en la lucha, que fué larga y sangrienta, mas las armas de fuego alcanzaron al fin una ventaja decisiva, y la aldea de los infortunados Taï-Piis fué saqueada, pillada é incendiada. Reducidos por tan terrible leccion, pidieron la paz, pero solo la obtuvieron á costa de condiciones muy onerosas. Estipulóse una contribucion de guerra de cuatrocientos lechones, y un tributo anual proporcionado al que habian consentido las demas tribus de la isla.

Desde aquel dia Nouka-Hiva quedó sometida enteramente al capitan americano. Hubiera podido reinar allí tranquilo y poderoso, pero el bravo marino consideró como un incidente despreciable la soberanía de una isla polinesia. A 10 de diciembre terminó sus operaciones y se hizo á la vela con sus buques de guerra, dejando solamente en Nouka-Hiva tres de sus presas amarradas bajo el fuerte y confiadas á la custodia del teniente Gamble, jefe de veinte y dos hombres. Este oficial comprendió en breve la dificultad de su posicion: trabajados por un Inglés llamado Wilson, naturalizado en la isla, no

tardaron los naturales en trocar su conducta hácia los Americanos. No solamente cesaron de pagar el tributo, sí que tambien molestaron á sus huéspedes y aun llegaron á amenazar á sus buques. Por otra parte estalló entre los mismos blancos la insubordinacion, y la autoridad del teniente Gamble se halló á menudo comprometida y amenazada. Por fin, despues de un mes de semejantes intermitencias, estalló seriamente la sublevacion; los oficiales cargados de hierros fueron hacinados en el fondo de uno de los buques, despues de lo cual los amotinados izaron el pabellon inglés y se hicieron á la vela. Al hallarse fuera de la bahía destacaron una mala chalupa á la que echaron los oficiales que con la mayor dificultad pudieron alcanzar el surjidero. Gamble tenia todavía á sus órdenes dos buques y diez hombres que le permanecieron fieles. Apesar de verse reducido á tan débiles fuerzas, batió á los naturales, y viendo que iban á volver en gran número, pegó fuego á un buque y se embarcó en el otro con su pequeña tropa, logrando pasar á las islas Hawaii, donde fué capturado por una corbeta inglesa. Despues de la partida de Gamble fueron pasados á cuchillo algunos Americanos que permanecian acorralados en el fuerte de Madison. Esta matanza fué aconsejada y dirijida por el Inglés Wilson. Un solo hombre pudo refujiarse en las montañas, donde fué salvado por un anciano jefe del país. Tal fué el término miserable y sangriento de la espedicion de Porter, emprendida bajo tan risueños auspicios. Solo parecia sobrevivirle el hecho principal, la unidad del gobierno que habia fundado en la isla. El viejo Keata-Nouï quedó jefe supremo de Nouka-Hiva, y su hijo Mouana conservó el título nominal de esta soberanía. Los jefes de las tribus continuan haciéndose la guerra como antes, bien que sin negar una supremacía que no les infunde mucho respeto.

Desde la visita de Porter, pocos acontecimientos notables han ocurrido en Nouka-Hiva. En 1825 fondeó en la bahía de Oumi el teniente americano Paulding del buque el *Delfin*, recibiendo de los naturales la mejor acojida. En 1829 el misionero Stewart recorrió toda esta costa con el buque de guerra americano el *Vincennes*, y á su regreso trazó de ella un cuadro lleno de verdad y de interés. El capitan del *Vincennes* tuvo que intervenir en los asuntos del país ajitado á la sazon por el entronizamiento del jóven Mouana, y el temor de los Europeos favoreció al rey menor contra los disidentes. Por fin, en el mes de marzo de 1830, el capitan inglés Waldegrave del buque *Seringapatnam* apareció en Nouka-Hiva donde recojió documentos aislados y ecsentos de toda importancia.

Tal es la historia de Nouka-Hiva desde su descubrimiento: pasemos ahora á la inspeccion de su jeografía.

El archipiélago de Nouka-Hiva está situado entre los 8° y los 10° lat. S. y los 140° y 142° lonj. al O. de Paris, y ocupa un espacio de unas 60 leguas marinas del N. N. O. al S. S. E. sobre una anchura de 15 leguas con corta diferencia. Compónese de unas doce islas; pero solo tres de ellas ofrecen cierta estension, pues todas las demas consisten en islotes ó peñones. Estas tierras se presentan en el órden siguiente al viajero que las atraque por la parte del S.

Otahi-Hoa ó Fetou-Hiva, la misma que fué denominada por Mindana *Santa Magdalena*, es una isleta de quince ó veinte millas de ámbito, pero alta y populosa. El mapa de Stewart menciona un pequeño islote al S. E. bajo el nombre de Motou-Nao.

A unas diez leguas N. aparece Motane, otra isla elevada, de cinco ó seis millas de lonjitud, estrecha, alta y poco populosa. Esta isla es el *San Pedro* de Mindana. Algunos mapas señalan un gran banco situado al S. de la isla.

Al O. y separada por un canal de algunas millas, se manifiesta la isla de Tao-Wati, segun Krusenstern; la *Santa Cristina* de Mindana, la *Tahou-Ata* de Stewart, y la *Waï-Tao* de Marchand y de otros muchos. Esta isla solo tiene de veinte y cinco á treinta millas de circuito, pero es ocupada por tribus potentes y numerosas.

A corta distancia N. de las dos islas precedentes se encuentran Ohiva-Hoa, la *Dominica* de Mindana, con veinte y cuatro millas de territorio de E. á O. sobre una anchura variable de seis á diez millas. Ohiva-Hoa ha sido poco visitada por los navegantes, y parece ser menos populosa que Tao-Wati, no obstante la diferencia de estension de ambas islas. La poblacion de esta última se calcula en unos 7.000 habitantes.

A seis ó siete leguas N. E. de la precedente se descubre Fetougou, la Hood de Cook, islote elevado, pero poco conocido, de ocho á diez millas de circuito. La isla Roua-Poua está situada á veinte y dos leguas O. de Fetougou. Esta isla es la *isla Adam* de Ingraham, la *Trevanion* de Hergesd, la *Jefferson* de Roberts, y la *Marchand* de Marchand. Es alta y poblada, tiene veinte millas de circuito, y va acompañada de algunos escollos, entre los cuales debe citarse un islote situado á dos millas S. al que Ingraham aplicó el nombre de Lincoln.

A veinte millas N. de la precedente se observa la reina del archipiélago, la risueña y deliciosa Nouka-Hiva, nombre que le dió Krusenstern, y que han adoptado los jeógrafos modernos. Este nombre habia sido alterado sucesivamente en Noukou-Hiva, Noggahiva, Nouhahiva, Nouhiva,

segun la ortografia de los navegantes. Era ademas la *Federal Island* de Ingraham, la *Baux* de Marchand, la *Henry Martin* de Hergest, y la *Adam's Island* de Roberts. Tiene 17 millas de E. á O. sobre 10 de N. á S, y su poblacion parece consistir en 15.000 habitantes divididos en tribus.

La isla de Roua-Houga, situada á diez y ocho millas E. de Nouka-Hiva, alta y poblada, tiene de diez y ocho á veinte millas de circuito. Ingraham la denominó *Washington*, Hergest *Riou*, y Roberts, *Massachusets*; pero hasta aquí ha sido muy poco frecuentada.

A unas diez leguas N. O. de Nouka-Hiva están situadas las dos pequeñas islas inhabitadas de Motou-Iti, llamadas *Francklin Island* por Ingraham, y *Blake Island* por Roberts, y frecuentadas por los pescadores indígenas.

Finalmente el archipiélago termina al N. por las dos islas altas é inhabitadas de Hiaou y de Fatouhou, que ocupan una estension de diez á doce millas del S. O. al N. E., y van acompañadas de algunas rocas. Stewart las denominó *Teoau* y *Hetou-Taa*, Ingraham *Knox* y *Hanack*, Marchand *Masse* y *Chanal*, Roberts *Freementle* y *Langdon*, en fin Hergest *Roberts Island*. Estas islas son desiertas, y visitadas de cuando en cuando por los habitantes de Nouka-Hiva que andan en busca de cocos y de plumas de ave para sus adornos.

Los pueblos que habitan las islas que acabamos de describir, conservaban, como todos los pueblos polinesios, tradiciones antiguas y complicadas. Una de ellas manifestaba que Oataïa y su mujer Ana-Nouna llegaron cierto dia de la isla Veveo llevando consigo el árbol del pan, la caña dulce y muchas otras plantas. Añadia la crónica que tuvieron cuarenta hijos que se establecieron en diversos puntos del archipiélago, donde se multiplicaron prodijiosamente. En tiempo de Krusenstern reinaba Keata-Nouï, que descendia directamente de Oataïa, descubridor y primer jefe de la isla.

No era la única esta tradicion. Decia otra que veinte jeneraciones antes, el dios Haii trajo á este archipiélago cerdos y volatería. Apareció en la parte oriental de la isla, en la bahía Hata-Outoua, abrió una fuente para tener agua, y descansó á la sombra de un árbol que fué denominado *haii*, que por esta circunstancia fué desde entonces tabou. Nada mas se supo de aquel dios; mas como los naturales habian aplicado al cerdo el nombre de *Pouarka*, podia suponerse que este Haii era un navegante español del siglo XVI.

Otro dios llamado Teo les trajo el cocotero de la isla Outoupou, hace ya mucho tiempo. Por lo demás, habíase acreditado entre los isleños de que á cierta distancia de las suyas ecsistian otras islas, cuyo hecho les fué revelado por sus dioses. Repetidas veces quisieron descubrirlas con sus piraguas, pero el abuelo de Keata-Nouï partió un dia con este intento sin regresar jamás. Dos años antes de Porter, un jefe de tribu, Temaha-Taïpi, temiendo la suerte de la guerra, hizo preparar muchas piraguas, confiando en esta flotilla paraque en caso de revés le trasladase con su pueblo á islas desconocidas. Concluídas las hostilidades, retiró las embarcaciones á tierra, y las reservó en sotechados para usar de ellas en una eventualidad análoga.

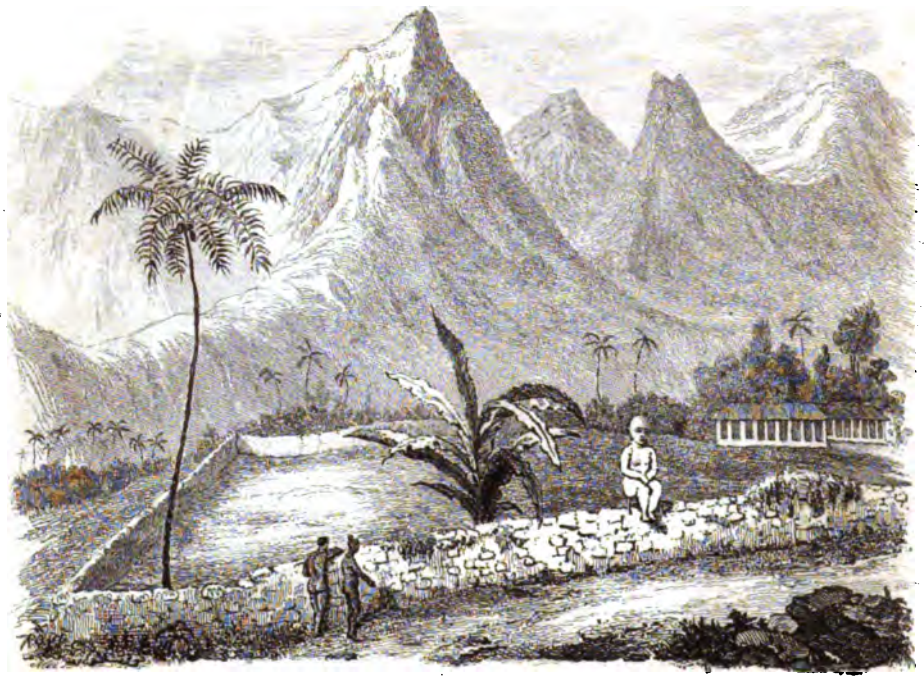
Wilson, el Inglés que Porter halló establecido en Nouka-Hiva, refiere que durante su mansion partieron en sus piraguas mas de 800 isleños para ir al descubrimiento de luengas tierras. Ni uno de ellos regresó, escepto la tripulacion de una piragua que no queriendo ir mas lejos, quedóse algun tiempo en Hiaou, de donde fué sacada por los cazadores de faetontes.

Estas emigraciones eran una manía á la que no parecian estraños los tahouas (sacerdotes). Cuatro dias despues de la salida de las piraguas, lanzadas al azar de los acontecimientos, penetraron los tahouas á hurtadillas en las chozas de la tribu diezmada por la aventurera espedicion, y con voz penetrante anunciaron á sus camaradas que los viajeros acababan de aportar en una isla fértil en cerdos, volatería, bosques de árbol del pan, cocoteros y otros preciosos recursos; señalaban con el dedo la tierra prometida y les invitaban á pasar á ella. En fé de estas revelaciones, otros emprendian la marcha abandonándose á merced de las olas en débiles barquichuelos. Es probable que algunos tocaron en las islas de la Oceania, poblándolas y esplotándolas; pero no pocos han perecido en tan peligrosas travesías, y muchos, en vez de encontrar el soñado país, han sido víctimas del hambre, de la sed y de la tempestad.

De todos los navegantes antiguos y modernos, el capitan Waldegrave es el único que no ha encomiado el esterior ni el físico de los isleños. Todos los demas están acordes en encumbrarlos al primer rango de la raza polinesia, en especial las mujeres que el mismo Krusenstern, autor poco entusiasta, describió con mucha gracia. Disolutas y coquetas, poseen las cualidades inherentes á ambos defectos: la gracia y el sumo esmero de sus personas. Su semblante, segun este autor, propende mas bien á redondo que á óvalo, sus ojos son grandes y espresivos, sus dientes magníficos, su pelo naturalmente rizado, y su tinte mas claro que en los demás archipiélagos polinesios (Pl. LXII. — 1). Debemos añadir sin embargo que su talle está destituída de armonía, y sus pies ecsentos de gracia.

Segun Porter, que ha tenido tiempo suficiente y ocasion de observarlos, los hombres son bra-

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Hemu à Nouka-hiva.

2. Massues, Hausse-col, Bandeau et Éventail de Nouka-hiva.

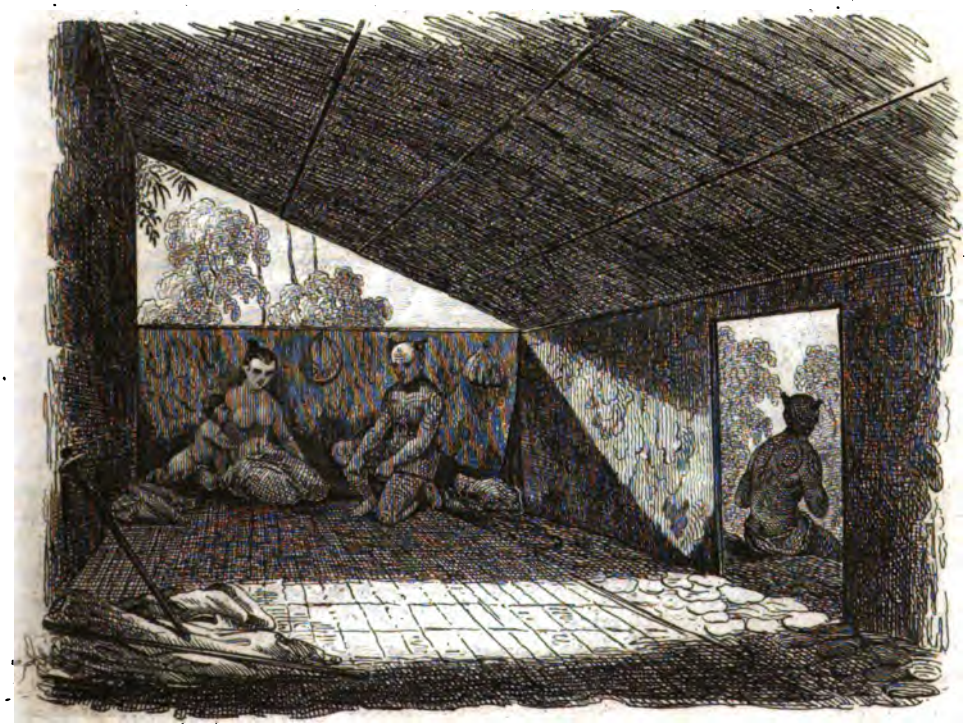
2. Mazas, Colas, Venda y Abanico de Nuka hiva.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

1. Femmes de Nouka-hiva.

1 Mujeres de Nuka hiva



2. Intérieur d'une Case de Nouka-hiva.

2 Interior de una Casa de Nuka hiva

de Sainson Lith.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

vos, jenerosos, leales, afables, finos, injeniosos é intelijentes. El temor que inspiraba á estos pueblos el capitan americano sin duda se orijinaba de algun defecto; porque la antropofajía implica siempre apetitos sanguinarios modificados entonces por el temor, pero que aguardaban su compensacion en tiempo mas oportuno. La pasion del, roboindeleble entre los Oceánicos, solo estaba comprimida. La figura de los naturales no carece de espresion ni de regularidad; la variedad de sus tocados, sus diversos pintarroteos, sus vestidos y sus alhajas les comunican á primera vista cierto aspecto curioso y estraño (Pl. LXI. —4). Cuando llevan el traje de guerra, con sus golas, sus vendas, y sus cascos de plumas; ó bien cuando están preparados para la danza y manejan su abanico papiriforme con la gracia de una Española, ostentan siempre un carácter mas sencillo, mas salvaje y mas primitivo que los habitantes semi-civilizados de Havaii (Pl. LXIII.—2). Estos naturales están sujetos á muchas enfermedades, las afeceiones del pulmon y del hígado, la hidropesía, que atribuyen á frutos consagrados; los reumatismos y una especie de lepra que hace á los miembros diformes. Las erupciones cutáneas son enfermedades comunes en el archipiélago. La oftalmía es considerada por ellos como el resultado de un sortilejio, y la atribuyen á algun enemigo que se procuró un poco de su saliva, la encerró en un paquete de hojas, y rodeó de un modo particular; mas sino se logra encontrar el paquete para neutralizar el influjo del sortilejio, el desgraciado va perdiendo la vista gradualmente hasta quedar enteramente ciego.

La hospitalidad era practicada en otro tiempo en Nouka-Hiva con relijiosidad; pero recientemente ha sido algo limitada á causa del abuso que han hecho de ella los Europeos. Fuerza es confesar que Nouka-Hiva, lejos de recibir utilidad alguna, solo ha sido perjudicada por el contacto de los pueblos civilizados. En efecto, por medio de este contacto ha perdido algunas virtudes que le eran propias, sin recibir en cambio la menor ventaja; la violencia, la injusticia y el abuso de la fuerza son en nuestros dias mas usados de los naturales que en los tiempos del descubrimiento.

El estado de union y de concordia en que vivian entonces era un hecho tanto mas notable, cuanto que no estaban sujetos á la autoridad de ningun gobierno directo ni á la influencia de ninguna ley positiva. Cada tribu tenia su *hekaïki*, su jefe hereditario, pero su poder era una especie de dominio patriarcal que en caso de necesidad condescendia con cualquiera, que variaba de un jefe á otro, y cuya eficacia consistia menos en el rango que en el individuo. A la par del hekaïki, se hallaba el *toa*, ó primer guerrero, el jeneral de ejército, cuya autoridad en el campo de batalla era omnipotente, pero fuera de él débil y menguada. El mismo servicio militar era facultativo y en ninguna manera obligatorio.

El único poder positivo era el de los sacerdotes apoyados sobre el misterioso é inviolable tabou. La clase de las personas *tabou* se divide, segun Stewart, en cuatro órdenes distintas: los *atohuas*, dioses; los *tahouas*, profetas; los *tahounas*, sacerdotes, y los *ouhous*, servidores.

Los atouas ó dioses comprenden toda la nomenclatura de los seres sobrenaturales que constituyen la teogonía (1) de estos pueblos, ó divinidades numerosas revestidas de atribuciones mas numerosas aun. Sus personificaciones diversas consisten en los ídolos de los moraïs. Despues de su muerte, los reemplazan los jefes, quienes por este medio pasan á ser atohuas. Estos dioses braman en la tempestad, silvan en las olas, rimbomban en el trueno y murmuran en las hojas ó en las alas de los insectos. Estas ideas constituyen la infancia del paganismo.

Algunas veces, aun viviendo, se remontan varios hombres á los privilejios de los atohuas. Estos hombres-dioses deben haber dado pruebas de un poder sobrenatural, verificando á los ojos de la multitud algun milagro y sobreponiéndose á los elementos, en cuyo caso los declaran atohuas y viven en la reclusion y el misterio, difundiendo el terror en torno del recinto de su santa morada. Por lo demas, estos hombres deificados son muy raros en el archipiélago, supuesto que apenas hay uno en cada isla. En 1797 el misionero Crook vió uno en Tao-Wati que describe en estos términos: «Es un hombre entrado en años, dice, que desde su juventud habita en Hana-Teiteina en una espaciosa choza circuída de una empalizada. En esta choza hay un altar; de las vigas de la choza y de los árboles vecinos cuelgan esqueletos humanos con la cabeza abajo. Nadie puede penetrar en este antro, á menos que sea para inmolarle. A este atohua le ofrecen mayor número de víctimas que á cualquier otro dios. Muchas veces se sienta en una elevada plataforma que se halla en frente de su casa, y pide dos ó tres víctimas á la vez. Este atohua es invocado en todos los puntos de la isla, y en todas partes le reservan ofrendas que despachan para Hana-Teiteina.» Este privilejio de atohua es á veces hereditario, pero por lo comun personal, y el fruto de largos artificios y espantosas truhanerías.

Tras los atouas vienen los tahouas, clase de sacerdotes mas numerosa, mas accesible y no menos influyente: es el escalon que conduce al grado de atouas, de suerte que entre estos y aquellos ecsisten perpetuas connivencias. Si los

(1) Nacimiento de los dioses de la jentilidad.

atouas son semidioses, los tahouas son profetas y hechiceros. Para predominar á las almas crédulas, poseen algunas recetas de ventriloquia; interrogan y hacen contestar á su dios, pues poseen dos sonidos de voz, el uno para la demanda y el otro para la réplica; y ajitando las malezas con sus manos, declaran que la divinidad acaba de arrebatarlos por el techo y entrarles de nuevo por la puerta. Inspirados, convulsionarios, rodando en sus órbitas ojos terribles, moviendo sus brazos con una pantomima convulsiva, corriendo cual furiosos y deteniendo su carrera súbitamente, profetizan la muerte de sus enemigos y piden víctimas humanas para el dios de que están poseídos.

Los tahouas son tambien los únicos médicos del país (pues la cirujía es reservada à una clase de prácticos). Son los únicos médicos, porque toda enfermedad es un maleficio, y los tahouas tienen el privilejio de luchar contra las divinidades malhechoras. Cuando los llaman para un enfermo, buscan el puesto en que se halla el dios que los persigue, y cuando lo encuentran, lo aprietan fuertemente con su mano. De esta suerte matan á las jentes que se han acarreado su odio, sin que por esto curen sin embargo á los demás. A veces meten al paciente en el agua, y la sacuden con malezas.

Despues de su muerte los tahouas son todos atouas, cuya apoteosis se verificaba con el preciso adherente de sacrificios humanos. A veces no se tienen individuos para esta solemnidad, por cuyo motivo se declara la guerra á una tribu vecina; por manera que la muerte de un tahoua es jeneralmente señal de hostilidad. Las mujeres pueden ascender al eminente grado de tahouas, pero con muchas restricciones, y en mas reducido número que los hombres.

El grado inferior inmediato á los tahouas es de los tahounas ó sacerdotes, clase aun mas numerosa, que se recluta para el noviciado. Los tahounas son los servidores en jefe de los moraïs; consumen los sacrificios, entonan los sagrados himnos, baten el tam-tam del templo, celebran los funerales, practican las operaciones quirúrjicas, cicatrizan las heridas, hacen la reduccion de los huesos fracturados, y aun se asegura que con el ausilio de un diente de tiburon realizan la operacion del trépano.

Los tahounas tienen un traje particular que consiste en un sombrero de hojas de cocotero, cuyas hondas estàn enlazadas bajo la barba con otra rama del mismo que pasa al rededor de su cuello, formando una especie de corbata. Esta prenda de distincion los acompaña casi siempre, y en el ejercicio de su ministerio es de todo rigor.

La última especie de personas tabou, son los *ouhous*, ó ayudas de los tahuoas en los sacrificios humanos. Llámanse así porque nadie puede optar á este honor, à menos que haya muerto en el combate à un enemigo, por lo menos à impulsos de su macana, su *ouhou*. Estos *ouhous*, cuyas funciones quedan reducidas al servicio subalterno de los templos, gozan el derecho de asistir à los festines de los tahouas y de los tahounas, inaccesibles al resto de los naturales.

Ademas de estas distinciones relijiosas, ecsisten distinciones de un órden civil. Cualquiera que descuella por su talento ó por su destreza es premiado por los jefes con títulos honoríficos ó recompensas alimenticias; el que sobresale en la fabricacion de armas, de instrumentos y de adornos, ó fabrica con mas perfeccion piraguas y chozas, ó bien pesca con mas atrevimiento y abundancia, es recompensado de la misma suerte. Tales premios reemplazan à la propiedad que parece hereditaria y enajenable. Los jefes ó los notables son los únicos que pueden ser propietarios; el resto esplota por cuenta de los jefes.

Los productos principales del terreno son comunes à toda la Polinesia: el taro, el fruto del árbol del pan, los cocos y las bananas, que constituyen la base del alimento de los isleños. Los cerdos son poco numerosos y reservados para los jefes. La caña dulce prospera en el archipiélago hasta alcanzar los catorce pies de altura con un ámbito de doce pulgadas; pero los naturales de Nouka-Hiva son igualmente apasionados al kava ó infusion del *piper;* pero su abuso no es tan comun como en los demas grupos. Asimismo conocen un agua mineral de un sabor picante, bajo el nombre de *Kava de vida,* soberano para ciertas enfermedades.

Nada puede sujetar á las mozas hasta la edad de 18 años; son dueñas de sus cuerpos; pero á esta edad contratan esponsales mas duraderos, sin que por esto se crean mas obligadas á una regla de fidelidad absoluta. Las uniones, sus consecuencias y su validez han sido juzgadas con mucha imperfeccion. Porter habla del afecto que profesan las esposas y madres á sus maridos é hijos, y refiere al propio tiempo las disoluciones de los miembros de la familia. Síguese de aquí que el matrimonio es un acto puramente civil, una asociacion interina en la mayor parte de los naturales, un enlace de simple conveniencia que á nada obliga; y que este lazo solo tiene algun valor y fuerza entre los jefes y los reyes. Estos últimos se casan dentro de su familia y á menudo con sus mas prócsimos parientes.

Entre las familias de los jefes, estas uniones tienen á veces resultados mas importantes. Habiendo el hijo de Keata-Nouï casado con la hija del jefe de los Taï-Piis, enemigo constante de su tribu, y habiendo la desposada venido hácia su marido por agua, el mar que separa los dos va-

lles fué consagrado con el tabou, y hubiera sido un crímen verter sangre en toda esta estension. Si el príncipe hubiese restituído su mujer á sus padres, habria sido abolido el tabou, y abierto el mar á las piraguas belijerantes. En el caso contrario, debia reinar entre las dos tribus una eterna paz; porque á la muerte de la princesa su alma pasaba á ser atoua y perpetuaba el tabou sobre las hostilidades. En virtud de un incidente de esta naturaleza la tribu del valle de Taio-Hae era para siempre aliada de otra tribu del interior. Mahou-Daï habia casado con una hija de Keata-Nauï, y este himeneo habia dado márjen á un tabou de concordia perpetua.

El tabou ejerce un predominio absoluto en Nouka-Hiva; pone tasa á los alimentos mas buscados, como los cerdos, las tortugas, los bonitos y los dorados que se reservan á las clases privilejiadas, y solo deja al resto de los isleños alimentos comunes, como el fruto del árbol del pan, los cocos, las batatas y los peces no consagrados. Las casas de los personajes consagrados son inaccesibles á todo individuo de las demas clases, y aun á sus mismas mujeres, que tienen alojamientos particulares. En cambio los individuos consagrados pueden ir do quiera y comer todo jénero de alimentos. Estos son los personajes sagrados por escelencia, nada puede colocarse sobre su cabeza, y cuanto se halle en contravencion con esta ley no debe servir para ningun uso profano. La venganza de la persona cuyo tabou ha sido insultado persigue al infractor hasta su muerte, y este temor del castigo no menos que las habitudes de la infancia, mantienen por todas partes su estricta y rigurosa observancia.

Si una mujer se olvida hasta pasar ó sentarse en un objeto tabou por el contacto de un individuo consagrado, este objeto debe ser puesto fuera de todo uso ordinario, y la mujer espiar su crímen con la muerte. Si un hombre tabou aplica sus manos sobre una estera de dormir, no debe en adelante servir de sábana, pero si puede convertirse en vestido ó en una vela de piragua. Estas modificaciones han sido imajinadas para atenuar los inmensos inconvenientes del tabou. A cada hora por una advertencia ó por bribonería se está espuesto á violar el tabou, es decir, segun la denominacion, *kikino*, y todo *kikino* debe ser sacrificado y comido tarde ó temprano. Por lo dicho se ve de cuan terrible importancia es semejante escomunicacion.

Los personajes consagrados tenian tambien sus cargas. En las solemnes épocas pesaba sobre ellos un riguroso tabou, por el cual debian abstenerse de bailar, embadurnarse con aceite, frecuentar sus mujeres, y aun penetrar en las chozas que habitaban. El objeto de estos grandes tabous, decretados á la muerte de algun célebre tahoua, consistia en desarmar la cólera del alma del difunto.

Ciertos parajes eran constantemente consagrados para el pueblo, tales como los sitios donde depositaban los manjares y los comedores. « Estos comedores, dice Porter, formaban construcciones considerables, situadas á seis ú ocho pies de altura sobre una plataforma de piedra labrada construída con mucha habilidad. Su lonjitud era á veces de trescientos pies sobre cuarenta de ancho, y eran encerrados en un recinto cuya elegancia hacia honor á un pueblo que los construyera sin el ausilio del hierro ni metal alguno. La mayor parte de las piedras tenian ocho pies de largo sobre cuatro de ancho, y otros tantos de espesor. Estos edificios, numerosos en la isla, eran de puro lujo y solo podian servir para reuniones solemnes.

Aunque está casi demostrado que los habitantes de Nouka-Hiva devoran la carne de las víctimas humanas, ningun viajero les ha sorprendido en semejantes sacrificios. Ignórase el modo como hacen estas inmolaciones, y como distribuyen los miembros de los pacientes. El mismo Porter, que vivió en tanta intimidad con estos salvajes, no pudo presenciar jamas ninguno de tan terribles banquetes. Sin duda se los ocultaron porque habia manifestado su repugnancia hácia aquellas honoríficas ceremonias. Lo único que echó de ver en los moraïs, en punto á prácticas relijiosas, se redujo á algunos cánticos en honor de los dioses, acompañados con la música del tam-tam.

Por otra parte quizás Krusenstern se anticipa demasiado cuando bajo la simple asercion de dos desertores hallados en Nouka-Hiva, refiere que en tiempo de hambre los hombres matan á las mujeres, los niños y los ancianos, usan sus carnes y satisfacen su apetito.

Un hecho hay positivo, y consiste en su inclinacion en conservar como trofeos los restos de sus enemigos, el pelo, los dientes y los craneos, que suspenden en sus casas. Con las osamentas humanas mas corpulentas fabrican arpones esculpidos con mucha elegancia; con las mas pequeñas hacen collares, mangos de abanico y diversas armas para la guerra (Pl. LXIII. — 2), ó bien pequeños ídolos. Por lo demás, estos ornamentos, despojos de los muertos, solo se encuentran entre un corto número de individuos; y no pocos jefes indíjenas rechazaron varias veces en presencia de Porter la calificacion de comedores de carne humana.

Las diversiones de los isleños no difieren mucho de las de Hawaii. Los cantos, la danza, la conversacion y el sueño ocupan sus horas libres.

La música se reduce al solo empleo del tam-tam. Este instrumento es á veces de una dimension prodijiosa y produce sonidos bondos y sor-

dos que animan y afectan á los naturales. Su danza consiste en saltar incesantemente en el mismo punto, alzando las manos de cuando en cuando y moviendo los dedos con rapidez.

A mas de las cañas y las redes, tienen un especial modo de pescar. Toman la raíz de una especie de planta venenosa, la dividen en varias partes, y un buzo las difunde por el fondo del mar. La accion de esta planta sobre los peces es tan repentina, que al cabo de algunos instantes se manifiestan medio muertos en la superficie del agua.

Las macanas, las lanzas y la honda son sus armas de guerra. Las primeras tienen cinco pies de lonjitud y son hechas de madera maciza, pesada y muy bien pulimentada, con una cabeza esculpida en uno de los estremos. Las lanzas son de la misma madera, de diez á doce pies de largo, de una pulgada de espesor en el medio, y aceradas en los dos cabos. Las hondas son trenzadas con figuras de coco y muy bien trabajadas.

El pintarroteo es llevado en el archipiélago al mas alto grado de perfeccion. Los personajes mas distinguidos están cubiertos literalmente de diversas figuras, sin que se sustraigan á este lujo refinado las partes rasuradas de la cabeza. El pintarroteo no se limita en Nouka-Hiva, como en Hawaii, á dibujos de animales y á lineas confusas y diversas; sino á un conjunto simétrico y armonioso de anillos concéntricos y figuras de todo jénero, tales que á primera vista los isleños parecen cubiertos de una casaca de toda suerte y forma de telas, ó de una cota de malla decorada de infinitas cinceladuras (Pl. LXI.—1). Los hombres de las clases inferiores son pintados con menos lujo, y aun algunos no lo son del todo. El pintarroteo solo se permite á las mujeres en las manos, en los brazos, en las orejas, y en los labios.

Practícase en estas islas la circuncision por incision en lonjitud. Porter asegura que los hombres observan mucho aseo en sus personas: se lavan tres veces al dia, y ponen algun cuidado en preparar sus víveres y en su modo de comer. Jamás un isleño gusta plato alguno sin haberlo apreciado antes por medio del olfato.

Los dientes de ballena son el objeto mas apreciado de estos pueblos. Deseoso de captarse el favor de Keata-Nouï, Porter le dió permiso de escojer lo que mas le gustase á bordo de su buque, y el anciano rey tomó algunos dientes de ballena que le habian enseñado, envolviólos en una punta de su capa, y rogó al capitan americano que no diese á comprender á nadie que poseía un objeto de tan alto precio. «Una embarcacion de 300 toneladas, añade Porter, prodria procurarse en estas islas un cargamento entero de madera de sándalo en cambio de diez gruesos dientes de ballena. Mediante estos diez dientes, los naturales, apesar de su natural neglijencia, irian á cortar la madera en los mas apartados montes, la arrastrarian hasta la orilla del mar y la cargarian en el buque. Este cargamento podria venderse despues á un millon de pesos fuertes en los mercados de la China.» Es verdad que este aserto es algo ecsajerado, así sobre el precio de los dientes de ballena como el de madera de sándalo, pero tambien lo es que este objeto de permuta es aun el mas precioso á los ojos de los isleños, y el que truecan con mas gusto por los objetos de abastecimiento de un buque. Tras los dientes de ballena vienen los fusiles y la pólvora

La lengua de Nouka-Hiva es todavía un dialecto polinesio, mas semejante al de Hawaii que al de Taïti; pero hasta aquí ha sido demasiado poco estudiado paraque pueda determinarse algo sobre el mismo. La numeracion es decimal, y los términos que espresan las diez primeras cifras cardinales son idénticos con los de otros archipiélagos.

Casi todas las islas del grupo son altas, montuosas y arboladas. Sus montañas son volcánicas, pero no ofrecen ningun cráter en actividad. La navegacion costanera es segura, porque los bancos de corales no estienden sus ramales muy adentro del mar, y la única dificultad está en el fondo, á causa de las calmas que sorprenden una embarcacion cerca de la costa, y la dejan desarmada contra las corrientes que la impelen hácia la playa.

Los únicos cuadrúpedos conocidos en Nouka-Hiva, como en toda la Polinesia antes de la llegada de los Europeos, son el cerdo, el perro y el raton. Desde aquella época se han procurado introducir algunos animales domésticos que no han prosperado, á escepcion del gato que se ha propagado por toda la isla. Los naturales atribuyen su introduccion á un dios llamado Hitahiti, que lo trajo unos sesenta años atras á Tao-Wati, de donde se difundió por todo el resto del archipiélago. Este dios iba en una piragua tamaña como una pequeña isla, y mató á un hombre durante su permanencia. Esta tradicion se refiere sin duda á Cook, que visitó Tao-Wati en 1774. En efecto, durante su recalo fué muerto un natural y el nombre de Hitahiti que se aplica al navegante, es la alteracion de Taiti que acababa de visitar, cuyo nombre fué probablemente pronunciado muchas veces por su tripulacion.

CAPÍTULO X.

TRAVESÍA DE LAS ISLAS NOUKA-HIVA Á LAS ISLAS TAITI.—ISLA WAIHOU.

Cuando salimos del archipiélago de Nouka-Hi-

va, todas las cercanías nos presentaban un aspecto sombrío y amenazador. En tierra tuvimos que defendernos del robo á fusilazos; á bordo fué preciso combatir la tempestad á fuerza de brazos, porque la tempestad llegó tal como lo habia pronosticado Pendleton. Al poner del sol se levantó con terrible violencia el viento del N. O. Durante todo aquel dia, el *Oceánico* continuara su rumbo hácia Taiti, desembarazándose de la lama como verdadero demonio, mas rebelde y mas obstinado que ella; pero al caer la noche, el huracan redobló su enerjía; el mar se puso furibundo y encarnizado: á cada minuto cubria el puente desplomándose sobre él ó atravesándolo. No hay duda que el sloop hubiera podido resistir; pues no estaba cansado de la batalla, antes hubiera querido llevarla mas lejos. Pero Pendleton prefirió usar de prudencia. «Deja, deja!» Gritó al timonero, y bajando en breve ante la borrasca sus velas mas elevadas, el *Oceánico* desfiló sobre el agua encrespada, humilde, pero rápido, lijero y casi invisible. Esta nueva marcha le valió un asiento mas seguro y movimientos menos bruscos; hubiérase dicho que el mar le obedecia, pues no le sacudia de suerte que removiese nuestras entrañas. Por mi parte, me sobrecojieron fatales nauseas que me hacian desear por largo tiempo que no se continuase mas aquel duelo contra las olas.

Aquella horrible tempestad parecia no deber tocar á su término. Cuarenta y ocho horas habian transcurrido sin que sobreviniese ninguna circunstancia que indujese á creer que se amortiguaba. Habíamonos apartado 150 leguas de nuestro rumbo. Philips no podia contenerse: «Perro de N. O.? maldito N. O.! viento de Satanas!» murmuraba. No parece sino que se ha puesto de acuerdo con Pendleton para prolongar nuestras travesías. N. O. de infortunio; aquí vamos á perder quince dias. Nos comemos el buque, goddam! y nuestras pobres mujeres no tendrán un *ciento* al regreso.

Apesar de los lamentos del desgraciado, no le escuchaba el huracan, y aun hablaba con voz mas alta que él. Por la noche sobrevino una calma de algunas horas que al principio le infundió la esperanza de una mutacion; pero al dia siguiente continuaron las ráfagas del N. O. con un accesorio de truenos, de rayos y de lluvias, que no los hacia mas tolerables. Despues de seis dias completos de apartado rumbo, en medio del tiempo mas horrible y del mar mas proceloso, apaciguóse el viento pasando al S. y despues poco á poco al S. E., brisa normal y ordinaria de aquellos parajes. Habíamos andado mas de 400 leguas en sentido contrario, describiendo un ángulo de 45°, con la linea directa que nos hubiera conducido de Nouka-Hiva á Taiti.

Yo echaba de ver que este incidente no hizo mucha impresion sobre Pendleton. Sea que estuviese dotado de resignacion en un grado eminente, esta virtud negativa, pero capital del marino, sea que concibiese algunos planes de la contrariedad natural; lo cierto es que conservó la misma serenidad al paso que la fisonomía de Philips esperimentaba mil visicitudes. Cuando yo insté sobre esto al capitan: «Qué me quiere V.? me dijo, el mar es una mujer, caprichosa, fantástica, que hoy otorga sus favores para negarlos mañana. Buena ó mala, poco me importa; siempre va su sonrisa acompañada de lágrimas, y sus lágrimas de sonrisa. Si al verla tranquila, se deja V. columpiar y adormecer en su seno, hará como Judit y decapitará la arboladura. Si cuando amenaza se conduce V. como jefe y amo; si le deja arrojar su espuma permaneciendo inalterable como un escollo, poco á poco le verá V. abajar el tono y herir con ménos altivez hasta que llegue á acariciar sus plantas. Esta es mi filosofía en el mar; hasta hoy no ha podido vencer á Philips; sus circunstancias de marinero se lo impiden; pero á mí poco me importa. Tal vez es para él una condicion de salud el vivir y discurrir de esta suerte.» Escuchaba yo con placer á tan estraño capitan, y continuó: «Por otra parte, todas las cosas tienen su parte feliz; el azar me ha servido siempre con mas prosperidad que mis proyectos. Si he tenido escelentes lances en mi vida de aventurero, las debo á los caprichos del azar. Si tengo 50.000 pesos fuertes en el banco de Nueva Yorck, si este Philips, que siempre se queja y se cree arruinado por manía, tiene una hermosa propiedad en Massachusets, donde vive su mujer con sus hijos, no lo debemos por cierto á ningun armamento combinado de antemano, ni menos á operaciones calculadas en las factorías. Lo que se llaman facturas simuladas, precios de entrada y salida, se resume casi siempre en mistificaciones y en descuentos. Los sucesos burlan el cálculo, y la práctica prescinde de la teoría. Al principio bastan algunos datos jenerales; la buena suerte echa el resto. El mejor cargamento que puede obtenerse y con el cual he ganado montones de oro, es un naufrajio. Los palos derribados, las áncoras sumerjidas en el mar y las vias de agua, me han obligado á hacer escala en algunos puntos predestinados de estos mares poco conocidos. Desde entonces me abandoné con gusto á merced del azar, á la tempestad y á la calma. La borrasca nos ha impelido hasta las mas orientales de las islas Pomotou. Actualmente nos encontramos á los 25° lat. S. y á los 127° 30' lonj. O. Pues bien! la suerte nos reserva el reconocimiento de todas estas islas y el encuentro de tortugas, quizá tesoros; la proporcion de salvar alguna embar-

93090A

cacion, lo cual seria un beneficio aun mayor, ó bien descubrir algunos escollos y rompientes que impidan futuros desastres. Nada hace la Providencia sin objeto determinado, visible ó invisible, patente ú oculto. — Capitan, dije, V. es un hombre digno; su corazon es grande y noble. — Es favor que V. me hace, pasajero; yo no soy mas que un hombre honrado que comprende á Dios. »

Entablada la conversacion no paró aquí. Naturalmente poco hablador, Pendleton gustaba declararse cuando encontraba un oido que le conviniese. Apesar de que no queria confesármelo, no contribuía yo poco al semiplacer que le causaba nuestro cambio de rumbo. Iba á visitar el archipiélago Pomotou, que sin este incidente no hubiera visto jamas. Restábale un pesar, el de no ponerme en estado de no reconocer las dos únicas islas de la Polinesia oriental que debíamos pasar por alto, Salas y Gomez y Waïhou (la isla de Pascua). Y como yo le confesé que era efectivamente una laguna en mi viaje, refirióme los recalos que habia hecho en ellas, contóme la historia anterior de aquel pequeño grupo y sus relaciones con los navegantes europeos, el Holandés Roggeween, el Inglés Cook, nuestro Lapérouse, y el Ruso Kotzebue. Yo escribí esto casi bajo su dictado, y no es este el único fracmento de este itinerario que deberia ser firmado por Pendleton.

Salas y Gomez es un confuso monton de rocas desiertas descubiertas en 1793 por el navegante español del mismo nombre. Un segundo Español encontró esta isla en 1805, y en 1816 Kotzebue, y en 1826 Beechey la reconocieron á su vez. Está situada á los 26° 28' lat. S. y á los 107° 41' lonj. O.

La isla Waïhou tiene mayor importancia. Conocida de los Ingleses y de los Americanos bajo el nombre de *Eastern Island*, y de los Franceses bajo el nombre de *isla de Pascua*, fué descubierta á 6 de abril de 1722 por la division holandesa mandada por el almirante Roggeween que en honor de la solemnidad del dia la denominó *Paassen*, en Inglés *Easter*, y en Francés *Pâques*. La escuadra apenas se halló á su vista, vió llegar hácia sí una piragua guiada por un natural, hombre de alta estatura, de un carácter jovial y de una fisonomía interesante. Subió á bordo donde se le dispensó muy buena acojida: hiciéronle algunos presentes que suspendió de su cuello; diéronle de comer, y comió con mucho gusto; sirviéronle vino, mas en lugar de beberlo, se lo derramó por los ojos. En una palabra, fué muy complaciente, jesticuloso como un mono, y remedador de cuanto veía. Al caer la noche hubo mucha dificultad en hacerlo bajar á su piragua, y al paso que iba bogando hácia tierra, clamaba con toda la fuerza de sus pulmones: *Odorraga! odorraga!*

Al dia siguiente fondeó la division ante la isla. Circulaba por la playa, sembrada de ídolos plantados en la tierra, una multitud curiosa y estupefacta. Abriéronse las comunicaciones con una reserva y un temor que los resultados justificaron. Habiendo aquella misma noche disparádose un fusil, no sé con que objeto, cayó muerto un natural. Esta fué la señal de la declaracion de guerra: desembarcó Roggeween en persona á la cabeza de 150 hombres, entre soldados y marinos, é hizo fuego sobre la multitud que se presentaba para rechazar la agresion. En la primera descarga cayó, entre otras víctimas, el pobre diablo, el bufon que tanto divirtiera la víspera á la tripulacion. Dura era la eleccion; y así es que para convencer á los terribles visitadores, los naturales lo depositaron todo á sus plantas, armas, presentes, provisiones de muchas especies, hasta las mujeres mismas querian ofrecerse á los Holandeses paraque se las llevasen á bordo.

Desde aquel dia reinó la concordia. Los Holandeses visitaron la isla: la tierra era bien cultivada, los campos murados y distintos, y cada familia ocupaba una aldea. Las casas tenian de cuarenta á sesenta pies de lonjitud sobre ocho ó diez de anchura, y estaban cubiertas con bálago. La relacion asegura que los naturales preparaban sus alimentos en ollas, lo cual no parece muy probable. Los cerdos les parecian naturalizados en la isla.

Estos isleños eran vivos, previsores y robustos, y tenian el aire dulce, dócil, agradable, modesto y casi tímido. Su piel tenia el color de la de los Españoles; algunos la tenian casi blanca. Su cuerpo estaba atestado de dibujos de animales y de diversas aves. Las mujeres eran bastante lindas y se mostraban muy agraciadas hácia los Europeos. Los ídolos eran objeto de una gran veneracion entre la multitud, y á lo que creyó Roggeween, los sacerdotes los distinguian por sus gruesos arillos, sus cabezas rasuradas y sus gorros de plumas blancas y negras. Estas estatuas colosales, entalladas en la piedra, afectaban la configuracion humana. Al rededor de cada ídolo corria un embaldosado de piedras blancas.

Inquietada por un viento O. la escuadra holandesa se hizo á la vela y no se trató mas de Waïhou hasta el tiempo de Cook que pasó allí ocho dias en el mes de marzo de 1774, en cuya época, como la tradicion de un primer testigo subsistia aun en toda su fuerza, no se vieron los Ingleses en la precision de usar de violencia. Cook y el sabio Forster pudieron realizar á su gusto todas las observaciones necesarias para ilustrar la jeografía de estas islas.

Un hecho llamó la atencion del observador ale-

THE NEW
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Statues colossales de l'Ile Huinca ?

1. Estatuas colosales de la Isla de Vaihu.

2. Débarcadère à Pitcairn.

2. Desembarcadero en Pitcairn

de Sainson del.

TOYAGE
VIAJE

man; tal fué el corto número de mujeres que encontró en medio de una multitud de hombres. En el interior de la isla ecsistia una desproporcion análoga, de lo que infiere Forster la destruccion gradual de esta raza. Este sabio descubrió además que los isleños hablaban un dialecto de la lengua de Taiti, y como Cook tenia á bordo á un natural de esta isla, Hidi-Hidi (Œdidee), pudieron hablar y darse á comprender bien ó mal. El jefe de la isla era á la sazon un tal Tohi-Taï, cuya autoridad muy limitada mas bien se caracterizaba por consejos que por órdenes. El nombre de la isla, vagamente conocido, era, segun Forster, Waïhou, y segun Cook Teapi.

La isla pareció á Forster en jeneral bastante estéril, casi cubierta de piedras pardas, negras y encarnadinas, de naturaleza esponjosa, y de oríjen indudablemente volcánico. Componíase la vejetacion de una graminea que crecia en hojas tan resbaladizas, que con dificultad podia caminarse por ellas sin caer. Por otra parte el terreno se componia de una toba ferrujinosa, y de roca compacta que no dejaba jerminar yerbas ni plantas. En la superficie de la isla no se veía un árbol que mereciese este nombre. Los principales eran la morera de papel, empleada como en Taiti para la confeccion de las telas, y una especie de mimosa de madera encarnada, dura y pesada, pero cuyo tronco achaparrado y de tres pulgadas de espesor, alcanza raras veces mas de siete pies de altura; algunos tallos del *hibiscus populneus*, pequeño arbusto cuya madera es blanca, y cuya hoja se parece á la del fresno. No obstante, apesar de la ausencia de madera adecuada á este uso, los naturales tenian piraguas, cuya circunstancia induce á creer que el ecsámen de Forster no fué completo ni ecsacto, ó bien que de cuando en cuando se estrellaban sobre aquella costa maderas flotantes.

La isla no tenia arroyo, torrente ni manantial alguno. Los habitantes se contentaban con el agua fétida que sacaban de una marisma. Por lo demas, las plantaciones eran muy bien cuidadas, y alternaban en campos de patatas, de limones, batatas, bananas, cañas dulces y una especie de dulzamara. Las gallinas, único animal doméstico que se observó, eran raras, pequeñas y flacas; presumióse que los naturales comian ratones. La aves terrestres eran poco numerosas, y la pesca parecia poco abundante. Cook y Forster evaluaron la poblacion en 900 almas; pero como vieron pocas mujeres, que probablemente se ocultaban, es de creer que este dato es inferior á la suma real.

Los hombres estaban pintados de pies á cabeza; las mujeres lo eran mucho menos, pero ambos secsos se daban de encarnado y de blanco. Los hombres no llevaban por lo comun mas que un delantal corto, contenido al rededor de sus lomos por medio de una cuerda. Otros, y las mujeres en jeneral, se envolvian el cuerpo con una gran pieza de tela, y se cubrian las piernas con otra pieza mas pequeña. Los hombres se ceñian á veces la frente con una diadema guarnecida de plumas, y las mujeres se cobijaban con un gorro de paja puntiagudo. Unos y otros tenian las orejas tendidas prodijiosamente, y á veces dos ó tres pulgadas de lonjitud. Ordinariamente estaban adornadas de plumas y anillos de diversas sustancias.

Sus miserables casas se componian de palos clavados en tierra á alguna distancia unos de otros, encorvados y reunidos por la parte superior para formar la armadura; atravesábanlos en sentido horizontal otros palos mas delgados, y el todo estaba cubierto de hojas de bálago. La puerta era tan sumamente baja, que debia entrarse por ella á gatas. Algunas casas tenian una bóveda de piedra (Pl. LXIII. — 3); pero como se prohibia su entrada á los Ingleses, supusieron estos que debian de ser sepulcros.

Cook vió y describió mejor que Roggeween las estatuas colosales de piedra, que constituían el objeto mas curioso de esta isla. Estas estatuas no eran ídolos, sino monumentos muy antiguos, elevados á la memoria de algunos grandes hombres del país. Estos monumentos ecsistian en diversos puntos de la isla, y aun se observaban en otras partes algunos escombros que manifestaban haber sido mucho mas numerosos. Nada puede dar la idea de aquellas efijies, producto del mas estraño estatuario. Eran ojos en elipse, colocados de parte á parte de la cabeza, una nariz sin frente, un cuello muy corto, orejas enormes, cabellos tiesos y rectos, espaldas apenas indicadas, y encima de aquel busto, un apéndice de piedra, especie de tocado ejipcio del gusto mas singular, corona ó sombrero, ornamento ó fardo en equilibrio (Pl. LXIV. — 1). Tal era el curioso conjunto de aquellos monumentos. Las estatuas tenian de diez á quince pies, y á veces veinte de lonjitud. A menudo el gorro, formado de un cilindro de piedra de cuatro á cinco pies de diámetro, llevaba por sí solo el tercio de la estatua. Cuando los Ingleses se aprocsimaban á una especie de estrado que circundaba aquellas efijies, los naturales parecian esperimentar alguna pena, y les hacian señal de apartarse. El nombre jeneral de aquellos monumentos dedicatorios era *Anga-Tabou*, y muchos de ellos tenian nombres particulares, *Tomo-Aï*, *Tomo-Eri*, *Houhou*, *Mara-Heina*, *Ouma-riva-Winapou*, sin duda los nombres de los jefes en cuyo honor fueron elevados. Ninguno de aquellos monumentos era moderno, sin duda á causa de la decadencia de la isla que prohibiera tan jigantescos trabajos á los actuales habitantes. Simples mau-

solcos de piedra blanqueada con cal suplian á aquellas erecciones monumentales.

Durante la prolongada mansion de los Ingleses no se notó ninguna especie de culto ni de relijion, lo que contradice la observacion de Roggeween.

Las únicas armas de los isleños eran macanas largas ó cortas, esculpidas en uno de los cabos, y algunas lanzas guarnecidas en la punta de un pedazo de lava.

Por lo demás, el indíjena de Taiti que acompañaba á Cook, el salvaje Hidi-Hidi, resumió en profundas y verdaderas palabras, la impresion que dejaba Waïhou: « *Taata-maïtai*, *Wenoua ino*, » dijo; « los hombres buenos, la tierra mala. » En efecto, la esterilidad de esta isla era lo primero que se notaba, supuesto que las estatuas de la playa, y un edificio de piedras anchas y colocadas perfectamente que observó Forster, argüían una civilizacion anterior perdida para los habitantes actuales.

A 9 de abril de 1786 Lapérouse fondeó como Cook en la costa occidental de Waïhou donde permaneció veinte y cuatro horas. Encontró mujeres en gran número, y hombres tan comedidos en ofrecerlas, que era una vergüenza. En cambio fué forzoso tolerar en un pueblo tan deferente algunos lances atrevidos, y solo se castigó el mas impudente de todos por medio de un fusilazo.

Los naturalistas de la espedicion completaron y dilucidaron en este reconocimiento los trabajos de sus antecesores. La poblacion fué evaluada en 2.000 almas. Demostróse que las habitaciones subterraneas observadas por Cook eran el domicilio de vivientes y no tumbas; visitóse cerca del fondeadero una casa de 310 pies de lonjitud (Pl. LXIII. — 3), casa comun á toda una aldea; midiéronse y describiéronse las estatuas ya descritas y medidas, y un parapeto de piedra de trescientos ochenta pies de lonjitud sobre trescientos veinte de anchura; y estableció se definitivamente el hecho de una civilizacion anterior, cuya fecha era difícil asegurar, pero evidente é incontestable. Una observacion que nadie hiciera antes de Lapérouse, era la ecsistencia del cráter de un antiguo volcán, cuya forma era la de un cono truncado, y cuya base superior tenia cerca de dos millas de circumferencia. La base inferior formaba el fondo del cráter y presentaba una superficie pantanosa situada á ochocientos pies de profundidad: por la parte del mar el cráter era descantillado hasta el tercio de su altura. El valle que se estiende al pie del volcan, fértil y delicioso, estaba cubierto de plantaciones de bananos y moreras de papel. Al borde del cráter se veía una estatua medio devorada por el tiempo.

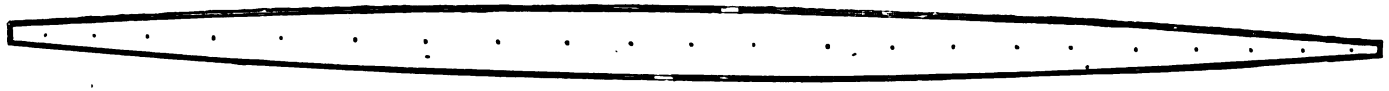
La isla Waïhou, segun Cook y Lapérouse, tiene unas treinta y seis millas de circuito y está sembrada de montañas que se perciben desde doce á quince leguas de distancia. Las costas son seguras, pero destituídas de un fondeadero abrigado. Cook y Lapérouse anclaron entrambos en una rada foranea, abierta á todos los vientos del N. y del S. pasando por el O.

Esta primera época, en que la actitud de los habitantes de Waïhou hácia los Europeos fué benévola y amistosa, parece cesar despues de Cook y Lapérouse. Kotzebue no recibió una acojida muy satisfactoria, cuya mudanza pareció emanada de las avenidas y de las violencias que ejercieron muchos buques aventureros. Obtuvo tambien algunos pormenores acerca una aventura de esta naturaleza provocada por el *Nancy* de Nueva Lóndres. Habiendo este schooner encontrado en 1805 sobre la isla *Mas á Fuero* numerosas bandadas de una especie de foca, cuyos forros se vendian á buenos precios en los mercados de la China, quiso utilizar este descubrimiento estableciendo algunos pescadores. No pudiendo quedarse en persona á causa de los peligros del fondeadero, ni alijerar su buque de marineros, imajinó que los habitantes de Waïhou le suministrarian los brazos indispensables, y en consecuencia se presentó con el *Nancy* á esta isla. Sin embargo, en vez de sufrir esta presa de hombres, resistieron los naturales con tanta destreza, apesar de la superioridad de las armas de fuego, que los pescadores de focas apenas pudieron apoderarse de diez hombres y diez mujeres. Al principio encadenaron á los cautivos, y despues los libertaron apenas hubo desaparecido Waïhou; mas cuando los hombres se vieron en la cubierta, se arrojaron todos al agua, y las mujeres hubieran hecho otro tanto si no las hubiesen contenido. En cuanto se hallaron en el mar, los desgraciados isleños parecieron deliberar un instante sobre la direccion que debian tomar, hasta que al fin se dividieron en dos bandas; de las que la una se encaminó directamente hácia la isla y la otra hácia el N. En vano se procuró cojerlos y conducirlos de nuevo á bordo, pues cuando se acercaba á uno de ellos la chalupa del buque, al instante se zambullia cual pescado, burlaba la persecucion y se manifestaba á larga distancia. Renunció se pues á alcanzarlos, abandonándolos á su suerte, y se condujeron las mujeres solas á *Mas á Fuero*. A esta agresion sucedieron otras de la misma naturaleza.

Estos pérfidos raptos escitaron la desconfianza en el ánimo de los isleños de Waïhou. Cuantos balleneros se presentaron en adelante fueron acojidos hostilmente, entre los cuales pueden citarse en 1806 al capitan Alejandro Adams, del bergantin de Hawaii el *Kaahou-Manou*, y en 1809 al *Albatros*, capitan de Winship.

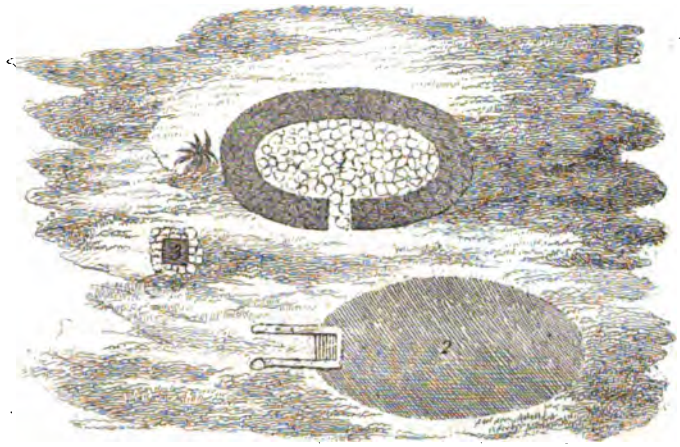
Détails d'une Case de 310 pieds de longueur à l'Ile Waihou.

Detalles de una Habitacion de 310 pies de largo en la Isla Vaihu



Plan
Plano

Coupe
Perfil



3. 1. Plan de la Maison de pierre. 2 de la Case souterraine. 3 Four.

3. 1 Plano de la Casa de piedra. 2 de la Habitacion subterranea. 3 Horno.

1 Maison de pierre. Entrée de Case souterraine à Waihou.

Casa de piedra. Entrada de la Habitacion subterranea en Vaihu

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

El capitan ruso Kotzebue ignoraba estos acontecimientos cuando fondeó ante Waïhou á 28 de marzo de 1816, con su pequeña embarcacion el *Rurick*. La acojida que le dispensaron fué una especie de emboscada: los naturales se encaminaron á su presencia alegremente, con frutos y raíces que permutaban contra pequeños pedazos de hierro. Mas cuando los Rusos quisieron desembarcar, los persiguieron y robaron tan indignamente, que se vieron en la necesidad de defenderse. Dispararon algunos fusilazos que disminuyeron las filas de los agresores; pero estos volvieron á la carga con tal granizo de piedras, que los hicieron embarcar apresuradamente, pudiendo considerarse felices de no tener los huesos quebrados en virtud de este apedreamiento. Kotzebue vió poco Waïhou; lo único que echó de ver fué que las estatuas de la playa habian sido derribadas de sus pedestales.

Despues de él solo tenemos conocimiento de Beechey que haya dicho algo de Waïhou. Visitóle en 1826 costeando de cerca la parte septentrional, reconocida con mucha imperfeccion por sus predecesores. Observó con mas ecsactitud el interior de la isla, visitó cráteres estinguidos y cubiertos de verdura, á escepcion de uno que estaba situado hácia la punta N. E. Áridos eran los collados, pero bien cultivados al parecer los vallecillos. En uno de estos vallecillos distinguió largas casas, circuídas de otras mas pequeñas, y percibió un moraï con sus cuatro ídolos sobre una plataforma, y una gran cerca de piedras superadas de otras blanqueadas.

Mientras navegaba Beechey al rededor de la isla, seguíanle varios naturales en tropel, haciendo el mismo camino que su buque, en mas pequeña circumferencia. Unos iban desnudos y solo llevaban el maro; otros traían una capa echada sobre la espalda.

Llegado al fondeadero de Cook, envió Beechey dos chalupas bien armadas para abrir las comunicaciones. Los naturales parecian aun en muy buena disposicion, puesto que acorrian á nado seguidos de sus mujeres y llevando una multitud de provisiones para permutar. Hallábanse las chalupas á corta distancia de tierra, cuando se vió venir una lindísima niña llevada en hombros de su padre que la confió á los oficiales ingleses recomendándola á su delicadeza. Era la criatura mas agraciada de cuantas puedan verse: bellos eran sus ojos negros; sus cabellos igualmente negros flotaban sobre su piel morena, y debajo de las cejas estaba pintarrajada, bien que aun mas desde la cintura hasta la rodilla como sus compañeras. Este último pintarroteo, compuesto de lineas muy cerradas, producia á cierta distancia el efecto de unos calzones. Apenas se halló la jóven en la chalupa al lado de los Ingleses, cuando apoderándose sin miramiento de un uniforme de oficial, se lo vistió á su manera. El robo era instintivo en esta isla, y sus habitantes eran ladrones de nacimiento.

En breve sintieron esta dura esperiencia los Ingleses al atracar la playa. Cometiéronse sobre sus personas imprudentes latrocinios, y aun los hubieran desnudado si lo hubiesen consentido. Aun mas: una especie de jefe llegó en breve con una partida de hombres armados de macanas, que dieron la señal de las hostilidades por medio del cuerno de guerra. Estas reyertas se suspendieron al parecer con un presente hecho al jefe, mas despues de un cuarto de hora de armisticio, retiráronse las mujeres y se empeñó el combate. Las piedras, los dardos y las macanas obraron con tanta destreza, que el oficial inglés no pudo menos de ordenar la retirada hácia las chalupas. Desde allí se hizo fuego sobre los naturales, muriendo en primer lugar el jefe del movimiento hostil. Como apesar de esta pequeña ventaja, iba muy mal á los Ingleses, procuraron alcanzar el buque. « Todos los que montaban las embarcaciones, dice Beechey, habian recibido algunas pedradas, y aun muchos fueron heridos gravemente: sin embargo, ninguno murió de resultas. Por parte de los isleños, solamente murieron dos hombres, á saber: el jefe y uno de sus camaradas. » Beechey ha consignado en su diario un cuadro muy ventajoso y físico de los isleños, en el que se encuentra mucha analojía con los habitantes de la Nueva Zelandia. «Esta raza, dice, es hermosa, en especial las mujeres, con su semblante óvalo, sus facciones regulares, su frente ancha y tersa, sus sobervios dientes, sus ojos negros, pequeños y un poco hundidos. La piel de los naturales es algo mas clara que la de los Malayos; la forma jeneral del cuerpo es correcta, y sus miembros, bien que poco musculosos, arguyen ajilidad y robustez. » Segun las observaciones de Beechey, la bahía de Cook está situada á los 27° 9' lat. S. y á los 111° 45' lonj. O. El punto culminante de la isla se remonta á 1.100 pies de elevacion sobre el nivel del mar.

CAPITULO XI.

TRAVESÍA DE NOUKA-HIVA Á TAITI. — ISLA PITCAIRN.

Habia terminado ya mis estudios sobre la isla Waïhou, cuando me llamó el vijia á observaciones personales. « *Land!* (tierra!) » gritaron. Diez horas despues, seguímos nuestro derrotero regular, teniendo el cabo al E., en cuya direccion señalaban la tierra. Por la mañana Pendleton habia calculado varios ángulos horarios con el ausilio de su reloj marino. Perfectamente, clamó subiendo; es una perla que no

dária por 2.000 pesos.» De esta suerte hablaba el buen capitan en un monólogo sobre su reloj marino, este instrumento de mar que señala eternamente la hora del país en que ha sido fabricado, Paris ó Lóndres, escelente regulador, descubrimiento moderno que tanto ha acortado y rectificado los cálculos de la lonjitud. Nada cambia en este inmutable cuadrante por mas que uno cambie de zona y de hemisferio; á cada segundo se halla inscrita en él la hora del meridiano como punto de comparacion. En esta aguja puede uno dividir el tiempo, no para sí, sino para los suyos, vivir todavía en la familia que dejó, seguirla en sus costumbres, darle los buenos dias ó las buenas noches sin correr el riesgo de tomar el uno por el otro. Con su ausilio puede el pobre y aventurero viajante asociarse en imajinacion á una fiesta de familia, sin que tenga que hacerse aguardar en la mesa, y engañar la ausencia, esta angustia de los corazones que aman con intensidad.

Nada de esto veía sin duda Pendleton en el reloj marino; lo que mas le entusiasmaba, era su ecsactitud en concordar con la tierra. El reloj anunciaba la isleta llamada *Ducie*. Teníamos á la vista á Ducie, dibujada ya en su nube, y Pendleton me la hizo percibir. «El Español Quiros la descubrió en 1606, dijo, y la apellidó *Encarnacion*. En 1791 el Inglés Edwars la encontró y denominó *Ducie*. Otro Inglés, Beechey, la costeó de cerca en 1826, la situó á los 24° 40' lat. S. y á los 127° 6' lonj. O. y la reconoció de un modo ecsacto. Segun él, no es mas que un islote bajo, inhabitado y cubierto de malezas de doce á quince pies de altura. Su lonjitud es de dos millas y su anchura de una. En el centro se halla una laguna, ó estanque de agua marina, que parece profundo, pero que tiene un légamo casi impracticable. El banco de corales que circunda la isla, abunda en peces, en especial tiburones. A menos que Waïhou y Salas y Gomez sean su continuacion, Ducie parece ser actualmente el término de la cadena submarina que sirve de base á las islas volcánicas de Taiti y á las islas coralíjenas que los naturales conocen bajo el nombre colectivo de Pomotou.»

Costeámos Ducie por la parte del N., y al dia siguiente, 1° de abril, descubrímos otra tierra. «Esta es *Elisabet*, dijo, que creo fué descubierta en 1606 por Quiros, que la denominó *S. Juan Bautista;* Krusenstern atribuye su descubrimiento al Inglés King, y Beechey, que por primera vez fijó su posicion á los 24° 21' lat. S. y á los 130° 38' long. O., es de parecer que deberia llevar el nombre de Henderson, aunque cree que los primeros descubridores fueron quizás los náufragos del buque el *Essex* que en 1820 fué demolido por una ballena.—Por una ballena! esclamé. — Sí, y su historia es sobrado singular paraque deje de referirla. La aventura aconteció á Jorje Pollard, intrépido, fidedigno y buen marino.

«Jorje Pollard, comandante del buque ballenero *el Essex*, se hallaba á 20 de noviembre de 1820 á poca distancia del ecuador, y á los 120° de lonj. Dedicábase entonces á la pesca, y ya tenia por el garabato á dos ballenas, y las chalupas cargadas de sus tripulaciones seguian y fatigaban á los animales capturados sin que sospechase ningun peligro, cuando al mediodía uno de los cetaceos, de monstruosa talla, se dirijió furibundo sobre el buque, cual si hubiese de vengarse de él, y descargó un violento golpe sobre la popa que quedó resentida profundamente. Resistió sin embargo el brick; pero apenas habia pasado una hora, cuando el mismo animal volvió á la carga, descargando todas sus fuerzas contra el flanco del buque, en el que hizo tan grande agujero, que al instante empezó á llenarse la quilla. Armáronse las tres chalupas, proveyéronse de víveres y de instrumentos, y los veinte hombres de tripulacion se embarcaron en ellas á la discrecion de los vientos y de las olas. En los primeros dias, una de las barcas, cargada de siete hombres, se separó de las otras, y no se oyó mas hablar de ella. Las dos restantes, despues de una penosa navegacion de tres semanas, mezclada de calmas y chubascos, aportaron á la isla que V. vé, la isla Elisabet, tres hombres que pidieron quedarse. La situacion no fué menos horrible para los unos que para los otros. Los náufragos de las chalupas quedaron en breve sin víveres, de cuyas resultas murieron dos hombres, cuyos cadáveres se comieron los demas. Vencida la primera repugnancia é imperando de nuevo la necesidad, tratóse de sacrificar algunos individuos para el bien comun. Procedióse á la suerte, recayó esta sobre el grumete del capitan, que fué muerto y devorado como un carnero. No se renovó el sacrificio aleatorio, pero falleció un hombre y se lo comieron. Por fin, despues de tan horribles escenas de canibalismo, las dos chalupas, separadas una de otra, tuvieron la dicha de salvarse cada una por su parte: izáronse á bordo espectros mas bien que hombres. Algun tiempo despues, los náufragos de la isla Elisabet recibieron un buque despachado para recojerlos. Tres meses habian pasado en aquella roca, alimentándose de las aves que podian cojer y de algunas tortugas de paso. El único abrigo que encontraron eran algunas grutas donde descubrieron ocho esqueletos humanos. Estos infortunados refirieron que su mayor angustia habia sido la privacion de agua dulce. A veces era preciso sostener y engañar la sed por espacio de cinco ó seis dias, para aguardar que el cielo les enviase algunas gotas en las concavidades de las rocas, que eran su copa na-

tural. El buque que los salvó era *el Surrey*, capitan Montgomeri. Pobre Pollard! añadió Pendleton, tampoco se halla hoy demasiado favorecido, pues acaba de perder el buque en un escollo de las islas Hawaii.

« Para regresar á la isla Elisabet, ya vé Vd. que ha debido ser bien esplorada por estos pobres náufragos. La isla tiene una milla de ancho sobre cinco de largo, y su costa, segun puede Vd. distinguir, es un fragoso acantilado de cincuenta pies de alto y minado por el mar. La resaca lo hace casi inaccesible. La isla es un calcareo madrepórico como el banco sobre que está fundada. Su creacion debe de haber sido el resultado de una reaccion volcánica: hasta cien brazas de la playa, se halla fondo hasta 25 brazas, pero allende el escandallo solo llega á doscientas brazas.

« Vé Vd. esa superficie de verdura que cubre la isla como un tapiz? continuó el capitan; es un bosque bastante bajo, pero tan sumamente denso é impenetrable, que solo con mucha dificultad se pueden alcanzar las cimas de aquellas colinas. Sin embargo, el árbol mas encumbrado de esta vejetacion es el pandano; el resto se compone de arbustos, matorrales y plantas rastreras que no llevan frutos buenos de comer. »

Mientras hablaba Pendleton, *el Oceánico* iba ganando camino, de suerte que á la sazon nos encontrábamos en frente de la isla donde tanto sufrieron los compañeros de Jorje Pollard. Sobrevino la noche y nos la encubrió; pero al dia siguiente apareció otra tierra, porque en este archipiélago las islas se cabalgan: cuando desaparece una, se descubre otra.

Esta isla era Pitcairn, que tanto ruído ha metido en Europa recientemente, pequeña colonia mista, sujeta al gobierno paternal de un Inglés llamado Smith ó John Adams. Mucho debia Pendleton á este hombre, y en un viaje anterior habia recibido de él tan grata acojida y tales presentes en cerdos y volatería, que con razon deseaba ofrecerle una retribucion de tan halagüeña hospitalidad. Apenas nos hallámos ante la isla, cuando prepararon el ballenero, donde se embarcó el mismo Pendleton haciéndome una señal paraque le siguiese.

No ofrecia Pitcairn este aspecto lúgubre y desolado de los dos islotes que acabábamos de visitar. Era una pequeña alhaja, una Eden cubierta de una vejetacion fresca y vigorosa. A medida que íbamos avanzando, descubríamos mayor número de variados paisajes, efectos pintorescos, bellezas naturales é interesantes; pero en medio de aquel país tan risueño, no se echaba de ver alma viviente. « Donde están pues, decia Pendleton, aquellos que con tanta rapidez salian al encuentro de los navegantes? ni una piragua en el agua, ni un hombre en la playa: es estraño por cierto! » Penetrámos en una pequeña caleta, único punto por donde la isla se hace accesible en toda la lonjitud de los acantilados que remontan sus crestas por el aire (Pl. LXIV. — 2). Salvámos sin dificultad la resaca de la playa, tuvímos que subir una encumbrada rampa de doscientos pies, y continuámos nuestro rumbo al través de los boscajes formados por el pandano, el malvavisco, la morera de papel, el dracæna, el ponciana, el cerbera, y grupos de cocoteros sembrados por acá y acullá. Marchábamos hácia el interior de Pitcairn por el silencioso y secreto vallecillo donde se instalara la colonia de John Adams. A cada paso que dábamos se acrecentaba la sorpresa de Pendleton. « No están! » decia. En efecto; llegado á una especie de aldea que parecia mirar al mar al través del raso de una floresta, observámos cinco casas sin habitantes. Gritámos con toda la fuerza de nuestros pulmones, mas nadie nos respondió. Juzgué yo que los colonos se hubiesen retirado tal vez á los bosques; pero el aire de abandono de todas aquellas casas, la ausencia de todo mueble y ciertas devastaciones hechas adrede, indicaban que aquel valle fuera abandonado espontaneamente y para siempre. Pensó Pendleton tal vez en alguna invasion, ó una correría de parte de los isleños de Pomotou; mas no se observaba ninguna señal de violencia que confirmase esta hipótesis. « Seguramente habrán partido para Taiti, dijo entonces el capitan, pues mucho tiempo hacia que formaran este proyecto; con todo, los he conocido tan felices aquí! » Sentámonos á la sombra de un magnífico pandano: matámos á fusilazos algunas aves y un cerdo que vagaban al rededor de las casas; y mientras comíamos, Pendleton me relacionó la historia de Pitcairn.

Esta isla fué descubierta á 2 de julio de 1767 por el Inglés Carteret, que le dió el nombre del primer marinero que la percibió. Atracando la tierra hasta á una milla de distancia, no pudo desembarcar. Contentóse con determinar su posicion, sobre la que cometió un error de unos 3 grados de lonjitud, y no se habló mas de ella hasta la aventura del capitan Bligh.

Era Bligh un antiguo *master* de Cook; severo marino, que lo imitaba con especialidad en sus actos tiránicos é intratables. A fines de 1787 partió de Inglaterra con el buque *el Bounty* para transportar desde Taiti á las posesiones inglesas de América algunos planteles del árbol del pan. A 26 de octubre de 1783 llegó á Taiti donde su tripulacion trató con los hombres, y en especial con las mujeres del país. Evacuada su mision, hízose á la vela el *Bounty*, y ya se hallaba cerca de la isla Tofoua cuando estalló un complot fraguado desde largo tiempo. La tripulacion y algunos oficiales á su cabeza se sublevaron

contra el capitan Bligh. Bligh, segun manifestó algun tiempo despues cuando fué nombrado gobernador de la Nueva Gales del S., ejercia actos de intolerable despotismo: en su relacion sobre el acontecimiento en cuestion, confesó que los jefes del complot, el teniente Cristiern y los midshipmen Haywood, Young y Stewart, eran escelentes sujetos, hasta entonces de una conducta irreprensible. Era preciso pues que el comandante hubiese apurado hasta las heces.

El complot tuvo un écsito feliz: arrojó á una chalupa á Bligh y á 18 hombres que le habian permanecido fieles de los que hablarémos despues. 25 sublevados se quedaron en el *Bounty*, con el cual regresaron al archipiélago de Taiti. Tocaron de paso en la isla de Tebouai situada á 120 leguas S. de Taiti, y tal vez se hubiesen establecido inmediatamente en ella sin la actitud hostil de los naturales. Despues de haber hecho escala en Taiti regresaron á ella con algunos emigrados de Taiti que consintieron en seguirlos. Empero, no duró mucho tiempo este establecimiento de Teouai. En cuanto hubieron transcurrido algunos dias, se descubrió entre los isleños un complot que obligó á los nuevos colonos á usar de la fuerza, y no obstante el parecer del teniente Cristiern, no se creyeron en estado de perseverar en una toma de posesion tan arriesgada. Aun por tercera vez se manifestó el *Bounty* en Taiti, donde se domicilió la mayor parte de la tripulacion, que fué encontrada dos años despues por la fragata *la Pandora*, despachada al encuentro de los amotinados. El teniente Cristiern concibió mas feliz idea haciéndose á la vela casi inmediatamente con ocho marinos decididos á participar de su fortuna, diez isleños de Toubouai y de Taiti, y doce mujeres de esta última isla. Entre una multitud de islotes, Cristiern prefirió Pitcairn, y en consecuencia se desembarcaron todos los objetos útiles á la colonia, incendiando *el Bounty* á 23 de enero de 1790, á fin de que desapareciesen hasta sus vestijios.

Observáronse algunos escombros de moraïs y de habitaciones que al principio indujeron á temer á los nuevos desembarcados que la isla no fuese poblada, mas afortunadamente esta aprension no se justificó. Realizáronse en comun algunos trabajos para la instalacion de la familia anglo-taitia; edificáronse casas y se desmontaron terrenos. Empero, por una violacion insensata del derecho natural, los Ingleses se pusieron en esta esplotacion en el estado de dueños y señores sin dejar á los pobres Polinesios, sus co-asociados, mas que los del siervo y del esclavo. Los Ingleses poseían, los Taitios cultivaban. Apesar de tan estraño abuso, mantuviéronse por espacio de dos años entre los colonos la paz y la union; pero al fin estallaron algunas revueltas. Habiendo Williams perdido á su mujer, quiso procurarse otra; por cuyo motivo amenazó abandonar la isla si no le daban satisfaccion sobre este punto. Deseando retener tan precioso sujeto, agregáronle la esposa de un Taitio. De aquí se orijinó un gran rumor entre estos últimos, amenazas y complots que fueron denunciados á los Ingleses por un canto de mujeres. Habiendo logrado evadirse los dos jefes conjurados, fueron alcanzados y muertos en los bosques por sus propios compatriotas, á quienes impusieron los Ingleses este asesinato como condicion indispensable de su induljencia. Este ejemplo produjo la paz que duró todavía dos años.

Rompióla una conspiracion mas terrible en la que sucumbieron cinco Europeos, entre los cuales habia el mismo Cristiern. Esta fué la señal de una matanza que duró por intermitencias. Los indíjenas que quedaran vencedores fueron degollados por las viudas de los Ingleses que lamentaban la muerte de sus maridos, y á 3 de octubre de 1793 solo quedaban en la isla cuatro Ingleses, doce mujeres y algunos niños. Algun tiempo despues las mujeres atacadas de nostaljía amenazaron á los hombres con la muerte si no las trasladaban al archipiélago de Taiti. En seguida se descubrió un espirituoso hecho con la raíz del *ti (dracæna terminalis)*, que fué la causa de la muerte de uno de los cuatro sobrevivientes; otro pereció en 1799 asesinado por sus propios camaradas por haber pretendido violentar una mujer ajena, y el penúltimo, Young, murió de enfermedad.

Solo restaban entonces un Inglés, doce mujeres y 19 niños, muchos de los cuales tenian de 7 á 18 años. Este Inglés se llamaba Smith, pero habia tomado el nombre de John Adams bajo el cual fué conocido en la colonia. Este hombre, este Noé, protector y dueño de aquella creacion, este simple y grosero marino, se sintió súbitamente sobrecojido de una nueva inspiracion. Comprendió la mision de un patriarca, de un jefe de familia, consideró la despoblacion que habia causado la pasada anarquía, y encontró en algunos recuerdos relijiosos y en algunas prácticas infantiles los medios y la fuerza de verificar una reforma importante y de crear una sociedad modelo. La virtud, la piedad, la union y el amor, ignorados hasta entonces, en breve formaron un código adaptado al uso de los habitantes de Pitcairn. Las mujeres se prestaron á aquella direccion con toda la enerjía de su corazon y de su alma: los niños fueron educados en estos mismos principios y los siguieron con docilidad. Reinaron entre los colonos los principios de la moral cristiana: Adams instituyó matrimonios regulares entre los hijos de las diversas familias, y por sus esfuerzos aquella pequeña sociedad, aquel pequeño pueblo, obedeciendo á su jefe como una ley vijente, prosperó en la concordia y en la virtud.

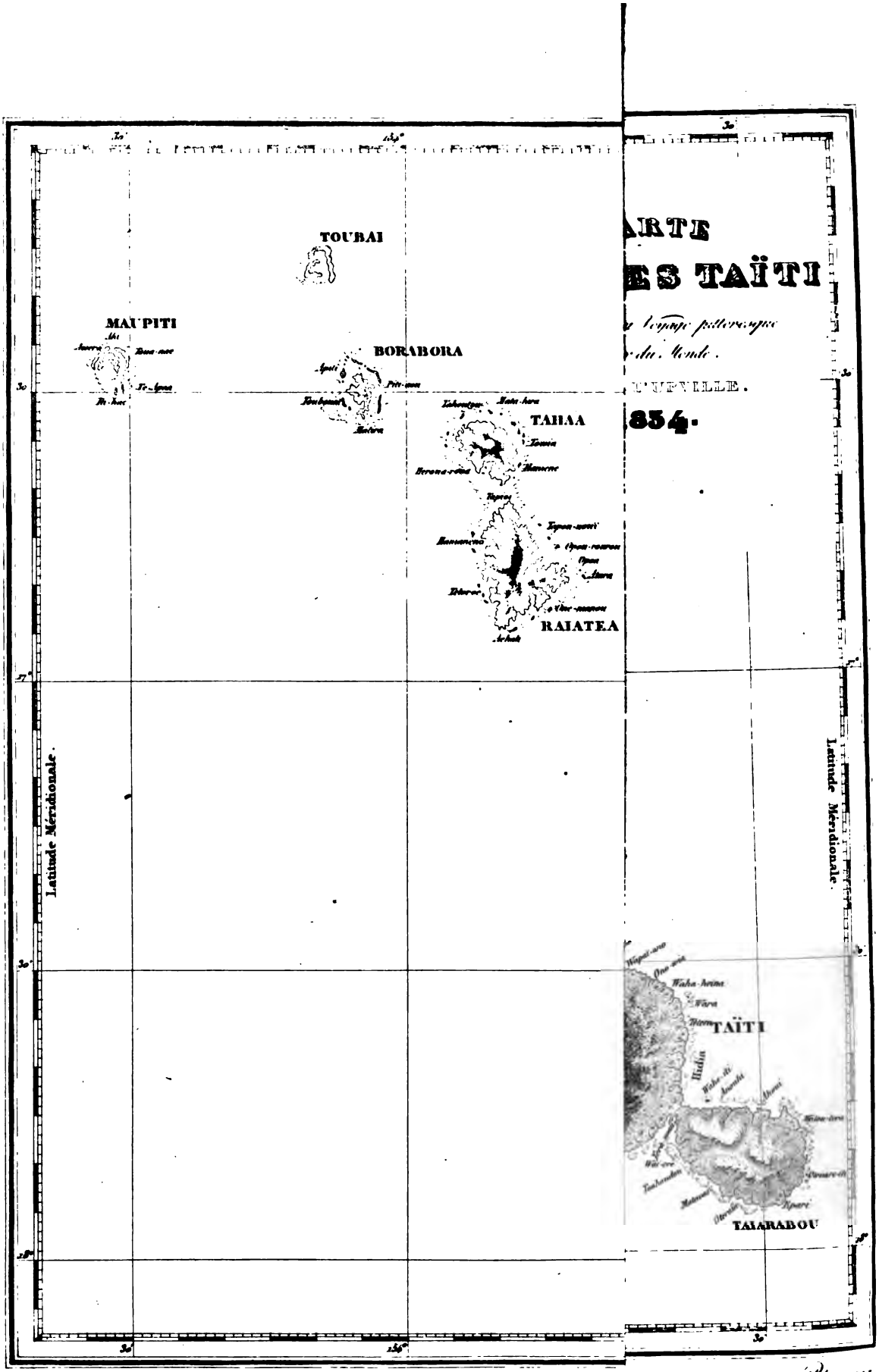
THE NEW
PUBLIC LI
ASTOR LENO
TILDEN FOUN

3. John Adams.

4. Intérieur de Pitcairn.

4. Interior de Pitcairn.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS


ARTE
ES TAÏTI
TOUBAI
MAUPITI
BORABORA
TAHAA
RAIATEA
TAÏTI
TAIARABOU
Latitude Méridionale.
Latitude Méridionale.

Pl. LXII.

En setiembre de 1808 el capitan americano Folger del buque *Topaz*, descubrió la ecsistencia de aquella colonia anglo-taitia. A su regreso la reveló á la Europa haciendo una sucinta reseña de su constitucion y de su oríjen. Cuando su visita, la aldea de Pitcairn contaba 35 individuos á las órdenes de John Adams; pero vivió olvidada hasta 1814, época en que los capitanes Hains y Pipon, destacados en persecucion del Americano Porter, aparecieron ante la isla. Habiendo pasado á bordo de las fragatas algunos naturales, los oficiales no pudieron menos de quedar altamente sorprendidos al oirles espresarse en bastante buen inglés. Sin la menor dilacion los dos comandantes desembarcaron para visitar la aldea y su bravo jefe. Como no podian dejar de temer que la antigua falta de Smith fuese un motivo de arresto y de estradicion: «Pierda V. cuidado, dijeron los dos comandantes ingleses, el sublevado del *Bounty* no ecsiste ya; el patriarca de Pitcairn lo ha puesto en olvido, y es muy cierto que no lo arrebatarémos de su familia.» Esta familia se componia entonces de 46 individuos, casi todos adolescentes.

Despues de esta visita, aportaron en Pitcairn otros balleneros, uno de los cuales dejó en la isla á un tal Buffet, que seducido por la vida primitiva de Pitcairn, deseó y obtuvo establecerse en ella para acumular las funciones de ministro y maestro de escuela. En diciembre de 1825, el capitan Beechey apareció allí á su vez y consignó en su diario, bien así como lo hiciera su predecesor el capitan Pipon, noticias curiosas é interesantes sobre aquella isla favorecida. Era un pueblo sencillo, puro, un país que vivia en la edad de oro, como el romancesco valle de las Batuecas. Beechey vió al viejo Adams ejerciendo un gobierno paternal sobre aquella familia de 66 miembros (Pl. LXIV. — 3). Recorrió la aldea compuesta de casas modestas, pero aseadas, cubiertas ó circundadas de pandanos y de cocoteros (Pl. LXIV. — 4). Reinaba al parecer entre los colonos la comodidad, y tenian sus posesiones de gallinas y de cerdos y campos de bananas, batatas y taro. La figura de los isleños, mestizos cruzados de Ingleses y de Polinesios, era dulce y agradable, y sus miembros, dotados de felices proporciones, no carecian de ajilidad ni de vigor.

Desde entonces el capitan Waldegrave habia aparecido en Pitcairn un año antes que nosotros, en marzo de 1830. Doce meses antes habia fallecido el viejo John Adams, sin que nadie lo reemplazara. Fermentaban varios jérmenes de division en el seno de aquella colonia de ochenta personas. Entonces fué cuando un misionero de Taiti llamado Scott visitó Pitcairn solicitando para sus moradores una traslacion á Taiti, á fin de completar su educacion relijiosa, con la promesa de restituirlos despues. El almirantazgo consintió en poner algunos buques á la disposicion de los habitantes de Pitcairn, caso que consintiesen en la emigracion. En efecto, un mes antes de nuestra visita habia tenido lugar el embarque: á 7 de marzo de 1831 pasaron á bordo del sloop *Comet*, mandado por el capitan Sandilands ochenta y siete Anglo-Taitios, que llegaron á 23 del propio mes á Taiti donde los vímos puestos bajo la proteccion de la jóven reina.

No concluyó aquí aquella historia, pues fué continuada por otro capítulo que solo he podido saber en Europa. Los colonos de Pitcairn no pudieron aclimatarse en Taiti; una especie de epidemia les acometió y mató doce de ellos. En consecuencia manifestaron sus deseos de regresar á su isla aunque fuese á sus espensas. A este efecto fletaron un buque americano por doscientos pesos fuertes que pagaron con el cobre del *Bounty*, y pasaron á Pitcairn, donde prosiguieron su vida primitiva. El capitan inglés Freemantle del buque *Challanger*, los visitó en mayo de 1833, y los halló tranquilos y felices, no obstante la alteracion que la permanencia de Taiti debió causar en la pureza de sus costumbres. La embriaguez, que habia estirpado John Adams, se habia reproducido por el ejemplo de tres Ingleses establecidos de nuevo. Sin embargo, el fundador y el patriarca de Pitcairn parece haber encontrado un sucesor en la persona del anciano llamado Joshua Hill, que acababa de establecerse allí como pastor y como preceptor. El personal de la colonia consiste actualmente en setenta y nueve individuos, pero la isla, en sus cuatro millas de superficie, puede alimentar hasta 400, y sin la falta de agua dulce, podrian naturalizarse allí todos los placeres de la vida física. El punto culminante de Pitcairn se halla á 160 toesas de elevacion sobre el nivel del mar.

CAPÍTULO XII.

TRAVESÍA DE PITCAIRN Á TAITI. — ARCHIPIÉLAGO POMOTOU.

Habia desaparecido Pitcairn, á la sazon viuda de sus moradores, las cenizas de John Adams, esta aldea á la que solo faltaban huéspedes, aquella vejetacion lozana y apiñada y aquellos campos cuya cosecha era destinada á perderse; habíamos visto ofuscarse en la niebla el mas encumbrado pico de la isla, cuando se manifestó otra isla, la de Oeno, pequeña roca coralíjena tapizada de malezas y rodeada de arrecifes donde Beechey estuvo á punto de estrellarse, y donde peridó una chalupa y un hombre. No obstante que el capitan Henderson del *Hércules* sea su primer descubridor, ha conservado el nombre de *Oeno*, del buque del capitan Worth que la

visitó en 1824. Su latitud es de 24° 1' y su lonjitud de 133° 1' O.

Al dia siguiente, 5 de abril, á las seis de la mañana, costeábamos á una milla de distancia los arrecifes de la isla Crescent. Esta isla, ó mas bien este escollo, es una lengua de tierra de veinte y cinco toesas de altura, elevada á seis pies solamente sobre el nivel del mar. Está circundada de rompientes y contiene una laguna interior. Las malezas y los arbustos que la cubren alcanzan unos cinco pies de altura, y el pandano es el único que puede suministrar alimento. Como navegábamos á la vista de tierra, habíanse apiñado en una de las puntas del islote unos cuarenta naturales con objeto de ecsaminarnos, y nos hacian señal paraque pasásemos á la playa. Desde aquella distancia nos parecieron altos, bien formados, cubiertos de pintarroteos, con una cabellera y una barba negras y espresivas que dejaban caer sobre sus espaldas y su pecho. Al través del follaje despuntaban los techos de algunas casas; y en uno de los ángulos se veían tres chozas cuadradas hechas con piedras y provistas cada una de una puerta, que nos parecieron templos ó sepulcros. Wilson descubrió esta isla en 1797, pero no pudo esplorarla á causa de las disposiciones hostiles de los naturales. Beechey en 1826 fijó su posicion á los 23° 20' lat. S. y á los 136° 56' lonj. O.

Desde Crescent distinguíamos la isla central del grupo de Gambier, distante unas diez leguas. Los vientos del S. E. se habian apaciguado entonces de tal suerte, que apenas hacíamos de tres ó cuatro millas por hora. Quiso Pendleton utilizar aquella calma, y Philips se vió obligado á echar un pie de ancla en la parte occidental de la isla por un fondo de treinta brazas. Apenas se habia instalado el buque, cuando ya se empujaban al rededor muchas piraguas henchidas de naturales. Aquellas embarcaciones eran de una construccion muy inferior á cuantas habia visto hasta entonces. Eran semejantes á los catimarones indios y consistian en simples armadías formadas de algunas piezas de madera y provistas de una larga vela fijada en dos entenas y sostenida por un palo inclinado. Estas armadías formaban una plataforma que contenian ochenta ó cien hombres, y al acercarse el *Oceánico*, se dividieron en bateles chatos con doce ó quince salvajes en cada uno, hábiles en el manejo de aquella especie de embarcacion (Pl. LXV. — 3).

Apiñadas al rededor del buque, entablaron conferencias. Una de las piraguas contenia un jefe, á lo que creímos, porque llevaba plumas blancas en la cabeza, mientras que los otros no llevaban otro vestido que el maro. Ofreciéronsele algunas bagatelas que aceptó con júbilo, y en cambio nos hizo un presente de una especie de pasta fermentada, de un olór ácido y muy poco agradable. El resto de la tropa, no atreviéndose á subir á bordo, se esforzaba en indagar como podria hurtar alguna cosa; hubo muchos que buscaron para arrebatar algunos pedazos de cobre, y aunque les amenazaban con la mano, no se inquietaban; antes quedaban tranquilos. Prueba evidente de que tenian conocimiento de las armas de fuego.

Despues de haber titubeado algun tanto, el jefe de plumas blancas subió á bordo. Asegurándose poco á poco, ecsaminó con franqueza cuanto veía, admirándolo todo con sorpresa y prestando menos atencion á lo que le decian que á las maravillas que se le presentaban á la vista. Cuando lo hubo analizado, se sintió sobrecojido de una súbita alegría; bailó, perneó, cantó y jesticuló, interrumpiéndose algunas veces para hablar con volubilidad; y reuniendo todo lo que habia recibido en su delantal de tela blanca, dejó la cubierta y bajó á su piragua.

En cuanto hubo visto aquello la multitud de naturales reunidos en torno del *Oceánico*, cada salvaje quiso escalar el buque; pero Pendleton temiendo su destreza, solo dejó subir á un corto número. Los demas permanecieron en los costados de la nave, causando una zambra aturdidora con sus gritos y sus carcajadas. Bien hubiéramos deseado permutar alguna cosa con ellos; pero como habian venido como curiosos y no como traficantes, nada poseían. Estos isleños parecian bien constituídos y de agradable catadura. Su pintarroteo era bien ejecutado y se asemejaba mucho á un pantalon listado.

Al dia siguiente, Pendleton hizo armar dos chalupas con las que debíamos pasar á tierra. Philips se quedaba para guardar el buque, con la órden espresa de no dejar subir mas que á poca jente. En Gambier no era de temer que el galan caballero desconociese su consigna. Las mujeres eran casi todas muy neglijentes. Hallábanse en la playa, en medio de una multitud numerosa, dos naturales, los jefes sin duda, que nos recibieron con el saludo oceánico, es decir, frotándose su nariz contra las nuestras. Tuvímos que consentir, y en seguida nos condujeron á su aldea situada en el N. O. de la isla, á una media milla de distancia del desembarcadero. El camino estaba sombreado de árboles del pan y de cocoteros, y orillado de terrenos en mal estado de cultivo. Por el camino se fué acrecentando nuestra escolta, en términos que llegámos á tener en nuestro alrededor hasta 100 naturales que se mostraron oficiosos y comedidos.

Veíanse por acá y acullá chozas de naturales abiertas por la parte del S., bien que una de ellas, llena de redes, estaba enteramente cer-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX, TILDEN

1 Attaque des Naturels des Iles Gambier.

1 Ataque de los Naturales de las Islas de Gambier

rada. Cerca de aquella choza habia dos cuerpos envueltos en telas sobre plataformas. Cuando nos acercámos, los salvajes nos hicieron señal de no tocarlos, pero nos permitieron verlos. Á mayor distancia observámos una plaza empedrada en parte y circuída de fracmentos de coral, que servia de patio á una habitacion mas grande que las otras, larga de treinta y seis pies sobre veinte de ancho, alta á proporcion y superada de un techo de bálago. Delante de uno de los lados abiertos habia un estrado donde permanecia un viejo de sesenta años con una larga barba gris, facciones regulares y un aspecto imponente. Ceñíale las sienes un maro, una corona de plumas le cubria la frente, y el resto de sus ornamentos se reducia á un hermoso pintarroteo. Por los anchos pliegues de su gordura podia colejirse fácilmente el reposo que le permitia su rango.

Era efectivamente un arigui, un jefe. Sin mudar de puesto acordónos el favor del saludo nasal, y en seguida recibió con una grave y digna afabilidad los pequeños presentes de Pendleton. Sin embargo, este, sin olvidar su papel, le preguntó en idioma de Taiti si aquellas islas producian algo bueno de ceder y permutar contra presentes mas considerables. A esta pregunta directa respondió el arigui con una palabra dilatoria: *bobo maï*, dijo (hasta mañana). Así es que cuando el jefe salvaje insistió despues al capitan para obtener otros presentes, devolvióle este su argumento diciendo á su vez: *bobo maï*.

Durante la audiencia visité algunas de las chozas que rodeaban la playa: eran malas cabañas de madera de malvavisco, cubiertas de hojas de palmera de ocho á diez pies de largo sobre cinco ó seis de ancho y otros tantos de altura. La puerta que cierra la abertura es tan sumamente baja, que es preciso entrar á gatas.

Entretanto el viejo arigui se levantó de su estrado, y avanzando hácia Pendleton, le tomó por la mano y le condujo hácia un natural de alta estatura y de muy buen talante. «Es un arigui distinguido, le dijo, es preciso hacerle un presente.» Ejecutólo Pendleton, y al instante el recien venido esplicó al capitan que era el jefe de una aldea considerable situada á la otra parte de la isla, y le invitó á dirijirse á ella, y para decidirle añadió que encontraria escelente agua de beber. Como el dia no estaba muy avanzado, y las chalupas tenian una tripulacion selecta y bien provista de armas; embarcámos al jefe y partímos.

La aldea que le estaba sometida se hallaba situada al E. de la grande isla. Para llegar á ella, tuvímos que montar no sin dificultad el canal que separa las islas Peard y Beecher; costeámos la parte S. E. de la isla Peard cubierta por una magnífica vejetacion, y entrámos en una hermosa bahía en cuyo fondo, bajo una bóveda de cocoteros, de árboles del pan y de malvaviscos blanqueaban las casas de la aldea, objeto de nuestra correría.

El jefe, nuestro compañero de viaje, nos indicó en persona el desembarcadero adonde nos dirijímos con las chalupas. Ofreciónos sus dominios, y nos condujo en medio de cincuenta ó sesenta naturales hácia una espaciosa plaza donde nos presentaron como regalo pasta fermentada envuelta en hojas de banano. No nos atrevímos á probarla ya por disgusto, ya por desconfianza, y nos contentámos con algunos cocos que tuvímos dificultad en obtener. Vímos allí algunas mujeres, poco lindas en su mayor parte. A cada minuto, á cada paso debia hacerse un presente sin recibir nada en retribucion, ni siquiera algunos de los frutos y víveres de que tan pródigos se mostraron los isleños de los demas archipiélagos. Solo con mucha dificultad pudo Pendleton obtener un tam-tam de madera de malvavisco, que parecia una cosa muy rara entre aquellos miserables pueblos. Satisfecho con un mercado de aquel jénero, acababa de separarme de mis camaradas y me encaminaba hácia una choza con tres naturales que parecian apreciarme, cuando al doblar un seto, sentí que me batian con violencia los riñones. Derribóme el dolor; arrancáronme mi fusil y aun me iban arrebatar mis vestidos. Tenia sobre mí á tres hombres que me habian atraído á una emboscada. El instinto del peligro acrecentó mi valor y mis fuerzas, saqué las pistolas de mi cinto y las encaré al que me habia despojado de mi arma. Dejóla caer y se fugó temblando; el segundo fué mas pertinaz, pero le desbaraté la espalda de un pistoletazo, mientras que tenia al tercero en respeto. Al ruído acudió Pendleton con algunos hombres armados, mientras que se desplegaban al rededor de nuestra pequeña tropa unos sesenta naturales armados de palos que hirieron gravemente á uno de los nuestros. Sin la menor demora era preciso echar mano de la fuerza para salir de aquel paso. Al efecto ordenó Pendleton una descarga que hizo caer muertos á dos salvajes (Pl. LXV — 1). Los otros emprendieron la fuga disparando en horribles ahullidos; pero como la campaña no podia continuar, pues los fujitivos volverian á la carga en mayor número y decision; no debíamos perder un solo instante. Embarcámonos apresuradamente; y nos hicímos á la vela saludados por una lluvia de piedras tiradas por doscientos salvajes reunidos en la playa. Aquella misma tarde abandonámos aquella tierra no menos estéril que inhospitalaria.

La isla, ó mas bien el grupo Gambier, fué descubierto en 1797 por Wilson, que no tocó

en él; y parece que este país no fué esplorado por ningun navegante antes de Beechey que pasó por allí en 1826. Este capitan no fué mas feliz que nosotros. Desde los primeros dias se puso en guerra con los naturales, y aun empleó su artillería para reducirlos.

El grupo entero se compone de un arrecife casi circular de cuarenta millas de circuito, en cuyo centro se levantan cinco ó seis islas de mediana elevacion, amen de muchos islotes bastante bajos en la cadena interior. La mayor de las islas altas, la isla Peard, tiene cuatro millas de largo sobre una anchura de una milla corta, y contiene un doble pico denominado el monte Duff que se encumbra á 1.100 pies.

La naturaleza de todas las islas bajas y la playa de las altas es madrepórica; pero el interior de estas últimas es de oríjen volcánico. La roca se compone en jeneral de una lava basáltica porosa, y en algunos parajes se percibieron cristales bastante regulares de basalto compacto. Beechey encontró zeólitas, carbonato de cal, calcedonias y jaspes de diversos colores. En ninguna parte echó de ver cráter alguno; todas las islas desplegaban la mas admirable verdura. Su tierra vejetal parece poco profunda, pero muy fértil. Sus productos, como sus habitantes, son los de toda la Polinesia, aunque en un grado inferior de cultivo y de civilizacion. Las costumbres parecen en cambio mas morijeradas que en los demas grupos, y las mujeres no se muestran dispuestas á ofrecerse al estranjero. Beechey estima la poblacion de todo el grupo en 1.500 almas, y coloca el monte Duff, que es su centro, á los 23° 8' lat. S. y á los 137° 15' lonj. O.

Al dia siguiente, 6 de abril, á la madrugada descubrímos otra isla, de manera que puede decirse que entrábamos en una via lactea de islas apiñadas y confusas. Era la isla Hood, cadena de islotes bajos, nemorosos é inhabitados, situados al rededor de una ensenada ó lago de once millas y media de lonjitud sobre cinco de anchura. Estos islotes están siempre cubiertos de campos de verdura, en uno de los cuales habia una choza de piedra semejante á la de Crescent, y que argüía una ocupacion anterior. Hood fué descubierta en 1791 por Edwards, observada por Wilson en 1797 y en 1826 por Beechey, que calculó su posicion á los 21° 31' lat. S. y á los 137° 54' lonj. O. (punta O.).

Al dia siguiente, el *Oceánico* costeaba la parte septentrional de Carysford, isleta de cuatro á cinco millas de circuito. Este islote es bajo y al parecer inhabitado, y ofrece sotillos de verdura y algunos grupos de cocoteros en las lenguas de tierra que circuyen el lago interior. Carysford fué descubierta por Edwards en 1791, y en 1826 por Beechey que mandó una chalupa para reconocerla. Poco faltó que el naturalista de la espedicion no se ahogase al acto de desembarcar. Encontráronse bajo los árboles tres pozos, algunas cabañas y una tumba de piedras abandonadas desde largo tiempo. Está situada á los 20° 45' lat. S. y á los 140° 43' lonj. O.

A poca distancia de Carysford, los mapas señalaban otra isla llamada Duff, que Wilson creía haber visto en 1797. Pendleton dió órden de escaminar el horizonte, pero nada se descubrió, de suerte que Duff, buscada en vano muchas veces, seguramente será una isla imajinaria.

Lo único que columbrámos al salir del sol, fué una prolongada serie de arjentados arrecifes que servian de cinto á una lengua de tierra cubierta de árboles y encajando un lago interior. Por acá y acullá podian distinguirse algunas cabañas sin habitantes. Pasámos á 500 brazas del arrecife del N., y echámos la sonda que no encontró fondo á dichas brazas. «Es la isla Whitsunday, me dijo Pendleton, descubierta en 1777 por Wallis que mandó una chalupa á tierra.» Encontráronse en ella varias chozas y piraguas, pero ningun habitante, porque todos se habian fugado hácia el O. Whitsunday tiene cuatro millas de largo sobre tres de ancho (Pl. LXV. — 2), y está situada á los 19° 24' lat. S. y á los 140° 57' lonj. E. (punta N. O.).

Despues de Whitsunday apareció Queen-Charlotte, islote parecido al precedente, pero sin lago anterior. Pareciónos que no estaba poblado, no obstante las chozas y piraguas que se distinguian en una pequeña abra situada al N. Cuando la descubrió Vallis en 1767, los naturales, al ver que vogaba hácia la orilla una chalupa destacada del buque, pretendieron oponerse á la invasion; pero calculando despues que la resistencia les seria fatal, embarcáronse en nueve piraguas y se fugaron. Dueños de la isla, los Ingleses encontraron en ella cisternas, chozas, embarcaciones y sepulcros, cuyos cadáveres se corrompian al aire libre. Los habitantes eran de mediana estatura, con el tinte moreno y los cabellos flotando sobre las espaldas. Las mujeres eran hermosas y los hombres bien formados: su vestido era de una tela grosera que les servia de cintura y podia realzarse sobre la espalda. Queen-Charlotte tiene seis millas de lonjitud sobre una de ancho, y está situada, segun Beechey, á los 19° 17' lat. S. y á los 141° 4' lonj. O.

Allende Queen-Carlotte observámos Egmont, pequeña isla habitada, baja, arbolada en sus seis millas de circuito y situada á 19° 24' lat. S. y á los 141° 36' lonj. O. Descubrióla Wallis en 1767, pero cuando quiso desembarcar, encontró en armas sobre la playa á los naturales de las tres islas. Mas feliz fué Beechey en 1826; pudo hacer algunas permutas con ellos, y por algunos pedazos de hierro, los salvajes le hubieran dado

2. Ile Whitsunday.

2 Isla Whitsunday

3. Radeau des Iles Gambier.

3 Balsa de las Islas Gambier

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

toda su isla, á escepcion de algunos palos superados de un copete de plumas, objeto que les parecia de inestimable precio.

A 9 de abril costeábamos á doscientas toesas de distancia la isla Touï-Touï, descubierta en 1767 por Carteret, que la denominó Gloucester, y reconocida en 1826 por Beechey, que establece su situacion á los 19° 8' lat. S., y á los 143° 0' lonj. O. Esta isla es tambien una estrecha cadena de lenguas de tierra, bajas y arboladas, con cuatro á cinco millas de E. á O.; en la parte S. ecsiste un moraï de piedra, y Wallis vió algunos habitantes armados de lanzas.

Desde Touï-Touï remontámos hácia Heiou, donde hubiéramos fondeado aun cuando la tempestad no nos hubiese apartado de nuestro derrotero. Heiou es una pescadería de perlas donde Pendleton ocho meses antes hiciera una encomienda á los naturales. A 10 de abril, *el Oceánico* dió en el estrecho canalizo que conduce á una estrecha ensenada interior, abrigada de una parte por una serie de islas bajas y de otra por algunos rompientes que asoman á flor de agua.

Anclámos en frente de los soportales que sirven de alojamiento á los pescadores. Estos hombres nos parecieron de la raza polinesia: su nariz es chata y remachada, su ojo hundido y estúpido, sus labios gruesos, su semblante con precoces arrugas, sus cabellos largos y poblados, cargados de piojos, su talle mediana y abovedada, sus miembros huesosos, sus músculos relajados y su vestido el maro. Las mujeres eran aun mas horribles, mas embrutecidas y reducidas al estado de esclavas.

El arigui que mandaba en la isla solo se distinguia de los demas por su mas aventajada estatura. Recibiónos de un modo bastante amistoso, pero con cierto aire embarazado. Habia dispuesto en favor de otro buque, perlas destinadas á Pendleton que las retribuyera con mercancías. El negocio se arregló bien ó mal; el capitan tomó alguna leña de quemar para el buque, algunos frutos y una pequeña cantidad de conchas de tortuga y ostras perleras. Esta condescendencia del Americano se granjeó la amistad de los naturales, que en lo sucesivo se portaron con nosotros de un modo escelente.

Uno de ellos, orijinario de Anaa, y domiciliado desde algunos años en aquel escollo en calidad de misionero, nos sirvió de guia y de intérprete; por él venímos en conocimiento de aquel país y de sus moradores. Pocos años habian transcurrido desde que renunciara al canibalismo: antiguamente la carne de los enemigos muertos en el combate y de los individuos fallecidos de muerte violenta, estaba reservada para los banquetes. El mismo arigui, que tambien habia tomado su parte, se estasiaba sobre el escelente gusto de la carne humana, y despreciaba la de la mujer. Habia renunciado ya á aquella sensualidad, pero aun comia con mucho gusto carne cruda. Este hombre tenia tres mujeres, y aun hubiera podido tomar mas, pudiendo repudiarlas sin otra formalidad ni escusa que su capricho. Ninguna ley civil ó relijiosa disponia los lazos que debian ecsistir entre ambos secsos.

Antes de la llegada del misionero, cada uno tenia su dios. Este dios era comunmente un pedazo de madera guarnecido de un mechon de pelo humano. Pero la divinidad mas poderosa era la que podia fabricarse con el hueso del muslo de un enemigo ó de un pariente muerto recientemente. Introducíase en el interior un mechon de cabellos de la misma persona, y se suspendia el ídolo de un árbol donde recibia homenajes proporcionados á sus méritos; porque si el dios no escuchaba los votos de su adorador, al instante este lo abandonaba para buscar otro. Cuando los dioses parecian incomodarse con sobrada seriedad, procuraban apaciguarlos por medio de ofrendas de nueces de coco. El primer buque que percibieron los indijenas fué tomado por estos como el alma de uno de sus parientes muertos de poco tiempo. El terreno en que yacen los muertos es sagrado; los cuerpos envueltos en mortajas son soterrados, y como se supone que el alma visita aquel sitio de cuando en cuando, depositan agua y víveres para su uso. Estas funciones se confian á ciertas personas que se hallan íntimamente persuadidas de que les sobrevendria algun infortunio si faltasen á semejantes deberes. La poblacion de la isla Heiou no escede al parecer de 100 habitantes.

La isla Heiou es semejante á las islas bajas de que hemos hablado, y se compone de lenguas de corales muy estrechas cubiertas de árboles á barlovento, pero enteramente áridas á sotavento. Su lonjitud es de treinta millas y su anchura de cinco; Bougainville la descubrió en 1768, y la denominó isla de la Harpa á causa de su forma; Cook la visitó al año siguiente y la designó por la propia causa bajo el nombre de isla Bow. El capitan Duperrey la reconoció tambien en 1823, y Beechey fijó su posicion en 1826 á los 18° 26' lat. S. y á los 142° 59' lonj. O. (medio).

El dia 10 por la tarde nos hicímos á la vela, y al dia siguiente por la mañana costeámos de cerca Dawa-Hidi, cadena de islotes bajos, nemorosos y poblados, de ocho á diez millas de lonjitud, descubierta probablemente en 1769 por Bougainville, visitada el año siguiente por Cook y comprendida en sus *two-groups*. Este navegante persiguió de lejos á sus habitantes que le parecieron bien formados, y armados de lanzas. En 1826 Beechey calculó su posicion á los 18° 12' lat. S. y á los 144° 38' lonj. O. (medio).

A las 10 de la mañana costeábamos otra isla, la isla Bird, baja, inhabitada y con cuatro millas de circuíto á lo mas. Boungainville la descubrió en 1768 sin dignarse mencionarla; y Cook la visitó al año siguiente denominándola isla Bird (pájaro), y Beechey en 1826 colocándola á los 17° 48' lat. S. y á los 145° 27' lonj. O. (punta S.).

Pasámos despues á cuatro ó cinco millas de distancia S. de la isla Croker, pequeña isla baja de seis ó siete millas de largo sobre una de ancho. Bougainville la visitó en 1768 sin darle nombre alguno, pero Beechey la bautizó con el de Croker, aunque con fundamento puede creerse que no es otra que la isla San Quintin del Español Bonechea, visitada en 1772 y 1774. Está situada á los 17° 26' lat. S. y á los 145° 47' lonj. O.

Al salir de la isla Croker llevámos el rumbo hácia el O. y costeámos otro grupo de islas bajas y arboladas mas considerables que las precedentes. Era un ringle de islotes bajos de diversos tamaños, que tenian almenos quince millas de largo sobre cinco ó seis de ancho. La humareda de las chozas indicaba que estas tierras eran pobladas. « Esta es la isla Anaa, me dijo el capitan, descubierta por Cook y llamada por él mismo isla Chain. En 1773 volvióla á ver, pero sin visitarla: es la misma sin duda que Bonechea llamó en 1772 isla de *Todos los Santos*. Beechey la visitó tambien en 1826 y la colocó á los 17° 26' lat. S. y á los 147° 50' lonj. O. (medio). Este navegante no la visitó, pero en una isleta situada al S. E. de Touï-Touï y que denominó Byam, encontró unos cuarenta naturales, orijinarios de Anaa y convertidos al cristianismo. Esta emigracion tuvo lugar en los términos siguientes. Tributaria de Taiti, no obstante sus 200 millas de distancia, Anaa habia enviado al jefe Tou-Wari con 150 naturales á saludar en aquella isla al jóven Pomare que acababa de subir al trono. Hallándose á la vista de Taiti, dispersáronse las piraguas á impulsos de los vientos del O.; perdiéronse dos, y la tercera aportó en la isla Barrow y tocó en Byam despues de haber perdido una parte de su tripulacion. Allí fué donde los encontró Beechey, que accediendo á sus reiteradas instancias tomó á bordo á Tou-Wari y lo trasladó á su patria.»

La isla de Anaa, dependiente de Taiti, es actualmente toda cristiana, y suministra misioneros á los demas puntos del archipiélago de Pomotou.

Cuanto pudiéramos ver de aquellas islas sobre nuestro derrotero, era visitado ya. En consecuencia íbamos á dirijirnos sobre Taiti sin temer aquellos escollos coralíjenos, sumamente peligrosos á causa de su poca elevacion. Sin embargo, á derecha é izquierda dejábamos una multitud de islas y de islotes poco conocidos y frecuentados en su mayor parte. Reunir aquí su descripcion tal como la presentan los mas modernos descubrimientos, es prestar un servicio á la jeografía, y esperamos que en obsequio á la utilidad nos disimulará el lector esta digresion sobre un terreno árido, pero positivo.

El nombre de Pomotou aplicado al archipiélago de que tratamos, indica en el idioma de Taiti todas las islas bajas situadas á barlovento con respecto á Taiti. Este nombre ha reemplazado á diversas apelaciones de archipiélago peligroso, mar malo, islas bajas, que diversos navegantes han dado á este grupo de islas. Este archipiélago se estiende en un espacio de 500 leguas del E. S. E. al O. N. O., desde la isla Ducie hasta la isla Lazareff., sobre una anchura variable que no escede de 140 leguas en su mayor dimension. Todas las islas, ó mas bien los grupos de islas que lo componen, á escepcion de Pitcairn y de Gambier, son tierras bajas madrepóricas, que circundan un lago interior, inhabitadas ó pobladas de una rasa polinesia.

Estas islas son en número de unas sesenta, y como hemos ya visto muchas de ellas, hablarémos ahora de las demas.

I. Cockburn, pequeña isla baja, inhabitada, con un lago en el interior. Fué descubierta por Beechey en 1826, y tiene cuatro millas de largo sobre tres de ancho. Está situada á los 22° 12' lat. S. y á los 141 lonj. O. (punta N.E.)

I. Osnaburg; grupo de islotes bajos, nemorosos é inhabitados, que circundan un espacioso lago interior. Carteret lo descubrió en 1767; en 1792 presenció el naufrajio del buque ballenero *Matilda*, y Beechey que lo visitó en 1826, encontró los restos de aquel naufrajio. Parecia no haber tenido otros habitantes que algunas aves marinas, lagartos y tortugas. Su lonjitud es de quince millas de E. á O. sobre siete de N. á S. y está situada á los 21° 50' lat. S. y á los 141° 5' lonj. O. (punta E.)

I. Lagon de bligh; islote bajo, nemoroso y poblado, con un lago. Bligh lo descubrió en 1792, y Beechey lo visitó en 1826: sus naturales van casi desnudos; su tinte es muy moreno y sus cabellos están reunidos en un nudo sobre la cabeza. Cuando apareció Beechey, lo acojieron con lanzas, macanas y piedras. Está situado á los 21° 38' lat. S. y á los 142° 58' lonj. O. (punta N.).

I. Barrow; pequeño islote, bajo y arbolado, de cuatro á cinco millas de circuito, con un lago interior. Beechey lo descubrió y visitó en 1826 y encontró en él algunos vestijios de ocupacion reciente. Estaba cubierto de bosques de cocotero, sævola, casuarina, y pemphis que formaban frescas y agradables sombras. Está situa-

do á los 20° 45' lat. S. y á los 141° 24' lonj. O.

I. Clermont, baja, arbolada, con un lago interior. El capitan Bell de la *Minerva*, la descubrió en 1822, y el capitan Duperrey la visitó al año siguiente, encontrando por la noche á su buque á muy corta distancia de sus rompientes. Beechey la visitó en 1826: los habitantes iban casi desnudos; mostrábanse recelosos y siempre armados, y uno de ellos tenia el color de un negro de África. El grupo entero tiene doce millas de N.E. al S.E. sobre tres ó cuatro de ancho. Está situado á los 18° 28' lat. S. y á los 138° 47' lonj. O. (punta N.).

I. Serles, grupo de islas bajas, arboladas, con un lago. Wilson le descubrió en 1777, y observó en él un moraï y algunas señales de poblacion. Duperrey lo vió de lejos en 1823, y Beechey se acercó á él en 1826, encontrando algunos naturales semejantes á los de las islas ya descritas. La isla Serles tiene siete millas y media de largo sobre dos de ancho, y está situada á los 18° 22' lat. S. y á los 139° 17' lonj. O. (punta S. E.).

I. San Pablo, conservado en algunos antiguos mapas españoles, pero buscado inútilmente por los navegantes modernos.

I. Narciso, baja, nemorosa, selvosa, con un lago interior; visitada en 1822 por los capitanes Clarke y Humphrey, y en 1823 por Duperrey. Esta isla tiene ocho millas de largo de E. N. E. al O. S. O. sobre una ó dos de ancho, y está situada á los 17° 20' lat. N. y á los 140° 48' lonj. O. (medio).

I. Lanceros, baja, redonda y arbolada, sin lago. Fué descubierta en 1768 por Bougainville, que le aplicó este nombre por haber observado en ella habitantes armados de lanzas; y visitada al año siguiente por Cook, que la denominó Thrumb-Cap. Beechey la halló inhabitada en 1826. Tiene tres ó cuatro millas de circuito, y está situada á los 18° 30' lat. S. y á los 141° 30' lonj. O. (punta N. O.).

I. Tehai, grupo de islotes bajos, arbolados y habitados, con un lago interior. Bougainville fué el primero que le vió de lejos y le apellidó los Cuatro-Facardins; pero al año siguiente Cook cambió esta designacion por la de la isla del Lagon. Beechey, en 1826, comunicó con los salvajes que le parecieron una raza muy singular. Aquellos naturales eran de talle atlética; sus cabellos eran lanosos y poblados, su tinte mas claro que el de los habitantes de las islas vecinas, y uno de ellos llevaba bigote con la piel tan sumamente blanca, que podia equivocarse con un Europeo. No llevaban ornamentos ni pintarroteo alguno: los hombres llevaban el maro, y á veces una estera sobre las espaldas y plumas en la cabeza; las mujeres tenian la cintura envuelta en una estera y parecian gozar de mas prerogativas que en todas las demas comarcas oceánicas. Cuando los hombres desembarcaban con algunos objetos de permuta, las mujeres los despojaban. El grupo tiene de ocho á diez millas de circuito, y está situado á los 18° 43' lat. S. y á los 141° 10' lonj. O. (arboleda situada al O).

I. Gloucester, baja, arenosa é inhabitada. Reunida á las tres siguientes, esta isla forma el grupo que Quiros denominó *Cuatro-Coronados*. Carteret la visitó en 1667; *el Margaret* en 1803, y Beechey en 1826, en cuya época ecsistia un moraï de piedra en la punta S. E. Está situada á los 20° 37' lat. S. y á los 145° 23' lonj. O. (medio).

I. San Miguel, descubierta por Quiros en 1606, y visitada en 1767 por Carteret, que la tomó por una de las islas Gloucester. Está situada á los 20° 33' lat. S. y á los 145° 41' lonj. O.

I. Margaret, pequeña isla baja, nemorosa y poblada, descubierta en 1803 por el *Margaret*. Turnbull comerció con los habitantes, con su tinte obscuro y sus cabellos largos, que se presentaron armados de lanzas. Está situada á los 20° 24' lat. S. y á los 145° 34' lonj. O.

I. Turnbull, baja, poblada y de tres millas de largo, descubierta por el *Margaret* en 1803. Está situada á los 20° 0' lat. S. y á los 145° 39' lonj. O.

I. Britomart, descubierta en 1822, aunque probablemente es la misma que el *San Pablo* de Quiros. Está situada á los 19° 52' lat. S. y á los 147° 44' lonj. O.

I. Cumberland, baja y arbolada, descubierta por Wallis en 1767, y visitada por Beechey en 1826. Tiene de ocho á diez millas de largo del O. N. O. al E. S. E. sobre dos de ancho, y está situada á los 19° 11' lat. S. y á los 143° 35' lonj. O. (medio).

I. Biam, baja, de doce millas de circuito, con un lago, descubierta en 1826 por Beechey. Está situada á los 19° 48' lat. S. y á los 142° 45' lonj. O. (punta N. O).

I. William-Henry, cadena de pequeñas islas bajas, arboladas y situadas en un mismo arrecife de ocho millas del O. N. O. al E. S. E. Fué descubierta por Wallis en 1767, y visitada por Duperrey en 1823 y por Beechey en 1826. Está situada á los 18° 45' lat. S. y á los 144° 11' lonj. O. (medio).

I. Maracau, uno de los *Two-gromps*, descubierto por Cook en 1769, y visitado por Beechey en 1826. Son islas bajas, nemorosas y pobladas de doce á trece millas de estension del N. N. O. al S. S. E. Cook encontró en este grupo naturales de tinte moreno, bien formados, desnudos, con la cabellera recojida en una redecilla. Está situada á los 18° 4' lat. S. y á los 144° 36' lonj. O. (medio).

I. Buyers, bajas y cercanas; descubiertas por el *Margaret* en 1803. Están situadas á los 18° 7' lat. S. y á los 145° 24' lonj. O. (medio).

I. Manou, descubierta en 1774 por Bonechea, que la apellidó *Las Animas*, visitada en 1819 por Bellinghausen, que la denominó *Moller*, en 1823 por Duperrey, y en 1826 por Beechey. Es una cadena de islotes nemorosos y poblados que se encuentran en un arrecife de diez y siete millas del N. E. al S. O. sobre siete de ancho. Está situada á los 17° 50' lat. S. y á los 143° 7' lonj. O. (medio.)

I. Towere, descubierta en 1772 por Bonechea, que la denominó *San Simon y San Judas*, visitada por Cook en 1773 y apellidada *La Resurreccion*, y encontrada en 1826 por Beechey. En 1774 los naturales rechazaron con la fuerza de las armas una invasion española. La isla, baja y arbolada, tiene cinco millas de largo, y está situada á los 17° 22' lat. S. y á los 143° 47' lonj. O. (punta S. E),

I. San Quintin, descubierta en 1772 por Bonechea y visitada por el mismo en 1774. Esta isla es probablemente *la Doubtful* de Cook, que visitó Beechey en 1826. Es baja y bien arbolada, y está situada á los 17° 19' lat. S. y á los 144° 58' lonj. O. (medio.)

I. Humphrey, descubierta por el capitan Humphrey del *Good-Hope* en 1822; isla baja y poco conocida. Está situada á los 16° 48' lat. S. y á los 143° 58' lonj. O. (medio).

I. Honden, descubierta en 1816, por Schouten, que la llamó así porque encontró en ellas algunos perros que no ladran. Fué visitada en 1816 por Kotzebue, que la denominó *Doubtul*, queriendo indicar con esto que no creía fuese la misma que la Honden de Schouten. Esta isla es baja, inhabitada y nemorosa, con un lago; su circuito es de quince á diez y ocho millas, y está situada á los 14° 50' lat. S. y á los 146° 6' lonj. O.

I. Disappointement, descubiertas por Byron en 1765, dos grupos de islas bajas, nemororas y pobladas, separados uno de otro por medio un canal de diez millas de ancho. Ájiles, activos y armados de lanzas, los naturales se opusieron á la invasion de Byron. La mas pequeña de estas islas tiene cinco leguas de circuito, y todas están cubiertas de hermosos cocoteros. Están situadas á los 14° 6' lat. S. y á los 143° 16' lonj. O. (punta N. de la mayor).

I. Predpriaie, descubierta en 1824 por Kotzebue, que la halló poblada de una raza robusta y aceitunada. Veíanse en varios puntos bajo los árboles hermosas chozas de cañas. La marejada y la actitud de los naturales impidieron un desembarque. La isla era baja y arbolada, tenia un lago interior y cuatro millas del E. N. E. al O. S. O. Está situada á los 15° 58' lat. S. y á los 142° 32' lonj. O. (medio).

I. Araktchieff, descubierta en 1819, y visitada en 1824 por Kotzebue. Esta isla es baja, habitada, con un lago. Tiene cuatro millas y media de largo de N. E. al S. O. y está situada á los 15° 49' lat. S. y á los 143° 12' lonj. O. (medio).

I. Wolchonsky, descubiertas por Bellinghausen en 1819, y visitada por Kotzebue en 1824; islas bajas que se encuentran en un arrecife de veinte y una millas de largo de N. á S. Están situadas á los 15° 46' lat. y á los 144° 29' lonj. O.

I. Barcley, descubierta por Bellinghausen en 1810, cadena de islas bajas que se encuentran en el mismo arrecife, de once millas y media de largo del N. N. E. al S. S. O. Está situada á los 16° 6' lat. N. y á los 144° 43' lonj. O.

I. Good-Hope, descubierta en 1822 por Humphrey del *Good-Hope*. Esta isla es baja, y está situada á los 16° 48' lat. S. y á los 143° 58' lonj. O. (medio).

I. Nigeri, descubierta en 1819 por Bellinghausen, isla baja de siete millas del N. al S. y á los 145° 5' lonj. O.

I. Holt, descubierta en 1803 por *el Margaret*, y visitada en 1819 por Bellinghausen, que la denominó Yermoloff; grupo de islas bajas, en un mismo arrecife de quince millas y media del N. N. O. al S. S. E. Está situado á 16° 22' lat. S. y á los 145° 28' lonj. O. (medio).

I. Philips, descubierta por el *Margaret*, en 1803. Turnbull vió á sus habitantes feroces é intratables: iban casi desnudos con el maro, y el jefe solo se distinguia por medio de un collar de ostras perleras. Bellinghausen visitó este grupo en 1819, y asigna treinta y dos millas del O. N. O. al S. S. E. al arrecife que le sirve de base. Está situada entre los 16° 28' y los 16° 42' lat. S. y entre los 145° 48' y los 146° 22' lonj. O. Puede muy bien ser que esta isla fuese la isla Holt del *Margaret*, y que la precedente fuese descubierta por Bellinghausen.

I. Furneaux, descubiertas en 1773 por Cook; islas bajas y pobladas, que encierran un lago de sesenta millas de circuito. Están situadas á los 17° 6' lat. S. y á los 145° 24' lonj. O. (medio).

I. Adventura, isla baja descubierta por Cook en 1773, pero no ha sido visitada despues por ningun navegante. Está situada á los 17° 4' lat. S. y á los 146° 38' lonj. O. (medio).

I. Tchittchacoff, descubierto por Bellinghausen en 1819; grupo de islas bajas en un arrecife de once millas del E. N. E. al O. S O. sobre tres y media de ancho. Está situado á los 16° 51' lat. S. y á los 147° 12' lonj. O.

I. Sacken, grupo de islas descubiertas por

Bellinghausen sobre un arrecife de 13 millas y media de estension del N. O. al S. E. Está situado á los 16° 29' lat. S. y á los 146° 36' lonj. O.

I. Raraka, descubierta en 1831 por el capitan Ireland, isla baja, de 5 á 20 millas de estension. Está situada á los 16° 6' lat. S. y á los 147° 16' lonj. O. (medio).

I. Wittgenstein, descubierta en 1819 por Bellinghausen, cadena situada en un arrecife de treinta y dos millas del N. O. al S. E. sobre nueve y media de anchura. Está situada entre los 16° 3' y los 16° 32' lat. S. y entre los 147° 43' y los 148° 3' lonj. O.

I. San Diego, isla alta, de una ecsistencia dudosa, que el capitan de la conserva del Español Bonechea señala hácia los 16° 50' lat. S, y á los 149° 30' lonj. O.

I. Greig, descubierto por Bellinghausen en 1819, grupo de islas bajas é inhabitadas que se encuentran en un arrecife de diez y siete millas de circuito. Está situado á los 16° 11' lat. S. y á los 148° 41' lonj. O.

I. Carlshoff, descubierta en 1722 por Roggeween, y visitada en 1824 por Kotzebue; isla baja con un lago, nemorosa, inhabitada y con diez millas de E. á O. sobre cuatro de ancho. Está situada á los 15° 27' lat. S. y á los 147° 48' lonj. O. (medio).

I. Palliser, descubiertas en 1722 por Roggeween que las denominó *Islas Perniciosas*, porque se perdió en ellas uno de sus buques, y los otros dos salieron con mucha dificultad. Los naturales eran de alta estatura; sus cabellos eran largos, y el cuerpo pintado de todo jénero de colores. Su fisonomía era tosca y feroz. Cook vió de nuevo estas islas en 1774 y las llamó Palliser; Wilson las percibió tambien en 1797, y recientemente Bellinghausen las ha esplorado en 1819, y Kotzebue en 1824. Estas islas encierran cuatro distintos grupos: el primero, situado al N., tiene sesenta millas de circuito y está situado á los 15° 17' lat. S. y á los 148° 53' lonj. O. (medio); el segundo que se encuentra al N. E., tiene catorce millas de largo sobre nueve de ancho y se halla á los 15° 28' lat. S. y á los 148° 29' lonj. O. (medio); el tercero que está al S. E., llamado *Elisabet*, de diez y nueve millas de largo del O. N. O. á E. S. E. sobre seis de ancho, está situado á los 15° 55' lat. S. y á los 148° 20' lonj. O. (medio); en fin el cuarto al S. O., de unas veinte millas de estension del E. S. E. al O. N. O., está situado á los 15° 46' lat. S. y á los 149° 5' lonj. O. (medio).

I. Romanzoff, descubierta y visitada en 1816 por Kotzebue, isla baja, desierta, y bien arbolada y de ocho á nueve millas de circuito. Está situada á los 14° 55' lat. S. y á los 146° 36' lonj. O.

I. Oura y Tiokea, descubiertas en 1616 por Schouten, que las denominó *Zondergrond*, para manifestar que no habia encontrado fondo en sus cercanías. Inclinados al robo y á la perfidia, los isleños atacaron con sus macanas á los Holandeses que se vieron obligados á hacer fuego. Hombres y mujeres, todo se defendió; los primeros con lanzan y hondas, las segundas con sus manos solamente, y saltando al pescuezo de los estranjeros. Estos naturales eran altos, bien formados, y con las orejas agujereadas. Apreciaban mucho el hierro, y procuraban arrebatar todo el que veían á bordo. Byron visitó este grupo en 1765 y lo denominó *I. King Jorje*, y habiéndole invadido á viva fuerza, procuróse algunos cocos. Las piraguas de los naturales llevaban hasta treinta hombres que las maniobraban con destreza. Byron encontró en esta isla el timon de una chalupa y diversos objetos de cobre y de hierro, restos evidentes de un naufrajio. Cuando el capitan Cook se manifestó en estas islas en 1774, los naturales no se atrevieron á romper las hostilidades, pero mostraron tanta indiférencia y aun descaro, que el capitan no pudo menos de retirarse por temor de una sorpresa, y despedirse con una andanada de su artillería. Los naturales eran mas negros y mas robustos que los de Taiti, y su pintarroteo se reducia á figuras de pez. Los hombres solo llevaban el maro, pero las mujeres iban mas cubiertas; conocian el saludo de la nariz y tenian perros como los de Taiti, pero con un pelo largo y blanco. « Empleaban, dice Forster, una especie de coclearia que llamaban *inou* para embriagar los peces, pulverizándola con ciertos testaceos. Por lo demás, el suelo se reducia á una capa muy delgada sobre un banco de corales. La lengua de estos salvajes era muy parecida á la de Taiti, aunque mas gutural, y los moraïs eran tambien los mismos. Estas islas fueron despues reconocidas por Kotzebue, al menos la del S. que denominó *Spiridow* creyéndola nueva. En 1804 volvióla á visitar y parece haber persistido en esta opinion.

Tioukea, es un grupo de islas bajas, nemorosas y pobladas, de unas treinta millas de circuito, que está situado á los 14° 27' lat. S. y á los 147° 11' lonj. O.

Oura, que es tambien una cadena de islas bajas, nemorosas y pobladas, tiene diez ó doce millas de estension del N. E. al S. O, y está situada á los 14° 29' lat. S. y á los 147° 27' lonj. O. (medio).

I. Wilson, descubierta por Wilson en 1797, que la tomó por Tioukea, visitada por Turnbull en 1803; es un grupo de islas bajas que se encuentran sobre un arrecife de veinte á treinta millas de circuito, y está situado á los 14° 28' lat. S. y á los 148° 30' lonj. O. (medio).

I. Walterland, descubierta en 1616 por Schouten, que la encontró sin habitantes, y visitada en 1797 por Wilson, que la tomó por Oura, y en 1803 por Turnbull. Es un grupo de islas bajas sobre un arrecife de veinte á treinta millas de circuito, que está situado á los 14° 36' lat. S. y á los 148° 45' lonj. O. (medio).

I. Uliegen, descubierta en 1616 por Schouten, así llamada á causa de los innumerables músticos que en ella encontró. Este capitan descubrió cinco ó seis salvajes. Roggeveen visitó en 1722 este grupo y le aplicó el nombre de Laberinto, de los arrecifes que le circundan. A lo menos puede atribuirse á estas islas lo que dice de una tierra de treinta leguas de lonjitud que encontró á veinte y cinco leguas de las islas Perniciosas. Sea como fuere, el capitan Byron las visitó en 1765, las denominó *Islas del príncipe de Gales*, y costeó su parte septentrional. *El Margaret* las apellidó en 1803 *Islas Dean*, y Kotzebue pasó por ellas en 1816 y reconoció que formaban una cordillera de islas arboladas de mas de setenta millas del E. S. E. al O. N. O. sobre veinte de anchura á lo menos con un lago interior. Están situadas entre los 149° 18' y los 150° 18' lonj. O.

I. Krusenstern, descubierta por Kotzebue en 1816, y visitada por Bellinghausen en 1819. Es una cadena de islas bajas que circundan un lago en cuyo centro se eleva una isla arbolada. El grupo tiene quince millas del N. N. E. al S. S. O., y está situado á los 15° lat. S. y á los 150° 34' lonj. O. (medio).

I. Lazareff, pequeña isla inhabitada, descubierta en 1819 por Bellinghausen, de cinco millas y media de lonjitud de E. á O. Esta isla ha sido hasta aquí la mas occidental del archipiélago Pomotou, y está situada á los 14° 56' lat. S. y á los 151° 5' lonj. O.

I. Maitia. Esta isla fué señalada por el Taitio Toupaïa á Cook en 1769, que la colocó correctamente en el mapa de las islas que conocia bajo el nombre de Mate-Hiva ó Matea. En 1774 tuvo conocimiento de ella Bonechea por medio de un piloto de Taiti; pero Turnbull es el primero que la percibió en 1803. Este navegante la describe como una meseta bastante elevada que se descubre desde siete ú ocho leguas de distancia, y cubierta de una rica vejetacion. *El Margaret* fondeó en una hermosa bahía á sotavento, y entabló relaciones con los naturales que no fueron interrumpidas por hostilidad alguna. Los usos, las costumbres, los trajes, las chozas y las piraguas tenian mucha analojía con las de Taiti; con la sola diferencia de que eran mas groseros y menos refinados. Encontróse en la isla una piragua llegada de Taiti algun tiempo antes para percibir el tributo: así que, mas bien pertenece á Taiti que á Pomotou. Su ánbito, segun Bellinghausen que la reconoció en 1819, es de cuatro millas, y está situada á los 15° 53' lat. S. y á los 150° 39' lonj. O.

CAPITULO XIII.

LLEGADA Á TAITI. — PERMANENCIA.

Apenas habian trascurrido veinte y cuatro horas desde que perdiéramos de vista el archipiélago de Pomotou, cuando se alzaba ya ante nosotros el solitario picacho de Maitia. A medida que nos acercábamos á esta isla, sucursal de Taiti, distinguíamos y ecsaminábamos fácilmente una naturaleza diversa y otro aspecto jeolójico en los escollos sin nombre, costeados pocos dias antes. No eran ya aquellos débiles arbustos que cubrian una tierra de corales, ni aquellos lagos interiores, ni aquella serie de arena ingrata, ni aquellas playas abandonadas á las aves del mar, ni aquellos arrecifes que asomaban á flor de agua; eran frondosas cumbres cortadas por sombríos y frescos barrancos, torrentes y árboles, un verdor rico y lozano, mesetas cultivadas y aldeas ocultas bajo grupos de cocoteros.

Como Pendleton sabia ya que los víveres eran menos caros en Maitia que en Taiti, mandó á Philips á tierra con una chalupa en la que quise tambien embarcarme. Bogámos hácia la parte meridional de la isla, que es la mas populosa, y los habitantes gustaban tanto de semejantes visitas, que nos hallámos en la playa con varias manadas de cerdos y canastas llenas de frutas y de legumbres. Ambas partes discutieron los precios con alguna tenacidad, pero el acuerdo fué cumplido relijiosamente, sin que hubiesen pretendido robarnos ni engañarnos sobre los objetos. Solo pude percibir de lejos la aldea, cuyo aspecto manifestaba alguna comodidad. Las casas me parecieron aseadas y circuidas de cercas. Hiciéronme observar una capilla cristiana construida en forma de óvalo, iglesia de toda la isla.

Maitia es una tierra de orijen volcánico y solo tiene cinco ó seis millas de circuito. Su altura, segun Beechey, es de 1.250 pies sobre el nivel del Océano, y su pequeña poblacion depende de Taiti, á lo menos desde la época del descubrimiento. Quiros descubrió esta isla en 1606 y la denominó *Dezena*; Wallis la visitó en 1767 y la tituló *Osnabruck*. Tuvieron lugar algunos trueques, y tambien algunos fusilazos motivados por varios robos. Al año siguiente apareció Bougainville; en 1772 Bonechea la quiso llamar *San Cristóbal*, y todos los navegantes posteriores que llegaron á Taiti por la parte del E. percibieron y visitaron Maitia. Su situacion es á los 17° 53' lat. S. y á los 150° 25' lonj. O.

Allende de Maitia, se nos aclaró el horizon-

te, y descubrímos á unas noventa millas de distancia la casi imperceptible cima de Taiti, que despuntaba en el horizonte cual simple recodo. Esta cima se ocultaba por momentos, se manifestaba despues con mas claridad, y se acrecentó á nuestra vista hasta ponerse el sol. Toda la noche corrímos hácia tierra, y al amanecer se nos presentó un admirable espectáculo, porque nos hallábamos casi á sus pies. Teníamos delante la deliciosa Taiti, esta reina polinesia, esta isla de Europa en medio del Océano salvaje; podíamos observar sus bellezas jenerales, ecsaminar los accidentes de su terreno, sus numerosos y diferentes picachos, sus hondos y solitarios valles, sus selvas pendientes en los flancos de los morros ó ajitándose como una diadema en sus fecundas crestas; podíamos admirar aquella tierra, hija de los volcanes, con su doble cinto, uno de plata y de espuma sobre arrecifes, otro de vejetacion y de verdor sobre la playa. Sí, habíase manifestado ya nuestra soñada Taiti, la isla de Wallis, de Bougainville, de Cook, esta posada, siempre abierta á las embarcaciones, participando de sus fatigas y de sus peligros, leal tras la perfidia de tantos archipiélagos, jenerosa, franca y pronta á recibir la parte civilizadora; era Taiti, la perla, el diamante de esta quinta parte del mundo, cuyo Colon fué Cook.

Al rayar del alba, casi nos hallábamos ya en nuestro destino; dejábamos á cinco millas O. S. O. la punta Vénus que forma el cabo mas septentrional de la isla, y en tres horas podíamos fondear en Matavaï, abra principal de Taiti. Como Pendleton estaba acostumbrado á recorrer aquellos parajes, llevaba el rumbo directo, cuando se descubrió una piragua detras de los arrecifes, que contenia en la popa un natural con vestido, un pantalon y una chupa, pero con los pies descalzos. Subió á bordo con mucha prontitud: «¡ah! eres tú, Tom, le dijo Pendleton al percibirle; parece que no has madrugado mucho, camarada; tu faena, como ya ves, está ya á la mitad. Pero no importa, amigo Tom, añadió viendo el aire desmadejado del piloto, así echarás mejor el resto. Vamos, el buque está á tu disposicion, Tom!» y el natural tomó entonces la posicion del timonero de Royan ó de la isla de Wright; observó el compás, encaró la bocina y dispuso la maniobra. Obedeció el *Oceánico* pasando á diez toesas del escollo del Delfin, y á las nueve de la mañana del 14 de abril se columpiaba en la bahía de Matavaï á impulsos de una marejada bastante impetuosa.

No bien habíamos anclado, cuando el buque, atestado todavía de jarcias, se cambió en bazar. Rodeaban al sloop unas cuarenta piraguas, y los naturales en breve cubrieron el puente de frutas, raíces, pagayas esculpidas, y sobre todo bellísimos mariscos. Todos estos objetos se trocaban contra los artículos de la industria europea, vestidos, camisas, sombreros, de lo que la multitud parecia muy deseosa. Ninguna descripcion es parte para describir el espectáculo que teníamos á la vista. La amalgama que ofrecian en Hawaii los vestidos y su grotesco empleo era aun muy inferior á la de Taiti. Cada uno llevaba un arrapiezo europeo, y el resto del cuerpo desnudo ó cubierto de esteras. Yo ví á un Taitio que se paseaba con el maro solo, verdadero Adan, en una desnudez casi primitiva, á escepcion de sus pies que estaban calzados con unas botas amarillas por detras; este solo llevaba un pantalon, aquel no mas que una chupa; estotro se contentaba con un sombrero negro ó blanco. Los mas sobresalientes llevaban un uniforme encarnado con charreteras de ostra, y nada era mas precioso que ver cómo batian sus caderas desnudas y pintadas.

No eran menos curiosas las escenas de su pequeño negocio. Con facilidad podia verse que el roce de los Europeos habia refinado ya sus nociones mercantiles. Antes de trocar un objeto, lo ecsaminaban y revolvian en todos sentidos, y no queriendo aun fiarse en su sola impresion, consultaban á sus camaradas sobre la conveniencia y la utilidad de la mercancia. Pero en caso de concluir el trato, cumplian legalmente sus cláusulas. El grande asunto que á la sazon estaba en boga, variaba sobre los vestidos, porque los misioneros, deseando estirpar el pintarroteo, habian recomendado á todos en jeneral y á cada uno en particular el cubrirse el cuerpo; pero en segundo lugar pedian pólvora, rom, utensilios domésticos, y por último todo cuanto veían, y aun preferian los mas estraños objetos á todos los demas. A estas permutas precedia una especie de numeracion cuya norma era el duro de España. A veces era real y circulaba en numerario; pero otras veces era ficticio y tomaba un equivalente en mercancías. Así es que el cuarto de una botella de rom, dos varas de calicot, una vara de cinta de un scheling, un cabo de galon de oro ó de plata, equivalian á un duro español. La tripulacion de Pendleton parecia entregarse en cuerpo y alma á aquel pequeño comercio; y el mismo Philips contrató mas de media hora un antiguo vestido de paño azul que nuestros marineros hubieran desdeñado. Yo solo intervine en aquel movimiento comercial para procurarme algunos mariscos brillantes, porcelanas, harpas, etc., que acababan de reunirse en los arrecifes.

Observando aquella escena singular, al principio no eché de ver que muchos naturales pasando junto á mí, me profiriesen al oído la palabra *taïo*, *taïo*, con un aire de súplica misteriosa. Por tercera vez acababa de escuchar aquella palabra, siempre reproducida, cuando me en-

contré con Philips que acababa de vender por fin su vestido azul cual hubiera podido hacerlo un judío aleman. «Ha elejido Vd. un taïo? me dijo el segundo en buen humor. — Un taïo? repliqué. Qué es pues ese taïo que me zumba siempre al oído? Lo sabe Vd.? — Un taïo es un amigo con el cual se cambia su nombre; es un protector y un protejido á la vez. Nadie permanece en Taiti sin un taïo, pues es un mueble tan de rigor como una caña en las calles de Nueva-Yorck. — Singular uso por cierto! repliqué. — Tiene sus ventajas y sus inconvenientes, continuó Philips. Todo es comun entre taïos, y casi nunca se inclina la balanza á favor del Europeo. Fuerza es decir sin embargo que no abusan del privilejio, en especial cuando no son de la clase elevada. Pendleton tiene un taïo que le cuesta caro: el antiguo secretario del gobierno, Oupa-Parou. Este hombre siempre pide, y si hubiese tenido atrevimiento para pedir el mismo *Oceánico*, no hubiera tenido dificultad en hacerlo. Dios le guarde á Vd. de caer en manos de semejante tiburon: pero por precision debe tomar un taïo, pues es de rigor.»

En consecuencia encargué que me escojiesen mi Pílades entre los isleños presentes. Entre ellos habia notado uno muy reservado y menos estrepitoso que los otros, que me habia ofrecido algunos presentes y dichome al oído repetidas veces: *Prancés, koti taïo Turvi*. Como yo no comprendia tales palabras, le habia vuelto la espalda; mas cuando Philips me lo advirtió, lo llamé, y por medio de un Inglés establecido en la colonia, ventilámos las cláusulas de nuestra intimidad pasajera. Debia ser mi guia en Taiti; llamábase Otouri: era un simple *raatira*, honrado y respetable propietario, muy celebrado en la comarca, jóven aun, de una fisonomía en que se mezclaba una espresion de bondad y de neglijencia (PL. LXVII. — 1). Otros Europeos, fundados en su continente y en su reputacion, habíanlo ya escojido como yo por su *alter ego*. Siete ú ocho años antes, cuando el paso de la corbeta francesa *la Coquilla*, habia sido el taïo del teniente de navío d'Urville, capitan en segundo de la espedicion, y poseía todavía una certificacion firmada de este oficial. Desde el instante en que fué decidida mi eleccion, Otouri fué enteramente mio: daba sus órdenes á los criados que le acompañaban y atestó mi cámara de cocos, de bananas, de telas, de lanzas y de pagayas esculpidas. Quise reconocer aquellos presentes retribuyéndolos con otros, pero me significó que aquel dia no aceptaria nada. En efecto, así lo ecsijia la costumbre; mas al dia siguiente ya no debia tener los mismos escrúpulos.

Como teníamos que estacionar muy poco tiempo en la rada de Matavaï, aprovechélo para utilizarlo del mejor modo. Al amanecer del dia siguiente estábame aguardando mi taïo en la cubierta. Descendí á su piragua, y doblando la punta Venus, hízome desembarcar en un torrente que desagua en aquel punto. A poca distancia se hallaba la casa del misionero Wilson, con su capilla contigua. Visité aquel edificio construido como las casas de los naturales, con la sola diferencia que estaba circundado de ventanas laterales desde el techo hasta el suelo en toda la lonjitud. El templo tenia bastante capacidad para recibir 300 personas que podian sentarse en bancos aseados; un pequeño cementerio rodeaba aquella iglesia. Cuando entrámos (era domingo), el templo estaba lleno, los hombres de una parte, las mujeres de otra; todos ataviados tan estrañamente, que con dificultad pude contener una carcajada: hubiérase creido ser aquello un carnaval ó un almacen de trajes. Todo lo que la Europa habia arrojado de sus guardarropas se encontraba allí, en Taiti, en hombros de sus salvajes. Los misioneros habian predicado con tanto ahinco la necesidad de cubrirse, que aquellos desgraciados se habian cubierto á todo trance con los andrajos de los Ingleses y de los Americanos. Todo se lo habian vendido nuestros marineros, y si algo conservaron para sí, era por pudor. Era de ver sobretodo uno de aquellos naturales, envuelto en una capa como un hidalgo castellano, pero con las piernas desnudas y zapatos con hebillas. No parecia sino que despreciaba á los demás con toda la amplitud de su paño y con todo el esplendor de su calzado. Mientras que tenia la libertad de sus brazos, los otros estaban reducidos á tenerlos estendidos como las alas de un telégrafo. No iban mejor vestidas las mujeres, por lo comun neglijentes. Estas llevaban camisas de hombre que ponian sus muslos de manifiesto; aquellas estaban sepultadas en piezas de tela como en una sábana, y casi todas llevaban sus cabellos cortados, un sombrerito á la inglesa, de una forma ingrata y decorado de cintas de flores. El colmo del lujo era un vestido de color.

Apesar de tantos objetos de distraccion, toda aquella asamblea permanecia alineada con órden en los bancos con seriedad, atencion y silencio. Hallábase á la sazon ante su púlpito el misionero Wilson, entonando un salmo que continuaron los fieles de un modo estrepitoso y discordante. El pastor leyó despues un capítulo de la Biblia, deteniéndose por intérvalos y arrodillándose mientras que la concurrencia se prosternaba. Duró esto una media hora, durante la que reinó el mas profundo recojimiento. Solo de cuando en cuando se volvieron hácia mí algunas jóvenes cabezas para ecsaminar mi fisonomía recien desembarcada.

Cuando salimos de la iglesia, mi taïo Otouri me hizo observar á la otra parte del torrente la

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Otouri et Cupa-parvu.

2. Le Piha, rochers basaltiques à Taïti.

2 El Piha, rocas basálticas en Taiti.

F. Bailly del.

VOYAGE
VIAJE

habitacion de M. Nott, decano de los misioneros de Taiti, y recientemente director del jóven Pomare. Al lado del templo y siempre en el ribazo del torrente, se encuentra un palacio real que sirve de residencia á la corte cuando pasa á Matavaï. Es una linda casa circundada de un verjel productivo, plantado de todo linaje de árboles frutales. En ellos se echa de ver en especial una hermosa plantacion de taro fecundado por el riego del torrente.

Despues de haber dado aquella ojeada sobre los edificios mas importantes del país, nos dirijímos hácia la playa situada en frente del fondeadero. Allí se alineaban algunas casas, y delante de sus fachadas se veían algunos naturales, agachados ó en pie, dedicados á insignificantes trabajos ó descansando con sus hijos y sus mujeres. Cuando pasé delante de ellos, casi todos me acojieron con un afable *ia ourana*, especie de saludo que corresponde á nuestros buenos dias. Algunos de ellos me invitaron á entrar y descansar en sus casas en donde los niños vinieron á brincar y jugar al rededor de mí, llevándome flores, mariscos ó mariposas. Todo aquel pueblo era dulce, tranquilo y hospitalario; en él se reconocian los isleños de Wallis, de Bougainville y de Cook, pero nunca pudímos dar con las mujeres tan agraciadas y tan celebradas de estos navegantes. Las Taitias que encontré no eran menos que beldades. Fatigadas en una edad prematura, con facciones mas bien desagradables que regulares, apenas se distinguian entre ellas un corto número de mozas á quienes la edad prestase algunos encantos y frescura. Las mujeres de Nouka-Hiva tenian una incomparable superioridad. De donde procede pues que en un intérvalo de sesenta años haya dejenerado de tal modo el tipo físico de esos pueblos? Por ventura los primeros navegantes encontraron bello lo que era bueno, ó elojiaron con ecsajeracion esta raza efectivamente notable parangonada con la sangre negra de la Melanesia? Las ilusiones de una larga travesía, la vista de las mujeres, ausente desde tan largo tiempo, el deseo de enriquecer con poéticos cuadros espediciones de suyo tan romanceras, todas estas circunstancias no pueden contribuir en algo á formar el contraste de ambas épocas? No obstante la despoblacion y dejeneracion real que se ha esperimentado desde la época del descubrimiento, debe creerse tanto mas en el concurso de todos los motivos citados, cuanto que los hombres no han decaído en proporcion á las mujeres, y la degradacion física del uno de los dos secsos sin que el otro haya sufrido una alteracion análoga, parece un hecho sobrado difícilmente esplicable para admitido. Fuerza es confesar además que el uso de los andrajos europeos, sustituídos á un traje pintoresco y salvaje, ha debido cooperar en el aspecto esterior de estos pueblos y en las impresiones que produce.

Despues de haber recorrido las casas de la playa, detúvome Otouri á la puerta de una de ellas, mas aparente que las otras y misteriosamente cubierta por un grupo de cocoteros. Era el domicilio de un gran personaje de Matavaï. Al doblar la esquina de un pequeño sendero descubrímos á Pendleton que se encaminaba tambien á la misma casa bajo la direccion de un jigante, de un Patagon oceánico, llamado Oupa-Parou, que era el taïo de Pendleton, y á quien pertenecia aquella hermosa casa. Imajínese un hombre de unos cincuenta años, de seis pies y dos pulgadas de altura, con una circumferencia de siete pies almenos, y sobre aquella mole enorme una figura infantil á causa de la espresion de dulzura y de afabilidad y de su benéfica sonrisa, y se tendrá la idea de Oupa-Parou. (Pl. LXVII. — 1). Habiéndome Pendleton presentado á él, al instante me invitó el jefe á descansar en su morada, poniéndola á mi disposicion, del propio modo que sus criados. Continuámos nuestro camino, Otouri y yo, al lado del coloso, que si hubiese caído sobre nosotros, nos hubiera aplastado con todo su peso. Su casa estaba adornada con cierto lujo semisalvaje y semi-europeo: cinco fusiles muy lucientes y muy bien conservados descansaban en un astillero al lado de macanas y pagayas esculpidas.

Salidos de allí fuímos á aparecer al valle de Matavaï. La caravana era entonces una partida cuadrada, Pendleton y yo seguidos de nuestros dos taïos. Parecíame imposible al principio que el grande Oupa-Parou pudiese poner en movimiento su enorme masa; pero, cual fué mi sorpresa cuando ví que nos avanzaba con paso seguido y sostenido!

La isla de Taiti, como la de Hawaii, es desierta en el interior y poblada solamente en las costas. La zona habitable ó mas bien la zona habitada se reduce á un espacio de tres ó cuatrocientos pasos á lo largo del mar, y aun á veces de ciento cincuenta. Matavaï es uno de los puntos en que esta zona se estiende á mayor distancia, porque el torrente que se precipita de los barrancos esteriores parece haber formado un pequeño valle de aluvion de una media legua de diámetro en todos sentidos. Si pudiese ponerse este terreno al abrigo de los derrubios de las corrientes, quedaria convertido en una llanura prodijiosamente fértil.

A una media milla de la punta Venus encontrámos el camino real que casi daba vuelta á la isla. Este camino es ancho, delicioso y orillado á ambos lados de tajeas para el derrame de las aguas. Sobre los torrentes se han echado puentes de madera, de suerte que en la actualidad ecsisten comunicaciones por tierra de una á otra

aldea, sea cual fuere la distancia que las separa.

« Este camino, me dijo Pendleton, es estraordinario en un país tan pobre; pero aun es mas estraordinario el modo como fué construido. Los pecados de los habitantes de Taiti y las galanterías de sus mujeres han nivelado y abierto esta senda. Y no se ria V.. pues va formal. La penalidad civil y la penalidad relijiosa han sido concebidas en un objeto de utilidad. A nadie se condena á la multa, á la prision ni á las galeras; sino á una especie de corvea, al trabajo de los caminos. La tasa es proporcionada al delito y varía de dos toesas hasta ciento. El culpable está obligado á desempeñar esta faena, en persona ó por medio de sus amigos ó criados, por cuyo motivo los pobres son los que mas lo pagan. Un señor ó un propietario hace trabajar á su servidumbre, una moza á sus galantes. Únicamente se sujetan personalmente al castigo las mujeres envejecidas y los mas desgraciados de los hombres. Ya vé V. que se ha necesitado muy poco tiempo para establecerse en el suelo oceánico la distincion de las clases. Este modo de hacer redundar las faltas en provecho hubiera sido bueno si no se hubiese relajado. Para obtener mayor número de delincuentes, los misioneros habian organizado antiguamente en el país una especie de espionaje; mas este sistema solo ha producido la hipocresía y el embuste. Desde entonces el esceso de rigor ha enjendrado la relajacion; ocúltanse para pecar, pero sé peca mucho mas. Dueños de Taiti y déspotas absolutos de las conciencias y de los actos, los misioneros hubieran conservado por largo tiempo este poder si no hubiesen abusado de él; por lo que va declinando gradualmente todos los dias á causa de su falta.

« Pomare II, añadió Pendleton, es el Clovis, el Constantino de Taiti. Fué el primero que abrazó el cristianismo, y el archipiélago se apresuró á imitar su ejemplo. Este rey fué en toda la carrera de su vida un ferviente neófito; dedicóse á los progresos del nuevo culto, no solamente como soberano, sino tambien como apóstol; á él debe Taiti la primera traduccion del evanjelio en su idioma. Bajo su imperio la relijion fué floreciente, pero no déspota; cuando los pastores europeos quisieron usurpar, los contuvo y los limitó. La ocasion de la minoridad de un príncipe niño, era sobrado atractiva para que no la utilizasen los misioneros. Púsose bajo su tutela á Pomare III, que fué educado cual nuevo Joas á la sombra de los tutores; de manera que sin la temprana muerte que lo ha arrebatado al mundo, Taiti obedeceria actualmente á una especie de gobierno teocrático. Cuando tuvo que darse un sucesor al difunto príncipe mas menor todavía, entronizóse de grado ó por fuerza á la jóven princesa Aïmata bajo el nombre de Pomare-Wahaine 1. Aïmata es una jóven de diez y siete años, de un carácter, vivo, de una voluntad atolondrada y de un temperamento de fuego. Difícil de dominar y conducir, debia renovar en su corte las disoluciones todavía recientes de la célebre Idia, mujer de su abuelo Pomare I. Al principio de su reinado, puso alguna templanza en su conducta; pero animada poco á poco por el ejemplo de su madre y de su tia, abandonóse enteramente al empuje de su ardiente organizacion. Como era la reina, no podia ser condenada á cien toesas de camino: sin embargo la corte la imitaba bajo la proteccion del alumno de los misioneros, y dejeneró en libertina bajo la jóven Mesalina, pasando este ejemplo á las clases inferiores. Hasta aquí los misioneros nada han encontrado eficaz contra tan fatal libertinaje: repetidas veces se ha tratado de pronunciar la espulsion de la reina, pero nunca se ha tenido bastante atrevimiento. El pastor Wilson, á quien dejó al instante me ha hablado de una liga de jefes descontentos que se han reunido en Papaï-Iti. Algo se aguarda de esta leva de broqueles.

« Aun hay mas. Los misioneros no solo se hallan amenazados aquí, sino tambien en su metrópoli: la sociedad de las misiones ha conocido la tendencia ambiciosa de sus delegados; ha procurado que los evanjelistas de la Oceania no se mezclasen tan á menudo y con tanto empeño en los asuntos temporales, y ha columbrado que cuando no podian alcanzar el poder, se dejaban llevar del deseo de enriquecerse y convertirse en grandes propietarios y aun comerciantes. Bajo este supuesto ha juzgado que semejante direccion no se conformaba á la letra y espíritu de su mandato y que era aun tiempo de recordarles esta palabra de Cristo: « Mi reino no es de este mundo. » En consecuencia se ha ventilado en Taiti esta cuestion especial, y que siendo la isla enteramente cristiana, no habia inconveniente alguno en dejarla sin apóstoles que serian mejor empleados en los países salvajes é idólatras. Puede V. figurarse cuánto les preocupa este lejano incidente en medio de las complicaciones locales. »

Durante esta conversacion habíamos subido un morro que domina esta punta de la isla y desde el que lo divisábamos todo. Matavaï, sus casas, sus capillas, sus grupos de cocoteros y de árboles de pan, la punta de Vénus con su pabellon; á la izquierda los reales techos de Papaoa blanqueando entre los otros, y el todo circuído por una linea de rompientes sobre los que bamboleaban algunas piraguas pescadoras. En aquel morro, llamado Taha-Raï, y en una cabaña cuyos restos vímos, acostumbraba descansar el rey Pomare cuando hacia á pie el camino de Papaoa á Matavaï. Wallis y Cook llamaron á aquel sitio *el Cabo del árbol*, á causa de un árbol aislado que lo terminaba.

Los dias siguientes continuaron nuestras escursiones. Mi bravo taïo deseaba ante todo que visitase su habitacion del interior. Lo que poseía en Matavaï solo era un palmo de terreno; pero su verdadera casa, donde habitaban su mujer y sus hijos, estaba situada entre Matavaï y Papaoa. Una media hora de marcha nos condujo á una morada cómoda y decente: en el esterior todo indicaba un aseo no interrumpido; en el interior todo manifestaba comodidad. En él figuraban cuatro ó cinco fusiles, vestidos de mujer, utensilios domésticos y en especial botellas y ollas, como otros tantos recuerdos dejados por taïos europeos. La hospitalidad era pues practicada en aquella casa con tanto mas beneficio, cuanto mas habitual y provechosa habia sido. Acojióme la mujer de Otouri con los brazos abiertos; no era jóven ya, pero tenia dos hijas de doce á catorce años que parecian dispuestas á suplir á su madre, si hubiese sido preciso llevar hasta el cabo la adhesion á un huésped. En cuanto á mí, no quise abusar de ellas; todo se redujo á un magnífico banquete taitio que dividí con la familia, un cerdo asado todo entero, dos gallinas, pescado cocido en hojas de banano, fruto del árbol del pan y una botella de rom con agua. Terminado el convite, me ejecuté á mi vez: en mi pequeña pacotilla de objetos llevados de Calcuta y de la China, escojiera una vieja pistola, un uniforme encarnado, dos camisas blancas y dos de color; ademas (y no dudaba de la importancia de mi presente), tres varas de falso galon dorado, algunos cuchillos, espejos y collares de vidrio. La vista del galon causó una revolucion en la familia; la madre, las hijas los muchachos y el padre echaron á pernear al través de la casa. La señora Otouri me saltó al cuello haciendo otro tanto sus dos hijas primojénitas; creí que me sofocaban de reconocimiento. «Sobre todo le encargamos que no vulgarize que poseemos esto,» me decia cada una. No sabia yo de donde me venia aquel júbilo y aquella fiesta. Al dia siguiente, despues de haber interrogado á Pendleton en este punto, supe que el galon de oro hacia furor en la isla; que muchas nobles señoras, de las mas lindas y ricas, se hubieran puesto á mi discrecion por mi presente de la víspera, y que la misma reina hubiera pagado las tres varas ofrecidas con cincuenta cerdos almenos. A esta noticia no pude menos de quedar estupefacto, pues habia sido verdaderamente jeneroso hácia la mujer de mi buen taïo.

El afecto que me profesaba Otouri tomó desde entonces un carácter de fanatismo; hasta se hubiera arrojado al fuego por poco que me hubiese placido: siempre fué mi guia y mi proveedor gratuito. Mi galon me fué pues retribuído mucho mas allá de su valor.

Nuestra primera correría interior tuvo por objeto el hermoso valle de Matavaï. Partidos desde el amanecer, atravesámos el torrente, Otouri al agua y yo sobre sus espaldas; y dirijiéndonos despues hácia la montaña, seguímos aquel vallecillo, actualmente desierto, pero que Cook encontró tan populoso. El suelo era sin embargo magnífico y cubierto de bosques de cocoteros y de árboles del pan. Á tres millas de distancia del mar se estrecha el valle y se acercan los campos y las montañas; tapizados hasta allí de matorrales, erízanse de frondosos árboles á lo largo de sus mas abruptos vertientes; varios faetontes de plumas blancas se ciernen sobre aquellas soledades, al paso que hermosas tortolillas, papagayos verdes y golondrinas vienen á rozar al viajero. La base del peñon ofrece una piedra porosa y muy negra. Por acá y acullá el agua filtrada á través de la roca serpentea en arroyuelos, ó se despeña en cascadas. En aquellos valles que apenas ilumina el sol cuatro horas diarias, reina una frescura constante y deliciosa.

Empezaba entonces el suelo á subir sobre un plan mas rápido: á cada minuto era preciso, para satisfacer los caprichos del torrente, atravesar su lecho para encontrar el único ribazo que dejaba practicable al pie de sus paredes basálticas. En el decurso de nuestro rumbo reuniéramos cinco ó seis niños, que pedian como un favor la autorizacion de seguirnos. Iban al rededor de mí jugueteando como lebreros, yendo á cojer una flor ó una planta, ó para llevarme una piedra ó el pájaro que habia muerto con mi fusil. Es imposible formarse idea de la agudeza de su vista, pues encontraban la caza muerta en medio del mas impenetrable bosque. Un grano de vidrio retribuía largamente su asistencia.

Despues de un desayuno frugal, llegámos á las diez á un punto en que el torrente encajado entre unas rocas, se precipita de sesenta á ochenta pies de altura vertical. Como su volúmen no era á la sazon muy considerable, una parte del agua, azotada por el viento, se derramaba en gotas pequeñas, y caía en una lluvia muy fina; el resto serpenteaba espumando á lo largo de los agujeros abiertos en las rocas.

A mayor distancia el aspecto del sitio era aun mas imponente. Ensanchábase la ribera izquierda del torrente y ofrecia terreno en un vasto boscaje, mientras que á la derecha se elevaba la muralla vertical á cien pies de altura formando prismas basálticos como los de la calzada de los Jigantes. Todos estos prismas que tienen de cuatro á seis pulgadas de diámetro, afectan una direccion ecsactamente perpendicular, á escepcion de su parte inferior, de diez ó doce pies de altura, donde se desvían bajo un ángulo de unos

45° fuera del plan jeneral. En la parte esterior cae al torrente en forma de rocío un chorro dividido desde la cima. Allende se precipita con fracaso de una elevacion inmensa una voluminosa columna de agua, cuya caída produce tal estruendo, que domina y anula la voz humana mas sonora. Los naturales aplicaron á esta hermosa y rimbombante cascada el nombre de *Piha* (Pl. LXVII. — 2), y una multitud de sus primitivas supersticiones se encuentran relativas á este sitio.

Mas allá del Piha se estrecha el valle hasta tal punto, que es preciso caminar por el mismo lecho del torrente, á veces con el agua hasta el sobaco. Quise proseguir; pero á corta distancia se presentó un monton de rocas por donde se escapaba el agua borbotando. Forzando este obstáculo, tal vez hubiéramos hallado el acceso de uno de los picachos de la isla, pero la fatiga y la aprocsimacion de la noche indujéronnos á regresar á Matavaï. Dos horas despues comí en la cabaña de Otouri con pescado asado y muy hermosos salicotes.

Seria sobrado prolijo entrar en los pormenores de todas mis incursiones al interior. Caminante infatigable y ardiente, aun no me dí en nuestro recalo de Matavaï cuatro horas seguidas de reposo. Ví todo cuanto podia verse; me encaramé á todos los sitios señalados por los viajeros, y aun creé otros itinerarios para el jeólogo y el naturalista. Así es que cierto dia el pobre Otouri se vió obligado, bien que con repugnancia, á abrirme un camino hácia la cima de Mowa, que ningun Europeo ha visitado todavía. Subímos la montaña por el morro Taha-Raï, caminando por espacio de algunas horas en un camino rápido, pero practicable, y obligados despues á subir un peñon perpendicular ausiliándonos de las malezas. Cansados de esta suerte llegámos á la última meseta que sirve de base al pico. Allí, en aquella naturaleza que animaba el vuelo de algunos faetontes, reconocí varios árboles de las altas zonas, en medio de los cuales se veían los cyateos arborescentes desplegando sus graciosas copas. A derecha é izquierda se percibia un bosquecillo con sus frescas y obscuras bóvedas. Estábamos á 1.200 toesas de altura, siendo así que el pico tendria unos 1.700. Desde el punto en que nos encontrábamos, se ofrecia una bella perspectiva: teníamos á la vista tres partes de la isla, toda la playa del N. con sus rompientes; los picachos de Eïmeo y de Tabou-Emanou, y aun las tierras bajas de Tetoua-Roa en una distancia de doce leguas. Escitado por semejante espectáculo, deseé otro aun mas pomposo, y como diese á Otouri la señal de partir, mi pobre taïo meneó la cabeza: «Imposible! me dijo, no hay camino. — Probémoslo.» Apesar de su debilidad, lo probámos; pero en breve reconocí fácilmente que emprendia una tarea imposible. Los senderos nos faltaban pues, por lo que fué preciso valerse de los pies y de las manos para abrir un camino al través de las espinosas ó resistentes malezas, dejando á cada maleza un arrapiezo de nuestros vestidos. Despues de una media hora de lucha, renunció á la partida con grande satisfaccion de mi taïo, y regresámos á Matavaï.

Una campaña mas prolongada, pero mucho menos penosa, es la que nos condujo á un célebre lago del interior llamado Wahi-Ria, reservatorio misterioso cuyas aguas, segun los naturales, no tenian fondo, y cuyos bordes eran poblados de malos jenios. Esta vez se aumentara mi escolta, y al lado de mi taïo que me trasladaba en su piragua, iba un guardia de corps de la jóven reina, gallardo soldado taitio llamado Maï-Titi, cuyo rango y profesion debian asegurarme en toda la isla el respeto y la sumision. Cinco ó seis años antes, Maï-Titi, con grande satisfaccion suya, habia conducido al mismo sitio á un Ruso llamado *Raatira Russia*, que despues he sabido ser el naturalista Koffmann. El guardia de corps llevaba orgullosamente en la espalda un fusil, y una canana vacía en sus riñones.

Concluídos todos los preparativos, nos hicimos á la vela con el ausilio de una brisa favorable de E. que nos empujó rápidamente hácia Paï-Oni, en los confines del distrito de Ata-Hourou, donde la calma nos obligó á valernos de las pagayas. Apesar de esta pequeña demora, pudimos desembarcar por la tarde y pernoctar en Teboutoa-tea, en el distrito de Papara, donde se encontraba el célebre moraï de Papara elevado por el abuelo de Taati en honor del dios Oro, su protector en sus guerras contra Pomare. Maï-Titi quiso conducirme hácia los vestijios de aquel templo, apesar de la resistencia de Otouri, cuyo puritanismo cristiano se escandalizaba á aquel espectáculo, y me esplicó con entusiasmo los gloriosos recuerdos que escitaba.

Al amanecer del dia siguiente proseguímos nuestro camino por tierra, mientras la piragua debia aguardarnos en Tera-Wau, el punto mas estrecho del itsmo que une Taiti á Taïrabou. Pasámos por Waï-Ridi, aldea litoral, y despues dejámos la playa para encaminarnos al interior. El camino, elevándose al principio sobre un plano muy dulce, nos guió á un valle encantador encajado de rocas basálticas semejantes á las del Piha. En aquel lecho volcanico deslizábanse varios arroyos, pequeños afluentes del rio que corria por aquel barranco. Era la mayor corriente de toda la isla, no ya sombreada de cocoteros y de árboles del pan, sino de ananas y de naranjos cuyos frutos tenian un sabor esquisito.

El camino estaba sembrado de trecho en trecho

de algunas chozas que contienen la mezquina poblacion del valle. Pernoctámos en una de ellas donde nos sirvieron un cerdo entero asado bajo de tierra y algunas frutas. Estos víveres, juntamente con el bizcocho y el rom que nos habian llegado, nos compusieron una escelente cena de la que participaron nuestros huéspedes sin olvidarse de su *Benedicite* cristiano. Una sábana espesa de esteras y dos grandes piezas de tapa nos sirvieron de lecho donde dormí á las mil maravillas. Maï-Titi miraba esta hospitalidad como un deber, pero me creí en estado de reconocerla por el don de un cuchillo, un par de tijeras y una botella vacía, don que pareció satisfacer á aquella pobre familia.

A medida que nos internábamos en el valle, presentaba mas bellezas salvajes. Ocupaba mas espacio, y en cada uno de sus lados se elevaban paredes verticales de 1.000 pies de altura, entrecortadas de cascadas con chorritos de plata. Un hombre del país, un tal Tibou, amigo de Maï-Titi, nos guió hasta el fin de la zona habitada, en cuyo término despareció un sendero trazado. Fuénos preciso subir por morros que se sucedian pasando al principio ante una laguna en cuyo alrededor corrian cerdos silvestres, y como por último esfuerzo, llegámos al pie del famoso lago, ensenada de agua dulce y de una milla de circuito. Orillado por una parte de rocas perpendiculares de 1.500 de altura; por otra de un terreno de suave inclinacion, ostentaba en sus playas prismas basálticos bastante regulares, aglomerados confusamente y mezclados con balumbas de lava vesicular y porosa. Las aguas del lago, alimentadas por arroyos descendidos de las rocas circumvecinas, parecen tener una salida subterranea para colarse. La mayor profundidad de aquella ensenada es de once toesas en los bordes y de diez y siete en el centro. Dícese que se encuentran en él anguilas monstruosas, suceso ya observado en las profundas ensenadas de la Isla de Francia. Por lo demas, el lago de Taiti no ofrece ningun carácter que lo distinga de los demas reservatorios de agua dulce situados á grandes alturas.

Aquella misma noche volvímonos á casa de Tibou, y al dia siguiente pasámos de nuevo á nuestras piraguas que por una maniobra bastante singular se habia hecho saltar por encima de la tierra firme. Aprovechando una alta marea, los marineros de Otouri habian salvado por agua el istmo estrecho y muy bajo que separa las dos islas casi contiguas. En nuestra nueva travesia observámos los distritos de Hidia, Waha-Heina y Wapaï-Ano, y dos dias despues pasé á bordo del *Oceánico*, dando la vuelta completa á la gran península de Taiti.

Allí encontré á Pendleton á punto de concluir sus quehaceres. Harto cargado de negocios hasta entonces, habia diferido hasta el dia siguiente una visita de rigor á la corte de la jóven reina que residia en Papara. Yo llegué con oportunidad para engrosar su comitiva. Pendleton no manifestó mucha satisfaccion del mercado de Matavaï, pues aunque el gusto de las cosas de lujo, de los vestidos, de los galones y de los objetos de Europa era sin duda mas vivo entre los isleños, pero faltaban los objetos de permuta, y era fácil de prever que Taiti no ofreceria en breve recursos de ningun jénero á los traficantes de ultramar. Para satisfacer las necesidades del tocador y la compra de los vestidos que ecsijian los misioneros, habian llegado los naturales á imponerse privaciones alimenticias. Así es que esta isla, poco rica en productos y en brazos, se hallaba abandonada á una miseria y despoblacion graduales.

Tampoco pudo Pendleton encontrar en Taiti los artículos de que tenia que abastecerse. Veíase obligado á recorrer el archipiélago de rada en rada y de escala en escala desmontando su acostumbrada filosofía. Cuando desembarcámos para ir á rendir nuestros homenajes á la jóven soberana, estaba aun abatido por esta impresion. «Taiti va decayendo, me dijo; y es que se ocupa demasiado de placeres y de *pala-palas* (oraciones). Uno se enerva aquí en la desenvoltura ó se absorve en la devocion, y durante este tiempo la tierra no se cultiva. El año se pierde en fiestas y partidas libertinas, y ademas todo se ecsajera, á escepcion del trabajo, hácia el cual nadie se manifiesta apasionado. Estos hombres se entregan sobrado á la afeminacion que les destina á perecer. Ahora verá V. esa corte de mujeres; Roma y Ejipto no la tuvieron nas depravada.»

Conversando así llegámos á un muelle cómodo y bien conservado, que conducia á la residencia real. Este arrabal de la isla es encantador, nemoroso, cultivado y cubierto de árboles frutales mezclados con el barringtonia y el casuarina formando sotillos útiles y deliciosos. Apenas nos percibió la guardia de palacio, disparó algunos tiros á guisa de saludo. Esta guardia, conforme á los demas naturales, iba medio vestida y medio armada; grotesca en sus andrajos, pero seria y ejecutando de un modo asaz pasajero el manejo de las armas. La residencia real era una casa mas espaciosa que las demás, con un techo sostenido por una doble serie de columnas. Su única division consiste en un compartimiento transversal que la divide en dos piezas, sirviendo la una de antesala á la otra, donde acostumbran permanecer los guardias de corps. En la segunda habitan la corte y la familia real. Cuando entrámos, las tres princesas estaban sentadas en sillas; la jóven reina descansaba en un sillon de brazos, y los cortesanos permanecian en pie. A nuestro acceso se levantaron las tres nobles

damas y nos tocaron la mano con cierta sonrisa. La jóven reina Pomare-Wahine I no podia decirse una beldad, pero tenia un semblante mas intelijente que sus compañeras. Sus ojos sobretodo brillaban con una petulancia y una viveza que parecian una provocacion. A su derecha figuraba su madre Pomare-Wahine, mujer de unos cincuenta años, y á su izquierda, su tia, la reina Tere-moe-moe madre del jóven Pomare III fallecido recientemente (Pl. LXVII.—3). Tere-moe-moe era mas jóven que su hermana, y conservaba todavía algunos restos de aquella belleza que tan cara la hiciera á su esposo.

Veíanse junto á estas princesas los jefes mas ditinguidos de la isla; Outami, aliado de la familia real, Hitoti y Pawaii, dos hermanos, los mas ricos propietarios de la comarca; y Taati, hombre no menos influyente y enteramente adicto á la direccion de los misioneros. Venian tras estos, otros naturales no menos poderosos, clientes de los ariis nombrados, ó retenidos en la corte por la naturaleza de sus funciones.

Despues de los primeros cumplimientos se dió principio á los negocios. La rejente condujo la conversacion: trató abiertamente á vista de los estranjeros los grandes secretos del Estado, refirió el modo como el capitan Sandilands acababa de terminar amistosamente las pequeñas diferencias que ecsistian entre la corona y los diversos jefes de la isla, y la garantía de paz y de prosperidad venidera que ofrecia aquella transaccion. « Hoy mismo partimos para Raïatea, con la reina, á fin de que nadie se anticipe á llevar esta buena noticia á nuestro abuelo, el viejo rey Tamatoa. — Os volveré pues á ver en Raïatea, princesas, dijo Pendleton, porque he resuelto conducir allí mi *Oceánico*. Nuestro sloop celebrará una fiesta al recibiros. » Se les prometió esto formalmente, y acabó la audiencia no sin graciosas y risueñas sonrisas de parte de Pomare-Wahine.

Poco tiempo nos quedaba para visitar á Papara y el distrito adyacente de Pare. Constituyóse nuestro guia el colosal Oupa-Parou, que al principio nos dirijó hácia la tumba del célebre Pomare II, situada á corta distancia del palacio real. Esta tumba consiste en un pequeño edificio de mampostería, con una hoya para el cuerpo, circundado de una empalizada y guarnecido interiormente de bellos casuarinas y barringtonias. Al lado de la tumba figuran tres cañones enclavados por temor de algun accidente (Pl. LXVII. — 4).

A poca distancia del palacio alzábase un inmenso soportal, especie de Foro lejislativo donde se reunian poco antes los habitantes procedentes de todas las islas del archipiélago. Este soportal tenia seiscientos pies de lonjitud sobre sesenta de ancho, y podia contener á toda la poblacion taitia. No pocas veces se reunieron en aquel recinto ya para escuchar la palabra de los evanjelistas cristianos, ya para ventilar las leyes y las constituciones del reino. En nuestros dias aquellas asambleas no tienen lugar con tanta regularidad, y el soportal se va arruinando gradualmente. Taiti es un fruto que ha madurado con sobrada madurez, y se ha hartado con no menos velocidad.

Al salir de aquel recinto lúgubre y solitario, encontrámos la campiña deliciosa por esta parte. Percibímos de paso los colonos de Pitcairn acampados en el terreno que les cediera la reina, descontentos de su nueva suerte, fatigados por el clima y acometidos ya de nostaljía. Saludámos, y el hijo putativo de Cristiern y el jóven Young, hijo de uno de los midshipman del *Bounty*, mas despejado é intelijente que su camarada, nos correspondió, y atravesando la rica y magnífica propiedad del isleño Taati, llegámos á la punta Ta-One donde el Inglés Bicknell estableció una fábrica de azúcar en medio de magníficos cañaverales. Las cañas, aunque mal cultivadas, se elevan á veinte ó veinte y cinco pies de altura con un grueso proporcional.

A cierta distancia del establecimiento Bicknell se encuentra el solar donde ecsistia el mejor moraï de la isla. Actualmente solo se ven algunos guijarros esparcidos por el suelo, y algunos recuerdos ya confusos en la memoria de los isleños, testimonios irrecusables de la importancia de aquel antiguo monumento. El cristianismo solo ha empleado quince años en la estirpacion radical del viejo culto indíjena. Pendleton hizo algunas preguntas á Opa-Parou sobre el templo y los sacrificios que en él se practicaban. « Todo esto era una simple locura, respondió eludiendo una respuesta directa, los misioneros nos han prohibido pensar en ello. »

A mayor distancia, y en la playa de Papaï-Iti habia la habitacion de la rejente, vasta y hermosa casa rodeada de hermosos árboles frutales; y á doscientos pasos en la misma direccion aparecian la morada y la capilla de los misioneros en una situacion propia y agradable. Uno de los mas antiguos evanjelistas que hemos ya mencionado al tratar de Nouka-Hiva, Mr. Crook, habiá ocupado por mucho tiempo aquel domicilio, pero á la sazon acababa de partir para Taiarabou en virtud de un sistema de mudanzas que ponia en práctica la Sociedad de Lóndres.

Antes de regresar á bordo, visitámos el pequeño islote de Motou-Ta, lindo sotillo de árboles que sale del medio de los arrecifes: era la atalaya de Pomare II. Allí acostado de memoria, con su botella de rom á un lado y su biblia al otro, pasaba el rey dias enteros traduciendo las Escrituras para componer su Vulgata taitia.

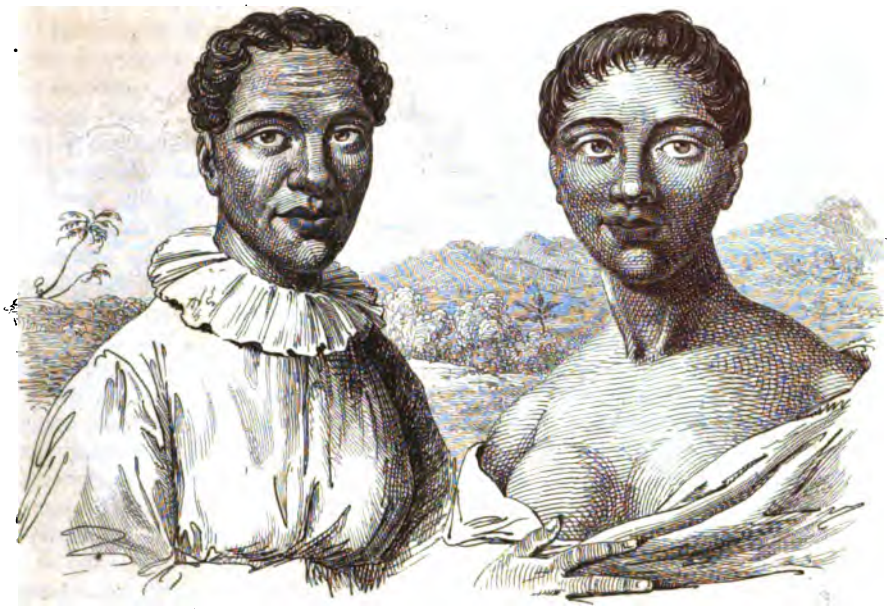
Diez dias de recalo en Matavaï habian bastado

1. Baie de Ware sur l'Ile Wahine.

1. Bahía de Ware sobre la Isla Wahine.

2. Mai Insulaire de Raiatea.

2. Mai Insular de Raiatea.



3. Pomare Vahine et Tere Moe-moe.

4. Tombeau de Pomare II.

4 Sepulcro de Pomare II

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

para tan largas y minuciosas esploraciones. A 23 de abril por la mañana se diera la órden de levar el ancla. Una hora antes de partir se habia doblado el número de la tripulacion, pues cada Europeo tenia junto á si á su taïo, que deseaba utilizar almenos las últimas horas de la intimidad. Oupa-Parou flanqueaba á Pendleton, y yo tenia á mi lado el inevitable Otouri, aplomado como un soldado en faccion, caminando cuando yo caminaba, deteniéndose cuando me detenia, verdadero perro guardian que se embarazaba á cada instante entre mis piernas. Nunca podia libertarme de tanta afeccion, de verle infectar la mitad del aire que circulaba en mi alrededor, y si me hubiese quedado mas tiempo en Taiti, me hubiera acometido el mal del taïo; la asiduidad de aquel hombre me hubiera muerto. Y no es porque fuese un muchacho ecsijente, pues aceptaba, pero no pedia. En fin arreglámos cuentas, y fuí mas jeneroso de lo que se creía, de manera que se puso triste de dejarme, pues se complacia en vivir de mi vida. Pobre Otouri! no puedo creer que Taiti encierre mejor taïo, si es que un taïo puede ser bueno! A todo viajero obligado á sufrir esta especie de compañía, le recomiendo Otouri, mi Otouri, la perla de los taïos.

Apenas se levaba el ancla del *Oceánico*, cuando volvió á caer de nuevo. Cuatro horas despues de nuestra salida de Matavaï fondeábamos en el abra de Talou, situada en la isla de Eïmeo.

La isla de Eïmeo, que los naturales y á su ejemplo los misioneros llaman con frecuencia Mouréa, es un verdadero tapiz de verdura: es la perla del archipiélago por el variado aspecto del paisaje y la fecundidad del suelo. Sus montañas son menos elevadas que las de Taiti, pero muy desiguales y cortadas de barrancos en cuyo centro braman varios torrentes. En la parte N. entre las montañas y el mar, se encuentra un hermoso lago que abunda en peces y en ánades. La isla está rodeada de un arrecife circular guarnecido en varios puntos de pequeños islotes verdes á la distancia de una milla y á veces menos. El abra de Talou, mas ecsactamente denominada Opou-Nohou, tantas veces visitada por Cook, es un fondeadero cómodo y seguro.

En la parte occidental del abra se despliega la aldea de Papetoai, reunion de casitas edificadas á la europea, enyesadas, agradables á la vista, pero harto mal sanas para habitadas. La capilla de Papetoai es la mas espléndida de todo el archipiélago; forma un cuerpo octógono de unos sesenta pies en cada lado, construído de masas de coral que hacen veces de piedra labrada. Su ajuar se reduce á algunos bancos y una tribuna de madera de artocarpo. En la parte oriental de la isla hay otra aldea, la de Afare-Aïtou, situada en una posicion deliciosa. Bajo el nombre de *South Sea Academy* posee un colejio para los alumnos de los misioneros. En él los imbuyen en la lectura, la escritura, los elementos de las artes y de las ciencias, la historia, la jeografía, la astronomía y las matemáticas. Allí fué educado el jóven Pomare III bajo la direccion de sus profesores Blossom y Orsmond, jefes de la academia.

Al lado de esta sabia fundacion elévanse en Eïmeo algunos establecimientos industriales. Entre ellos se encuentra una fábrica de algodon dirijida por el artesano misionero Armitage, y una fábrica de jarcias puesta bajo la direccion de Mr. Simpson, otro misionero. Estas dos tentativas no han prosperado hasta el presente como era de desear. Los misioneros atribuyen este resultado á la indolencia de los naturales; pero, no debe tambien cargarse gran parte sobre el cuidado que se tiene de no emplearlos mas que como operarios mal asalariados, y no como societarios interesados en el écsito de la esplotacion?

La isleta de Eïmeo es la favorita de los misioneros, la cuna de su propaganda, el primer suelo que pisaron y el punto desde donde brilló sobre toda la isla el esplendor de la fé cristiana. Ningunos isleños han sido mas constantemente dóciles y humildes que los de Eïmeo. Ellos son los primeros que aceptaron el yugo de su ley, y los últimos en sacudirlo.

Solo permanecímos un dia en Eïmeo: al dia siguiente 24 de abril el *Oceánico* volvió á hacerse á la vela dejando en el S. O. las cumbres de Tabou-Emanou y fondeando el 25 en la bahía de Ware, situada en el N. E. de la isla Wahine. Esta bahía ofrecia un aspecto sumamente delicioso, con sus casas sembradas en la lonjitud de la playa, alternando con sotillos de árboles, y apoyadas en verdegueantes montañas que le envian el agua límpida de sus cascadas (PL. LXVIII. —1).

Desembarcados casi al instante, fuímos ante todo á visitar la primera autoridad del lugar, el misionero Barff, y tras este la segunda, el bravo rey Maheine, cristiano obediente y zeloso, que de grado ó por fuerza nos hizo aceptar un convite que el digno Taitio se esforzó en arreglar á la inglesa. Tuvímos cuchillos, vasos, tenedores y cucharas, pero todo incompleto y en bastante mal estado. La comida fué no obstante alegre, y en ella se habló de la isla, de su importancia y de su situacion actual. Maheine contenia unos 1.800 vasallos á lo mas, porque la guerra acababa de diezmar á su pequeño pueblo. Apesar de que esta guerra no era directa, pues solo atañia á las dos islas Tahaa y Raïatea, muchos jefes de Wahine, no obstante los sabios consejos de su rey, quisieron tomar partido y guerrear por la una ó por la otra de las potencias belijerantes. De ahí resultó algun luto y despoblacion para Wahine.

Despues de comer, presentónos el rey Maheïne su nuera, viuda de su hijo único Taaro-Arii, y su nieto Tamari, heredero presuntivo de sus estados. Era este un lindísimo niño de nueve á diez años á lo sumo, que educado por los misioneros prometia ser mejor cristiano que su padre, fallecido jóven de una suerte deplorable. Y no es que este príncipe llamado Taaro-Arii no hubiese dado al principio pruebas de zelo y de fé; pero descaminado por malos consejos, despreció á los misioneros y sus templos, y se abandonó á los desórdenes de los *Areois*. Su padre, lacerado de dolor, no perdonó medio alguno para reducirlo á mejor senda. Al efecto procuró casarlo; pero á los dos meses de haberse consumado el matrimonio, desatendió y maltrató á su mujer, y, lo que era aun mas irremisible, llevó el olvido de toda reserva hasta hacerse pintorrear. Entonces fué cuando los misioneros se creyeron en estado de hacer un escarmiento, por lo que pidieron y alcanzaron que el hijo del rey fuese juzgado como infractor de los estatutos. Presentado ante el tribunal, Taaro-Arii fué condenado como un simple Taitio á los trabajos públicos. Ecsasperado por esta medida, despreció el ausilio de sus camaradas, puso manos á la obra, y, sea por consecuencia de algun esfuerzo ó por efecto de un furor concentrado, rompióse un vaso y murió. Dos meses despues su viuda parió un hijo.

Cook habia en Wahine tomado á Maï, el segundo Polinesio que se vió en Europa, y que cargado de presentes regresó á su isla donde aquel navegante le instaló de nuevo (Pl. LXVIII. — 2). Este Maï no era orijinario de Wahine, sino de Raïatea de donde se habia fugado á causa de una invasion de los naturales de Bora-Bora. Cuando se manifestó Cook en el archipiélago, era *hoa* (amigo ó pariente) del rey de Wahine. Despues de una ausencia de cuatro años y haberse hallado en Lóndres atacado de viruelas, obtuvo al regreso de Cook una casita edificada á la inglesa por los carpinteros del buque, dos caballos, varias cabras y otros animales útiles, una cota de malla, una armadura completa, un mosquete, algunas pistolas, pólvora, balas, un realejo, una máquina eléctrica, piezas de artificio y otros objetos menos apreciables. Cada uno de estos artículos era reputado un tesoro en la bahía de Ware y en la isla Wahine, por cuyo motivo Maï fué colmado de honores al instante por el rey que le otorgó la mano de su hija en himeneo, y mudó su nombre en el de *Paari* (sabio), bajo el cual fué conocido despues. Parece sin embargo que Maï abusó de su posicion y sobre todo de la superioridad de sus armas europeas: favorito de un rey cruel, se le manifestó superior aun en crueldad. Siempre llevaba sus armas consigo y ejercitaba su golpe de vista contra los que pasaban, ora de lejos con su fusil, ora de cerca con sus pistolas. Al recuerdo de aquellos asesinatos inútiles vive todavia en Wahine, donde la memoria de Maï se acarreó la ecsecracion de sus habitantes.

El solar en que Cook construyó la casa europea de Maï, lleva aun el nombre de *Beritani*, corrupcion de *Britain* (Inglaterra). Todos los restos del antiguo jardin se reducen á una pamplemusa plantada, segun los naturales, por mano de Cook. Solo han sobrevivido los perros y los cerdos de todos los animales que dejaron los Ingleses. El casco y otras partes de la armadura de Maï se conservan en la casa que ha reemplazado la suya; y el resto de los juguetes europeos dados al isleño, se hallan en posesion de varios jefes de la isla que los conservan relijiosamente. El jóven príncipe de Tahoa, entre otros, poseía y manifestó al misionero Ellis una gran Biblia en 4° ilustrada con numerosos grabados iluminados, pertenecientes á la sucesion de Maï. No se sabe el paradero del realejo y de la máquina eléctrica.

El local de la casa de Maï ha recibido tambien destinos diversos y singulares. En 1809 recibió á los misioneros espulsados de Taiti, y su primera escuela se abrió en frente de la pamplemusa que plantara Cook. En 1824 los jefes Pohue-Hea y Taraï-Manou, convertidos en posesores de *Beritani*, construyeron un edificio de dos altos, sin duda el mejor de la isla, y plantaron en el jardin árboles frutales haciendo de aquel sitio la joya de la comarca. Visitámos aquel pequeño recinto, lleno todavía de recuerdos de Cook, y observámos su pamplemusa, única de su especie en el archipiélago, que ostentaba al parecer su oríjen estranjero por medio de sus desmirriados renuevos y sus ramas ahiladas.

Aquella misma tarde salimos de la ensenada de Wari para pasar al fondeadero de Raïatea, donde anclámos al dia siguiente, 26 de abril. Desde el puente del sloop se reconocian las blancas casitas de Outou-Maoro, alineadas en la playa septentrional de Raïatea. Tras aquellas casas se elevan en forma de anfiteatro verdeantes collados que rematan en un cuadrado picacho mucho mas encumbrado, y simulando á lo lejos una especie de construccion jigantesca. La principal aldea de la isla era, hace poco, un punto denominado Vao-Aara; pero los misioneros, hallando mas comodidades en Outou-Maoro, estableciéronse aquí imitados de la mayor parte de los naturales de la isla.

Apenas se halló el *Oceánico* instalado en la rada, á unas doscientas toesas de distancia de la orilla, acompañé á Pendleton á casa de Mr. Williams, el misionero residente en Raïatea. Ocupaba una hermosa habitacion no lejos de la playa. Oficioso y comedido, nos recibió muy

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. *Principal village de Raïatea.*

3. Pueblo principal de Raiatea

4. *Pomare 1er Roi de Taïti.*

4. Pomare 1er Rey de Taiti

bien, y nos notició que la reina y la rejente de Taiti, llegadas de la víspera, se habian marchado á hacer una escursion á Tahoa con su abuelo, y que hasta la tarde no estarian de vuelta. A la sazon solo habia en Outou-Maoro la vieja reina de Raïatea, á la cual prometió presentarnos.

En consecuencia nos encaminámos á la residencia real. Era una hermosa casita de mampostería, blanca, compuesta de cuatro piezas, la una destinada para sala de audiencia, las otras de dormitorios ó gabinetes. La sala de audiencia tenia cuatro ventanas guarnecidas de espejos y dos grandes puertas, una de madera que daba á la calle, y otra con vidrios que daba al mar. La bahía casi tocaba la casa, y bañaba un pequeño bolingrin de césped y de arbustos que estaba contiguo. El artesonado de los aposentos era pintado con propiedad, el piso cubierto de esteras, las piezas guarnecidas de sillas bien trabajadas de madera de árbol del pan, con el fondo y el respaldo de fibras de coco lanzadas con mucha delicadeza. En los gabinetes laterales se veían hermosas camillas guarnecidas de muchas esteras á guisa de colchones, y cubiertas de indianas coloradas. Las ventanas y los lechos estaban decorados de ropas de tapa ó de tela blanca. En suma, era un hermoso domicilio, y no pocos jefes del país tenian el suyo á este semejante.

La vieja reina no lo habitaba entonces, pues lo habia cedido á sus hijos llegados de Taiti: así es que para verla, tuvímos que ir á una casa mas modesta donde la hallámos ocupada como las reinas de Homero en fabricar esteras. Despues de los correspondientes saludos, dejó su maceta y nos tendió la mano. Era una mujer de cincuenta á sesenta años, de agraciado y respetable semblante, que todavía conservaba algunos restos de una belleza que durante su juventud mostrara un lustre atractivo. Vestida de un pedazo de tela blanca sobre las espaldas, con un *pau* ó basquiña del país, de rayas azules cruzadas, llevaba como accesorios un largo chal y una capa de pa. Conversámos, y sus respuestas manifestaban todas injenuidad y benevolencia. « Trabaja V. con primor, le dijo Pendleton. — No, esta estera es algo basta, replicó ella; estas otras son mejores, » y mostraba la de sus criadas; « mas cuando era jóven, no reconocia rival en esta especie de trabajo. »

Despedímonos de la vieja reina, no menos satisfechos de ella que ella de nosotros. De regreso de su escursion, la familia real nos visitó el dia siguiente á bordo del *Océanico*. Quizás los dos soberanos de Raïatea no hubieran venido; pero los de Taiti consideraron de antemano muy honorífico comer á bordo.

El resto de mi jornada era libre, y si nuestra permanencia no hubiese sido limitada en su duracion, hubiera llegado hasta Opoa, antigua capital de la isla, situada á 12 ó 15 millas S. S E. de Outou-Maroa. Ecsistia en aquel punto un antiguo y célebre moraï de oro, uno de los dioses mas célebres del archipiélago. No solamente se agolpaba hácia él el pueblo en masa de Raïatea, sino que de diversas partes del grupo y aun de Taiti acorrian en ciertas épocas numerosos y fanáticos adoradores. Este moraï no ecsistia ya á la sazon; los fundamentos y los últimos vestijios de los ídolos eran cobijados por la vejetacion. Era sin embargo, segun los misioneros, un recinto sangriento y terrible: todos los dias se sacrificaban víctimas humanas bajo el filo del hacha de los sacerdotes, y estas prácticas atroces no contribuyeron poco á la despoblacion de las islas. El muro esterior del moraï era formado de craneos humanos en un estado mas ó menos avanzado de corrupcion. En las montañas del interior de la isla ecsistia otro *pari*, ó fortaleza reputada inespugnable, destinada para servir de asilo á los niños, los viejos y las mujeres, en caso de guerra y de invasion.

Al dia siguiente el *Océanico* recibió la visita de todos los personajes de la familia real, soberanos de Raïatea ó de Taiti. Hacia algun tiempo, segun hemos visto, que Philips era el caballero de honor del *Océanico*; la idea de un deber le infundió fuerza: muerto ó vivo, era preciso que presidiese la fiesta. El fué quien desde la mañana hizo limpiar la cubierta, fajar las maromas, arreglar la cámara; dió órden á una canoa de corvea paraque fuese á buscar flores en los bosques costaneros, y el galante ballenero las dispuso en persona en unos vasos del Japon con una gracia coqueta y afectada. La consigna de la tripulacion era la camisa blanca y sombrero encerado uniforme. En cuanto á él, sobre una gloriosa pechera puso en honor de la solemnidad una turquesa de una pulgada cuadrada que no cuadraba mal en medio de su pecho. La conveniencia y el placer de realizar algunos doblones le habian inducido á vender en Matavaï hasta su último vestido, pero aun poseía una magnífica chupa con anclas de plata bordadas en cada ángulo y un lijero galon que serpeaba en las orladuras. Vestido así y cubierto con su mejor sombrero de paja, palidecido por algunos dias de dieta, manifestaba mi Philips cierto aire de encomendero. Habíase convertido en un hombre muy peligroso para la jóven Pomare-Wahine I, no obstante su dignidad de reina de Taiti.

Al mediodía, la guardia de los pasamanos anunció dos piraguas, y la tripulacion á la señal del silbido, se formó en dos filas á estribor: una salva de nueve cañonazos recibió á los augustos visitadores: la primera piragua contenia la vieja reina y al viejo rey de Raïatea que conserva-

ba aun robustez y una talla jigantesca que á lo menos tendria unos seis pies, supuesto que en la cubierta descollaba con toda su cabeza y á su lado parecíamos enanos. Adelantóse hácia Pendleton con cierto aire de dignidad, viveza é inteligencia, y le sacudió amistosamente la mano. Su traje consistia en un uniforme inglés bastante decente, con el sombrero, el talabarte y la espada, un pantalon y zapatos, complemento bastante raro de un tocador taitio. La vieja reina llevaba un vestido de muselina blanca, un pañuelo de seda amarilla, hermosas franjas, un ceñidor de raso, y un sombrero de paja guarnecido de cintas.

Apareció en seguida la segunda piragua que contenia la familia real de Taiti. Apenas se concluían los preparativos, cuando la jóven reina saltaba ya á la cubierta con lijereza y velocidad. Pendleton le ofreció la mano para conducirla á la popa; Philips tomó la de la respetable rejente Pomare-Wahine, y los demas oficiales del buque se constituyeron los caballeros sirvientes de la reina viuda Tere-moe-moe, de la mujer del gobernador de Wahine, de su hija y de algunas otras damas de distincion. La jóven reina Aïmata iba vestida de raso negro, con una hermosa orladura de muselina, su talle estaba rodeado de un cinturon terminado por una presilla de oro y sus cabellos cubiertos con un sombrero de anchas faldas guarnecido de cintas. Todo este conjunto, semblante y adornos, no carecian de gracia ni de coquetería: sus compañeras se habian ataviado con todo el esmero posible, y apesar de algunos estraños disparates mostraban todas buen aire y buen talante. Tras las princesas iban varios jóvenes señores de gallarda presencia y un marinero americano al servicio de la jóven reina. Era por fin una corte bastante lucida en sus conversaciones, en sus modales y en sus costumbres, pero sacrílega á los ojos de los misioneros. Ya para reducirla habian fulminado estos sus anatemas contra la tia y la madre, y amenazaban con la misma medida á la jóven reina. Cuando se lo dijeron, respondió: « No importa! mi tia y mi madre no han muerto por esto y así tampoco moriré yo. »

Al instante en que se reunió en la popa la amable sociedad, ordenó Pendleton una nueva salva de quince cañonazos. Las piezas del sloop eran pequeñas, pero las atacaron tan rigurosamente, que retronaron con mucho estruendo. Tan súbita esplosion consternó sumamente á aquellas damas; la venerable reina de Raïatea se bincó de rodillas y pronunció algunas oraciones; Aïmata asió del brazo de Pendleton en medio de un movimiento convulsivo; la rejente cayó con todo su peso y se desmayó entre los brazos de Philips que probaba todas las recetas posibles contra la nerviosa síncope; por fin todas se taparon los oídos y esclamaron « *maïtai! maïtai!* bueno! bueno! » El viejo rey no se inmutó, y no parecia sino que estaba habituado á aquel estampido.

En seguida se sentaron á la mesa donde se hallaron los augustos convidados con bastante decencia. La corte parecia habituada al servicio europeo, pues manejaba sin mucha rudeza los cubiertos y los platos. Parecia habituada tambien al uso de los brindis, de manera que dirijió muchos, en especial las princesas, no sé si por galantería hácia el anfitron, ó por simpatia á su rom y sus vinos. No obstante, al llegar á los postres, las cabezas eran sanas y bien organizadas. Colocado entre la jóven reina y la rejente, Philips parecia un rey casi oceánico; indemnizábase de la pasada dieta y triunfaba. SS. MM. al subir el puente tuvieron por su causa una sorpresa; la flauta y el tambor del bordo habian sido reforzados con un violin; un marinero, artista ignorado hasta entonces, desempeñó esta última parte en presencia de la corte taitia, y obtuvo tan completo triunfo que fué reputado por un Paganini.

Partidas las reales piraguas y saludadas por una postrer salva, pasó Pendleton de la fiesta al trabajo. La tripulacion dejó su traje de aparato para birar al cabestante, Philips reemplazó su pechera y su esmeralda, su chupa de anclas de plata y su sombrero coqueto por la camisa azul y la hopalanda marina. El *Oceánico* levó el ancla, dobló Tahoa por la parte del N. y llevó el rumbo hácia Bora-Bora. Por la noche se divisaba el pico de aquella isla que parecia cernerse sobre ella cual faro sin fuego. Caída la noche, fué preciso ponernos en facha hasta al amanecer. Al rayar del alba se prosiguió el derrotero, pasámos á cien toesas de distancia de la punta septentrional de los escollos de Bora-Bora, montámos la isla de Apiti, y al mediodía anclámos de nuevo ante la punta de Paoa por 20 brazas de fondo.

Despues de tantos y diferentes recalos juzgaba no tener ya que admirar en los paisajes del archipiélago. Taiti, Eïmeo, Wahine y Raïatea me habian dado mi continjente de semejantes sensaciones. Casi estaba decidido á considerar Bora-Bora con indiferencia, pero apesar mio y á vista de un nuevo y curioso aspecto, desde que percibí aquel cono de roquedos tapizado de vejetacion y dominando un valle estrecho, pero frondoso, con sus escalones de verdor, el uno mas bajo, de pandanos, y el otro mas alto, de cocoteros alzándose cual troncos de quitasol; y por acá y acullá mayor número de casas de las que entonces viera, deliciosas, coquetas y bien alineadas (Pl. LXIX. — 3.); entonces me acordé poco á poco el partido que habia tomado

1. Principal village de l'Bora-bora.

1. Pueblo principal de Bora bora

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

2. Sommet du Pic de Bora-bora.

2. Pico de la cumbre de Bora-bora.

3. Morai de Papuraï.

y presté alguna atencion á aquel sitio romántico y curioso. Otra circunstancia caracterizaba á Bora-Bora; la cadena esterior de sus rompientes, en vez de ser submarina en un punto, en otro á flor de agua, aquí tersa, allí cubierta de vejetacion, era plantada enteramente de cocoteros que formaban un cinto al rededor de la isla. Imajínese un soto circundado de una guirnalda verde, y en la ensenada que separa los arrecifes de la isla un agua límpida y tranquila como en un lago.

El misionero del país llamado Palt, vino á recibirnos en el desembarcadero, y nos presentó á los reyes de la isla, Tafaoura y Maï cuyas fisonomias taitias eran bastante comunes. Sin embargo el primero, Tafaoura, hombre de elevada estatura, pero de una obesidad proporcional, habia sido el gobernador de Pomare III en vida de este príncipe. Hallándonos en libertad despues de estas visitas, recorrímos la aldea: dividíase esta en dos partes, Matapaï y Beula, con su jefe cada una, y pobladas todas dos de 400 almas. En frente de un hermoso muelle de masas de coral se elevaban la habitacion y la capilla de los misioneros, únicos edificios de toda la isla, porque Bora-Bora es un país de escelentes cristianos. No conservan ya aquel valor nacional que cincuenta años antes les hizo tan temibles al resto del archipiélago, ni menos las cualidades que caracterizaban á los soldados de aquel célebre Poumi que conquistó Taaha y Raïatea, y amenazó Taiti. No, sus costumbres son mas dulces y pacíficas; obedecen á la voz de los misioneros, frecuentan los sermones, y leen la Biblia.

Cierto dia quiso ocuparme de la peligrosa ascension del pico de la isla que tenia en frente, tal era el monte Pahia. Habiendo pedido un guia á M. Platt, confióme este un anciano de setenta años, llamado Tamati, lozano aun y que se acordaba de haber visto á Cook y sus buques. Este hombre debia acompañarme hasta la cumbre del pico, mediante la retribucion de una camisa azul, á la que añadí espontaneamente un hermoso pañuelo que el viejo isleño parecia desear mucho. Partímos muy de mañana con su nieto, muchacho de gallarda presencia, y apenas desembarcados ante la punta de Fahre-Piti, pedí visitar un famoso moraï consagrado á Oro, del que hablaban las antiguas relaciones de nuestros navegantes. Tamati me indicó su situacion: era un país lleno de malezas, pero haciéndome signo de guardar el mas profundo silencio sobre su revelacion, hízome distinguir en la orilla del mar una muralla de veinte y cinco á treinta pies de lonjitud sobre cinco ó seis de espesor, formada por montones de coral colocados sin órden y por guijarros mas pequeños arrojados en los intersticios. Esta mazonería formaba una especie de plataforma sobre la que descansaba la estatua del temible Oro rodeado de un corto número de divinidades subalternas. Allí se llevaban las ofrendas, se inmolaban las víctimas y se hacian las oraciones. Tamati, que habia dedicado una porcion de su vida al servicio de los sacerdotes, poseía perfectamente los pormenores de tales prácticas; los servidores del templo lo habian empleado muchas veces en proferir estos gritos agudos y misteriosos que á los ojos de los profanos pasaban por la voz de la divinidad.

Por la parte del O. y en una direccion paralela á aquella especie de altar, Tamati me hizo observar, bajo albooles y otras plantas rastreras, los fundamentos de un inmenso cobertizo rectangular de cien pies sobre cuarenta. «Allí, me dijo el isleño, ecsistia el altar de los sacrificios humanos; despues de haberse dado combates sangrientos, he visto dispersos por el suelo hasta veinte cadáveres de vencidos.» A mayor distancia, al S. del cobertizo, y en la linea oriental habia dos especies de plataformas de mampostería de ocho pies cuadrados, sarcófago de un ilustre jefe llamado Tehea, segun la version de mi guia. Dentro unos veinte años esos recuerdos de vida antigua, esos templos, esas tumbas que devora la vejetacion, ni tan solo obtendrán la importancia de un recuerdo en el curso de la tradicion popular. Los pastores cristianos prohiben que se articule una palabra siquiera acerca de esto; y el viejo Tamati parecia sumamente inquieto á la idea de que tal vez habria traicion á su confidencia. Hasta desconfiaba de su hijo mismo, á causa del alto grado á que llevara el sistema de espionaje y de vijilancia mutua, y el ultraje que hacia á los deberes y á los sentimientos de la familia.

Despues de esta visita al moraï, la piragua nos trasladó á la bahía de Fanouï que penetra en esta parte de la isla. En el fondo de la bahía y á poca distancia de los escombros de una poblacion insignificante, empezámos á subir la montaña, cuya inclinacion era bastante dulce hasta el punto que los naturales llaman *Ohouoi*, especie de *pari* ó fortaleza, coordinada con rocas. Á mayor altura la ascension se iba haciendo mas penosa, en medio de yerbas mojadas por el rocío y de las aguas pluviales, á través de espesos sotos y sobre cascajos de basalto resbaladizo. Llegámos sin embargo con bastante felicidad hasta el punto accesible á los Europeos, pues mas arriba el pico de Pahia solo era un picacho ó aguja vertical de cualquier punto que se mirase, especie de campanario de 200 pies de elevacion (Pl. LXXIX. — 2). Al verlo se hubiera dicho que únicamente las aves podian tener el privilejio de posar en su puntiaguda cresta; pero Tamati me aseguró que en la época de la estacion, los naturales iban á sorprender á los faetontes en sus nidos por medio de las asperidades salientes de la roca, y arrancarles sus hermosas plumas

encarnadas, y para acabar de convencerme, emprendiólo él mismo, no obstante sus setenta años, y en el espacio de dos minutos se halló suspendido á treinta pies de altura sobre mi cabeza. Temeroso de que no esperimentase una caída, no pude menos de llamarle.

Desde el punto en que nos hallábamos se desarrollaba á nuestra vista un paisaje tan mágnifico, que cierto no habia interés alguno en subir mas. Abrazaba todo Bora-Bora con su diadema de verdes islas y su lago límpido y circular, descubria los picachos de las islas adyacentes, de Taha, de Raïatea y aun de Wahine por una parte, y por otra las playas de Toubai: era un horizonte inmenso, rico, poblado de islas é interpolado de tierra y de agua.

Deseoso de gozar mas largo tiempo de aquel espectáculo, tomé un desayuno frugal en aquel picacho, á la sombra de un grupo de helechos arborescentes, en compañía de un Inglés habitante de Bora-Bora, que me siguiera á poca distancia con un guia. Jones, que este era su nombre, se me acercó amistosamente, y pusímos en comun nuestro rom y nuestros víveres. Al fin de la cena nos tratábamos ya como dos antiguos amigos: hablóme del comercio de la isla, de la situacion de los misioneros y de la obediencia tímida y absoluta de los naturales. « Creeria V., me dijo, que nada he podido obtener de ellos relativamente á su historia antigua que no puede menos de ser muy interesante? Les obligan á renunciar á la memoria de sus padres. — Llama V. mi curiosidad, le repliqué; aquí tenemos uno que me parece mas condescendiente que los otros; quizá si aventurásemos alguna pregunta.... » Lo probámos en efecto y preguntámos á Tamati la historia del intrépido jefe Pouni; pero á tan súbita declaracion, mi guia se turbó, y yo le insistí ofreciéndole un hermoso espejo de faltriquera. Titubeó todavía participando del deseo de obtener el objeto y del temor de tener que arrepentirse. Clavaba con especialidad inquietas miradas sobre los dos Bora-Borís presentes, y aun desconfiaba de su nieto. « Apartemos á todos los demas, me dijo en inglés. » Encontré efectivamente un pretesto, dándoles un cuchillo á cada uno y diciéndoles que fuesen á cortar cocos y nos aguardasen en seguida al pari.

Entonces el anciano respiró mas libremente. « Pláceme sobremanera hablar de nuestras antiguas costumbres; gusto todavía de nuestras danzas nacionales, estoy apasionado á nuestros juegos proscritos, nuestros vestidos rotos, nuestro hermoso pintarroteo que va desapareciendo. Cuando pienso en nuestros combates de antaño, abalánzome á mi macana (1) y voy á ocupar el puesto de batalla. Pobre Tamati! harto viejo soy para convertido! siempre seré un mal cristiano! sí, mi adhesion á lo que ya no ecsiste es ilimitada; profundo es el respeto que profeso á las cosas abolidas. Pero, qué es lo que pedís? Ya no se puede hablar! Está prohibido. Si uno profiere una sola palabra, sus hijos le hacen traicion. Los misioneros ordenan á los reyes que le condenen, y los reyes le condenan sin titubear. Es preciso decir sus *pala-palas* (oraciones), esto es todo lo que hay. » Asegurámos al anciano sobre nuestro silencio y lo compadecímos tanto, que accedió á nuestros deseos refiriéndonos la historia de Pouni.

Bajo el reinado de los dos príncipes que habitaban cada uno de los lados de la bahía de Fanouï, Bora-Bora vivia ya en paz, ya en guerra con las islas vecinas, y en una de estas luchas habia tenido alternativas intermitentes, cuando apareció Pouni. Empezó este por reunir en una sola mano la soberanía de la isla, y estendiendo á lo lejos sus conquistas, venció á Raïatea y á Tacha, atesoró riquezas inmensas, é hizo construir el magnífico moraï de Fahre-Piti. Cuando lo visitó Cook en 1777, y cuando devolvió á este navegante el áncora de Bougainville encontrada por un jefe de Taïarabou; hallábase Pouni en el apojeo de su gloria y de su poder. Desde entonces fué declinando su fortuna gradualmente, y su avaricia le creó tantos enemigos en Bora-Bora, que al llegar á la vejez vivió despojado y reducido al estado de proletario. El odio y la envidia de las casas de Maï y de Tafaoura contribuyeron mucho á esta decadencia.

Tenia Pouni un sobrino llamado Tapoa, que consiguió reconquistar algunas propiedades de su tio, y con el ausilio de algunos guerreros llevó el embate de sus armas victoriosas dentro de Wahine, Taha y Raïatea, contrayendo domicilio en esta última isla. Hallándose en este estado en el colmo de su poder, formó el proyecto de vengar á Pouni y reconquistar Bora-Bora: desembarcó con un ejército compuesto de isleños de Raïatea, de Wahine y de Taiti, cuya fuerza ascendia á cerca de 4.000 combatientes. Los habitantes de Bora-Bora, no obstante que solo contaban con 900, no desesperaron un punto de la victoria; encerraron á sus mujeres y á sus hijos en el pari, y fortificaron el punto mas débil y mas accesible. Despues de haber Tapoa

(1) Arma sin corte, de una madera muy pesada, que por los dos cabos tiene como dos palas esquinadas, de modo que de un solo golpe quita fácilmente la vida, segun han hecho los salvajes con varios misioneros. Terreros dice que vió una en casa del conde de Saceda, con la cual un Indio habia muerto tres de sus maestros y entre ellos á su obispo. Muchos salvajes hacen su macana de una palma llamada achanta dándole varias formas. Los Caribes usan una especie de macana algo parecida á un cuchillo ó espada, y se llama en francés *boutau* y en latin *ensis indicus ligneus;* pero el autor habla aquí de la primera especie, denominada en francés *casse-tete*.

tomado tierra en la bahía de Anao situada en la parte oriental de Bora-Bora, marchó al asalto de las fortificaciones que fueron defendidas con tanto valor, que los agresores se estrellaron contra ellas perdiendo un Inglés, ausiliar suyo. Acometidos de un arrebato de furor, saquearon las casas de la bahía de Fanoui; pero los isleños salieron ecsasperados de sus atrincheramientos y empeñaron un combate en la llanura de Tahou-Rouai igualmente desventajoso para los invasores. Retiróse Tapoua á su flota de Raïatea, y convertido despues en el ausiliar de Pomare, sucumbió en el combate de Hitia con el renombre de uno de los mas valientes guerreros de estas islas. Desde estos acontecimientos que tuvieron lugar veinte años antes, Maï y Tafaoura quedaron tranquilos posesores de Bora-Bora.

Habia tomado parte en esta guerra nuestro guia y cronista Tamati, que si bien militó contra el célebre Tapoa, profesaba un profundo respeto á este jefe vencido, al paso que solo hablaba con desprecio de los dos vencedores que en su concepto se sometian con sobrada bajeza á las disposiciones de los misioneros. Al bajar del pico nos hizo atravesar el Ohouai, fortaleza natural que habia atajado el primer esfuerzo del desembarco. Estaba situada en una cresta escarpada que separa la bahía de Fanouï de la de Anao. El acceso de la parte del E. fué defendido por una muralla maciza de doscientos pies de largo sobre cuatro ó cinco de altura, compuesta de inmensos pedruscos superpuestos. La vista de aquel campo de batalla reprodujo en el ánimo del viejo Tamati las impresiones de su juventud. Refiriónos con la enerjía del jesto y de la voz los diversos incidentes del asalto, las maniobras del enemigo y la briosa táctica de los sitiados, de manera que fué mayor el trabajo que tuvímos en hacerle callar que la dificultad en hacerle comenzar. Acompañónos narrándonos las hazañas de su heroe hasta la punta de Pahoua, donde vino á recibirnos la chalupa del *Oceánico*. Encontré á bordo los dos reyes de Bora-Bora sentados á la mesa con el misionero y Pendleton, y habiendo observado con mas ecsactitud aquellas dos majestades salvajes, comprendí por la obsequiosa actitud que guardaban ante el pastor, que el pobre Tamati no me habia dicho mas que la verdad.

Habiendo el *Oceánico* hecho en Bora-Bora su provision de madera sumamente rara en Taiti, hízose á la vela á 29 de abril y en el término de pocas horas se halló al S. de Maupiti, cuya constitucion guarda alguna analojía con la de Bora-Bora, con la sola diferencia de que el pico es menos encumbrado y agudo. Como no podíamos menos de juzgar esta isla, disponíamonos á enviar el bote á su estrecho y peligroso canalizo, cuando Pendleton, despues de haber echado una ojeada al horizonte, mudó de parecer y me dijo: « Somos predestinados á no hacer las cosas mas que apesar nuestro y por fuerza. Yo hubiera querido pasar otro dia en el archipiélago, pero vamos á ser arrojados de aquí inmediatamente. Deseaba velejar hácia Tonga, mas irémos donde Dios quiera. Dos huracanes de N. O. aquí, en esta estacion en cuarenta dias, es un trastorno del órden establecido; es una revolucion de los elementos. » Yo no entendí una jota de cuanto decia el capitan; en lugar de la brisa de E., teníamos á la sazon una calma comun y un calor sordo y sofocante, y aunque se remontaban por el horizonte algunos nublos por acá y acullá, hacíanlo sin embargo con lentitud y sin manifestar carácter hostil. Habíame habituado Pendleton á no poner en duda sus presentimientos, y este ciertamente no se justificó con menos prontitud y perfeccion que los otros.

CAPÍTULO XIV.

ARCHIPIÉLAGO DE TAITI. — JEOGRAFÍA.

El grupo conocido bajo el nombre de Taiti se compone de las islas de Maïtia, Taiti, Eïmeo, Tabou-Emanou, Wahine, Raïatea, Tahaa, Bora-Bora, Toudaï, Maupiti y de la isla baja Tetoua-Roa.

Hemos visto ya la descripcion de MAÏTIA. TAITI, la mayor del grupo, es la que ha comunicado al archipiélago su nombre moderno, sin duda preferible á los nombres de *Islas de la Sociedad* ó de *Islas Jeorjianas*, entre los cuales están discordes todavía los Ingleses. Es tal la confusion que reina entre estos aun en el dia acerca de este punto, que muchos bajo el nombre de islas de la Sociedad entienden todo el grupo, al paso que otros, y entre ellos los misioneros, solo comprenden Taiti y las cuatro islas adyacentes, pues las occidentales son para ellos *islas Jeorjianas*. Sea como fuere, Taiti es una tierra elevada que en todas partes declina hácia las costas formando una faja circular de terreno litoral, único habitado y cultivado. En torno la isla corre un cinto de arrecifes que espone por acá y acullá varios islotes, y se abre de trecho en trecho en anchos y profundos canalizos que conducen á los surjideros interiores. Cuando el descubrimiento, Taiti contaba de 100 á 150.000 almas, pero en 1828 solo tenia 7.000 conforme al padron ecsacto que hicieron los misioneros en aquella época. Está dividida en dos penínsulas desiguales por medio de un istmo bajo, sumerjido en la pleamar; la mayor es redonda, la segunda ovalada; la primera es Taiti propiamente dicha, la segunda Taia-Rabou. La isla entera tiene cerca de 40 millas de lonjitud de N. O. á S. E. sobre una anchura que varía de 6 á 21

millas, y se estiende entre los 17° 28' y los 17° 56' lat. S. y entre los 151° 24' y los 152° 1' lonj. O.

Eïmeo, la *Mourea* de los misioneros, es una pequeña isla montuosa y rodeada de un cinto de arrecifes que ofrece en varios puntos escelentes ancladeros. Su ámbito es de unas 25 millas y su superficie encierra 1.300 habitantes: el puerto de Talou está situado á los 17° 28' lat. S. y los 152° 13' lonj. O. Quiros fué el primero que la vió en 1606; Wallis la encontró en 1767, y la denominó *Isla Yorck;* Bougainville la reconoció en 1768; Cook la visitó repetidas veces en 1768, 1774 y 1775 restituyéndole su nombre, y Bonechea la apellidó *Santo Domingo* en 1774.

Situada á nueve leguas N. de Taiti, Tetoua-Roa solo es un grupo de dos ó tres islotes bajos y nemorosos ocupados por algunas familias. Tiene tres millas del E. al O., y el centro está situado á los 17° 4' lat. S. y á los 151° 52' lonj. O. Esta isla es probablemente la *Fujitiva*, descubierta por Quiros en 1606, encontrada en 1768 por Bougainville que la llamó erroneamente *Oumaïtia*, reconocida en 1769 por Cook en cuyos mapas figura con el nombre de *Tethuroa*, y visitada finalmente en 1774 por Bonechea que la llamó *Tres Hermanos*.

Tabou-Emanou, la *Maiao-Iti* de los misioneros, fué descubierta en 1767 por Wallis, que la llamó *Saunders*, y visitada por Cook en 1769, y en 1774 por Bonechea que la apellidó *Pelada*. Es una tierra bastante elevada, circuída de rompientes, con cuatro millas de diámetro á lo sumo, y poblada de unos 200 habitantes. El centro está situado á los 17° 27' lat. S. y á los 152° 43' lonj. O.

Wahine, descubierta por Cook en 1769, y visitada por el mismo en 1774 y 1777, fué llamada entonces Huaeine. Conocióla tambien el Español Bonechea en 1774, y la denominó *Hermosa*. Aun en el dia es una tierra elevada, fértil, rica, rodeada de un círculo óvalo de rompientes de unas 25 millas de ámbito, y con 1.800 almas de poblacion actual. El puerto de Ware está situado á los 16° 41' lat. S. y á los 153° 23' lonj. O.

Raiatea y Tahaa, son dos islas altas, circuídas de un arrecife comun, de 24 millas de estension de N. á S. con una anchura que varía de 5 á 12 millas, y salpicada de pequeños islotes selvosos. Cook descubrió estas islas en 1769; visitólas en 1774 y 1777, y alteró sus nombres en los de *Ulietea* y *Otaha*. Bonechea visitó la isla de Raïatea y la denominó *Princesa*. Raïatea solo cuenta en la actualidad 1.700 habitantes, y Tahaa solamente 1.000. El arrecife que circunda el pequeño grupo se estiende por los 16° 31' y los 16° 56' lat. S. y entre los 153° 40' y los 153° 56' lonj. O.

Bora-Bora fué descubierta por Cook en 1769 y llamada *Bola-Bola*, pero Bonechea la bautizó con el nombre de *San Pedro* en 1774. Bora-Bora es alta, circuída de un vasto cinto de arrecifes, flanqueada de islotes como los de Toubouai, Tenaki-Roa y Piti-Aou, y reducida á una poblacion de 800 almas. Su fondeadero está situado á los 16° 30' lat. S. y á los 154° 6' lonj. O.

Toubaï ó Motou-Oti fué llamada *Tubia* por Cook que la descubrió en 1769. Forma un grupo de dos isletas nemorosas, bajas, habitadas por algunas familias, con cuatro millas en su mayor estension, y rodeada de un rompiente. El centro está situado á los 16° 17' lat. S. y á los 154° 9' lonj. O.

Maupitï ó Mau-Roa fué descubierta por Cook en 1769, y visitada en 1764 por Bonechea, que la denominó *San Antonio*. Esta isla es alta y bien arbolada, y ofrece una circunstancia particular en su constitucion jeolójica, tal es la ecsistencia de las espadañas que se encuentran de una hermosa variedad, á mas de las rocas basálticas poco antiguas, comunes á las demas islas. Está rodeada de un rompiente de quince á diez y ocho millas de circuito, y encajada casi enteramente en la parte septentrional por los dos islotes bajos y nemorosos Awera y Toua-Nae. Su poblacion es de 500 á 600 habitantes, y el centro está situada á los 16° 27' lat. S. y á los 154° 34' lonj. O.

Al O. de las islas Taiti se hallan otras tres islas, que nos parecen deber agregarse á este grupo.

La primera es la isla de Mohipa, que fué descubierta en 1767 por Wallis, quien se acercó á ella y la denominó *Isla Howe*. En 1774 la reconoció Cook tambien de cerca, mas ni uno ni otro vieron habitante alguno, y los moradores de Raïatea narraron al mismo Cook que la isla Mohipa estaba inhabitada, de manera que solo pasaban á ella algunas veces los isleños de las islas Taiti para la pesca de la tortuga. Es un grupo de pequeños islotes bajos, nemorosos y situados en un arrecife á flor de agua de unas cuatro leguas de circuito. El centro está situado á los 16° 42' lat. S. y á los 156° 34' lonj. O.

La segunda es la isla Scilly, igualmente descubierta por Wallis en 1767, y descrita por el mismo como un grupo poco considerable de islotes bajos y flanqueados de rompientes. Parece que desde entonces nadie les ha conocido ni descrito mejor. Su centro está situado á los 16° 30' S. y á los 157° 55' lonj. O.

La tercera es la isla Bellïnghausen, cuyo conocimiento pertenece al viaje de Kotzebue verificado en 1824. Consiste en otro grupo de islotes bajos, nemorosos y enlazados entre sí por medio de una cadena de rompientes: en ellos solo se ve un cocotero que descuella sobre los otros,

pero ningun habitante. Este grupo tiene tres millas de N. á S. sobre dos y media de ancho, y el centro está situado á los 15° 48' lat. S. y á los 154° 32' lonj. O.

CAPÍTULO XV.

ARCHIPIÉLAGO DE TAITI. — HISTORIA.

El descubrimiento de Taiti se debe al Español Quiros. A 10 de febrero de 1606, visitó esta tierra que le quedaba á barlovento, y ordenó á un bergantin que fuese en busca de algun puerto. Esta pequeña embarcacion dió fondo por diez brazas y botó al agua las chalupas, que sacudidas por el embate de la resaca no pudieron atracar en ningun punto. Sin embargo la playa pululaba en isleños que prodigaban á los estranjeros varias muestras de amistad. Animado por esta circunstancia, un jóven español, llamado Francisco Ponce, se echó á nado, salvó la resaca, y con el ausilio de los naturales pudo alcanzar la orilla donde fué colmado de caricias. Otros Españoles imitaron el ejemplo del atrevido nadador y recibieron la misma acojida.

Estos salvajes iban armados de lanzas, de sables y de macanas de madera; su piel era atezada, y su estatura alta y robusta. Sus casas se alineaban en la orilla del mar á la sombra de los cocoteros. Despues de una permanencia de algunas horas, los Españoles regresaron á nado á sus chalupas, mas ningun natural quiso acompañarles.

Al dia siguiente, hallándose las embarcaciones á sotavento, las chalupas se encaminaron de nuevo hácia la playa para hacer aguada; mas como no encontrasen torrente ni manantial alguno, abrieron varios hoyos en la arena de la playa, y de esta suerte obtuvieron algunos pozos de agua somera. En cambio reunieron nueces de coco en abundancia, y habiéndose aventurado en el interior, observaron que se hallaban en un istmo muy estrecho, sumerjido en la bajamar y ocupado entonces por el mar que formaba una isla de dos penínsulas. Habiendo encontrado una mujer vieja, la obligaron á seguirles, á lo cual accedió sin dificultad; y cuando se halló á bordo, la colmaron de presentes, la regalaron y la vistieron, y en seguida la volvieron á conducir á tierra. Los naturales habian venido al encuentro de las chalupas con sus piraguas, y nada es capaz de pintar su movimiento de alegría al ver á su vieja compatriota rebujada de aquella forma y cargada de presentes. Este júbilo se dobló al oir las esplicaciones y buen trato de los Españoles. Uno de ellos, hombre de alta estatura y gallarda presencia, llevaba en la cabeza una corona de plumas negras y finas que parecia caracterizar un jefe. Una cabellera blonda negra y rizada, que flotaba sobre sus espaldas, no fué la circunstancia que menos sorprendió á los Españoles, pues era el único de todos aquellos salvajes que ofreciese esa particularidad. Como los Españoles insistian vivamente por medio de jestos paraque pasase á bordo con ellos, montó en una de sus chalupas con algunos camaradas; pero apenas lo enmararon, cuando los salvajes se arrojaron al agua, y solo pudo retenerse al jefe por medio de viva fuerza. Lleváronle hasta el bergantin sin poderle decidir á subir á la cubierta; fué preciso servirle de comer, poparlo y colmarlo de presentes en la chalupa misma, y cuando juzgaron haberlo ya ganado con semejantes cumplimientos, le condujeron á tierra. Esta ocasion era sumamente oportuna, supuesto que un corto número de Españoles dejados en la playa se hallaban entonces rodeados de una nube de isleños que, armados de lanzas y de azagayas, pretendian vengar la muerte de su jefe á quien creían ya asado y comido por la tripulacion del buque. La situacion era pues de las mas críticas, en el momento en que desembarcó este jefe, sumamente satisfecho de la acojida que le dispensaron. Este regreso fué una señal de concordia y de alegría: los marineros españoles fueron festejados á competencia, alhagados y colmados de pequeños presentes, y el oficial que mandaba las chalupas obtuvo por su parte cuantos objetos mas preciosos poseían los naturales. Quiros se hizo á la vela el dia siguiente, dejando á esta isla el nombre de *Sajitaria*.

Esta isla fué olvidada hasta la época en que la visitaron Wallis y Bougainville, es decir, durante ciento sesenta años. Wallis fondeó en junio de 1767 en la bahía de Matavaï, despues de haber corrido mil peligros en el campo del Delfin. Los isleños se manifestaron en los primeros dias traidores, turbulentos y rateros, y por un instante les corrijió el argumento del mosquete, pero alentados despues por el número, pasaron á agresores mas directos y formidables. Dirijióse hácia el navío inglés un cuerpo de 2.000 combatientes á bordo de 300 piraguas, y le acometieron con una granizada de piedras, mas habiéndoles comprometido Wallis dejándoles ponerse á tiro del *Delfin*, hizo fuego con todas sus piezas y barrió aquella flotilla. Habiendo algunos barcos mas atrevidos intentado venir al abordaje por la rada, transportóse á la proa una pieza que castigó severamente á los fautores de aquel ataque matando al jefe y causando de consiguiente la retirada de los salvajes.

Esta severa leccion produjo una nueva paz que se rompió de nuevo al cabo de veinte y cuatro horas. Fué preciso resolver una derrota completa y el anonadamiento de todas las pira-

guas, así de las boyantes, como de las que se hallaban en seco sobre la playa. Al fin la fuerza tuvo razon; la victoria y el terror de las armas europeas determinaron una paz duradera: aquellos hombres, hasta entonces tan insolentes y atrevidos, fueron en adelante sumisos, dóciles, apacibles y deferentes; no parecia sino que el cañon y la mosquetería habian enmendado su carácter. Wallis esploró y reconoció el país, pero de todos los jefes que visitó solo nombró la princesa Oberea, mujer de cuarenta y cinco años, de amable talante y de presencia majestuosa, princesa muy respetada de todos los isleños. Su vivienda era espaciosa, sostenida por cincuenta y una columnas, situadas á dos millas de distancia del fondeadero, de trescientos pies de lonjitud sobre cuarenta de anchura y treinta de elevacion. Allí se hallaba rodeada de una corte de jefes y de una numerosa servidumbre. Una íntima conecsion parece haber ecsistido entre la princesa y el capitan inglés, que abandonó aquella Dido tras una mansion de cinco semanas. El navegante apellidó la isla *Jorje III*, y aun obtuvo de la reina, si debemos dar crédito á su relacion, la cesion formal de Taiti á S. M. B.

En 1767 era la isla una posesion inglesa; mas cuando la visitó Bougainville en 1768, pasó á ser posesion francesa, y cinco años despues posesion española, merced á los esfuerzos del Español Bonechea. Así se traía al retortero un dominio pueril y nominal.

El verdadero rey de Taiti en aquella época, era un niño bajo cuyo nombre se reinaba. El gobierno del país era casi monárquico, pero tenia una circunstancia singular, y era que al nacerle al rey un hijo, sus funciones mudaban de naturaleza, y trocaba su dignidad de rey por la de rejente. El rey, ó mas bien el *otou*, segun la espresion indíjena, era el niño. Cuando Wallis visitó esta isla, ocupaba Oamino la rejencia por su hijo Temare; la reina madre era la princesa Oberea, ó mas bien Pouria, la abandonada del capitan inglés, omnipotente por la riqueza y por el nacimiento. Aunque esposa del rejente, esta princesa vivia conyugalmente con el príncipe de los sacerdotes de Taiti, llamado Tou-Païa, orijinario de Raïatea. Dos hermanos, Toutaha y Hapaï, desempeñaban el gobierno de dos divisiones de la isla, mientras que el viejo Wahi-Adoua administraba la península de Taïa-Rabou.

Tal era la distribucion de los rangos cuando fonde ó Bougainville en frente del distrito de Hidia, en abril de 1767. Ninguna circunstancia turbó la parada de una semana que hizo nuestro navegante en este punto, salvo algunos hurtos y el asesinato de un natural causado por una equivocacion. Entabló algunas relaciones con Riti, jefe del distrito de Hidia, y su relacion asegura que recibió la visita de uno de los triumviros de la isla, Toutaha, que llevó el fruto de la hospitalidad hasta ofrecerle una de sus mujeres sumamente jóven y hermosa. Toutaha y los varones de su familia eran en su mayor parte colosos de seis pies almenos.

Bougainville fué el primero que hizo un cuadro de Taiti, cuadro encantador y precioso que causó mucho retintin en Europa, y que preparó la curiosidad pública á las maravillosas narraciones de Cook y de sus camaradas. Las gracias de las Taitias, sus muelles deferencias y su belleza orijinal adquirieron mucha reputacion en Francia y en Inglaterra. El público quedó infatuado por los pueblos oceánicos, su hospitalidad tan cómoda y completa, sus vestidos, sus armas y sus costumbres. Por una inspiracion poco ancreóntica, Bougainville queria aplicar á la isla el nombre de *Nueva Citeres*, pero destronó este nombre de fantasía, presentando á la Francia el nombre indíjena de Taiti, que ha prevalecido despues por todo el grupo.

Bougainville llevó consigo un Taitio llamado Outourou, hermano del jefe Reti. Este Outourou pasó once meses en Paris, festejado, bien servido y paseado como un objeto curioso. El salvaje se sujetó fácilmente á nuestra civilizacion, mas nunca pudo hablar nuestra lengua. El buque, *el Brison*, lo trasladó en 1778 á la Isla de Francia, de donde debia pasar á su isla; mas habiendo hecho escala en Madagascar con el infortunado Marion, murió de viruelas.

A la salida de Bougainville sucedió en Taiti una revolucion política. Uno de los triumviros, el ambicioso Toutaha, se ligó con Wahi-Adoua, gobernador de Taïa-Rabou, procuró desposeer de la rejencia á Oamm y á la princesa Pouria, y puso la corona sobre la cabeza de otro niño llamado Otou. Apesar de los prudentes consejos del príncipe de los sacerdotes Toupaïa, amante de la reina, no se tomó disposicion alguna para prevenir el complot, y los conjurados marcharon sobre Papara, arrebataron del moraï de este distrito las insignias del rey y del príncipe de los sacerdotes, y las trasladaron al de Ata-Hourou, donde se verificaron desde entonces, almenos por algun tiempo, las ceremonias solemnes y los sacrificios humanos. En breve se consolidó el nuevo poder y se fortificó con todos los desertores del partido lejitimista consumándose la revolucion. Otou reinaba en Pari, su dominio hereditario, bajo la tutela y la rejencia de Toutaha, cuando Cook fondeó en Matavaï en 1769 para observar el paso de Venus por el disco solar.

Apenas habia fondeado, Cook abrió relaciones con los isleños. Visitó y amedrentó al rejente Toutaha y á Toubourai-Tamaire, jefe del distrito de Matavaï; visitó Reti, el amigo de Bougainville y jefe de Hidia, Teari, hijo del viejo Wahi-Adoua, jefe de Taïa-Rabou, y se pre-

sentó en casa de la princesa Obera ó Pouria, á la sazon desgraciada y obscurecida. Sin embargo cierto dia le presentó á su hijo como el heredero presuntivo de la corona y á Oammo como rejente; la única persona que no pudo ver fué el rey en ejercicio, el niño Otou.

Cook solo encontró entre los naturales benevolencia y amistad, y aunque tuvieron lugar algunos hurtos, fueron sin embargo raros, poco importantes y castigados severamente. Por lo demas, como la isla ofrecia á los esploradores una completa seguridad, recorrióla Cook y visitó el moraï real de Papara, monumento estraño y sumamente notable por su arquitectura. Era un rectángulo macizo de 130 pies de largo sobre 80 de ancho y 40 de alto, formado de once rampas ó hiladas de ladrillos que decrecian gradualmente, de suerte que la última solo tenia algunos pies de espesor (Pl. LXIX. —3). El esterior era formado de pedazos de corales labrados; y el interior atestado de guijarros redondos. A poca distancia del moraï blanqueaban algunas masas de osamentas, despojos de las víctimas de la última guerra.

Cuando Cook iba á hacerse á la vela, desertaron de su bordo dos Ingleses, y deseoso de recuperarlos, el capitan recorrió á uno de estos medios violentos y decisivos que le eran familiares, animado de su jenio emprendedor. Para esto arrebató de una vez á Toutaha, Touborai-Tamairi, Oberea y otros jefes, significando que serian arrestados hasta que le entregasen los dos desertores. Habiéndoles perseguido, los devolvieron á Cook, y en consecuencia este restituyó los rehenes.

El navegante inglés no salió de Taiti sin tomar, como Bougainville, un isleño á su bordo: era la manía del tiempo. Toupaïa, el ex-príncipe de los sacerdotes, fué quien partió: pasajero de la fragata, visitó la Nueva Zelandia y falleció en Batavia con un criado que le habia seguido. Su muerte fué fatal por muchos títulos, pues como era instruído, intelijente y versado en materia relijiosa, hubiera ilustrado la historia de su país y revelado á la Europa el secreto de sus tradiciones primitivas. Cook recibió en Taiti la visita de Tearo, rey de Eïmeo; pasó despues á Wahine, donde vió al rey Ori, y por fin á Raïatea, donde vejetaba á la sazon el célebre Pouni de Bora-Bora, en otro tiempo valiente guerrero, pero entonces viejo, caduco é indolente. Los Ingleses formaron de este hombre una opinion tanto mas triste, cuanto que no pudo suministrarles provision alguna.

No obstante, el poder del rejente de Taiti, Toutaha, se iba acrecentando todos los dias. Estas riquezas que le dejara Cook, estas armas, estos vestidos, todos estos objetos europeos le habian dado un nuevo realce que le hizo concebir la idea de estender su soberanía, sometiendo la península de Taïarabou. En vano el viejo Wahi-Adoua hizo valer junto al ambicioso antiguos servicios, pues solo escuchó los consejos que le dictaba su orgullo, hízose á la vela hácia la península con una flotilla inmensa, empeñó un combate naval cuyo écsito quedó indeciso, y, resuelto á probar fortuna en tierra, llevóse consigo al jóven rey y marchó al encuentro del enemigo que le aguardaba en el istmo. La batalla fué sangrienta y fatal á Toutaha. Este rejente pereció en ella con Toubourai-Tamairi: Reti y otros jefes fueron gravemente heridos, y el jóven Otou debió su salvacion á la fuga que emprendió hácia las montañas. Wahi-Adoua marchaba hácia Matavaï y Pari, y ya la isla entera, asolada y sometida, inclinaba su cerviz al yugo del vencedor, cuando se propusieron condiciones de paz que fueron aceptadas. El jóven Otou, entonces mayor, reinó ayudado de los consejos de su padre, y de sus hermanos Ora-Piha, Waïdoa y Tepahou. El primero se granjeó mucha celebridad en lo sucesivo.

Poco sobrevivió á su triunfo el soberano de Taïarabou. Dejó la corona á su hijo, y fué visitado por Bonechea en 1772, en un viaje cuyos pormenores son poco conocidos, y en 1773 por otro Español llamado Langara, que dejó allí á un desertor convertido despues en consejero de Wahi-Adoua II.

En abril de 1773, Cook se manifestó de nuevo ante Taiti, y fondeó ante Taïarabou donde pasó ocho dias y recibió la víspera de su partida la visita de Wahi-Adoua. « Wahi-Adoa, dice Forster, era entonces un jóven de diez y siete ó diez y ocho años, bien formado y de una fisonomía dulce, pero sin espresion, que denotaba temor y desconfianza. Su tinte era bastante blanco, sus cabellos muy tersos, de un lijero moreno obscuro y encarnadino hácia la estremidad. Mientras estuvo sentado en el camoncillo que le servia de trono, su continente fué mas aplomado y grave de lo que permitia su edad; pero al levantarse se manifestó mas afable y mas natural. »

Despues de un recalo sobre la costa, donde se recibió la visita de Reti, jefe de Hidia, que ni siquiera pidió noticias de su hermano Otourou, pasajero de Bougainville, los navíos ingleses llevaron el rumbo hácia el N. de la isla y anclaron en Matavaï, donde se reservaba al capitan inglés la mas brillante acojida de parte del soberano de Taiti, el rey Otou. Era entonces Otou de unos treinta años de edad, agradable, bien formado y de gallarda presencia. Llevaba bigotes y pelo bajo la barba, con cabellos negros rizados y muy poblados (Pl. LXIX. — 4). Nadie tenia derecho de cubrirse en presencia de aquel soberano, nadie absolutamente, ni aun

su mismo padre, y no solo era preciso conservar desnuda la cabeza, sino tambien la parte superior del cuerpo hasta la cintura. Al rededor de Otou permanecian firmes sus hermanos, sus hermanas y su padre Hapai, hombre ya entrado en años, con la barba y el pelo gris, flaco y de alta estatura, pero todavía gallardo y robusto. Oammo y Oberea se hallaban de todo punto eclipsadas.

Uno de los jefes mas notables de aquella isla era por aquel tiempo el citado Potatou que Cook habia ya conocido en un viaje anterior. A una talla jigantesca y á una constitucion atlética juntaba Potatou facciones singularmente agraciadas, talante noble y maneras dulces y sorprendentes. Estaba tan prodijiosamente organizado, que uno de sus muslos igualaba en gordura el cuerpo del mas fuerte marinero. Su mujer Pola-Tehera en nada le cedia bajo este aspecto: su talle casi llegaba á seis pies, y habiéndose convertido en la hermana de Cook (*Touahine no Touti*), cuando el primer viaje, mostrábase sumamente zelosa de los derechos que le daba este título, y cierto dia que el centinela inglés quiso prohibirle el acceso á la cámara del capitan, agarróle por los cabezones sin miramiento alguno, arrojóle al suelo y se presentó á su hermano adoptivo dándole sus quejas.

El propio año, Cook hizo diversas escalas en el archipiélago, visitó á su amigo Ori en Wahine, donde el capitan inglés Furneaux tomó á su bordo al isleño Maï, cuya historia hemos referido; pasó á Raïatea donde conoció á Oreo, rey de aquella parte de la isla, y envió oficiales á Tahaa de donde le presentaron otro natural que anhelaba seguir á los Ingleses, el citado Hidi-Hidi, natural de Bora-Bora y prócsimo pariente de Pouni.

En abril del año siguiente, Cook se hallaba de nuevo en el fondeadero de Matavaï, donde encontró una flotilla considerable, destinada á operar contra Eïmeo, bajo las órdenes de Towha, jefe de Tetaha. Tratábase de revestir á viva fuerza de la realeza de esta isla á Motou-Aro, cuñado del rey Otou, contra las pretensiones rivales de su tio Mahine, á la sazon investido de aquella dignidad.

Nada era mas curioso que aquella flota. Los buques de guerra consistian en gruesas dobles piraguas de cuarenta, cincuenta y sesenta pies de lonjitud, montadas cada una por cuarenta hombres entre guerreros y remeros, y en otras dobles piraguas pequeñas en número de 170, montadas por unos ocho hombres, destinadas para transportes. (Pl. LXX.—1). Segun este cálculo, esos 330 buques debian contener 7.760 hombres. Debe añadirse que estas embarcaciones no parecian completamente armadas, y por otra parte la flota solo era armada por dos distritos de Taiti, y Taïarabou no suministrara contingente alguno. Este dato puede servir de base á un cálculo de la poblacion que en aquella época encerraba Taiti.

El uniforme de los guerreros era abigarrado, y consistia en tres grandes piezas de tela agujereadas en el medio y superpuestas una á otra. La de encima era la mas ancha, blanca, la segunda encarnada, la última era la mas corta y morena. Los broqueles y las corazas eran de mimbre cubiertas de plumas y dientes de tiburon. Algunos cascos tenian hasta cinco pies de altura, y consistian en prolongados anillos de mimbre, guarnecidos por delante de una especie de visera semicircular de cuatro pies de ancho, revestidos de plumas brillantes, verdes y azules, con un ribete de otras plumas blancas y franjas en forma de radios, formadas por largas plumas encarnadas de la cola de varias aves del trópico. Los principales jefes de la flota se distinguian por largas colas redondas de plumas verdes y amarillas que pendian sobre su espalda y recordaban al instante los bajás de Turquía. El almirante Towha llevaba cinco en cuyas estremidades flotaban cordones de tundizna de coco entremezclados de plumas encarnadas, y en vez de casco, un turbante que le cuadraba muy bien. Era un hombre de sesenta años, alto, robusto, de una fisonomía noble y recomendable. Cook no vió partir aquella flota, y hasta algun tiempo despues no supo el resultado de la empresa. El primer ataque fué feliz; Motou-Aro fué instalado rey; pero habiendo Mahine vuelto á la carga, quedó de nuevo amo, y obligó al rey de Taiti á un armamento y un nuevo desembarco, que no fué conducido con tanta enerjía. La actitud de Mahine impuso al almirante Towha, que en vez de combatir entró en conferencias y concluyó una transaccion. Esta transaccion, al principio desaprobada y vivamente criticada, fué al fin admitida por el rey Otou, quedando Mahine posesor de Eïmeo.

Pero antes que este negocio hubiese seguido sus diversas faces, verificó Cook su segundo y tercer viaje sin ningun incidente decisivo. Ligado con todos estos jefes, y siendo casi jefe taitio, fué visitado por ellos en lo sucesivo como un amigo ó como un superior. En Matavaï vió á Reti que siempre estaba pidiendo noticias de su amigo Eouta-Ver (Bougainville); Nihouraï, hermana del rey Otou, que acababa de casar con su primo Te-ari-deri; en Wahine visitó al viejo rey Ori; y el rey Oreo en Raïatea donde dejó al jóven Hidi-Hidi, pasajero de los Ingleses, chico afable, bueno, injenioso y jovial, amante de todos y amado de los mismos.

El tercer viaje de Cook no tuvo lugar hasta 1777. Apareció con dos navíos ante la península de Taiarabou, donde reinaba todavía el jó-

Vue de l'Inde.

Plate 1.

de Lanson sc.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

ven Wahi-Adoua, hermano de Wahi-Adoua II, y se vino á Matavaï, donde fué recibido como un antiguo amigo. Salió de esta rada á fines de setiembre, pasó á Eïmeo donde reinaba entonces Mahine, incendió unas veinte piraguas por una tabla que le habian hurtado, hizo escala en Wahine, gobernada por Tairi-Tairia, instaló en esta isla al favorito de los Ingleses, el célebre Mai que habia visitado Lóndres, y castigó á su manera á un natural que habia robado un sextante. « Hícele, dice injenuamente, rasurar los cabellos y la barba y cortar ambas orejas. » Es verdad que para un Inglés este modo de administrar justicia se parecia algo á la moda turca; pero esta suerte espeditiva y decisiva le era sistemática en todo. Hallándose algunos dias despues en la rada de Raïatea, se echó menos un marinero de la descubierta, y al instante el capitan renovó las represalias de Taiti, arrebatando al hijo, la hija y el yerno del jefe Pareo, y guardándolos como prisioneros hasta encontrar á su desertor.

En el intérvalo de estos viajes de Cook, y á 27 de noviembre de 1774, el capitan español Domingo Bonechea fondeó en el puerto de Watou-Tera en Taiarabou. Enviado por el gobernador del Perú para establecer misioneros en la isla Taiti, Bonechea fué acojido muy amigablemente por el Arii Wahi-Adoua, que aprobó su pensamiento y contribuyó mucho á su prosperidad. El mismo rey Otou se presentó á la península para ver á los estranjeros. Habiendo desembarcado dos misioneros en la playa, los Españoles prosiguieron su derrotero, hicieron escala en otros puntos del archipiélago, y hasta 26 de enero de 1775 no volvieron á manifestarse en Taiti perdiendo aquí á su bravo comandante, que fué sepultado al pie de la cruz de la mision. Dos dias despues de esta desgracia, las embarcaciones se hicieron á la vela para Lima, dejando en la isla á los dos misioneros. Parece sin embargo que estos evanjelistas permanecieron en ella muy poco tiempo, pues el propio año se presentó otro buque español para tomarles á bordo, y desde aquel ensayo aislado, esa potencia no tentó otro ninguno. Por confesion de los mismos Ingleses se sabe no obstante que dejó en todo el país recuerdos honorables. No encontró simpatías tan seguras y tan universales la brutal enerjía de Cook.

Poco tiempo despues de la partida del capitan ingles, Otou casó con Hidia, hermana primojénita de Motou-Aro, de suerte que estos dos príncipes se hallaron ligados por una doble alianza. El primer hijo que nació de aquel primer enlace fué ahogado paraque sus padres pudiesen conservar su título; pero habiendo Otou querido conservar el segundo, tuvo que sujetarse, segun la ley indíjena, á una especie de aplicacion ó paso del estado de rey al de rejente. Como rejente, cambió de nombre, modificólo varias veces, y acabó por preferir el de Pomare (reuma) por alusion á un violento reuma contraído por una serie de marchas guerreras. Los Europeos consagraron este sobrenombre, y entonces se llamó Pomare I, y su hijo Pomare II. El nacimiento de este hijo no fué solamente para su padre una causa de aplicacion, sino que tambien dejeneró en una ocasion de rompimiento en el gobierno real. Hidia abandonó á su esposo, y solo le permaneció fiel en la parte política.

Entretanto el rejente y el jóven rey vieron amenazada en breve su autoridad. Un peligroso rival, Towha, el almirante que habia transijido en Eïmeo, fraguaba desde largo tiempo proyectos de venganza, y el mismo Cook se viera obligado á intervenir. Libre de su presencia, el jefe reunió sus fuerzas á las de Tetaha, de Ata-Hourou y de Mahine, para emprender las operaciones contra los distritos de Pari y del Este. Las hostilidades se prolongaron por mucho tiempo, no muy satisfactorias para Pomare é infructuosas para su antagonista. Pegóse fuego á las piraguas, asoláronse los campos, destruyéronse las bestias útiles que Cook habia dejado paraque se multiplicasen, y se agotaron enteramente los recursos de las dos islas belijerantes, Eïmeo y Taiti. En uno de estos encuentros, murió Mahine, y fué reemplazado por su hijo; en vano se ajitó el partido de Motou-Aro para ocupar de nuevo la soberanía.

Once años transcurrieron de esta suerte sin que ninguna embarcacion aportase en estas islas por las que se habia manifestado tanto interés en el período anterior. De todos los recuerdos que los Europeos habian dejado en el país, una sola circunstancia adquirió un desgraciado privilejio de naturalizacion y desarrollo. Habíanse infiltrado en aquella poblacion vergonzosas enfermedades con tanta mas facilidad, cuanta menos reserva y mas deferencia se aplicara en sus relaciones con los marinos. El contajio habia inficionado la sangre, y degradado y alterado ya en su oríjen esta raza de gallardos y robustos isleños y de mujeres lindas y agraciadas.

Daba ciertamente lástima que el primer contacto del mundo civilizador fuese un veneno físico.

Despues de Bonechea y Cook, el primer buque que se manifestó en Taiti fué *Lady Penrhyn*, capitan Sever, uno de los buques encargados del transporte de la colonia que acababa de establecerse en la Nueva Gales del Sur. En junio de 1788 fondeó en Matavaï para procurar víveres frescos á su tripulacion infectada del escorbuto. El rey Pomare pasó á bordo del bajel y mostró al capitan un retrato de Cook que el jefe salva-

je parecia jactarse de poseer. No creyendo Sever deber anunciarle la muerte del navegante, le hizo presentes en su nombre, y por su parte Pomare se mostró jeneroso suministrando víveres en abundancia á aquel buque de recalo. Sever vió á Hidi-Hidi, pasajera de Cook; pero Maï y los dos Holandeses habian muerto. Por lo demás la actitud de los naturales fué afectuosa, reservada y casi tierna hácia sus amigos los Ingleses, á quienes no habian visto desde mucho tiempo.

Bligh se manifestó á su vez en Matavaï para procurarse plantas que debia llevar á las colonias inglesas. Cinco meses permaneció en la rada, y como Pomare I estaba á la sazon ausente, presentóse á la primera noticia. «El rejente, dice Bligh, era entonces un hombre de cinco pies y ocho pulgadas, muy corpulento, muy grueso y de unos 35 años de edad. Hidi, mujer de 24 años, alta y hermosa, tenia un semblante animado y vivaracho, y Waï-Doua, otro miembro de la familia real, gozaba de una gran reputacion de bravura, bien que mas era borracho que bravo. El niño Pomare II solo tenia seis años. Desde las primeras entrevistas el rejente y su mujer suplicaron á Bligh que los llevase á Inglaterra: «Deseamos visitar al rey Jorje,» decian. Era probablemente un pretesto, pero el verdadero motivo era el temor que les causaban entonces rivales activos y sediciosos. Bligh declinó esta mision, y únicamente prometió, para evadirse de ella, que iria á ausiliarles en sus guerras. Por esta época habia fallecido el terrible Towha, sucediéndole Tepahou, tio del rey. Wahi-Adoua continuaba reinando en Taiarabou, y como Reti y Potatou vivian aun, fueron á visitar á los Ingleses.

Partió por fin el *Bounty*, su capitan Bligh; pero apenas habian transcurrido dos meses, cuando ancló de nuevo en Matavaï. Bligh no ecsistia ya; la rebelion lo habia destituído y abandonado á la discrecion de los vientos y de las olas. Como los naturales ignoraban la muerte de Cook, se refirió un cuento á los naturales: decíase que no otro enviaba el *Bounty* para obligar á los isleños á colonizar una isla encontrada en el derrotero de Tonga, en la que Bligh habia tomado tierra. Creyéndolo los Taitios sobre su palabra, embarcaron 460 cerdos, 50 cabras y una gran cantidad de gallinas, perros y gatos, de manera que el *Bounty* parecia un arca. Once mujeres y trece hombres completaron la pacotilla viviente, y se hicieron á la vela para Toubouai. Habiendo la espedicion tenido mal écsito, el buque, los revoltosos y los colonos taitios reaparecieron en Matavaï á 22 de setiembre de 1789, desembarcando allí 16 Ingleses. Los demás, segun hemos visto, siguieron la fortuna del teniente Cristiern, y fundaron Pitcairn. Los nuevos colonos de Taiti probaron de injeniarse: los mas hábiles imaginaron construir un pequeño schooner, y uno de ellos, Churchill, antiguo maestro de armas á bordo del *Bounty*, se encaminó á Taiarabou cerca de Wahi-Adoua de quien antes habia sido taï (amigo). Uno de sus camaradas, Tompson, hombre brutal y cruel, lo siguió y participó de las ventajas de su profesion. Fué tan favorable á Churchill, que á la muerte de Wahi-Adoua le nombraron jefe, é iba á reinar sobre la península, cuando el zeloso Tompson lo mató de un fusilazo. Deseando los naturales vengar á su soberano, inmolaron á Tompson y entronizaron á un niño de cuatro años.

Los demas Ingleses contenidos por Pomare vivieron con bastante tranquilidad. Cierto dia se divisó un buque europeo que velejaba hácia el fondeadero de Matavaï, lo que causó una alarma algo viva; pero el pabellon sueco enarbolado en la popa apaciguó sus temores. Era el capitan Cox, que fué muy bien acojido por el rejente, y partió pocos dias despues dejando en la isla un desertor llamado Brown, hombre activo é intelijente, que se hizo amigo y el brazo derecho de Pomare I.

No tardó el rejente en comprender cuan útil podia serle momentaneamente el concurso de aquellos Europeos. En una guerra contra Eimeo se negaron á tomar parte en ella personalmente; pero entregaron á algunos naturales armas en buen estado, les enseñaron el uso que debian hacer de ellas, y esta circunstancia fué suficiente para decidir la victoria en favor de la familia de Motou-Aro desgraciada desde mucho tiempo. En una sublevacion de mas inmediato peligro, cuando Potateu y Tetouha, jefes de Taiti, tomaron las armas contra la familia real, é invadieron el distrito de Pari, adelantáronse los Ingleses hasta mezclarse directamente en la lucha. Terminado entonces el schooner, hízose á la vela con una flota de piraguas para atacar á Ata-Hourou por mar, mientras que Pomare y otros Ingleses debian acometerla por la parte de tierra. Este plan fué decisivo; en solo el término de un dia quedó derribado el viejo poder de los jefes de Ata-Hourou, por tanto tiempo rival del de los Otous: Potatou y Tetouha se vieron precisados á salvarse en la fragosidad de las montañas; humillaron su orgullo ante Pomare II, y devolvieron el maro real, arrebatado veinte y un años antes al moraï del Pari y conservado en el de Ata-Hourou. En cuanto se recuperó esta insignia, dispúsose que revistiesen solamente de ella al jóven rey; envolvieron á S. M. en un pabellon regalado por el capitan Cox, y ceñido del maro, pasearon á Otou procesionalmente por toda la isla, y aun por la península de Tariabou, hasta entonces independientes y cuya conquista estaba el rejente proyectando.

Habia decidido á los Ingleses á perseguirla con

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Conducta de Pomare de Matavai con Wilson y otros por los Indianos

[illegible] del Territorio de Matavai a los Misioneros [illegible] Taitios

él en clase de ausiliares, cuando el capitan Edwars de la fragata la *Pandora* se presentó en nombre de su gobierno para reclamar los levantistas del *Bounty*. Los cañones de una fragata hacian imposible toda resistencia; los jefes indígenas mostrándose ingratos hácia sus huéspedes, los entregaron á sus compatriotas, no obstante los gritos y los sollozos de las viudas taitias y de los huérfanos que dejaban. Pomare, siempre atormentado del deseo de ver la Europa, ausilió al capitan inglés en aquella ejecucion, pidiendo como recompensa que le embarcase en la fragata. Esta partida hubiera tenido lugar sin la intervencion de su hermano Ora-Piha.

A fines de este año, Vancouver apareció en Taiti con sus navíos, pero de todos los jefes que habia conocido cuando el último viaje de Cook, solo encontró dos, Pomare I y Potatou. Pomare I habia fijado su residencia en Eïmeo, de donde salió para ver á sus amigos los Ingleses. En este momento propendian los acontecimientos políticos á reunir el gobierno del archipiélago en una sola mano. Taiarabou pertenecia al mas jóven hermano del rey; de los otros dos, el uno, Ora-Piha, ejercia las funciones de rejente; el segundo residia en Pari. El rey de Wahine reconocia la supremacía de Pomare II; Mani-Mani, sucesor de Pouni en la soberanía de Raiatea y de Taea habia sido arrojado por los rebeldes y vivia en Taiti en calidad de príncipe de los sacerdotes aguardando y preparando una restauracion; y Pomare I ejercia en Eïmeo una supremacía igual á la de rejente. En todas partes se combinaban elementos que debian dar alguna unidad al poder de Pomare: sus parientes y amigos se ocupaban de ellos enteramente, y aun lo revelaban á Vancouver suplicándole que les ausiliase con su persona y la de sus soldados, ó bien con sus cañones y su pólvora. Vancouver pidió trasladarlo al rey Jorje que sin duda no dejaria de hacer lo que pedia su amigo Pomare.

Oficial de las espediciones de Cook, pudo Vancouver observar cuanto habia decaído el archipiélago desde aquella época. No encontró ya aquellas frescas y lindas Taitias, ni aquellos Taitios robustos y bien formados; la poblacion se iba reduciendo todos los dias y ahilándose insensiblemente; las proporciones eran mas cenceñas, el tinte menos agraciado, y la decadencia muy visible. Vancouver observó ademas que al advenimiento de Pomare II se habian trocado muchas voces de la lengua taitia, y que pesaba una interdiccion rigurosa sobre los términos de su índice.

En febrero de 1792 perdióse en los escollos de la isla Osnabruck *la Matilda*, su capitan Weacherhead, despues de un recalo de quince dias en Taiti. Habiéndose la tripulacion salvado en las chalupas, alcanzó Taiti, donde los naturales acabaron de despojarla de lo poco que el mar les habia respetado. Advertido Pomare de esta conducta, vengó á los náufragos asolando la comarca inhospitalaria. A 26 de marzo de 1792 fondeó en Taiti una pequeña embarcacion, el príncipe William Henry, consintió en tomar á su bordo algunos hombres de *la Matilda*. Los otros arreglaran su vida en la isla, donde los encontró Bligh llegado en abril de 1792. Este capitan se presentó allí con los buques *Providencia y Asistencia* para cargar de planteles de árboles del pan para las colonias americanas. Durante una parada de tres meses, Bligh fué visitado muy á menudo por Pomare y cooperó á la pacificacion de los diversos distritos de la isla. Partió al fin llevando consigo á Hidi-Hidi con otro Taitio: el primero se quedó en las Indias occidentales para cuidar de las plantas que se querian naturalizar, y el otro llegó á Inglaterra donde murió.

Despues de Bligh se presentaron sucesivamente el *Dédalo*, su capitan New, en febrero de 1793; la *Jenni* y la *Britania*, dos embarcaciones que tocaron en Taiti en 1794; y el *Duff*, su capitan Wilson, encargado de distribuir piadosos misioneros por todas las islas de la Polinesia, que fondeó en Taiti á 5 de marzo de 1797.

La llegada de aquellos hombres relijiosos que proclamaban el establecimiento de un nuevo culto, causó una revolucion en Taiti. El príncipe de los sacerdotes Mani-Mani, se declaró inmediatamente por ellos, abnegacion bien estraña por cierto para un hombre que debia su subsistencia á su culto idolátrico. Constituyóse el amigo y el protector de los hombres que venian á erijir altares contra altares y cercenar fieles á sus templos. Admirados los misioneros de aquella acojida, acometieron inmediatamente su piadosa empresa, y los Suecos Andrés Lint y Peter Haggerstein, naturalizados en la isla, se interpusieron como intérpretes entre ellos y los naturales.

A fin de manifestar que la simpatía indígena no queria permanecer ingrata ni estéril hácia los pastores cristianos, celebróse á 16 de marzo una solemne ceremonia en la que el rey Pomare II, en presencia de los jefes Pomare I, Hidia, el viejo Hapai, y Paitia, jefe de Matavaï, hizo una cesion pública y completa á los misioneros del territorio de Matavaï. En esta ocasion, el viejo príncipe de los sacerdotes Mani-Mani pronunció un grave discurso acompañado de jestos espresivos, al que respondian las notabilidades taitias con signos de asentimiento. (Pl. LXXI. — 1). Tras este acto oficial, los Ingleses pusieron inmediatamente manos á la obra para construir á los misioneros una vivienda cómoda, ausiliados de todos los recursos de los naturales. Concluída esta habitacion, tomaron posesion del local los evanjelistas destinados á

residir en Taiti con cinco mujeres y dos niños; y el *Duff*, habiendo llenado ya su encargo sobre esta isla, hízose á la vela para Nouka-Hiva.

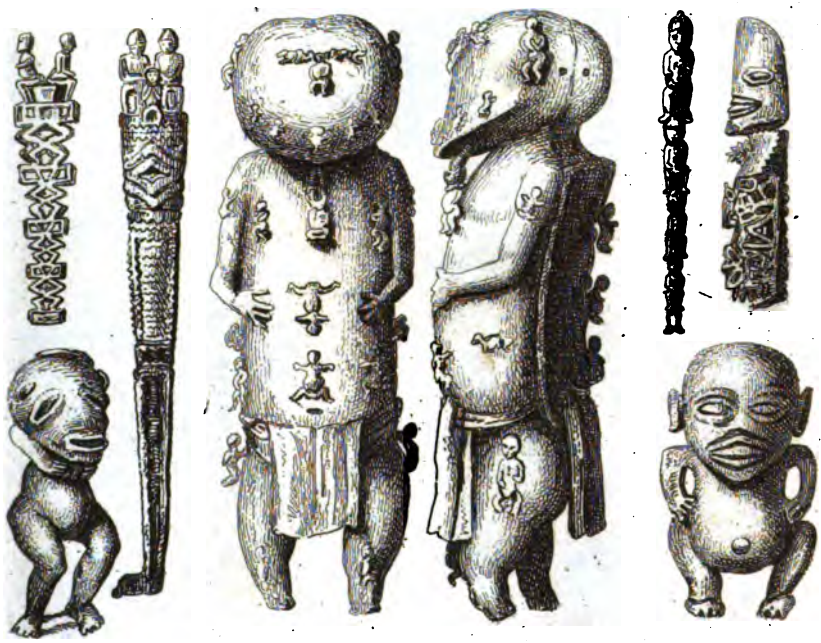
Abandonados con su rebaño todavía idólatra, procuraron los pastores reducirlo poco á poco á mejores creencias. Su primer objeto consistió en impedir que los areois destruyesen á sus hijos como lo ejecutaban, paraque su ecsistencia no redundase en perjuicio de su dignidad. Para esto recurrieron los Ingleses al amor maternal, y no tardaron en tener contestacion. Persuadida por un misionero, la mujer del areoi Omtaïe, habia consentido en dejar vivir á su hijo, y abandonar su educacion al cuidado de los Europeos. Declaróla á su marido que rechazó con todas sus fuerzas esta medida, y resistió á los argumentos que el hombre de Dios empleaba para convencerle. «No, decia, es preciso no quebrantar los privilejios de los areois. — Pero haciendo esto, ofendes á Dios, insistian los misioneros, y provocas su venganza. — Si yo viese, repuso el obstinado Taitio, que Atouha (Dios) destruyó por esto á los areois, renunciara sin demora á mi derecho; pero á buen seguro que nuestros antepasados no fallecieron por tal motivo! — Y quién te ha dicho que no?» respondió el apóstol, permitiéndose una piadosa mentira. Inmutóse el jefe por un instante; pero en breve se recobró y persistió: el hijo fué muerto. Otras medidas casi semejantes tuvieron lugar con la princesa Hida reducida entonces á uno de sus servidores. Rehusólo igualmente, alegando por pretesto que el fruto de sus entrañas era de sangre vulgar y que debia morir. Fué inmolado en efecto, y como los misioneros lo echaban en cara á Hidia, entró esta en un acceso de cólera que les obligó á callar y tener paciencia.

A 6 de julio reapareció el *Duff* en Matavaí, donde encontró los misioneros sumamente contentos de la manera con que los trataban, pero poco avanzados en su conversion. Durante este recalo, que duró dos meses, tuvieron lugar varias esploraciones curiosas y ecsactas: el sobrino del capitan dió la vuelta á la isla y evaluó en 16.000 almas el total de su poblacion, número que evidenciaba una espantosa pérdida de hombres desde el descubrimiento. Wilson, sobrino, visitó tambien diversos monumentos curiosos, y los grandes moraïs de Papara y de Ata-Hourou. Hemos visto ya la descripcion del primero; el segundo estaba situado en la parte septentrional del valle de Ata-Hourou, á una milla de la costa, bajo un arco de árboles que lo abrigaban contra los rayos del sol. Ocupaba una esplanada circuída de una empalizada de madera de cien pies cuadrados. La mitad de aquel recinto era enlosado, y en él se alzaba una especie de altar ó plataforma sostenida por diez y seis columnas de madera, de siete de altura cada una. Esta plataforma tenia treinta y seis pies de largo sobre seis de ancho, y estaba cubierta de espesas esteras cuyos ribetes pendian á guisa de franjas. En aquellas esteras se depositaban las ofrendas, los cerdos, los collares, las tortugas, los grandes peces, las bananas, los cocos, todo en un estado de descomposicion mas ó menos avanzado, mas ó menos odorífero. En uno de los lados de la empalizada, abríase una brecha guarnecida de un monton de piedras debajo de la que se alzaban varios *tiis*, especie de postes cubiertos de ciertas figuras (Pl. LXX. — 3 y LXXII. — 4). En un ángulo del sagrado recinto habia un edificio y dos soportales con sus guardianes. En un ángulo de la casa se veía el cofre del Atoua (Dios); pero el cofre estaba vacío; era que el dios estaba viajando, pues habia ido á funcionar en un pequeño moraï vecino, debiendo regresar por la tarde. Este Atoua era un lio que se dividia en dos partes, la una de la lonjitud del cofre, la otra mucho mas pequeña; de los dos cabos pendian manojos de plumas encarnadas y amarillas, ofrendas de individuos opulentos. A vista de tan singular divinidad, Wilson echó á reir, y quiso hacerles comprender cuan ridículo era adorar aquel baratillo; pero los guardianes contestaron que era un grande Atoua, y que si llegaba á entrar en cólera, caerian sobre ellos terribles castigos y los árboles no producirian frutos. Insistió Wilson pidiendo que le dejasen ver lo que encerraba aquel lio de telas que pasaba por un dios; pero á esto respondian los sacerdotes que solo Mani-Mani tenia el derecho de tocarlo, y que por otra parte todo su contenido venia á reducirse á algunas plumas encarnadas, un tierno renuevo de banano, y ademas un cocotero con su panículo encerrado en aquel espato.

A corta distancia de aquel punto, el azar ofreció á Wilson el espectáculo de un *toupapan* (Pl. LXXII. — 3). Un toupapan es el cadáver conservado todo el tiempo posible de un hombre ilustre ó de un jefe célebre en el país. En nuestro caso particular eran los huesos de Ori-Piha, fallecido algunos meses antes: á instancias de Wilson sacaron el cadáver del terrero donde estaba tendido; deshiciéronlo de las esterillas que le envolvian, especie de cintillas ejipcias, que solo dejaban los pies de manifiesto, y al momento el Inglés echó de ver que el cuerpo habia sido abierto y que el pellejo intacto estaba pegado á los huesos. No parecia sino un esqueleto cubierto de papel aceitoso, que apesar del calor del clima ecsalaba un olor apenas sensible.

Esta especie de embalsamamiento se practica del modo siguiente. Se abre el cuerpo para quitarle las entrañas y el cérebro, lo lavan y lo frotan cada dia con aceite de coco hasta que la carne queda enteramente disecada. A escepcion del sistema de injecciones aromáticas, este embalsa-

3. Un Toupapau.



4. Divinités de Taïti.

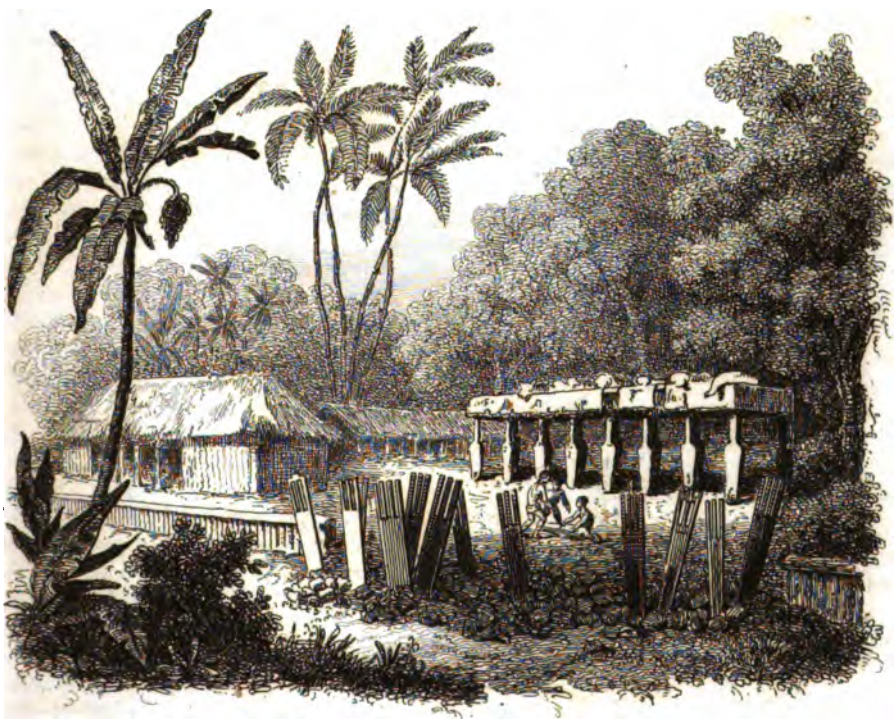
4 Deidades de Taiti

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Un Tragopan.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

2. Sacrificio humano



3. Altares y Tiis en Ata-huru

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

mamiento es casi el mismo que se practicaba en Ejipto. Preparado el cuerpo de esta suerte lo abandonan á la accion del tiempo. El toupapan de Ori-Piha, sostenido sobre cuatro estacas clavadas en tierra, tenia seis pies de largo sobre cuatro de ancho, y estaba acompañado de un segundo terrero á media altura casi de igual dimension. El primero tenia un techo que lo abrigaba contra la lluvia, y en él se conservaba habitualmente el cuerpo; el segundo solo era un lugar de precaucion y de reserva donde se estendia el cadáver para frotarlo con aceite, ó para mostrarlo á los amigos ó parientes del difunto. En los vecinos árboles se columpiaban algunas bananas suspendidas y otros frutos ofrecidos al alma del difunto. « ¿Donde está esta alma? » preguntó Wilson á los guardianes. Sonriéronse estos y respondieron: « *Are-Po* (se ha ido á la noche). »

Wilson visitó en el mismo punto Waïto-Waïti, la casa principal de Pomare I, de trescientos cincuenta pies de largo sobre cuarenta y dos de ancho. Veinte piezas de madera, de veinte pies de altura cada una, sostenian en el interior la parte elevada del techo, al paso que sus bordes esteriores sostenian unos 124 pilares semejantes de diez pies de altura. Los cabrios sobre que se ponia el cobertizo tenian cinco pulgadas de espesor, y estaban colocados á diez y ocho pulgadas unos de otros. Un muro de piedra rodeaba todo el edificio. Allí celebraban solemnes y estrañas fiestas que duraban muchos dias y terminaban á menudo con la destruccion de todos los cerdos de la isla.

Finalmente salió el *Duff* de Matavaï dejando á los misioneros á merced de los naturales sin otros medios para defenderse contra ellos que el arma poderosa del proselitismo. El primer cuidado de estos hombres fué de ponerse al corriente de la lengua del país, en cuyo estudio hicieron rápidos adelantos, gracias á la maravillosa deferencia de los isleños. En retribucion de tan bondadosa conducta, los apóstoles prestaron á veces importantes servicios á los jefes, por medio de su fragua y de sus herramientas. Reinó pues una perfecta armonía entre los colonos y los indíjenas; únicamente les fué imposible á estos últimos disimular que eran ladrones de nacimiento, pues aprovechando todas las ocasiones sin el menor escrúpulo, arrebataban por acá y acullá algun instrumento indispensable á los misioneros, de manera que sin una vijilancia continua, en breve se hubieran visto estos últimos despojados completamente.

Ya habia transcurrido un año desde su llegada á Taiti, cuando á 6 de marzo de 1798 fondeó en la rada de Matavaï el *Nautilus*, capitan Bishop. Destinado al comercio de peleterías en la costa N. O. de la América, este buque habia sido tan atormentado por los huracanes levantados uno tras otro, que ofrecia el aspecto mas miserable. Pomare II presenció esta desgracia con un soberbio desden; sin el ausilio de los misioneros, el *Nautilus* no hubiera encontrado socorro alguno. Reparado y abastecido, acababa de hacerse á la vela, cuando una nueva ráfaga de viento lo condujo de nuevo á la rada. Habiendo desertado allí tres de sus individuos, Bishop se presentó á los misioneros, quienes se dirijieron hácia el rey para reclamarlos; pero por un acto de violencia inaudito hasta entonces, aquellos portadores de palabras fueron detenidos y despojados en el camino por los indíjenas, y sin la intervencion fortuita de Pomare I y de Hidia, los hubieran precipitado al torrente sin remedio. Es de creer que Pomare II era cómplice en aquel delito, y cuando su padre se lo echó en cara, negó á los culpables taitios, pero no restituyó á los desertores ingleses.

Esta aventura desalentó á los misioneros. Parecióles el preludio de hurtos mayores y vejaciones mas crueles: así que, la mayor parte se decidieron á abandonar la isla con el *Nautilus*. En vano procuró Pomare I retenerlos á su lado, pues persistieron con tenacidad en su resolucion. Seis fueron tan solo los que no se arredraron al presentimiento de los peligros eventuales. Confiados en la providencia se quedaron en la isla renunciando al uso de algunas armas y municiones que les habian dejado, y no guardando mas que dos mosquetes que regalaron á Pomare y á Hidia.

El suceso justificó la prevision de los mas tímidos, pues la tranquilidad abandonó á los apóstoles cristianos. Pomare I estaba por ellos; pero Pomare II parecia abandonarles por efecto de su espíritu de oposicion. El pueblo por otra parte empezaba á contemplar de reojo á los misioneros, porque por su causa Pomare I hizo ajusticiar á dos de los agresores en la accion del *Nautilus*.

Tal era el estado de las cosas cuando se manifestaron á la vista de Matavaï dos buques de mayor porte. Los naturales de Pare creyeron que el rey de Inglaterra enviaba un capitan para vengarse del ultraje hecho á los misioneros, y en consecuencia se fugaron hácia las montañas. Eran sin embargo dos balleneros, *Cornwall* y *Sally*, que partieron despues de tres dias de recalo dejando á un desertor.

Por esta misma época ocurrió un incidente singular que aflijió sumamente al país. Habiendo querido el jefe de Papara y rival de Pomare I, llamado Oripaya, esperimentar los efectos de la pólvora que le habia dado el *Cornwall*, se portó con mucha imprudencia y pereció en la esplosion. Embalsamáronle y lo espusieron en el toupapan; pero Pomare I, en vez de tributarle los honores debidos á un jefe, lo hizo insultar en

su misma cama de respeto. A esta noticia el rey Pomare II entró en un violento acceso de cólera; levantó un ejército, marchó hácia el distrito de Matavaï, recorriólo en toda su estension derribando cuanto se oponia á su paso, espulsó á todos los habitantes, y declaró á Pomare I decaído de toda su autoridad sobre la península. A fin de no afectar pretensiones inmediatas á la soberanía de los distritos conquistados, Pomare II cedió el de Matavaï al príncipe de los sacerdotes Mani-Mani, y lo hizo asesinar algunos dias despues de su investidura, continuando de esta suerte sin reparar en medios el sistema de sus usurpaciones. Como los distritos del S. O. se habian pronunciado en su favor, amenazaba á los otros con una conquista á mano armada, caso de no imitar su ejemplo.

En medio de estas contiendas anteriores, los misioneros vivieron con bastante tranquilidad sin haberles acontecido otra desgracia que la muerte de uno de sus cólegas, resultado de una venganza particular. Este cólega llamado Lewis estaba atormentado del deseo de casar con una mujer indíjena, bien que idólatra, y habiendo los demas misioneros opuéstose á esta alianza, rompieron sus relaciones con él desesperados de convencerle. Lewis consumó su proyecto; pero poco tiempo despues fué encontrado muerto á corta distancia de su domicilio. Creyéronle asesinado, y como Pomare I quisiese tomar venganza, opusiéronse los misioneros á sus deseos. Otra pérdida fué la de Harris, que partió en el *Betzy* para Port-Jackson; pero fué compensada despues por la llegada del misionero Henry y de su mujer, miembros primitivos de la mision, llegados de Lóndres con el *Eliza*. Por medio de este supieron los misioneros que el *Duff* estaba á punto de llegar de Inglaterra, fletado por la Sociedad, y despachado con una fuerza de hombres y todo linaje de provisiones. Vivieron largo tiempo animados con esta esperanza, pero puede juzgarse su contrariedad y su temor, cuando el capitan Bumker del *Albion* les notició que el *Duff* habia sido apresado por un corsario francés, y que la mision entera de Tonga-Tabou estaba aniquilada, habiendo sido degollados tres pastores, y los demas obligados á partir.

No era muy satisfactoria la situacion, y aun iba á empeorarse y agravarse con todos los lances de una guerra civil, cuando fondeó el *Purpoise* en Matavaï con presentes destinados á Pomare II de parte del gobernador de Port-Jackson. Este reconocimiento solemne del rey taitio impuso á sus enemigos, que se vieron precisados á emplazar sus proyectos, y la mision respiró. En breve se le presentaron motivos mas reales de confianza: el *Real-Admiral*, mandado todavía por Wilson, condujo un refuerzo de ocho misioneros que fueron acojidos á las mil maravillas por las autoridades locales. Por aquella época, los evanjelistas que llegaran primero poseían ya medianamente la lengua del país, predicaban el evanjelio al pueblo y enseñaban el catecismo á los niños; y aun se adelantaban hasta el interior del país para establecer las conversiones en escala mayor. Mr. Nott fué el primero que en el mes de marzo de 1802 dió la vuelta á la isla dedicándose á los cuidados de la predicacion, y en todas partes fué acojido del modo mas hospitalario. Muchos le escuchaban con curiosidad, otros con interés, y algunos se declararon dispuestos á adorar al nuevo Dios si los antiguos dioses de Taiti no se irritasen hasta castigarles de muerte. A la vuelta Mr. Nott pasó por el distrito de Ata-Ourou donde encontró al rey, su padre y todos los jefes de los guerreros reunidos en el gran moraï verificando ceremonias en honor del dios Oro; una multitud de cerdos se hallaban sobre el altar, y pendian de los vecinos árboles muchas víctimas humanas. Escandalizado á vista de aquel espectáculo, Nott quiso hablar; pero nadie le escuchó.

Al dia siguiente tuvo lugar en el moraï una segunda reunion mas ruidosa y mas dramática en su desenlace. Pomare II y su padre tomaron la palabra: manifestaron que el dios Oro les habia suplicado que lo hiciesen trasladar de Ata-Hourou á Tautira Taiarabou, y que en consecuencia les entregasen el dios. Esta declaracion produjo un gran tumulto: los jefes de Ata-Hourou se negaron tenazmente á acceder á esta demanda. Instó de nuevo de parte del rey y del rejente, pero tambien se le negó de nuevo de parte de los jefes. Entonces fué cuando intervino la fuerza; Pomare dió órden de arrebatar al dios apesar de la resistencia del pueblo de Ata-Hourou, y los guerreros salidos con armas de sus piraguas ejecutaron esta órden. Tras esta hazaña la flota levó el ancla al mando de los dos Pomare con la famosa divinidad, el Atoua Oro, á quien se pidió perdon inmediatamente de esta violencia con un sacrificio humano. El resultado de este rapto á mano armada fué una guerra llamada en los anales indíjenas *Te Tamai ia Roua*, (guerra de Roua) del nombre de un jefe que mandó los insurjentes de Ata-Hourou. Algunos dias despues de la profanacion de su templo, invadieron estos últimos el distrito de Faha, lo asolaron enteramente, pasaron á cuchillo á todos los naturales que podian alcanzar, continuaron por las tierras de Pare esta campaña de sangre y de destruccion, y se retiraron amenazando á Matavaï de una suerte semejante.

Por esta época se hallaba vivamente comprometido el partido real. Retirados á la península de Taiarabou, los dos Pomare asistian casi con una completa indiferencia á estas represalias que ellos mismos habian provocado, y continuaban

conjurando á su dios á quien creían altamente irritado. Nada tenian que aguardar pues los misioneros: al instante mas imprevisto su territorio podia ser invadido, su establecimiento derribado y sus personas en peligro. Temian que no llegase este acontecimiento, cuando aparecieron en la rada de Matavaï dos buques uno tras otro: el uno, el *Norfolk*, capitan Bishop, que conducia de Port-Jackson al misionero Shelli y su mujer; el otro, la *Venus*, capitan Bass, que venia á abastecerse en Taiti. El *Norfolk*, habiéndose dirijido hácia la costa, puso en breve á la disposicion de los pastores y de sus secuaces una pequeña reunion de Europeos salvados del naufrajio. Habiendo venido de Eïmeo por esta misma época al socorro de la causa real 300 guerreros, empeñóse un combate entre todas estas fuerzas sostenidas por un destacamento inglés, contra los rebeldes de Ata-Hourou. La ventaja quedó sin embargo por los últimos, fanatizados por la idea de combatir en defensa de sus dioses, al paso que los soldados de Pomare luchaban sin enerjía y atemorizados de su profanacion. La presencia de los Ingleses no produjo otro efecto que impedir una invasion del territorio de Matavaï. Despues de la batalla se entablaron conferencias en que se acordó que este distrito seria respetado como un terreno neutral y como un punto mas europeo que taitio, libre y abierto á todos los partidos. Estas condiciones se debieron únicamente á la concurrencia de Bishop y de sus jentes.

El teatro de la guerra cambió de escena. Engreídos por esta victoria, y convencidos íntimamente de que su dios combatia por ellos, los insurjentes de Ata-Hourou agregaron á su causa las poblaciones de Papara y de algunos otros distritos de la península de Taiti; salvaron el istmo, marcharon hácia Tautira, residencia de los dos Pomare, y les sorprendieron casi inermes, embebidos en la oracion, desmoralizados por la idea de que su dios era inflecsible y privados del ausilio de sus soldados que parecian abandonar una guerra sacrílega. Los Pomare tenian no obstante en sus filas 40 mosquetes, al paso que sus adversarios solo contaban 14, pero esta ventaja no pudo compensar las causas mas activas de desmoralizacion. Los dos Pomare batidos y rechazados en sus piraguas, se vieron forzados á fugarse precipitadamente por mar hácia Matavaï, mientras que los jefes rebeldes recobraban en Tautira la efijie de Oro que trasladaron en triunfo al moraï de Ata-Hourou. Desesperados, fujitivos y vencidos, los dos Pomare llegaron á Matavaï con la idea de abandonar la campaña y deseosos de emprender la retirada sobre Eïmeo; pero Bishop y sus camaradas les hicieron desistir del proyecto y les infundieron su primitivo valor.

Este capitan persuadió á los dos reyes; obstinóse con sus compañeros en restablecer sus negocios; tomó enérjicas medidas de defensa, empalizó la causa de los misioneros, levantó atrincheramientos, arrasó una capilla á fin de despejar el terreno, é instaló en una plataforma cuatro cañones de cobre salvados del naufrajio del *Nautilus*. Ahondáronse varios abrojos en las vecinas salidas, y se establecieron centinelas paraque vijilasen en la seguridad comun.

Por su parte, Pomare hizo ejecutar tambien algunos trabajos en la colina de Taha-Waï, único punto por donde podia atacarse Matavaï del lado del O. Habiendo sabido hácia la misma época que el ejército rebelde regresara á Tairabou para instalarse en su conquista, aprovechó esta ocasion para invadir el territorio de Ata-Hourou, cayendo de improviso sobre las mujeres, los niños y los ancianos, pasando á degüello 200 individuos y dejando el distrito bañado de sangre. Lejos de acobardar á los rebeldes, un acto de crueldad tan estéril no hizo mas que ecsasperarlos: la guerra era ya en lo sucesivo guerra de esterminio, y aunque debia tener sus intermitencias, el resentimiento y la cólera de los dos partidos no debian jamas proscribirse ni atenuarse.

Habituado á recorrer estos parajes, el *Nautilus* apareció de nuevo en ellos y entró en la liga real. Una de sus chalupas con tripulacion inglesa acompañó á Pomare á una peregrinacion espiatoria junto al ídolo Oro; y cuando llegó la hora de un concurso mas serio, á 3 de julio embarcáronse el capitan Bishop y el maestre del *Nautilus* con veinte y tres Europeos bien armados en una chalupa que contenia un cañon de á 4, y se hicieron á la vela con la flota de Pomare para las costas de Ata-Hourou. Un misionero acompañaba la espedicion en calidad de cirujano. Este ejército desembarcó en el distrito rebelde sin encontrar en él alma viviente, porque temiendo el resultado de la lucha, los naturales se habian acorralado en su inespugnable Pari, fortaleza natural situada á cuatro millas de la costa y muy difícil de tomar con los solos recursos locales y aun mas con medios mas enérjicos. Llegados al pie de aquella barrera de rocas, empezaron los Ingleses un fusileo que mas bien puede decirse que amedrentó que hizo mal. Por la noche los agresores iban á retirarse, cuando de resultas del reto de un jóven guerrero de Pomare que habia tomado el nombre de *To-Morrow-Morning*, salieron los rebeldes de sus atrincheramientos, y empezaron á inquietar en su retirada á los guerreros del rey. Entonces fué cuando se empeñó en la orilla una encarnizada lucha en la que tomaron parte los Ingleses: sesenta y seis combatientes del éjercito enemigo quedaron tendidos mordiendo el polvo en el campo, y el resto se fugó hácia las montañas.

Creíase que esta leccion era suficiente para subyugar á los rebeldes, y que al dia siguiente se abandonarian á merced del vencedor, pero nada de eso. Encontráronlos en su *Pari*, mas fuertes, mas numerosos y mas decididos que nunca. El jefe de los insurjentes, pariente de Pomare llamado Taatahi, no quiso por ningun término hablar de capitulacion alguna, y en consecuencia Pomare se retiró bien persuadido de la dificultad de reducir á unos adversarios que combatian con la ventaja de la oposicion y la audacia. Encaminóse hácia su cuartel jeneral de Pare; pero desde entonces, en virtud de una convencion real, aunque tácita, de guerra cansada, tuvo lugar una amnistía que duró algun tiempo. El *Nautilus* partió, y tras él el capitan Bishop, este animoso ausiliar de los misioneros, que se embarcó en la *Venus*.

Hácia esta época aparecieron en estos mismos parajes otras embarcaciones, entre las cuales deben citarse el *Purpoise* y el *Margaret*. El primero no hizo mas que abastecerse, pero el segundo, su capitan Byers, se ocupó de esploraciones cuyos pormenores nos ha transmitido el encomendero Turnbull. Este viajero vió á los dos Pomare, padre é hijo, ambos de una talla jigantesca, de seis pies de altura ó cerca de ellos, robustos y bien proporcionados. A su lado, para el mas estraño contraste, habia un enano de treinta y siete pulgadas. El *Margaret* hizo diversas escalas en el archipiélago; encontró á Wahine puesta bajo la autoridad de un niño de ocho años, y visitó Raïatea gobernada por el jefe Tama-Toua, de estatura imponente y marcial. Un incidente marcó este recalo: la mujer del jefe Tiri-Mani, bella, jóven é insinuante, habia tenido la destreza de hacerse taïos en la tripulacion y arrancarles muchos y diversos presentes. Hizo mas todavía; con el ausilio de algunos convictos (forzados), formó el proyecto de apoderarse del buque y sus oficiales; muchos jefes del país tomaron parte en el complot, y sin una brusca partida el *Margaret* hubiera sido confiscado en provecho de la vivaracha Tiri-Mani. Sin embargo no fué muy feliz en esto aquel pobre brick, porque se perdió en el archipiélago Pomotou cerca del grupo Paguiser. La tripulacion, en número de diez y seis personas, consiguió pasar á Taiti, donde se habia quedado Turnbull para algunos negocios mercantiles.

Estaba vijente todavía la tregua: la fatiga y la estenuacion se habian sobrepuesto á la lucha; mas por otra parte la muerte suplia las batallas, pues los jefes de Taiti fenecian uno á uno. El primero fué Apai, padre de Pomare I, robusto anciano, dulce, bueno, recomendable y sentido de todos, así Europeos como indíjenas. A este siguió su nieto, hijo de Pomare I, el jóven príncipe de Taïarabou, á quien no pudieron curar de una enfermedad mortal los sacrificios humanos, los tabous y los sortilejios; por fin á 3 de setiembre de 1803 espiró el célebre Pomare I, repentinamente despues de comer, á la edad de unos cincuenta y cinco años. Treinta años hacia que Pomare I era el hombre capital de Taiti, tan grande y quizá mas en sus dias de reveses que de su poder, tenaz, enérjico, activo, dotado de sagacidad política y de otras prendas personales (Pl. LXVIII.—4). La vida entera de este hombre habia sido una prolongada y no interrumpida lucha: sobreponiéndose á las leyes del país, habia reinado en vida de su hijo, resistido á todas las fuerzas de sus adversarios, y conservádose en su puesto hasta la muerte. Por otra parte intelijente y lleno de ideas civilizadoras, se habia manifestado siempre predispuesto en favor de los misioneros, y los habia protejido en todas las ocasiones, así por simpatía real como para cumplir la promesa que hiciera á su llegada. A su muerte, su hijo adoptó, ó mas bien continuó el nombre de Pomare.

Fuerza es confesar sin embargo que la predicacion de los misioneros no tuvo hasta entonces écsito alguno. En todos los distritos en que se habian presentado, no habian hecho mas que ridiculizarlos, si ya no es que los maltratasen. Burlábanse los naturales de su dios, diciéndoles cara á cara que solo era el servidor del gran dios Oro, y que en ningun modo trocarian el uno per el otro. Cuando un isleño caía enfermo al paso de un evanjelista, le acusaban de maleficio, y le obligaban al fin á aventarse del canton. Apesar de estos obstáculos, la mision iba continuando su difícil tarea. En enero de 1805, se preparó un catecismo circunstanciado, y en el mes de marzo siguiente se adoptó el alfabeto que sirvió de base á las traducciones ulteriores.

Empezaban á esperarse resultados mas felices, cuando se rompió bruscamente la tregua indefinida que reinaba entre los jefes, dando márjen á prolongadas y deplorables hostilidades. En el mes de junio de 1807, precipitáronse de improviso las tropas reales sobre el distrito de Ata-Hourou, asolaron y pasaron á cuchillo cuanto tenian delante, arrojaron la poblacion entera hácia las montañas y se retiraron con los cadáveres que fueron llevados sobre los altares de Oro. Esta horrible espedicion no fué espiada repentinamente: los jefes de Ata-Hourou meditaban desde largo tiempo su venganza que estalló al fin terrible y completa. Sin embargo antes de la esplosion los misioneros se refujiaron oportunamente en el buque inglés *Perseverancia* que se hallaba á la sazon anclado en la rada. El pastor Nott fué el último en pasar á bordo, á causa del postrer esfuerzo que practicó en vano entre los rebeldes para reconciliarlos con Pomare.

Entonces se dió principio á la desastrosa guer-

ra conocida en los anales de Taiti bajo el nombre de *Tamai rahi ia arahou-raia* (grande guerra de arahou-raia). El jefe de los insurjentes era Tanta, antiguo ministro del rey, entonces su mas acérrimo enemigo, y el guerrero mas temido de todo el archipiélago. Su solo nombre era una prenda segura de la victoria: así que, cuando abandonó el partido de Pomare, este se tuvo ya por batido y aun derramó lágrimas de dolor. Sin embargo no quiso renunciar á la campaña sin combatir. Aconsejado por el príncipe de los sacerdotes de Oro, tomó la iniciativa; atacó á su adversario que tenia la ventaja del número y de la posicion, pero fué vivamente rechazado y obligado á fugarse hasta Pare donde no quiso aguardar al enemigo. Salió de Taiti y se refujió en Wahine donde los misioneros habian buscado ya un asilo.

Taiti y Taiarabou pertenecian á los rebeldes; no se presentaba ningun jefe de distincion para disputarles estos puntos. Su primer acto de posesion fué contaminado de sangre y de desastres; asolaron los distritos de Pare y de Matavaï, destruyeron las habitaciones de los jefes del partido real, saquearon el establecimiento de las misiones, arrebataron los objetos de algun valor, fundieron los carácteres tipográficos en balas, arrollaron los libros en cartuchos, usurparon las armas esistentes y fabricaron otras con los utensilios de cocina. Embriagados de júbilo por la prosperidad del écsito, esperaban mas todavía; espiaban la ocasion de apoderarse del primer buque que se presentara despues de haber acuchillado los oficiales. Este golpe de mano tuvo lugar efectivamente en el schooner *Venus* que no pudo ser prevenido del peligro con oportunidad; pero la buena suerte quiso que la tripulacion, en vez de ser degollada sobre la marcha, fuese reservada á los sacrificios del dios Oro, dando tiempo á la *Urania*, navío inglés, de salvar de las manos de aquellos bárbaros así al buque como á la tripulacion. Con todo no podia hacerse frente por mas tiempo: á ejemplo de Taiti las demas islas estaban trabajadas por el embate de facciones turbulentas y diversas; una chispa habia incendiado todas aquellas cabezas belíjeras, y en adelante debian quedar inertes los ministros de paz en medio de tan flagrantes querellas. Así es que á 25 de octubre de 1809 todos los misioneros abandonaron el archipiélago en direccion á Port-Jackson, dejando solamente á dos pastores, Haywood en Wahine, y Nott en Eïmeo.

Este último hizo entonces su conquista mas grande y decisiva. Desposeído, infortunado y abatido, vivia Pomare en Eïmeo sin consuelo para el presente ni esperanza para el porvenir. Hallábase en una situacion de espíritu favorable á una educacion relijiosa, atendido que si el dios Oro se declaraba contra él, el dios cristiano podia serle propicio. Tal era el argumento relijioso; pero mas perentorio era aun el argumento político, pues el poderío inglés ausiliaria sin la menor duda á un rey cristiano reinstalándole en su trono. Sea que el resultado dependiese de uno ú otro de estos motivos, ó que la fé le bajase del cielo, lo cierto es que Pomare fué un catecúmeno del pastor Nott, aplicado como un adolescente, que aprendia á leer y escribir á fin de venir en conocimiento de los dogmas cristianos. Despues de haber dado el ejemplo á un hombre de tanta importancia, siguiéronle á competencia los isleños, y en breve contó Eïmeo una multitud de bautismos y de conversiones. El proselitismo progresó con tanta rapidez, que el pastor Nott no pudo por sí solo subvenir á todas las necesidades de la nueva iglesia, y en consecuencia pidió algunos cólegas que llegaron á Eïmeo á principios de 1812.

A su regreso Pomare, viendo que ecsistian los elementos necesarios para una gran peripecia relijiosa, decidió consagrar por medio de un acto público su adhesion oficial al nuevo culto. Cierto dia le ofrecieron una tortuga, animal esencialmente tabou, y que no podia prepararse mas que en el recinto del moraï, sacando la parte que correspondia al dios. En vez de aguardar la consumacion de la ceremonia habitual, ordenó Pomare cocer el animal al horno como las carnes ordinarias, y se lo ofrecieron inmediatamente sin reservar nada para el ídolo. Este mandato escitó un gran rumor y escándalo entre la servidumbre del palacio y los sacerdotes del templo. No dudaban ver al rey herido del rayo por tan espantosa violacion del tabou, ó almenos ahogado por la tortuga que engullia con tanto sacrilejio. Nada de esto sin embargo ocurrió, segun puede presumirse; el banquete tuvo lugar con mucha tranquilidad, sin que la tortuga fuese por esto menos sabrosa ni menos saludable. En cuanto Pomare hubo consumado esta notable violacion de las antiguas adoraciones, se levantó y arengó al pueblo: « Ya veis, le dijo, lo que son los dioses de vuestra fantasía; ni buenos ni malos, impotentes así para ausiliaros como para perjudicaros. Haced como yo hago, y nadie tendrá que arrepentirse. » Muchos efectivamente imitaron su ejemplo: el nuevo culto, bueno y consolador, no ofrecia ninguna de estas sangrientas espiaciones á que el pueblo estaba adicto mas que por simpatía por temor. Habituóse poco á poco á tener menos fé en el poder de tan misteriosos ídolos; los temió menos; llegó á despreciarlos, y todo se concluyó. Los jefes eran los primeros que se alistaban en las filas de los neófitos; Tapoua, jefe de Raïatea; Tamatoua, suegro de Pomare; Mahine, jefe de Wahine, y muchos otros manifestaron sus deseos de instruirse. La valla estaba rota; las primeras conquistas con-

sumadas; el poder de la imitacion echó el resto: Pomare, convertido en zeloso cristiano, quiso que la relijion tuviese su templo. Instalóse una cátedra, donde los apóstoles pudieron predicar su culto á millares de isleños, los unos convencidos, los otros conmovidos.

Entonces fué cuando se presentaron dos jefes llegados de Taiti para proponer á Pomare que regresase á aquella isla abandonada á los horrores de la anarquía y recobrase sus antiguos poderes. Todos los partidos clamaban por su intervencion en aquel momento de crisis y lo deseaban con ahinco. En efecto, desde su espulsion toda la isla se vió abandonada á los mas terribles desórdenes y á las mas asquerosas saturnales. En vez de organizar su conquista, los jefes vencedores no hicieron mas que despilfarrarla; habíase abandonado el trabajo de los campos, y entregádose solamente con furor á la destilacion de la raiz del ti *(dracæna terminalis)* de la que se sacaba un licor espirituoso. Desde entonces toda la isla fué una vasta taberna y un taller de destilacion. La caldera era una roca abondada; la retorta era tambien una cobertera de madera; el refrijerante, un conducto de caña. El licor era recibido en un vaso de madera ó en un calabacino de coco. En torno de aquel alambique, establecido á poco gasto, habia diez, veinte, treinta naturales que bebian el licor destilado á medida que caía en el recipiente. Cuando todos estaban embriagados, les sobrecojia un furor salvaje: se precipitaban los unos sobre los otros, se atrincheraban y se degollaban en el mismo sitio de aquellas sangrientas orjias. Algun tiempo despues, al regreso de los misioneros, veíanse sembradas por acá y acullá varias osamentas humanas que indicaban el sitio en que se verificaba aquella sangrienta fabricacion.

Sabiendo Pomare todos estos pormenores, juzgó llegada la hora de poner coto á aquellos desórdenes, suponiendo, quizá con sobrada precocidad, que su duracion le habia preparado una restauracion tranquila. Dirijióse pues á Taiti, donde al principio tropezó con muy pocos obstáculos á su establecimiento, é ignorando el jiro que tomarian los negocios, no quiso que le siguiesen los misioneros; pero se consolaba de su ausencia por medio de piadosas misivas.

«¡Ojalá, escribia al pastor Nott, que pudiese desarmar la cólera de Jehova hácia mí, que soy un hombre perverso, lleno de crímenes, culpable de indiferencia é ignorancia del verdadero dios, culpable de perseverancia en el mal! ¡Pluguiese á Jehova perdonar mi locura, mi incredulidad y mi desprecio por su ley! ¡Pluguiese á Jehova acordarme su buen espíritu para santificar mi corazon, á fin de que pueda amar lo que es bueno, y me ponga en estado de abjurar mis malas costumbres, paraque pueda inscribirme entre los individuos de su pueblo, y ser salvado por Jesucristo nuestro único salvador! Yo soy un hombre perverso, y mis pecados son grandes y numerosos.»

Otro dia, atacado de una enfermedad, escribió:

«Grande es mi afliccion; pero si pudiese tan solo obtener el favor de Dios antes de morir, me creeria dichoso. Pero, ah! si llego á morir antes de obtener mi perdon, ¡desgraciado de mí! ¡Ojalá que mis pecados sean perdonados y mi alma salvada por Jesucristo! ¡Pluguiese á Jehova clavar los ojos sobre mí antes de morir, y yo me alegraré!»

Tal era el estado del real catecúmeno, zeloso de la propagacion de la fé, entusiasta, y profundamente conmovido. Asi es que no se ocultó á la vista de Taiti, no obstante su perseverancia en la idolatría. Jactóse de ser cristiano á su presencia, habló del culto de Oro como de una profanacion, y practicó públicamente los ritos cristianos. Al principio su conviccion relijiosa fué perjudicial á su reintegracion política: con dificultad el canton de Matavaï se resignó á sufrir el yugo de su autoridad, al paso que los demas distritos permanecieron independientes, con sus jefes y sus sacerdotes, considerando á Pomare como un apóstata indigno del trono. Durante este período Pomare tuvo un hijo, Aimata, de una de las hijas de Tamatouha de la isla Raïatea; pero por lo demas pocos fueron los incidentes que ocurrieron en estos dos años de 1812 y 1813. El comercio europeo huyó al parecer los parajes de Taiti; y aunque fondeaban en la rada algunas embarcaciones de tiempo en tiempo, no hacian en ella la menor parada. Dos solamente hicieron algun ruído con motivo de catástrofes análogas: la *Queen-Carlota*, mandada por el misionero Shelly; la segunda, *el Delfin*, su capitan Folger; una y otra ocupadas por una tripulacion taitia en la pesca de las perlas sobre las islas Pomotou y arrebatadas súbitamente por aquellos peligrosos ausiliares. El capitan de la *Queen-Carlota* fué salvado; el del *Delfin* pereció en la pendencia: el primer buque, llegado á la rada de Matavaï al mando de los rebeldes, fué restituído por Pomare á su propietario; el segundo fué recobrado en el mar por el capitan Walker del *Endeavour*.

Por esta época iba prosperando la iglesia de Eïmeo; la afluencia de los prosélitos era inmensa; no podia acudirse á los sermones y á los bautismos. El 25 de julio de 1813 se inauguró la capilla pública de Eïmeo; celebróse el servicio divino en presencia de un numeroso rebaño de fieles, y la ceremonia terminó con la solemne comunion de los nuevos convertidos, entre los cuales figuraban muchos jefes de la sociedad de los Areois; el mismo príncipe de los sacerdotes de Eïmeo, el gran servidor de los ídolos de Paii,

convencido un dia por por la palabra del pastor Nott, pegó fuego á sus divinidades y se declaró cristiano. Todo el archipiélago siguió poco á poco el impulso comunicado: numerosas é imponentes conversiones tuvieron lugar en Wahine, en Raaïtea y en Tahoa, y aun llegaron de Taiti varios jefes conducidos por Pomare que les habia atraído á la fé, entre los cuales se hallaba Oupa-Parou. el taïo de Pendleton, uno de los mas influyentes personajes de la isla. Los misioneros veian por fin su perseverancia coronada de prosperidades. A fines de 1814 ecsistian en el archipiélago 500 ó 600 cristianos, y el momento de progresion se iba acelerando todos los dias. Debiendo pues aumentarse á la par los medios de accion de los directores de la nueva iglesia, pidióse un refuerzo de apóstoles, concluyóse una traduccion del evanjelio en taitio, y la mandaron á Port-Jackson paraque la imprimiesen.

Estas ventajas escitaron la emulacion de los disidentes. Mientras los cristianos formaron un pequeño nucleo de hombres aislados, se ciñeron á combatirlos con el desprecio; mas cuando fueron bastante fuertes, se echó mano del ridículo distinguiéndolos con el apodo de *boure-atoua* (de *boure*, oraciones, *atoua*, dioses); pero cuando hubieron ganado terreno, apesar del orgullo de los unos y del sarcasmo de los otros, cuando el jenio de la propaganda se estendió por todos los miembros de la familia real manifestándose mas activa y poderosa que nunca, entonces los idólatras juraron en su corazon aniquilar con el hierro todo cuanto resistiera hasta entonces á los esfuerzos de diversa naturaleza. Los jefes, ajitados por divisiones intestinas, firmaron una tregua y una liga contra el enemigo del dios comun: los distritos de Pare, de Matavaï y de Wapai-Ano se asociaron para la ejecucion de unas vísperas cristianas, é invitados á tomar parte en esta matanza, los jefes de Ata-Ourou y de Papara prometieron su concurso. Todos los Boure-Atouas residentes en Taiti debian ser pasados á degüello en la noche del 7 al 8 de julio de 1814, y sin una indiscrecion ó aviso comunicado á última hora, ni un cristiano siquiera hubiera podido sustraerse al filo del puñal de los asesinos. Apenas tuvieron media hora para enmarar sus piraguas y salvarse en Eïmeo.

Los conjurados emprendieron la marcha en la forma en que estaban convenidos. Pero fácilmente puede juzgarse su sorpresa y despecho, cuando en todas las casas marcadas con la cruz fatal no encontraron siquiera un alma viviente. Viendo escapada su presa, se enfurecieron sobremanera. Acusáronse mutuamente de traicion, recriminároнse al principio, y pasaron despues de las palabras á los hechos. Las escisiones políticas, borradas por un momento á la vista de una campaña relijiosa, descollaron de nuevo mas violentas y mas implacables que nunca. Los naturales de Papara y de Ata-Hourou, eternos adversarios de los Toti-Honou, nombre colectivo de las pueblas que habitan al N.E. de Taiti, fueron los primeros en violar la interina alianza; precipitáronse sobre susantagonistas, los destrozaron enteramente y esterminaron á sus principales jefes y sus mejores guerreros. Habiendo sobrevenido las jentes de Taïarabou, se declararon por el partido vencedor y se abandonaron á un completo saqueo, de suerte que todo aquel litoral taitio, los ricos distritos de Pare y de Naa y los románticos vallecillos de Houtouah, Matavaï y Wapal-Ano quedaron convertidos en un espacioso campo de luto y devastacion. Cuando todo hubo sucumbido, hombres y casas; cuando todo quedó derribado al embate de los conquistadores; disputáronse el botin, y se batieron entre sí, á causa de no poder entenderse sobre la particion. Ata-Hourou y Papara se ligaron contra los de Taïarabou, y los arrojaron hácia los *paris* de las montañas. El homicidio, el incendio, el pillaje y el estupro desolaron la llanura y determinaron frecuentes emigraciones á Eïmeo, que recibia idólatras para hacerlos cristianos. De esta suerte la misma guerra civil protejia la causa de la nueva fé. Pomare se habia hecho el instrumento mas activo de aquella conversion jeneral; recorria las aldeas de Eïmeo como un apóstol, daba el ejemplo y correspondia con su conducta á las verdades que enseñaba.

El año 1815 se principió en estos términos. Eïmeo, próspero y pacífico, se poblaba de cristianos, y Taiti, abandonada á merced de jefes turbulentos, se precipitaba á su ruína. Los jefes insurjentes comprendieron la propension de esta marcha inversa, y resolvieron ensayar una perfidia. Por medio de mensajeros hicieron jurar á los emigrados taitios que regresarian á sus posesiones, prometiéndoles el goce tranquilo y el libre ejercicio de su culto, y aunque presintieron una astucia, accedieron á la demanda. El rey Pomare se encargó de vijilar por sí mismo, y reunió los guerreros mas ilustres de Eïmeo y de las islas vecinas, todos cristianos ardientes y soldados intrépidos. La flota emprendió la marcha, y su vista armó á los idólatras, quienes descendieron en gran número y armados á la playa, significando con sus jestos y vociferaciones que se opondrian al desembarque de una tropa tan numerosa, y aun llegaron á hacer fuego sobre las piraguas. No quiso Pomare al principio rechazar la fuerza; dirijió la palabra á aquellos energúmenos y obtuvo de ellos el permiso de tomar lengua con sus guerreros. Firmóse una paz aparente que, no siendo sincera, no podia durar.

El 12 de noviembre de 1815, dia memorable en los anales taitios, se reunieron por la tarde Pomare y sus 300 guerreros, llegados de Eïmeo para celebrar el servicio divino en un sitio llamado

Narii, cerca de la aldea de Bouna-Auïa, en el distrito de Ata-Hourou. Los idólatras aguardaban esta ocasion que habian ya previsto: sus destacamentos numerosos y bien armados bloqueaban el recinto donde estaban reunidos los boure-atouas (cristianos); y apenas entonó Pomare un himno, cuando empezó el fusileo. Numerosas partidas de guerreros con el estandarte de Oro al frente, marcharon al ataque á los gritos de *¡guerra! ¡guerra!* Apesar de la inminencia del peligro, quiso Pomare continuar el servicio. « Jehova os proteje, esclamó, ¿qué temeis?» Los guerreros no se movieron.

Concluídas las oraciones, formaron escalonándose en la playa en tres columnas que hacian cara al enemigo desparramado por la montaña. En la vanguardia de Pomare figuraban tres jefes célebres, Auna, Oupa-Parou é Hitoti; el cuerpo avanzado obedecia á Mahine y á la amazona Pomare-Wahine, armada de un mosquete y de una lanza, y cubierta de una buena cota de malla en trenzas de romana. Pomare habia escojido su puesto en una piragua con muchos fusileros que debian inquietar el flanco del enemigo. En otra piragua mandada por un Inglés llamado Joe, se hallaba un pedrero que prestó servicios muy esenciales á la causa real.

Apenas habia Pomare terminado estos preparativos, cuando los idólatras se precipitaron sobre él. El choque fué terrible; desbarató la vanguardia, y una multitud de guerreros que la componian se encontraron fuera de combate; Oupa-Parou solo pudo escapar dejando entre las manos del enemigo los arrapiezos de sus vestidos. Fué preciso emprender la fuga al través de las malezas y replegarse sobre el cuerpo de ejército de Mahine, donde se empeñó una lucha mas seria. El jefe de los insurjentes, Oupou-Fara, cayó atravesado de un lanzazo, y como procurasen socorrerle: «Es inútil, gritó, lo único que debeis hacer es vengarme, este es el que me ha herido.» Y mostraba uno de los soldados de Mahine llamado Raveae. Veinte idólatras se arrojaron sobre él, pero pudo arrancarse la víctima á sus golpes. Apesar de la pérdida de su jeneral, los insurjentes continuaron la lucha con un encarnizamiento no menos feroz; pero la actitud de Mahine, el fuego mortífero del pedrero de Joe y la mosquetería de Pomare decidieron la batalla. La victoria fué completada por el temor pánico que se apoderó de los idólatras, quienes se fugaron hácia las fortalezas de las montañas.

Libre la playa de enemigos, los guerreros de Pomare, atraídos por el hábito de sus antiguas costumbres, iban á perseguir y pasar á cuchillo los fujitivos, ó á lo menos acabar con los heridos que se hallaban en el campo de batalla; pero Pomare esclamó con voz fuerte: « ¡Atira! (Basta ya!) » Deseaba hacer la guerra como cristiano; en vez de inmolar á los prisioneros, los curó; en vez de maltratar las familias de los vencidos, les prodigó sus cuidados, y llamó á los rebeldes con promesas de amnistía observadas escrupulosamente. El cuerpo del jefe enemigo, Oupou-Fara, se hallaba todavía tendido en el suelo, pero él mandó que lo sepultasen segun costumbre en el sepulcro de sus padres y envió mensajeros hácia los *pari* del interior para prometer individualmente á todos los jefes el perdon y el olvido de lo pasado. Esta conducta tan estraña al país ganó á Pomare y á su dios una multitud de partidarios. Parangonáronse estas dos relijiones; la una, llena de dulzura y de clemencia, no derramaba sangre mas que para defenderse, al paso que la otra, feroz é impía, clamaba incesantemente por nuevas víctimas. El paralelo fué una bella defensa para el cristianismo, y esta jornada le valió la conquista de Taiti.

Para añadir una nueva influencia á estos medios de conversion, quiso Pomare desnudar á los viejos ídolos del prestijio de respeto y de poderío de que aun estaban revestidos, y les insultó de un modo tan brutal y tan público, que cada uno se halló curado del miedo que le inspiraban. Para esto envió algunos guerreros escojidos á Tautira, donde se encontraba á la sazon la famosa estatua de Oro, y en virtud de las órdenes recibidas penetraron aquellas tropas en el moraï, y en presencia de los sacerdotes y de los adoradores escandalizados, destruyeron los soldados los altares, pillaron las ofrendas y los sagrados retretes, derribaron el ídolo, lo decapitaron (era un pedazo de casuarina groseramente esculpido), y depositaron su cabeza á las plantas de Pomare. Al principio afectó este servirse de ella para los usos mas bajos, tales, como tajo de cocina, y en seguida la arrojó al fuego. Esta ejecucion, realizada públicamente sin que el dios pudiese vengarse, fué la señal de un auto de fé universal para todos los moraïs y todos los ídolos de la isla.

La idolatría no ecsistia ya en Taiti, y en breve fué estirpada de las islas vecinas, que siguieron el ejemplo de la metrópoli. En el espacio de seis meses desaparecieron del archipiélago los templos y los dioses, y solo perseveró Maupiti hasta 1817, en cuya época fué convertida por habitantes de Bora-Bora.

Pomare reinaba en fin: Taiti cristiana le pertenecia, y distribuyó su administracion entre los jefes que participaran de su infortunio y de sus triunfos. En primera linea se hallaban los misioneros que por medio de trabajos largos y perseverantes habian comprado á tanta costa el derecho de ser contados por algo en la reorganizacion del país. Pomare les dió la parte que mas se acomodaba á su gusto; y como el deseo de

usurpar solo se siente en el reposo y en la dicha, los misioneros no se mostraron entonces ecsijentes ni difíciles. Llegaron ocho ó diez compañeros para ausiliarles en sus trabajos apostólicos, cada dia mas graves y mas multiplicados. Creáronse establecimientos en todas las islas del archipiélago para poder catequizar y enseñar á todas las pueblas; pero tal vez al formular el nuevo código moral, estos hombres de Dios no se hicieron bastante cargo de su vida anterior. Quizás era peligroso reemplazar las costumbres relajadas y fáciles de los isleños por un código sobrado riguroso y ascético. Algunos pesares mal disimulados y varios complots contra la vida de Pomare indicaron al parecer que la persuasion no habia sido la única causa de la conversion del archipiélago.

La publicidad dada á las Escrituras era un medio de accion sobre aquellos espíritus que necesitaban de un nuevo alimento. Primeramente se hizo imprimir en Port-Jackson un evanjelio taitio; pero como este medio era indirecto é insuficiente, se calcularon los medios de aclimatar la imprenta en el mismo grupo taitio. Mr. Ellis realizó este milagro: llegó á Eimeo con una prensa y algunos carácteres, y casi hizo una revolucion en el país. Faltaban los libros; apenas habia uno por familia; cada cual estudiaba en él á su turno. Muchos no tenian ninguno. Estos habian copiado el silabario entero; aquellos, no pudiendo procurarse papel, habian preparado pedazos de tela, y con el ausilio de una péñola templada en un tinte rojo-violado, habian trazado una á una las letras del alfabeto, y aun frases enteras de las Escrituras ó de los sermones que habian retenido en la memoria.

Prevenido de la llegada de una prensa, Pomare cedió un edificio, sin pedir mas retribucion que la de advertirle cuando la máquina principiase á trabajar, en cuyo dia se presentó acompañado de los principales jefes. Mr. Ellis tomó entonces las herramientas de cajista; mas viendo que el rey envidiaba aquellos caractéres nuevos y brillantes, le propuso que compusiese en persona el primer alfabeto. En efecto, con el ausilio del pastor desempeñó este encargo é hizo una pájina. Deseaba que la tirasen al momento, y con dificultad se resignó á esperar que se compusiera todo el pliego. Cuando se trató de empezar el tirado, se le hicieron los mismos honores. Mr. Ellis le enseñó á servirse de la muñeca, colocó el papel, y le indicó como debia tirar de la barra. El pliego salió impreso con bastante limpieza. Tomólo Pomare satisfecho de su obra, lo pasó á los jefes, y sacó otras dos pruebas, ecsaminándolas y admirándolas sucesivamente. Concluída esta pequeña faena, quiso que se mostrase este impreso al pueblo que lo acojió con un grito de sorpresa. Tras esta inauguracion continuó el trabajo, y el rey iba cada dia á asistir á sus progresos. Todo lo observaba, contaba las letras, y calculó que la letra A se hallaba 5.000 veces en 16 pájinas del silabario. Imprimiéronse 2.600 ejemplares de este libro, un catecismo taitio, varios estractos de las Escrituras, y un evanjelio segun San Lúcas. « ¡ Gran Bretaña ! ¡ tierra del saber ! » esclamaban los que se apiñaban á las puertas de la imprenta, neófitos procedentes de todas las islas del grupo, para ver los misioneros trabajando y para procurarse libros. La playa estaba llena de canoas; las casas de la costa rebosaban de huéspedes y de curiosos, y en todas partes acampaban grupos al aire libre: hubiérase creído una feria permanente. Paraque los libros durasen mas tiempo, los encuadernaron como mejor pudieron, ya con tela de corteza de árbol, ya con pieles de animales, perros, cabras y gatos silvestres que los naturales iban á cazar en las montañas. Al principio los libros elementares se distribuían gratis; pero despues, á fin de ponderar su valor á los ojos del pueblo, se decidió que los permutarian contra una pequeña cantidad de aceite de coco.

Mr. Ellis, á quien debemos estos detalles, refiere la satisfaccion que le causaba esta tarea, verificada con instrumentos defectuosos.

« Muchas veces, dice, veía llegar treinta á cuarenta canoas de las partes mas remotas de Eimeo ó de alguna isla vecina, con cinco ó seis personas cada una, que solo hacian el viaje para procurarse libros de devocion, y que á veces estaban obligados á esperarlos durante cinco ó seis semanas. Llevaban consigo enormes paquetes de cartas escritas en hojas de plátano y arrolladas como viejos pergaminos: eran otras tantas súplicas de los que no pudiendo venir en persona, pedian que les hiciesen remesas.

« Una tarde, al poner del sol, llegó de Taiti una piragua montada por cinco hombres. Desembarcaron, recojieron sus velas, tiraron su embarcacion hácia la playa, y se encaminaron á mi domicilio. Yo les salí al encuentro. « *Luka! te parau na Luka*, » me dijeron todos á la vez mostrándome cañas de mambú llenas de aceite de coco, que ofrecian en retribucion. Como yo no tenia ejemplares dispuestos, se los prometí para el dia siguiente, recomendándoles que se retirasen en casa de algun amigo en la aldea para pernoctar. Acababa de terminar el crepúsculo, siempre muy corto en los trópicos, cuando me retiré; mas, cual fué mi sorpresa cuando al salir el sol del dia siguiente los observé tendidos en tierra delante de mi casa sobre esteras de hojas de cocotero sin mas sábana que la holgada capa de tela de corteza que comunmente llevan! Apresuréme á salir y me noticiaron que habian pasado allí toda la noche. Cuando les

pregunté porque no habian ido á pernoctar en alguna casa, respondieron: « Oh! por temor de que durante nuestra ausencia no viniese alguno muy de manaña á pediros los libros que habiais preparado, y no nos viésemos precisados á partir con las manos vacías. Ayer por la tarde tuvímos consejo, y resolvímos no salir de aquí hasta haber obtenido lo que hemos venido á buscar.» Los conduje á la imprenta, y reuniendo apresuradamente algunos pliegos, les dí un ejemplar á cada uno, pero me pidieron otros dos, el uno para su madre y el segundo para su hermana. Envolvieron los libros en un pedazo de tela blanca del país, se los metieron en el seno, me dieron los buenos dias, y sin haber bebido, comido ni visitado una sola persona del establecimiento, se encaminaron á la playa, pusieron boyante su canoa, izaron su vela de cuerdas de palmera trenzadas, y se dirijieron con mucha jovialidad hácia su isla natal. »

Como se deja ver, era esto una revolucion completa promovida por Pomare, cuyo apoyo no faltó un solo dia á los misioneros. Secundóles con todo su poder en la propagacion de la doctrina, y aun se dedicó á traducir las Escrituras en lenguaje taitio. No se limitó su actividad en esta esfera de enseñanza; ocupóse tambien de negocios mercantiles, y dió pruebas de habilidad en la administracion de los asuntos de algun interés. Cuando los misioneros quisieron tomar la iniciativa del progreso comercial y agrícola, resistió por primera vez á sus deseos, y aun declaró en una asamblea que sabia que asi se habia practicado en otros países, empezando por esplotaciones territoriales y acabando con la usurpacion y la conquista. Esta conducta era quizás bien calculada bajo el punto de vista dinástico, pero era contraria al interés civilizador del país. Así es que el cultivo y la fabricacion del algodon y el establecimiento de las fábricas de azúcar se estrellaron contra esta preocupacion política, egoísta y ruinosa. Dotar á un país de medios de riqueza es siempre un beneficio, y cualesquiera que sean las manos que se presenten para verificarlo, es preciso aceptarlas.

Repugnante cuando se trataba semejantes objetos, Pomare no lo era tanto cuando solo se trataba de usurpaciones relijiosas. Bajo este supuesto toleró el establecimiento de las sociedades ausiliares de las misiones, cuya institucion era una contribucion indirecta que recaía sobre los fieles en provecho del culto; y alegando que la sociedad de Lóndres no podia subvenir á los gastos de las misiones metropolitanas, propusieron los pastores de Taiti formar por medio de dones voluntarios un fondo comun aplicable á la sociedad de las sucursales. Cada socio debia inscribirse por una cantidad de cerdos, aceite de coco, patatas, raíces de arrow-root, á lo que accedió gustoso. El amor propio, y tal vez la piedad atrajeron al principio algunos suscritores; la imitacion y el temor determinaron despues á otros, y fueron muy pocos los que se creyeron ecsentos. Esta tasa espontanea comenzó en 1818, y dejeneró pronto en impuesto regular que acrecentándose todos los años, ha llegado á ser en nuestros dias sumamente onerosa. En 1822 la contribucion era ya de 1.226 bambúes de aceite (de cuatro libras cada uno), de 24 cerdos, de 267 fardos de arrow-root (de cinco libras cada uno), y de 191 fardos de algodon: esto para Taiti solamente, pues las demas islas satisfacian cantidades proporcionadas.

El gobierno de Pomare II fué pues una mezcla de bueno y malo. Hácia los últimos años, una grave falta vino á tiznar este reinado. Pomare se abandonó á la embriaguez, y abusó de los licores fuertes hasta el punto de embrutecer su alma y alterar su salud. Cuando por la mañana se encaminaba al pequeño kiosko donde traducia las Escrituras, llevaba debajo de un brazo su Biblia, y debajo del otro su botella de rom; y cuando se sentia la cabeza abrumada por sus copiosas libaciones: « ¡ Oh! Pomare, esclamaba haciéndose justicia á sí mismo, ¡ Oh! Pomare, ¡ tu cerdo se halla ahora mas en estado de reinar que tú! » Estos escesos le acortaron la vida, pues á 7 de setiembre de 1821 murió de hidropesía, á la edad de 48 años, en los brazos de Mr. Crook, poco llorado de los misioneros, no obstante haber sido su instrumento mas seguro y activo, dejando dos hijos de su esposa Tere-Moe-Moe, una niña, Aïmata, de ocho á diez años de edad, y un niño de unos cuatro años. Este último fué proclamando rey de la isla bajo el nombre de Pomare III, siendo nombrada rejente su tia Pomare-Wahine.

Los misioneros creían reinar entonces menos censurados y mas absolutos. Acababan de llegar á Taiti dos inspectores, Tyermann y Bennet, enviados por la sociedad metropolitana y revestidos de facultades estraordinarias para arreglar la naturaleza de las atribuciones del cuerpo de estos pastores, regularizar sus relaciones con los Europeos residentes en aquellas islas, hombres peligrosos en su mayor parte, desertores de navíos ó refractarios de la colonia de Botany-Bay, y tratar de potencia á potencia con las autoridades del país, tan maleables hasta entonces. Sin embargo, aguardaba una contrariedad á los evanjelistas: la rejente Pomare-Wahine, de quien solo esperaban una sumision pasiva, se levantó repentinamente contra la ecsijencia de sus voluntades, y declaró que por ningun pretesto sufriria una tutela onerosa, y que se abrigaria tras el muro de sus privilejios para resistir con mano fuerte á las leyes que habian establecido. Esta prevencion irritó altamente á los jefes

de las misiones; pero no pudiendo luchar contra una declaracion tan formal, resolvieron aguardar el momento mas oportuno para las represalias. En la isla de Taiti nada se podia contra la autoridad de la rejente, pero habia probabilidad de que se presentaria ocasion fuera de su territorio. Este momento llegó por fin del modo siguiente.

Era el otoño de 1822. Habiendo Pomare-Wahine ido á visitar á su aliado Mahine, rey de Wahine, pasó algunas semanas en aquella isla rodeada de su corte. Cierto dia necesitó de un árbol, y hallando en la hacienda de un hombre del pueblo un tronco que le convenia, lo hizo cortar. El propietario, llamado Teouhe, dió quejas, y el majistrado las recibió señalando la audiencia para el dia siguiente. Durante la noche se preparó la escena con los misioneros. Intimada á comparecer en la audiencia, la rejente obedeció, y se halló en presencia del pobre querellante. El juez, llamado Ori, estaba sentado sobre una estera á la sombra de un cocotero; interrogó al hombre del pueblo, y este pidió justicia por la violacion de su propiedad. En seguida se dirijió el juez hácia la reina y la dijo: «¿Habeis dado la órden de cortar este árbol? — Sí. — Ignorais acaso la letra de la ley? — No la ignoro, pero yo soy superior á ella. — Aquí está la copia, estudiadla y mostradnos donde se encuentra la escepcion en favor de un rey ó de una reina.» Estudióla efectivamente Pomare-Wahine, pero no encontró nada; y viendo que se queria esplotar esta contienda, deseó componerla con dinero, y enviando á buscar un saco de pesos por su servidor, le depositó ante el querellante como indemnizacion. «Un instante, dijo el juez, no consiste todo en esto.» Temiendo un escándalo, echó la reina á llorar. «¿Teneis acaso todavía la pretension de haber obrado bien cortando este árbol sin pedir la competente autorizacion al propietario? — No, no lo creo. — Está bien, prosiguió el juez. Y vos, Teboue, ¿qué satisfaccion ecsijis? — Puesto que la reina confiesa, respondió el querellante, que ha hecho mal de cortar el árbol de un pobre hombre, es prueba que no lo verificará nunca mas; esto me basta, y así no pido indemnizacion alguna.» Este acto de desinterés, aplaudido por la muchedumbre, puso fin á la audiencia. La rejente habia sido vencida y humillada, y esto era cuanto pretendian los misioneros. Por lo demás una practica de esta naturaleza tenia mas importancia de lo que se cree. Antes de los misioneros no habia en todo el archipiélago otros dueños del terreno que los Areois; los hombres del pueblo cultivaban, mas no poseían: así que condenada una reina por haber atentado contra la propiedad de un no-areoi, era proclamar el principio de la manumision del proletario. Este regreso al derecho natural era medida de un efecto tanto mas útil, cuanto que la abolicion de las fiestas, de las danzas y de los juegos nacionales habia violentado á aquel pueblo en sus placeres y en sus costumbres. La conducta de los misioneros procedió por semejantes compensaciones, dividiendo para reinar, otorgando al pueblo lo que arrebataban á los areois, creándose por todas partes funcionarios de su devocion, organizando el espionaje en caso de necesidad y calculándolo todo, de suerte que la autoridad mas real de la isla fuese la suya.

Pocas embarcaciones europeas cuyos nombres y actos se nos hayan transmitido, visitaron el archipiélago desde 1816 á 1813. En 1820 Bellinghausen fondeó en Matavaï con dos navíos, pero sin dejar vestijios harto notables de su paso. A este sucedió *la Coquille* en el mes de mayo de 1823, que permaneció tres semanas empleándolas en indagaciones y observaciones. El comandante Duperrey no ha iniciado todavía al público en los pormenores de este recalo; pero tenemos á la vista el diario del comandante en segundo d'Urville, que suplirá su falta. El aspecto del país en aquella época vive entera en sus detalles, y así no podemos hacer mas que citarla.

«En el momento de nuestra llegada, dice Mr. d'Urville, las cortes jenerales de los Taitios iban á abrir sus sesiones, y el 13 de mayo se celebró un servicio divino á fuer de preludio. Escitado por mi curiosidad para presenciar aquel espectáculo, me embarqué con Mr. Bennet y Wilson, los misioneros y muchos oficiales del buque. Llegado á Papaoa, ví los habitantes, hombres y mujeres, caminando en dos filas, en buen órden y en profundo silencio, en la direccion de la iglesia: no parecia sino una linea negra de devotos peregrinos. Cada uno en el templo ocupaba el puesto correspondiente á su distrito y á su canton. En breve se llenó aquel inmenso sotechado de 700 pies de lonjitud; y sin embargo, apesar de la afluencia, reinaba un silencio tan profundo que la voz del misionero se hacia oir en todos los puntos de la sala. A las diez principió el servicio con un himno que cantaron á coro los concurrentes, y en seguida vino una lectura de algunas pájinas de las Actas de los Apóstoles con un largo discurso pronunciado por Mr. Barf sobre un pasaje de las profecías de Isaías. Su espresivo desembarazo y su fuerte acentuacion parecian producir la mayor impresion sobre aquel auditorio. Hubo fieles que procuraban trazar apresuradamente en un papel algunas frases del sermon; pero los demas escuchaban al sacerdote en la actitud mas ferviente y mas respetuosa. La familia real asistia al servicio, pero confundida entre la multitud y sin distincion aparente. El inspector Bennet, que se hallaba á mi lado, me designó los principales personajes del país: Taiti, Hitoti, Oupa-parou,

Outami y otros varios que habian figurado en los últimos acontecimientos.

« Concluído el servicio, nos condujeron hácia una mesa modesta preparada bajo la tienda de la rejente, á corta distancia de la tumba de Pomare II. Algunos bancos, cofres y tablas servian de sillas. La mesa estaba cubierta de frutos del árbol del pan, cerdos y volatería, todo flanqueado de garrafones, unos llenos de rom, otros de agua de coco. Los verdaderos señores de la fiesta, los aparentes anfitriones, no eran la rejente ni la familia real, sino los misioneros que se habian colocado aparte con sus familias y en puestos de honor. Los príncipes y los jefes habian sido retirados á lo último de la mesa, y en verdad que si nosotros no nos hubiésemos aproesimado á ellos adrede, sino les hubiésemos dirijido palabras amistosas á las que se manifestaron agradecidos, hubieran figurado en aquel banquete mas bien como intrusos que como los soberanos de la isla. Eran sin embargo escelentes sujetos, dotados de injenio y de sagacidad y capaces de producir bienes si hubiesen tenido alguna instruccion. El pequeño Pomare y la jóven Aïmata en especial me parecieron dos criaturas muy intelijentes.

« El dibujante de la espedicion, Mr. Lejeune, fué el único que asistió á la sesion del dia siguiente, en la que se sometieron á la deliberacion de la asamblea popular varias cuestiones políticas. Esta sesion duró muchas horas, durante las cuales los jefes tomaron sucesivamente la palabra. El mas brillante orador de aquella tribuna era el jefe Taiti: la principal cuestion ventilada fué el establecimiento de una capitacion anual á razon de cinco mambúes de aceite por hombre, y en seguida se trató de los impuestos que debian percibirse por cuenta del rey ó de los misioneros. Algun tiempo despues supímos que la primera cuestion habia sido resuelta en sentido afirmativo; pero que la segunda, la que concernia á los misioneros, habia sido aplazada por ellos previendo un descalabro. Unas 4.000 personas asistian á aquella especie de congreso nacional.

Despues de *la Coquille* apareció en Taiti el capitan Kotzebue, que juzgó la sociedad de las misiones con mucha mas severidad. Su relacion presenta algunos ejemplos de la justicia áspera y rigurosa de aquellos pastores, que eran á la vez los vijilantes de las conciencias y los desfacedores de tuertos. Habiendo un indíjena hurtado una camisa á uno de los marinos del *Rurick* fué agarrotado, apesar del perdon del capitan ruso, de su desistimiento y de sus instancias, y enviado al trabajo de los caminos, sin que se le otorgase otra gracia que la del látigo. No era menos rigurosa la pena para las debilidades de la carne: aquellas Taitias, antiguamente tan libres y tan galantes, tenian un carácter reservado mas bien por temor que por virtud. Aplicábanse correcciones ejemplares á las que se ponian á disposicion de los marinos.

A 21 de abril de 1824 fué coronado en una asamblea solemne el jóven Pomare III, el alumno de los misioneros; y el decano de la mision, Mr. Davis, se obligó en su nombre á gobernar sus pueblos con justicia y con piedad, segun las leyes y la palabra de Dios. Con este motivo se proclamó una amnistía jeneral, por lo que pudieron regresar á sus hogares todos los desterrados. Sin embargo aquella efímera realidad sobre lo que estaba basado el porvenir del poder teocrático, fué distraída poco tiempo despues. Pomare III pasó á la isla de Eïmeo para ser educado en la academia de *South-Sea* bajo la direccion de Mr. Orsmaa, pero en el mes de diciembre de 1826 asoló al grupo una enfermedad endémica que acometió de los primeros al rey menor, el cual murió entre los brazos de su madre á 11 de enero de 1827.

Los misioneros habian utilizado el corto tiempo de su poder, haciendo adoptar una ley que daba al archipiélago una suerte de representacion nacional, y abolia para siempre la influencia de los grandes feudatarios. Los miembros de los diversos distritos debian reunirse una vez al año para discutir y mejorar la lejislacion. Estos miembros de distritos eran elejidos por los habitantes á mayoría de votos, é investidos de un mandato trienal. Al principio el número de diputados se fijó á dos por distrito; pero la asamblea tenia facultad de aumentar este número hasta tres ó cuatro en el caso de creerlo conveniente. Ninguna institucion debia en lo sucesivo estar vijente sin pasar por el voto de la cámara representativa y por la sancion real: era una asamblea semejante á la cámara de los comunes de Inglaterra.

En la sesion de 1826 el parlamento taitio espidió diversas leyes, entre las cuales habia una que condenaba á treinta pesos de multa á todo capitan estranjero que desembarcase un hombre de su tripulacion sin permiso del gobernador del distrito. La distribucion de los treinta pesos debia estar concebida en estos términos: veinte para el rey, seis para el gobernador, y cuatro para el natural que condujese el marino á bordo. Todo individuo que se ocultase en tierra debia ser preso inmediatamente, y el sujeto que lo arrestase debia recibir ocho pesos si era cerca de la playa, y quince en el interior. Un marino desertor, encontrado despues de la salida del buque, incurria en la pena de cincuenta toesas de camino. Esta ley emanaba claramente de la inspiracion de los misioneros, á quienes importaba muchísimo que no se estableciese en la isla ningun aventurero europeo, comerciante, especulador ó militar, que pudiese sobreponerse á su influencia.

El capitan Beechey, que visitó el archipiélago en 1826, al paso que hace justicia al zelo y decision de los misioneros y á sus diferentes y numerosos trabajos, no puede menos de convenir en que una especie de ecsajeracion puritana paralizaba el movimiento político y comercial de estas islas.

« Al considerar los progresos que este país ha hecho en la ciencia del gobierno por medio de la fundacion de un parlamento y la promulgacion de un código de leyes, no dudábamos encontrar algunos jérmenes de futuro bienestar; pero nada de esto nos revelaron nuestras escursiones. Los naturales no solamente no han hecho progreso alguno en punto á movimiento industrial, sino que han dejado perecer con indiferencia muchas de sus artes primitivas. »

Desde la muerte de Pomare III no sobrevino en la historia de Taiti ningun acontecimiento esencial. Entronizaron como sucesor de su hermano á la jóven Aïmata, último vástago de la familia, bajo el nombre de Pomare Wahine I, y la pusieron bajo la tutela de su tia. Continuó reuniéndose cada año el parlamento taitio, pero sus debates carecieron de todo interés. El último viajero que ha visitado la comarca es el capitan Waldegrave, cuyo viaje solo data del mes de abril de 1830. La isla le pareció en un estado transitorio entre las costumbres antiguas y la confusa estimacion de la ley nueva; era una especie de conflicto en que se presentaban los antiguos privilejios de los jefes por una parte, y por otra los nuevos derechos del pueblo emancipado. Por este tiempo los misioneros se ocupaban mucho de negocios mercantiles: habíanse hecho adjudicar el monopolio del ganado, al que pensaban añadir el del aceite del coco y del arrow-root, y aun descendian á veces hasta hacerse los corredores y proveedores de las embarcaciones. Por lo que hace á la familia real, todos están acordes en acusarla de una disolucion llevada hasta el estremo; la reina daba el ejemplo del escándalo, y su marido, el enorme *Pomare-Obou-Rahi* (Pomare-Grueso-Vientre), jóven de unos veinte años, parecia asistir á aquellas pequeñas saturnales cortesanas, mas bien como testigo indiferente que como parte interesada.

CAPÍTULO XVI.

ARCHIPIÉLAGO DE TAITI.—USOS, COSTUMBRES Y PRODUCCIONES.

De todo lo que hemos espuesto hasta aquí se deduce fácilmente que bajo el punto de vista fisiolójico ecsisten dos Taiti; la Taiti del descubrimiento y la Taiti actual; la una, la reina de la Polinesia, poblada de una raza hermosa y agraciada; la otra de tipo decaído y dejenerado, ofreciendo apenas por acá y acullá algunos individuos como muestras de la poblacion anterior.

Por lo demás, el color jeneral del tinte es olivo ó bronceado, que admite una multitud de matices, desde el amarillo claro de los jefes hasta el pardo oscuro de los hombres del pueblo. Las proporciones son jeneralmente bellas; el aire es bueno y seductor. El ángulo facial es tan abierto entre ellos como entre los Europeos, escepto cuando la frente y el colodrillo han sido comprimidos en la infancia, práctica usitada por las madres que destinan sus hijos á la carrera de las armas. Los otros caractéres son, la frente algunas veces estrecha, pero por lo comun ancha y bien formada, las cejas negras y bien dibujadas, menos en arco que en linea recta; los ojos raras veces rasgados, pero brillantes y de un negro de azabache, los carrillos poco prominentes, la nariz recta y aguileña, comunmente hinchada en las ventanas, y poco antes remachada por las nodrizas que la encontraban así mas graciosa; la boca bien dibujada, aunque con los dientes un poco anchos, de una blancura brillante y de una larga duracion, las orejas grandes, la barba algo saliente; el semblante redondo, y algunas veces anguloso como el de los Tártaros; el perfil semejante al del Europeo; los cabellos negros y brillantes, tersos ó rizados, pero nunca lanosos. La talla de los hombres es jeneralmente mediana: los jefes son los únicos que forman al parecer una raza diversa, un pueblo de Patagones.

La blancura de la piel no era para estos isleños objeto de envidia; puesto que en su concepto un tinte obscuro anunciaba la fuerza, al paso que un tinte blanco manifestaba debilidad. Así es que nunca cuidaban de resguardarse de la accion del sol. En el campo de batalla descuartizaban los individuos mas negros para fabricar con sus huesos tijeras, agujas, leznas y anzuelos, porque suponian que sus huesos debian ser mucho mas pulidos que los otros. Mr. Ellis refiere que á la vista de un hombre de color negro acostumbraban esclamar: « *Tahata ra e, te ere ere! ivi maïtai tona* (qué negro es este hombre! buenos son sus huesos). » La construccion de los Europeos les parecia inferior á la suya, y cuando veían salir de un buque algun marinero bien fornido y de aspecto fuerte y vigoroso: « qué bello hombre! esclamaban, fuese Taitio! » Por mucho tiempo estuvieron en la creencia de que la blancura de la piel era un síntoma de enfermedad.

Todos los viajeros han hablado de las costumbres apacibles y hospitalarias de los naturales, de su bondad, de su alegría y de su dulzura. Aunque modificadas desde el descubrimiento por el roce europeo, estas cualidades se echan de ver todavía en los usos y el carácter actual. El de-

fecto capital de estos salvajes, el robo, no ha resistido tampoco á los conocimientos mas claros sobre la propiedad. Por lo demás su inclinacion irresistible al latrocinio puede muy bien esplicarse por la novedad de los objetos que veían en los buques europeos y por el precio que atribuían á la menor bagatela, á un clavo, á un cuchillo, ó á un hacha.

Apesar de su indolencia instintiva y su gusto por el placer, no estaban atrasadas entre ellos las artes industriales; por lo contrario, sus casas, sus piraguas y sus ornamentos en los dias de Cook manifestaban cierto grado de destreza y manual y de intelijencia artística. Sin embargo, en todos los demas ramos poco puede esperarse de esta raza que llega fácilmente hasta los conocimientos de una esfera inferior, pero que no puede remontarse á los de una clase superior.

El oríjen de este pueblo está envuelto en las sombras de la ignorancia, pues solo viven en el país algunas confusas tradiciones. Mr. Barff recojió una leyenda que asegura que el quinto órden de los seres intelijentes creados por Taaroa é Hina (las dos divinidades creadoras) fué llamado *Rahou Tahata i te ao ia tii* (órden del mundo ó de los tiis). He aquí como se pasó la cosa entre las dos divinidades: Hina dijo á Taaroa: «¿Cómo hacer para obtener al hombre? Hanse establecido los dioses *dia y noche* y no hay hombre alguno.» A lo que Taaroa respondió: Ve á la playa y al interior; ve á encontrar á tu hermano. — He ido al interior, pero no está. — Ve á los mares, tal vez esté allí, ó á tierra. — ¿Quién está en el mar? — Tiima-Raatai. — ¿Quién es Tiima-Raatai? ¿acaso es un hombre? — Es un hombre y tu hermano; ve al mar y búscalo. — Despedida así la diosa, reflecsionó Taaroa sobre los medios de formar al hombre, y para esto tomó una sustancia y una forma, y regresó á tierra. Encontróle Hina sin conocerle, y le dijo: «Quién sois? — Soy Tii-Maaraa. ¿Donde estabais? Os he buscado en el mar por todas partes, pero no os he hallado. — Estaba en mi casa, y pues que asi lo quieres, hermana mia, venid conmigo. — ¡Así sea! y pues que sois mi buen hermano, vivamos juntos.» Vivieron pues como esposos é Hina parió un hijo que fué llamado Tai. Este fué el primer hombre. Algun tiempo despues Hina tuvo una hija que fue llamada Hina. Ereere-Monoï, fué la mujer de Tei, de quien tuvo un hijo llamado Tahata, término que á poca diferencia significa hombre en toda la Polinesia. Hina, hija y esposa de Taaroa, abuela de Tahata, se transformó en mujer, jóven y hermosa, se enlazó de nuevo con su nieto, y le dió un niño y una niña, Ourou y Fana, los verdaderos fundadores de la estirpe humana.

Ellis cita otra tradicion semejante á los mitos mosaicos. Despues de haber criado el mundo, Taharoa formó el hombre con tierra encarnada (*araea*), que tambien sirvió de alimento á la criatura hasta la aparicion del árbol del pan. Cierto dia Taaroa sumió al hombre en un profundo sueño y le sacó un hueso ó *ivi*, del que formó la mujer. Estos dioses fueron los jefes de la familia humana. Al mencionar esta relacion, manifiesta Ellis alguna sospecha sobre su autenticidad, y añade que la analojía mosaica podria muy bien ser el resultado de un equívoco sobre la palabra *ivi*, que significa á la vez *hueso*, *viuda* y *víctima* ó *muerto en la guerra*.

No variaban menos las relaciones de los naturales en órden al oríjen de los animales domésticos que se encontraron entre ellos cuando su descubrimiento; las unas hablaban de una importacion hecha por los pueblos occidentales, pero otros continuaban el sistema de creacion de Taharoa, diciendo que á la formacion del hombre sucedió la de los cuadrúpedos para la tierra, las aves para el aire y los peces para el mar. Un corto número admitian otro dato, segun el cual acababa de morir un hombre de los antiguos tiempos, anciano erudito y poderoso; de su cadáver corrompido nació una marrana que pobló la isla de cerdos, que tenian sus almas que se reunian en un sitio llamado *Ofe-Ouna*. Esta especie, segun los isleños, era acreedora á sus consideraciones; cada cerdo tenia su apellido lo mismo que un hombre, con la sola diferencia que el nombre del cerdo era invariable, al paso que el del hombre variaba á la par de las diversas edades de la vida.

Las islas Taiti tenian tambien su historia diluviana. Taharoa, el primero de los dioses, enojado un dia contra el mundo, lo precipitó al mar. Todo fué sumerjido á escepcion de algunos *aureus* ó puntos salientes que manteniéndose sobre el agua formaron las islas actuales. Tal es la relacion con los grupos E.; pero el grupo del O. tiene otra diferente. El dios de las aguas, Roua-Hatou, estaba durmiendo cierto dia en el fondo del mar sobre su lecho de coral, cuando un pescador se arriesgó en aquel sitio, no obstante de ser consagrado, y echó sus anzuelos que se emmarañaron en la cabellera del dios. Creyendo haber hecho una preciosa captura, tiró con tanta fuerza, que hizo subir al dios á la superficie del agua. Furioso de haber sido turbado en su sueño: «Vas á morir, dijo el Neptuno taitio. — ¡Perdon, perdon!» esclamó el pescador amedrentado é hincándose de hinojos. Dejándose apaciguar el dios, perdonó al hombre, pero quiso descargar su mal humor sobre las islas decidiendo producir un diluvio. Indicó al pobre pescador una isla de arrecifes llamada Toa-Marama, situada al E. de Raïatea, benigno hasta el fin. Este hombre fué allí, segun dicen, con un amigo, un cerdo, un perro y un par de gallinas, y apenas

acababan de llegar, cuando el Océano empezó á encresparse. La poblacion de las islas se fugaba á su vista, pero el Océano continuó subiendo hasta que pereció toda entera. Consumado este acto de destruccion, empezaron las aguas á retirarse, y entonces fué cuando el pescador desembarcó con sus camaradas, siendo el Noé de aquel diluvio. Lo mas inesplicable de esta version es que la isla indicada como un monte Ararat es un escollo que asoma á flor de agua, y cuando se presenta esta objecion á los naturales, responden que efectivamente es así, y que la prueba evidente del diluvio son las motes madrepóricas y las conchas ecsistentes en las mas encumbradas cimas. « Solo las aguas del mar, dicen, han podido trasladarlas hasta allí. »

La isla de Raïatea parece ser uno de los puntos mas importantes del archipiélago relativamente á los recuerdos relijiosos. Allí vivian antiguamente varios profetas que llenaron en parte el nombre de Mawi. Uno de los mas célebres predijo que en los siglos venideros llegaria á aquellas islas una *vaha ama are* (piragua) de una tierra muy lejana. Una piragua era á los ojos de los isleños una imposibilidad, por cuyo motivo esta profecía incurrió en vida de su autor en una incredulidad jeneral. Pero este insistió, y arrojando su *ouvate* (hortera) sobre un estanque, declaró que no de otro modo llegaria el buque. Esta tradicion pasó entonces de boca en boca hasta la llegada de los Europeos, y cuando fondearon sus buques ante Taiti, los tomaron al principio por los dioses que lanzaban el trueno; pero ecsaminando mejor su mecanismo: « *Te vaha á mavie; te vaha ama ore*, » esclamaron. « He aquí las piraguas de Mawi; he aquí las piraguas sin balancin. » Y quedaron maravillados al ver la perspicacia de su profeta.

Tienen igualmente una segunda profecía que les anuncia la aparicion de una piragua sin cuerda, y hoy que han visto realizarse la primera, no dudan que la segunda tendrá tambien su efecto, bien persuadidos de que habiendo Mawi dicho la verdad sobre la una, no se engañará sobre la otra. Vaya á Taiti un paquete de vapor, dice Mr. Ellis, y el oráculo quedará completamente justificado.

La jenealojía real, tal como la establece la tradicion, remonta hasta los dioses. Así es que la persona de los soberanos era esencialmente *tabou*, y los miembros de su familia eran superiores al resto de la nobleza. Los dos jefes de la nacion eran el dios y el rey, y como este último era tambien el príncipe de los sacerdotes, acumulaba de este modo las dos autoridades. El título real era *Arii-Rahi* ó *Arii-Tabou:* el nombre de *Otou* era el nombre de advenimiento.

La posicion social, lo mismo que en Havaii, se dividia en tres clases: los *houi-ariis*, que comprendian la familia real y la nobleza; los *boue-raatiras*, propietarios ó principales arrendadores, y los *mana-houmes*, ó plebe. Estas tres clases se subdividian, y aun la última comprendia los *titis*, esclavos, y los *teoteous*, criados. Los *titis* eran prisioneros hechos en la guerra, á quienes se habia conservado la vida, ó bien los habitantes de los países vencidos ó conquistados. Estos hombres formaban una especie de caza que tenian aplicada para los sacrificios, bien que los trataban con dulzura, y aun á veces les restituían la libertad. Los *teutous* se componian de no propietarios que estaban obligados á ponerse al servicio de los ricos, pero la despoblacion de las islas ha hecho esta clase poco numerosa. Los artesanos y los pescadores eran unas veces clasificados entre los teouteous, y otras entre los raatiras. Componíanse los raatiras de individuos que podian llevar una ecsistencia independiente, tales como los propietarios del terreno y los que ejercian nobles oficios. Habia una jerarquía en los raatiras; los unos poseian mucho, los otros poco; los primeros censualistas, los segundos arrendatarios. Esta clase era la parte mas interesante de la poblacion: mas sobrios, mas industriosos y de mas moralidad que los nobles, fecundaban el país por medio de la actividad y del trabajo. En su lenguaje figurado decian: Taiti es un navío, el rey es el mástil, los raatiras son las jarcias. » Los raatiras eran tambien guerreros ó sacerdotes, y eran inferiores á los houïariis, ó miembros de la familia real, que gozaban de una inmensa consideracion y numerosos privilejios. Zelosos de sus prerogativas, los esplotaban judaicamente, y procuraban rigurosamente que no se mezclase en su casta ningun intruso. El individuo que era el fruto de la union entre un houi-arii y una persona de un rango inferior, era asesinado sin compasion.

El modo como procedia la jerarquía es el siguiente: el rey, la reina, los hermanos del rey, los colaterales por el órden de la sangre. La dignidad real era hereditaria, y las mujeres no estaban escluídas de la corona. El uso mas singular de estos pueblos era el de la abdicacion forzada del rey al nacimiento del hijo. El mismo padre declaraba su propia caducidad, y hacia por la isla una bandera real con las armas de su heredero. En todas partes por donde pasaba esta bandera intacta, significaba sumision y obediencia; pero si la despedazaban, era señal de rebelion y de guerra.

Al advenimiento sucedia la formacion de la corte del jóven príncipe, cuya autoridad, como fácilmente se concibe, solo era nominal, pues de hecho el padre reinaba siempre. Salvo algunas prendas esteriores de respeto impuestas á todos, el resto de la administracion del país, de los homenajes, de los honores y de los tributos

pertenecian al rejente. Esta costumbre estraña no solo estaba en uso en la familia real, si que tambien estaba vijente entre los houï-ariis y aun entre los raatiras, y aunque remontaba á la mas remota antigüedad, no ofrecia una justificacion muy satisfactoria. Sin duda otorgaba al derecho de herencia y á la trasmision del rango y de la propiedad una fuerza y un valor inmediatos; pero por otra parte abria un vasto campo al infanticidio, manantial de luto y de despoblacion.

El rey y la reina nunca iban á pie; tenian portadores que los conducian en hombros. Cuando viajaban, hacian cerca de dos leguas por hora, transportados por hombres robustos que se mudaban de trecho en trecho. La mudanza se verificaba en un abrir y cerrar de ojos. Abajábanse los dos portadores, el uno para soltar la carga real, el otro para recibirla, y el soberano saltaba de las espaldas del uno en las del otro: este medio de transporte, vedado á los demas ariis, se llamaba *amo ó vaha*.

La mayor señal de respeto que se daba al rey y la reina era despojarse de todos los vestidos en su presencia. Así los nobles como los plebeyos, todos estaban obligados á esta regla. Cuando gritaban *te arii* (viene el rey), era preciso ponerse en estado de una desnudez completa y permanecer así hasta que el monarca hubiese pasado. Cualquiera que por neglijencia ó malicia faltaba á esta deferencia, se le desgarraban sus vestidos inmediatamente. El mismo ceremonial se ecsijia al pasar por delante de una residencia real indicada por un *tii*, ó estatua de madera.

La investidura real se celebraba con magnificencia. En su tiempo era variable, pero por lo comun tenia lugar cuando el príncipe cumplia los diez y ocho años. Jeneralmente se acostumbraba anticiparse á ella por medio de algun milagro, tales como el renuevo inesperado y súbito de un arbol. La señal mas distintiva de la dignidad real era el *maro oura*, ceñidor apretado, tejido de fibras del ava, trenzadas con *ouras* ó plumas encarnadas tomadas de las divinas efijies. Estas plumas debian transmitir al jòven rey atribuciones divinas, y durante todo el tiempo empleado en la fabricacion del sacro maro se verificaban algunos sacrificios humanos.

Cuando se hallaba todo dispuesto para la ceremonia, dirijíase la comitiva procesionalmente al moraï de Oro. La estatua del dios estaba colocada sobre un estrado, y su lecho habitual, especie de banqueta de madera cincelada, debia servir de trono al rey. Apenas acababa de sentarse, cuando el príncipe de los sacerdotes (miro-Tahouas), con el gran tam-tam, trompetas y diversos instrumentos sonoros, con el *Tapaau* al brazo, especie de ornamento de hojas de cocotero, llevaban el ídolo que salia del templo entre dos setos de respetuosos adoradores. Llegada la procesion á la playa, Oro pasaba á la sacra piragua que fácilmente podia reconocerse por sus tapaaus entrelazados. A una señal dada, el rey, que hasta entonces permaneciera sobre el lecho del dios, se levantaba, y tomando una rama de *maro* sagrado, cortado en el recinto del moraï, se encaminaba hácia el mar con objeto de bañarse y purificarse. Consumada esta ablucion, pasaba á la piragua donde el príncipe de los sacerdotes lo ceñia con el maro-oura, invocando la divinidad con estas palabras: « difunde la influencia del rey por el mar hácia la isla sagrada. » Sin embargo la multitud apiñada en la playa saludaba la investidura con los gritos: *¡ maeva ari! ¡ maeva ari!* y este *viva* escoltaba la flotilla de piraguas que se paseaban por el mar. Hasta los monstruos marinos se prosternaban ante el nuevo soberano de las olas. Mientras S. M. se bañaba, se le iban acercando dos tiburones deificados, Tououmao y Tamhoui, que le felicitaban por su advenimiento: pero es de creer que solo recibia sus homenajes á una distancia respetable. Despues de esta incursion náutica volvíase el rey hácia la playa é iba á estenderse sobre el lecho de Oro, con la cabeza apoyada sobre la sacra almohada de Tafeou, pedazo de madera cincelado. Entonces lo llevaban cuatro portadores, miembros de la familia real, que lo conducian al templo nacional de Tabou-Tabou-atea. Seguian los sacerdotes con sus instrumentos, y en seguida los jefes y el pueblo vociferando: *¡ maeva arii!* llegados al moraï colocaban á Oro y su hijo al lado del rey sobre un elevado terrero, y allí recibian los homenajes del pueblo el dios y el soberano. Una especie de saturnal popular daba fin á la ceremonia.

Este carácter divino que la investidura atribuía al rey, se reproducian en todos los objetos de su uso; vestidos, muebles, piraguas, portadores, casas de paso ó de residencia habitual, y aun se estendia hasta sus calificaciones. Así es que las casas del rey se llamaban *avraï*, nubes del cielo; su piragua, *anona noua*, arco iris; su voz era el trueno; las luces de su palacio relámpagos; para espresar que estaba viajando, se usaba la palabra *mahouta*, volar. Por fin, todas las hipérboles del orientalismo se encontraban en la lengua usada en la corte.

Cada jefe gobernaba su distrito reconociendo la supremacía del rey. Una isla comprendia ordinariamente ocho distritos ó *matainas*, cuyos administradores eran miembros de la familia real.

En caso de cometer crímenes graves, podia el rey desterrarles y confiscar sus propiedades. Estas sentencias no dejaban á veces de encontrar resistencia, porque los jefes desposeídos procuraban establecer entre ellos y sus vecinos una poderosa obligacion. Para notificar sus órdenes servian al rey de mensajeros que recorrian

la isla armados de hojas de cocotero. Aceptar la hoja era someterse; rehusarla, desobedecer, porque la hoja de cocotero era el emblema de la autoridad. Los actos públicos se notificaban de los superiores á los inferiores por medio de *niaus*, verdaderas ordenanzas militares.

Ninguna ley regular estaba vijente en el país. Los hombres del pueblo ventilaban sus debates entre sí; y solamente los jefes habian estipulado una penalidad para vengar sus injurias. La muerte, el destierro ó la perspectiva de servir de holocausto constituían los mas severos castigos. Hablar mal del rey era un crímen tan monstruoso, que no solamente debia perecer el culpable, sino que el distrito tenia que suministrar tambien una víctima humana para los dioses. La vida licenciosa no era castigada; el adulterio solo lo era en algunas ocasiones; pero especialmente cuando lo pedia el marido. Por lo demas, fáciles y poco zelosos, los Taitios entregaron muchas veces sus mismas mujeres y las trocaban entre amigos. Aunque el robo les era casi natural, era sin embargo castigado como un crímen. El ladron cojido infraganti podia ser muerto en la plaza, pero otras veces lo colocaban en una piragua medio corrompida, y lo abandonaban paraque sirviese de pasto á los tiburones. Con todo el castigo mas ordinario era el *haroura*, ó la confiscacion de los bienes del delincuente: la parte dañada entraba en la casa del ladron y cargaba con todo cuanto podia, sin que el culpable le hiciese la menor resistencia, pues en este caso la poblacion entera hubiera hecho justicia á viva fuerza.

Una clase de Taitios se hallaba al abrigo de estas leyes severas: tal era la de los areois, á quienes se permitia el robo y el pillaje. Vagabundos, licenciosos y déspotas, tenian amplias facultades para asolar impunemente el país por medio de sus vejaciones y de sus desórdenes, y formaban entre sí una liga poderosa, una asociacion compacta que ecsistia no solo en Taiti, sino tambien en toda la Polinesia, secta que tenia á la vez sus tradiciones, su jenealojía y sus privilejios. Descendian de Ourou-Tetefa y de Oro-Tetefa, hijo de Taaroa y de Hina y hermanos de Oro.

Dividíanse los areois en 7 clases distintas cada una de las cuales tenia su pintarroteo particular. La mas distinguida era la de los *Havae Paraï*, piedra pintada; la segunda la de los *Oti Ore*, cuyos dos brazos estaban pintarrajados desde los dedos hasta las espaldas; la tercera la de los *Haroteas*, pintados desde el sobaco hasta las caderas; la cuarta la de los *Houas*, con dos ó tres pequeñas figuras solamente en cada hombro; la quinta la de los *Atoros*, con una simple marca en el lado izquierdo; la secsta con un pequeño círculo al rededor de cada tobillo, y la séptima, la de los *Poos*, especie de candidatos al pintarroteo que llevaban igualmente el nombre de *Poo Fa rearea*, porque á ellos se devolvia en las grandes ocasiones la parte mas penosa y mas incómoda de los bailes, pantomimas, etc.

El título de areoi era siempre reputado de investidura divina: el candidato, simulando la locura, se presentaba en una asamblea pública con los lomos ceñidos, de hojas de *dracæna*, la cara chafarrinada del jugo encarnado del *mati*, la frente cubierta de una visera de hojas de cocotero trenzadas, y el pelo unjido de aceite perfumado ó adornado de flores odoríferas. En este estado se presentaba en medio del círculo de los areois, mezclábase en sus ejercicios con ímpetu y vigor, y resistia hasta el fin. Este principio caracterizaba la vocacion, y si el candidato era admitido, designábanlo para el servicio de uno de los principales jefes de la sociedad. Tras un noviciado por cuyo medio se esperimentaba su confianza y docilidad, le iniciaban en los ritos prescritos.

La ceremonia tenia lugar en algun *taapiti* ó asamblea política de la Órden. El primer areoi revestia al candidato con una tela particular, y lo presentaba á sus cofrades bajo el nombre adoptado. Hacíanle pronunciar una especie de fórmula por la que se comprometia á hacer morir á sus hijos, y con un jesto particular prorrumpia en una invocacion solemne. Concluídos estos preludios, lo revestian con el hábito llevado por la mujer del mas distinguido rango, y entonces era ya areoi de la séptima clase.

Tal era la vida de los areois, vida ciertamente perezosa y afeminada. A veces formados en numerosas cuadrillas, recorrian las diferentes islas del archipiélago en flotillas por lo comun compuestas de 50 á 60 piraguas. Bien vistos de los príncipes, respetados del pueblo, sufridos por los raatiras, parecian los señores de la comarca en que tocaban. Para santificar estas campañas de placer sacrificaban cerdos á Oro, antes de emprenderlas, y atestaban sus altares de bananas, de frutos del árbol del pan y de otros objetos. En una de las piraguas viajeras establecian un moraï flotante de los dos fundadores de la órden, Oro-Tetefa y Ourou-Tetefa, y de las otras divinidades de los areois, representadas por medio de algunas piedras hermoseadas de plumas rojas. Llegados á un punto determinado, preparaban su espectáculo medio relijioso y medio profano; pintábanse el cuerpo de negro con carbon, y la cara de encarnado con jugo de mati; llevaban ceñidores de hojas amarillas de ti, que producian un efecto agradable, pero á veces se cubrian de hojas amarillas de banano, y tomaban por peinado las del *outou* ó barringtonia.

Sus representaciones llevaban el nombre de

Oupapa. Sentados en corro, repetian una leyenda ó himno en honor del dios ó de algun areoi célebre; en seguida uno de ellos, colocado en el centro, entonaba un recitado que los demas continuaban en coro, principiando en tono bajo y sordo, y acabando en estrepitoso é ininteligible. A veces dando á sus escenas una intencion irónica, ridiculizaba á los sacerdotes, los jefes y los individuos, ó bien hacia alusion á algunos acontecimientos públicos: venian despues diversas especies de luchas, pero nunca el pujilato, por considerarlo indigno de ellos. Su diversion favorita era el baile, que a veces los ponia en pie por espacio de noches enteras. Esta diversion se daba en unos edificios espaciosos y bien adornados, pero á veces á bordo de sus piraguas. Este espectáculo tenia lugar sobre todo cuando los acompañaba el rey de la isla: subidos á una alta plataforma, verificaban sus misteriosos ritos, y pintarrajados de pies á cabeza los acompañaban con jestos estraños, gritos y música salvajes, en la que descollaban la flauta y el tam-tam. Júzguese del fantástico efecto de semejantes escenas, de aquel movimiento, de aquel estruendo que se mezclaba con los bramidos del mar, con el mujido de las olas, con la voz de la resaca y con el embate de los arrecifes de la playa.

Los areois no solo eran felices en esta vida, sino que tampoco eran olvidados en la otra. El monopolio del Eliseo taitio les pertenecia, y para consagrar con fiestas esta segunda vida, celebrábanse á la muerte de un areoi muchas ceremonias estravagantes. El *otohaha* ó luto jeneral solia durar dos ó tres dias, durante los cuales estaba espuesto el cadáver, circuído de los parientes y de los amigos que se lamentaban. En seguida se trasladaban los areois al gran moraï donde se conservaban las cenizas de los reyes, y el sacerdote de Oro pronunciaba en su presencia una oracion paraque el dios considerase á este cadáver con la divina iniciacion que habia tenido durante su vida y la guardase hácia él, á fin de disponerla para otro. Tras esto se sepultaba el cuerpo en el recinto del moraï.

Por lo demas toda la teogonía taitia es una cosa muy confusa y muchas veces contradictoria. Las leyendas varían no solamente de isla á isla, sino tambien de distrito á distrito, y ninguna de ellas tiene un sentido alegórico ó real esplicado con harta claridad paraque de él pueda deducirse un sistema cualquiera.

Los primeros misioneros, preocupados de vagas probabilidades, creyeron observar que al frente de toda la jerarquía celeste de los Taitios se hallaban tres dioses ó atouas superiores á los demas, y, lo que es mas sorprendente todavía, con las designaciones siguientes:

1° *Tane te Madoua*, dios padre.

2° *Poro-Mataou*, *Atoua te Tamaïri*, dios hijo.

3° *Taaroa*, *Manou te Hoa*, Taaroa, el ave-espíritu.

Tales eran los dioses principales, harto elevados para los tiempos ordinarios, pero que los Taitios invocaban en las grandes calamidades ó en los momentos de hambre. Estos dioses residian en Pare y en el Arii-Rari. Los dioses de un órden inferior, llamados Oroo, Otow, Tamahoro, Tairi, Orou-Hatou, Oïahou, Tama, Toa-Hiti y Vavea, tenian cada uno sus funciones y sus sacerdotes particulares. Por fin los *tiis* eran los jenios tutelares de cada familia, especie de dioses penates, lares ó manes.

Empero esta version de los primeros misioneros fué combatida por Mr. Ellis, cuyos largos y sabios estudios en la lengua taitia son de una autoridad incontestablemente superior. La trinidad taitia le pareció el resultado de una interpretacion forzada é inadmisible. Las relaciones indijenas le han revelado lo siguiente acerca la teogonía de la comarca.

La opinion jeneral estaba conforme en que los dioses eran todos hijos de la noche, *Po*, es decir *Fanau-Po*, nacidos de la noche. El mismo Taaroa, el primero de los dioses, Tanaroa en Hawaii y Tangaroa en Tonga, solo ecsistia desde que salió del *Po*, de la noche ó del caos. Es verdad que algunos sabios, ó *Taata-paari*, creian que el universo preecsistia á los dioses, y que Taaroa solo era un hombre deificado despues de su muerte; mas otros lo consideraban como criatura y como dios. Oro fué su primer hijo. Para comunicar con los hombres tomaban estos dioses la forma de un pájaro, y entraban así en el *Tou*, imájen ó ídolo del moraï. Así es que Taaroa, el padre, Oro, el hijo, y el pájaro ó espíritu, componian la combinacion teogónica que hiciera traslucir á los primeros espositores un análogo del dogma trinitario.

Oro, la divinidad nacional de Taiti, tomó una mujer que le dió dos hijos, y estas cuatro divinidades, reunidas á los dos dioses principales, Taaora y su mujer, Ofeou-Feou-Maïteraï, enjendrada de la noche, forman una especie de jerarquía celeste que parece ser la combinacion mas acreditada. Sin embargo, Pomare II habló repetidas veces á Mr. Nott de un dios superior á todos los otros, llamado Roumia; pero así el dios como su nombre eran desconocidos absolutamente á los sacerdotes de la isla.

En medio de esta confusion de divinidades y del caos de sus atributos, no se distinguen muchos pensamientos profundos y filosóficos. A buen seguro es una miscelanea de historia positiva y de idealismo tradicional, arreglada por los sacerdotes para el vulgo, ó por el mismo pueblo, siempre ávido de lo maravilloso. Largas y pesadas pájinas podrian llenarse si quisiese hacerse mencion de las miríadas de dioses ó semidioses

subalternos, hombres ó animales deificados. El politeismo indio, tal vez mas conocido, no es mas complicado que el fetichismo taitio. Sin embargo hay algunas divinidades que presentan un aspecto poético que las distingue de las demás: tal es Hiro, dios del Océano, que representa un gran papel en la leyenda nacional. Era Hiro un gran viajero, un aventurero de primer órden, que no temia los volcanes submarítimos ni las tempestades mas furiosas; recorria el mar en todas direcciones, ora en la superficie, ora en el profundo de sus abismos, y conversaba con los monstruos que encierra en su seno. Cierto dia que se quedó dormido en una de las cavernas mas profundas, sopló el huracan sobre un buque que llevaba algunos amigos de Hiro; su sueño hubiera dado la ventaja al viento, si dispertando el gran pacificador de las olas, no se hubiese encolerizado y salvado sus amigos.

Otros dioses del mar eran los *atoua-maos*, dioses-tiburones, ó dioses que mandaban á los tiburones. Los terribles cetaceos eran organizados y disciplinados por ellos, devoraban ó respetaban á los individuos segun la órden y la voluntad del dios, y si en alguna piragua reconocian un sacerdote, le respetaban, y en caso de naufrajio procuraban salvarle. Uno de estos hombres privilejiados afirmaba seriamente á Ellis que el tiburon á las órdenes de su dios le habia no pocas veces trasportado con su padre sobre su espalda desde Raïatea á Wahine. Así es que la fábula de Anfion tenia tambien sus secuaces en el seno de los mares oceánicos.

A mas de los dioses del mar habia los dioses del aire, lijeros, graciosos y llenos de maravillosas facultades. La poesía polinesia tenia sus silfidas, sus salamandras y sus gnomos. El universo entero pululaba en divinidades invisibles que silvaban en el aire, verdegueaban en las hojas y espumaban en los arrecifes. En todas estas alegorías se mezclaban el amor y el temor: un eclipse de luna amedrentaba á los isleños, por cuanto juzgaban que algun mal espíritu queria comerse su astro benéfico. Fundados en esta creencia se encaminaban á sus moraïs para pedir á los dioses la libertad de la luna. La forma y la estabilidad de las islas dependian de la voluntad de sus dioses; su poder era el que habia aguzado estas piedras en forma de cono, ó nivelado en forma de terrero una fragosa montaña situada á la izquierda de la ensenada de Talou en Eimeo, enlazada con la isla por medio de una estrecha lengua.

Igualmente habia dioses para los juegos, dioses para los médicos, dioses para los operarios, y un dios para cada oficio, para la labor, para la mampostería, etc., etc. Las apariciones tenian tambien sus divinidades: todo parecia ser santo á un grado mas ó menos superior; el espíritu de los difuntos, adorados bajo el nombre de *Tüs* y bajo la forma de pequeñas estatuas; algunos peces, algunas aves, una especie de garza real, otra especie de arvela, y dos ó tres especies de ratones, comensales de los moraïs. Por lo demas, la medida del poder de estos dioses era especial y limitada.

Los ídolos que figuraban dioses ó tüs eran de madera de *aita* ó casuarina, envuelta en muchos trapos de telas sagradas; los unos esculpidos groseramente bajo las mas estrañas y horribles formas; los otros vastos é informes, cubiertos de trenzas trabajadas con mucha habilidad en borra de coco, y hermoseadas con plumas rojas. Su talle, sumamente variable, aumentaba desde algunas pulgadas hasta siete ú ocho pies (Pl. LXXII.—4). Las efijies de los espíritus eran *tüs*, las de los dioses *tous*. Eran tambien santas, especialmente cuando el espíritu de los dioses se encontraba en ellas, y respondian á las interpelaciones de los sacerdotes; pero fuera de este tiempo perdian mucho de su consideracion. Algunas de estas efijies por escepcion se componian de pedazos madrepóricos ó de prismas informes angulosos envueltos en telas. Las plumas encarnadas de la cola del faetonte eran el ornato mas precioso de estos ídolos. Los dioses tenian tambien una fábula para estas plumas ú *ouras*, y les comunicaban con mas gusto su influencia que á todo objeto. Esta opinion daba márjen á una especie de consagracion llamada *pae-toa*. Todos los dioses eran sacados de sus templos, despojados de sus telas, untados de aceite y espuestos á los rayos del sol. Las personas que deseaban poseer ouras impregnadas con la esencia de los dioses, se dirijian al moraï, donde los sacerdotes recibian sus plumas con que adornaban sus divinidades.

La mayor parte de los ídolos eran huecos, en cuyo caso las plumas se colocaban en el esterior; pero cuando eran macizos, se fijaban las plumas á su alrededor por medio de pequeñas cintillas. En cambio de las plumas ofrecidas á los dioses, el sacerdote entregaba al dador dos ó tres ouras saturados con la influencia divina. Rodeábanlos con todo esmero con una hermosa trenza que solo dejaba visibles las estremidades, y presentándolos por última vez al dios, pronunciaba el sacerdote un *oubou* ó plegaria para pedirle que continuase su influencia á estas plumas, aun cuando se desprendiesen de él. El propietario las volvia á tomar, y las encerraba en unos estuches de bambú. De este modo se convertian en verdaderos fetiches, y si los votos del posesor eran atendidos, en lo sucesivo siempre lo atribuían á los *ouras* sagrados y le honraban con un *tou* ó imájen de madera en la que se depositaban. Á veces los gratificaba el isleño con un altar ó con un templo; pero cuando se les erijia una efijie, debia trasladarse el ídolo al gran cobertizo paraque

los dioses principales sancionasen la trasfusion divina.

Como ya lo hemos visto, los templos llevaban la denominacion de *moraïs* ó *maraïs*, segun la version probablemente mas ecsacta de los misioneros. Estos moraïs eran vastos cercados circuídos de empalizadas y por lo comun de paredes que encerraban las capillas de los dioses, los altares ó terrados para las ofrendas, la morada de los sacerdotes, y jeneralmente las tumbas de los jefes. Dividianse en tres especies: los que servian á la isla entera, y llevaban comunmente el título de *Tabou-tabou-atea* (espacio sacrosanto); los que solo servian á un distrito, y los que estaban dedicados á los dioses de la familia. Su forma habitual era la de un vasto rectángulo cuya estension variaba segun la fortuna del individuo y la influencia del dios. Dos de los lados estaban cerrados por altas paredes de piedra; la fachada defendida por una empalizada, y en frente se alzaba por lo comun una fábrica maciza de forma piramidal donde se colocaban las efijies de los dioses. En el gran moraï de Ata-Hourou (Pl. LXX. —3), esta pirámide no tenia menos de 250 pies de lonjitud sobre 90 de anchura en la base, y 50 pies de alto. La superficie superior tenia tambien 170 pies de largo y cerca de 6 pies de ancho, con algunas gradas de 6 pies de altura cada una, que conducian al cúspide. Las piedras esteriores de la pirámide, compuestas de madréporas ó de basaltos, estaban colocadas con mucho esmero, especialmente las de los ángulos, lo cual debió de costar á los naturales un trabajo inmenso.

En nuestros dias los moraïs están al nivel del suelo; pero en cualquier punto del archipiélago donde se vaya, se hallan escombros, en los vallecillos interiores, cerca de las aldeas, en los promontorios y en las gargantas de las colinas. Los árboles que crecian en su alrededor eran sagrados; jeneralmente eran casuarinas de follaje melancólico, *calophyllum*, thespersias y cordias-impenetrables al sol.

Las funciones sacerdotales eran hereditarias, y los sacerdotes tenian el rango de jefes. El rey era á veces sacerdote del templo nacional, y la dignidad de príncipe de los sacerdotes se conferia siempre á un miembro de la familia reinante, sin duda con objeto de evitar conflictos entre las autoridades espiritual y temporal.

El culto se componia de oraciones, ofrendas y sacrificios. Las oraciones ú oubous eran cortas, pero pronunciadas con lentitud y gravedad para atraer la atencion de la divinidad. El sacerdote permanecia con una rodilla hincada ó con las piernas cruzadas en una posicion muy inclinada, y con la espalda apoyada sobre una columna de basalto que termina el recinto enlosado donde se levanta el ídolo, y arrojaba una rama de maro sacro sobre el enlosado delante de la efijie antes de empezar sus oraciones.

Las ofrendas consistian en peces, aves, frutas, cerdos, telas ú otros objetos trabajados. Los víveres eran cocidos ó crudos; pero del primer modo era preciso prepararlos en el recinto del templo, en cuyo caso solo se reservaba una porcion para los dioses, pues el resto era para los sacerdotes. Las porciones de los dioses se colocaban en watas, terrados de madera, donde los dejaban corromper. Estos watas estaban sostenidos por estacas de ocho ó diez pies de alto, bien alisados y muchas veces esculpidos; estaban cubiertos de ramos sagrados, y orillados de franjas ó de hojas de banano de un hermoso amarillo. Los cerdos destinados á los sacrificios eran ahogados ó bien sangrados con mucho cuidado paraque no se quebrantase ningun hueso; y cuando ya estaban muertos los estendian en los watas.

Estas ofrendas eran inocentes y tolerables, pues se reducian á animales y frutas de la tierra presentados á los dioses: tal es el culto primitivo de los pueblos sencillos ó pastores. Empero ademas de estos holocaustos tenian lugar otros atroces é injustificables. Hablamos de los sacrificios humanos, llamados *ihia* (pez), en la jerga de los sacerdotes indíjenas. Estos sacrificios se hacian en tiempo de guerra, en las grandes calamidades nacionales, durante las enfermedades de los jefes poderosos y para la eleccion de los moraïs. Cuando la fundacion del célebre moraï de Maheva en Wahine, cada estaca del templo fué plantada sobre el cuerpo de un desgraciado ofrecido en sacrificio.

Las víctimas eran cautivos hechos en la guerra ó individuos sospechosos á los jefes y á los sacerdotes. Cuando un distrito ó una familia suministraban algun sujeto, era ordinariamente tabou ó sagrado, y con preferencia se dirijian á él por segunda y por tercera vez. De aquí resultaba por lo comun que las familias ya escarmentadas se fugaban hácia las montañas cuando les presentaban un nuevo holocausto. La víctima en jeneral era muerta de improviso por mano del jefe del distrito, y su cuerpo, colocado en una larga batea de hojas de cocotero, trasladada al templo y ofrecida al ídolo. El sacerdote al acto de consagrarla, le quitaba un ojo, lo colocaba sobre una hoja de banano y lo presentaba al rey, quien lo llevaba hasta la boca haciendo ademan de comérselo, y lo entregaba al sacerdote que estaba á su lado. Durante el oubou arrancaba el sacerdote de cuando en cuando mechones de su cabellera, y al concluir la súplica, envolvian al cadáver en hojas de cocotero y le colocaban en un árbol de las cercanías, donde permanecia hasta la entera corrupcion de las carnes, despues de lo cual sepultaban sus huesos debajo de las losas del moraï.

Cuando fallecia un individuo, encargaban al *Tahoua-Toutera* que indagase la causa de su muerte. Tomaba este una piragua y la guiaba hácia el punto donde se hallaba el cadáver; porque al escaparse el espíritu debia aparecérsele y manifestarle el motivo porque habia abandonado su cuerpo. Si habia muerto por venganza de los dioses, la accion del sortilejio se revelaba por medio de una llama; mas si lo habian perdido los encantos de algun enemigo, la señal era una pluma encarnada. Manifestando esto de uno ú otro modo, iba el Tahoua á informar á los parientes del difunto del resultado de sus pesquisas, y recibir un salario proporcionado á la importancia del muerto. A este juglar sucedia el *Tata-Faa-Tere* ó *Eaa-Touboua*, que se empleaba en desviar el mismo mal del resto de la familia, procedia á ello con un gran refuerzo de oraciones y ceremonias, despues de lo cual anunciaba á los parientes que el écsito habia coronado sus esfuerzos; pero tambien era preciso pagar á este segundo mistificador.

Procedíase en seguida á los funerales. Para los pobres y los hombres de la clase ordinaria, se colocaba el cuerpo sobre un lecho de hojas odoríferas, y lo guardaban los parientes enlutados; los mas cercanos se despedazaban el rostro, el pecho y el resto del cuerpo con dientes de tiburon afilados, de manera que corria sangre por todos sus miembros. Tras esta larga víspera, se quitaba el cuerpo, y con el ausilio de algunas fajas lo enfrenaban de manera que las rodillas estuviesen cerca del rostro, y los brazos cruzados y reunidos, y en esta forma lo sepultaban.

Los cuerpos de los jefes tenian los honores del toupapau, cuya descripcion hemos visto ya. Embalsamábanlos y los dejaban espuestos en unos terrados, hasta que se deshiciesen á pedazos, y en seguida recojian las osamentas para sepultarlas en los moraïs. Constantemente debian esponerse ante los *toupapaus* ofrendas en víveres, porque, segun los naturales, las carnes y las frutas tenian partes invisibles y sutiles que se ecsalaban y nutrian á los muertos. Los moraïs y los cementerios eran *tabou*, aun en tiempo de guerra, pero á veces los vencedores no se detenian en esto. Profanaban las tumbas, saqueaban los altares, y arrebataban los ídolos, desenterrando los huesos para aguzarlos en armas, colmo de ultraje para los vencidos. Sin embargo estas violaciones eran muy raras, pues en tiempo ordinario los templos y sus servidores eran respetados, como tambien los guardianes de los *toupapaus*, personajes esencialmente tabou.

Taiti podia apellidarse metrópoli del tabou. En ningun punto de los archipiélagos polinesios era mas ecsijente, minuciosa, tiránica y cruel esta regla restrictiva y prohibitiva. Desde el nacimiento hasta la muerte ecsistia para el Taitio una meticulosa distincion de víveres permitidos ó vedados. Este *veto* se encontraba en todo, así en estado de salud como de enfermedad, así en los templos como fuera de ellos, en la playa como en el interior, en los pueblos como en los campos, en la comida, en el sueño, en la guerra, en medio del mar, en la pesca, en la caza y en todas partes. Los hombres, especialmente aquellos que de lejos ó de cerca contribuían al servicio divino, eran considerados como *ras*, ó sagrados, y podian como tales comer de todos los alimentos que se ofrecian á los dioses, al paso que las mujeres (*noas*) comunes no podian bajo pena de muerte tocar ninguno de estos víveres privilejiados. El fuego de los hombres no podia servir para preparar el alimento de las mujeres, y lo propio sucedia con las cestas y otros utensilios domésticos. Este desprecio por el secso mas débil, estas prohibiciones, esta inferioridad de la vida, no fueron uno de los menores motivos que indujeron á las mujeres á abrazar el cristianismo, relijion emancipadora y justa hácia ellas. Sin este beneficio, tal vez las Taitias no hubieran podido perdonar al nuevo culto el haber condenado los placeres y las diversiones á que eran sumamente apasionadas.

Los cantos y los bailes tenian la preferencia sobre todas. Unos y otros se ejecutaban al son de la orquesta indíjena, ciertamente muy pobre en armonía. Los instrumentos eran los tam-tams de diversos tamaños, la trompa marina, la *ihara*, especie de tambor formado por un cabo de mambú, que comprendia un internodio entero y agujereado de uno á otro estremo. El último instrumento era una flauta ó *viro*, por lo comun hecha con una caña de un pie de largo, provista de cuatro agujeros, y que se tocaba con el soplo de las narices. Los sonidos, algo sordos, eran agradables: comunmente servia esta flauta para acompañar los *pehes*.

Los pehes eran una especie de baladas, destinadas á cantar los hechos de los dioses y las hazañas de los héroes, ó bien para celebrar algun acontecimiento histórico. Recitábanla en público acompañando el canto con una pantomima: su conjunto formaba la historia tradicional de aquel país, y no cabe duda que antes de proscribirlas de la boca de los naturales, los misioneros hubieran debido recojerlas, almenos como documentos. Ellis cita un rasgo que manifiesta con mas evidencia su utilidad. Cierto dia dos naturales estaban disputando sobre un suceso ocurrido al capitan Bligh, á quien volaron en 1738 ó 1789 la boya de su ancla. El uno de los dos Taitios habia agotado ya toda su elocuencia para persuadir á su obstinado interlocutor, y estaba ya á punto de acabar sus recursos, cuando entonó este canto:

O mea eia e Tareou eia.
eia te poite a Blaï.

Fulano era ladron, y este era Tareou.
Hurtó la boya de Bligh.

La cita fué decisiva : el adversario se dió por vencido.

Las otras diversiones de los Taitios eran casi innumerables, pero los *Taupitis* ú *Oroas* eran las primeras. Eran unas fiestas solemnes para celebrar el regreso de algun jefe, una victoria ó algun acontecimiento memorable. La lucha ocupaba el primer lugar, y en ella tomaban parte varios atletas llegados de todos los ángulos de la isla para rivalizar en destreza á vista de muchos miles de espectadores. Mientras estaban á las manos, reinaba en la asamblea un silencio relijioso, pero la caída de uno de los dos campeones era saludada con gritos y esplosiones ruidosas. No temian las mujeres mezclarse en aquellos juegos pírricos ; antes justaban contra los mismos hombres, y la reina Tere-Moe-Moe, en traje de lidiador, se midió muchas veces con mas de un jóven en jefe de su corte. A la lucha sucedia el pujilato, menos noble y honorífico. Los atletas descargaban violentos puñetazos, asestándolos contra la cabeza, de suerte que desde los primeros golpes sangraban los semblantes. Á veces estas contiendas eran mortíferas, como sucedió con un príncipe de los sacerdotes de Oro, en Matavaï, hombre de una fuerza prodijiosa, que en cierto dia mató en una misma lucha dos de sus antagonistas, padre é hijo. Por lo demas, no se permitia tocar al campeon que hubiese caído en tierra ó emprendido la fuga. El que quedaba en pie en la arena era proclamado vencedor.

La carrera pedestre (*faatitiaï hamo raa*) era el juego favorito de los jóvenes con el cuerpo untado de aceite, el maro ajustado al rededor de la cabeza y desnudo el resto, recorrian la liza, playa arenosa y tersa. La carrera de las piraguas (*faatitiaï hamo rava*) por un mar tranquilo era un espectáculo no menos atractivo.

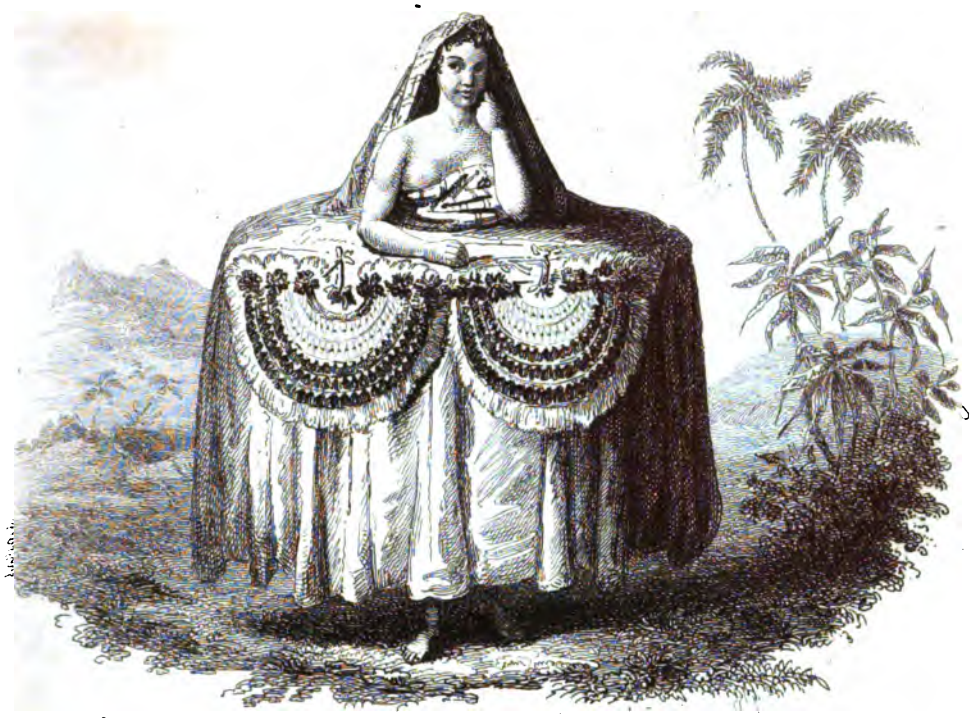
En seguida venian las diversiones militares, el ejercicio de la azagaya y de la honda, en el que sobresalian los Taitios, simulacros de combate no menos curiosos que los de Hawaii. Los Taitios tenian tambien el *païpaï*, el *toudiaa* y el *arou-raapouou*, especie de juegos en campaña rasa, el uno con las manos, y el otro solamente con los pies, el tercero con una combinacion de pujilato ; el tiro del arco (*tea* ó *wahitea*), arma distinguida que no servia en la guerra ; el combate de los gallos, por el que tenian tanta pasion como los Malayos y los Tagales ; y el juego conocido de los Hawaios que consistia en burlarse de la resaca de la costa con el ausilio de una simple tabla. Dirijíanse á centenares á la playa para entregarse á este peligroso ejercicio, basta que el grito terrible *¡ mao !* (¡ un tiburon !) viniese á forzarles á la retirada. Conocian igualmente el columpio (*tahoro*) ; los zancos, el siervo volador (*ouo*), juego de los adultos ; el *tea-tea*, diversion de niños ; en fin una especie de gallina ciega, llamada *toupaurou-paurou*.

Sus danzas eran tambien muy variadas. Figuraban en el *heiva* los hombres y las mujeres, pero casi siempre separadamente. Las mujeres iban vestidas con mucha gracia : ataviadas con trenzas de *tamau*, ó cabellos humanos, ó guirnaldas de la flor blanca del *tecaïri*, llevaban los brazos y el cuello descubiertos, los pechos adornados de mariscos ó de copetes de plumas, y con una ropa casi siempre blanca con ribete escarlata (Pl. LXXII. — 2). Otro traje, no menos agraciado, era el de una jóven que fué encargada de llevar á Cook los presentes de los isleños. Su vestido de tela flotaba sobre un cuévano de mimbre, muy semejante á las cestas de nuestras abuelas, donde se manifestaban con cierto aire los objetos ofrecidos (Pl. LXXII. — 1).

Los movimientos de aquellos danzantes eran en jeneral lentos, pero regulares y acompasados : los brazos y las piernas iban en perfecto unísono con el tam-tam y la flauta. Jeneralmente se celebraban estas danzas en casas elegantes, destinadas especialmente á este objeto. Estos salones se componian de un techo sostenido por estacas de madera, una empalizada baja tapizada esteriormente de paredes, é interiormente una espaciosa sala tapizada de esteras sobre las que bailaban los actores y se sentaban los espectadores. El *patau*, ó maestro de baile, se instalaba al lado del tambor é indicaba las figuras. Estas danzas se celebraban por la tarde, y se prolongaban á veces durante toda la noche.

El alimento del pueblo taitio consistia principalmente en pescado, mariscos, taro, frutas del árbol del pan, bananas y cocos. La carne de cerdo, reservada á los jefes, solo se presentaba en las mesas del pueblo de cuando en cuando, en las festividades mas solemnes. Los víveres se cocian en hornos de tierra, y rara vez se asaban. Ademas de los productos citados, servia tambien de alimento la castaña del *inocarpus*, la batata ú *ouhi*, la patata dulce ú *oumara*, otra raíz llamada *patera*, la raíz del *pia*, de la que los Ingleses hacen en la actualidad escelente arrowroot, los frutos del *spoudias* ó *vi*, los de un *eujenia* ó *ahia*, algunas veces los del *morinda* ó *nono*, y los tiernos renuevos del *pohoue* ó *convolvolus brasiliensis*, y de un gran helecho denominado *neha*. En tiempos de penuria no habia mas recurso que el de estos dos últimos alimentos, y el de los tubérculos del *arum rumphii*.

Como todos los salvajes, los Taitios no tenian



1. Jeune Taïtienne apportant des présens.

1. Joven Taïtia llevando regalos

2. Danse à Taïti

2. Danza en Taïti

VIAJE.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

hòras fijas para sus banquetes; comian cuando les acosaba el hambre, que era muy á menudo; mas su principal comida era al caer la tarde. El agua formaba su bebida habitual; pero como eran sumamente apasionados al ava, bebian de él á todo gasto. Segun Anderson, fabricaban este licor vertiendo agua sobre la raíz ó las hojas de la planta, y en seguida estraían el jugo.

Sus enfermedades eran, segun ellos, el resultado de las venganzas de los dioses y de los jenios malignos, por cuyo motivo todos los medios curativos se reducian á las conjuraciones de los sacerdotes. Sin embargo, para las heridas y las fracturaciones empleaban los procedimientos conocidos de los Hawaios. La locura no era una enfermedad, sino una inspiracion, un estado de divinidad, y así es que los locos eran sumamente respetados. Hemos observado ya este hecho en Hawaii y en la India, hecho por otra parte comun á casi todo el Oriente.

Algunas de sus tradiciones remontaban hasta treinta jeneraciones. Contaban el tiempo por doce lunas, con una intercalar de cuando en cuando: cada luna, cada dia de luna y cada parte del dia, llevaba un nombre propio comunmente significativo. Las diez y siete, diez y ocho y diez y nueve noches que seguian á la luna llena de cada mes, eran consideradas como aquellas en que los espíritus venian á corretear por la tierra: así que, eran mas propicias que las otras á los rateros y á los bribones.

Su numeracion era semejante á la de Hawaii. Contaban por *ourou*, decena; *rau*, centena; *mano*, mil; *mano teni*, 10.000; *rahou*, 100.000 hasta *tou*, 1,000.000. Los peces, los frutos del árbol del pan y los cocos se contaban antiguamente á pares. Por lo demas este pueblo ha aprendido el cálculo con alguna facilidad, y la clase de aritmética, si hemos de dar crédito á los misioneros, es la que sacaba mejores discípulos.

El taitio solo es un dialecto polinesio, y uno de los menos ricos á causa de la imperfeccion de muchas consonancias. En efecto, las únicas consonantes articuladas en el taitio son: B, D, F, M, N, P, R, T y U. Esta indijencia multiplica los sonidos vocales, y hace el idioma mucho mas difícil para el estranjero, por cuanto un mismo término significa veinte cosas diversas cuyas diferencias caracteriza solo el acento. Apesar de sus vicios, la lengua taitia tiene fluidez y enerjía, y no pocas veces ha suministrado á los tribunos salvajes de Papara movimientos oratorios muy poderosos sobre una asamblea. Por lo demas, mucho tiene aun que aprenderse sobre el mecanismo de los idiomas polinesios, pero los límites que nos hemos impuesto no nos permiten entrar en esta cuestion filolójica con toda la estension que merece. Por otra parte el capitan d'Urville acaba de dilucidarla y resumirla en un trabajo especial, en el que ecsamina no solamente las relaciones de estas lenguas entre sí, sino tambien su analojía con la lengua malaya y madecase. Así es que poco á poco se va rasgando el velo que separa la Oceania del mundo comercial y científico, y ¡quien sabe si á fuerza de tales estudios se llegará á alcanzar la cuna de estas pruebas misteriosas!

CAPITULO XVII.

CONTINUACION DE LA OCEANIA. —ISLAS VAVITOU. MANGIA.—VAITOU.—TAKI.—TOUBOUAÏ, ETC. TRAVESÍA DE LAS ISLAS TAITI Á LAS ISLAS TONGA.

El nuevo huracan que en 29 de abril por la tarde, nos habia sorprendido en medio del grupo de Taiti, no fué de mucho tan violento como el que habíamos esperimentado anteriormente: al cabo de cuarenta y ocho horas el viento N. O. se habia avanzado, y en vez de fugarse ante él, *el Oceánico* pudo fácilmente mantener la capa y aguardar las brisas regulares del S. E. Pendleton prefirió ahorrar al sloop esta fatiga continuando el mismo derrotero hasta la altura de la isla Vavitou, donde la brisa, cambiando la manga por mitades, le permitió llevar el rumbo en la direccion de Tonga. Como entonces conocia ya al hombre con su fatalismo comercial, mezclado de ideas grandes y relijiosas, no estrañé tales proyectos intermitentes ni tales sofrenadas, ciertamente inesplicables para Philips y para cualquiera que no tuviese la llave de tan estraña conducta. La misma tripulacion, no obstante su ciega confianza en su capitan, este dueño despues de Dios, se veía dispuesta á dudar de él: « O es un jenio estraordinario ó es un gran loco, decian los marineros; un gran jenio, porque nunca ha atracado sin fundamento; un gran loco, porque nunca ha atracado en tiempo oportuno. »

¿Como quereis que estos hombres sencillos no prorumpiesen en estos términos cuando el semblante de Pendleton parecia en oposicion constante con la impresion mas lójica? Con efecto, hallábase contento cuando reinaba el N. O.; pero el capitan frunció las cejas en el momento en que el S. E. le hizo recobrar el mejor rumbo. Era preciso decir á los marineros: « A los 31° 25' lat. S. y á los 132° 10' lonj. O, se pretende que ecsiste un grupo indicado en algunos mapas americanos, que el capitan J. Mitchell dice haber visto en 1823, y que tiene 48 millas de estension del O. al E. ¡Pues bien! yo, Pendleton, dudo de la ecsistencia de estas tierras, ni creo en su ecsistencia, y quisiera adquirir la prueba para salir de duda. » Tal es lo que Pendleton podia pensar, pero que no podia decir,

No eran estas islas dudosas el único reconocimiento que deseaba hacer el capitan; en la misma direccion ecsistian tambien el grupo de Bass y la isla Rapa.

El grupo de Bass se compone de cuatro islotes, situados á los 27° 40' lat. S. y á los 145° 50' lonj. O. Todo lo que se sabe de estas tierras se reduce á que fueron descubiertas en 1803 por el navegante que les dió su nombre y visisitadas en 1826 por Paulding. Bass y con él algunos jeógrafos han pretendido ver en ellas los *Coronados* de Quiros, pero es mas natural aplicar este nombre al grupo Gloucester en el archipiélago Pomotou.

Rapa es una isla mucho mas considerable que Bass, y fué descubierta por Vancouver, á 22 de diciembre de 1791. Las relaciones de los naturales con este navegante fueron acompañadas al principio de alguna timidez y desconfianza, pero animados despues, estos salvajes manifestaron esa irresistible inclinacion al robo que parece ser jeneral á las razas oceánicas. El hierro era el objeto que mas les tentaba, y así es que procuraban arrebatar hasta los clavos de las embarcaciones. Los moradores de Rapa ofrecieron á Vancouver grandes analojías con los de las islas Tonga. Este navegante creyó descubrir que el nombre del jefe isleño era Koraï, y el de la isla Opano; bajo el cual ha figurado Rapa en los mapas durante largo tiempo. Rapa era poco fértil y consistia en una arenosa playa orillada de yerbas y terminada por algunas cimas áridas superadas por montones de rocas. Vancouver tomó estas rocas por aldeas, y, como los *pas* de los Nuevo-Zolandeses, estas aldeas le parecieron fortificadas. La isla tenia una flotilla de piraguas; como unas treinta vinieron á evolucionar al rededor del buque. Iban montadas por trescientos naturales, cuya circunstancia hizo estimar la poblacion de Rapa en 1.500 habitantes. Los indíjenas eran de mediana estatura, de notable gordura y felices proporciones. Su fisonomía tenia un carácter atractivo y jovial; iban con los cabellos rasurados y casi desnudos. Únicamente habia algunos notables que llevaban un cinturon de hojas verdes.

Desde Vancouver han aportado probablemente á Rapa muchos aventureros; pero ninguno nos ha dejado documentos sobre esta isla. Ellis fué el segundo que habló de ella veinte años despues del descubridor; pero segun la version del misionero, un tal capitan, Powell, llegado á esta costa en tiempo de calma, en 1814, fué objeto de una singular tentativa de parte de los habitantes. Como les negaba el acceso al buque, se asieron de una soga que pendia de lo alto del alcázar, y en número de unos cincuenta, formando una especie de yunta náutica, echaron á arrastrar y á toar el buque hácia la tierra. Fué preciso emplear la amenaza para hacerles renunciar á esta empresa.

Ellis apareció á su vez delante Rapa, en 26 de enero de 1817, y apenas se hallaba su buque á la vista de la isla, cuando ya lo atracaban unas veinte piraguas montadas por los mismos naturales de Vancouver, morenos, bien formados, de una fisonomía regular, con cabellos negros ó rizados, y completamente desnudos, á escepcion de un cinturon de dracæna, sin dibujo alguno en el cuerpo. Subidos á bordo, se hicieron tan atrevidos, que provocaron medidas enérjicas. Uno de ellos, sumamente colosal y robusto, llevó la cosa hasta el punto de llevarse bajo el brazo á un grumete, con el cual se hubiera arrojado al mar si el pobre muchacho no hubiese logrado escapar forcejando sin cesar. Un criado de la cámara solo se libró con el ausilio de la tripulacion. La cubierta ofreció entonces escenas estrañas y confusas: un enorme dogo, atrevido y silvestre, que se tenia encadenado, esperimentó á vista de aquellos hombres un terror súbito é inesplicable. En vez de ladrar y arrojarse sobre ellos, se abrigó en su nicho y principió á temblar en todos sus miembros. El espanto del animal se aumentó cuando se le acercó un natural, lo cojió y lo arrastró hácia el mar, con la intencion de arrojarlo á él sumamente contento de su captura. Pero el perro se asia con su cadena, la cadena con el nicho y el nicho con la cubierta. El salvaje queria llevárselo á todo trance, para lo cual practicó veinte medios; pero al fin renunció á su objeto cuando vió que agotaria inútilmente sus fuerzas. Entonces se abalanzó á un gato, se arrojó al agua, y alcanzó á nado una piragua donde el animal fué recibido con grandes manifestaciones de sorpresa. Tras unas tentativas tan atrevidas y violentas, era preciso tomar un partido decisivo. El capitan dió la órden de hacer evacuar la cubierta, medida urjente, que solo se cumplió á la larga y con el ausilio de todos los marineros. El mismo dogo, vuelto de su primer terror, contribuyó con espantosos ladridos á la ejecucion de esta órden. Por fin el buque, libre ya de sus huéspedes se hizo á la vela para Taiti. Ellis habia podido indagar el verdadero nombre de la isla, su nombre actual, Rapa.

Rapa fué tambien visitada en 1825 por un cuter taitio que trasladó los naturales á Taiti. Recibidos en casa de los misioneros y tratados admirablemente por ellos, estos salvajes empezaron á gustar de las ceremonias del cristianismo, y aprendieron á leer. Cuando los creyeron bien preparados, los despacharon á su isla por dos Taitios educados por los misioneros. La llegada de este convoy á Rapa fué la ocasion de un triunfo: arrebataron á fuerza de brazos la canoa que contenia los recien venidos, y los depositaron á pie enjuto en la playa. Estableciéronse relaciones mas benéficas; trocóse madera

de sándalo contra algunos artículos, y el capitan del cuter fué convidado á hacer una visita á aquella costa, á la que no hizo falta. En el mes de enero siguiente, los dos misioneros taitios reaparecieron en Rapa, decididos á contraer domicilio con sus mujeres y dos de sus compatriotas, é impresos taitios y libros evanjélicos, instrumentos aratorios, granos útiles y madera de construccion para edificar una capilla. Habíales acompañado uno de los mas antiguos misioneros ingleses de Taiti, Mr. Davies, quien, apesar de algunas repugnancias individuales, fundó una mision que empezó á prosperar. Cuando el *Delfin* fondeó delante de la isla por el mes de junio de 1826, habíanse efectuado ya numerosas conversiones; pero desde Vancouver cambiaron muy poco el aspecto de los lugares y las costumbres de los habitantes. Contenia una poblacion de dos mil almas que habitaban en miserables chozas y se nutrian de taro y de pescado. Despues de Paulding, ningun navegante de importancia visitó Rapa, y los misioneros de Taiti fueron los únicos que conservaron algunas relaciones con esta tierra, en la actualidad enteramente cristiana. Por ellos se sabe que una horrible epidemia ha reducido esta poblacion de dos mil almas á novecientas solamente. Situada á los 37° 36' lat. S. y á los 146° 32' lonj. O., Rapa es una isla montuosa, elevada, de diez á doce millas de circuito. El terreno interior está dominado por cimas de dos á trescientas toesas de elevacion, unas en forma de picos cónicos, otras de columnas basálticas. Su apariencia las hace tomar á lo lejos por aldeas fortificadas, en cuyo error cayó Vancouver. Con todo, esta parte montañosa está habitada. La poblacion de la isla se apiña casi toda en la playa del surjidero, situada al E. de la la isla, donde cultiva algunos campos de taro, suficientes para alimentar esta pequeña colonia. El abra, llamada *aouraï*, forma en las tierras una escotadura de muchas millas, cuya entrada es sumamente dificil, pero cuyo interior espacioso ofrece en todos puntos un fondo de buen anclaje, donde se encuentra una abundante aguada. La vejetacion indíjena se compone de árboles y arbustos no muy apiñados, en la falda de las montañas.

En esta latitud se encuentran ya las especies de la zona templada.

Al O. N. O. de Rapa y á una distancia de 40 leguas, señalan los mapas americanos por los 27° 2' lat. S. y los 148° 47' lonj. O. un escollo de diez millas de estension, descubierto en 1830 por el capitan Weeks del *Nuevo Bedfort*, que lo llamó Lancaster; pero hasta que se verifique el nuevo reconocimiento, puede ponerse en duda la ecsistencia de este peligro. La misma incertidumbre reina sobre una isla señalada en 1824 por el capitan Kemin, bajo los 26° lat. S. y los 153° 19' lonj. O. Esta pretendida isla quizás solo es una nube pasajera, como otras muchas que todos los dias se han de borrar de nuestros mapas.

Despues de estas islas y estos escollos que Pendleton apesar suyo no pudo reconocer, venia Vavitou, á la sazon distinguida muy claramente delante de las serviolas del *Oceánico*. La isla, observada desde alguna distancia, nos pareció de mediana altura, fértil y selvosa, con un aspecto de vejetacion análogo al que ofrece Taiti. Hacia un cuarto de hora que costeábamos su punta meridional, cuando nos atracó una piragua montada por tres naturales, uno de los cuales era indudablemente un jefe. Por sus maneras dulces y embelesantes, sobre todo por el respeto de aquellos hombres hácia los objetos esparcidos por la cubierta, veíase fácilmente que los misioneros habian civilizado y catequizado esta tierra. Efectivamente, Vavitou es cristiana en toda su estension. Es verdad que aquellos enviados deseaban que el *Oceánico* estacionase en su costa, pero Pendleton no juzgó la localidad harto importante para desviarse de su rumbo, y por otra parte la poblacion estaba asolada por una epidemia que de 3.000 almas la habia reducido á 700. Hicimos solamente algunos presentes á aquellos visitadores, y singlámos hácia Toubouaï donde debíamos arribar.

El descubridor de Vavitou, ó mas comunmente Raïvavaï, fué el Español Gayangos, que la vió á 5 de febrero de 1775. Sus naturales le parecieron turbulentos y rateros; pero en aquella época no estaban pintorreados y llevaban vestidos papiriformes como los de Taiti. Tenian hermosas piraguas y armas muy bien trabajadas. Visitada en 1791 por Broghton, esta isla fué percibida de nuevo en 1811 por Henry que se creyó su descubridor. Desde entonces la han visitado sucesivamente muchas embarcaciones mercantes; pero hasta en 1822 algunos neófitos taitios no establecieron en ella una sucursal de la propaganda cristiana. Su écsito fué completo y pronto. Situada á los 23° 50' lat. S. y á los 150° 12' lonj. O., Vavitou tiene doce ó quince millas de circuito.

Habia desaparecido ya Vavitou, cuando á 4 de mayo por la mañana percibímos Toubouaï y en la madrugada el *Oceánico* estaba anclado con cinco brazas de fondo en el interior de los arrecifes de la parte occidental. A esta playa han ido á establecerse todos los habitantes de la isla que componen unas 300 almas y ocupan dos pequeñas aldeas ofreciendo por acá y acullá algunas casitas de piedras, embarnizadas con yeso blanco, segun se observa en el grupo taitio, habitaciones mas elegantes que sólidas, menos seguras y menos sanas que las casas primitivas y salvajes. No bien habíamos anclado, cuando la canoa nos condujo á tierra donde desembarcámos entre dos filas de

naturales. Era de ver la duda sobre quien se nos presentaria como amigo, quien nos dirijiria la palabra en este idioma polinesio con el que estaba ya completamente familiarizado. Ofreciéronsenós muchos guias para conducirnos á la aldea que no ofrecia ningun objeto notable; las casas eran semejantes á las de Nouka-Hiva. No obstante los consejos de Pendleton, quise llevar mas lejos este reconocimiento y visitar el interior de la isla. «Almenos, me dijo el capitan, diríjase V. á uno de los jefes.» Al efecto me indicaron el mas considerable de todos, el rey de Toubouaï. Agachado sobre un arrecife, con el agua hasta media pierna, S. M. estaba pescando, con el ausilio de un largo anzuelo, la pesca necesaria para su banquete diario. Cuando yo le pregunté si queria servirme de piloto, sacudió la cabeza, y miró su anzuelo que se ajitaba en el agua. Comprendí sus escrúpulos, y sacando de mi faltriquera un hermoso cuchillo, se lo ofrecí como indemnizacion. Este argumento produjo resultados admirables: el pescador arrojó su red y caminó delante de mí diciendo repetidas veces que era mi amigo, mi verdadero amigo.

Mi amigo pues, mi rey salvaje, me guió al principio hácia un terreno pantanoso, y en sus cercanías se arrodilló como un dromedario haciéndome señal de que montase sobre su espalda: era una prenda de abnegacion de parte de una majestad polinesia. Púseme pues á horcajadas de grado ó por fuerza en las reales espaldas, y de esta suerte atravesé trescientas toesas de agua cenagosa. Como el camino era resbaladizo y la carga bastante pesada, mi amigo llegó jadeando á la orilla opuesta, cubierto de légamo negro é infecto, del que se libró por medio de algunas abluciones en el torrente vecino, sin que sus vestidos padeciesen el menor detrimento, pues iba desnudo. Mas allá del pantano se estendia una llanura cubierta de cocoteros, de bananos, de árboles del pan, de papayos, y sembrada de trecho en trecho de chozas arruinadas que parecian desiertas desde mucho tiempo. Por lo demás, todo aquel valle era fecundo, risueño y encantador. Tres cuartos de hora hacia que caminábamos por él, cuando mi compañero ecsaló un grito repentino y penetrante que me hizo estremecer apesar mio. Por un momento creí que Pendleton se equivocara en aconsejarme la prudencia, pero no era nada. A este llamamiento del jefe, se presentó á lo lejos delante de nosotros un natural salido como una fantasma de un vecino soto; mas en vez de manifestar una intencion hostil, encaramóse á una segunda señal sobre la copa de un cocotero, arrancó algunas nueces y nos las envió. Yo chupé su leche con mucho gusto, y para completar la colacion, el rey mi amigo me hizo entrar en una casa donde nos sirvieron pasta seca y frutos del árbol del pan. Apesar de todo mi deseo de hacer honor á la hospitalidad indíjena, fuéme absolutamente imposible tragar un solo bocado de aquel plato.

Despues de este descanso, regresámos al fondeadero por otro camino, orillado de cañas dulces en el estado salvaje. A la entrada de la aldea se estendia una especie de cementerio con dos ó tres figuras groseras, colocadas junto á las tumbas. Llegados á la playa, queria reembarcarme inmediatamente, pero el rey me convidó á comer deseando compensar el mal banquete que me habia ofrecido en nuestra escursion. Los víveres eran efectivamente mas variados y apetecibles, pues aunque se veía la misma pasta fermentada, accesorio indispensable de todos los convites; habia ademas pescado cojido por las reales manos, gallinas asadas, taro, frutos del árbol del pan, y otros no menos esquisitos. Todos estos platos, envueltos en hojas de banano, se hallaban dispuestos sobre esteras que cubrian el suelo con cierta simetría; al paso que al rededor de la casa no faltaban numerosos criados prontos á ejecutar las órdenes del Anfitrion. Llegaron muchos convidados, que sin duda serian otros jefes, bien que inferiores á mi amigo, que se agacharon, echaron mano de los víveres, comieron y bebieron en rueda. Yo fuí servido por el mismo rey que á ningun otro dió esta prueba de urbanidad. En reconocimiento de tan buen proceder le ofrecí mi calabaza llena de rom con la que bebimos en comun. Viendo que volvia demasiadas veces á la carga, y no sabiendo cual podia ser la naturaleza de su embriaguez, inducíle á distribuir á sus convidados un poco de aquella bebida espirituosa, y aun le designé dos jefes ancianos que parecian los mas distinguidos despues de él. Mi indicacion le indignó, tomó la calabaza, ocultóla entre sus piernas, y con un tono medio airado: «No, dijo, no! nada para estas jentes, es sobrado bueno para ellos.» Por lo demas solo fué esto una nube que no hizo mas que pasar á través de nuestra amistad. Apenas manifestaba yo haber olvidado el rom, cuando volvió á sus caricias, á sus ofertas y á sus miramientos; todo queria otorgármelo, su casa, sus vasallos y su mujer, pues mi presente le habia enajenado, y si yo me hubiese puesto en la cabeza ser rey de la isla, hubiéralo sido aquel dia. Cuando Pendleton vino á arrancarme de sus brazos, fué preciso macear mi nariz contra la suya cinco ó seis veces; lloró como un niño, y arrojóse á nado cuando vió que la chalupa se iba enmarando. La visita ha debido hacer época en su vida ¡ tan poco es lo que se necesita para hacer época en Toubouaï!

Toubouaï fué descubierta por Cook en agosto de 1777. Este navegante fondeó en ella, pero comunicó con los habitantes que se presentaron en piraguas de treinta pies de lonjitud, montadas cada una por siete ú ocho hombres. Estos

naturales eran robustos, con una piel bronceada, una cabellera negra y tersa, y semblantes redondos, llenos de un carácter feroz. Los que se acercaron á Cook iban desnudos, pero al mismo tiempo se veían algunos en tierra que se cubrian con telas blancas y llevaban un collar de ostras perleras que les caían por el pecho.

Despues de Cook aparecieron en Toubouaï los amotinados del *Bounty* que, segun hemos visto, procuraron en vano repetidas veces establecerse en ella. En 1821 se presentaron los misioneros; quienes apesar de una resistencia bastante tenaz de parte de los naturales, consiguieron, en parte con la persuasion y en parte con la fuerza, hacer predominar en la isla la influencia cristiana. Cuando pasó por ella Paulding, en 1826, la poblacion estaba dividida todavía entre los dos cultos, pero actualmente la idolatría parece haber desaparecido.

Con el rompiente que la cierne, Toubouaï no tiene mas de cuatro ó cinco millas de elevacion, y sin embargo está dominada por elevados y selvosos collados. Los vallecillos y la parte litoral están cubiertos de una vejetacion que manifiesta la fertilidad del suelo. Desde la época del descubrimiento, la isla nutria cerdos y volatería, y en ella se encontraban todas las producciones de los trópicos. Del mismo modo que todos los grupos adyacentes, Toubouaï camina hácia su despoblacion. Antiguamente contenia mil habitantes; pero actualmente este número está reducido á trescientos. La isla está situada á los 23° 24' lat. S. y á los 151° 41' lonj. O.

Llevando el rumbo hácia Rimetara, pudímos observar á algunas leguas de distancia, Rouroutou, ó bien Ohiteroa. Esta isla fué descubierta en 1769 por Cook, que la encontró poco fértil y casi desierta. Los isleños eran sin embargo robustos, bien formados y pintados solamente por los sobacos y las piernas. Sus vestidos consistian en telas bien fabricadas y bien teñidas; sus armas eran de madera dura y bien trabajada, y sus piraguas, esculpidas con mucha delicadeza, mostraban esteriormente un ceñidor de plumas blancas que pendian por la popa y la proa. Olvidada hasta en 1811, esta isla solo ha sido visitada perfectamente en 1822 por los misioneros taitios. Actualmente es toda cristiana, y está situada á los 23° 27' lat. S. y á los 153° 6' lonj. O. con 12 ó 13 millas de circuito.

Llegado en frente de Rimetara, el *Oceánico* echó un bote al mar. Pendleton tenia allí un compatriota, un amigo, un corresponsal, y en consecuencia descendió solo para abocarse con él, en cuya visita empleó solamente tres horas. Durante este tiempo, el sloop se mantuvo en alta mar, porque los escollos no eran seguros. Este pequeño punto se ha hecho interesante por la fertilidad del suelo. Fundóse en él una mision cristiana, que sirve de centro á todos los pequeños grupos circumvecinos. Descubierta en 1811 por Henry, Rimetara quedó envuelta en las sombras del olvido hasta 1821, en cuya época se acercaron los misioneros. Cuando Paulding los visitó en 1826, encontró este pueblo, de unos 300 habitantes, apiñado en una pequeña aldea, situada á orillas del mar, al rededor de un gran edificio blanqueado con cal, donde residian los pastores, reyes y apóstoles de la isla. Veíanse cercas plantadas de patatas y tabaco, con pequeños campos de batatas ó de taro. Los víveres abundaban al parecer en aquella tierra, de suerte que en el espacio de algunas horas el navegante inglés pudo procurarse treinta cerdos con una gran cantidad de legumbres. Por lo demas la idolatría parece totalmente estirpada de la comarca, y en el lugar donde ecsistia el antiguo moraï, solo se veían restos de columnas que habian tenido sesenta pies de elevacion. Este edificio se habia desplomado á la voz de los misioneros. Rimetara es poco alta, defendida por un cinto de rompientes, de tres millas de largo sobre tres de ancho, y está situada á los 22° 38' lat. S. y á los 150° 23' lonj. O.

Mas allá de Rimetara á los 21° 48' lat. S. y los 157° 38' lonj. O., el *Oceánico* costeó un pequeño islote de base corallijena y circuído de rompientes. Su lonjitud es de una milla, y su anchura de unas trescientas toesas. Su superficie estaba cubierta de malezas. Este escollo fué descubierto en 1726 por el capitan Paulding, que lo encontró ocupado por aves marinas, que eran dueñas de la comarca y no se sustraían á la vista de los marineros. La playa estaba literalmente cubierta de sus huesos.

Esta navegacion de isla á isla se prolongó aun por espacio de algunos dias. Mas allá del escollo de Paulding, el *Oceánico* se ladeó un poco mas hácia el N., y rozó sucesivamente Maoryu, Miti-Aro, Wation, Manouaï y Waitou-Taki, islas risueñas y verdes que pertenecen al mismo grupo, conocidas en las efemérides de los misioneros bajo la denominacion de islas Harvey. El *Oceánico* solo las vió de lejos y sin pararse; pero cuanto se sabe de ellas se reduce á lo siguiente.

La mas meridional de todas estas islas, Mangia, fué descubierta en 1777 por Cook que tenia entonces á bordo de una fragata el salvaje Maï, embarcado en el archipiélago taitio, que sirvió de intérprete al capitan inglés. Indujo á los naturales á que concurrieran con sus piraguas á subir á la cubierta de los navíos; y aunque al principio titubearon, al fin lo hicieron con intrepidez. Los indijenas de Mangia formaban una raza de hombres bastante hermosos, robustos y bien proporcionados, aunque pequeños. Su fisonomía era feliz y su carácter jovial. Llevaban

su cabellera negra reunida en la coronilla de la cabeza por medio de un pedazo de tela. Su barba era larga, sus brazos y otras partes de su cuerpo estaban pintadas. En sus orejas practicaban anchos agujeros que servian para colgar ornamentos ó pequeños muebles útiles. Uno de los naturales, á quien Cook dió un cuchillo, lo colocó en su oreja del mismo modo que en una jareta (Pl. I. — 1). Los otros se ponian granos de vidrio ó de telas. Estas telas, fabricadas con la corteza del *broussonetia*, tenian el aspecto brillante y lustroso como las que se fabrican en Tonga. Las piraguas bien construídas terminaban en figura de horquilla por la parte de la popa. Pocos dias estuvo Cook á la vista de la isla, pues cuando quiso desembarcar, los naturales reunidos en la playa manifestaban intenciones tan hostiles, que renunció á su proyecto. Mas felices y perseverantes fueron los misioneros taitios, pues fundaron una mision en 1823; y apesar de numerosos obstáculos, convirtieron la poblacion entera. Mangia ó Maraya es una tierra bastante elevada con un circuito de unas cinco leguas. Su vejetacion es baja, espesa, apiñada y de un verde subido, ó bien alta de un tinte menos sombrío. Algunos collados son rojizos, estériles y cubiertos de helechos. En 1823 contenia mil y quinientos habitantes. La cima está situada á los 21° 55' lat. S. y á los 160° 18' lonj. O.

A treinta y seis leguas N. 1/4 N. E. de Mangia aparece la isla Maouti, descubierta en 1821, á la época en que los propagandistas taitios fueron á predicar el evanjelio á este archipiélago, poco frecuentado hasta entonces. El capitan Byron que fondeó en Alaouti en 1825, quedó sumamente satisfecho de la acojida hospitalaria que le dispensaron estos isleños. En su concepto no hay tierra alguna mas rica en deliciosos paisajes; ningun pueblo tiene costumbres mas dulces, mas modestas y mas decentes. Maoupi es actualmente un pequeño Eden, merced á su conversion, cuyos pormenores están llenos de interés.

En 1821 reconocia esta isla la autoridad del rey de Watiou, que acababa de abjurar la idolatría para adoptar la fé cristiana. Este rey convertido en nuevo prosélito, quiso cooperar á la conversion de Maouti, con cuyo objeto pasó á la isla con dos misioneros y desembarcó en medio de una multitud numerosa. Habiendo desembarcado pidió la palabra. «Hasta aquí, dijo á aquel pueblo, habeis adorado pedazos de madera que no tienen sentimiento ni poder, ídolos que son obra de vuestras manos. Estais metidos en el error, vais á conocer al verdadero Dios; los hombres llegados conmigo os lo enseñarán.» Tras esta breve alocucion mandó derribar todas las estatuas de los moraïs, como en efecto se verificó. Por la mañana la idolatría estaba vijente en Maouti; pero por la tarde no ecsistia ya, y pocos meses despues la isla era cristiana. El territorio de Maouti es fértil y selvoso, tiene ocho millas de circuito, encierra dos cientos habitantes, y está situado á los 20° 6' lat. S. y á los 159° 35' lonj. O.

A veinte y cinco millas N. de Maouti, se encuentra otro islote llamado Miti-Aro, bajo, selvoso y poblado de unos cien habitantes que se alimentan con mucha dificultad por la naturaleza ingrata del terreno. Este islote es otra dependencia del reino de Watiou: por su descubrimiento y conversion siguió los destinos de Maouti. Miti-Aro tiene tres ó cuatro millas de largo sobre una de ancho, y está situado á los 19° 54' lat. S. y á los 160° 4' lonj. O.

La isla Watiou, la Atoui de los misioneros, está situada á las veinte y ocho millas S. O. de Miti-Aro. Fué descubierta en 1777 por Cook, que envió á tierra tres de sus oficiales, á las órdenes del Taitio Maï. Al principio los naturales recibieron estos estranjeros con cierto aparato, hiciéronles los honores de un espectáculo, ofreciéronles víveres; pero estas buenas disposiciones no duraron mucho; dominados en breve por su instinto ratero, los salvajes desvalijaron á sus huéspedes y llevaron la cosa hasta retenerlos prisioneros. Sin las amenazas de Maï que les amedrentó con el cañon de las fragatas y les dió á conocer la mortífera enerjía de la pólvora por medio de algunas piezas de artificio, este cautiverio hubiera sido sin duda el mas largo y mas peligroso. Maï encontró en Watiou tres de sus compatriotas, único resto de una tripulacion de veinte hombres, cuya piragua habia zozobrado en plenamar. Hacia doce años que estos Taitios vivian en Watiou, y como eran bien tratados de los naturales, no quisieron regresar á su patria en los navíos ingleses. Partió Cook, y nadie visitó Watiou hasta 1821, en cuya época se presentaron los misioneros para convertirlo. Los progresos del proselitismo fueron lentos al principio, pero actualmente parecen completos; Watiou es ya cristiana. Esta isla es de mediana elevacion, tiene seis leguas de circuito y está rodeada de rompientes y poblada de algunos centenares de almas. Su remate está situado á los 20° 3' lat. S. y á los 160° 28' lonj. O.

A diez millas N. O. de Watiou se halla la isleta de Fenoua-Iti, ú Oka-Toutaia, segun Cook, que la descubrió en 1777. Es una tierra baja, orillada de una playa de arena blanca y arbolada en el interior. Cook la halló desierta, aunque cubierta todavía de cabañas arruinadas, tumbas y terrenos cercados. Los misioneros no citan esta tierra en su nomenclatura de las islas Harvey, sin duda porque como está inhabitada, carece para ellos de importancia. Su posicion es á los 19° 5' lat. S. y los 160° 38' lonj. O.

A unas veinte leguas N. O. de Watiou se

1. Natural de Mangia.

1 Natural de Mangia

2. Morai abandonné sur l'Ile Malden.

2 Morai abandonado en la Isla Malden

J. Rollin del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

encuentra la pequeña isla de Manouaï, que Cook vió por primera vez en 1773, y denominó isla Harvey. En este primer viaje el capitan la creyó desierta; pero habiéndola visitado en 1777, encontróla ocupada por naturales de un carácter feroz é inhospitalario, los cuales se opusieron al desembarque. Estos isleños se parecian á los de Nueva Zelanda por las facciones y el continente, con la sola diferencia de que no iban pintados. Conforme á sus indicaciones se debió comprender que la isla no alimentaba cerdos y no producia bananas ni frutas del árbol del pan. Manouaï parecia depender entonces de Watiou. Es de creer que ha seguido la suerte del archipiélago en su conversion reciente; pero los misioneros no hacen de ella mencion alguna de una manera esplícita. No puede decidirse si ha quedado desierta ó si ha continuado en su idolatría; lo único que se sabe es que se compone de un grupo de tres ó cuatro pequeños islotes bajos y rodeados de un arrecife comun, que tiene seis leguas de circuito. La punta S. está situada á los 19° 23' lat. S. y á los 161° 18' lonj. O.

La isla Waïtou-Taki, la Aïtou-Taki de los misioneros, está situada á veinte leguas N. O. de la precedente. Este grupo fué descubierto por Bligh, en abril de 1789, quien comunicó con los naturales, entablando relaciones con mucha confianza y lealtad. Por ellos supo Bligh que esta tierra no alimentaba cerdos, perros, batatas, ni taro, pero sí muchos cocos, volatería, frutos del árbol del pan y bananas. No pudiendo desembarcar, á pesar de sus instancias, Bligh les hizo algunos presentes, un cerdo, una trucha y otros objetos. Estos hombres parecian mas comedidos y mas afables que sus vecinos de Manouaï; iban pintados en las piernas y en los brazos, pero no en la espalda ni en las nalgas como en Taiti. Despues de Bligh llegó Edwards, que visitó Waïtou-Taki dos años despues: en seguida fué olvidada hasta 1821, época de la llegada del misionero Williams que dejó en este punto dos predicadores taitios. Su obra fué rápida y feliz; el rey Tamatoa fué un cristiano zeloso, y todos sus súbditos siguieron su ejemplo. El misionero Bournes, que pasó á Waïtou-Taki en 1825, hace el cuadro mas seductor de la localidad y de las costumbres de su pueblo. « La capilla está concluída, dice, los naturales han construído con moles de coral un muelle de seiscientos pies de largo sobre ocho de ancho; ciento cuarenta y cuatro edificios enyesados se alinean en la playa; muchos están amueblados con sofáes y camillas, y seiscientos individuos de la poblacion están ya bautizados. » La poblacion total era entonces de mil quinientos habitantes. Waïtou-Taki forma un pequeño grupo de islotes bajos con la isla mas elevada en el centro, y está rodeado en todos sentidos de un ribete de arrecifes de treinta á cuarenta millas de circuito. La punta N. está situada á los 18° 47' lat. S. y á los 162° 8' lonj. O.

La isla mas importante de todo este archipiélago, Raro-Tonga, fué descubierta en 1814 por un pequeño buque de misioneros. En 1823, el rey de Watiou los dirijió tambien á aquel punto, y en consecuencia dejaron en él dos pastores orijinarios de Taiti para trabajar en la conversion de los naturales, que fué consumada en menos de un año. El rey Makea, su familia y los principales jefes leían en el libro elementar taitio; mas de mil quinientos habitantes estaban bautizados; el progreso agrícola seguia el movimiento del progreso relijioso, y la isla entera se cubria de ricas plantaciones. La poblacion ascendia entonces á unos siete mil habitantes, número igual al que se contaba en Taiti: así que la importancia de este punto decidió á un misionero inglés á establecerse en él en 1827. Antiguamente estaba dividido el poder entre tres jefes, que se entregaban á hostilidades casi continuas; pero desde que penetró en esta tierra el cristianismo, Makea ha sido reconocido por único soberano. Raro-Tonga es jeográficamente poco conocida, y solo se sabe que está situada á los 21° 11' lat. S. y los 162° 33' lonj. O.

En las cercanías de Raro-Tonga los mapas señalan otras tres islas, á saber Roxburgh, descubierta en 1824 por el capitan White del *Medway*, tierra elevada, de veinte millas de estension de E. á O., situada á los 21° 39' lat. S. y á los 163° 0' lonj. O. (medio); Armstrong, indicada en otra lista por los 21° 22' lat. S. y los 163° 23' lonj. O., y Rouroutig, pequeña isla descubierta por Henry en 1811 y situada á los 20° 20' lat. S. y los 162° 20' lonj. O. N. O. No se tiene noticia alguna de estas tierras, cuya ecsistencia no está averiguada aun con toda certeza. Los misioneros navegantes familiares de estos parajes, tampoco la mencionan en sus listas de las islas Harvey.

El *Oceánico*, favorecido por una buena brisa del S. E., habia pasado ya toda esta serie de islas y de islotes. Á 10 de mayo por la mañana se hallaba á la vista del grupo de Palmerston, escollos bajos y arbolados, que Pomare en el último año de su reinado quisiera convertir en el Botany-Bay de Taiti. Sin embargo, como su muerte hizo paralizar este proyecto, Palmerston ha sido lo que fué siempre, una tierra desierta. Dos veces la visitó Cook, en junio de 1774 y en abril de 1777; procuróse nueces de coco, meollos de tiernos cocoteros, palmas de palmitos, ramas de pandanos, pescado y huevos de aves, y reconoció que el grupo se componia de nueve ó diez islotes bajos, estrechos, mas ó menos arbolados y dispuestos sobre un rompiente casi circular de seis millas de N. á S.,

cuyo interior estaba ocupado por un vasto lago. Parmerston estaba inhabitada, y únicamente se hallaban restos de piragua que manifestaron el paso de algunos pescadores de las vecinas islas. Palmerston fué visitada por Edwards en 1791, y despues por otros navegantes modernos. Está situada á los 18° 4' lat. S. y á los 165° 30' lonj. O.

Desde Palmerston, el rumbo directo hácia Tonga nos ofreció tan solo reconocimientos insignificantes, los escollos Beberidje y Nicholson, cuya ecsistencia es aun bastante dudosa, y la isla Salvage descuidada por todos los navegantes desde la recepcion que hicieron los naturales á Cook. Habiendo descubierto esta tierra en 20 de junio de 1774, este capitan quiso probar un reconocimiento en la playa. Por dos veces y en dos puntos diferentes tentó el desembarque; pero cada vez se opusieron los naturales con un encarnizamiento y ferocidad increíble. Rechazados sin embargo con el ausilio de mortíferas descargas, se refujiaron á los vecinos bosques, de donde Cook no se atrevió á desalojarlos. Tampoco quiso penetrar en el interior de la isla que ofrecia á sus adversarios la ventaja del terreno. Estos isleños iban desnudos, una simple tela blanca ceñia su cabeza y sus riñones; su cuerpo moreno era casi enteramente abigarrado de pintarroteos, y sus armas eran la lanza, el quebrantacabezas y la macana. Las esculturas de sus piraguas anunciaban cierta industria. La isla, por el lado donde se aportó en ella, era poco elevada y estaba tapizada de helechos y de arbustos. El litoral se componia de acantilados verticales, que levantaban sobre el agua sus paredes de coral á una elevacion de cuarenta pies y minadas en su base por las olas del mar. Forster creyó que el interior de la isla, ocupada poco antes por un lago, habia pasado á ser un valle fértil por motivo de una erupcion volcánica, pero esta hipótesis no ha sido despues desmentida ni corroborada. Cook calculó el circuito de la isla Salvaje en once leguas, y el capitan Duperrey, que la costeó á alguna distancia, en 1823, reconoció que se estendia de los 18° 59' á los 19° 10' lat. S. y de los 172° 2' á los 172° 14' lonj. O.

En cuanto á nosotros, no debíamos reconocer la isla Salvaje ni menos los escollos Nilholson y Beveridje. El camino por el N. era mas fecundo y mas interesante; Pendleton lo habia preferido, queria atracar solo á Tonga despues de haber reconocido las islas Hamoa, tan vaga é imperfectamente descritas hasta el presente. El *Oceánico* llevó el rumbo al N. O., despues de haber pasado por en frente de Palmerston; era tan buena la brisa y tan bello el mar, que este pequeño rodeo no causó la menor demora. Por otra parte Philips era menos regañon que de costumbre, cuya circunstancia me indujo á creer en una pequeña simpatía comercial de su parte para las islas Hamoa. Era un archipiélago salvaje, que no creía encontrar en la Oceania.

Por lo que á mí hace; no sin placer veía aquellas tierras que el cristianismo no habia acostumbrado todavía á la hospitalidad y á la mansedumbre. La Oceania tenia dos partes, la una para las emociones dulces, tal era la que íbamos á abandonar en breve; la otra para las impresiones dramáticas y para catástrofes de todo jénero, tal era á la que nos dirijíamos y cuyos confines íbamos á tocar. Sin embargo que los grupos Hamoa y Tonga son polinesios, eran no obstante limítrofes de la Melanesia, y los usos, las costumbres, la vida de los naturales se resentian de esta vecindad. El archipiélago Viti se hallaba á algunas leguas de distancia con sus razas insociables. Nuestro viaje, hasta entonces tan tranquilo y tan quieto, en medio de pueblos civilizados, iba tal vez á propender al drama. Almenos el aspecto de los lugares y de los hombres iba á cambiar. Yo estaba sumamente contento. Cada dia desarrollaba el mapa donde hacia y deshacia mis cálculos náuticos. Alumno de Pendleton que se glorificaba de mis progresos, habia llegado á ser mediano jeógrafo, y completaba mis estudios teóricos con esperiencias y observaciones. « Capitan, le dije un dia que la Oceania se hallaba á nuestra vista; temo que se nos escape. » Y le mostré todas estas pequeñas islas polinesias sembradas entre el archipiélago Hawaii y el grupo Hamoa, en una estension de cerca de setecientas leguas. « Sin duda, me respondió, pero ¡ qué importa ! son puntos insignificantes, dudosos en su mayor parte desiertos casi todos. Es una seca y corta nomenclatura que puede hacerse en algunas palabras. — Escucho, repliqué. » Y dió princio á la narracion señalando cada isla en el mapa:

« He aquí en primer lugar un escollo, Manuel Rodriguez, que tienen la costumbre de copiar de los antiguos mapas españoles. Nadie le ha vuelto á ver en nuestros dias, y creo que en breve tendrá que borrarse. Será preciso borrar tambien una pretendida isla Mallen, señalada por un Americano, y ademas estos dos escollos y esta isla que se han indicado al S. de las islas Smith. Las islas Smith son auténticas: fueron descubiertas en 1807 por el capitan Johnson, de la fragata inglesa *Cornwallis*, y visitadas en 1815 por el capitan Daiot, del buque español *Fernando*. Es un grupo de islotes inhabitados, coralijenos y cubiertos de una vejetacion achaparrada. Se calcula su circuito en nueve millas del N. O. al S. E. y está situado á los 16° 53' lat. N. y á los 171° 52' lonj. O.

« A mayor distancia se ven otras islas dudosas, las de San Pedro y Barker, como tambien dos ó tres arrecifes cerca del Ecuador que

se han colocado á corta distancia E. del grupo de Gilbert. NEW-NANTUCKET, señalado en 1824 ó 1825 por el buque ballenero el *Loper*, y situado á los 0° 11' lat. N. y á los 176° 40' lonj. O. necesita ser reconocido de nuevo para admitirse definitivamente en los mapas.

« PALMIRA tiene una ecsistencia mas segura. Esta isla, reconocida por primera vez por el Americano Fanning á 14 de junio de 1798, fué encontrada algunos años despues por el capitan Machai. Es una isla baja, de tres leguas de estension, con dos lagos en el interior y algunos rompientes esteriores, de los cuales el del O. se estiende hasta tres leguas en alta mar. En la parte septentrional ecsiste un fondeadero por diez y ocho brazas. Su nombre le fué aplicado por el capitan Sawle de la *Palmira*, que la visitó en 1802. Esta isla desierta está situada á los 5° 50' lat. N. y á los 164° 45' lonj. O. A cuatro ó cinco leguas N. hay un escollo peligroso que fué descubierto y reconocido por el capitan Fanning. Su forma es la de un creciente, y ocupa seis leguas de estension de N. á S.

« El descubrimiento de esta isla de WASHINGTON, la NEW-YEART de los mapas de Arrovsmith, se debe igualmente á Fanning. Es una tierra elevada y cubierta de verdor, pero desierta y erizada de rompientes, y está situada á los 4° 45' lat. N. y á los 162° 28' lonj. O. Mas cerca del Ecuador está el grupo Fanning, del nombre de su descubridor, y se compone de tres islotes selvosos y ceñidos de rompientes cuyo interior ofrece un buen fondeadero. Los dos islotes del N. tienen nueve millas de largo cada uno; el del E. solo tiene seis. Cuando desembarcó Fanning, esta isla estaba cubierta de aves marinas tan familiares que se dejaban cojer á la mano. Fanning encontró la isla desierta y creyó que lo habia estado siempre; pero Mackay, que pasó por ella algunos años despues para procurarse holoturias y conchas de tortuga, encontró por el suelo piedras regularmente labradas, y en un hoyo practicado á dos pies de profundidad, una tumba llena de cenizas, fracmentos de huesos humanos, mariscos, instrumentos de piedra y de hueso, ornamentos diversos y puntas de lanzas y de flechas. A su vez Mr. Legoarant hizo escala en 1828, y encontró en ella veinte y cinco buques ocupados en la pesca de las holoturias. Fanning es la isla *América* de algunos navegantes, y está situada á los 3° 48' lat. N. y á los 161° 25' lonj. O.

« Algo mas al S. se ve la isla CHRISTMAS, descubierta por Cook en diciembre de 1777. Pasó muchos dias en el fondeadero procurándose tortugas y pescado. Es una isla baja, selvosa, desierta, de unas quince leguas de circuito, con un fondeadero bastante bueno en la parte occidental, y escotada tan profundamente que la configuracion de la isla es la de un creciente. Está situada á 1° 59' lat. N. y los 159° 50' lonj. O.

« Todo lo que se sabe de la isla JARVIS, segun Arrowsmith, es que fué descubierta por el capitan Brown y visitada en 1822 por el capitan Loch. Colócanla á 0° 30' lat. S. y á los 162° 18' lonj. O. La isla BROKE, colocada en la lista americana á corta distancia S. E. de la precedente, quizás es solo el resultado de un doble empleo.

« La isla MALDEN fué descubierta por el capitan Byron á 29 de julio de 1825. Es una tierra baja, selvosa y circundada de rompientes en su ámbito de doce á quince millas. A la sazon estaba desierta, pero presentaba algunos indicios de habitacion anterior. Veíanse en ella espaciosos terrenos cuadrados de albañilería de corales labrados por mano de hombres, que se elevaba por grados, con una piedra en el centro figurando sin duda el altar (PL. I. —2) (1). Su forma era semejante á la de los moraïs de Nouka-Hiva y de Taiti. Esta isla está situada á los 4° lat. S. y á los 157° 20' lonj. O. Una lista americana coloca á medio camino, entre Malden y Nouka-Hiva, una isla de dudosa ecsistencia.

« Pasemos á la isla STARBUCK, descubierta en 1823 por el capitan de este nombre, mientras que transportaba á Europa al rey Rio-Rio y su mujer. En 1825 fué visitada por Byron, que la describe como mas estéril que Malden y destituída de todo árbol en un suelo madrepórico. Está situada á los 5° 58' lat. S. y á los 167° 26' lonj. O.

« La pequeña isla CAROLINA fué descubierta por Brougthon en 1795, y segun Arrowsmith, visitada por Bass pocos años despues. Empero el que la ha descrito mejor es Paulding que aportó en ella en 1825. La isla Carolina es una tierra baja, circuída de rompientes, con seis ó siete millas de lonjitud sobre una anchura mediana. Contiene algunos árboles corpulentos, pero mucho mayor número de malezas. Está enteramente desierta, pero ofrece vestijios de industria salvaje. Es la misma isla que algunos balleneros acaban de señalar bajo el nombre de isla Thorutoin.

« No hay mas noticia sobre la isla FLIND, sino

(1) Siendo el orijinal francés de esta obra dividido en solos dos tomos, por haberlo el editor considerado mas conveniente, empieza cada uno de ellos con una nueva enumeracion de planchas. Sin embargo, habiendo nosotros considerado mas oportuno dividirla en tres volúmenes, así paraque ofreciese mas comodidad en su manejo, como mayor facilidad en su porte, acontece que esta nueva enumeracion de planchas corresponde casualmente al presente capítulo, por empezar con él el tomo segundo francés, y como no dejaria de parecer á algunos impropia esta brusca interrupcion por estar aun incompleta la parte que llevamos publicada, creemos de nuestro deber advertirlo á los lectores paraque no atribuyan á la casualidad ó al capricho una medida dictada únicamente por la propiedad y la correccion del editor francés.

que Krusenstern la considera como descubierta en 1801, y la coloca á los 11° 30' lat. S. y á 154° 30' lonj. O. Algunos jeógrafos han creído que era el antiguo *Peregrino* de Quiros.

« Las islas PENREHYN fueron percibidas de lejos por primera vez por el capitan Sever del *Ladi-Penrehyn*; pero Kotzebue las visitó en 1816, y comunicó con sus habitantes, que se parecian mucho á los naturales de Nouka-Hiva, bien que no iban pintados y se surcaban el cuerpo con cicatrices regulares. Todos iban desnudos, á escepcion de un corto número que llevaba cinturas de telas groseras. Sus uñas eran muy largas, en especial las de los jefes; escedian el dedo de tres pulgadas. Las relaciones de Kotzebue con aquellos salvajes no fueron todas pacíficas. Aunque al principio se mostraron tímidos, fueron animándose poco á poco y todo lo arrebataron con una desvergüenza sin gual. Cuando les amenazaron, ellos amenazaron tambien; por cuyo motivo viendo Kotzebue que era de todo punto indispensable imponer á aquellos ladrones, mandó disparar un fusilazo y á este estruendo saltaron todos al agua, sobrecojidos de miedo, y alcanzando sus piraguas lograron poco á poco colocarse cerca del buque. Pero cuando se dió la órden de partir, el buque se mostró en disposicion de enmararse, y muchas de aquellas embarciones que se hallaban en su curso zozobraron. El grupo Penrehyn se compone de diversas islas bajas, cubiertas de cocoteros y de otros árboles, y asentadas sobre una base coralíjena. Kotzebue fijó su centro á los 9° 2' lat. S. y los 159° 55' lonj. O.

« Ahora viene la isla PESCADO, conservada por Arrowsmith, pero considerada como dudosa, las islas HUMPHREY y REARSON que pueden haber sido confundidas con la primera. Rearson y Humphrey fueron descubiertas en 1822, por Patrickson, que las señaló como islas bajas y habitadas. Están situadas á los 10° 32' lat. S. y á los 163° 10' lonj. O. Vienen en seguida las islas SOUVAROF, á las que el teniente Lazaref aplicó el nombre de su buque, grupo de isletas situadas á los 13° 2' lat. S. y los 165° 5' lonj. O. Las islas DANJER vistas por Byron en 1765, parecen idénticas con la isla Solitaria, señalada por Mindana en 1595. Segun Byron forman un grupo de tres islas bajas, muy arboladas, populosas y ceñidas de peligrosos rompientes que se estendian á mas de cuatro leguas de tierra por la parte del O. Byron vió en él una piragua, pero no pudo comunicar con los naturales. Estas islas están situadas á los 10° 15' lat. N. y aunque su lonjitud se presume á los 158° 18' O., esta indicacion es sin embargo muy dudosa.

« Mucha mas seguridad se tiene de la isla CLARENCIA, que el capitan Edwards descubrió en 1791, sin tocar en ella, y que visitó Paulding en 1825. Hallándose á la vista de la isla, el *Delfin* se puso en facha y en breve se halló circuído de una multitud de piraguas con cuatro á ocho hombres á cada una. Cuando uno de ellos se halló á tiro, arrojáronle desde el buque una soga á fin de que pudiese amarrarse en los costados de la embarcacion. Los salvajes asieron del cabo de la soga; pero en vez de servirse de ella para el uso indicado, sacaron tanta como pudieron, y la cortaron. Era ciertamente empezar con un robo bien atrevido; pero sin inquietarse por ello, continuaron bogando hácia el buque, pidiendo una nueva soga; y como se les contestase con una negativa formal, uno de los salvajes, hombre robusto é intrépido, subió á la cubierta. Rodeáronlo con objeto de tener la entrevista; pero él sin inquietarse de nada, marchando á su objeto como si el buque estuviese desierto, dirijióse hácia la popa, hizo seña á su piragua paraque se colocase á tiro, y abalanzándose á todo cuanto veía, jaulas, sogas, utensilios, hierro, víveres, instrumentos, todo lo arrojó sin ceremonias á sus camaradas, que lo recojian y arreglaban en su embarcacion. Algunos marinos quisieron reprimir al imprudente ratero, pero este no hizo mas que irritarlos y en consecuencia continuó con mas actividad que nunca. Entonces Paulding, creyendo deber intervenir, hirió lijeramente con su mosquete al audaz isleño; pero este sin desconcertarse, se abalanzó al cañon del arma, y como Paulding resistiese, tomó al capitan por debajo del brazo y lo hubiera arrojado al mar con el mosquete si no se hubiese interpuesto la tripulacion con mano fuerte. Sin embargo, el ladron pudo escaparse, y precipitándose al agua alcanzó su piragua donde se sentó triunfante sobre su botin.

« Este ejemplo escitó el gusto de los demas isleños. La mas insolente ratería se practicaba en todos los puntos. Aquí habian arrebatado á una chalupa su timon de hierro; el capitan logró recobrarla y la colocaba cerca de él; pero en el momento en que volvia la espalda, el objeto era robado de nuevo y el natural saltaba en el mar con su presa. Allí amenazaban el escandallo, que era preciso echar de vez en cuando para medida de seguridad. Todas las amenazas y súplicas fueron impotentes; fué forzoso proceder al brasaje con el temor de dejar allí cada vez el plomo y la cuerda.

« Toda la mañana se pasó en hostilidades y en una vijilancia de esta naturaleza. Rodeaban siempre el buque cien piraguas, y los isleños que las montaban arrojaban á bordo de vez en cuando algunos proyectiles, macanas, nueces de coco y prorumpian en alaridos agudos y descompasados. El cirujano fué herido en la cabeza por una gruesa nuez que sin la copa de su sombrero le hubiera gravemente indispuesto. Aquel en-

jambre de agresores no se apartó hasta una hora despues por el motivo siguiente. Acababa de botarse al mar una chalupa encargada de sondear en los alrededores y buscar un fondeadero, cuando las piraguas se fugaron á su vista en diversas direcciones. La operacion no fué perturbada, pero cuando la chalupa regresaba á nuestro buque, hubo un momento en que perseguida por una multitud de piraguas, vió sus remeros desarmados de sus viradores, y los isleños blandiendo en su alrededor sus macizas macanas. Crítica era la situacion, pero un pistoletazo la desenlazó, pues habiendo herido á un salvaje en la mano, bastó esta noticia para ahuyentar á los demas. La chalupa alcanzó el buque.

« Sin embargo, apesar de este hecho, se restableció la confianza. Volvieron las piraguas, y el herido subió á bordo, donde fué curado y colmado de dádivas. Entonces estableció un pequeño comercio: los salvajes permutaron esteras bien trabajadas, anzuelos, ornamentos de conchas y huesos contra pedazos de hierro ó clavos viejos. No presidió siempre á estos mercados la buena fé, pues mas de un isleño tuvo la ocasion de probar todavia su destreza en la prestidijitacion.

« Estos naturales iban armados casi todos, los unos con prolongadas lanzas, los otros con un arma mas corta, lijeramente encorvada como un sable. Las lanzas tenian de ocho á doce pies de largo, y algunas llevaban dos ó tres puntas guarnecidas de colmillos de tiburon sujetados con solidez por medio de algunas trenzas de tundizna de coco. Los sables estaban guarnecidos del propio modo, lo cual hacia sus heridas muy temibles y no pocas veces mortíferas. Un corto número de estos isleños iban cubiertos con guirnaldas de hojas secas de cocotero. Su traje se componia de un ceñidor de hojas trenzadas y de una estera de dos á tres pies de ancho sobre cuatro de largo, cuyo ribete terminaba con una franja que servia á la vez de ornamento y de defensa contra los músticos, muy abundantes en aquellas islas. Robustos y bien plantados, de un tinte cobrizo, estos naturales están cubiertos de cicatrices que indican ser muy frecuente entre ellos el uso del sable y de la lanza. Sus cabellos son largos y trenzados en mechones de un aspecto desagradable, y su barba no es en jeneral larga ni muy poblada.

Clarencia, segun Paulding, es un grupo de islotes bajos y selvosos, situados sobre un arrecife que debe tener una grande estension. Este capitan refiere que al acto de atracar la isla que tenia mas prócsima, apenas percibia las islas mas remotas. La situacion del grupo es por los 9° 12' lat. S. y los 173° 59' lonj. O.

« A cuarenta millas N. E. de la isla precedente se halla la isla York, descubierta por Byron en 1766. Este navegante la encontró desierta, é hizo en ella una prevision de cocos. Despues de él la visitaron Edwards en 1791, y Paulding en 1825. Estaba poblada entonces de una raza análoga á la del grupo Clarencia, pero menos activa, menos robusta, mas tímida, mas pobre y mas enfermiza. El grupo es una cadena de islotes bajos y selvosos, determinada por un arrecife comun que tiene unas treinta millas de circumferencia y está situado á los 8° 33' lat. S. y á los 147° 20' lonj. O.

« Llegámos al término de nuestros afanes, añadió Pendleton, que me vió cansado con esta larga nomenclatura. Hé aqui la isla Sydney, descubierta en 1823 por Emmanp, segun Purdy, y visitada en 1828 por Lagoarant; isla pequeña, inhabitada, bastante baja y situada á los 4° 27' lat. S. y á los 173° 4' lonj. O., Bienie, descubierta por el mismo navegante y á la misma época, siempre segun Purdy, y situada á los 3° 21' lat. S. y á los 103° 50' lonj. O; por fin Mary, recientemente descubierta por un buque de este nombre, grupo de islotes de veinte leguas de circuito con un lago interior y situado á los 2° 48' lat. S. y á los 174° 30' lonj. O. Restan las dudosas islas de Gardner y Arturo con las indicaciones aun mas dudosas de 4° 30' lat. S. y á los 176° 42' lonj. O. para la una, y para la otra de 3° 33' lat. S. y 178° 20' lonj. O.

CAPÍTULO XVIII.

TRAVESÍA DE TAITI Á LAS ISLAS TONGA. — ISLAS HAMOA.

Mientras Pendleton manifestaba así los tesoros de la ciencia jeográfica, no dormia en el Océano nuestra embarcacion. Bogaba hácia el grupo Hamoa sin que azotase su velámen la menor variacion de brisa, y permaneciendo tan tranquila en su rapidez, que no parecia sino que no se movia. Sin embargo íbamos amollando de manera que hacíamos nueve ó diez nudos. Así es que desde la tarde del 14 de mayo señalaron la cercanía de la tierra bandadas de pájaros bobos, como tambien de gaviotas. Al amanecer teníamos la tierra delante: atracábamos un islote rodeado de un arrecife de seis millas de circuito con algunos flacos arbustos en el centro. « Es la isla Rosa, me dijo Pendleton, la única descubierta por vuestro compatriota el capitan Freycinet; dióle el nombre de su mujer que le acompañaba en su viaje al rededor del mundo. » Esta isla Rosa no escita sin embargo ideas de este color. Triste y pobre escollo poblado de gaviotas, está situado á los 14° 33' lat. S. y á los 170° 26' lonj. O. Kotzebue la visitó en 1824.

Despues de haber doblado este escollo por la

parte del N., percibimos la cumbre de la isla de Opoun cuya costa meridional orillámos en el decurso del dia. Es una tierra de doscientas toesas de elevacion, cortada perpendicularmente, cubierta hasta su cima de frondosos árboles, entre los cuales descuellan numerosos cocoteros. Contra la costumbre de las demas islas de la Oceania, que tienen sus aldeas en la playa, aquí parecen suspendidas á medio collado, en medio de un tablero de verdor formado por plantaciones de batatas y de patatas. Cuando nos hallámos á su vista, desprendiéronse de la playa varias piraguas hácia nosotros; pero nos encontrábamos á sobrada distancia y velejábamos con sobrada rapidez para poder alcanzarnos. Tras Opoun se divisaron Leone y Fanfoue, mas pequeñas y mas bajas.

Entonces llevábamos el rumbo directo sobre Maouna, donde nuestro desgraciado capitan Delangle, compañero de Lapérouse, fué asesinado bárbaramente con los marineros que mandaba. Al dia siguiente percibí esta tierra fatal no sin el corazon sobresaltado; hallábase el *Oceánico* á cuatro ó cinco millas de distancia, dobló su punta septentrional y siguió la costa N. á una ó dos millas á lo sumo. Desde la cubierta podia distinguirse una prolongada serie de rompientes contra las cuales se estrellaba la blanca espuma del mar. Por acá y acullá se abria el arrecife para formar pequeñas ensenadas, abrigo de las piraguas indijenas. Esta costa ofreció una serie de sitios encantadores; ora una selva salvaje y profunda, ora bosques desparramados por un prado, aquí un llano, allí una aldea bajo un macizo de árboles, torrentes que desaguaban en el mar, ó cascadas que se precipitaban en forma de espumosa lluvia del alto de los acantilados, y en todas partes signos de prosperidad y de poblacion, aldeas, piraguas, terrenos desmontados, verjeles y casas bien construídas. Despues de haber gozado de aquel espectáculo por espacio de algunas horas, llegámos delante de la bahía tristemente célebre donde sucumbiera Delangle con sus camaradas (Pl. I. — 3).

Era una playa deliciosa y tranquila, como la que acabábamos de costear, punto tan recojido, tan tranquilo y tan frondoso, que desde alta mar hubiera podido creerse inhabitado. Sobre esta cúpula de verdes árboles no se elevaba la menor humareda; ni en la bahía se columpiaba piragua alguna, ó dormia en la playa. A este aspecto solitario y desierto, era difícil reconocer una costa donde Lapérouse se vió súbitamente rodeado de un centenar de barcos cargados de provisiones. El *Oceánico* se puso en facha en frente de la bahía, y por largo tiempo nos aguardámos sin ver nada. Por fin, una pequeña piragua montada por tres hombres salió de detras de un abra ó de una ensenada abrigada, y remó en direccion de nosotros. Cuando hubo atracado el sloop, subió á la cubierta uno de los naturales con timidez y desconfianza mirando á su alrededor como si temiese una sorpresa. No atreviéndose á pasar del filarete, ofreció desde allí algunas nueces de coco, por cuya retribucion se le dió un pedazo de hierro que llevó á su frente á fuer de agradecimiento. Despues de esta permuta hecha con tanta buena fé, empezaron de nuevo sus medidas de desconfianza, dirijió por toda la cubierta miradas sospechosas, pareció recojerse, y tomando una especie de movimiento, principió á pronunciar una larga arenga que se acentuó poco á poco hasta el tono mas enérjico. En ciertos periodos el jesto ayudaba á su voz; el orador mostraba sucesivamente invitando sin duda á los marinos à hacer prueba de la hospitalidad indijena. Nosotros lo escuchábamos con atencion, pero nadie lo comprendia; la misma ciencia de Pendleton, tan completa en los idiomas polinesios, quedaba burlada, pues apenas comprendia una que otra palabra. El orador por su parte viendo á toda la asamblea atentiva y silenciosa, continuaba hablando y jesticulando, y aun hubiera hablado y jesticulado mas tiempo si no hubiesen venido otras piraguas á juntarse con la primera.

Entonces fué cuando la embarcacion se vió rodeada de visitadores tímidos al principio, pero despues turbulentos, feroces y rateros desvergonzados. Sin los impedimentos que Pendleton habia hecho disponer, aquellos diablos hubieran tomado el *Oceánico* por asalto; pero su atrevimiento fué tal, que no bastó aun esta precaucion. Fué preciso disponer al rededor del buque los misioneros armados de picas, sin que por eso dejasen aun de introducirse algunos naturales que al verse en la cubierta se abalanzaban cual aves de rapiña á todos los objetos que podian alcanzar: sino se hubiese reunido toda la tripulacion para arrojarlos fuera del buque, hubieran robádola navo clavo por clavo, vigueta por vigueta.

Por lo demas, estos visitadores no llevaban consigo artículo alguno que pudiese servir de objeto de permuta. Unicamente cargaban las embarcaciones algunas nueces de coco, y cuando se les demandaban otros jéneros, señalaban la tierra dando á entender por signos que se encontrarian en ella provisiones mejores y abundantes. Con todo, su conducta actual no era parte para asegurar á Pendleton sobre la suerte que amenazaba á un desembarque. Apesar del corto número de naturales que habia á bordo, no parecia sino que el *Océanico* les pertenecia; en vez de recibir con satisfaccion y reconocimiento las pequeñas dádivas que se estaban dispuestos á hacerles, las arrancaban brutalmente de las manos. Los que habian llegado á la cubierta y podian obtener ó robar alguna cosa, un clavo, un hacha ó algun abalorio, lo mostraban de lejos á sus camaradas de

3. Massacre du Capitaine De Langle et de ses Compagnons sur l'Ile Mawna.

2 Matanza del Capitan De Langle y sus Companeros en la Isla Mauna

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
BERKELEY

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

las piraguas, y estos curiosos y envidiosos rechinaban los dientes, echaban espumarajos por la boca, amenazaban con sus picas á los marineros paraque los dejasen participar de aquellas liberalidades. Todas aquellas cabezas tenian una espresion horrible y feroz; de los diez salvajes que guarnecian entonces la toldilla del sloop, uno solo, jóven jefe é hijo de jefe sin duda, se distinguia de los demás por sus facciones mas alegres y una fisonomía seductora. Era el único que no incomodaba á los Ingleses que le ofrecian presentes; en vez de abalanzarse á los objetos y de arrancarlos á viva fuerza, recibíalos con maneras graciosas y decentes y los llevaba á su frente repetidas veces. Cuando se dirijia hácia sus amigos de las piraguas era para hacerles en órden á cuanto veía, señas joviales y vivas que provocaban á lo lejos risas espansivas; en una palabra era un jóven jovial, sociable y de mucha afabilidad. Pero sus camaradas, subalternos ó iguales, no tenian nada de las formas y modales humanos, puesto que daban rujidos como bestias y obedecian como ellas mas bien á su instinto que á la razon. A vista del brazo desnudo de un marinero, uno de ellos hizo un jesto horrible indicando que se complaceria sumamente en devorar un pedazo de carne tan sabroso. La injenuidad de este canibalismo nos estremeció á todos; en cuanto á mí, me sentí curado del demonio de la curiosidad, y no hablé mas de desembarcar.

Todos estos isleños eran altos, esbeltos y singularmente musculosos: su tipo era feroz sin que sus facciones fuesen por esto irregulares, y su tinte moreno. Su mayor desvelo consistia en el modo de areglar el peinado: los unos dejaban flotar libremente por el cuello y espaldas sus cabellos negros, largos y erizados; los otros los llevaban atados ó frisados, ó encrespados por medio del calor, y formaban con ellos una especie de bola que muy á menudo teñian de un color amarillento, otros los teñian de encarnado y los rizaban en prolongados bucles que simulaban bastante bien anchas y respetables pelucas. Esta parte del tocador de los indíjenas necesitaba sin duda un trabajo muy largo y minucioso. El resto consistia en delantales que les cubrian el vientre y caian hasta la mitad del muslo, fabricados con una tela particular al país. A veces en lugar de un delantal llevaban una especie de pantalon que les llegaba de las caderas á los pies. Algunos adornaban su pecho con collares de abalorios; su pintarroteo era insignificante, pero tenian numerosas cicatrices que atestiguaban que las guerras no eran en aquel país raras y clementes. En cuanto á las mujeres, habia muy pocas en las piraguas, y casi todas eran muy desaliñadas. Es de presumir que habia en tierra individuos mas hermosos, pues los principales jefes de la isla, sus mujeres y sus hijos no se hubieran aventurado á reconocer un grupo europeo bogando en alta mar.

Sin embargo acrecentábase por horas el número de piraguas, y apesar de la mas activa vijilancia, la cubierta se iba llenando de visitadores llegados como de contrabando. A medida que se iba aumentando el número, acrecia su audacia: nuestros huéspedes eran mas ladrones; sus camaradas mas amenazantes. De una á otra piragua se permutaban arengas que parecian como preludios de guerra; señalaban el buque con el dedo y parecian designarlo como una presa fácil y segura. Por último en un momento dado, todos los naturales tomaron las armas y vibraron sus picas contra el *Oceánico*. « ¡Oh! ¡oh! dijo Pendleton, henos llegados á lo mas fuerte de la crisis. Estas jentes abusan de nuestra paciencia; es preciso acabar con ellas. » Y por órden del capitan empezóse á limpiar la cubierta de todos los importunos; á pesar de una resistencia bastante tenaz, llevóse á cabo la empresa á golpes de cuerda y con los mangos de las picas. Concluída esta primera justicia: « Pasemos por encima del vientre de esta canalla! » dijo Pendleton, y dió la órden de hacer servir las velas. Apenas nuestro ájil sloop hubo encontrado su aire, y la brisa hinchando sus velas le comunicó su impulso habitual, todas aquellas embarcaciones apiñadas, confusas y mal orientadas, se encontraron bajo sus serviolas y bajo su quilla. Sin apartarse de su derrotero, el *Oceánico* barrió aquellas trescientas piraguas que le ofuscaban. Cincuenta de ellas fueron echadas á pique y zozobradas; otras muchas esperimentaron grandes averías. Quizás creyera aquella flotilla poder obstruirnos el camino, pero espiaron esta pretension con un chasco muy pesado. El mar presentó el aspecto de un desyelo horrible. Las pagayas, los balancines, los palos, las vergas crujian de todas partes, y el agua estaba cubierta de restos de embarcaciones y cabezas de hombres. En la primera sorpresa pensaron en salvar las barcas echadas á pique, reparar las averías, sentar bien los mástiles; despues á falta de una venganza mas efectiva, toda aquella multitud prorumpió en amenazas é injurias contra el sloop que huía á toda vela despreciando sus bravatas. Algunos naturales, mas atrevidos que los otros, se habian pegado á sus recintas y procuraban desde allí penetrar en el buque; pero con algunos golpes de estaca los arrojámos al mar y proseguímos nuestro camino triunfantes y vengados.

Durante la noche el *Oceánico* corrrió la distancia que separa Maouna de Oïolava. Al rayar el alba del 14 de mayo se hallaba á dos millas de distancia de un pequeño islote, situado cerca de la punta oriental de esta última. Atracáronnos algunas piraguas montadas por hombres mas pacíficos que los de la víspera, qui-

zá porque eran menos numerosos. A primera vista nos parecieron pescadores, con los cuales trocámos algun pescado por algunas bagatelas. Sin embargo lejos de detenerse el sloop, costeaba la orilla meridional de Oïolava, tierra risueña y fértil desde la playa hasta la cima de las montañas. Ninguna comarca oceánica, inclusa la fresca Taiti, ofrecia un anfiteatro mas pintoresco de verdor ni mas rica serie de mesetas fecundas y escalonadas. Desgraciadamente no se ha encontrado en la isla surjidero alguno, por cuyo motivo las embarciones europeas no han podido hacer en ella muy largas recaladas, permaneciendo hasta el dia de hoy sin haberla podido reconocer enteramente.

A medida que costeábamos aquella playa, veíamos desprenderse de ella varias piraguas una á una para venir á reconocernos. Con todo, quiso Pendleton aguardarlas y no se puso en facha hasta que se halló en frente de la isla Plate, situada cerca de la punta occidental de Oïolava, y reunida con ella por medio de un rompiente que asomaba á flor de agua.

La isla Plate es el diamante del grupo Hamoa tan favorecido por la naturaleza. Consiste en un islote sumamente bajo, dominado únicamente en el centro por un montecillo adelgazado en la cumbre. Si hemos de juzgar por la multitud de piraguas que salieron á nuestro encuentro, no puede menos de colejirse que este rincon de tierra debe contener una poblacion prodijiosa. Era una ciudad flotante, una llanada de bateles, un vasto mercado de frutos, legumbres, raíces, cerdos, que se columpiaban sobre el agua, cual mercado chino sobre el Tigre. Habia desaparecido el mar bajo aquellos bosques y aquellas cabezas humanas, bien que la actitud de los isleños no era insolente ni feroz. Lejos de amenazar y robar como los naturales de Manoua; tenian unas maneras amistosas y benéficas, y se portaban con decencia y probidad. Zumbones y jóviales, su alegria era algunas veces estrepitosa y vocinglera; pero á escepcion de esto, no hubo nada que echarles en cara. Cuando se les prohibia subir á bordo, obedecian sin resistencia, ataban sus mercancías á las sogas y recibian con júbilo lo que en retribucion se les otorgaba. Habiendo caído al mar uno de los objetos enviados del buque, un paquete de pedazos de aros de toneles, arrojado del buque adrede, presenciámos un singular espectáculo. Apesar de la profundidad del agua, arrojáronse á ella diez salvajes que alcanzaron el objeto luchando como peces y disputándose los pedazos de hierro por mucho tiempo, sin que se perdiese la menor particula.

Tal era el comercio sobre que contaba Philips. Con un valor de dos pesos á lo mas, algunos pedazos de hierro viejo, abalorios y una docena de clavos, habia recojido á bordo cincuenta cerdos, una enorme cantidad de volatería, de frutos y de raíces. Los granos de vidrio azul eran la mercancía mas apreciada de aquellos isleños, al paso que los artículos que nos daban en cambio eran de la mejor calidad, legumbres, raíces y frutas, entre las que habia algunas especies que nos eran desconocidas. Al ver la cantidad de víveres aglomerados en aquellas piraguas que cubrian el mar, hubiera sido increíble que una isla tan pequeña pudiese producir tantas cosas, y sobretodo con tanto esceso. Realmente parecia milagroso.

Continuaban todavía las permutas, cuando las suspendió repentinamente la llegada de una gran piragua. *Egui! ia egui!* (¡el jefe! ¡el jefe!) clamaron á la vez los patrones de las barcas apiñadas al rededor del sloop, y al momento se apartaron todas haciendo lugar. Acercóse la gran piragua, vasta, adornada de conchas de ostras perleras poniendo de manifiesto una tripulacion de diez hombres que la impelian con sus pagayas. El jefe, que dirijia el timon, y los remeros mismos llevaban la cabeza coronada con ramas verdes, cuya circunstancia caracterizabe por su parte disposiciones amistosas. En la proa de la embarcacion y en una plataforma cubierta de esteras, veíase agachado un hombre ya anciano con un quitasol de fábrica europea desplegado sobre su cabeza. Es preciso advertir que este mueble para él solo era un artículo de ornato, pues su tez no tenia que temer nada del sol. Cubria sus espaldas una fina estera; un ceñidor de tela rodeaba el cuerpo, y un turbante le ceñia la frente. Cuando se halló en estado de hablarnos, entabló conversacion con los patronos de las piraguas, se abrió paso, cejió la escala del *Oceánico* y subió á bordo.

Era un hombre de cinco pies y seis pulgadas, flaco, pero aun ájil y robusto; su semblante no tenia nada de desagradable, su fisonomía era serio é intelijente, y no le distinguia pintarroteo alguno. Llegado á la cubierta preguntó por el egui; Philips, que le habia recibido, le señaló al capitan sentado sobre el banco de guardia. Entonces fué cuando se le presentó el jefe indíjena, inclinó la frente, pronunció algunas palabras en su lengua natal, y levantando por dos ó tres veces los dos codos de Pendleton: *very good* (muy bueno), dijo en inglés. Despues de este saludo, medio salvaje y medio europeo, dió á comprender que era el egui (el rey) de la isla Plate, y ordenó á sus criados que depositasen á las plantas de Pendleton los presentes que le estaban destinados. Consistian estos en tres bellos cerdos que él llamaba *boaka*, batatas y frutos; mas en retribucion de esta dádiva, Pendleton le presentó un hacha, dos hileras de granos de vidrio azul y un pañuelo de seda de co-

lor que el capitan en persona anudó al rededor del turbante del egui. Maravillado con tantas riquezas, el isleño no podia dar asenso á lo que veía: dudaba que pudiese poseerlas, y su gratitud, aun recelosa y tímida, solo se manifestaba por algunos *very good*, articulados en voz baja. Finalmente aventuróse á preguntar si todo aquello era realmente suyo, si aquel pañuelo, aquella hacha, aquellos abalorios sobre todo le pertenecian, y cuando estuvo bien convencido del hecho, ¡ oh ! su alegría no tuvo límites, olvidó su reserva, abandonó su dignidad, se encaminó alegre y sobre el puente, procurando indagar el efecto que producia el pañuelo sobre su cabeza, haciendo saltar sus dos collares, encantado de verlos tan cambiantes y hermosos, perneando como un niño cuando recibe un chupador y esclamando á cada instante: *very good! very good!* yendo y viniendo de la proa á la popa, acariciando los codos de Pendleton y maceando su nariz contra la de Philips que con mucho gusto se hubiera abstenido de testimonios tan frecuentes y espansivos. A vista de un amo tan satisfecho, no debian los criados permanecer tranquilos, por cuyo motivo se veía detras del egui imitando sus jestos, á su secretario ó tesorero, muchacho gordo con figura de hipopótamo, sin aliento, sudando á mares y no pudiendo desempeñar la espresiva pantomima que reclamaba su papel de Sosie. Por fin este júbilo se calmó; recojiéronse todas las alhajas ofrecidas, depositáronse con cuidado en una cesta, y los dos eguis, el de la isla y el del buque, procuraron hablarse y entenderse.

El rey de la isla Plate habia visto ya otros Europeos, segun manifestaban el quitasol de seda, su mueble honorífico, y uno ó dos pesos que conservaba cuidadosamente. Cuando le interrogó Pendleton acerca de esto, dijo que pocos años antes habia visitado con su piragua una isla situada á gran distancia por la parte del S., donde un egui, comandante de buque, le habia regalado los dos pesos y el quitasol. Para darnos otra prueba en favor de su aserto, señaló con el dedo los cañones del *Oceánico*, é imitando su esplosion dió á comprender que habia oído tirar aquellos instrumentos de muerte, y para esplicar sus efectos cerró los ojos y dejó colgar la cabeza á guiso de hombre muerto. Fué tan espresiva la pantomima, que sus camaradas se apartaron con temor y respeto. Mientras tenia lugar esta esplicacion, algunos naturales mas turbulentos que los otros inquietaban á los marineros que se hallaban de guardia. « Tírense los poas, (cañones) sobre los camorristas, » dijo el egui. ¿Decíalo acaso de buena fé?

El objeto que llamó mas particularmente la atencion de aquel hombre fué un gran catalejo perteneciente al capitan. A primera vista lo tomó por un pequeño cañon, y parecia evitar el colocarse en frente de su tubo. Pendleton observó su temor y le dió á entender que aplicase su vista al vidrio, como efectivamente lo verificó; pero el fenómeno de óptica fué tan imprevisto y tan estraño, que rechazó el instrumento. Hubiérase roto el anteojo de larga vista si Pendleton no lo hubiese detenido. El capitan procuró tranquilizar al egui, él mismo miró repetidas veces en el anteojo de larga vista; pero todo fué inútil. El rey de la isla Plate creyó en un efecto de majia; aquella maravillosa máquina le hiciera ver y casi tocar varios parientes y amigos que á la sazon estaban en la playa á dos millas de distancia: ¿como hacerse una idea de esto?

Por lo demas el egui manifestó una benevolencia atractiva por el *Oceánico* y su capitan. Indudablemente deseaba trasladarlo á tierra, para lo cual no omitió caricias, ofertas seductoras ni promesas de todo jénero. Prometióle tantas batatas, frutos y cerdos como quisiese; hablóle de su magnífico domicilio, de sus esteras, de sus piraguas y de su corral, pero Pendleton permaneció insensible, temeroso de algun lance. Finalmente el egui imajinó un postrer argumento, su arma de reserva. Tomando el capitan por el brazo, lo condujo hácia las piraguas que apretaban los flancos del sloop y le señaló con el dedo algunas mujeres que llamaba en su lengua *waraki*. Al señalarlas sacudia la cabeza con una espresion de desden, y decia: *¡ no good!* (no muy bueno). Cuando creyó que habian comprendido su intento, se dirijió hácia la isla, tendió el brazo por aquel lado, y con un metal de voz embelesador, como uno que alaba su mercancía: *Very good waraki* (muy buenas mujeres) dijo repetidas veces. El egui se habia esmerado tanto en esto, que Pendleton no pudo menos de echarse á reir: « Philips, gritó á su segundo, he aquí quien os mira. El anciano egui sin duda ha embarcado ya de este modo á algun aventurero, pues parece muy esperto en la práctica del argumento. » Apesar de sus recelos, el capitan hubiera probado un desembarque; pero como no se percibia fondeadero alguno, hubiera sido una imprudencia gratuita aventurarse en aquel territorio con una chalupa. Por otra parte, la calma y la corriente impelian entonces al *Oceánico* hácia la linea de los arrecifes, y era muy urjente abandonar aquella costa. Forzóse de velas, é insensiblemente al ruído de un canto de marcha, canto dulce y querelloso que entonaron los naturales, nuestro valiente sloop se desprendió de la flotilla que le obstruía y recobró su marcha rápida y y atrevida. Habíanos dejado el egui repitiendo por despedida: *maroua! maroua!* y la multitud de piraguas nos persiguieron mucho tiempo con el mismo saludo: *maroua! maroua!*

Al dia siguiente costeábamos la parte meridional de la grande y deliciosa isla Pola cuya cima estaba cubierta de nubes; pero en los flancos de sus colinas, escalonadas en forma de anfiteatro, se manifestaban varias aldeas circuídas de ricas plantaciones. Es sin duda una de las mas bellas y fecundas tierras del mundo marítimo, y sin duda tambien una de las mas pobladas. Desde la cubierta del *Oceánico* se distinguian millares de cabezas que se precipitaban hácia la playa para gozar del paso del sloop. Atracáronnos por la mañana otras cuarenta piraguas, pero el puente y el entrepuente estaban atestados de víveres, y como por otra parte urjia aprovechar el tiempo, el viento, que acababa de pasar al E., nos ofrecia la perspectiva de una corta travesía hacia las islas Tonga. A 12 de mayo, á las seis de la tarde, el *Oceánico* se dirijió al S. despues de este breve y curioso reconocimiento del grupo Hamoa.

CAPITULO XIX.

ISLAS HAMOA. — JEOGRAFÍA É HISTORIA.

La cadena de las islas Hamoa ocupa una estension de unas cien leguas de E. á O. y está situada á los 14° lat. S. Las mas occidentales son las mas grandes; la del medio, Maouna, lo es menos; las tres de E. son las mas pequeñas; la isla Rosa no es mas que un escollo.

Opoun, Leone y Fanfoue, separadas una de otra por medio de canales estrechos, son tierras altas, selvosas, que á cierta distancia parecen formar una sola isla. Están comprendidas entre los 14° 5' y los 14° 13' lat. S. y entre los 171° 42' y los 172° 2' lonj. O.

Maouna, montuosa, arbolada y fértil, tiene diez y siete millas del E. N. E. al O. S. O. sobre una anchura media de seis á siete millas. Dos islotes la acompañan al E. y al O., y su punta occidental está situada á los 14° 21' lat. S. y á los 173° 7' lonj. O.

Oiolava, de un aspecto aun mas risueño y fértil, no tiene menos de cuarenta millas de largo sobre cien millas en su mayor anchura. Está flanqueada al E. y al O. por algunos islotes, entre las cuales se halla la isla Plate, tan fértil y populosa. La cumbre de la isla Plate está situada á los 13° 53' lat. S. y á los 174° 25' lonj. O.

Pola, la última que se halla al O., es una isla magnífica. Las maravillosas relaciones de Lapérouse y de Kotzebue hacen sentir ciertamente que no haya sido reconocida mas circunstanciadamente. La belleza de las campiñas y la fecundidad incontestable del suelo la constituyen una especie de Eliseo oceánico. La masa entera de la isla forma un cono inmenso cuya forma compara Kotzebue á la del Mouna-Roa en Hawaii, y su elevacion al Pico de Tenerife. Esta isla, que no tiene menos de cien millas de circumferencia, se estiende desde los 13° 26' á los 13° 48' lat. S. y desde los 174° 30' á los 175° 8' lonj. O.

Segun las apariencias, el grupo Hamoa es el mismo archipiélago que descubrió en 1722 el Holandés Roggewein y denominó Islas Bauman. «Á los 12° lat. S. dice este navegante, se descubrieron muchas islas sumamente agradables y cubiertas de legumbres y árboles frutales. Las tierras estaban entrecortadas de montañas y de risueños valles; algunos de ellos tenian diez, quince y hasta veinte leguas de circumferencia. Cada familia parecia gobernarse separadamente, y las tribus están clasificadas por categorías como en la isla de Pascua.» Los isleños se encaminaron hácia los Holandeses en pleamar, y les ofrecieron pescado, nueces de coco, bananas y otros frutos escelentes, dándoles en retribucion algunos objetos de quincallería europea. Estas islas se supusieron muy pobladas por la multitud de hombres y mujeres que acudieron á la playa. Los hombres eran blancos y solo diferian de los Europeos porque tenian la piel curtida por el sol. Su cuerpo estaba pintado de diversos colores; sus armas eran el arco y las flechas. Desde la cintura hasta el tobillo iban cubiertos con una tela artísticamente tejida y adornada de franjas, y llevaban un sombrero de la misma tela con guirnaldas de flores sobre el cuello. Su fisonomía era dulce y agradable, su humor injenioso y jovial. «Es, añade la relacion, el pueblo mas honesto y mas civilizado del mar del Sur. Nos tomaron por dioses y lloraron cuando nos ausentámos.»

Tal es la version de Roggewein, complicada como todas las relaciones de su viaje, y aun mucho mas desde que el sabio Fleurieuse se constituyó su comentador. La confusion en las situaciones jeográficas, los errores, la incertidumbre de los hechos observados, han comprendido los pormenores de este viaje en el número de las cosas contestables, y le han usurpado gran parte de su autoridad.

El resultado es que el descubridor de derecho, sino de hecho, del grupo Hamoa, es nuestro Bougainville. Pocos dias despues de haber salido de Taiti, se presentó á estas islas, en 1768, costeó Opoun, Leone, Fanfoue, y en especial Maouna, vió de lejos Oïalava, y no percibió Pola. Bougainville tuvo algunas comunicaciones con los naturales, pero el bosquejo que de ellos hizo, difiere mucho del de Roggewein. «Estos hombres, dice, no son tan amables como los de Taiti; su carácter es mas falso y artero; su fisonomía es mas salvaje, y siempre procuraban engañarnos en las permutas. La circunstancia mas notable de este pueblo era su habilidad en la navegacion. Sus piraguas, mas bien construídas que las de las otras pueblas oceánicas, volaban

por el agua con una rapidez increíble, por cuyo motivo Bougainville denominó este grupo *Islas de los Navegantes*, nombre que ha conservado en los mapas durante mucho tiempo, de donde debe borrarse el nombre indígena de islas Hamoa.

El plan de campaña de Lapérouse incluía el reconocimiento completo de este grupo bosquejado por Bougainville. Este navegante apareció en él el mes de diciembre de 1787, y en una recalada de diez dias ocurrió la catástofre que arrebató á la espedicion uno de sus mejores oficiales.

Durante los primeros dias, Lapérouse mantuvo con los naturales de las islas orientales algunas relaciones tranquilas é insignificantes, y á 9 de diciembre fondeó ante Maouna por treinta brazas de fondo. Aquella misma tarde el capitan Delangle, embarcado con muchos oficiales entre tres chalupas armadas, fué á reconocer una aldea populosa donde recibió la mejor acojida. Como la hora era avanzada, encendieron los naturales un gran fuego para iluminar á sus huéspedes, y así todo se pasó muy bien represando á la chalupa con las embarcaciones.

Al amanecer del dia siguiente reinaba la misma calma. Los naturales fueron á traficar á bordo trocando provisiones contra objetos de hierro, y especialmente contra abalorios que los seducian; las chalupas fueron á hacer aguada, y los dos capitanes de las fragatas siguieron en sus canoas: las relaciones fueron aquel dia menos pacíficas. Varios marinos encargados de hacer la aguada se dejaron maltratar por mujeres, y un salvaje que habia penetrado en la canoa hirió á un marinero con su macana. En vez de castigar severamente al agresor, contestóse Lapérouse con hacerle arrojar al agua; pero era preciso portarse con mas rigor para imponer á un pueblo robusto y jigantesco que ecsajeraba las ventajas de su fuerza corporea. Fuerza era manifestar el poder de los Franceses y el efecto de las armas de fuego de un modo diferente del que se matan á vuelo uno ó dos pichones.

Entretanto Lapérouse, acompañado de algunos hombres armados, fué á visitar la aldea oculta bajo un bosque de árboles frutales. Sus casas estaban dispuestas al rededor de un bellísimo prado circular de cincuenta toesas de diámetro. Todos aquellos salvajes, hombres, mujeres, niños y ancianos, se hallaban en pie delante de la puerta de sus casas suplicando á Lapérouse que les honrase con su visita. Entró pues este en muchas casas, cuyo piso era de guijarros escojidos, de unos dos pies de elevacion sobre el suelo y tapizado de esterillas bien trabajadas. Su forma en jeneral era elíptica, y un ringle de troncos de árboles sostenian un techo de hojas de cocotero. En el interior de la mayor parte de las casas reinaban la elegancia y el aseo, y para morijerar el ardor de los dias cálidos se habia dispuesto en algunas un juego de esteras superpuestas que se bajaban ó se alzaban á manera de nuestras cortinas de resorte. Completaban el ajuar de aquelloo domicilios varios artículos de lujo, tales como tiernas tortolillas ó hermosas cotorras. Todo estparecia indicar un pueblo feliz, amable y tranquilo; y sin embargo se veían en ellos anchas heridas cicatrizadas ó frescas, que arguían en aquellos hombres costumbres belicosas y turbulentas.

Á bordo de las fragatas y durante la ausencia de los jefes, se reveló esta turbulencia con mayor claridad. Apesar de la vijilancia de los centinelas, habian penetrado en la cubierta algunos salvages, robado varios objetos, siendo por consiguiente preciso oponer la fuerza á la violencia. Las proporciones cenceñas de los Franceses y su talla poco aventajada no imponian respeto á aquellos Hércules. Era forzoso demostrar nuestra superioridad por medio de algunas pruebas sangrientas, pero no se hizo. Lapérouse tenia que hacer una iniciacion, que costó cara á las fragatas.

No parecia por otra parte sino que la fatalidad impelia al capitan Delangle hácia el desastroso acontecimiento. Habiendo reconocido el 10 una hermosa aldea, situada en una vecina ensenada, hizo visitarla de nuevo al dia siguiente, apesar de la resistencia de Lapérouse. En consecuencia las dos chalupas de las fragatas y las dos grandes canoas montadas por sesenta y una personas á las órdenes de Delangle, salieron del fondeadero el 11 al mediodía para dirijirse á la aguada que este oficial percibiera la víspera. Las embarcaciones iban armadas de sus pedreros, y los marinos de mosquetes y de sables. Llegado al punto donde desembarcara la víspera, Delangle, en lugar de la hermosa concha que esperaba hallar, no vió mas que un monton de corales con un canal estrecho y tortuoso. La diferencia del flujo y reflujo cambiaba el aspecto de aquel sitio. En primer lugar el capitan quiso retroceder y encaminarse á la vecina aguada, pero las buenas disposiciones de los naturales le confortaron. Desembarcó las piezas del agua, estableció una linea de soldados para protejer los trabajadores, y se dió principio tranquilamente á la operacion. Como al principio el número de los naturales no llegaba á mas de doscientos, no ecsistia peligro alguno para Delangle con los medios de defensa que tenia en su poder; pero poco á poco fueron llegando de todas partes convoyes de piraguas que cubrieron la playa de mil quinientos isleños y embarazaron el pequeño ancon dando márjen á escenas de desórden y de confusion. Deseoso Delangle de terminarlas, pero mal inspirado, fué de parecer que se distribuyesen presentes á los individuos que tomó por jefes; pero esto, lejos de satisfacer á los naturales favorecidos y á los que no recibian

nada, escitó la envidia de estos últimos hasta la rabia, haciendo inevitable el conflicto.

Delangle habia ordenado la retirada hácia las chalupas, la que no fué turbada un momento por los salvajes: únicamente entraron estos en el agua y siguieron á los Franceses, viéndose de este modo forzados á caminar algun tiempo por el mar para llegar á las embarcaciones. En esta travesía se mojaron los fusiles y los cartuchos, mas todo quedó tranquilo hasta que se dió la órden de levar los cloques y poner boyantes las chalupas. En este momento se arrojaron algunas piedras, á las que contestó Delangle con un fusilazo tirado al aire, que fué la señal de un ataque jeneral por parte de los indíjenas.

Hallábase Delangle á la sazon en una de las chalupas, y no bien habia disparado el fusilazo, cuando se precipitaron sobre él cincuenta salvajes que le derribaron á impulsos de sus macanas y lo acabaron con el ausilio de los enemigos que sobrevinieron. Era ya yerto cadáver, y aun recibió doscientos golpes de mazas, despues de lo que los furiosos ataron su cuerpo á la chalupa. Cerca del comandante sucumbian en el momento mismo, y sorprendidos como él, el naturalista Lamanon, el comandante de armas Talin y muchos marineros. De todas partes se adelantaban en el mar nubes de salvajes desparramados por acá y acullá, y ofreciendo apenas tomar parte en el juego de los pedreros y mosquetería. Atacadas á derecha é izquierda, por delante y por detras, las tripulaciones no sabian á quien obedecer, ni como defenderse: era un combate horrible, una liza sangrienta y confusa en que la ventaja de la situacion debia anular y sobreponerse á la superioridad de las armas (Pl. I.—3.).

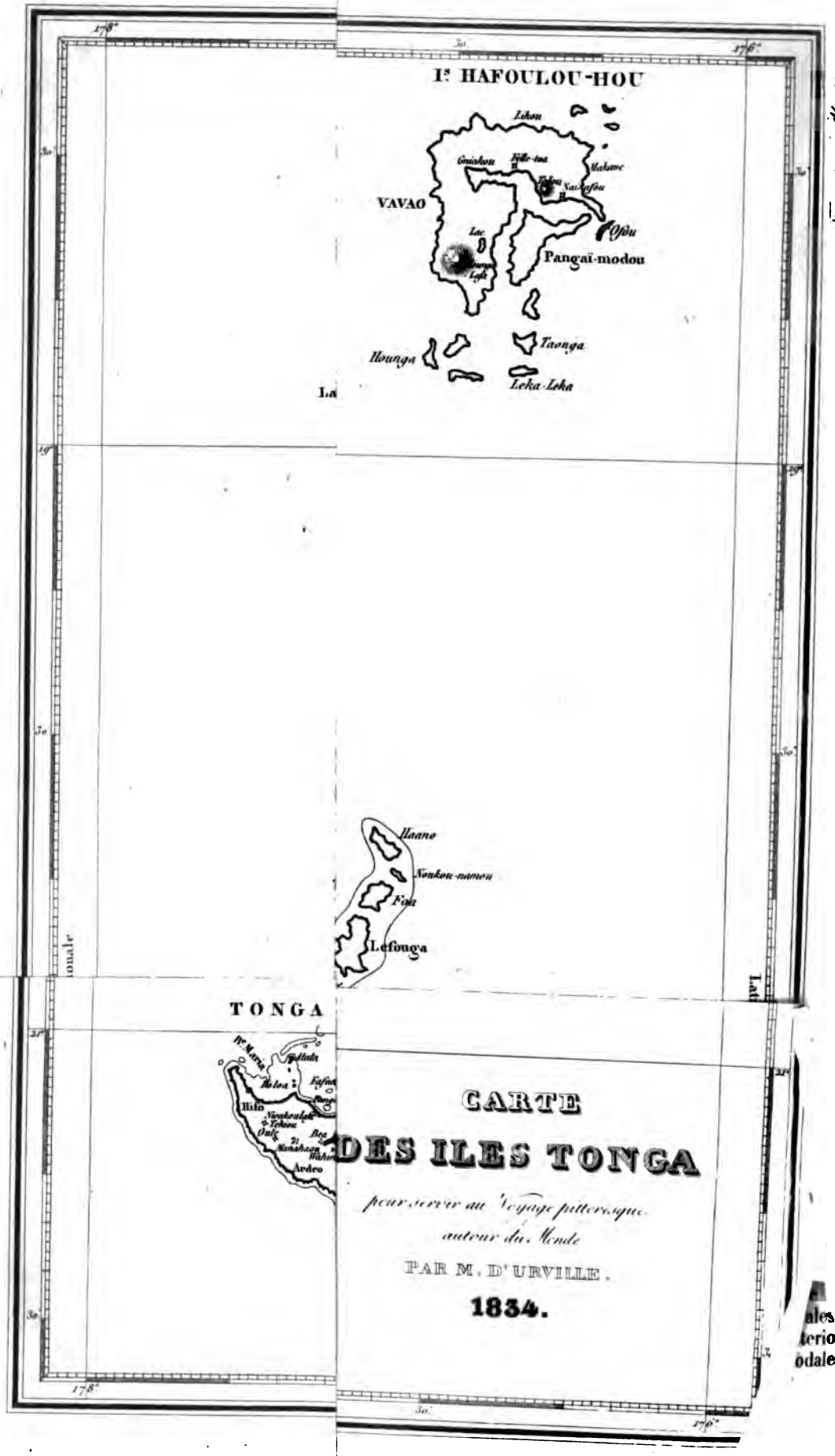
No era posible á la vez desasir las chalupas baradas y defenderse contra los ataques de los naturales. En consecuencia se evacuaron las chalupas y se alcanzaron las canoas que afortunadamente permanecian boyantes. Este movimiento hizo una diversion saludable: los salvajes, escitados por el instinto del pillaje, se precipitaron sobre las embarcaciones que les abandonaban disputándose mutuamente las menores bagatelas; no parecia sino un yerto cadáver sobre el que se arrojaban una nube de aves de rapiña. En el espacio de pocos minutos quedaron desechas las chalupas y despedazadas por arrapiezos, bancos, viradores, aparejos, clavos y herramientas. Ocupados en aquella obra de destruccion, los agresores olvidaron las fujitivas tripulaciones. Llegadas estas á sus canoas, habian arrojado al mar todas las piezas de agua, con objeto de alijerarlas y hacer bogar á toda su jente, y se dirijieron despues á alta mar. Sin embargo, en lo mas estrecho del canalizo sobrevino un incidente que comprometió de nuevo la salvacion de aquellos infortunados. La chalupa del *Astrolabio* encalló. Crítica era la situacion: de ambas partes del canal y á diez pies á lo sumo de distancia, el banco de arrecifes permitia á los isleños empeñar un nuevo ataque contra los fujitivos. Por otra parte estaba concluído ya el pillaje de las chalupas, y aquella masa de curiosos, embriagados con el júbilo de una primera ventaja, quedaba disponible toda entera. Acudió efectivamente disparando en hrrribles gritos creyendo abalanzarse á una nueva presa y esperando cortar la retirada á los Franceses; pero muchas descargas disparadas con oportunidad salvaron nuestros marinos de una segunda catástrofe. Las chalupas se desasieron y alcanzaron las fragatas. Este movimiento de retirada no dejó de ir acompañado de alguna fortuna: tras el desastre, si los isleños no se hubiesen solazado en el pillaje de las chalupas, las tripulaciones privadas de jefes y con canoas mal armadas, hubieran sorprendido quizás hasta el último individuo.

Cuando se vieron llegar aquellas embarcaciones llenas de heridos, y cuando se supo sobretodo la muerte del capitan Delangle y de sus compañeros de infortunio, resonó por todas partes un grito agudo de furor. Queríase vengar á las víctimas en el instante mismo: cien piraguas rodeaban los navíos anclados con hombres, mujeres y niños; era una bella hecatombe para los manes de Delangle. Las tripulaciones querian ofrecérsela, y quizás un rasgo de jenio hubiera sido entonces una medida acertada y política. Por otra parte era preciso reclamar los cadáveres franceses que aquellos combates reservaban sin duda á sus festines. Lapérouse creyó no deber acceder á los deseos de sus marinos, y en consecuencia contuvo su ardor, empleando para ello toda su autoridad y dispersando la flotilla por medio de un cañonazo disparado solamente con pólvora. Indudablemente el capitan tenia que resistirse para mostrarse tan clemente y no ofrecer á su amigo una espiacion igual á su dolor. Empero esta catástrofe le dió almenos una leccion, y en adelante su conducta con los salvajes no fué impregnada de tan funestos miramientos.

Apesar de la matanza de la víspera, al dia siguiente vinieron todavía algunas piraguas á rondar al rededor de los buques de Lapérouse, é iban acudiendo otras varias para aumentar su número. Las tripulaciones francesas estaban furiosas, el comandante mismo contenia dificilmente su cólera, y si hubiese hallado un fondeadero seguro, habria anclado contra el viento para cañonear las aldeas de la costa; pero prefirió abandonar aquellos tristes parajes Al efecto dió órden de aparejar, y á 14 de diciembre siguió la costa de Ofolava, donde se le presentaron otras embarcaciones de naturales. Aquellos salvajes ofrecian el mismo tipo esterior que los isleños de Maouna; pero sus modales

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

A
in
cen
la in


Ie HAFOULOU-HOU
Lihou
Gnishou
Fille-toa
Makawe
Tokou
Nai-afou
VAVAO
Lac
Lofa
Ofou
Pangaï-modou
Ilounga
Taonga
Leka-Leka
Ilaane
Nonkou-manou
Fiola
Lefouga
TONGA
Ile Maria
Eua
Eafuta
Bilo
Vavakoulele
Tekou
Oulg
Ara
Kanahagi
Wahin
Ardeo
CARTE
DES ILES TONGA
pour servir au Voyage pittoresque
autour du Monde
PAR M. D'URVILLE.
1834.

eran mas dulces y mas tranquilos. Iban acompañados de sus mujeres é hijos. Durante la noche las fragatas se pusieron al pairo delante de una magnífica aldea. « Era, dice Lapérouse, un vasto espacio cubierto de casas desde la cima de las montañas hasta la orilla del mar. Aquellas montañas ocupan á poca diferencia el territorio central de la isla, y el terreno, inclinado en suave declivio, presenta á los ojos de los marinos un anfiteatro cubierto de árboles, de casas y de verdor. Del seno de aquella aldea se elevaban humaredas como las de una ciudad populosa, y el mar estaba cubierto de un sinnúmero de piraguas, atraídas en parte por la curiosidad, y en parte por el deseo de hacer trueques. »

Despues de haber visitado la isla Pola, salió Lapérouse de este archipiélago. Recorrióle á su vez el Inglés Edwards, en 1791, y le impuso otros nombres. Ningun navegante de importancia se divisó en él hasta 1824, cuya época fué marcada por el reconocimiento del capitan Kotzebue. Su trabajo ha confirmado en algunos puntos y rectificado en otros el trabajo de Lapérouse, de lo cual parece resultar que los moradores de las islas occidentales, Oiolava, la isla Plate y Pola, son de un carácter mucho mas dulce y social que los de Maouna. ¿De donde proviene esta diferencia entre dos poblaciones vecinas? ¿Nace por ventura de causas radicales y profundas? ¿O solo depende de algunos contrastes en la forma del gobierno, mas regular en las islas del O. y mas anárquica en las del E.? Aquí se ven efectivamente jefes cuya autoridad es respetada, al paso que allí no ecsiste poder alguno, de suerte que el pueblo es soberano teniendo el derecho de acometerlo todo.

Por lo demas, la raza que habita las islas Hamoa pertenece sin disputa á la familia polinesia, bien que alterada por la vecindad melanesia. La lengua sobretodo parece formar un dialecto muy notable del gran polinesio. Segun Lapérouse, la talla ordinaria de los hombres es de cinco pies y diez pulgadas, con miembros de una proporcion colosal. Iban siempre desnudos, con un simple ceñidor de yerbas que bajaba hasta las rodillas y parecian tener el cuerpo cubierto de pintarroteo. Sus cabellos largos y recojidos acrecentaban la ferocidad de sus fisonomías. La talla de las mujeres no era proporcionalmente menos aventajada que la de los hombres: altas, esveltas, agraciadas y á veces lindas, manifestaban una licencia desagradable en sus modales y jestos. Todo sentimiento de reserva y de pudor parecia estraño á aquellas mujeres: durante la breve permanencia de las tripulaciones francesas se pusieron á su disposicion todas las de la isla, y no faltaban matronas oficiosas encargadas de concluir aquellos mercados amorosos.

Estas isleños no desconocen la industria; trabajan hábilmente la madera con hachas de un basalto fino y compacto, fabrican grandes platos de tres pies y construyen piraguas que maniobran con suma perfeccion. Ademas de las telas papiriformes y las esteras ordinarias, se trabajan tambien en estas islas tejidos flecsibles y sedosos, semejantes á los que fabrican los Nuevo-Zelandeses con el phormium. Ignórase con que planta tejen los suyos los indijenas de Hamoa.

El número de la poblacion de este grupo es puramente conjetural. Sin embargo, si hemos de establecer un cálculo fundado en las relaciones de Lapérouse y de Kotzebue, sacado de las aldeas populosas que visitaron y de las piraguas y minerales que vieron, seria preciso evaluar en cincuenta mil á lo menos el número de los habitantes del archipiélago de Hamoa. Siendo pues un punto importante en la jeografía oceánica, esperamos que la ciencia moderna sabrá mejor determinar la verdad. Despues de haber completado sus trabajos evanjélicos en la Polinesia oriental, los misioneros tenderán probablemente la vista hácia estas tierras del O., mucho mas salvajes sin duda, pero mas ricas y mas esenciales de convertir. Acaso el cristianismo tendrá allí algunos mártires; pero concluída la tarea, será tambien mas útil y gloriosa. A ellos está reservado el honor de dilucidar graves cuestiones jeográficas que ecsijen para ser decididas, la fé del apóstol y la conciencia del sabio. ¡Pluguiese al cielo que pudiesen comprender esta mision que ofrece una doble aureola, y que debe ser grata á un mismo tiempo al cielo y á la tierra!

CAPITULO XX.

TRAVESÍA DE LAS ISLAS HAMOA Á LAS ISLAS TONGA. — NIOUHA. — ISLAS TONGA.

A 13 de mayo apareció otra tierra ante nuestras serviolas: era el grupo Niouha que dejámos á sotavento. Schouten descubrió estas islas y fondeó en ellas á 11 de mayo 1616. Los naturales se le presentaron en pequeñas piraguas construídas con una especie de madera encarnada, y permutaron raíces y frutas por clavos y abalorios. Hasta entonces todo iba bien, cuando se desprendió del buque la chalupa para ir á reconocer el fondeadero. Creyendo tener fácilmente razon, le rodearon unas veinte piraguas y amenazaron la tripulacion con sus lanzas. Fué absolutamente indispensable hacer fuego cayendo un salvaje atravesado de una bala. Deseaban sus amigos arrastrar toda la isla en su venganza; pero los indijenas que habian atracado el buque se retiraban contentos de la acojida que les dis-

pensaron sin querer mezclarse en un asunto que hubiera podido tener para ellos un resultado nada satisfactorio.

Estos isleños, como los de Hamoa, eran impudentes rateros que se arrojaban sobre un objeto cualquiera cual sobre una presa, y saltaban en seguida en el mar. Así es que probaron de robar hasta los clavos del buque. Eran altos y robustos, iban desnudos, á escepcion de un pequeño ceñidor como el maro; su cuerpo estaba pintado, su barba rasurada, el lóbulo de su oreja hendido y colgando hasta el hombro; sus cabellos, como los de los pueblos de Hamoa, estaban arreglados con arte y desgreñados en mechones. De su cuello pendian mariscos, dientes y plumas de pájaros. En la vela de sus piraguas estaba pintada una figura de gallo, y las cabañas, alineadas en la playa, parecian sumamente pobladas.

Schouten permaneció muchos dias delante de Niouha, con gran satisfaccion de los salvajes asombrados. No se cansaban de admirar el buque, y para cerciorarse de su solidez, zambulléronse algunos bajo la quilla y la batieron con guijarros. Por lo demas, apresurados en proponer trueques, atestaban la cubierta de cerdos, de volatería, de legumbres y de frutas y se retiraban contentos con poco. En breve el navegante holandés recibió los presentes y la visita del rey ó *patou* de una isla vecina que montaba una gran piragua, escoltada por una multitud de pequeñas. Cuando se presentó cerca del buque, fué acojida por las trompetas y tambores con un estrépito que le satisfizo mucho. Tras este concierto, tomó el rey la palabra y recitó una arenga que fué repetida por el concurso, y que pareció á los Holandeses sumamente benévola y ceremoniosa; y envió á la cubierta tres individuos encargados de ofrecer al capitan una hermosa esterilla. Aquellos delegados desempeñaron este encargo con mucha humildad é hincados de rodillas. Schouten les regaló en cambio un hacha vieja, algunos abalorios, clavos viejos y un pedazo de tela que dejaron muy contento al rey. Este príncipe parecia gozar de una autoridad bastante obedecida. Habíanse colocado algunas piraguas de suerte que pudiesen incomodar á los Holandeses, y quejándose estos á S. M. salvaje, esclamó esta: *fanou! fanou!* y las piraguas se apartaron. Apesar de las instancias del capitan, no quiso el rey subir á bordo; pero envió su hijo que por su parte suplicó á los Holandeses visitasen la isla.

La paz que reinó en todo el dia no dió márjen á presajiar los sucesos del siguiente. Esta benévola acojida, estas maneras oficiosas no eran sin duda mas que un lazo para atraer á los Europeos á la playa. Así que, cuando los isleños vieron que la trama no les surtia su efecto, decidieron echar mano de la fuerza. A 13 de mayo por la mañana, cercó el buque una flotilla entera, compuesta de veinte y tres dobles piraguas montadas por unos veinte y tres hombres cada una, y de cuarenta y cinco piraguas sencillas con cinco hombres en cada una de ellas. Llegado á una doble piragua, el mismo rey empezó por reconocer la posicion del buque, y cuando se hubo cerciorado del estado de sus fuerzas, un natural batió con violencia sobre una especie de tambor, á cuyo reclamo contestaron los otros con un grito penetrante: era la señal del combate. La primera que lo empeñó fué la doble piragua montada por el rey, bogando contra el buque con toda la fuerza de sus remeros; pero en vez de embatarla, se estrelló, y S. M. salvaje se vió reducida á alcanzar la tierra á nado. El resto de los agresores continuaron haciendo frente y arrojando algunos guijarros, hasta que la mosquetería del buque y el fuego de algunos pedreros, cargados de balas y clavos viejos, dispersaron aquella canalla. « No cabe ninguna duda, dice el historiógrafo de la espedicion, que hubo bastantes muertos y heridos. Retiróronse pues los *Indios*, pues no aguardaban semejantes salvas, de las que nunca habian oído hablar, y que habian hecho morir de un modo tan estraño á algunos de sus camaradas, hasta que se hallaron fuera del alcance del navío. Probablemente habia el rey reunido todas sus fuerzas para acometer esta empresa, supuesto que habia mas de mil hombres, entre los cuales habia uno que era enteramente blanco.» Al dia siguiente, Schouten dejó aquellas islas que denominó *islas de los Cocos y Verreders* (traidores).

Wallis las vió de nuevo en 1767, pero sin detenerse en ellas por no haber encontrado un fondeadero conveniente. Sus chalupas fueron las únicas que entablaron comunicacion con la isla baja. Este navegante halló los naturales bastante semejantes á los Taitios, y echó de ver que tenian cortada la primera falanje del dedo pequeño. Entonces fué cuando el nombre holandés de la isla fué cambiado en los de Boscawen y Keppel; pero en abril de 1781, se presentó el español Maurelle, que hallándose estenuado y falto de todo, pudo abastecerse en ellas, y por esta causa las denominó islas *Consolacion*. Maurelle dice que los naturales hablaban la misma lengua que los de Vavao, y se portaron con los Españoles de un modo afable y razonable. A Maurelle sucedió Lapérouse, en 1787, pero solo vió la isla alta, la isla de los Traidores de Schouten; y comerció con los indíjenas que, segun él, presentaban mucha analojía con los habitantes de Hamoa. Aseguró tambien que tenian cortadas una ó dos falanjes del dedo; pero despues de aquel capitan nadie ha

reconocido especialmente las islas Niouha, apesar de haberse tratado de ellas en las aventuras de Mariner, este historiador tan ecsacto para las islas Tonga.

El pequeño grupo de Niouha se compone, segun Lapérouse, de dos isletas separadas por un canal de tres millas de ancho. La isla del N. tiene la forma de un pilon de azúcar, cubierta de árboles desde la base hasta la cima en un diámetro de unas tres millas. La otra es una tierra baja y llana con un morro en el centro, cortada en dos partes por un canal de ciento cincuenta toesas de ancho: su lonjitud de tres millas y media y su anchura de dos millas solamente. Hay algunos arrecifes que estienden sus ramales por el interior del mar en la parte meridional y forman un fondeadero de veinte á veinte y cinco. La isla del N. está situada á los 15° 50' lat. S. y á los 176° 25' lonj. O.

Pendleton habia dado la órden de cargar la vela desde la salida de Hamoa, y esta medida de prudencia fué justificada por el resultado. Una corriente hizo desviar al *Oceánico*, de treinta millas hácia el O. Así que, todo cuanto pudimos hacer en el dia siguiente, se redujo á pasar entre Amargura y Vavao á tres ó cuatro leguas á sotavento de esta última. Finalmente el 15, despues de haber costeado al amanecer las islas bajas de Hawaii y dejado á nuestra derecha los picachos volcánicos de Kao y de Topoua, anclámos antes del mediodía en la rada de Namouka por la parte septentrional de esta isla.

Nuestra aparicion animó en breve aquella bahía que al principio parecia desierta. De todos los peñascos y de todos los ángulos arenosos, de todas las ensenadas, de todas las playas acudieron piraguas cargadas de víveres diversos, de cerdos, de raíces y frutas. Estas piraguas elegantes y graciosas contenian hasta cuarenta ó cincuenta individuos. Una hora despues de nuestra llegada contábamos cerca de ciento al rededor del *Oceánico*. « Atencion, gritó Pendleton al maestre de este equipaje; es preciso que esta jente no se deslice toda á bordo. Alargad vuestras redes de abordaje, John, y colocad centinelas en todas partes. » Acababan de ser ejecutadas puntualmente las órdenes del capitan, cuando nos atrajo hácia los filaretes un espantoso zipizape. « Capitan, dijo el maestre, hay un salvaje que quiere subir sin curarse de la consigna. Se titula jefe de la isla, un egui, un rey en fin. —¡ Ah! si es un rey, ¡respetemos á los reyes! replicó Pendleton sonriéndose; almenos tratarémos de potencia á potencia. » Derogáronse pues las primeras instrucciones; subió el pretendido rey, pero tras él se colaron tantos individuos, que fué preciso decidir una nueva interdiccion. Mas de sesenta isleños habian llegado ya á la lid, y así era tiempo de vijilar.

Abundaban los víveres en el *Oceánico*, y sin embargo los recien venidos hacian tan buen mercado de los suyos, que en breve rebosó la cubierta de cerdos y montones de batatas. En cambio los marineros daban algunos objetos de hierro ó collares de vidrio azul que los salvajes preferian á todo lo demás. Los abalorios de otro color no tenian la misma estima ni la misma boya. Por lo demás los naturales me parecieron á primera vista mucho mas sociables que ninguno de los pueblos polinesios que visitara hasta entonces. No se encontraba entre ellos esta intriga comercial que empieza á infiltrarse entre los Hawaios, ni estas maneras de sencillez infantil, ni esta chismería demandante que caracterizan á los Taitios, pero tambien manifestaban mas intelijencia, mas dignidad personal, y mas conciencia de sus fuerzas. Reservados en su conducta, se echaba de ver que temian parecer importunos, guardaban una especie de firmeza y no se mostraban solicitadores incómodos ni rateros impudentes. Yo estaba muy contento de ellos. « Almenos estos son unos hombres con quienes puede rozarse, dije á Pendleton. — Sí, por uno ó dos dias, me replicó el capitan, pues tambien han tenido agudezas bastante preciosas. Sedujeron hasta al austero Cook, que denominó sus islas, *Islas de los Amigos*. Pero desde entonces no faltan relaciones que dan á este bello nombre desaires bastante ásperos. Sabemos que conducta debemos observar hoy sobre estas primeras demostraciones amistosas. El Inglés Mariner y los capitanes d'Urville y Dillon nos han demostrado que abrigaban mas diplomacia que alborozo natural, mas cálculo que verdad. Estos salvajes vienen con el olivo en la mano, pero con el puñal en el talabarte. Es verdad que acarician y adulan, pero es para observar donde podrán herir con mas seguridad. Ahora se nos muestran comedidos, seductores y casi obsequiosos porque se hallan en territorio nuestro y nos creen mas fuertes; pero si el naufrajio nos arroja á sus costas, ni tan solo nos dejarán la camisa para cubrirnos. Su política no es mas que la perfidia, y aun son mas astutos que malos. Nunca se les ha visto hacer violencia antes de haber reconocido la utilidad y la conveniencia. ¡ Ah! ¡ no! es preciso no fiarse demasiado con estos salvajes, pues tienen zarpas como sus vecinos de Viri, que se esmeran en ocultar. »

Acababa Pendleton de desembelesar mis ensueños, cuya reaccion fué en mí tan completa, que hasta modificó mis impresiones físicas. En aquellas cataduras de naturales donde solo percibiera hasta entonces benevolencia y timidez, traslucia perfidia y astucia; sorprendia miradas oblicuas que afectaban parecer empalagosas; entreveía el espionaje cazurro en aquellas actitudes de moderacion y de reserva, por el poder de las prevencio-

nes y la influencia que ejercen sobre los juicios humanos.

Pendleton por su parte no conservaba hácia aquellos isleños recelos especulatorios. Como tenia necesidad de renovar el agua de sus toneles, la aguada de Namouka le pareció propicia; pero la aventura de Delangle y de sus camaradas era un hecho sobrado reciente á nosotros paraque se aventurase á visitar la tierra sin haber obtenido algunas garantías. En consecuencia se presentó al egui y la preguntó si consentia en permanecer á bordo del *Oceánico* como rehen todo el tiempo que sus chalupas estacionasen en su isla. Esta demanda se hizo por medio de un desertor inglés naturalizado en Namouka. Al oirle el egui, echó á reir; pero recobrando su seriedad: « decid al egui europeo replicó por conducto del intérprete; sí, decid al egui que manda este buque, que hace ya un año que los habitantes de Hapaï son cristianos, y que no hacen daño á sus hermanos.» Pendleton se quedó absorto, pues ignoraba tan súbita conversion; pero desconfiando de aquel aserto: « cristianos ó no; ¿quieren quedarse como rehenes? — Sin duda, respondió el egui, si es que esto pueda contestar á nuestros hermanos de Europa. » Consignóse pues en la cámara al jefe salvaje y cinco ó seis oficiales, y para distraerlos, mandó Pendleton que les sirviesen los mejóres manjares y los vinos mas esquisitos que hubiese á bordo, por cuyo medio el oficio de rehen pareció muy dulce á nuestros visitadores.

Entretanto se desprendió la chalupa del buque á las órdenes del segundo teniente. Pendleton y Philips se quedaron en el *Oceánico*; el primero por prudencia, el segundo por su estado enfermizo, siempre intermitente, y yo no podia resignarme á ver desembarazar una embarcacion sin que hiciese parte. Obtuve de nuevo este favor, pues Pendleton no sabia negarme nada. Bogámos hácia la orilla, rodeados de una multitud de piraguas de vela ó remo: esperábanos en la playa una multitud numerosa (Pl. III. — 3), pero en vez de aquella acojida importuna y mohina que dó quiera habíamos hallado, se portaron con nosotros con mucho decoro y decencia. Yo ví entre ellos pastores indíjenas, clericato que los misioneros han procurado crear en todos los países que catequizan. En medio de aquel pueblo circulaban algunos hombres mas graves y mas acompasados que los otros, especie de admonitores, encargados al parecer de vijilarle y ecsortarle sin duda aquel dia que prodigase á los estranjeros su urbanidad y comedimiento.

Sin embargo, los marineros estaban ocupados en llenar sus toneles en un estanque poco apartado de la playa, de sesenta toesas de lonjitud sobre veinte á treinta de anchura. Como el agua era mas somera y menos buena de lo que creyó Pendleton, el oficial no hizo de ella una provision completa, sino que dejó algunos barriles vacíos. Durante aquel trabajo ecsaminé la isla, al principio con prudencia, y al alcance de la voz de nuestros marineros; pero animados poco á poco, y asegurado por las garantías de los rehenes y por las ofertas de un misionero bisoño que quiso servirme de guia, aventuréme en el interior sin participárselo siquiera á Reimbow.

El primer objeto que llamó mi atencion, fué el estraño aspecto de las casas mas comunes, pues solo tenian de ocho á nueve pies de evacuacion y en lugar de ser verticales como en los demas archipiélagos, sus paredes de cañas se agrandaban esteriormente, mientras que el techo terminaba en aguja, de suerte que la forma total era de un pentágono en ramajes. Las mas espaciosas de aquellas casas tenian veinte ó treinta pies de lonjitud sobre ocho ó nueve de anchura: la abertura era de dos pies en cuadro y se hallaba á diez y ocho pulgadas del suelo en uno de los lados mayores. Los enormes montones de batatas que atestaban el interior de aquellas construcciones se les hubieran tomado por simples almacenes, si las esteras y las almohadillas de madera echadas por acá y acullá no hubiesen atestiguado su destino de dormitorios. Entre el número de aquellas casas habia algunas de una apariencia mas elegante y mas sólida, y consistian en techos sostenidos sobre estacas oreados por todas partes con su piso cubierto de esterillas. En primer lugar ví el domicilio de los jefes; pero este domicilio era simplemente la residencia de los naturales durante el dia, pnes las otras solo servian para la noche.

En torno de aquellas habitaciones, tan pronto apiñadas como desparramadas, se estendian los campos mas hermosos que hubiese visto en aquella zona, plantaciones de batatas, de taro y sobretodo de kava, cuidadas maravillosamente. El terreno estaba escardado, limpio y purgado de yerbas parásitas: cada campo estaba cercado para defenderle contra el hombre ó contra los animales vagabundos por medio de una empalizada de juncos ó de cañas dulces. Yo caminaba asombrado á través de aquellas demostraciones de fecundidad y de abundancia; mis prevenciones habian desaparecido completamente, pues en una tierra tan apreciable, no podia el hombre ser malo de ningun modo. El instinto carnicero solo acosa á los animales provocados por el hambre, pues si están bien alimentados, los mas feroces permanecen tranquilos. Por otra parte la naturaleza es muy bella; la vejetacion fresca y lozana se encorvaba á mi presencia en arcos de verdor muy gracioso, y ondulaban en muy variadas y frondosas revueltas.

Despues de media hora de paseo llegué á la orilla de un gran lago interior, de unas tres millas de largo sobre una de ancho y separado del

3. Un Kava sur la plage de Namuka

3 Un Kava en la playa de Namuka

4. Scène de Pugilat à Tonga-Tabu

4 Escena de Pugilato en Tonga-Tabu

Tom. 2. Pl. XIII

PITTORESQUE.
ERNEST PASCO

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

mar por medio de una estrecha lengua de tierra. Manifestábanse tres pequeños y sombreados islotes, adormecidos al parecer sobre sus olas cual verdes oasis sobre el Océano de las arenas. Mirábanse en aquel espejo límpido y cristálino, rozado apenas por el ala de algunas aves marinas. De lo alto de un hojoso prado abracé el conjunto de aquel sitio, prenda encantadora de aquella Namouka, á la que se apasionó el naturalista Forster con tan fundadas razones. Desde allí observaba todos los movimientos de un terreno bajo y arbolado, interrumpido por algunos montecillos, erizado de setos y matorrales y alzando por intérvalos algunas copas de cocoteros ó de casuarinas. El centro de la isla estaba dominado por un morro que parecia de orijen basáltico, al paso que el resto es incontestablemente un terreno madrepórico. Si del aspecto jeneral pasaba á los detalles, ¡ qué perspectivas tan armoniosas y seductoras ! ¡ cuantas flores nuevas y matizadas ! ¡ cuantas aves de plumas brillantes ! ¡ palomas, cotorras, rascones, sin nombrar las especies mas pequeñas de mil formas y colores !

Mi éstasis fué interrumpido por la voz de algunos hombres que parecian disputar vivamente con mi guia. La primera idea que concebí fué que quizás era yo la causa de aquella querella, y en consecuencia puse la mano sobre mis pistolas. A este jesto uno de los agresores salió á mi encuentro, y se escitaron en mi memoria los recelos de Pendleton. Antes que dejarme despojar hubiera empeñado la lucha, pero afortunadamente me ecsimí por mis demostraciones. Los recien venidos disputaron únicamente á mi guia el honor de conducirme, presumiéndose que de ello resultarian para él algunos beneficios ó algunos presentes de artículos europeos. Apacigué la contienda admitiendo á todos en mi escolta, y para evitar que mi escursion tan pintoresca no terminase con un desenlace dramático, recobré el camino de la aguada. Por lo demas, mis nuevos guardias de corps observaron una conducta muy satisfactoria; aceptaban con gratitud lo que les daban, mas nada pedian. El ayudante de misionero sabia algunas palabras inglesas, y así me servia de intérprete para con los otros. En aquellas comunicaciones pude ya notar que aunque el fondo de su dialecto nacional era polinesio, ecsistian sin embargo grandes diferencias entre el taitio y el tonga, como por ejemplo entre el italiano y el español. Así que, las dos palabras que aquellos pueblos tenian comunmente enboca, cuando hablaban á Europeos, las que servian para caracterizar lo que deseaban comprar ó vender, estos preliminares obligatorios de todo mercado; las voces *bueno* ó *malo* se traducian en taitio por *maitaï* é *hino*, y en tonga por *leïleï* y *kovi*. Se ve pues que la diferencia es muy notable.

Confabulando con mis guias llegué á la playa de donde habia desaparecido la chalupa. Cansado de esperarme, el teniente Raimbow se habia hecho á la mar; pero sentado en la popa y con el anteojo dirijido hácia la playa parecia espiar mi regreso para hacer birar la embarcacion: así que mi angustia no fué duradera. No obstante, por los cuchicheos misteriosos de los naturales y por las maneras hábiles que reemplazaron el aire abierto y franco que habian conservado hasta entonces, pude comprender que en el caso de abandono, mi situacion hubiera sido horrible. « Sois muy imprudente, me dijo Raimbow atracando la tierra: hace ya una hora que está atado el pabellon de leva; he desobedecido tanto como ha sido posible, y no dudo que Pendleton se enojará, pues es un Caton por la disciplina.» Callé, pues tenia culpa. Subido el primero al *Oceánico*, lo referí todo al capitan, que me reprendió severamente como si hubiese sido hijo suyo. Empero el golpe fué desviado, pues el bravo teniente no tuvo que sufrir nada por mí, era un gran sacrificio que me hacia Pendleton.

Aquella misma noche partimos de la rada de Namouka, y al dia siguiente, 16 de mayo, subí á la cubierta al amanecer y ví casi en frente de nosotros dos enormes masas que se alzaban á menos de una legua de distancia una de otra, moles negras, escarpadas, inaccesibles al parecer y de una media milla de ancho cada una. « Hé aquí escelentes pilotos, me dijo Pendleton señalándome los escelentes balizas que la naturaleza ha lanzado en el mar para guiar las embarcaciones en los tortuosos canalizos de Tonga-Tabou. » No bien se habian articulado estas espresiones, cuando resonó en la cofa un grito agudo. « ¡ Bien ! » continuó el capitan y descubrio matemáticamente la pocion de los escollos Hounga-Touga y Hounga-Hapaï, y volviéndose hácia la cofa, recomendó al vijia que vijilase una nueva tierra al S. O.: era la isla Atata. Media hora despues, cuando estuvo señalada, Pendleton dió sus órdenes al maestre: la tripulacion se encaminó toda á su puesto, los unos en las gavias, los otros en la cubierta; el mismo capitan no se movió de los lados de la barra. El *Oceánico* entraba entonces en un canalizo estrecho, orillado en cada lado de rompientes donde se estrellaba el mar espumoso y violento; mas adelante de aquel canal apareció un agua mas tranquila, pero aun mas peligrosa. Era un fondo sembrado de bancos de corales, de colores vivos y salientes, los unos visibles, los otros ocultos en profundidades desiguales, puñales submarinos que de un instante á otro podian hundir sus mil puntas en los flancos del sloop, abrirlo y arrojarlo sobre un lecho de rocas agonizante y moribundo. En aquel momento solemne empezó á reinar en la cubierta el mas profundo silencio; la frente del capitan, fruncida por anchas arrugas,

caracterizaba un peligro posible y amenazador; las gavias, la roda, el bauprés brillaban pareciendo interrogar al mar; sondeábanse sus abismos, preguntábanles los escollos que contenian, procurábase trazar el mapa de aquellas islas y encontrar el surco navegable ahondando un espacio suficiente para la quilla del *Oceánico*.

La tierra para nuestro noble sloop era la muerte. Un buque es un pez; cuando le falta agua, se echa y perece. El mayor enemigo de un buque es la tierra; el buque ha sido creado para el agua vasta y profunda: cuando ve la tierra que debe tocar, la teme y desconfía. Ninguna de las pruebas cuyo solo nombre nos hace palidecer, es mas real y mas horrible para él que esta. Un navío arrostrará los huracanes de las Antillas, los tyfongs de los mares de la China, las tempestades del Cabo, las borrascas de las zonas glaciales; habrá visto al rayo incendiar sus palos, la manga inundar su cubierta, el viento devorar sus velas; habrá soportado un cañoneo y un abordaje; habrá sufrido largos y pesados cruceros, apesar de la escasez de la galleta y del agua, apesar del escorbuto, apesar de la fiebre amarilla; se habrá visto precisado por espacio de veinte dias á hacer la puntura en la sentina y vaciarla como se hace con un hidrópico; pero todo esto no le causará la muerte: que toque en una concha de carenero y ya está salvado, restaurado, rejuvenecido; tendrá nuevas biguetas, un nuevo y brillante cerco, mástiles mas coquetos, velas mas resistentes que las velas y mástiles que ha perdido; realizará la fábula del Fenix, renacerá. Pero de un naufrajio en la costa, de una fractura sobre arrecifes coralijenos; ¿qué es lo que queda? ¡fragmentos sin renuevo, pedazos desgarrados, ruínas, perdicion!

Nuestra situacion era aun mas horrible. Un salvamento en nuestras costas europeas tiene muchas perspectivas terribles con nuestros aduaneros, observadores tan ríjidos de la consigna, esclavos tan fieles de la circular; pero al fin cuando uno se ve libre del cordon fiscal, almenos respira y puede creerse ya fuera de peligro. Para nosotros no era así: hallabámonos en frente de una nueva Taurida donde los náufragos corrian el riesgo de ser sacrificados; teníamos delante de nosotros razas salvajes juzgadas de diversas maneras, sospechosas, crueles por cálculo sino por instinto. Era ciertamente horrible: así es que marineros, oficiales y pasajeros, todos se encaminaban hácia las serviolas.

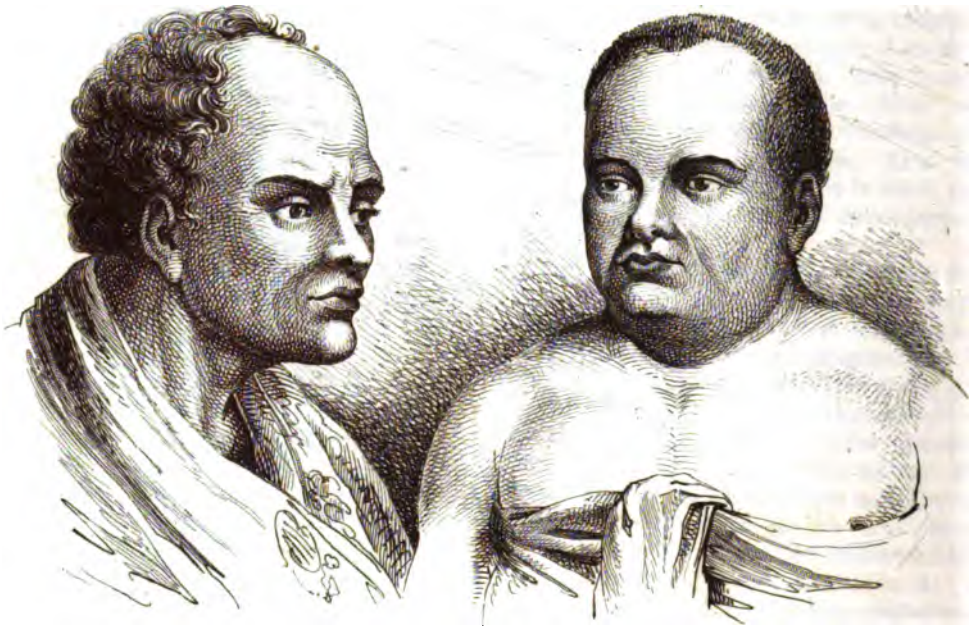
Por un momento creí que habíamos embarado ya: la marcha del buque se disminuyó, hizo el sloop una especie de repercusion, pareció inquieto, sacudió sus flancos, como la ballena cuando quiere arrojar el espadarte. Si se hubiese podido verificar el hecho, el *Oceánico* hubiera mostrado un largo rascuñon en sus costados; una punta de coral habia hecho una gran raya en su maderaje como el diamante corta el vidrio. Pero esto duró poco; la frente de Pendleton solo tuvo una arruga mas; la bocina del capitan se quedó á medio camino: y en seguida se mantuvo silenciosa. Se habian pasado ya los canalizos peligrosos; Tonga-Tabou desplegaba á nuestra vista sus maravillas territoriales, su suelo tapizado de vejetacion, sus casas aisladas, sus aldeas, sus faïtokas elevados por escalones. Tocábamos en el puesto; estábamos ya salvados. Eran las dos cuando fondeábamos delante de la isleta de Pangaï-Modou, estacion favorita de los buques europeos.

Manifestábase allí la misma afluencia de parte de los naturales. Aun no estaban concluídas las maniobras del fondeadero, y ya teníamos á nuestro alrededor unas sesenta piraguas. Los indijenas que las montaban no diferian de los que habíamos visto la víspera. Pendleton pareció no hacer distincion entre unos y otros, puesto que ordenó la misma vijilancia y las mismas precauciones. Veíanse sin embargo tres piraguas mas elegantes y mas espaciosas que las otras, las cuales apartaron la multitud de las embarcaciones vulgares: eran las de los tres jefes de la isla, de los tres grandes eguis, que fueron admitidos á bordo con toda su comitiva. Figuraba á su lado como intérprete y como embajador un Inglés llamado Singleton, marinero que sobreviviera al desastre del buque *el-Puerto-del-Príncipe*, sorprendido por los naturales en 1804. Otros dos Ingleses, John Read y Ritchett, naturalizados en aquellas islas, habian seguido igualmente a los nobles eguis.

No pasámos mucho tiempo sin saber la historia de aquellos jefes. Antiguamente Tonga-Tabou obedecia á una sola autoridad, la de Touï-Tonga, pero de resultas de una revolucion anterior, este soberano se vió forzado á huir á Vavao cayendo el poder en manos de los jefes principales. De este número eran nuestros huéspedes, Tahofa, jefe de Bea, Palou, jefe de Moua, y Lavaka, rico propietario. Citábanse ademas otros muchos, Hata, que gobernaba el canton de Hifo, habitado durante mucho tiempo por los misioneros; Toubo, que convertido al cristianismo, se habia desconceptuado en la opinion de sus súbditos; Avaï-Matoua, Houla-Kaï, Ma-Fou, Vei-Hala, Ohila, etc.

La soberanía de aquella parte de la isla parecia mas especialmente conferida á nuestros visitadores. Lavaka, hombre inepto y comun, no tenia mas importancia que su título de rico propietario. Los verdaderos jefes influyentes de aquella zona eran Tahofa y Palou, el uno valiente como Aquiles; el otro elocuente y astuto como Ulises; el primero armipotente; el segundo poderoso por la palabra.

NEW YORK
LIBRARY



1. Tahofa Chef de Bea.
1 Tahofa Jefe de Bea.

2. Palou Chef de Moua.
2 Palu Jefe de Mua.

3. Tui-tchas du Tui-Tonga.
3 Sepulcros del Tui-Tonga.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

Tahofa podia tener cuarenta y cinco años. Su talla no pasaba de unos cinco pies y tres pulgadas, pero sus formas anunciaban una gran fuerza muscular. Su semblante era noble y grave, su frente ancha y caracterizada, sus ojos vivos y penetrantes; sus labios delgados y encarnados, sus cabellos raros, morenos y rizados. A primera vista no podia adivinarse en él esa bravura emprendedora, pues no tenía en su porte nada de tosco, nada de feroz en sus maneras: era á la vez un guerrero y un diplomático, un jeneral de ejército á la cabeza de dos mil soldados, fuerza imponente en Tonga-Tabou, y un astuto político que habia conseguido hacer adoptar su hijo por la touï-tonga-fafine. El traje de Tahofa no tenia ninguna circunstancia que le distinguiese de los demas isleños; al rededor de la cintura llevaba un ancho cintillo de malvavisco, é iba con la cabeza descubierta y los pies descalzos (Pl. VI. — 1).

Palou era una masa rolliza, aceitosa y apenas capaz de movimiento. Sin embargo el semblante de este jefe era dulce, agradable, tranquilo, con cierta espresion de finura y de gravedad. Sus cabellos eran cortos y lisos, su cara redonda y llena, su cuello carnoso, su frente ancha (Pl. VI. — 2). Dotado de elocuencia y de sagacidad, era el único de aquellos isleños que habia llegado á comprender y tartamudear el inglés. Singleton y John-Read, entrados á su servicio, habian sido sus preceptores, y, merced á sus esfuerzos, Palou habia llegado á maltratar la lengua bastante medianamente. Por lo demas nuestro jefe parecia poseído de anglomanía; envanecíase de saber los cultos modales de Europa, comia á la inglesa, bebia el rom á la inglesa, dirijia brindis con profusion y siempre á la moda de la Inglaterra.

Estos tres jefes no habian montado solos á bordo del *Oceánico*, pues cada uno tenia en su comitiva una especie de corte ó mas bien un piquete de guardias de corps. Llámanse mata-bulés los individuos que hacen parte de ella. El número de aquella corte ó de aquella guardia es variable y tanto mas importante cuanto mayor es la riqueza y el rango del jefe. Palou, Lahofa y Lavaka iban escoltados por una multitud de mata-bulés que atestaban las piraguas, y aunque no los recibimos todos á bordo del sloop, contámos en breve mas de cincuenta visitadores.

Ya desde el primer dia quiso Pendleton establecer una situacion neta. Declaró al intérprete Singleton que no se daria principio á los trueques entre la tripulacion y los isleños hasta despues de haber escrito á los jefes. Pidió que uno de ellos permaneciese constantemente á bordo como rehen y garantía para las chalupas que se encaminasen á la playa. No bien hubo Singleton traducido esta pretension del capitan americano, cuando se manifestó entre los tres potentados un movimiento de sorpresa finjida ó verdadera. Tahofa frunció las cejas, Palou se mordió los labios, y Lavaka fué el único que permaneció impasible, pues apenas comprendió nada. Sin embargo creyó Palou deber cambiar la cuestion, hizo del orador y habló por espacio de un cuarto de hora con gracia y dignidad. Su palabra parecia llena de uncion persuasiva y de elocuente enerjía, cualidades que los intérpretes sin duda no tradujeron con toda su fuerza. « ¡ Qué! decia, ¿acaso desconfiais de nosotros? ¿De nosotros, los mejores amigos de los Europeos? ¿Y qué interés tendríamos en haceros daño? Nos traeis muchas cosas que apreciamos: hierro, telas y collares de vidrio azul; pero si os tratamos mal, no volvereis á venir, y no tendrémos collares, telas ni hierro. Ademas vuestros navíos tienen cañones, vuestros marineros tienen fusiles, y aun cuando no fuesen estos suficientes, vuestro gran rey tiene otros por cuyo medio reduciria á la nada Tonga-Tabou. Ya conoceis pues que no teneis nada que temer. Saltad en tierra, los eguis os protejerán; fiad en nuestras promesas. » Apenas hubo Pendleton comprendido el sentido de la arenga, no dió lugar á los intérpretes é que la concluyesen. « ¡ Bah! ¡ Bah! replicó, conocemos la astucia de Tonga; sabemos lo que ocurrió á los capitanes d'Urville y Dillon; tras la cruz está el diablo, y así aprovechemos á lo menos la esperiencia. Decid á vuestros eguis que mi ultimatum consiste en que se quede á bordo un jefe como rehen, y si tienen en esto algun reparo, desde luego el *Oceánico* va á hirar de áncora y abandonar la rada de Pandgay-Modou. » Cuando los jefes salvajes vieron esta enerjía y teson, accedieron á sus instancias. Palou consintió en quedarse á bordo con algunos mata-bulés de su escolta, y se decidió que Tahofa y Lavaka irian á reemplazarle cuando se viese precisado á saltar en tierra.

Concluída esta especie de arreglo, se dió principio á las permutas. El número de visitadores recibidos á bordo no debia nunca pasar de treinta; los demas presentaban sus artículos y recibian su valor á través de los filamentos del abordaje. Los artículos mas voluminosos se izaban á favor de sogas y de cabrias. Las piraguas estaban sobrecargadas de cerdos, de volatería, de legumbres y de frutas, todo lo cual se obtenia contra cualquier bagatela; pero los vidrios azules tenian siempre la preferencia sobre todos los demas artículos. Los vidrios azules causaban furor en Tonga, como el galon en Taiti. Por cinco granitos de vidrio azul se obtenia un pavo, y por cincuenta un grueso cerdo. Yo obtuve casi un gabinete de historia natural, mariscos, corales y madréporas por veinte granos;

un museo completo de armas indíjenas, puñal, macana, pica y broquel por cincuenta granos. Eran igualmente apreciados los demas productos de Europa, aunque no tanto como los vidrios; los cuchillos, las sortijas, las tijeras y los espejos tenian sus compradores; el hierro era menos buscado, pero los fusiles y la pólvora hubieran sido mucho mas apreciados. Desgraciadamente para aquellos negociantes salvajes, reinaba la abundancia á bordo del *Oceánico*; hacia una semana que el marinero se trataba como un rey, con tocino fresco todos los dias y una ó dos aves; las bananas, las batatas y las sandías cubrian el puente. Los recien venidos subvenian pues á necesidades satisfechas; no tanto se compró para usar como para abusar, pero se comerció mejor, y mas fácilmente tuvieron razon los detentores: era casi una donacion. Apesar de tan enorme rebaja, los costados del *Oceánico* ofrecian desde la mañana hasta la noche el aspecto de una feria perpetua: muchos centenares de zarracatines se establecian á lo largo de los obenques procurando pasar al través de los filamentos, camorristas, charlatanes, jesticuladores, pero buenos y honrados en lo restante, leales en sus mercados y temerosos de parecer importunos. Menos reserva y asiento tenian los Polinesios de Hawaii, de Nouka-Hiva y de Taiti.

Durante el primer dia los tres jefes no nos dejaron un momento. Comieron á nuestra mesa y durmieron en nuestras cámaras, y conforme al uso oceánico, quisieron escojer cada uno un *ofa*, un amigo, cualidad equivalente al taio de los Taitios, con los mismos privilejios y los mismos gravámenes. Pendleton, de grado ó por fuerza, fué el ofa de Palou; Tahofa el mio, Lavaka el de Philips; los principales mata-bulés escojieron entre los oficiales y los maestres, y los demás descendieron hasta la tripulacion. Cada pareja trocó su nombre, y el pacto de amistad quedó sellado con mas fuerza por medio de algunos vasos de grog.

Pendleton debia saltar en tierra al dia siguiente. Hallándose mas tranquilo por medio de las precauciones tomadas, queria hacer una visita al jefe de Hifo, Hata, que en una corta visita le habia prometido procurarle dos pilotos paraque le ilustraran en órden á la difícil navegacion del archipiélago Viti. El *Oceánico* estaba de nuevo abandonado á la discrecion de Philips, con una rigurosa consigna tocante á las piraguas de la bahía. La chalupa, montada por diez hombres armados, debia conducir el capitan á la playa. Yo era del viaje como siempre: partímos al amanecer, y como Hifo se hallaba á quince millas de distancia del fondeadero, era preciso valerse de los viradores durante toda la travesía, y llegar de este modo al través de los montones de corales á la estremidad occidental de la isla. Esta travesía se concluyó bien ó mal, pues no pocas veces se vieron los marineros precisados á arrojarse al mar para desenredar la embarcacion. Hubo un momento en que se manifestó una larga serie de arrecifes que no dejó mas partido á la chalupa que el de estrellarse. Sin embargo estábamos aun muy distantes de la playa, y para alcanzarla fué preciso andar sobre aquellos corales donde se embataban las olas, á veces con el agua hasta el sobaco.

Llegámos entre mojados y molidos á la arena seca de la playa. El aspecto de aquel sitio era propio para consolarnos: por todas partes asomaban casas deliciosas, ocultas bajo macizos de árboles y rodeadas de cercas empalizadas. Aquel verdor fresco y lozano, aquel aire de comodidad y de dicha, aquella naturaleza, aquel sol, aquellas olas, aquellos bosques, todo nos hizo olvidar las fatigas y la pesadez del camino. Ninguna llanura, á no ser la de Namouka, me pareció tan fecunda y tan bien cultivada. Los campos de ka (*piper methysticum*) eran verdaderos verjeles, cuidados con un esmero, con un órden y con un estudio admirables. Vanamente se hubiera buscado en ellos una mala yerba.

Despues de haber andado como unos cien pasos por la playa, nuestra pequeña caravana llegó delante Hifo. Esta aldea tenia algunos simulacros de fortificaciones, barreras construídas con solidez y fosos llenos de agua, que sin duda habian tenido su utilidad durante las guerras anteriores. Desarrolláronse sucesivamente á nuestra vista unas cien casas esparcidas por el bosque, ora aisladas, ora formando grupos. Todas habian conservado su carácter de construccion salvaje; una sola habia que afectase la forma europea tan comun en Taiti. Era una casita de un solo piso, construída de madera, pintada de verde y oreada por tres ventanas situadas en el frontis (Pl. VIII. — 1). Contigua á la habitacion habia una pequeña cerca bien empalizada: allí residieron los misioneros ingleses, apóstoles de Tonga-Tabou, MM. Tomás, Hutchinson y otros miembros de aquella iglesia; pero á la sazon la casita estaba vacante. Desesperanzados de convertir á Hata, el jefe de Hifo, despues de muchos esfuerzos, los misioneros habian renunciado á la empresa, y sus sucesores, en lugar de abandonarse á la estéril predicacion de Hifo, contrajeron domicilio en Nioukou-Lafa, residencia del devoto Toubo.

Aunque permaneció idólatra inflecsible, no permitió Hata que le tomásemos por un salvaje insociable; antes nos dió á entender que una reforma política obtendria mas fácilmente sus simpatías que una reforma relijiosa: casi era un filósofo tonga. Esta recepcion fué acompañada de cierta especie de pompa; los eguis de la fa-

[illegible]

1. Chef Tonga en costume de guerre.

1 Cabo Tonga en trage de guérra

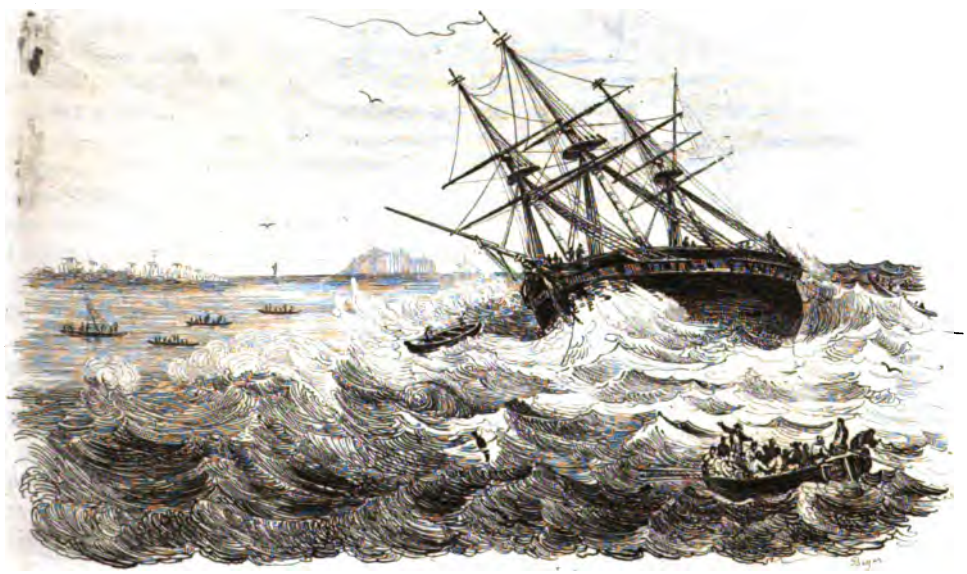
2. Intérieur d'une Maison à Tonga.

2 Interior de una Casa en Tonga

d'après la nature del.

1. Maison des Missionnaires à Hifo.

1. Casa de los Misioneros en Hifo.



3. L'Astrolabe sur les récifs.

3. El Astrolabio en los Arrecifes

de Sainson del.

PUBLIC LIBRARY

milia, los mata-bulés, y los sirvientes se habian reunido en corro en el malaï (plaza) que formaba una esplanada delante de la plaza. El pueblo estaba en pie en una actitud curiosa y discreta espiando la llegada de su jefe. Apareció este por fin, encaminóse hácia el grupo circular que fácilmente podia reconocerse por su collar de dientes de cachalote, atributo principal de su grado de jeneralísimo (Pl. VII. — 1), y al percibirnos nos tendió la mano y nos hizo sentar á su lado. Hizo en seguida una señal que era la abertura del kava, ceremonia importante en las islas oceánicas, especie de libacion relijiosa, ó puramente civil, y señaló un dia para el aparato de la solemnidad, reducida al dia siguiente á las proporciones de un té ó de un punch de familia, de una visita ó de una orjia entre naturales. Este kava se dirijia á nuestra intencion; éramos deudores á Hata de aquella galantería.

A la señal dada, uno de los principales mata-bulés, sentado al otro estremo del corrillo tomó un ancho plato, especie de trípode cuyo interior, embadurnado con el sedimento del licor, manifestaba sus antiguos y largos servicios. Tomando entonces de manos de un natural una inmensa tinaja de kava destinada á la preparacion del dia, la distribuyó raíz á raíz al pueblo que rodeaba á los convidados escojiendo los mas mozos y las mujeres mas frescas. Estos individuos debian llenar la parte de un lagar mascando el kava del mismo modo que se masca el orozuz, á fin de que el agua absorviese en seguida con mas rapidez todos los principios de fermentacion que contenian las raíces. En el espacio de cinco minutos quedó consumada esta masticacion, y cada uno presentó su parte de sustancia triturada. El mata-bulé las reunió en el vaso, y mientras hacia verter agua en las fibras, las ajitaba y comprimia de manera que pudiese estraerse todo el jugo. Por fin recojiéndolas en una red de anchas mallas por medio de una postrera y decisiva operacion, las esprimió de nuevo hasta sacar toda la parte jugosa. Solo debian quedar fibras sin sabor, pues de otro modo el kava no hubiera tenido fuerza. Por lo demás todo mata-bulé que aceptaba la mision de preparar el kava debia estar bien seguro de sí mismo, pues un kava faltado en una ocasion importante hubiera sido una mengua para el manipulario.

El que nos presentaba tuvo un écsito completo. El mata-bulé era el artista mas hábil de su tribu, y cada uno habia preparado ya de antemano su correspondiente copa ó vaso natural, compuesto con hojas de cocotero, dispuestas con suma destreza. Cada copa solo sirve una vez, y cuando se ha bebido su kava, la arrojan. Colocado al rededor del gran jarro, estos vasos fueron llenados uno á uno por el mata-bulé. A cada uno de ellos decia Hata: « da á fulano; » arreglando así el órden jerárquico de la distribucion y empezando por los jefes mas distinguidos y acabando por los mas pequeños. Hasta el fin nos hicieron los honores de la sesion sirviéndonos antes que á todos los demas. A medida que Hata iba llamando á cada convidado, palmoteaba este para indicar su puesto, tragaba gravemente el kava y lanzaba la taza á alguna distancia. La distribucion concluyó cuando terminó el círculo de los convidados, pues aunque el pueblo permanecia en pie al rededor del recinto, no fué admitido al banquete. Con todo entre ellos hice dichoso á uno, pues no pudiendo acabar mi racion á causa del sabor especiado que me escocia la garganta, le hice entregar á un natural que lo apuró á las mil maravillas. En cuanto á Pendleton, como estaba habituado ya al kava, lo bebió como rom.

Esta partida de kava, aunque hecha con cierto aparato, no tenia sin embargo la importancia de los grandes kavas nacionales, reuniones políticas ó relijiosas, á las que concurren los principales jefes de la isla, y que sirven á menudo de palenque para los debates de precedencia. El Inglés Mariner es el primero que refirió esta ceremonia con todos sus pormenores de formas y de etiqueta.

En aquellas solemnes ocasiones el jefe que preside el kava es siempre el mas encumbrado en dignidad, se sienta á dos ó tres pies de la casa sobre una estera que cubre el piso, y con el rostro vuelto hácia el malaï donde se desarrolla el círculo de los convidados. Al lado de aquel simulacro de presidente se ven dos de sus mata-bulés, maestros de ceremonias del kava, en seguida vienen los jefes segun su importancia, despues los mata-bulés, y al fin si, hay lugar, los mouas, clase inferior á las otras dos. A veces la posicion de los concurrentes es modificada por el órden con que van llegando, pero la etiqueta no tanto consiste en este hecho como en el de la distribucion. En medio del corro y en presencia del presidente, está el manipulario del kava, un mata-bulé, un moua, un toua, y aun á veces un egui (Pl. V. — 4).

El círculo del kava puede dividirse en dos partes: la una superior, á cuya cabeza se halla el presidente y donde se sientan los primeros jefes; la otra inferior, donde se encuentran los jefes subalternos y los demás convidados. El pueblo permanece al rededor de esta última formando una especie de círculo esterior.

Esta seccion de círculo del kava en dos partes no es una cosa imajinaria, pues sirve para crear un nuevo linaje de categorías. Así que un individuo, cualquiera que sea su rango, no puede sentarse en el círculo superior si su padre ó un pariente superior se halla en el propio círculo á

cualquiera distancia que fuese. Si al acto de llegar su padre, este individuo está ya colocado, debe retirarse inmediatamente y colocarse en el círculo inferior.

Sentados todos, uno de los maestros de ceremonias llama á uno de los sirvientes, quien entra por el fondo del círculo. Conforme á la órden recibida, trae la cantidad de kava necesaria, la deposita á los pies del presidente, y á otra señal la entrega al preparador del kava. Entonces es cuando empiezan sus funciones, hace del kava pequeños pedazos, lo limpia con mariscos afilados y se dispone á confiarlo á los masticadores de buena voluntad. Hasta entonces ha reinado un profundo silencio; pero apenas el preparador entrega algunos lios de kava á sus vecinos, se prorumpe en un grito jeneral: *maï ma kava! maï, maï ma kaca! maï e kava!* (¡dadme kava! dadme kava!) Para este ejercicio escojen las mejores dentaduras y los dientes mas sanos y mas jóvenes. Así se va mascando el kava á la redonda y se deposita sobre hojas de banano de donde se traslada á la ponchera comun. Concluído este trabajo se restablece de nuevo el mas profundo silencio.

Entonces el preparador inclina un poco la ponchera, la manifiesta al presidente, y dice, *koe kava heni goua ma* (he aquí el kava mascado); á lo que el jefe, si encuentra la suficiente dósis, responde: *palou* (revuélvelo). Entonces vienen dos ayudantes que se colocan al lado del preparador: el uno derrama el agua y el otro espanta las moscas. El mata-bulé maestro de ceremonias, que se sienta al lado del presidente, dirije la operacion y dice: *lingui waï* (vierte agua); *mahou e waï* (bastante agua); *palou guer tatou, bea faka mahou* (revuélvelo igualmente). Y todas estas órdenes se ejecutan puntualmente. Por último cuando esta mezcla está batida suficientemente: *ai e fou* (ponle en el fou), dice el mata-bulé. El *fou* es aquella especie de red de que hemos hablado; es una materia fibrosa hecha con la corteza del malvavisco. Se trae una cantidad suficiente para cubrir toda la superficie de la infusion dejándola flotar sobre el vaso. Entonces se da principio á la maniobra mas delicada, que es la que constituye la gloria ó la mengua del operador: tratáse de envolver en el *fou* toda la sustancia del kava y esprimir el jugo en la ponchera. La fuerza, la destreza y la gracia del ejecutor son el objeto de las observaciones de la asamblea, que le sigue con la atencion mas profunda, espía sus menores jestos y se interesa en el resultado con una solicitud inquieta.

Por último el kava está dispuesto, las fibras son arrojadas á lo lejos, los vasos fabricados con las tiras cortadas del banano, y cuando el hombre de la ponchera dice: *goua ma e kava maï* (el kava está dispuesto), responde el mata-bulé: *faka taou* (viértela). Entonces se acercan dos ó tres individuos del círculo inferior con muchas copas en la mano; el preparador sumerje en el líquido un pedazo de *fou* arrollado en forma de lio, como se haria con una esponja, y lo esprime en el vaso presentado. Cada racion consiste á poca diferencia en la tercera parte de un cuartillo, y un sirviente esclama: *kava goua-heka!* (el kava está derramado)! El mata-bulé responde: *anqui ma.....* (dálo á.....), designando por su nombre al jefe mas distinguido. El portador se adelanta hácia él y le presenta la copa, haciendo lo propio con los demas.

Este ceremonial, el mas interesante de todos, está presidido por el mata-bulé. Comunmente el jefe, colocado al frente del círculo, recibe la primera ó la tercera copa, mas bien esta última que las otras, porque la primera la presenta á menudo el mata-bulé á su cofadre sentado al otro lado del jefe. Esta regla de etiqueta no tiene escepcion alguna, y así es que un jefe estranjero, el visitador de una isla vecina, disfrutan á veces del honor de la primera copa. En un kava ordinario, el que ofrece las raíces, aunque jefe inferior, es servido muchas veces antes que todos los demas, pero por lo comun el presidente tiene siempre la primera ó la tercera copa, y el mata-bulé que no espide órden alguna, la segunda ó la cuarta. La distribucion marcha en seguida segun el órden de las precedencias.

En las funciones mas solemnes de kava, á las que asisten muchos centenares de personas distinguidas, sin contar los flujos de pueblo que circulan en derredor, es imposible que todos sean admitidos á participar de la bebida. Casi no se sirve mas que á las personas del círculo superior y á sus parientes del círculo inferior, segun su rango ó dignidad. Vaciada ya la primera ponchera, el jefe hace distribuir comunmente una segunda, una tercera y aun una cuarta. Estas nuevas poncheras no requieren mudanza de ceremonial, pues las preparan y sirven como la primera. En ciertas ocasiones se han visto jefes del círculo superior ofrecer á su vez raíz de kava, y reemplazar al anfitrion. Sin embargo nunca toca un jefe superior el kava de un inferior, y cuando esto acontece por estraordinario, el inferior se retira del círculo y deja presidir al superior á su propia kava. Los kavas relijiosos no tienen carácter diferente, á menos que los presida el sacerdote, en cuyo caso se observa un silencio completo.

El pequeño kava que nos sirvió el jefe de Hifo, bien que de mediana importancia, pudo sin embargo darnos una idea ecsacta del aspecto jeneral de aquellas ceremonias. Por lo demás, no fué aquel espectáculo el único que nos estaba reservado en aquella jornada. Apenas se hubo concluído el kava, cuando se presentaron dos sirvien-

tes con una gravedad casi solemne á presentar al jefe un cerdo vivo. Apenas solo pronunció Hata algunas palabras, quitaron al animal de su presencia. Iban á preparar el cerdo para nosotros; y como habia oído hablar muchas veces con los mayores elojios del método cocinero de los indijenas, era sobrado atractiva la ocasion paraque dejase de juzgarlo por mí mismo. Pendleton se ofreció acompañarme, y nos guió el mismo Hata.

El animal fué en primer lugar degollado, frotado despues con el jugo de un trozo de banano, arrojado en seguida á un fuego de cañas y finalmente rapado con mariscos afilados, y lavado. Consumados estos preliminares, se practicó una abertura circular en el bajo vientre y sacaron sucesivamente las entrañas, el estómago y el hígado. Para evitar que ninguna materia refluyese en el cuerpo del animal, tuvieron la precaucion de atar de antemano el colon recto. De los tres objetos estraídos, el hígado fué el único que lavaron y colocaron de nuevo en el cuerpo, pues el estómago y las entrañas debian ser tostados aparte sobre ascuas (Pl. X. — 4).

Entretanto se calentó el horno. Reducíase este á un agujero circular abierto en el suelo en una proporcion de dos pies de profundidad. Para servirse de él, lo llenan en parte de piedras y de morrillos redondeados que mantienen el calor, y encienden en seguida un gran fuego. Cuando los morrillos han llegado á un grado suficiente de calor, retíranse los tizones dejando tan solo el carbon y la ceniza, circuyéndolo de ramas humedecidas y se cubren con una capa de hojas verdes. Rellenado en el interior de morrillos incandescentes, envuelto en hojas de árbol del pan, y cerrado herméticamente en los puntos abiertos con tapones de hojas, colocan el cuerpo del cerdo en el horno, rodeado de hojas de banano. Al lado del cuerpo está el hígado y las batatas, que se hacen cocer al mismo tiempo, y cubren el todo con una capa de tierra suficiente paraque no se ecsale vapor alguno. Por medio de este procedimiento, un cerdo de mediana corpulencia se asa en una hora; si el animal es demasiado grueso, lo cortan en cuartos sin que en lo demas se cambie la receta.

Dispuesto que fué nuestro cerdo, nos le presentaron los sirvientes con mucha pompa en la casa de Hata. Pusímonos á la mesa, los isleños de cuclillas, y nosotros sentados sobre unos morrales que nos habíamos llevado. La carne del animal asada por este estilo nos pareció un plato muy sabroso, y sea que fuese de calidad ó á causa de la preparacion, aquel cerdo nos pareció preferible al que comemos en Europa. Es menos gordo é indijesto; tiene un sabor mas fino y mas delicado, y tal vez el accesorio de las hojas de banano y del árbol del pan contribuyen al gusto esquisito de aquella carne.

Tras el banquete se habló de negocios. Pendleton tenia que entenderse con el jefe Hata acerca de los pilotos que le habia prometido, y al mismo tiempo deseaba adquirir algunas noticias comerciales, para él esenciales, pero para mí muy poco interesantes: así que le dejé con el jefe, asistido del intérprete Singleton, y dirijido por otro Inglés, fuí á dar un paseo por las cercanías. Penetré bajo los frescos y sombríos toldos de las vecinas selvas, admirando en detalle cada uno de aquellos árboles tan bellos en el conjunto; aquí se veía el elegante banano que suministra tantos artículos, un fruto escelente, vastas servilletas para sus mesas, capas para el kava, y para las abluciones despues del banquete una agua límpida que corre por los pezones abiertos; en otras partes se levantaba el pagayo de frutos colorados y odoríferos, el latanero, del cual se fabrican abanicos para los jefes; el útil malvavisco, de cuya corteza glutinosa se tejen telas; los elegantes helechos de sutiles dibujos, y cerniéndose sobre toda aquella vejetacion como rey, se columpiaba el esbelto y atrevido cocotero, tan pronto erguido como doblado por una curva lijera, árbol bienhechor de aquellas comarcas, bueno para todo, propio para todo, con veinte productos para uso de los naturales, almendra ó leche para nutrir ó para refrijerar, madera para las construcciones, aceite para el tocador, bálago para las techumbres y jarcias para las piraguas.

De cuando en cuando, en medio de aquellos bosques y rodeados de una especie de tresbolillo se encontraban capillas dedicadas á los jenios, oratorios en muy buen estado, y aun mas frecuentemente *fai-tokas*, monumentos funerarios, altamente venerados en la comarca. Los faï-tokas de Hifo no tenian la grandeza y la pompa de los de Moua; no eran monumentos de anchurosos montones de piedras dispuestos por escalones, sino simples oteros con céspedes y cubiertos de un pequeño cobertizo, alojamiento putativo del alma del difunto (Pl. VI. — 6). Los árboles que prestan su sombra á aquellas sepulturas son ordinariamente casuarinas, sagrados como las tumbas. De las ramas de aquellos casuarinas penden centenares de pintarojos de gran tamaño, que colgados por las zarpas y apelotonados de manera que alucinan la vista, parecen racimos oblongos y negros ó especies de frutos ó granos que penden de las ramas, por cuyo motivo todos los viajeros han sido engañados. Solo daba la llave de este fenómeno una piedra arrojada al follaje, pues á este acto de agresion desprendíanse del árbol una nube de monstruosos murciélagos que remontaban su vuelo prorumpiendo en horribles gruñidos y despues de aquella corta alerta volvian uno á uno á apiñarse y ovillarse como antes. Ademas de estos volátiles harto asquero-

sos, revoloteaban por acá y aculá en aquellos bosques hermosas tortolillas de plumaje verde y verde y cabeza amaranto, brillantes arvelas, cotorras cambiantes y graciosos filedones.

Acercábase la noche. Pendleton se despidió del jefe de Hifo y regresámos á nuestra embarcacion. Al caminar hácia la playa, Singleton hizo observar al capitan en medio de los corales estensas y regulares escavaciones. « De allí, decia el Inglés, han estraído los isleños enormes masas para las construcciones de Moua. Algunas de aquellas piedras tenian doce pies de largo sobre una anchura en proporcion; sacábanlas en la bajamar, y colocándolas sobre rodillos de madera, los impelian por el mar tan lejos como era posible. En la pleamar iban algunas piraguas para trasportarlas. Sin embargo algunas veces llegaban aquellas masas de mas lejos, pues iban á tomarlas á las islas Hapaï ó á Vavao. »

Merced á la destreza de nuestros marineros, no nos vímos precisados á entrar en el agua hasta la cintura, pues la embarcacion bogó rápidamente en medio de piraguas pescadoras, las unas de vela, las otras maniobradas con el ausilio de pagayas. Muchas de ellas andaban á poca distancia de nosotros siguiéndonos como si fuesen nuestras conservas. Su tripulacion cantaba y seguia el compas con los remos observando la rima, dulce, lenta y fácil de retener. Yo lo escribí entonces sin poder conseguir despues su esplicacion. Los Ingleses que hablaban con mas perfeccion el tonga me dijeron que la cancion se componia de palabras sin traduccion posible, como las hay, en todas las lenguas:

Iho koïa
Otou vouaï mabouna;
An-hi-ha-hé,
Otou vouaï taffé.

Una parte de los remeros entonaba el primer motete: *Iho koïa;* la otra parte respondia: *Otou vouaï mabouna;* los primeros reponian: *An-hi-ha-hé;* y los segundos acababan: *Otou vouaï taffé.* Y así empezaban de nuevo continuándolo por espacio de muchas horas y aun dias enteros.

Llegámos á bordo al son de aquella psalmodia. Ninguna novedad habia ocurrido durante nuestra ausencia: el reben Palou y Philips se avenian á las mil maravillas; habian amenizado su ocio á favor de algunas pipas y media botella de rom. Por lo demas, los trueques entre la tripulacion y las piraguas habian continuado sin incidente desgraciado; los jefes admitidos á bordo no habian traspasado los límites del decoro, y no ecsistia la menor apariencia de complot ni jérmen de discordia que ecsijiese precauciones rigurosas. Aunque libre de cuidados, Pendleton quiso guardar en persona el sloop al dia siguiente, y yo debia ir solo a Nioukou-Lafa, residencia actual del jefe cristiano Toubo. Nioukou-Lafa era un lugar célebre en las guerras de Tonga-Tabou y un paraje santo por otro título que Mafanga.

Como Nioukou-Lafa solo distaba dos millas del fondeadero de Pangaï-Modou, media hora nos bastó para aquella travesía. Acompañábame Pendleton como guia obsequioso, y apenas desembarcado me condujo hácia dos piraguas arrastradas en tierra y al abrigo de espaciosos tinglados. Sus proporciones eran jigantescas; la mayor, de ocheta y seis pies de largo, llevaba una plataforma de cuarenta y un pies sobre diez y ocho, y podia contener 200 hombres. La otra solo tenia un pie de menos, pero una y otra parecian viejas, podridas y fuera de estado de servicio. Las conservaban allí como muestras y reliquias de los tiempos antiguos. Los naturales ensalzaban las proezas de aquellos dos pontones, su ajilidad en la carrera y su fuerza en la guerra. Varias piraguas mas pequeñas, mas ájiles en apariencia y mas esbeltas en sus formas, habian sido batidas por aquellas temibles matronas. Actualmente ya no se construyen de este porte ni de esta forma, pues las mayores tienen sesenta pies de largo.

A través de senderos orillados de ricas plantaciones, llegámos á la capilla del distrito, pequeño edificio aseado, bien cuidado y construído por el estilo de las iglesias de Taiti: su construccion habia sido dirijida efectivamente por dos Taitios, Tafeta y Hapa, y una mujer llamada Taï: estos tres evanjelistas fueron los únicos que pudieron acometer una empresa en la que se habian estrellado diversos misioneros. Esto sucedia en 1826 los tres apóstoles habian abandonado su tierra natal para dirijirse á Viti, pero solo debian visitar de paso á Tonga-Tabou. Pero habiendo llegado allí, les suplicó Toubo con tanta instancia que permaneciesen á su lado, y se mostró neófito tan ardiente y zeloso, que renunciaron á proseguir su viaje y se establecieron en Nioakou-Lafa. Su mision fué feliz: se convirtieron casi todos los parientes del jefe, sus amigos y una porcion de sus vasallos; hubiérase creído que toda la isla iba á seguir su ejemplo, pero no sucedió así. El jefe de Hifo, segun hemos visto, resistió á las predicaciones de los misioneros Tomas y Hutchinson, y Toubo perdió por su abjuracion una par te de su influencia sobre la comarca. Sin embargo hacia poco tiempo que la metrópoli acababa de enviar un refuerzo á Tonga-Tabou. MM. Turner, Watkins y Worn habian desembarcado en Nioukou-Lafa, y secundados por el egui Toubo, trataban de hacer resplandecer en el país las luces de la fé crisriana. Singleton, que me habia referido estos pormenores, me condujo al domicilio de aquellos pastores que á la sazon estaba desierto, por cuanto acababan de partir para ir á visitar el capitan del *Oceánico*, acompañados del

inseparable Toubo. Habíamonos cruzado en el camino.

Nioukou-Lafa no presentaba objeto alguno para retenerme, y el sol se iba remontando todavía. « Vamos á Mafanga, me dijo Singleton, es el lugar santo de los idólatras; es su santuario, siempre respetado aun cuando arde la guerra civil. » Partímos caminando bajo bóvedas de verdor, porque Tonga-Tabou es un jardin perpetuo muy poco interrumpido, con una simple meseta en el centro, tierra de despojos vejetales reunidos lentamente sobre una base madrepórica. Cuanto mas nos aprocsimábamos á Mafanga, mayor grandeza y opulencia tomaba el aspecto de las chozas, de las cercas, de las capillas y de los malaïs. Era la zona sagrada de la isla, un paraje tabou al grado mas eminente, el recinto reservado á los templos mas santos, á los mas nobles faï-tokas y á las mas ilustres tumbas. En aquella tierra se acallaban los resentimientos, los mas implacables enemigos debian respetarse mutuamente; supuesto que derramar sangre en Mafanga era profanar la isla entera. Todo esto me lo esplicaba Singleton; referíame, mucho mejor de lo que yo lo hago, todos los privilejios inherentes al terreno que pisábamos, y añadia: «Vd. es Francés, caballero! ¡Pues bien! un comandante francés ha osado bombardear á Mafanga, y á fé mia que tenia mucha razon. Sin esta resolucion atrevida, seis marineros de su corbeta se hubieran quedado en Tonga-Tabou, confiscados por el astuto Tahofa. Algunos individuos de la tripulacion, de conducta reprensible, aconsejaron la revolucion, que se ejecutó al momento. Irritóse la tripulacion de una chalupa, y mató á uno de los hombres enviados al descubrimiento. ¡Oh! entonces era de ver al comandante del *Astrolabio*. Ancló contra el viento su corbeta, aquí, caballero, á un cable de distancia del banco de corales con riesgo de estrellarse contra las puntas del escollo, y desde allí ametralló al lugar santo Mafanga, empalizado y guarnecido de fosos, haciendo frente por espacio de cinco dias en aquella situacion peligrosa y no abandonándola hasta que le devolvieron su jente. ¡Fué muy buena la conducta del capitan d'Urville! sintióse muy bien inspirado de atacar á Mafanga, pues era el único medio de poner la isla á la razon. Tahofa queria defenderse, pero los otros jefes no lo permitieron, pues aunque el cañoneo habia muerto muy poca jente (tres ó cuatro hombres á lo sumo), tiraba sobre los faï-tokas y sobre las capillas de los *hotouas* (dioses). Así que era preciso conjurar la profanacion á todo trance. »

Sobre nuestro camino, apesar de haber trascurrido ya cuatro años, podian percibirse todavía algunos vestijios de aquella guerra. Veíanse por acá y acullá cocoteros cortados por la bala ó techos de casas horadados de parte á parte como otras tantas señales de la venganza del *Astrolabio*.

Entreteniéndome así con mi guia, llegué hasta el domicilio del bravo Faka-Fanoua, supremo guardian y jefe del sagrado recinto. El anciano me acojió con una suma cordialidad; condújome en persona hácia las capillas de los Houas, é insistió sobremanera paraque ecsaminase con cuidado el oratorio de Touï-Faka-Nouï, al que parecia dar una importancia considerable. Residia allí por ventura su dios de familia, ó el gran dios tutelar de Mafanga?

Todas aquellas capillas, aquellos oratorios, aquellos faï-tokas, tenian el mismo carácter que los edificios análogos de Hifo. Únicamente en razon de la santidad del lugar eran mas imponentes y suntuosos. Las casas, las cercas y los verjeles ofrecian asimismo mejor aspecto. En las habitaciones donde penetré eché de ver algunas piezas de tela, jarcias y vasos que parecian representar el papel del *ex-voto*. Una de ellas ofrecia unos bustos humanos de madera groseramente esculpida. Yo los tomé y los manejé sin que Faka-Fonoua se opusiese á ello, lo que me indujo á creer que aquellas estatuas no representaban ninguna idea relijiosa.

Hallábamonos entonces en la plaza pública, en el malaï de Mafanga (Pl. VIII.—2). admirable pradera sombreada de bellísimos árboles, que en las solemnes festividades contiene toda la poblacion de Tonga-Tabou. Cuando el *Astrolabio* atacó á Mafanga, el cuartel jeneral de Tahofa estaba en este malaï: sus mejores guerreros habian tomado posicion tras una monstruosa higuera, pero habiendo la primera bala del buque cortado una enorme rama del árbol replegáronse prorumpiendo en horribles vociferaciones.

Como estaba ya satisfecho con haber visto á Mafanga, me despedí de Faka-Fanoua despues de haber retribuido su obsequio por medio de algunas bagatelas, y pude seguir de nuevo á Singleton que deseaba volverme á hacer ver la aldea de Nougou-Nougou, residencia de la touï-tonga-fafine. Acompañáronnos en este camino la misma vejetacion y los mismos arcos de verdor. En lo mas espeso de la selva se detuvo Singleton y dijo: « Aquí fué muerto un Francés, un jefe del *Astrolabio*, asesinado por los isleños. ¡Vea Vd. caballero, qué imprudencia! ¡Diez y nueve hombres comprometerse en semejantes bosques donde podian encontrar emboscadas de quinientos hombres! era ciertamente arriesgar demasiado. Si los naturales hubiesen tenido algun poco de destreza, hubieran hecho perder mucha jente á sus adversarios. »

La aldea de Nougou-Nougou adonde llegamos, conservaba asimismo algun recuerdo del paso del *Astrolabio*. Los Franceses la habian incendiado por represalias, pero desde entonces la

habian hecho renacer poco á poco y construido de nuevo completamente, de modo que á la sazon tenia cierto aire de prosperidad y de bienestar. Sin duda contribuyó á este resultado la residencia de la antigua tour-cónga-fafine. De cuando en cuando el astuto Tahofa iba á ver aquella mujer, única heredera de los poderes relijiosos perdidos en los Toui-Tongas. Hasta habia tenido la destreza de hacerle adoptar su propio hijo, niño de siete ú ocho años, á fin de que le cupiese por substitucion la autoridad de los Touï-Tongas.

Hallábase el niño en casa de la anciana touïtonga-fafine cuando Singleton me introdujo en su habitacion. Era un lindo chaco, vestido con un pedazo de tela que le dejaba desnudos los brazos y el pecho con un collar de vidrio azul por todo ornato, con la cabeza rasurada á la moda de Tonga, y guarnecida de mechones de cabellos rizados y embadurnados con aceite de coco (Pl. VI. — 5). Apenas habia algunos minutos que estaba allí cuando llegó Mahofa. Mi amigo no tenia ya el talante tan benéfico como el dia en que troqué mi nombre con él. Entrado en la casa con muchos de sus mata-bulés, apenas me echó de ver, se encaminó directamente hácia su hijo, se prosternó, cojió el pie del niño, se lo aplicó sobre el colodrillo, y permaneció en aquella posicion por espacio de muchos minutos. Era la ceremonia del *moë-moë* ó besapies, á cuyo homenaje solo tiene derecho el touï-tonga. Concluído que hubo el egui, sus mata-bulés imitaron su ejemplo, y el niño, que estaba jugando en la casa, era turbado á cada momento por nuevos partidarios del moëmoë.

Así lo requeria la política de Tahofa, y paraque fuese bien consagrada á los ojos de todos, era el primero que se sometia á ello. Es verdad que siendo el Napoleon de la isla, el guerrero mas poderoso y respetado, se resignaba á un ceremonial ridículo y humillante, bien persuadido de que semejantes prácticas ejercen un gran influjo sobre las masas y constituyen la mas solemne de las investiduras. Así que nadie podia ecsimirse de aquel riguroso deber, á escepcion de la touï-tonga-fafine, madre adoptiva del niño, su superior en título. La madre real, hija de Palou y mujer de Tahofa, conservaba el mismo respeto hácia aquel chico. Llegada un poco mas tarde que su marido, ejecutóse inmediatamente y con mucho gusto. Era por lo demas una linda criatura, con el pelo embadurnado de aceite de coco, desnuda hasta la cintura y con un taparabo bastante ancho arrollado en torno del resto del cuerpo (Pl. VI. — 4).

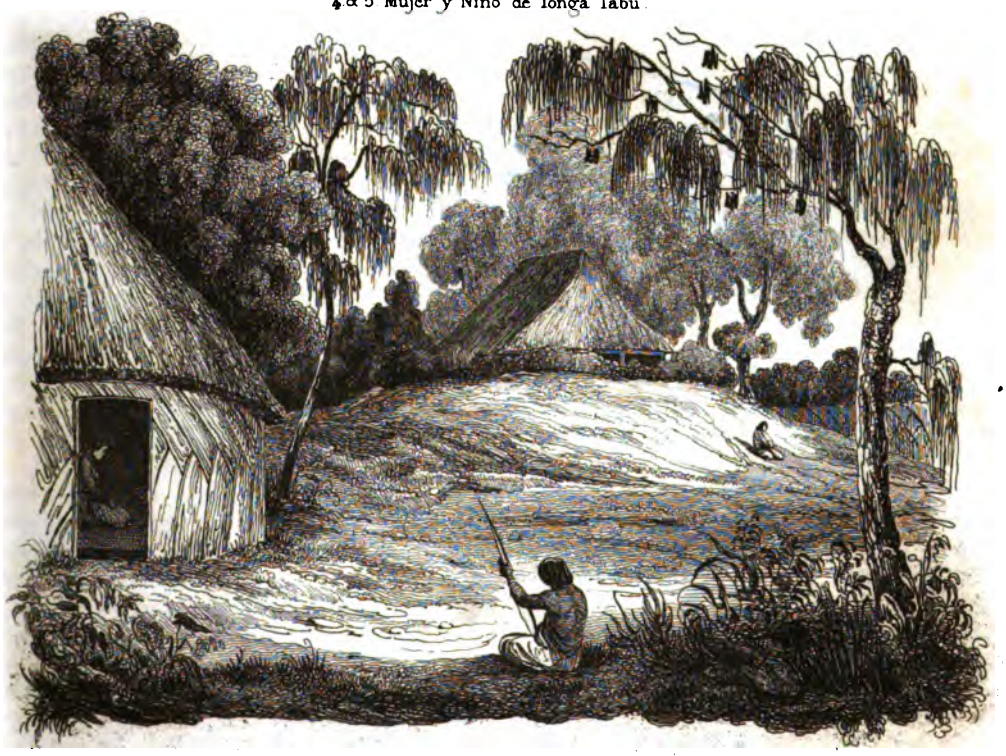
La intencion de Tahofa era pues evidente. Pretendia hacer pasar á Tonga-Tabou de una especie de federalismo republicano á una autocracia relijiosa, y deseaba restablecer un touïtonga cuyas facultades pudiesen sobreponerse á las amilanadas pretensiones de los jefes y de volver la unidad á un gobierno que la habia perdido. Su hijo, la touï-tonga-fafine, sus mata-bulés, su mujer y sus guerreros eran á sus ojos instrumentos adecuados para caminar hácia su objeto con lentitud, pero con seguridad. Todo lo habia calculado y previsto: para desarmar á Palou, el mas influyente de los jefes rivales, habia casado con su hija, por cuyo medio sus intereses pasaron á ser comunes; el estúpido Lavaka y el tímido Toubo no tenian capacidad ni fuerza para oponerle el menor obstáculo. Solo Hata, el jefe de Hifo, Hata, buen guerrero y político hábil, podia resistir á aquel sistema de usurpaciones. Pero Hata reinaba al otro estremo de la isla, tranquilo, dominado de sola ambicion de permanecer independiente, y no tendiendo sus miradas mas allá de su canton de Hifo, anciano por otra parte, y sin otros deseos que la conservacion provisional de las cosas establecidas. Tahofa conocia bien todo esto y no insultaba á nadie. En cuanto á los demas jefes, su influencia era absolutamente nula.

Así que dentro de algunos años sin duda el jóven Tahofa verá revivir para sí, merced á la perseverancia y destreza de su padre, esa dignidad de touï-tonga á la que habia tantos privilejios inherentes. Ningun impedimento local parece deber contrariar este resultado, á no ser la propagacion gradual del cristianismo. Conviértase Tonga á manera de Taiti, y el cargo de príncipe de los sacerdotes, y la ceremonia del moë-moë, y las capillas de los fotouas, y la organizacion política de la comarca, todo desaparece, todo se modifica, todo cambia de tendencia, de aspecto y de forma. Esta ilustracion de familia, imajinada por Tahofa y lentamente preparada por el mismo, hará lugar á este réjimen semi-salvaje, semicristiano, que prevalece en los archipiélagos de la Polinesia oriental. Temiendo esta reaccion, procura Tahofa prevenirla colocándose cual uno de los antagonistas mas antiguos de la nueva creencia, rechazando las declaraciones de los misioneros y poniéndose en estado de perseguirlos apenas tenga atrevimiento para hacerlo. Por lo demas si los apóstoles de Tonga comprenden su papel para con este jefe, se dirijirán á su instinto ambicioso con preferencia á todos los demas resortes; ganarán quizás Tahofa, pero con dificultad podrán convertirlo. Es un hombre que mas caso hará de un cálculo que de una conviccion.

Etaba concluida mi jornada. Como la marea empezaba á declinar, pasé con agua hasta media pierna á la isleta de Oneata á Manima y á Pangaï-Modou, donde vino á encontrarme el

4 & 5. Femme & Enfant de Tonga-Tabou.

4 & 5 Mujer y Niño de Tonga Tabu



6. Tombeaux ou Fai-tokas sur des Terres.

6 Sepulcros o Fai-tokas sobre Collados

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

bote del sloop, y comí á bordo con Singleton, mi guia y mi comensal.

Durante mi ausencia Pendleton habia tenido grandes ocupaciones. La visita de los misioneros, un regalo estraordinario servido á la intencion de su ofa ó amigo Palou habian ocupado todo su dia. El egui estaba tan satisfecho, que al dia siguiente queria devolver fiesta por fiesta, cumplimiento por cumplimiento. Convidóme á asistir tambien á ella y disfrutar toda especie de júbilo y de diversiones. El teniente Raimbow era de los nuestros; pero Philips se quedaba consignado á bordo, pues Pendleton temia siempre una sorpresa. Palou, que era nuestro anfitrion, debia ser reemplazado á bordo por Tahofa en clase de rehen. Tales eran las disposiciones que habian tomado.

A las ocho de la mañana bogábamos hácia Moua en el ballenero. Habiendo costeado Pandgaï-Modou por la parte septentrional, entrámos en el vasto lago que escota el territorio N. de Tonga-Tabou. Este lago ofrece una dulce tranquila navegacion por una ensenada atestada de islas verdes y ribeteada de una diadema de cocoteros. Atracámos una casa, ocupada por largo tiempo por el misionero Lowry, cerca de una vasta higuera que servia de tinglado á las piraguas y al ballenero inglés de Palou (Pl. V.—2).

Palou nos recibió á la puerta de su casa con gravedad y dignidad. Flanqueado de sus mata-bulés, mandó que me sirviesen el inevitable kava, y mientras esperaba el gran banquete, fué libre cada uno á ver lo que quisiese. « Vamos á ver los fai-tokas, me dijo Pendleton, pues Noua contiene los mas hermosos de la isla. » El Inglés Singleton nos guió, y el primero que percibimos era la tumba del célebre Finau, ilustrado por las narraciones de Cook. Monumento rectangular, con piedras puestas de canto y rodeadas de césped, aquel faï-toka dejaba percibir hácia el centro las ruínas de una capilla. El faï-toka siguiente es un mausoleo de familia que contiene los restos mortales de Toubou-Aho, de su hermano Toubo-Malohi y de su hijo Toubo-Toa; á alguna distancia se veía la tumba de Tafoa, abuelo de Mou-Moui y de su hermana Foutchi-Pala. Así es que las notabilidades de la isla se hallaban colocadas una al lado de otra, y aquellos edificios votivos guardaban bajo sus losas la historia del país. Apesar del mayor cuidado, la vejetacion va cobijando cada dia aquellas construcciones, y las malezas atizándolas y corroyéndolas. En algunas de aquellas tumbas se hallaban algunas figurillas; pero, segun ya llevo indicado, no tenian ningun carácter santo ni respetable.

Mas lejos aparecieron los faï-tokas de los Fata-Faïs, los antiguos jefes relijiosos de la isla. Cuidados en otro tiempo con sumo esmero, plantados de árboles magníficos y cubiertos del mas bello césped, aquellos puntos han sido olvidados desde que el touï-tonga abandonó Tonga-Tabou. Todas las casas que rodeaban las sepulturas se van arruinando, y todas aquellas cercas tan bien cuidadas son invadidas por una vejetacion parasita. Algunos monumentos se hallan de todo punto cubiertos de malezas, otros están medio sepultados, y ninguno puede ser descubierto en su conjunto arquitectónico. Uno de los mas bien conservados ofrece una construccion rectangular que sube por escalones hasta un pequeño nicho donde reside el alma del toui-tonga (Pl. VI.—3). Las piedras que adornan aquel altar sepulcral tienen hasta veinte pies de largo sobre seis ú ocho de ancho, y el interior está lleno de tierra y de morrillos. Los mas elevados de aquellos monumentos tienen cinco escalinatas, de suerte que alcanzan unos veinte pies de elevacion. Yo medí un faï-toka que formaba un rectángulo de ciento ochenta pies sobre ciento veinte, y aseguran que la piedra escotada de la cima servia de silla toui-tonga-tafine cuando presidia á los funerales del toui-tonga. Algunas de aquellas tumbas, mas pequeñas que las otras, afectaban una forma óvalo ó elíptica.

Aquellos grandes trabajos de arquitectura que suponen procedimientos bastante avanzados, de estaica de mecánica y de arquitectura, presentan un testimonio irrecusable de una antiquísima civilizacion. Desde la ereccion de aquellas tumbas, aquellos pueblos han ido sucesivamente en decadencia, y sea que se haya perdido el gusto de las artes, ó bien que el entusiasmo relijioso se haya estinguido de todo punto por la emigracion de los jefes del grupo, actualmente ya no se construyen aquellos faï-tokas. El último de los Finau ha transportado á Vaxao, segun dicen, las sepulturas reales, y por su órden construyeron dos monumentos, el uno para el último toui-tonga muerto, y el otro para su padre. Pero en Tonga-Tabou ha pasado ya el tiempo de semejantes inauguraciones. Á los jefes mas ilustres apenas les han elevado algunos pequeños *túmulos* ó grandes rectángulos encespedados y circuídos de masas de coral.

Terminado nuestro reconocimiento, regresámos al domicilio de Palou. El festin estaba dispuesto; se sentaron al rededor de la mesa. Componíase la comida, como siempre, de cerdo asado que constituía la base de todo banquete ordinario, y comímos de él con todo el apetito de unos viajeros que están en ayunas, y sirviéndonos de patatas y de bananas asadas en lugar de pan. Sin embargo Palou nos habia reservado una sorpresa, mandando al mas hábil cocinero de la isla que arreglase una comida digna de la mesa del toui-tonga. Todas las salsas y condimentos indíjenas desfilaron ante nosotros. En

primer lugar nos sirvieron unos waï-oufi, batatas cocidas y desechas en una emulsion de nuez de coco; el *waï-tchi*, especie de jalea hecha con el *ma* y el zumo de la raíz del *tchi*; el *boboï*, otra preparacion de las mismas sustancias; el *lou-lo-lot*, el *lou-effeniou*, hojas de taro calentadas y hervidas con el jugo de la nuez de coco; el *Tao-gouton*, especie de torta hecha con la raíz de mahoa y la raíz de coco; el *ve-halo*, preparacion de nueces tiernas de coco cocidas en su lecho; en fin el *aoutaï*, el interior de las nueces tiernas de coco, el zumo de la raíz del tchi, mezclados con leche de coco, etc., etc.

Todos estos platos estaban arreglados sobre hojas de banano. Cada uno recibia su porcion correspondiente y comia de ella sin ofrecer á nadie. Varios criados presentaban á los convidados horteras llenas de agua pura ó de agua de coco, y para agasajarnos mejor, el digno Palou sacó aquel dia una botella de rom añejo, presente de algun Europeo; pero fué tan reservado en su liberalidad, que solo lo ofreció á Pendleton y á mí.

Concluído el festin, Palou nos dejó libres, y por consejo de Pendleton fuímos á visitar la tamaha. Era una hermana del touï-tonga espulsado, y apesar de este ostracismo, considerada todavía como una de las primeras autoridades de la isla. Representaba sola la noble y poderosa familia Fata-Faii; su nombre particular era Paka-Kana, y habitaba una deliciosa casa, situada en la orilla del mar, en la pequeña aldea de Palea-Mahou. Recibiónos en ella rodeada de sus mujeres y de sus parientes, seductora todavia, con un rostro verdaderamente distinguido, de afable bueno y comunicativo (Pl. IX. — 2).

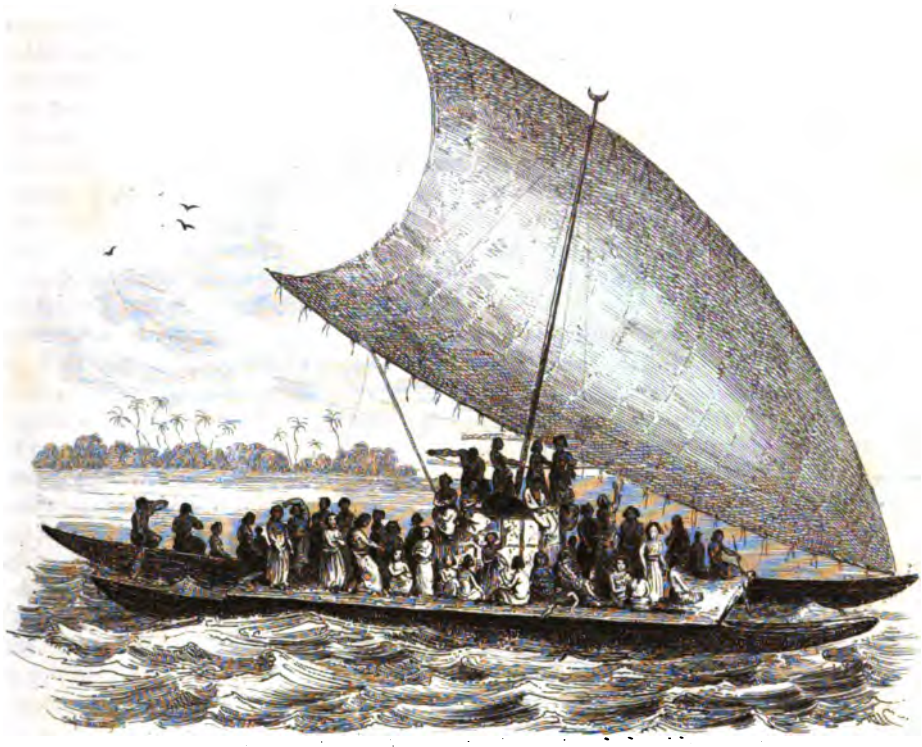
El tamaha tenia entonces mas de sesenta años. Habia visto y conocido á todos los navegantes que habian concurrido á aquellos parajes, y se acordaba de Cook, de Wallis, de Lapérouse, de Bligh y de d' Entrecasteaux. Tres años antes habia recibido la visita del capitan d' Urville que á sus revelaciones preciosas debió saber que Lapérouse, antes de perderse en los arrecifes de Vanikoro y algunos dias despues de su salida de Botany-Bay, habia anclado en Namouka. La reina viuda nos confirmó esta particularidad, á la que agregó la historia de la lucha de los Franceses contra los isleños, diciendo con la version indijena que el Francés habia sido muerto por haber faltado á la buena fé de una permuta.

Al lado de la tamaha se hallaban dos de sus hermanos segundos y un hombre mas jóven llamado Latou, hijo de su hermano mayor, por cuyo título, apesar de ser mas avanzados en edad, estos últimos debian sujetarse al homenaje del moë-moë.

Al volver de la casa de la tamaha, y cerca de la fuente del touï-tonga, percibimos un árbol monstruoso llamado en el país *mea*, perteneciente al jénero ficus. Crece en la orilla misma del mar sobre el cual estiende una parte de sus ramas, de suerte que lo sombrea hasta cierta distancia de la playa. Este jigantesco mea es casi un bosque: elevado medianamente, su enorme tronco parece compuesto de muchos tallos distintos que gradualmente se han ido reuniendo. Único ó múltiplo, este tronco no tiene menos de cien pies de circunferencia segun la medida del capitan d' Urville. El árbol puede tener ciento y veinte pies de elevacion, y una de las ramas que penden sobre el mar tiene diez y ocho pies de circunferencia, cuya última circunstancia parece una prueba manifiesta en favor de la hipótesis de un tronco único (Pl. IX. — 3).

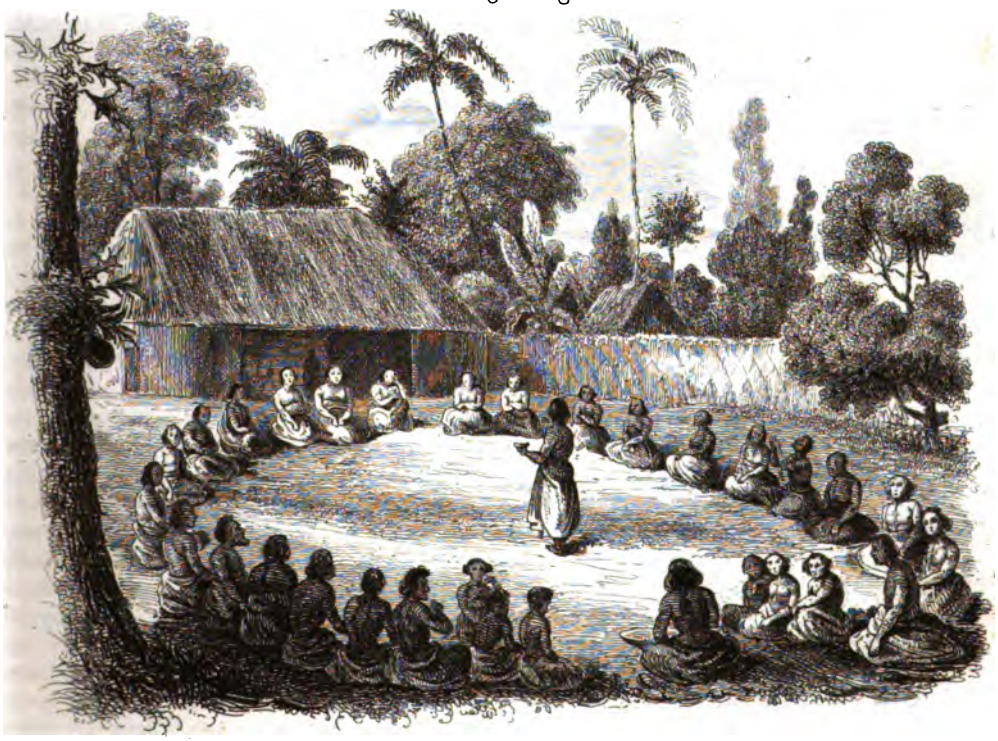
Este árbol estaba consagrado especialmente al touï-tonga, jigantesco como el poder de aquel jefe relijioso. Este dignitario, despues de la coronacion iba á sentarse bajo su sombra, donde se celebraba el ceremonial prescrito, rodeado de sus oficiales mientras que la touï-tonga fafine se purificaba en una fuente de las cercanías, asistida por algunas de sus camaristas. Ningun individuo podia bañarse en aquel manantial bajo pena de muerte, pero actualmente está ensuciado, de suerte que ya no es honrado por la presencia del touï-tonga.

De vuelta á la aldea de Moua, recorrimos las casas donde trabajan las mujeres en la confeccion de las telas. Las unas sacaban diestramente la corteza de las jóvenes varillas del *broussotenia* y la limpiaban con la concha de la almeja, otras la doblaban en un sentido opuesto á su comba natural y la hacian macerar en el agua. En otras partes la estendian sobre un tronco de árbol que servia de mostrador y la batian con una pequeña maceta prismática de cuatro caras, ora tersa, ora guarnecida de encajes. De cuando en cuando replegaban la materia sobre el mostrador para batirla y estenderla de nuevo, y cuando se hallaba al grado de finura y consistencia necesario, la hacian secar. La lonjitud de las piezas nos pareció de cinco á seis pies sobre una anchura menos de la mitad; pero se encuentran otras mucho mas grandes. En el estado natural, la tela es blanca; necesitan otros procedimientos para barnizarla y teñirla, lo cual se practica colocándola sobre una vasta plancha guarnecida de una capa de sustancias fibrosas muy cerradas. La trabajadora moja un trapo en un baño de tinte de la corteza del koka, y lo pasa sobre la tela, que toma un color moreno y lustroso. La operacion continua hasta teñir toda la pieza, y ordinariamente se deja sin teñir una orilla en cada uno de los bordes y otra mas ancha todavía en las dos estremidades. Para obtener el color negro, los naturales mezclan el hollin que sacan de la nuez oleosa del *toui-toi* ó *aleurites triloba* con el jugo del



3. Grande Pirogue de guerre.

3 Gran Piragua de guerra.



4. Une Famille.

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

koka. Las telas fabricadas de esta suerte son muy superiores á las de los Taitios por su solidez y su buen tinte: así que en los viajes de Cook las emplearon los Ingleses como artículo de trueque con los otros Polinesios.

De esta suerte pasaba de una á otra casa procurando informarme por mí mismo de las costumbres de aquel pueblo, de sus usos, de su vida doméstica y de sus ocupaciones industriales. A cada paso llamaba mi atencion alguna particularidad; aquí una madre rasurando la cabeza de su hijo con un diente de tiburon, tan bien como podria hacerlo un barbero oriental con su instrumento; allí un pequeño kava de familia; un poco mas allá una ratonera; en otra parte una fabricacion de redes para la pesca; y por do quiera objetos curiosos y dignos de atencion. En jeneral las mujeres me parecieron mas reservadas y mas castas que en los archipiélagos visitados hasta entonces, pues aunque no resistian sin duda al ofrecimiento de una dádiva europea, tampoco se anticipaban á verificarlo. Un temor saludable les inducia á abstenerse, pues sabian por frecuentes esperiencias la ponzoña que los marineros de Europa habian importado á la Polinesia. Por consiguiente desconfiaban y retrocedian ante aquellas terribles cuitas.

Como todos los viajeros, no tardé mucho tiempo en conocer que la mayor parte de aquellos isleños tenian mutilado el dedo pequeño; raras veces habian conservado todas sus articulaciones. Este habia perdido una falanje, aquel dos. Esta operacion tan estraña, denominada *toutou-nima*, es muy comun en el país, y se practica cuando está enfermo un pariente cercano; por cuanto se cree que este sacrificio debe desarmar la cólera del dios y producir la curacion. Yo fuí testigo de uno de estos sacrificios en casa de un moribundo. Los niños, desconsolados á su alrededor, procuraban al parecer calmar sus intensos dolores, y una niña de siete años provocaba con el jesto á un jóven armado de un hacha queriendo que la amputase al instante mismo para salvar á su padre. El operador obedece, dispone sobre un tajo el dedo de la paciente y corta de un golpe la primera falanje, que salta á lo lejos. La niña no da el menor quejido: únicamente para contener la hemorragia espuso al instante su dedo al vapor de cierta yerba inflamada, pues por lo comun estas llagas así cuidadas curan al cabo de dos dias.

Semejantes sacrificios pueden tener lugar en la grave enfermedad de un pariente cercano, y despues de las dos primeras falanjes de cada dedo pequeño se pueden ofrecer las falanjes de los dedos siguientes. Por lo demás esta operacion es la cosa mas comun y la mas sencilla entre los isleños, de suerte que dan una á una sus articulaciones sin el menor sentimiento ni quejido. Antes de conocer el acero se servian para estas amputaciones de una piedra ó de un marisco de harpon aguzado.

A mayor distancia sobre el malaï de Moua, ví dos eguis que jugaban con encarnizamiento al *leagui*. El leagui es la distraccion favorita de los jefes, tanto que el grave Palou estaba fanático por este juego. Hallándose á bordo en clase de rehen, esgrimia la espada desde la mañana hasta la noche con su mata-bulé, obligado á hacer eternamente su partida. El leagui consiste en lo siguiente: los dos jugadores se colocan en frente uno de otro con cinco maderos cada uno en la mano izquierda. El que principia hace de la mano libre uno de estos tres jestos, á saber, levantar la mano abierta, ó bien cerrada, ó todavía cerrada teniendo solo el índice levantado. El otro debe al instante repetir el mismo jesto, y si no cumple pierde un punto, pero si lo hace perfectamente le toca jugar. A cada punto perdido se desprende de un madero, y los cinco puntos componen la partida. A veces el leagui se hace á cuatro, y cada uno juega con el que tiene al frente. Por lo dicho se ve que este juego tiene una grande analojía con la *morra* de los Provenzales y de los Napolitanos.

Por lo demás, no es este el único punto de semejanza que las costumbres de Tonga guardan con las de nuestros meridionales. El *fana-kara* es una especie de caza á favor de añagazas atadas por la pata. El cazador tonga se aposta con su arma en una enramada, á través de la cual puede distinguir la caza que se presenta. Por la superficie de este follaje dispuesto adrede hay un pájaro macho de la especie llamada *kalaï* suerte de gallineta, atada un lazo por la pata. El pájaro se ajita y bate las alas, mientras que, colocada en una jaula en medio de la espesura, la hembra responde el reclamo del macho. A este canto conocido acorren otros kalaïs, y el cazador oculto los mata á flechazos ó á fusilazos.

Mientras que yo continuaba en la aldea este curioso ecsámen de usos y costumbres estrañas, Palou nos preparaba una fiesta con todas las reglas, y cuando yo fuí á tomar el puesto de honor que me habian reservado, hallábase agolpada en el malaï una multitud numerosa.

La primera diversion tuvo un carácter belicoso. Unos treinta guerreros armados de clavas llegaron al recinto donde evolucionaron con órden y ajilidad, y en seguida se retiraron alineándose en cada lado de la escena. Entonces salió de uno de los dos campos un campeon que retó al enemigo: presentóse un mantenedor y la pareja vino á las manos. De esta suerte se fué empeñando toda la multitud de una á otra pareja, y el vencedor iba cada vez á prosternarse

ante Palou, volvia á levantarse y se alejaba. Algunos ancianos, especie de jueces del campo, proclamaban el triunfo de los atletas, y la asamblea acojia sus nombres con transportes de entusiasmo.

Los intermedios de aquel torneo se empleaban en escenas de pujilato y de lid que solo servian para distraer la concurrencia. Una cosa sobre todo llamaba la atencion en aquellos diversos combates, tal era el buen humor de los antagonistas; pues estaban sonriéndose sin cesar, sin embargo que á veces recibian acerbos trompazos y se retiraban de la liza llenos de sangre. No importa, continuaban riendo, y por su parte los vencedores no afectaban un aire jactancioso, pues gozaban modestamente de su gloria sin prevalerse de ella con esceso.

Un espectáculo menos edificante fué el que ofrecieron dos marimachos que principiaron la lid dándose fuertes puñetazos con las manos guarnecidas con una especie de cesto (Pl. III. — 4). La lucha no duró mas que un instante, porque la una de las cambatientes se declaró vencida, y la otra fué saludada por las aclamaciones de la multitud. A la lucha se sucedieron los bailes. Palou dió órden de ejecutar un *heiva*, por lo que la arena quedó convertida en una sala de baile. Presentáronse veinte músicos con sus correspondientes pedazos de bambú, y para marcar el compás batian la tierra con este bambú que producia un sonido tanto mas grave, cuanto mas largo era el palo. Otros tres músicos batian con vivacidad sus *nafas* formando una especie de contraste haciendo un sonido vivo y ruidoso. Estos nafas consisten en una especie de tambores de una sola pieza de madera, de dos á cuatro pies de lonjitud sobre una densidad proporcionada, medio escotados por una rendija central que ocupa los dos tercios de su lonjitud. Los naturales baten estos instrumentos con dos palillos de una madera dura, cilíndricos y de dos pies de largo. De los veinte músicos, la mitad solamente tenian bambúes y nafas, el resto se componia de cantores.

Principió el baile. Entraron en escena cuatro grupos de doce hombres empuñando cada uno una pequeña pagaya de madera delgada y lijera con la que ejecutaban elegantes y curiosas figuras, ya asestándola á derecha é izquierda é inclinando el cuerpo hácia la misma parte y pasándola rápidamente al otro, ya haciéndola volar de mano en mano con una rapidez prodijiosa. Grave y seria al principio, la danza se animó por grados; los mismos bailarines principiaron á cantar y el coro de los músicos repetia su recitado; por último en un *tutti* final, actores, músicos y público confundieron sus voces aturdidoras.

Las cuatro parejas de bailarines ejecutaron otras figuras, ora unidas, ora separadas. Mezcláronse, confundiéronse, cambiaron de puesto, dividiéronse de nuevo, dieron algunos pasos, se acercaron, se apartaron y terminaron finalmente por una especie de ronda.

En el segundo baile, la orquesta se componia de dos tambores y de unos veinte músicos. Los actores estaban dispuestos en dos filas: la una compuesta de trece individuos, la otra de cinco solamente. El hijo primojénito de Palou, jóven de gallarda presencia, llamado Kanon-Gata, ocupaba como puesto de honor el centro de la primera linea. Aquella nueva pareja bailó y recitó cantos por espacio de un cuarto de hora. El movimiento variaba de un instante á otro, y el compás rápido y ruidoso. Los bailarines lo seguian con una precision tal, que no parecia sino que todos aquellos cuerpos estaban rejidos por la misma voluntad. Despues de aquel grupo de bailarines apareció una tercera cuadrilla que se colocó en tres lineas: uno de los actores recitó un prólogo, al que contestaban sus camaradas, como en los intermedios del teatro griego, y en seguida toda la multitud alternó con la orquesta cantando estrofas cadenciadas. En ciertos pasajes ajitaban sus pagayas de mil maneras graciosas y rápidas, á lo que contestaba la asamblea con los gritos: *malie! malie! faï-foqui!* (¡ bien! ¡ bien! perfectamente!) Despues de algunos pasos y algunas nuevas evoluciones, aquellos actores fueron á su vez á alinearse en los lados del teatro.

Los diversos bailes ejecutados hasta entonces eran conocidos bajo el nombre jenérico de *meitaou-pagui*, porque se ejecutan con pagayas llamadas *pagui*. Mariner cree estas diversiones orijinarias de las islas Niouha, pero la corografía de Tonga-Tabou no era menos célebre ni menos variada. Fuímos á ver los *bou-meï* ó bailes nocturnos que son de pura tradicion indijena. Eran las ocho de la noche, y en breve todos los ángulos del malaï fueron guarnecidos de hachas encendidas.

Empezó la orquesta conciliando como siempre los sonidos dulces y lentos del bambú con las notas penetrantes de nafa, de cuyo contraste resultaba una armonía imprevista y salvaje. A su llamada se presentaron veinte mozas lindas, medio desnudas, con el pelo guarnecido de rosas de la China y otras flores encarnadas, y con la cabeza y el cuerpo adornados de guirnaldas y de hojas. Colocadas al rededor de los músicos, estas comparsas cantaron arias melancólicas y tiernas, acompañándolas con jestos graciosos, levantando sus manos sobre sus cabezas ó apoyándolas sobre sus desnudos pechos. Por intérvalos saltaban sobre un pie y se retiraban dulcemente imitando la ondulacion de las holas. En seguida se dirijieron al lado de los espectadores, se encaminaron hácia nosotros á paso lento, y se det-

vieron á alguna distancia. Dos de ellas se separaron y en sentido opuesto dieron la vuelta á la escena hasta volverse á juntar. Las otras las imitaron, y en seguida todas se apiñaron en corro al rededor de los músicos. Entonces las figuras fueron animadas: era como una seguidilla despues de un minué; las corifeas daban piruetas sobre sí mismas palmoteando, haciendo crujir sus dedos y cantando de nuevo. El canto se iba amortiguando á medida que los movimientos eran mas rápidos y mas vivos: los jestos, de decentes que fueron hasta entonces, tomaron gradualmente un carácter mas licencioso; era el *bou-meï*, danza nocturna, ecsactamente parecida á la que vió y describió Cook (Pl. IV. — 1).

Despues de aquellas bayaderas se presentaron unos quince hombres, los unos jóvenes todavía, pero los otros ya maduros, bien que no menos lijeros y no menos robustos que los otros. Aquella nueva cuadrilla repitió á poca diferencia los mismos pasos que las mozas, apiñándose en dos secciones al rededor de la orquesta., de manera que la una miraba á derecha y la otra á izquierda. Cantos, jestos, ondulaciones, todo fué reproducido con un carácter mas enérjico y mas marcado. La aceleracion del movimiento final fué tan grande, que todos los espectadores estábamos sorprendidos y casi jadeando.

No habíamos llegado todavía al fin de nuestras diversiones. Palou rivalizaba con todos los demas; queria agotar el catálogo de las fiestas indíjenas. Al baile sucedió la comedia. Presentábanse en la escena doce hombres, el uno actor principal, los otros coristas; el primero entonaba, y los otros respondian. En seguida se presentó la intriga de una escena bastante inintelijible. Habiéndose sentado en frente de nosotros nueve mujeres, se levantó un hombre, y con ambas manos descargó un golpe sobre la primera, despues sobre la segunda, y la tercera. A la cuarta descargó el golpe sobre el pecho, lo que visto por uno de los espectadores, asió de su macana y asentó una descarga tan violenta sobre el cráneo del corrector que lo tendió en el suelo. Sacáronle sin moverse, y otro isleño acabó la correccion de las otras cinco mujeres pegándolas en la espalda. Tras estas borrascas principiaron á bailar, pero bastante mal, á lo que me pareció, porque las hicieron la afrenta de hacerlas principiar de nuevo.

Aquella escena estraña y brutal fué interrumpida por la llegada de un bufon cuyas pantomimas pusieron la concurrencia de buen humor. Por la palabra *iou-roupi*, que se tomaba en boca muy á menudo, y por varios jestos dirijidos hácia nosotros, fácilmente podíamos comprender que agotábamos el númen de aquel belitre y suministrábamos nuestro continjente á la risa de la multitud.

Seria sobrado prolijo referir todos los juegos y bailes: los actores y las actrices formaban círculos distintos y concéntricos, ensortijándose y deshaciéndose, arrollados como largas culebras y descomponiéndose siempre con órden y armonía. Llegué al último baile, baile el mas aristocrático, en el que Palou no desdeñó mezclarse con sus matabulés y los eguis presentes. El grupo de las figuras era casi el mismo, pero el personal de los figurantes habia variado totalmente. Y no es porque fuesen menos listos ni menos hábiles que los primeros; al contrario desplegaban una vivacidad tal y una flecsibilidad tan grande ajitando sus cabezas de una á otra espalda, que hubieran podido creerse sus miembros dislocados como los de nuestros titiriteros. Despues de ellos se adelantó un actor cantando un recitado, pero con jestos mucho mas refinados y posiciones mas espresivas todavía: un estranjero hubiera podido reconocer y saludar en aquel hombre el mejor artista de toda la isla. Las nobles comparsas tenian tambien un talento mucho mas relevante que los figurantes vulgares: era la última espresion delante tonga, el baile y el canto modelos. El grueso y macizo Palou quedaba satisfecho como el que mas de aquel divertido ejercio: anegado de sudor, con la vista animada, con el pecho jadeando, parecia retar á los mas jóvenes y á los mas ájiles. Por su parte la asamblea saludó al digno egui con unánimes y estrepitosos aplausos.

Eran las once de la noche: Pendleton me habia dejado, pues las fiestas parecian no hacerle olvidar su *Oceánico*. Cené pues con mi huésped Palou y me compuse del mejor modo posible para pasar la noche sobre una estera. Únicamente en vez de la almoadilla de madera que sirve de cojin á los isleños, tomé mi correspondiente mochila y descansé en ella mi cabeza. Apesar de la fatiga y de algunos músticos bastante incómodos, pasé una noche tranquila, y dormí como en mi catre de bordo. Los guardias de corps de Palou estaban roncando á mi lado, y el egui descansaba en su harem, del que nos separaba un tabique de esteras.

Al amanecer del dia siguiente tuve que sujetarme á un kava, despues del cual hizo Palou armar la piragua para conducirme de nuevo á bordo. Las órdenes fueron ejecutadas con lentitud y desidia; no parecia sino que los gondoleros buscaban un pretesto para diferir la marcha. En vano reiteré mis instancias á Palou por medio de Singleton, pues nada podia conseguir; buscábanse efujios y no partíamos. Yo no estaba inquieto, porque Pendleton no debia hacerse á la vela hasta el dia siguiente; pero empezaba á incomodarme. Poco á poco llamó mi intencion una grande afluencia de naturales; el baile de la víspera justificaba la presencia de una

multitud de hombres y mujeres: pero todos los que veíamos eran guerreros parecian marchar por grupos con una especie de disciplina y armados de macanas por la mayor parte. En breve la ensenada de Moua se cubrió de piraguas que se internaban en alta mar.

Entonces fué cuando empezé á temer alguna perfidia. Los antecedentes de los naturales, sus versátiles disposiciones, la sorpresa de embarcaciones aneladas en sus mares, la guerra reciente del *Astrolubio*, todo me vino á la imajinacion, y comprendí que era preciso obrar con alguna decision. Cojiendo á Singleton por el pescuezo: «Sois un traidor? le dije. — ¡Yo, caballero! ¡oh! ¡no! no. ¡Dios me libre de serlo! — Pues en este caso, añadí, ¿qué viene á ser esa demora y ese movimiento de guerreros? — Esto es lo que me admira sin poder acertar la causa, tal vez hay en esto alguna traicion. — ¡Pues bien! vamos á ver á Palou, traducidle mis palabras.» El jefe se encaminaba hácia la playa, pero yo le interpelé con tanto vigor, que al fin cedió; armamos la piragua y nos emmaramos. Era tiempo aun, el *Oceánico* acababa de despedir un cañonazo, y despachó una canoa armada montada por el mismo Philips para salir á mi encuentro.

Iba á levantarse la áncora. Esta determinacion habia sido tomada por la madrugada, por cuanto habiéndose salvado á nado el reben Tahofa abandonando el *Oceánico* antes de amanecer, sin duda habia ido á combinar una insurreccion. De todas las abras de la isla salian grandes piraguas armadas en guerra, que parecian obrar de comun acuerdo. Palou, segun las órdenes del jefe de Bea, debia retenerme prisionero; pero habiendo tenido en ello algun escrúpulo, me entregó á Philips y se alejó sin entrar en nuevas esplicaciones. Singleton fué el único que se despidió de mí añadiendo: «loado sea Dios.»

Pasamos á bordo sin pronunciar una palabra, hizóse el bote y se levó la áncora. Era tan visto el sloop y la tripulacion tan vijilantes que no tuvimos necesidad de echar mano de la violencia. Antes que no se hubiesen reunido las piraguas coligadas, habíamos salido ya del canal, y Tahofa desplegando sus velas á la brisa de S. E. y sustrayéndodose como por encanto al ardid de traiciones imponentes.

CAPITULO XXI.

ARCHIPIELAGO DE TONGA. — JEOGRAFIA.

Si hubieran de contarse todas las islas é islotes del archipiélago de Tonga, casi llegarian á unas ciento, en su estension de doscientas millas de N. á S. sobre una anchura media de cincuenta á sesenta, es decir, desde los 18° á los 20° lat. S. y desde los 176° á 178° loj. O.

El archipiélago debe sin embargo dividirse en tres distintos grupos: las islas Tonga propiamente dichas situadas al S. las islas Hapaï en el centro; las islas Hafoulou-Hou al N. y además algunas islas que se hallan desperramadas.

La mas meridional de estas tierras es Eoa, descubierta en 1643, por Tasmán, que la denominó Middelburgo. Es una tierra de mediana elevacion, bastante poblada, con once millas de N. N. O. al S. S. E. sobre seis ó siete de ancho. Forster, que recorrió Eoa en 1773, hace un brillante cuadro de sus campiñas y de las costumbres hospitalarias de sus moradores; pero como carece de buenos surjideros ha sido poco visitada desde Cook. Eoa estaba sujeta en otro tiempo á las autoridades del touï-tonga; pero desde que esta potencia fué conquistada, obedece á un jefe particular. La cima de la isla está situada á los 21° 25' lat. S. y á los 175° 17' lonj. E. Á algunas millas S. O. se encuentra un islote llamado Katao.

Tonga-Tabou, metrópoli del archipiélago, es una tierra fértil, poco elevada, pero cubierta de una rica vejetacion. Fué descubierta por el mismo Tasmán que la llamó *Amsterdam*. Tonga-Tabou tiene diez y ocho millas de E. al O. sobre doce de ancho. Escotada fuertemente por un vasto lago, afecta la forma de un creciente irregular. Toda la parte septentrional está acompañada además de un inmenso arrecife, cubierta de verdes islotes, siendo los mas notables Atata, Pangaï-Morou, Oneata, Nougou-Nougou, Tafaa, Malinoa, Onevaï, Nogou y Taou. En el interior de aquellos rompientes hay ancladeros bastante seguros; pero su entrada es dificil y sumamente peligrosa. En frente del canalizo del E. y desprendido de todo punto de Tonga-Tabou, hay una isleta baja, llamada Eoa-Tchi, de una ó dos millas de lonjitud.

El agua dulce es rara en aquella isla enteramente llana, pero ahondando á cierta profundidad se halla agua potable. La flota del país es rica, conserva alguna analojia con la flota melanesia y comprende especies que no se hallan en la Polinesia oriental.

Las principales divisiones de la isla eran antiguamente: Hifo al O., Moua al centro, Hagui al E., y Lego, nombre colectivo para todo el S., parte inculta y menos habitada; pero desde la espulsion del Touï-Tonga, estas divisiones antiguas han desaparecido enteramente. Cada distrito tiene su jefe, y estos jefes se entienden entre sí, de suerte que viven en buena armonía. La poblacion de la isla ha sido estimada de diversos modos: el inglés Singleton la evaluaba en veinte mil almas; el capitan d'Urville en quince mil, y el capitan Valdegrave en doce mil. Los misioneros contaban cuatro mil natura-

les en solo el distrito de Hifo; pero lo que hay de positivo es que Tonga-Tabou puede tener cinco mil guerreros en campaña. El fondeadero de Pangaï Modou está situado á los 21° 8' lat. S. y á los 177° 33' lonj. O.

A veinte y cinco millas N. de Tonga-Tabou, ecsisten los dos escollos HOUNGA-TONGA y HOUNGA-HAPAÏ, distantes dos millas uno de otro, especie de fasos que señalan la grande isla. Nidos de buitres inaccesibles y elevados erizados de malezas en su cúspide. Como las islas volcánicas de KAO y TOFOUA, estos recodos sirven de reconocimientos útiles á la navegacion de aquellos parajes. El islote del S. está situado á los 20° 36' lat. S. y á los 177° 44' lonj. O.

Hemos llegado ya al grupo Hapaï, de sesenta millas de largo de N. N. E. á S. S. O. sobre una anchura de veinte y cinco á treinta millas. Este grupo se compone de islas bajas, enlazadas entre sí por una cadena no interrumpida de arrecifes. Esta multitud de islas reconocia antiguamente la autoridad de Touï-Tonga; pero actualmente cada una de ellas tiene su rey particular con un gobierno distinto del de la metrópoli. El cristianismo, segun aseguran, se halla en un estado floreciente y progresivo. Estas islas, enteramente fecundas y arboladas, están mas ó menos pobladas, y se distinguen entre sí.

LEFOUGA, la principal del grupo, capital del reino de Fina, isla de seis millas del N. N. E. al S. S. O. sobre tres millas de ancho. Está situada á los 19° 50' lat. S. y á los 176° 49' lonj. O.

NAMOUBA, descubierta en 1643 por Tasmán, que la denominó *isla Rotterdam*. Ya hemos visto ya cuan rica era en campiñas deliciosas, tiene diez ó doce millas de circuito y está situada á los 20° 15' lat. S. y á los 177° 19' lonj. O.

Vienen en seguida FOA, WIHA, HAANO, NINIVA y FOUTOUNA, pequeñas islas bajas y selvosas, de una estension variable de cuatro á siete millas de circuito. El resto se compone de islotes, sin importancia.

La poblacion del grupo Hapaï no puede evaluarse de un modo determinado; pero segun el estado del ejército con que se embarcó Finau para someter Tonga-Tabou, puede calcularse en diez mil almas, entre las cuales se comprenden las localidades siguientes:

TOFOUA descubierta en 1774 por Cook, que la vió de nuevo en 1777, y encontrada por Maurelle en 1781, quien la denominó *San Cristóbal*; y en fin por Laperouse, Bligh y Edwards. Esta isla es alta, selvosa, poblada, y coronada de un volcan en actividad. La isla suministraba antiguamente á todo el archipiélago los basaltos y las ocsidianas que los isleños aguzaban para instrumentos cortantes. Tofoua era una tierra sagrada, residencia de los dioses marinos, por cuyo motivo creian los naturales que los tiburones respetaban á los individuos que se bañaban en sus costas. Mariner, que ha visitado el volcán le dá treinta pies de diámetro: sus erupciones, mas ó menos frecuentes, tienen lugar tres veces por semana ó dos veces por mes. La ascencion del pico es muy difícil á causa de las piedras que cubren sus flancos.

Bligh abortó en Tofoua con su chalupa cuando la sublevacion lo arrojó de su buque. En lugar de suministrarle víveres, los naturales se mostraron dispuestos á usar de violencia con él, por manera que quisieron arrebatarlo á él y á sus camaradas. Con mucha dificultad, y despues de haber dejado en su poder un marinero, pudo Bligh salvarse. Este pobre marinero fue asesinado inmediatamente y arrastrado hasta el vecino malai para sepultarlo. Cuando Mariner pasó por Tofoua, le indicaron el sitio donde se habia consumado aquella atrocidad, y los naturales añadieron que por todos los puntos donde habia sido arrastrado el cadáver del Inglés, secó la yerba sin reverdecer jamás. Tofoua tiene doce millas de circuito, y está situada á los 19° 46' lat. S. y á los 177° 33' lonj. O.

KAO, descubierta en 1774 por Cook, y visitada por el mismo en 1777: en 1781 por Maurelle, que la denominó *Monte hermoso*, y por Laperouse en 1787. Esta isla es muy elevada, populosa; de nueve millas de circuito, y está situada á los 19° 42' lat. S. y á 177° 30' lonj. O.

LATAÏ, descubierta por Maurelle en 1751, y reconocida en 1787 por Laperouse, y en 1791 por Edwards, que la llamó *Isla Bickerton*. Es tambien una tierra elevada, poblada casi circular, de seis á siete millas de circumferencia, y está situada á los 18° 47' lat. S. y á los 177° 30' lonj. O.

El último grupo de este archipiélago es el de Hafoubou-Hou, que se compone de las dos grandes islas de Vavao y de Pangaï-Modou y de unos diez islotes apiñados al rededor.

VAVAO, descubierta en 1781 por Maurelle, que la tituló *Maiorga*, visitada por Laperouse, por Edwards, que la llamó *isla Howe*, y por Alalespina. Esta isla, la mayor del archipiélago tiene veinte millas de N. N. E. al S. S. O. sobre diez á doce millas de ancho. Como que en Tonga-Tabou, un brazo de mar que entra en las tierras y las sesga, determina buenos fondeaderos. Vavao presentó paisajes deliciosos, pero el interior, visitado por el capitan Valdegrave, ofrece segun este marino, partes enteramente incultas, cubiertas solamente de troncos de árboles de albooles, de batatas silvestres y de bejucos sarmentos. Está mucho menos poblada que Tonga-Tabou. La base de la isla es madrepórica, bien que no dejan de percibirse vestijios de la accion del fuego. Esta isla tenia antiguamente sus jefes par-

ticulares, que reconocian la supremacia del Toï-Tonga; pero á principio de este siglo fué conquistada por Finau I, que la agregó á su reino de Hapaï. Su hijo Finau II renunció á la posesion de estas últimas islas y se contentó con la soberanía de Vavao. En 1830, Valdegrave la halló gobernada todavía por un jefe absoluto llamado Finau, jóven de treinta años, hijo ó sobrino sin duda de Finau II. Este navegante evalúa la poblacion de Vavao en 6.000 habitantes; pero otros la juzgan mas considerable. El centro está situado á los 18° 41' lat. S. y á los 176° 20' lonj. O.

Pangaï-Modou es una isla de siete á ocho millas de lonjitud, pero estrecha y separada de Vavao por medio de un canal angosto que ofrece buenos fondeaderos.

Entre las isletas que circundan Vavao deben citarse Taonga, Leka-Leka, y especialmente Hounga, célebre por haber sido antiguamente el retiro de una pareja amorosa, perseguida por un jefe cruel. Es una gruta de cuarenta pies de elevacion y de una anchura casi igual, pero en la que solo puede penetrarse por una abertura de 8 á 9 pies de lonjitud, situada á muchos pies bajo el nivel del mar. Actualmente es un local en el que se celebran las grandes francachelas de kava.

A alguna distancia N. O. de Varao se encuentra Amargura, la última de las islas que comprendemos en el archipiélago Tonga. Es una tierra elevada, habitada, poco estensa y descubierta en 1781 por el Español Maurelle, que le aplicó el nombre susodicho y visitada en 1791 por Edwars que la apellidó *Gardner*. Ignórase su nombre indíjena, y está situada á los 17° 57' lat. S. y á los 177° 20' lonj. O.

Algunos jeógrafos han reunido tambien al archipiélago Tonga la isleta de Pylstart, situada á mas de treinta leguas S. de Tonga-Tabou, tierra alta y selvosa, de tres ó cuatro millas de circuito. Fué descubierta en 1643 por Tasmán, y visitada por Cook en 1773, y en 1781 por Maurelle, que la denominó *la Soba*. Creyósela inhabitada hasta en 1819 en que Freicinet la costeó desde muy cerca, y observó en la playa algunos naturales y piraguas. Aquellos hombres pertenecian sin duda á la raza Tonga: quizás solo eran pescadores de paso ó navegantes desviados de su rumbo por brisas contrarias. La isla está situada á los 22° 30' lat. S. y á los 178° 24' lonj. O.

El archipiélago de Tonga forma al O. en el límite de la Polinesia. Á alguna distancia O. se halla el grupo Vit, primera tierra Melanesia, bien que allende se encuentra de nuevo el tipo Polinsio, como verémos mas adelante. Revelase sobre todo en algunas de las Nuevas Hébridas, en las isletas Rotouma, Tikopia, Duff, etc, pero solamente por pequeñas pueblas y con todos los caracteres que manifiestan una emigracion. En esta zona prevalece y reina la raza melanesia que ocupa todas las grandes islas del occidente, hasta que se echa de ver la rasa malaya. Vecinas de las islas Viti, las islas Tonga, mas bien les han dado que recibido de ellas, puesto que han medio civilizado á aquellos barbaros sin contaminarse de barbarie. El tipo Viti ha sido denominado por el tipo Tonga.

El archipiélago Tonga, y especialmente la isla Tonga-Tabou, situada en los confines de la zona tórrida, goza de una temperatura igual y templada. En los meses de abril y de mayo el termómetro se mantenia á bordo del *Astrolabio* entre 23° y 26°, y el calor era muy morijerado por el soplo de las brisas regulares. En sentir de los misioneros el ambiente de esta isla es puro y saludable; en invierno, cuando los vientos soplan del S. el clima es casi frio.

Los alisios de estos parajes son el S.S.E. y el E.S.E. Sin embargo en febrero, marzo y abril reinan á veces el N. O. y el O. que determinan borrascas, acompañadas de lluvias y violentas ráfagas. En esta época del año Laperouse y d'Urville esperimentaron huracanes obstinados; y casi siempre la marejada del S. O. procedente de las tempestades de las altas latitudes australes determina una fuerte resaca en las costas meridionales de Tonga-Tabou. Los terremotos deben de ser frecuentes en estas islas, puesto que los misioneros que se establecieron en ellas, en 1797, presenciaron tres accidentes de esta naturaleza en el espacio de tres meses. Sin duda coopera á estas convulsiones la cercanía del crater ignivoma de Tofoua.

CAPITULO XXII.

ARCHIPIÉLAGO TONGA. — HISTORIA.

El descubridor de las islas Tonga fué el Holandés Tasmán, que en 19 de enero de 1643, percibió la isla Pylstart, y reconoció al dia siguiente Eva y Tonga-Tabou, que denominó *Middelburgo* y *Amsterdam*. Anclado en la bahia cubierta de Hifo (bahia Maria de los Holandeses), recibió allí la visita de los naturales que acudieron en sus piraguas. Aquellos salvajes iban sin armas, y sus modales fueron siempre amistosos y comedidos, de manera que sin su inclinacion irresistible al robo, no tendrian ninguna circunstancia reprensible. Muchas veces se presentó á bordo un anciano jefe, que parecia invertido de una autoridad superior; mostróse urbano, comedido y obsequioso, y aceptó con efusiones de reconocimiento los presentes que se le hicieron, entre los cuales se hallaba un plato de madera que, conservado escrupulosamente por los soberanos de la isla; tuvo despues un singular destino, el de servir de copa de prueba en el juicio de los criminales. Algun tiempo despues, este vaso se elevó

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1 Taha Chef inférieur de Tonga-Tabou

1 Taha jefe inferior de Tonga Tabu

2. Le Roi Tonga Poulaho.

Tales Belly del.

VOYAGE
VIAJE

á un honor mas grande; reemplazó al Toui-Tonga en sus ausencias, y se le tributaron los mismos homenajes que al jefe supremo de la relijion. Quizás se debe á esta circunstancia el recuerdo conservado en el país de la visita de los Holandeses. Cuando Cook se presentó en 1774, los naturales citaron la visita de Tasmán, y para determinar su fecha, añadieron que el Toui-Tonga actual, Poulaho, era el quinto sucesor del fatafaï de 1643.

Desde Tonga-Tabou singló Tasmán hácia Namouka, que apellidó *Rotterdam*. « Los isleños de Rotterdam, dice su relacion, se parecen á los de la precedente; son afables, y no tienen armas, pero son grandes ladrones. Habiendo hecho aguada encontramos algunos otros refrescos. Recorrimos aquella isla de una á otra parte, y observamos muchos cocoteros plantados con regularidad los unos junto á los otros, y bellísimos jardines, bien ordenados y guarnecidos de toda clase de árboles, plantados en línea recta, lo que producia un bello efecto. Despues de haber salido de Rotterdam, descubrimos algunas otras islas. »

Estos pormenores sencillos é injenuos fueron escritos del mismo puño de Tasmán, y son tanto mas preciosos, cuanto que las islas descritas no han variado de aspecto desde doscientos años. El archipiélago de Tasmán es el archipiélago de Cook y del capitan d'Urville, con la sola diferencia que el primero de estos cuadros fué trazado á vuelo de pájaro, por decirlo asi, al paso que los otros dos son profundos y completos.

En octubre de 1773, fondeó Cook en la costa á sotavento de Coa. Sus naturales se mostraron obsequiosos y sociables; y uno de sus jefes, llamado Taï-One, se estenuó en testimonios afectuosos y hospitalarios; condujo á los Ingleses á su aldea, los recibió del mejor modo que le fué posible, y los regaló con música y kava. El naturalista Forster formaba parte de aquellos huéspedes; separóse para ir á visitar la campiña, y en todo el decurso del camino le prodigaron consideraciones y actos de urbanidad. « Ancianos y jóvenes, dice, hombres y mujeres nos colmaban de las mas tiernas caricias, besaban nuestras manos con el afecto mas cordial y las metian en su seno tendiendo sobre nosotros miradas afectuosas que nos enternecian. » Apesar de estas esterioridades pacíficas, los isleños iban casi todos armados con todo jénero de macanas, arcos, lanzas y flechas. Estas armas, entonces inofensivas, sin duda no estaban destinadas para descansar siempre.

Nada turbó sin embargo la buena armonía entre los Ingleses y sus huéspedes. Forster recorrió las cercanías del fondeadero, vió y describió aquella campiña. « Subimos al collado, dice el naturalista, para ecsaminar el interior del país, atravesando ricas plantaciones muradas por setos de bambú ó setos vivos de *ergthrina corallodendron*. En seguida llegamos á un pequeño sendero entre dos cercos, y vimos batatas y bananas plantadas á ambos lados con el mismo órden y regularidad que aplicamos en nuestros jardines. Aquel sendero terminaba en medio de una llanura de una grande estension y cubierta de ricos pastos. Al otro estremo habia un paseo delicioso de una milla de lonjitud, formado de cuatro hileras de cocoteros que terminaban en un nuevo sendero entre plantaciones muy regulares, circuídas de pamplemusas, etc. Este sendero conducia á un valle cultivado en un punto donde se cruzaban muchos caminos. Allí descubrímos una deliciosa pradera, revestida de un césped verde y delicado, circuída por todos lados por altos y frondosos árboles. En un lado habia una casa sin habitantes, cuyos propietarios probablemente se hallaban entonces en la playa. Mo-Hodges se sentó para dibujar aquel delicioso paisaje; respirábamos un ambiente delicioso y aromático; la brisa del mar jugueteaba en nuestros cabellos y en nuestros vestidos; templaba y refrescaba la admósfera; las aves gorjeaban, y las palomas arrullaban en el follaje. Las brisas del árbol que nos abrigaba eran sumamente notables; elevábanse del tallo cerca de ocho pies sobre el nivel del terreno; sus vainillas tenian por otra parte mas de una vara de lonjitud y dos ó tres pulgadas de ancho. Este sitio fértil y solitario nos suministró la idea de los jardines encantados sobre los que difunden los novelistas todas las bellezas imajinables. Seria imposible hallar un rincon de tierra mas favorable al retiro si en él ecsistiese una fuente límpida ó un arroyuelo; pero desgraciadamente el agua es el único artículo de que carece esta isla agradable. Á nuestra izquierda descubrí un paseo cubierto que conducia á otra pradera en cuyo fondo percibímos una pequeña montaña con dos chozas en su cima. La colina estaba rodeada de algunos bambús plantados á un pie de distancia uno de otro, con muchas casuarinas por delante. Los naturales que nos acompañaban no quisieron acercarse allí, por cuyo motivo nos levantamos solos, y con mucha dificultad pudímos mirar las chozas, porque la estremidad del techo se hallaba á un palmo á lo sumo sobre el nivel del suelo. Una de aquellas chozas contenia un cadáver que habian depositado en ella hacia poco; la otra estaba vacía. »

Al dia siguiente fué Cook á fondear delante de Hifo en Tonga-Tabou. No menos apresurados á visitar el buque, los naturales presentaron víveres de todas especies, que trocaban con satisfaccion contra las mas leves bagatelas de Europa. Uno de los jefes de la comarca, llamado *Attago* por Cook, y *Attaha* por Forster, pero cuyo verdadero nombre era *Taha*, fué el amigo particular del célebre marino (Pl. III. — 1),

á quien prodigó las mayores muestras de respeto y atencion.

La primera escursion de Cook le condujo hácia el principal faï-toka, especie de cerro en cuya cima se hallaba situada una capilla. De aquel santuario salieron tres ancianos que pronunciaron una arenga ó una especie de súplica al visitador estranjero. Toda la isla estaba atestada de monumentos semejantes. Guiados por Taha hácia la zona interior, Cook y sus compañeros encontraron un segundo faï-toka, mas vasto y mas considerable que el primero. Habia contigua una habitacion, ocupada por un jefe entrado en años, el cual convidó á los estranjeros á descansar y participar de una modesta merienda de frutos, de batatas y de otros alimentos. El método de las arengas era sin duda el accesorio indispensable de semejantes visitas á los lugares santos; puesto que el mas anciano de los sacerdotes empezó la suya, ora inclinado hácia los dioses del faï-toka, ora hácia Cook, hasta que este hizo un signo con la cabeza en señal de adhesion. El orador no parecia tener muy fuertes pulmones, porque de vez en cuando detenia y preguntaba el fin de su frase á un sacerdote vecino que desempeñaba la parte de apuntador. Cook no comprendió una jota de aquella verbosa é inesplicable alocucion; y en cuanto al pueblo diseminado en torno de la habitacion, su actitud era silenciosa pero indiferente, pues la vista de los Ingleses le interesaba mas que la ceremonia.

Despues de un breve descanso regresó Cook á bordo, acompañado de Taha. Era la hora de comer; instalóse el isleño á la mesa del capitan, y ya se disponia á beneficiar este honor, cuando anunciaron la visita de un anciano casi ciego, egui de la comarca. El recien venido fué introducido é invitado como Taha; pero ¿cual fué la sorpresa de los concurrentes, cuando se vió á este último abandonar la mesa y retirarse al instante en un rincon donde no podia ser percibido del egui, el convidado de los Ingleses? Y es que Taha era un jefe inferior, y que el anciano ciego figuraba en el número de las notabilidades relijiosas de la isla. Comer en la misma mesa que este superior hubiera sido un sacrilejio de parte de Taha: Sin embargo, segun Cook, el noble egui tan respetado por el pueblo, apenas conocia su dignidad, pues habia caído en la infancia y en el idioteismo. Cierto dia el capitan le pidió y obtuvo una entrevista que refiere en estos términos. «Encontré al jefe, dice, sentado con una gravedad tan estúpida y tan sombría que apesar de cuanto se me habia dicho, le tomé por un idiota que el pueblo adoraba por motivo de ideas supersticiosas. Le saludé y le hablé; pero no me contestó, y ni siquiera puso en mí la menor atencion, pero por lo demas nada se habia alterado en su fisonomía. Iba á separarme de él cuando un natural, jóven é intelijente, quiso desengañarme y me esplicó, en términos que no me dejaron la menor duda, que era el rey ó el principal personaje de la isla. Ofrecíle pues un presente, compuesto de una camisa, una hacha, un pedazo de tela encarnada, un espejo, algunos clavos y varias medallas bajerías. Recibiólos ó mas bien toleró que los pusiesen sobre su persona y á su alrededor, sin disminuir en nada su gravedad sin proferir ni una palabra, sin volver la cabeza á ningun lado. Siempre permaneció inmóvil como una estatua, y regresé á bordo, le dejé en la misma posicion, pero á poco rato se retiró. Apenas llegué al navío, cuando me noticiaron que el jefe habia mandado á la playa una multitud de provisiones. Mi chalupa fué á tomarlas en la costa: consistian en veinte cestas de bananas tostadas, batatas, frutos del árbol del pan, y un cerdo asado, de unas veinte libras. Iban á reembarcarse Mr. Edgecombe y los marineros, cuando se trasladaron estas provisiones al bordo del agua, y los isleños dijeron que era un presente del *ariki*, ó rey de la isla, destinado al *ariki* del navío. Entonces quedé convencido de la dignidad de aquel jefe imbécil.»

Algun tiempo despues este misterioso personaje ha sido conocido mejor. El nombre del jefe idiota era Lalou-Liboulou; era miembro de la divina familia de los Fata-Faïs, á quienes el nacimiento conferia grandes derechos honoríficos, aunque su autoridad real fuese muchas veces muy reducida.

Esta primera estacion de Cook en las costas de Tonga-Tabou no fué marcada por ninguna escena aciága, á escepcion de algunos atrevidos latrocinios. Los ladrones fueron reprendidos, pero sin que tales reprensiones provocasen un conflicto jeneral. Habiendo uno de aquellos audaces ladronzuelos robado el sayo de un marinero, saltó al mar, esquivó ocho fusilazos que se le dispararon, y solo fué detenido en la playa por las tripulaciones de corvea. Otro se deslizó hasta la cámara del maestre, de donde se llevó algunos libros y varios efectos, pero tambien se arrojó al agua para alcanzar la tierra á nado. Y aunque lo persiguieron en la chalupa no fué fácil alcanzarlo, pues solo asomaba la cabeza á flor de agua de cuando en cuando y se zambullia como un pez cuando se le acercaban. En un momento en que se hallaba á tiro, un marinero le hundió el garabato de la chalupa entre las costillas, y de esta suerte lo levantó hasta el buque; pero allí á pesar del dolor y de la hemorrajia, tuvo el paciente bastante fuerza para arrancarse del flanco el garabato que le laceraba y recobrar el camino de tierra. Obstinóse de nuevo y se le persiguió, y entonces por una postrera inspiracion el infortunado se zambulló bajo la

chalupa y desaferró su timon. Entonces se halló en salvo, porque ya no se podia continuar la caza.

Apesar de aquellos conflictos particulares subsistieron las mas satisfactorias relaciones entre la playa y el buque. Al fin se despidieron como buenos amigos en medio de las mas tiernas efusiones. Es verdad que el anciano Latou-Liboulou no salió de su apático idiotismo, pero el buen Taba casi vertió lágrimas, suplicaba á Cook que volviese á verle pronto y llevase un uniforme completo, en todo parecido al suyo y en cambio le prometia un cargamento entero de cerdos, volatería, raíces y frutas.

El año siguiente visitó Cook de nuevo este archipiélago, y fondeó en la parte septentrional de Namouka. Los naturalistas recorrieron la isla y trazaron un delicioso cuadro de sus paisajes encantadores. La benevolencia y la amenidad de los isleños sirvieron de escolta á todos los que pusieron el pie en la playa. Solo el cirujano de bordo fué menos feliz. Habiéndose quedado en la playa, se vió acometido por un tropel de naturales que le quitaron su fusil, bata y su pañuelo. Los agresores parecian dispuestos á continuar su tarea y no dejarle el menor vestido sobre su cuerpo, cuando tomó su estuche á guisa de arma é hizo ademan de encararlo á los mas atrevidos. Este movimiento desconcertó el ataque, pero los malhechores se hubieran reanimado, y el cirujano oprimido de fatiga se hubiera encontrado á su discrecion sin la intervencion de una jóven, de un ánjel de larga y rizada cabellera, que tomó al Inglés bajo su proteccion. Defendiólo contra todos, dióle pedazos de pamplemusa para refrijerarle y lo vijiló como un centinela hasta que vinieron las chalupas del buque á sacarle de aquel apuro.

Por lo demás, de cuando en cuando sobrevinieron algunos latrocinios que turbaron de nuevo la paz á bordo y en la playa. No sabiendo Cook perdonar tales licencias, correspondia á ellas con severas correcciones. A propósito de un hurto de armas, hizo detener en la playa dos grandes dobles piraguas, y habiendo opuesto alguna resistencia un natural solo, mandó que disparasen sobre él á quema ropa y con mustacillo. Aquel desgraciado, casi desnudo, fué puesto en un estado deplorable; pero su llanto y sus clamores llegaron á conmover al inflecsible capitan. El cirujano fué encargado de curar al herido, y aunque queria aplicar en las llagas una cataplasma de banana, los isleños le trajeron cañas dulces despues de haber sacado sus pulpas, indicándola como un remedio mas eficaz. Colocado este aparato, los naturales redoblaron sus caricias hácia los Europeos. Forster presenciaba esta escena, y la describe en estos términos: « Las mujeres, dice, que asistieron á la curacion de su compatriota herido, parecian anhelar el restablecimiento de la paz, y sus tímidas miradas nos echaban en cara nuestra tímida y violenta conducta. Sentábanse sobre un hermoso césped, y formando un grupo de mas de cincuenta, nos invitaron á sentarnos á su modo, prodigándonos todas las muestras posibles de ternura y afeccion. La amiga del cirujano fué una de las mas cariñosas: ocupaba uno de los primeros rangos entre las beldades de la isla; su talle estaba dotado de gracia, y sus formas de felices proporciones; sus facciones perfectamente regulares, estaban llenas de dulzura y de encanto; sus grandes ojos negros centelleaban, y su tinte era mas blanco que el de la plebe. Llevaba una tela morena que le ceñia el cuerpo mas abajo del seno, y que en seguida se ensanchaba por la parte inferior. Aquel vestido tenia mucha mas gracia que un elegante ropaje europeo.

Aquella segunda recalada fué seguida del reconocimiento de las islas Hapaï situadas al N. de Namouka. Cook pasó entre Kao y Tofoua, y se cercioró de que esta última tenia un volcan en actividad. Habiendo sobrevenido un chubasco cuando las embarcaciones se hallaban á sotavento del crater, pudo observarse que el agua que caía contenia un principio acre y picante. Los ojos escocian cuando los tocaban; sin duda la lluvia estaba impregnada de principios betuminosos. En este segundo viaje fué cuando Cook llamó al grupo *el archipiélago de los amigos*, nombre reemplazado despues por el indijena de Tonga, mas ecsacto bajo todos aspectos.

El tercer viaje de Cook á estas islas, en 1777, fué el mas fecundo y el mas importante de todos. Apenas anclaron en la rada de Namouka, recibió á bordo la visita de un jefe llamado Toubo, pero tres dias despues llegó de Tonga-Tabou un egui mucho mas poderoso: era Finau, hombre de alta estatura, pero de una talla delgada, con facciones bastante parecidas á las de un Europeo. Titulábase rey de todas las islas Tonga, efectivamente por su aire orgulloso y presumido, por sus medidas despóticas, y sobre todo por el profundo respeto de los naturales, pudimos considerarle como el verdadero soberano. Nadie se le acercaba sin prosternarse hasta el suelo y sin tocar la planta de sus pies con la palma y el dorso de las manos. La menor mision de tales formalidades acarreaba á los delincuentes crueles hurgonozos y fuertes garrotazos. Por lo demás, Finau se declaró el amigo y el comensal de Cook, y todos los dias iba á comer á bordo, honor que valió al capitan inglés verse libre de los importunos subalternos sobrado indignos para sentarse á la misma mesa que su jefe. De esta suerte iban disminuyendo los lances de los hurtos diarios y la dificultad de su castigo. Cook no se atrevia siempre á emplear

el mosquete; recorrió á los latigazos ó al espediente de fuertes rescates en víveres, y juzgando insuficientes estas penas, parecióle que seria mejor hacer que los barberos del buque rasurasen la cabeza de los culpables cojidos infraganti. Efectivamente la mengua del castigo contuvo entonces á los naturales.

Desde Namouka contaba Cook ir á Tonga-Tabou; pero este proyecto parecia contrario á los deseos de Finau, quien abogó tan bien por un recalo anterior en las islas Hapai, que Cook se dejó vencer. El 17 de mayo fondearon los navios á sotavento de Lefouga, rodeados de una multitud de piraguas que deseaban trocar provisiones contra artículos de Europa. A instancias de Finau pasó Cook á tierra, donde recibió de parte del jefe actos de urbanidad de todo jénero, vió luchas, bailes y conciertos ejecutados en su honor. El ramillete de la fiesta fué un presente de provisiones, compuesto con una magnificencia real. Habíanse arreglado en la playa del modo mas pintoresco dos enormes pirámides la una superada de seis cerdos y dos tortugas, y la otra de dos cerdos y seis aves caseras, con patatas, frutas y legumbres por base. A estos obsequios correspondió Cook con ejercicios de fuego y diversiones de pirotecnia, ejecutadas en la orilla del mar, á la sombra de los árboles y á vista de cuatro ó cinco mil espectadores. Al caer la noche se colocaron de trecho en trecho antorchas que suplieron al dia y protejieron la fiesta.

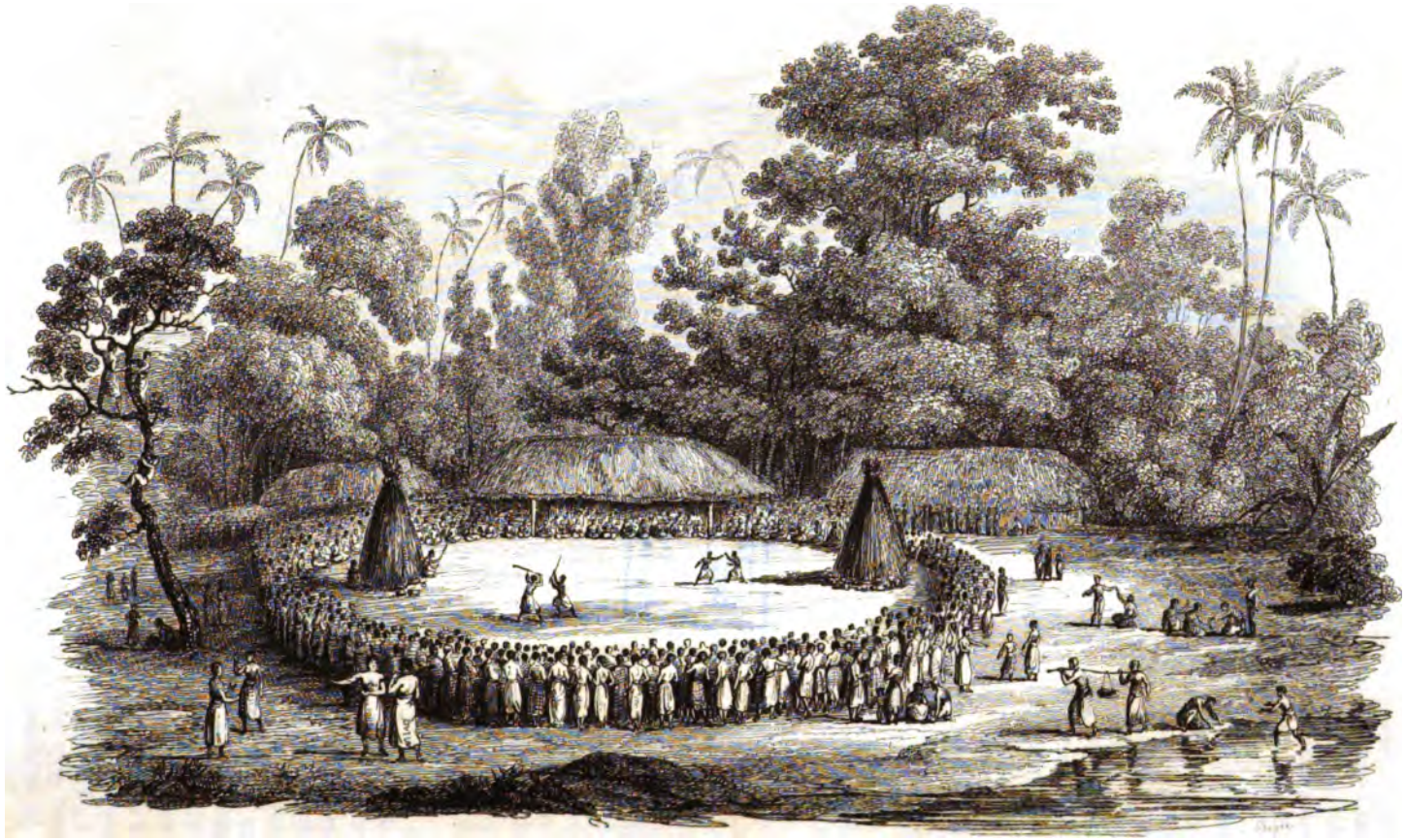
No obstante en medio de aquellos brillantes testimonios de afecto se fraguó un horrible complot, abortado por el azar, que jamás hubiera llegado á nuestros oidos si algun tiempo despues no lo hubiese revelado Mariner. Si hemos de dar crédito al relator, Pinau y los jefes de Hapaï debian pasar á degüello en aquel *bou-meï* (danza nocturna) al capitan Cook y los oficiales presentes, y sorprender en seguida á los navíos. Ninguno de aquellos jefes calificaba el acto de intempestivo ni bárbaro; la única discordancia que los ajitaba, venia á reducirse á que los unos juzgaban la noche mas propicia al éxito de su complot, al paso que los otros, á cuya frente se hallaba Finau, eran de parecer que se obrase en medio del dia. Esta escision frustró completamente la trama, puesto que el baile tuvo lugar sin verse subseguido de la premeditada catástrofe.

Entretanto se iba acercando la hora en que el astuto Finau debia verse despojado de su prestada soberanía, corriendo ya el riesgo de un primer descalabro cuando la aparicion del jefe Latou-Liboulou que en su viaje precedente tomara Cook por el rey de aquellas islas. Latou-Liboulou era superior á Finau en calidad de jefe relijioso; pero en vez de arrostrar la dificultad, este último procuró eludirla: así que, cuando Latou volvió á manifestarse á bordo, mas idiota y lerdo que nunca, finjió no verle sin que el imbécil egui ni tan solo lo echase de ver.

Empero, iba á presentarse en persona el verdadero tonï-tonga, el jefe de aquellas islas, Poulaho Fata-Faï. Prevenido de su prócsima llegada, Finau procuró evitar el primer encuentro partiendo para Vavao, y como tratase Cook de ir á reconocer esta isla, disuadióle el jefe de su proyecto asegurándole que no encerraba ningun fondeadero. Todo esto solo era por su parte cálculo y truhanería.

Entretanto llegó Poulaho á las islas Hapaï cuando Cook se hallaba en rada de Houa-Leva, siendo anunciado á bordo por el soberano positivo y supremo de Tonga. No por esto el incredulo Cook dispensó mas alhagüeña acojida al nuevo pretendiente. Era un personaje de pequeña estatura y de estrema corpulencia, cuya edad frisaba con los cuarenta años, su pelo era liso, su semblante agraciado, su presencia intelijente, grave y comedida (Pl. III. — 2). Subió á bordo airosamente, ecsaminó todas las partes del buque con suma atencion, dirijió á Cook varias preguntas á cual mas discretas, y reiteró sus instancias para conocer el objeto que le habia atraido á aquellas islas. Despues de haberse saludado mutuamente en la cubierta, Cook brindó al rey á bajar á la cámara; pero los naturales de la escolta quisieron intervenir en el asunto, y declararon que su rey era sagrado, *tabou*, y que de consiguiente nadie podia caminar sobre su cabeza. Allanose esta dificultad prohibiendo absolutamente á los marineros que se dirijiesen á la popa. Por otra parte Poulaho fué mas complaciente que su corte, descendiendo á la cámara apesar del rigor de la etiqueta, comiendo juntamente con Cook tragando y bebiendo con reserva, é insistiendo repetidas veces que debian considerarle como el soberano real de Tonga. Efectivamente, fué de todo punto imposible padecer equivocacion alguna, pues en tierra nadie osaba proferir una palabra en presencia de Poulaho, y cuando un cortesano entraba ó salia de su aposento, depositaba su cabeza bajo las plantas del monarca, sin que nadie pudiese ecsimirse de esta prenda de deferencia. Este concepto fué corroborado con mas solidez una semana despues, cuando Cook regresó á Namouka adonde le siguió el rey á bordo de su piragua. Hallábase allí Finau, el orgulloso Finau, el pretendido rey, el conspirador de Hapaï, sumamente ocupado del modo con que podria paliar sus pequeños embustes. Habiéndose Poulaho encontrado con él á bordo de los navios Ingleses, se manifestó confuso y acorralado, bien que despues de haber balbuciado algunas palabras al oido de su soberano, apareció mas sosegado y tranquilo. Sin embargo, desde aquel mismo dia quedó ma-

THE NEW
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



2. Fiesta y Juegos en Tonga-Tabu

2 Fiesta y Juegos en Tonga-Tabu

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Eu-mai ou L'Danse de nuit des Femmes à Tonga-Tabou.

1. Eu-mai ó Danza de noche de las Mujeres en Tonga-Tabu

nifiesta su caducidad; no pudo sentarse á la mesa del capitan con Poulaho, y al acto de salir tuvo que sujetarse al moë-moë en frente del touï-tonga; era evidentemente Poulaho el verdadero jefe de aquellas islas. Por lo demás, los errores eran muy fáciles en tiempo de Cook, época en que la organizacion política y social de la comarca ofrecia una multitud de oscuridades y contradicciones. Esta cuestion no ha sido dilucidada con harta claridad mas que por las recientes observaciones del capitan d'Urville que resumió todas las empresas anteriores ilustrándolas con observaciones personales.

Hallábase colocado al frente de la sociedad desde tiempo inmemorial al touï-tonga, cuyo nombre (*touï*, señor) clasificaba y justificaba el rango. Este touï-tonga estaba revestido de un carácter santo y relijioso, cuya influencia se estendia por todo el archipiélago y fuera de él, como por ejemplo en las islas Niouha y en los grupos Hamoa y Viti. Aunque su autoridad temporal era menos absoluta, todo sin embargo se hacia en su nombre, de suerte que ningun egui, por poderoso que fuese, hubiera podido sustraerse al homenaje del moë-moë. La persona de este pontífice era acreedora á los mayores honores y privilejios; estaba ecsento del pintarroteo y de la circuncision; cuando hacian mencion de él, era preciso usar un lenguaje especial, y habia tambien un ceremonial particular para su matrimonio, sus funerales y su luto. Finalmente, en una fiesta solemne llamada *natchi*, acudia el archipiélago en masa á poner á sus plantas las primicias de las producciones terrestres *tabous* hasta entonces.

Esta dignidad era hereditaria, y se trasmitia de los primojénitos á los segundos para pasar de nuevo á los hijos de aquellos. La familia del fata-faï era la única que se hallaba en posesion de conferir el touï-tonga, hecho atestiguado por las tradiciones y por los antiguos y vastos *faï-tokas* (sepulcros) de esta familia. El touï-tonga, á pesar de verse tan respetado de todos, estaba sujeto igualmente á diferentes señales de deferencia, prosternábase ante las hermanas primojénitas de su padre y de su abuelo, y ante los descendientes de aquellas personas que se arrogaban á veces el título de tamaha.

Despues del touï-tonga venian los grandes cargos del Estado, á saber el touï-hata-kalawa, el touï-kana-kavolo y el hata; los dos primeros eran civiles, el tercero militar. Estos poderes y sus atribuciones estaban determinados con harta vaguedad, y dependian casi siempre del crédito y de la enerjía de los titulares.

Mucho tiempo antes de la revolucion que arrojó al touï-tonga de Tonga-Tabou, el título de touï-hata-kalawa parecia haber perdido el uso. Bajo el de touï-kana-kabolo el jefe de la familia Finau, el Finau de Cook se arrogara insensiblemente toda la autoridad, que trasmitió á sus sucesores Mou-Mouï y Fongou-Aho, pero este estado continuó hasta que estalló la revolucion jeneral en la que los jefes se proclamaron independientes.

Casi en una linea paralela á la familia Fata-Faï marchaba la familia Tombo, supuesto que era la única que suministraba titulares á los grados de touï-hata-kalawa y de touï-kana-babolo. En nuestros dias el tímido Toubo, ese celoso cristiano, y sus primos Houla-Kaï y Oila serian los pretendientes lejítimos á esas altas dignidades, si llegasen á ser restablecidas.

En virtud de una política bien entendida, estas dos familias confundian sus intereses por medio de mutuas alianzas. La primera mujer del touï-tonga era escojida en la familia Toubo, bien que á veces la ambicion y los celos eran mas fuertes que el parentesco. Estas dos pasiones acarrearon insensiblemente la ruina de aquellas dos poderosas familias.

Cuando el capitan Cook visitó por tercera vez estas islas, en 1777, el touï-tonga reinante, Poulaho, habia casado con la hija de Mari-Wagui, á la sazon jefe de la familia Toubo. Mari-Wagui habia heredado el cargo de touï-hata-kalawa que ocupa su hermano primojénito Toubo-Lahi; al paso que el mismo hijo de Toubo-Lahi el ambicioso Finau, se halla investido de la dignidad de touï-kana-kabolo. Finau era el primo por alianza del touï-tonga.

Tal era la division de las dignidades cuando Cook fondeó delante de Tonga-Tabou para permanecer allí más de un mes. Esta recalada fué una continuada fiesta: todos los jefes indistintamente rivalizaron en fausto para festejar á su huésped, Poulaho Mari-Wagui, su hermano segundo, Mou-Mouï, y Finau, obsequiaron sucesivamente al capitan y sus oficiales con una serie no interrumpida de luchas, combates, danzas, cantos, banquetes, á cual mas espléndidos (Pl. IV. — 1 y 2). Colmaron á los estranjeros de diversiones periódicas, análogas á las que llevamos descritas. Sin embargo una sola fué la que hizo época en este viaje; tal era la grande solemnidad del *natchi* á la que nadie ha concurrido desde Cook, y que probablemente no se reproducirá jamás.

La fiesta tuvo lugar el 8 de julio. Por la mañana, Cook y sus camaradas desembarcaron en Moua, donde encontraron á Poulaho presidiendo un kava en una cerca bastante mal cuidada. Á eso de las diez se encaminaron al gran malaï; y en breve se vieron llegar grupos de hombres armados de lanzas y macanas por todos los senderos que desembocaban en aquella plaza. Estos grupos se alinearon en malaï y salmodiaron en coro un canto dulce y plañidero, mientras que el res-

to de los isleños desfilaban uno á uno llevando en el cabo de una pértica una batata que depositaba á las plantas de los cantores. Aparecieron á su vez el touï-tonga y su hijo, de doce años de edad, y se sentaron sobre el huésped. Entonces fué cuando convidaron á los Ingleses á colocarse entre tan ilustres personajes, pero con la condicion de que se quitasen los zapatos y soltasen el cabello como señal de deferencia. Llegados por fin todos los portadores de batatas, cada cual levantó su pértica y la colocó en las espaldas de dos hombres, quienes disponiéndose en forma procesional, emprendieron la marcha por grupos de diez ó doce y atravesaron el malaï á paso acelerado. Cada peloton iba conducido por un guerrero armado de una clava ó especie de sable, y escoltado por otros guerreros. Toda aquella multitud se componia de unas 250 personas, y era seguida por un natural que llevaba un pichon vivo en la punta de una pértiga ataviada. Estos individuos se dirijieron al faï-toka vecino, donde arreglaron las batatas en dos montones.

Finalizados estos preliminares, Poulaho mandó decir á Cook que debia detener las tripulaciodes en sus botes, atendido que cuanto antes iba á caer sobre toda la isla un solemne Tabou, y que todos cuantos se encontrasen en el campo, así estranjeros como indíjenas, corrian el riesgo de ser *mate*, muertos. El capitan reiteró sus instancias para que lo admitiesen solo ó acompañado con una débil escolta al resto de la ceremonia; pero el touï-tonga se negó á acceder á su demanda. Procuróse varios medios, y despues de grandes esfuerzos consiguió Cook, tanto tiempo repelido por los naturales, colocarse en un punto desde donde podia presenciar toda la escena del faï-toka.

Hallábanse apiñados en el recinto un gran número de naturales que todavía estaban caminando procesionalmente con sus correspondientes pértigas, de cuyo estremo pendia un pedacito de madera simulando una batata, y afectaban el paso de apostilleros postrados bajo su peso. De esta suerte fueron desfilando delante los Ingleses antes de dirijirse al palacio de Poulaho. Allí fué donde Cook y sus camaradas tropezaron con el obstáculo de una nueva y rigurosa consigna; pero por fin pudieron alcanzar un sitio tras las altas palizadas que les hubieran ocultado toda la ceremonia sin anchos boquetes que practicaron con el ausilio de sus cuchillos.

La plaza del malaï y sus avenidas estaban atestadas de pueblos al través del cual se veía llegar varios individuos con bastoncitos y hojas de cocotero. Un anciano se colocó delante de ellos, se sentó en medio del camino, dirijióles con gravedad un largo discurso y se retiró. Los recien llegados construyeron apresuradamente un pequeño tinglado en el centro del malaï, en seguida se sentaron de cuchillas por un momento y se confundieron de nuevo en la multitud. El hijo de Poulaho, precedido de cuatro ó cinco naturales, fué á sentarse cerca del tinglado, y unas doce mujeres de elevada alcurnia les salieron al encuentro de dos en dos, sosteniendo cada pareja con las manos una pieza de tela blanca de dos ó tres varas de largo y desplegada en el intérvalo que separaba las dos parejas por manera que formaban una inmensa tela. Llegadas en presencia del jóven príncipe, se inclinaron, pasaron al rededor de su cuerpo algunas de aquellas piezas y se mezclaron con el resto de la concurrencia.

Entonces apareció Poulaho, precedido de cuatro individuos, y fué á sentarse á la izquierda del jóven principe, viéndose este obligado á levantarse para tomar asiento entre los jefes de la comitiva bajo el vecino tinglado. Este movimiento dió márjen á algunas maniobras singulares: varios individuos se encaminaron á la estremidad de la pradera y se volvieron enseguida; otros salieron al encuentro del jóven príncipe con ramas verdes y despues de diversas paradas recobraron sus puestos.

En este momento llegó la gran procesion que venia del faï-toka haciendo largos rodeos; dirijióse hácia la derecha del tinglado donde permanecia el jóven príncipe, prosternóse, depositó sus simuladas batatas, retiróse en una actitud recojida y fué á sentarse á un lado del malaï.

Durante su largo desfiladero, tres personajes sentados junto al príncipe proferian una suerte de fórmula sacramental, lenta y monótona. Tras una nueva pausa, un orador, colocado en lo alto de la pradera prorumpió en un largo discurso que interrumpia de vez en cuando para quebrar los palos que llevaran consigo los procesionistas del faï-toka. Concluída aquella arenga ó plegaria, se levantaron el príncipe y su comitiva, atravesaron un doble seto de concurrentes y de actores y desaparecieron. La asamblea se dispersó en todas direcciones, y los palos rotos quedaron diseminados por el prado del malaï. Así concluyó el primer dia del nachi.

Al dia siguiente muy de mañana, principiaron de nuevo las ceremonias, á las que Cook asistió igualmente, á pesar de la resistencia de los naturales. Cuando este llegó, la multitud era ya numerosa y se veian dispersados por el suelo hacecitos de hojas de cocotero, atados con la estremidad de los palos. Todo cuanto pudo saber el capitan se redujo á que eran taboes. Poco á poco se iban acrecentando las oleadas de la multitud, y al llegar cada grupo, un dignatario comisionado *ad hoc* dirijia una arenga en la que se hallaba no pocas veces la palabra *ariki*.

Entre tanto se iba acercando la hora solemne y por consiguiente quisieron apartar al capitan inglés; pero este se resistió constantemente con

la tenacidad que le caracterizaba, y por una especie de compromiso toleraron de nuevo su presencia, con la condicion de que pondria sus espaldas de manifiesto como los salvajes. No tuvo reparo Cook en acceder á aquella ecsijencia; desnudóse medio cuerpo, y de esta suerte pudo permanecer y mirar sin recelo. Era el momento en que el príncipe, las mujeres y el rey llegaban al malaï. Dióse principio á las ceremonias de la víspera, la marcha de las mujeres con telas, las correrías y las oraciones. En un momento en que evolucionaba la tropa á dos ó tres pasos de distancia de Cook, le obligaron á bajar los ojos y tomar el continente reservado y modesto de una jóven: era una ley algo difícil para aquel semblante áspero y aquella vista comunmente tan altanera.

Del mismo modo que la víspera, entró la procesion en el malaï y desfiló de la propia suerte, con la sola diferencia de que en vez de una batata verdadera ó simulada, los naturales llevaban una hoja de cocotero en medio de sus palos. No bien acababan estos palos de ponerse en tierra, cuando llegó otro grupo, y cada pareja tenia en la mano una cesta de hojas de palmera, y al fin un tercer grupo con diversas especies de pececillos en el estremo de palos ahorquillados. Las cestas fueron depositadas á las plantas de un anciano que las fué tomando sucesivamente y deponiéndolas en el suelo, balbuceando una especie de oracion. Los peces fueron presentados á dos hombres armados de ramas verdes, depositando el primero á su derecha, y el segundo á su izquierda. Todo esto se hizo con buen órden, pero al llegar en el tercer pez, un isleño sentado detrás de los dos oficiantes se abalanzó á él para cojerle; pero estos se lo disputaron, y el resultado fué que el pez fué desgarrado en muchos pedazos. El agresor arrojaba tras de sí todos los pedazos que podia asir, al paso que los otros dos continuaban colocándolos á su lado. Esta escena burlesca continuó hasta que el agresor pudo arrebatar un pez entero, en cuyo caso la asamblea aplaudió esclamando: *¡malie! ¡malie!* (¡bien! ¡bien!) Tras este incidente, la clasificacion del pescado continuó sin resistencia.

Finalizada esta operacion, tuvieron lugar las oraciones para preparar la concurrencia al acto esencial de la fiesta. Era el momento en que el rey iba á otorgar á su hijo la insigne merced de comer al mismo tiempo que él, ceremonia que se consumaba con un pedazo de batata tostado y servido á entrambos á la vez. Durante este solemne minuto, hicieron volver de espaldas á Cook paraque no pudiese ver nada, pero el capitan violó la consigna sin escrúpulo, apesar de que no pudo distinguir ningun detalle á causa de hallarse separado de la escena por una muralla de naturales.

A esta ceremonia de natchi entre el padre y el hijo sucedieron otras marchas, contramarchas, evoluciones y procesiones, ora silenciosas, ora acompañadas de estrepitosos cantos. La fiesta terminó con simulados combates de cuadrilla á cuadrilla, de campeon á campeon, ó con escenas de lucha y de pujilato, accesorio indispensable de todas las diversiones populares. Este natchi, aunque tan desnudo de sentido para un espectador europeo, debia sin duda alguna tener su significacion alegórica. Las batatas, las hojas de cocotero, las prolongadas pértigas, las oraciones, los combates, las procesiones, el ceremonial, la comunicacion entre padre é hijo, ofrecian otros tantos emblemas relijiosos y mitos indíjenas. Era imposible equivocarse por el aire recojido de la concurrencia, el grave y calculado apresto de aquella fiesta, la eleccion de los testigos y de los actores salidos de las mas encumbradas clases, y por la rigurosa etiqueta á la que tuvieron que someterse hasta los mismos Europeos que se hallaban presentes. Deseosos los Ingleses de satisfacer su curiosidad, se vieron forzados á descubrirse hasta la cintura, dejar flotar sus cabellos hasta la espalda, sentarse en el suelo con las piernas cruzadas y afectar una postura humilde y modesta. Por lo demás, este natchi, segun los isleños, no era uno de los mas solemnes. Dijeron á Cook que tres meses despues celebraria Tonga-Tabou otro al que concurririan todos los naturales de la isla y de los Hapaï y de Vavao con tributos de todo jénero, ceremonia terrible é imponente, que debia ser consagrada por sacrificios humanos.

A 10 de julio de 1777, salió Cook de Tonga-Tabou, no sin correr algunos riesgos en los arrecifes del E., y fondeó delante de Eoa donde fué acojido por el jefe Tahofa, el taï-one del segundo viaje. Durante esta recalada, supieron los Ingleses que Eoa pertenecia casi toda á los grandes eguis de Tonga-Tabou, y que el terreno era esplotado por sus vasallos. Por otra parte ninguna circunstancia esencial marcó aquella breve parada. Presenciósе el suplicio impuesto á un galante sorprendido en fragante con una mujer tabou. Conducido en medio de un círculo le abrieron el craneo y le quebrantaron un muslo á golpes de macana, por manera que sin la intervencion de los Ingleses hubiera espirado sin remedio. La mujer, superior al delincuente por su nacimiento, fué castigada con algunos garrotazos.

Por último tras aquel largo reconocimiento, salió Cook definitivamente del archipiélago á 17 de julio de 1777, dejando un individuo para describir la isla Vavao y los escollos adyacentes.

Estaba reservado este honor al Español Maurelle, comandante de la fragata *la Princesa*. Este navegante se hallaba en un estado de priva-

cion absoluta, á 26 de febrero de 1781, cuando descubrió la isla *Amargura* que costeó á una ó dos millas de distancia, y en la que hubiera aportado á no ser su fragosidad y el estéril aspecto que ofrecia. Prosiguió su derrotero hácia el S., y al dia siguiente percibió una tierra coronada por una alta meseta, cuya cima parecia adusta, pero cuyos flancos estaban cubiertos de una vejetacion rica y lozana. A una legua de distancia llegaron varios convoyes de piraguas cargadas de cocos y bananas, que fueron compradas por la tripulacion. Subió á bordo un jefe é invitó al capitan á atracar la isla que denominaba Lataï. Negóse Maurelle por no ver fondeadero alguno, y por otra parte por percibir al E. tierras mas estensas y sin duda mas importantes.

Cuatro dias despues fondeó en Vavao en un delicioso y seguro puerto que denominó *Puerto del Refujio*.

Desde su aparicion en la costa, la abundancia reemplazaba á la carestía, tanto que las tripulaciones manejaban á discrecion cerdos, pollos, raíces y frutas. Hallándose tranquilo en aquella ensenada, recibió la visita de un egui que el Español llamó el Tubou, sin duda el Toubo de Cook, hermano del toui-hata-kalava Mari-Waai y tio de Finau. Este hombre, entrado ya en años, era tan corpulento, que casi fué preciso izarlo á bordo. Iba acompañado de su mujer, jóven, agraciada y tan linda, que Maurelle la compara á nuestras mas seductoras Europeas. Subidos á la cubierta, estos nobles huéspedes fueron á sentarse en el banco de guardia donde los naturales de su comitiva vinieron á besarle los pies: tras esta ceremonia, empezaron los cumplimientos; Toubo ofreció al capitan una piragua cargada de patatas, á lo que correspondió Maurelle con bellísimos presentes. Enseñaron detalladamente la fragata á los ilustres isleños, recibiéronlos en la cámara, hiciéronles ecsaminar la batería, y en seguida se retiraron estos sumamente satisfechos convidando á Maurelle á que fuese á visitarles en su isla. Aceptó el capitan esta oferta desembarcando á 7 de marzo con un destacamento armado y obteniendo los honores de un kava que describe sin recelar siquiera su importancia.

« El Tubou, dice, me hizo las mayores caricias y me abrazó cien veces, lenvantóse su comitiva formando un gran círculo por el mismo órden con que habia llegado. Presentaron dos tapices de palma; el rey se sentó en el uno y me hicieron sentar en el otro á su derecha. Todos guardaban un profundo silencio; únicamente los que estaban cerca del Tubou y á quienes su avanzada edad hacia sin duda mas respetables, repetian ecsactamente todas sus palabras. En breve presentaron raíces con las que se hizo, en una especie de gamella, una bebida que debió sin duda de ser muy amarga á juzgar por los jestos de los que la probaron. Este refresco fué servido en vasos hechos de hojas de banano. Tres ó cuatro jóvenes indios nos ofrecieron esta bebida á mí y al Tubou antes que á los demás; pero yo no quise probarla, pues solo de verla me repugnaba. El isleño mas inmediato al Tubou designó á los que debian beberla, sin que la sirviesen á ningun otro. En seguida me presentaron patatas tostadas y bananas perfectamente maduras, de las que no tuve reparo en comer. Poco despues observé varias canoas henchidas de provisiones semejantes con objeto de repartirlas entre mis soldados. »

Maurelle fué en seguida á visitar á Toubo en su propio domicilio. La reina se presentó en la audiencia precedida de ocho á diez jóvenes sirvientes, de diez y seis á diez y ocho años. Las unas apartaban las moscas y se apoyaban sobre las otras; porque como se hallaba envuelta en diversas piezas de telas, no podia caminar sino con mucha dificultad. En cuanto echó de ver al capitan español, se sonrió y repitió graciosamente: *¡ lele ! ¡ lele !* (¡ bien ! ¡ bien !)

Toubo colmó á su huésped de fiestas como de caricias. Estas fiestas nos las refiere Maurelle con tanta naturalidad que es preciso renunciar á reproducirlas bajo otra forma que la suya. Por lo demas el Español ha visto tan bien como cualquiera otro navegante antiguo ó moderno; con solo la diferencia que lo cuenta con mas sencillez.

« El rey me convidó á una fiesta con que deseaba honrarme. Cuando desembarqué el 12, observé en el frondoso bosque que está contiguo al puerto un vasto espacio circular que habian hecho desmontar de suerte que no quedase en él el mas pequeño tronco. Poco despues se encaminaron los Indios dos á dos al palacio del Tubou llevando al hombro prolongadas pértigas de las que pendian muchas patatas, bananas, cocos y peces. El Tubou mandó trasladar aquellas provisiones al campo recientemente desmontado, amontonándolas en forma cúbica de dos varas de alto.

« Llegaron los eguis y los venerables ancianos para acompañar al Tubou, que me tomó por la mano, y nos dirijímos al espacioso círculo donde nos aguardaban mas de 2.000 Indios. Nos sentámos sobre tapetes de palma preparados al objeto y todo el pueblo imitó nuestro ejemplo, bien que conservando la distincion de las castas y de las familias, sin mezclarse unas con otras.

« El rey me ofreció todos sus frutos y los hizo trasladar á la chalupa que quedó enteramente henchida de ellos; y cuando los portadores se hallaron de regreso en sus respectivos puestos, comenzó á reinar el mas profundo silencio para no

interrumpir el discurso del rey cuyas palabras iban repitiendo todos aquellos á quienes la edad ó rango daban el derecho de sentarse junto al rey.

« Ignoraba yo en que vendria á parar todo aquello, y de consiguiente mandé á los soldados que se hallasen prontos á romper el fuego por medio de sus fusiles y de sus pistolas, en el caso de advertir el menor movimiento hostil.

« Al propio tiempo salió de las filas un jóven fuerte y robusto, con la mano izquierda en el pecho y golpeando su codo con la derecha, y dió al rededor de la plaza muchas zancadas á vista de los grupos estraños á su tribu. Presentóse otro haciendo los mismos jestos, y ambos principiaron á lidiar cuerpo á cuerpo, empujándose y repeliéndose con tanta animosidad, que sus venas y sus nervios parecian mucho mas henchidos de lo regular. Sucumbió finalmente uno de los dos, pero con tanta violencia, que no pude menos de juzgar que no podria levantarse mas. Sin embargo verificólo cubierto de polvo y se retiró sin atreverse á mostrar la cara. El vencedor rindió al rey sus homenajes, y sus camaradas de tribu principiaron á cantar, no sé si en prez y honra del vencedor, ó si en mengua y afrenta del vencido.

« Estas luchas continuaron por espacio de muchas horas, saliendo uno de los combatientes con el brazo roto, sin otros á quienes ví recibir terribles contusiones. En el discurso de aquella lucha, salieron á la palestra otros campeones con las muñecas y manos rodeadas de gruesas sogas que les hacian veces de cestos (1). Esta especie de combate era mucho mas terrible que la lucha; puesto que ya desde los primeros golpes, se daban los combatientes en la frente, en las cejas, en las mejillas y en todas las partes del rostro, y los que recibian tan imponentes descargas cobraban por ello mayores brios. Yo ví algunos que quedaban derribados del primer puñetazo que recibian. Los concurrentes observaban aquellos combates con cierto respeto, y no se admitia á ellos á todo el mundo.

« No faltaron á aquella fiesta mujeres, en especial las camaristas de la reina, á las que hallé muy diversas de lo que me habian parecido hasta entonces; pues aunque no las encontrara desagradables, sin embargo aquel dia iban ataviadas con sus mejores vestidos, con sus tocas muy bien encojidas y prendidas por medio de un gran nudo al lado izquierdo, con sus rosarios de gruesas cuentas de vidrio pendientes de su cuello, con los cabellos muy bien peinados, con el cuerpo lavado y perfumado con un aceite cuyo olor era bastante suave, y la tez tan sumamente tersa, que ni siquiera hubieran podido sufrir el mas liji-ro grano de arena. Estas mujeres llamaron toda mi atencion y me parecieron mucho mas hermosas.

« El rey mandó que las mujeres se batiesen á puñetazos como los hombres; y no tuvieron reparo en hacerlo con tanto encarnizamiento, que no se hubieran dejado un solo diente, si de cuando en cuando no las hubieran separado. Este espectáculo penetró hasta el interior de mi corazon, y así no pude menos de suplicar al rey hiciese poner término al combate; accedió á mi súplica, y todos celebraron la compasion que habia tenido de aquellas señoritas.

« En seguida hizo el Tubou sentar á una mujer anciana, que llevaba, pendiente del cuello, un sayalete, por espacio de una media hora, acompañando su canto con tales acciones y jestos, que no parecia sino que debia tomarse por una actriz declamando en las tablas de un teatro.

« Finalmente se concluyó el juego y regresámos al palacio real, donde encontré á la reina, que me acojió con las acostumbradas muestras de su benevolencia: preguntéle el motivo por qué no habia querido asistir á la fiesta, y me contestó que le repugnaba aquella especie de combates.

« Estrechados de este modo los lazos de nuestra amistad hasta el punto que el Tubou me llamaba su *hoxa*, es decir su *hijo* (mas bien *tofa* amigo), me despedí de él y de la reina, y volví á embarcarme. La playa se hallaba enteramente cubierta de Indios, que prodigaban mil caricias á mis jentes, por haber honrado la fiesta con su presencia.

« Los vencedores mismos me tomaron en hombros y me trasladaron á la chalupa. El Tubou, que desde su palacio observaba aquella multitud, y que no ignoraba cuanto sufria yo cuando los Indios se mezclaban con mis jentes, mandó á sus capitanes que persiguiesen á aquellos isleños, y entró en tal acceso de furor, que salió descargando golpes sobre cuantos se hallaban á su paso. Todos se salvaron en los bosques y aun hubo dos mas maltratados que los otros, que los dejaron por muertos en la plaza y aun ignoro si lograron restablecerlos. »

Tal es la relacion de Maurelle, sencilla, interesante y casi pastoral en diversos parajes. Sin embargo al lado de estas fiestas y de estas protestas de amistad, no faltaron algunas tentativas de latrocinio que revelaron el instinto habitual de los isleños. Fué preciso tirar un pistoletazo sobre uno de ellos, mas atrevido que los demas, que procuraba por segunda vez arrebatar la carena del timon. No por esto dejó de continuar la buena armonía, ni de acompañar á Maurelle los sentimientos de aquella poblacion cuando aparejó para abandonar aquellas islas. Maurelle dejó á este grupo el nombre de *Don Martin de Mayorga*,

(1) Especie de manopla guarnecida de hierro, ó plomo, de que usaban los antiguos pujiles en sus combates.

y es el mismo que lleva en nuestro mapa el nombre de Hafoulou-Hou, cuya tierra principal es Vavao. El capitan español vió en seguida las islas Hapaï, reconocióla á la vela y recibió á bordo á un jefe que se titulaba rey de cuarenta y ocho islas. Prosiguiendo su derrotero hácia el S. descubrió Tofoua, que apellidó *San Cristóbal*, los escollos Hounga-Tonga y Hounga-Hapaï, que llamó *las Colubras;* Pylstart, que denominó *la Sola*, y por último una isla Vazquez, que nadie ha visto despues de él. Llegado á los 30° lat. S. retrocedió y se dirijió hácia el N. con objeto de detenerse de nuevo en Vavao; pero habiendo el viento y las corrientes contrariado su proyecto, continuó directamente su derrotero para las islas Marianas.

Á fines de diciembre de 1787, se presentó Lapérouse en estos parajes; descubrió sucesivamente Vavao, Amargura, Tataï, Kao, Tofou y los peñascos Hounga-Tonga y Hounga-Hapaïa. El 31, costeando los arrecifes de Tonga-Tabou le atracaron siete ú ocho piraguas, y uno de los que las montaban se vendió por hijo de Finau. Estas relaciones, aunque muy breves, fueron siempre muy amistosas, y Lapérouse, despues de haber reconocido Pylstart, continuó su rumbo para Botany-Bay. Habiendo salido de esta colonia algun tiempo despues, es de creer, segun la doble opinion de los capitanes d'Urville y Dillon, opinion fundada sobre noticias sacadas de una misma fuente que Lapérouse se presentó de nuevo en el archipiélago Tonga, antes de ir á estrellarse contra los arrecifes de Vanikoro. Sin embargo la version de los dos marinos difiere en un punto. Segun el capitan d' Urville, que supo el hecho por la misma boca de la Tamaha en su entrevista en Tonga-Tabou, Lapérouse habia pasado diez dias en Namouka, y su espedicion vivia en la memoria de los naturales bajo el nombre de *Louaoji*, como la de d' Entrecasteaux se grabó despues en la misma bajo el nombre de *Selenari*. Segun el capitan inglés, Lapérouse ni siquiera fondeó, y solo permaneció en la isla veinte y cuatro horas en crucero.

Al mes de abril de 1789, el capitan Bligh se presentó á su vez en el archipiélago Tonga, y pasó tres dias en Namouka donde encontró dos jefes, del nombre de Toubo, y otro llamado Taïpa. Segun él, vivian todavía Poulaho, Finau y Toubo. Dos dias despues de su salida de esta isla estalló á bordo del *Bounty* la sedicion que ecsoneró del mando á Bligh, y le abandonó con algunos individuos que le permanecieron fieles, á la discrecion de las olas del Océano. Bligh pudo aportar con su chalupa en Tofoua, cuyos naturales, al principio benévolos, acabaron por usar de violencia para detenerle. Empeñóse en la playa un combate en que fué cojido y mutilado un marinero rezagado. La chalupa pudo libertarse, pero fué igualmente perseguida, de suerte que sin el abandono de algunos equipajes que se arrojaron al agua, quizás aquellos obstinados enemigos no hubieran dejado escapar á los Ingleses.

Despues de Bligh tropezámos, en 1791, con el capitan Edwards, que tocó dos veces en Namouka, y pudo justificar la pasion enérjica de los naturales por el robo. Empeñáronse algunos ataques, en los que murió uno de aquellos merodeadores; pero los jefes se mostraron siempre bien intencionados, y el rey, á quien Edwards llama *Fetafi* (sin duda Fata-Faï), consintió en embarcarse en el navío con uno de los Toubo para pasar á Tofoua. Ignórase si este Fata-Faï era el mismo Poulaho ó su hermano; pero Poulao debia morir por aquella época, puesto que d'Entrecasteaux no lo encontró jamás. Segun el capitan d' Urville y su intérprete Singleton, Poulao feneció y fué inhumado en Vavao. Lo único que parece muy positivo es que Finau no ecsistia ya cuando apareció Edwards.

D' Entrecasteaux fondeó en Tonga-Tabou, á 23 de marzo de 1793, en cuya época se hallaba la autoridad principal en poder de Toubo ó Mouï-Mouï, hermano segundo de Toubo-Lahi y de Mari-Wagui, que habia heredado las funciones de Touï-Hata-Kalava. El jóven Fata-Faï, hijo de Poulaho y cuyo nombre propio era Foua-Nounoui-Hava, á la sazon de unos 25 años de edad, no se hallaba investido entonces del título de Touï-Tonga-Fafin. Hay ademas un tal Finau que representa un papel esencial en la relacion de d' Entrecasteaux; mas nunca ha podido saberse quien fué el que murió durante la permanencia de los misioneros, si Finau-Louka-Lao, ó bien Finau-Tougou-Aho, primo del Finau de Cook.

Este nombre de Finau era por lo demás muy comun en la familia de los Toubo.

Las primeras relaciones de nuestros marinos con los naturales fueron interrumpidas por sangrientas refriegas motivadas por el instinto del robo. En una de estas querellas fué herido gravemente un Francés; mas Finau entregó al culpable como represalias rogando que lo matasen. D' Entrecasteaux se contentó con hacerle pegar unos cuantos latigazos.

Este descanso no se pasó sin algunas fiestas, bien que destituídas del esplendor y de la importancia de las de Cook. Á 30 de marzo d'Entrecasteaux asistió á una de ellas, convidado por Toubo; pero todo era mezquino, asqueroso y sin gusto. El comandante tuvo la mayor jenerosidad de ofrecer preciosos presentes, que fueron recibidos con indiferencia. Respondian con dificultad y sujecion á todo cuanto les preguntaba; buscaban efujios, escusas y pretestos; parecian embarazados; el Toui-Tonga, los eguis, el pueblo, todos manifestaban cierto aire de desconfianza y

de reserva: así que apenas d'Entrecasteaux lo echó de ver, se retiró antes de terminar las diversiones.

Si hemos de dar crédito á los informes dados al capitan d'Urville, esta partida anticipada salvó á d'Entrecasteaux y á sus compañeros. Estábase urdiendo una trama encubierta por la solemnidad de la fiesta y si se frustró es debido únicamente á los caprichos del azar. Las víctimas se salvaron en el momento en que los conjurados no se hallaban todavía dispuestos. No pocas veces habia Singleton oído referir este asunto á su antiguo protector Vea, que habia vituperado el proyecto sin poder oponerse á él.

Sea como fuere, d'Entrecasteaux comprendió que no era siempre la dulzura el medio mas conveniente para granjearse el respeto de aquellas pueblas. Como los hurtos iban continuando sin que sus quejas surtiesen el menor efecto, hizo ametrallar cierto dia á los agresores mas atrevidos y logró matar tres. No obstante, lejos de desconcertarles esta leccion, al dia siguiente volvieron los otros en sus piraguas para traficar como siempre. Forzoso es confesar que los rateros pertenecian á la ínfima clase del pueblo, y los jefes, lejos de sentir su muerte y pretender vengarla, quizás hubieran sido los primeros en acabar con los ladrones á garrotazos. Tal vez hubiesen esplotado la sorpresa en grande; pero el latrocinio en pequeño les parecia un caso digno de la horca.

La augusta Tine, la Tamaa, fué bien pronto á establecerse en la isla de Pangaï-Modou, en frente de los mismos navíos para obsequiar en ella á sus huéspedes durante algunos dias. A 3 de abril, dió á los oficiales franceses una fiesta que consistió principalmente en danzas diarias. « El compás, que tan pronto era lento como acelerado, dice d'Entrecasteaux, comunicaba accion á la danza, y producia muy buen efecto. Reina en estos pequeños bailes un conjunto tan perfecto como los de nuestras mejores representaciones y no dudo que causarian el mas vivo placer aun en el teatro de la Opera. »

Repetidas veces pudo d'Entrecasteaux observar que el profundo respeto de los naturales para ciertos miembros de la sacra familia no envolvia siempre la idea de una grande autoridad; de la cual cita un ejemplo curioso ocurrido á bordo de su mismo buque. Hallábase Fata-Faï con su suegro en la cámara del jeneral, de quien acababa de recibir algunos presentes, y habiendo llegado un hermano del jefe Toubo, se apresuró Fata-Fai á sustraer á sus miradas los objetos que habia recibido, cual si temiese verse despojado de ellos. No fué parte esta precaucion para conseguir su objeto, pues habiendo echado de ver los presentes, el nuevo visitador se adelantó hácia el rey, y se los arrebató de su propio cinto. Fata-Fai pareció ceder con gusto; pero cuando salieron juntos, Fata-Fai se detuvo en el umbral, tendió su pie hácia atras, y el hermano de Toubo se vió obligado á prosternarse para el moë-moë. Así que el heredero de los Toui-Tongas tenia el privilejio de hacerse besar el pie á cualquier hora é instante, sin tener por esto derecho de defenderse contra un pariente que le despojase de su propiedad. ¡ Estraño é inesplicable contraste !

Despues de unas dos semanas de permanencia, d'Entrecasteaux salió de Tonga-Tabou el 9 de abril. El recuerdo de su paso se conserva todavía en la memoria de los naturales bajo el nombre de *selenari*, corrupcion de la palabra *jeneral*, con la que era designado mas comunmente aquel jefe militar.

Despues de él apareció en la rada de Namouka un buque americano, del que se escaparon seis desertores, los primeros que se hayan establecido en aquellas islas. Cuatro de ellos no hicieron mas que una breve pausa, pero los otros dos, Connelly y Ambler, pasaron á Tonga-Tabou donde fijaron su domicilio. Eran individuos de reprensible conducta, de quienes los naturales no podian aprender nada de bueno.

En abril de 1797, llegó el capitan Wilson del *Duff*, buque cargado de misioneros. Las funciones de Toui-Tonga pertenecian entonces á Foua-Nounouï-Hava, que Wilson designa bajo el nombre jenérico de Fata-Faï. El anciano Toubo-Mou-Mouï conservaba todavía la autoridad temporal; pero postrado por su edad, descansaba de los cuidados del poder en su hijo Finau-Tongou-Aho, hombre de gran valor, pero de un carácter violento y cruel. Ya habia logrado desposeer y echar fuera á Tonga-Tabou á la viuda de Poulo y sus secuaces.

En cuanto hubo el *Duff* ocupado su puesto en el surjidero, el capitan Wilson bajó á tierra para sondear las disposiciones de los jefes, quienes respondieron á las primeras declaraciones que se alegrarian mucho de poseer algunos Europeos. Fundados en esta seguridad, desembarcaron diez misioneros y se establecieron en Hifo, bajo el patronato especial de Tougou-Aho. Escojieron este protector no tanto por la seguridad que ofrecia, como por el terror que inspiraba á los demás jefes. « Era, dice Wilson, un hombre de unos cuarenta años, de un continente sombrío y taciturno: hablaba poco, pero cuando estaba encolerizado, los ecos de su voz resonaban como los rujidos del leon. Por el contrario Fata-Fai, hombre de la misma edad á poca diferencia, igualmente robusto y bien proporcionado, tenia maneras graciosas, afables y agradables; su andar era noble y majestuoso, y todo anunciaba en él intelijencia y deseo de instruirse. »

Estas conferencias sobre un establecimiento

fueron atravesadas por una borrasca súbita é imprevista. Cierto dia y sin previa amenaza, vióse repentinamente rodeado el *Duff* de muchos centenares de piraguas con cerca de 3.000 hombres armados. Ambler, uno de los Americanos establecidos en la isla, participó á Wilson que estaba á punto de estallar una conspiracion, y que aquella flotilla, aunque al parecer inofensiva, estaba meditando la sorpresa de su navío. Sin la menor demora se procedió á los preparativos de defensa, y cuando se presentaron las piraguas al lado del buque, solo se admitieron á bordo á los jefes como una especie de rehenes, vijilando severamente sobre las acciones de los demás. Habiendo Finau el conspirador echado de ver que el plan estaba descubierto, revocó la órden del ataque y protestó altamente de su buena fé.

Por segunda vez, y en medio de las tinieblas de una noche borrascosa, se descubrió á las once de la noche una piragua que se deslizaba silenciosamente en direccion al bauprés. El objeto de los que la montaban era bien evidente; tal era cortar los cables del navío, que por la direccion actual del viento se hubiera estrellado contra los corales de la costa. En cuanto el centinela hubo columbrado aquella embarcacion, despidió un fusilazo, y los que la montaban se precipitaron al mar y se salvaron á nado.

Á 15 de abril abandonó el *Duff* aquella costa dejando en ella á los misioneros á merced de los naturales. La suerte de aquellos evanjelistas fué desde luego bastante tolerable, puesto que les respetaron y subvinieron á sus necesidades induciéndoles á creer por un momento en la prosperidad de su apostolado.

Hácia este mismo tiempo cayó gravemente enfermo el anciano Mou-Mouï. Para conjurar el peligro reclamaba la costumbre el sacrificio de un miembro de la familia, y habiendo Tougou-Aho escojido á su jóven hermano Koli-Lalo, procuró atraerle á una emboscada en Nioukou-Lafa. Defendióse sin embargo bizarramente, puso á dos ejecutores fuera de combate, y solo sucumbió á los esfuerzos de tres hombres de Viti, provocados por la hermana de la víctima. En cuanto á Tougou-Aho, este asesino de su hermano, hizo enterrar su cadáver con toda especie de honores, y muchas veces iba á llorar sobre su tumba, con los codos apoyados sobre las rodillas, el rostro oculto en sus manos, haciéndolo por espacio de horas enteras, en seguida se retiraba lleno de tristeza.

Apesar de tan deplorable holocausto, sucumbió el anciano Mou-Mouï. Su cuerpo debia ser inhumado con la pompa acostumbrada, y ya se veían varios individuos como preludio de la ceremonia desgarrarse el cuerpo y romperse el craneo. Hablábase igualmente de dos mujeres del difunto que debian inmolarse en el faï-toka. El terreno donde descansaba el cadáver se cubria todos los dias de varias ofrendas.

Finalmente, á 2 de mayo se celebraron las ceremonias de los funerales, presididas por la touï-tonga-fafine y Fata-Faï. Al amanecer se hallaban ya reunidas en torno del faï-toka cuatro mil personas. Habiéndose abierto el hoyo al ruído discordante de mil voces y trompas marinas, lanzáronse á la arena á un mismo tiempo un centenar de hombres armados, de lanzas y macanas. Cortáronse y acuchilláronse en todos sentidos, rompiéronse los cascos á golpes de macana pegados con tanta violencia, que bien podian oirse á quince ó veinte toesas de distancia. El césped no era mas que un chorro de sangre: aquí corrian furiosos que se precipitaban sobre las picas procurando hundirse la punta en las carnes; allí se atravesaban el muslo ó el brazo, y siempre dirijiendo al difunto las espresiones mas tiernas y las despedidas mas dulces. Un natural de Viti, criado del difunto, llevó la cosa hasta el punto de untarse de aceite el cuerpo y los cabellos, y aplicarse fuego caminando con gravedad en medio de la arena con su abrasada cabellera. Tras aquella primera multitud de mártires, apareció una segunda y tercera cuadrilla rivalizando en suplicios espontaneos con la cuadrilla precedente, y cada individuo procurando sobrepujar á sus camaradas en la intensidad de sus dolores.

Cantos melancólicos y sonoros hicieron tregua á tan horribles escenas, y se vió llegar una lejion de unas ciento y cuarenta mujeres caminando en una sola fila, llevando una cesta de tena cada una: seguíanlas ochenta hombres con una cesta en cada mano, y cantaban: « Hé aquí la bendicion de los muertos! » y las mujeres repetian el estribillo. En seguida llegó otra cuadrilla de mujeres cargadas con una gran cantidad de telas, y esclamando en el mismo tono. Estas tres cuadrillas reunidas se dirijieron hácia la tumba, cubriendo de hermosas esterillas y telas preciosas la parte del otero comprendida entre la cabaña, el sitio donde se hallaba el cadáver y la tumba. En breve al sonido de los bocios y á los graves y quejosos cantos de la multitud, trasladaron el cuerpo al faï-toka en un grueso fardo de telas negras. Concluída esta ceremonia se dió principio á las ofrendas cubriendo la tumba de telas, de magníficas esteras y de objetos preciosos. Cada natural, cada jefe ofreció su don, proporcionado á su rango y á su riqueza. Tougou-Aho envió treinta y cinco balas de telas sobre treinta y cinco literas. Entretanto continuaban los suplicios: varios mártires se hacian cortar una falanje, al paso que otros se mutilaban el rostro y se lo desfiguraban con el ausilio de nueces de coco atadas á sus puños. Los parientes y criados del difunto se hacian notar sobretodo por la ecsajeracion de aquellos testimonios de luto.

El último asilo en que depositaron el cuerpo era una abertura practicada en la cima del faïtoka, y cubierta por una piedra labrada de unos ocho pies de largo sobre cuatro de ancho y uno de grueso. Para levantar esta piedra, se necesitaban dos maromas, un punto de apoyo y ciento y cincuenta hombres para trabajar encima. Apenas el cuerpo fué bajado á la hoya, dejaron caer la piedra con cuidado, mientras que las mujeres y los niños lloraban á lágrima viva esclamando: « ¡ padre mio ! ¡ padre mio ! ¡ el mejor de los jefes ! » mientras se iba bajando la piedra, se aprovechaban los últimos momentos arrojando por la abertura que todavía quedaba abierta, varias telas y esteras; al paso que algunos fanáticos se acuchillaban constantemente con furor cual para aprovechar el poco tiempo que les quedaba. Amainó por fin aquel furor de suplicios, y cuando se desataron las maromas de la cima del otero, prorumpieron en un grito agudo al que contestaron los concurrentes despedazando las guirnaldas de hojas de *tchi* (dracæna) suspendidas de su cuello. Así terminó la primera jornada del luto, y durante cosa de un mes se continuó con menos violencia y ecsajeracion, hasta que el 28 de mayo sobrevino un gran bow-mai que concluyó aquellos prolongados y sangrientos funerales.

Tal es el pueblo en medio del que vivian los misioneros, forzados á sufrir el espectáculo de aquellas prácticas paganas sin traslucir siquiera la posibilidad de abolirlas. Por otra parte su posicion no se mejoraba, y los dos desertores Connelli y Ambles, á quienes se juntó en breve su camarada Morgan, les suscitaron toda especie de enredos. Es verdad que Tougou-Aho no quiso escuchar de ningun modo los consejos de aquellos hombres mal intencionados; antes bien continuó otorgando su proteccion á los misioneros, bien que estos juzgaron mas conveniente á su seguridad no permanecer abrigados bajo las alas de un solo jefe. En consecuencia se dispersaron por la isla, quedándose con Toubou-Aho solo dos, pues los otros se establecieron bajo la proteccion de cuatro eguis, los mas influyentes despues de él.

A 14 de mayo, Toubou-Aho, investido solemnemente con el título y las funciones de Touïkana-kabolo, cambió su nombre de Finau-Tougou en el de Talai-Tabou, dios de su familia, prohibiendo bajo pena de muerte que lo llamasen de otra suerte, y no chanceándose con los infractores. Sus huéspedes los misioneron tuvieron mas de una vez la ocasion de cerciorarse de su sistema de rigores implacables. Si un hombre le disgustaba, sin el menor pretesto ni juicio le hacia cortar la mano. Ofendido cierto dia por un pobre diablo, mandó que inmediatamente lo arrestasen, le atasen las manos á la cabeza, y que en esta posicion le aplicasen al sobaco tizones ardientes. Solo á fuerza de reiteradas instancias alcanzaron los misioneros el perdon de aquel desgraciado.

Hácia esta misma época Tonga-Tabou esperimentó fuertes y repetidos sacudimientos de terremotos que amedrentaron toda la poblacion. Los naturales estaban persuadidos de que aquellos fenómenos eran efecto de la cólera de sus hotouas, por cuyo motivo no perdonaron cantos ni ofrendas para conjurarlos. Por lo demas, tales sacudimientos eran frecuentes y casi previstos, y algunos eran bastante violentos para derribar los edificios y arrancar los árboles de cuajo.

Despues de una nueva aparicion del *Duff*, que partió para Europa á 7 de setiembre de 1797, abandonando los misioneros á la custodia de Dios y de los naturales, Tonga-Tabou no fué muy visitada por espacio de unos treinta años. Ninguna mision oficial volvió á verse en ella, y los pocos aventureros que fondeaban en la costa acabaron por la mayor parte con un fin desastroso. Así es que la historia de aquella época fuera absolutamente desconocida, si no nos la hubiese transmitido el náufrago del *Puerto del Príncipe*, el Inglés Mariner, á quien se la suministraron los mismos indíjenas.

El jefe, el soberano, el tirano de la época era Tougou-Aho, ó Talai-Tabou, que reinaba cual verdadero carnicero, acuchillando y mutilando á sus vasallos como pudiera hacerlo un bajá de oriente. En una asamblea de kava hizo cortar el brazo izquierdo por mero pasatiempo á doce servidores suyos; y cuando le desagradaba algun semblante, no tenia el menor escrúpulo en cortarle la nariz, una oreja ó sacarle un ojo. Esto era para él un pasatiempo de príncipe.

Estas crueldades, llevadas hasta la demencia, ecsasperaron desde luego á los jefes de la isla, y entre ellos á un poderoso egui, llamado Toubo-Eiouha. En consecuencia fraguó una trama á la que asoció á su hermano Finau, jefe tributario de todas las islas Hapaï. Decididos entrambos á desembarazar el archipiélago de aquel lobo furioso, llegaron con sus adictos una tarde del mes de mayo de 1799, á Hifo, residencia de Tougou-Aho. El pretesto de aquella visita era el deseo de tributar homenaje al toui-kana-kabolo y ofrecerle algunos presentes. Llegados á una hora tan intempestiva, habia la obligacion de recibirlos y procurarles un aposento para pernoctar, pero en cuanto se hallaron todos sumidos en un profundo sueño, los conjurados se levantaron: Finau debia con sus jentes cubrir las avenidas de la residencia real, y Tougo-Niouha se encargaba de penetrar en el interior y cortar la cabeza al tirano: ejecutóse así. El enérjico conspirador se acercó á su víctima, y paraque esta viese claramente al agresor, despertó á Tougou-Aho, y le dijo: « Yo soy, es Toubo-Niouha; » y con

un golpe de macana lo estendió yerto cadáver. A este primer asesinato sucedió una escena de carnicería en la que pereció toda la familia del *Hou*, á escepcion de un niño de tres años, hijo adoptivo de Tougo-Niouha, que este último salvó del desastre.

Este puñado de hombres habia sido suficiente para conducir el complot á un écsito feliz; pero era insuficiente para aguardar el ataque de los amigos y parientes de la víctima. Tougo-Niouha y Finau se retiraron al distrito de Hagui para vijilar los movimientos de sus adversarios. A la noticia de la sangre que inundaba Hifo se commovió Tonga-Tabou en masa; de todas partes resonó la trompa guerrera provocando los combatientes á las armas, y predicando una especie de cruzada contra los asesinos. Por su parte reunieron estos sus fuerzas de mar y tierra, sorprendieron y dispersaron la flota enemiga, desembarcaron en Hifo y empeñaron la accion con las tropas acampadas en aquella playa. Despues de una obstinada lucha, Finau y su hermano tuvieron la peor parte y se retiraron de nuevo á Hagui donde la suerte les preparaba un poderoso aliado. Era este Toui-Hala-Fatai, el vencedor de las islas Viti y el mas célebre guerrero de Tonga, que al frente de aventureros osados como él habia hecho la guerra por espacio de dos años contra los Vitios, pueblos intrépidos y feroces, talando sus tierras, saqueando sus casas y pasando á degüello las poblaciones. Cansado de triunfos y de pillajes, regresaba á Tonga-Tabou en el momento en que Finau y su hermano cedian á la fuerza y al número. ¡Concíbase la alegría de los vencidos al ofrecérseles como aliados unos guerreros que solo respiraban sangre, satisfechos de encontrarla en el país natal! El intrépido jefe de estos aventureros se hallaba acometido de una enfermedad mortal, pero quedándole todavía un dia entero para combatir, quiso utilizarle á todo trance.

En consecuencia la guerra empezó de nuevo al dia siguiente, 29 de mayo. Toui-Hala-Fataï, Finau y Sougo-Niouha emprendieron la marcha sobre Hifo; pero sus adversarios, que se hallaban en la misma disposicion para dar la batalla, les ahorraron la mitad del camino. Llegados en presencia unos de otros, se entregaban á un momento de descanso por una especie de acuerdo tácito, cuando impaciente de toda dilacion, Toui-Hala-Fataï se precipitó con sus guerreros contra una division enemiga. El ímpetu con que se embistieron jeneralizó la accion. Por ambas partes fué encarnizada y sangrienta, grande y heróica: los tres jefes, Toui-Hala-Fataï, Toubo-Niouha y Finau rivalizaron en prodijios de valor; pero el aventurero, sintiéndose condenado á perecer por la enfermedad, creóse un lecho de cadáveres sobre los cuales cayó agonizante y atravesado de veinte lanzazos. Mas fuerte y robusto, Tougo-Niouha permanecia de pie en medio de cuarenta hombres que sucumbieran á impulsos de su macana; pero no menos intrépido y mas prudente, Finau calculaba sus golpes y los dirijia con mas seguridad. Animados por el ejemplo de estos tres jefes, sus guerreros hicieron prodijios y derrotaron completamente al enemigo.

Pero esta victoria, sumamente costosa para Finau, no ofrecia resultados bastante decisivos para aguardar en la isla un nuevo ataque de los partidarios del *Hou* degollado. Retiróse á sus estados de Hapaï, venció en dos encuentros en Namouka á los guerreros de Tougou-Aho, y avasalló de esta suerte con mas solidez todo aquel archipiélago, en adelante independiente. Esta revolucion no se verificó sin una reaccion contra los vencidos: diversos eguis ó mata-bulés fueron el blanco de horribles venganzas. Arrojáronlos en cuadrillas á bordo de varias piraguas que se echaban á pique ó se abandonaban en alta mar; ó bien desnudos y despojados, los ataban á unas estacas clavadas en el suelo y los dejaban morir de hambre. Los naturales de aquella zona creen todavía oir los lamentos de aquellas víctimas en los ruidos de las olas.

Hallándose tranquilos en Hapaï, Finau y Tongo-Niouha proyectaron la sumision de Vavao. El jefe de aquellas islas, en nombre de Tougou-Aho, decidió desde luego resistir á todo trance á los vencedores y cansar su paciencia por medio de escaramuzas diarias; pero esta guerra de guerrillas no duró mas que dos semanas, al cabo de las cuales Finau se halló dueño de la grande isla donde dejó como virey tributario á su hermano y aliado Tougo-Niouha, y regresó á su residencia de Hapaï para meditar la invasion de Tonga-Tabou.

Hallábase á la sazon Tonga-Tabou envuelta en una deplorable anarquía. No habiendo Tougou-Aho dejado heredero directo, los colaterales se disputaban su poder. Estaba la isla dividida en veinte partidos, que todos atraían hácia sí una parte de influencia y de autoridad. En lugar de un rey habia doce reyes, atrincherados todos en sus fortalezas, amenazándose y atacándose mutuamente sin poder resolver jamás una preponderancia definitiva. Traídos al retortero entre aquellos reyezuelos del momento, oprimidos por el número y apenas defendidos por algunos, los misioneros se vieron reducidos á luchar por sí mismos contra los peligros de una posicion tan sumamente crítica. Tres de aquellos desgraciados fueron pasados á cuchillo en 1799, despues de la derrota del jefe que les protejia, llamado Vea-Tchi; cinco fueron encontrados recojidos afortunadamente por un buque que tocó en Tonga-Tabou, en enero de 1800, y el último, el pastor

Veeson, retirado á Vavao, tuvo la dicha de poder pasar á bordo del buque que se hallaba á la vista de las costas en el momento en que acababa de espedirse el decreto de su muerte.

La anarquía que reinaba en Tonga-Tabou se acrecentó sensiblemente despues de la partida de los misioneros. Temiendo por la salvacion de su ecsistencia, en medio de desórdenes de semejante naturaleza, el touï-tonga se retiró á Vavao á donde se encaminaban los naturales de todos los grupos á temporadas con objeto de honrar su carácter divino. Triunfaba Finau; la presencia del pontífice tonga lejitimaba sus derechos; lisonjeábase públicamente de tan pomposa alianza, y solo calificaba á los jefes sus rivales de impíos y rebeldes.

Sumida en los horrores de la guerra civil, Tonga-Tabou era inaccesible á los Europeos. Poco tiempo despues del asesinato de los misioneros, la tripulacion del buque *Argo*, que habiendo naufragado en el grupo Viti pudo pasar á Tonga, pereció igualmente en sus combates contra los naturales, á escepcion de un solo hombre recojido por un buque de paso. En breve se cometió en aquellas costas un atentado mucho mas grave. Hasta entonces, como habian tenido que luchar con navíos de guerra bien tripulados y artillados, los naturales habian visto frustrarse todas sus conjuraciones; pero no sucedió lo mismo con las embarcaciones mercantes. El *Duke of Portland*, su capitan Melon, fué su primera víctima, y en virtud de la traicion de un Malayo y de un desertor americano llamado Doyle, la tripulacion entera fué pasada á cuchillo, á escepcion de un anciano decrépito, cuatro grumetes y una mujer de color, llamada Elisa Mosey. Sin embargo, como estos individuos se habian salvado únicamente á causa de su edad, los destinaban para cooperar á la descarga y destruccion del navío, con objeto de inmolarlos mas tarde para borrar enteramente todos los vestijios de aquel atentado. Doyle presidia á aquellos trabajos, y era el alma y el brazo de aquel pillaje. Hacia ya muchos dias que continuaba la descarga, cuando una mañana el anciano y los cuatro grumetes sorprendieron al traidor, lo mataron, espulsaron del navío á los naturales que contenia, cortaron los cables y se hicieron mar adentro, dejando en la isla á Elisa Mosey. Nunca se tuvieron noticias de aquellos desgraciados que debieron de perderse sin duda en lejanas playas.

La Union de Nueva York, su capitan Isaac Pendleton, esperimentó á su vez una catástrofe sangrienta. Habiendo tocado en Tonga-Tabou, á 1.° de octubre de 1804, despachó á tierra uno de sus botes montado por algunos marineros, el capitan y el sobrecarga. Feneció el dia y se pasó la noche sin ver absolutamente á nadie; pero al dia siguiente, el teniente del buque, llamado Wright, empezaba ya concebir las mas serias inquietudes. Ninguna piragua habia atracado la nave como la víspera; los jefes tongas se ceñian á pedir por medio de signos que los oficiales despachasen á tierra otro bote, y procuraban dar á entender que el capitan habia comprado cerdos y otras provisiones, que requerian otra chalupa para su transporte. Sospechó Wright tan singular conducta, con tanta mayor razon, cuanto á cada paso se presentaban nuevas piraguas de guerra que iban cercando el buque y muchos naturales armados de sus macanas que se disponian para subir al abordaje. Fué preciso, para moderar su entusiasmo, mostrarles la boca de los cañones prontos á romper el fuego; á cuya demostracion se apartaron un poco y permanecieron á alguna distancia. En el mismo instante se encaminaba velozmente hácia el navío otra gran piragua salida de la playa que atravesó la flotilla y singló hácia el navío, finjiendo enseñar á los Americanos una mujer estranjera que se hallaba de pie en la proa. Pasmada la tripulacion de *la Union*, se esforzaba en indagar el sentido de aquel enigma, cuando aquella mujer, despues de una contienda bastante animada con el egui de la piragua, se arrojó súbitamente al mar y nadó hácia el navío pidiendo socorro al oficial. «Estad preparados, esclamaba; el capitan y sus marineros han sido degollados en tierra.» En consecuencia disparáronse algunos tiros sobre la piragua para asegurar la fuga de aquella mujer que fué acojida á bordo. Entretanto los isleños, furiosos de ver que les escapaba la presa, se precipitaron hácia *la Union* y dieron principio al vigor de un ataque jeneral. Las balas, la metralla, la mosquetería, nada fué suficiente para detenerlos: el mar estaba cubierto de cadáveres, de restos de piraguas y arrapiezos mutilados; los moribundos y los heridos poblaban el aire con sus clamores. ¡No importa! el resto de los combatientes se agarraban á los flancos del navío y parecian resueltos á forzarlo ó morir. Estaba reservada á *la Union* la mas horrorosa suerte, si Wright no hubiese hecho cortar los cables. Cuando el buque emprendió su ataque á velas desplegadas, los agresores aterrados, volcados en su curso, y frustrados en sus esperanzas de sangre y de botin, dispararon en roncos y salvajes ahullidos, cual un tigre al ver que se le escapa su presa.

Entretanto se habia interrumpido ya á la mujer recojida á bordo. Era, como puede presumirse, Elisa Mosey, la única criatura escapada al desastre del *Duke of Portland*. Refirió que en virtud de algunas preguntas mañosas y cumplimientos muy amistosos, el capitan y sus camaradas se habian dejado arrastrar al interior de la isla, donde los habian bloqueado súbitamente y degollado sin compasion. Deseando atraer á tier-

ra otro bote y prepararle una suerte semejante, Elisa se habia ofrecido á hacerlo asegurando que facilitaria la ejecucion de la segunda emboscada; para lo cual pidió que la acompañasen hasta el buque á fin de persuadir y engañar al oficial, bien que con la idea secreta de advertirle y salvarle. El artificio tuvo un écsito completo; *la Union* bogaba sobre el Océano, escapada por milagro á los salvajes de Tonga-Tabou. Pero ¡ah! esta evasion era únicamente para caer en manos mas feroces todavía. La fatalidad pesaba sobre aquel buque: así que algunos dias despues se perdió en las islas Viti, y su tripulacion fué descuartizada y comida por los canibales de aquel archipiélago.

Desde el desastre de *la Union*, pocas embarcaciones mercantes anclaron en la isla fatal. Turnbull en 1803 pasó á Coa sin detenerse; el capitan Campbell del *Harrington*, llegado á Tonga-Tabou en 1800, presintió un ataque y levó el áncora sin siquiera tomar tierra, pero el capitan Brown del *Puerto del Príncipe*, fué víctima de una espantosa catástrofe á causa de su imprudencia.

El *Puerto del Príncipe*, bellísimo buque montado por una tripulacion de cerca de cien hombres, y armado de veinte y cuatro cañones de á 12 y ocho obuses del mismo calibre, fondeó en el grupo Hapaï, en Lefouga, á 29 de noviembre de 1806. Seducido por las promesas de los naturales, el capitan Brown desembarcò á 1.° de diciembre, y media hora despues ya no ecsistia él ni su embarcacion, puesto que la degollaron en la playa con sus camaradas, mientras que el egui Tougo-Toa arrebataba la embarcacion. De 62 Europeos, perecieron 36; y sobrevivieron 26, entre los cuales se contaba Mariner, que hemos citado varias veces, intelijente y de principios, á quien debemos los pormenores mas ecsactos de esta historia (Pl. V. — 1). Aunque salvado, Mariner se hallaba en el estado mas deplorable, cuando el rey Finau se interesò por él y lo tomó á su servicio. Desde aquella especie de adopcion, pasó Mariner á ser un verdadero Tonga; tomó el traje de los isleños, adoptó sus usos y se acomodó á sus costumbres. Uno de sus compañeros de infortunio, Singleton, se resignó como él á las circunstancias de su nueva situacion. Náufrago de 1806, se hallaba todavía en Tonga-Tabou en 1831 cuando la visita del capitan Waldegrave.

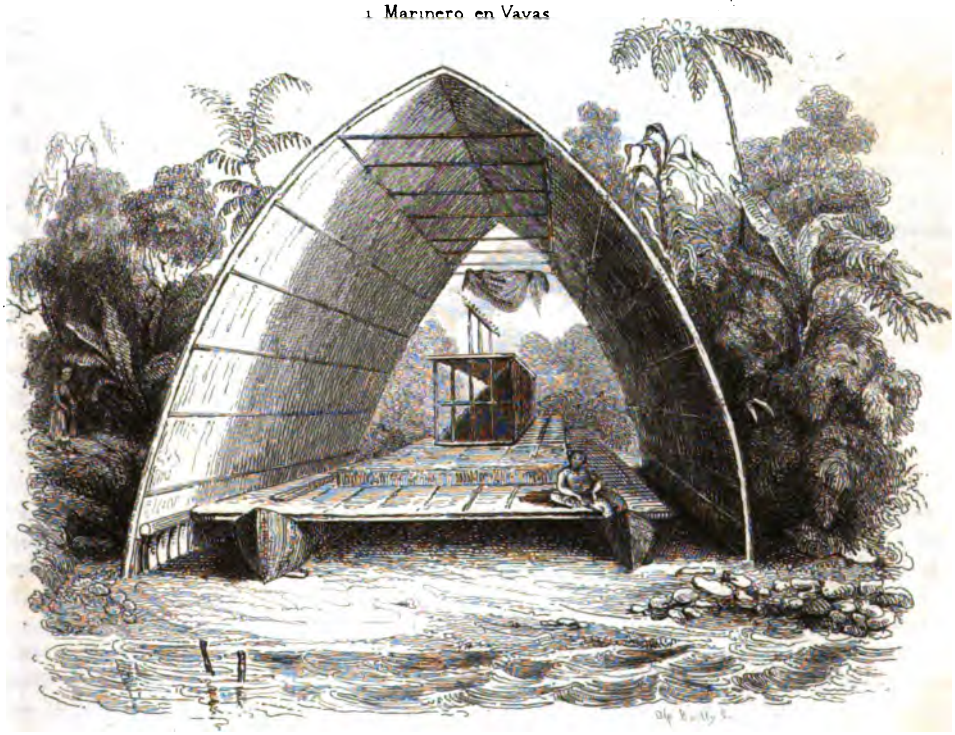
Así es que el pensamiento de *Puerto del Príncipe* era obra de Finau, para quien aquella captura tenia una grande importancia, puesto que por ella iba á poseer piezas de artillería, municiones, vergas, palos, jarcias é hierro. Estaba tan contento con todos estos objetos, que sin el menor escrúpulo hácia matar á todos los merodeadores, diciendo «que eran hombres de nada cuya vida importaba poco al resto de la sociedad.»

Para sacar con mas prontitud y facilidad el hierro del casco, dió Finau órden de incendiar el buque, que abrasó hasta flor de agua, y despues de este procedimiento espeditivo, hizo arrastrar el resto hasta la playa donde fué deshecho completamente. Los Ingleses se vieron precisados igualmente á sacrificar su propio buque; manifestaron los medios mecánicos con que se transportaban los cañones, y enseñaron á los naturales á servirse de ellos haciéndose ellos mismos los artilleros de Finau. Este largo trabajo fué marcado por escenas mas curiosas y divertidas. La mayor parte de los objetos que se encontraban eran enteramente nuevos para los naturales, qne ignoraban su empleo y quedaron absortos cuando se lo indicaban. Así que un reloj, con su golpeo continuo y su movimiento no percibido, les hizo quedar profundamente estupefactos; revolvianlo en todos sentidos, arrojábanlo amedrentados, y volvian á tomarlo. Al principio lo tomaron por un animal, en seguida por una planta, y al fin se dirijieron á Mariner que les esplicò bien ó mal el mecanismo de aquel objeto. En cuanto lo hubieron comprendido, esclamaron: *Fanoua boto!* (que país tan intelijente!)

Animado por este refuerzo de armas y de hombres, Finau proyectó de nuevo la conquista de Tonga-Tabou. Organizó al efecto su ejército, formó su pequeño cuerpo de artilleros ingleses, creó un parque de campaña de cuatro obuses, concentró todas sus tropas en Namouka y las pasó revista en el malaï. Embarcáronse á bordo de ciento setenta piraguas, que aportaron al dia siguiente en Pangaï-Modou. Mafanga, lugar santo, que debia ser respetado de los partidos belijerantes, envió presentes al rey de Hapaï, y este, acompañado de sus mata-bulés, fué á verificar la ceremonia del *toqui* sobre la tumba de su padre. Habiendo dejado sus vestidos ordinarios de telas teñidas, se habia cubierto el rey con simples esteras, y en señal de humildad llevaba en el cuello guirnaldas de hojas de *ifi*. Los oficiales de su casa llevaban el mismo traje y los mismos emblemas. Sentáronse todos á lo oriental, delante de la tumba, con las piernas cruzadas debajo del cuerpo, se batieron las mejillas por espacio de un minuto con sus puños cerrados, silenciosamente, sin articular una palabra siquiera, ni proferir la menor queja, y en seguida uno de los principales mata-bulés de Finau dió principio á una invocacion al alma del padre de Finau. «Ves este jefe, decia, que ha llegado á Tonga para atacar á sus enemigos? sélo propicio; otórgale tu proteccion, pues viene á combatir persuadido de que no tiene culpa, supuesto que siempre trató al toui-tonga con el mas profundo respeto y se esforzó en cumplir con todas las ceremonias relijiosas.» Despues de

1. Marinero á Vavao.

1 Marinero en Vavas



2. Cobertizo para Piraguas.

2 Cobértizo para Piráguas

de Quinson del.

LOAC'S
VIAJE

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

esta oracion se depositaron en el fai-toka algunos troncos de kava, y Finau se retiró con sus jentes.

En el mismo dia principió la guerra. Finau emprendió la marcha contra la fortaleza ó *kolo* de Nioukou-Lafa, una de las posiciones mas formidables de la isla, situada á unas cien toesas de la playa. Esta ciudadela de forma circular ocupaba una superficie de cuatro á cinco acres, y estaba defendida por una doble fila de empalizadas de nueve pies de elevacion y fosos de doce pies de profundidad. De quince en quince toesas, aquel recinto se hallaba flanqueado de plataformas de nueve pies cuadrados, desde donde los sitiados podian arrojar proyectiles sobre los agresores. Ademas de varias salidas, la ciudadela tenia cuatro grandes puertas sujetadas al interior por medio de fuertes travesaños de madera de cocotero. Con las armas habituales de los naturales, esta plaza era inespugnable; pero en el espacio de algunas horas tuvo que ceder á los obuses del *Puerto del Príncipe*, artillería de Finau. En primer lugar la mosquetería barrió las plataformas, y en seguida principió la artillería. Sentado en un gran sillon precedente del buque saqueado, seguia Finau con la vista al servicio de las piezas. Como no resultaba ningun mal aparente, empezaba á incomodarse; pero cuando entró en la plaza evacuada y echó de ver unos cuatrocientos muertos ó heridos tendidos en el campo de batalla, felicitó á Mariner y sus compañeros por su destreza mortífera, y les dió las gracias por su concurso. En adelante la suerte de aquellos ausiliares fué mas tranquila y mas tolerable.

En la embriaguez de la victoria, la fortaleza de Nioukou-Lafa fué incendiada: pero pocos dias despues, por consejo de los sacerdotes que se titulaban órganos de los dioses, fué preciso edificarla de nuevo, en cuya faena se empleó el ejército de Finau.

Sin embargo la guerra no progresaba tanto como creía el rey de Hapaï. El enemigo evitaba los encuentros jenerales, donde triunfaba el cañon de la bravura y del número, armaba emboscadas, pasaba á cuchillo á destacamentos enteros y organizaba una lucha de guerrillas. En uno de estos encuentros cayó Mariner en un foso, y hubiera perecido sin el concurso de cuatro de sus camaradas. Despues de una obstinada resistencia sucumbieron á su lado treinta salvajes de Hapaï. Lo que mas llamó la atencion de nuestro Europeo en aquella accion, fué un combate singular entre un jefe hapai y un jefe tonga. Habiéndose roto sus macanas en el primer ataque, pasaron al pujilato, del pujilato á la lucha, y, estenuados de fatiga, jadeando y medio muertos, sucumbieron uno despues de otro, se agarraron con toda su fuerza y permanecieron inmóviles sin menear ningun miembro á causa de su fatiga y postracion. Gradualmente se fueron sosegando, por lo que renunciaron á continuar el asalto, y en virtud de un consentimiento mutuo, se retiraron cada uno á su fortaleza.

La guerra, transformada así en acciones parciales, arrastró en pos de sí la mas horrible miseria. Los campos quedaron yermos y sobrevino el hambre. Para combatirla mataron y comieron los prisioneros: los unos devoraron aquella carne por gusto, los otros por necesidad, otros en fin por pundonor. Cuando se hubieron agotado todos los cautivos uno á uno, los guerreros del mismo campamento mataron entre sí ó degollaron á sus deudos para nutrirse con ellos. Mariner cita el rasgo de dos hermanos que habiendo atraido su tia á su casa con pretesto de que se partirian una batata, mataron á la pobre mujer y se distribuyeron sus miembros. No era menor la carestía en el campamento tonga, como podrá echarse de ver por el siguiente suceso. Dos hijas de un egui de Nougou-Nougou empeñaron con dos jóvenes jefes una partida de *lafo*, cuya apuesta es la siguiente: si las mozas perdian, participaban con los jefes sin resarcimiento alguno de una batata que poseían; pero si perdian los jefes se hacia la misma particion, con la diferencia de que los perdidosos debian suministrar el cuerpo de un hombre en clase de indemnizacion y como suplemento del festin, y partírselo con las mozas. La suerte favoreció á estas últimas, y los jefes armaron tan buena emboscada, que disfrutaron la mitad del cadáver que les correspondia. Alejado desde largo tiempo de sus estados de Hapaï, Finau solo buscaba un pretesto para terminar aquella campaña sangrienta y estéril. Este pretesto se lo suministró la muerte del toui-tonga. Era preciso asistir á los funerales de aquel pontífice, que habia muerto muchos meses antes. Sin embargo, no queriendo perder las ventajas obtenidas, cedió la fortaleza de Nioukou-Lafa á Tarkaï, jefe de Bea, uno de los guerreros mas célebres de Tonga-Tabou, que se habia declarado por él y lo habia reconocido por *hou* ó rey de todo el archipiélago. No obstante esta sumision era finjida; porque antes de embarcarse, Finau vió su fortaleza entregada á las llamas. Sin las instancias de los sacerdotes que le inducian á partir, hubiera vengado aquella traicion y esterminado á Tarkaï y á su familia: pero la ceremonia relijiosa hacia posponer las contiendas políticas. Finau regresó á Namouka, y despues á Lefouga, donde se verificaba ya la solemne leva del gran tabou que pesaba sobre las producciones de la tierra. El nuevo toui-tonga presidia aquella fiesta commemorativa, y cinco dias despues casó con una de las hijas de Finau, jó-

ven de diez y ocho años. Este touï-tonga, que solo tenia á la sazon poco mas de cuarenta años, debia de ser un hermano del precedente.

Pocos dias despues sobrevino un nuevo accidente de guerra. Uno de los hijos de Tougou-Aho, llamado Toubo-Toa, habia jurado en su corazon vengar la muerte de su padre en la persona del asesino Toubo-Niouha, el cómplice de Finau, haciendo voto de que hasta haber verificado el acto espiatorio se abstendria de beber leche de coco. Constante en sus designios, se habia adherido á Finau procurando desacreditarle Toubo-Niouha, y convertirle en un rival muy peligroso para él. Finau prestó oídos á aquellas apasionadas insinuaciones; se puso zeloso de su hermano y de su influencia omnipotente en Vavao, y llegó hasta dejar traslucir sus deseos de verse desembarazado de él.

Esto bastó á Toubo-Toa. Decidido al asesinato, aprovechó la ocasion en que Toubo-Niouha se hallaba en Lefouga, y una noche lo hizo sorprender y degollar por cuatro conjurados en presencia de Finau, quien dejó consumar el crímen y se contentó con protestar públicamente. Tributáronse al cuerpo de la víctima los mas grandes honores, y lo sepultaron en la tumba de sus antepasados con todo el ceremonial debido á su dignidad. Deseoso de conservar bajo su patronato una tierra lejana, nombró Finau para el gobierno de Vavao á una mujer, á su tia Touï-Oumou. Los sacerdotes prestaron juramento de fidelidad al rey de Hapaï sobre el vaso del kava sagrado; pero tres semanas despues Vavao y su nueva soberana se sublevaron contra Finau, acusándole de complicidad en el homicidio de Toubo-Niouha. La isla se declaró independiente y se levantó una fortaleza en Felle-Toa.

Una nueva guerra hizo diversion al ataque de Tonga-Tabou. Como la sumision de Vavao era mucho mas urjente, Finau proyectó verificarla antes que todo. Al efectó pasó á una de las islas Hapaï, Hanoa, al frente de 4.000 hombres, y desde allí singló para Vavao con tres piraguas solamente, que componian la vanguardia de su ejército. El desembarque se efectuó en Naï-Afou, el lugar santo de Vavao, como Mafanga lo es de Tonga-Tabou. Desde allí se dirijió Finau hácia la ciudadela enemiga, y entabló negociaciones delante de sus atrincheramientos. Los jefes de Vavao no se mostraron intratables, antes consentian en reconocer á Finau por su jefe, pero con la condicion de que habia de domiciliarse en su isla y conservar en ella un corto número de sus vasallos de Hapaï; y en caso de no convenir al rey la residencia de Vavao, ofrecian reconocer su soberanía con un tributo anual, ecsijiendo que la isla fuese gobernada por indíjenas y no por jefes enviados de Hapaï. « Estamos cansados de combates, decian los negociadores; queremos una paz buena y duradera. »

Al oir Finau estas declaraciones, se llenó de rabia y se embarcó en su piragua fulminando palabras de venganza. De regreso á Haano, recorrió toda la flota, y partió para el archipiélago rebelde con 5.000 hombres á bordo de 150 piraguas. Los artilleros ingleses formaban parte de aquellas tropas con dos cañones. Al dia siguiente aportaron en Naï-Afou, y al otro dia se hallaban ya en frente de la terrible ciudadela con un formidable armamento y todo jénero de recursos.

No por esto se amedrentaron los sitiados; antes bien recibieron á su enemigo á flechazos á los que no respondió Finau. Pidió este un armisticio y dijo: « Que los parientes y amigos alistados en las filas belijerantes se vean y se abracen. » Efectivamente durante un espacio de tres horas, hubo entre los dos partidos grande derramamiento de lágrimas: unos se arrojaron á los brazos de los otros deplorando las duras necesidades de la guerra, y el desenlace de aquella escena tal vez hubiera sido una transaccion sin el incidente de una agresion aislada. Uno de los sitiados disparó una flecha contra Mariner que se hallaba en las primeras filas; y habiendo errado el tiro, contestó el Inglés con un tiro de mosquete que le acertó. Esta esplosion fué la señal de un combate que duró todo el dia con grande efusion de sangre por ambas partes. Casi todos los asesinos de Toubo-Niouha quedaron tendidos en el campo de batalla, y el mismo Toubo-Toa perdió su mujer, que fué hecha prisionera. Sin embargo los sitiados espiaron cruelmente estas pequeñas ventajas; el cañon cubrió de cadáveres sus trincheras y no les dejó otra perspectiva que la de una resistencia heroica y estéril. Lejos de huir intimidados por aquellas bocas esterminadoras, mas de un isleño les hizo frente, arrostró sus ataques y aun les insultó. Uno de ellos, para animar á sus camaradas, salió á batirse cuerpo á cuerpo con un cañon y metió su lanza dentro de la boca de una de aquellas piezas mortíferas. Cuando se rompió el fuego, corrió directamente en actitud amenazadora hácia la que servia Mariner. Apuntóla este contra él; pero en el momento en que iba á disparar, el salvaje evitó el golpe tendiéndose en tierra. Despues de la descarga se levantó, dirijió á la pieza algunas palabras provocadoras, vibró su lanza y acabó por dirijirla contra el instrumento mortífero. El arma tropezó contra el borde de la boca, y Mariner le amenazó á quemaropa con su mosquete, pero una flecha lanzada á tiempo le libertó del tiro. El intrépido campeon pudo alcanzar de nuevo la ciudadela prorumpiendo en un grito de triunfo, y desde entonces fué denominado *Fano-Fanowa*,

que en idioma del país significa cañon (*Fana* arco, y *Fanoua* tierra).

Este encarnizado combate solo acabó con la noche. La ciudadela se defendió contra todas las fuerzas de Finau. Frustrado en sus planes, el rey de Hapaï se retiró á Mai-Afou donde se atrincheró á su vez, y desde entonces la guerra tomó un carácter de escaramuzas y de encuentros parciales en que la victoria iba alternando de uno á otro campamento. Esta lucha ofreció muchos hechos de armas aislados, sus rasgos de heroísmo individual, sus raptos de mujeres, sus sacrificios humanos, sus episodios guerreros ó relijiosos, sus retos, sus duelos, como una epopeya homérica.

Finalmente, despues de muchos meses de esfuerzos infructuosos, viendo Finau el mal écsito de los medios violentos, adoptó combinaciones mas pacíficas. Al efecto se procuró diversas entrevistas con los jefes de Vavao, y se portó tan bien, que los decidió á reconocerle por su rey. Mas condescendiente entonces, no titubeó prometer que se estableceria en Vavao, que solo conservaria á su lado un cortísimo número de mata-bulés, y mandaria el resto de su ejército á las islas Hapaï, cuyo gobierno dejaria en adelante á Toubo-Toa. Al dia siguiente entró Finau en la ciudadela al frente de sus principales oficiales, presentó sus homenajes á la reina Touï-Oumou, y firmó una paz definitiva que tan pronto fué suscrita como violada. Finau pegó fuego á la fortaleza de Felle-Toa y conservó la de Nai-Afou desarmando de esta suerte á sus enemigos y manteniéndose en sus propias ventajas. Habiendo esta conducta escitado las sospechas de los principales jefes de Vavao, creyeron mas prudente reunirse con Tarkai y los malcontentos de Tonga-Tabou que esperar en su isla los resultados de la clemencia del vencedor. El porvenir justificó completamente aquella prevision.

Hácia este mismo tiempo (1807-1808) llegó un buque de Port-Jackson con un jefe de Tonga-Tabou y su mujer Fata-Faï, que acababan de pasar dos años en la colonia inglesa de Sydney. Finau se abocó con aquellos emigrados, pero estos no le hicieron un cuadro muy lisonjero de la vida y de la hospitalidad europeas. Referian que en las ciudades que habian visitado podia morirse de hambre delante de una tienda abundante de víveres; que solo el oro podia hacer eguis, y que para procurárselo aquellos desgraciados habitantes trabajaban desde la mañana hasta al anochecer.

Esta palabra de oro ocupó á Finau por mucho tiempo despues de la visita de los tongas viajeros; y á todos los Ingleses, entre otros á Mariner, les preguntaba: «¿de qué metal se hace la moneda? ¿acaso de hierro? ¿puede fabricarse de armas, ó de instrumentos útiles? ¿dónde podria procurármelo? si puede fabricarse, porqué no se ocupa cada cual en hacerlo en seguida contra los objetos que desea?» A estas preguntas esplicaba Mariner del mejor modo posible el sistema monetario de Europa, la naturaleza y el empleo del dinero, su rareza y su precio intrínseco como metal de lujo, el privilejio inherente á los reyes de acuñarlo y marcarlo con su efijie, y su accion benéfica como objeto de trueque. Finau solo concebia esto á medias, y no le faltaban las esplicaciones dadas. Otro jefe que estaba presente, Fili-Moë-Atou, penetraba mas la idea del comentador. «Sí, decia á Finau, ya lo entiendo; el dinero no embaraza tanto como los bienes; por su medio se pueden trocar los bienes con mucha comodidad; y en cambio puede trocarse el dinero contra sus bienes cuando se quiera. Los bienes pueden gastarse, en especial las provisiones, pero el dinero no. Además, aunque el dinero no tenga valor en sí, tiene un valor real, puesto que no puede obtenerse sin dar alguna cosa en retribucion. Este valor lo conservará mientras sea aceptado contra provisiones.» Así hablaba Fili-Moë-Atou, hombre muy intelijente para aquellas comarcas, que penetraba con rara sagacidad una de las partes mas útiles de nuestro sistema monetario; pero Finau no llegaba á comprenderlo, y así es que siempre resistia.» No, decia, esto no debe ser así. Es cosa muy absurda aplicar un valor determinado á un metal que no tiene utilidad material. Si se emplease en esto el hierro, podria hacerse con él tijeras, cuchillos, hachas; pero con el dinero, ¿de qué sirve el dinero? Si Vd. tiene batatas sobradas, las trueca contra telas. El dinero es sin duda mas cómodo y manejable, pero es una cosa que no puede gastarse ni consumirse, en cuyo caso, qué resulta? que en vez de dividirlo con amigos y vecinos, como conviene á un noble jefe, no se hace mas que abandonarlo, haciéndose por consiguiente avaro y egoísta. Con provisiones no puede ser, pues es preciso desembarazarse de ellas contra objetos útiles ó darlas á sus vecinos, á sus criados, á sus parientes. ¡Oh! añadió Finau, ya comprendo ahora porque son tan egoístas los *papa-languis* (Europeos)! ¡el dinero!»

Sin embargo, por filósofo que fuese Finau, empezó á sentir, al saber el precio de los pesos fuertes, haber incendiado muchos barriles de aquellas piezas de moneda en el fuego del *Puerto del Príncipe*. Habíalas tomado por *palangas*, especie de disco de piedra que sirve para jugar al tejo. «Ahora comprendo, dijo Mariner, toda la importancia de esta captura. Hasta aquí me habia imajinado que el buque de Vd. pertenecia á algun pobre hombre ó á algun cocinero del rey Jorje; porque el navío del capitan Cook, que pertenecia al rey, tenia á su bordo muchos collares, hachas y espejos, al paso que el de Vd.

no llevaba mas que arpones de hierro, aceite, pieles y 12.000 paangas, segun creía. Pero como estos paangas eran dinero, veo que el buque de Vd debia pertenecer á algun gran jefe. »

La sumision de Vavao fué la última hazaña militar del rey de Hapaï. El asesinato de algunos jefes de Vavao y un corto número de transacciones diplomáticas le ocuparon los dias que no destinaba al placer. La pesca y la caza lo absorvian casi entero, y en cuanto á Mariner, tranquilo ya en la isla Vavao, olvidaba las fatigas de la guerra en una risueña propiedad cuya posesion le habia dado Finau. Tan feliz como se podia ser en aquellas islas, lamentaba Mariner la ausencia de su patria, y en consecuencia pidió y obtuvo del rey el permiso de embarcarse en el *Hope*, capitan Chasé, de Nueva Yorck, que llevaba consigo tres de sus camaradas; mas habiéndose presentado á bordo, no quiso recibirle pretestando que el buque tenia que alimentar sobradas bocas. Así es que tuvo que aguardar ocasion mas propicia.

No menos buen político que guerrero perseverante, Finau no despreciaba ocasion alguna de atraer á su partido jefes poderosos. Acojió y socorrió á un mata-bulé de Tonga-Tabou, llamado Kou-Mouhala, que regresaba de una espedicion á las islas Viti; y lo propio verificó con el jefe que habia defendido la fortaleza de Nioukou-Lafa contra su ejército, un tal Toubo-Toa, cansado de la guerra y de un sitio que acababa de sostener en Hifo con el jefe de Hata, acojiéndole con las mayores consideraciones cuando hizo su sumision; y pidió que le dejasen vivir tranquilo en su casa, situada en el archipiélago de Hapaï.

Empero los dias de Finau debian ser muy pocos. Su jóven hija *Sau-Omaï-Langui* (dada por el cielo) le precedió á la tumba despues de haber sufrido por espacio de cinco ó seis semanas, y el dia siguiente á sus funerales, celebrados con la mayor pompa, el mismo Finau cayó gravemente enfermo. En vano sacrificaron á uno de sus propios hijos para conjurar á los dioses; en vano trasladaron al moribundo de uno á otro templo, y de una capilla á un santuario de hotouas y hasta el domicilio del oui-onga, pues el mal fué siempre en aumento hasta que espiró en el malaï de su casa en Nai-Afou.

Era de temer, despues de su muerte, que diversos jefes, Toubo-Toa, Vouna-Lahi y Finau-Fidgi, disputasen el gobierno de Vavao á su Moë-Ngongo. Pero este jóven príncipe, ayudado de los consejos de su tio, el bravo Finau-Fidgi, se apoderó del poder con mano fuerte. Calculando que la division de su autoridad podria debilitarle y comprometerle, desistió de todos sus derechos sobre las islas Hapaï, y declaró que se ceñiria á gobernar el grupo de Hafoulou-Hou. Esta zona del archipiélago tonga convenia ciertamente mas al jóven príncipe que habia pasado en Hamoa una parte de su adolescencia llevándose de allí dos esposas. A su regreso dos hijas de jefes de Hapaï completaron su harem.

Decidido á una escision aconsejada por una política prudente, el nuevo rey de Vavao, que habia tomado el nombre de Finau II, reunió sus vasallos en el malaï de Nai-Afou, y tras un solemne kava les dirijió la siguiente alocucion que constituye un verdadero modelo de elocuencia tonga:

« ¡ Escuchadme, jefes y guerreros !

« Si alguno de vosotros está descontento del estado actual de los negocios de Vavao, váyase á Hapaï.

« Porque nadie se quedará en Hafoulou-Hou con ánimo malcontento é inclinado á otras tierras.

« Mi alma se ha entristecido al contemplar los estragos ocasionados por las continuas guerras del jefe cuyo cuerpo yace actualmente en el malaï.

« Es verdad que hemos hecho mucho; pero ¿ cuál es su resultado? el país está despoblado; la tierra está cubierta de mala yerba y no hay nadie para desmontarla. Si hubiese reinado la paz, estaria mucho mas poblada.

« Los principales jefes y guerreros no ecsisten ya, y nos vemos obligados á contentarnos con la sociedad de las ínfimas clases. ¡ Qué demencia !

« ¡ Como si la vida no fuese demasiado corta !...

« No manifiesta estar dotado de un carácter noble el hombre que permanece pacífico y satisfecho con su suerte?

« Es pues una locura abreviar lo que es ya sobrado corto.

« ¿ Quién de vosotros puede decir: deseo la muerte, estoy cansado de vivir?

« Escuchad; ¿ no habeis obrado como unos insensatos?

« Hemos buscado una cosa que nos privó de todo lo que realmente era necesario.

« No me atreveré á deciros: renunciad á todo deseo de combatir.

« Si se acerca á nuestras tierras la amenaza de la guerra, y si se presenta el enemigo para asolar nuestras posesiones, sabrémos resistirle con tanta mas enerjía, cuanta mayor sea la estension de nuestras plantaciones.

« Dediquémonos al cultivo de la tierra, pues que ella solo puede salvar nuestro país.

« ¿ Porqué hemos de tener deseos de acrecentar el territorio?

« ¿ Acaso no es el nuestro bastante grande para procurarnos nuestra subsistencia? Nunca podrémos consumir lo que produce....

« Pero tal vez no os hablo con prudencia.... A mi lado se hallan sentados los ancianos matabulés: les suplico que digan si me equivoco.

« Soy jóven todavía, lo conozco; y no obraria con prudencia si á imitacion del difunto jefe quisiese gobernar á mi capricho y sin escuchar sus consejos.

« Os felicito sinceramente por el amor y lealtad con que le servisteis.

« Finau-Fidgi y los mata-bulés presentes saben cuanto he procurado instruirme en todo lo que podia ser ventajoso á vuestro gobierno.

« No digais para vuestros adentros: ¿porqué hemos de escuchar la frívola chachara de un jóven?

« Recordad que al hablar en estos términos, mi voz es el éco de los sentimientos de Toui-Oumou y de Hulou-Valou, y de Afou, y de Foutou, y de Alo y de todos los jefes y mata-bulés de Vavao.

« ¡Escuchadme! os recuerdo que si alguno de vosotros está sujeto á otro país ó está malcontento del estado actual de cosas, aproveche la única ocasion que le procuraré para dejar la isla; porque pasado este momento quedará cerrada toda comunicacion con Hapaï.

« Escojed pues el lugar donde quereis residir: hay Fidgi, hay Hamoa, hay Hapaï, hay Fatouna y Lotouma.

« Aquellos cuyo voto es unánime, aquellos que desean vivir en una paz constante, aquellos son los únicos que podrán domiciliarse en Hafoulou-Hou.

« No obstante, no quiero comprimir enteramente el ímpetu de un pecho belicoso.

« ¡Ya lo veis! las tierras de Tonga y de Fidgi están constantemente en guerra. Elejid aquella donde deseais ir para desplegar vuestro brio marcial.

« ¡Levantaos! dirijios cada uno á vuestra casa, y reflecsionad seriamente sobre la salida de las piraguas que tendrá lugar mañana para Hapaï.

¡Cuán grave es este discurso! ¡cuanta nobleza y razon! ¡cuanta elocuencia y política! Sin duda que este programa de su reinado no fué formulado tan solo por el jóven Finau. A buen seguro que su tio Finau-Fidgi, hombre intrépido y prudente, y los mas sabios eguis de Vavao tomaron parte en este discurso de investidura; pero, sean cuales fueren sus autores, esta arenga es una obra maestra. Formaba el corolario de la decision tomada por Finau de renunciar á la soberanía de Hapaï, é implicaba la censura formal del último reinado y el anuncio de un cambio de conducta. Ciertamente, si el anciano Finau hubiese podido salir de la tumba, este hombre á quien solo faltaron tiempo y fuerza para obtener grandes resultados, ¡qué retractacion hubiera dado á la palabra pacífica y civilizadora de su hijo! ¡qué contraste entre estos dos hombres y estos dos sistemas! Devorado por la sed de conquistas, Finau deploraba muchas veces ante Mariner la debilidad de sus medios de accion, y sentia que el archipiélago no fuese bastante vasto para sus proyectos. « ¡Oh! ¡porqué, esclamaba, no me han hecho los dioses rey de Inglaterra! no habria en el mundo una isla siquiera, por pequeña que fuese, que no estuviese sometida á mi poder. El rey de Inglaterra no merece el poder de que se halla revestido. Dueño de tantos navíos de alto bordo, ¿como es posible que tolere que unas pequeñas islas como Tonga insulten continuamente á sus vasallos? Si yo me hallase en su lugar, ¿mandaria acaso con tono pacífico á pedir cerdos y batatas? No; me presentaria con el *frente de la batalla* y con el trueno de *Volatane* (Gran Bretaña); les haria saber quién merece ser el amo. Solo deberian poseer cañones los hombres de un jenio emprendedor; estos son los que deberian gobernar al mundo, pues los que se dejan insultar sin tomar venganza son hechos para ser sus vasallos. »

Investido del poder, el jóven Finau no desmintió sus preludios. Envió á los guerreros á sus dominios, comunicó un nuevo impulso á la agricultura y á los oficios útiles, hizo restablecer la ciudadela de de Felle-Touc para asegurar el país contra las agresiones de las islas vecinas; y se defendió contra todas las visitas de los naturales de Hapaï y de Tonga-Tabou. Apenas autorizó una vez al año al jefe de Hapaï, Tougo-Toa para venir con ocasion de un gran machi á cumplir con sus deberes relijiosos sobre la tumba del último Hou, y aun para este incidente se preparó de suerte que pudiese frustrar todas las sorpresas. Llevó las precauciones hasta el punto de renunciar al tributo anual que queria pagarle Toubo-Toa, como á sucesor de Finau I. Al principio no habia podido negarse á que una sola piragua, la de Tonga-Mana, miembro de la familia Toui-Tonga, viniese una vez al año á depositar á las plantas del soberano pontífice la ofrenda debida con ocasion del natchi; pero habiendo fallecido Toui-Tonga, se aprovechó de esta circunstancia para abolir aquella dignidad y todo pretesto de comunicacion entre ambos grupos. Tenia tan poca importancia política la autoridad relijiosa, que un simple argumento fué parte motivar este golpe de estado. « Puesto que los habitantes de Tonga viven sin Toui-Tonga, los habitantes de Vavao pueden tambien pasarse sin él.» Así cayó el pontífice, y con él la ceremonia del natchi.

Esta última medida valió á Vavao el reinado de una paz octaviana. Mientras habia escaramuzas sobre los otros grupos, no se pensaba en los estados de Finau mas que en mejoras pacíficas. Esta fase de calma y de dicha duraba todavía cuando Mariner encontró un capitan europeo dispuesto á recojerlo á bordo. Despidióse con las lágrimas en los ojos de Finau y de todos sus bue-

nos amigos de la isla, y se embarcó en un barco pescador de perlas, el *Favorito*, de Port-Jackson, su capitan Fisk. Alucinado y seducido Finau que habia querido acompañar al Inglés á bordo, pidió que le dejasen viajar; mas deseando evitar disgustos al jóven rey, el capitan se negó á acceder á su demanda. Fuése solamente á singlar entre Hamoa y Lefouga para recojer los últimos individuos del *Puerto del Príncipe*.

La historia precisa y auténtica de este archipiélago se detiene á la salida de Mariner, es decir en 1810. Parece solamente que despues de luchas continuas y sangrientas, cesó la guerra civil por hallarse cansados todos los partidos. Entonces se dividió Tonga-Tabou entre diversos jefes que quedaron independientes respetando sus recíprocos derechos. Hata permaneció jefe de Hifo; Tarkaï, jefe de Bea, dejó á su muerte este distrito á su hermano Tahoja, no menos intrépido y astuto que él, el padre de Palou, cuyo nombre se ignora, se instaló en el distrito Moua, dominio de los antiguos Fata-Faïs, dejando solamente á los sucesores de esta antigua familia, Vea-Tchs y la Tamaha, simples derechos honoríficos; el sucesor de la antigua y poderosa familia de los Tougos vejetó en Nioukou-Lafa, y por último el mismo touï-tonga que Finau habia despojado siendo todavía niño, este dios arrojado de su Olimpo, derribado de su pedestal, Lafili-Tonga, desterrado á Vavao, vivió desconocido en adelante, casi olvidado y reducido á una pequeña hacienda patrimonial. En cuanto á Finau II, murió poco tiempo despues de la salida de Mariner sin que haya podido saberse todavía quien fué su sucesor.

En este período de años, pocas embarcaciones tocaron en este archipiélago. Tres desastres completos y una multitud de tentativas frustradas con mucha dificultad, hicieron mirar á esta tierra como fatal á los armamentos europeos; por cuyo motivo lo evitaban ó á lo menos llegaban á él temblando. Finalmente, en 1822 llegaron algunos misioneros que se mostraron mas atrevidos. El zelo evanjélico suministró el ejemplo de una intrepidez iniciativa á la timidez comercial. La sociedad de Wesley se decidió á enviar una mision á este archipiélago. En consecuencia el señor Walter Lawry, su mujer, y dos artesanos, Tilli y Tyndall, llegaron á Tonga-Tabou, á 16 de agosto, hácia el dia de *San Miguel*. Acojidos favorablemente por el jefe Palou, se establecieron en Moua donde pudieron construir una habitacion agradable y sana en la orilla del mar (Pl. IX. — 4). Apenas se hallaron instalados, cuando se ocuparon de mejoras agrícolas y enseñanza relijiosa, y ya habian transcurrido catorce meses sin haber adelantado mucho en la doble tarea, cuando la salud de madama Lawerg ecsijió una mudanza de clima. El misionero regresó á Port-Jackson; los dos artesanos permanecieron allí; pero amenazados por los naturales y por órden misma de Palou, se vieron obligados á dejar la rectoría. El uno, Tilly, se embarcó; pero el otro, Tyndall, fué á ponerse bajo la proteccion de Hata, jefe de Hifo.

El mes de junio de 1826, llegaron al archipiélago los misioneros J. Thomas y J. Hutchinson, que encontraron al Inglés Tyndall establecido todavía en el distrito de Hifo, donde se fijaron igualmente, principiando de nuevo la obra de la conversion. El écsito sin embargo no fué mas lisonjero, pues Hata no solo se negaba á dar el ejemplo, sino que tambien miraba con mal ojo los esfuerzos que hacian sus huéspedes para vencer la indiferencia y la antipatía de los isleños. Mas felices fueron al lado de Toubo, jefe de Nioukou-Lafa, dos naturales de Taiti, cristianos y apostóles, pues lograron bautizarle juntamente con su familia y un gran número de sus vasallos. Pero este ejemplo no influyó de ningun modo sobre la tenacidad de los otros jefes, y Toubo perdió el resto de su autoridad, ya comprometida por la timidez de su carácter.

Tal era la situacion de Tonga-Tabou, cuando apareció *el Astrolabio* en abril de 1827. El capitan d'Urville tenia la intencion de hacer solamente una corta recalada para arreglar sus relojes marinos y procurarse algunas provisiones; pero la fatalidad impidió la realizacion de sus proyectos. Llegada desde el 9 de abril á la altura de Eoa, la corbeta francesa contaba fondear el dia siguiente delante de Pangaï-Modou, cuando la asaltó una violenta tempestad que la desvió de su rumbo. Por espacio de diez dias enteros *el Astrolabio* tuvo que luchar contra el viento y las corrientes hasta que el 20 al mediodía, tras un furioso chubasco, la corbeta impelida por una brisa del S. E. dió en el canalizo del E. Con una ó dos horas mas de tiempo hubiera podido alcanzar el fondeadero, pero el viento se amortiguó hasta parar en una completa calma abandonando al buque al capricho de las corrientes en un canal erizado de arrecifes. *El Astrolabio*, arrastrado por la accion de las aguas, fué á dar contra los rompientes del N. de que le libró una pronta maniobra; pero el viento, habiendo pasado al S. S. E., tuvo la corbeta pegada á aquel muro de corales submarinos, verdadera muralla vertical, en cuyos escollos no se encontraba fondo hasta 24 brazas.

Crítica era la situacion; el capitan d' Urville hizo todo lo que humanamente era posible para conjurar el peligro. Echáronse áncoras; pero lo afilado de los corales cortó en breve los cables, y se perdieron enteramente las pequeñas áncoras. Solo las dos cadenas resistieron por espacio de tres dias y tres noches consecutivas; pero si llegaba á romperse uno solo de sus eslabones, *el*

Astrolabio, molido por aquellos arrecifes, abandonaba sus pedazos como una presa fácil á los ambiciosos isleños, y toda aquella tripulacion francesa quedaba igualmente abandonada á la discrecion de un pueblo cuya benevolencia podia sospecharse con justa razon. Adios los grandes trabajos ya consumados, adios los documentos científicos reunidos otra vez despues de tantas fatigas y peligros! ¡Así fenecia una espedicion sumamente importante para el mundo científico y marítimo, casi ignorada, contra un escollo de Tonga-Tabou! ¡Considérense las angustias del capitan! Su agonía fué tan cruel como la de su hermoso buque.

Sin embargo, ya desde los primeros momentos de la encalladura, *el Astrolabio* fué visitado por varios sujetos. Los primeros fueron los Ingleses establecidos en la isla, Singleton, antiguo colono de Tonga-Tabou, y otros dos, Read y Ritchett. Estos hombres, especialmente el primero, ofrecieron sus servicios al capitan francés, siéndole muy útiles, ya como portadores de palabras, ya como intérpretes. Despues de estos Europeos se presentaron varios jefes indíjenas, siendo Palou el primero de todos. Para asegurarse algunas garantías contra una sorpresa, el capitan d' Urville pidió que aquel egui se quedase á bordo en clase de rehen, y habiendo Palou condescendido en ello cedióle el comandante su propia cámara. El jefe Tahofa no pasó á bordo de la corbeta hasta el dia siguiente.

Hacia ya veinte y cuatro horas que la corbeta se mantenia en su peligroso puesto; y cuanto mas se prolongaba la situacion, tanto mas horrible se iba haciendo. Las cadenas habian cedido ya, y en las profundas oscilaciones de la marejada, el costado derecho del buque iba á estrellarse á cinco ó seis pies de distancia del muro de corales. Tres ó cuatro choques contra aquella masa hubieran bastado para despedazar la corbeta; el casco hubiera sido abierto y dispersado á pedazos, la arboladura misma hubiera sucumbido á aquel empellon (Pl. VIII. — 3). Si el desastre hubiese sido de noche, el número de las víctimas era incalculable. Considerando el capitan d'Urville tan horrible eventualidad, quiso almenos asegurar por una medida previsora la salvacion de una parte de su jente. Animado por las amigables protestas de los jefes y alentado por las relaciones de los Ingleses, resolvió enviar la mayor parte de su tripulacion á la isleta de Pangaï-Modou, donde hubiera podido acampar bajo la proteccion de Tahofa, mientras él permaneceria á bordo con Palou y los Franceses restantes para aguardar el fracaso. Lo que le inducia á esta resolucion de humanidad, es que ninguna maniobra era posible ni útil para la salvacion comun. No quedaba otro recurso que aguardar con los brazos cruzados y hacer votos para el buen mantenimiento de las áncoras, puesto que si sostenian la corbeta hasta el cambio de la brisa, podia aparejarse y salir de aquel escollo con los individuos que le quedaban.

La parte de la tripulacion designada para el desembarque habia preparado ya sus bagajes, cuando llegó á bordo el artesano adicto al establecimiento de los misioneros. A vista de la chalupa que se hallaba dispuesta á partir, interrogó á los marinos sobre su destino y luego que lo supo, dijo al capitan d'Urville: « ¿V. quiere pues hacer que perezca su tripulacion, ó almenos hacerla despojar completamente? Mientras no esté desnuda, peligrará su vida. » A esto respondió el capitan que habia creído poder confiar en las buenas disposiciones de Tahofa y de Palou, como tambien en la confianza de los Ingleses. « Comandante, replicó el interlocutor, de ningun modo confie V. en esas jentes. Los isleños y sus jefes son hombres pérfidos, los Ingleses que los sostienen no valen mucho mas. Por otra parte, aun cuando Tahofa y Palou fuesen de buena fé, su autoridad seria nula con respecto á la poblacion. Los robarán á todos, y si se defienden, los matarán. » Como aquel hombre parecia muy bien informado, el capitan reflecsionó en sus palabras. Por otra parte observaba ya que los naturales, hasta entonces pacíficos, habian murmurado largamente á vista de los bagajes que contenia la chalupa. No parecia sino que ambicionaban tantas riquezas con ojo feroz, y el temor de un peligro no les hacia mella respecto á la perspectiva de aquel botin. A vista de aquel movimiento no titubeó un momento el capitan, dió una contraorden, y los marineros que habian pasado ya á la chalupa volvieron á subir á bordo izando los bagajes y las balijas. La tripulacion del *Astrolabio* se hallaba pues sujeta á una sola y misma fortuna, y para salvar de un desastre posible los trabajos de la espedicion, hizo el comandante embalar en un cajon los papeles, algunos diarios y los documentos científicos, y los embarcó en el bote. Un marinero del buque y el ajente de los misioneros se encargaron de trasladarlos á Hifo, donde debian ser depositados bajo la salvaguardia de los señores Thomas y Hutchinson. De esta suerte no se perdia la parte del viaje que interesaba al mundo científico, y por otra parte el bote, embarcacion frájil y pequeña, no podia ofrecer un gran socorro en caso de destrozarse el buque sobre los escollos.

No bien acababa de partir el bote, cuando la brisa empezó á arreciar y la resaca aumentó. *El Astrolabio* presentaba el aspecto mas siniestro: los marineros, hasta entonces bastante confiados, habian encontrado en los trueques con los naturales una distraccion á los peligros que corrian, pero no pudieron alucinarse sobre la

inminencia del naufrajio. Aquella noche fué una noche de zozobras: el capitan continuaba tomando todas las medidas de precaucion indicadas. Por la tarde se trasladaron á la yola los relojes marinos, algunos instrumentos, las instrucciones oficiales, las cartas de recomendacion de diversos gobiernos, y este nuevo convoy de objetos fué dirijido al establecimiento de los misioneros, acompañado por un oficial del buque. Al propio tiempo, para prevenir el desórden de un embarque nocturno, se mandó á la mitad de la tripulacion que descendiese á las embarcaciones. Si sobrevenia el funesto acontecimiento, se habian tomado ya todas las medidas y espedido las órdenes convenientes.

Terminó por fin aquella terrible noche, y amaneció el dia con la misma situacion. En medio de aquella crísis, los jefes Tahofa y Palou continuaban á bordo bien tratados y mantenidos haciendo honor al vino y al rom del capitan. La suerte de la corbeta parecia preocuparles muy poco, y mostraban cierto aire indiferente al espectáculo de aquel hermoso buque, resistiendo á la muerte y rodando sobre sus áncoras á algunos pasos del escollo. No parecia sino que aquel drama no les interesaba por ningun estilo. Sin embargo era para ellos, como para otros jefes, cuya alegría secreta se manifestaba con mas evidencia, una cuestion de pillaje y de fortuna. Pero ningun síntoma ostentaba en ellos deseo ni temor: mostrábanse siempre afectuosos, graves, benéficos, prontos á reprimir la importunidad de los naturales que pretendian forzar la consigna. Presentóse un tercer jefe mas poderoso de la isla y que manifestó una impasibilidad mucho mayor todavía: era un tal Lavaka, hombre de una nulidad completa, pero influyente por sus riquezas.

El misionero Thomas, que apareció á su vez en la jornada del dia 22, llevaba consigo al jefe Toubo, el único egui cristiano de la isla. Toubo parecia encontrarse mal delante de los tres jefes sus rivales, puesto que no cesaba de pintarlos como hombres muy peligrosos. Su odio contra ellos no llegaba sin embargo hasta querer afrentarlos cara á cara. Reflecsionando sobre su situacion, el capitan d'Urville calculó que si podia atraer á su causa un jefe de los que se repartian Tonga-Tabou, con su refuerzo de hombres, fusiles y cañones, podria, en caso de una desgracia, crearse un partido en la isla con probabilidades de vencer ó neutralizar á los demas. En consecuencia propuso á Toubo una alianza ofensiva y defensiva; ofrecióse combatir por él, reintegrarle en sus derechos de touï-kana-kabolo y asegurarle la preponderancia sobre sus vecinos. A semejantes proposiciones, el pobre Toubo y su amigo el misionero esclamaron sobrecojidos de admiracion y terror. «No hay que pensar en eso; pues Tahofa y Palou son demasiado poderosos para resistir su poder. Nos perderíamos sin salvarnos. — ¡Pues bien! repuso el comandante, en caso de una desgracia; ¿qué conducta debemos observar? — *Keep gour ship!* (conservad vuestro buque)» replicó el misionero. Y no se pudo sacarle de aquí: *Keep gour ship!* El capitan no debia tomar consejo mas que de sí mismo; así que abandonó á M. Thomas y al jefe Toubo á sus prudentes inspiraciones. Afectando el aire tranquilo para confortar á la tripulacion, pareció absorverse en un trabajo de clasificacion que hacian entonces los naturalistas del buque, cual si se encontraran en su gabinete.

Sin embargo el 22, entre tres y cuatro, el viento pareció variar, y en consecuencia se prepararon todas las velas altas y bajas. Las chalupas obraron en la proa de la corbeta, y se arriaron las amarras por el cabo. Por un momento se creyó que el *Astrolabio* se alejaba del arrecife, pero ¡qué triste desengaño, qué consternacion, cuando al cabo de ocho ó diez minutos, la corbeta dió sobre el escollo! solo tenia cuatro pies de agua bajo la roda. Parecia ya destruída; acababa de consumarse la encalladura por tanto tiempo evitada; solo se trataba ya de obligar á los jefes salvajes á dar esplicaciones decisivas y categóricas. Tomando una repentina resolucion, hizo el capitan bajar á la cámara á los tres jefes Palou, Tahofa y Lavaka; no les ocultó la situacion en que se hallaba su buque, preguntóles lo que contaban hacer, y les conjuró á protejer la tripulacion que en su mayor parte se iba á lanzar sobre sus costas. Prometióles que no les contestaria los objetos que contenia el buque, con tal que dejasen á los Franceses lo mas estrictamente necesario para poder regresar á su patria. Le escucharon los jefes con atencion, y en seguida el orador del triumvirato, Palou, tomó la palabra. En nombre de sus cólegas y del suyo accedió á la especie de compromiso formulado por el capitan; pero insinuó que en esto le guiaba mas la benevolencia que la ambicion, y que antes pereceria que permitir que insultasen á sus amigos los Franceses. Efectivamente, en el acto de encallar se arrojaron una multitud de piraguas sobre el *Astrolabio*, cual sobre una presa fácil, pero Palou subió á la cubierta y les mandó inmediatamente que se retirasen.

Un feliz incidente quiso que las buenas intenciones de los tres jefes no tuviesen que sujetarse á una prueba mas larga. Mientras duraba la conferencia, se habia podido volver á cojer las amarras arriadas por el cabo en el acto de aparejar. Cuando el capitan d'Urville subió á la cubierta, estaba la corbeta boyante en la misma posicion que la víspera, siempre espuesta sin duda, pero no desesperada. Esta primera dicha reanimó todas las esperanzas. Libertado de un modo ca-

si milagroso, *el Astrolubio* no estaba destinado á perecer, sino que debia dar cima á su útil y trabajosa campaña.

En efecto, la noche siguiente se pasó sin que la situacion empeorase; al dia siguiente 23, se alejaron de los arrecifes á algunas toesas de distancia, y el 24, despues de noventa y cuatro horas de angustias, la corbeta, por medio de algunos soplos variados del N. O., pudo salir de los escollos de este triste arrecife y recobrar lentamente el camino del fondeadero. Volvió á tocar en lo interior de los canalizos, pero con mucho menos peligro; hizo otras dos ó tres paradas, y no echó el áncora delante de la isleta de Pangaï-Modou, hasta el 26 por la tarde.

Mientras duró este peligro, los tres jefes tongas no habian desmentido un solo instante su afectuosa conducta de los primeros dias. Ya hemos visto lo que el capitan d'Urville consiguió de ellos en lo mas recio de la crisis; y cuando esta se desenlazó con felicidad, fueron los primeros que se regocijaron de un modo que parecia sincero. Esta satisfaccion se acrecentó mucho mas por medio de algunos presentes hechos oportunamente. El mismo acuerdo reinaba entre las tripulaciones y los naturales; la decencia y el decoro presidian á las permutas. Repetidas veces desembarcaron los oficiales y los naturalistas pernoctando en tierra sin que corroborase la sospecha ningun acto de violencia. Apesar de todas estas garantías, continuaba el capitan su sistema de vijilancia y de precauciones, y las centinelas se relevaban regularmente con rigurosas consignas.

Asegurado por estas disposiciones, dirijió el capitan su atencion á trabajos de un órden diferente. Sus deseos eran de alejarse de aquella isla funesta lo mas pronto posible; pero sus áncoras abandonadas ante el arrecife, eran una pérdida talmente irreparable para la corbeta, que quiso probar almenos si podria sacar algunas del fondo del agua. En este trabajo se ocuparon las chalupas con mas dificultad que dicha por espacio de dias enteros, al propio tiempo que se emplearon otras embarcaciones en descubrimientos jeográficos ó en el abastecimiento del buque.

En la primera semana los oficiales y los naturalistas pasaron solos á tierra, donde hallaron la mas grata acojida. El capitan persistió en permanecer á bordo á trueque de que no se relajase el sistema de desconfianza que habia establecido. Finalmente, á 4 de mayo se embarcó en el ballenero para hacer una visita á los misioneros de Hifo. La jornada fué larga y fatigosa, de manera que tuvo que hacerse una porcion de camino con agua hasta media pierna. Los misioneros se mostraron urbanos y comedidos; condujeron al capitan al Pangaï, deliciosa casa pública de una vasta estension, al faïtoka de Mou-Mouï, y á las capillas de los Atouas. Una entrevista con Hata, el jefe de aquel distrito, puso fin á la escursion. En los dias siguientes visitó el capitan igualmente Nioukou-Lafa, Mafanga y Moua con una especie de ceremonial. El jefe Palou habia espresado varias veces sus deseos de recibir al navegante francés, y el dia de esta audiencia se arregló con una especie de aparato. El comandante y los oficiales vestidos de uniforme, se embarcaron á 9 de mayo en la gran canoa; pero en vez de encontrar una multitud presurosa, un huésped afable y jovial, juegos, festines, danzas y fiestas, encontraron tan solo algunos plebeyos y varias mujeres ó niños. Palou los acojió con un aire serio y afectado; ofreció un miserable kava á unos hombres que tenian necesidad de un cumplimiento mas sustancial y se mantuvo con reserva, apesar de haberse mostrado hasta entonces cordial y comunicativo. Para paliar el mal efecto de esta acojida, anunció el intérprete al comandande que Palou habia perdido uno de sus hijos y que estaba á punto de perder el segundo. Esta esplicacion verdadera ó falsa satisfizo al capitan, y prosiguió haciendo su papel de esplorador, visitando los sepulcros de Finau, de Tougou-Aho y de Tafoa, monumentos bastante mal conservados y ocultos bajo las malezas que los cobijaban. Por lo demas diferian muy poco de los de Hifo, de suerte que este paseo terrestre hubiera ofrecido un interés bastante mediano sin una visita que hizo M. d'Urville á la tamaha, quien describe esta entrevista en estos términos:

« Desde allí, dice, fuí conducido á la residencia de la tamaha, situada en una posicion muy agradable á orillas del mar, en la pequeña aldea de Palea-Mahou. La tamaha, cuyo nombre propio es Fana-Kana, me recibió rodeada de sus criadas, y con la mas amable urbanidad. Es una mujer de cincuenta y cinco á sesenta años, que debió de ser bastante linda en su juventud, y que conserva todavía las facciones mas regulares, las maneras mas afables y una miscelanea, por decirlo así, de gracias, de nobleza y de decoro, muy notable en medio de un pueblo salvaje (Pl. IX. — 2). De ella aguardaba yo las noticias mas preciosas, y no quedé frustrado en mis esperanzas.

« Acordábase con mucha satisfaccion del paso de los navíos de M. d'Entrecasteaux, que visitara con su madre, viuda del touï-tonga, Poulaho. El nombre de Tine, que da este navegante á la hermana primojénita del mismo Poulabo, que ocupaba entonces el primer rango en Tonga, fué al principio desconocido, no solo de la tamaha, sino tambien de todos los que se hallaban presentes en la reunion. Parece sin embar-

go que tenia alguna relacion con Tinei-Takala, que á la sazon tenia el rango de touï-tonga-fafine.

« La tamaha solo se acordaba confusamente de los navíos de Cook, por motivo de no tener entonces mas que nueve ó diez años, lo cual me espresaba enseñándome una niña de esta edad.

« Entonces quise saber si entre Cook y d'Entrecasteaux se habian presentado en Tonga otros Europeos. Despues de haber reflecsionado algunos momentos, esplicóme con mucha claridad que pocos años antes del paso d'Entrecasteaux habian fondeado en Namouka, donde permanecieron diez dias, dos grandes buques semejantes á los suyos, con cañones y muchos Europeos. Su pabellon era enteramente blanco y muy diferente del de los Ingleses. Los estranjeros vivian muy bien con los naturales, quienes les cedieron una casa de tapia, en la que se hacian los trueques. Un natural que por un cuchillo habia vendido una almohadilla de madera á un oficial, fué muerto por este de un fusilazo por haberse querido llevar la mercancía despues de recibido su precio; pero esto no turbó un momento la paz, porque el natural tenia culpa..... Los navíos de Lapérouse fueron designados por los naturales bajo el nombre de *Louadji*, del mismo modo que los de d' Entrecasteaux lo fueron bajo el de *Selenari*.

« Desde entonces no me cupo duda alguna que Lapérouse habia fondeado en Namouka á su regreso de Botany-Bay, como habia tenido intencion. »

Mientras el capitan d'Urville utilizaba de esta suerte sus visitas terrestres, los oficiales, los naturalistas, el cirujano y el dibujante del *Astrolabio* se dedicaban por su parte á indagaciones especiales. Durante una parte del dia permanecian en Tonga-Tabou y muchas veces se preparaban para pernoctar en casa de uno de sus *ofas* ó amigos. Ningun incidente desgraciado les indujo á arrepentirse de aquella confianza; pero en breve sobrevinieron obstáculos de otra naturaleza, mas graves y mas jenerales.

Abandonados á sus solas inspiraciones, quizás los naturales hubieran vivido con los Franceses en términos de benevolencia simulada y probablemente de sorda codicia que les habian caracterizado hasta entonces. Al cabo de tres semanas de recalo hubiera partido *el Astrolabio* con mucha mas satisfaccion que motivos de queja; pero la traicion cambió su actitud haciéndola ofensiva de tranquila que era.

Para esplicar esta reaccion debe saberse que la tripulacion de la corbeta reunida anticipadamente en Tolon contaba algunos individuos de mala conducta sacados de las mazmorras para acabar su vida en un viaje de descubrimientos. Por desgracia y mengua de la espedicion, habia hombres capaces de esplotarla en provecho de los salvajes para repartirse entre ellos sus despojos. No ignorando estos manejos el capitan d'Urville, deseaba evitar, tanto como fuese posible, todas las relaciones sobrado familiares entre sus marinos y los jefes de la isla, y abreviar su parada paraque faltase el tiempo á la realizacion de malos designios; pero la encalladura y los trabajos que necesitó, la honda de las áncoras y la falta de municiones y de víveres frustraban todos sus cálculos. Fué preciso diferir la marcha de la rada de Pangaï-Modou, cuya demora fué utilizada por los desertores y los traidores.

Fraguóse un complot; pero estendió tales ramificaciones en la isla, que llegó á oídos del capitan por un mensaje de los misioneros. Prevenido el 12, resolvió aparejar el 13, y no el 14, como habia anunciado, haciendo redoblar la vijilancia de dia y de noche á fin de que nadie pudiese salir de bordo. En consecuencia, á las ocho de la mañana del 13, todo estaba dispuesto para partir, y solo faltaba ya enviar la yola á tierra para tomar al jefe del timon y algunos sacos de arena. Mientras esto se efectuaba, y se despedia de los jefes llegados á bordo, como de costumbre, el capitan les distribuyó algunos presentes que fueron los últimos. Todos se separaron con muestras de una buena intelijencia: los jefes parecian sentir la ausencia de los Franceses, pero nada indicaba que quisiesen retenerlos á la fuerza.

Tal era el estado de las cosas á las nueve de la mañana, cuando se oyó en la playa un murmullo súbito y confuso. Los isleños atacaban la yola y pretendian llevarse los marineros que la montaban. Habiendo estos sucumbido á la superioridad numérica (Pl. VIII. — 4), el capitan mandó armar la lancha mayor y embarcarse en ella veinte y tres hombres, á las órdenes de los oficiales Gresien y Paris, á quienes quiso acompañar el cirujano Gaimard. Empero en vano quiso esta pequeña tropa cortar la retirada á los raptores, pues los salvajes escaparon con su presa; y como la lancha calaba demasiada agua para poder atracar la tierra, fué preciso que su tripulacion saltase al agua á alguna distancia, é hiciese desde allí una guerra de tiradores contra los salvajes que tiraban tambien desde la playa (Pl. IX. — 1). Apenas llegó esta pequeña tropa á tierra firme, todo habia desaparecido ya, salvajes y Europeos, y cuanto pudo hacer se redujo á recojer tres individuos, el timonel, el alumno de marina Dudemaine, que pernoctara en casa de su *ofa*, y un jóven marinero, llamado Cannac, pues todos los demas eran prisioneros. Esta escena, consumada con rapidez, no dió lugar á la menor duda sobre el concurso de Tahola en esta sorpresa. Habiendo encontrado al alumno Dudemaine,

2. Visita des Officiers de l'Astrolabe à la Tamaha.

2. Visita de los Oficiales del Astrolabio a la Tamaha.

4. Premier Établissement des Missionnaires à Tonga Tabou.

4. Primer Establecimiento de los Misioneros en Tonga Tabou.

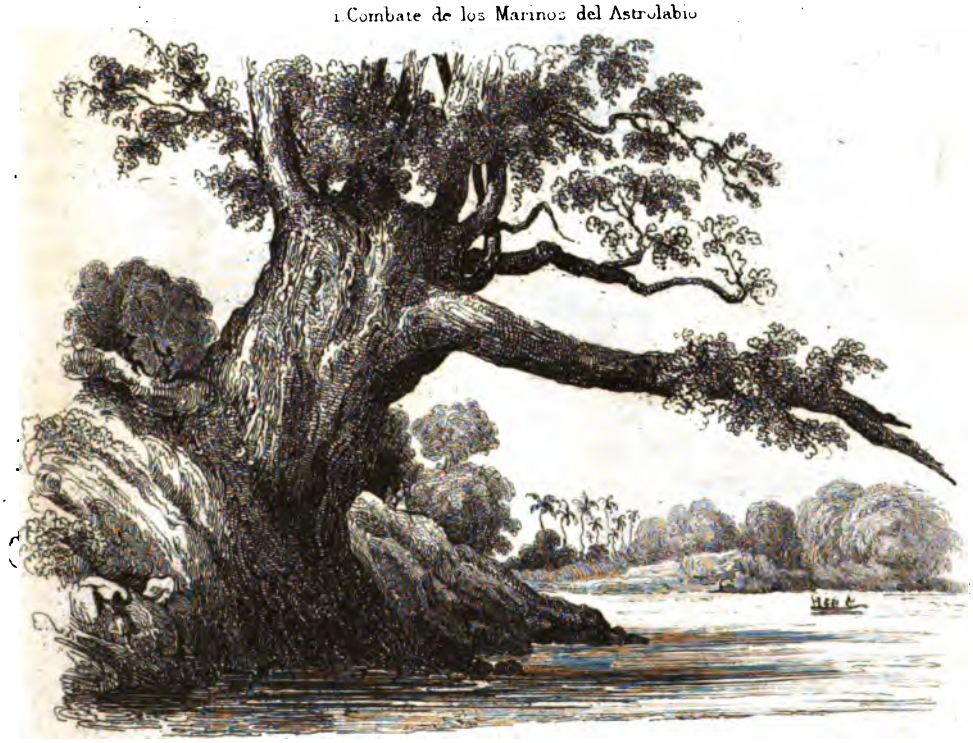
PITTORESQUE.
PINTORESCO.

Tom. 4. Pl. 2.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Combat des Marins de l'Astrolabe.

1. Combate de los Marinos del Astrolabio



3. Arbre gigantesque à Mua.

3. Árbol gigantéo en Mua.

de Marinas del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

le asentó un terrible puñetazo, pero mas humano con respecto á Cannac, y conmovido sin duda á vista de su estrema juventud, permitióle reunirse con la tripulacion de la gran lancha, quedando reducido el número de los cautivos á nueve personas, el alumno Faraguet y ocho marineros.

Este repentino ataque de los naturales fuera un enigma para los Franceses, si no se hubiese echado de ver la desercion de uno de los marineros del *Astrolabio*, un individuo de mala conducta, llamado Simonet. Segun la esplicacion que recojió despues el capitan Dillon, Simonet, cuya fuga estaba meditada tiempo habia, deslizóse el 12 por la mañana en una de las piraguas de Tahofa, y uno de los barqueros de la yola, llamado Reboul, siguió su ejemplo en tierra. De esta suerte iba Tahofa á tener dos Europeos á su servicio, ventaja rara y sumamente apreciada en el país. Habíase escitado con esto la emulacion de los otros jefes, por cuya causa quisieron procurarse una compensacion arrebatando los individuos de la yola. Por lo menos esta es la escusa dada al capitan inglés. La complicidad de Simonet era evidente, y él mismo se ocultaba tan poco, que el alumno Dudemaine le vió entre los naturales, armado y vestido, al paso que los demas marineros habian sido despojados completamente.

Despues de haber incendiado las habitaciones de las islas Pangaï-Modou y Dauima, la lancha regresó á bordo hácia las tres y media, y volvió á partir casi inmediatamente, armada de oficiales, de maestres y de oficiales de mar, hombres leales y esperimentados. En la imposibilidad en que estaba de atacar á Tahofa en su fortaleza de Bea, la pequeña tropa de veinte hombres bien armados debia costear la orilla, pegando fuego á las habitaciones y á las piraguas, disparando sobre cuantos les resistieron y salvando solamente los ancianos y las mujeres. El objeto del capitan d' Urville era de obtener por el terror la restitucion de los prisioneros.

La espedicion fué dirijida con intelijencia. Habiendo entregado á las llamas las aldeas de Nougou-Nougou y de Oleva y destruido cinco hermosas piraguas; el pequeño cuerpo se encaminó á Mafanga, pues á medida que se acercaba al lugar santo, los naturales, que habian huído hasta entonces, se juntaban y resistian. Habiendo un Francés del destacamento, el cabo Ritchard, aventurádose en una selva en persecucion de un salvaje, vióse asaltado por ocho de ellos, magullado con sus clavas y acribillado á bayonetazos. Trasladado á bordo, falleció aquel desgraciado durante la noche y fué sepultado en la isla Pangaï-Modou. Esta pérdida indujo á los Franceses á tomar medidas de prudencia. Comprometidos en medio de jarales, recibian el fuego del enemigo sin contestarle con ventaja. Por otra parte, aquella guerra de emboscadas no producia ningun fruto. El incendio de las aldeas era suficiente para esparcir el terror en la comarca, lo cual era para el primer dia una represalia útil. Al dia siguiente era preciso tomar medidas decisivas.

No ignoraba el capitan d' Urville que Mafanga era el lugar santo de la isla; y que en caso de atacarle, Tonga-Tabou en masa se interesaria en la contienda. Así es que los diversos jefes intervendrian en un asunto en que se hallaba mezclado Tahofa, y las emulaciones rivales, menos que el deseo de salvar el santuario indíjena, podian acarrear la pronta restitucion de los prisioneros. Apesar de todo el peligro de una costa llena de arrecifes, resolvió el capitan cañonear á Mafanga.

Mientras se hacian los preparativos para este ataque, contrariado por los vientos de S. E., una piragua trasladó á bordo al alumno Faraguet, y al intérprete Singleton. El oficial francés habia sido el cautivo de Palou, el cual no habiendo podido decidirle á fijarse á su lado, lo enviaba á bordo del *Astrolabio*. Ninguna duda quedó entonces sobre el jefe del complot, cuyo honor pertenecia enteramente á Tahofa y á sus matabulés. Singleton añadia que los otros jefes habian censurado su conducta en el consejo celebrado en aquella mañana. Pero como Tahofa era el Napoleon, el Aquiles de Tonga, podia hacer la ley á todos. Por una especie de compromiso. Singleton se decia autorizado á prometer que todos los individuos que no quisiesen quedarse en el país serian restituídos al *Astrolabio*. Creyendo el capitan d'Urville indigno de su honor semejante transaccion, puesto que reconocia en ella la mano de Simonet que reclamaba casi una capitulacion personal, dijo á Singleton. « Ninguno de los individuos que me ha confiado el rey se quedarán en Tonga-Tabou. Si mañana no se hallan á bordo todos los cautivos de los isleños, Mafanga será abrasada. »

Efectivamente, el 15 ancló la corbeta contra el viento, como habia dicho el capitan, izó la grande enseña y la apoyó con un cañonazo, á lo cual contestaron los naturales ajustando muchos pabellones blancos á la punta de prolongadas pértigas. Creyendo que aquellos pabellones eran la señal de paz, mandóse la lancha á tierra; pero un fusilazo que atravesó la lancha de parte á parte dió á conocer las verdaderas disposiciones de los isleños. Era preciso que la fuerza castigase tamaña perfidia.

En la madrugada de 16 tronó el cañon, y se despidieron treinta tiros de obús, tanto con bala como con metralla. La primera descarga cortó en dos una rama de una grande higuera que sombreaba el malaï, á la sazon plaza de armas de Tahofa. Su caída fué saludada con gritos agudos y penetrantes, á los que sucedió un

profundo silencio. Abrigados tras muros de arena ó en el hondo de algunos fosos improvisados, los salvajes no sufrian mucho con aquel fuego, antes ganaban algunas balas que hallaban enterradas en las arenas (Pl. X. — 3). Por la tarde la corbeta se halló tan cerca del arrecife, que en la bajamar los naturales podian acercarse á ella á unas veinte toesas de distancia.

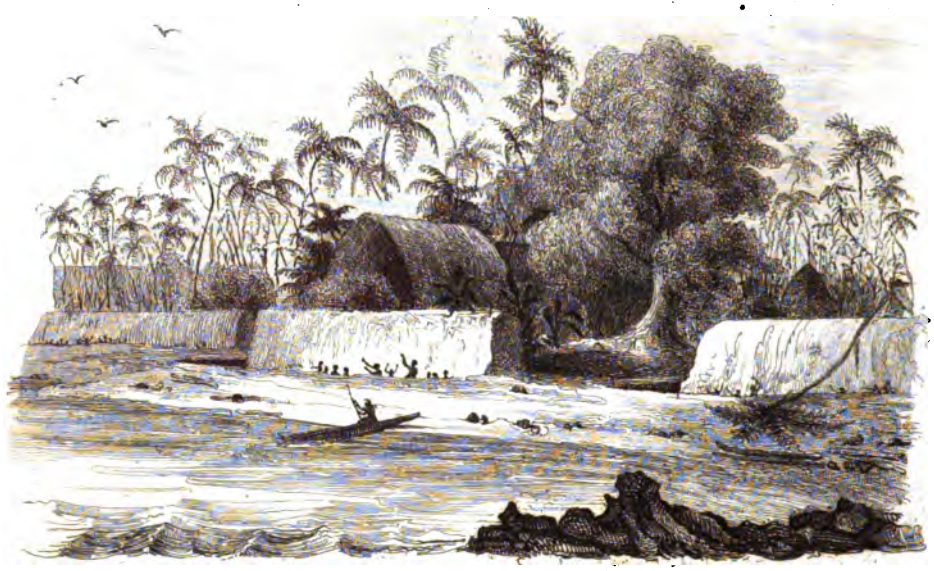
En esta crítica posicion se mantuvo el *Astrolabio* durante los tres dias consecutivos. El tiempo, propicio hasta entonces, habia pasado á ser incierto y tempestuoso. Soplaba el viento por ráfagas violentas y amenazaba arrojar el buque sobre aquellos arrecifes donde el mar se desplegaba con fuerza: era un lance no menos peligroso que el de que habíamos escapado poco antes, con la circunstancia de que en caso de desgracia no habia que esperar cuartel alguno. Estábase en guerra abierta, y quizás el enemigo tenia muertos que vengar. Sacudida por la resaca, la corbeta parecia á cada instante que iba á destacarse de sus áncoras para ir á chocar contra las puntas del banco. La tripulacion parecia inquieta y preocupada. No parecia sino que lamentaba la suerte de los camaradas cautivos que se percibian en la playa de cuando en cuando. Todos presentian el mas negro porvenir. Esta guerra hecha á dos pasos del escollo, estas descargas de artillería que de vez en cuando interrumpian el silencio de la tierra y del buque, esta incertidumbre del porvenir, esta obstinacion de los jefes tongas, todo entristecia la imajinacion. Temíase con razon un complot entre los marineros, y el capitan d'Urville iba tal vez á renunciar su proyecto, cuando se desprendió de la playa una pequeña piragua en frente de Mafanga, en el dia 19. Contenia uno de los marineros, Martineng, que venia de parte de Tahofa á prometer al capitan la restitucion de los prisioneros si consentia en suspender las hostilidades. El cañon de la víspera cargado de metralla mató á un jefe inferior, y este incidente determinó demostraciones pacíficas.

Fueron estas conducidas á buen fin. Uno de los mata-bulés de Tahofa, Waï-Totaï (Pl. X. — 1), se presentó temblando á esplicar que era absolutamente imposible restituir los desertores Simonet y Revoult, á la sazon en fuga, pero que iban á entregar los demas Franceses. Deseoso de abandonar el escollo, el capitan d'Urville se sobrepuso á esta dificultad é hizo ademan de olvidar los objetos robados en el pillaje de la yola, despachando á Mafanga un bote para recojer los prisioneros. Llegaron estos cubiertos con la mas estraña vestimenta, revestidos de telas indíjenas, que Tahofa les habia hecho proporcionar despues de haberles despojado de sus vestidos. Libre ya de aquel mal paso, al dia siguiente, 21 de mayo, el *Astrolabio* dejaba Tonga-Tabou, despues de un mes de desastrosa parada sustrayéndose á todos los peligros y á todas las miserias, al naufrajio, á la guerra y á la sublevacion.

Tres meses despues era reemplazado en la misma rada por el *Research*, capitan Dillon. Este buque, que pertenecia á la compañía de las Indias, habia tocado al principio en Eoa sin aventurarse á tomar tierra. Bien sabia el capitan la conducta que debia observar sobre las disposiciones de los naturales. Afortunadamente poseia el secreto de un ardid, muchas veces practicado y fatal á otros Europeos. Los isleños de Eoa habian imajinado en efecto atraer los botes de las embarcaciones de recalo por medio de piraguas llenas de las mas hermosas mujeres de la comarca. Aquellas sirenas iban á circular al rededor del buque hasta fascinar é impeler á la playa algunos marineros, donde eran rodeados de centenares de hombres, quienes los ataban á los árboles inmediatos y los retenian hasta que el buque hubiese pagado su rescate con objetos de Europa. Este manejo valia mas que otros medios de hecho mas declarados, puesto que presentaba menos peligros. Sin embargo los naturales de Eoa no se contentaron con él. Habiendo el *Supply*, buque inglés, tenido la imprudencia de recibir demasiados visitadores en su cubierta, se vió cierto dia atacado súbitamente. El hermano del capitan y un marinero fueron aporreados á golpes de macana, y el mismo capitan arrojado al mar. Quiso el azar que este último cayese en un bote amarrado en los costados del buque y encontrar un anteojo. Levantóse, asió del instrumento y dirijió su tubo contra los naturales, y creyendo estos que era un arma de fuego de una nueva invencion se fugaron amedrentados, en cuyo caso la tripulacion, que estaba comiendo en el entrepuente, se abalanzó á varios harpones y picas y se precipitó sobre los agresores matando á los unos y haciendo huir á los otros del buque. De este modo se salvó el *Supply*.

Habiendo evitado estos lazos y estos infortunios, el *Research* fondeó á 15 de agosto en la rada de Pangaï-Modou, y partió el 26. Instruído por los desastres del *Astrolabio*, el capitan Dillon tomó todas las precauciones imajinables para evitar una suerte semejante; así que, lejos de desembarcar, hizo hacer su aguada y su leña á los naturales, y prohibió severamente el acceso á los individuos de las piraguas. No obstante tan rigurosas precauciones, estalló en la noche del 19 al 20 una tentativa de rapto. Hácia las tres de la madrugada, el capitan Dillon se despertó sobresaltado por un gran tumulto que se levantaba bajo las ventanas de su cámara. Tendió la vista, y apesar de la obscuridad percibió una gran piragua seguida de otras muchas que parecian ir

THE NEW
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN



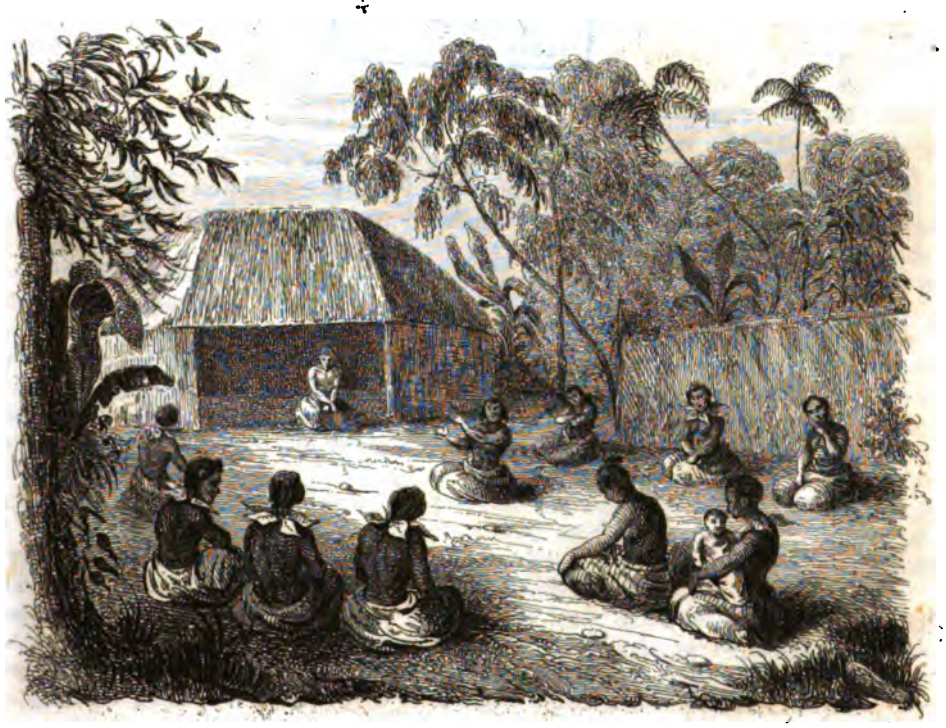
3. Fortifications de Mafanga.

3. Fortificaciones de Mafanga

4. Four en terre échauffé.

4. Horno en tierra calentado

1. Le Mata-kouka Wai-tohi.



2. Consultation pour un Enfant malade.

2 Consulta para un Niño enfermo.

Le Maisonneuve del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN

de conserva amenazando asaltar el *Research*. Para prevenir malos designios, el capitan descargó en el instante mismo su pistola sobre la piragua haciendo decir en Tonga por un intérprete que los cañones del buque iban á disparar si los naturales no se retiraban. Viéndose estos descubiertos, obedecieron sin titubear. Por lo demas la recalada del capitan Dillon no suministró ninguna noticia nueva sobre aquellos pueblos. Por él ha podido saberse que Rotouma, aunque distante seiscientas millas de Tonga-Tabou, reconoce su supremacía. Instruído que el *Research* debia tocar en Rotouma, el venerable Faka-Fanoua, guardian de Mafanga, suplicó á Mr. Dillon que le recibiese á su bordo y condujese á aquella isla su segundo hijo, su hija de catorce años y uno de sus criados. Estos delegados debian reclamar el tributo acostumbrado que los sacerdotes de Rotouma pagaban á los de Tonga-Tabou. Tres años antes Faka-Fanoua habia enviado ya al mismo sitio su hijo primojénito, y parecia desear vivamente tener algunas noticias de este jóven.

El último navegante que, de los que yo sepa, visitó el archipiélago de Tonga, es el capitan inglés Waldegrave, del sloop de guerra el *Seringapatnam*. Anclado en Pangaï-Modou á fines de mayo de 1830, este capitan solo tuvo con los naturales relaciones constantemente pacíficas. En aquella época, segun él mismo, habia reaparecido el touï-tonga en Tonga-Tabou, y aunque Tahofa era todavía su jefe mas influyente y obedecido, habia tenido lugar una especie de reaccion en favor de Toubo, cristiano zeloso y activo, á quien le restituyeran sus prerogativas de familia.

Como los navegantes mas favorecidos, pudo Waldegrave asistir á algunas fiestas, entre otras á una que dió el touï-tonga, un jefe de Mori, llamado Parton, á su regreso de las islas Hapaï. Su relacion es la siguiente:

« A las nueve de la mañana, el touï-tonga se hallaba sentado en una espaciosa casa de kava, edificio óvalo, abierto en todos sentidos, y sus oficiales se habian alineado á los lados. A su derecha se colocó una mujer entrada en años, encargada de servirle. La habitacion no se hallaba enteramente en medio del cercado: en frente y á veinte y cinco toesas del touï-tonga habia dispuestos en tierra dos grandes vasos de kava, y en cada lado se veían los jefes y los principales personajes sentados en el suelo en forma de semicírculo. Detras de ellos permanecia de pie el resto de la asamblea. Una especie de copero en jefe, á la izquierda del touï-tonga, anunciaba en alta voz el nombre de la persona á quien correspondia cada copa de kava, á medida que se llenaban, y los portadores iban á presentarla poniéndose de cuchillas. Finalizado el kava tuvo lugar un juego entre dos compañías de jefes de veinte individuos cada una, entre los cuales se hallaba el touï-tonga. Consistia el juego en fijar perpendicularmente varias lanzas en una estaca de un pie de grueso y plantada en el suelo. El primero despidió su lanza horizontalmente, y los otros de manera que sus puntas cayesen en sentido vertical. Era un juego de destreza muy difícil: de veinte lanzas cinco solamente triunfaron en una y otra parte. La partida era de treinta golpes, pero ninguna de las dos compañías alcanzó este número por mas que comenzaban varias veces. El touï-tonga plantó una lanza y Parton dos. El jugador se coloca á unos quince pies de distancia del blanco, y en seguida pone su mira en tocar de un modo perpendicular aquella estaca. Finalizado el juego, se presentaron en el recinto varios cerdos que se contaron, y que en seguida el touï-tonga distribuyó; nosotros recibimos cuatro con una cantidad proporcionada de batatas. Despues del banquete se dió principio á los bailes: por la noche se reunieron de nuevo en la cerca que fué iluminada por individuos que sostenian antorchas. El patio, colocado en el centro del círculo, consistia en treinta ó cuarenta hombres. El jefe de la orquesta tenia tres bambúes huecos fijados en tierra sobre los cuales batia, al paso que otros hacian el bajo dando contra el suelo con el ausilio de otros bambúes cerrados por la parte inferior; otros castañeteaban con las manos á guisa de címbalos: el jefe cantaba una nota de tenor, cuyo sonido se hacia oir sin interrupcion. En vano procuré saber como se ejecutaba aquello, pues el compás era perfecto y las voces en ecsactísima cadencia. Por espacio de cinco horas el coro no cambió mas que dos veces: el baile empezó por unas mujeres formadas en círculo en frente del coro, observando perfectamente su compás y acompañándolo con un canto. Con las manos y la cabeza en un movimiento perpetuo, aquellas mujeres conservaban las actitudes mas agraciadas, ora torciéndose lijeramente, ora dando una vuelta entera ó una media vuelta sobre sí mismas del modo mas armonioso. Ochenta mujeres figuraron en cada baile, y cada una movia la cabeza en el mismo instante y de la misma manera. La medida, en un principio lenta, se fué acelerando por grados hasta que se precipitó con rapidez. De pies á cabeza, el cuerpo parecia sobrecojido de una convulsion jeneral; por fin, aquel baile acabó por una aclamacion universal.

« A este baile siguió otro con un número igual de mujeres, y á este cuatro bailes de hombres. La única diferencia de unos á otros es que los hombres ajitaban con frecuencia los pies, al paso que las mujeres apenas los levantaban del suelo. Todo esto formaba un espectáculo encantador: las mujeres solo iban vestidas desde la cin-

tura á los pies, con los brazos y el seno desnudos, y descubriendo así sus hermosos bustos á las miradas de los espectadores. El traje, rico y colocado con gusto, consistia en trozos de tapa, adornados de bujerías y de flores. Mucho nos complacimos en asistir á su tocador, y no fué poco agradable para nosotros aquel pasatiempo en ecsaminar los ornamentos á medida que se los ponian. De esta suerte los fuímos admirando uno á uno hasta el momento en que por última sutileza vertieron chorros de aceite de coco perfumado de madera de sándalo sobre sus cabezas, sus espaldas, su cuello y el resto de su cuerpo. Aquellas mujeres nos parecieron modestas, pero afables. La hija de Parton presidia á uno de los bailes, su hermana al otro: eran dos criaturas encantadoras de unos quince años. El touï-tonga presidió á uno de los bailes de hombres; su hijo, niño de once años, á otro. Necesítase mucha robustez para bailar y cantar á un tiempo, sobretodo hácia el fin de las figuras. Yo probé de acompañar el canto por espacio de un cuarto de hora, y aunque sentado me fatigué mucho. Los hombres iban vestidos de un modo uniforme, á escepcion de los jefes de las compañías que solo tenian los brazos descubiertos, al paso que el resto iba vestido de telas. La cantidad de tapa arrollada al rededor de la cintura era tan considerable, que sobresalia á seis pulgadas de distancia y ocultaba enteramente las formas. A las once y media cesó el baile.»

Desde Tonga-Tabou, el capitan Waldegrave se dirijió á Vavao para adquirir alguna noticia sobre los buques balleneros cuyas tripulaciones habian sido atacadas recientemente por los naturales. El *Seringapatnam* se aterró al grupo á 4 de junio por la tarde, y al dia siguiente desembarcó Waldegrave para pedir satisfaccion á los jefes del país del insulto hecho al pabellon británico. Continuemos la misma relacion del capitan.

«Condujéronme, dice, á una gran casa de kava donde hallé sentado al rey. A su izquierda estaba un Inglés llamado Brown; á cada lado se alineaban los principales jefes, y en frente los menos elevados en dignidad. Al rededor de la casa, entre el faï-toka del difunto rey y la casa del kava se agolpaban tres mil hombres del pueblo. El rey me invitó á sentarme, pero le respondí, en pie y con mi sombrero en la cabeza, como igualmente mis oficiales: «El rey Jorje me envia para preguntaros, Finau, porque habeis asesinado al capitan de la *Elisabet* y á los balleneros del *Rambler*. Puedo sentarme hasta saber el motivo porque habeis cometido tan horribles asesinatos?» A estas palabras principió Finau á estremecerse. Era la primera vez que se veía interrogado de aquel modo en presencia de su pueblo. «Este sacerdote (un misionero), añadí, os dirá que no he venido para castigar, sino tan solo para informar sobre aquellos actos.» Entonces Finau declaró en voz baja que el maestre del *Rambler* y él habian comerciado amigablemente cuando desertaron dos individuos de la tripulacion. En lugar de pedírselos á él el rey de la isla, el maestre quiso obtener una satisfaccion por medio de la fuerza, é hizo fuego sobre los individuos de la playa. Los desertores fueron restituídos, pero el capitan cometió la imprudencia de desembarcar de nuevo, á cuya vista el pueblo se sublevó y le pasó á cuchillo con la tripulacion de su bote. En cuanto á la *Elisabet*, segun Finau, sus primeras relaciones con la playa habian sido tan amigables, que satisfecho el maestre prometió regalarle un mosquete. Pero al acto de partir, el maestre le negó el mosquete, y Finau se puso á reflecsionar. «La *Elisabet*, como el *Rambler*, se dijo á sí mismo, va á hacer fuego sobre el pueblo, vale mas tomarle la delantera,» y mató al maestre y á algunos marineros. Por lo demás, añadió que sentia mucho haber obrado de aquel modo y que nunca jamas observaria semejante conducta. «Bien, repliqué á esta esplicacion, informaré al rey Jorje de lo que me decís. — ¿Me perdonais? insistió Finau. — Yo no tengo derecho para perdonar, pues solo he venido para informar. — ¿Bebereis el kava?» Me descubrí y me senté á su lado. El pueblo saludó aquel acto con una viva aclamacion: presentaron el kava, y tomé mi parte. Finau me invitó á pasar la noche en tierra, y habiéndolo deliberado con mis oficiales, acepté la oferta.

«Despues del kava nos retirámos á una casa muy notable por su aseo y hermosa apariencia: una doble esterilla de fibras de coco cubria el piso. El rey me suplicó que hiciese salir á mis oficiales, y por espacio de tres horas me repitió la historia del asesinato renovándome sus sentimientos de amistad. Despues de comer quiso hacerme testigo de su destreza. Tomó un fusil, erró todos los tiros que disparó sobre todos los pájaros, y acabó por matar una desgraciada gallina que fué desplumada, asada y comida sobre la marcha. En seguida se sirvió otro kava, durante el cual me pidió Finau mi sombrero con tanta instancia que no pude menos de entregárselo. Por la noche tuvímos un baile en la gran casa de kava, y despues de dos nuevas escenas fuímos á la casa donde debímos pernoctar. Al dia siguiente, despues del desayuno, le propuse que viniese á bordo conmigo, á lo que consintió, pero su ministro me suplicó que diese mi palabra de que permitiria al rey regresar á tierra. No tuve inconveniente en ofrecer un rehen, y añadí: Mi cirujano va á cuatro millas de aquí, en el interior de la isla, para visitar á vuestro sobrino favorito, mi capellan le acompaña, ¿los dejaria pues en vuestras manos si tuviese intencion de haceros una mala partida? El rey Jorje me abor-

caría si yo os hiciese daño despues de haber comprometido mi palabra. — Bien, vamos pues», dijo. Embarcámonos en dos botes acompañados de veinte y nueve personas. Como pasábamos en frente de las piraguas, los naturales prorumpieron en un grito de alegría. Apenas hubo Finau subido á bordo, vió maniobrar los soldados de marina, y le sirvieron dos veces vino, como igualmente á los jefes de su comitiva. Ecsaminó todas las partes del buque, nombró cada objeto y probó de soplar con el pito del maestre de tripulacion. Al oir el tambor que anunciaba la comida de los oficiales, siguió á los criados, y fué á sentarse á su mesa. Despues de haber comido con ellos, los dejó y se presentó en mi cámara, donde se sentó igualmente para tomar parte en mi comida. Los soldados de marina maniobraron de nuevo por espacio de una media hora, y los naturales satisfechos prorumpieron en un grito de alegría. A las tres y media de la tarde Finau y su comitiva abandonaron el buque en la chalupa, y á las nueve regresó esta cargada de batatas que nos regalaba.

« Finau es un rey absoluto; sus órdenes ejecutadas escrupulosamente y al instante: tiene menos de treinta años; es pagano y tiene dos hijos y tres mujeres. No puede casarse mas que con hijas de grandes jefes; su heredero es el hijo de la oriunda de la mas noble familia, y sus concubinas no tienen número. »

Tal es lo que nos hace saber el capitan Waldegrave, que por otra parte no ha hecho mas que tocar de paso la comarca. En cuanto á los trabajos de los misioneros, todo lo que se sabe de positivo es que los pastores establecidos en Hifo, desanimados por la obstinacion de Hata han vuelto, en 1830, á las islas Hapaï, donde han convertido al rey y á la mayoría de sus vasallos. El año siguiente obtuvieron el mismo resultado en Vavao. Finalmente Tonga-Tabou parece obedecer á este impulso relijioso. En Nioukou-Lafa, cerca del piadoso Toubo, hay establecidos tres misioneros que convierten todos los dias á la fé de Cristo nuevos catecúmenos. Que entre estos apóstoles se halle á lo menos un Ellis para conservar el recuerdo de las costumbres y del culto que tratan de destruir, y que el estado antiguo del país nos quede por semejantes trabajos bajo la forma de documentos para la historia jeneral del globo.

CAPITULO XXIII.

ISLAS TONGA. — COSTUMBRES. — TRAJES. — RELIJION.

Vecino del archipiélago Viti, ocupado por pueblas negras, el grupo Tonga pertenece indudablemente á esa raza que hemos llamado Polinesia; pero por una estrañeza bastante inesplicable, esa raza es mas noble, mas pura, mas regular y á veces mas blanca que en ciertas islas mucho mas remotas de la Melanesia. El físico de los Tongas es agradable, y su talante grave y decente. Su nariz es muchas veces aguileña, sus labios delgados, sus cabellos jeneralmente lisos, su talle alta y bien proporcionada. Si á esto se añade un tinte algo moreno, en especial entre las mujeres y los jefes, se comprenderá sin dificultad cuantas relaciones esteriores puede tener este pueblo con las poblaciones de la Europa meridional. Algunas mujeres tienen formas tan bellas y tan puras, que podrian servir de modelo á nuestros artistas. Únicamente se puede reprocharles tener las piernas y los pies demasiado grandes.

Bajo un clima templado, y con un alimento abundante y fácil, los naturales gozan en jeneral de una salud muy robusta. Están sujetos sin embargo á la lepra elefanciaca, á los resfriados y á una especie de erupcion cutanea en diversas partes del cuerpo. Los ancianos son mas numerosos que en los otros grupos polinesios, é igualmente mas lozanos, mas ájiles y mas robustos.

Ya hemos visto cual era el carácter de aquellos pueblos, al principio dóciles, insinuantes, con modales que agradan, pero interesado, hábil, traidor y cruel cuando lo requiere la ocasion. Cada navegante los ha visto bajo un aspecto diferente, el uno los ecsalta mas de lo que debiera, el otro los denigra tal vez demasiado. Hospitalarios y asesinos de sus huéspedes, benévolos y crueles, jenerosos y avaros, profundamente reservados y animosos; graves, afables entre sí, intelijentes, astutos, maduros para la civilizacion; tales son los rasgos, muchas veces desfigurados, que les distinguen. Sus lazos sociales son nobles y convenientes. Su familia está bien gobernada, las mujeres no viven en la humillacion degradante; el tabou no es estúpidamente riguroso. Así es que el capitan d' Urville no teme colocar á esos naturales en la misma línea que los Nuevos-Zelandeses. Poseen cualidades de un órden superior, y sobre todo un poder sobre sí mismos que solo es el resultado de una razon fuerte y encumbrada.

La sociedad tonga puede fraccionarse en cinco clases: el touï-tonga, los eguis, los mata-bulés, los mouas y los touas.

Ya se ha dicho todo lo concerniente al touï-tonga y su familia. Los eguis ó nobles parecian formar la clase de los propietarios del terreno; ocupaban las primeras funciones del estado, suministraban á cada distrito un jefe político, cási independiente del touï-tonga, y ceñido solamente á homenajes de etiqueta. Esta independencia parece no haber ecsistido en su orijen; pero en nuestros tiempos es un hecho incontestable. Despues de los mas poderosos eguis, jefes de distritos, venian los demas eguis subalternos, que se-

guian la fortuna de su patron. Para designar la supremacía sobre una isla, un canton ó una aldea, añadian á la palabra *touï* (señor) el nombre de su posesion. De ahí provienen los nombres de Touï-Vavao, Touï-Hapaï, Touï-Namouka.

Las mujeres eran las únicas que transmitian la nobleza, por manera que si la madre no era noble, tampoco lo era el hijo. En ningun caso elevaba la fortuna el rango del individuo, y apesar de la revolucion que ha destruído tantas cosas en Tonga-Tabou, en los kavas y en las reuniones solemnes, en nuestros dias, el poderoso y temible Tahofa está obligado á ceder el paso al tímido Toubo, al insignificante Latou, y á otros miembros de los fata-fais á quienes apenas mira cuando los halla á su paso.

Despues de los eguis vienen los mata-bulés, institucion sabia y útil, correccion esencial de un réjimen feudal. Los mata-bulés son los consejeros natos y los tutores de los eguis, encargados de la administracion de las propiedades, de la vijilancia de las ceremonias y de la conservacion de las tradiciones. Raras veces un egui hace un acto importante sin consultar sus mata-bulés: estos son el intermedio natural entre el pueblo y los grandes, el escalon que conduce de los proletarios á la nobleza.

La clase de los mouas, especie de creacion mista, se compone casi toda de parientes de los mata-bulés. Dedícanse á las artes llamadas liberales, la construccion de piraguas y de grandes casas, la corta de los colmillos de ballena y la fabricacion de redes. Los otros oficios pertenecen á los touas, que constituyen la última clase subdividida en categorías, segun la mayor ó menor futilidad de los oficios. Los del último rango son cocineros ó labradores. No ecsisten esclavos propiamente dichos; los prisioneros hechos en la guerra eran degollados, canjeados, restituídos ó incorporados en las tropas del vencedor.

Cuando el archipiélago, sometido al touï-tonga, tenia poderes regulados y respetados, las guerras eran sin duda raras y parciales. Los que se veían atormentados por el amor de los combates se embarcaban para las islas Viti, teatro de luchas terribles y permanentes. La sublevacion de Finau cambió esta situacion pacífica, de tal modo que por espacio de dos años todas las islas estuvieron en una combustion continua. Repetidas veces vinieron á las manos ejércitos de dos á tres mil hombres, y estos encuentros hicieron resaltar el espíritu emprendedor y guerrero de los indíjenas. Todo individuo de armas tomar se ponia á la disposicion del egui, y le seguia en sus diversas campañas. Ordinariamente se evitaban las batallas campales, procediéndose por escaramuzas y por sorpresas. El partido vencido quedaba abandonado á la discrecion del vencedor, ó se fugaba á una isla amiga, llevándose á bordo de varias piraguas todo cuanto poseía, mujeres, niños, ancianos y objetos preciosos. ¡Cuantos fujitivos de esta naturaleza se ha tragado el Océano llevando á cabo la obra del vencedor!

Las armas de aquellos pueblos eran lanzas y macanas de todas las formas. Actualmente tienen tambien algunos mosquetes, y sobretodo muchas bayonetas ajustadas á unos mangos muy largos. (Pl. VII. — 4).

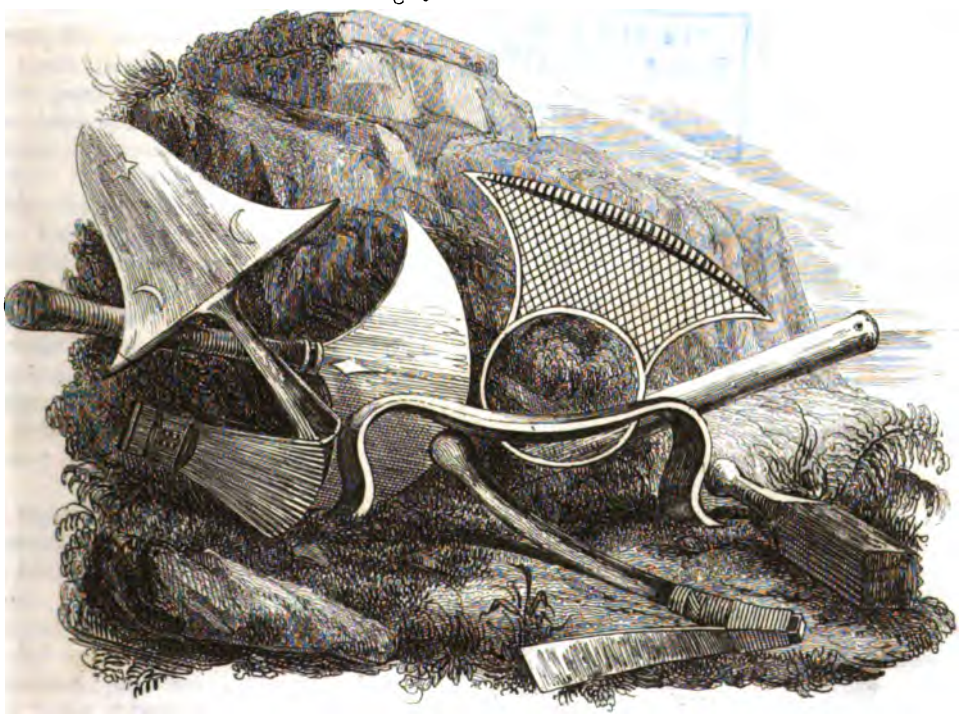
Entre estos isleños la idea del crímen se limita casi enteramente á las infracciones del tabou y á la inobediencia hácia los jefes, doble crímen bastante raro. Los palos son la correccion ordinaria; pero en casos mas graves el culpable es condenado á muerte. El duelo es conocido de los tongas. Cuando dos eguis tienen justas quejas el uno contra el otro, se acometen en combate singular. A veces la muerte de uno de los campeones pone fin al encuentro; pero por lo comun da márjen á una síncera reconciliacion.

La administracion de las propiedades, el juego, el baile, las delicias de una conversacion, constituyen la ocupacion principal de los eguis y de los mata-bulés. Ya hemos hablado del *leagui* y del *fana-kalaï*. Como esta última diversion, el *djia-fana-gouma* es una caza que hacen sirviéndose de añagazas. El fana-gouma ó caza de los ratones es una recreacion mucho mas distinguida, á la que se dedican solamente los grandes eguis. Antes de dar principio á la caza, varios sirvientes van á poner el cebo en el terreno, y para indicar á los touas que deben desocupar el puesto ante sus señores, esparcen por acá y acullá pedacitos de madera. Concluídos estos preparativos, se reunen los cazadores en el punto designado armados de arcos y flechas. Separada en dos porciones iguales y mandada por los dos jefes mas distinguidos en grado, las cuadrillas deben rivalizar en destreza en este ejercicio singular. Los tiradores se disponen en una sola fila, alternando los hombres de un partido con los de otro. Cuando se presenta un raton, tira el jefe de los cazadores y tanto si mata como si no mata la caza, se coloca á la cola de la fila. De esta suerte cada uno toma parte en la caza, y la cuadrilla que ha muerto diez ratones gana la partida.

Los otros juegos ó ejercicios son el *alo*, pesca del bonito; el *tolo*, justa de la lanza, de que hemos hablado; el *fanifo*, nada en la resaca; el *fanoa-toua*, combate de la macana; el *fouhou*, pujilato; el *toupapa*, justa con lanzas; el *lafo*, especie de juego de tejos; el *hifo* y el *habo*, recreaciones de mujeres, juegos de bolas lanzadas al aire. El talento de la jugadora consiste en mantener al aire constantemente cinco bolas, haciéndolas pasar incesantemente de una mano á otra (Pl. VII. — 3).

3. Juegos y Danzas de Jóvenes Doncellas.

3 Juegos y Danzas de Jóvenes Doncellas



4. Armas y Utensilios de los Habitantes de Tonga.

4 Armas y Utensilios de los Habitantes de Tonga.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Casi todas las conversaciones versan sobre los *Papa-Langnis* ó Europeos. Ciertos habladores tienen el privilejio de interesar ó de hacer reir narrando lo que saben de nuestros usos y costumbres. Como puede presumirse, mezclan en ello hipérboles absurdas y pormenores de su invencion; pero estas fábulas son mas escuchadas del auditorio de lo que lo serian noticias ciertas y observaciones ecsactas.

Las numerosas profesiones ejercidas en el país indican una industria bastante avanzada. Deben citarse entre otras la construccion de piraguas, *(fa-vakas)*, en la que sobresalen los pueblos tongas; el arte de fabricar collares con dientes de cachalote *(fanna-le)*; la construccion de bóvedas para la sepultura de los jefes *(to founga ta maka)*; la fabricacion de redes *(djia-kobenga)*; la pesca con red y anzuelo *(to founga totaï ika)*; la construccion de chozas *(tang afale)*; el arte de pintorrear *(ta tatou)*; el de cincelar las macanas *(tongui-akao)*; el oficio de barbero *(faï-keva)*, que se practica con dos conchas afiladas ó con una piedra pomez; y la profesion de cocinero *(faï-oumou)*. Todos estos oficios son hereditarios, al paso que otros son eventuales, como la práctica de las operaciones quirúrjicas, la construccion de fortificaciones y la fabricacion de sogas y armas.

Los aldeanos ó *kai-fonouas* cultivan la tierra con una especie de azada de madera llamada *kaou*. La fabricacion de las telas, de las esteras y de los canastillos está comunmente á cargo de las mujeres. En su estado primitivo la tela se llama *tapa*; pero cuando está preparada y teñida se denomina *gnatou*.

Las telas mas finas *(gnafi-gnafi)* se hacen con las hojas del pandano. Las que sirven de sábanas *(fala)* están forradas y varían mucho de tamaño. Hay algunas que tienen hasta setenta pies de largo. Las esteras para velas *(las)*, tan fuertes como lijeras; las esteras para tapices *(takapou)*; las esteras adornadas con dibujos *(tataou)*, las esteras para techumbres *(blaula)*, completan la nomenclatura de esta fabricacion. Los canastillos son de diversos jéneros como las esteras. Todos estos trabajos están á cargo de las mujeres, como tambien la fabricacion de los peines con hojas de cocotero y la del hilo con corteza del *olonga*.

El réjimen de los jefes tongas se compone de un desayuno seguido del kava habitual, de la comida hácia el mediodía, y de la cena al poner del sol. En los banquetes mas solemnes, cada uno tiene delante de sí su racion particular. Ninguna ley escluye á las mujeres de la comida de los hombres; pero está prohibido á un inferior comer ó beber delante de su superior. Nadie podia comer delante del touï-tonga, y por un entredicho singular no podia este hacerlo en presencia de los primojénitos de su familia.

Toda jóven no desposada puede entregarse al amante que mas le agrade. Las que están prometidas, lo que acontece casi siempre en cuanto á las hijas de los jefes, están sujetas á una fidelidad tan rigurosa como en estado de matrimonio. Por lo demas las mujeres mas libres no carecen de cierta especie de reserva, y es una mengua para ellas cambiar á menudo de querido.

Las mujeres casadas son ordinariamente castas y fieles. En caso de adulterio, la ley entrega los dos culpables al esposo ultrajado, quien, siendo dueño absoluto de la mujer, puede aporrearla sin piedad, bien que por lo comun la repudia, y en este caso queda libre y dueña de sus acciones. Los eguis tienen cuantas mujeres apetecen, y estas toman rango entre sí segun su nacimiento. Pocas formalidades acompañan á la ceremonia del himeneo. El esposo va á buscar á su futura á la casa de sus padres, y da un banquete á los amigos de ambas familias, lo cual es suficiente como formalidad relijiosa.

El touï-tonga es un personaje sobrado distinguido paraque ninguna mujer pueda ser su esposa de derecho. Este pontífice requiere para su harem las hijas de los eguis mas eminentes, las cuales se tienen por muy honradas con semejante eleccion, y el heredero del poder relijioso es el hijo de la mas noble de aquellas mujeres. Ciertas mujeres de la familia fata-faï, entre ellas la Tamaha, gozaban de un privilejio análogo, y aunque no podian elejirse un esposo, podian tener muchos amantes, y cambiarlos sin que ninguno pudiese hacer valer derechos positivos sobre su persona.

En un país en que solo el vientre ennoblece, la mujer no pierde, casándose, su rango ni sus privilejios de nacimiento. Si los esposos son de condiciones desiguales, el inferior antes de tomar su banquete, debe someterse al moë-moë á vista del miembro de la casa que le es superior, so pena de cometer una infraccion á las leyes del tabou. La mujer que casa con un hombre de rango superior adquiere en consideracion personal; pero no sucede lo mismo con un hombre que toma una mujer inferior.

Las mujeres, y aun las madres de familia, adopta á menudo niños estraños á quienes tratan al igual de los suyos. Estas adopciones tienen sin duda un fin político, pues los hijos heredan el rango de sus madres y se les deben los mismos honores, las mismas formalidades de etiqueta, aunque sean menores de edad. Los muchachos deben someterse á una especie de circuncision. El pintarroteo casi se practica solamente en una edad mas avanzada, y sus dibujos son variados y muy elegantes. Entre las mujeres, la operacion solo tiene lugar en la palma de las manos.

Las casas tienen comunmente la forma de un

óvalo de treinta pies de lonjitud sobre veinte de ancho y doce ó quince de elevacion. Compónense de un lecho sobre un agregado de postes y de carreras ajustadas y reunidas por medio de cadenas. El piso es de tierra batida y cubierta con una capa de yerba seca, sobre la que se estienden varias esteras de hojas de cocotero. El interior puede dividirse en muchas piezas por medio de compartimientos de esteras. Otras esteras arrolladas en la escarpa del techo se abajan en caso de necesidad para garantizar la casa de las lluvias del viento ó del sol (Pl. VIII. — 2).

Los dueños de la casa son los únicos que tienen una pieza separada, pues el resto de la familia se acuesta en la sala principal con la mayor confusion y sin otro cuidado que el de separar los secsos. Los criados habitan en unas pequeñas chozas contiguas: las camas son de esteras, y los vestidos del dia son las únicas sábanas para la noche. Los muebles de estos alojamientos no son muy engorrosos para inventariar, pues se reducen á una ó dos conchetas de madera para el kava, calabacinos para contener el agua, vasos de coco llenos de aceite para la compostura, escabeles y almohadillas de madera. Estas casas están circuidas de un verjel y se reunen formando pequeñas aldeas. Estas aldeas se llaman *kolo* cuando son fortificadas, y la mas importante de todas toma el título de *moua*, que viene á ser una especie de capital. Las aldeas por otra parte están muy bien cuidadas, cortadas por senderos circuidas de empalizadas y sombreadas por grupos de árboles.

La nutricion de los isleños, sana y variada, se compone de alimentos comunes á toda la Polinesia. Únicamente el arte de la cocina parece haber alcanzado en el archipiélago Tonga una perfeccion mayor que en los demas grupos. Mariner cita hasta treinta recetas diversas. Los trajes consisten en una estera fina ó una pieza de tela con que se envuelven el cuerpo haciéndole dar vuelta y media por los riñones y deteniéndole en la cintura. Jeneralmente las mujeres se cubren el seno; pero los hombres traen el pecho descubierto. Los plebeyos se contentan muchas veces con un taparabo de follaje y cinturon parecido al *maro* de los Taitios. Los niños van desnudos por mucho tiempo, pero las niñas las visten mucho mas pronto. A veces los naturales se cubren con pequeños gorros, ó pedazos de tela arrollados en forma de turbantes, ó bien con simples viseras de hojas de cocotero trenzadas, especie de pantalla contra los rayos del sol.

El peinado es la parte mas esencial de un tocador tonga. Nada es uniforme en su compostura: los unos llevan los cabellos largos y flotantes, al paso que los otros los llevan rasurados enteramente. No faltan algunos que por medio de mordientes los tiñen de blanco, de encarnado ó color de castaño, y en seguida los rizan con el mayor esmero. Ciertos Tongas no osan volver la cabeza por temor de desbaratar un peinado arreglado de esta suerte. Las mujeres al contrario llevan los cabellos muy cortos. Pero lo que distingue los dos secsos es un aseo corporal conservado minuciosamente. El uso de los baños junto con fricciones de aceite de coco, comunica á su piel una dulzura y belleza muy notables. Cuando las mujeres se presentan en una fiesta, así lavadas, unjidas y perfumadas, con sus ornamentos numerosos y diversos, y sus collares de conchas, de huesos de aves, de dientes de tiburon ó de colmillos de ballena, están verdaderamente llenas de seducciones y de gracias. Á veces ciñen sus hermosas cabezas ó se festonean en guirnaldas al rededor de sus bustos elegantes varios frutos de pandanos y flores odoríferas. En los lóbulos de las orejas, atravesados con anchos agujeros, se introducen cilindros de tres pulgadas de lonjitud y articulaciones de cañas llenas de polvo amarillo.

Hemos visto ya cuales eran los instrumentos músicos: el *nafa*, especie de tambor, los bambúes de diversas dimensiones, el *fango-fango*, especie de flauta, formada de un bambú cerrado por ambos estremos, y con seis agujeros en los que se sopla con las narices. Conócese igualmente en Tonga la flauta de Pan ó syrinx, compuesta de ocho á diez cañas ajustadas paralelamente, y con los que se producen sonidos bastante irregulares.

Del mismo modo que Taiti y las islas Hawaii, Tonga-Tabou tiene sus cantos destinados, los unos á recordar los sucesos históricos de las primeras edades, los otros á pintar una escena de imajinacion, y otros por fin para servir de simple acompañamiento á los bailes. Estos bailes, hemos visto ya cuan graciosos son, cuan elegantes, cuan nobles y cuan variados.

Parece que los Tongas no adoran los fetiches cuyo culto está en uso en la Polinesia oriental. Su idolatría es mas bien enigmática que real; es una adoracion enteramente espiritual para los *hotouas*, divinidades vagas y bastante mal definidas. El hotoua de los Tongas es á poca diferencia el *atoua* de los Taitios, aunque la idea religiosa de los primeros, el símbolo, el dogma y el rito son mucho mas obscuros é incomprensibles que los de los segundos.

Hay hotouas de todos rangos, clasificados por órden jerárquico, sin contar los hotouas ó almas de los eguis y mata-bulés que son admitidos á este honor despues de su muerte. Los *hotouas-pou* son espíritus de tinieblas encargados de atormentar á los hombres.

Segun Cook, entre los dioses principales se cuentan los siguientes:

2. Place de Mafanga.

2 Plaza de Mafanga.

4. Enlèvement du Canot de l'Astrolabe.

4 Robo del bote del Astrolabio.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Kala-Fautonga, que creó la mayor parte de las cosas, dios hembra, residente en el cielo, presidiendo á los elementos y terrible en su cólera. (Es el *Kala-Fila-Tonga* de Wilson).

Tali-Aï-Toubo, dios guerrero, protector del *hou* ó rey de Vavao, á quien aconseja directamente;

Touï-Foua-Bolotou, ó jefe del Bolotou, inferior al precedente, apesar de la pompa de su título;

Higouleo, dios poderoso, venerado por la familia del touï-tonga;

Toabo-Totaï, literalmente Toubo el marino, dios de los viajeros que se invoca antes de montar una piragua;

Alaï-Valou, dios tutelar de la familia del *hou*, adorado en Ofou;

Alo-Alo, dios de los elementos, invocado por los propietarios del terreno;

Mawi, que se encuentra todavía en Tonga, donde se hace de él una especie de Encelade ó de Atlas, que sostiene la tierra con su espalda, y que cuando se mueve, causa terremoto.

En seguida vienen *Hala-Api-Apï* y *Touï-Bolotou*, que presiden al mar y á los viajes; *Toguï-Oukou-Mea* y *Toubo-Bougou*, revestidos de atribuciones análogas; *Tangaloa*, dios de los oficios y de las artes, que subió las islas Tonga á la superficie de las aguas pescando con el sedal.

Este último dios parece tener el privilejio de tradiciones estrañas y curiosas. Mariner cita una que no podemos menos de reproducir, ya como documento relijioso, ya como muestra de literatura indíjena.

« El dios Tangaloa y sus dos hijos fueron á habitar en Bolotou.

« Hacia mucho tiempo que habitaban allí, cuando Tangaloa habló á sus dos hijos en estos términos:

« Marchad con vuestras dos mujeres y habitad en el mundo en Tonga.

« Dividid la tierra en dos y habitad separadamente.

« Y se marcharon.

« El nombre del primojénito era Toubo; el del segundo Vaka-Ako-Ouli.

« El segundo era muy hábil. El primero fabricó hachas, collares de vidrio, telas de *Papa-Languis*, y espejos.

« Toubo era muy diferente, puesto que era un haragan.

« No hacia mas que pasearse, dormir y acechar las obras de su hermano.

« Enfadado de pedirlas, pensó en matarle y se ocultó para ejecutar esta mala accion.

« Encontró un dia á su hermano que se paseaba, y le mató.

« Entonces llegó su padre del Bolotou, sobrecojido de cólera.

« En seguida le preguntó: ¿Porqué has muerto á tu hermano? ¿Acaso no podias tu trabajar como él? ¡huye, desgraciado, huye!

« Dí á la familia de Vaka-Ako-Ouli, díla que venga aquí. »

« Vinieron estos, y Tangaloa les comunicó las siguientes órdenes:

« Marchad y botad estas piraguas al mar. Llevad el rumbo hácia el E., hácia la gran tierra, quedaos allí.

« Vuesta tez será blanca como vuestra alma, porque vuestra alma es hermosa.

« Sereis injeniosos, fabricareis hachas, todo linaje de objetos útiles y grandes piraguas.

« Al propio tiempo diré al viento que sople siempre de vuestra tierra hácia Tonga.

« Y no podrán venir hácia vosotros con sus malas piraguas.

« En seguida habló Tangaloa en estos términos al hermano primojénito: « Sereis negro, porque vuestra alma es mala, y carecereis de todo.

« Como no teneis objetos útiles, no ireis á la tierra de vuestro hermano. Pues ¿cómo podriais ir con malas piraguas?

« Pero vuestro hermano vendrá algunas veces á Tonga para comerciar con vosotros. »

No deja de ser bastante curioso tropezar en esta leyenda oceánica con la historia de la dispersion de los hombres y del contraste de las razas, la escision entre los buenos y los malos, el asesinato de Abel y el castigo de Cain.

Tras estos dioses primitivos viene una prolongada serie de *hotouas*, almas de los eguis y de los mata-bulés, muertos que tienen el poder de inspirar á los sacerdotes y de aparecer á sus parientes y á sus amigos, y que son invocados en los faï-tokas, siendo el objeto de una veneracion profunda. Por lo demas esta veneracion es jeneral á todas las divinidades. Los ejemplos de impiedad son raros, porque la observancia rigurosa de las leyes del culto da márjen á un bienestar físico. Una infraccion es castigada por los dioses mismos que envian á los culpables una grave enfermedad y aun la muerte. Este sistema de penalidad temporal, establecido y acreditado, no contribuye poco á mantener la obediencia de las prácticas y la fé en las tradicciones.

Los dioses manifiestan ordinariamente su presencia con una especie de silbido; así es que los naturales se abstienen de silbar por respeto á la divinidad.

Los sacerdotes no forman en las islas Tonga, como en los otros grupos polinesios, una casta privilejiada, una corporacion distinta. Solo la naturaleza es la que hace un sacerdote, mas no la vocacion; es preciso que los sacerdotes estén dotados de la facultad de ser inspirados, de ser visitados de cuando en cuando por el dios, en cu-

yo caso son *faho-guche*, es decir, distintos, separados del resto de los hombres y trasladados al estado de pura esencia. Cuando cesa el éstasis, espira tambien su carácter sacerdotal; no son mas que seres muy ordinarios, y vuelven á entrar en las condiciones de su rango social, comunmente inferior. Los eguis son raras veces sacerdotes, en especial los de un rango algo elevado.

Este estado de inspiracion tiene sin duda sus charlatanes y sus bribones; pero Mariner se inclina á creer que el éstasis del inspirado, procedente de una grande revolucion en el cérebro, es á veces profundo y real. Los sacerdotes de Tonga parecen esperimentar los fenómenos orgánicos que señaló la antigüedad á las pitonisas y á las sibilas, y que ha reproducido el magnetismo moderno de un modo que desarma la incredulidad. El sacerdote tonga, sometido á la influencia del dios, es al principio melancólico y sombrío; parece luchar contra una fuerza irresistible que quisiera vencer, hasta que vencido cede y habla con una voz sorda como forzado y violentado: y elevándose insensiblemente á parasismos convulsivos, agolpa sus palabras, las despide vibrantes y se coloca en una actitud de reto y de amenaza. Entonces comienza una especie de temblor epiléptico y nervioso; el sudor cae gota á gota de la frente del sacerdote; su boca se ajita en continuos tiros; sus dientes crujen, y sus labios ennegrecen. Su pecho jadea, su pulso es sofrenado, y llegaria á espirar si no saliesen de sus párpados abundosas lágrimas. Esta espansion le alivia, se recobra de este acceso aterrador, y come en seguida á dos carrillos como cuatro hambrientos.

A veces los dioses descienden del Bolotou para visitar otros individuos que los sacerdotes. Estas visitas se anuncian igualmente por accesos de humor negro que caracterizan esta especie de posesion divina, en cuyo caso es preciso preparar un gran kava y seguir el ceremonial acostumbrado para los sacerdotes. Mariner refiere la historia de un jóven y gallardo egui que se sentia inspirado, pero que no podia adivinar cual era el dios que le atormentaba. Presentado á un sacerdote anciano, declaró este que una mujer fallecida hacia dos años y á la sazon habitante del Bolotou, le habia cobrado un amor violento y le visitaba de aquella suerte. El sacerdote añadió que deseaba verle morir para gozar de su persona, cuya suerte le acometeria dentro de pocos dias. Mariner no dice si el suceso justificó tan estraño vaticinio.

Los sacerdotes son igualmente consultados sobre los enfermos que se pasean de capilla en capilla. Cuando un niño está moribundo, su madre lo lleva delante la casa del sacerdote, acompañada de amigas y de parientes cuyo cuello va adornado de hojas de *tchi*, se acurruca en medio del círculo, y pide para el niño las palabras de exorcismo que debe arrojar la enfermedad (Pl. X. — 2). El sacerdote las pronuncia y acepta en seguida algun presente, especie de remuneracion.

El *tabou*, este solemne entredicho que cubre todas las comarcas polinesias, tiene su aspecto y su fisonomía particular en el archipiélago tonga. Ya hemos visto que se mostraba mas tolerante que en otras partes en órden á las mujeres de estas islas, pero todavía hay otros caractéres que lo distinguen y señalan.

Cualquiera que tocase una persona muy superior á él era tabou por este solo hecho, y no podia en adelante servirse de sus manos. Para levantar esta interdiccion era preciso cumplir con la ceremonia del moë-moë y lavar los pies al superior. Cuando no se tenia agua á la mano, se contentaba con la sávia de un pedazo de banano. Si algun individuo temia haber tocado víveres con las manos sucias, para evitar sus funestas consecuencias se prosternaba á las plantas de un jefe, de un rango muy superior, y tomándole un pie lo aplicaba contra su vientre. Esta ceremonia se denominaba *fata*; y cuanto mas elevado en dignidad era el jefe, tanto mayor era su eficacia, por cuyo motivo se buscaban con preferencia los jefes de la familia fata-faï. En caso de ausencia del touï-tonga, habia un vaso sagrado para este uso que causaba la misma espiacion por medio de un simple contacto. Un vaso de estaño que dejó Cook desempeñó por largo tiempo este destino importante. Solo el kava estaba ecsento de toda especie de tabou.

La ceremonia del natchi, ya descrita, llevaba consigo tal consumo de víveres, que pesaba en seguida un tabou temporal sobre ciertos alimentos, tabou que terminaba por otra ceremonia denominada *faka-lahi*. Esta ceremonia consistia en una gran parada de víveres, cerdos asados y patatas que se llevaban al malaï del rey, y que se distribuían á los eguis encargados de repartirlos entre el pueblo. La que vió Mariner constaba almenos de cuatrocientos cerdos y tres ó cuatro mil batatas.

Hay ademas otra fiesta semejante al natchi, y denominada *tao-tao*, que consiste en ofrendas á *Alo-Alo*, dios de los elementos, para inducirle á fecundar la tierra. Trábase una lucha que sirve de complemento á esta fiesta, especie de saturnales en que se confunden los rangos, y en que el mismo touï-tonga puede recibir un golpe de parte del último de los touas, sin que le sea permitido invocar su dignidad ofendida. Lo que distingue esta confusion es el buen humor de los combatientes, aun de aquellos que salen mas maltratados. Manifestar cólera contra un hombre que os ha roto un brazo ó una pierna seria un acto de debilidad. La única espiacion de este conflicto

en que se igualan los rangos, es la ceremonia del moë-moë cuando se cierra el palenque.

La ceremonia del *naudjia* es esa horrible costumbre que hace degollar un niño para alcanzar de los dioses la curacion de un jefe enfermo. El naudjia es asimismo de obligacion rigurosa cuando un jefe ha ofendido á los dioses por inadvertencia. A la muerte del touï-tonga se inmolaba antiguamente su primera mujer en un solemne naudjia, á fin de que su cuerpo fuese sepultado al propio tiempo que el de su esposo; pero Finau II hizo abolir este sacrificio. Por lo demas los naturales obedecen con repugnancia á la ceremonia del naudjia: lloran y lamentan la víctima; pero consideran necesario su sacrificio.

Las ceremonias de los funerales han sido ya descritas con ocasion de la muerte de un miembro de la familia Fata-Faï. Las del touï-tonga se celebran en una escala todavía mayor: por espacio de cuatro meses se lleva luto por el jefe relijioso. El tabou en que se incurre por haber tocado su cuerpo es de diez meses almenos, y de quince para sus mas prócsimos parientes. Durante un mes está prohibido rasurarse la barba y frotarse con aceite durante el dia. Por espacio de dos meses enteros, las mujeres del luto estacionan noche y dia cabe el faï-toka saliendo apenas para ir á comer apresuradas en las vecinas chozas.

El dia de los funerales, los habitantes en número de muchos millares, cubiertos con vestidos viejos y provistos cada uno de un *tome*, ó antorcha de madera de cocotero, y de un pedazo de *balata*, tronco de banano, vienen á sentarse á cuarenta toesas de distancia del sepulcro. Una de las mujeres del luto invita á aquellos hombres á acercarse, y se acerca. Entonces dos individuos, colocados detrás del faï-toka, tocan el bocio, y otros seis andan circularmente entre el pueblo y el faï-toka. Terminada la procesion, los espectadores rompen sus bolatas, suben al otero y arrojan los tomes y los bolatas.

Por la noche resuenan de nuevo los bocios, mientras que los corifeos cantan una especie de recitado parte en lengua hamoa, parte en un dialecto desconocido. Este es el preludio de una ceremonia estraña que se esplica con mucha dificultad. Cuando cesan de resonar los bocios, una de las mujeres del luto se sienta fuera del faï-toka y dice al pueblo: «¡O hombres! os hallais reunidos aquí para cumplir con los deberes que os han impuesto; levantaos y llenadlos completamente. Este complemento de deberes consiste en una escrecion jeneral que cubre é inficiona el sacro terromontero.

Al amanecer del dia siguiente llegan en procesion las mujeres de primer rango, las esposas y las hijas de los principales jefes, y seguidas de sus criadas, con cestas, y por medio de anchos mariscos hacen desaparecer la basura depuesta la víspera. Pocas mujeres se atreverian á dispensarse de dar este testimonio de humildad relijiosa. Este manejo dura unas catorce noches; pero el dia décimosesto se manifiestan las mismas mujeres ataviadas con mejores adornos. Su cabeza está ceñida de diademas de flores, en el brazo llevan cestas elegantes y con este traje hacen la única pantomima de las fastidiosas funciones que el dia anterior llenaban realmente. Segun los naturales, este acto, enteramente simbólico, significaba que ningun servicio era vil y asqueroso cuando se trataba del pontífice relijioso.

El *tougou-kava* es una ceremonia que se parece igualmente al luto. Consiste en deponer una rama de kava delante de una capilla ó una tumba, cuando se quiere practicar en su persona el acto del *toui*, es decir, desgarrarse ó magullarse. Estos castigos corporales no son raros ni agradables; recuerdan las maceraciones de los alfaquíes y de los joguis de la India. Toda oracion se llama *lotou*.

Los encantos y los presajios representaban un papel importante entre estos isleños. Los ensueños, los relámpagos, la accion de estornudar, el robo súbito de una arvela da márjen á augurios, y á veces á renunciar planes medio realizados. Los principales encantos son el *tatao*, que consiste en ocultar un objeto en un faï-toka para hacer morir á su propietario; el *kabe*, especie de inspiracion formulada segun ciertas reglas, y el *taniou*, en el que se da vueltas á una nuez de coco sobre sí misma para buscar un consejo en la posicion en que se detiene.

La medicina de los naturales se reduce comunmente á los encantos, á los sacrificios espiatorios, á las oraciones y á los sortilejios. Sin embargo tambien emplean ciertas infusiones de plantas como remedios internos poniendo en ellos una confianza muy limitada.

Mayores son sus progresos en el arte quirúrjico. Para ciertas enfermedades practican ciertas escarificaciones en las piernas con mariscos afilados, y llaman á esta operacion el *tafa*. El *tapa* es una especie de moxa para los tumores lentos y obstinados y se produce por la aplicacion de un pedazo de tela inflamada que caracteriza la piel y determina la supuracion. El *kaouso* es una incision practicada en el pecho para operar una salida de sangre estravenada, á veces igualmente para estraer la punta de una flecha rota. Mariner da cuenta de una de estas operaciones practicada con la mayor habilidad. Con un pedazo de bambú y una astilla de marisco, se hizo la estraccion, y el enfermo curó al cabo de seis semanas. La flecha habia entrado no obstante en el lado derecho entre la quinta y la sesta costilla á una pulgada mas abajo de la tetilla; habíase roto á tres pulgadas de la punta, y no se podia sentir su cabo sondeando la herida. El *tokolosi*, sacado de los

Vitios, es una especie de sedal pasado en el canal de la uretra, empleado en los casos de *quita* ó tétanos, frecuentes en Tonga, como una especie de revulsivo. Lo propio se aplica á las heridas del vientre y al estado de languidez en todo el sistema. Los naturales conocen por fin el *boka*, ó castracion, y el *touli-tougui*, manera de friccion que se hace con una mezcla de aceite y agua, remedio empleado en ciertos dolores. Curan felizmente las dislocaciones y las fracturas de las piernas, y combaten la oftalmia con el jugo ácido del spondias ó el zumo amargo del baulo. En las heridas por armas de fuego, dejan la llaga abierta, no solo para la estraccion de la bala, sino tambien para convertir una llaga fistular en una llaga viva mas pronta y mas fácil de curar.

En cuanto á las horribles enfermedades que apellidan el *kahi* y el *pala*, úlceras asquerosas y casi incurables, emplean para dulcificarlas la aplicacion de un jugo vejetal amargo. Pero no hay paliativo alguno para el *foua* ó elefancia, ni para el *momoko*, especie de marasmo ó de tisis.

La lengua tonga es un idioma polinesio mas rico y mas armonioso que el de los grupos orientales, y dotado asimismo de mas carácter y número. Este idioma admite igualmente todas las consonancias, y por este medio disfruta de mayor fuerza y variedad. El discurso de Finau y la historia de Tangaloa y de sus hijos arguyen la gravedad, la precision y la severidad de sus formas; pero al propio tiempo y á la simple lectura de estos retazos de la literatura tonga no puede menos de sentirse lo atrasado que se halla el estudio de ese país. La Oceania es una riquísima mina apenas descubierta, y de la que tan solo se han esflorado algunas vetas; pero ¡ quién sabe si todavía tenemos el menor conocimiento de las mas ricas!

Las producciones del archipiélago Tonga corresponden jeneralmente á las de Taiti y de Nouka-Hiva, con la sola diferencia que en la superficie de estas islas empiezan á asomar algunas plantas de las islas asiáticas que parecen no estenderse á mayor distancia por la parte del Este.

Entre las producciones vejetales deben mencionarse el *corypha umbra-culifera*, el *musœnda frondosa*, el *pandanus odoratissimus*, el *hernandia ovijera*, los *casuarinas*, diversas especies de *hibiscus* y *ficus*, *inocarpus edulis*, *abrus precatorius*, *gossypium relijiosum* entre los árboles; y el *melodinus scandens*, el *tacca pinnatifida*, *saocharum spontaneum*, etc., entre las plantas.

Prescindiendo del cerdo y del perro, que es sumamente raro, el archipiélago no contiene otro cuadrúpedo que el raton, ni otro mamífero que el pintarrojo (1). Todas las especies de aves se reducen á la tórtola, á una cotorrita muy elegante, al rascon (1), al filedon y á la arvela. Hay ademas dos ó tres especies de serpientes, y un pequeño lagarto. Los peces y los moluscos son numerosos y variados.

(1) El pintarrojo es un pájaro mas pequeño que el gorrion, y de color pardo como él. Tiene el pico corto; grueso y fuerte, por el lomo y cabeza es algo mas obscuro, pero por el vientre mas claro. El pecho es de color rosado, que, á medida que el pájaro va creciendo, es mas subido, especialmente en los machos, que le tienen mas encendido. Esta ave aprende á cantar muy bien. En Galicia llaman pintarrojo al gorrion, y se llama en francés *rousette*, y en latin *passeculus fuscus*.

(1) El rascon es una ave mayor que la codorniz, y no se conoce por otra circunstancia que porque las guia cuando están de paso, por cuyo motivo se llama tambien rey de las codornices.

CAPITULO XXIV.

ARCHIPIÉLAGO VITI.

Iba decididamente á salir de aquellos grupos polinesios cuyas costumbres son tan uniformes y tan morijeradas por el cristianismo. Una vez fuera de los canalizos de Tonga-Tabou, el *Oceánico* singló directamente hácia el archipiélago Viti donde Pendleton creía poder procurarse madera de sándalo. Desde Viti debian esplorarse sucesivamente las Nuevas Hébridas, Vanikoro, el archipiélago Salomon, la Nueva Irlanda, la Nueva Bretaña, comarcas enclavadas en aquella Melanesia salvaje en la actualidad tan poco conocida.

Este itinerario era muy bello para mí. Ávido de descubrir lo conocido, parecíame que iba á encontrar en aquellos grupos donde nos dirijíamos, emociones nuevas, mas vivas, menos previstas, menos uniformes; medí con la vista en mi mapa aquellas tierras importantes, al lado de las cuales Hawaii, Taiti, Tonga-Tabou parecen islotes microscópicos insignificantes. « ¡ Qué escursiones tan bellas vamos á hacer á estas islas! » esclamé entusiasmado. Escuchábame Pendleton contemplándome con su sonrisa irónica y fina. « Sí, me respondió, bellas escursiones por cierto, y sobretodo muy largas, porque pocos son los que han vuelto de ellas. Con todo, esta vez, mi querido pasajero, irá solo. Nadie de cuantos se hallan á bordo del *Oceánico* tiene la fantasía de haber servido en carbonada á alguna majestad vitia. En todas estas islas se comen á los curiosos, lo cual retrae á los mas inclinados á este pecado. — ¡ Qué! ¿ni siquiera se desembarca en la costa? — Lo menos posible, porque el peligro siempre es grande. No se encuentran en estos grupos razas semejantes á las que acabamos de dejar, pérfidas á veces, ambiciosas, móviles, merodeadoras, pero almenos sociables y medio hospitalarias. No verá Vd. mas isleños instarle á visitar la orilla, asistir á sus banquetes, á sus ceremonias y á sus fiestas; salvajes habla-

dores y comunicativos enseñándolo todo al estranjero, las casas y los moraïs, las habitaciones privadas y los santuarios relijiosos. Todo esto ha desaparecido para nosotros, y casi no lo encontrará Vd. mas que en la Nueva Zelandia. Aquí nada de eso; hombres por el contrario casi en el estado de brutos, crueles, feroces, huyendo de los Europeos y buscándolos solamente para asesinarlos. Tales son los caractéres jenerales de las pueblas melanesias. No puede Vd. imajinarse el grado de barbarie y de abyeccion en que se mantienen todavía, el odio irreconciliable que profesan á toda especie de civilizacion, la horrible anarquía que los devora y consume. Los Boshismen del África, los Bedahs de Ceylan, los Negritos de Manila no les son muy inferiores en la escala de las razas. ¡Ya verá Vd.! Desde que estas tierras han sido reconocidas, desde Tasman que las descubrió á mediados del siglo XVI ¡cuán pocos navegantes han osado cruzar en estos parajes! ¡cuán cortas, imperfectas y truncadas son sus relaciones! Es verdad que habia poco que observar; porque la fisiolojía del hombre salvaje no ofrece nada de variado ni notable; pero aun cuando la materia se hubiese prestado mas á su conocimiento; ¿cómo recojer nociones ecsactas sobre tierras tan insociables? Los mas atrevidos esploradores, los mas perseverantes, todos se han estrellado contra el mismo escollo. Cook no pudo desembarcar en las Nuevas Hébridas sino valiéndose del cañon. Carteret en Santa Cruz, Bougainville en las islas Salomon, y recientemente el capitan Morrell, han aprendido con duras esperiencias á reconocer la intratable ferocidad de estas razas. Podrán destruirse, pero no civilizarse. El tipo bronceado ya pulido á la manera de nuestras armas europeas, conquistará un dia estas tierras y absorverá gradualmente el tipo negro. Pero hasta entonces habrá imprudencia gratuita y peligro sin compensacion en aventurarse en el interior de las islas melanesias. Por mi parte, siempre las he reconocido á la vela, procurando realizar de esta suerte algunos trueques, pero evitando comprometer á mi tripulacion en frecuentes y directas comunicaciones.»

Así iba destruyendo Pendleton sin compasion uno de mis ensueños y limitando en un reconocimiento prudente y sabio el itinerario que de antemano habia sembrado ya de aventuras y de catástofres. ¡No importa! Aguardaba todavía que el azar, ese dios mas grande que los cálculos humanos, frustraria las previsiones de mi digno capitan, y no veía en la dificultad de la empresa mas que una nueva razon para desearla mas.

Entretanto el *Oceánico* iba ganando camino al través de estos obstáculos y deseos, salvando en treinta y seis horas el espacio que separa las islas Tonga de las islas Viti. A 27 de mayo por la mañana, dejámos á gran distancia por babor las bajas tierras de la isla Batoa, y dímos en el canalizo que separa las islas Ong-Hea y Boulang-Ha, tierras de mediana elevacion, al parecer inhabitadas y cubiertas de bosques hasta la orilla. Continuando nuestro derrotero al N. N. O., dejámos sucesivamente á la derecha Ang-Hasa, Namouka, Komo, Holo-Roua; y á la izquierda Marambo, Kambara, Wangara y Taboune-Siki. Finalmente el 28 por la tarde nos pusímos en facha á sotavento, y á una media legua de Laguemba donde Pendleton queria tomar uno ó dos pilotos para dirijirse á Vanoua-Lebou, en la bahía de la madera de sándalo. Nuestra súbita salida de Pangaï-Modou habia impedido á dos marinos tongas prácticos en aquellos parajes, venir á bordo para guiarnos con las luces de su esperiencia. Era preciso emplear pues naturales vitios, menos intelijentes y mas pérfidos. Toda la habilidad de un capitan europeo no seria parte para sacarle del laberinto de corales que separa las dos grandes islas de este archipiélago, Vanoua-Lebou y Viti-Levou.

No bien se halló el *Oceánico* á vista de Laguemba, cuando le atracaron tres piraguas semejantes á las de Tonga, aunque mas pequeñas, mas elegantes y maniobradas con menos habilidad. Sus tripulaciones se componian la mitad de Tongas, y la otra mitad de Vitios, lo cual hacia resaltar la diferencia de tipos de un modo mucho mas notable todavía. Aunque prevenido por las revelaciones de Pendleton, no pude menos de considerar aquellos hombres con una sorpresa desagradable. Su tinte de hollin, sus miembros cenceños, su pelo desmarañado, sus facciones feroces y desagradables, su rostro chato, sus ojos tiernos, todo contrastaba con la fisonomía regular, franca y casi noble de los naturales polinesios. Unos y otros subieron á bordo, y al anunciar las primeras palabras reconocímos fácilmente que la lengua se habia cambiado á la par del aspecto físico. El mismo Pendleton, apesar de ser muy buen humanista, no comprendia una palabra del dialecto vitio; por manera que sin la obsequiosa asistencia de los intérpretes tongas, hubiera sido absolutamente imposible podernos entender. Por otra parte, no tardó en presentarse en la cubierta del *Oceánico* un nuevo ausiliar: era un hombre mas blanco que los que le rodeaban, con facciones y maneras que le distinguian de aquella horda salvaje. Presentándose en una pequeña piragua, encaramóse rápidamente por la escala, postróse á las plantas de Pendleton, y en medio de profundos suspiros que cortaban sus palabras, dijo en español: «Señor capitan, en nombre de la Vírjen y de los santos, salvadme de las manos de esas pueblas; soy un blanco, un cristiano como vos. Dios os recompensará vuestros beneficios en este mundo ó en el otro. —Bien, bien, respon-

dió Pendleton levantándole ; ¿ quién sois y de qué país ? » El pobre diablo se tranquilizó y contó su historia.

Era este de Manila llamado Hernando , que habia venido á las islas Viti siete ú ocho años antes á bordo del buque español *la Concepcion*. Sobrevino un naufrajio en los canalizos que separan las dos grandes islas , que le arrojó con cuarenta de sus compatriotas á aquella costa inhospitalaria. Una parte de la tripulacion se ahogó y fué comida por los canibales ; el resto vivió disperso entre las diversas tribus de la isla. Los jefes habian creado con ellos una especie de guardia de honor ó estado mayor de mosqueteros ; por cuyo título gozaban de ciertos privilejios y no podian quejarse de su posicion. Únicamente cuando estallaban las hostilidades entre los reyezuelos vitios , corrian como los demás el riesgo de los prisioneros de guerra , esto es, de ser tostados y comidos, cuyo fin atroz habia sido el de la mayor parte de ellos. Hernando se habia escapado como por milagro. « Sin embargo cuatro de mis compañeros de infortunio , añadia el Español , han sido recojidos hace poco delante Laguemba por un buque que llevaba pabellon blanco. Así me lo ha dicho Touraboua-Nakoro , sobrino del grande Orivo , jefe de Imbao , mi patron y mi amo. Apenas tuve conocimiento de los pormenores de esta afortunada libertad , me puse á acechar todas las ocasiones , y he venido á Laguemba aguardando por espacio de seis meses que algun buque europeo cruzase en estos parajes. Cuando os apercibí , hízose sentir en mí el aguijon de la libertad , y conjuré á un jefe que me condujese á bordo como intérprete prometiéndole hacerle obtener algunos dones. Por la Vírjen y los santos os suplico no me rechazeis ; sacadme de un infierno donde tarde ó temprano seria devorado por estos demonios. — Pendleton tranquilizó á aquel hombre y consintió en recibirle á bordo. Familiar en la lengua vitia , Hernando podia servir de intérprete para la compra de la madera de sándalo , de suerte que el interés se hermanaba con la utilidad. Pagóse al jefe de la piragua una especie de rescate que consistia en un hacha y un poco de pólvora, mediante cuyas dádivas se vió libre el Español. Entonces dió libre curso á su espansion para manifestar su gratitud. Con dificultad podian contenerse sus lágrimas , pero aun fué mas dificil acertar el ímpetu de su júbilo. Por último se calmó este desfogue, y para hacerse útil desde el primer dia escojió Hernando entre los naturales los dos pilotos mas hábiles que prometieron guiar el sloop hácia Vanoua-Lebou. Tomadas estas disposiciones , nos pareció la isla de una grande elevacion , fértil y cubierta de una vejetacion admirable. Los techos de algunas grandes chozas despuntaban sobre frondosos árboles cerrados hasta la playa ; por la parte del S. ecsistia un cinto de terribles rompientes que parecia hacerla inaccesible , aunque Hernando nos aseguraba que ofrecia un paso libre á las piraguas y á las embarcaciones de menor porte.

En cuanto se perdió de vista Laguemba, el *Oceánico* dejó á su derecha Niahou , Dzizia y Batou-Bara , islas de mediana estension , pero bien arboladas y bastante elevadas. La última era sobretodo muy notable por una encumbrada roca que dominaba su centro. Cortada en sus diversos grados , y llana en su cima como una mesa , afectaba aquella roca las formas de un diamante. Merced á aquel caprichoso apéndice , este islote se distingue desde muy lejos , y es un escelente reconocimiento para las embarcaciones.

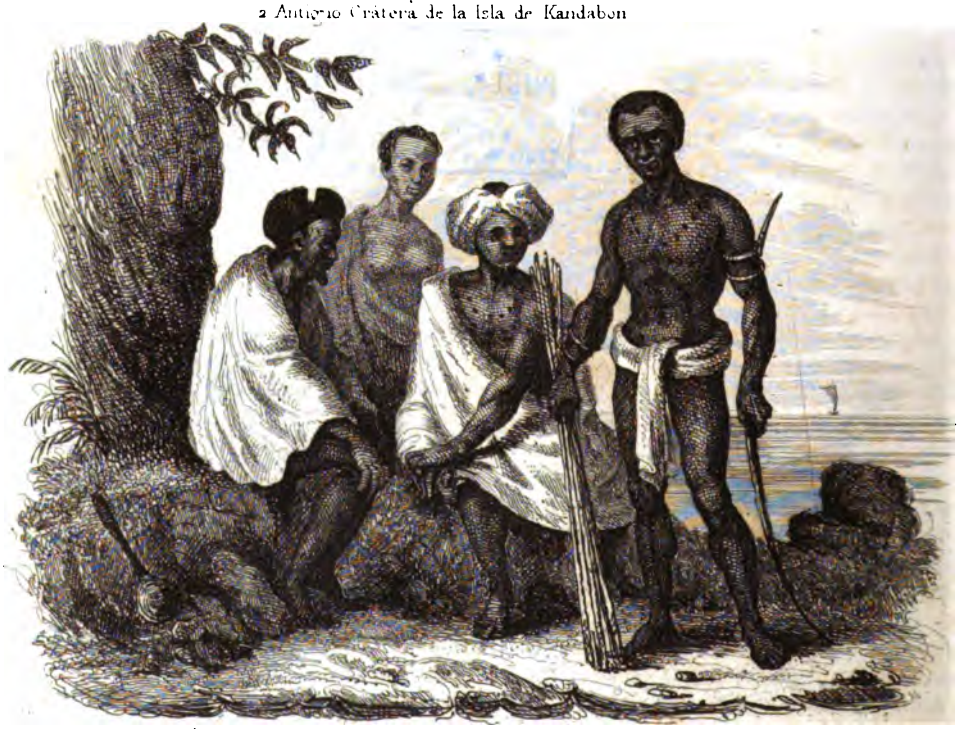
Entretanto nos íbamos acercando á inmensas cadenas de arrecifes que casi unen Vanoua-Lebou á Viti-Lebou. Ya empezaba á despuntar en el horizonte la cima de la encumbrada isla de Koro que señala la entrada de tan peligrosos canalizos, y Pendleton iba á llevar el rumbo hácia Vouhia, en la bahía de la madera de sándalo (sandal's bay), cuando la brisa , que hasta entonces se habia mantenido al S. E. , pasó de golpe al N. por violentas é incómodas ráfagas. Persistió el capitan en su proyecto sosteniendo por espacio de dos dias el ímpetu de varios chubascos cargados de lluvia y haciendo frente á unas noches obscuras y borrascosas , apesar de un mar proceloso. En aquellos parajes , sembrados de escollos mal conocidos , en medio de corrientes que frustran los cálculos mas ecsactos , el *Oceánico* corria grandes riesgos de perderse. Por un momento se halló á algunas brazas de distancia de los peligrosos islotes de Nougou-Tolou , cuando se creía á muchas millas en el O. Finalmente , como el tiempo no mejoraba , Pendleton cambió su itinerario , y como el camino por el N. era imposible , proyectó doblar el archipiélago por el S. Los dos pilotos que tenia á bordo eran ya inútiles ; así que resolvió dejarlos en Mouala , donde estarian seguros , y guardar solamente á bordo el náufrago español. Al instante se dieron las órdenes competentes , y se abandonó un crucero sobrado peligroso para recobrar una navegacion mas fácil. Todo cuanto gané en aquella lucha de dos dias contra las olas y el viento , fué haber distinguido á lo lejos encumbrados picachos que parecian pertenecer los unos á Vanoua-Lebou , los otros á la grande isla de Tabe-Ouni , delante de la que surjió el valeroso Tasman , descubridor del grupo. Recientemente era la sola parte conocida.

Las altas cumbres de Naho acababan de quedarnos á la izquierda , y nos acercábamos á Mouala, cuando el vijia señaló en la proa del buque una piragua que tan pronto se elevaba en la cresta de las olas , como se hundia en lo profundo de su abismo. Como se aproximaba al *Oceánico*, uno de nuestros pilotos , que hasta entonces habia conservado un aire inquieto y receloso, prorum-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

2. Vista de l'Isle Kandabon.

2 Antiguo Cráterá de la Isla de Kandabon



3. Habitans de l'Isle Levu.

3 Moradores de Viti Levu.

pió súbitamente en un grito de alegría. « Acabo de reconocer unos amigos, nos dijo Hernando, libre del temor de caer en manos de una tribu hostil. » En efecto la piragua pertenecia á Mouala y parecia dirijirse á Imbao. A medida que se aminoraba la distancia, podia distinguirse la tripulacion de aquel frájil esquife y su patron que se hallaba de pie en la popa. Todos se llamaron y se reconocieron. El jefe vitio no era nada menos que el sobrino del poderoso Orivo, jefe de Imbao, el mismo Toumboua-Nakoro que el capitan d'Urville recojió á su bordo, y que durante algunos dias fué pasajero del *Astrolabio*. Toumboua-Nakoro fué para nosotros lo que habia sido para Mr. d'Urville, un hombre mucho mas distinguido que ninguno de su raza. Durante una hora que pasó á bordo, conservó un talante comedido, una gravedad noble y natural; sus maneras y sus discursos no desmentian su fisonomía intelijente. La pobreza del traje parecia dar mayor realce á sus modales afables y sus formas de aristócrata vitio; Toumboua-Nakoro no llevaba mas que una chaqueta de marinero bastante rayada, y un maro que le dejaba desnudo casi todo el cuerpo (Pl. XI. — 4).

Hallándose Toumboua-Nakoro á bordo del *Oceánico*, se abocó con el capitan. Dijo que acababa de percibir en Mouala los tributos debidos á su tio Orivo, y que á la sazon se dirijia á Nabo. Preguntado por aquella isla y otras tierras del archipiélago, dió algunas noticias bastante confusas, habló de su permanencia anterior en un buque cuyo pabellon era blanco (*el Astrolabio* sin duda), y se mostró muy dispuesto á satisfacer nuestras menores ecsijencias. Desde la primera declaracion de Pendleton se encargó con mucho gusto de los dos pilotos vitios tomados en Laguemba, individuos de su tribu, á quienes conocia á fondo. Uno de ellos sobretodo pertenecia á una familia distinguida, y su ausencia de su patria por espacio de mas tiempo espondria sus mujeres á ser inmoladas al cabo de cierta dilacion. Cuando se hallase en Imbao, seria fácil hacerlos pasar á Laguemba, ó almenos participar á su familia que no habian muerto, y que pronto iban á regresar. Despues de esta conversacion, los dos pasajeros bajaron á la piragua; y Toumboua-Nakoro continuó su camino satisfecho con algunos presentes que habia recibido. En el acto de concluir este episodio, se hallaba *el Oceánico* á corta distancia de Mouala. Esta isla, vista de lejos, nos pareció una tierra fecunda y risueña, cuyas playas ostentaban un verde ribete de cocoteros. Un ancho rompiente que la reviste en su parte occidental debia sin duda ofrecer algun buen fondeadero, si es que ecsistan canalizos entre sus corales.

Habiendo la brisa pasado al S. E., no pudimos llevar mas lejos aquel reconocimiento á la vela. Desde luego vió el sloop perderse en el horizonte los picos de Totoua y Motogou; al poner del sol desapareció Mouala, y al dia siguiente se presentaba de nuevo otra tierra delante nuestras serviolas: era Kandabon, isla mucho mas considerable que las precedentes, pero tan montañosa, que parece imposible que esté muy habitada. Hácia la punta S. O. se elevaba un majestuoso pico de flancos abruptos y de cima roma. Aquel cono, de unas 600 toesas de elevacion, estaba cubierto de vejetacion hasta la cumbre; y por acá y acullá, en el seno de abiertos barrancos, aparecian deliciosos vallecillos tapizados de cocoteros, de bananos y de otros árboles frutales. (Pl. XII. — 2).

Desde Kandabon nos dirijimos á Vatou-Lele, evitando los arrecifes que circundan la isla, y cuyo reciente descubrimiento pertenece al capitan d'Urville. El *Oceánico* costeó la orilla occidental de aquella tierra á dos millas de distancia desde donde Vatou-Lele parecia fértil y populosa. Habian acudido á la playa millares de isleños brincando á vista del sloop y siguiendo sus evoluciones con infatigable serenidad.

Finalmente, despues de aquel largo tanteo en el archipiélago vitio, al amanecer del 4 de junio nos hallábamos á menos de dos leguas de la grande isla de Viti-Lebou. Despues de Hawaii ninguna tierra tan importante habia llamado mi atencion. Viti-Lebou con sus terraplenes escalonados desde la playa hasta sus picos interiores, Viti-Lebou, reverdeciente, deliciosa, cubierta de frutos y de flores, ofrecia un aspecto mas risueño que la volcánica Hawaii con sus grietas y su superficie desigual. Por lo demas ese aspecto lejano que previene tanto en favor de aquella isla vitia es el único dato jeográfico que sobre ella se tiene. El mismo *Astrolabio* que reconoció este archipiélago mejor que cuantas embarcaciones lo hicieran hasta entónces, y que dió á conocer su situacion por muchos descubrimientos jeográficos, no se atrevió á desembarcar ningun individuo en Viti-Lebou. No cabe duda que los resultados hubieran guardado proporcion con el riesgo corrido en semejante empresa.

Pendleton no cometió una imprudencia pueril. Sorprendido por la calma á tres millas S. O. de Viti-Lebou, se puso en facha convencido de que las piraguas le visitarian á cierta distancia. Efectivamente, en breve vimos destacarse de la playa cinco ó seis, en una de las cuales, mucho mas grande que las otras, se veian treinta naturales con un hombre sentado en la popa, que por sus maneras y su palabra llena de autoridad, fué fácil reconocer por un jefe supremo. La tripulacion de su piragua y la de las piraguas inmediatas obedecian á sus menores señales con una deferencia sin igual. Cuando las embarcaciones estuvieron al punto de abordar al sloop, hubo un instante de

confusion en su maniobra, que dió campo á un tumulto y á algunos altercados. El jefe no tuvo que pronunciar mas que una sola palabra, y todo cesó.

Entretanto Pendleton despues de algunas medidas de seguridad y prudencia, acababa de presentarse en la lid con nuestro nuevo intérprete Hernando. Entabláronse conferencias, y satisfecho de poder hacerse comprender, pidió el favor de subir á bordo. Apenas hubo consentido Pendleton en la demanda, subió por la escala con una confianza y un aplomo indecibles, saludó á su manera al capitan y á los oficiales, y fué á sentarse con gravedad en el filarete. Decia que desde aquella elevada posicion podia observarse cuanto pasaba en las piraguas y mantener en ellas el órden conveniente. En efecto habiendo sobrevenido muchas contiendas, apaciguólas con una sola palabra ó jesto, dándonos una alta idea de la autoridad y del influjo de que gozaba entre los suyos. Habiéndose entablado la conversacion, en breve pudímos saber quien era.

Llamábase Ounong-Lebou, y mandaba una tribu de Nanrong-Ha. Su estatura, que alcanzaba á los cinco pies nueve pulgadas, sus formas regulares, su semblante verdaderamente hermoso, apesar de su color fulijinoso, su aire tranquilo, digno, afectuoso, todo hacia de él un hombre distinguido, un hombre *cual se debe ser* entre los canibales de Viti. En esta ocasion como en otras muchas se echa de ver que la aristocracia oceánica provenia de las familias mas aventajadas en su aspecto físico y moral. Los individuos mas gallardos y mas intelijentes mandaban á los otros, se casaban entre sí, y perpetuaban en su familia la doble superioridad de naturaleza y de posicion. Ounong-Lebou nos cautivó á todos: aceptó con reserva y dignidad lo que se le ofrecia, pero no pidió nada ni directa ni indirectamente. Las piraguas que se habian acercado al buque contenian muy pocas provisiones, y Ounong-Lebou parecia desesperado de este contratiempo por no poder mostrarse con nosotros tan grande y tan jeneroso como deseaba. Así que, en el acto de despedirse instó vivamente al capitan paraque consintiese fondear delante su aldea en la que, segun él, habia muchos objetos escelentes, y sobretodo *mujeres hermosas*, circunstancia que indicó por un jesto muy significativo. Pero viendo que Pendleton desconfiaba un poco de aquellas sirenas y de su corredor, añadió Ounong-Lebou que si el sloop preferia quedarse á alguna distancia durante la noche, las piraguas regresarian al dia siguiente muy de mañana cargadas de cerdos y frutos. « Si la calma se prolonga, respondió Pendleton, me encontrareis; mas si se levanta la brisa, la aprovecharé para continuar mi derrotero.»

Durante aquella entrevista pudímos proseguir nuestras observaciones fisiolójicas. Entre aquellos naturales de Viti-Levou, se echaba de ver el tipo melanesio en todos sus caractéres. El rostro chato, la nariz remangada, los labios gruesos, los carrillos prominentes, el pelo crespo, la tez bronceada ó negra constituyen sus rasgos principales. En los sujetos que vímos, el lóbulo de la oreja estaba abierto con un agujero dilatado escesivamente; llevaban collares y brazaletes de mariscos; sus armas consistian en arcos, flechas, lanzas y sobre todo en pequeñas macanas de una madera muy suave, de doce á diez y ocho pulgadas de largo, provistas de un boton redondo muy pesado y guarnecidas algunas veces de dientes humanos. Esta arma peligrosa y temible la llevaban pendiente de su cintura. Entre los utensilios de que se servian en sus piraguas observámos algun vidriado grosero de una fabricacion indudablemente indíjena. Esta industria debió de ser importada por los pueblos del O., porque los Polinesios, que son mas civilizados, y los mismos Tongas la ignoraban absolutamente.

Aunque entre los sujetos que nos visitaron habia algunos atacados de una especie de lepra, aquellos Vitios no eran demasiado desaseados. Altos y bastante bien formados, llevaban el pelo arreglado con esmero, crespo, untado con pomada y empolvado de blanco, encarnado, gris ó negro, segun el capricho de cada uno (Pl. XII. — 3). Toumboua-Nakoro, el jefe de Imbao, ofrecia una circunstancia particular, y es que los dos lados de su cabellera eran de un hermoso negro, al paso que por la parte posterior tenia un color encarnado sombrío que le comunicaba un aire sobrepuesto. El traje jeneral de los isleños de Viti-Lebou se reducia á un ancho pedazo de tela que afectaba la misma forma que el maro. Vímos sin embargo algunos que llevaban piezas de tela de una fabricacion semejante á la de Tonga. En las permutas pedian ante todo pólvora y fusiles, y no ocultaban el uso que querian hacer de ellos: « matar á nuestros enemigos, decian, y regalarnos con su carne, esto es lo que queremos. »

Las relaciones que tuvímos con los habitantes de Viti-Lebou fueron muy tranquilas. En los mercados se mostraron íntegros, afables, honrados y obsequiosos. Respondian á nuestras preguntas del modo mas categórico que les era posible, aunque á veces embarazados por entrar en un órden de ideas que les era estraño. Por ellos supímos que el pueblo de Nanrong-Ha estaba á la sazon en guerra con el de Imbao, y el mismo Ounong-Lebou nos declaró que Toumboua-Nakoua era un perverso, *Tanata-Tza*, aunque convino que habia acojido y obsequiado á los *Papa-Languis* (blancos) que habian naufragado en las costas de su provincia.

A las diez de la noche la brisa pasó al S. E., y aunque nos complacíamos en nuestras comunicaciones con los Vitios, el *Oceánica* violó su pa-

labra orientando sus velas y haciéndose mar adentro. Al amanecer del 5 de junio descubríamos la cadena de las islas Malolo, Bitonha y Bivoua, que forman el límite occidental del archipiélago Viti. Pendleton habia renunciado al proyecto de procurarse madera de sándalo en el archipiélago; el viento, la ocasion y las noticias obtenidas de Ounong-Lebou, todo le habia disuadido. En consecuencia fijó la derrota del sloop al S. E. para alcanzar la parte meridional de las Nuevas Hébridas.

CAPITULO XXV.

ARCHIPIÉLAGO VITI. — JEOGRAFÍA.

El archipiélago Viti está comprendido entre los 16° y los 20° lat. S. y entre los 174° y los 179° lonj. E. del meridiano de Paris, y abraza una estension de cien leguas de N. á S. sobre noventa de E. á O. Este archipiélago se compone de dos islas grandes, otras dos mas pequeñas, otras quince, á poca diferencia, de mediana estension, y un número incalculable de islotes, escollos y arrecifes. Aunque las recientes empresas del capitan d'Urville han adelantado considerablemente el reconocimiento de todas estas tierras, no cabe duda que en su mayor parte tenemos que ceñirnos á noticias harto incompletas; por manera que todos los datos jeográficos que tenemos acerca de estas islas, se reduce al estado siguiente:

Las dos islas mas considerables del archipiélago Viti son Viti-Lebou y Vanoua-Lebou.

Viti-lebou, la mayor y la mas importante, tiene setenta millas de E. á O., y cerca de sesenta de N. á S. Sus tierras están felizmente interrumpidas por la necesaria desigualdad, y todas las circunstancias que en sí encierran, manifiestan que deben de ser muy fértiles. Si hemos de dar crédito á Dillon, Viti-Lebou se divide en cuatro distritos, á saber: Reva, Taouzara, Breta é Imbao. Este último es el mas importante de todos, ocupa la parte oriental de la isla, y su jefe Orivo, que ha tomado el título de *Abouni-Valou*, ha hecho tributarias la mayor parte de las islas orientales. La poblacion de Viti-Lebou, segun el mismo Dillon, asciende á cien mil habitantes, cuya mitad pertenecen á la provincia de Imbao. Los límites jeográficos de la isla son al Sur: 18° 16' lat. S.; al Este, 177° 12' lonj. E.; al Oeste 174° 46' lonj. E. La situacion de la costa N. no ha sido todavía fijada con ecsactitud.

Vanoua-Lebou, que parece casi tan considerable como Viti-Lebou, es aun muy poco conocida, y si ha de darse crédito á las noticias vulgares, se divide en los distritos de Pao, Dagon-Robe, Taka-Nova y Boua, en el que se encuentra la bahía *Sandal-Wood*, de seguro fondeadero, pero de un acceso sumamente difícil. Cada distrito reconoce la soberanía de un jefe diferente que se hacen mutuamente una guerra mortal y encarnizada. Hubo un tiempo que abundaba en esta isla la madera de sándalo, especialmente en la costa occidental. A principios del presente siglo un gran número de aventureros españoles, americanos é ingleses encontraron en ella cargamentos magníficos; pero parece que desde entonces, sus escelentes árboles se han ido haciendo mas raros y mas difíciles de procurarse. Segun el cálculo de Krusenstern, Vanoua-Lebou tiene un ámbito de cincuenta leguas, y se estiende desde los 16° 18' hasta los 17° lat. S., y desde los 176° 4' hasta los 175° 12' lonj. E.; pero todos estos datos son todavía sumamente hipotéticos.

Las dos islas que acabamos de describir están separadas por un canal de doce ó quince leguas de ancho, paso verdaderamente peligroso, poco frecuentado y sembrado de rompientes en toda su lonjitud. Viti-Lebou y *Kandabon* están igualmente separadas por otro canal de la misma estension con poca diferencia. Kandabon, cuya situacion ha sido fijada por las empresas del *Astrolabio*, es una isla elevada, montuosa y terminada por el lado del S. O. por un pico de una elevacion considerable. Su estension es de unas treinta millas de lonjitud del E. N. E. al O. S. O. sobre una anchura variable de cuatro á nueve millas, y, segun Toumboua-Nakoro, contiene una poblacion de diez mil habitantes, número al parecer algo ecsajerado. El pico del O. está situado á los 19° 6' lat. S. y á los 175° 30' lonj. E.

Tales son las tres islas capitales del archipiélago Viti. Por lo que respecta á las demas, vamos á trazar una rápida nomenclatura de ellas, empezando por el S. y el E. y continuando hácia el N. y el O.

I. Ono, descubierta en 1819 por el Ruso Belinghausen. Esta isla es alta y poblada; su ámbito es de quince leguas; por el lado del S. O. tiene un banco de coral y dos isletas inhabitadas de una legua de circumferencia, y su rumbo está situado á los 29° 39' lat. S. y á los 178° 55' lonj. E.

Batoa, descubierta en 1773 por Cook, que le aplicó el nombre de isla *Tortuga*, á causa del gran número de estos animales que vió en ella, y reconocida en 1793 por d'Entrecasteaux, y en 1827 por d'Urville. Es poco elevada; su poblacion nada considerable, y su ámbito de unas cuatro ó cinco millas, con un arrecife que se estiende hasta dos millas de distancia de la costa. Cuando el capitan Cook desembarcó en ella, todos los naturales se fugaron al interior. Hace seis ó siete años que se perdió en aquellos arrecifes un buque americano, y los naturales transportaron una de sus áncoras hasta Laguemba. Esta isla es-

tá situada á los 19° 48' lat. S. y á los 179° 21' lonj. E. A cuatro ó cinco millas S. O. de esta isla corre un peligroso arrecife de cuatro á cinco leguas de circuito, y salpicado de puntas de coral, en forma de capiteles, que se remontan á veces á quince pies de elevacion sobre el nivel del mar.

Onghea-Lemou, descubierta de lejos por Wilson en 1797, y vista de cerca por d'Urville en 1827. Es una tierra alta y muy montuosa; su ámbito es de seis á siete millas junto con otra isla de igual elevacion, pero mas pequeña, llamada Ong-Hea-Riki, y dos islotes de arena, Nougou-Chonghia. El todo está rodeado de un arrecife comun, y sus moradores fueron pasados á cuchillo por los Tongas que han hecho de este grupo una especie de factoría para sus operaciones. La corcaillа de esta isla está situada á los 19° 9' lat. S. y á los 179° 20' lonj. E.

Boulang-Ha parece haber sido descubierta por los buques *Harrington* y *Elisabeth*, que la denominaron sin razon *Laguemba*. Fué vista de lejos por Wilson en 1797, y ecsactamente reconocida por d'Urville en 1827. Esta isla es alta, selvosa, de agradable aspecto y de seis millas de largo de N. N. O. á S. S. E. y de tres de ancho, con un rompiente que la rodea. Su poblacion se calcula en ochenta habitantes, y su cima está situada á los 19° 8' lat. S. y á los 179° 1' lonj. E.

I. Ang-Hasa, vistas por Bligh en 1789, vueltas á ver en 1797 y reconocidas en 1827 por d'Urville. El grupo se compone de tres ó cuatro isletas altas é inhabitadas; la principal solo tiene tres ó cuatro millas de circuito, y está situada á los 18° 57' lat. S. y á los 179° 7' lonj. E.

Namouka, descubierta por Bligh en 1789, vista de nuevo por Wilson en 1797 que la llamó *Neat's Tongue*, y reconocida por d'Urville en 1827. Es una isla elevada, de cuatro millas de E. á O., sobre una de ancho y rodeada de un espacioso arrecife. Antiguamente estaba muy poblada, pero en la actualidad solo contiene un centenar de habitantes por razon de las frecuentes guerras sostenidas con Imbao y Laguemba, que han diezmado sus moradores. Es fértil en cerdos y en batatas, y su punta O. está situada á los 18° 53' lat. S. y á los 178° 55' lonj. E.

Marambo, reconocida por d'Urville en 1827. Es una isleta elevada, nemorosa é inhabitada, de tres á cuatro millas de circumferencia, y está situada á los 19° 1' lat. S. y á los 178° 48' lonj. E.

Kambara, reconocida por d'Urville en 1827. Esta isla es alta, y su circuito es de nueve á diez millas. Es el *Apolo* de Krusenstern, descubierta, segun él, por los buques *Harrington* y *Elisabeth*. Su poblacion se calcula en unos cien habitantes, vasallos del rey de Laguemba, que se dedican á la pesca de las tortugas ó á la fabricacion de lanzas y piraguas. Su cima está situada á los 18° 58' lat. S. y á los 178° 34' lonj. E.

Wangara, reconocida por d'Urville en 1827. Es una isla alta é inhabitada, de dos millas y media de estension del N. N. E. al S. S. O. Es la isla *Foocaffa* del mapa de Krusenstern, y su punta N. está situada á los 18° 53' lat. S. y á los 178° 43' lonj. E.

Moze, descubierta por Bligh en 1789, vista en 1797 por Wilson, que la denominó *isla Peligro*, y reconocida por d'Urville en 1827. Esta isla es alta, de unas diez millas de circuito, y rodeada de un rompiente. Por lo comun se le asignan unos cien habitantes. En un anchuroso rompiente, situado al E. de esta isla, se perdió el buque *el Argos*, y el capitan Wilson solo pudo salvarse despues de haber corrido grandes peligros. Está situada á los 18° 41' lat. S. y á los 179° 5' lonj. E.

Komo, descubierta por Bligh en 1789 y reconocida por d'Urville en 1827. Esta isla es alta, su ámbito de tres á cuatro millas, y su poblacion se compone de unos cuarenta habitantes. Está situada á los 18° 44' lat. S. y á los 178° 58' lonj. E.

Holo-Roua, descubierta por Bligh en 1789 y vista de nuevo por d'Urville en 1827. Es una isleta alta é inhabitada y está situada á los 18° 40' lat. S. y á los 178° 51' lonj. E.

Emoua, vista de lejos por Wilson en 1797, y reconocida tambien de lejos por d'Urville en 1827. Esta isla es alta é inhabitada, pero su estension no ha sido determinada todavía con ecsactitud. Su cima está situada á los 18° 19' lat. S. y á los 178° 56' lonj. E.

Laguemba, descubierta, segun Krusenstern, por los buques *Harrington* y *Elisabeth*, que la llamaron equivocadamente Atacombo, y reconocida de cerca por d'Urville en 1827. Esta isla es alta, de un aspecto agradable, de cinco millas almenos de E. á O., y rodeada de rompientes que se estienden mar adentro por la parte del E. Su poblacion se calcula en mil habitantes. El rey de Laguemba percibe los tributos de todas las islas situadas al S., pero es tributaria de Imbao. Su cima está situada á los 18° 12' lat. S. y á los 177° 47' lonj. E.

Taboure-Siki, la *Tobooracelly* del mapa de Krusenstern, reconocida por d'Urville en 1827. Es una isleta inhabitada, de dos ó tres millas de circuito, y está situada á los 18° 46' lat. S. y á los 178° 33' lonj. E.

Banoue-Batou, *Vanoo-Vadoo* en el mapa de Krusenstern, reconocida por d'Urville en 1827. Es una isla alta, su ámbito de cuatro á cinco millas, su poblacion de cincuenta habitantes, y está situada á los 18° 22' lat. S. y á los 178° 20' lonj. E.

Neaou, reconocida por d'Urville en 1827, y llamada *OEdida* en el mapa de Krusenstern, por confusion con la siguiente. Es una isla alta, de

siete á ocho millas de circuito, poblada de unos cien isleños, y situada á los 17° 59' lat. S. y á los 178° 31' lonj. E.

Dzizia, la Favorita del mapa de Krusenstern, reconocida por d'Urville en 1827. Es una isla alta, de nueve ó diez millas de circuito, con un millar de habitantes, y su punta S. O. está situada á los 17° 46' lat. S. y á los 178° 14' lonj. E.

Batou-Bara, reconocida por d'Urville en 1827, podria muy bien ser la isla Haweis de Wilson, vista en 1797. Es una isla muy alta, de tres ó cuatro millas á lo mas de circuito, habitada, y está situada á los 17° 25' lat. S. y á los 178 lonj. E.

Azata, descubierta en 1797 por Wilson, que la denominó *Hamilton*, y reconocida por d'Urville en 1827. Es una isla muy alta, poblada, de seis millas de circumferencia, y su cumbre está situada á los 17° 15' lat. S. y á los 178° 3' lonj. E.

Al O. S. O. de Azata hay tres islotes selvosos é inhabitados, llamados Nougou-Tolon, que despuntan sobre un arrecife de tres millas de estension.

Mango, descubierta en 1787 por Wilson, que la apellidó isla *Cox*, y vista de lejos por d'Urville en 1827. Es una isla muy alta, de cuatro á cinco millas de circuito, poblada por cuatrocientos habitantes, y situada á los 17° 24' lat. S. y á los 178° 18' lonj. E.

Kanazea, descubierta en 1797 por Wilson, que la llamó isla *Sins*, y vista de lejos por d'Urville en 1827. Es una isla alta, de tres á cuatro millas de circuito, tiene cien habitantes, y está situada á los 17° 17' lat. S. y á los 178° 18' lonj. E.

I. Hadows, descubierta por Wilson en 1797. Es una isla alta, de dos ó tres millas de estension de N. á S., sin duda la *Mounia* de los naturales, poblada con ochenta habitantes, y situada á los 17° 16' lat. S., y á los 178° 30' lonj. E.

I. Scott, descubierta por Wilson en 1797. Es una isla altá, de diez á doce millas de circumferencia; probablemente la *Banouan-Balabou* de los naturales. Cuenta una poblacion de dos mil habitantes, y está situada á los 17° 12' lat. S. y á los 178° 12' lonj. E.

I. Middleton, descubierta por Wilson en 1797. Es una isla alta, de siete á ocho millas de estension, y quizás la isla *Kavawa* de los indijenas. Está situada á los 17° 6' lat. S. y á los 178° 26' lonj. E. Esta isla, con la precedente y una tercera isleta, llamada por Wilson *Curling*, está rodeada de un arrecife comun.

I. Shirling, descubierta por Wilson en 1797. Es una isla alta, de cinco á seis millas de circuito, y situada á los 17° 10' lat. S. y á los 178° 38' lonj. E.

I. Three-Brothers, descubierta por Wilson en 1797; tres islotes sobre el mismo arrecife, que ocupan una estension de cuatro ó cinco millas al O. S. O. Quizás son el *Nogou-Tolou* de los naturales; pero sea como fuere, su punta N. E. está situada á los 17° lat. S. y á los 178° 40' lonj. E.

I. Scars, descubierta por Wilson en 1797; tres islotes rodeados de un arrecife de cinco ó seis millas de circuito. Acaso es tambien un Nougou-Tolou, y está situada á los 17° 6' lat. S., y á los 178 24' lonj. E.

I. Bluf, descubierta por Wilson en 1797. Es una isleta inhabitada, circuida de un arrecife, y parece ser la *Malima* de los naturales. Está situada á los 16° 56' lat. S. y á los 178° 32' lonj. E.

Neita-Oumba, descubierta en 1797 por Wilson, que la llamó *Direccion*, y reconocida por d'Urville en 1827. Es una isla alta, con tres ó cuatro millas de circuito, unos sesenta habitantes de poblacion, y situada á los 18° 2' lat. S. y á los 178° 18' lonj. E.

I. Low, descubierta por Wilson en 1797. Es una isleta baja, inhabitada y acompañada de un rompiente de seis á ocho millas de N. á S. Es la isla *Waviova* de los indijenas, y está situada á los 16° 44' lat. S y á los 178° 24' lonj. E.

Nougou-Laoudzala, descubierta por Wilson en 1797, y reconocida por d'Urville en 1827. Es una isleta baja, inhabitada, con un rompiente de diez á doce millas de N. á S. y situada á los 16° 43' lat. S. y á los 178° 3' lonj. E.

I. Sandy, descubierta por Tasman en 1643, y vista de nuevo por Wilson en 1797. Es una isleta baja, acompañada de un arrecife de doce á quince millas de N. á S. y poblada de algunos habitantes. Hay motivos para creer que es la *Eenhuele-Lebou* de los indijenas, y está situada á los 16° 20' lat. S. y á los 178° 4' lonj. E.

Estas islas están unidas casi completamente con las que siguen por medio de inmensos rompientes, llamados en 1797 por Wilson, *Bharybb-Reef* y *Scylla-Aeef*.

I. Farewell, descubierta por Tasman en 1643 y vista de nuevo por Wilson en 1797. Es una isla alta, de tres á cuatro millas de circuito, con un centenar de habitantes. Sin duda es la *Zigombia* de los naturales. Está situada á los 19° 42' lat. S. y á los 177° 42' lonj. E.

I. Edwards, descubierta por Tasman en 1643, y vista de nuevo por Wilson en 1797. Es una tierra alta y considerable, pero muy mal separada, y está situada á los 16° 16' lat. S. y á los 177° 27' lonj. E.

I. Ianoutza, descubiertas por Tasman en 1643, vistas de nuevo en 1797 por Wilson que las llamó islas *Cluflerf*, y reconocidas por d'Urville en 1827. Es un grupo de cuatro á cinco

islotes altos é inhabitados, que ocupan un espacio de cuatro á cinco millas de N. á S. y están situados á los 16° 36' lat. S. y á los 177° 51' lonj. E.

Rambe, descubierta en 1643 por Tasman, vista muy de lejos en 1797 por Wilson, que la llamó isla *Gillet y Tale*, y percibida de lejos por d'Urville en 1827. Es una tierra alta y considerable, pero cuya verdadera dimension es aun desconocida. Ignórase todavía si forma una sola ó muchas islas. Su poblacion está evaluada en cien habitantes, y su cima está situada á los 16° 33' lat. S. y á los 177° 37. lonj. E.

Tabe-Ouni, descubierta por Tasman en 1643, vista de nuevo en 1697 por Wilson, que la llamó isla *Kamberts*, y reconocida por d'Urville en 1827. Es una tierra de una altura inmensa, su estension de N. E. á S. O. es almenos de 22 millas, su anchura de diez ó doce millas, y su poblacion de un millar de habitantes. Su punta S. O. está situada á los 17° 1' lat. S. y á los 177° 28' lonj. E. En su punta N. E. hay una isleta denominada *Bioumbani*, y parece que Tabe-Ouni solo está separada de Wanoua-Lebou por medio de un canal estrecho.

Ongomea, descubierta por Tasman en 1643, vista de nuevo en 1797 por Wilson que la llamó isla *Ross* junto con las siguientes, y reconocida en 1827 por d'Urville, que justificó su separacion por medio de un canal estrecho. Es una isla alta y poblada, de seis millas de estension del E. N. E. al O. S. O. sobre tres ó cuatro de ancho, y está situada á los 16° 38' lat. S. y á los 177° 45' lonj. E.

Laoudzala, descubierta por Tasman en 1643, vista por Wilson en 1797 y reconocida por d'Urville en 1827. Es una isla alta, de unas cinco á seis millas de circuito, con unos cien habitantes de poblacion. Hace algunos años que una piragua de Tonga naufragó en sus costas, y aquellos canibales degollaron y comieron todos los individuos de su tripulacion. Su punta E. está situada á los 16° 46' lat. S. y á los 177° 53' lonj. E.

Kolo, reconocida de lejos por d'Urville en 1827. Es una isla muy alta, de doce millas almenos de largo de N. N. E. á S. S. O. sobre cuatro ó cinco de ancho, con un rompiente en su parte oriental. La cima de esta isla, cuya poblacion se calcula en mil habitantes, está situada desde los 17° 26' lat. S. y á los 177° lonj. E.

Neïraï, descubierta por Bligh en 1789, y reconocida por d'Urville en 1827. Es una isla alta, de nueve á diez millas de circuito, con mil habitantes de poblacion, y su cumbre está situada á los 17° 50' lat. S. y á los 176° 57' lonj. E.

Naho, descubierta por Bligh en 1789, y reconocida por d'Urville en 1827. Es una isla muy alta con una estension de diez millas almenos de N. N. O. al S. S. E. sobre cuatro ó cinco de ancho, y una poblacion de cinco mil almas. Su centro está situado á los 18° 2' lat. S. y á los 175° 53' lonj. E. Al E. y al S. de esta isla corre un gran rompiente en el que se perdió el brick la *Eliza*.

Mouala, descubierta por d'Urville en 1827. Es una isla alta, con una estension de siete millas del E. N. E. al O. S. O. sobre cinco de N. á S., y con una poblacion de mil habitantes. Quizás es la isla *Merla-Eavoo* del mapa de Krusenstern. Está circuida de peligrosos rompientes, y situada á los 18° 35' lat. S. y á los 177° 27' lonj. E.

Motougou, descubierta en 1827 por d'Urville que la vió de lejos. Es una isla muy alta, que tiene cinco millas almenos de estension y una poblacion de mil habitantes, y cuya cima está situada á los 19° 7' lat. S. y á los 177° 21' lonj. E.

Fotoua, descubierta en 1827 por d'Urville, que solo vió sus cúspides. Esta isla es alta, tiene almenos once millas de estension del E. al O. y mil habitantes, y su centro está situado á los 18° 55' lat. S. y á los 177° 45' lonj. E.

Batigui, descubierta por Bligh en 1789, y reconocida en 1827 por d'Urville que la vió de lejos. Es una isla alta, de tres millas almenos de estension y una poblacion de mil almas. Sin duda es la *Vatega* del mapa de Krusenstern. Está situada á los 17° 48' lat. S. y á los 176° 42' lonj. E.

Balaou, *Bulloo* del mapa de Krusenstern, reconocida de muy lejos por d'Urville en 1827. Es una isla alta, de una estension desconocida, pero cuya poblacion se evalua en un millar de habitantes. Está situada á los 17° 44' lat. S. y á los 176° 22' lonj. E.

Vakia del mapa de Krusenstern, *Vakia* de los indígenas, isleta poblada por unos cien habitantes, y situada á los 17° 35' lat. S. y á los 176° 40' lonj. E.

I. Hummock del mapa de Krusenstern, acaso la *Ningani* de los isleños; isla de una ó dos millas de circuito, situada á los 17° 32' lat. S. y á los 176° 20' lonj. E.

I. Passaje del mapa de Krusenstern, *Vatou* de los naturales. Tiene una ó dos millas de circuito y está situada á los 17° 24' lat. S. y á los 176° 22' lonj. E.

I. Marclanie del mapa de Krusenstern, *Magoun-Haï* de los isleños. Tiene dos ó tres millas de circuito y unos cincuenta habitantes; y está situada á los 17° 28' lat. S. y á los 176° 40' lonj. E.

Mosou-Riki, descubierta por Bligh en 1789, reconocida por d'Urville en 1827, y llamada *Verat* en el mapa de Krusenstern. Es una isla alta, de cuatro millas almenos de estension y mil habitantes de poblacion, y está situada á los 17° 48' lat. S. y á los 176° 17 lonj. E.

Lele-Ouria, dos islotes bajos y selvosos, descubiertos en 1827 por d'Urville. Tiene cada uno

una milla de circuito, y están situados á los 17° 58' lat. S. y á los 176° 19' lonj. E.

Nougou-Laho y Nougou-Loube, dos islotes pemorosos, poco elevados, con una milla de circuito cada uno. Fueron descubiertos por d'Urville en 1827, y están situados á los 18° 13' lat. S. y á los 175° 59' lonj. E.

Oumbenga, descubierta por d'Urville en 1827. Es una isla alta, con nueve ó diez millas almenos de circuito y dos mil habitantes de poblacion. Esta isla está separada de Kandabon por medio de un canal estrecho, y acompañada al N. de arrecifes y de numerosos islotes, cuya estension no se ha determinado todavía. Su centro está situado á los 18° 55' lat. S. y á los 176° 2' lonj. E.

Vatou-Lele, descubierta por d'Urville en 1827. Es una isla baja, arbolada, con algunos rompientes que se estienden á lo lejos por la parte del E. Su poblacion está calculada en dos mil almas; su estension del N. N. O. á S. S. E. de nueve millas sobre dos ó tres de ancho, y su centro está situado á los 18° 33' lat. S. y á los 175° 11' lonj. E.

I. Malolo, descubiertas en 1827 por d'Urville. Es un grupo de islas altas y circundadas de arrecifes, cuya poblacion asciende á mil almas. La isla mas considerable tiene siete ú ocho millas de circumferencia, y está situada á los 17° 45' lat. S. y á los 174° 42' lonj, E.

Nakoro, descubierta por d'Urville en 1827. Es un grupo de dos islas y cuatro islotes elevados, teniendo las mas grandes dos ó tres millas de circuito. La mas considerable está situada á los 17° 26' lat. S. y á los 174° 34' lonj. E.

I. Vivoua, reconocidas de lejos por d'Urville en 1827. Es un grupo de tres ó cuatro islas altas y pobladas; la mayor tiene siete ú ocho millas de circuito. Estas islas parecen formar la parte S. O. de las islas descubiertas en 1794 por el capitan Barber, y están situadas á los 17° 16' lat. S. y á los 174° 38' lonj. E.

I. Maazoua-Lebou, Sara-Levou y Sara-Rara. Si hemos de juzgar por las indicaciones de los naturales, estas denominaciones son las de las principales islas descubiertas por Barber en 1794, marcadas con sobrada variedad en el mapa de Krusenstern. Las mas considerables tienen quince y aun diez y ocho millas de circuito; pero por lo demás todo este grupo es tan poco conocido, que aun se ignora su situacion ecsacta. Sin embargo, á poca diferencia puede calcularse que se halla entre los 16° 38' y los 17° 4' lat. S. y entre los 174° 40' y los 175° lonj. E.

I. Ronga, en el mapa de Krusenstern, isla de tres á cuatro millas de circumferencia, situada á los 16° 38' lat. S. y á los 175° 10' lonj. E.

I. Andoua, en el mapa de Krusenstern, isla de cuatro ó cinco millas de circuito, situada á los 16° 50' lat. S. y á los 175° 54' lonj. E.

Por larga que sea esta nomenclatura, probablemente no comprende todavía todas las islas Viti. Los naturales tienen conocimiento de otras muchas que citan á menudo, segun se echa de ver en el catálogo que los jefes Toumboua-Nakoro y Ounong-Lebou suministraron á Mr. Gaimard, naturalista que se hallaba á bordo del *Astrolabio*, publicado en la relacion de aquella espedicion. No obstante mientras no aparezcan nuevos esploradores que recojan documentos mas completos, todas las noticias precedentes serán los únicos conocimientos jeográficos que poseemos por lo que respecta al archipiélago vitio.

CAPITULO XXVI.

ARCHIPIÉLAGO VITI. — HISTORIA.

Hemos dicho ya que Tasman era el descubridor del grupo Viti, bien que solamente vió una porcion de aquellas tierras tan vastas y tan considerables. La relacion del Holandés evidencía que á principios de febrero de 1643, sus naves se hallaron comprometidas en un laberinto de islas erizado de hondonadas, bancos y rocas, del que se libraron con mucha dificultad. Tasman bautizó aquellas tierras con el nombre de *islas del Príncipe Guillermo y hondonadas de Heemskerk*. En nuestros dias las indagaciones matemáticas de M. d'Urville nos han dado la certidumbre de que las islas percibidas por Tasman eran Ianoudza, Rambe, Tabe-Ouni y Laoudzala, segun las recientes denominaciones de su mapa.

En 1774 descubrió Cook la isla Batoa, y en 1777, en el decurso de su tercer viaje, recojió en Tonga-Tabou algunos indicios concernientes á las islas Fidji, nombre de Viti en el dialecto tonga. Bligh cruzó tambien estos grupos en 1789, cuando fujitivo y ecsonerado de su mando andaba en su chalupa en pos de una costa hospitalaria. Créese jeneralmente que pasó entonces entre las grandes islas Viti-Levou y Vanoua-Lebou; pero las críticas circunstancias en que se hallaba le impedian practicar ningun reconocimiento ecsacto. Algun tiempo despues, cuando regresó de Taiti á bordo de los buques *Providencia* y *Asistencia*, costeó el archipiélago en toda su parte meridional; pero sea por olvido, sea por neglijencia, ninguna de las empresas de aquel viaje llegó á ver la luz pública. En 1793 d'Entrecasteaux recojió algunos pormenores relativos á las tierras vitias, y vió de paso la isla Batoa de Cook. Poco despues el capitan Maitland las costeó tambien y las apellidó *tierras de Libertad*; vino despues el capitan Barber del *Arturo* que rozó la parte occidental; pero ni uno ni otro consignaron el resultado de sus descubrimientos. El capitan Wilson, por el contrario, trazó el mapa de su itinerario en la parte N. E. donde estuvo va-

rias veces á punto de perderse en 1797. Las indicaciones de este capitan, aunque algun tanto incorrectas, han suministrado los medios de encontrar las islas que habia descubierto.

Durante los quince primeros años de este siglo, no pocas embarcaciones mercantes parcen haber frecuentado el archipiélago Viti. El comercio de la madera de sándalo atraía á muchos especuladores de los puertos de la India y de la Europa, y el gran centro de todos esos trueques era el distrito de Imbao, en la costa occidental de Vanoua-Lebou, donde se hallaba una rada que los aventureros ingleses y americanos habian denominado Bahía de la madera de sándalo (Sandal Wood 's Bay).

Todos los años, salvo una que otra vez, iban á fondear en ella de tres á cuatro briks que tomaban cargamentos de aquella madera preciosa, cuyo despacho era pronto y lucrativo en los mercados de la China. En ningun punto del globo era mas escelente ni saludable la esencia de sándalo, y no pocos troncos sacados de Viti sirvieron para hacer la caja mortuoria de algun rico mandarin. Semejantes piezas de madera se vendian á un precio tanto mas alto, cuanto los moradores del Imperio Celeste pagan á un precio mucho mas crecido todo lo necesario para obtener un espléndido alojamiento para sus despojos mortales.

En los primeros años de este siglo fondearon pues en Viti sucesivamente un gran número de embarcaciones mercantes; pero lejos de poner en conocimiento del público el secreto de su itinerario, afectaban ocultar sus viajes bajo un velo misterioso, por temor de que sus revelaciones levantasen concurrencias peligrosas. Es verdad que han enmudecido; pero aun cuando hubiesen llegado á romper el silencio, á buen seguro que todo cuanto habrian revelado á la Europa se hubiera reducido á algunos pormenores de su pequeño tráfico. De lo dicho se deduce pues que la derrota que siguieron, los escollos con que tropezaron y las islas que reconocieron, todo ha quedado envuelto en las sombras del misterio; por cuyo motivo Krusenstern, en el bosquejo hidrográfico que trazó de este archipiélago en 1824, se vió precisado á echar mano de materiales inecsactos y desnudos de toda autoridad.

Todas las noticias que nos han suministrado las relaciones de la Europa con los Vitios se ciñen al cruel rompimiento que estalló de golpe tras una serie de pendencias, cuyos incidentes no pueden justificarse, rompimiento que dió lugar á las venganzas mas atroces de parte de aquellos naturales. Entre las muchas catástrofes que sobrevinieron, citarémos solamente dos, la una estractada del viaje de Turnbull, publicado en 1813, la otra del viaje de Dillon, que empezó á ver la luz pública hace unos cinco años solamente.

El primer episodio se refiere á *la Favorita*, su capitan Campbell, que en octubre de 1809, ancló en la bahía de Sandal-Wood. A 7 de este mes, el segundo del buque, Mr. Thomas Smith, y los dos tenientes Lockerby y Graham partieron con tres botes para surtirse de madera de sándalo en la bahía de Waïlea. Llegados á este punto, hallaron al país en la mas viva ajitacion: cada dia, cada hora se estaba aguardando al poderoso jefe del distrito de Vouhia, un tal Boullandam, que habia declarado la guerra á los isleños de Tafeïa ó Tafere, en cuya empresa debian ausiliarle los guerreros de Waïlea. Apesar de que el azar estaba pues muy lejos de protejer á *la Favorita*, que en medio de hostilidades permanentes iba á hacer un comercio pacífico; dos de sus botes persistieron tenazmente en su primer objeto, y el tercero, mandado por Mr. Graham, regresó á bordo sin tener que superar ningun peligro. Al dia siguiente, cuando los otros quisieron hacer otro tanto, tropezaron con muchos inconvenientes que se opusieron á su proyecto.

En efecto, en el brazo de mar que separaba Waïlea del navío, MM. Smith y Lockerby se encontraron con la flota de Boullandam, compuesta de ciento cuarenta piraguas que iban avanzando gradualmente formando un largo semicírculo. Como era absolutamente imposible evitar el encuentro de tan numerosas embarcaciones, Mr. Smith prefirió maniobrar cual si nada tuviese que temer, y llevar el rumbo hácia el centro. Apenas se hallaron los botes en estado de escuchar, recibieron órden de avanzar en direccion á la flota; pero en cuanto se vieron comprometidos, una gran piragua se precipitó sobre el ballenero, y lo cortó en dos. Mr. Lockerby y sus jentes quedaron prisioneras, mientras que por otra parte se estaba marinando el bote mayor que contenia al segundo Thomas Smith con sus camaradas.

Los primeros momentos de aquel cautiverio fueron señalados por las mas violentas demostraciones. Iban los salvajes á acabar con los prisioneros con sus lanzas y macanas, cuando uno de los jefes se opuso á ello, dando á entender que no podia disponer de sus vidas sin las órdenes formales del jeneral de la flota. Este feliz incidente les hizo llegar sanos y salvos á presencia de Boullandam, quien lejos de traer el menor deseo de libertarse de su captura, manifestó sobre la marcha sus proyectos de utilizarla. Al efecto pidió à Smith que le acompañase en su espedicion contra los isleños de Tafere, no dudando que los fusiles de los marineros le facilitarian el lauro de la victoria; pero como desgraciadamente la pólvora se habia mojado en el encuentro, vióse obligado Smith á confesar que las armas de sus jentes eran absolutamente inútiles. Bien que contrariado por esta circunstancia, Boullandam continuó tratando bien á sus

prisioneros; prohibió que les hiciesen el menor daño y manifestó la mayor deferencia por Smith en su calidad de oficial. Envanecióse al parecer de entrar en su compañía, suplicábale que le acompañase siempre que desembarcase, y le servia como de una especie de guardia de corps. Por lo demas, cuando el oficial manifestaba sus inquietudes sobre la suerte que le reservaban, no perdonaba medio para confortarle; prodigábale las mas amigables demostraciones y le aseguraba que en cuanto Tafere se hallase sometida, no solo le restituiria la libertad, si que tambien emplearia todos sus soldados á fin de procurar á su buque un buen cargamento de madera de sándalo.

Entretanto se iban reuniendo poco á poco todas las fuerzas que debian emprender la marcha contra la isla enemiga. A 11 de octubre toda la flota reunida se hizo á la vela desde Waïlea, y despues de haber dado algunas bordadas contra el viento, llevó por la noche su derrotero hácia la parte N. E. del territorio que se queria invadir. Boullandam fué uno de los primeros en desembarcar acompañado de Smith, y bivacó en la playa con una guardia de diez hombres, armados de lanzas y flechas. Al dia siguiente, 12 de octubre, se volvieron á embarcar para llevar el rumbo directamente á Tafere, y apenas habia Boullandam llegado á la vista de esta aldea, se presentó una flotilla que componia la vanguardia enemiga para empeñar el combate.

Trabóse la accion, dando principio á ella con lluvias de flechas, y acabando en abordarse las piraguas, por cuyo medio se pudo hacer uso de las lanzas y de las macanas. Esta refriega fué obstinada y sangrienta; pero los Taferios debian indudablemente sucumbir á la inmensa superioridad del número: así que, para sustraerse á una muerte cierta se precipitaron al agua y nadaron hácia la costa. En vano dispuso Boullandam un movimiento para cortar la retirada á los fujitivos: su maniobra solo entregó en manos del vencedor las piraguas vacías con un solo hombre vivo, un pobre muchacho que, en lugar de emprender la fuga, se habia escondido. Como la guerra no daba cuartel á nadie, acabóse con el cautivo á vista de los Europeos, y su cadáver fué abandonado á un sirviente que recibió la órden de asarlo inmediatamente para la mesa de los caudillos.

Esta barbarie no era mas que el preludio de atrocidades á cual mas inaudita. Tafere estaba desierta; todos los hombres se habian fugado, y únicamente las mujeres, los niños y los ancianos no estaban lejos. Toda esta parte mas débil de la poblacion permanecia sin duda oculta en las cercanías, y así es que resolvieron sorprenderla y pasarla á cuchillo. Destacóse una piragua encargada de tentar el terreno, y á una señal convenida toda aquella horda se precipitó á la playa. El incendio de una cabaña indicó haberse dado principio á la destruccion. La pobre colonia de Tafere se habia retirado á una cerca de paletuviers, y creyéndose bien oculta, ó esperando alguna gracia de parte de los vencedores, ni siquiera procuró sustraerse por medio de la fuga á una matanza jeneral. El cuidado de los hijos retenia á las madres, y la edad encadenaba los pasos de los ancianos. ¡Pobres criaturas! acorraladas en aquel asilo que debia de ser sagrado para los guerreros, aguardaban la partida de la flotilla para entrar de nuevo en el regazo del hogar doméstico y olvidar los desastres de la guerra. Hé aquí que de repente resuena en torno del recinto un espantoso clamoreo, el grito horrífico del tigre rujiendo al rededor de su presa. Han comprendido las víctimas la suerte que les reserva el destino, y se resignan á perecer: por todas partes penetran los verdugos, por todas partes vibran con furor sus macanas contra los niños, mujeres y ancianos, que no hacen mas que vocear y lamentarse sin defenderse. La cerca queda convertida en un sangriento matadero; los cadáveres se amontonan el uno sobre el otro, y forman una pirámide de cuerpos inánimes cuya base está empapada en sangre. Finalizada la matanza, se arrastra hácia la playa aquel botin de carne, y apesar de los gritos de aquellos que todavía conservan un rastro de vida, apesar de sus estertores y de sus movimientos convulsivos, los arrastran al través de las rocas de la arenosa playa y de las puntas de los arrecifes para hacinarlos, resollando todavía, en la gran piragua que sirve de depósito á todos aquellos cadáveres. Los Ingleses prisioneros vieron desfilar uno á uno las mozas, los adultos, las mujeres, los niños de pecho y aun los enfermos ó los cascados por la edad, acumulados por los vencedores en aquel osario. Aquel transporte de cadáveres parecia una fiesta para aquellos canibales: centenares de individuos, así hombres como mujeres, para devorar; tal era el regalo ofrecido á sus atroces apetitos. Hasta cuarenta y dos personas se contaron tan solo en una elevada plataforma que sobrepujaba la piragua de Boullandam, que fueron estendidos y escojidos; pero habiendo notado el jefe entre ellas el cuerpo de una moza, mandó que la reservasen á un lado para su cocina particular.

Entretanto Tafere permanecia desierta: los hombres robustos habian huído, y los restantes eran inmolados. Boullandam tomó posesion de aquella soledad, y Mr. Smith le acompañó en esta operacion. Era ciertamente uno de los sitios mas deliciosos que ecsistiesen, una hermosa aldea compuesta de un centenar de casas escalonadas en la pendiente de la colina, entrecortadas de trecho en trecho por grupos de cocoteros

y árboles de pan, y defendidas en su mayor parte por muros de piedras. Boullandam mandó pegar fuego á aquellas habitaciones, y estendió por este medio su cólera de los hombres á las cosas, dando cima por medio del fuego á la obra que comenzara con el hierro: era un espectáculo verdaderamente horrible.

Habiendo consumado completamente este último acto de venganza, la flota victoriosa recobró el camino de la gran tierra para llevar á cabo el solemne festin de carne humana. Aburrido de presenciar tan horríficos cuadros, Smith no cesaba de reclamar todos los dias y á toda hora la ejecucion de la promesa que le hiciera Boullandam, é instar paraque restituyera la libertad á él y á sus camaradas. El caudillo contestaba á sus reiteradas instancias que cumpliria con su palabra, y que despues de aquel precioso regalo le acompañaria á bordo. Finalmente tuvo lugar tan escandalosa fiesta; todos los cadáveres eran ya descuartizados, y sus miembros, prontos á ser asados, colgaban de los árboles de la playa. En cuanto fueron cocidos lo suficiente, se distribuyeron á cada uno, y á Smith le ofrecieron un pedazo de muslo carnoso, pero se negó decididamente á aceptarlo, no obstante de hallarse en ayunas desde cinco dias antes. Sorprendidos los salvajes no pudieron menos de preguntarle por el motivo de su repugnancia, y Smith les respondió que para él la carne humana seria ponzoñosa, cuyo pretesto les satisfizo completamente. Ese abominable festin duró toda la noche, y los restos fueron asados á medias y depuestos en canastillos para conservarlos, como se acostumbra hacer entre aquellos pueblos.

El cautiverio de Smith duró algun tiempo todavía, y si hemos de darle crédito, pasó nueve dias entre aquellos caníbales sin tomar el menor alimento. El jefe de la piragua que lo habia capturado se presentó para revindicar su prisionero, diciendo que queria acompañarle á bordo y pidiendo en retribucion tres dientes de ballena y doce hachas; pero esta proposicion no tuvo resultado alguno. En fin á 10 de octubre, despues de haber presenciado el asesinato de un isleño escapado milagrosamente á la espedicion de Tafere, Smith y seis de sus camaradas fueron acompañados á bordo por un jefe de Neïraï, encargado de reclamar el rescate, al paso que otros dos Europeos, Mr. Lockerby y un marinero no fueron libertados hasta algun tiempo despues, y aun merced á los constantes esfuerzos del capitan Campbell. Así que *la Favorita* pudo hacerse á la vela con todos los individuos de su tripulacion.

« Estos salvajes, añade la relacion, despliegan en el cumplimiento de sus proyectos una tenacidad de tal naturaleza, que solo es comparable á la precision de sus disposiciones militares. Sus movimientos son preparados con una intelijencia, y ejecutados con una calma y una enerjía que no podrian menos de sorprender á los mismos Europeos. A una gran robustez corporal juntan un profundo desprecio de la muerte y el mas completo olvido de las penas y de las fatigas. Su jefe actual, Boullandam, se habia hecho temible, y aun aspiraba á la soberanía de todas aquellas islas. »

Tal es la primera aventura segun los pormenores que nos han transmitido los actores mismos. Dejando á un lado la circunstancia de un ayuno de nueve dias, su relato no deja de parecer bastante síncero, por manera que no hay inconveniente alguno en admitirlo como auténtico. No puede decirse lo mismo del siguiente episodio, puesto que carece de la misma sencillez y del mismo sello de veresimilitud, apesar de llevar en sí la garantía del nombre de Dillon que fué uno de los actores principales. Vamos pues á trasladarlo con alguna menos prolijidad que en su obra, donde presenta ademas caractéres mucho mas fabulosos y estraños. El nombre de su autor que sale responsable de él, debe acompañarlo.

Dillon era oficial en *el Hunter*, cuyo capitan Robson, piloto esperimentado de las islas Viti, habíase granjeado cierta influencia en la comarca tomando parte en las contiendas de los indijenas é interesándose vivamente en todas sus guerras. Entre el número de sus amigos descollaba sobretodo el jefe de Waïlea, llamado Bonassar. A 19 de febrero de 1813 *el Hunter* fondeó en la bahía de Waïlea, ante un riachuelo que conduce á la aldea situada á una media legua de la costa sobre un piso despejado y descubierto, al paso que la parte litoral es guarnecida de selvas de mangles.

En cuanto se halló Robson establecido en la rada, recibió la visita de su amigo el jefe Bonassar, que le narró los caprichos de la fortuna que durante su ausencia se le habia declarado contraria, y la rebelion de las tribus sometidas que invocaron en clase de ausiliares el socorro de las poderosas tribus de las riberas del Nanpakab. Esta sublevacion abrió vastísimo campo á una guerra cruel y desoladora. Juzgaba Bonassar que los conocimientos de su amigo serian grande parte para restablecer sus negocios, y añadió por via de insinuacion que sus vasallos no podrian ir á las montañas para cortar madera de sándalo, mientras reclamase su presencia la defensa de las costas, y su interés político estuviese en esto de acuerdo con el interés comercial del capitan. Esta acojida no alteró en lo mas mínimo la cordialidad y franqueza con que hasta entonces fué acompañada su acojida.

Por esta época cada jefe vitio tenia á sus órdenes algunos Europeos, desertores unos, náufragos otros, que habiendo sido muy bien recibidos y tratados, se arraigaran en el país. Sin embar-

go, habiendo algunos de ellos abusado de la influencia adquirida á costa de sus servicios militares, fueron pasados á cuchillo por los pueblos de Bao (Imbao sin duda); pero estas severas represalias tan solo tuvieron lugar contra tres individuos, pues el rey de Bao intervino con oportunidad y sustrajo los restantes al furor y la rabia de sus vasallos.

Tal era el estado de los negocios en el acto de aparecer *el Hunter*. Es verdad que Robson deseaba oponer medios dilatorios á la directa y urjente demanda de su amigo Bonassar. Abrió su cargamento y procuró acrecentarlo de cualquier modo, pero se halló á fines de marzo sin haber hecho progresos de consideracion, por razon del argumento que sin cesar reproducian los naturales: « Ayudadnos y os ayudarémos; combatid á nuestro lado y os suministrarémos cuanta madera necesiteis. » Cedió finalmente Robson, y á 1.° de abril puso á la disposicion de sus aliados tres embarcaciones con veinte fusileros á bordo y una pequeña pieza del calibre de dos libras de balas. Este destacamento europeo se juntó á un ejército de tres ó cuatro mil salvajes, y singló en direccion á la isleta de Nanpakab. Desembarcó, atacó á los naturales, y el influjo de las armas de fuego decidió en breve la victoria. Nanpakab fué evacuada, y se recojieron en ella diez cadáveres, ópimo fruto del combate. Remontóse el rio; se pegó fuego á cuantos objetos se hallaban en ambas riberas, así las casas como las plantaciones, y se sentaron los reales en la playa, donde se dió un solemne festin con los cuerpos de los vencidos. « Los cadáveres de los enemigos, dice el capitan Dillon, fueron estendidos sobre la yerba y descuartizados en seguida por uno de sus sacerdotes. Esta operacion se practica del modo siguiente: se cortan los pies y las piernas separadamente, y lo mismo se verifica con los muslos, las caderas, las manos, los antebrazos, los brazos y las espaldas, separando igualmente del tronco la cabeza y el pescuezo. Cada uno de estos fragmentos del cuerpo humano forma un pedazo de carne que se envuelve con todo esmero en hojas verdes de banano, y se mete en el horno para hacerlo tostar con la raíz del taro. »

Robson habia llenado ya todas las condiciones del tratado, pero no puede decirse lo mismo con respecto á Bonassar. Al mes de mayo estaba aun muy poco avanzado el cargamento de madera, cuando se reunió al *Hunter* en el fondeadero su gabarra la *Elisabeth*. Por esta misma época los Europeos establecidos en Bao vinieron á visitar al capitan Robson, el cual les comprometió, mediante el competente salario, á trabajar en su servicio. Apesar de todos estos ausilios, la faena iba adelantando con mucha lentitud, y ya habia llegado el mes de agosto y apenas se tenian á bordo ciento cincuenta toneles de madera de sándalo, es decir, sobre una tercera parte del cargamento. Los isleños insinuaron que no podian suministrar mas, puesto que habian agotado ya toda la de los bosques; pero temiendo la cólera del capitan engañado por tanto tiempo, cesaron de presentarse á bordo, á fin de evitar todos los medios de ser arrestados en clase de prisioneros y de rehenes.

Robson estaba furioso, pues veía claramente que su amigo Bonassar le matraqueaba haciéndose ausiliar por el Europeo con ánimo de no prestarle á su vez el menor servicio. Era por cierto una mala fé que no podia quedar impune: así que Robson decidió tomar una venganza ruidosa y ejemplar. Pasó al cúter surto á sesenta toesas de la playa, atacó la flotilla de Waïlea y apresó catorce piraguas; y teniendo necesidad de reparar los fondos de *la Elisabeth*, resolvió no dejar á los naturales una sola embarcacion, á fin de que no tuviesen piedra por mover.

Deseando llevar á cabo este golpe de mano, aprovechó la llegada de dos grandes piraguas de Bao, que armadas de doscientos cincuenta guerreros, vinieron á reclamar los Europeos que se hallaban al servicio de este rey. Enganchando aquellas piraguas y sus tripulaciones con el ausilio de varios Ingleses, Americanos y Españoles, creyóse bastante fuerte para probar una invasion, que tuvo lugar á 6 de diciembre, dirijida por Mr. Norman, segundo del *Hunter*.

Desembarcaron sin obstáculo, pero al momento cometieron una nueva falta. En lugar de marchar en columna cerrada, dividiéronse los agresores en pequeños pelotones de tres ó cuatro individuos con ánimo de hacer una guerra de guerrillas; pero los salvajes lograron contenerlos y reprimir su audacia echando mano de la astucia. Evacuaron las avenidas de la playa y dejaron internar á los Ingleses y sus ausiliares de Bao. Los diversos destacamentos cayeron sin pensar en el lazo que les habian preparado. Avanzaron hácia una pequeña llanura dominada por un collado, y aun lograron vencer algunas resistencias parciales por medio de un corto número de descargas que inducian á creer en el ésito de una campaña emprendida bajo tan felices auspicios; cuando el pequeño cuerpo que mandaba Mr. Norman oyó por todas partes un prolongado y horrífico clamoreo. Apostados en emboscada, los salvajes se arrojaron sobre los grupos aislados de los Europeos y les pasaron á cuchillo á todos indistintamente, á escepcion de dos hombres que pudieron huir hácia los botes. Un solo destacamento permaneeia intacto, y era el que mandaban MM. Norman y Dillon, compuesto de ocho marineros armados, dos jefes de Bao y uno de sus guerreros. Tras una rota tan sumamente completa, no quedaba otro medio que el de replegarse á las embarcaciones en columna cerrada; pero co-

mo la llanura estaba cubierta en toda su estension de salvajes armados y entusiastas, toda tentativa de fuga aislada hubiera sido una sentencia de muerte, como aconteció con un individuo que habiendo queride probarlo fué atacado y muerto al instante mismo. Mr. Norman dió la órden de retirada, que fué muy feliz hasta el pie de la colina, pero allí se presentaron los naturales para disputar el paso del destacamento. Apesar de ser muchos centenares contra doce individuos, se habian pintarrajado el rostro con la sangre de los Europeos tendidos en el campo de batalla para darse un aspecto mas feroz. Mr. Norman cayó herido de un lanzazo, y le reemplazó Mr. Dillon tomando el mando de las tropas, ¡mando en realidad terrible y siniestro! Bloqueados por todas partes, los Europeos habian perdido enteramente toda esperanza de retirada, y solo pensaban ya en vender caras sus vidas. He aquí que en lo mas recio de una situacion tan desesperada, Mr. Dillon percibió en medio de la llanura una roca aislada y casi inaccesible que parecia una fortaleza levantada precisamente en aquel punto para su salvacion, ó una muralla natural cuya cima apenas podian alcanzar las flechas. Distinguirla, mostrarla á sus camaradas y treparla, fué obra de algunos minutos. Mr. Dillon se atrincheró en la cumbre de aquella roca con cuatro Europeos llamados Savage, Bushart, Dafny, Wilson, y un Chino apellidado Luís, cuyos individuos componian todos los restos del destacamento que con los jefes de Bao habia sido pasado á cuchillo. El mismo Dafny estaba acribillado de lanzazos y con dificultad iba tirando con cuatro flechas sepultadas en el empeine.

Afortunadamente para aquellos desgraciados, la roca era solamente accesible por un lado fácil de defender, y su elevacion era bastante considerable para retar á los proyectiles de los isleños. De esta suerte fué continuando la resistencia fabulosa de aquellos cuatro hombres con varias alternativas de buen écsito. Presentábase un salvaje en el estrecho sendero que daba acceso á la cumbre de la roca, y un fusilazo le hacia morder el polvo á la mitad del camino. Otros diez ó doce agresores quisieron aventurarse á la misma suerte, pero todos indistintamente cayeron atravesados de balazos. Este ejemplo intimidó á los otros en términos de verse reducidos á bloquear á los marinos en su ciudadela. Desde aquella especie de faro que dominaba el mar y la llanura, Dillon veía por una parte su navío silencioso é impotente para prestarle ausilio, y por otra sus compañeros de infortunio, descuartizados, asados y comidos á su vista; ¡triste y doloroso espectáculo que presentaba à los Europeos todavía vivos la perspectiva de la suerte que les aguardaba!

Entretanto parecia haberse calmado algun tanto el entusiasmo y el furor de los salvajes. Hablóse de paz y de transaccion. Hallábanse á bordo del *Hunter* ocho prisioneros hechos por Robson, entre los cuales se contaba el hermano del *nambeo* ó gran sacerdote del Waïtea. Dillon basó un tratado sobre esta circunstancia. « Si nos matan, dijo, esos cautivos morirán tambien. » Quizo el azar que el nambeo formase parte de los salvajes que cubrian la llanura. Acercóse en persona como parlamentario, le preguntó por su hermano à quien creía muerto, y le declaró formalmente que por su parte no habia el menor obstáculo para verificar un canje entre los prisioneros del *Hunter* y los individuos bloqueados en la roca. Al efecto se decidió mandar alguno á bordo para llevar felizmente á cabo aquella negociacion importante, á cuyo objeto escojió Dillon á Dafny, herido é incapaz de servicio activo. Debia este aconsejar el canje, pero al propio tiempo recomendar sobremanera al capitan que solo entregase á la vez la mitad de sus rehenes, y guardase la otra mitad para tener una garantía contra la traicion de los naturales. Partió Dafny, embarcóse con el nambeo, y los sitiados siguieron con la vista la piragua en que iban, hasta llegar al *Hunter*.

Durante estas medidas pacíficas, los jefes de los Vitios se acercaron hasta el pie de la roca para entablar la conversacion con Dillon y sus subordinados, pero con el verdero objeto de hacer que abandonasen su inaccesible puesto y se entregasen en sus manos. Dillon no puso la menor confianza en sus jestos ni en sus promesas, y aconsejó la misma prudencia á sus camaradas; pero uno de ellos, que viviera en aquellas islas por espacio de cinco años, Savage, creyendo en la buena fé de los naturales, se aventuró á bajar de la roca y mezclarse en sus grupos. Los naturales le presentaron á Bonassar, que le dispensó una acojida sumamente benévola y amigable, por manera que el Chino Luís, alentado por semejante ejemplo, se abandonó igualmente á su jenerosidad y se puso bajo la proteccion de un jefe á quien prestara señalados servicios. Creyendo que Dillon se prestaria á imitar á estos dos precedentes, instáronle los jefes sobremanera que hiciese como sus camaradas; pero contestó que para ello aguardaba únicamente que la piragua enviada á bordo del *Hunter* se hallase de regreso en la playa. Finalmente, despues de las mas repetidas é inútiles solicitaciones, aquellos traidores se quitaron la máscara y prorumpiendo en un agudo clamoreo se abalanzaron á Savage y le sumieron la cabeza en un foso lleno de agua y asfixiado, mientras un atleta vitio hacia saltar el craneo del Chino de un golpe de su macana. Descuartizados y asados sin la menor demora, los cadáveres fueron comidos á vista de Dillon que se alabó su prudencia.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1 Combat de Dillon contre les Vitiens

1 Combate de Dillon contra los Vitienses

Solo quedaban entonces en la roca Dillon, Busharth y Wilson, tres individuos solamente contra muchos millares de agresores. No dudando tener en aquellos un buen mercado, los salvajes recomenzaron el ataque con nuevo furor, pero manteniéndose fuera de tiro de fusil. Esta circunspeccion era justificada por los resultados del ataque anterior. Bushart era hábil tirador, de manera que si hemos de dar crédito á Dillon, mató veinte y siete salvajes con veinte y ocho fusilazos. Dillon por su parte disparó tambien un gran número, y Wilson cargaba las armas. Así que las avenidas de aquella ciudadela eran atestadas de cadáveres, por manera que los mas atrevidos no osaban arrostrar una muerte casi cierta (Pl. XII. —1). Cansados de aquella guerra sin resultado, los salvajes renunciaron á continuar la ofensiva, y aguardaron que el tiempo, la obscuridad ó el hambre hiciesen caer en sus manos las últimas víctimas. Entonces fué cuando se renovaron á la vista de los Europeos las escenas de canibalismo que parecian perseguirles como una ironía cruel. Retiráronse las carnes del horno, y se distribuyeron entre las tribus que las devoraban con una alegría feroz. Interrumpiendo sus banquetes, algunos jefes se dirijian hácia Dillon y sus camaradas con pedazos de carne sangrienta en la mano para instarles á que bajasen. « De esta suerte nos evitareis, decian, la pena de asaros y descuartizaros de noche. » A estas provocaciones y sarcasmos respondia Dillon que si en tierra mataban á los Europeos, los isleños serian asesinados á bordo. « Bah! bah! replicaban los canibales, poco nos importa que el capitan Robson se coma á los nuestros si quiere, pero de todos modos queremos comeros á todos tres. Al anochecer no podreis distinguirnos, y así subirémos y os degollarémos. »

Iba declinando el dia, y la situacion de los sitiados era muy crítica, pues solo tenian diez y siete cartuchos, y el primer asalto nocturno debia entregarles á aquellos feroces adversarios. Tomóse pues un partido definitivo en el pequeño campamento europeo; como ninguno de los tres individuos queria caer vivo en manos de los antropófagos, al caer la noche debian matarse uno á otro y abreviar de esta suerte sus trabajos. Reanimóles un rayo de esperanza: la embarcacion enviada á bordo del *Hunter* bogaba directamente hácia tierra; pero ¡cuales fueron la sorpresa y el dolor de Dillon cuando vió que el capitan habia cometido la imperdonable falta de soltar los ocho prisioneros á la vez! Toda esperanza de salvacion acababa de frustrarse, pues ¡qué interés tenian los salvajes en salvarles sino tenian que temer represalia alguna! Una falta de buena fé ó una nueva traicion eran cosas que no les costaban mucho, y Dillon y sus dos bravos amigos estaban perdidos sin remedio! ¿Cómo salir de aquel mal paso? Esto es lo que él mismo nos esplica en los siguientes términos.

« Poco tiempo despues de haber desembarcado los ocho prisioneros, los condujeron inermes junto á mí, precedidos por el sacerdote, quien me dijo que el capitan Robson los habia soltado á todos, y hecho desembarcar al mismo tiempo una caja llena de cuchillos y otros objetos de quincalla para ofrecerla como rescate á los jefes á quienes nos mandaba rendir las armas. El sacerdote añadió que en este caso nos conduciria sanos y salvos á nuestra embarcacion; pero yo respondí que mientras tuviese un soplo de vida, no entregaria á nadie mi fusil que era mi propiedad, porque estaba bien persuadido de que nos tratarian á mí y á mis compañeros como á Carlos Savage y Luís.

« El sacerdote se dirijió entonces á Martin Bushart para convencerle é inducirle á acceder á sus proposiciones. En aquel momento concebí la idea de hacer prisionero al sacerdote y matarle ú obtener mi libertad en gracia de la suya. Prendí el fusil de Carlos Savage de mi cintura con mi corbata, y verificado esto apunté la boca del mio al rostro del sacerdote, declarándole que le mataria si pretendia escaparse ó si alguno de los suyos hacia el menor movimiento para atacarnos ó cortar nuestra retirada. Mandéle entonces que se encaminase directamente á nuestras embarcaciones, y le amenacé con una muerte inmediata si oponia la menor resistencia. Obedeció sin demora, y atravesando el tropel de los salvajes ecsortóles á sentarse y no hacer ningun daño á Peter ni á sus compañeros, porque si nos atacaban, nosotros le mataríamos, en cuyo caso se acarrearian la cólera de los dioses sentados en las nubes, que irritados de su desobediencia encresparían el mar para tragarse la isla con sus moradores.

« Aquellos bárbaros manifestaron el mas profundo respeto á las ecsortaciones de su sacerdote, y se sentaron en la yerba. El *nambetti* (nombre que dan á su sacerdote) dirijióse, segun le habia yo mandado, hácia las embarcaciones. Bushart y Wilson tenian la boca de su fusil apuntada á cada una de sus sienes, y yo apoyaba el mio entre sus dos espaldas para acelerar su marcha. La procsimidad de la noche me habia inducido á echar mano de aquel espediente, pues no ignoraba el poder que ejercen los sacerdotes sobre el ánimo de todas las naciones bárbaras.

« Al llegar junto á las embarcaciones, el nambetti se detuvo sin decir mas. Mandé que continuase avanzando, pero se negó formalmente á verificarlo, declarándome que por ningun estilo daria un paso mas, y que podia matarle si queria. Yo le amenacé de hacerlo, y le pregunté porque se negaba á ir hasta la orilla del agua, á lo que respondió: « Vosotros quereis conducirme vivo

á bordo del bajel para aplicarme á la tortura. » Como no habia tiempo que perder, le mandé definitivamente que ne se moviese un punto y emprendímos la marcha á reculas con nuestros fusiles siempre asestados contra él, hasta alcanzar uno de nuestros botes. Aun no nos habíamos embarcado todos, cuando los salvajes acudieron en tropel y nos saludaron con una lluvia de flechas y de piedras; pero en breve nos hallámos fuera del alcance de sus arcos y de sus hondas.

« En cuanto nos vímos fuera de peligro, dímos gracias á la divina providencia y remámos con fuerza hácia el navío que alcanzámos al poner del sol. »

Tal es el relato de Dillon que es preciso insertar sin comentarios por increíble que sea. Por lo demas el gran defecto de las relaciones de los capitanes de la marina mercante no se contiene en su parte dramática y muchas veces fabulosa, sino mas bien en la ausencia de todo pormenor positivo sobre las localidades y los pueblos que las habitan. En los dos episodios que acabamos de citar, ¿ por ventura podríamos decir cuales son las aldeas de Vaï-Tea, de Nanpakab, de Tafere y de Bao; qué punto ocupan en los mapas; cual es su importancia y la senda que conduce á ellas? Sea por neglijencia, sea por sistema, lo cierto es que los navegantes del comercio han gustado mas de referirnos los hechos heroicos de su viaje, circunstancias transitorias y poco significativas, que transmitirnos nociones jeográficas sobre las tierras en que tocaba, nociones de un interés fecundo y jeneral.

Sea como fuere, reinaba la mayor incertidumbre relativamente á las islas del archipiélago Viti cuando el capitan d'Urville acometió la empresa de reconocerlas. Hemos visto ya cuan lleno de obstáculos y escabrosidades le hacian semejante trabajo los desastres de su recalada en Tonga-Tabou. Peligros sin número aguardaban al *Astrolabio*, no solo en medio de aquel mar sembrado de fondos altos, si que tambien entre la poblacion feroz é implacable que encontraria su tripulacion en la costa en caso de naufrajio.

Apesar de tantos peligros y obstáculos, el capitan d'Urville no quiso eludir una parte tan importante de su mision; singló hácia el grupo de Viti, reconoció la isleta Batoa, y á 25 de mayo de 1827 comprometió su corbeta en los canalizos de Ong-Hea y de Boulang-Ha. En esta derrota y antes de llegar á Laguemba, reconoció y ecsaminó las diversas islas que fueron señaladas. Cerca de Ong-Hea-Lebou, atracó á la corbeta francesa una piragua montada por isleños tongas, mandados por un miembro de la familia de los Fata-Faï, llamado Mouki, que subió á bordo del *Astrolabio* y empezó á confabular con el capitan. Por él se supo que ecsistia en Laguemba una pequeña áncora, perteneciente á un buque americano que habia naufragado en Batoa. En el estado en que se hallaba la corbeta, aquel objeto era sumamente precioso; y como en sentir de Mouki el rey de Laguemba, Touï-Neao, la cederia sin ningun reparo, hízose á la vela hácia Laguemba, y la piragua tonga siguió á la corbeta despues de haber dejado á bordo á un Español llamado Mediola, uno de los náufragos del buque la *Concepcion*.

Decidido á adquirir el áncora que poseían los isleños, el capitan d'Urville en el acto de llegar ante Laguemba mandó á tierra el bote principal armado bajo las órdenes del oficial Lottin. El Tonga Mouki y el Español Mediola se embarcaron igualmente como intérpretes y como solicitadores. Llegó el bote á la playa; pero temeroso de una sorpresa, Mr. Lottin procuró mantenerlo boyante. Por de pronto se mostraron en la playa muy pocos naturales; pero apenas se divulgó á lo lejos la noticia del desembarque, viéronse llegar mas de doscientos hombres armados de lanzas y de macapas, con lo cual pasaron á ser molestos é importunos de reservados y silenciosos que eran. Mr. Lottin estaba sobre sí, observaba los grupos y procuraba indagar sus intenciones. Por fin cuando vió que los salvajes se dirijian á la embarcacion y la arrastraron hácia tierra con objeto de dar al traste con ella, creyó que era tiempo de usar de prudencia (Pl. XI. — 1). El Español y el Tonga, escondidos en el fondo del bote, temblaban de pies á cabeza, cuya actitud era mas espresiva que las palabras. Ordenóse la retirada, halóse el bote mar adentro, y se alcanzó la corbeta sin otro accidente.

Durante estos acontecimientos no se halló el *Astrolabio* sin visitadores. Otros tres Españoles, náufragos del mismo buque *la Concepcion*, se presentaron al capitan d'Urville en postura humilde y suplicante, refiriéronle con las lágrimas en los ojos que dos ó tres capitanes de navío les habian negado ya un asilo, y conjuraron al comandante francés que fuese mas jeneroso y mas hospitalario. Mr. d'Urville los admitió como pasajeros por el mismo título que su compañero Mediola. En compañía de aquellos Europeos se presentaron otros personajes distinguidos del archipiélago Viti: Toureng-Toki, hermano del rey de Laguemba, y Loua-Lala, su primo, mestizo tonga y viti, mas marcado del primer tipo que del segundo, con la fisonomía y el talante noble del uno y el tinte ahumado y el pelo crespo del otro. Llegó por fin otro individuo mas importante que los que acabamos de citar; tal era Toumboua-Nakoro, sobrino del grande Orivo, jefe supremo de Imbao y de todas las islas del oriente. Hallándose á la sazon por asuntos de tributo en Laguemba, hízose acompañar á bordo del *Astrolabio* mostrándose noble, reservado y grande en sus maneras.

Le Canot de l'Astrolabe sur la côte de Laguemba.

El Bote del Astrolabio en la Costa de Laguemba

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

2. Tiareno-i-Toa. 3. Lema-Lala.

4. Tumbua-i-Nakoro conversant à bord.

4 Tumbuá-Nakoro conversando á bordo.

Hallábanse todavía en la cubierta estos diversos visitadores, cuando regresó Mr. Lottin con el bote principal. Despues de haber referido su aventura, Toureng-Toki y Loua-Lala procuraron disculpará sus vasallos diciendo que era únicamente efecto de su curiosidad é impertinencia. Desde entonces el capitan d'Urville resolvió tratar á bordo y con Toureng-Toki el asunto del áncora. Concluyóse felizmente el altercado; el hermano del rey se comprometió á mandar á buscar el objeto en una de las mayores piraguas de la isla, de lo que se ocupó inmediatamente; pero habiendo sobrevenido la noche, fué preciso reservar para el dia siguiente el resto de la operacion. Los tres jefes se quedaron á bordo en fé de su sinceridad con tres isleños de Tonga.

Entretanto el mar se habia puesto de leva, y el viento tempestuoso, de manera que el *Astrolabio* no pudo sostener el crucero en aquella costa. Enmaróse y se vió obligado á proseguir por espacio de dos dias una navegacion muy pesada en medio de islas desconocidas. En fin, á 28 de marzo por la mañana, viendo que la corriente acarreaba la corbeta hácia el N., resolvió el capitan d'Urville continuar atrevidamente su esploracion, con tal que tuviese un lugar de refujio si el tiempo empeoraba.

Reconoció sucesivamente y con cuidado las islas Neaou, Dzizia, Batou-Bara, Azata, Tabe-Ouni, Laoudzala, obstinándose en aquella penosa tarea apesar de la tempestad, apesar del mar fatigoso y de la innumerabilidad de los arrecifes que ocultaban aquellas aguas procelosas. Hubo un instante, el dia 31, que el *Astrolabio* se halló bloqueado en un laberinto de arrecifes. Navegaba á la sazon por el canal formado entre las islas Laoudzala y Nougou-Laoudzala, y procuraba hallar un paso hácia el N. Repetidas veces llegó hasta los beriles del banco, pero la prolongada barra de espuma se le opuso con toda su inmensidad sin solucion de continuidad: era un verdadero callejon sin salida. El comandante renunció á ir mas lejos; recobró la bordada hácia el S., vió de nuevo las islas ya citadas, y reconoció Koro, Neïraï y Naho, y por fin una isla descoonocida hasta entonces: era Mouala.

En este largo viaje hidrográfico el *Astrolabio* habia paseado á su bordo los personajes vitios y tongas, sus pasajeros de mala gana, renegando contra la tempestad y contra las olas, llorando, desesperándose é ignorando si volverian jamás á ver su isla. El hermano del rey de Laguemba, Toureng-Toki, lloraba como un niño; Loua-Lala permanecia simado en un dolor apático. Dueño de sí mismo, Toumboua-Nakoro fué el único que supo tomar su partido con valor: resignóse á los peores lances de la adversidad, y declaró que si los Franceses querian llevárselo, estaba pronto á seguirles; pero pleiteando para sus compañeros insistia sobre la libertad de Toureng-Toki y de Loua-Lala, hombres de distincion, cuyas mujeres serian asesinadas si tardasen en volver.

A aquellas súplicas, aquellos dolores y aquellos sentimientos, contestaba el capitan d'Urville que su objeto nunca habia sido el de llevarse tales huéspedes, pero que apenas mejorase el tiempo los desembarcaria sanos y salvos en una de sus islas. Mientras la corbeta llevó el rumbo hácia el N., los jefes salvajes no creyeron en esta promesa, pero el regreso hácia el S. les infundió alguna confianza, y cuando á vista de Mouala les dijeron que iban á desembarcarles, subió de punto su júbilo. Mouala era verdaderamente una tierra amiga.

Este desembarque tuvo lugar á 2 de junio. Los salvajes partieron cargados de presentes y al parecer sumamente agradecidos. De todos aquellos individuos, Toumboua-Nakoro fué el que dejó mas recuerdos: honrado, grave, intrépido y reservado, complacíase sobremanera en satisfacer á las preguntas que le dirijia. Por otra parte intelijente e instruído, sabia dar una cuenta harto ecsacta de los usos y costumbres de aquellos pueblos. Como habia viajado por el archipiélago, lo conocia á fondo; sabia el nombre de cada isla que se descubria, y daba siempre algunas noticias traducidas por los intérpretes españoles que poseían con perfeccion la lengua indíjena. Así es que su presencia á bordo fué altamente preciosa para los sabios del *Astrolabio*, y añadió á los descubrimientos jeográficos de las tierras el mérito de denominaciones ecsactas.

Despues de su recalada en Mouala, el *Astrolabio* fué perseguido de nuevo por tiempos detestables. El dia 5 costeó de cerca y por espacio de quince millas los temibles rompientes que ciñen la parte S. E. de la deliciosa isla de Viti-Levou. Por la noche, habiendo recobrado la bordada del S. para ir á reconocer una isla situada segun los mapas á treinta millas de distancia de Viti-Levou, la corbeta habia corrido apenas doce millas, cuando la luna mostrándose á hurtadillas á través de gruesos nubarrones, difundió algunos dudosos rayos sobre una prolongada serie de arrecifes que emblanquecian á algunos cables de distancia. Cinco minutos despues la corbeta iba á estrellarse pero una rápida maniobra la sacó del peligro. El *Astrolabio* cargó la vela y rozó los cantiles del escollo. Terrible era la advertencia: así que toda la noche se anduvo alerta; y al amanecer se distinguió un inmenso arrecife que orilla un grupo de islas y de islotes situados al N. de Kandabon. Esta última isla es mucho menos distante de Viti-Levou de lo que han indicado los mapas hasta aquí, y no de otra fuente trae su orijen la trabacuenta de la noche.

Despues de haber esplorado Oumbenga y Ran-

bon, el *Astrolabio* repuntó al N. para alcanzar Viti-Levou; pero el canal le fué cerrado de nuevo por una serie de rompientes que tal vez eran la continuacion de los de la víspera. El dia 7 se descubrió la risueña y pequeña Vatou-Lele, y por la tarde se hallaba ya en la costa S. O. de Viti-Levou, cuyo corto recalo fué señalado por algunas relaciones amigables con los moradores de la grande isla. El dia 10 aparecieron muchas islas é islotes que componen los elevados grupos de Malolo, Nakoro, Bitonho y Vivoua, y el 11, hallándose comprometida la corbeta en medio de peligrosas hondonadas, fué forzoso hacerse mar adentro y terminar aquel reconocimiento de las islas Viti. El capitan d'Urville velejó hácia otros puntos no menos importantes que le marcaba su itinerario.

En aquella esploracion tan espinosa, el *Astrolabio*, arrostrando cada dia peligros imprevistos, llegó á justificar de una manera segura la situacion de muchas islas que hasta entonces se habian puesto en el mapa á la buena de Dios; rectificó los descubrimientos nuevos, fijó las denominaciones y recojió algunas nociones ecsactas y nuevas sobre los habitantes de aquellas islas, documentos preciosos para la ciencia, jalones seguros y útiles que abren el camino para alcanzar noticias mas completas.

Hemos dicho ya que los habitantes de Viti pertenecen á la raza melanesia; ahora debemos añadir que constituyen una de las variedades mas hermosas. Altos, bien formados, ájiles y musculosos, no tienen como los Polinesios esa tendencia á la obesidad tan frecuente en la misma Tonga. La parte superior de su rostro es ancha, su nariz gruesa y remachada, su boca grande, sus labios gruesos, sus dientes blancos, sus cejas bien pobladas; pero su carácter mas notable consiste en ese tinte fulijinoso y ese pelo crespo que comunica á su semblante un aspecto sombrío y feroz.

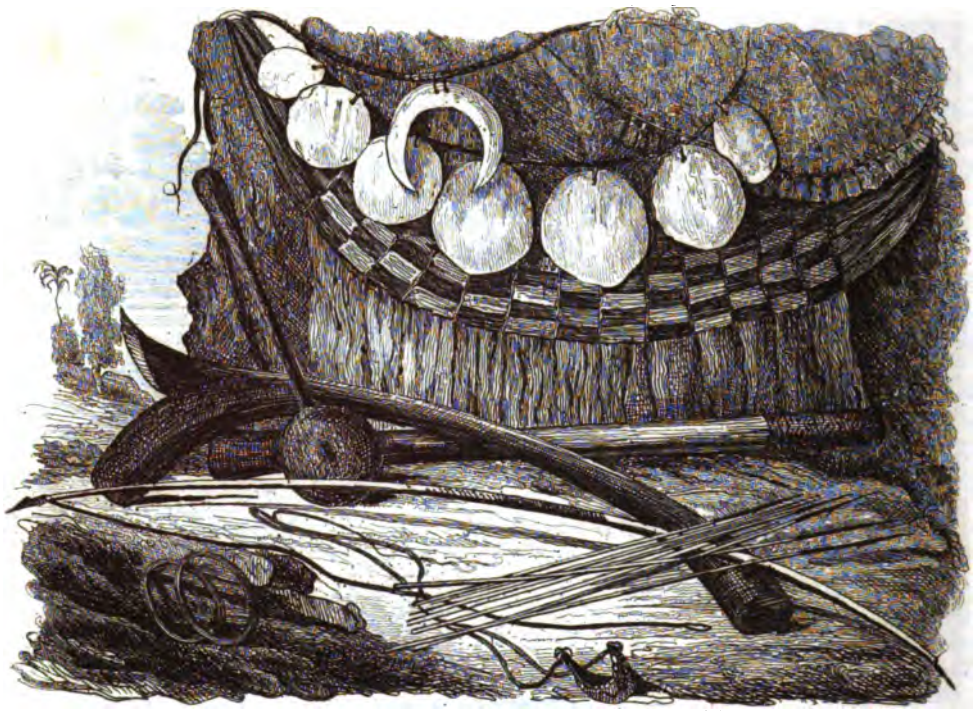
Es muy difícil determinar su carácter. En todos tiempos han tenido una grande reputacion de ferocidad y de perfidia, reputacion asentada por otra parte sobre hechos que parecen incontestables. Sin embargo hasta que tengamos mejores informes debe rebajarse la parte de la ecsajeracion en las relaciones de los aventureros europeos que han tenido mas que quejarse de aquellos pueblos. Si los salvajes pudiesen á su vez articular sus quejas, quizás colejiríamos que los agravios eran recíprocos, y que las barbaries de los isleños no eran mas que represalias. Los especuladores armados de cañones tampoco son de una naturaleza sobrado dulce y conciliadora, y si es verdad que no se comen á los indíjenas, tampoco tienen escrúpulo alguno en ametrallarlos.

Lo que es imposible de revocar á duda, es la antropofajía de estos pueblos, costumbre y gusto abominable que llevan mucho mas lejos que los Nuevo-Zelandeses. En efecto en la Nueva Zelandia la relijion desempeña la parte principal en los sacrificios humanos, siendo ella solamente quien los provoca y los perpetua, al paso que en el archipiélago Viti solo el gusto y el apetito sensual impelen al canibal. Un egui de Tonga citado por Mariner asistió cierto dia á un festin que dieron los grandes de Viti. Era un banquete á la vez horrible y grandioso; banquete-monstruo en que figuraban doscientos canastillos de batatas, doscientos pollos, doscientos cerdos y doscientos cadáveres humanos asados al horno. Los convidados, la mitad tongas y la otra mitad vitios, no dejaron sus puestos hasta consumir enteramente aquellos víveres. Por lo demas, fuerza es creer que este uso no carecia en Viti de algun carácter relijioso, puesto que Smith, cuyas aventuras hemos citado, refiere que los cadáveres se entregaban á los sacerdotes paraque los preparasen.

Los Vitios casi no traen otro vestido que el maro. Todo su cuidado viene á ceñirse al arreglo de su peinado que tiñen, rizan y ajustan de cien maneras. A mas del pintarroteo ordinario á los Polinesios, la mayor parte practican en su cuerpo el pintarroteo en relieve, particular á las tribus melanesias, pintarroteo que resulta de incisiones profundas cuyas cicatrices salen sobre el nivel del cútis (1).

(1) Este pintarroteo que, á manera de los adornos y afeites de que usan las mujeres de todos los países, sirve solamente para presentar un testimonio de nobleza y dignidad, ó para hacer resaltar la hermosura natural, es un antiquísimo efecto de la vanidad, que no se circunscribe á las tribus salvajes del Océano Pacífico, como tal vez podria creerse, sino que tambien se estiende á la mayor parte de los pueblos, que lo usaron igualmente antes de conocer los vestidos. Entre los Tracios los nobles se distinguian por sus pinturas (Herodoto, *Historia*, *lib. V.*); los Pictos y los Bretones se pintaban el cuerpo de azul, y lo mismo hacian los antiguos Jermanos (Tácito, *Anales*, *lib. XVII*, *cap.* 43); los primitivos Romanos se almagraban todos indistintamente el dia de su triunfo (Plinio, *lib. XXXIII*, *cap.* 7); los negros de Jesso se pintan los labios de azul (Viajes de Struys, *tom.* 1); los isleños de Sombreo se pintan la cara de colores diversos (Historia jeneral de los viajes de Prévost, tom. 1); y los Egipcios, los Etiopes, los Sármatas, segun Sexto Empírico, se ennegrecian varias partes del cuerpo (Virey, *Historia natural del jénero humano*, *tom. III. lib. III*, *secc.* 2, *art.* 4). Sin embargo todas estas vanidades podrian ser disimuladas como resultado de la vaciedad y estravagancia del corazon humano si no dejenerase á veces en un uso cruel é intolerable, como se observa en otros muchos pueblos que arrostran los mas intensos dolores y se laceran con el hierro y el fuego para imprimir señales en su cútis. Los soldados romanos se punteaban la piel (Vejecio, *Re militari*, *lib. II*); los Groenlandeses, los Esquimales, los Tungusos, los Árabes y las jóvenes de Tunez se bordan la piel por medio de agujas muy finas; y los caudillos de las islas del mar del Sur se dibujan hasta los órganos secsuales con espinas de pez ó huesos puntiagudos, y para dar una idea del alto punto á que llega en algunos paises este colmo de ridiculez, podriamos citar algunos ejemplos del *Viaje á la Nueva Gales del Hunter* mencionado por el autor, los Viajes de Lavalle, los del *Astrolabio* y los de todos los navegantes que han dado la vuelta al mundo. En

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Armes & Ornemens des Iles Viti.

1 Armas y Alhajas de las Islas Viti

2. Homme de Mallicolo.

2 Hombre de Malicolo.

de Sainson del.

Las dos grandes islas parecen estar divididas en diversas pueblas que reconocen diferentes jefes. El de Imbao, en la parte E. de Viti-Levou, toma el título de abouni-valou y ejerce su imperio sobre la mayor parte de las tierras del Oriente. Ounong-Lebou, soberano de la parte occidental, parece ser igualmente un jefe poderoso. Vanoua-Lebou, Boua, Nampakab, Vouhia y Dagon-Robe, tienen igualmente sin duda sus soberanos desconocidos.

Quieren decir que Orivo, jefe de Imbao, poseía para sí solo cien mujeres. En el órden hereditario la sucesion se transmite de los primojénitos á los hermanos segundos, y recae sobre los hijos de los primojénitos. La autoridad de los reyes es absoluta, con tal que obedezcan al impulso de los sacerdotes. Estos se denominan *nambeo* ó *nambetti*, y su jefe toma el título de nambetti-levou. Este pontífice tiene tres mujeres, y posee considerables riquezas en dientes de ballena. Ademas se hace mencion de una gran sacerdotisa que toma el título de nambetti-levoua, y cuyo marido es jefe que domina sobre Nhao. Todos estos personajes gozan de una grande influencia sobre el ánimo de los naturales. En los casos de nacimiento y de muerte, se cree que no se necesitan para ningun ceremonial convenido, pero sí para las enfermedades.

Pocos son los datos que se tienen sobre sus ideas relijiosas. Zan-Houalou es un dios de primer órden; Kalou preside al tambou, el tabou de la Polinesia, y tras estos vienen otros dioses subalternos, Kalou-Niouza, Reïro, Vazongui-Bavata, Vazongui-Tonha, etc. La sacerdotisa invoca las diosas Goulio-Ravaro y Goli-Koro. Todos estos seres habitan el cielo ó Louma-Lanhi.

Hay otro dios, Onden-Hi ú Onden-Heï, que ha creado el cielo, la tierra, todas las cosas y todos los dioses. Dícese tambien que despues de la muerte el alma va á reunirse en Onden-Hi. Estos dioses no son representados por imájenes materiales, pero tienen capillas ó casas sagradas llamadas *amboure*, en las que se hacen ofrendas en cerdos, bananas, telas, etc., presentes que tienen lugar cuando la enfermedad de un pariente ó de un jefe. A la muerte de un allegado acostumbran cortarse un dedo de la mano ó del pie, y cuando muere un jefe, matan sobre su tumba á muchas de sus mujeres.

Los jefes poseen desde diez hasta cien mujeres segun su fortuna, y los plebeyos tienen una sola. Las mozas se casan desde que son núbiles; pero los hombres no pueden cohabitar con las mujeres hasta la edad de veinte años, y están íntimamente convencidos que si violasen este entredicho, moririan al momento. El goce de las mujeres solo se permite á los hombres que tienen la barba larga.

Los dos secsos nunca comen juntos. La pesca, la cocina, la preparacion de los alimentos, la fabricacion de las telas son cosas concernientes á las mujeres, al paso que los hombres hacen la guerra, cultivan los campos y construyen las casas y las piraguas.

Los Vitios hacen uso del kava, pero no conocen el betel. Nunca se rapan la barba, y en el acto de nacer les imponen un apellido que trocan cuando adultos. A la edad de quince años circuncidan á los muchachos con el ausilio de una conchita delgada y afilada, y por medio de un pedazo de tela finísima atajan el curso de la hemorrajia. En jeneral puede decirse que los naturales gozan de una salud robusta, bien que no dejan de verse entre ellos algunas enfermedades venereas, y á los que enloquecen les aprietan el gaznate.

Conócese tambien en Viti la manía del suicidio, del que echan mano los naturales cuando se ven insultados por sus caudillos. Entre ellos son muy frecuentes los robos, pero por lo que hace á las penas que les inflijen, todas indistintamente dependen de la arbitrariedad y capricho de los jefes.

Aquellos hombres ignoran el uso de trocar sus nombres con los de sus huéspedes, prenda de amistad y de confraternidad comun entre los Polinesios: pero cuando un jefe mata á su adversario, toma desde entonces su apellido. Las armas de los isleños consisten en flechas, lanzas y macanas, y las mas peligrosas de estas últimas son cortas y provistas de un grueso boton redondo (Pl. XIII.— 1). Sus edificios y sus muebles son muy semejantes á los de los Tongas.

Los dientes de ballena son los objetos mas

el estado á que ha elevado á las jeneraciones europeas la moderna civilizacion, la vanidad ha perdonado á la piel del cuerpo despreciando estos rasgos insensatos, y desfogado los impetuosos arranques del mal gusto y de la moda sobre los vestidos haciendo variar cada dia sus formas, su colorido y sus adornos incómodos y facticios. Los sabios de la antigüedad estaban bien persuadidos de que todos estos adornos en nada favorecen el mérito de las partes naturales y son únicamente una prueba de insensatez: así que desde el fondo de su retiro esclamaba en el siglo pasado un sabio portugués: « Cuando los escultores de la antigüedad quisieron transmitir á los venideros siglos una imájen perfecta de la belleza, no hicieron ricas las estatuas que quisieron hacer hermosas. La Venus de Médicis no tiene collar ni brazaletes, y el Apolo de Belvedere no trae espada ni peluca. » El citado Virey, despues de describir la ridiculez del Hotentote que envuelto como nuestros pisaverdes en todos los adornos mas estravagantes de la moda, se admira á sí mismo cual otro *Adonis*, concluye: Somos nosotros mas sensatos en la estrecha prision de nuestros vestidos, y con las vanas ceremonias de nuestras mentirosas grandezas? » Lo cierto es que el pintarroteo es uno de los usos mas jeneralizados en todos los pueblos, bien que con diversas modificaciones, y léjos de que de la futilidad y estravagancia de semejantes adornos podamos deducir que sean una necesidad del corazon del hombre como lo es la relijion, debemos considerarlos como un esceso de vanidad y de debilidad femenil, y confesar con el mismo Virey que la historia de los adornos humanos es tan antigua como la de la mujer.

apreciados de los Vitios, supuesto que les sirven de moneda muy preciosa. Cada diente es dividido en cuatro ó cinco partes en sentido de su longitud, y con ellos hacen unos collares que solo los jefes tienen derecho de llevar. El gran tesoro de Orivo se compone de un gran número de aquellos dientes.

Ecsiste en las islas Viti una clase de hombres que ofrecen alguna analojía con la de los mata-bulés de Tonga, denominados *mata-nivanoua*, y cuyas principales funciones se reducen á percibir los tributos y proferir las arengas públicas. Tampoco faltan en el archipiélago esclavos de ambos secsos, conocidos bajo el nombre de *kaissi*: Orivo poseía hasta ciento de esos esclavos machos.

Cuando los vencedores van á apoderarse despues del combate de los cadáveres para descuartizarlos y asarlos, entonan á coros un himno cuya letra fué entregada por el jefe Toumboua-Nakoro á Mr. Goimard, que no pudo entresacar su verdadero sentido. En el mismo caso se halló Mr. d'Urville con el *Pihe* de los Nuevo-Zelandeses, cuando recojió la letra y no pudo dar con su significacion.

La lengua vitia, bien que mezclada de algunas voces tongas, difiere esencialmente de todos los dialectos polinesios. En ella se encuentra el uso frecuente de la *m* y de la *n* en principio de diccion, y aun delante de consonantes. Esta articulacion, segun observaciones de Mr. d'Urville, se reproduce igualmente en muchas lenguas de naciones negras, entre las cuales se cuenta el copto, y á buen seguro que no era estraña á los dialectos del antiguo Ejipto.

Las producciones conocidas hasta el dia de las islas Viti, parecen comunes á las islas mas orientales. Sin embargo es de creer que las altas y grandes tierras de Vanoua-Lebou y de Viti-Levou contienen diversas especies estranjeras al suelo polinesio, transicion necesaria y forzada de las flotas pobres y reducidas de los grupos del Este á las floras ricas y variadas de los archipiélagos del Occidente.

Si hemos de dar crédito á la narracion de Mariner, los moradores de Pau en las islas Viti, percibieron en sus playas á principios del presente siglo un lagarto colosal que se zambullia en el mar, el cual habiendo devorado sucesivamente muchos naturales que se bañaban, difundió la alarma por toda la isla. Reuniéronse inmediatamente los habitantes para dar caza al monstruo, pero todas cuantas flechas le disparaban, iban á rebotar y enervarse en su concha: no parecia sino que aquel lagarto estaba armado de corazas. Entonces los naturales creyeron ser alguna maligna divinidad enviada del cielo para destruirles, y se resignaron á sufrir con paciencia sus ataques. Levantóse sin embargo un viejo guerrero, diestro é intrépido, que acometió por sí solo la ardua empresa de librar el país de aquel azote. Al efecto hizo preparar una gruesa soga, ató un cabo á un árbol é hizo sostener el otro por quince naturales prontos á obrar. En cuanto el terrible réptil asomó su cabeza, el animoso guerrero le salió valerosamente al encuentro, y arrojó su lazo escurridizo con tanta destreza que se enroscó en la cabeza y las piernas del animal. Estonces los individuos que agarraban fuertemente el cabo de la soga tiraron con todas sus fuerzas, y el monstruo quedó preso y contenido apesar de sus prodijiosos esfuerzos. Al momento se precipitaron sobre él en número considerable, descargáronle terribles golpes de macana hasta acabar con su ecsistencia, y segun la costumbre constantemente recibida, se asaron y se comieron los mas sabrosos pedazos del vencido. A juicio de los ancianos que narraban el hecho, fué un regalo escelente y envidiable.

Este monstruoso lagarto no pudo ser sino un caiman: tal vez era aquel anfibio encontrado por Mr. d'Urville en las playas de la Nueva Irlanda, que pasando de isla á isla llegó hasta el archipiélago vitio.

CAPÍTULO XXVIII.

NUEVAS HÉBRIDAS. — JEOGRAFÍA. — HISTORIA.

Acababa el *Oceánico* de dejar las islas Viti, y estaba forzando de vela en direccion á las Nuevas-Hébridas, cuando sobrevino un funesto acontecimiento que esparció el duelo en la nave. Hacia mucho tiempo que el pobre Philips estaba gravemente enfermo; una disentería tenaz, despreciada al principio, pero agravada por el réjimen de la nave, socavaba lentamente la vida á aquel bravo marino. Mucho tiempo estuvo obrando el mal por intermitencias. Cuando se sentia algo mejorado, subia Philips á la cubierta, y no podia sufrir que otro hiciese su servicio. Pero su jovialidad habia desaparecido; sus repletos y rollizos contornos se iban alterando y enflaqueciendo diariamente. Desde la salida de las islas Tonga, el enfermo guardó cama, de donde no debia levantarse mas. Pendleton, único doctor del buque, agotó toda su solicitud y saber; por espacio de cinco noches veló su segundo cual hubiera podido hacerlo con su hijo; desocupó casi toda su botica y utilizó las mejores fórmulas de la medicina inglesa; pero nada fué parte para atajar el curso del afecto mórbido que iba tomando incremento á ojos visto.

A 5 de junio por la mañana Philips estaba agonizando ya; y como yo me hallaba cabe su coi, me dijo en voz baja: « Yo no me atrevo á pedirlo á Pendleton, pero quisiera morir en la cubierta, á vista del mar. El aire de la cámara

me sofoca, y almenos podré allí respirar libremente. » Fuí á manifestar al capitan este voto de un moribundo. « No hay duda, me contestó vertiendo una lágrima; hágase su voluntad. » Y puso cuatro individuos á mis órdenes. Desatámos el catre del segundo con lentitud y cuidado, y lo trasladámos á la cubierta. Cuando nuestro desgraciado Philips vió el Océano por última vez, se reanimó su vista, su terrosa fisonomía reflejó algunos rayos purpurinos, tendió las manos é hizo un esfuerzo para levantarse; pero como la enerjía de su alma no podia comunicar fuerza á su cuepo, volvió á caer. Este fué su postrer movimiento. Despues de esta prueba de su impotencia, el digno Philips cruzó los brazos, y sumido en un silencioso éstasis, miró al mar, recorrió las velas, y ecsaminó los aparejos con cierto aire de satisfaccion lisonjera. Parecia despedirse para siempre del sloop y del mar, y solo pensó en la tierra hácia su última hora. Habiéndose acercado Pendleton á su coi, díjole Philips: « Capitan, V. será el tutor de mis hijos y cuidará su patrimonio. Está escrita ya mi última voluntad; la encontrará V. en la caja de octante junto con el inventario de mi pequeña fortuna. Quiero que Tom sea marino como yo, y que Nelly se case tambien con un marino. » Proferidas estas palabras, Philips no articuló nada mas en sentido contrario. Musitó algunos versículos de los salmos, sobrecojiéronle las ansias de la muerte, y despues de un cuarto de hora estertor ecsaló el último aliento.

Toda la tripulacion presenció aquella muerte ocurrida en la cubierta y en medio del dia. Philips era sumamente querido de los marineros, y así es que todos lloraron amargamente. Aquella misma tarde el maestre asistido de algunos ausiliares se acercó para coser el difunto en su hamaca; vistióle con su ajuar mas precioso, fijóle dos pesos en los pies, ató bien aquel fardo, semejante á poca diferencia á una momia ejipcíaca, y depuso el todo en una canasta rala y trasladólo hácia el alcázar. Dos faroles encendidos velaron toda la noche aquel aparato mortuorio, y el yack de la *Union* cubrió los despojos del muerto con su estrellada estameña. Era verdaderamente un espectáculo lúgubre é imponente: nadie se atrevió á mostrar la menor sonrisa durante toda la noche á bordo del *Oceánico*; hablóse poco, y casi siempre del difunto; el viento mismo y aun el mar parecian asociarse á aquel luto jeneral.

Á las once de la mañana del dia siguiente, se celebraron los funerales. Habíanse guardado únicamente las bajas velas para la maniobra del sloop, pues todas las altas vergas eran braceadas en forma de cruz, y el pabellon flotaba á medio mástil. A una señal de Pendleton sonó la campana mayor para indicar la ceremonia, y para dar á su tañido un son lúgubre y apagado, envolvió en estopas el badajo. A este son conocido subió á la cubierta la tripulacion en masa, y se escalonó en los pasadizos, en los chuzos, al rededor del palo mayor y en el castillo de proa, y solo subieron á las cofas algunos gavieros. En seguida se presentaron seis hombres vestidos de gran luto, y fueron á buscar la canasta rala que contenia los restos del marino; marcharon en buen órden hácia la defensa, y depositaron su carga ante la escala del pasamanos, por donde debian precipitarlo al mar.

Tres cañonazos anunciaron el instante solemne, y Pendleton, capellan y doctor de su buque, se adelantó hácia el féretro y pronunció esta oracion que fué repetida por todos los marineros.

« Ya que plugo á Dios todopoderoso, en su misericordia infinita, llamar á sí el alma de nuestro hermano bien amado, aquí presente, confiamos su cuerpo al mar, aguardando la resurreccion en que el mar restituirá sus cadáveres para la vida futura. »

Mientras Pendleton proferia estas palabras: « Confiamos su cuerpo al mar » dos marineros se abajaron, desenvolvieron el pabellon que cubria los restos del difunto, y arrojaron la canasta á las olas. Al concluir la oracion, el cuerpo cargado con dos pesos penetró en el Océano encrespando una serie de olas rápidas y circulares. A este incidente sucedió una calma completa, así á bordo como en el mar; las olas y la oracion enmudecieron, y otros tres cañonazos dieron cima á la ceremonia fúnebre.

Así desapareció uno de mis compañeros de viaje, aquel buen Philips, cuya natural injenuidad me habia procurado tan frecuentes y felices distracciones. Sin embargo del breve tiempo que transcurrió desde que contraje amistad con él, lo lloré como un amigo ya muy antiguo. La nave es una familia con cuyos miembros se enlaza nno firmemente, en términos de llorar á los que fallecen. Los vacíos que ocurren en la sociedad apenas se echan de ver; pero en el mar, ¡ah! en el mar todos conmueven y ocupan el ánimo por mucho tiempo.

Al dia siguiente á los funerales del infortunado oficial, 7 de junio, observámos algunos nublos elevados en un punto del horizonte que nos revelaron una tierra: era Erronan. Habia resuelto Pendleton anclar por un momento en el archipiélago, á fin de cerciorarse del grado de confianza que merecian algunas relaciones recientes de los capitanes de la marina mercante, puesto que, segun estas, las montañas del interior entrañaban magníficas esencias de sándalo, añadiendo que una espedicion que hiciese escala en esos parajes gozaria de muchos y seguros beneficios.

Hasta entonces el *Oceánico* navegara por un mar sumamente tranquilo y protejido por el soplo

de una brisa de S. E., por manera que todas las circunstancias inducian á creer en la prosperidad de aquel reconocimiento. En consecuencia Pendleton llevó el rumbo hácia las Nuevas Hébridas, y ya empezaba á desprenderse del seno de aquellos nublos el cónico picacho de Erronan, cuando repentinamente y sin que nada diese á sospechar aquella continjencia, nuestras velas relingaron y quedaron cosidas con el palo. La brisa pasó del S. E. al S. O., el teniente Rainbow que mandaba la guardia echaba pestes, juraba y se daba á todos los diablos, y sin la concurrencia de Pendleton que acudió sin demora al susurro, tal vez el *Oceánico* hubiese esperimentado algunas averías en su arboladura.

En el espacio de cinco minutos, todo lo reparó el hábil maniobrista. El sloop tomó las amuras á babor y siguió la derrota del N. O., que, si bien nos alejaba algun tanto de tierra, era la mas directa que podia escojerse. Por otra parte la brisa en el acto de saltar al S. O. pasó á ser desigual y tempestuosa, soplando por ráfagas intermitentes, y oscilando al parecer entre cinco ó seis rumbos de la brújula. Teníamos á la vista la isla de Tanna, una de las Hébridas, donde Pendleton proyectara fondear; pero nos iban alejando de ella por grados la corriente, el viento y la marejada. En vano intentámos dar bordos para avanzar, pues el pico de Tanna, en vez de aproximarse, fugábase insensiblemente y se simaba en el fondo de los nublos. Por la noche sobrevino una luz dudosa que parecia señalar en su direccion las llamas de un volcan, y ocho dias despues de una navegacion incómoda é infructuosa pasábamos mas allá de la dilatada serie de las Nuevas Hébridas, y nos hallábamos entre las islas Fataka y Tikopia, teniendo la una al O. y la otra al E. Pendleton renunció á visitar ese grupo, y yo tuve que contentarme con las observaciones hechas por otros navegantes mas afortunados.

Si retrocedemos al descubrimiento de este archipiélago, encontramos en primer lugar al Español Quiros, que fué el primer navegante que vió las Nuevas Hébridas. Enviado al descubrimiento de las grandes tierras australes, supo por los moradores de Taumako que al S. de su isla ecsistia un grupo denominado Mannicolo y habitado por hombres blancos, negros y mulatos. Guiado por la sola luz de estas noticias, llevó el rumbo hácia el S., y á 25 de abril de 1606 descubrió muchas islas altas situadas á los 14° 30' de latitud. Una de ellas tenia la costa escarpada, peligrosa y surcada de despeñaderos que caian en el mar, y fué denominada *Nuestra Señora de Luz*.

Vista desde alta mar, la tierra parecia cubierta de plantaciones. Los naturales acudieron á presenciar el espectáculo de un navío navegando á velas deplegadas, y ajitaron ramas de cocotero llamando á los Españoles por medio de un continuo clamoreo ó de señales y fuegos en la montaña. Quiros envió un oficial á tierra con veinte soldados armados de rodelas y de mosquetes. Entraron en un delicioso riachuelo que corria entre enormes peñas, y vieron muchos cerdos á la playa. Los habitantes eran de tres colores: los unos enteramente negros, los otros sumamente blancos con la barba roja, y los últimos mulatos. Los Españoles hicieron á los naturales señales de paz; pero mientras se entretenian en semejantes preliminares, uno de aquellos indíjenas, precipitándose de una roca, alcanzó á nado la piragua. Apoderáronse de él y le hicieron prisionero: «Porque, dice la relacion, era bravo y robusto: su jestos y sus contorsiones no indicaban nada de bueno.» Es muy difícil sin embargo imajinar que mal hubiera podido hacer un solo hombre á veinte individuos armados. Aquel salvaje era un caudillo, segun podia juzgarse por sus brazaletes de dientes de jabalí, ornamento que indicaba una distincion, puesto que otro salvaje hecho prisionero por astucia no llevaba nada de semejante. Para asegurarse de aquella doble captura, atáronse con grillos los pies de aquellos desgraciados, y empezaron á bogar hácia el buque. Inquieto de la suerte que le reservaban, uno de los prisioneros rompió sus grillos y se arrojó al agua arrastrando en pos de sí un cabo de cadena. Sin embargo habiendo sobrevenido la noche no pudo alcanzar la tierra y fué recojido á bordo. Uno y otro fueron muy bien recibidos por Quiros. Este capitan les confortó, hízoles rapar la barba y los cabellos, y mandó que les vistiesen de tafetan encarnado y les acompañasen á tierra con muchas piezas de tela que debian trocar contra víveres. Verificóse puntualmente como estaba prescrito: el jefe cautivo de los Españoles manifestó en los trueques alguna jenerosidad y reconocimiento, y cargó las chalupas de cerdos, de batatas y sobre todo de hermosas y escelentes bananas. Alentado por estas primeras relaciones, Quiros resolvió diferir su partida de aquellas islas, y aun, si hemos de darle crédito, tentó una especie de colonizacion.

Apesar de los pormenores tan esplícitos que nos da el mismo Quiros, la *Tierra del Espíritu Santo* del navegante español parecia enteramente perdida para los jeógrafos, cuando Bougainville y Cook consiguieron rehabilitar los relatos de Quiros y de Torres.

A 22 de mayo de 1768 Bougainville navegando por aquellos parajes percibió dos tierras altas que llamó *Pentecostes* y *Aurora*; al N. de esta una isleta elevada en forma de pan de azúcar, y á mayor distancia en el O. una tercera isla todavía mas alta que las precedentes y enteramente cubierta de bosques. Cruzaban á lo largo de la costa varias piraguas, pero sin hacer el me-

nor movimiento que indicase el deseo de atracar á los navíos. De todos los puntos de la isla se elevaban numerosas humaredas que arguían una poblacion considerable.

Cuando se halló á poca distancia de la costa, Bougainville destacó tres botes armados para reconocerla. Á vista de los marinos, los isleños armados de arcos y de flechas pretendieron oponerse al desembarque; pero como las tripulaciones francesas pasaban adelante, retrocedieron hasta llegar á cierta distancia y permanecieron en la defensiva. Apesar de que les hicieron signos de amistad y les salieron al encuentro en aire pacífico, persistian en permanecer á alguna distancia, hasta que el príncipe de Nassau, que hacia esta campaña por curiosidad, penetró en persona hácia el interior de la isla, y á vista de un hombre aislado, los salvajes se detuvieron. En esta situacion se pudieron cambiar algunos objetos de Europa contra frutos del país, pero cuando les pidieron en cambio algunas armas, se negaron redondamente á la demanda y tomaron una actitud ceñuda y hostil. Muchos de ellos preparaban sus hondas para combatir, con lo que se comprendió que estaban en guerra con una tribu vecina y que presentian una lid inminente. En efecto, no tardaron en llegar de la parte occidental otros salvajes que se formaron en batalla en frente del pequeño cuerpo de ejército, pero la presencia de los Franceses impidió que los belijerantes viniesen á las manos.

Entretanto Bougainville hacia cargar sus botes de frutos y de madera, y mandaba grabar en una tablazon de encina el acta de toma de posesion de aquellas islas en nombre de la Francia, y enterrar al pie de un árbol esa prueba perecedera de una supremacía nominal. Satisfecho este rasgo de vanidad, embarcóse de nuevo, y esta era precisamente la coyuntura que aguardaban los salvajes. Cuando vieron que las chalupas se enmaraban, precipitáronse hácia la playa y desemballestaron una lluvia de piedras y de flechas. Contestóse á esas demostraciones con algunos fusilazos disparados al aire; pero viendo que los agresores aplicaban en ello una obstinacion peligrosa, cortáronse sus tentativas por medio de una mosquetería viva y bien dirijida. Al caer los primeros muertos, los agresores emprendieron la fuga aullando hácia los bosques que orillaban la playa.

Bougainville distinguió igualmente en aquellas islas dos tipos distintos, negros y mulatos, unos y otros de labios gruesos, y de pelo casi lanoso, de pequeña estatura, feos, mal formados y corroidos de lepra, circunstancia que hizo denominar aquella tierra *isla de los Leprosos*. Las pocas mujeres que vió no eran menos diformes que los hombres. Estos iban casi desnudos y apenas se cubrian las partes secsuales; las mujeres, tambien medio desnudas, llevaban sus hijos en una especie de rebocillo papiriforme adornado de hermosos dibujos y circuído de un ribete carmesí. La barba de los hombres era rala; las ventanas de la nariz eran agujereadas para recibir ornamentos; los brazos tenian brazaletes de dientes de jabalí, y el cuello chapas de concha de tortuga. Sus armas consistian en arcos, flechas, cañas armadas de huesos acerados, macanas, sables de madera muy dura, y piedras que arrojaban con la honda ó simplemente con la mano. El Taitio Outourou, que Bougainville tenia á bordo, no comprendió una palabra siquiera del lenguaje de aquellos naturales. En el punto en que desembarcaron las tripulaciones, el terrreno, inclinado en rápido declivio, estaba cubierto de frondosos bosques en los que cojieron algunos frutos, bien que de una calidad inferior á los de Taiti. En todas partes se notaban senderos al través de las selvas y empalizadas cuyo objeto no pudo determinarse á punto fijo. Percibiéronse igualmente cinco ó seis chozas, pero tan sumamente bajas y miserables, que debia entrarse en ellas á gatas.

Durante dos ó tres dias la calma ó las brisas juguetonas detuvieron los navíos de Bougainville en una especie de ensenada que formaban las altas tierras. A 26 de mayo se aprocsimó á la de O. que segun él formaba una bellísima costa cubierta de árboles y de trechos bien cultivados. El aspecto jeneral prometia un pais rico, aunque montañoso. Acercáronse algunos hombres en varias piraguas; pero resistiendo siempre á las mas reiteradas instancias, permanecieron fuera de tiro de fusil. La costa pululaba de cabezas negras.

Entonces Bougainville quiso tentar un segundo reconocimiento. Habiendo observado una hondura que parecia formar una ensenada, mandó sus botes armados para esplorarla, mientras cruzaba con sus navíos á una legua de distancia de tierra. Habiéndose separado de los otros uno de los botes, recibió una granizada de flechas á que respondió con fuegos de mosquetería y descargas de pedreros. Estas hostilidades hicieron imposibles las comunicaciones; pero apesar de todo pudieron los botes cerciorarse de que la hondura de las tierras no formaba ninguna bahía. Los habitantes parecieron semejantes á los de la isla de los Leprosos. El 27, siguiendo la costa á una legua de distancia, creyó percibir en una punta baja una plantacion de árboles dispuestos en forma de calles de jardin. El suelo parecia arenoso, y á esto se redujo aquella esploracion. Bougainville procuró inútilmente buscar un fondeadero, y á 28 de mayo se hizo mar adentro continuando su derrota hácia el O.

Las últimas tierras que acababa de costear Bougainville, eran las dos grandes islas del Espíritu Santo y de Mannicolo, con la isla San Bartomé y sus islotes adyacentes. Poniendo en paralelo

sus descubrimientos con las indicaciones de Quiros, el navegante francés sospechó la identidad de este grupo con la tierra del *Espíritu Santo* del Español; pero apoyándose en una mutlitud de nimiedades que rechazaban semejante hipótesis, usú del derecho de descubridor para imponer á aquel archipiélago la denominacion de *Grandes Cicladas*. No obstante no cabe duda que Bougainville tuvo la incontestable gloria de haber encontrado grupos que se creían perdidos, anticipándose á Cook en un reconocimiento que debia este verificar con aquella superioridad que le distingue de todos sus navegantes contemporaneos.

Cook percibió las tierras de la isla Aurora á 16 de julio de 1774 y las dobló por la parte del N., siguiendo la costa que le ocultaban por intérvalos la niebla y la obscuridad. «Percibíamos, dice Forster, varios cocoteros hasta en las mas encumbradas cordilleras de la isla. Segun nos permitió juzgar una espesa niebla, estaba vestida de selvas de un aspecto agradable, pero salvaje. Mi padre descubrió el picacho que Mr. Bougainville llama pico de la Estrella ó pico del Averavy; pero los nublos que corrian con rapidez, lo envolvieron en breve tiempo.

Habiéndose aprocsimado Cook á la isla de los Leprosos á 18 de julio, dos piraguas se adelantaron hácia el navío, deteniéndose á un tiro de piedra de distancia. Agolpábanse en la playa millares de naturales armados de arcos y de flechas, negros, desnudos, con algunos ornamentos en el pecho y en los brazos. Uno de ellos, á guisa de rebocillo, llevaba una tela de un blanco sucio adornado de un ribete encarnado, pero el único que iba engalonado de esta suerte.

Al dia siguiente costeó la isla Aurora, para singlar hácia la isla Pentecostes, mas agradable, mas rica, mas fecunda y mas populosa en apariencia. En todas partes se remolinaba la humareda. Desde allí pasó á la costa septentrional de Ambrym á fin de alcanzar las tierras situadas al O., y á medida que se fué aprocsimando á ellas, reconoció que formaban una grande isla llamada Mannicolo por los naturales. A 21 de julio ancló Cook en una bahía que encontró al S. E.

Cuando se acercó á la costa la embarcacion que despachó, vió á los naturales precipitarse en tropel, armados de ramos verdes que ajitaban á lo lejos, y en seguida sacar agua con sus manos derramándola sobre sus cabezas. Cook respondió á tales demostraciones de amistad con signos análogos, y las piraguas se encaminaron hácia los navíos, continuando los naturales que las montaban en sacudir sus ramos verdes, y esclamando: *¡ Tomar !* que parece ser equivalente al *taïo* (amigo, hermano) de los Taitios. Apesar de estas pacíficas demostraciones, la mayor parte de ellos iban armados, por lo que se procuró vijilarlos realizando algunos trueques. Los Ingleses dieron telas de Taiti, y los naturales flechas armadas de huesos y chafarrinadas de goma negruzca. En fin, despues de haber circulado y parloteado en torno del buque, retiráronse los salvajes por la tarde hácia la playa, encendieron grandes hogueras, acercáronse de nuevo á los navíos en sus piraguas guarnecidas de antorchas, paseáronse por toda la bahía, y regresaron á tierra no cesando sus cantos y sus bailes hasta bien entrada la noche.

Al dia siguiente se presentaron de nuevo, los unos á nado, los otros montados en piraguas. Cook invitó á uno de ellos á subir á bordo, y el navío se halló en breve atestado de salvajes. En pocos momentos llenaron estos todas las fragatas penetrando hasta en sus mas secretos escondrijos. Los unos recorrian el entrepuente y las cámaras, los otros se encaramaban á la cima de los palos cual hábiles gavieros; estos iban al castillo de proa; aquellos procuraban introducirse en la sentina. Aquellos hombres parecian muy inteligentes; comprendian el sentido de los menores jestos, y enseñaron á los marinos en muy pocas horas muchas voces de su idioma. Sin duda codiciaban con ahinco cuanto veían, pero no tocaban siquiera los objetos cuya posesion se les negaba. La vista de los espejos escitó sobremanera su curiosidad; pero el efecto de la refleccion les admiró tan solo durante algunos minutos, hasta que al fin se habituaron á ello placiéndose en mirarse de pies á cabeza (Pl. XIII.—2.).

Las cosas iban mejorando cada dia, cuando sobrevino un súbito accidente que estuvo á punto de romper la naciente buena armonía. Un salvaje de las piraguas, viendo que le prohibian el acceso del buque, asestó su arco contra un gondolero, y aunque sus compatriotas querian impedírselo, se aferró á la suya. El mismo Cook le amenazó, pero el salvaje le encaró el arco, y el capitan, naturalmente poco sufrido, previno al agresor con un fusilazo de perdigones. El natural vaciló, pero no renunció á su proyecto y no dejó caer su arco hasta una segunda descarga. A estos actos de hostilidades sucedió una especie de confusion; las piraguas de los naturales se salvaron disparando algunas flechas que fueron contestadas con un cañonazo; pero despues de una hora de armisticio volvieron á presentarse los fujitivos rodeando el buque y empezando de nuevo sus permutas cual si nada hubiese acontecido.

Cook regresó por la tarde á la playa con dos botes armados para surtirse de agua y de leña, sin que la presencia de 500 isleños reunidos en la playa y armados de clavas, de arcos y de lanzas, diese márjen á ninguna hostilidad. El capitan salió al encuentro de aquellos hombres en persona, ajitando un ramo verde, mientras un jefe salvaje hacia otro tanto. Trocáronse los ramos, juntáronse las manos y quedó sellada la paz. Cook

distribuyó algunos presentes á los jefes y recibió en retribucion un lechoncito, algunas nueces de coco y un poco de agua fresca. Habiendo manifestado que deseaba leña, autorizáronle para cortarla á su antojo con tal que no se alejase sobrado de la playa.

Esta última prohibicion fué absoluta y rigurosa. Los naturalistas Forster y Sparmann descubrieron un pequeño sendero en medio de los bosques y violaron la consigna; y ya daban principio á sus esploraciones botánicas, cuando les descubrió un natural y lo avisó á sus camaradas. Inmediatamente les salieron al encuentro, y apesar de las mas reiteradas instancias, fué forzoso retrogradar hácia la playa. Hallábanse todavía los demas ocupados en cortar leña, y en su alrededor una multitud de salvajes murmurando con estrépito; pero al mediodía se dispersaron, y uno de los jefes instó á Cook paraque fuese á su domicilio. Negóse el capitan; pasó á bordo con su jente, y solo regresó por la noche para hacer restituir una boya que habia robado un natural, único hurto cometido durante el recalo. El ladron restituyó el objeto y acompañó á Cook y Forster á algunas casas circumvecinas. Estas casas eran seis, pero sumamente bajas y cubiertas de hojas de latanero. Muchas estaban rodeadas de tablas y no tenian otra puerta que una abertura cuadrada y cerrada que se negó á los visitadores. A poca distancia de las casas habia algunas plantaciones circuídas de empalizadas; por acá y acullá se elevaban cocoteros, árboles del pan y bananos; una provision de batatas cubria una especie de terrero; varios cerdos y pollos correteaban en torno de las casas siendo á buen seguro sus comensales.

Antes de abandonar aquella ensenada, quiso Cook visitar su lado opuesto. Al efecto desembarcó; pero en solo el espacio de un cuarto de hora que permaneció en tierra, los naturales manifestaron por medio de algunos jestos el deseo de ver evacuar su territorio. Por lo demas, de una sola ojeada pudo cerciorarse Cook que no ecsistia en aquella playa el menor manantial, que era todo lo que de ella pretendia. A 23 de julio por la mañana levó el ancla y salió de aquel fondeadero apellidándolo *Puerto Sandwich*.

Cuando el navío abandonó la isla, se apiñaron los naturales en su alrededor verificando algunos trueques con una probidad que no pudo menos de sorprender á los Ingleses. Como el navío andaba con bastante rapidez, no pocas piraguas se vieron lejos de él antes de haber podido suministrar el precio de las mercancías que recibieran. En toda la Polinesia, los naturales hubieran considerado este accidente como afortunado; poro aquellos Melanesios creían con ello ofendido su pundonor, pues solo deseaban hacer comercio y no ratear. Así es que se veía á las piraguas remar con fuerza hácia el navío para entregarle el importe de los objetos recibidos.

Cook reconoció Ambrym y Paoum, y el 24 se acercó á Api, en cuya playa vió varios salvajes armados de arcos y semejantes á los de Mannicolo. La calma sorprendió á su navío cerca de las islas Stephen donde sobrecojió á su estado mayor una enfermedad casi repentina. Habiendo pescado dos peces encarnadinos, semejantes á gruesas doradas, así por la talle como por la forma, sirviéronlos en la mesa de los subalternos, pero despues de aquel convite cayeron enfermos la mayor parte de los convidados. Dolores violentos en la cabeza y en todas las partes del cuerpo, un calor ardiente en toda la piel y una especie de sensibilidad en las coyunturas; tales eran los síntomas de aquel atosigamiento. Por la noche se redoblaban los dolores de los pacientes; atormentados de insomnio, no podian aguantar la hamaca, arrastrábanse por la cubierta fatigados por una salivacion escesiva, y con el cuerpo cubierto de hinchazones dolorosas. Aquellos cuyos sufrimientos eran menos vivos, parecian mas abatidos y mas profundamente rendidos que los otros. Los animales mismos esperimentaron las consecuencias de aquel accidente, ecsalando el último suspiro un perro y un cerdo. Los hombres atacados no se restablecieron hasta al cabo de diez dias. Así se reprodujo en la tripulacion de Cook el singular episodio ocurrido ciento cincuenta años antes á los camaradas de Quiros, al paso que despues de Cook otros navegantes han corrido los mismos riesgos y esperimentado los mismos síntomas. Forster atribuye este acontecimiento, no á la calidad de los peces, sino á los alimentos venenosos de que se nutren en aquellos parajes, supuesto que en otras partes se comen las mismas especies sin ningun inconveniente.

Despues de haber esplorado sucesivamente las isletas Stephen, Monumento, Tres Colinas, Dos Colinas, Montaña é Hinchinbrook, descubrió Cook una tierra espaciosa y agradable que llamó *Isla Sandwich*. Era fértil y vírjen, y pareció menos poblada que la del N. A 1° de agosto costeó Erro-Mango, ó mas bien Koro-Mango, como se ha sabido despues, y á 3 ancló en la parte septentrional de esta isla, abrigada solamente contra los alisios del E. y del S. E. Este sitio fué apellidado el cabo de los Traidores á causa de los siguientes acontecimientos.

Habiendo Cook bogado hácia la tierra con dos botes, á 2 de agosto, halló á los naturales en la plaza animados al parecer de buenas disposiciones. Indicáronle una arenosa playa, donde desembarcó empuñando un ramo verde que le diera uno de los salvajes. Reservados y casi co-

medidos, los naturales permanecian á alguna distancia de la chalupa, y uno de ellos, el caudillo sin duda, alineó sus compañeros en forma de semicírculo en torno de la embarcacion, descargando sus golpes sobre los curiosos que salian de las filas. Distribuyóles Cook algunos presentes, y habiéndoles espedido agua fresca y frutos, presentaron en un vaso de bambú, una batata y algunas nueces de coco.

Hasta entonces todos iban acordes, aunque los isleños estuviesen armados de lanzas y de clavas. Cook vijilaba sus movimientos y los de sus caudillos sin entregarse á una confianza ilimitada. El resultado justificó esta actitud, pues cuando él quiso pasar á bordo, estalló la guerra: robáronle la palanca que conducia á pie enjuto desde el bote á la tierra, precipitáronse hácia las embarcaciones para arrastrarlas á la arena, y pretendieron violentar á los marineros para robarles los remos (Pl. XIII. — 3). La vista de un fusil detuvo por un momento á los agresores; pero en breve volvieron á la carga guiados por su caudillo. Deseando Cook castigar á este último, le asestó el fusil, pero el fuego solo prendió en el cebo, cuyo accidente alentó á los naturales haciendo llover sobre las chalupas un espeso granizo de piedras y de flechas. No quedaba otro medio que repeler la fuerza con la fuerza, y en consecuencia los Ingleses rompieron en tres descargas sucesivas pudiendo con esto recobrar el camino del buque, despues de haber muerto cuatro isleños y dispersado los restantes. Dos marinos fueron heridos por los tiros de los agresores; el uno recibió en la mejilla un dardo de un dedo de espesor, que penetró en las carnes cerca dos pulgadas de profundidad. Por la noche se manifestaron algunos naturales en la punta baja de una roca enseñando dos remos, sin duda con la intencion de restituirlos, pero en vez de entrar en conferencias con ellos, Cook hizo disparar una pieza de á cuatro para darles una idea del alcance de los cañones. Era esto una contestacion que en verdad no probaba gran cosa!

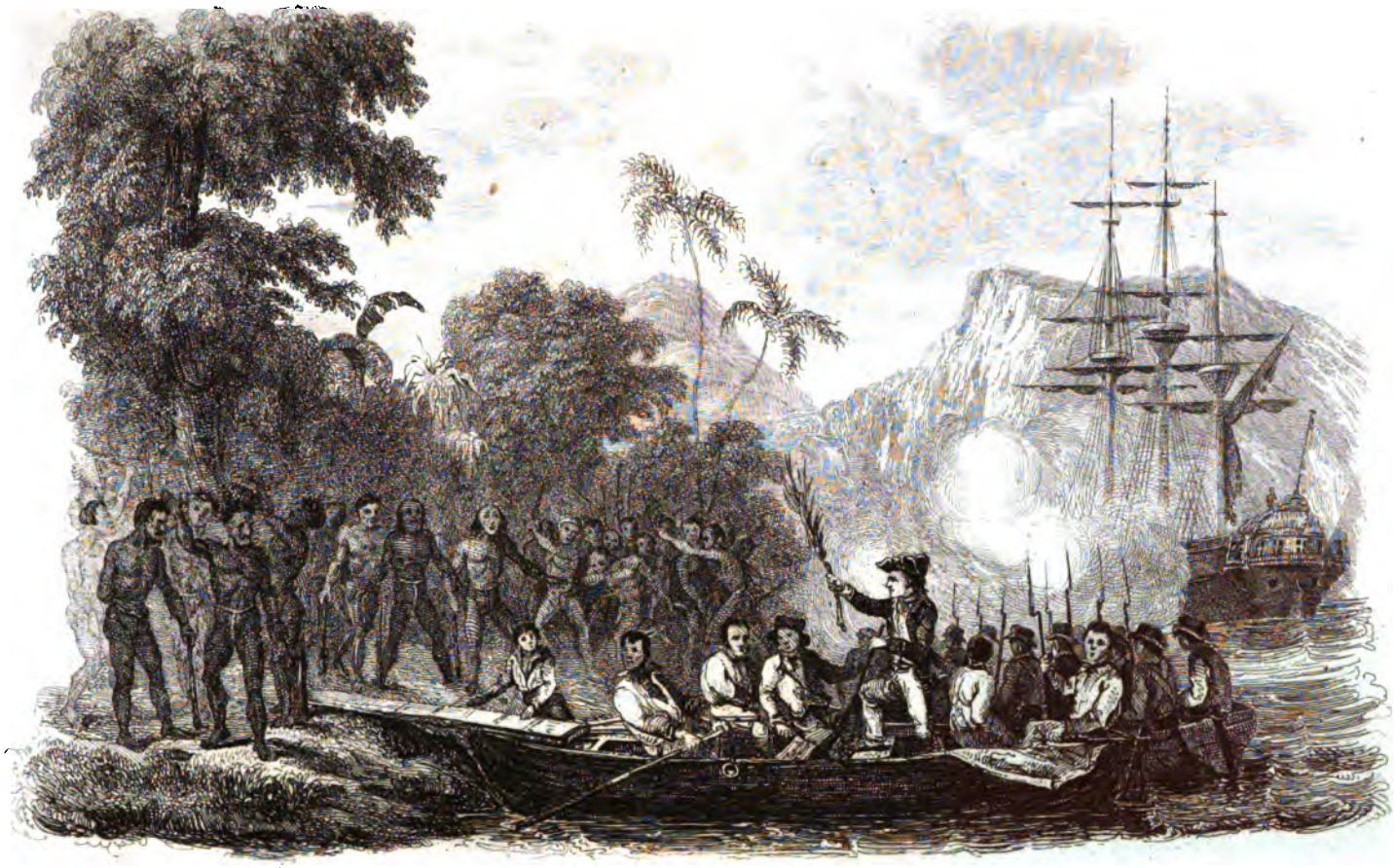
Este cañonazo era una señal de despedida, puesto que Cook salió de Koro-Mango para pasar á una isla que percibió al S. y señalada durante la noche por algunas luces volcánicas. A 9 de agosto distinguió aquella tierra ignívoma á una distancia de tres á cuatro millas en el N. E., descrita por Forster en estos términos: « La colina mas baja de todas las de la misma hilera, y de una forma cónica, tenia un cráter en su centro; era de un rojo moreno y compuesta de un monton de piedras chamuscadas y perfectamente esféricas. De vez en cuando salia de ella una densa columna de humo semejante á un frondoso árbol, cuya copa se ensanchaba á medida que se iba remontando por la admósfera. Siempre que salia una nueva columna de humo, oíamos un rimbombo parecido al del trueno, y las columnas se seguian de cerca. El color del humo no era siempre el mismo; en jeneral nos parecia blanco y azulado, pero á veces de un pardo obscuro algo encarnado, y juzgámos que esta diferencia traía en parte su oríjen del fuego del cráter que alumbraba el humo y las cenizas. Toda la isla, á escepcion del volcan, es muy selvosa y contiene una gran cantidad de hermosas palmeras. En ella notámos un verdor muy subido aun en aquella estacion del año que para aquel clima era el invierno. »

Cook halló un fondeadero en la punta S. E. de aquella isla llamada Tanna, donde pasó algunos dias que utilizó procurándose noticias sobre las otras tierras del archipiélago. En la actualidad Tanna es la única isla algo conocida de las Nuevas Hébridas.

Tímidos é invisibles al principio, los naturales tomaron poco á poco algun atrevimiento y se presentaron algunas permutas. En seguida pasaron á ser insolentes y rateros, en términos de querer arrebatar á viva fuerza cuanto caía en su poder; el pabellon, los goznes del timon y las boyas de las áncoras. Las amenazas y el estruendo de los fusiles no les intimidaban; el estampido del cañon tampoco fué parte para retraerlos de sus inicuos proyectos, y así es que fué preciso manifestarles que no eran solamente muebles de parada. Cuando oyeron silvar las balas, se mostraron mucho mas circunspectos.

Forster cita por su parte dos rasgos de valor muy señalados. Cuando se disparó el cañon, los doscientos salvajes que circundaban el buque se arrojaron al mar sumidos en un profundo temor pánico; pero en medio de la jeneral alarma un jóven de gallarda presencia permanecia de pie en su piragua sin asustarse ni asombrarse y sin que animase su semblante ningun otro sentimiento que una espresion de satírico desden á vista de sus pusilánimes compatriotas. Otro dia un anciano ocupado en robar una boya que recibió en el cuerpo sin renunciar á su tarea, arrostró el fuego de otras varias descargas, y pasó tranquilamente á bordo para ofrecer una nuez de coco. No era dable por cierto mayor intrepidez ni sangre fria.

Tal era el carácter del pueblo de Tanna. A 9 de agosto Cook acompañado de un fuerte destacamento desembarcó, con un ramo verde en la mano, segun la costumbre del archipiélago, y salió al encuentro de los isleños que estaban apiñados en la playa y armados de arcos y macanas (Pl. XIV. — 3). En breve se dividió la multitud en dos fracciones, á la derecha é izquierda de los Ingleses, cual para vijilar sus movimientos mas insignificantes; pero Cook distribuyó á los ancianos algunos presentes y les dió á entender



3. Débarquement de Cook à Tanna.

3 Desembarque de Cook en Tanna

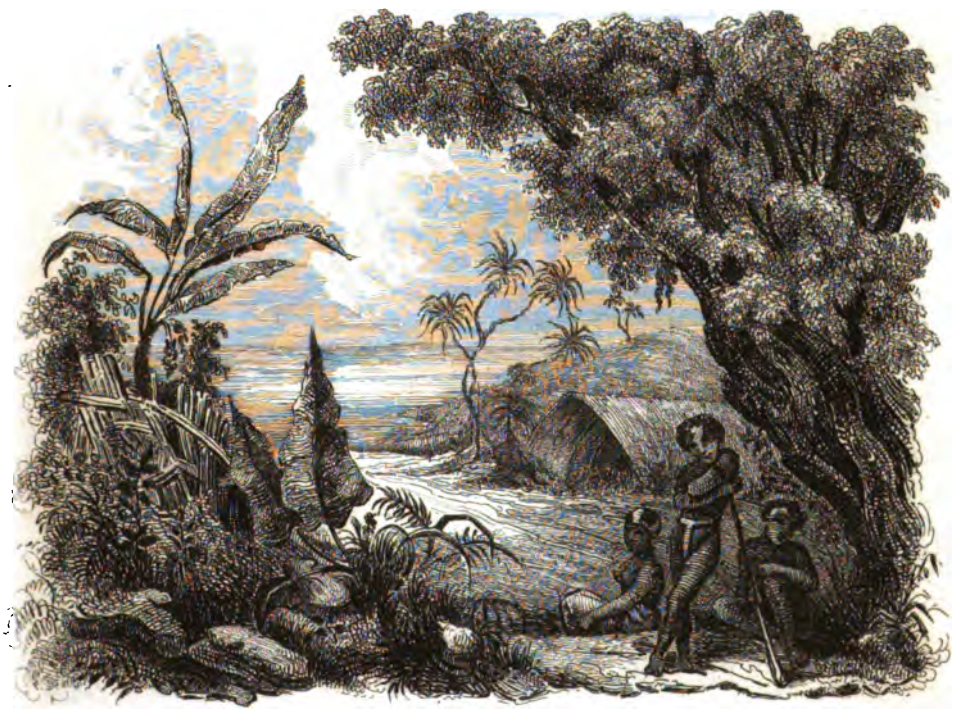
PITTORESQUE.
PARIS.

Tome II. — 2e Sér. 101.

THE NEW
PUBLIC LIBRA
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. L'Débarquement à Koro-Mango.

3 Desembarque en Koro-Mango



4. Pays sur l'île Tanna.

4 Pays en la Ila Tanna

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

que tenia necesidad de leña y de agua. Los ancianos indicaron los árboles de la playa cual para autorizar una tala, pero con la recomendacion de no tocar á los cocoteros, tan útiles é importantes para aquellos pueblos.

Así se fué pasando el dia, pero la noche presentó al observador diferentes escenas. El volcan estaba á la sazon en actividad, desplegaba todo el poder de su magnífica perspectiva y cubria la admósfera de un manto matizado gradualmente con todos los tonos del encarnado. Cada cuarto de hora disparaba en una violenta detonacion parecida á las sordas descargas de un combate subterraneo en que están pugnando dos ejércitos beligerantes. La admósfera estaba cargada de cenizas volcánicas que hacian escocer los ojos; y la cubierta y los aparejos se cubrian igualmente poco á poco de aquella lluvia cenicienta compuesta de arena mezclada de moléculas de carbon y de una piedra pómez que se hallaba en toda la costa. Es cierto que el volcan distaba tan solo cinco ó seis millas del abra, pero habia muchos collados interpuestos que impedian descubrir su empinada cresta, cuya situacion nos revelaban únicamente la humareda y el resplandor encarnadino del incendio.

Al dia siguiente el navío se internó un poco mas en la bahía, y dió nuevo principio á las permutas, si bien fueron acompañadas al principio con trazas de lealtad y buena fé, pero que reprodujeron poco á poco escenas de violencia y ruindad. Deseando ponerles un término decisivo, Cook hizo despedir algunos mosquetazos por encima de las piraguas, pero tales medidas no fueron parte alguna para intimidarles.

Entonces el capitan decidió probar una nueva invasion con tres botes montados por soldados y marineros armados. Aguardábanle con decision y enerjía novecientos naturales que, aunque no se opusieron al desembarque, negáronse redondamente á la intimacion que les hizo de rendir sus arcos y macanas. En vano les arengó un caudillo amigo de los Ingleses, el viejo Paowang, aconsejándoles que diesen aquella satisfaccion á los Europeos, pues se obstinaron con tenacidad en permanecer en apuella actitud provocadora, y cuando Cook hizo disparar un cañonazo para intimidarles, contestaron befando á los Ingleses por medio de acciones indecentes. Este escándalo indujo definitivamente á Cook á mandar un fusileo mas serio y algunos disparos de pedreros que obtuvieron mejores resultados. Desde entonces se pudo trabajar en paz y formar lineas en la arena, á fin de oponer una barrera insuperable entre los marinos y los naturales. El viejo Paowang fué el único que tuvo el privilejio de salvarla, pues todos los demas no podian, ni menos se atrevieron á violar la consigna.

Esa actitud, sucesivamente fuerte y benévola, acabó por obtener el favor de aquellos sediciosos isleños. Es verdad que nunca se llegó á conseguir aquel grado de confianza alcanzado de todas las pueblas polinesias, pero almenos se contrajeron con el pueblo de Tanna relaciones mucho mas íntimas que con tribu alguna de la Melanesia. El viejo Paowang fué el mediador de aquellas amigables transacciones, en las que manifestó una lealtad jamas desmentida. Los Ingleses tenian ademas otro amigo llamado Wa-Akou, aquel mismo é intrépido jóven que se chanceara del sobresalto de sus compatriotas cuando les tumbó completamente el solo estampido del cañon. La bizarría de Paowang quedó igualmente demostrada cuando fué reconocido por el hombre que arrostrara á sangre fria tres sucesivas descargas para robar una boya. Los mas intrépidos de los naturales se habian alineado pues del lado de los Ingleses. Wa-Akou fué observado de pies á cabeza por Cook y Forster, quien nos ha transmitido su descripcion formada en estos términos. «Tenia hermosas facciones, grandes y vivaces ojos, y toda su fisonomía anunciaba buen humor, jovialidad y penetracion. Citarémos una sola prueba de su intelijencia. Comparando su vocabulario, el capitan Cook y mi padre encontraron que habian notado un término diferente para espresar el cielo, y así creyeron mas acertado consultarlo con él para venir en conocimiento del verdadero término. Al instante estendió una de sus manos hácia el cielo, y la puso sobre una de las voces; en seguida puso la otra mano debajo de esta y pronunció la segunda, dando á entender que la primera significaba propiamente el firmamento, y la segunda las nubes que se encuentran debajo. Asimismo nos insinuó los nombres de las islas circumvecinas. Sus maneras en la mesa fueron muy decentes y agraciadas, y lo único que nos pareció poco limpio, fué que en lugar de tenedor se servia de un palillo que llevaba en sus cabellos y con cuyo ausilio se rascaba la cabeza de cuando en cuando. Como sus cabellos estaban peinados segun la moda del país, á lo puerco espin, y llenos de aceite y de pintura, nos fastidió sobremanera: pero él no creía ni por asomo faltar por eso á las reglas de urbanidad.»

Algunos dias despues amainó la desconfianza de los naturales, y los naturalistas pudieron practicar reconocimientos interiores á un radio de tres ó cuatro millas: así que el sabio Forster recorrió la isla en todas direcciones sin ser inquietado por los salvajes, y sin que le prohibiesen otro punto que el acceso del volcan. Siempre que se dirijia hácia aquel lado, los indíjenas le atajaban el paso, y no permitian que pasase mas adelante. Por ventura era el camino de una de sus aldeas, que querian ocultar á los Europeos? O bien las avenidas del cráter eran consagradas por algun motivo supersticioso? Sea de esto lo que fuere, lo

cierto es que Forster encontró obstáculos insuperables sin poder dar con la causa. Por lo demas, he aquí como refiere una de estas incursiones. Forster es el único Europeo que haya visto Tanna con la sagacidad del artista y la erudicion del sabio.

« Durante toda la noche del 11 al 12 de agosto, el volcan presentó un aspecto en realidad imponente. Incesantemente estaba retumbando con un rimbombo terrible, y á cada esplosion arrojaba hasta las nubes gruesas columnas de fuego y de humareda, por intérvalos de tres á cuatro minutos. Desde el navío veíase como disparaba al propio tiempo piedras de un tamaño prodijioso. Las pequeñas columnas de vapores que se alzaban de los contornos del cráter, parecian hogueras encendidas por los isleños.

« Cuando desembarcámos en la playa, los fuegos interiores del cráter alumbraban todavía densas nubes de humo. Alcanzámos hácia la parte O. un pequeño sendero que conducia á una escarpada colina y subímos sin dificultad á través de las mas hermosas arboledas, que esparcian por do quiera un olor perfumado y refrijerante. Muchas especies de flores embellecian el espeso follaje, tales como las enredaderas enlazadas como la yedra hasta la copa de los mas encumbrados árboles, adornándoles de guirnaldas azules y purpureas, al paso que un gran número de avecillas revoloteaban al rededor de nosotros dando vida á la escena. Ni un solo natural percibímos en la primera cima de aquella montaña, ni menos plantacion alguna. Despues de haber andado una media milla almenos por medio de diferentes rodeos, alcanzámos un pequeño raso de una blanda yerba circundada de los árboles mas deliciosos de la selva. El sol era á la sazon sumamente cálido, porque aquel sitio se halla al abrigo de todos los vientos. Sentímos un vapor de azufre que se elevaba del terreno, que daba mayor incremento al calor del sitio. A la izquierda del sendero casi oculto por las ramas de las higueras silvestres, habia un pequeño arrecife de tierra blanquizca, que ecsalaba continuamente cierto vapor. La tierra era tan sumamente cálida, que ni siquiera podíamos poner en ella el pie, y la hallámos impregnada de azufre. Al revolverla salian los vapores con mas vivacidad, y observámos en parte una calidad estíptica ó astrinjente semejante á la del alumbre. Desde allí subímos aun mucho mas arriba, y llegámos á otro raso algo estéril, en el que descubrímos dos nuevos cráteres que despedian vapor, bien que en menor cantidad y de un olor menos intenso. La calidad de la tierra era de la misma naturaleza que la primera, y el azufre de que estaba llena le comunicaba un tinte verdoso. En los contornos recojímos almagre perteneciente á la especie que emplean los naturales para almagrarse el rostro.

« El volcan se hallaba entonces en el apojeo de su actividad: á cada esplosion se levantaba el vapor en mucha mayor abundancia que antes, y formaba nubes densas y blancas, lo que parece indicar que tienen comunicacion subterranea con aquella abrasada montaña cuyas convulsiones les afecta por medios que nos son desconocidos. Observando que era la segunda vez que empezaban de nuevo las esplosiones del volcan despues de la lluvia, sospechóse que tal vez esta las escitaba en algun modo, produciendo ó acrecentando la fermentacion de las diversas sustancias minerales. Despues de haber ecsaminado aquellas singulares cerceras, subímos algunos pasos mas y descubrímos un gran número de plantaciones de diferentes partes del bosque. Al descender por la otra parte de la colina por medio de un estrecho sendero que se halla entre setos de cañaverales, percibímos el volcan entre los árboles, y nos pareció que para alcanzarlo teniamos que hacer dos leguas al través de colinas y valles. Entretanto estábamos observando su erupcion, ni mas ni menos que las enormes masas de rocas que vomitaba á través de la remolinada humareda: algunas de ellas eran almenos tan grandes como el tamaño de nuestra larga chalupa. Como no habíamos tropezado con ningun accidente, ni encontrado siquiera un solo natural, decidímos acercarnos mas; pero nuestra confabulacion alarmó sin duda á los isleños de las plantaciones, porque al instante oimos uno ó dos que soplaban en grandes bocíos de que se sirven las naciones salvajes, sobre todo las del mar del S., para tocar á rebato. En consecuencia tomámos el partido de retroceder.

« Por la tarde fuímos siguiendo la costa del mar hácia la punta oriental adonde los naturales nos habian impedido ir dos dias antes. Algunos Indios empezaron á platicar con nosotros por espacio de cinco ó seis minutos, y durante la conversacion vímos un hombre sentado tras un árbol que tenia un arco armado y su saeta dirijida contra nosotros. En cuanto echó de ver que habia sido descubierto y que le asestaban un fusil, arrojó sus armas en una maleza y se arrastró hácia nosotros á gatas: yo creo que no llevaba realmente ninguna mala intencion, pero de todos modos era peligroso fiarse á esa especie de chanzas. Como íbamos á atravesar la punta para continuar nuestro camino, saliéronnos al encuentro quince ó veinte naturales suplicándonos que retrocediésemos sin demora, y apesar de que no hubiéramos tardado en satisfacerles, reiteraron sus súplicas y nos dieron á entender por medio de signos que nos matarian para comernos. Aparentámos no comprenderles y juzgar que nos ofrecian de comer, manifestando al propio tiempo que aceptábamos con mucho gusto; pero ellos procuraron con ahinco desengañarnos é indicarnos por signos

el modo como mataban un hombre, como lo descuartizaban y separaban su carne de los huesos, mordiendo finalmente su propio brazo para denotar mas claramente que comian carne humana.

« Apesar de todo continuámos caminando hácia una choza que divisámos á 50 pértigas de distancia en el paraje en que el terreno empezaba á subir; pero apenas observaron esta direccion, salieron muchos armados de la choza para obligarnos á retirar, en cuyo caso juzgámos prudente reprimir la curiosidad. Efectivamente todos los dias por la madrugada oíamos en aquella parte entonar un canto solemne y lento que duraba mas de un cuarto de hora, y que tomámos por un acto relijioso. Juzgámos que en aquellas florestas ecsistia una especie de templo, y los esfuerzos de los naturales robustecieron mas y mas nuestra suposicion.

« Al retroceder subímos á la cumbre de una meseta vecina de unos cuarenta pies de altura, y nos hallámos en una espaciosa plantacion compuesta principalmente de infinito número de bananos entremezclados de cocoteros y otros árboles copados que por todas partes limitaban la vista. Estaba rodeada de un seto de cañaverales muy bien formado y semejante á los de Tonga. Los naturales nos reiteraron sus amenazas, y nos aseguraron por medio de signos aun mas enérjicos que nos comerian á todos si dábamos un paso mas. Apesar de nuestra insistencia, hubiéramos tenido que acceder inmediatamente á las instancias, sino hubiésemos encontrado á nuestro amigo Paowang. Manifestámonos una alegría recíproca por semejante encuentro; el anciano nos condujo al instante hácia la estremidad occidental de la colina, donde vímos un gran número de higueras cultivadas por los naturales así por las hojas como por los frutos; hermosos eujenias ofreciendo sus frutos agrillos y refrijerativos, y algunos sagúes. Pasado un bosquecillo de floridos arbustos, alcanzámos una deliciosa sábana de cien varas en cuadro, en cuyos bordes contámos tres habitaciones. Este retiro era tan sumamente cubierto por el follaje de los árboles, que desde el esterior no podia siquiera percibirse. En un ángulo del prado observámos una inmensa higuera silvestre cuyo tronco tenia nueve pies de diámetro, y cuyas ramas se estendian á 120 pies almenos en todos sentidos de un modo muy pintoresco (Pl. XIII.—4.). Al pie de aquel hermoso árbol que conservaba todo su vigor, habia una pequeña familia sentada al rededor de una hoguera, tostando bananas y batatas. Aquellos Indios se fugaron á su choza al acercarnos; pero apenas les dijo Paowang que no tenian nada que temer, volvieron á salir, bien que las mujeres y las mozas se quedaron á mucha distancia tendiéndonos desde las malezas una mirada furtiva. Sentámonos entre ellos, y nos ofrecieron algunas de sus provisiones con aquella hospitalidad encantadora con que fuímos acojidos en las otras islas. Sus cabañas, propiamente hablando, no eran mas que grandes sotechados; su techo desciende hasta el suelo, y están abiertas en las dos estremidades, donde hay tan solo una claraboya de cañas y de palos de diez y ocho pulgadas de altura. La elevacion del techo, en las mas espaciosas, era de nueve ó diez pies, y la anchura del piso de otros tantos á poca diferencia, al paso que la lonjitud escedia de treinta y cinco pies. La construccion de aquellas cabañas es muy sencilla: se plantan en tierra varias estacas abarquillándose las unas sobre las otras en dos hileras, y atándose juntamente, y cúbrense encima por muchas esteras de hojas de nuez de coco que forman una cubierta suficiente contra la inclemencia del aire. No vímos en ellas muebles ni utensilios, y si solo yerbas secas que cubrian el piso, y en otros puntos esteras de hojas de palmera. Igualmente observámos que el humo habia ennegrecido todo el interior, y vímos en cada habitacion muchos hogares: en el centro tres gruesos troncos de cocotero juntos con el techo por medio de latas: un gran número de palitos bajaban desde el techo hasta nueve ó diez pies de distancia del piso, sosteniendo añejas nueces de coco; pues como se sirven del aceite de la almendra y hacen brazaletes con su cáscara, las suspenden de aquella suerte probablemente con objeto de conservarlas.

« Viendo los naturales que solo analizábamos su choza sin hacerles ningun daño y sin que quitásemos ningun mueble ni tomásemos nada, se familiarizaron con nosotros, y los muchachos de seis á catorce años que hasta entonces permanecieran á alguna distancia, se acercaron y nos permitieron tomarles la mano. Les dímos medallas, cintas de seda y pañuelos de tela de Taiti, que nos conciliaron enteramente su afecto y desterraron del todo el resto de temor y reserva que abrigaban. Habiendo venido en conocimiento de los nombres de todos, los conservámos en nuestra memoria; cuyo artificio fué grande parte para granjearnos su amistad, pues siempre que nos acordábamos de ellos se volvian locos de contento. Despues de haber pasado con ellos algunas horas, nos pusímos en marcha para regresar á la playa, y el viejo Paowang, sin cuidarse de acompañarnos porque el sol iba á ponerse, mandó á dos ó tres mozos que nos indicasen el camino mas corto.

« La especie singular de solfatares de la colina occidental ocupaba con tanta fuerza nuestra atencion, que no pudímos menos de ir á ella al dia siguiente, 12, por la mañana. Algunos oficiales nos acompañaron en esa correría. El volcan continuó retumbando todo el dia, y vomitando prodijiosa cantidad de ceniza negra que ecsamina-

da de cerca, fué reconocida por chorlo en forma de agujas semitransparentes. Todo el país estaba atestado de esas partículas, que fueron muy perjudiciales á nuestra vista, porque cada hoja estaba enteramente cubierta de ellas. Es preciso confesar que el volcan y sus avenidas parecen contribuir mucho á esa riqueza de vejetacion tan notable en aquella isla. Hay muchas plantas que son dos veces mas altas que en las demas comarcas, y cuyas hojas son mas anchas, las flores mas grandes y el perfume mas fuerte.

« En breve llegámos al primer punto de donde salia la humareda; pero viendo mas arriba algunos naturales, subímos hácia ellos sin detenernos. Eran precisamente los mismos que la víspera nos habian tan bien acojido; y apenas nos descubrieron, enviaron á tres de ellos al interior del país. M. Hodges dibujó varios puntos de vista, mientras que nosotros ecsaminábamos plantas, y suspendíamos un termómetro á la sombra de un árbol. Ese termómetro estaba á los 25° 6 (centígrado) à bordo del navío, á las ocho y media, hora en que partímos; pero como el que le llevaba le habia apoyado cerca de su cuerpo, habia ascendido á 30° 6; pero despues de haberle suspendido de un árbol, por espacio de cinco minutos y á treinta pasos de la solfatara, bajó á 26°, 7. Hicímos un agujero en tierra, harto profundo para contener el termómetro en toda su lonjitud, y sosteniéndolo en aquel agujero del cabo de un palo, subió en el espacio de medio minuto á 78°. Dejámoslo allí cuatro minutos, pero siempre señaló el mismo grado, y así era evidente que el vapor que salie de aquel punto debia de ser muy cálido. Los naturales que percibieron que hacíamos un agujero en el solfatare, quisieron retraernos de verificarlo, diciéndonos que pegaríamos fuego al terreno, y se asemejaria al fuego que llaman *Assoor*. Parecia que tenian mucho miedo á aquella desgracia, y se sentian muy mal cuando hacíamos la menor tentativa para remover la tierra sulfurosa. Subímos mas y encontrámos otros puntos humeantes de la misma naturaleza que el que hemos descrito. Los mensajeros que habian despachado aquellos buenos Indios, regresaron con cañas dulces y nueces de coco, y nos regalaron como la mañana del dia anterior. Tras aquella refaccion subímos todavía mas, en direccion á otra colina que descubrímos, de donde creíamos poder observar el volcan de mas cerca. Pero al acercarnos á algunas plantaciones salieron los naturales indicándonos un sendero que, á lo que pretendian, llevaba directamente al volcan ó al Assoor. Seguímoslo por espacio de muchas millas á través de diferentes rodeos coronados de bosques que nos ocultaban el país en todas direcciones. Alcanzámos por fin la costa del mar, de donde habíamos partido, y reconocímos, ó almenos juzgámos que los naturales habian tenido la destreza de alejarnos de sus habitaciones. »

En otra escursion á la isla, Forster procuró penetrar en una de las casas misteriosas de donde salian los cantos solemnes; pero viéndose repelido de nuevo, utilizó su tentativa haciendo observaciones sobre las costumbres de los indijenas.

Despues de Forster y Sparmann, Cook probó otra escursion hasta el cráter volcánico. Al efecto emprendió la marcha el 14 por la mañana y se dirijió hácia la colina donde los naturalistas habian observado alguna humareda. Enterróse otro termómetro. Al aire libre marcaba 26°, 7; pero en aquella abrasada arena ascendió en el espacio de un minuto á los 98°, es decir á una temperatura que se acercaba al agua hirviendo. La superficie del suelo ocupaba cuatro ó cinco toesas en cuadro, y á poca distancia prosperaban varias higueras que proyectaban su sombra sobre aquel espacio trabajado por fuegos interiores. Los viajeros encontraron de trecho en trecho edificios, habitantes y terrenos cultivados. Para desmontar el suelo cubierto de bosques, los naturales cortaban las pequeñas ramas de los grandes árboles, abrian la tierra bajo las raíces y lo reducian todo á cenizas.

Sparmann y Forster encontraron un salvaje que se ofreció á hacerles de guia, pero á la encrucijada de los senderos tropezaron con otro natural menos escrupuloso, armado de una honda y de una piedra, que les atajó el paso. Empero la boca de un fusil dirijido sobre él le hizo caer las armas de las manos, mas en cambio disparó en gritos que atrajeron dos ó tres vecinos y una jóven armada de una clava; quienes acompañaron á la pequeña caravana hasta la cumbre de una colina, y mostrándole desde allí un camino que conducia al navío, la invitaron á volver á él. Decididos á acometer su empresa, los Ingleses no quisieron abandonar su primera direccion, y en consecuencia subieron á otro montecillo que, segun ellos, debia de ser casi contiguo al volcan. Estas esperanzas quedaron frustradas, pues aun se hallaban muy lejos del término de su correría del que los separaban muchas montañas. Este imprevisto obstáculo moderó en gran parte su ardor, y ya pensaban en retrogradar, cuando aparecieron algunos salvajes armados que trocaron en retirada forzada aquella retirada voluntaria. Sin embargo todo se compuso; una vez tomado el camino de la playa, aquellos hombres se mostraron muy diferentes, pues sirvieron de guias á los Ingleses y aun les ofrecieron nueces de coco, bananas y cañas dulces; pero por lo demas esta tentativa fué la última que se hizo para acercarse al volcan.

El 16 apareció en la playa un salvaje llamado Iogaï, y que apellidaban el rey de la isla ó el

ariki. Cook desembarcó para verle y hacerle algunos presentes : era un anciano entrado en años de una fisonomía risueña y despejada , y ningun distintivo parecia caracterizar su rango , á no ser el cinturon de sus lomos que estaba abigarrado de negro y de encarnado , mientras que el de los otros isleños era de un pardo amarillento. Por lo demás el viejo Paowang no parecia manifestar á aquel hombre una deferencia análoga à su título. El jefe iba seguido de su hijo cuya edad frisaba con los cuarenta años , y su comitiva se componia de una multitud de naturales que atestaba la playa.

La autoridad de aquellos jefes fué siempre un enigma para Cook. Todo el poder de uno de ellos no fué parte para hacer subir á un isleño á la copa de un cocotero del que deseaba cojer algunas nueces, y despues de haberlo pedido inútilmente á muchos , decidióse á encaramarse en persona. Toda la venganza que tomó contra aquellos hombres que le habian desobedecido , se redujo á no dejar en el árbol una sola nuez , de manera que las cojió todas y las distribuyó á los marineros. Por lo demas, uno y otro jefe se invitaron á comer á la mesa de Cook ; ambos hicieron honor á las legumbres , pero no se curaron de la salazon.

A la otra parte de la ensenada encontró Forster manantiales de agua caliente donde el mercurio ascendió á 88 y 95°. Arrojáronse en ellos testaceos que fueron cocidos en el espacio de dos ó tres minutos. Aquella agua sale hirviendo á través de una arena negruzca y al mismo pie de un peñon contiguo á las montañas de los solfatares ; y corre hácia el mar que en las mareas sube hasta ella y la absorve.

La buena armonía que reinaba desde algun tiempo estuvo á punto de ser turbada por un incidente desgraciado. Habíase trazado al rededor del campamento inglés establecido en tierra, una linea de demarcacion donde se pusieron centinelas para hacerla respetar por los salvajes; pero cierto dia se obstinaron en salvarla cuatro ó cinco naturales en términos de obligar al centinela á hacer fuego sobre ellos. Como aquel á quien mató no era el culpable , el soldado fué reprendido por Cook ; pero esta reprension no bastaba para arreglar los negocios. Afortunadamente los isleños se mostraron mas bien aflijidos que enojados ; depositaron frutos en la playa para desarmar aquellos soberbios estranjeros , y nunca concibieron la idea de retener como reben á Forster que hallándose á la sazon en la isla , se hallaba puesto á su discrecion. Forster se volvió sin ser inquietado , y habiendo encontrado por el camino á los naturales que llevaban el cadáver de su compatriota, no oyó salir de sus labios otra queja que la única palabra *markom !* (ha muerto) !

Cook salió de la ensenada de Tanna á 21 de agosto , dobló esta tierra por la parte del S. , reconoció la isla baja de Immer y las elevadas tierras de Erronan y de Annatom , y llevó el rumbo hácia el N. O. Al dia siguiente costeó la parte occidental de la isla Sandwich , montó á media legua de distancia la punta S. O. de Mallicolo , cuya playa era atestada de isleños , y pasando entre Mallicolo y la tierra del Espíritu Santo , costeó esta última en toda su parte oriental , y á 24 por la tarde llevó el rumbo hácia la punta N. Por espacio de dos dias su navío fué bordeando para penetrar en una espaciosa bahía que forma una escotadura en las tierras. Mostráronse algunas piraguas , pero sobrecojidas de miedo no osaban acercarse. Los hombres que las montaban iban desnudos , á escepcion de un ceñidor de donde caían anchurosas hojas que les cubrian hasta las rodillas. Negros y cenceños , tenian el pelo corto y rizado.

En la tarde del 26 , el navio se hallaba á unas dos millas del fondo de la bahía , y Cook despachó dos botes para hacer un reconocimiento. Por su parte los naturales se aventuraron de nuevo á seguir el buque con sus piraguas , pero nunca sin querer acercarse ; únicamente recibieron de lejos algunos presentes que se les ofrecieron, y satisfacieron bien ó mal á las preguntas que se les hacian.

El oficial despachado en el reconocimiento , dijo que habiendo desembarcado en la playa , encontró un rio bastante profundo paraque los botes pudiesen remontarlo ; cuyo hecho era sobrado característico paraque Cook lo pasase por alto. Era indudablemente la bahía que Quiros habia denominado Santiago y San Felipe , y en cuyo fondo edificara su pretendida ciudad de *Jerusalen la Nueva*. El capitan inglés no buscó nuevas pruebas en apoyo de esta concordancia, y así al anochecer se dirijió fuera de la bahía , cuya parte occidental parecia iluminada de fuegos desde la playa hasta la cumbre de los montes. Creyóse que este era el método que se practicaba para el descuaje ; pero á 1° de setiembre Cook perdió de vista aquellas tierras, aplicándolas el nombre de Nuevas Hébridas , nombre consagrado por el uso.

Tal fué la esploracion de Cook , único que visitó con perfeccion este importante archipiélago. En 1793 d'Entrecasteaux se contentó con un reconocimiento rápido , y pasó á la vista de Erronan , Annatom y Tanna cuyo volcan fué revelado por una gran nube inmóvil en medio de un horizonte puro y azulado. Krusenstern habla de una recalada de Golownin en Tanna verificada en 1809 ; pero su relacion , si es que ecsista , es poco conocida. Finalmente en 1827 el capitan d'Urville , pasando á la parte S. del grupo , rectificó la posicion de Erronan y reconoció de mas cerca que sus antecesores la isla de An-

natom; pero la premura del tiempo le impidió pasar adelante aquel reconocimiento parcial.

CAPITULO XXIX.

NUEVAS HÉBRIDAS. — JEOGRAFÍA. — COSTUMBRES.

El archipiélago de las Nuevas Hébridas forma una estrecha cadena de unas ciento veinte leguas de estension del N. N. O. al S. S. E. situada entre los 15° y los 20° lat. y entre los 164° y los 168° lonj. al E. de Paris. Comprende nueve islas bastante considerables y otras muchas de menor estension que irémos recorriendo empezando por el S.

Annatom, descubierta por Cook en 1774, vista de nuevo por d'Entrecasteaux en 1793 y reconocida en 1827 por d'Urville: tierra formada por altas montañas con una faja litoral sumamente estrecha, con especialidad en la parte septentrional. Esta faja es guarnecida de cocoteros y otros muchos árboles de un tronco blanquecino, que M. d'Urville supone pertenecer á la especie *melaleuca leucadendron* que suministra el aceite de *Kaïou-ponti*. Este navegante no echó de ver en toda aquella parte el menor indicio que le indujese á sospechar que la isla fuese poblada. La isla tiene diez millas de E. á O. sobre seis de anchura, y su punta O. está situada á los 20° 11' lat. S. y á los 167° 15' lonj. E.

Erronan, descubierta por Cook en 1774, y vista de nuevo por d'Entrecasteaux en 1793 y por d'Urville en 1827. Esta isla es muy elevada; su forma es la de un cono truncado de superficie fragosa, y, segun Forster, sus moradores no distan mucho del tipo polinesio. Tiene un ámbito de cinco millas, y su cima está situada á los 19° 31' lat. S. y á los 167° 46' lonj. E.

Immer, descubierta en 1774 por Cook, pequeña y baja, de dos á tres millas de circuito y situada á los 19° 21' lat. S. y á los 167° 10' lonj. E.

Tanna, descubierta en 1774 por Cook y vista de nuevo en 1793 por d'Entrecasteaux. Esta isla es alta, bien poblada, de unas veinte y dos millas de estension del N. N. O. al S. S. E. sobre nueve de ancho, y situada entre los 19° 20' y los 19° 40' lat. S. y entre los 166° 53' y los 167° 10' lonj. E.

Los isleños de Tanna son de un color bronceado, de formas cenceñas y angulosas y de estatura corta y delgada. Su nariz es ancha, sus ojos son llenos y dulces y sus facciones respiran vivacidad é intelijencia. A juicio de Cook la mayor parte de ellos tenian el semblante injenuo y honrado, pero un corto número manifestaban un aire falso y de malas trazas. Manejaban las armas con destreza, pero dejaban á las mujeres el cuidado de las faenas mas penosas, á fin de reservar todas sus fuerzas para los tiempos de guerra. Las mujeres circulaban en la playa cargadas de fardos, al paso que los hombres solo llevaban consigo sus armas competentes.

Las mujeres de Tanna, pequeñas de talle, son bastante lindas en su juventud. Sus ojos son dulces y vivaces, y su andar no deja de ser algo agraciado (Pl. XIV. — 2). El traje de los hombres consiste en un taparabo que en vez de cubrir su cuerpo tiene el privilejio de hacer resaltar mejor su desnudez. « Parécense, dice Forster, al dios tutelar de los verjeles en la mitolojía griega. » Las mujeres se envuelven en una pieza de tela de fibras de banano, que las cubre desde la cintura hasta la rodilla.

Ademas del pintarroteo ordinario por medio de picaduras, practícase entre estos pueblos el pintarroteo por incision. La carne se saca con el ausilio de un bambú ó de una pechina acerada, y se aplica á la herida una planta particular para hacer levantar la piel mientras se cura la herida. Tales pintarroteos afectan la forma de flores, de animales ó de otras figuras que gozan en el pais de grande estimacion.

Ambos secsos usan todavía como ornamentos diversos afeites, ora de color de plomo, ora encarnadino, ora de un pardo encarnado, y los disponen en la cara, el cuello y las espaldas, en cintas oblicuas de dos á tres pulgadas de ancho. Raras veces se emplea el color blanco, pero otras se almagra la mitad del rostro y se da de negro la otra mitad.

Su pelo naturalmente crespo y rizado, negro ó pardo, separado en mechones sumamente pequeños, manifiestan en su parte inferior la apariencia de soguillas retorcidas. Para obtener este resultado procuran arrollarlos de cuando en cuando al rededor de una pequeña planta. Otros abandonando su cabellera á la forma natural, se contentan con unirlos en copetes en la coronilla de la cabeza por medio de una hoja verde. Igualmente llevan en aquella penca un pequeño peine de que se sirven para rascarse y libertarse de los piojos de que estan infestados, y ademas un pequeño bambú guarnecido de plumas de ave. Algunos se cubren con sombreros hechos de hojas de banano. Las mujeres tienen jeneralmente el pelo corto, como tambien los jóvenes hasta la edad viril. La barba de los hombres es corta, pero fuerte y poblada, y á veces la disponen en mechones retorcidos como los cabellos (Pl. XIV. — 1).

Los hombres y las mujeres van cargados de brazaletes, de collares, de pendientes y de amuletos. Estos ornamentos son de piedras duras, mariscos, conchas de tortuga, cáscaras de nuez de coco, ó simplemente de pedazos de madera alisada, segun los recursos de cada individuo. No

1. Homme de Tanna.

1 Hombre de Tanna.

2. Femme de Tanna.

2 Mujer de Tanna.

de Sainson d. F. Bouly del.

(0) 163

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

obstante su materia predilecta era el jade verde que los Ingleses habian llevado de la Nueva Zelandia. Sus narices son agujereadas para recibir una piedra cilíndrica, ó un pedazo de bambú de una media pulgada de grueso.

Como estos isleños no tenian ninguna idea de los usos á que podia aplicarse el hierro, no hicieron ningun caso de él á la llegada de los Europeos; pero habiendo comprendido su utilidad durante la permanencia de los Ingleses, manifestaron poco á poco sus deseos de poseerlo. Un hecho hay digno de ser notado, y es que la forma de sus hachas de piedra se parecia mucho mas al hacha ordinaria que á la azuela de las razas polinesias.

La industria de estos salvajes se ciñe al cultivo de la tierra, á la fabricacion de sus telas, de sus esteras y de sus armas y á la construccion de sus casas y de sus piraguas. Estas piraguas y estas casas son muy mal edificadas; sus armas se componen de la lanza, del dardo, del arco y de la macana; pero el dardo es su arma favorita. Con estos dardos matan las aves y los peces á la distancia de veinte ó treinta pies, asestan el arma contra un blanco de seis pulgadas sin errar jamas el tiro; pero á una distancia doble raras veces tocan el objeto, no obstante que los dardos alcanzan á mas de cuarenta toesas.

Jeneralmente los mozos se sirven de hondas y de arcos, y los hombres de dardos y de clavas. Los arcos son de una hermosa madera de casuarina, juntamente fuerte y elástica, que frotan de cuando en cuando con aceite para mantener su flecsibilidad. Las macanas son de cinco ó seis formas; pero las mas estimadas tienen cuatro pies de largo con un mango redondo y una bola estrellada en la estremidad. Las otras varían de lonjitud y tienen un nudo lateral ó unos cortantes que las distinguen. Una de estas armas parece ser una macana de faltriquera, pedazo de coral de diez y ocho pulgadas de largo, que á veces sirve de proyectil.

Los cuidados de la cocina pesan sobre las mujeres, quienes tostan las batatas y las bananas, guisan las hojas verdes de una especie de higo y del *hibiscus esculentus*, y hacen pudingos con una pasta de bananas que contiene una miscelanea de almendras y de hojas. Cómense sin preparacion diversas especies de frutas; los cerdos y la volatería les suministran á veces su carne, pero el pescado y los mariscos constituyen la base de sus banquetes, siendo su única bebida el agua mezclada con leche de coco.

Nada ha podido saberse de positivo con respecto á la forma de su gobierno. Es verdad que algunos llevan el título de jefe; pero sus privilejios, á lo que parece, son muy limitados, y el viejo Iogaï es el único que se atrae algun respeto. En las cercanías de la ensenada que recorrió Cook, los naturales no obedecian á ningun jefe real, pues vivian dispersos en pequeñas cabañas donde se apiñaban algunas familias, no pocas veces divididas, por manera que los habitantes de la isla tenian que ir siempre armados. En una evaluacion indudablemente equivocada, Forster calcula en 20.000 almas la poblacion de Tanna, pues tal vez solo llega á la mitad. Apesar de todas las preguntas que se hicieron, fué absolutamente imposible saber cual era su relijion, y solo pudo conjeturarse que los cantos que se oían cada madrugada en la playa oriental eran una solemne plegaria.

Cuando estos salvajes echaban de ver algun objeto nuevo para ellos, esclamaban *Hübou!* cuya voz se empleaba tambien para denotar otras impresiones, como la sorpresa, la admiracion ó el deseo. Dábanle ademas un carácter especial por la manera con que la acentuaban, y uno de estos acompañamientos indispensables consistia en el modo de hacer crujir sus dedos. Forster cree que su lengua es menos diferente del idioma tonga que del de Mallicolo; pues la mayor parte de los términos contienen sonidos guturales y aspiraciones fuertes, bien que por otra parte son fáciles de repetir en razon de su canoridad y de su multitud de vocales. Los conocimientos jeográficos de estos isleños se circunscribian á Koro-Mango; por manera que no tenian ningun conocimiento de Mallicolo, de Api, ni aun de Sandwich.

Las principales producciones de la isla son el fruto del árbol del pan, la nuez de coco, un fruto semejante al albérchigo, otro fruto parecido á la naranja, pero no bueno de comer, la patata y el higo silvestre. Los frutos del árbol del pan, los cocos y las bananas no son de mucho tan sabrosos y abundantes como en Taiti; pero en cambio descuellan la caña dulce y las batatas así en número como en calidad. Cierto dia se halló una batata que pesaba cincuenta y seis libras. Los cerdos son bastante comunes, pero la volatería es rara, y por lo que hace á las aves, aunque menos numerosas que en Taiti, son tal vez de un plumaje mas brillante. Los Ingleses hicieron en las aguas de la costa pescas milagrosas, y Forster observó que los bosques producian muchas plantas estranjeras á Taiti, las unas comunes á las floras asiáticas, y las otras particulares á estos grupos.

La constitucion jeolójica de Tanna fué el objeto de un serio ecsámen de parte de los naturalistas de Cook. « La mayor parte de las rocas que ecsaminámos eran formadas de una especie de piedra arcillosa, dice Forster, mezclada con pedazos de piedra caliza, comunmente de un color pardo ó amarillento, que se encuentra en capas horizontales de unas seis pulgadas de espesor. En muchos parajes observámos una piedra

negra, tierna, compuesta de cenizas y de chorlos vomitados por el volcan, mezclada de arcilla ó de una especie de trípol que los mineros llaman piedra pómez. Esta sustancia está dispuesta á veces en capas alternativas como la piedra negra. La misma arena volcánica, mezclada con estiércol vejetal, forma el terreno mejor de la isla, donde, como llevo dicho, crecen en abundancia todos los vejetales. El volcan que arde en la isla contribuye no poco á cambiar sus producciones minerales, y quizás hubiéramos practicado nuevas observaciones en esta parte, si los naturales no nos hubiesen prohibido constantemente su acceso. Hemos encontrado el azufre natural en la tierra blanca que cubre los solfatares que ecsalan los vapores acuosos. Aquella tierra, sumamente aluminada, está impregnada de partículas de sal. Igualmente hemos observado en aquellos parajes el bol arménico, y los naturales adornan las ternillas de sus narices con una piedra blanca (selenita). Hemos visto cascajos de lava; pero como nunca nos acercámos mucho al volcan, no encontrámos de ellos en mucha cantidad. »

Koro-Mango, descubierta por Cook en 1774, y situada á veinte millas N. de Taranna. Sus tierras son bastante elevadas, y forman en la parte oriental una profunda bahía cuyos bordes son sumamente bajos, y cuyas tierras adyacentes son al parecer muy fértiles. En ambas partes se hallan espaciosas selvas de un punto de vista encantador, y por la parte del S. el terreno se inclina en suave declive y presenta una vasta estension cultivada con todo esmero. Esta isla tiene veinte millas de N. á S. sobre una anchura casi igual, y está comprendida entre los 18° 40' y los 19° 2' lat. S. y entre los 166° 30' y los 166° 50' lonj. E.

Los habitantes de esta isla forman con los de las islas situadas al S. una variedad diferente de las que habitan las islas situadas mas al N., y hablan tambien una lengua diferente. Su estatura es mediana, pero son bastante bien proporcionados; sus facciones no son desagradables, de un tinte muy atezado; píntanse el rostro de negro ó de encarnado y traen el pelo crespo ó rizado. Las pocas mujeres que se vieron eran muy neglijentes; llevaban una chupa corta hecha con hojas, al paso que los hombres no llevaban otro vestido que sus cinturones. Sus chozas están cubiertas con hojas de palmera, y sus plantaciones están circundadas de cañaverales.

I. Sandwich, descubierta en 1774 por Cook. Está situada á veinte y dos leguas N. N. O. de la precedente; tiene veinte y dos leguas de circuito y su mayor dimension es de diez leguas del S. E. al N. O. Esta isla es una de las mas bellas del grupo, y ofreció á los Ingleses el aspecto mas risueño. El terreno está entrecortado de llanuras y de sotillos del mas rico verdor. A la sombra de las encumbradas palmeras se veian pequeñas chozas bastante hermosas, y la playa estaba atestada de piraguas encalladas. Por otra parte no faltaban bosques frondosos y espaciosos de tierra amarilla y cultivada que recordaban la tarecea de las campiñas de Europa. Está comprendida entre los 17° 34' y los 17° 54' lat. S. y entre los 155° 47' y los 166° 15' lonj. E.

I. Hinchinbrook, descubierta en 1774 por Cook. Es una isla pequeña, situada cerca de la costa N. O. de Sandwich y á los 17° 31' lat. S. y á los 166° 6' lonj. E.

I. Montagú, descubierta en 1774 por Cook. Esta isleta es alta y habitada, y está situada á cinco ó seis millas N. de Sandwich y á los 17° 26' lat. S. y á los 175° 57' lonj. E.

I. Monumento, descubierta en 1774 por Cook. No es mas que un peñon negruzco, cubierto de algunas malezas de veinte y cinco toesas de altura. Está situada á los 19° 16' lat. S. y á los 166° 3' lonj. E.

I. Dos-Colinas, descubierta en 1774 por Cook. Esta isleta se compone de dos colinas cortadas perpendicularmente y separadas por un istmo estrecho y bajo, de una ó dos millas de estension á lo sumo. Está situada á los 17° 16' lat. S. y á los 166° 1' lonj. E.

I. Tres-Colinas, descubierta en 1774 por Cook. Tiene cuatro leguas de circumferencia y se distingue por tres colinas en forma de pico; es selvosa y habitada por salvajes semejantes á los de Mallicolo. Al S. E. se ve un islote, y á cinco millas N. O. se halla un arrecife contra el cual se estrella el mar. Su centro está situado á los 17° 3' lat. S. y á los 165' 57' lonj. E.

I. Stephherd, descubierta en 1774 por Cook. Es un grupo de isletas de un tamaño desigual, pobladas y ocupando una estension de cinco leguas del S. E. al N. O.

I. Api, descubierta en 1774 por Cook. Esta isla que tiene veinte leguas de circumferencia y unas ocho de estension del N. O. al S. E., es muy elevada, montuosa, entrecortada de llanuras y de bosques y poblada, como lo revelaban las humaredas que se veian. Su punta S. E. está situada á los 16° 50' lat. S. y á los 166° 5' lonj. E.

I. Paoum, descubierta en 1774 por Cook, que se remonta á una altura considerable bajo la forma de una pila de heno. Su mayor dimension es de cuatro leguas, y Cook juzga que está cortada en dos por medio de un canal angosto. Tambien está poblada, y su punta E. se halla á los 16° 27' lat. S. y á los 165° 56' lonj. E.

I. Ambrim, descubierta en 1768 por Bougainville y reconocida por Cook en 1774. Es una

tierra de unas siete leguas de circumferencia, baja en las costas, pero que se eleva regularmente hácia el centro para formar una montaña de mediana elevacion. De este pico partian algunas humaredas que indujeron á creer que abrigaba algun volcan. Comunmente la creen muy poblada, y su punta S. E. está situada á los 16° 18' lat. S. y á los 165° 55' lonj. E.

I. Pentecostes, descubierta por Bougainville en 1768 y reconocida por Cook en 1774. Es una tierra de una altura considerable y cubierta de bosques, salvo algunos terrenos cultivados que parece contener en gran número. Su lonjitud de N. á S. no baja de treinta y tres millas sobre ocho á diez de anchura. Cuando los compañeros de Cook observaron por la noche incendios de bosques, colijieron que los descuajes ocupaban la poblacion de esta isla. Está situada á los 15° 26' lat. S. y á los 165° 50' lonj. E.

I. Aurora, descubierta por Bougainville en 1768 y reconocida por Cook en 1774. Es una tierra alta y poblada, de unas once leguas de N. á S. sobre cuatro á cinco millas solamente de anchura. La isla entera desde la orilla del mar hasta la cumbre de las montañas parece cubierta de bosques, y todos los valles son cortados por el curso de varios arroyos. Contiene un pico central de una altura considerable, y está situada entre los 14° 51' y los 15° 22' lat. S. y entre los 165° 47' y los 165° 53' lonj. E.

I. de los Leprosos, descubierta por Bougainville en 1768 y reconocida por Cook en 1774. Es una tierra alta y poblada, en forma de óvalo y de diez y ocho á veinte leguas de circumferencia. Toda la punta N. E. pareció á Forster mas baja que el resto de la isla y cubierta de diferentes árboles, entre los cuales figuraban innumerables troncos de palmera. Despeñábanse de las montañas soberbias cascadas. La parte mas encumbrada se halla á los 15° 24' lat. S. y á los 165° 27' lonj. E.

I. Mallicolo, descubierta en 1606 por Quiros, vista de nuevo por Bougainville en 1768 y reconocida por Cook en 1774. Esta isla, vasta y deliciosa, no tiene menos de diez y ocho leguas de N. O. á S. E. sobre seis ó siete de anchura. Cook nos la describió como fecunda y populosa. Las tierras de una altura mediana terminan en suave declive hácia la costa y rematan en una pequeña cordillera central. Hácia la punta S. E. se hallan el puerto Sandwich y un poco mas al S. tres islotes denominados *I. Maskelyne*. Está comprendida entre los 15° 50' y los 16° 36' lat. S. y entre los 164° 47' y los 165° 26' lonj. E.

En sentir de Cook, los habitantes de Mallicolo son pequeños, bronceados, con la cabeza prolongada y la cara chata, mas parecidos á monos que á hombres, no tanto en virtud de la figura como de sus miembros cenceños y desproporcionados (Pl. XIII.—2.). Sus cabellos, negros ó pardos, son cortos y crespos sin ser lanosos, y su barba es consistente, poblada y ordinariamente negra y corta. Lo que mas acrecienta su deformidad natural es una soga que les ciñe el cuerpo con tanta fuerza, que la forma de su cuerpo se parece á la de una grande hormiga. El surco que causa este lazo corta el cuerpo del modo mas desagradable.

Los hombres van desnudos y se cubren las partes jenitales con hojas ó un pedazo de estera, al paso que las mujeres, no menos diformes que los hombres, se almagran la cabeza, el rostro y las espaldas.

Los ornamentos y las armas de aquellos hombres son semejantes á los de Tanna. El idioma pareció á Forster muy diferente de los que habia estudiado hasta entonces; prodigaba la articulacion *brr* acentuada con fuerza; así que uno de los amigos de los Ingleses se apellidaba *Mambrroum*, otro *Bonombrrouai*; llamaban *brov* al cerdo, y pronunciaban á menudo la palabra *Tomarr* (amigo). Estos salvajes articulaban las lenguas de Europa con mucha mayor facilidad que los Taitios, y para manifestar su admiracion producian un silbido semejante al de un ánsar.

I. San Bartolomé, descubierta por Bougainville en 1768 y reconocida por Cook en 1774. Es una isla selvosa, poblada, poco alta, con seis ó siete leguas de circuito, y situada en el estrecho que separa Mallicolo de la isla del Espíritu Santo. En la parte S. E. la acompaña un islote, y su cumbre se halla á los 15° 42' lat. S. y á los 164° 50' lonj. E.

I. Espíritu Santo, descubierta en 1606 por Quiros (1), encontrada por Bougainville y reconocida por Cook en 1774. Es una isla muy estensa, de veinte y dos leguas de N. N. O. á S. S. E. sobre una anchura de diez á doce leguas, escotada en su parte N. por una espaciosa bahía y guarnecida en la parte meridional de muchas isletas. Sus tierras, especialmente las del lado occidental, son de una grande elevacion, y forman una serie no interrumpida de montañas que en algunos puntos se alzan directamente de la

(1) Pedro Fernandez de Quiros, Portugués de nacion y no Español como dice el autor, partió de Lima en la flota de Luís Paz de Torres, en calidad de piloto, y en 1606 descubrió las Nuevas Hébridas y otras islas del mar del Sur. Compuso una *Relacion de su vida* que por confesion de los mismos Franceses es una de las mas curiosas que puedan tenerse en lo tocante á descubrimientos. Leonio asegura que el manuscrito se halla en la *Biblioteca indo-occidental*, y en la *Historia jeneral de los viajes* se dice que estuvo en poder de Torquemada, que se valió de él para formar su grande Historia de las Indias, en la que insertó algunos fragmentos sumamente preciosos, así por la ecsactitud de sus descripciones, como tambien por la dificultad con que se encuentran los pocos ejemplares que hay en España de los diarios de navegacion de aquel navegante.

orilla del mar. La isla entera, á escepcion de las playas y de algunos escarpes donde se manifiesta la roca descubiertamente, es atestada de bosques y de plantaciones. Su vejetacion ofreció el aspecto mas rico y variado á Forster, quien de acuerdo con Quiros que se le anticipó de cerca dos siglos, asegura que este país es uno de los mas deliciosos del mundo. Está comprendido entre los 14° 40' y los 15° 42' lat. S. y entre los 164° 7' y los 164° 55' lonj. E.

El corto número de isleños del Espíritu Santo que los Ingleses pudieron traslucir eran mas robustos y bien formados que los naturales de Mallicolo, y conjeturaron que pertenecian á una raza diferente. Esta opinion se robusteció tanto mas, cuanto el idioma, lejos de tener afinidad con el de Tanna y de Mallicolo, se acercaba á la lengua tonga. La cabellera de aquellos hombres era corta y rizada, como larga y lisa. Sus ornamentos consistian en brazaletes y collares; el uno llevaba una concha blanca pegada á la frente, y otros iban pintados de un afeite negruzco. No se les vieron otras armas que dardos y harpones para la pesca. Entre los presentes que se les hicieron, distinguieron sobre todo los clavos, y en retribucion ofrecieron una rama de *piper*.

Pico de la Estrella, probablemente la misma que fué llamada por Quiros *Nuestra Señora de Luz*, vista de nuevo por Bougainville en 1768. Es una isleta ó pico de algunas millas de circumferencia, situada á los 14° 22' lat. S. y á los 165° 32' lonj. E.

Aunque la nomenclatura de las islas del archipiélago á que Cook aplicó el nombre de Nuevas Hébridas termina aquí, pueden agregarse todavía las tierras siguientes:

I. Bancks, descubiertas por Bligh en 1789 al tiempo de pasar en su chalupa de las islas Tonga á Timor. Es un grupo de cuatro islas altas y pobladas, con algunas rocas al S., que ocupan una estension de quince á veinte leguas de N. á S. La mas considerable tiene cerca de veinte leguas de circumferencia y las otras solamente cinco ó seis. La mas pequeña, que es la situada mas al E., es muy conocida por una montaña en forma de pan de azúcar. Navegante alguno despues de Bligh vió estas islas, cuya forma y posicion son por consiguiente muy inciertas. Créese que están situadas entre los 13° 27' y los 14° 11' lat. S. y entre los 166° 3' y los 166° 30' lonj. E., y quizás son las mismas tierras que viera Quiros antes de tomar puerto en la isla del Espíritu Santo.

I. Bligh, descubierta por Bligh en 1789, tierra de mediana altura y de poca estension, situada á los 13° 50' lat. S. y á los 165° 17' lonj. E.

CAPITULO XXX.

TIKOPIA. — VANIKORO.

Á 15 de junio el *Oceánico*, hecho juguete de los vientos contrarios, llegó al espacio comprendido entre las islas Fataka y Tikopia. La primera se nos presentaba bajo la forma de una mitra, por cuyo motivo el capitan Edwards, que la descubrió en 1791, le aplicó la denominacion de *isla Mitra*. Desde aquella época fué vista de nuevo en 1822 por el Ruso Kroucheff, en 1827 por Dillon, y en 1828 por d'Urville que habiéndola reconocido, calculó su posicion á los 11° 55' lat. S. y á los 167° 48' lonj. E. Este último capitan asegura ser un peñon de una milla de estension á lo sumo, algo selvoso, escarpado y de sesenta á ochenta toesas de altura. Compónese de dos pedazos desiguales, seguidos al N. de una roca casi enteramente desprendida, cilíndrica y abierta de parte á parte en el centro. Dillon refiere que los habitantes de Tikopia consideran este islote como anejo á su isla; así que van á ella todos los años á la epoca de los vientos del O. para cazar pájaros y pescar tiburones, con objeto de recojer las plumas de los unos y los dientes de los otros; y paraque nadie conciba la idea de apoderarse de la isla que subviene á esa doble especulacion, han tenido la mira de echar al suelo todos los cocoteros y convertir á Fataka en una tierra inculta y desierta.

Mientras desaparecia para nosotros este islote, columbrábamos al propio tiempo como un punto en el horizonte la isla Anouda, descubierta en 1791 por Edwards que la apellidó *Cherry*, y vista de nuevo por Kroucheff en 1822, y en 1828 por d'Urville. Es una isleta poco elevada, de tres millas de circuito á lo mas, y habitada por una tribu polinesia. El capitan d'Urville fijó su posicion á los 11° 37' lat. S. y á los 167° 27' lonj. E.

Estos dos islotes, junto con los dos bancos *Pandora* y *Carlota*, descubiertos el primero por Edwards en 1791 y el segundo por Gilbert en 1788, se presentan al parecer como los puntos culminantes de la cadena submarina que se prolonga hácia el E. por medio de las islas Rotouma, Wallis, Allou-Fatou y Hamoa, y es continuada por la parte del O. por las islas Tikopia, Vanikoro, Nitendi y las islas Salomon.

Pendleton habia dispuesto el derrotero de manera que pudiese tener constantemente á la vista la isla de Tikopia aunque se hallase á una distancia de quince leguas. Llegados á las dos de la tarde á una milla S. O. de la isla, conocimos que era mayor su apariencia que su estension real; pero su reducido trecho, que apenas contaba cuatro á cinco millas de circumferencia, contenia una vejetacion tan elegante y lozana, que no parecia

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Tikopia.

2. Village de Manevai.

2 Aldea de Manevai

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW Y
PUBLIC LIBRA
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Habitantes de Tikopia.

3 Moradores de Tikopia

4. Pirogue de Sandwich.

4 Piroga de Sandwich

sino que habian lanzado un sotillo de árboles en medio de una pradera inmensa, ó una de esas islas artificiales creadas en los lagos y en los estanques de los jardines (Pl. XV. — 1).

Hallándose al abrigo de la isla, Pendleton se puso en facha para aguardar una piragua que se habia desprendido de la playa. De lejos podian percibirse siete individuos que la montaban, entre los cuales se hallaba uno que formaba el mas estraño contraste con los demas, así por el color de su tez como por la forma de su vestido. Cuando llegó la embarcacion, pudímos descifrar el enigma. Aquel hombre, diferente de los otros, era un Inglés llamado John Paterson, algun desertor sin duda, escapado de la cárcel de Port-Jackson, pero que se nos presentó como un marinero dejado en tierra por su capitan por miras comerciales.

Poco nos importaba saber quien era y de donde venia, con tal que satisfaciese nuestra curiosidad. Paterson accedió á nuestros deseos con mucho gusto, asegurándonos que se hallaba muy bien entre aquellos isleños, pueblo dulce y sociable, y presentándonos su patron Tafoua que recibió con gratitud los presentes de Pendleton. Satisfecho de la narracion de aquel Inglés, el capitan iba á echar el bote al agua para visitar en persona la isla, cuando le detuvo Paterson y le dijo: « No vaya V., porque no le dejarian desembarcar. — Por qué motivo, repuso Pendleton? Por ventura no acabais de decir que son benévolos y hospitalarios? — Ya se vé, pero hay mucho que decir sobre esto. Varios estranjeros han abusado de su hospitalidad, y de consiguiente se han visto precisados á guardar mas circunspeccion y cautela. Hace algunos años que se presentó ante Tikopia una embarcacion con bandera blanca y montada por muchos individuos y cañones. Esta embarcacion despachó á tierra un bote por cuyo medio los naturales pasaron á bordo; pero el buque se llevó cinco de aquellos isleños y desapareció por la parte del O. Poco tiempo despues se declaró en toda la isla una enfermedad epidémica que llevó al sepulcro la cuarta parte de su pequeña poblacion, y como los habitantes atribuyeron esta calamidad al espíritu maligno que seguramente habia introducido en la isla el buque del pabellon blanco, decidieron no dejar dar fondo en su isla á ninguna embarcacion. Por lo que hace á los Europeos aislados, no tienen reparo en admitirlos, porque la esperiencia de los náufragos acojidos nunca les ha sido fatal. »

Tal fué la narracion de Paterson cuya ecsactitud hubiera podido ponerse en duda si la actitud de los naturales no la hubiese confirmado de un modo harto perentorio. Aquellas buenas jentes manifestaban deseos inesplicables de poseer en su isla algunos de nuestros marineros. Súplicas, instancias, carantoñas, ofrecimientos de todo jénero, nada omitieron de cuanto les sujirió la fantasía, hasta el punto de obligar á Pendleton á orientar de nuevo el sloop y llevar el rumbo hácia el E. por temor de una desercion.

Tikopia fué descubierta por Quiros en 1606, pero desde entonces no fué vista de nuevo hasta en 1798, á cuya época lo fué por el buque *Barwell*, cuyo nombre recibió. Finalmente en 1813 Dillon pasó por ella y dejó en su playa un marinero prusiano llamado Bushart, un lascar apellidado Joe y una mujer de Viti, cuyos tres individuos fueron muy bien acojidos por los naturales y vivieron en la isla hasta 1826, época en que Dillon apareció de nuevo ante Tikopia. Bushart y Joe les suministraron las primeras noticias obtenidas sobre el naufrajio de Lapérouse, cuya revelacion fué la causa determinante del viaje del *Research*, buque de la Compañía de las Indias. El *Research* se manifestó á vista de Tikopia en 1827, y en 1828 el capitan d'Urville ejecutó el reconocimiento de esta isleta.

Colocados en medio de grupos melanesios, los habitantes de Tikopia constituyen una hermosa variedad de la especie polinesia. Son altos, robustos, bien constituídos, de un humor dulce, jovial y hospitalario: su barba es poco poblada, pero sus cabellos flotan sobre sus espaldas. Las mujeres, mas blancas que los hombres, tienen una talla esbelta, una figura agradable y formas bien desenvueltas (Pl. XV. — 3).

Puestos en los confines de dos razas, los naturales han participado de los usos de una y otra. Píntanse como los Tongas y se recargan la nariz y las orejas de ornamentos de concha de tortuga como los isleños de Vanikoro; usan igualmente el kava y el betel; pero las mutilaciones polinesias, como la de arrancarse un diente, ó cortarse una ó muchas falanjes de los dedos, les son completamente desconocidas. Gustan mucho del baile; pero no tienen otro instrumento de música que una tabla donde llevan el compás con dos palitos.

Los Tikopios observan una especie de culto maniqueísta como el de los Tongas. Sus almas ó *atouas* tienen por templos unas chozas donde son adoradas con cierto ceremonial. Antes de comer arrojan por el suelo una porcion de alimentos, que sin duda son la parte de la divinidad. Adoran tambien ciertos pescados como otros tantos espíritus, y la morena entre otros es el objeto de una profunda veneracion. La liza goza tambien de los honores divinos bajo el nombre de *Atoua-Tapou*.

La poblacion de Tikopia no escede de 400 á 500 habitantes distribuídos en cuatro aldeas que reconocen cada una su jefe particular. El poder relijioso reside en la persona de un gran sacerdote y tres sacerdotes subalternos. Estos

isleños viven en paz entre sí y no conocen el azote de la guerra; cuando sobrevienen algunas contiendas los jefes las apaciguan amenazando á sus vasallos con la cólera de los dioses. Estos jefes son tan respetados, que el pueblo nunca se presenta á ellos sin prosternarse con el rostro en tierra.

El alimento de los Tikopios se compone de frutas, de peces y de mariscos. Antiguamente tenian cerdos, pero como estos animales no hacian mas que cometer estragos por la campiña, decidieron matarlos á todos, y desde entonces Tikopia no ha sustentado mas cerdos.

El poder de los jefes es hereditario. El hijo sucede al padre en sus privilejios, ó bien el hermano cuando el hijo es demasiado jóven. Los jefes son inhumados en sus propias casas.

El número de mujeres es superior al de los hombres; así que el nacimiento de un niño es mas celebrado que el de una niña, de suerte que cuando ocurre este caso los padres reciben presentes de sus vecinos. La poligamia es tolerada, y ciertos hombres tienen hasta tres mujeres. Por otra parte nada es mas sencillo que las ceremonias nupciales. El hombre va á hacer una visita á su querida, y esta al dia siguiente declara al jefe que está satisfecha. El jefe ratifica el matrimonio, y los novios le ofrecen un canastillo de frutas.

Los estranjeros no pueden casar mas que con viudas; por lo que el lascar Joe se enlazó con una viuda, madre de muchos hijos. Una noche que se presentó en casa de esta, hízole una proposicion de matrimonio, y como él enmudecia, tomó su silencio por un consentimiento, le chafarrinó de encarnado, y todo quedó concluído.

Las mujeres de Tikopia son comunmente fieles, y aunque el adulterio puede ser castigado de muerte por el marido, raras veces se ejerce este acto de venganza. Las mozas son libres, por cuyo motivo caen mas de una vez en la debilidad propia de su secso, en cuyo caso recurren al infantidicio para encubrir sus faltas. El suicidio es sumamente raro en la isla.

Cuando se declara en alguna comarca alguna epidemia, procuran conjurarla por medio de alguna ceremonia espiatoria. Cuando la salida del capitan Dillon verificada en 1827, Tikopia fué plagada de semejante azote; por lo que los isleños construyeron una pequeña piragua y la guarnecieron de ramilletes. Cuando se halló dispuesta, los cuatro hijos de los primeros jefes del país la pasearon sobre sus hombros acompañados de toda la poblacion. Esta procesion dió la vuelta á la isla prorumpiendo en grandes alaridos y batiendo con fuerza todas las malezas. Llegados al punto de partida, los asistentes botaron la piragua al mar y la abandonaron á la discrecion de los vientos y de las olas. Hemos visto ya que los Chinguleses tenian una práctico análoga para calmar al dios de las tempestades, pero los Tikopios no atribuyen á este ceremonial mas valor del que contiene, de suerte que tenian mucha mas fé en el cordon sanitario establecido contra los botes europeos.

El *Oceánico* dejó Tikopia con una brisa de S. E. siempre muy fresca en aquella estacion. A la madrugada del 16 se mostraron en la proa las cumbres de Vanikoro bajo la forma de tres islotes medianamente elevados. Poco á poco aquellos islotes fueron tomando cuerpo hasta formar una sola y misma isla. Por la tarde al poner del sol, se hallaba el sloop á dos leguas de la costa oriental, de cuya distancia Vanikoro ofrecia un terreno bien arbolado. Una faja circular de arrecifes parecia defender su acceso en todos sentidos á escepcion del lado del E. donde se revelaba una espaciosa hondura que penetraba bastante al interior de las tierras.

Vanikoro fué poco frecuentada y conocida antes que los capitanes Dillon y d'Urville la convirtiesen en objeto de esploraciones especiales. Allí ecsistia el monumento elejido por el nuevo *Astrolabio*, en el mismo punto donde pereció el antiguo. Como podia permanecer indiferente á este doble episodio, el uno de luto y el otro de reparacion? Era yo el único Francés en la embarcacion americana que iba á pisar aquella tierra y á visitarla con un interés de nacionalidad de que no participaba ninguno de mis compañeros de viaje. Todos la contemplaban con indiferencio mientras yo la devoraba con la vista. Nadie me comprendió á escepcion de Pendleton. » Para V. y para mí, me dijo, resolví fondear en Vanikoro; para V., porque conozco sus ideas; para mí, porque los trabajos de Dillon y de d'Urville han comunicado un grave interés á este rincon de tierra. Pero el tiempo no nos es nada propicio. Vé V. el horizonte por la parte del S. E.? el viento empieza á soplar de aquella parte con mas fuerza de la que necesitan nuestras velas, y apuesto á que V. no quisiera que el pobre Pendleton fuese el segundo tomo de Lapérouse. Sin embargo no desesperemos: si el viento es dócil, nos mantendrémos á alguna distancia del fondeadero hasta que podamos anclar sin peligro. »

La noche fué tal como la habia previsto el capitan. Fué preciso tomar la capa bajo las gavias para evitar estrellarnos en los arrecifes. Al amanecer recobrámos la bordada de la isla, pero rechazado por la driva y por la corriente, el *Oceánico* se vió impelido hácia el O., y todo cuanto se pudo hacer se redujo á forzar de vela y costear la isla á sotavento á dos ó tres leguas de distancia de los rompientes de la parte

occidental. Hallábame yo en la cubierta procurando por medio de un escelente anteojo distinguir los diversos puntos señalados por las relaciones de Dillon y de d'Urville, las aldeas de Païou, Vanou y Nama, hechas célebres recientemente; pero nada pude descubrir de un modo muy claro, y solo percibí los masas de bosques que cubren toda la isla desde la base hasta la cima de las montañas. Mas curioso era el espectáculo que ofrecia el arrecife. Veíanse por acá y acullá rocas negruzcas de ocho á diez pies de altura asomando sobre el nivel del agua, y las olas enormes del Océano estrellándose contra aquellas rocas solitarias y formando de trecho en trecho surtidores lanzados sobre la cascada espumosa y uniforme. Por aquel lado la cadena submarina se estiende á veces hasta una legua de tierra, dejando entre ella y la playa una ancha ensenada interior cuyas aguas permanecen siempre pacíficas como un lago, con tintes enteramente diversos á causa de las bruscas variaciones del fondo.

Así que era preciso renunciar á Vanikoro, pues la brisa y el mar se oponian á ello. El *Oceánico* se vió precisado á pasar á sotavento de Toupoua que costeó de bastante cerca para que pudiesen distinguirse de la playa las chozas de los naturales. Ninguna piragua se arriesgó en alta mar, pues el tiempo era muy malo. Finalmente el sloop consiguió doblar la punta oriental de la grande isla Nitendi ó Santa Cruz; dirijióse á lo largo de la parte septentrional hasta la altura de la bahía Graciosa, en la que anclámos por cuarenta brazas á cosa de una milla de la playa. Era el 18 de junio al mediodía.

CAPITULO XXXI.

Vanikoro. — Historia. — Naufrajio de Lapérouse.

Vanikoro es una isla célebre en los anales de la navegacion francesa. Perdióse Lapérouse en sus arrecifes, y por mucho tiempo se ignoró el sitio donde ocurriera este gran desastre. De su lucha con el mar no habia escapado un solo hombre para decirnos como fué vencido el ilustre marino. Los recientes viajes de Dillon y de d'Urville son los únicos que han dilucidado este punto histórico; pero para poder establecerlo es forzoso retroceder al orijen de la espedicion. Era la época á que Cook acababa de ilustrar la Gran Bretaña por una serie de viajes concebidos con osadía y ejecutados con habilidad. La Francia puesta en movimiento por este ejemplo que habia causado tan profundo retintin en Europa, resolvió combinar un viaje de circumnavegacion sin perdonar gastos. El sabio Fleurieu trazó su itinerario, y Luis XVI, en realidad buen jeógrafo, escribió instrucciones autógrafas que podrian pasar por un modelo á no ser escritas de rey. Por fin, como jefe de esa espedicion escojióse al capitan Lapérouse, ya célebre en la marina por su espedicion contra los establecimientos ingleses de la bahía de Hudson. Diósele por segundo el capitan Delangle, su amigo, oficial muy distinguido, y se llamaron varios sabios y marinos del mayor mérito para participar de los trabajos de aquella arriesgada espedicion.

Armáronse para este viaje las dos urcas la *Brújula* y el *Astrolabio*, que partiendo de Brest á 1 de agosto de 1785 fondearon sucesivamente en Madera, en Tenerife, en Santa Catalina del Brasil y en la Concepcion de Chile; visitaron la isla de Pascua, la isla Mawi en el grupo Hawaii, y dieron principio á la esploracion de la costa N. O. de la América, trabajo el mas esencial de la mision.

En aquellos parajes sobrecojió á Lapérouse un primer infortunio. En una ensenada que denominara *Puerto de los Franceses*, dos embarcaciones se arriesgaron en una peligrosa barra y fueron sumerjidas con toda su jente, en cuyo desastre perecieron seis oficiales y diez y seis marineros.

Lapérouse dejó aquella costa fatal á fines de junio de 1786, hizo escala en Monterey en California, atravesó el Océano Pacífico, estuvo á punto de perderse en dos escollos desconocidos que apellidó *Isla Necker* é *Islas bajas francesas*, cruzó las islas Marianas, dobló las islas Bashee, y fondeó en Macao á 3 de enero de 1787.

Dos meses pasó en aquella recalada; en seguida cuarenta dias en Manila que dejó á 10 de abril, llevó el rumbo hácia el N., reconoció algunas porciones de la costa japonesa, acometió su apreciable empresa en el brazo de Montemar, no visitado hasta entonces y que llamó Mancha de la Tartaria, costeó casi toda la península de Seghalien, y algunas de las Kouriles, y fondeó en el puerto San Pedro y San Pablo del Kamsobatka, de donde despachó por tierra al jóven Leseps con una parte de los materiales recojidos hasta entonces. Este hombre era el único intérprete de la espedicion que pudo regresar á Francia. Salido del Kamtchatka á fines de setiembre de 1787, Lapérouse llevó el rumbo hácia el S., cortó la linea á 21 de noviembre, descubrió á 9 de diciembre una de las islas Hamoa, dió vela hácia la Australia, y ancló en Botany-Bay á 26 de enero de 1788. Por una coincidencia bastante rara el comodoro Phllip se hallaba á la sazon surto en Port-Jakson, llevando consigo los individuos que debian formar el nucleo de la futura colonia de la Nueva Gales del Sur. Los dos comandantes francés é inglés rivalizaron en urbanidad y recíproco proceder. El comandante Phllip se encargó de los partes de Lapérouse, los últimos que de él se recibie-

ron. En un parte al ministro de la marina, el capitan describia los accidentes de su itinerario. El plan que habia formado al salir de Botany-Bay, era de visitar las islas Tonga, esplorar ciertas partes de la Nueva Caledonia, las islas Salomon, la Luisiada, y pasar el estrecho de Torres para alcanzar la Isla de Francia en diciembre del propio año, contando estar de regreso en Francia por el mes de junio de 1789.

Sin embargo 1789 y 1790 se pasaron sin que llegase á nuestros puertos de mar alguna noticia posterior, con lo que empezaron á acreditarse las mas vivas inquietudes. La sociedad de historia natural tomó la iniciativa, y pidió á la asamblea nacional que mandase una espedicion en busca de Lapérouse. La asamblea nacional accedió á este voto por su decreto de 9 de febrero de 1791 sancionado por el rey, resolviendo un armamento.

Las grandes urcas la *Recherche* y la *Esperanza* partieron de Brest á 28 de setiembre de 1791 bajo las órdenes d'Entrecasteaux, y al llegar al Cabo de Buena Esperanza, este oficial recibió un parte del comodoro Hunter designando las islas del Almirantazgo como el teatro probable del naufrajio de Lapérouse. Al instante se dirijieron las dos urcas hácia este archipiélago; pero como se vieron contrariadas por la estacion y por otra parte eran muy malas veleras, no pudieron alcanzarlo hasta 28 de julio de 1792. Sus investigaciones fueron enteramente inútiles, porque no vieron circunstancia alguna que les indujese á creer que se hubiese perdido en aquellos parajes ningun barco europeo. D'Entrecasteaux prosiguió las operaciones que le habian impuesto y emprendió los mas apreciables trabajos científicos publicados por MM. Rossel y Labillardière, única compensacion obtenida á espensas enormes y fatigas incalculables. El armamento fué maltratado en su personal mas que ninguno; los tres primeros jefes fallecieron: d'Entrecasteaux, Huon de Kermadec y d'Auribeau, y con ellos buena parte de las tripulaciones. Finalmente á su llegada á Java los dos buques fueron confiscados por el gobierno holandés; pero lo que hay de mas singular en este viaje, es que las dos conservas pasaron por delante la isla que buscaban, delante de Vanikoro, teatro del desastre de Lapérouse donde se hubieran encontrado sin duda vestijios recientes del naufrajio, y quizás hombres aun vivos.

Desde aquella época hasta 1825, parece no haberse consumado ningun ensayo de averiguacion, pues la *Urania* y la *Coquilla* despachadas bajo la Restauracion para los mares del S. no fueron enviadas con este objeto. En la noche del 1 al 2 de agosto de 1823 la *Coquilla* pasó á cuatro ó cinco leguas de Vanikoro sin poner en duda que esta isla contenia pruebas irrecusables del infausto acontecimiento.

Cuando el ministerio acojió el proyecto del capitan d'Urville, es decir á fines de 1825, se pensó en hacer nuevas indagaciones. Susurrábase entonces en Francia la relacion de un ballenero que habia visto una cruz de San Luís y algunas medallas en manos de los salvajes de la Luisiada y de la Nueva Caledonia. Como los detalles parecian ecsactos y formales, el ministro de marina los tomó en consideracion, y encargó á Mr. d'Urville que se cerciorase de su grado de verdad y continuase la solucion del problema. El nombre de su buque, la *Coquilla*, fué trocado por el de *Astrolabio*.

El *Astrolabio* partió de Francia con datos bien inciertos; pero en el camino debia tropezar con preciosos indicios. Lejos de revelarle nada su paso á Port-Jackson, indujo á Mr. d'Urville á sospechar contra los murmullos acreditados en Francia; pero mas afortunado en Tonga-Tabou supo por la Tamaha que Lapérouse habia hecho escala en Namouka despues de haber salido de Botany-Bay. Sin embargo hasta fines de 1827 y en una recalada en Hobart-Town no se halló en estado de practicar un nuevo reconocimiento. Hablábase en Hobart-Town de un descubrimiento hecho por el capitan Dillon, que presentaba un indicio que no debe pasarse en silencio.

Siendo un antiguo navegante del Océano Pacífico que estaba recorriendo hacia veinte años en embarcaciones mercantes, Dillon mandaba en 1826 el *San Patrick*, que en su derrotero de Valparaiso á Bengala, pasó á 15 de mayo cerca de Tikopia. Hallábanse á bordo de las piraguas que fueron á atracar el buque el Prusiano Bushart y el lascar Joe que trece años antes habia dejado en aquella isla. Habiendo pasado á bordo, Joe empezó á confabular con la tripulacion, y entre otros objetos vendió al armero un puño de espada de plata donde habia grabado algunos caractéres. Habiéndole interrogado por este objeto, el lascar respondió que aquel puño ni mas ni menos que otras baratijas de fábrica europea que se hallaban en Tikopia, procedian de una isla vecina llamadada Vanikoro donde en otro tiempo naufragaron dos grandes buques. El lascar aseguró, segun Dillon, que habiendo hecho el viaje de Vanikoro seis años antes, habia visto dos hombres entrados en años, marineros de los buques náufragos, y añadió que todavía podian recojerse algunos restos de aquel desastre. Dillon infirió de este relato que los dos buques eran los de Lapérouse, y decidió á Bushart que lo acompañase á Vanikoro; pero la calma y las corrientes contrariaron su reconocimiento. Hallándose de regreso en Calcuta dió parte de sus sospechas á la Compañía de las Indias y á la Sociedad asiática, en una relacion oficial mas esplícita y mas formal que el relato que se publicó despues.

« Al ecsaminar el puño de espada, dice, creí

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Naufrage de Laperouse suivant les récits des Naturels,

1 Naufragio de Laperouse (segun las relaciones de los Naturales)

2. Pirogue des Arsacides.

2 Piragua de los Arsacides

descubrir las iniciales del nombre de Lapérouse, lo que me dió márjen á concebir sospechas y llevar mis preguntas tan léjos como era posible. Al efecto y por medio de Busbart y del lascar, interrogué á algunos isleños sobre el modo con que sus vecinos habian podido procurarse todos los objetos de plata é hierro que poseían. Á esto contestaron que los naturales de Mallicolo (Vanikoro) narraban que muchos años antes llegaron cerca de sus islas dos grandes bajeles, de los cuales el uno ancló en la isla de Vanou, y el otro en la isla de Païou, poco distantes una de otra. Algunos dias despues y antes de haber tenido comunicacion con la tierra, se levantó una tempestad que arrojó los dos navíos á la costa. El que habia anclado en Vanou se estrelló contra las rocas, y los naturales se presentaron á la orilla del mar, armados de clavas, lanzas y arcos y lanzaron algunas flechas á bordo del navío. La tripulacion contestó á cañonazos y mató á muchos salvajes, pero el navío batido por las olas en breve fué despedazado enteramente. Algunos individuos de la tripulacion se arrojaron á los botes y fueron impelidos por el viento hácia la costa donde murieron asesinados por los naturales. Otros que se habian arrojado á nado alcanzaron igualmente la playa, pero sufrieron la misma suerte que sus camaradas, de suerte que ni un individuo siquiera de aquel navío pudo sustraerse á las garras de la muerte (Pl. XVIII. — 1).

« El navío que encalló en Païou fué arrojado á una playa arenosa. Los naturales acudieron en tropel y lanzaron una multitud de saetas cual hicieran con el otro; pero la tripulacion tuvo la prudencia de no corresponder á la agresion por medio de las armas: por el contrario, mostró á los agresores algunas hachas, abalorios y otras bagatelas en señal de paz, y á su vista cesaron de todo punto las hostilidades. Así que empezó á amainar, un anciano hízose mar adentro á bordo de una piragua y atracó al buque: era uno de los jefes del país, que fué recibido y colmado de carantoñas, y le ofrecieron presentes que aceptó. Hallándose de regreso á la playa, aplacó á sus compatriotas y les dijo que las jentes del navío eran hombres buenos y afables, con lo cual muchos naturales pasaron á bordo donde les ofrecieron presentes; pero en cambio presentaron á la tripulacion batatas, volatería, bananas, cocos, cerdos, estableciéndose una confianza mutua.

« La tripulacion del navío se vió obligada á abandonarlo. Los hombres blancos desembarcaron llevando consigo gran parte de sus provisiones. Permanecieron algun tiempo en la isla, y construyeron un pequeño navío con los restos del grande, y apenas se halló dispuesto á hacerse á la vela, partió con tantos individuos como se hallaba en estado de contener, despues de haberle surtido los isleños de víveres frescos y abundantes. El comandante prometió á los que dejaba en la isla que volveria cuanto antes á buscarles llevando al propio tiempo presentes para los naturales; pero jamás oyeron hablar los isleños de aquel pequeño buque ni de los que lo montaban. Los individuos de la tripulacion que se quedaron en la isla, se dividieron entre los diversos jefes á cuyo lado residieron hasta su muerte. Los fusiles y la pólvora que les habian dejado sus camaradas, les pusieron en estado de prestar grandes servicios á sus amigos en sus batallas con los naturales de las islas vecinas.

« El Prusiano no se habia aventurado nunca á hacer un viaje á Mallicolo con los naturales; pero el lascar habia ido una ó dos veces. Aseguró que habia visto en Païou dos Europeos que hablaban la lengua de los isleños, y que habia confabulado con ellos: eran unos ancianos que le dijeron haber naufragado muchos años antes en uno de los navíos cuyos restos le mostraron. Dijéronle igualmente que ningun navío habia tocado en las islas Mallicolo desde que ellos se encontraban allí; que la mayor parte de sus camaradas habian muerto, pero que habiéndose diseminado en las diversas islas no podian asegurar precisamente cuantos vivian á la sazon. »

Despues de la lectura de esta esposicion, la Compañía decidió que uno de sus buques, el *Research*, fuese á esplorar las islas de Vanikoro al mando de Mr. Dillon, y justificar con ecsactitud el naufrajio del capitan francés. Ni se perdonó medio para hacer la espedicion lo mas útil posible á la historia natural. El doctor Tytler, conocido por algunas obras científicas, desempeñó juntamente los cargos de doctor, naturalista é historiógrafo de la mision. Sus apuntes ni mas ni menos que los de Mr. Dillon fueron verdaderamente magníficos: la Compañía no reparaba en gastos; consagraba 4.000 rupias á la sola compra de los objetos que debian distribuirse en presentes á los naturales de Vanikoro, suma igual á la cantidad fijada para el abastecimiento de una espedicion francesa en una campaña de tres años. La Compañía hizo aun mas; destinó á bordo del *Research* un ajente francés que debia referir oficialmente los descubrimientos: este ajente era un tal Mr. Chaigneau, empleado á la sazon en Chandernagor.

A 23 de enero de 1827, el *Research* se hizo á la vela, y apenas contaba tres dias de travesía, cuando se elevaron terribles discusiones entre el doctor Tytler y el capitan Dillon. Estas discusiones fueron tan animadas, que á la llegada á Hobard-Town, el dotor se quejó contra el capitan ante un tribunal militar. Dillon fué declarado culpable y condenado á un encierro de dos meses y á una multa de cincuenta libras esterlinas, ecsijiendo ademas una caucion de 400 libras esterlinas como garantía de su futura conducta. Como la pe-

na pronunciada contra Dillon ocasionaba un retardo sumamente perjudicial, procuraron reemplazarlo; pero como el astuto capitan no habia revelado á nadie la situacion de Vanikoro, la mision puesta á cargo de otro corria riesgo de abortar. Siendo de consiguiente forzoso dejar una parte del juicio sin ejecucion, obligaron á Dillon al pago de la multa y al depósito de la garantía, haciéndole gracia del encierro.

Finalizado este triste negocio, el *Research* se hizo á la vela á 20 de mayo; á 3 de junio tocó en Port-Jackson, y á 7 de julio fondeó en Korora-Reka en la bahía de las Islas. Partido de nuevo tocó sucesivamente en Tonga-Tabou, en Rotou y Tikopia, en cuya última isla embarcó á un natural llamado Ratia que debia hacerle de guia y de intérprete, y por cuyo medio se procuró diversos objetos procedentes del naufrajio. Llegado finalmente el 7 cerca de Vanikoro, el *Research*, despues de haber empleado seis dias en un reconocimiento del fondeadero, tomó puerto en la pequeña ensenada de Ocili en la bahía del E.

Apenas establecido en este punto, ocupóse Dillon de reunir todos los objetos del naufrajio que se encontraban en la isla, y consiguió aglomerar una cantidad prodijiosa por medio de instrumentos de hierro, de telas y de abalorios que prodigó á manos llenas. La mayor parte consistian en garabatos, eslabones de cadenas, clavijas, maimonetas y otros pedazos de hierro; cucharas, cazuelas, platos y embudos de cobre; diversos fracmentos de instrumentos astronómicos y utensilios de cocina. Uno de los objetos mas importantes fué una gran campana de bronce de un pie de diámetro, en cuyos lados se hallaba un crucifijo entre dos figuras y un sol que vibraba sus rayos, todo estampillado por medio de una especie de leyenda: BAZIN ME HIZO. Las indagaciones verificadas despues han demostrado que estas señales eran las de la fundicion del arsenal de Brest hácia 1785. Igualmente pudieron procurarse en los arrecifes del O. cuatro pedreros de bronce, una bala de 18, un peso fuerte español, fracmentos de cristales, porcelana, loza, botellas y vidrios, y diversos pedazos de hierro, cobre y plomo.

Empero el mas precioso hallazgo fué el de un pedazo de abeto de cuatro pies de largo sobre catorce pulgadas de ancho, hermoseado con una flor de lís y muchos otros adornos esculpidos. Llevada á Francia esta escultura fué reconocida por un trozo de coronamiento de uno de los navíos de Lapérouse, objeto incontestable de aquel naufrajio, del que los naturales de Vanikoro habian hecho un tablero de puerta. Encontróse asimismo en el propio punto una piedra de amolar que habia debido servir á un molino.

Por otra parte los naturales no desmentian el naufrajio. Referíalo cada uno á su manera, y el capitan del *Research* cita muchas versiones que le hicieron; pero la mas precisa y probablemente la mas ecsacta de todas, es la que le dió Valie, segundo aligui de Vanou (PL. XVI. — 2).

« Hace mucho tiempo, dice este indíjena, que los habitantes de esta isla, saliendo una mañana de su domicilio percibieron parte de un navío en el arrecife que se halla en frente de Païou. Hasta el mediodía se vió en el mismo punto, pero el mar acabó de destrozarlo poniendo á flote á lo largo de la costa grandes porciones de sus destrozos. El navío fué arrojado contra el arrecife durante la noche y á impulsos de un terrible huracan que desarraigó un gran número de nuestros árboles frutales. Cuatro hombres pudieron salvarse del naufrajio y desembarcaron á poca distancia de aquí: íbamos á asesinarles cuando hicieron un presente á nuestro jefe que les salvó la vida. Por algun tiempo residieron entre nosotros, pero despues fueron á juntarse con sus compañeros en Païou donde construyeron un pequeño navío y se hicieron á la vela. Ninguno de aquellos cuatro hombres era jefe, pues todos eran inferiores. Los objetos que vendemos pertenecen al navío que encalló en el arrecife en la baja mar; nuestros camaradas acostumbraban bucear por allí y sacar lo que podian. El embate de las olas acarreó á la costa muchos destrozos de los que sacámos diversos objetos: pero hace ya algun tiempo que el navío está enteramente corrompido y llevado por el mar hácia el interior. Nosotros no asesinámos individuo alguno de aquel navío; pero las corrientes arrastraron á la playa muchos cadáveres que tenian los brazos y las piernas mutilados por los tiburones. En la misma noche tocó en un arrecife cerca de Vanou otro navío que se fué á pique, pero habiéndose salvado muchos hombres hiciéronse á la vela con un pequeño navío que construyeron, cinco lunas despues de haberse perdido el grande. Deseando construir el pequeño navío con perfecta tranquilidad, plantaron al rededor una fuerte empalizada de troncos de árboles para libertarse del acceso de los isleños, y como estos por su parte les temian, mediaban entre ellos pocas comunicaciones. Los hombres blancos acostumbraban mirar el sol á través de ciertos objetos que no puedo describir ni mostraros, porque no tenemos ninguno. Despues de la partida de sus camaradas quedáronse dos hombres blancos de los cuales el uno era jefe, y el otro un criado que servia al jefe. El primero falleció hace unos tres años: medio año despues el jefe del canton donde residia el otro hombre blanco se vió obligado á huir de la isla, y el hombre blanco partió con él. El distrito que abandonaron llevaba la denominacion de Paukori; pero nunca hemos tenido noticia del paradero de la tribu que lo habitaba. Los únicos blancos que han visto los habitantes de la

isla son primeramente las jentes del navío naufragado, y en segundo lugar los que en el dia vemos. »

Mr. Dillon hizo muchas escursiones á la isla sin que los naturales, comprados por su liberalidad, pretendiesen oponerle el menor obstáculo. El resultado de aquel reconocimiento, consignado en su relacion, solo ofrece un interés menos que mediano, y un pretendido plan de Vanikoro, trazado por él mismo, muy inecsacto é incompleto.

A principios de octubre, temiendo que le detuviesen en la bahía los vientos del E., salvó felizmente el peligroso canalizo del E. y fondeó en la tranquila bahía de Manevai donde estacionó tres dias, saliendo por el canal del N. y singlando hácia Touboua y Nitendi, y en seguida hácia la Nueva Zelandia. Despues de una recalada bastante larga pasó á Port-Jackson y dió la vela para Calcuta á donde llegó á 7 de abril de 1828. Deseosa la Compañía de recompensarle jenerosamente, otorgó el permiso de ir á Francia con los objetos que debian dar fé de su descubrimiento. Estábale reservada en Francia la acojida mas lisonjera: presentáronle á Cárlos X, obtuvo la cruz de la Lejion de Honor, 10.000 francos de resarcimiento y una pension de 4.000 francos inscrita en el gran libro. Todo esto ocurria un mes antes de la llegada del *Astrolabio*. El *Astrolabio* hizo tanto como el *Research* en Vanikoro, siendo tan solo un episodio de su larga espedicion; pero el gobierno francés pesó sus méritos con otra balanza diferente.

Llegado á 20 de diciembre de 1827 á vista de Hobart-Town, el capitan d'Urville tuvo noticia de las empresas de Dillon, de las que habian dado los periódicos algunos cálculos llenos de reticencias. Fuerza es confesar que Dillon no gozaba mucha reputacion de veracidad en la colonia: por manera que sus relaciones eran consideradas sumamente sospechosas y ecsajeradas. En consecuencia ir en pos de una isla imajinaria en fé de datos vagos, pedirle pruebas que tal vez no tenia, abandonarse á un crucero fantástico y estéril, mientras debia darse cima á un reconocimiento de las costas de la Nueva Zelandia que requeria algunos meses de esploraciones estudiosas, tal era la posicion que se ofrecia entonces al capitan d'Urville. Es verdad que si llegaba á resolver el gran problema de un naufrajio misterioso, todos sus cálculos se justificaban: cambio de itinerario y sesgo de rumbo. Pero de lo contrario, en la eventualidad de una campaña infructuosa, por ventura no podian acusarle de haberse abandonado con sobrada lijereza á los ensueños de un aventurero?

Por otra parte no bastaba el querer; la dificultad estaba en poder. Es cierto que Dillon habia hablado de Tikopia y de Vanikoro, pero sin determinar su situacion: ahí estaba su secreto, ahí la restriccion mental que debia esplotar. De consiguiente la isla problemática debia buscarse á tientas; pero el capitan d'Urville no se arredró ante aquella dificultad. Sondeando las reticencias de Dillon, observó que Tikopia era la antigua Verbwell de los Ingleses, y que Vanikoro no podia ser mas que una de las islas situadas al S. E. de Santa Cruz, ó el grupo descubierto por Bligh al N. de las Nuevas Hébridas. Desde entonces quedó resuelto su plan, decidió buscar Likopsa en Verbwell, y allí informarse por los naturales cual era la isla del naufrajio.

Mientras el capitan d'Urville organizaba su partida, llegaron á Hobard-Town dos cartas de Dillon completamente contradictorias: la una hablaba de diferir su viaje á causa de un pretendido monzon, al paso que la otra anunciaba que acababa de realizarlo con los mas felices resultados. Aunque estos estraños partes no podian menos de redoblar el embarazo del comandante francés, no dejó por eso de persistir en sus resoluciones. A 6 de enero de 1728 el *Astrolabio* se hizo á la vela; reconoció la isla Norfolk y el volcan Mathew, las islas Fataka y Anoura y apareció á 10 de febrero á vista de Tikopia. Apenas se descubrió la corbeta, cuando la atracó una piragua á cuyo bordo iba el Prusiano Bushart que habia acompañado á Dillon á Vanikoro. Este hombre confirmó la realidad del viaje de aquel marino, y sacó al capitan d'Urville de su larga incertidumbre. Es verdad que la consecucion de esta prueba era ya mucho; pero faltaba todavía completarla por medio de un reconocimiento; faltaba igualmente cumplir con un deber piadoso para con unos hombres que fallecieron víctimas del progreso de la ciencia y de la navegacion.

Desembarcaron en Tikopia algunos oficiales y naturalistas, que fueron recibidos en una casa pública de indijenas. Iban acompañados de Bushart que prometiera acompañar al *Astrolabio* á Vanikoro, con la condicion de que su mujer, jóven zelandesa, seria del viaje; pero influencias estrañas le retrajeron de cumplir su promesa. Una de las razones que alegaba para justificar esta negativa era la insalubridad del clima de Vanikoro, cuya respuesta hicieron igualmente los naturales á quienes se dirijieron, sin esceptuar al lascar Joe, que pretendió no haber dicho jamás al capitan Dillon que hubiese estado en ella.

En esta crítica situacion el capitan d'Urville se contentó con tomar á bordo dos Ingleses establecidos en Tikopia hacia ya nueve meses, el uno de los cuales hablaba bastante bien la lengua de los naturales y podia hacer de intérprete. Tomó igualmente cinco Tikopios que se hallaron olvidados á bordo cuando habian partido ya todas las piraguas.

El capitan d'Urville marchó directamente hácia Vanikoro, cuya situacion habia averiguado á través de las astucias y las reticencias de Dillon. Hasta el 14 no pudo atracar la isla, á causa de algunas calmas que retardaron su marcha, costeó sus arrecifes, envió un bote para reconocer el fondeadero, utilizó un viento contrario de N. O. para ir en busca de Taumaho, señalado por Quiros cerca de Santa Cruz, y perdido desde entonces; empleó tres dias en este crucero sin poder encontrar la isla, retrocedió hácia Vanikoro y fondeó el 21 en la peligrosa y pequeña rada de Ocili donde anclara el *Research* é indicada por los naturales de la aldea de Manevai.

El primer cuidado de M. d'Urville, despues de haber ancorado el *Astrolabio*, fué de captarse la voluntad de los naturales por medio de algunos presentes. Hasta entonces los objetos ofrecidos hubieran sido considerados como altamente magníficos; pero como el pródigo Dillon habia mal acostumbrado á los isleños, recibiéronlos estos con una marcada frialdad. Por lo demas esta circunstancia no fué la única que manifestó la desconfianza en que estaban los Vanikorios para con los Franceses, pues en lo sucesivo se presentaron otras en número tan considerable, que era de creer en las prevenciones sembradas de antemano. Por otra parte aquellas jentes confesaron despues que les habian advertido de que los Franceses eran compatriotas de los náufragos, y que sin duda se presentaban para tomar venganza del funesto acontecimiento de que fueran teatro aquellas costas.

No obstante unos obstáculos de tanto bulto, M. d'Urville no se desanimó un momento: despachó embarcaciones al mando de los oficiales del *Astrolabio* para dar la vuelta á la isla, á fin de recojer los objetos procedentes del salvamento y las tradiciones de aquel suceso fatal; trazar el mapa de la isla, estudiar su historia natural y hacer marchar de frente todas las medidas necesarias.

La primera espedicion mandada por M. Gressien no produjo al *Astrolabio* otro beneficio que un corto número de restos poco importantes, pero ninguna noticia. A todas las preguntas que les dirijia, oponian los naturales el mas profundo silencio ó respuestas evasivas. No parecia sino que todas las bocas estaban dominadas por un sistema de mudez deliberada en comun; puesto que si uno de ellos mas comunicativo y mas accesible á los presentes se aprestaba para dar algunos pormenores, al instante le rodeaban sus camaradas con cierto aire de descontento y temor, y le rogaban que callase ó le obligaban á retirarse.

La segunda espedicion mandada por M. Jacquinot, esperimentó al principio obstáculos de la misma naturaleza. La presencia de los Franceses alarmó á la pequeña poblacion de Vanou; las mujeres y los niños se acorralaron en los bosques con sus efectos mas preciosos, y se acercaron los hombres solos, bien que sobrecojidos de un profundo temor. Habiéndoles interrogado, lo negaron todo; pero por fin confesaron que habian tenido por mucho tiempo en su poder algunas calaveras de *Maras* (que así llamaban á los Europeos), aunque en seguida las habian arrojado al mar.

El jefe Valie, citado por Dillon, fué el único que mostró mas confianza. Repetidas veces se manifestó dispuesto á hacer revelaciones completas; pero sus compatriotas le cortaron la palabra con amenazas. El mismo silencio y disimulo encontraron en Nama, y ningun ofrecimiento pudo decidir á los naturales á señalar el sitio del naufrajio; pero habiendo M. Jacquinot desplegado un pedazo de paño encarnado, uno de los salvajes, seducido por los colores del objeto, saltó al instante en el bote manifestando por medio de jestos que le acompañaria al sitio que deseaba si le regalaba el pedazo de tela. No hubo el menor inconveniente en la contrata, y M. Jacquinot llegó al arrecife donde habia ocurrido la catástrofe. Aunque esta investigacion era altamente esencial, M. Dillon parece no haberse ocupado de ella, ó almenos no la cita en parte alguna.

La cadena de arrecifes que circunda Vanikoro ocupa un diámetro de dos á tres millas de Païou y Ambi, ora muy cerca de la costa, ora alejándose hasta una milla de distancia de la misma. Allí, en una especie de canalizo á través del rompiente, el salvaje hizo detener el bote señalando por medio de jestos el fondo del agua. Miraron efectivamente los Franceses, y á una profundidad de doce á quince pies distinguieron anclas, cañones, balas y numerosas planchas de plomo diseminadas por acá y acullá en medio de corales. Este espectáculo disipó todas las dudas: en las puntas de aquel escollo se habia perdido uno de los navíos de Lapérouse (Pl. XVII. — 2).

Toda la madera consumida por las olas habia desaparecido; solo quedaba el metal por motivo de su solidez y consistencia. La situacion de las áncoras daba márjen para creer que cuatro de ellas se habian sumerjido con el navío, mientras las otras dos debian de haber surjido. Ademas el aspecto del sitio permitia sospechar que el navío habia dado en aquel paso por haber querido introducirse en el interior de la cadena de los rompientes, y que habia encallado sin poder salir de aquella posicion. Algunos salvajes aseguraban que aquel era el buque cuya tripulacion desembarcada en Païou habia construído un pequeño navío, pero que el otro habia encallado

fuera del arrecife y se habia sumerjido completamente.

Llegado pues al sitio donde ocurrió el desastre, M. Jacquinot practicó sin dilacion todos los medios imajinables para ver si podria sacar algunos destrozos. Al efecto hizo eslingar un áncora, pero se pegaba al fondo con tanta fuerza, que se vió forzado absolutamente á renunciar á aquella honda. A poco despues M. Guilbert quiso acometer la misma empresa, y salió airoso con ella: despues de unos esfuerzos muy violentos que hicieron crujir la chalupa, pudo estraer de aquella costra de corales que tapizaban el mar un ancla de unas 1.800 libras y un cañon de bronce del calibre de 8, cubiertos de ócsido y sebo de dos pulgadas de grueso, fuertemente pegados en su superficie. Un pedrero de bronce, un trabuco de cobre, una masa informe de plomo y varios fracmentos de porcelana completaron aquel salvamento practicado tras un intérvalo de cuarenta años.

Entretanto el *Astrolabio* padecia un continuo detrimento en aquella mala ensenada de Ocili. La marejada fatigaba sus cadenas y amenazaba estrellarlo de un momento á otro contra las rocas verticales de la costa echándolo á pique en quince brazas de fondo, pero el comandante, deseando evitar este fracaso, mandó echar mano de los calabrotes y le izó hasta la espaciosa bahía de Manevai, abrigada contra el furor de todos los elementos (PL. XV. — 2).

Encontráronse en aquella bahía hombres verdaderamente mas sociables. Los naturales, enemigos natos de los de Tevai, acudieron en tropel á bordo del *Astrolabio;* los jefes saludaron al capitan al estilo del país, esto es, besando el dorso de su mano, y uno de ellos, primer ariki y sacerdote de Manevai, llamado Moembe, se declaró su amigo particular (PL. XVI.— 2.). Frisaba su edad con los cincuenta años; era pequeño de estatura, sumamente feo aun entre los suyos, hombre de bien, de un natural apacible, nada importuno ni indiscreto, y hombre de mundo comparado con sus toscos compatriotas. Moembe visitaba á menudo á M. d'Urville; contestaba del mejor modo que sabia á sus preguntas, nunca interrogaba, aguardaba con paciencia los presentes que querian hacerle y los recibia con gratitud y reconocimiento.

Muy diferente era la conducta de Nero, jefe de Tevai. Nada cortés y poco atento, recibia todos los dones con muy poco donaire, y continuaba á pedir luego de haber recibido. Era tan sumamente incómodo y molesto, que cierto dia estuvo á punto de dar campo con su conducta silvestre á una seria contienda. Habiendo ido á visitarle en Tevai el capitan d'Urville acompañado de algunos oficiales inermes, el viejo Nero le recibió con un aire harto caprichudo en la *casa de los espíritus*, rodeado de sus guerreros armados de arcos y de flechas. Desde luego empezó á quejarse altamente, como acostumbraba, porque no le daban nada, y acabó repetidas veces por ecsijir hachas, diciendo que *Pita* (Dillon) le daba muchas. A esta demanda el comandante francés contestó que si él consentia en suministrar víveres á bordo y sobretodo cerdos, no tendria ningun inconveniente en corresponderle proporcionándole hachas; y aun estipuló que por cada cerdo le daria tres hachas. Esta propuesta fué admitida por Nero con sumo gusto; pero como los cerdos nunca acababan de llegar, el comandante decidió volverse á bordo, y como tratase de verificarlo, los salvajes tomaron una actitud ceñuda y amenazadora que manifestó á los Franceses su imprudencia en comprometerse entre ellos sin armas. Deseando evitar una desgracia, resolvieron valerse de otros arbitrios; M. d'Urville salió al encuentro del jefe y le ofreció un hacha y un collar significándole que iban á cuenta de los cerdos prometidos, y en seguida se levantó y se fué. Sorprendido y altamente satisfecho del presente, Nero no osó moverse de su puesto, y por este medio los Franceses salieron inmediatamente sin la menor lesion, aunque sin curarse siquiera del cerdo prometido que á estas horas están aguardando aun.

Entretanto los trabajos científicos continuaban su curso sin interrupcion. El naturalista Gaimard, con permiso del comandante, desembarcó en la parte occidental de la isla con el Inglés Hambilton, que hablaba bien ó mal la lengua vanikoria; y si bien es verdad que los moradores de Nama quedaron encantusados al ver á aquellos estranjeros, no se mostraron sin embargo dotados de un carácter fácil y hospitalario durante los cinco dias que vivieron entre ellos. Esta escursion, aunque sumamente peligrosa y meritoria en supremo grado, no produjo ningun resultado de importancia. Despues de cinco dias de trabajos, el naturalista se sintió sobrecojido de una fiebre intensa, teniendo que vencer todos los obstáculos imajinables para defenderse contra unas jentes de un natural colérico y turbulento. Prohibióse rigurosamente al Francés desembarcado la entrada á la aldea de Nama; con lo cual se vió en la necesidad de volverse á bordo enfadado y gravemente enfermo, sin que en ninguna manera hubiese podido obtener la menor confidencia.

Merced á los consabidos descubrimientos, el naufrajio de Lapérouse podia considerarse como palpablemente demostrado. En consecuencia el capitan d'Urville congregó sus compañeros de viaje, y poniéndoles de manifiesto los objetos recojidos, les pidió su parecer en lo tocante á su verdadero oríjen, y todos unánimemente manifestaron estar bien convencidos de que eran restos del desastre de Lapérouse. Entonces les comunicó su proyecto, formado ya mucho tiem-

po antes, de erijir en el propio sitio un mausoleo dedicado á los manes de los compatriotas que perecieron víctimas de su amor á la ciencia. Semejante declaracion fué aprobada con entusiasmo, y todos indistintamente quisieron tomar parte en la ereccion del monumento.

Siendo absolutamente imposible levantarlo en Païou, en el mismo sitio de la catástrofe, elijióse para solar un grupo de mangles situado en el arrecife que ceñia en parte el fondeadero de Manevai. La forma adoptada para el mausoleo fué la de un prisma cuadrangular de seis pies de arista superado de una pirámide cuadrangular de igual dimension; y para preservar el piadoso edificio de la avidez de los naturales, túvose la cautela de no emplear clavos ni herramienta alguna. Al momento se pusieron manos á la obra, y se trabajó con asiduidad en la empresa, no obstante los terribles males que empezaban á amagar al nuevo *Astrolabio* en un sitio de tan funesta memoria para el antiguo (Pl. XVI. — 4).

La fiebre del naturalista Gaimard presentaba cada dia síntomas mas alarmantes, y el mismo capitan, en vísperas de ecsaminar el sitio donde los infortunados náufragos habian construido un pequeño buque, se sintió atacado por violentas y peligrosas accesiones de calentura. El estado de la atmósfera, hasta entonces seco y tolerable, pasó á ser súbitamente lluvioso y malsano, con lo cual aquella fiebre tomó un carácter epidémico que acometió sucesivamente á muchos individuos de la tripulacion.

Habiéndose dado cima al mausoleo á 14 de marzo, inauguróse el propio dia en presencia de una parte de la tripulacion. Un destacamento armado saludó el cenotafio con una triple salva de mosquetería que fué contestada por el cañon de la corbeta, en medio del mas profundo silencio y del recojimiento mas completo. Todo era luto en aquella tierra aciaga; luto en un pasado conmemorativo y luto en un presente lúgubre, lleno de angustias y temores. La fiebre tenia postrada en las hamacas á la mitad de la tripulacion, y parecia amenazar á la otra mitad; iba á faltar el número de brazos indispensables para sacar la corbeta de aquellos peligrosos y difíciles canalizos, y con algunos dias mas de retardo el mausoleo levantado sobre el arrecife hubiese anunciado al viajero dos catástrofes ocurridas en el mismo sitio. No dejó de conocer el capitan d'Urville la inminencia del peligro, y apesar de hallarse él mismo atacado de la fiebre, sintióse con bastante fuerza para dar las órdenes convenientes de salir de aquella tierra de mal agüero. Cada tentativa acrecentaba el número de enfermos; pero á 17 de mayo se redoblaron los esfuerzos para llevar á cabo aquella crítica operacion de que da cuenta M. d'Urville en estos términos:

« Cuarenta hombres se hallan fuera de servicio, y si dejamos transcurrir este dia (17 de marzo) sin movernos, tal vez mañana habrá pasado ya el tiempo oportuno de abandonar Vanikoro. Decidido por consiguiente á tentar un postrer esfuerzo, á las seis de la mañana hago empezar á birar de anclas, y retirar las unas y las otras, maniobra larga y penosa, atendido que el cable, la cadena y el calabrote, se habian enredado unos con otros, y nosotros teníamos muy pocos brazos válidos.

« Á las 8, mientras nos hallábamos ocupados en este trabajo, no pude menos de quedar sorprendido de ver una media docena de piraguas de Tevai que nos salian al encuentro, tanto mas cuanto tres ó cuatro habitantes de Manevai que se hallaban á bordo no sintieron el mas pequeño temor á su acceso, no obstante haberme asegurado algunos dias antes que los de Tevai eran sus enemigos mortales. Habiéndoles manifestado mi sorpresa, contentáronse con disparar en una equívoca sonrisa diciendo que habian hecho la paz con los habitantes de Tevai, y que estos se presentaban para hacerme un presente de cocos. Desde luego eché de ver sin embargo que los recien venidos no traían mas que armas y flechas en muy buen estado. Dos ó tres de ellos subieron á bordo con aire resuelto, acercáronse á la grande escotilla para observar en el interior del falso puente y cerciorarse del número de enfermos. Una alegría maligna animaba al propio tiempo sus miradas diabólicas, pero algunos individuos de la tripulacion me noticiaron al momento que hacia tres ó cuatro dias que hacian la misma pesquisa dos de los tres naturales de Manevai que se hallaban á bordo. Mr. Gressien, que desde la mañana acechaba sus movimientos habia creído ver á los guerreros de ambas tribus reunirse en la playa y tener entre sí una larga conferencia.

« Semejantes manejos argüían disposiciones nada satisfactorias, así que juzgué el peligro era inminente y al instante intimé á los naturales la órden de salir de la corbeta. Tuvieron la audacia de mirarme con un aire altivo y amenazador cual para retarme poner mi órden en ejecucion. Contentéme con hacer abrir la sala de armas, comunmente cerrada con cuidado, y la mostré con el dedo á los salvajes, mientras con el otro les designaba sus piraguas. El aspecto de 20 mosquetes flamantes cuyo poder conocian, les hizo temblar y nos libró de su presencia.

« Es mucho mas esencial de lo que se cree contener á aquellos hombres groseros tan solo por el terror de las armas de fuego, y es mas saludable para el Europeo que su efecto mismo. La sola vista de una pistola seria suficiente para poner en fuga á veinte salvajes, al paso que serian capaces de acometer como bestias feroces á un destacamento entero que acabase de hacerles fuego.

« Por lo demás acabábamos, por decirlo así.

de quebrar la amistad con aquellos bárbaros, cuya circunstancia hacia mas que nunca indispensable nuestra salida. En consecuencia ecsorté á la tripulacion á redoblar su intrepidez y sus esfuerzos, y aceleré el momento de la partida, tanto como lo permitian mis insignificantes recursos: los enfermos mismos pusieron manos á la obra, y pudímos finalmente ponernos de costado hácia el E. con treinta brazas de fondo.

«Con tan débil apoyo, el *Astrolabio* desplegó sus velas á las once y cuarto de la mañana del 17 de marzo de 1828 y tomó definitivamente su derrota para dejar Vanikoro. Desde luego cargámos la vela con una brisa favorable de E. S. E. dejándonos llevar sobre el canalizo; pero en el momento mismo en que dábamos en el punto mas escabroso y sembrado de escollos, sobrevino súbitamente un chubasco que limitó nuestro horizonte á un radio de sesenta á ochenta toesas.

« Atacado por la fiebre, apenas podia sostenerme para dirijir la maniobra, y mis ojos vidriados no podian fijarse sobre la espuma que blanqueaba los dos bordes del canalizo. Secundóme sin embargo la actividad de los oficiales, especialmente el concurso de Mr. Gressien á quien encargara dirijir nuestro rumbo. Hízonos de piloto cuyo encargo desempeñó con tanta sangre fria, prudencia y habilidad, que la corbeta salvó sin novedad el angosto y difícil paso por donde debíamos desembocar. Este momento decidia de la suerte de la espedicion, y la mas pequeña maniobra falsa estrellaba la corbeta contra unos escollos de que hubiera sido imposible sacarla. Así es que apesar de nuestra ansiedad y despues de algunos minutos de angustia, todos sin distincion esperimentámos, al vernos libres de los arrecifes de aquella isla funesta, un sentimiento de alegría comparable únicamente á la satisfaccion que siente un prisionero que se sustrae á los horrores del mas duro cautiverio; la verde esperanza reanimó nuestro ánimo abatido, y nuestras miradas se dirijieron á las playas de nuestra patria á través de las cinco ó seis mil leguas que nos separaban de ella.»

No obstante, aquella parada tan tristemente dilatada acarreó á la ciencia los resultados mas lisonjeros: acometiéronse útiles empresas; hiciéronse observaciones importantes, y M. Gressien levantó el plan mas ecsacto y completo de toda la isla donde se describian minuciosamente su configuracion, sus arrecifes y las desigualdades de su territorio. El mapa que resultó de tan largas operaciones es uno de los documentos mas interesantes del viaje. Vanikoro, poco antes desconocida, es en la actualidad uno de los puntos mas bien descritos del Océano Pacífico. Hanse estudiado los reinos de la naturaleza, y estraído de ellos algunas muestras auténticas que ecsisten de manifiesto en las salas del Museo. Empero dejando á un lado esas investigaciones útiles y jenerales, habia una mas especial al país, la del naufrajio mismo, objeto de la mision. Este punto fué tratado á fondo por M. d'Urville cuya empresa, curiosa y atestada de hechos, merece por cierto ser reproducida.

« Desde el momento de nuestra llegada, dice, los isleños de Vanikoro, naturalmente feroces y desconfiados como todos los salvajes de la raza negra oceánica, parecian haber adoptado un sistema constante de denegacion relativamente á aquella catástrofe; ó bien el de oponer á nuestras preguntas respuestas evasivas, como: *Yo no sé.* — *No he visto.* — *Esto sucedió mucho tiempo hace.* — *Lo hemos oído referir á nuestros padres*, etc. Era evidente que su conducta con respecto á los infortunados que escaparon del naufrajio no fué nada menos que hospitalaria. Sin duda temian que hubiésemos ido á tomar venganza, mayormente habiéndoles noticiado los Ingleses y los naturales de Tikopia que formábamos parte de la misma nacion que los *Maras*. Sin embargo, cuando estuvieron seguros de que no llevábamos ninguna intencion hostil, y en cuanto echaron de ver que les colmábamos de honores y presentes, su temor amainó un poco, y aun algunos se manifestaron mas comunicativos satisfaciendo con mucho mayor gusto á las preguntas que no cesaba de renovarles. Confabulé con los ancianos con preferencia á los demás, por cuanto podian haber sido testigos de aquel funesto acontecimiento, como tambien á los mas jóvenes que parecian tener mas intelijencia, dotados de una memoria mas feliz, y susceptibles por consiguiente de haber observado con mas ecsactitud lo que habian oído de sus padres.

« En el decurso de mi narracion espliqué los resultados de estas diferentes conversaciones, y en el número de los primeros figuran Valiko, jefe de la aldea de Vanikoro, un jefe entrado en años de Manevai, y Moembe, jefe relijioso de la misma aldea. Los mas señalados de los otros fueron Tangaroa y Kava-Liti, jóvenes jefes muy intelijentes, que se envanecian de haber nacido de un padre de Sikopia y de una madre de Vanikoro, orijen que les aprocsimaba á la verdadera raza polinesia. Comparando, analizando y ventilando sus diversas relaciones, he podido adoptar la siguiente version que en mi concepto es la mas verosímil.

« Tras una obscurísima noche en la que sopló con violencia el viento del S. E., los isleños observaron repentinamente en la costa meridional y en frente del distrito de Tanemai una inmensa piragua encallada en los arrecifes, que habiendo sido demolida en breve por el embate de las olas desapareció de todo punto sin que pudiese salvarse nada. De toda su tripulacion so-

lo pudo salvarse un corto número de individuos que saltaron en un bote y pasaron á tierra. En la madrugada del dia siguiente los salvajes percibieron una segunda piragua semejante á la primera, encallada ante Païou, á sotavento de la isla, que siendo menos atormentada por el viento y el mar y por otra parte asentada sobre un fondo regular de doce ó quince pies, permaneció algun tiempo sin ser destruída; pero los estranjeros que la montaban desembarcaron en Païou en donde se establecieron con los del otro navío, y comenzaron inmediatamente á construir un pequeño buque de los restos del navío que se fuera á pique.

« Los naturales llamaron *Maras* á los Franceses, y aseguran que fueron siempre respetados por los indijenas; quienes les besaban siempre la mano, ceremonia que han practicado no pocas veces para con los oficiales del *Astrolabio* durante su recalada. Sin embargo no dejaron de levantarse frecuentes riñas, una de las cuales acarreó la pérdida de muchos guerreros de parte de los naturales, entre los cuales se contaban tres jefes, y la muerte de dos Franceses. Finalmente despues de seis ó siete lunas de trabajo se dió cima al pequeño buque y todos los estranjeros abandonaron la isla, segun la opinion mas acreditada. Algunos han asegurado que se quedaron dos Maras, pero que no vivieron mucho. En lo tocante á esto hay pocos motivos de duda, y sus deposiciones unánimes manifiestan que ningun Francés puede ecsistir en Vanikoro, en Tikopia, ni aun en Nitendi ó en las vecinas islas. En cuanto á los cadáveres de los desgraciados Franceses que sucumbieron bajo los golpes de aquellos salvajes, parece muy probable que estos los conservasen por largo tiempo como trofeos de su victoria; pero en caso de que los poseyesen á la época de nuestra llegada, es verosímil que se hubiesen apresurado á ocultarlos en un lugar seguro para sustraerlos á todas nuestras pesquisas.

« Todas las circunstancias nos inducen á creer que Lapérouse, despues de haber visitado las islas de los Amigos, y llevado á cabo su reconocimiento de la Nueva Caledonia, habia llevado el rumbo hácia el N. y se dirijia sobre Santa Cruz, como lo prescribian sus instrucciones, y como nos lo manifiesta él mismo en su último parte al ministro de marina. Al acercarse á aquellas islas creyó sin duda poder continuar su derrotero durante la noche, segun hiciera no pocas veces, cuando cayó inopinadamente sobre aquellos terribles arrecifes de Vanikoro cuya ecsistencia era ignorada completamente. Probablemente la fragata que iba delante (y los objetos llevados por Dillon han inducido á creer que era la misma *Brújula*) dió en los rompientes sin poder levantarse, al paso que la otra se hizo á la mar con tiempo oportuno; pero la terrible idea de abandonar sus compañeros de viaje y quizá su mismo jefe á la merced de un pueblo bárbaro, no pudo permitir á los que habian escapado al peligro alejarse de tan funesta isla, poniéndoles en la necesidad de practicar todos los medios á fin de arrancar á sus compatriotas á la suerte que les amenazaba. Tal fué á no dudarlo la causa de la pérdida del segundo navío. El aspecto mismo de los parajes donde se quedó, da un nuevo apoyo á esta opinion; porque á primera vista no parece sino que debe haber un canalizo entre los arrecifes. No es estraño pues que los Franceses del segundo navío se hubiesen aventurado á penetrar por aquella abertura hasta el interior de los rompientes, no reconociendo su error hasta haberse consumado su pérdida.

« Apesar de que no ecsiste ningun documento positivo y directo que manifieste que aquellos destrozos pertenecieron realmente á la espedicion de Lapérouse, estoy bien convencido de que no puede haber en ello la menor incertidumbre. En efecto las noticias que recojió de los naturales están perfectamente de acuerdo, en los puntos mas esenciales, con los que se procuró M. Dillon, sin que hayamos podido ser influídos el uno por el otro, atendido que no tuve el menor conocimiento de su relacion en la Isla de Francia hasta dos meses despues de haber remitido la mia al ministerio. Estas deposiciones tienen todos los caractéres de autenticidad; pues manifiestan palpablemente que cuarenta años atras se estrellaron en los arrecifes de Vanikoro dos grandes bajeles que contenian una tripulacion numerosa, y hasta se han acordado los naturales de que llevaban el pabellon blanco. Todo esto junto con los referidos cañones y pedreros demuestran que tales navíos eran buques de guerra; pero se sabe positivamente que mucho tiempo antes y despues de aquella época no se perdió en aquellos mares ningun otro buque de línea que las fragatas de Lapérouse, y la *Pandora*, mandada por Edwards, que naufragó en los arrecifes del estrecho de Torres. Ademas la naturaleza de algunas piezas sacadas del naufrajio demuestran que pertenecian á una mision encargada de alguna empresa estraordinaria. Por fin el último pedazo de madera presentado por Mr. Dillon se ha encontrado coincidir con los dibujos que se han conservado de las esculturas de la popa de la *Brújula*. Tantas probabilidades reunidas no equivalen acaso á una certidumbre completa!

« Como sin duda se deseará que emita mi opinion sobre el rumbo que siguieron los Franceses despues de haber abandonado Vanikoro, declararé que en mi concepto debieron dirijirse hácia la Nueva Irlanda para pasar á las Molucas ó á las Filipinas, siguiendo la pista á Carteret ó á Bougainville, pues era el único rumbo que

ofrecia una probabilidad de buen écsito á un buque tan débil y tan mal equipado como debia de ser el que construyeron en Vanikoro; porque debe presumirse que los Franceses habian sido muy debilitados por la fiebre y los combates con los naturales.

« Aun me atreveré á decir que en la costa occidental de las islas Salomon podrian encontrarse en lo sucesivo algunos indicios de su paso.»

Esta última opinion del capitan d'Urville era el resultado de conjeturas tan fuertes, que al salir de Vanikoro queria ir á reconocer las islas Salomon para seguir, si posible fuese, las huellas de los Franceses. Pero la situacion desesperada de su tripulacion le obligó á navegar directamente hácia las islas Marianas, única escala donde podian los enfermos aguardar algun socorro.

En cuanto llegaron á Francia las primeras noticias de los descubrimientos de Dillon, temióse que el capitan d'Urville no podria aprovecharse de aquellos datos para ir en busca del sitio del naufrajio. En consecuencia el ministro de marina dió órden á M. Le Goarant que mandaba la corbeta *la Bayonesa*, estacionada á la sazon en la costa occidental de la América, que se hiciese á la vela para Tikopia y Vanikoro con objeto de practicar todas las indagaciones necesarias para justificar el naufrajio de Lapérouse.

M. Le Goarant partió de Valparaiso á 8 de febrero de 1828 y visitó las islas Hawaii, Fanning, Sidney, Phœnix, Rotouma y Tikopia donde encontró al Prusiano Bushart y al lascar Joe. El primero se hizo sordo á todas las proposiciones de embarque, pero Joe acababa de perder su esposa, y accediendo á la demanda pasó á bordo de *la Bayonesa*. Esta corbeta apareció á vista de Vanikoro á 3 de junio donde pasó, segun la relacion del capitan, doce dias sin fondear en ningun punto preservándose de esta suerte de las fiebres de la isla. En cambio su reconocimiento quedó sin resultado para la jeografia y la ciencia, y la cuestion del naufrajio de Lapérouse permaneció en el mismo estado en que lo habia dejado el capitan d'Urville. Es muy sensible que *la Bayonesa*, con una tripulacion doble de la del *Astrolabio*, no enviase un fuerte destacamento á Païou para escudriñar la mansion de los Franceses. El hecho mas notable de la aparicion de *la Bayonesa* ante Vanikoro fué que uno de sus botes descubrió el monumento que poco antes erijieran los marinos del *Astrolabio*. Lejos de destruir el mausoleo, los moradores le profesaban una especie de veneracion, y solo con mucha dificultad permitieron á los recien venidos clavar una medalla que atestiguase el paso de *la Bayonesa*. Así es que hay fundadas esperanzas para creer que este mausoleo durará tanto como lo permitan los frájiles materiales de que se compone. ¿Acaso la Francia no hará para unos marinos muertos en su servicio nada mejor que aquel monumento sencillo y perecedero improvisado en la fuerza de un sentimiento piadoso?

Es muy probable que otros navegantes han visitado Vanikoro desde las dos espediciones de MM. d'Urville y Le Goarant, puesto que el Museo naval ha recibido un tronco de árbol procedente de aquella isla con la fecha de 1788 grabada sin duda por uno de los individuos escapados del naufrajio. Sin embargo no teniendo ninguna noticia sobre la autenticidad y sobre la procedencia de aquel curioso pedazo, es preciso restrinjir este relato á lo que ofrece de ecsacto y de oficial. La suerte del célebre navegante que perdió la Francia en los arrecifes de Vanikoro merecia por cierto esta digresion histórica; pero era preciso circunscribirla en los límites de lo verdadero, ó almenos de lo verosímil (1).

CAPITULO XXXII.

VANIKORO. — JEOGRAFÍA. — COSTUMBRES.

El grupo de Vanikoro fué descubierto en 1788 por Lapérouse, que pagó á espensas de su misma

(1) Es harto conocido paraque debamos repetirlo el infortunio del célebre almirante Mr. de La Pérouse que naufragó en las islas del mar del Sur sin que por mucho tiempo hubiese podido averiguarse su paradero. Este acontecimiento, verdaderamente infausto para los progresos científicos, que en dias mas serenos hubiera ocupado la atencion de toda la Europa, apenas tuvo á la sazon en Francia el retintin que era de esperar, por hallarse esta nacion embebida en las guerras que con tanta ventaja estaba sosteniendo por si sola contra todas las potencias coligadas, para acrecentar el lustre de sus glorias militares y asombrar á las jeneraciones venideras. Sin embargo recobrada algun tanto bajo la Restauracion de las borrascas de aquellos tiempos, despachó á Mr. Dumont d' Urville en 1827, á fin de que indagase por todos los medios posibles el sitio donde pudo ocurrir el naufrajio que arrebató á la navegacion una de sus mayores notabilidades. Habiéndolo encontrado por fin tras una serie no interrumpida de fatigas é inconvenientes capaces de intimidar al ánimo mas fuerte, el capitan d'Urville resolvió levantar un mausoleo que anunciase al viajero el sitio de tan aciaga memoria é inmortalizase el recuerdo de aquel desastre. La ereccion de este cenotafio fué decidida á 5 de marzo de 1828, y al momento se designó el local y la forma del mausoleo. El dia 6 Mr. Lottin, á quien estaba confiada su direccion, fué á cortar toda la madera que se juzgó necesaria, y sin la menor demora se dió principio á la obra cuyos trabajos continuaron en los siguientes dias con una actividad infatigable. La operacion iba continuando sin obstáculo de ninguna naturaleza de parte de los isleños, cuando la fiebre sobrecojió repentinamente á varios individuos de la tripulacion, y aun al mismo capitan Dumont d'Urville que tan solo acometiera aquella atrevida empresa para favorecer el progreso de la ciencia, esponiendo su vida á los azares de una navegacion la mas difícil, y arrostrando mil veces, sin la mas leve sombra de esperanza, el capricho y la versatilidad de un Océano sin límites. Apesar de verse postrado en el lecho del dolor sobre un frájil madero, á una distancia inmensa de las playas patrias y en medio de unos mares que tan fúnebres ideas inspiraban, obstinóse el capitan en hacer frente á todos los obstáculos y sobreponerse á la inminencia de un

vida este monumento de su gloria, y visto de nuevo en 1791 por Edwards que le apellidó *isla Pitt*. En mayo de 1793, d'Entrecasteaux, enviado con *la Recherche* y *la Esperanza* en pos de las huellas de Lapérouse, pasó á doce leguas de distancia de sus costas y le dió el nombre de su buque. A estos navegantes sucedieron, como llevamos dicho, la *Coquille*, en 1823, su capitan Duperrey, Dillon, Mr. d'Urville y M. Le Goarant.

El grupo de VANIKORO se compone de dos islas de volúmen desigual, rodeadas de un arrecife de corales de unas treinta y seis millas de circumferencia. Mr. d'Urville apellidó *Recherche* á la mas considerable, y *Tevai* á la mas pequeña, del nombre de la aldea principal. El ámbito de la Recherche es de treinta millas, y el de Tevai de nueve á lo sumo. La ensenada de Ocili, segun las observaciones del *Astrolabio*, está situada á los 11° 40' lat. S. y á los 164° 32' lonj. E.

Esas dos islas en toda la estension de su superficie están cubiertas de árboles desde la playa hasta las cumbres interiores. El punto culminante del grupo, el monte Kapobo, tiene 474 toesas de elevacion y se descubre de veinte leguas de distancia.

Dejando á un lado las dos islas principales, encuéntranse en la bahía interior dos islotes, de los cuales el uno lleva el nombre de Manevai, de la tribu que lo habita (PL. XVI.— 3.), y la isleta Nahouna situada en la parte N. O. del grupo. Cada uno de estos islotes no tiene mas de 500 toesas de circumferencia.

El rompiente que circunda todo el grupo solo está interrumpido por espacio de unas ocho millas en la parte del E. Sin embargo en otros puntos ofrece canalizos mas ó menos angostos, donde se encuentran treinta ó cuarenta brazas de fondo con numerosos montones de corales que se remontan á diez pies de profundidad.

Al rededor de las islas corre un segundo arrecife cabe la misma playa que hace á los botes sumamente difícil el acceso. Ocili y Païou son los dos únicos puntos conocidos que facilitan el acceso de la tierra por medio de una arenosa playa.

Estas islas son ocupadas por una poblacion reducida y miserable, cuyo número no parece esceder de 1.500 almas. El interior no es mas que una vasta é impenetrable selva, pues solo son habitadas las costas. La labranza no se estiende nunca á mas de una milla de la playa; el taro, las batatas, las bananas y el kava, son las plantas que cultivan los naturales con mayor esmero.

Los habitantes de Vanikoro son comunmente pequeños, flacos, cenceños, y de apariencia mezquina. Su tez es negra, su fisonomía desagradable, y la escesiva anchura de la frente comunica á esta raza un carácter estraño y salvaje. Ájiles y flecsibles en su mayor parte, hay algunos sin embargo que van tirando atacados de lepra y de úlceras (PL. XVI. — 1.).

Las mujeres son relativamente mas feas que los hombres; pero apesar de su deformidad los hombres están sumamente zelosos de ellas, y dificilmente las presentan á la vista de los estranjeros. Sus senos presentan un aspecto poco agraciado, y como si la naturaleza no se prestase aun con bastante rapidez á su depresion, los Vanikorios procuran con todo esmero ajustar á su cuello una especie de cinturon un poco mas arriba de la mamila (PL. XVII.— 2.).

El traje de los hombres se reduce ordinariamente á un cinturon de tela de hilo de *hibiscus* ó de junquillo trenzado, del que pende un pedacito de tela que sirve de maro. El cinturon de las mujeres es igual, sin otra diferencia que el taparabo desciende hasta la rodilla. En el traje de grande etiqueta, los cabellos de ambos secsos se recojen por detras y se envuelven en un pedazo de tela que recae hácia atrás bajo la forma de un saco alargado (PL. XVI.— 1 y 2.). Así los hombres como las mujeres se recargan las orejas y á veces la nariz de un número prodijioso de sortijas hechas de concha de tortuga. Asimismo llevan brazaletes tejidos enteramente de pequeñísimos discos de pedazos de mariscos y nueces de coco á que atribuyen un valor muy alto.

Los Vanikorios usan con mucha frecuencia del betel, que les desfigura horriblemente los carrillos. Para esto cultivan el *piper* ó kava, porque su uso como bebida espirituosa les es desconoci-

peligro siempre redoblado, permaneciendo constantemente en la isla hasta haber rendido el último homenaje á los manes de sus infortunados compatriotas. Finalmente, á las tres de la mañana del dia 14 Mr. Lottin bajó al arrecife con los carpinteros para colocar las últimas piezas del mausoleo y dió remate al monumento grabando en uno de sus lados y en gruesos caractéres el siguiente lema;

El coronamiento del mausoleo consiste en el capitel piramidal y está rematado por un grueso boton labrado en facetas, y en uno de los frentes está incrustada una placa de plomo en la que se ve trazado el lema antedicho. Véase el *Voyage de decouvertes autour du monde et a la recherche de la Pérouse par M. J. Dumont d'Urville, tom. 1. part. 1.*

3. Port de Mangadai.

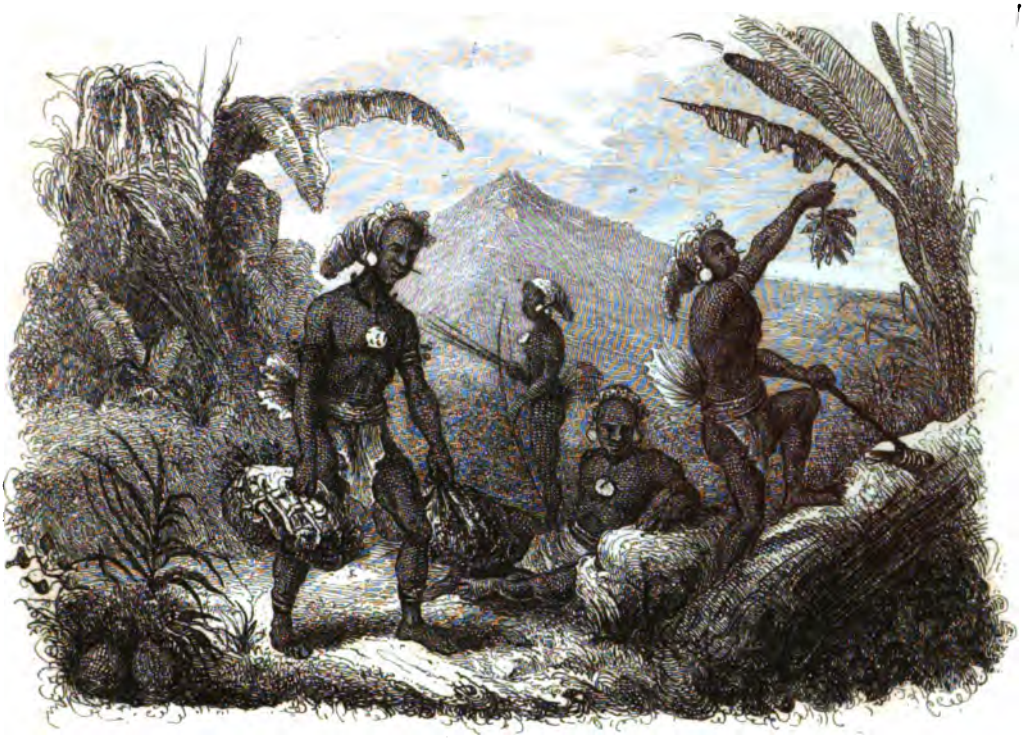
3 Puerto de Mangadai

4. Mausolée de Laperouse à Vanikoro

4 Mausoleo de Laperouse en Vanikoro

PITTORESQUE.
PINTORESCO

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Habitans de Vanikoro.

1 Moradores de Vaniktoro

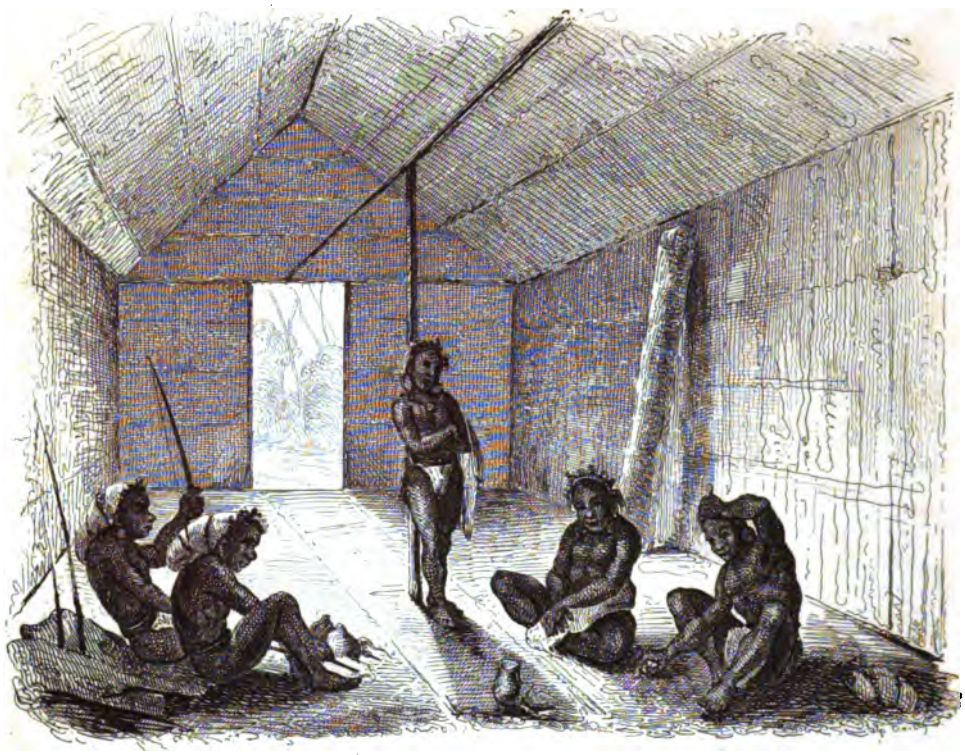
2. Islier. Moombe.

de Simon del.

VOYAGE
VIAJE

LIBRARY
AIR FORCE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. *Maison de l'Atua à Tanikoro.*

1. Casa del Atua en Vanikoro

2. *Chaloupes de l'Astrolabe sur le lieu du Naufrage.*

2. Lanchas del Astrolabio en el punto del Naufragio.

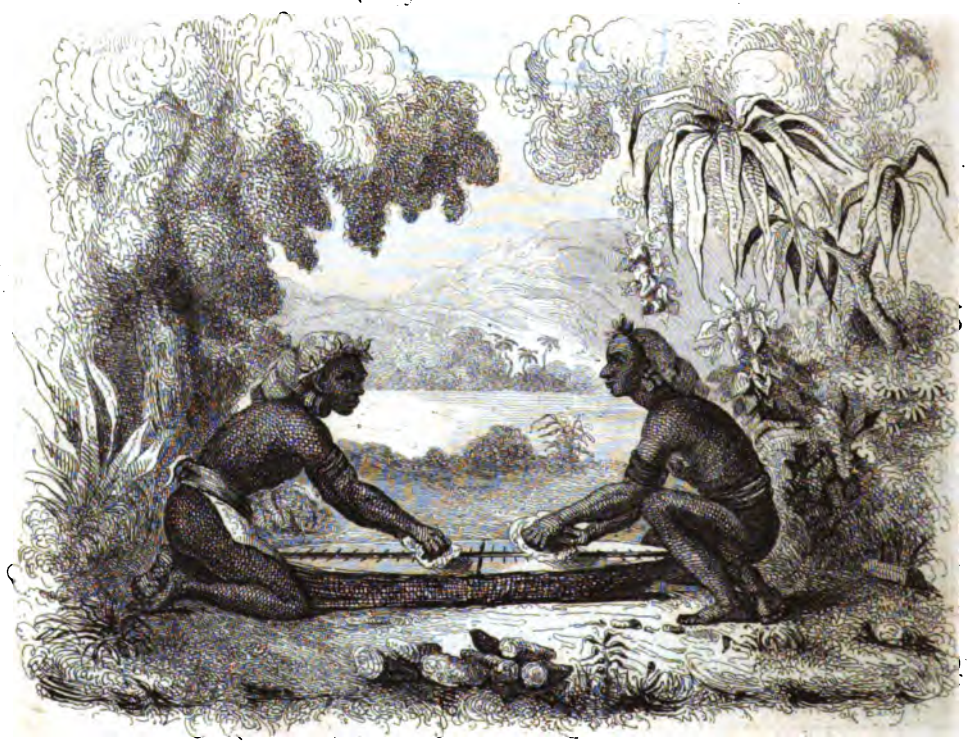
de Sainson del.

TOYAGE
VIAJE

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Femmes de Vanikoro.

3 Mujeres de Vanikoro



4. Manière de raper le Taro

4 Modo de raspar el Taro

da. Un pequeño calabacino cincelado y cerrado por un tapon de madera contiene la cal reducida á finísimo polvo; al paso que el arec y el betel se depositan en dos saquitos. Conocen el pintarroteo por picaduras, pero solo lo practican en el espinazo en donde dibujan peces, lagartos y dientes de lobo; pero es tan negra su tez que apenas se perciben.

El alimento de estos isleños consiste en peces, tortugas, mariscos, taro, cocos, bananas y una especie de patata dulce. Tienen igualmente dos especies de árbol del pan, el *inocarpus* y el *pandanus*, cuyos frutos comen; pero su principal recurso consiste en el arum ó taro que mondan de un modo particular (Pl. XVII.—4.). Cuando el paso del *Astrolabio*, los cerdos eran sumamente raros, y no se descubrió ninguna especie de volatería casera.

Sus chozas tienen de diez á veinte pies de largo sobre seis á diez de ancho; el techo tiene la forma de albardilla, está sostenido por tres hileras de estacas y desciende á cuatro ó cinco pies del piso. El techo y las paredes se forman de groseras esterillas de hojas de cocotero; la puerta se halla en una de las estremidades, y en el centro de la cabaña hay un hogar cuadrado y pequeñas plataformas establecidas en los ángulos interiores que contienen los utensilios domésticos.

Hay ciertas casas deliciosas, capaces y mas bien construídas, que llevan el nombre de casas de *atouas* y sirven juntamente de arsenal, de sala de audiencia y templo para el culto (Pl. XVII —1.). Muchas están provistas de armas y de flechas, con unas estradas que corren al rededor, y que sirven de lechos de campaña á los isleños.

Sus piraguas son de una forma muy grosera. Por lo comun consisten en una simple viga, casi cilíndrica, ahondada interiormente, pero de tal suerte que la venteadura superior tiene el suficiente ancho para recibir las piernas de los salvajes, y á veces está cubierta de tablitas para impedir que el agua penetre. Estas piraguas están guarnecidas de balancines y de una vela triangular de prodijiosa altura (Pl. XV. —4.). Por lo demas estos naturales están mucho mas atrasados que sus vecinos los Polinesios por lo que hace á los progresos de la navegacion.

Hasta aquí no ha podido recojerse ninguna noticia positiva sobre la relijion de estos isleños; unicamente se sabe que tienen una; parece sin embargo que debe de ser una especie de fetichismo, supuesto que el viejo Moembe, sacerdote de Manevai, instado por el capitan d'Urville paraque le enseñase sus atouas, *Loubo* y *Banie*, le condujo hácia una casa de aspecto miserable, y le hizo ver un agujero de crabe diciéndole que era el primer atoua; y el segundo era un nido formado por algunos insectos del jénero de las abejas ó de las hormigas. En cuanto Mr. d'Urville trató de presentar sus ofrendas á tan singulares divinidades, el piadoso Moembe recitó largas súplicas á cada uno de ellos, retiró los objetos depositados, los envolvió con todo esmero y se los llevó á su casa. Al propio tiempo Moembe señaló como la residencia de un dios mas poderoso la misma cima del monte Kapobo, especialmente una roca blanquecina y pelada de donde se precipitaban las aguas pluviales.

Los Vanikorios niegan constantemente ser antropófagos; pero confiesan que dejan macerar en el mar los cadáveres muertos en el combate para desprender la carne de los huesos. Asimismo guardaban los craneos á guisa de trofeo, y se servian de las osamentas para fabricar las aceradas puntas de sus flechas. Se ha dicho que las flechas así armadas causaban heridas mortales, pero que no sucedia lo mismo con las flechas ordinarias; mas este hecho es muy cuestionable y no confirmado por las esperiencias hechas á bordo del *Astrolabio* ó del *Research*.

La lengua de Vanikoro difiere esencialmente de los dialectos polinesios, bien que no deja de tener espresiones comunes con estos últimos. Por lo demás la misma Vanikoro tiene muchos idiomas, y Mr. Gaimard ha asegurado que variaban de una á otra tribu, y aun de uno á otro cabo. Ese lenguaje, bastante sonoro, nada tiene de ingrato; por otra parte los naturales tienen alguna facilidad para aprender idiomas, y pronuncian las voces europeas mejor que todas las razas polinesias.

Los raros habitantes de Vanikoro son distribuídos en ocho aldeas compuestas de treinta á cuarenta casas cada una. Cítanse en la Recherche: Mambeli, Vanou, Nama, Païou y Tanema; en Tevai, las aldeas de Vanikoro y de Tevai, y en la isleta Manevai el lugarejo de este nombre. Hace poco que ecsistia otra aldea en Ocili, pero fué destruída enteramente. Cada una de estas tribus reconoce un jefe, un *aligui*, cuyas atribuciones y prerogativas es difícil determinar. El capitan d'Urville supo tan solo que en caso de guerra los jefes permanecian neutrales y nunca quebraban la amistad. Si este hecho es cierto, semejante costumbre en país bárbaro seria un ejemplo vergonzoso para nuestros reinos civilizados, cuyos reyes tienen el humor tan belicoso cuando los pueblos lo tienen tan poco.

Las producciones de estas islas son las mismas que las de la Oceania, bien que empieza á mezclarse entre ellas la naturaleza asiática. El capitan Dillon encontró el mangle; las aves cuentan muchas especies; los peces hormiguean en todas las variedades, y los arrecifes sustentan una multitud de moluscos, algunos de los cuales, desconocidos y curiosos, se hallan descritos en el viaje del *Astrolabio*.

CAPITULO XXXIII.

ISLA NITENDI Ó SANTA-CRUZ. — ISLAS TOUPOUA, MINDANA, DUFF, TAUMAKO.

Llevamos insinuado que el *Oceánico*, repelido de los parajes de Vanikoro, ancló en la isla Nitendi á 18 de junio. A derecha é izquierda de la bahía veíanse populosas y considerables aldeas, y algunas piraguas que se desprendian de diversos puntos de la costa encaminándose hácia nosotros. Como la ensenada era inmensa y nosotros no cargámos nuestras velas hasta llegar al fondo, no nos pudieron alcanzar todas; pero en cuanto hubímos fondeado, contámos en breve unas cien embarcaciones al rededor del sloop, todas pertenecientes á las aldeas que ocupaban la parte de playa que teníamos en frente. Cada una de aquellas embarcaciones llevaba de tres á cinco hombres armados de arcos y de flechas y habituados al parecer al trato de los Europeos. Apesar del horrible cipizape que hacian en torno del buque, observaron una conducta bastante pacífica y leal. Muchos llevaban víveres, cocos, batatas, una especie de pepino, spondias, gruesos pichones, un poco de volatería y un corto número de cerdos. Como no habíamos renovado nuestras provisiones desde Tonga-Tabou, y empezaban á agotarse á bordo del *Oceánico* los víveres frescos, asímos de aquella ocasion para comprar de ellos, aunque los precios no guardaban proporcion con los que habíamos pagado en las islas polinesias. Los cerdos por ejemplo, aunque muy pequeños, no nos costaban menos de un hacha.

Como Pendleton, ademas de aquellos víveres frescos necesitaba leña y agua, deseaba procurársela en aquellas islas; así que lo manifestó á algunos jefes; pero apesar de que agotó todo su vocabulario oceánico, ninguno de los salvajes presentes le comprendió. Iba á renunciar á tan inútiles tentativas, cuando percibió en una de las piraguas un individuo de color menos subido que los otros, y cuyo tipo diferia esencialmente de aquellos tipos negros. Brindóle Pendleton á subir á bordo, empezó á confabular, dióse á comprender y supo que aquel sujeto era orijinario de Tikopia, llamado Fatakou y arrojado á la costa de Nitendi á impulsos de un naufrajio.

Aquel hombre era un intérprete del que se sirvió Pendleton. Como el capitan le manifestó el deseo de abocarse con un jefe, el Tikopio le mostró un anciano de presencia bastante gallarda, que á la primera señal subió á bordo sin titubear. Un hacha, un pedazo de tela encarnada y otros objetos insignificantes fueron bastante parte para transportar á aquel hombre de alegría: sobrecojido de un júbilo inesplicable mostraba aquellos presentes á los salvajes de las piraguas, y tomaba el continente de un triunfador cargado de ópimos despojos. En cuanto se hubo regocijado por su nueva propiedad, juzgó ser del caso dar algo en retribucion, y en consecuencia hizo preguntar á Pendleton cual era el objeto que mas le gustaba. El trujaman tikopio esplicó al jefe que el sloop necesitaba leña y víveres, y este contestó inmediatamente que encontraria de todos estos artículos en su aldea de Mambo. Hallábase esta aldea de Mambo á cierta distancia de nuestro fondeadero y á nuestra costa oriental de la bahía; y para dar pruebas mas eficaces de su buena voluntad, el jefe, llamado Lamo, queria que condujesen el buque al instante mismo. Sin embargo era preciso cerciorarse antes de si habia una completa seguridad.

Para esto se decidió que el jefe partiria aquella misma tarde para su domicilio, pero que al dia siguiente volveria para servir de piloto á dos botes destinados á pasar á Mambo. Arreglado de esta suerte el negocio, embarcóse de nuevo y al acto de desembarcar observámos que mostraba los presentes recibidos con una vanidosa alegría á los naturales que atestaban la playa. Aquel salvaje habia comprendido perfectamente los deseos de Pendleton, y como no ignoraba que ecsistiera en adelante un lazo de amistad entre él y el capitan, prestóse al punto al trueque de nombres por el estilo polinesio. Así es que llamaba Lamoa al Americano, y él respondia al nombre de Pendleton.

Las piraguas desaparecieron al poner del sol, y se presentaron de nuevo al despuntar la aurora cargadas de algunas provisiones, aunque poco abundantes, lo que parecia manifestar que aquella isla no era tan fecunda como parecia, ó que no producia muchos mas víveres de los que necesitaba su poblacion. El amigo del *Oceánico*, el jefe Lamoa, fué uno de los primeros en subir á bordo, escoltado por uno de sus hijos; y en retribucion de sus presentes de la víspera ofreció á Pendleton patatas dulces y nueces de arec en corta cantidad y como si el donatario se portase con mucha parsimonia. Concluída su ofrenda, embarcóse en uno de los botes, y su hijo en el otro, mas como no podia presentarse una ocasion mas favorable para visitar una isla tan poco frecuentada, aprovechéla y conseguí formar parte de la partida como aficionado.

A las 7 de la mañana emprendímos la marcha, y una hora despues nos hallámos ya en frente de Mambo. Un simple ecsámen de la ensenada y un golpe de escandallo manifestaron en breve al teniente Rainbow que el *Oceánico* no podia ser conducido á aquel ancladero sin arrostrar los mayores peligros: era una playa baja y despejada en cuyo medio desembocaba un riachuelo que fué remontado por los botes hasta dos ó trescientas toesas. Su anchura era de 49 pies, su profun-

didad de tres, y su agua perfectamente dulce.

Llenáronse algunos barriles apresuradamente, entretanto que hacia una pequeña escursion hácia la aldea. Al principio nuestro amigo Lamoa no queria prestarse á aquel reconocimiento; pero habiéndole opuesto el único argumento á que era accesible, esto es, el de algunos collares de bujerías de vidrio, lejos de presentar el menor obstáculo, autorizó á su hijo paraque me acompañase á Mambo.

Era Mambo un lugarejo de unas cuarenta casas bastante capaces, cómodas, provistas de una puerta en cada lado y circuídas de muros de piedras secas de cuatro á cinco pies de altura sobre un grueso casi igual. Este muro era una especie de atrincheramiento privado por el que cada casa podia considerarse una fortaleza. Por medio de una puerta entreabierta columbré el interior de una de aquellas casas, y observé que estaba guarnecida de esteras con un hogar que chisporreaba en el centro, seguramente para usos domésticos. Los naturales eran 60 ú 80 robustos y aseados, con este aire de sanidad que hace suponer un alimento saludable y abundante. Ninguno por lo demas me hizo estas prevenciones de urbanidad hospitalaria con que siempre tropezara entre los Polinesios menos comunicativos. Estos por el contrario parecian considerarme con cierto aire de sospecha y de desconfianza, haciendo pesar sobre el hijo de Lamoa parte de su mal humor y reprochándole con la vista haberme iniciado en los secretos de sus penates. A consecuencia el jóven no quiso persistir en hacer el papel de ciceroni: al cabo de una hora de viaje me condujo de nuevo á nuestros botes dándome á entender de un modo perentorio que habia visto bastante. En aquel rápido paseo ví algunas mujeres, criaturas bastante bellas apesar de su tinte fulijinoso, y aunque el uso del betel y de la cal desfigurase sus bocas. Todo su vestido consistia en un taparabo que descendia desde la cintura hasta las rodillas, y un pedazo de grosero lienzo que les cubria la cabeza y las espaldas. Los hombres abusan tanto del betel, que sus dientes llegan á parecer dientes de cerdo injertos en la quijada.

A las dos de la tarde nos encaminámos de nuevo hácia el sloop donde nos aguardaba Pendleton con impaciencia. La circunstancia que permitia fondear ante la aguada le impedia tanto mas cuanto las aldeas vecinas suministraban poquísimos víveres y los naturales empezaban ya á manifestar una turbulencia nada satisfactoria.

Entre los episodios ocurridos durante aquella permanencia hay uno sobrado característico para omitido. Al propio tiempo manifestará con evidencia la influencia que ejercen los sacerdotes sobre los naturales y las increíbles artimañas de que se valen para adquirirla y sostenerla. Entre los salvajes que se presentaron á bordo se hallaba uno de tales sacerdotes, que apenas se habia observado cuando Lamoa pidió con ahinco que le admitiesen al favor de subir á la cubierta. Los títulos á esta preferencia eran, segun el amigo de Pendleton, su calidad de sacerdote, de májico y de inspirado en caso de necesidad por el espíritu; cuyos dones naturales ó sobrenaturales le hacian pasar en el país por un personaje muy considerable. Pendleton no se atrevió á eludir la demanda, dió órden de recibir á bordo al sacerdote, y aun iba á hacer algunos presentes, cuando este le previno y se ocupó de cosas mas urjentes. Para él lo mas esencial era dar pruebas de su saber májico, pues venia no para aceptar presentes, sino para manifestar su talento en hechicería. En cuanto se halló bien colocado en la cubierta, arrojó un saco que llevaba sobre los hombros, y echó á jesticular, reir, gritar y hablar como un verdadero espiritado: era el espíritu que acababa de inspirarle. Los naturales que le circuían contemplaban sus operaciones con cierta atencion ceremoniática, y las piraguas llevaron el respeto hasta alejarse del sloop para no turbar la visita del espíritu, y solo la piragua del inspirado tuvo el privilejio de permanecer junto al buque. Mientras el actor principal desempeñaba su parte, sus dos compinches escalaron el sloop para declarar repetidas veces que era preciso dar un hacha al brujo. Hízolo Pendleton, y aun añadió al hacha algunos collares de vidrio. Sin embargo el sacerdote parecia no conmoverse á vista de aquellos dones, ya porque aguardaba mas, ya porque queria llevar á cabo la comedia. Continuaba soplando, vociferando y echando espumarajos; era el dios que le atormentaba mas que nunca. Finalmente despues de una media hora de muecas, de alaridos y de contorsiones importunas, puso fin á la escena por medio de un grito prolongado y muy agudo: era la señal del dios que abandonaba su cuerpo. Entonces conglomerando apresuradamente todos los objetos que se habian depositado á sus plantas, así hachas como collares, el poseído los amontonó en su saco, saltó guapamente en su piragua y echó á boyar hácia la tierra continuando en disparar en clamores y alaridos. No poco tiempo quedámos estupefactos y aturdidos de aquella visita. ¿Qué objeto llevaba aquel hombre? ¿Por ventura habia hecho todos aquellos visajes tan solo para arrancarnos un presente; ó bien los ejecutaba con algun otro designio? En ninguna manera pudímos averiguarlo, y aunque lo preguntámos á Fatakou y Lamoa, tampoco pudieron ó quisieron satisfacernos; únicamente nos dijeron que era un sacerdote muy influyente en el país y que no fuímos poco felices en hacerle algunos presentes de su gusto.

Al dia siguiente partieron para Mambo otros dos botes. Era mi proyecto internarme mas que la víspera, y sobre todo visitar una magnífica fuente de agua viva que manaba de entre las rocas á corta distancia de la playa. Este manantial parecia ser el mismo de que hablan las relaciones del Español Mindana. Estaban perfectamente decididos mis planes: conociendo la parte flaca de Lamoa le habia ganado por medio de un magnífico collar. Aquel hombre hubiera sublevado la isla para dar satisfaccion á mis caprichos; así que apenas pusímos el pie en la playa, cuando empezó á guiarme hácia el punto donde deseaba dirijir mis investigaciones. Ningun obstáculo se oponia á mis deseos, cuando repentinamente me salió al encuentro á unos cien pasos el maldito sacerdote de la víspera empezando de nuevo sus dengues con un encarnizamiento diabólico y atajándome el paso formalmente. En vano me esforzé en apaciguarle por medio de presentes y obtener el permiso de continuar mi camino á favor de algunos derechos de peaje: el endiablado no hizo caso de nada y desempeñó su papel desde el principio hasta el fin. Entonces Lamoa me instó paraque obedeciese á la órden de un dios con quien habia arreglado quizás de antemano el programa de aquella comedia; mas como yo persistia á despecho de todo, se retiraron abandonándome al convulsionario y á unos veinte naturales prevenidos que sus gritos habian atraído. No teniendo motivo alguno de guardar consideraciones á un Europeo, aquellos hombres empezaban ya á tenderme miradas feroces y preparar sus arcos; con lo cual comprendí sus deseos, y me conformé á abandonar un palenque desigual. De regreso junto á los marineros que estaban llenando los barriles, refujiéme en una de las embarcaciones sin haber observado nada de particular en aquella playa que, ya por su aspecto físico, ya por su vejetacion, en nada se diferenciaba de mas de veinte playas ya visitadas.

En el acto de pasar al sloop, disponíase Pendleton á hacerse á la vela á favor de una brisa que soplaba del fondo de la bahía á las mil maravillas. Por otra parte deseaba sobremanera salir cuanto antes de una ensenada poco segura y abandonar una poblacion ávida y feroz que únicamente avasallaba la presencia de nuestros cañones.

Nitendi, ó *Imdeudi*, ó *Indeni*, nombre indíjena comprendido de diversos modos por los navegantes, fué descubierta por Mindana á 7 de setiembre de 1595. Este jeneral español habia sido despachado desde el Perú para fundar una colonia en las Islas Salomon que habia descubierto en su primer viaje en 1568. En la noche del 8 de octubre, hallándose á la vista de Nitendi, el navío almirante se separó de los otros durante un tiempo obscurísimo, y debió de perderse sin duda en alguna isla vecina, supuesto que no se habló mas de su paradero.

A 9 de setiembre los otros tres navíos surtos en la bahía Graciosa, se vieron súbitamente bloqueados por una multitud de piraguas, cuyos naturales pasaron ante el navío disparando en agudos gritos y ajitando sus manos. Los unos eran atezados, los otros enteramente negros; su pelo rizado era de diferentes colores, blanco rojo ú amarillo, y todo su vestido consistia en un taparabo de pelo fino. El rostro y los brazos eran de un negro luciente y matizado de diversas rayas, y en los brazos y piernas llevaban brazaletes de diversas especies. Sus armas eran el arco, flechas armadas de huesos agudos ó de puntas endurecidas al fuego, macanas de madera sumamente pesada, y lanzas guarnecidas de una triple punta y gruesas piedras. Algunos tenian por bandolera una especie de mochila tejida de hojas de palmera donde depositaban sus provisiones.

A primera vista Mindana creyó reconocer en aquellos salvajes los naturales de las islas Salomon, y no reconoció su error hasta que les dirijió la palabra en el idioma de aquellos isleños. Los salvajes ecsaminaron por mucho tiempo el buque sin que ninguno se arriesgase á subir á la cubierta, apesar de las instancias mas reiteradas y amigables. Consultáronse entre sí, tomaban en consecuencia sus armas, y á un grito jeneral que resonó en todas las piraguas, arrojaron sobre la flota una lluvia de flechas que no causó la menor lesion á nadie. El jefe principal de aquellos salvajes era un anciano flaco y descarnado, á cuyas órdenes obedecian al parecer con profunda docilidad.

Los Españoles se pusieron á la defensiva, y contestaron con una descarga de mosquetería que mató un salvaje, hirió otro y metió el espanto entre todos los demas. A consecuencia de aquella refriega se desbandaron todos, y los tres navíos fondearon á la entrada de una bahía poco profunda y de muy malas circunstancias locales. Uno de ellos á la mutacion de marea garró y solo pudo enmararse despues de haberse visto á punto de perderse.

Todo el dia siguiente corrió Mindana en pos de un puerto y acabó por encontrar una ensenada bastante propicia donde estableció al instante un sarjento y doce soldados; pero los naturales atacaron aquel pequeño apostadero con tal vigor, que los Españoles se vieron obligados á atrincherarse tras una cabaña donde les hubieran forzado sin duda, si no hubiese acudido un bote á sacarles de aquel mal paso. Al siguiente dia descubrió un fondeadero mas cómodo y situado cerca de un rio y delante de muchas aldeas apiñadas en la costa. Este recalo fué señalado por preludios mas sosegados; pues en vez del estruendo de armas oyeron por la noche so-

bre la playa la armonía de la orquesta salvaje compuesta de un tambor y de dos palos llevando el compas de una danza mezclada de gritos y de cantos joviales.

Los naturales que salieron al encuentro del navío tenian la cabeza y las manos adornadas de flores rojas. Algunos de ellos se decidieron á subir inermes á la cubierta, á impulsos de las reiteradas instancias de los Españoles, y entre ellos figuraba un personaje de unos sesenta años, mas bien atezado que negro, macilento, con cabellos blancos, cubierto de plumas azules, encarnadas y amarillas, con un arco y flechas terminadas con puntas de hueso. A su lado iban dos hombres que parecian ser jefes, bien que de un rango inferior al suyo. Por lo demás el traje del anciano y la actitud de los que le rodeaban argüian con bastante claridad ser de un rango y de una influencia ilimitada. Cuando se halló en la cubierta, preguntó por signos por el jefe de los estranjeros, y cuando se le presentó el jeneral con los brazos abiertos, declaróle que se apellidaba Malope, á lo cual el capitan español respondió que se llamaba Mindana y ofreció al salvaje el trueque de sus nombres. Esta oferta fué aceptada con mucho júbilo: así que cuando le llamaban Malope, reprendia al interlocutor y le mostraba con el dedo al jeneral, añadiendo que en adelante se llamaba Mindana. Al propio tiempo manifestó á los Españoles que debian designarle bajo el nombre de *Taurique*, que estos juzgaron ser la designacion de su dignidad.

A estas primeras espresiones sucedieron mas serios galanteos. Mindana hizo algunos presentes á los jefes, y los individuos de la tripulacion hicieron otro tanto con los demás naturales. Estos presentes consistian en plumas, cascabeles, baratijas y algunos pedazos de tela. Al recibir todo esto, los salvajes se lo colgaban del cuello y repetian la palabra *amigos* que los Españoles procuraban enseñarles, tocando en la mano á los marineros y á los soldados y abrazándoles varias veces. Hicieron de ellos cuanto se quiso; rasuráronles la cabeza y les cortaron las uñas de pies y de manos, lo que les gustó mucho y les hizo desear con vehemencia tener navajas é instrumentos para este uso. Admirados del color enteramente diverso de los vestidos europeos, creyeron al principio que formaban parte integrante del cuerpo; pero cuando les manifestaron su engaño hicieron una multitud de contorsiones para denotar su sorpresa.

Sin embargo á 21 de setiembre la flotilla fué á tomar mejor apostadero en la bahía. Enviaron á un capitan llamado Don Lorenzo en busca de un navío perdido, pero nada vió que se le pareciese, bien que al costear la isla por la parte del N. echó de ver una bahía mucho mas populosa y fértil que las tierras vistas hasta entonces. A ocho leguas S. O. de Nitendi vió ademas una isla de ocho leguas de ámbito (Toupoua sin duda), y á diez leguas N. O. otras tres islas ocupadas por una raza de un tinte mas claro, cubiertas de cocoteros y defendidas por tantos arrecifes, que no podian percibirse sus estremidades. Estas últimas debian ser las islas Mindana.

Despues del regreso de Lorenzo, la escuadra fué á surjir en la bahía del N. Durante la primera noche oyeron á los salvajes disparar en carcajadas y articular distintamente la palabra *amigos*. Pero en cuanto empezó á despuntar la aurora, los pretendidos amigos comenzaron á arrojar dardos y piedras; pero como no alcanzaban la escuadra, arrojáronse á nado y se precipitaron sobre las boyas que tiraron con grandes gritos creyendo suficientes sus esfuerzos para arrastrar al navío hasta la costa. Deseando impedir que arrebatasen aquellas balizas, destacóse contra ellos la chalupa que los atacó con vivacidad; pero no obstante la inferioridad de sus armas, defendiéronse bizarramente, hirieron á dos Españoles, y no se retiraron hasta ver tres isleños que caían muertos. De esta suerte quedó despejada la playa, y los Españoles dieron principio á su colonizacion.

Sin embargo lejos de restablecerse la buena armonía entre los Españoles, mataron á traicion al jefe Malope, y al momento cesó toda relacion amigable, sin que los salvajes respirasen mas que venganza. Para aumentar los embarazos estalló una revuelta en el seno mismo de los colonos desembarcados, en la que varios oficiales se insurreccionaron contra los jefes. Obligado á presentar un severo ejemplo, Mindana hizo cortar la cabeza á dos de los facciosos y ahorcar al tercero; pero estos actos de severidad no hicieron mas que arruinar su salud ya comprometida, á la que sucumbió. Su viuda Doña Isabel de Barretos, que habia tomado el mando de la escuadra, abandonó despues de sesenta y nueve dias de recalo aquella isla funesta de Nitendi á que á aquella época denominó Santa Cruz.

Parece que de aquel desgraciado ensayo de colonizacion nada absolutamente ha quedado en la isla, á no ser algunas palabras españolas que se hallaban despues en boca de los naturales. Despues de Mindana, la isla de Santa Cruz fué olvidada, por decirlo así, hasta el dia en que la visitó el Inglés Carteret. Era á 12 de agosto de 1767. La tripulacion de Carteret se hallaba trabajada á la sazon por la enfermedad y las privaciones de todo jénero: su buque fatigado por horribles borrascas solo maniobraba con dificultad y acababa de declararse un poco mas arriba de la linea de agua una via de la misma. Una recalada solamente podia salvar aquella espedicion y darle el tiempo necesario de reparar sus averías.

Carteret fondeó al principio en la parte N. E.

de Nitendi; pero como el puesto no le pareció bastante favorable, pasó á la parte septentrional y despachó un bote con quince hombres armados para hacer un reconocimiento preliminar. El maestre que montaba aquel bote llevaba órden de asegurarse de un ancladero, entablar algunas relaciones con los naturales y trocar algunos víveres con presentes. Por lo demas sus instrucciones eran formales; segun ellas el bote debia guardar para sí la mejor parte de su tripulacion y dejar desembarcar solamente dos hombres á la vez.

Apenas habia partido aquella primera embarcacion, cuando aparecieron al otro lado de la playa varios naturales haciendo señas paraque les saliese al encuentro. Carteret despachó un segundo bote bajo las órdenes del teniente; pero atacado por una lluvia de flechas, se vió forzado á retroceder al momento. Semejante recepcion era de muy mal agüero con respecto á la que se dispensara al maestre y á sus jentes. Con efecto no bien habia discurrido una hora, cuando regresaron despues de haber sufrido un ataque violento: el maestre tenia tres flechas en el cuerpo, y muchos marineros estaban heridos de mas ó menos gravedad. El suceso pasó del modo siguiente. Dos ó tres leguas al O. del punto donde cruzaba el navío, el maestre habia descubierto algunas habitaciones donde vivia un corto número de naturales. Apesar de ser contrario á las órdenes recibidas, creyó poder desembarcar con algunos individuos armados de fusiles y pistolas. A primera vista los isleños emprendieron la fuga; pero alentados despues por medio de presentes, cejaron y empezaron á familiarizarse. Pidiéronles nueces de coco, y trajeron algunas juntamente con pescado tostado y algunas batatas calientes. Seducido por estas amigables ventajas, adelantóse el maestre con sus jentes hasta unas casas situadas á algunas toesas de la orilla del mar. Recibiéronle á las mil maravillas, prodigáronle testimonios de amistad y le ofrecieron nuevos víveres. Hasta entonces todo iba perfectamente, y ya parecia haberse restablecido la mas completa armonía, cuando al maestre le dió la humorada de hacer arrancar un cocotero por un individuo de los suyos. En vano espresaron los isleños su repugnancia; pues el Inglés persistió con tenacidad en echar el árbol al suelo. Poco satisfechos de tal obstinacion, los salvajes no tomaron al principio la menor venganza; limitáronse á retirarse todos, á escepcion de uno solo que parecia tener alguna autoridad sobre los otros. Entretanto se hacian en los alrededores reuniones de naturales que fácilmente podian percibirse á traves de los claros. Advirtiólo uno de los marineros al maestre, quien se contentó con descargar al aire una de sus pistolas, á cuya detonacion el jefe salvaje se fugó y se fué á juntar con sus compatriotas. Entonces, en vez de abandonar aquella playa donde se tramaba un plan de represalias, el maestre perdió un tiempo precioso, y se marchó á una hora tan intempestiva, que en el acto de saltar en su embarcacion, aparecieron numerosos isleños armados, de los cuales parte se encaminaban hácia el bote y parte hácia el pequeño destacamento disponiéndose de esta suerte á dirijir un ataque simultaneo.

Las armas de aquellos salvajes, cuyo número ascendia á tres ó cuatrocientos, consistian en arcos de seis pies y flechas de cuatro pies de largo. Tiraron su andanada con cierto órden, todos á la vez, cual hubieran podido hacerlo tropas veteranas ejecutando un fuego granizado. Crítica era la situacion; el maestre procuró libertarse de ella por el vigor de la resistencia, y para abrirse camino hácia el bote, hizo fuego sobre los naturales matando á varios é hiriendo á muchos otros. En vez de cejar ante la mosquetería, aquellos salvajes continuaron disparando flechas con el mismo órden y precision. Los Ingleses sin embargo consiguieron embarcarse, pero habiendo sobrevenido un choque que motivó algun retardo, la mitad de la tripulacion fué alcanzada por los dardos de los salvajes. Cortada la amarra y enmarada de nuevo la embarcacion, no por eso se vieron los Españoles libres de aquellos furibundos agresores: persiguiéronles en piraguas, y á fin de cortar el paso á aquella caza, fué preciso que el fuego de algunos mosquetes pequeños cargados de ocho á diez balas cada uno, hubiese echado á pique una piragua y muerto ó herido una multitud de salvajes.

Tres dias despues de aquel acontecimiento, el maestre y uno de los mejores marineros sucumbian á sus heridas. Entonces Carteret decidió echar el ancla en la bahía que se hallaba en frente, y que apellidó *Swallou*, del nombre de su buque. Antes de enviar sus jentes á tierra, tuvo el cuidado de despedir dos cañonazos sobre la playa; mas apesar de esta precaucion los Ingleses desembarcados para hacer aguada fueron acometidos por una granizada de flechas que hirieron peligrosamente á uno de ellos. Los botes fueron llamados á bordo, y en seguida se despidió un cañonazo de metralla que dispersó una partida de 200 naturales almenos fugándose todos hácia la aldea. No obstante poco despues regresaron en mucho mayor número y se formaron en un punto mas distante del navío y que juzgaban hallarse al abrigo del cañon; pero habiendo caído una bala en medio de ellos, vieron que no estaban fuera de tiro, dispersáronse y no aparecieron mas. Sin embargo antes de aventurarse á tierra, los Ingleses conservaron la costumbre de despedir muchos cañonazos á los bosques y

al azar, mientras los botes hacian descargas de mosquetería.

Habiéndose hecho á la vela á 17 de agosto, Carteret costeó toda la parte septentrional de la isla. A tres millas O. de la aldea donde el maestre fué tan mal acojido, veíase otro monton de casas mucho mas considerable, provisto del lado del mar de un parapeto de piedras de cuatro pies de altura, con ángulos entrantes y salientes, del mismo modo que en las fortificaciones europeas. Un poco mas allá corria un riachuelo que se internaba mucho en el país y que debia ser navegable para las pequeñas embarcaciones. A mayor distancia y por la parte del O. formaba la costa una espaciosa bahía. « En los alrededores, dice Carteret, hay una ciudad muy considerable, cuyos moradores parecen pulular como las abejas en una colmena. Cuando el navío pasó delante de ella, salió una multitud increíble de Indios empuñando alguna cosa semejante á un haz de yerbas verdes con las que parecian azotarse unos á otros, danzando al propio tiempo ó corriendo en círculo.» Un poco mas lejos, delante de la isla de la Huerta y en las avenidas de la bahía Graciosa, la poblacion era mucho mas numerosa, y la costa entera parecia no formar mas que una sucesion de ciudades repletas de habitantes. Despachóse un bote para tentar aquellos parajes, pero habiéndose visto atacado súbitamente por una lluvia de flechas, contestó con la metralla y mosquetería que obligaron á las piraguas á retirarse.

Carteret abandonó esas islas á 18 de agosto, y aunque supo que eran las mismas tierras descubiertas por Mindana dos siglos antes, aplicó al grupo el nombre de islas *Queen-Charlotte*, á Nitendi el nombre de *Egmont*, y así con respecto á las demas. Sin embargo su mapa no era mas que un bosquejo imperfecto cuando d'Entrecasteaux se empeñó en manifestar la hidrografía ecsacta del archipiélago. Apareció ante la isla á 19 de marzo de 1793, y la costeó durante los dias siguientes. El 21 habiendo creído reconocer una profunda bahía, el jeneral despachó un bote, el cual se cercioró de que no era una bahía, sino un canal que se prolonga entre la isla Howe y la tierra principal. Aquella breve escursion fué marcada por un incidente: cuando nada hacia temer un acto de hostilidad, un natural disparó una flecha sobre un marinero y le hirió; pero el agresor fué derribado á su vez por un fusilazo, y sus camaradas se fugaron á nado.

En seguida d'Entrecasteaux costeó la parte meridional, en la que se escalonaban casas poco distantes unas de otras y circuídas de paredes de piedra seca. La playa estaba cubierta de piraguas izadas á la arena. El 22, despues de haber doblado la parte occidental, encontróse en la costa N. que parecia mas poblada que la del mediodía. La isla Huerta ó Trevanion parecia hormiguear de salvajes que ajitaban sus lanzas y sus palos en señal de reto.

Los botes de la escuadra comunicaron al dia siguiente con los habitantes de una aldea situada sobre la orilla del mar en una posicion deliciosa. Detuviéronse en un arrecife, y en breve acudieron los naturales en tropel á vista de los objetos que les ofrecian. Las permutas se verificaron con tranquilidad, pero con una suerte de desconfianza, los salvajes no se desprendian de sus armas mas que con la mayor dificultad, y cuando lo hacian, daban sus arcos á los individuos de uno de los dos botes, y las flechas á los del otro. Los únicos objetos de fábrica europea que se vieron en sus manos eran cuentas de vidrio y un hacha hecha con un pedazo de aro de barrica. D'Entrecasteaux creyó que aquellos objetos procedian del viaje de Carteret; pero actualmente debe mas bien creerse que los habitantes de Nitendi los tenian de los Vanikorios, y no eran otra cosa que fracmentos del naufrajio de Lapérouse. Algunas mujeres que se avistaron en la playa llevaban un taparabo que les descendia hasta la rodilla, y una pieza de tela que les cubria la cabeza y el resto del cuerpo.

Despues de una breve permanencia marcada, segun llevamos dicho, por circunstancias muy poco significativas, d'Entrecasteaux abandonó Nitendi. Es de creer que la isla ha sido visitada despues en diversas épocas por otras embarcaciones europeas, pero solo ha sido mencionada por el capitan Dillon, que á su salida de Vanikoro marchó á ella directamente, así para procurarse víveres, como para obtener noticias sobre la suerte posterior de los náufragos con cuyas huellas acababa de tropezar. A 10 de octubre de 1827, habiendo aparecido el *Research* en la costa N. de la isla, desprendiéronse de la playa muchas piraguas sin poder alcanzar el buque que continuó su rumbo hácia la bahía Graciosa. Al percibirla descubrió en los arrecifes una multitud de puntos negros diseminados cual otras tantas cabezas de salvajes, y un poco mas lejos se acercaron veinte y cinco piraguas gritando: *Toki! Toki!* pero ningun natural quiso subir á bordo, apesar de verse invitados por los Tikopios, pasajeros de Dillon.

Como era contrariado por la calma, hasta el dia siguiente no pudo Dillon penetrar en la bahía, en cuyo caso se acrecentó sobremanera la multitud de piraguas que llevaban para el navío cerdos, volatería, gruesos pichones, una especie de cohombro y varios frutos de spondias. En breve se contaron ciento treinta y cinco piraguas alrededor del *Research*, tan atestadas de jente y tan bulliciosas, que era imposible entenderse á bordo. Sobrevinieron escenas mas se-

rias que complicaron mas la situacion. Disparáronse algunas flechas contra unos oficiales sentados en la popa, y fué preciso echar mano de la mosquetería para librarse de aquellos turbulentos visitadores.

Dillon no dilató su permanencia en Nitendi. La fiebre hacia estragos en su nave; la mitad be sus jentes est ban postradas en los catres, y en consecuenciaase hizo á la vela el 14, dejando con Lamoaun Inglés llamado Stewart á quien recojiera en Tikopia. Al año siguiente, es decir en 1828, M. Le Goarant tuvo con Nitendi algunas comunicaciones en las que los naturales se mostraron íntegros y benévolos. Atracaron el buque cantando, y ofreciendo provisiones á los Franceses que dieron campo á una multitud de permutas.

La isla Nitendi tiene veinte y cuatro millas de lonjitud del E. N. E. al O. S O. sobre una anchura de nueve á diez millas. El terreno no es muy elevado, pero sí montuoso y enteramente cubierto de bosques, á escepcion de los espacios cultivados. Está ecsenta de arrecifes en casi toda su estension, en lo cual se diferencía mucho de Vanikoro. Está situada entre los 10° 40' y los 10° 53' lat. S. y entre los 163° 22' y los 163° 45' lonj. E.

Nitendi es una isla muy populosa. La mayor parte de sus indijenas son negros, con los labios gruesos, la nariz remachada, el pelo crespo y la frente muy ancha; por lo demas robustos y bien proporcionados, y con las piernas poco musculosas. Algunos habitantes se distinguen de los otros por medio de un tinte aceitunado y subido que les asemeja á la raza polinesia. Ademas tienen con esta una analojía muy notable, la de la nariz y de las orejas agujereadas para recibir anillos de conchas de tortuga. Los isleños se adornan igualmente la cabeza con una flor encarnada, y en sus brazaletes y cinturon prenden diversas especies de yerbas odoríferas. Usan tambien el pintarroteo y la circuncision.

Sus casas son capaces, y cada una puede alojar de treinta á cuarenta personas. Cada aldea contiene de treinta y cuarenta casas, entre las cuales hay una sola destinada á las ceremonias públicas y relijiosas. Aseguraron á Dillon que el interior de la isla era tan poblado como las costas. Cada distrito tenia su idioma, y cada aldea su jefe particular, aunque á veces un solo jefe gobernaba cuatro ó cinco aldeas. Las plantaciones de la isla eran cultivadas con mucho esmero, y circuidas de empalizadas de cañas para ponerlas á cubierto de los estragos de los cerdos.

« La isla, dice Dillon, abunda en cerdos, volatería, palomas campesinas, garzas reales y tordos; é igualmente se encuentra una especie de golondrina. Las producciones vejetales consisten en cocos, cañas dulces, frutos del árbol del pan, bananas de diversas especies y batatas que pesan de tres á cuatro libras. Los isleños cuecen las patatas en hornos de tierra, ó bajo la ceniza; y en cuanto al taro, lo cortan en tajadas delgadas y lo hacen secar al sol, en cuyo estado puede conservarse muchos meses; pero cuando lo hacen tostar, su gusto es bastante agradable. Asimismo contiene pamplemusas y una especie de nuez comun en Taiti. »

En su parte occidental, la anchura de Nitendi está reducida á menos de tres millas por dos bahías que se internan en las tierras. La del S. es la vasta y hermosa bahía Graciosa descubierta por Mindana, y en frente de su entrada se encuentra una isleta fértil y populosa de cinco á seis millas de circuito que los Españoles llamaron *Huerta* y Carteret *Trevanion*. Esta isla pone el interior de la bahía Graciosa al abrigo de las marejadas y del viento de mar.

En la parte S. E. de Nitendi, y separada solamente por un canal de una milla de anchura, se halla una isleta de mediana altura y de tres millas de largo sobre una de ancho, denominada por Carteret *Isla Howe*.

A cuarenta millas S. E. de Nitendi se halla la isla de Toupoua, tierra alta, bien poblada, dividida, por decirlo así, en dos por medio de una tierra baja que ocupa su parte central. Su estension es de unas diez ó doce millas, y su posicion, segun el capitan d'Urville, se halla á los 11° 16' lat. S. y á los 164° 7' lonj. E.

Descubierta en 1595 por Mindana, esta isla fué vista de lejos en 1767 por Carteret que engañado por el aspecto de sus dos picos creyó que eran dos islas que denominó *Edjecumbe* y *Ourry*. Edwards la vió de nuevo en 1791, d'Entrecasteaux en 1793, y Duperrey en 1823. Dillon fué el primero que la visitó en 1827 y justificó que Toupoua no era mas que una sola isla orillada en parte por un arrecife que se interna á dos millas en el mar. D'Urville fijó su posicion en 1828, y poco despues M. Le Goarant comunicó con los habitantes, á quienes describe como buenos y hospitalarios.

Los botes que destacó Dillon en reconocimiento sobre Toupoua observaron muchas bahías en la costa. Los Ingleses se dirijieron sobre una deliciosa aldea cuyos habitantes les acojieron de un modo muy amigable, y cuando les interrogaron sobre la suerte de los náufragos de Vanikoro, declararon no haber visto en su isla uno siquiera. Únicamente habian podido procurarse hierro del naufrajio para hacer *Toki* (hachas). Aquellos naturales presentaban mejor aspecto que los Vanikorios, y aunque pertenecian á la misma raza, eran mucho mas confiados y menos meticulosos. Sus casas son mas vastas y forman

calles que se cortan á ángulo recto, sombreadas por una doble hilera de cocoteros. Los Ingleses observaron aldeas grandes y populosas. M. Le Goarant percibió tambien muchas que le parecieron considerables, entre ellas una que como la isla entera lleva el título de Toupoua. La abundancia del terreno y la salubridad del ambiente son probablemente la causa de esa incontestable superioridad que tienen los habitantes de Toupoua sobre los de Vanikoro.

A quince millas N. de Nitendi se eleva la isla Tinakoro ó el volcan, isla descubierta en 1595 por Mindana, y vista de nuevo en 1767 por Carteret, en 1823 por Duperrey, y en 1827 por Dillon. Es un picacho cónico de una grande elevacion y coronado por un cráter en actividad, que en tiempo de Mindana arrojaba llamas constantemente. Carteret solo vió alguna humareda; los compañeros de d'Entrecasteaux no traslucieron ningun indicio de fuego subterraneo. Dillon le vió vomitar llamas de cinco en cinco minutos, y refiere que á vista de aquella isla, el año precedente y sorprendido por las calmas, vió al volcan que arrojaba una gran cantidad de lava que se precipitaba en forma de torrente por los flancos de la montaña. Esta isla tiene unas cinco ó seis millas de circuito, y su cima está situada á los 10° 24' lat. S. y á los 173° 35' lonj. E.

I. Mindanà, situadas á cuatro ó cinco leguas E. N. E. de Tinakoro. Descubiertas en 1595 por Mindana, estas islas son sin duda idénticas con las que Carteret denominó en 1767 *Swallow*. Wilson las vió de nuevo en 1797, y Mr. Le Goarant las reconoció en 1828: componen un grupo de nueve islas bajas, selvosas é inhabitadas, la mayor parte pequeñas, pero enlazadas entre sí por medio de arrecifes. Este grupo parece tener cerca de treinta millas del O. N. O. al E. S. E., y su centro está situado á los 10° 15' lat. S. y á los 163° 36' lonj. E.

Al E. del grupo y á corta distancia se hallan las islas Duff, descubiertas por el capitan Wilson en 1797. Componen un grupo de unas diez islas, pero la mas elevada y considerable, llamada *I. Disappointment*, tiene doce leguas de circumferencia. En la parte oriental del grupo hay una roca que afecta la forma de un obelisco. Wilson halló á los naturales de estas islas altos, bien formados, bronceados, y pertenecientes, á no dudarlo á la raza polinesia. Sus habitaciones estaban apiñadas en pequeñas aldeas, y el grupo entero tiene quince millas del N. O. al S. E. Disapointment está situada á los 19° 57' lat. S. y á los 164° 40' lonj. E.

Finalmente, á corta distancia N. E. ó E. N. E. de las islas Duff, debe de encontrarse Toumako, descubierta por Quiros á 7 de abril de 1606, á menos que sea idéntica con las mismas islas Duff, lo cual induciria á probar la ecsistencia de ciertas relaciones de figura y de posicion. Sin embargo es mucho mas seguro referir Taumako á una isla Motou-Iti, descubierta en 1801 por el capitan Kennedy del *Nautilus*, y que este señala como una isla bien poblada y de cierta elevacion. Está situada á los 8° 40' lat. S. y á los 165° 40' lonj. E. En 1828 d'Urville la buscó en esta posicion, pero no la encontró, lo que le indujo á sospechar que la fijaran á sobrada distancia en el E. Hasta aquí no tenemos otro documento que la relacion de Quiros para guiarnos sobre la ecsistencia de esta isla; y así será muy útil consultarla como punto de comparacion en caso de que la encuentren.

CAPITULO XXXIV.

ISLAS SALOMON.

Al poner del sol del 20 de junio, el *Oceánico* pasó á diez millas de distancia del imponente cono de Tinakoro, cuya cresta coronaba una densa nube, que tal vez era formada por el humo del cráter, bien que al verla de noche no se observaron llamas.

La primera tierra descubierta fué la isla Sesarga, que el sloop costeó por la mañana. Sesarga es la *Isla de las Contrariedades* de Surville. A mis instancias, y aunque muy mal prevenido para con los naturales, Pendleton consintió en costear la tierra de cerca: así que á falta de comunicacion con los indijenas debia observar el aspecto del paisaje, rico en bellezas naturales. Llegados á una legua de distancia pudímos distinguir sitios deliciosos: varias selvas de cocoteros remontaban sus troncos de una elevada playa cuya base se componia de rocas de las formas mas estravagantes.

El *Oceánico* corria á lo largo de Sesarga, cuando se manifestaron al rededor de la nave unas veinte piraguas montadas por seis ú ocho hombres cada una. Dióse principio á la conversacion por ofrecer á los visitadores el acceso del puente; pero cuando les hicieron ver algunos objetos de su gusto, uno de ellos que tenia la fisonomía y las maneras de un jefe, aceptó y se encaramó por la escala. Su primer movimiento fué tomar cuanto vió. Habia tendida una casaca de marinero, y al momento se abalanzó á aquella presa sin que la restituyese con harta facilidad. En seguida saltó en el pabellon de popa que pretendió apropiarse, y fué preciso usar de grandes raciocinios para hacerle renunciar á su empresa. Entonces se empingorotó á los flechastes cual hubiera podido hacerlo el mejor gaviero, dirijióse hácia las cadenas del perroquete, agachóse como un mono, y con una vivacidad de movimientos casi convulsiva observó todas las partes de la nave. Habiendo bajado de nuevo, echó á dar brin-

cos y pernear con una ajilidad verdaderamente sobrehumana, y dirijiéndose hácia sus camaradas de las piraguas les dirijió una larga y preciosa arenga. Describíales sin duda cuanto habia visto, y les inducia á subir á bordo, y para decidirles mas pronto juntó los jestos á las palabras batiendo sus nalgas desnudas y ajitándose de mil maneras á cual mas estravagante.

Estos argumentos de una naturaleza singular consiguieron vencer los escrúpulos de sus compañeros, quienes subieron á bordo. Ecsijióseles que dejasen sus armas en las piraguas que contenian ya una gran cantidad de arcos, de lanzas y de flechas con punta de sierra. Aquellos salvajes iban completamente desnudos y parecian pertenecer en parte á la raza negra y en parte á la amarilla. El jefe era atezado; él y otro tenian el pelo largo y liso, y el resto tenia el tinte negro, la cabeza abultada y diforme, y el pelo crespo y á veces enrojecido en la estremidad por medio de una preparacion.

Uno de aquellos hombres, cuya cabellera estaba polvoreada de cal, tenia las narices atravesadas por un pedazo de madera, al paso que los otros se contentaban con suspender un pedazo de nácar triangular y redondo, adornado de algunas cinceladuras. Todos tenian el lóbulo inferior de la oreja hendido para recibir hojas aromáticas, que pendian asimismo del cuello, de los brazos y de otras partes del cuerpo. El jefe llevaba ademas brazaletes y un cinturon de pequeños discos negros y blancos, y en su cabeza ondeaba una garzota de dos plumas á la que atribuía un precio muy subido y que no permitia siquiera que la tocasen.

Bien que de una talle mediana, aquellos isleños tenian el pecho ancho y las proporciones musculosas. Sus piraguas, en especial la del jefe, era un modelo de gusto, y tenia un revestimiento de madera de color y pedazos de nácar perfectamente bruñidos, ajustados é incrustados con mucho arte. En la proa flotaba una especie de pabellon en copos de paja ó junquillos teñidos de encarnado. Varias esculturas que figuraban perros y otros animales, decoraban la popa.

En cuanto se halló en la cubierta una porcion de aquellos indíjenas, entablóse una conversacion entre los recien venidos y sus camaradas de las piraguas, conversacion larga y animada cuyo objeto nos fué imposible comprender. Empezaba ya á escucharla Pendleton con una especie de desconfianza, cuando le interrumpió súbitamente un incidente inopinado. Hasta entonces se tomaran minuciosas precauciones que neutralizaban las tentativas de hurto siempre renovadas; pero uno de los indíjenas, mas atrevido y afortunado, se deslizó tras del capitan, arrancóle su bocina de las manos y saltó en el mar con su presa. Concluido este golpe de mano, todos sus camaradas se precipitaron igualmente al agua, quedándose únicamente el jefe que tal vez creyó de su dignidad no retroceder, bien que estuvo aguardando el resultado de la travesura con inquietud y ajitacion. Pendleton sin embargo, lejos de tomar medidas de represalias, hizo detener el fuego de dos centinelas que querian disparar sobre los fujitivos. «Vosotros teneis la culpa, dijo el capitan, si hubieseis vijilado al perillan cuando se escurria detrás de mí, no se habria verificado esto.» El jefe indíjena no creía encontrar tanta clemencia; sintióse por ella conmovido, prodigó las señales del mas profundo sentimiento, y tras aquella efusion invitó á los Ingleses con suma dulzura y con los jestos mas cariñosos á desembarcar, dándoles á entender que encontrarian todas las provisiones que pudiesen desear.

No confiaba mucho Pendleton en aquellos pueblos, pues los conocia á fondo, sabia cuanta perfidia abrigaba su pecho, y cuantas veces habian procurado atraer tripulaciones europeas á horribles emboscadas. Sin embargo reiteré de tal suerte mis instancias, que el buen hombre no pudo menos de acceder. Era tan deliciosa la tierra, y tan cercana la playa! Prepararon la yola; embarcáronse seis marinos bien armados á las órdenes del teniente Rainbow, y como puede presumirse no fuí de los últimos en tomar puesto: en cuanto al jefe indíjena, embarcóse en su piragua y marchó de conserva con nosotros.

Apenas nos hallámos á doscientas toesas del buque, cuando vímos formarse la pequeña flotilla de piraguas cual para tener consejo, y en seguida se destacaron hácia nuestro bote cuatro de ellas haciendo la maniobra de bloquearlo. Iban á romperse las hostilidades, y los salvajes armaban ya sus arcos, cuando Pendleton que nos seguia con la vista con una solicitud enteramente paternal, hizo una diversion á aquella naciente guerra por medio de un cañonazo disparado sobre el grueso de la flotilla. Habiendo el proyectil causado algunos estragos y metido el desórden entre los salvajes, abandonaron la actitud ofensiva y se fugaron hácia la playa.

Entretanto nos íbamos aprocsimando al buque, y como no parecia sobrado prudente aventurarse á aquella costa en corto número, doblóse la tripulacion de la yola y se armó de fusiles de repuesto. Con este refuerzo volvímos á partir con la órden formal de no hacer ningun desembarque. Al propio tiempo recomendó Pendleton á Rainbow que no se comprometiese mas que con la mayor precaucion en cuanto se hallase fuera de tiro del navío.

Llevámos el rumbo directamente hácia la costa dirijiéndonos á doblar una pequeña punta que cubria una ensenada en cuyo fondo parecia alzarse una aldea. Efectivamente á la altura de aquel cabo aparecieron algunas casas, pero en

el pequeño ancon que bañaba su pie, navegaba un ejército entero de piraguas que saludó nuestra aparicion con un grito jeneral y formidable. Aquella nube de barcas se lanzaron sobre nosotros cual sobre una presa fácil, y en efecto hubiéramos tenido mucha dificultad en librarnos de caer en sus manos, á no ser la prudencia de Rainbow que inmediatamente biró de bordo en direccion al *Oceánico*. El mar incrispado, y el viento contrariando nuestra marcha, facilitaron á algunas piraguas lijeras el medio de perseguirnos y dispararnos una lluvia de flechas; pero dos descargas de mosquetería calmaron el ardor guerrero de aquella vanguardia. Replegóse esta en la linea de batalla, y la yola tuvo tiempo de alcanzar el *Oceánico;* mas como aquellas embarcaciones persistiesen, tuvo que echarse mano de seis cañones que con su metralla hicieron la correspondiente justicia. « Pues bien! me dijo Pendleton con una sonrisa llena de una bondad chancera, pues bien! no tenia razon de decir á V. que la Melanesia solo estaba poblada de razas insociables?» Y dió la órden de continuar el rumbo.

Al dia siguiente nos hallábamos ante la isla de los Arsacides, que atendiendo al aspecto del terreno cubierto de plantaciones y á las numerosas humaredas que se levantaban de todos los puntos, no podia menos de reputarse una comarca populosa y fecunda. Pero no se habia olvidado la leccion recibida la víspera, y aun cuando lo hubiese sido, en ninguna manera queria abusar de la inagotable bondad de mi capitan; así que, apesar del atractivo de los sitios deliciosos que contenia, no pedí permiso para desembarcar. Por otra parte vímos destacar de la playa tres piraguas elegantes, semejantes á las de Sesarga y montadas por seis individuos, que se dirijian á nuestra nave. Las dos estremidades de aquella barca se realzaban en esperones, uno de ellos superada por una especie de cabeza de pájaro; de la proa y de la popa pendian dos penachos, y los bordes esteriores de la piragua estaban adornados de incrustaciones cinceladas. Las pagayas empleadas para maniobrarla tenian una estrecha pala terminada en una larga punta acerada para poder servir de lanza en caso de necesidad (Pl. XVIII. — 2).

Aquellos naturales pertenecian á la misma raza que los de Sesarga. Tan feroces y mas desconfiados aun, miraban con una especie de indiferencia los presentes que les hicieron, y se negaron á subir á bordo. Pero al propio tiempo nos hacian señales paraque desembarcásemos, indicando que encontraríamos provisiones; mas como la leccion de la víspera nos bastaba, no nos sentímos tentados á acceder á sus ofertas. Entonces despues de haber dado la vuelta á la nave, las tres piraguas recobraron el camino de la costa.

El viento hasta entonces favorable varió al N. acompañado de chubascos y de calmas: era un indicio que anunciaba la cercanía de encumbradas montañas que cortan y desvían los vientos regulares. En una de las bordadas avistámos los cocoteros de las islas Stewart, tierras bajas y rodeadas de arrecifes; pero Pendleton no juzgó conveniente comprometerse por tiempo incierto en un reconocimiento de aquella costa peligrosa. Prosiguióse la derrota; al dia siguiente vímos la isla Gower, las altas montañas de Isabel y de Choiseul, á vista de las cuales permanecímos por espacio de dos dias enteros, y el 30 costeámos á dos ó tres leguas de distancia las deliciosas islas de Bougainville y de Bouka. Dióme el capricho de visitar aquella tierra; pero el natural feroz de los habitantes era un hecho tan notorio, que no me atreví á arriesgar una súplica, y dejé al *Oceánico* deslizarse pacíficamente á lo largo de aquellas risueñas y floridas playas. Sin embargo á 1° de julio por la mañana se nos presentaron dos ó tres piraguas cuyos naturales parecian habituados á la vista de los Europeos. Su conducta fué bastante pacífica, y trocaron taros y batatas contra diversos objetos de bordo. Aquellos salvajes eran negros y casi desnudos, ájiles, robustos y bien formados; su semblante era menos desagradable que feroz. Nuestros visitadores nos indujeron á desembarcar, y nos indicaron para esto un punto de la playa donde blanqueaba una aldea á través de los árboles. Aquella playa estaba cubierta de cabezas negras que parecian aguardar la llegada de algun bote, y así continuámos nuestro derrotero sin darles esta satisfaccion. Algunas permutas con los isleños de las piraguas fueron los únicos incidentes que señalaron nuestro paso en aquella costa: por mi parte compré, mediante una vara de sarga encarnada, un soberbio arco de seis pies de largo muy liso y perfectamente trabajado. Esta arma es tan difícil de parar como la de la fábula, y las heridas que causaba debian de estar en razon directa de la dificultad que se esperimentaba en manejarla. Por lo demás aquellos naturales parecian fuertes y robustos, irascibles y dispuestos á poner manos á la obra. A la menor resistencia se abalanzaban á sus arcos y los asestaban contra cualquiera que escitase su cólera. Merced á nuestra actitud paciente nos fuímos sin ruído y sin hostilidades.

Apenas acababa de desaparecer la isla Bouka, cuando aparecieron otras tierras por el lado del O. A la entrada del canal de San Jorje, el *Oceánico* se vió de nuevo atormentado por las corrientes y contrariado por brisas inciertas. Finalmente á 3 de julio llegó á la vista de la isla de los Cocos, y fondeó en el abra Carteret en la ladera oriental de esta isla.

Así habíamos alcanzado en gran parte las is-

las Salomon, sin que el tiempo me hubiese presentado oportunidad para hacer una esploracion personal. Era preciso contentarse con las noticias adquiridas por otros navegantes.

El archipiélago Salomon fué descubierto en 1567 por Mindana que fondeó en la isla Isabel en el puerto de la Estrella, situado, segun se cree, en la parte N. E. Los habitantes del país, dice la relacion, adoran serpientes, escuerzos y otros animales. Su tinte es moreno, su pelo crespo, solo se cubren las partes naturales, nútrense de cocos ó de una especie de raíz llamada *venaus;* no comen carne y solo beben agua. Sin embargo es indubitable que son antropófagos, puesto que su jefe envió á Mindana en clase de presente un cuarto de niño, de quien tenia todavía el brazo y la mano. El jeneral, añade la relacion, hizo sepultar aquel pedazo de cadáver en presencia de los naturales que lo habian llevado, quienes ofendidos y confusos del mal écsito de su embajada se retiraron cabisbajos. Este pueblo está dividido en tribus que se hallan mutuamente en un estado de guerra continua, cuyos prisioneros son reducidos á esclavitud.

Mindana hizo construir un bergantin que armó de diez y ocho soldados y doce marineros. Montáronlo el maestre de campo Ortega y el primer piloto Hernan Galego, quienes debian reconocer las islas vecinas. Ortega pasó sucesivamente á las islas Malaïta, Galera, Buena Vista, Sesarga, en la que señaló un volcan que vomitaba una incesante humareda, y descubrió otra isla mucho mas considerable que denominó Guadalcanar, atravesada por un rio ancho y profundo. Salieron al encuentro de los Españoles muchas piraguas de naturales, y el maestre de campo desembarcó y visitó una aldea bastante bien cultivada. Desde allí se replegó Ortega sobre la isla Isabel; descubrió la isla San Jorje (actualmente Jeorjia), y vió otro burgo cuyos naturales entraron en conferencias con los Europeos. Eran tan abundantes las perlas en aquellos parajes, que no eran estimadas en ningun precio.

Ortega continuó aquel reconocimiento: cerca de la punta occidental de Isabel descubrió una multitud de islotes sobre unos arrecifes muy estensos, donde se observaron muchos murciélagos que tenian unos cuchillos de cinco pies. Doblada Isabel, Ortega, no pudiendo pasar al puerto de Estrella á causa de los vientos contrarios, envió en un bote un destacamento enviado por un natural para dar cuenta á Mindana de sus descubrimientos; pero habiéndose estrellado el bote en los arrecifes, vióse forzada la tripulacion á alcanzar el bergantin que algunos dias despues pasó al puerto de la Estrella.

Mindana salió de aquel fondeadero y fué á surjir bajo la isla Guadalcanar en un sitio que denominó *la Cruz* donde tomó formalmente posesion del suelo en nombre del rey de España, y quiso plantar una cruz en la playa. Los naturales protestaron contra aquel acto de investidura por medio de una lluvia de flechas, pero Mindana contestó por una descarga de mosquetes que mató dos de los agresores y obligó al resto á emprender la fuga. Envió á la descubierta al piloto Enriquez con 30 soldados; pero al momento se presentaron millares de naturales que disputaron el paso al destacamento ante un riachuelo, y en consecuencia tuvo que retroceder llevándose dos pollos y un gallo y diciendo que aquella corriente acarreaba mucho oro.

Enviado por segunda vez el bergantin á la descubierta, tocó en muchas islas y reconoció diversos rios, ora bien recibido, ora mal acojido por los isleños. Cuando regresó á la flota, supo haber acontecido una catástrofre. Nueve marineros y el ordenador de víveres fueron pasados á cuchillo por los naturales mientras se ocupaban en hacer aguada. Hasta entonces el jefe del canton se habia mostrado el amigo de Mindana; pero el jeneral arrebatara un jóven natural sin querer restituirlo, apesar de las reclamaciones del jefe; cuya circunstancia dió márjen á la guerra.

Mndana resolvió tomar venganza del asesinato. El capitan Sarmiento marchó por dos veces contra la aldea, mató unos treinta isleños y pegó fuego á la mayor parte de las casas en una de las cuales se encontraban los despojos de los Españoles asesinados.

Tras estos acontecimientos la flota se hizo á la vela á 13 de junio de 1567 y fué á fondear en la isla Cristóbal. El jeneral desembarcó en persona, y en cuanto los naturales lo echaron de ver, pusiéronse á jesticular del modo mas espresivo, indicando á los estranjeros que volviesen á embarcarse; mas como estosno obedeciese repetieron sus primeros signos, con estrañas demostraciones, escarbando la tierra con sus pies y con sus manos, arrojando arena al aire, corriendo hácia la playa y azotando el agua como furiosos.

En vez de desconcertarse por aquel movimiento y tumulto, Mindana hizo tocar las trompetas, y Sarmiento acudió con su tropa. Lejos los naturales de huir el combate, avanzaron armados de lanzas, de arcos, de flechas y de macanas. Cuando se hallaron á tiro del dardo, es hicieron señal de retirarse; mas como persistiesen, tuvo lugar una descarga jeneral de mosquetes que mató un salvaje y obligó á los otros á qmprender la fuga. Los Españoles entraron entonces en la aldea, y encontraron en ella tan grande botin de cocos y de almendras, que no pudiendo abarcarlas un navío; tuvieron que depositarse en chalupas.

Despachado el bergantin por tercera vez, descubrió las dos islas Anna y Catalina que terminan por aquel lado el archipiélago Salomon. La isla Anna es baja y redonda, con una colina en el centro, semejante á una fortaleza; siendo asimismo poblada y fértil. Atacados de nuevo, los Españoles hicieron fuego sobre los salvajes. Tenian estos el cuerpo pintado de diferentes colores con la cabeza adornada de ramas de árbol y los lomos ceñidos de una especie de cabestrillo. Era de tal naturaleza su fuerza muscular, que una flecha lanzada sobre el jefe español penetró su broquel, atravesóle el brazo de parte á parte y aun salió de la lonjitud de un palmo. Este reconocimiento fué el último que hizo Mindana en aquella costa; pues cuando el bergantin estuvo listo, la escuadra se hizo á la vela para el Perú, en donde se hallaba de regreso á principios de marzo de 1568.

Estos descubrimientos quedaron mucho tiempo sin resultado, y sea que los Españoles pretendiesen mantenerlos ocultos á sus rivales europeos, sea que su relato dotado de ecsajeracion fuese considerado como una fábula, las islas Salomon fueron sepultadas en el olvido durante dos siglos, y los jeógrafos llegaron á reputarlas como fantásticas. Carteret fué el primero que las encontró: en 1757 avistó los puntos de ese archipiélago, á saber: las islas Gower, Malaïta (que fué llamada *Carteret*) y Simpson, y la parte septentrional de la isla Bouka que apellidó *Winchelsea*. Habiendo enviado un bote á la isla Gower, fué atacado por los naturales; pero la tripulacion inglesa quedó dueña del campo de batalla y se apoderó de las piraguas artísticamente construídas y adornadas de mariscos y figuras esculpidas. Los naturales se servian de lanzas y de flechas con puntas de pedernal. Carteret no se detuvo mucho tiempo en esas islas; ni siquiera sospechó que fuesen idénticas con el archipiélago Salomon de Mindana, y encontró que su raza continuaba la que habia hallado en Nitendi.

En julio del año siguente Bougainville reconoció mas vasta estension de aquellas tierras de las que hizo la segunda parte de su Luisiada. Atracóla cerca del *cabo Satisfaccion* y percibió en seguida la grande isla que denominó *Choiseul;* á la altura de la parte occidental se acercaron á la nave unas veinte piraguas con 15 ó 20 hombres cada una. Aquellos isleños, tan negros como los del África, tenianel pelo crespo, pero largo, y algunas veces pelicofre. Llevaban brazaletes y placas en el cuello y en la frente, y sus armas eran lanzas y arcos que blandian con aire amenazador.

Comprometidas en el estrecho que separa la isla Choiseul de la isla Bougainville, las fragatas corrieron largos riesgos por razon de los arrecifes y de las corrientes irregulares. Despacháronse algunos botes para ir á reconocer una hermosa y ancha bahía en la punta O. de la isla Choiseul, y ya se habia dado principio á las operaciones del brazaje, cuando repentinamente se vió salir de una ensenada hasta entonces encubierta una flotilla de piraguas montada por 150 hombres armados de arcos, de lanzas y de broqueles. Adelantóse aquella flotilla en buen órden, y dividiéndose en dos alas se precipitó sobre los botes con toda la rapidez de sus piraguas. Un agudo grito fué la señal del ataque. Los botes franceses contestaron con una descarga que, lejos de intimidar á los agresores, persistieron en arremeter á las jentes de la escuadra con una tenacidad que ecsijió una segunda descarga para ponerlos en fuga. El campo de batalla quedó por los Franceses, como tambien dos piraguas largas, bien trabajadas y adornadas en la proa y en la popa. En la proa de una de estas habia esculpida una cabeza humana con ojos de nácar, orejas de concha, una larga barba y labios chafarrinados de rojo. Habia en las piraguas una provision de lanzas, broqueles, cocos, nueces de arec, diversos utensilios pequeños, redes muy finas y muy bien tejidas y una quijada de hombre medio asada. Aquellos salvajes eran negros, con los cabellos crespos, teñidos de blanco, rojo y amarillo, y no llevaban otro vestido que un cinturon al rededor de los lomos. Sus broqueles son ovalados, de junco entretejido, sólido é impenetrable á las flechas.

Doblado el estrecho, Bougainville costeó la parte oriental de la isla que recibió su nombre y cuya cadena central es de una altura prodijiosa. A 4 de julio montó la punta N. de la isla Bouka que le pareció populosa y bien cultivada y le ofreció una deliciosa llanura enteramente plantada de cocoteros, que presentaba un punto de vista encantador. A poca distancia de la playa navegaban una multitud de piraguas, algunas de las cuales se decidieron á atracar al buque gritando: *Bouka! bouka!* y mostrando nueces de coco. Alejáronse despues haciendo señas paraque fuesen á buscar en tierra, aunque su despedida fué una flecha que dispararon contra la nave. Aquellos hombres eran tambien negros, con el pelo crespo, orejas agujereadas y estiradas, dientes enrojecidos por el betel, armados de grandes arcos de seis pies de lonjitud y de flechas de una madera muy dura. Pero sus piraguas eran mas pequeñas que las de la isla Choiseul, y sus estremos no estaban tan bonitos.

Despues de Bougainville y en el año que siguió á esta campaña, apareció en aquella costa otro Francés que recorrió su parte meridional, y los únicos documentos algo estensos que se

poseen sobre este archipiélago pertenecen á aquel viaje. Este Francés era el capitan Surville.

Surville fondeó á 7 de octubre de 1769 ante el estrecho formado por las islas Choiseul é Isabel, y dos dias despues despachó un bote á una isla de aquel estrecho á la que denominó *Isla de Primera Vista*. Si hemos de dar crédito á un oficial que la rodeó en un bote, era inhabitada, aunque cubierta de árboles frutales; abundaba en aves entre las cuales se contaban algunos papagayos, y en sus arrecifes pululaban los peces. Despues de haber luchado algunos dias siguientes contra las calmas, Surville ancló el 13 en la parte N. E. de la isla Isabel, en una vasta bahía sembrada de islotes á la que denominó *Puerto-Praslin*.

No bien se habia instalado en la rada, cuando rodearon la nave una multitud de piraguas. Apesar de las mas reiteradas instancias, los naturales no quisieron subir á bordo; únicamente se decidieron á aceptar algunos presentes, y despues se retiraron anunciando que en el fondo de la bahía encontrarian agua potable y provisiones buenas de comer. Al propio tiempo repitieron las palabras *aoua! aoua!* Cuando hubieron partido aquellas dos piraguas, sobrevino una tercera montada por tres naturales, entre los cuales habia uno que se hallaba de pie en la proa, y que armó su arco para disparar una flecha, bien que algunos presentes le calmaron. Era ya tarde, y en consecuencia todas las embarcaciones se volvieron hácia la playa. En breve los vímos apiñados al rededor de un gran fuego: algunos de ellos procuraban remedar los rumores que habian oído á bordo y que á la sazon estaban oyendo, tales como las diversas órdenes y las entonaciones del pito del maestre.

Al dia siguiente por la mañana, mientras se trabajaba en izar el navío hácia el interior del puerto, rodeábanle unas doce piraguas montadas por diez á doce hombres cada una. Una de aquellas piraguas tenia 56 pies de largo sobre unos cuatro de ancho. Ese dia, del mismo modo que la víspera, el mayor placer de aquellos salvajes consistió en repetir las órdenes que oían. Habiendo empezado el pífano á tocar un aria con acompañamiento de tambor, pusiéronse á escuchar, al principio mudos y arrobados, pero saliendo repentinamente de aquel éstasis, hicieron dar piruetas á sus piraguas con sus pagayas azotando el agua cadenciosamente y con todas las demostraciones y transportes de alegría.

Habiendo la música establecido de esta suerte algunas relaciones entre los salvajes y los Franceses, un individuo de las piraguas se arriesgó á subir á bordo, cuyo ejemplo tuvo tantos imitadores qué fué preciso tomar medidas para restablecer el órden. Sin embargo apesar de aquellas comunicaciones reinaba entre aquellos naturales una vaga confianza é inquietud: su actitud, sus miradas, sus confabulaciones, todo daba á entender sus temores y sus sospechas. Al menor movimiento que se hacia en el navío, saltaban en sus piraguas, y aun á veces se arrojaban al mar. Aunque les hiciesen algunos presentes, no estaban menos dispuestos á abalanzarse á todos los objetos que podian alcanzar.

Al mediodía Surville despachó dos botes armados bajo las órdenes de su segundo Mr. Labbe para buscar una aguada. En el acto de partir aquellos botes, les siguieron todas las piraguas guiadas por una que iba delante y mandada al parecer por un natural que permanecia en pie con dos hacecitos de yerbas en las manos que levantaba sobre la cabeza, ejecutando diferentes y cadenciosos jestos. En medio de la piragua se veía un jóven igualmente en pie, en una actitud seria y apoyado en una larga lanza. Sus orejas y narices estaban atravesadas por flores encarnadas, y su pelo era polvoreado de blanco con cal. Ese movimiento, semi-triunfal y semi-guerrero, no se verificó sin algunas idas y venidas, sin alguna ajitacion y algunas conferencias.

Las piraguas que abrian la marcha guiaron los botes hácia la entrada de un canal estrecho guarnecido de malezas en los bordes y ocultando la supuesta aguada. No creyendo prudente Mr. Labbe comprometer allí sus botes, envió para un reconocimiento terrestre cuatro hombres y un cabo, cuya patrulla regresó anunciando que no habia encontrado agua sino en unas lagunas donde se internaban hasta la cintura.

M. Labbe, mas desconfiado, quejóse de que le hubiesen inducido á error, y volvió á la carga pidiendo donde podria encontrar agua. Entonces los salvajes acompañaron á los botes tras un grupo de islotes, á tres leguas del buque y al pie de una colina selvosa. Hízose de nuevo la esperiencia, y la patrulla enviada en reconocimiento encontró un chorro de agua que fluía de una roca gota á gota. Hallándose en frente de aquella aguada, el destacamento se vió abandonado por sus guias y con mucha dificultad pudo encontrar de nuevo su camino.

Entretanto los naturales meditaban otra escena en la playa. No omitieron medio alguno de cuantos les sujirió su talento para atraer á tierra las tripulaciones francesas, á fin de tirar y encallar los botes en la arena. Para esto mostraban las magníficas nueces de coco de que estaban cargados los árboles de la selva, y como no se hacia caso de sus instancias, se esforzaban en asir las amarras de las embarcaciones para hallarlas hácia la playa. Cuando regresó el destacamento, los salvajes en número de doscientos cincuenta, armados de flechas, de ar-

cos; de lanzas y de macanas acechaban una ocasion favorable á sus designios; y viendo aquellos cinco hombres aislados, se arrojaron sobre ellos, mataron un soldado é hirieron al sarjento de un lanzazo y á los demas con otras armas. El mismo M. Labbe recibió dos flechas en los muslos y una piedra en la pierna. Atacados de una manera tan inopinada, los Franceses hicieron fuego, y la descarga fué tanto mas mortífera cuanto los naturales se hallaban casi á quemaropa. Esta sacudida puso espanto á la masa de los agresores, y una segunda descarga la derrotó completamente. El mismo M. Labbe dió la muerte á uno de sus jefes, que cooperó no poco á aquella derrota súbita y jeneral. Observando á un natural separado de los demas que levantaba las manos al cielo y escitaba con palabras á los guerreros, le asestó el mosquete y le quitó la vida. Tenia á su lado cuarenta de sus guerreros: los heridos se los llevaron los fujitivos.

Entretanto Surville se obstinaba en obtener agua, para lo cual resolvió apoderarse de un salvaje. Su primera tentativa tuvo lugar contra cinco ó seis de aquellos que se habian aventurado á un vecino islote, pero antes que pudiesen ser sorprendidos abandonaron su piragua echándose á nado. Otra vez se acercó una piragua á poca distancia del buque, y Surville tendió una red para sorprender los dos individuos que la montaban: embarcó dos marineros cafres en una piragua arreglada por el estilo de los salvajes. Aquellos hombres, con el cuerpo desnudo, la cabeza polvoreada de blanco, y adornados como los indíjenas del país, procuraban remediar sus signos y sus jestos. Engañados por tal medida, los salvajes creyeron poder acercarse al buque sin peligro tanto como sus pretendidos compatriotas. Dejáronlos avanzar, y cuando les creyeron en estado de alcanzarles, los botes franceses les dieron la caza, y desesperando de ganarlos en rapidez, tiraron sobre los fujitivos. Uno de ellos fué muerto, y al caer al mar hizo zozobrar la piragua. El segundo quiso salvarse á nado, pero apesar de sus reiterados somorgujos le alcanzaron y le condujeron á bordo: era un jóven de 15 á 16 años, que se defendió con una intrepidez maravillosa, usando de sus dientes á falta de otra arma. Llegado á la cubierta sumamente agarrotado, remedó á un difunto por espacio de una hora: pero como le dejasen caer de cierta altura, en su caída tuvo buen cuidado de adelantar el hombro para preservar la cabeza. Finalmente cansado de hacer la pantomina, abrió los ojos, y viendo á la tripulacion comer bizcocho, pidió de él y comió con mucho gusto. Sin embargo procuraron tenerlo atado constantemente por temor de que se arrojase al mar.

A fin de intimidar á los salvajes se continuó haciendo fuego sobre dos piraguas que pasaban. Al dia siguiente el cautivo indicó la tan deseada aguada, y varias veces se fué á buscar agua teniendo el cuidado de birar sobre las piraguas que andorreaban en torno de las chalupas. En cuanto á los refrijerantes, los únicos que pudieron procurarse fueron cocos, palmas de palmitos, ostras y otros mariscos. Todo esto no era suficiente para un buque sobrecojido de fiebre, y cuya tripulacion se diezmaba visiblemente. Aquel recalo fué por otra parte señalado por incidentes deplorables; el sarjento herido murió, y el mismo M. Labbe no pudo cerrar sus llagas hasta diez meses despues del combate, lo que hizo suponer que aquellas flechas eran emponzoñadas.

El único resultado feliz del paso de Surville consiste en algunos documentos recojidos por él mismo, ó por sus oficiales, documentos tanto mas preciosos cuanto á poca diferencia son los únicos que poseemos sobre las islas Salomon.

Los indíjenas de este archipiélago son de estatura mediana, pero robustos y nerviosos. Los unos son verdaderamente negros, los otros bronceados: los primeros tienen el pelo crespo, la frente estrecha y la barba puntiaguda y poblada de muy poco pelo. El conjunto de la fisonomía tiene un carácter bravío y casi feroz. Entre los hombres bronceados hay algunos que tienen el pelo liso, y en jeneral cortado á la altura de las orejas. Otros solo conservan un copete en la coronilla de la cabeza y rasuran todo el resto, salvo algunos mechones un poco mas abajo de la nuca. Muchos dividen el copete del colodrillo en pequeñas colas que dan con pomada por medio de una especie de goma; la jeneralidad se tiñen las cejas y los cabellos de amarillo con cal y se aplican una carrera blanca de una á otra sien que pasa por encima de las cejas. Dos mujeres, de las que solo vieron un corto número, trazan carreras semejantes sobre sus mejillas y al través de sus gorjas.

El único traje de ambos secsos consiste en un pedazo de esterilla al rededor de los lomos. Los hombres se pintan el rostro, los brazos y otras partes del cuerpo, y estos dibujos no carecen absolutamente de gracia. Igualmente se atraviesan el lóbulo inferior de las orejas y las membranas de la nariz para recibir diversos ornamentos. Un poco mas arriba del codo se colocan brazaletes de concha de tridacne y de conchas de tortuga, ó bien en el puño, compuestos únicamente de pequeños huesos de pescado ó de otros animales ensartados por medio de un bramante. A veces suspenden igualmente de su cuello una especie de peine de piedra blanca sumamente apreciada. Otros se fijan en la frente una concha que parece nácar; pero los ornamentos que mas llamaron la atencion de Surville y de sus cama-

radas fueron collares, arracadas y aun cinturones de dientes humanos. Era de creer que fuesen despojos de los enemigos devorados en los combates.

El arco de aquellos salvajes es de una madera negra, elástica y medianamente flecsible; la cuerda es de hebrillas de corteza de latanero, y la flecha es de una caña de tres pies de largo que se compone de piezas soldadas entre sí por medio de un fuerte betun. Su punta consiste en una espina de raya. Estas flechas dejan siempre algunos de sus dientes en las llagas que emponzoñan. Las lanzas son de madera negra de latanero; largas de ocho á diez pies, y terminan con un hueso de seis pulgadas de largo, guarnecido de fuertes dientes que hacen muy graves las heridas. Las macanas, de dos pies y medio de largo y en figura de rombo, ordinariamente son de una madera roja muy pesada, y los naturales las llevan en su cintura. Finalmente sus broqueles son de correjuelas de junquillo entretejidas, provistas de un asa para pasar el brazo; y adornadas á veces de borlas de paja encarnada y amarilla. Estos broqueles sirven para dos objetos, ó saber, para arma defensiva y paraguas.

Sus instrumentos consisten en hachas de armas de una piedra negra fijada sólidamente á un mango por medio de una atadura de junquillo; azuelas de tridacne, cortadas en bisel y ajustadas á un pedazo de madera de corvadura natural. Sus cuchillos son nácares afilados, y se sirven de pedernales aguzados para raparse la barba y los cabellos: sus redes de pescar se fabrican con hebrillas de la corteza de latanero; en sus piraguas se encontró una semilla de un olor balsámico que se tomó al principio por una especie de ungüento; pero en seguida se supo que servia á los naturales de aceite para quemar, y efectivamente daba una luz mas clara que las bujías y esparcia un olor muy agradable.

Estas islas suministraban cocoteros, bananas, cañas dulces, batatas y diversas especies de almendras. Los naturales comian en lugar de pan el *binao*, sin duda el *venaus* de Mindana. Aquellos ricos y verdosos paisajes eran poblados de una gran cantidad de cacatoes, verdecillos, palomas campesinas y ademas mirlas mas gruesas que las de Europa. En las lagunas vuelan chorlitos, alondras marinas, gallinetas ciegas, una especie de pato y salamandras, algunas de las cuales tienen cinco pies almenos desde la cabeza hasta el oríjen de la cola. Aunque no se observaron cuadrúpedos, es positivo que el cerdo silvestre abundaba en las selvas de las islas mas considerables. Uno de los oficiales que se ocupaba de ciencias naturales, observó una araña de nueva especie, hormigas de una magnitud prodijiosa y moscas del volúmen de un tábano de Europa, cuya picadura era cruel. En los bosques observó una pequeña culebra de un dedo de grueso y dos pies de largo, con el vientre de un amarillo claro. Lo que mas llamó su atencion fué un réptil que denominó sapo, pero que debe ser mas bien basilisco. «Su espalda, dice, en toda la lonjitud del cuerpo, es formada ecsactamente en forma de albardilla; á corta distancia de las espaldas, su cabeza ó su hocico toma la figura de una lanza igualmente en forma de albardilla, y los ojos están situados en el nacimiento de esta punta bajo una especie de escama ó de ternilla; sus patas no tienen nada de estraordinario, y anda á saltos como los sapos de Europa.»

A estos pormenores que resultan de las observaciones de Surville y de sus oficiales deben agregarse las noticias que les dió su salvaje cautivo, cuando pudo articular algunas voces francesas. Lova-Sareja (que así llamaban á aquel jóven) permaneció dos años con los Franceses, quienes pudieron interrogarle á entera satisfaccion.

«Apenas habian transcurrido dos meses que se hallaba en el navío, dice Mr. Monneron, uno de los oficiales de Surville, cuando se echó de ver la facilidad que tenia en aprender nuestra lengua; pero los progresos que habia hecho fueron retardados por una mansion de tres meses entre los Españoles del Perú. Sin embargo durante este tiempo consiguió darse á entender con bastante perfeccion en entrambos idiomas.

«Lo que mas llamó su atencion en Lima fué la elevacion y comodidad de las casas. No podia persuadirse que fuesen sólidas, y para cerciorarse de su consistencia, procuraba hacer bambolear las paredes. Todos los dias redoblaba su sorpresa al ver las ocupaciones y empresas de los Europeos, y no tardó en reconocer que tenian estos una superioridad señalada sobre sus compatriotas. Durante la travesía del puerto Praslin al Perú, Mr. de Surville le hizo comer siempre á su mesa; pero no dejó de conocer que esto era un favor particular, porque el trato de los otros negros era muy diferente del suyo. A la muerte de Mr. de Surville, que se ahogó por un accidente al llegar al Callao de Lima, el jóven Lova se retiró por sí mismo de la mesa de los oficiales, y quiso servir en clase de criado.

«Guardáronle atenciones particulares, que sin duda merecia por sus bellas circunstancias; pero los testimonios de su reconocimiento han manifestado que sentia el precio de las atenciones, sin que jamas abusara de las bondades que se le prodigaban.

«El único defecto que se le conoce es cierto movimiento de despecho ó de desesperacion á que se abandona fácilmente y que solo puede atribuirse á su estrema sensibilidad; pero este movimiento nunca se dirije mas que contra sí

ismo, y tan solo dura un momento: es una cólera infantil. Su injenio es penetrante, aprende con facilidad y placer cuanto desean que sepa, no cabe duda que aprenderia á leer en muy poco tiempo si se lo enseñasen.

«Su probidad es muy laudable, y aunque gusta de atavíos, se desprende de ellos sin dificultad. Conoce perfectamente el precio y el uso del dinero, pero no se desvive mucho por él, y á lo que parece no tiene deseos muy vivos mas que para satisfacer su apetito. Puede asegurarse que está dotado de las mas felices disposiciones y se halla ecsento de muchos defectos de que no siempre libre la educacion mas esmerada.»

Preguntado sobre su país natal, Lova-Sarega respondió que este archipiélago era asolado por guerras permanentes, que cada isla estaba en guerra con la isla vecina, y que los prisioneros hechos en las batallas eran esclavos de los vencedores. La autoridad del rey ó jefe es ilimitada, todos sus vasallos deben tributarle el producto de su pesca, de sus cosechas, de sus trabajos y del botin hecho al enemigo, y el jefe escoje lo que mas le gusta abandonando el resto á los propietarios. Cualquiera que se quedase algun objeto antes de ofrecerlo al soberano, se espondria á una pena muy severa. Todo vasallo que andase á la sombra de su rey, era castigado inmediatamente con la pena capital, bien que Lova no dejó de observar que un grande del país podia rescatar su vida por el sacrificio de todas sus riquezas.

Nada ha asegurado Lova en lo tocante á su relijion. Únicamente decia que despues de su muerte los hombres subian al cielo, y bajaban á la tierra de cuando en cuando para visitar á sus antiguos amigos. Estas almas vuelven durante la noche, anuncian las noticias buenas ó malas y designan los mejores puntos para la pesca. Cuando se opinan objeciones á Lova con este objeto, decia que nadie podia saber mejor que él cuanto pasaba en su país.

Durante el recalo, y en el momento en que los botes iban á ser atacados, se habia observado un jefe de piragua que parecia hacer en un paraje retirado una especie de oracion, y en otra piragua un segundo jefe que á juzgar por sus jestos y contorsiones parecia invocar la asistencia de algun poder sobrenatural. Hacia ya mucho tiempo que se hallaba á bordo, y aun hablaba Lova de los médicos de su isla como de hombres mucho mas esperimentados que los médicos de Europa, buenos únicamente para prolongar las enfermedades.

Las mozas son prometidas desde la edad mas tierna, van á habitar en la casa de los padres del futuro, y las enlazan á los primeros indicios de pubertad. La poligamia está en vigor en la isla.

Cuando muere un rico, deponen su cadáver sobre un terrero en el cual se ha abierto una hoya. Cuando la accion de la lluvia, del sol y de la putrefaccion ha descompuesto las carnes y tumbado los fracmentos á la hoya, se trasladan á una sepultura comun la cabeza y la osamenta. El agujero es cubierto, y encima elevan una casa á guisa de túmulo, aunque para un niño no hacen mas que plantar flores.

No obstante la frajilidad aparente de sus embarcaciones, los salvajes ejecutan con ellas viajes de diez á doce dias; guíanse en su derrotero por el movimiento de los astros y saben distinguir algunas estrellas; y segun las relaciones de Lova, hacen mucho tráfico con un pueblo casi blanco ó infinitamente menos negro que ellos. Lova-Sarega aseguraba haber visto aportar en su isla un esquife que contenia quince hombres negos, tres mujeres negras y una mujer blanca. Las mujeres negras no hacian mas que charlar; la mujer blanca lloraba como un hombre blanco que habiéndose arrojado al agua para cojer una tortuga, fué devorado por los peces. Parió dos hijas blancas; la una de las cuales murió, y aunque debia vivir para la que quedaba, no pudiendo nada mitigar su dolor, se ahorcó con un pequeño lazo que llevaba en su cuello y que sin duda le servia (como los quipos de los Peruvianos) para notar por medio de nudos el número de dias que habia pasado lejos de su país. Lova tenia un cordon análogo, con el cual parecia hacer el mismo cálculo, y añadió que aquella blanca tenia arracadas muy grandes y de color de oro, que sus cabellos eran largos, que tenia la nariz agujereada de parte á parte, y que iba desnuda con un simple pedazo de lienzo desde la cadera hasta las rodillas. El esquife que la habia conducido contenia una provision considerable de cerdos y de cocos.

Lova añadió que su padre hacia muchos viajes de diez ó doce dias á una nacion mucho menos negra que la suya, donde trocaba negros contra blancos, y llevaba de allí lienzos finos cargados de dibujos para hacer cinturones. Estos diversos relatos acompañados de minuciosos pormenores, inducen á creer que la raza amarilla ó polinesia ocupa todavía algunos puntos de las islas Salomon. Aunque las cercanías del puerto Praslin casi no ofrecian mas que lugarejos ecsentos de importancia, el interior de la isla contenia poblaciones considerables. Lova anunció este hecho repetidas veces, pero lo que olvidó fué indicar el nombre indíjena de su país.

Surville salió del puerto Praslin á 21 de octubre, y á 26 se creía muy distante de toda tierra, cuando avistó repentinamente una isla que denominó *Isla Inesperada*: era la *Gower* de Carteret. Al dia siguiente descubrió la *Isla de las Contrariedades*, que llamó así á causa de la calma y de las juguetonas brisas que le retuvie-

ron en la costa. A 2 de noviembre, hallándose encadenado sobre el mar, que parecia dormido sin que meciese sus oleadas el menor soplo, se vió rodeado de piraguas, y aun quiso despachar un bote á tierra; pero estallaron unas hostilidades que hicieron renunciar á este proyecto. El 3 descubrió Surville las *Tres-Hermanas*, y una cuarta isla que denominó *isla del Golfo*. Todas estas diversas islas enviaron sus piraguas al buque, pero ninguna quiso prestarse á los signos que les hizo de acercarse. Finalmente el dia 6 Surville dobló las dos isletas *Anna* y *Catalina* que apellidó *islas de la Delibrance*, y creyendo que todas las tierras que acababa de costear no formaban mas que una grande isla, las denominó *Tierra de los Arsácides*, nombre que se ha limitado á una de estas islas. A esto se ciñe la esploracion de Surville.

Los descubrimientos de este navegante juntos á los de Bougainville dieron alguna luz en Europa sobre este archipiélago cuya descripcion parecia concordar con las relaciones de Mindana. El laborioso Buache y el hábil Fleurieu trabajaron sucesivamente en establecer esta identidad que ha llegado despues á ser un hecho adquirido á la ciencia jeográfica. Las islas de Surville y de Bougainville son realmente el archipiélago Salomon de Mindana.

El Inglés Shortland fué el primero que avistó de nuevo esas tierras. A 31 de julio de 1788 atracó á la punta S. de la isla Guadalcanar, y costeando la parte meridional del archipiélago, entró en el mismo estrecho que habia frecuentado Bougainville veinte años antes; mas como aquel reconocimiento se hizo de lejos, Shortland creyó como Surville que solo era una tierra larga y espaciosa. Llamóla *Nueva Jeorjia*, pero este nombre solo ha quedado transmitido á una de las islas que vió. Shortland no tuvo muchas comunicaciones con los naturales hasta la altura del cabo Decepcion, en donde se acercaron varias piraguas al buque inglés para trocar brazaletes, sortijas y cadenas de huesos y espinas contra semejantes objetos de fábrica europea, dando siempre la preferencia á los objetos de hierro. Manifestaron mucha buena fé en sus permutas, y no tuvieron ninguna veleidad de fraude y de hurto. Su mayor deseo era que la tripulacion consintiese en visitar la playa, para lo cual mostraban cortezas de frutos y plumas de volatería, indicando que de todo encontrarian en tierra. Aquellos naturales llamaron *Simbou* la isla de donde venian, y en la que se percibieron espacios bien cultivados. Sus piraguas, montadas por una tripulacion de seis á catorce hombres, estaban muy bien construídas, bien esculpidas y pintadas de rojo. Ademas de los anillos y brazaletes de hueso y espinas de pescado, llevaban en la cabeza una concha con una pluma. Por espacio de dos ó tres horas siguieron al buque y recobraron despues el camino de la costa.

Viaje alguno debia ser mas fructuoso para la jeografía de las islas Salomon, que el de d'Entrecasteaux. A 9 de julio de 1792 dió principio á sus empresas á vista de la isla Jeorjia, y reconoció sucesivamente las islas de la Tesorería, la isla Shortland, y la parte occidental de las islas Bougainville y Bouka. Pero esta esploracion nada añadió á los conocimientos antolójicos que podian tenerse sobre el archipiélago, pues d'Entrecasteaux no tocó en ninguna parte y tuvo muy pocas comunicaciones con los naturales. Únicamente, hallándose cerca de las islas de la Tesorería, la escuadra percibió algunos naturales y piraguas que navegaban al rededor de las islas. A mayor distancia, y cerca de la punta N. de la isla Bouka, destacáronse de la playa muchas piraguas con ocho hombres de tripulacion en cada una, á escepcion de la mas grande que contenia cuarenta hombres, á saber, diez y seis remeros y veinte y cuatro guerreros. Despues de algunas horas de duda, la flotilla atracó á las naves, y se empezaron á permutar algunos objetos de Europa contra flechas solas, pues los naturales no querian abandonar sus arcos. Pero un oficial se puso á tocar con el violin un aria algo animada, y al momento todos aquellos salvajes echaron á saltar, reir y pernear sobre los bancos de sus piraguas, proponiendo en cambio del violin no solamente un arco, sino tambien todas las macanas que hasta entonces tuvieran escondidas. Á 26 de mayo del año siguiente d'Entrecasteaux continuó su esploracion de las islas Anna y Catalina y de toda la costa occidental de la isla Cristóbal que parecia cubierta de aldeas hácia la punta N. O. Presentáronse varias piraguas que recibieron todo cuanto se les dió sin ofrecer nada en cambio. Por la noche se aumentó el número de piraguas hasta llegar á unas sesenta que alentadas por el número dispararon algunas flechas contra los Franceses, aunque fueron contestadas por un fusilazo y un cohete que fueron bastante parte para dispersar á los naturales.

Habiendo visitado d'Entrecasteaux la isla Sesarga, presentáronsele siete piraguas, y aunque se invitó á los naturales á subir á bordo, se negaron absolutamente á ello, y dieron á entender por señas que desembarcase con sus jentes. Aquellas piraguas eran al parecer mas elegantes que ninguna de las avistadas hasta entonces, y los naturales mostraban un lujo de bellísimos collares formados con pedazos de marisco, de brazaletes y de plumas entretejidas en sus cabelleras. En seguida costeó toda la parte meridional y occidental de la grande isla de Guadalcanar, y despues de haber montado el cabo Marsh, puso fin

á la esploracion por el reconocimiento de la parte meridional de la isla Jeorjia. A 7 de junio la escuadra se hallaba ya muy distante de toda tierra.

Manning vió de nuevo algunas porciones de las islas Salomon en 1792 pasando entre Isabel y Choiseul; en 1794 el *Indispensable* pasó entre Cristóbal y Guadalcanar, y despues entre Isabel y Malayta; pero ninguno de estos navegantes nos ha transmitido pormenores esenciales en aquellos reconocimientos verificados á la vela.

CAPITULO XXXV.

ISLAS SALOMON. — JEOGRAFÍA.

El archipiélago de las islas Salomon está comprendido entre los 5° y los 12° lat. S. y entre los 152° y los 16° lonj. E. Tiene doscientas leguas de estension del N. O. al S. E. sobre una anchura media de cuarenta leguas, y se compone de unas diez y seis islas considerables, altas y pobladas, y un gran número de otras de menores dimensiones. Las islas conocidas, siguiendo la direccion de N. á S., son las siguientes:

I. Bouka, descubierta en 1767 por Carteret que la apellidó *Winchelsea*, vista de nuevo en 1768 por Bougainville y en 1788 por Shortland, y reconocida en 1792 por d'Entrecasteaux y en 1823 por Duperrey. Es una tierra elevada, selvosa y poblada, con treinta y cinco millas de N. á S. sobre 18 de anchura, acompañada de muchos islotes en su parte meridional. La separacion de esta isla de la siguiente no ha sido aun demostrada; pero su punta N. está situada á los 5° 0' lat. S. y á los 152° 14' lonj. E.

I. Bougainville, descubierta en 1768 por Bougainville, vista de nuevo en 1788 por Shortland, y esplorada en 1792 por d'Entrecasteaux. Es una isla alta, poblada, de noventa y seis millas de N. N. O. al S. S. E. sobre una anchura de diez y ocho á veinte millas. En su parte S. E. se ven muchas isletas que carecen de nombre, y está situada entre los 5° 32' y los 6° 55' lat. S. y entre los 152° 14' y los 153° 25' lonj. E.

I. Shortland, vista por Bougainville en 1768, avistada de nuevo por Shortland en 1788, y reconocida por d'Entrecasteaux en 1792. Es una isla ó monton de islas de treinta á treinta y seis millas de circuito, acompañada de muchos islotes en su parte occidental, y situada en su punta S. á los 7° 9' lat. S. y á los 153° 20' lonj. E.

I. Tesorería, descubiertas por Bougainville en 1768, vistas de nuevo por Shortland en 1788 y reconocidas por d'Entrecasteaux en 1792. Es un grupo de algunas islas poco elevadas, muy selvosas y de siete millas y media de estension del N. N. E. al S. S. O, cuyo centro está situado á los 7° 25' lat. S. y á los 153° 10' lonj. E.

I. Choiseul, descubierta probablemente por Mindana en 1567, pero señalada por primera vez en 1768 por Bougainville, vista de nuevo por Surville en 1769 y por Shortland en 1788, y reconocida en parte por el capitan del *Cornwallis* en 1796. Sin embargo, la parte oriental es conocida aun con harta imperfeccion. Esta isla es alta, bien poblada, de ochenta millas de N. O. á S. E. sobre una anchura variable de diez á veinte millas, y está situada entre los 6° 36' y los 7° 34' lat. S. y entre los 153° 41' y los 154° 57' lonj. E.

I. Allen y Middleton, descubiertas en 1788 por Shortland, quien creyó que eran dos cabos. Krusenstern juzga que son dos islas poco estensas. La isla Middleton está situada á los 7° 28' lat. S. y á los 153° 54' lonj. E.

I. Simbou, descubierta por Bougainville en 1768, y vista de nuevo por Shortland en 1788. Es una tierra bastante estensa y poblada, pero de una configuracion desconocida. Al S. está situada la isleta *Satisfaccion*, cuya punta meridional se halla á los 8° 17' lat. S. y á los 154° 12' lonj. E.

I. de la Primera Vista, descubierta en 1769 por Surville, y vista de nuevo en 1792 por Manning. Esta isla es de cinco á seis millas de estension, y está situada á los 7° 20' lat. S. y á los 154° 59' lonj. E.

I. Isabel, descubierta por Mindana en 1569, y visitada de nuevo por Manning en 1792. Es una isla grande, montuosa y bien poblada: en el mapa de Krusenstern tiene ciento y cinco millas de largo del N. O. al S. E. y de catorce á diez y seis de ancho, pero sus verdaderas dimensiones son aun desconocidas. Por el lado del N. O. va acompañada de algunas isletas, entre las cuales se cuentan dos que fueron apellidadas por Manning *Islas Jano y Nairn*. Está situada entre los 7° 16' y los 8° 28' lat. S. y entre los 155° 18' y los 156° 54' lonj. E.

I. Ortega, descubiertas por Mindana en 1567, y vistas de nuevo por el *Indispensable* en 1794. Son dos islas de cinco á seis millas de estension cada una, pero muy poco conocidas, y su centro está situado á los 8° 8' lat. S. y á los 157° lonj. E.

I. Ramos, descubiertas por Mindana en 1567, y vistas de nuevo por el *Indispensable* en 1794. Es un grupo de dos ó tres islotes rodeados de un arrecife y situado á los 8° 24' lat. S. y á los 157° 42' lonj. E.

I. Gower, descubierta por Carteret en 1767 y vista de nuevo en 1769 por Surville que la denominó *isla Inesperada*. Segun Carteret, es una tierra baja, llana, bien poblada, de dos leguas y media de largo de E. á O. y situada á los 8° lat. S. y á los 158° 12' lonj. E.

I. Malayta, descubierta por Mindana en 1567, y vista de nuevo por Carteret en 1767 y

por Surville en 1769. Segun Carteret, es una isla alta, montuosa y de diez leguas de estension de E. á O., cuya punta N. está situada á los 8° 24' lat. S. y á los 158 10' lonj. E.

I. Simson, descubierta por Carteret en 1767, y vista de nuevo por Surville en 1769. Segun Carteret, es una isleta baja, situada á los 8° 30' lat. S. y á los 158° 43' lonj. E.

I De los Arsácides, descubierta por Mindana en 1567, y vista de nuevo por Surville en 1769. Es una isla alta que, segun Krusenstern, tiene 36 millas del N. N. O. al S. S. E. sobre 8 de ancho; pero estas dimensiones son puramente hipotéticas. Está situada entre los 8° 36' y los 9° 7' lat. S. y entre los 158° 37' y los 159° 4' lonj. E.

I. Galera, descubierta por Mindana en 1567, y vista de nuevo por Surville en 1769. Segun Ortega, tiene seis leguas de circuito, está rodeada de arrecifes mal conocidos, y se halla á los 9° 28' lat. S. y á los 159° 6' lonj. E.

I. Buena Vista, descubierta por Mindana en 1567, y vista de nuevo por Surville en 1769. Segun Ortega, es una tierra feraz, muy cultivada y selvosa, de unas 29 leguas de circuito, rodeada de pequeños islotes poblados, y el todo apenas conocido. Su punta S. está situada á los 9° 42' lat. S. y á los 157° 18' lonj. E.

I. Sesarga, descubierta por Mindana en 1567, vista de nuevo en 1769 por Surville que la apellidó *isla de las Contrariedades* y en 1790 por Ball que le aplicó el nombre de *isla Smith*, y reconocida en 1792 por d'Entrecasteaux. Es una isla alta, bien poblada, de unas siete millas de N. á S., y su centro está situado á los 8° 49' lat. S. y á los 159° 43' lonj. E.

I. Tres Hermanas, descubiertas por Surville en 1769, y reconocidas por d'Entrecasteaux en 1792. Es una cadena de islas muy pequeñas, pero altas, ocupando una estension de nueve millas del N. N. O. al S. S. E. La del medio está situada á los 10° 33' lat. S. y á los 159° 40' lonj. E.

I. del Golfo, descubiertas por Surville en 1769, y reconocidas por d'Entrecasteaux en 1792. Son dos islas elevadas, la mas considerable de las cuales tiene almenos cuatro millas de N. á S., y está situada á los 10° 14' lat. S. y á los 159° 27' lonj. E.

I. Princesa, isleta situada en el mapa de Arrowsmith al S. O. de las islas Hammond. A 12 millas N. N. E. de Princesa se encuentra un arrecife llamado *Bridgewater*. Se ignora su descubrimiento ni mas ni menos que la época en que se verificó. Se halla á los 9° 5' lat. S. y á los 154° 46' lonj. E.

I. Hammond, descubiertas por Shortland en 1788, y vistas de nuevo por d'Entrecasteaux en 1792. Son tres islas altas, selvosas y pobladas, pero la mas considerable, segun el mapa de Krusenstern, tiene catorce ó quince millas de estension, aunque todas no son muy conocidas. La punta N. O. está situada á los 8° 32' lat. S. y á los 154° 58' lonj. E.

I. Jeorjia, descubierta por Shortland en 1788 y vista de lejos por Manning en 1792, y esplorada en su parte meridional por d'Entrecasteaux en 1792. Segun el mapa de Krusenstern, es una isla elevada, poblada, de cuarenta millas de estension de E. á O. sobre diez ó doce de ancho, bien que su forma y su estension por el lado del N. son totalmente desconocidas. Está situada entre los 8° 35' y los 8° 83' lat. S. y entre los 155° 14' y los 156° lonj. E.

I. Murray, probablemente descubierta por Manning en 1792, y reconocida por d'Entrecasteaux en 1792. Es una isleta de cinco ó seis millas de circumferencia, situada á los 9° 3' lat. S. y á los 156° 30' lonj. E.

I. Marrh, descubierta en 1783 por Shortland, quien juzgó que tan solo era un cabo, y vista de nuevo en 1792 por Manning y por d'Entrecasteaux en 1792. Es una isla elevada, de diez millas almenos de estension del N. N. O. al S. S. E., y acompañada de muchas isletas. La estension de este grupo por la parte del N. E. es de todo punto desconocida, y su punta O. está situada á los 9° 6' lat. S. y á los 156° 48' lonj. E.

I. Guadalcanar, descubierta en 1567 por Manning en 1792, y medio esplorada el propio año 1792 por d'Entrecasteaux. El derrotero del *Indispensable* manifiesta su separacion de la isla de los Arsacides y sus vecinas; pero toda la costa N. de Guadalcanar es todavía desconocida. Es una isla montuosa, bien poblada, y de 78 millas de largo del O. N. O. al E. S. E. sobre 20 á 25 almenos de ancho. En la parte del N. E., hácia su punta N. E. y en el estrecho del *Indispensable*, se hallan algunas isletas indicadas con mucha vaguedad, que carecen absolutamente de nombre: está situada entre los 9° 16' y los 9° 59' lat. S. y entre los 157° 22' y los 158° 34' lonj. E.

I. Cristóbal, descubierta en 1567 por Mindana, vista de nuevo por Surville en 1769 y por Shortland en 1788, esplorada en sus dos terceras partes por d'Entrecasteaux en 1792, y avistada igualmente por el *Indispensable* en 1794. Es una isla grande, montuosa y poblada; tiene 72 millas del N. O. al S. E. sobre 16 ó 18 de ancho; su costa oriental es poco conocida, y está situada entre los 10° 11' y los 10° 53' lat. S. y entre los 159° 2' y los 160° 3' lonj. E.

I. Anna, descubierta por Mindana en 1567, vista de nuevo por Surville en 1769, y por Ball en 1790 que la denominó *Isla Sirius*, y reconocida en 1792 por d'Entrecasteaux. Es una isla elevada, de cuatro á cinco millas de circuito, y situada á los 10° 51' lat. S. y los 160° 8' lonj. E.

I. Catalina, descubierta por Mindana en 1568, y vista de nuevo en 1769 por Surville que la denominó con la precedente *isla de la Lebrance*, en 1790 por Ball que la llamó *isla Massey*, y en 1792 por d'Entrecasteaux. Es una isla elevada, de tres ó cuatro millas de circumferencia, y situada á los 10° 54' lat. S. y á los 160° 6' lonj. E.

I. Rellona, descubierta por el capitan Butler del *Walpole* en 1794. Es una isla de seis millas de diámetro; mas como ningun navegante despues de Butler la ha señalado, su ecsistencia es todavía algo dudosa. Su centro se calcula situado á los 11° 11' lat. S. y á los 157° 34' lonj. E.

I. Bennel, descubierta por el capitan Butler del *Walpole* en 1694 y vista de nuevo el propio año por el *Indispensable*. Segun Krusenstern, tiene doce leguas del N. O. al S. E., y su punta S. E. está situada á los 11° 38' lat. S. y á los 158° 21' lonj. E.

Aunque termina aquí la lista de las islas Salomon propiamente dichas, debemos mencionar todavía como su prolongacion jeolójica dos peligros arrecifes situados á corta distancia S. de las islas precedentes, á saber: el *Arrecife de la Pandora*, descubierto por el capitan Edwards en 1791, sin duda el mismo que avistó en 1794 el *Indispensable* y en 1804 Ruault-Coutance. Dícese que este peligroso rompiente tiene cerca de 40 millas de N. á S., y su punta está situada á los 12° 8' lat. S. y á los 159° lonj. E. El segundo es el *arrecife de Wells*, situado, segun el mismo Edwards en 1791, á los 12° 21' lat. S. y á los 156° 22' lonj. E.

Antes de pasar adelante, conviene mencionar otra cadena de pequeños grupos oceánicos dispuestos al N. de las islas Salomon, y en una direccion casi paralela á la de estas, es decir, empezando por la parte del S.

I. Stewart, descubiertas por Hunter en 1791 y vistas de nuevo por Wilson del *Duff* en 1797. Es un grupo de cinco isletas, entre las cuales hay dos, que son las mas considerables, las cuales tienen tres millas de estension. Están situadas á los 8° 24' lat. S. y á los 161° lonj. E.

El peligroso arrecife de Bradley, descubierto por Hunter en 1791, está situado á los 6° 52' lat. S. y á los 158° 46' lonj. E. y tiene quince millas del O. N. O. al E. S. E. El arrecife no menos peligroso de *la Candelaria*, descubierto por Mindana en 1567 y visto de nuevo en 1781 por Maurelle que le denominó *Roncador*, se juzga situado á los 6° 20' lat. S. y á los 157° lonj. E. Sin embargo es muy importante fijar con ecsactitud la situacion de unos escollos cien veces mas formidables que las islas mas peligrosas.

I. Howe, descubiertas en 1791 por Hunter, que solo vió su parte meridional. Es probable que son idénticas con las islas avistadas en 1616 por Schouten, y vistas de nuevo en 1643 por Tasman que las apellidó *Ontong-Java*. Quizá son dos grupos distintos, pero sea como fuere, lo cierto es que el que vió Hunter se compone de un gran número de islas bajas y pobladas cuya estension quedó indecisa. La punta S. está situada á los 5° 39' lat. S. y á los 157° 6' lonj. E.

I. Marqueen, descubiertas en 1616 por Schouten y vistas de nuevo por Tasman en 1643. Probablemente son las mismas islas que vió el *Indispensable* en 1794, y que llamó *islas de los Cocos*, é igualmente las mismas que vió Mortlock en 1799 y que denominó *Islas Hunter*, aunque las coloca un poco mas al S. Prescindiendo de esto, las islas Marqueen forman un grupo de catorce ó quince islas bajas é inhabitadas, de quince á veinte millas almenos de estension, y situadas á los 4° 30' lat. S. y á los 154° 8' lonj. E.

I. Carteret, descubierta en 1767 por Carteret que les aplicó el nombre de *Nueve-Islas*, y vistas de nuevo en 1781 por Maurelle que las tomó por las *islas Ontong-Java* de Tasman, por Shortland en 1788 y por Hunter en 1791. Segun Carteret, solo hay una de aquellas islas que tenga cierta magnitud, pues las otras ocho son pequeñas, bajas y sin embargo cubiertas de árboles y muy pobladas. Sus habitantes son negros, de pelo crespo; van armados de arcos y de flechas y poseen grandes piraguas que maniobran á la vela. Su centro está situado á los 4° 42' lat. S. y á los 153° 10' lonj. E.

I. Verdes, descubiertas por Schouten en 1616, vistas de nuevo en 1767 por Carteret que las llamó *islas Hardy*, en el propio 1767 por Bougainville que solo las vió de lejos; en 1781 por Maurelle que las denominó *Caimanes*, y en 1792 y 1823 por d'Entrecasteaux y Duperrey que solo las vieron de muy lejos Son grupos de islas verdegueantes y pobladas cuyas dimensiones son poco conocidas todavía, y cuya punta S. está situada á los 4° 33' lat. S. y á los 151° 49' lonj. E.

CAPÍTULO XXXVI.

ARCHIPIÉLAGO SALOMON. — ISLAS DE LA MATANZA.

A uno de los últimos grupos que acabamos de citar se agrega el de las *islas de la Matanza*, que ha suministrado al Americano Morrell un episodio largo y dramático. Las inecsactitudes de posicion que abundan en el libro del navegante americano inducen tan solo á formar conjeturas, y así solo con mucha prevencion puede decirse que las *islas de la Matanza* son las islas Carteret.

Capitan del hermoso schooner *el Antártico*, M. Morrell, aventurero por el estilo de Pendleton,

tocó en las *islas de la Matanza* á 24 de mayo de 1830 y fondeó en un lago tranquilo y seguro. Apenas acababa de surjir, cuando aparecieron en sus piraguas los indíjenas, raza casi negra. Al principio manifestaron cierta timidez y no osaban acercarse, pero despues se fueron alentando y lo verificaron sin titubear. Su jefe, á quien Morrell da el nombre fantástico de Nero, se distinguia por collares de mariscos y por guirnaldas de flores de que estaba recargada su cabeza y su cuello.

El primero se decidió á subir á bordo del schooner y quedó estupefacto de sorpresa y de terror. Poco á poco fué cobrando aliento, ecsaminó sucesivamente los objetos diseminados por el puente, haciendo una multitud de preguntas cuya respuesta no aguardaba nunca, y echó á pernear como un loco, riendo y vociferando. El grito que manifestaba su admiracion era este: *rett sttiller!* que Morrell tradujo por, ¡ qué hermoso es ! »

Nero no consintió en descender á la cámara del capitan hasta despues de haber hecho tentar el terreno por tres de sus súbditos, á quienes Morrell mostró los fusiles y pistolas lucientes del astillero. A su vista esclamaron *rett sttiller* mas que nunca. La vista de los espejos provocó una escena mas curiosa todavía. Su primer movimiento fué el devaneo y el espanto; pero habiéndose cerciorado de que el espejo solo reproducia sus mismas facciones, abrazáronse mutuamente disparando á carcajada tendida. Esta esplotacion de alegría decidió á Nero, y de un salto decendió á la cámara. Recreóse en hacer diversas esperiencias de nuevas impresiones, y cuando en la cubierta se quemó un poco de pólvora, todos cayeron de plano en tierra.

Habiendo Morrell hecho diversos presentes á Nero, este creyó propio de su honor mandar á tierra para cojer cocos y otros frutos que ofreció al capitan, y despues invitó á sus huéspedes á seguirle á la playa. Entraron en su casa que no se diferenciaba de las otras mas que por las dimensiones, sentáronse sobre esteras, en medio de un corro de mujeres bastante lindas, y comieron pescado y frutas que fueron ofrecidos por Nero.

Despues del banquete, Morrell hizo algunos presentes á la reina, y entre otros objetos le dió unas tijeras que parecieron gustarle mucho. Entonces Nero se decidió por primera vez á trocar los vestidos de su huésped y cerciorarse si debajo de ellos habia carne y huesos de hombre. Mientras se dedicaba á este ecsámen, escapábanle de vez en cuando algunas señales de sorpresa, y en cuanto hubo acabado, se dirijió hácia sus jentes y les pronunció una larga arenga que estos escucharon con la boca abierta y con la vista inmóvil.

Establecida así la intimidad, los naturales, así hombres como mujeres, regalaron collares de concha, gorros de plumas y esterillas trenzadas con todo esmero. El número de salvajes presentes á esta escena se habia acrecentado poco á poco, y entonces se contaban ya unos 400 al rededor de los Americanos. Entonaron un canto de gracias al jeneroso estranjero, y este contestó á aquella urbanidad imitando del mejor modo posible los jestos y las monadas de los indíjenas.

Tras estos preliminares Morrell hizo entender al jefe salvaje que deseaba dar la vuelta á la isla, y este se apresuró á satisfacer sus deseos. Al instante se emprendió la marcha, haciendo de guia Nero, y siguiendo los salvajes á su jefe con muchas zancadas. Desde los primeros pasos Morrell echó de ver que todos los árboles eran tiernos, lo que inducia á creer que la isla era de creacion reciente. En la comarca central su vista se clavó sobre pequeños montones de corales dispuestos por hileras regulares, entrecortados de senderos y circuídos de una empalizada de estacas fijadas en tierra. A instancias del capitan Nero esplicó que eran sepulturas reales, y que aquellas conglomeraciones de corales indicaban las tumbas de los personajes de distincion. Los cadáveres de los plebeyos eran simplemente arrojados al mar.

En aquella escursion reconoció en la costa S. O. un lugar á propósito para la pesca, y así Morrell resolvió conducir allí su navío, en lo cual no solamente consintió Nero, sí que tambien le prometió la concurrencia de su pueblo para aquella empresa. Para dar una prueba satisfactoria de su buena fé, envió á bordo del *Antártico* una provision de cocos, de bananas y de peces.

Al dia siguiente se envió un destacamento de veinte y cinco hombres armados de hachas para tentar el terreno y despejar un espacio en la playa, delante del mismo navío. En seguida se ocuparon de construir un sotechado de catorce pies de largo sobre cuarenta y cinco de ancho y treinta y cinco de altura. Esta empresa dejó á los naturales estupefactos, quienes observaron con sorpresa mezclada de admiracion la facilidad con que los Europeos derribaban los árboles. Morrell hizo ademas desmontar un pequeño trecho de terreno que sembró de simientes útiles, y esplicó á los naturales el uso que de ellas podrian hacer.

Mientras se continuaba esta faena verdaderamente filantrópica, acercósele un natural, tomóle por la mano con una espresion de reconocimiento, y le dió á entender que comprendia el fondo de su objeto. La fisonomía de aquel individuo espresaba á la vez enerjía é intelijencia, y despues se supo que se llamaba Hennin y que

era jefe particular de aquella tierra. Nero, mas poderoso que él, era el rey de todo el grupo. Si lo encontraron en aquella isla, fué por azar, y en razon de un viaje estraordinario, pues su residencia habitual era la isla mas considerable del grupo situada mucho mas al S. Terminado el trabajo de las simientes, Hennin hizo circuir de empalizadas la pequeña cerca, y cuando Nero vino en conocimiento del objeto que llevaban los estranjeros de contribuir á la prosperidad agrícola de su isla, manifestóse sumamente admirado, dirijióse á sus camaradas y les esplicó la buena fé del capitan, á lo cual contestaron los salvajes presentes con repetidas aclamaciones.

Al dia siguiente Morrell desembarcó de nuevo con veinte y ocho hombres, el armero y la fragua á fin de proseguir los trabajos. Los naturales se prestaban á ellos con mucho gusto trabajando en revestir el soportal de un techo de hojas de cocotero. Cuando la fragua se halló en actividad, los testigos del trabajo quedaron estupefactos. Hasta entonces las cosas habian pasado á cual mejor; pero la vista de tales prodijios suministró á los naturales la idea de apropiarse algunos instrumentos. Bajo este supuesto se cometieron al principio algunos hurtos insignificantes; y habiendo el armero abandonado su fragua en un instante, fué despojada de todos sus accesorios. Sin embargo habiéndose quejado Morrell, Nero entró en un violento acceso de cólera contra los rateros y les obligó de todos modos á restituir los objetos. En seguida el capitan inglés invitó á los jefes salvajes á acompañarle á bordo. Nero consintió en la demanda, pero Hennin buscó un pretesto para eludirla. Cuando Morrell hubo tratado á sus huéspedes del mejor modo que supo, volvió á desembarcar, y supo que de nuevo habian empezado los hurtos en los que se hallaba complicado el jefe. Dirijióse de nuevo á Nero; pero lejos de enojarse contra los rateros, el rey entró en un grande acceso de cólera contra el querellante, y declaró que no queria tomar parte en este asunto. En consecuencia se dirijió á Hennin, pero dió una respuesta semejante.

Juzgó Morrell que un acto de vigor haria abortar en su jérmen tan malévolas tentativas. Al efecto emprendió la marcha contra la aldea de Hennin con seis marineros armados de punta en blanco, esperando sorprender aquel jefe y obtener la restitucion espontanea ó forzada de los objetos arrebatados; pero, cual fué su sorpresa cuando al salir de las malezas se encontró súbitamente con 200 guerreros armados de arcos y de flechas y almagrados para el combate, y que al retrogradar vió detras de sí una multitud no menos formidable de salvajes! Hallábase efectivamente entre la espada y la pared, y bloqueado por todas partes.

Tomando de golpe su partido (y presentamos su misma version sin negarla ni garantizarla) marchó directamente hácia Nero seguido de dos marinos, salióle al encuentro, y le puso una pistola al pecho, mientras los dos marinos levantaban sus sables sobre su cabeza. A vista del riesgo que corria su jefe, los salvajes dejaron caer sus arcos, no obstante ser 300 contra seis, y permitieron á Morrell retirarse hácia la playa llevándose como en triunfo al rey indíjena. Esta leccion fué parte tan suficiente para poner fin á la jornada, que todos los salvajes abandonaron las hostilidades y continuaron los trabajos de la techumbre. En lo tocante á Nero, colmado de atenciones y de presentes, parecia haber olvidado de todo punto el acontecimiento de la mañana.

Al dia siguiente, 28 de mayo, veinte hombres del *Antártico* á las órdenes de MM. Wallace y Wiley continuaron la empresa del tinglado. Lisonjeados y divertidos mas y mas, los jefes indíjenas parecian haber renunciado enteramente á todo nuevo acto de hostilidad. Desembarcaron otros individuos, y se ocuparon de la preparacion de los trépangs. Por espacio de una hora y media todo pasó sin novedad; pero en este momento resonó en la playa el grito de guerra de los salvajes. Morrell que se encontraba en la cubierta, presintió una desgracia, y de consiguiente disparó un cañonazo con bala que almenos advirtió á sus marinos ocupados en la playa. Era ya tarde: los salvajes formados en batalla les cortaban la retirada; dos Americanos habian caído ya bajo sus golpes; la primera granizada de flechas hizo caer otros tres é hirió á la mayor parte de los restantes. Destacóse un bote del navío; pero mientras bogaba hácia la playa con toda la fuerza de sus biradores, caían en el campo de batalla una multitud de víctimas, de manera que cuando llegó habian ya muerto ó desaparecido catorce Americanos de los veinte que trabajaban. La presencia de un refuerzo redobló la enerjía de los que se defendian; y una descarga combinada facilitó la reunion. Siete marinos pasaron al bote que haciéndose mar adentro se vió perseguido por una flota de piraguas; pero el *Antártico* hizo una feliz diversion disparando una andanada con metralla. Dos piraguas se hicieron enteramente astillas, y las otras se fugaron en desórden. Apesar de hallarse dueño del campo de batalla, veíase el *Antártico* en una situacion muy deplorable: quedábanle tan solo once hombres en estado de combatir, y de todos los ángulos de la isla iban acudiendo miríadas de piraguas que parecian cubrir el mar.

En tanto que se hallaba metido en aquel mal paso, sopló una brisa de E. y el *Antártico* abandonó aquella costa. Supone Morrell que retenido

por la calma vió en los siguientes dias con el ausilio de su anteojo los cadáveres de sus camaradas asados y devorados por los canibales, y el botin dividido en comun. Dejando á un lado estos últimos hechos, denominó á esas islas las *Islas de la Matanza*, y calculó su fondeadero situado á los 4° 50' lat. S. y á los 153° 50' lonj. E. (Posicion indudablemente inecsacta). Dejaba en la isla los cuerpos de catorce de sus camaradas, un ballenero, un cubeto, muchas armas é instrumentos, muchas sogas y una cadena de hierro.

De regreso á Manila, Morrell reparó sus pérdidas, reclutó su tripulacion diezmada con sesenta y seis marineros del país, y dió de nuevo la vela para las islas de la Matanza, así para adquirir noticias de sus marinos, como para dar principio á la esplotacion de un trépang que en aquellas islas era mejor que en ninguna de las conocidas.

El 14 de setiembre siguiente, el *Antártico* fondeó de nuevo en las *islas de la Matanza* y en frente de la misma aldea. Desde la víspera por la tarde, los naturales habian reconocido el buque y reunídose de todos los ángulos del grupo, creyendo dar al traste con el Americano, cuya tripulacion habian visto poco antes debilitada é incapaz de oponer la menor resistencia. Esto era lo que precisamente aguardaba Morrell: cuando la flotilla de los salvajes se halló á tiro de cañon, saludóle con sus granizadas de flechas á que contestó con toda la metralla de su buque. No menos amedrentados que sorprendidos, los agresores se retiraron, y Morrell dirijió su fuego sobre la misma aldea que se hallaba en frente del schooner. Las casas de bambú volaron en astillas á impulsos de la metralla y de las balas encadenadas.

En breve se desprendió de la playa una pequeña piragua que contenia un individuo pintado que remaba con una fuerza estraordinaria. Suspendióse el fuego por un momento; fuése acercando la piragua, y cuando la llamaron con la bocina, se oyó una voz que decia! «Soy yo, soy el viejo Shaw, que regresa á bordo!» es imposible formarse idea del transporte que causaron estas palabras en la tripulacion. Todos rodearon á Shaw, le mataron á preguntas, y refirió sus dolores y sus miserias, cuyos pormenores eran verdaderamente terroríficos. Al escucharlos se esparció por la tripulacion un espíritu de venganza que con dificultad pudo reprimir el capitan.

Al dia siguiente los naturales dieron una satisfaccion muy honrosa; protestaron de su arrepentimiento y de las buenas disposiciones que en lo sucesivo les animarian, y entablóse una contrata con Hennin para la adquisicion de una isleta donde querian establecer pescadores de trepans. Esta isla fué pagada en cuchillería y otros diversos objetos que fueron entregados á Hennin, siendo Shaw el intérprete de la contrata.

Concluída que fué, desembarcaron setenta hombres en el islote que fué denominado isla Wallace. Cortáronse los árboles enormes á una altura de cuarenta pies, y levantóse sobre sus troncos una plataforma donde podian alojarse cincuenta hombres á cubierto de las intemperies de la estacion y los ataques de los salvajes. Subiéronse á ella cuatro pedreros de cobre, y estableciéronse diez y seis de los mejores marinerosde la tripulacion armados de mosquetes, de guardia permanente. Para subir á aquella fortaleza aerea se echaba mano de una escala que al momento se retiraba. Al abrigo de aquella pequeña fortificacion que dominaba la playa y el mar, trabajaban ochenta hombres cada dia en despejar un trecho de unas cien toesas, en donde se construyó un cobertizo de ciento cuarenta pies de largo sobre treinta y cinco de ancho y veinte y tres de altura para la preparacion del trepang. Por espacio de algunos dias pasaron las cosas sin novedad.

A 19 por la mañana aparecieron en la isla de la Matanza cincuenta piraguas estranjeras, que en sentir de Shaw pertenecian á las vecinas islas. Como su presencia era altamente sospechosa, Morrell redobló sus precauciones y no permitió que trabajador alguno desembarcase como en los dias anteriores. A las ocho apareció Hennin en el arrecife con algunas frutas, segun acostumbraba; pero no se destacó piragua alguna para ir á recojer lo ofrecido. Entonces el jefe salvaje se aventuró á llegar hasta la isla Wallace, que nunca se atreviera á hacer; al propio tiempo se dirijieron á aquel punto varias piraguas de todos los ángulos de la bahía, y al primer grito de guerre proferido por los individuos que las montaban, contestaron doscientos salvajes que habian pernoctado en las malezas del islote. Á esta señal dispararon una lluvia de flechas que se clavaron en los flancos y en los techos de la fortaleza. Los pedreros tomaron á su cargo la contestacion y lanzaron la metralla con tanta fuerza y precision, que los salvajes emprendieron la retirada llevando consigo los heridos. Un gran número de ellos debian de estarlo mortalmente, al paso que los Americanos solo tenian dos hombres que lo eran lijeramente.

Al dia siguiente Hennin apareció en el borde del arrecife, cual si nada hubiese ocurrido la víspera, y como Morrell sabia cuanta perfidia abrigaban los isleños, despachó el bote con la órden de tirar en cuanto sospechase la menor traicion. Efectivamente Hennin estaba armando ya su arco, cuando un individuo del bote le asestó el arma y le mató. A su vista acudió la flotilla de piraguas, y se empeñó una nueva accion que no hubiera podido menos de ser funesta al pequeño

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

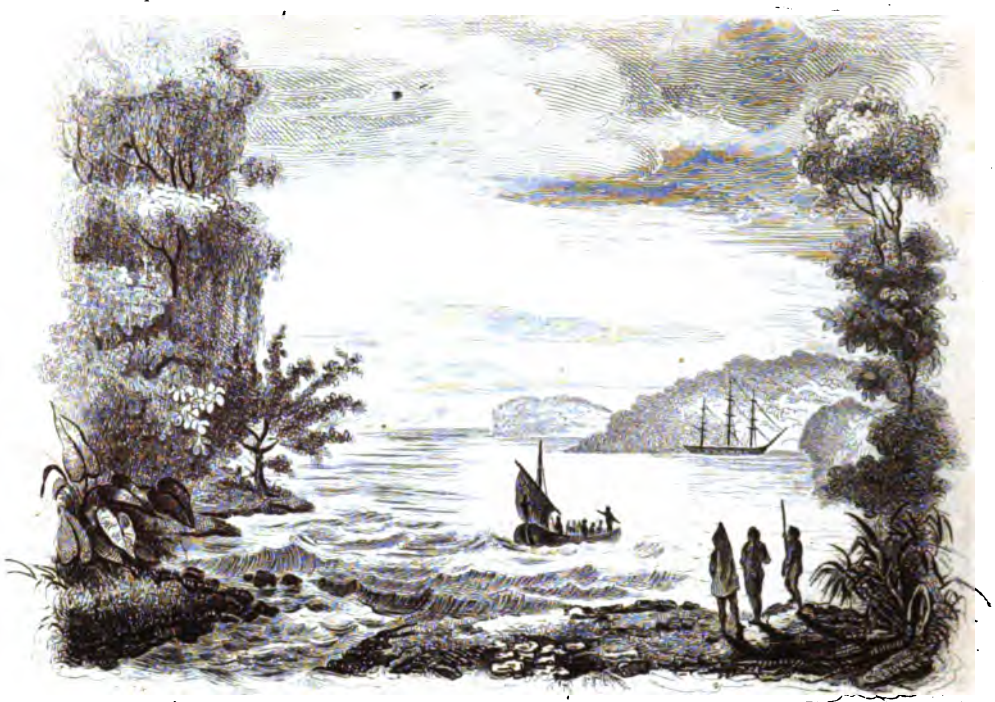
3. Intérieur du Havre Carteret.

3 Interior del Puerto Carteret.

4. Cascade du Port Praslin.

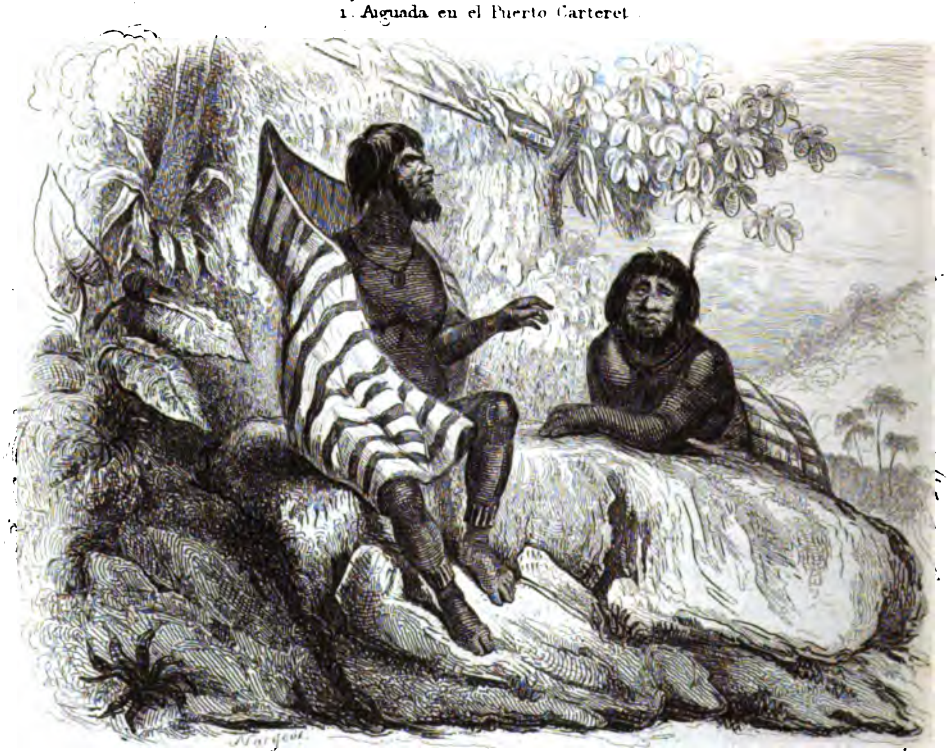
4 Cascada del Puerto Praslin.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Aguada au Havre Carteret.

1. Aguada en el Puerto Carteret.



2. Naturels du Havre Carteret.

2. Naturales del Puerto Carteret.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

bote, si Morrell no hubiese despachado las chalupas en su ausilio. Las piraguas emprendieron la fuga llevándose su jefe herido que espiró antes de tocar la playa.

La muerte de Hennin consternó á los naturales, y en consecuencia abandonaron su isla para refujiarse á las demas del grupo. Desembarcaron los Americanos, pero sin tropezar con un alma viviente, y tan solo vieron ante la puerta de Hennin los craneos de cinco de sus camaradas á quienes tributaron los últimos deberes.

Despues de aquella espedicion, siguió el curso de los trabajos que continuaron por espacio de un mes, apesar de algunas agresiones y contiendas aisladas.

Finalmente desesperando de poder terminar su cargamento en medio de las constantes hostilidades de los naturales, é impelido por otra parte por la falta de provisiones, decidióse Morrell á abandonar aquellas islas con 200 pikouls de trepangs de 133 libras cada uno. Al efecto pegó fuego al cobertizo y á la fortaleza, y á 3 de noviembre el *Antártico* se hizo á la vela en direccion al E. Al dia siguiente se hallaba cerca de la costa N. de la isla Bouka, cuyos naturales parecieron de todo punto semejantes á los de las islas de la Matanza, con la sola diferencia de que las piraguas eran mas grandes y andaban mas rápidamente con sus tripulaciones de 15 á 45 hombres, segun la dimension de la nave.

CAPITULO XXXVII.

NUEVA IRLANDA. — NUEVA BRETAÑA É ISLAS ADYACENTES.

El objeto que llevaba Pendleton en fondear en el abra Carteret era tan solo de reemplazar el agua y la leña consumidas: otramente aquella recalada hubiera sido casi absolutamente inútil, supuesto que isla alguna de la Oceania suministraba menos recursos. La isla de los Cocos contradice su mismo nombre, porque lejos de contener ningun cocotero, no ofrece el menor fruto ni comestible, y aun la misma pesca es mala y dificil en razon del fondo de corales que despedaza todas las redes. Solo restaba de consiguiente la caza: pero los pichones, las palomas zoritas y los verdecillos que abundan en el seno de la isla, estaban posados en la copa de encumbradísimos árboles. Por otra parte como en toda la parte litoral del abra Carteret se alza un muro de acantilados que imposibilita el acceso de la playa, solo con mucha dificultad puede penetrarse hasta una media legua en el interior de las tierras, por la parte de la aguada, caminando á lo largo del torrente. La isla de los Cocos podria ser mas accesible, pero no ofrece la menor caza (Pl. XIX. — 1).

Así es que despues de haber verificado una escursion á aquel territorio ingrato, quedé harto satisfecho del abra Carteret. Como el puerto Praslin prometia sitios mas curiosos, hablé de él á Pendleton, y el buen capitan me respondió «Irémos juntos; pierda V. cuidado; ya tenia intencion de ir á reconocerlo en la gran chalupa.»

Efectivamente al dia siguiente nos hicímos á la vela á favor de una brisa protectora, y desembarcámos á las ocho de la mañana en la punta O. de la isleta Lambom (isla de los Martillos de Bougainville). Despues de un frugal desayuno á la sombra de un calophylum que proyectaba sus ramas á bastante distancia, buscámos en los arrecifes algunos de aquellos preciosos mariscos que le han valido su nombre francés, y en esa investigacion, que fué totalmente infructuosa, uno de nuestros marineros se sintió picado por un animal que no pudo descubrir. La carne se tumefizo en breve, de lo que resultaron los mas intensos dolores por espacio de algunos dias, pero por fin el mal cesó.

Allende el canal que separa Lambom de la verde isla de Latao, nos encontrámos en la punta occidental del puerto Praslin. En el acto de montarla se oyó un grito: «Piragua de salvajes!» y al momento tendí la vista en la direccion de donde partia: era una grande embarcacion barada en el fondo del abra, y en cuyo alrededor correteaban algunos naturales. Al momento nos pusímos sobre las armas y permanecímos en la defensiva, aguardando que nuestras relaciones recobrasen los términos pacíficos. Ningun antecedente sospechoso pesaba sobre los isleños de aquellos parajes, pues los marinos de la *Coquille* vivieron entre ellos con toda tranquilidad. Lo mismo sucedió con nosotros; los salvajes nos salieron al encuentro con mucha confianza y lealtad, sin que la vista de nuestras armas les causase al parecer la mas leve sombra de temor.

Despues de algunas órdenes dictadas por la prudencia, desembarcó Pendleton con dos individuos, y le seguí. Hizo un signo á los naturales indicándoles que deseábamos ir á ver la cascada que se hallaba situada á 5' de distancia, al momento nos guiaron dos de ellos, y en breve llegámos á sus pies (Pl. XVIII. — 4). Bougainville ecsajeró la importancia de esa cascada, pues solo consiste en un torrente bastante anchuroso que se precipita de una roca madrepórica de 40 á 50 pies de elevacion. Los ángulos entrantes y salientes de la roca determinan una multitud de despeñaderos parciales y pequeños estanques que varían el juego del agua, espectáculo ciertamente curioso é ilusorio, especialmente cuando el sol reviste toda aquella blanca cascada de los mas brillantes colores prismáticos.

Los canastillos de Versalles y de Saint-Cloud dan una idea bastante ecsacta de la cascada del puerto Praslin. Bougainville la visitó sin duda en alguno de los meses lluviosos, á cuya época debe de acrecentar considerablemente su columna.

El fondo del puerto Praslin se diferencia del abra Carteret por el llano pantanoso que ofrece, cubierto de muchos árboles de la mas bella traza y de la mas rica lozanía. El influjo del clima, sucesivamente húmedo y abrasador, contribuye no poco á mantener tan lozana vejetacion. En ella se observa el inocarpus que crece hasta una altura prodijiosa, al paso que su tronco se divide en espansiones bastante delgadas que se estienden á veces hasta 5 ó 6 pies de su grueso mediano, de lo que resulta una especie de celdillas en torno del tronco principal. Vése asimismo una especie de arec de tallo muy sutil, muchas cicas, cariotas y pandanos espinosos. En toda la selva descienden á festones guirnaldas de enredaderas que parecen formar su decoracion.

Las aves prefieren el puerto Praslin al abra Carteret. Óyense en él el arrullo querelloso de las diversas especies de palomas campesinas, los reclamos de muchos papagayos y verdecillos, cuclillos, arvelas, golondrinas, soui-mangas y papamoscas, todos mas ó menos notables por su plumaje y por sus contornos. Empero el animal que se distingue mas entre todos, es una especie de cuervo, cuya voz se asemeja, á no engañarme, al ladrido de un perro. Al través de aquellas vastas selvas revolotean magníficas mariposas; pero las mas bellas de todas son el brillante priamo que en su vuelo se parece á una avecilla, el derate que salta por las hojas de los vejetales inferiores y el tricondilo que se arrastra lentamente por los troncos de los barringtonias y de los calophylum. Al lado del pájaro canta la cigarra; numerosos phasmas pueblan los tallos de ciertas plantas, y se descubren enormes hormigas por medio de picadas dolorosas. En la playa posaba el blenia saltador de Commerson, pez anfibio, que salta fuera del agua como una rana, trepa á veces hasta los mismos tallos de las plantas, y vuelve á zambullirse en el mar al oir el menor ruído.

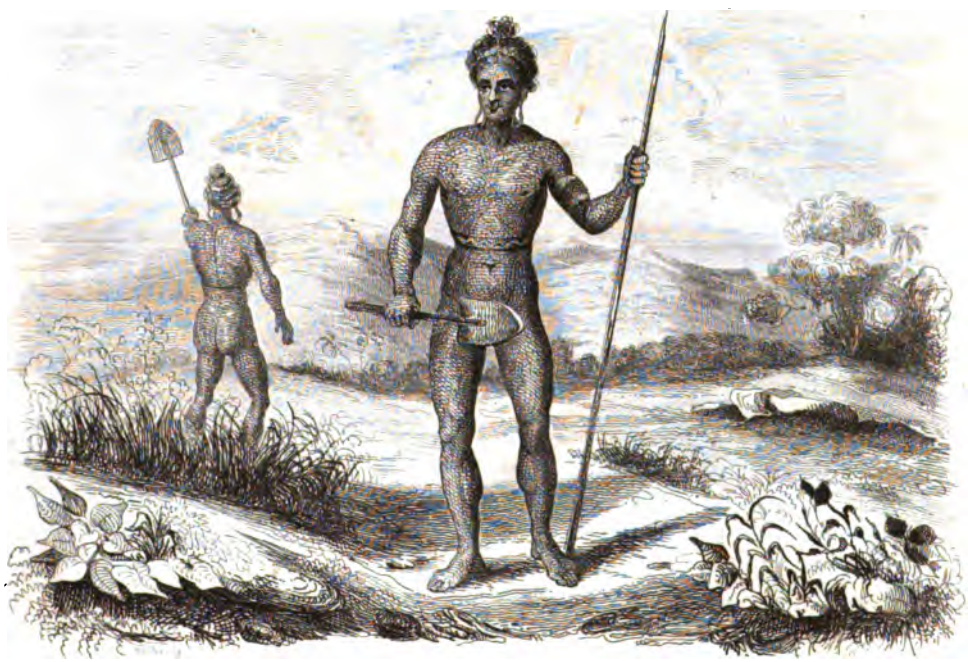
Despues de una hora de paseo volvímos á la playa, permutámos algunas armas y brazaletes por clavos y otras bagatelas, y los salvajes cedieron algunos peces que acababan de pescar con harpones armados de puntas. Aquellos isleños eran por lo comun de corta estatura, menguados, de una fisonomía poco agraciada y de una raza bastante miserable. Su tinte variaba mucho, la mayor parte eran Melanesios, pero los otros eran menos obscuros, y entre ellos habia uno que á juzgar por el tipo y el color no discrepaba un punto de las razas polinesias. Todos iban completamente desnudos, con el pelo polvoreado y preparado de cien maneras diferentes, con brazaletes de concha y diversos ornamentos de madera. El esterior de aquellos hombres era mas tímido que feroz: nos acojieron con afabilidad y aun llegaron á ofrecernos sin retribucion taro y batatas. No obstante no dejó de traslucirse en sus facciones una especie de desconfianza cuando les preguntámos donde habitaban. Uno de ellos, menos reservado que los otros, habia pronunciado ya la palabra *liki-liki*, y señalado la parte opuesta de la isla, cuando sus camaradas le detuvieron impidiéndole continuar sus revelaciones. Como parecian cuidarse poco de indicarnos el lugar de su residencia, no quisímos insistir, y solo les designámos á poca diferencia el punto donde se hallaba el buque, invitándoles á que nos presentasen provisiones á bordo, á que contestaron por medio de jestos que les era imposible aventurarse á tales distancias á causa de sus enemigos.

A mediodía la chalupa salió del puerto Praslin, y algunas horas despues aportó en el fondo del puerto de los Ingleses, abra escelente donde parecian fondear con toda seguridad las embarcaciones de mayor porte. En aquella ensenada desagua un magnífico rio, y se divisan dos ó tres chozas abandonadas que inducen á juzgar que aquella playa es frecuentada á veces por algunos isleños. Allende el puerto de los Ingleses, la corriente empezó á contrariarnos, por cuyo motivo echámos mano de los remos hasta alcanzar el schooner, y para ilustrar nuestra marcha, cada media hora se tiraba á bordo un cañonazo.

Esta camorra nos valió al dia siguiente la visita de dos piraguas, de las cuales la una iba montada por cinco hombres y la otra por siete, pero todos mucho mas diformes que los de puerto Praslin (Pl. XIX. — 2), pobres, desnudos y no menos recelosos que los de la víspera. Siempre se negaron con tenacidad á subir á bordo é indicar su residencia, y todas las provisiones que nos llevaban se reducian á miserables raíces de taro, crudas ó semicocidas. Las piraguas eran de una construccion muy baladí y sumamente elegantes (Pl. XIX. — 4). Despues de haber pasado una ó dos horas cerca de nuestro buque con toda tranquilidad, hiciéronse los isleños mar adentro y alcanzaron la tierra de la otra parte de la bahía.

Antes de partir quise desembarcar por última vez en la isla de los Cocos con objeto de recojer algunos mariscos. En toda mi incursion no ví salvaje alguno; pero en cambio al jirar la punta N., me hallé repentinamente frente por frente con un enorme caiman con los ojos sobre la cabeza y de piel escamosa (Pl. XIX. — 3). Poco habituado á semejantes encuentros, apresuréme á volver pies atras, cuando el animal,

1 Vista de las Islas del Almirantazgo.



2 Naturales de las Islas del Almirantazgo

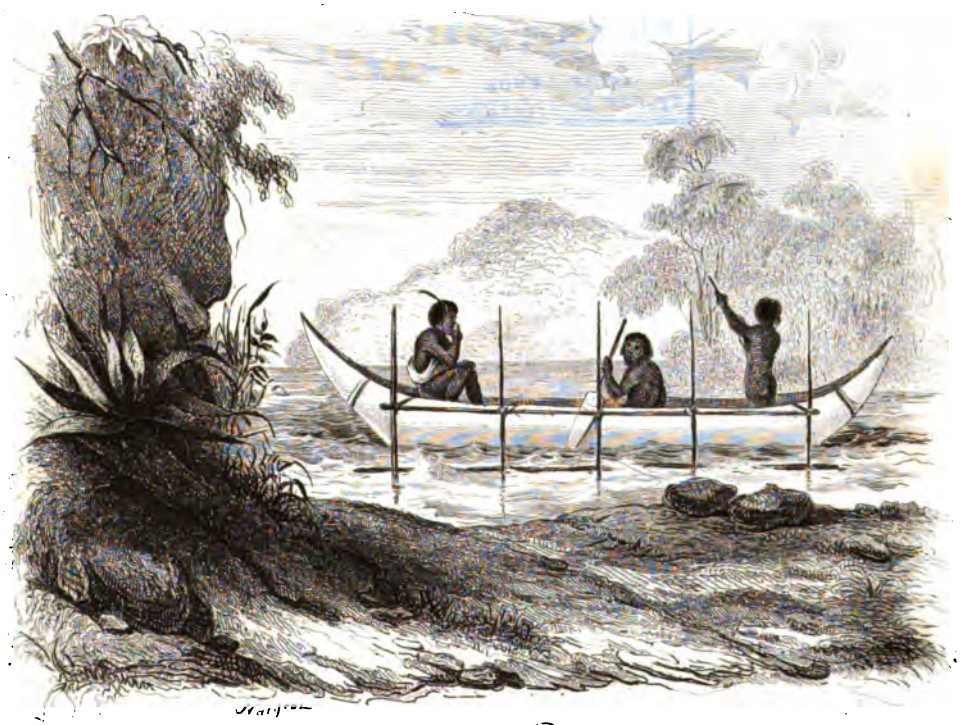
de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATIONS

3. Caïman de la Nouvelle Irlande.

3 Caiman de Nueva Irlanda.



4. Pirogue de la Nouvelle Irlande.

4. Piragua de Nueva Irlanda.

The
PUBLIC
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

mas tímido que yo, se arrojó al mar y desapareció al momento. No cabe duda pues que estos réptiles se han aclimatado en la Nueva Irlanda, y no seria muy estraño que desde allí hubiesen pasado al E. hasta alcanzar de isla en isla el archipiélago Viti.

A 9 de julio el *Oceánico* se hizo de nuevo á la vela; pero contrariado por la corriente y por la brisa, rozó á algunas toesas de distancia con la punta N. de la isla de los Cocos, consiguió enmararse y llevó el rumbo al N. N. E. á lo largo del canal de San Jorje. La costa de la Nueva Irlanda es uniforme en toda su estension, y forma una larga y encumbrada cordillera cubierta de impenetrables selvas. Las tierras de la Nueva Bretaña que se avistan á siete ú ocho leguas de distancia, anuncian un terreno mas variado y mas pingüe, y sobre todo mas populoso, á juzgar por las humaredas que de ellas se levantan.

Sobrevinieron algunas pasadas que nos indujeron á creer que en aquellas islas ecsistia cierta jerarquía social. Delante de nosotros un superior hizo uso de sus facultades de un modo asaz singular: en tanto que los salvajes nos estaban contemplando desde el arrecife sin tener valor para aventurarse mas lejos, un natural distinguido por una especie de diadema, dió órden á uno de sus inferiores paraque nos llevase nueces de coco por un cuchillo que ofrecíamos en cambio. Intimidado el salvaje titubeó; pero el jefe poco habituado á semejantes actos de inobediencia, le asentó sendos garrotazos en el vientre, que impelieron al pobre diablo á evacuar su encargo, y para indemnizarle de aquel mal trato le dímos ademas del cuchillo, un pedazo de tela encarnada y algunos clavos que le colmaron de alegría. Aquella jenerosidad de nuestra parte nos granjeó el afecto de todo el pueblo, por manera que desde luego el ballenero se halló circuído de naturales.

No se desmintieron un punto sus disposiciones pacíficas; tan solo ocurrieron algunas tentativas de hurto que reclamaron de nuestra parte una vijilancia rigurosa. Los primeros latrocinios quedaron impunes, pero en breve se verificaron otros á cual mas interesante: cuando erraban un objeto, se abalanzaban á otro. Habiendo cojido en el garlito á uno de ellos que robaba un cuchillo, se lo hicieron restituir; pero poco despues se echó menos el tapiz del bote, y cuando se observó su falta, el ratero estaba ya lejos, y para no dar fin á una jornada bastante tranquila con medidas belicosas, procurámos pasar á bordo.

Estos isleños tienen la tez de un negro poco subido; su pelo es crespo, su fisonomía agradable, y sus facciones difieren poco de las de los Europeos (Pl. XX.—2.), y para decirlo en una palabra, constituyen sin contradiccion una de las mas bellas variedades de la raza melanesia. Su territorio fecundo les mantiene en un estado de salubridad que debe atribuirse á su bienestar, los hombres van absolutamente desnudos, y solo se encubren las partes naturales con la concha blanca conocida bajo el nombre de huevo de Leda, pero las mujeres llevan una esterilla al rededor de la cintura. Sin duda deben quitarse el pelo con el ausilio de una afilada obsidiana, supuesto que hicieron señas á uno de nuestros marinos que llevaba bigotes paraque se los cortase con uno de aquellos guijarros.

El palo parece ser el argumento mas usado de todos los jefes. Hemos visto ya el medio de que se valió el del arrecife para hacerse obedecer de su inferior, cuyo ejemplo se reprodujo no pocas veces. Por lo demas aquellos salvajes se portaron con nosotros de un modo sumamente amigable, de manera que en el acto de partir se manifestaron muy aflijidos; nos suplicaban que nos quedásemos en la isla, y las mismas mujeres, que hasta entonces permanecieron aisladas bajo los cocoteros de la playa, se levantaron para unir sus instancias á las de los hombres, y parecieron ponerse muy desconsoladas al ver que no hacíamos caso de sus súplicas.

Aquella misma noche, el *Oceánico* dobló las isletas de *los Reyes* y al dia siguiente apareció en la costa septentrional de la grande isla del Almirantazgo, tierra montuosa y bastante elevada, bien que orillada de islas bajas, verdes y risueñas. En breve nos salió al encuentro una flotilla de piraguas montadas por siete ó nueve hombres y mandadas cada una por un jefe que dirijia la maniobra de lo alto de una plataforma. Aquella flotilla se detuvo á cien toesas de distancia, y el jefe supremo pronunció una arenga cuyas palabras eran enteramente perdidas para nosotros, aunque por sus señas comprendímos que nos inducian á desembarcar. Sin embargo como no nos movíamos del sitio, decidiéronse á atracar al *Oceánico* y dieron principio á su tráfico como los isleños de Nendola, aunque con mucho mas respeto á la propiedad, apesar de ser la misma raza, las mismas sus costumbres, la misma la conducta de los superiores hácia los inferiores, y el mismo el empleo del palo en caso de inobediencia.

Aquellos salvajes no ignoraban el uso del betel y del arec. Muchos de ellos tenian la nariz agujereada en disposicion de recibir un pendiente compuesto de dos dientes caninos, dos veces mas largos que los del hombre. En sus puños llevaban brazaletes de concha, y el lóbulo inferior de su oreja era atravesado por aros elásticos, de suerte que el agujero acaba por adquirir una dimension prodijiosa. Su pelo, negro y crespo, es enrojecido con ocre destemplado en el aceite, y á veces realzado con una venda de corteza de árbol. Su tez es de un negro subido y comunmente untada de rojo.

Habiéndose levantado la brisa del E. S. E. qui-

so Pendleton salir de aquellas islas antes de anochecer. En efecto, al poner del sol costeámos á cortísima distancia los últimos escollos que terminan aquellas islas por la parte del O. y llevámos el rumbo hácia las costas de la Nueva-Guinea.

Las islas que acabamos de describir fueron consideradas por mucho tiempo como una prolongacion y una dependencia de la Nueva-Guinea, por Tasman y Schouten, los dos navegantes mas distinguidos del siglo XVII. El Inglés Dampier fué el primero que rectificó esos datos equivocados en 1700, salvando el estrecho que separa la Nueva-Guinea de la Nueva Bretaña y al que aplicó su propio nombre. Carteret hizo dar un paso mas á la jeografía descubriendo el canal de San Jorje en 1767 y manifestando de esta suerte que la que se habia tomado por una sola tierra eran tres islas diferentes. D'Entrecasteaux y d'Urville dieron cima al conocimiento de la configuracion ecsacta de esas tierras por medio de reconocimientos individuados y mucho mas ecsactos que todos los de sus predecesores.

Nueva Bretaña. Esta tierra fué descubierta por Dampier en 1700, pero no ha sido mas visitada desde entonces. Dampier dió principio á su reconocimiento por el cabo Orfort, navegó á lo largo de una parte de la costa, y á 14 de marzo fondeó en una bahía bastante profunda, formada por algunos islotes, que denominó *puerto Montague*. A cuatro ó cinco millas de distancia de la playa se presentaron seis piraguas con unos cuarenta hombres á su bordo para reconocer el navío. Dampier les significó por señas que se volviesen á tierra, mas como los naturales no quisiesen obedecer, disparó un fusilazo que pasó por encima de sus cabezas y les indujo á fugarse rápidamente hácia la playa, en donde hallaron otras tres piraguas, la mayor de las cuales contenia unos cuarenta hombres. Viéndose los salvajes con fuerzas superiores, volvieron á emprender la marcha hácia el buque que se hallaba detenido por las calmas, á tiempo que del lado opuesto llegaba otra gran piragua de una altura escesiva y henchida de jente. Deseando frustrar aquel ataque indudablemente combinado, Dampier hizo disparar un cañon cargado de metralla contra las dos embarcaciones mayores, y el solo estruendo y proyectiles metieron tal espanto y confusion, que todo el armamento salvaje se dispersó completamente. Las piraguas fueron tiradas á la playa, y las tripulaciones entraron en sus domicilios; pero no queriendo limitar á este punto sus demostraciones de fuerza, Dampier penetró en la bahía, tiró contra la aldea y acabo por surjir ante un riachuelo en donde se proponia hacer aguada.

Este trabajo tuvo lugar en los siguientes dias, y ya se estaba llevando á cabo, cuando se descubrió que los naturales tenian un número considerable de cerdos, de batatas y de otras raíces sumamente buenas de comer. Dampier practicó cuantos medios juzgó convenientes para obtener alguna porcion de esos artículos, pero los naturales en vez de satisfacer sus deseos contentábanse con admirar las hachas y los machetes que les ofrecian. Difícilmente cedian algunas nueces de coco que daban á los Ingleses con todo jénero de precauciones, y aun llevaron la mala fé hasta el punto de arrancar todas las nueces de los cocoteros de la playa y hacer desparecer sus cerdos, á fin de que no cayesen en poder de los estranjeros.

Tal fué el estado en que continuaron los negocios por espacio de muchos dias que se emplearon en hacer aguada y proveer de leña, sin cuidarse de entablar relaciones con los naturales. Sin embargo á los últimos dias del recalo acaeció en estas islas un verdadero lance de forbante. Dampier, aunque tan distinguido como marino mercante, como naturalista y como observador, no sabia mantener á bordo aquella severa disciplina que ecsijen incesantamente las naves del Estado. Este acontecimiento nos lo esplica Dampier en los términos siguientes.

« Al dia siguiente por la mañana (19 de marzo) tomé dos chalupas para pasar á la aguada y ver si por medio de algunas bagatelas é instrumentos de hierro podria atraer á los naturales del país á verificar alguna permuta, pero desgraciadamente los encontré llenos de miedo y de picardía. Únicamente eché de ver un muchacho y dos hombres ya adultos, el uno de los cuales, solicitado por algunas señas, se acercó á mi chalupa, y habiéndole dado un cuchillo, un rosario y una redoma de vidrio, echó á correr y esclamó: *Cocos! cocos!* mostrándonos una vecina aldea, cual si trajese deseos de ir á cojer algunos cocos. Sin embargo, aquel hombre no volvió mas, que es la partida que nos habian jugado no pocas veces, con lo cual me encaminé á algunas chozas acompañado de ocho ó nueve individuos, pero las encontré tan miserables que la puerta venia á reducirse á un pedazo de mimbre.

« Visité sucesivamente tres lugarejos abandonados de sus moradores con todos sus cerdos, y me llevé algunas redecillas á fin de indemnizarnos de los objetos que de nosotros recibieran. A la vuelta tropezámos con dos naturales del país, y les mostré las redes que nos llevábamos, esclamando al propio tiempo: *Cocos! cocos!* para darles á entender que los habíamos tomado, en razon de no habernos cumplido la promesa que nos hicieran por medio de señas y por la repeticion de la voz *cocos*. Durante esté paseo, nuestras jentes llenaron dos toneles de agua y todos los barriles que

tenian: á la una de la tarde regresaron á bordo, y todos mis oficiales y marineros me espresaron sus deseos de ir á la bahía por estar en la inteligencia de que en ella encontrarian cerdos; pero temiendo que se portasen imprudentemente con los naturales, les opuse muchas dificultades. Á las dos empezó á encapotarse el horizonte, con lo cual juzgué que tal vez abandonarian su empresa, pero me solicitaron con tan reiteradas instancias, que no pude menos de acceder á la demanda. Díles toda la quincalla, y les recomendé ante todo que empleasen medios suaves y obrasen con toda precaucion para su mayor seguridad. Hallábase la bahía á unas dos millas de distancia, y no bien emprendieron la marcha, cuando me puse en estado de sostenerlos en caso de necesidad y defenderles con todas las piezas de artillería de grueso calibre. Ya estaban á punto de desembarcar, cuando los naturales del país se presentaron en tropel para oponerse vibrando sus lanzas y respirando sangre y destruccion, sin que tampoco faltasen algunos harto atrevidos para entrar en el agua armados de un broquel y de una lanza. Es verdad que mis jentes les manifestaron las curiosidades que tenian y les hacian signos de amistad, pero todo esto era absolutamente inútil, y jamás pudo inducirles á hacer un tráfico libre y razonable. Decididos sin embargo á procurarse provisiones, dispararon algunos mosquetazos para amedrentarles. Esta medida no dejó de producir sus frutos en lo tocante á la muchedumbre, puesto que todos emprendieron la fuga, á escepcion de unos dos ó tres que continuaron en mostrar cierto semblante ceñudo y amenazador, hasta que el mas osado dejó caer su broquel y se fugó. Hay alguna probabilidad para creer que fué herido de un mosquetazo, y que sintió conalgunos de sus camaradas la virtud de nuestra pólvora, apesar de no haber muerto ninguno, como nunca habíamos deseado. Por fin nuestras jentes se apearon, y habiendo tropezado con una multitud de cerdos domesticados en torno de las casas, mataron nueve, hirieron otros muchos y regresaron velozmente en razon de la lluvia que empezara á caer una hora despues de su desembarque. No bien habian trasladado los cerdos á bordo del navío, cuando la admósfera se despejó, y al momento me pidieron permiso de hacer una nueva incursion al mismo paraje. No tuve inconveniente en consentir, con tal que volviesen antes de anochecer, puesto que á la sazon estábamos á las cinco de la tarde. En efecto, hácia el crepúsculo estaban ya de vuelta con ocho gruesos lechones muertos y uno de pequeño vivo; y como los primeros eran ya destazados y salados, no hicimos mas que despanzurrarlos, escaldarlos y salpimentarlos. Al rayar del alba, mandé las dos chalupas á tierra para surtirse de algunos refrijerantes en cerdos ó en raíces; pero durante la noche los naturales del país habian trasladado á otra parte todas sus provisiones. No obstante, muchos de ellos regresaran á sus chozas, y lejos de oponerse al desembarque, se mostraron tan afables, que uno de ellos llevó diez ó doce nueces de cocos á la playa y despareció despues de haberlas manifestado á mis jentes. Estas solo encontraron algunas redes é imájenes, y habiendo tomado alguna porcion de unas y otras, las depositaron en un pequeño bote con dos marineros y volvieron á bordo. Dí órden al segundo contramaestre que tomase á su cargo la custodia de las redes hasta que nos encontrásemos en algun paraje cómodo para ponerlas en uso, y yo me encargué de las imájenes.

« Por la tarde envié de nuevo el bote al mismo punto, y deposité en él dos hachas, dos machetes, el uno de los cuales era guarnecido de un mango, seis cuchillos, seis espejos, un grueso paquete de rosarios y cuatro redomas de vidrio. No bien habian mis jentes puesto el bote en seco y dispuéstolo todo del modo que parecia mas conveniente, cuando volvieron en la pinaza (1) que les habia enviado para su mayor seguridad.»

Si hemos de dar crédito á Dampier, los hombres del país tenian la cabeza adornada de plumas de diversos colores, é iban siempre con la lanza en la mano. Las mujeres se cubrian con un cinturon de follaje y llevaban sobre la cabeza grandes canastillos llenos de batatas.

« El país circumvecino, añade Dampier, es montuoso, lleno de bosques y de valles y cruzada por murmurantes arroyos. La tierra de los vallecillos es profunda y amarillenta; pero la de los collados es de un pardo obscuro, bien que profunda y pedregosa, aunque sumamente admirable para la plantacion. Los árboles en jeneral no crecen con mucha rectitud ni elevacion; pero parecen verdes y causan mucho placer á la vista. Algunos producian flores, otros bayas y otros gruesas frutas de todo jénero que ninguno de nosotros conocia. Los cocoteros crecen muy bien, así en las bahías prócsimas á la mar, como en las plantaciones; sus nueces son de un tamaño mediano, pero su leche y cuesco son espesas y de un gusto agradable. Encontrábanse jenjibres, *yams*, y otras raíces buenas para el puchero, de que nuestras jentes gustaban mucho. Yo no sé á punto fijo qué otras frutas ó raíces se encuentran en el país; pero concretándonos á los animales terrestres, solo echámos de ver algunos cerdos y perros. Por lo que hace á las aves que conocíamos, habia algunos pichones, papagayos, *cockadores* y cornejas como las que tenemos en Inglaterra. En otras partes vímos una especie de ave del tamaño de una mirla y otras mucho mas

(1) Embarcacion pequeña de remo y vela.

pequeñas. El mar y los rios abundan en pescado, del que vímos mucho, y cojímos algunos *cavallis*, peces de cola amarilla y rayas. »

Dampier salió del puerto Montague á 26 de marzo; pocos dias despues descubrió el estrecho que lleva su nombre, y dejó las costas de la Nueva Bretaña que asegura haber hallado pobladas de negros robustos y bien formados que se habian manifestado atrevidos y emprendedores en diversos lugares.

En 1767 Carteret avistó de lejos la costa oriental de la Nueva Bretaña y señaló las tres montañas características que se encuentran situadas cerca de su límite septentrional.

En el mes de junio de 1793 d'Entrecasteaux salvó el estrecho de Dampier, esploró la parte occidental de la Nueva Bretaña que le pareció de un aspecto muy agradable, y le atribuyó una poblacion muy numerosa por razon de haber visto la playa cubierta de cocoteros y atestada de casas. Descubrió en seguida muchas nuevas islas de diversa estension en la parte septentrional de la Nueva Bretaña, pero no se procuró con ellas ninguna comunicacion, pues sus tripulaciones se hallaban en el estado mas deplorable, y él mismo murió algunos dias despues.

En el mes de julio de 1827 el capitan d'Urville tocó en aquella tierra cerca del cabo Butler, con objeto de esplorar toda su parte meridional. Empero viéndose acometido por tiempos lluviosos y ráfagas violentas, con mucha dificultad pudo librarse de aquella costa peligrosa. Apesar de tantos obstáculos, permaneció trece dias á la vista, y consiguió trazar la configuracion de la costa en una estension de cien leguas. A 2 de agosto por la mañana, en el acto de dar en el estrecho de Dampier, el *Astrolabio* tocó dos veces en un arrecife de corales desconocido, de suerte que á no ser las oleadas podia considerarse perdido sin remedio. La empresa de Mr. d'Urville ha dado á conocer el pico *Quoy*, montaña cónica de un aspecto imponente, cerca del cabo Orfort, la bahía Jacquinot y muchas isletas, entre las cuales se contaba el pintoresco grupo de las islas Graciosas. De su esploracion se deduce que la Nueva Bretaña forma una cordillera continua, aunque reducida á una anchura muy pequeña. El capitan d'Urville costeó de muy cerca la punta occidental de esta isla, cuyos pormenores describe de esta suerte.

« Esta tierra nos ofreció un aspecto delicioso, lo mismo que á Dampier y á d'Entrecasteaux. Raras veces imprime la naturaleza á los países cuya superficie no ha modificado la mano del hombre, accidentes tan agradables y efectos de perspectiva tan benignos y variados. En todas partes se ve una costa sana, accesible y bañada por tranquilas olas, y un suelo que se eleva dulcemente en forma de anfiteatro, ora sombreado por espesas selvas, ora cubierto de bosques ó de vastas praderías cuyo tinte amarillento contrasta con el matiz mas sombrío de las selvas y de los sotos circumvecinos. Los dos picos del monte Glocester coronan con sus imponentes masas aquella riente escena, y envuelven frecuentemente sus cumbres majestuosas en los nublos del ecuador. »

La Nueva Bretaña es en suma una isla de unas noventa y cinco leguas de lonjitud del E. N. E. al O. S. O. con una anchura muy variable, ora de 36 millas, ora de ocho ó diez solamente, como en las bahías Jacquinot y Montague. En algun modo puede considerarse como una prolongada y estrecha cordillera de encumbradas montañas que afecta un encorvamiento cuya concavidad se presenta al N. O. Los picos de la Madre y de las Dos Hermanas, de Deschamps, de Quoy y de Glocester se hacen notar en la montuosa armadura de aquella comarca, y todos parecen argüir un oríjen igneo. Los límites jeográficos de esta tierra son por una parte los 4° 8' y 6° 30' lat. S., y por otra los 145° 57' y 150° 2' lonj. E. En la costa meridional se hallan las isletas del Cabo Sur, de Roos y Graciosas, con algunas otras, todas bajas, selvosas y descubiertas en 1827 por el capitan d'Urville; y mas ó menos cercanas á la costa se hallan las islas Willaumez, Raoul, Gicquel Filz, Duportario y el Danseur. En la primera, que es la mas considerable, observaron los Franceses alguna humareda, y los árboles cubrian todo el terreno desde la playa hasta los mas levantados cúspides.

D'Entrecasteax, que descubrió estas islas en 1793, encontró un poco mas lejos en direccion al N. O. un grupo que denominó *Islas Francesas*, y denominó las mas notables islas Mérito, Deslacf, Forestier y del Norte. Este grupo forma un triángulo de treinta millas en cada lado, cuyo centro está situado á los 4° 41' lat. S. y á los 146° 55' lonj. E. Cerca de la punta N. E. de la Nueva Bretaña está la isleta Man, descubierta por Carteret en 1767, de seis á siete millas de circumferencia y situada á los 4° 9' lat. S. y á los 149° 40' lonj. E.

Amakata, descubierta en 1767 por Carteret que la apellidó *Yorck*, visitada en 1791 por Hunter, y reconocida en 1792 por d'Entrecasteaux y en 1823 por Duperrey. Es una isla elevada, populosa, y provista de un buen fondeadero en la parte N. Tiene ocho millas de N. E. á S. O. sobre cinco de ancho, y su punta E. está situada á los 4° 10' lat. S. y á los 150° 4' lonj. E.

Nueva Irlanda. El Holandés Schouten la descubrió en 1816, costeó á lo que parece toda la parte oriental, y repetidas veces entabló comunicaciones con los naturales. Los primeros

que se vieron, arrojaron algunas piedras contra el buque por medio de sus hondas, de suerte que fué preciso contestarles á mosquetazos. Fondeó durante la noche cerca de la costa, y los salvajes á favor de la claridad de la luna fueron á corretear al rededor del buque, y aunque procuraron atraerlos con palabras amigables y con presentes, fueron insensibles á todo, porque, dice la relacion, « eran hombres verdaderamente salvajes y brutales. »

Algunos dias despues, se presentaron ocho piraguas que dieron la vuelta al buque; cada una de ellas iba montada por ocho ó diez individuos armados de azagayas, piedras, clavas, sables de madera y hondas. Distribuyéronles algunas bagatelas, y procuraron darles á entender que les pedian cerdos, pollos, cocos y raíces; pero en vez de contestar á esta demanda, lanzaron sus azagayas contra el buque que contestó con su artillería. Diez ó doce salvajes quedaron tendidos en el campo mordiendo el polvo, y una gran piragua con otras tres mas pequeñas fueron echadas á pique. La chalupa persiguió á los prófugos, mató algunos otros salvajes y recojió tres prisioneros gravemente heridos. El uno murió, pero los otros fueron curados, trasladados á tierra y restituídos á sus compatriotas contra una porcion de cerdos.

Aquellos isleños eran robustos, bien formados y perfectamente negros. La mayor parte iban desnudos, pero habia un corto número que llevaban cinturones de corteza de árbol: de su nariz y orejas pendian varios anillos, y se cubrian con gorros de corteza de árbol pintada que tenian reunidos por una especie de cordon y colocados al rededor del jefe, como una cofia de mujer. Usaban del arec y del betel, y era para ellos una señal de civilidad quitarse el gorro y aplicar las manos sobre la cabeza. El puño de sus armas es adornado de cinceladuras: sus piraguas varían desde las mas pequeñas que solo pueden contener dos individuos hasta las que arman con diez y siete pares de pagayos. Vióse una de aquellas piraguas cuyos bordajes estaban reunidos por medio de costuras bien embreadas y frotadas con trementina.

Llegado á la punta N. de la Nueva Hanóver, Schouten la dió el nombre de *cabo Solomon Sweert* y continuó su rumbo hácia el O.

En 1643 Tasman visitó la mayor estension de aquella costa, creyendo equivocadamente como su predecesor que era la parte oriental de la Nueva Guinea. La relacion dándole el nombre de *Cabo de Santa María*, hace suponer que los Españoles la habian reconocido antes de la espedicion de Schouten y Lemaire.

En 1700 el Inglés Dampier costeó aquella misma tierra en sentido opuesto, es decir, de N. á S. A media costa y en frente de la isla Dampier, el buque fué rodeado por cuarenta y seis piraguas montadas por 200 negros que no quisieron acercarse, apesar de las señas amigables que se les hacian y los presentes que se les mostraban. Sin embargo continuamente se golpeaban el pecho con la mano derecha, y elevaban un grueso palo sobre su cabeza, lo que fué tomado por una prenda de amistad. El tiempo impidió á Dampier fondear en la bahía y desembarcar en la playa que á la sazon estaba guarnecida por unos 400 salvajes. Cuando el buque se hizo mar adentro, los naturales le arrojaron una granizada de flechas y recibieron en cambio un cañonazo que les dispersó completamente despues de haber muerto ó herido á algunos. Dampier aplicó á aquel punto el nombre de *bahía de los Honderos*. « El continente es alto, montañoso y cubierto de hermosos y verdes árboles. En los bordes de las montañas habia muchas grandes plantaciones y pedazos de tierra descuajada, lo cual junto á la humareda que veíamos, era una señal cierta y evidente de que aquel paraje era muy poblado.»

Despues de haber montado la punta S. de aquella tierra, Dampier entró en una hondonada situada al E. y que tomó por una espaciosa bahía que llamó bahía de San Jorje, y llevó el rumbo en direccion á la Nueva Bretaña.

En 1767 Carteret surjió sucesivamente en el puerto Praslin, en la ensenada Inglesa, y en el abra Carteret, en la parte S. O. de la Nueva Irlanda, en donde se procuró leña, agua, algunas palmas de palmitos y cocos. En ninguno de aquellos puntos vió naturales, prosiguió su derrotero al N. N. O. y descubrió el canal de San Jorje que separa las dos islas de la Nueva Irlanda y de la Nueva Bretaña. Entre la isla Sandwich y la Nueva Irlanda recibió la visita de diez piraguas que contenian unos 150 hombres procedentes de la costa de la Nueva Irlanda. En sus trueques, aquellos naturales preferian el hierro á todo lo demas. Una de sus piraguas era un solo tronco de árbol ahondado y tenia cerca de 80 pies de largo: esculpida en los lados, tenia un balancin, pero ninguna vela, y se hallaba montada por treinta y tres hombres perfectamente negros, con el pelo crespo, la nariz chata y los labios gruesos. Iban enteramente desnudos, llevaban brazaletes en los brazos y en las piernas; sus tocados eran brillantes, y la mayor parte enlazaban en una oreja una pluma perteneciente al parecer á la cola de un gallo. Sus armas consistian en lanzas y palos en forma de clavas, y la vista de los cañones parecia inspirarles alguna desconfianza.

En julio de 1768 Bougainville fondeó en el puerto Praslin, en donde pasó ocho dias durante los cuales los trabajos de la espedicion fueron contrariados por lluvias continuas. El sol no salió mas que un solo dia. A 22 de julio, y á las diez

de la mañana, se sintió una sacudida que hizo bambolear el buque: era un terremoto y un golpe de marea. El mar tomó incremento y decremento muchas veces no interrumpidas, lo cual hizo cojer mucho miedo á los que pescaban en los arrecifes. Bougainville no vió isleño alguno durante su recalo: únicamente observó muchos vestijios de su paso y aun una piragua entre dos casas. Ignorando el descubrimiento de Carteret, Bougainville, al dejar el puerto Praslin, dobló el cabo de San Jorje y costeó la parte oriental de la Nueva Irlanda, como habian hecho Schouten y Tasman. Hallándose el 29 en aquella costa, las fragatas recibieron la visita de muchas piraguas, montadas cada una por cinco ó seis hombres negros, altos, ájiles y robustos. Invitaban á los Franceses á desembarcar; pero en ninguna manera quisieron subir á bordo, diéronles algunos pedazos de tela, y en cuanto los tuvieron en su poder, se retiraron arrojando piedras. Al dia siguiente volvieron en gran número y se acercaron sin dificultad. Su jefe con el pelo alto sobre la cabeza parecia hacer la pantomima de su poder. Aquellos negros llevaban el palo polvoreado de rojo, garzotas de plumas en la cabeza, pendientes en las orejas y en la nariz, golas, brazaletes, en las piernas, nada les faltaba para una rigurosa etiqueta. Vanamente se practicaron medios para organizar con ellos algunos trueques, pues tomaban lo que se les daba, y no lo retribuían con nada. A 31 de julio, despues de una grande alarma motivada por una flotilla que se retiró á vista del cañon, Bougainville dió la vela y abandonó aquellos parajes.

En julio de 1792 d'Entrecasteaux ancló en el abra Carteret, en donde pasó siete dias durante los cuales no cesaron de caer torrentes de agua. Apenas pudo procurarse cinco ó seis nueces de coco sin que pudiese echar de ver ningun natural. En seguida d'Entrecasteaux reconoció toda la parte occidental de la Nueva Irlanda, casi desconocida antes de él, y observó que jeneralmente era formada por dos cadenas de montañas de dos mil metros de elevacion perpendicular: solamente ante la isla Sandwich el terreno era mucho menos elevado.

El capitan Duperrey fondeó en 1823 en el puerto Praslin cuyo plano hizo levantar. Merced á un tiempo tolerable, pudo entablar frecuentes comunicaciones con los naturales que acudieron en sus piraguas desde la aldea Liki-Liki, situada en la parte oriental de la isla. Aquellos hombres se mostraron pacíficos y meticulosos, y únicamente temian que no fuesen á su aldea. El alumno Blosseville llevó su paseo hasta la dicha aldea, por lo que querian decidirle á que se retirase; pero viendo que insistia, no hicieron mas que vijilarle y esconder sus mujeres. Enseñaron al Francés un pequeño templo guarnecido de muchos y estraños ídolos colocados sobre una plataforma circuída de paredes de piedra seca. Mr. Duperrey creyó comprender que los naturales llamaban á la Nueva Irlanda *Tombara*, y á la Nueva Bretaña *Birara*; por cuyo motivo puso estos nombres en su mapa. Pero Mr. d'Urville, cuya nomenclatura seguimos, no está convencido de la ecsactitud de aquella denominacion; cree que tiene mas bien relacion con distritos particulares y que hasta mejores informes vale mas mantener el que ecsiste.

Finalmente en julio de 1827, el capitan d'Urville pasó doce dias en el abra Carteret de la que trazó un plano ecsacto é individuado. Los naturales que se presentaron varias veces al *Astrolabio*, mostráronse no menos meticulosos y tímidos que los de Liki-Liki, y nunca quisieron indicar el punto de su domicilio ni soportar la compañía de ningun Francés. Supónese sin embargo que habitaban una isla baja y selvosa situada al N. O. del abra. Ni un cocotero se halló siquiera en la isla de los Cocos; mas en cambio se mató un caiman.

Para concretarse á la Nueva Irlanda, no debe pasarse en silencio que tiene 194 millas del N. O. á S. E. sobre una anchura variable de ocho á treinta millas. Su parte central es formada por una cordillera de montañas encumbradas y cubiertas de árboles hasta sus cimas. Su poblacion se compone de negros melanesios, cuyo tipo varía de una á otra tierra, pero cuyo carácter jeneral es la timidez y la desconfianza. Está situada entre los 2° 3' y los 4° 51' lat. S. y entre los 148° 13' y los 150° 48' lonj. E. En su parte meridional están las isletas de los Cocos, Leigh, Lambom y Latao, que hemos descrito ya, y en la cuenca oriental los islotes Eiroo y Lountass.

Cerca de la estremidad N. O. de la Nueva Irlanda está la isla Sandwich, descubierta en 1767 por Carteret, y reconocida en 1792 por d'Entrecasteaux. Es una tierra alta, nemorosa, poblada y de doce millas de E. á O. sobre siete de N. á S. En la parte septentrional se levanta un pico muy notable en forma de pan de azúcar. En los collados de esta isla ecsisten antiguos troncos de árboles despojados de ramas y cargados de enredaderas que afectaban la forma de columnatas adornadas de festones. La punta E. está situada á los 2° 49' lat. S. y á los 148° 33' lonj. E.

La Nueva Irlanda solo es separada de la Nueva Hanóver por un canal de seis millas de ancho, en donde se ven despuntar algunos islotes bajos, á escepcion de uno solo caracterizado por un pico muy notable que Carteret apellidó *Byron*, y d'Entrecasteaux *Mausoleo*.

Nueva Hanóver vista en 1616 por Schouten que denominó su punta *cabo Solomon Sweert*, avistada de nuevo por Tasman, Dampier y Bougainville, y reconocida tan solo por Carteret y d'Entrecasteaux. La nueva Hanóver es una tierra elevada y cubierta de árboles, á través de los cuales se distinguen muchas plantaciones. La tierra del cabo Solomon Sweert es muy baja y selvosa de trecho en trecho. Esta isla tiene treinta y ocho millas de E. S. E. á O. N. O. con una anchura incierta, bien que de doce millas almenos, y está situada entre los 2° 32' y los 2° 44' lat. S. y entre los 147° 31' y los 148° 7' lonj. E.

I. Portland, descubiertas en 1767 por Carteret, vistas de nuevo en 1791 por Hunter y reconocidas en 1792 y en 1793 por d'Entrecasteaux. Es una cadena de siete isletas bajas, selvosas y entremezcladas de rompientes, que ocupan una estension de ocho millas del E. N. E. al O. S. O. La mas considerable tiene dos millas de lonjitud, y su punta S. O. está situada á los 20° 38' lat. S. y á los 147° 12' lonj. E.

Cerca del cabo de San Jorje se encuentra otra serie de islas que forman una cadena paralela á la Nueva Irlanda.

La Isla San Juan, en frente del cabo Maria, á una distancia de treinta millas, fué descubierta por Schouten, y vista de nuevo por Tasman en 1643 y por Dampier en 1700. Este último asegura que tiene de nueve á diez leguas de circumferencia y que contiene muchos cocoteros; lo cierto es que su playa es verde y sus colinas muy arboladas. A vista del buque de Dampier destacáronse de la playa tres piraguas, pero ninguna quiso acercarse. Los isleños en nada se diferenciaban de los de la Nueva Irlanda. La isla San Juan fué avistada por Carteret en 1767, y en 1768 por Bougainville que la apellidó *Isla Bournaud*, y reconocido por Maurelle en 1781. Su situacion es mal definida, pero á poca diferencia debe de estar á los 3° 51' lat. S. y á los 151° 15' lonj. E.

I. Abgarris, descubiertas por el buque *Abgarris* de 1820 á 1825, grupo de islas bajas, de veinte á veinte y cinco millas de estension, probablemente idénticas con las islas vistas por el capitan Renneck de la *Lyra* en 1826, y que denominó Isla *Feed* y *Goodman*. Son dos grupos que se estienden por un espacio de veinte y siete millas de N. O. á S. E. formando una cadena de islas bajas, nemorosas y pobladas, y de bancos de arena, con un arrecife desprendido en el S. Están situadas entre los 3° 5' y los 3° 33' lat. S. y entre los 152° 2' y los 152° 25' lonj. E.

I. Caen, descubierta en 1643 por Tasman. En 1700 Dampier tuvo comunicaciones con los naturales, Melanesios de pelo crespo, altos, robustos, bien formados y pintorreados de diversos colores. Cuando Dampier les enseñó nueces moscadas y polvo de oro, imajinóse que los isleños indicaban por estos que tales objetos ecsistian tambien en sus islas que mostraban esclamando: *Mannil! mannil!* Sus piraguas eran bien formadas y estaban adornadas en los lados de figuras de peces en bajo relieve. Este navegante da cuatro ó cinco leguas de circumferencia á la isla Caen, que es alta, cubierta de bosques y guarnecida de plantaciones en el recuesto de los collados. La orilla del mar ofrece muchos cocoteros, y al S. E. hay dos isletas igualmente cubiertas de aquellos árboles; la una alta y puntiaguda, la otra baja y llana, pero muy poblada. La grande isla contiene tambien una poblacion numerosa. Bougainville vió Caen en 1768 y la nombró isla *Oracion;* Maurelle en 1781 la apellidó *Refujio*, y á las dos isletas vecinas, *Santa Rosa* y *Magdalena*. La isla Caen debe estar situada á los 3° 28' lat. S y á los 150° 48' lonj. E.

I. Garret-Denys, descubierta en 1616 por Schouten, y vista de nuevo en 1643 por Tasman. Dampier que la costeó en 1700 es el único que nos ha dejado sobre ella algunos pormenores. « Es, dice, una isla elevada, montuosa, cubierta de bosques y de catorce ó quince millas de circumferencia. Las playas son enteramente guarnecidas de cocoteros; en las colinas se ven muchas plantaciones, y la tierra nuevamente desmontada tiene un tinte encarnadino. Esta isla es poblada por hombres negros, robustos y bien formados: su cabeza es gruesa y redonda; su pelo rizado, corto, teñido de rojo, blanco y amarillo; su cara es ancha, su nariz chata y las ventanas atravesadas por una clavija de un dedo de grueso. Sus armas son las lanzas, las macanas, las hondas, el arco y las flechas. Tienen piraguas estrechas y largas y adornadas en la proa y en la popa de figuras bien esculpidas, como peces, aves, manos de hombre, etc. Su lenguaje es bien articulado y distinto, y para invitar á los Ingleses á desembarcar, repetian á menudo: *Vakousi alamaï*, indicando la playa. Sus signos de amistad consistian en colocar un grueso palo ó una rama de árbol sobre su cabeza, y darse golpes sobre la cabeza con la mano. Bougainville avistó esta isla en 1768 y la apellidó isla *Dubouchage;* pero Maurelle la vió de nuevo en 1781 y la llamó *San Blas*. Su situacion es todavía algo incierta, pero debe de estar á los 3° 12' lat. S. y á los 150° 15' lonj. E.

I. Dampier. Dampier, que la visitó en 1700, asegura que tiene cuatro ó cinco leguas de circumferencia, es elevada, cubierta de bosques y enriquecida de plantaciones en la pendiente de los collados. Probablemente es la misma que Maurelle en 1781 denominó *San Lorenzo*, é igualmente la que Sxhouten en 1616 apellidó isla

Moises. Veinte y cinco piraguas montadas por naturales rodearon al navío, y uno de ellos fué á plantificarse con su pagaya sobre los dentales del ancla, creyendo que podria arrastrar al buque hácia la playa. Entretanto sus camaradas preparaban el ataque, al que dieron principio por una granizada de flechas, de lanzas y de piedras que llovieron repentinamente sobre el buque. Las piedras eran arrojadas con tal ímpetu, que desprendian astillas de los palos, y obligaron á los marineros á buscar un abrigo para huir sus golpes. Los salvajes entonaban ya el himno de triunfo, cuando les dirijieron una descarga de artillería y de mosquetería que causó doce ó trece muertos con un gran número de heridos, y obligó á los restantes á emprender la fuga. Persiguióles la chalupa con actividad é hizo prisionero á un jóven de diez y ocho años, herido ya desde el principio de la accion y al que impuso el nombre de Moises, de la propia suerte que á la isla. Estos isleños, añade la relacion, comian una especie de pan que fabricaban con raíces de árbol. La isla está situada á los 3° 12' lat. S. y á los 150° lonj. E. bien que esta posicion es incierta.

I. Wischers ó de los Pescadores, descubierta por Shouten en 1610, y avistada por Tasman en 1643 y por Dampier en 1700. Este último dice ser una isla elevada y vasta, situada á seis leguas del continente, y haber visto en ella muchas humaredas que le impidieron su acceso. Bougainville en 1768 la denominó *isla Susannet*, y Maurelle en 1781 creyó al parecer que sus cúspides eran otras tantas islas que apellidó *San Francisco*, *San José* y *San Antonio*. Sus dimensiones y su posicion son sumamente desconocidas; pero la punta N. está situada á los 2° 33' lat. S. y á los 149° 40' lonj. E.

I. Borrascosa, descubierta por Dampier en 1700, y avistada de nuevo en 1768 por Bougainville que la denominó *isla Kermé* y por Maurelle en 1781. Segun Dampier, es baja, tersa y cubierta de árboles verdegueantes y muy apiñados unos contra otros. Tiene dos ó tres leguas de largo y en su punta S. O. hay un islote llano, selvoso y de una milla de circumferencia. Está situada á los 1° 40' lat. S. y á los 148° 9' lonj. E.

I. Matias, descubierta por Dampier en 1700, y visitada por Bougainville en 1768 y por Maurelle en 1781. Segun Dampier es montañosa y está entrecortada de bosques, sábanas y porciones de tierra que parecen descuajadas. Tiene al pie de nueve ó diez leguas de largo, y su cima está situada á 1° 30' lat. S. y á los 147° 10' lonj. E.

I. del Almirantazgo, descubierta en 1616 por Schouten que solo vió su parte S. E. y se contentó con denominarlas las *Veinte y cinco islas*. Carteret las reconoció con mas ecsactitud en 1767 y las aplicó el nombre que han conservado. Estas islas tenian un aspecto delicioso; sus bosques eran espesos y elevados, entrecortados de claros y de campos, sotillos de cocoteros y numerosas casas. El jefe inglés se manifiesta sin embargo sobrado viajero cuando dice que cada una de estas islas hubiera podido formar un gran reino. Los salvajes se acercaron al buque de Carteret, y ya empezaban á establecer algunas relaciones amigables, cuando les interrumpieron con una descarga de javelinas á que fué forzoso contestar con fusiles y pedreros. No fué inútil esta leccion, pues los naturales se portaron con mas lealtad con Maurelle, aunque no dejaban de abalanzarse con una avidez de ladrones sobre todo cuanto veían, sin esceptuar las legumbres suspendidas en las redes de popa. Maurelle aplicó diversos nombres á estas islas, que se han conservado en los mapas hasta venir en conocimiento de los nombres indígenas. Finalmente d'Entrecasteaux en 1792 esploró con todo esmero la parte septentrional de este grupo y tuvo relaciones con los habitantes á cual mas satisfactoria. Los incidentes de su recalo fueron los siguientes.

« Despues de una hora de espera, sin haber podido conseguir atraerlos á bordo, dice este navegante, quise darles el espectáculo de un cohete, previendo que ese artificio comenzaria por dejarlos estupefactos, pero que tal vez podria escitar su admiracion y su curiosidad. En el acto de partir el cohete, cesaron de contestar á nuestros clamores y quedaron sumidos en el mas profundo silencio. Pero cuando estalló y cayó en forma de lluvia de fuego, sobrecojióles un terror pánico y huyeron precipitadamente, pero poco despues les vímos volver, bien que se quedaron á una gran distancia. Imajiné aplicar sobre una tabla con clavos y otros objetos de trueque una bujía metida dentro de una linterna de papel á fin de que aquel objeto flotante fuese recojido por ellos al momento de avistarle. Pero mis esperanzas quedaron frustradas, pues al ver aquella luz que destacada de la fragata parecia andar hácia ellos sobre el nivel del agua, se manifestaron mas amedrentados que con el estallido del cohete. Sin duda sospecharon que la marcha aparente de aquel fuego ambulante sobre las olas encerraba un no sé que de misterioso; porque á medida que la driva que nos alejaba de la bujía les inducia á creer que eran ellos los que se acercaban, iban retirándose profiriendo en alta voz y en un tono precipitado algunas palabras con que acostumbraban conjurar los jenios maléficos. Por fin retiráronse enteramente, y el tiempo era tan quieto y el mar estaba tan tranquilo, que la bujía permaneció encendida al pie de dos horas. Cuando los naturales llegaron á tierra, encendieron algunos fuegos, ya para atraer al objeto que se imajinaban ver andar sobre las aguas, ya para alejarlo de su domicilio. Por lo demas aquel espectáculo que les hizo cobrar tanto miedo fué

sumamente divertido para la tripulacion; mas si hubiese llegado á columbrar siquiera el efecto que produjo, hubiérales evitado aquel espanto que podia acrecentar su desconfianza natural. »

El grupo de las islas del Almirantazgo ocupa un espacio de unas ciento veinte millas del E. á O. sobre cuarenta ó cincuenta de N. á S. Compónese de islas mas ó menos considerables, elevadas, de un aspecto agradable y variado, y ocupado por una raza de Melanesios de un bellísimo tipo, y está situado entre 1° 53' y los 2° 34' lat. S. y entre los 143° 51' y 145° 50' lonj. E.

Las principales islas del grupo son:

La grande isla del Almirantazgo denominada *Isla Basco* por Maurelle y esplorada en gran parte por d'Entrecasteaux en 1792. Es una tierra elevada, selvosa y populosa, teniendo cerca de cincuenta millas del E. al O. sobre diez y ocho á veinte de N. á S. La parte meridional no es aun muy conocida. Está situada entre 1° 57' y los 2° 17' lat. S. y entre los 144° 10' y los 145° 00' lonj. E.

I. Jesus-Maria, así denominada por Maurelle en 1781, y reconocida por d'Entrecasteaux en 1792. Es una isla alta de cerca de veinte millas de circuito, y está situada á los 2° 18' lat. S. y á los 145° 27' lonj. E. (centro).

I. San-Gabriel, San Miguel, La Vendola, los Reyes y los Negros, así denominadas por Maurelle en 1781 y esploradas por d'Entrecasteaux en 1792 y 1793. Las dos primeras tienen cinco ó seis millas de estension; las otras son mas pequeñas. Todas son pobladas y bien arboladas. La isla Vendola está situada á los 2° 14' lat. S. y á los 145° 50' lonj. E.

Ecsisten ademas por la parte del S. de la grande isla del Almirantazgo otras muchas isletas desconocidas, entre las cuales se cuentan las islas Purdy y Elisabeth indicadas en el mapa de Krusenstern segun el mapa de Purdy. Encuéntrase al S. el arrecife Sydney en donde naufragó el capitan Austin Forrest á 1° de mayo de 1806, y situado á los 3° 20' lat. S. y á los 144° 30' lonj. E.

I. Anacoretas, descubiertas en 1768 por Bougainville que las costeó de cerca. Es una cadena de islas bajas que están situadas en el mismo arrecife, en una estension de tres leguas, y contienen muchos árboles, en especial cocoteros. Las playas del mar parecieron al navegante francés llenas de casas altas, casi cuadradas, bien cubiertas, semejantes á las de Taiti y atestadas de una poblacion prodijiosa. En los arrecifes pescaban muchas piraguas, pero ninguna se dignó apartarse para las fragatas, lo que las valió el nombre de *Anacoretas*. Maurelle las visitó en 1781 y d'Entrecasteaux en 1793. La punta N. E. está situada á los 0° 43' lat. S. y á los 143° 14' lonj. E.

I. Commerson, isleta vista de lejos en 1768 por Bougainville, reconocida en 1793 por d'Entrecasteaux, avistada de nuevo por Ibargoitia en 1800 y situada á los 0° 45' lat. S. y á los 142° 55' lonj. E.

I. Hermitas, descubiertas en 1768 por Bougainville, vistas de nuevo por Maurelle en 1781 y reconocidas por d'Entrecasteaux en 1792. Las piraguas se acercaron á los buques de este marino, pero no quisieron subir á bordo, de manera que para ofrecer sus frutos los arrojaban al aire y al principio se creyó que eran piedras. Aquellos isleños eran altos y bien formados. Por lo demas, las islas Hermitas son un pequeño grupo de tierras altas y pobladas, ocupando catorce millas del E. N. E. al O. S. O. sobre seis de ancho. La isla del N. O. está situada á 1° 29' lat. S. y á los 142° 48' lonj. E.

I. Boudeuse, isleta descubierta por Bougainville en 1768, vista de nuevo por d'Entrecasteaux en 1792 y situada á 1° 27' lat. S. y á los 142° 14' lonj. E.

I. Jaquelado, descubiertas en 1768 por Bougainville, vistas de nuevo por Maurelle en 1781 que las denominó *Mil Islas*, y reconocidas en 1792 por d'Entrecasteaux. Es un grupo compuesto de mas de treinta isletas bajas, pobladas y sembradas de arrecifes, ocupando treinta millas del N. N. E. al S. S. O. La punta E. está situada á 1° 13' lat. S. y á los 142° 2' lonj. E.

I. Durour, isleta pelada, descubierta en 1767 por Carteret y vista de nuevo por d'Entrecasteaux que la situó á 1° 34' lat. S. y á los 140° 53' lonj. E.

I. Matty, isleta llana y poblada, descubierta en 1767 por Carteret que vió correr á sus habitantes por la noche sobre la playa con antorchas á vista del navío. D'Entrecasteaux fijó su posicion á 1° 46' lat. S. y á los 140° 36' lonj. E.

CAPITULO XXXVIII.

NUEVA GUINEA. — LUISIADA É ISLAS VECINAS.

Hemos visto ya que el *Oceánico* desde las islas del Almirantazgo velejara en direccion á la Nueva Guinea. A 16 de julio por la mañana nos hallábamos solamente á seis ó siete millas N. de la isla Lesson, la mas oriental de las islas Schouten. La isla Lesson se reduce á un cónico picacho de una elevacion considerable, de cinco ó seis millas de circumferencia en su base, y tapizada del mas risueño verdor. Las demas islas del grupo están dispuestas en forma de semicírculo y forman como un collar de piedras verdes engastadas en el azul subido del mar. A la izquierda despuntaban en el horizonte las cimas de la isla Vulcano, y de algunas otras montañas de la Nueva Guinea.

Cuando nos hallámos en frente de la isla Roissy, verdaderamente fértil y montuosa, creímos por un instante que el *Oceánico* podria entablar algunas relaciones con los naturales; pues habiéndose destacado de la costa dos piraguas navegando en nuestra direccion, nos pusiéramos en facha para aguardarlas. Ya parecia que iban á alcanzar al buque, cuando al llegar á una media milla de distancia, detuviéronse repentinamente, y todas nuestras señas é instancias fueron impotentes para decidirlos á acercarse; por manera que cuando empezámos á navegar en su direccion emprendieron la fuga con toda la rapidez de sus pagayas. Con el ausilio de un anteojo echámos de ver que cada una de aquellas piraguas era montada por cinco ó seis hombres de un tinte negro, casi desnudos, de cabello lanoso y de una raza inferior á los de las islas del Almirantazgo.

Pasámos á tres ó cuatro leguas de la isla d'Urville, la mas considerable del grupo, de quince á diez y ocho millas de circumferencia, con una elevacion media y un aspecto sumamente agradable. En seguida Pendleton llevó el rumbo hácia el E. N. E. manteniéndose al pie de diez leguas de distancia de la costa, ya porque deseaba andar con seguridad durante la noche, ya porque estaba bien convencido de que no habia que esperar nada de bueno de las razas insociables que pueblan este archipiélago, y conocia perfectamente las relaciones antiguas y modernas que describian sus costumbres y su carácter. Yo era el único que me quejaba interiormente de semejante reserva, y no cabe duda que hallarse á vista de una tierra curiosa y poco conocida sin esplorarla, era el suplicio de Tántalo. Pasámos por delante de las enormes moles de los montes Bougainville y Cíclope que indicaban la posicion de la bahía Humboldt, señalada recientemente á la jeografía por el capitan d'Urville. El viento era suave, el cielo puro, las aguas sosegadas: no parecia sino que nos hallábamos en el mar de las Indias y habian desaparecido de todo punto las borrascas del Océano Pacífico. La misma brisa soplaba con tanta debilidad, que mas nos impelia la corriente, de manera que con su ausilio hacíamos de veinte á treinta millas al O. Su fuerza fué por dos veces de cuarenta millas diarias y una sola vez de sesenta; pero lo más singular es que aquella accion de las aguas era constantemente insensible para el navegante. Su único efecto aparente consistia en determinar una calma perfecta y en realidad admirable sobre un mar tan despejado.

En la noche del 26 de julio el *Oceánico* pasó entre las dos isletas Arimoa y la tierra que era sumamente baja y cubierta de encumbrados árboles. Al dia siguiente, hallándonos en frente de la punta d'Urville, echámos de ver cierto descolorido que parecia indicar hondonadas, circunstancia ya observada por el capitan que dió su nombre á este cabo. Sin embargo no ecsiste en ese punto el menor peligro: allende aquella faja descolorida apareció una piragua impelida hácia el buque por la brisa del S: era una embarcacion bastante grande, á cuyo bordo se distinguian unos cuarenta negros, entre los cuales descollaba un individuo medio vestido cubierto con un sombrero cónico semejante al de los Chinos. A medida que la piragua iba adelantando, aquel hombre nos hacia jestos mas y mas vivos para invitarnos á desembarcar, y cuando se halló á unas cinco toesas de distancia, empezó de nuevo la pantomima con una enerjía de que es imposible formarse idea. Creyendo que Pendleleton accederia á tan urjente invitacion, pedí formar parte del desembarque. «Parece que V. trae ardientes deseos, me dijo el capitan, de suministrar comida á la mesa de estos salvajes. Sepa V. que esta Nueva Guinea es una tierra diabólica: hace uno ó dos años que un pobre ballenero se aventuró á fondear cerca de la gran bahía de Galwink; y como los naturales se mostraron al principio hospitalarios y agasajadores, envióles un bote que no volvió. Al dia siguiente despachó un segundo bote en busca del primero; pero le mataron dos ó tres individuos, y los restantes retrocedieron con velocidad y espanto. Sin duda que los cadáveres de las víctimas alimentaron á la puebla durante uno ó dos dias. Y quiere V. que el *Oceánico* remita tambien carne fresca á esos comedores de hombres?» No pude menos de callar, pues sabia por esperiencia que Pendleton nunca ecsajeraba los peligros.

Deseando evitar las calmas del estrecho de Jobie, el *Oceánico* llevó el rumbo hácia el N. para pasar á una distancia considerable de las islas bajas de los Traidores, y de las costas de la grande isla Mysory, cuyas cumbres llegué á distinguir. A 29 de julio la embarcacion dobló las isletas de la Providencia y en una clara descubrió los majestuosos picos de los montes Arfaki, que se encumbraban á grandísima altura en el S. O. y sobre Doreï, apesar de que nos hallábamos todavía á sesenta y cinco millas ó treinta y seis leguas almenos de distancia, lo que parece indicar una grande elevacion. Sin embargo su cima no llegaba todavía á la zona de las nieves perpetuas bajo el ecuador. Traídos al retortero durante dos ó tres dias, no pudímos alcanzar hasta 1.° de agosto el abra Doreï en donde debíamos hacer una breve recalada.

La entrada de Doreï ofrece un punto de vista verdaderamente admirable. A la izquierda se desenvuelven una prolongada serie de islas bajas y verdegueantes que forman una especie de anillo con una elevada playa. A la derecha se estiende una orilla de arbolados terrenos, domina-

dos por algunas colinas vestidas de la mas lozana vejetacion, y en el fondo del cuadro se remonta como un muro basáltico la inmensa mole de los montes Arfaki rematando por algunos picos agudos que parecen desplomarse sobre el abra en razon de su rápido declive.

Apenas llegámos á su vista, cuando nos vímos rodeados por una multitud de piraguas, cuyos naturales manifestaban tanta confianza y neglijencia, que no parecia sino que eran de una raza diversa de la de los grupos procedentes. Allí es donde varios navegantes franceses vinieran á entablar relaciones de que los salvajes no pudieron quejarse. Los Europeos eran muy deseados en Doreï, y la conducta de los capitanes Duperrey y d'Urville fué grande parte para ser anhelados de la poblacion. Los indijenas de las piraguas se preparaban para subir todos á bordo; pero temiendo contrariar la maniobra, Pendleton solo permitió el acceso á la cubierta á un corto número de jefes ó *koranos*, dándoles á entender en malayo, que comprendian un poco, que despues del fondeo todos serian acojidos y se daria principio á las permutas. Los koranos esplicaron esta resolucion á las piraguas, y al momento se desprendieron del buque y nos escoltaron en paz y silencio, sin gritos ni murmullos, quedándose á alguna distancia del *Oceánico*. Esta conducta llena de reserva y de gravedad, no solo era mas conveniente que la de los Melanesios, si que tambien dejaba bastante atrás la algazara de las pueblas mas civilizadas de la Polinesia.

El abra de Doreï tiene de dos á trescientas toesas de diámetro y se halla á cubierto de todos los vientos marítimos. En cuanto hubímos anclado, levantóse la consigna y se acercaron veinte piraguas: la cubierta quedó transformada en un verdadero bazar. Cada indijena mostró sus mercancías; este un fardo de corteza de misoi, aquel una caja de tabaco, el uno arcos, flechas, esterillas de hojas de banano barajadas de un modo caprichoso, el otro un bambú que contenia la preciosa manucodiata. El menor número presentó provisiones de taro, una especie de pequeño legumbre llamado *abrou*, algunos peces y mariscos. Mientras se trató tan solo de víveres, de armas y de otros objetos análogos, concluíanse los mercados con facilidad, bien que no dejaban de reconocerse en aquellos Papous diestros negociantes; pero cuando se trataba de manucodiatas, las permutas se complicaban. A todas las proposiciones que se les hacian en hachas, en machetes y aun en telas, los detentores meneaban desdeñosamente la cabeza y esclamaban: *Compan!* cuyo significado ignorámos largo tiempo. Pero cuando uno de ellos nos mostró un brazalete de plata maciza que llevaba en el puño, comprendímos que *compan* era el sinónimo de la plata. Al efecto les manifestámos algunos pesos, y á su vista brincaron de alegría esclamando *Compan! compan!* Deseaban obtener pesos contra sus manucodiatas, y de consiguiente se los ofrecímos, pero no fué fácil convenirnos, pues ecsijian tres pesos por cada manucodiata mediana, y cinco ó seis para las mejores; y como Pendleton lo consideraba un precio ecsorbitante, no quiso comprar ninguna. « Los oficiales de la *Coquilla* y del *Astrolabio*, me dijo el capitan, mercante han sido la causa de este aumento de precios: hace unos quince años que podia obtenerse una manucodiata por un gran cuchillo, una guinea ó algunas libras de bizcocho; pero actualmente son precios verdaderamente locos. Es preciso negarse á comprarlos. » Apesar de esta recomendacion del capitan, no pude resistir á los deseos de poseer algunos de tan magníficos plumajes. Afortunadamente el azar me proporcionó un mercado bastante cómodo, pues como entre los objetos que le quedaban para mis pequeños tráficos se hallaban algunas tazas de porcelana compradas en Canton, las dí á un Papou que me las pidió en cambio de dos manucodiatas, un *manucodio* y un *soberbio* bastante bien conservados.

El bote se dirijió á tierra por la tarde para hacer aguada, y en consecuencia aproveché aquel momento para ver el aspecto de la playa. Desembarcámos cerca de un torrente límpido que corre al través de un lecho de corales. En la bajamar se puede hacer aguada muy fácilmente; pero la marea ascendente hace somera su agua. Para ver el arroyo es preciso hallarse en su mismo lecho, porque sus bordes están guarnecidos de espinosas y densas malezas. A lo largo de los bordes se hallaban bellísimos mariscos de la especie llamada vulgarmente *oreja de Midas*, muy apreciada de los aficionados á conquiliolojía.

El jóven Rainbow, muy diestro cazador, me propuso que le siguiese al dia siguiente en una cacería de manucodiatas, en la que debian hacernos de guias dos ó tres jóvenes Papous que conocian perfectamente el terreno. Partímos muy de mañana, y como los bordes de la playa estaban guarnecidos de selvas espesas que hubieran echado á perder nuestros vestidos, penetrámos en los bosques por el lecho mismo del torrente. Por espacio de dos ó trescientos pasos es preciso caminar con agua hasta el pecho; pero mas allá apenas se moja el tobillo en tiempos de sequedad. Salvada la parte marítima, se despeja un poco la selva, de suerte que puede entrarse en ella cómodamente y recorrerse en todos sentidos. Compónese de vejetales inmensos que forman muchas veces dos altos de verdor; es decir, á la primera linea se ven pterocarpus, los ficus, los inocarpus, una especie de acacia

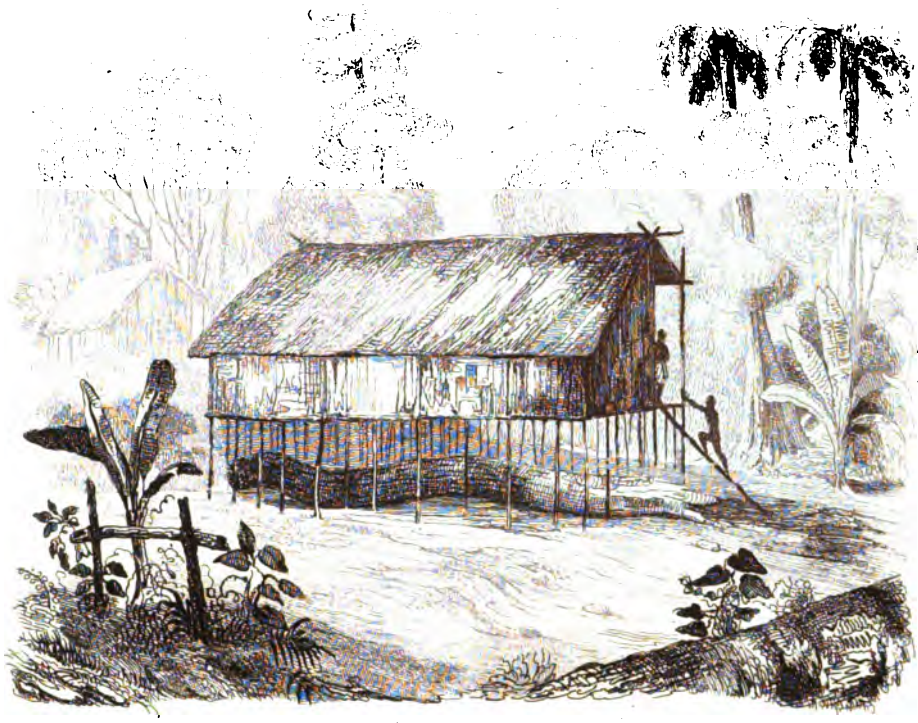
ó mimosa, y otras especies que no reconocí, alzando sus troncos desnudos hasta una altura de cien pies y desparramándose en encumbradas copas que acrecen todavía en semejante proporcion; á la segunda hilera se veían árboles menos altos, tales como tectonas, malvaviscos, hernandias ó palmeras de los jéneros areca, corypha, sagúes, cycas, á veces de ochenta pies de altura, apesar de que solo componen la selva secundaria. Como bajo aquel doble toldo el terreno no refleja ningun rayo solar, tan solo ofrece arbolillos raros y raquíticos, y casi ninguna planta herbacea, á no ser algunas orchideas, caneas leguminosas, helechos ó licopodos comunes bajo el ecuador. El suelo es un terreno negro sumamente móvil, y á menudo es surcado y agujereado de manera que lo hace muy incómodo al viajero. Tales accidentes deben achacarse á los cerdos silvestres que abundan en aquellas selvas.

Una multitud de pájaros cayeron bajo nuestros tiros; calaos de murmurante aleteo, enormes y magníficos pichones gouras, nicóbares de colores metálicos, hermosas tortolillas, elegantes arvelas, papagayos, verdecillos y cotorras de todos matices. Pero la manucodiata, la brillante esmeralda supo evitar todos nuestros tiros; á veces le oímos llamar á su hembra con su reclamo ronco y latidor *ouak, ouak, ouako*, ó bien *koua, koua, koua;* pero cuando íbamos en su busca enmudecia súbitamente, ó bien se encaramaba á la copa de algun árbol encumbradísimo para sustraerse á nuestra vista. Es verdad que vímos algunos de bastante cerca mientras atravesaban el curso del torrente por medio de un vuelo rápido, desigual, caprichoso y como ondulante. Es un espectáculo verdaderamente curioso ver aquel naranjado penacho haciendo visos sobre el verde de los árboles, al paso que en el curso de su vuelo aquellos brillantes y tupidos flancos son sus únicos puntos perceptibles. Aunque esté empingorotada sobre un árbol, la manucodiata continua sus movimientos petulantes y sofrenados: no parece sino que no puede estar un momento tranquila, puesto que su actitud es inquieta, aletea con frecuencia, eriza su plumaje, sacude todos sus miembros y repite sin interrupcion su canto monótono *ouak, ouak, ouako*. La hembra no presenta un cuerpo emplumado con tanta riqueza, pero repite su canto monótono, bien que con menos distincion. Al principio creímos que las hembras eran mucho mas comunes que los machos, atendido el mayor número que de ellas vímos; pero los naturalistas del *Astrolabio* justificaron que esta desproporcion no es mas que aparente. Cuando jóven, el macho no va hermoseado con tan magníficos atavíos; por manera que á primera vista se confunde fácilmente con la hembra; pero con la edad el plumaje va acreciendo gradualmente. Estas aves viven de frutos, principalmente de tek y de una especie de higo, y la ondulacion de su vuelo debe al parecer atribuirse á la disposicion de sus largas plumas, cuyo lujo les pone en la precision de tomar una direccion opuesta á la del viento. Así que, al acercarse alguna borrasca, no se aventuran á esponerse al capricho del viento, sino que permanecen agazapadas bajo los troncos de los árboles. Las costumbres de esas esmeraldas son briosas y vengativas; persiguen acérrimamente á su enemigo, y no ecsiste ejemplo de que jamas hayan podido domesticarse (Pl. XXI. — 4).

No careció nuestra caza de algunas aventuras. Hallabámonos en la espesura de la selva creyendo tropezar tan solo con animales, cuando oímos algunas voces humanas, y nuestros guias se detuvieron amedrentados, clamando *Arfakis* é indicándonos que aprestásemos los fusiles. Pusímonos efectivamente sobre las armas y avanzámos directamente hácia el punto de do partiera el ruído. En la preocupacion de un encuentro funesto, los dos jóvenes Papous parecieron retenerse el hálito, pero poco despues prorumpieron en gritos de alegría al reconocer á unos compatriotas suyos, cazadores mas afortunados que nosotros, que preparaban su caza para venderla al siguiente dia á los marchantes del *Oceánico*. Consistia su caza en dos javalíes bastante regulares, otros tres mucho mas pequeños y tres ó cuatro falanjeras, á los que iban desorejando los salvajes á un fuego de malezas y de yerba seca. Deseando adquirir aquellos venados, les propuse que me los vendiesen, y aunque no sin sentimiento, me los cedieron sin embargo mediante algunos pesos y contrayendo la obligacion de llevarlos á bordo.

La jornada siguiente á aquella incursion fué empleada en visitar las aldeas papouas situadas en la playa. En la orilla N. se veían dos, denominadas Doreï y Kouao, y una tercera en la isleta de Mana-Souari, todas de la misma forma. Estas aldeas vienen á reducirse á sotechados de una lonjitud considerable fabricados con el ausilio de algunas cbillas y pértigas cortadas groseramente que se sostienen sobre estacas á ocho ó diez pies sobre el nivel del mar. Todas indistintamente son construídas sobre estacas; ninguna en tierra firme (Pl. XX. — 3). En esos domicilios se ven prolongadas estacas con punta escopleadas con fuerza que hacen veces de escalera, y se retiran dentro durante la noche y al acercarse el enemigo. Esta inclinacion de los Papous á edificar su morada precisamente sobre las aguas no ha sido nunca bien esplicada; unos la atribuyen á sus creencias relijiosas; otros al simple deseo de estar al abrigo de los insectos y de las hormigas incómodas que asolan el país, y otros en fin á un motivo de seguridad contra los ataques de sus adversarios.

Yo entré en uno de aquellos domicilios, verda-



1. Village d'Aiambo.

1. Aldea de Aiambo.

2. Tombeau d'un Chef Papous.

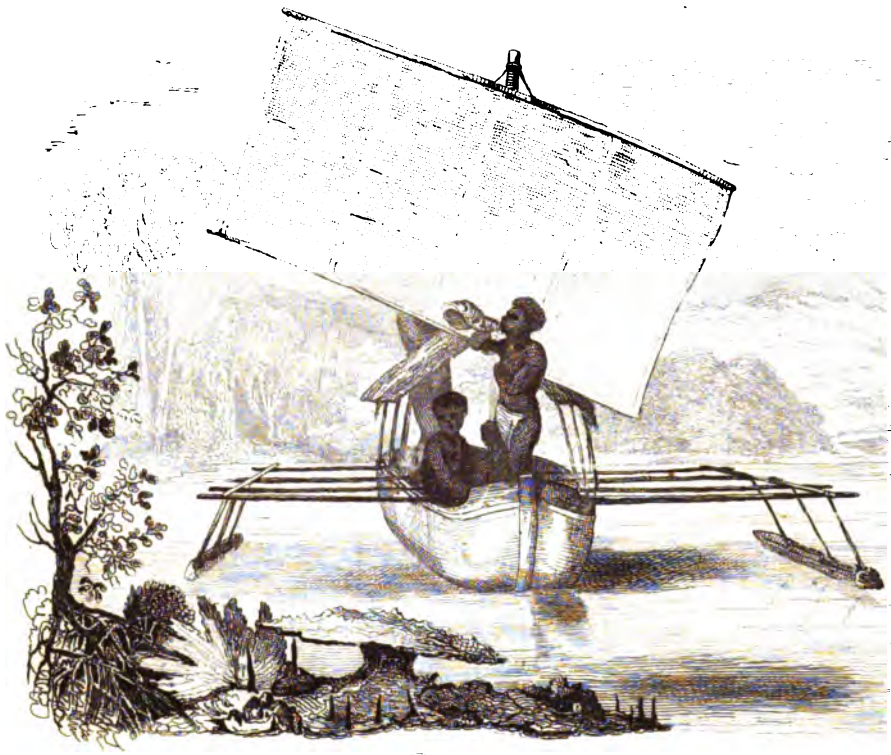
2. Sepultura de un Jefe Papu.

de Sainson del.

LOMAGE.
VIAGE.

RY

PUBLIC LIBRARY



3. Piragua de Dorei.

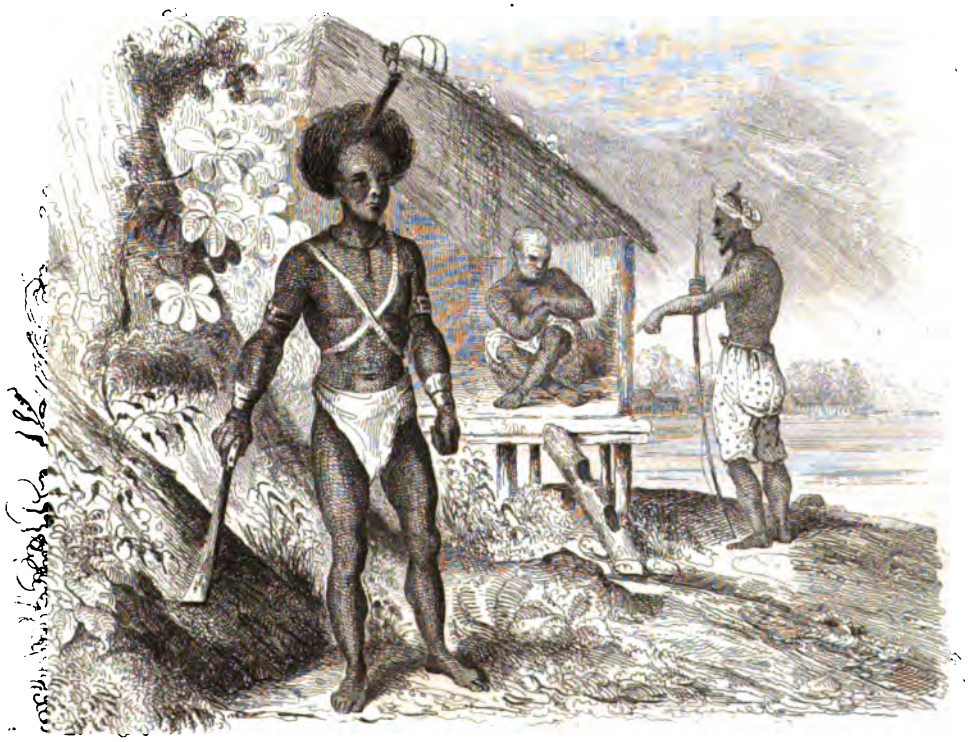
3 Piragua de Dorei.

4. Etablissement près de la Rivière Dirarga.

4 Estancia cabe el Rio Dirga.

3. Village de Dorei.

3 Aldea de Dorei



4. Naturels de Dorei.

4 Naturales de Dorei

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

dero castillo bamboleante, atravesado de parte á parte en todos sentidos. Un prolongado y angosto pasillo separaba una hilera de celdas, habitadas por un matrimonio cada una. Todos los muebles de aquellas celdas se reducian á una ó dos esteras, una olla, una taza de loza y varios sacos de harina de sagú. Los cuartos de los koranos (jefes) que llaman tambien *capitanes*, estaban mas bien montados, y contenian ademas algunas cajas ó canastillos de hojas de banano en donde depositan sus mercancías y sus riquezas. En otra cabaña, que parecia una especie de harem ó jineceo, ví muchas mujeres reunidas en una sala comun y ocupadas en diferentes tareas: las unas entretejian esterillas, las otras amasaban greda y fabricaban vasos de diferentes tamaños. Una de ellas cantaba, mientras las otras parecian placerse en aquella melodía. Entre los marinos que nos acompañaron en aquella incursion se contaba uno que llevaba un calamillo en su faltriquera, y lo puso á tocar. Es imposible pintar el efecto que produjo aquella armonía inesperada. Todas aquellas mujeres abandonaron sus faenas y se apiñaron al rededor del músico empezando de nuevo sus cantos que no dejaron de parecerme armoniosos y superiores á los cantos malayos, jeneralmente monótonos. Habiendo ofrecido algunas bagatelas á aquellas artistas, se sonrosaron y al principio se negaron á aceptarlas; pero despues fueron á buscar algunos canastillos de bananos y los trocaron contra nuestras bujerías. Como esto no era aceptar un don, sino tan solo hacer un trueque, en vez de llevarnos á bordo las bananas, las distribuímos á los niños de la casa, quienes las recibieron con modestia y reserva, sin avidez y levantando las manos sobre su cabeza en fé de su agradecimiento. Unos niños así educados no podian menos de ser hombres sociables y sensibles. Durante nuestra permanencia en la casa de las mujeres, los Papous manifestaron mucha inquietud, nos instaban por medio de señas que saliésemos, y quedaron sumamente satisfechos cuando tuvímos á bien acceder á su demanda.

En medio de todas aquellas casas alineadas en la playa hay una que llamó particularmente mi atencion. Componíase de una sola pieza con un techo triangular, teniendo por piso tres gruesos tirantes transversales, sostenidos sobre cuatro estacas sólidas cada uno, de lo que resultaba una especie de columnatas de cuatro órdenes, cada una de las cuales se componia de seis postes. Todas aquellas estacas eran esculpidas en figuras humanas, que aunque muy groseras, si se quiere, pero muy conocidas. En aquellas figuras enteramente desnudas, la mitad, á saber, las de la hilera inferior eran del sexo masculino; pero las de la hilera esterior eran del sexo femenino. Todas eran superadas de un turbante ó shako, formando un capitel, de suerte que su agregado como los postes superiores presentaba un conjunto de arquitectura regular. Todas las noticias que pudímos adquirir de nuestros guias acerca de aquel edificio, se reducen á que era destinado para ceremonias relijiosas. Por lo demas ninguna pértiga escopleada parecia dar acceso hácia su interior.

La relijion de estos naturales parece consistir en gran parte en los homenajes debidos á los despojos de los muertos. Esméranse sobremanera en la conservacion de las tumbas, y depositan en el otero las mas estrañas ofrendas y estatuas. Algunas de esas tumbas tienen formas complicadas y simétricas (Pl. XXII. — 2). Colocados á los umbrales de la Malasia, de las Filipinas y de la China, los Papous han debido recibir de esos países algunas nociones vagas del arte asiático y de la industria europea, cuyos primeros rudimentos han hecho entre ellos algunos progresos en la arquitectura, el comercio y las construcciones. Sus piraguas son enteramente diversas de las de los Melanesios, y en cuanto á la forma son muy parecidas al *koro-koro* de las Molucas (Pl. XXII. — 3). Entre esas embarcaciones habia una que me chocó sobre todo por su forma y por sus proporciones. Ofrecia algunas analojías con nuestros barcos pescadores, y los guias nos noticiaron que era el buque que los habitantes de Doreï envian cada dos años sus tributos en esclavos, conchas de tortugas, aves y corteza de misoï, al sultan de Tidore á quien reconocen por su soberano.

La víspera de nuestra partida, uno de nuestros jóvenes guias se ofreció á acompañarnos á una fiesta fúnebre que debia verificarse por la noche á la luz de las antorchas. Efectivamente fuí á ella junto con Pendleton y vímos la ceremonia que tenia lugar sobre la plataforma abierta de una de las casas. Reunida en torno de varios platos de cerdo asado, bananas, batatas y taro, la familia del difunto manifestaba su sentimiento y su dolor hartándose de víveres á su intencion. Al rededor de la mesa habia varios fetiches que fueron paseados en redondo y sufrieron una arenga de parte de cada convidado. Veinte naturales concurrieron á aquella sesion que se prolongó hasta bien entrada la noche. Eran las nueve cuando regresámos á bordo, y como la casa en que estábamos se hallaba situada al estremo de la aldea, nos hicieron atravesar los puentes por el estilo de los naturales. Estos puentes consisten sencillamente en un tronco de bambú y forman un camino bastante parecido á la cuerda tendida de un acrobato. Nuestros Papous andaban por ellos cual sobre una calzada, mas en cuanto á nosotros, como no habíamos hecho todavía nuestra educacion de equilibristas, nos vímos obligados á cabalgar el puente, cual hubiéramos podido hacerlo con un caballo para

llegar sin estorbo de una á otra casa (Pl. XXI. — 3).

El último dia que pasámos en tierra, quise determinar á uno de mis guias á que me acompañase entre los Arfakis; pero todas mis instancias fueron inútiles. Cuando hablan de ellos á los Papous, sacuden la cabeza, y dicen «que es una temeridad, pues se espone á ser degollado.» Estas repugnancias no dejaban de ser determinadas por algunos motivos, y mas adelante verémos la opinion que sobre esto formaron Forrest y el capitan d'Urville. Viéndome pues forzado á renunciar á aquel proyecto, hice otra escursion á la playa, y en ella ví bellísimas plantaciones que consistian principalmente en legumbres, taros, batatas, tiernos malvaviscos, etc. Por acá y acullá y en medio de los desmontes echámos de ver algunos árboles encumbrados en cuya copa revoloteaban esmeraldas de brillante penacho. Al volver al lugarejo oí algunos martillazos, cual si hubiese allí cerca alguna fragua ó cerrajería. Avancé pues, y ví efectivamente una fragua papua, á la vez injeniosa y pintoresca, en donde los naturales transformaban en brazaletes los pesos que acabábamos de darles. Componíase la fragua de un fuelle y de una piedra por ayunque. La forma del fuelle era muy sencilla y consistia en dos cilindros de gruesos bambúes dispuestos verticalmente el uno cerca del otro como dos grandes cañutos de bomba; á poca distancia de la base de esos dos bambúes se adaptan horizontalmente unas cañas que converjen hácia la estremidad en un solo canal, dan salida al aire batanado alternativamente en cada cañuto por medio de dos émbolos en los que obra un hombre sentado sobre un tronco de un árbol de la altura de dos cilindros (Pl. XXI. — 1). El ayunque es de granito, y como ignoran los medios de fundir y colar la plata, se contentan con ablandarla al fuego de la fragua y darle la forma que quieren á martillazos. De esta suerte depilfarran mucho metal y necesitan muchos pesos para hacer un solo brazalete. Algunos de ellos llevaban tres ó cuatro en cada brazo hechos con los pesos permutados con los Bouis, los Chinos y los Europeos.

Este deseo de tener pesos se nos manifestó con mas viveza que nunca el dia de nuestra partida. Al levar el ancla á 7 de agosto por la mañana, acudieron los Papous en tropel ofreciendo sus manucodiatas con una rebaja considerable. Tambien se presentaron dos grandes piraguas de Embarbaken, aldea situada al O. de Doreï, en donde las esmeraldas son mas comunes que en ninguna parte: así que en aquella sola mañana comprámos cien manucodiatas á precios muy equitativos, aunque no debe pasarse en silencio que no habia ninguna en perfecto estado de conservacion. Las unas eran medio corroidas por los insectos, y las otras empañadas por los medios de preservacion. Los naturales tienen la costumbre de cortar las patas á esos animales para conservarlos mejor, lo que ha inducido á creer á muchos viajeros que no tenian de ellas, cuyo error indujo al mismo Lineo á llamar á la pequeña esmeralda *paradisea apoda*.

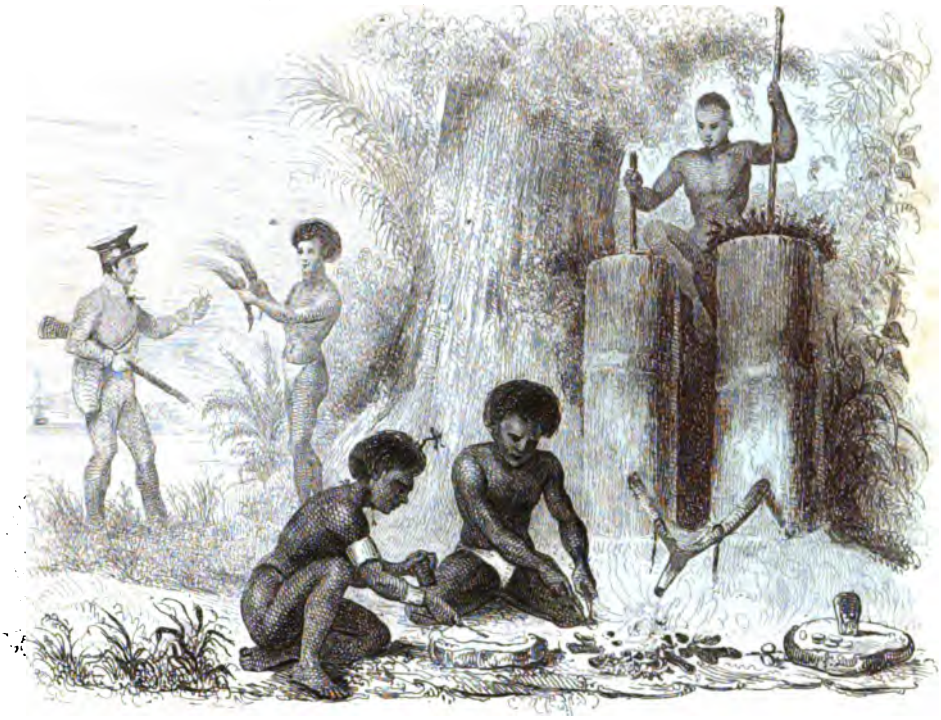
Salido del abra de Doreï, el *Oceánico* dobló el cabo Mamory, punta avanzada de la península, y llevó el rumbo hácia el O. con una débil brisa en medio de intermitentes calmas y sufocantes calores. El impulso de las corrientes era el único que nos hacia andar, y con ellas pudímos montar el cabo de Buena Esperanza de la Nueva Guinea, caracterizado por una montaña que supera un pico escotado en forma de creciente. Este pico fué llamado por M. d'Urville *Monte Dicedas*. Toda aquella estension de costas está cubierta de árboles; pero si hemos de juzgar por las pocas humaredas que se veían y la rareza de los terrenos cultivados, podemos conjeturar que contiene una poblacion no muy considerable.

Las montañas de la Nueva Guinea eran todavía muy altas sobre el horizonte cuando descubrímos las tierras de Waigiou. Durante los dias 12 y 13 de agosto, el *Oceánico* costeó lentamente las playas de esta grande isla en donde se hallan los sitios descritos por los capitanes Freycinet y Duperrey y los bosques de Rawak y Fofabak.

Sin embargo esta tierra debia escaparnos, y solo podíamos reconocerla á la vela. Pendleton proyectaba hacer escala en algunos puntos de las Molucas antes de regresar á Java, y como los últimos meses del monzon del S. habian llegado ya, era preciso aprovecharlos. En consecuencia el *Oceánico* perdió de vista Waigiou y singló directamente hácia las Molucas.

Las tierras que acabamos de dejar son las últimas de la Melanesia propiamente dicha. Lindan con la Malasia, y consideradas bajo muchos aspectos etnolójicos han tomado algunos de sus caractéres. Los Papous son como la raza de transicion situada en aquel límite para llegar á los pueblos mas ó menos salvajes que terminan en las islas Viti.

La Nueva Guinea ó tierra de los Papous fué descubierta á lo que parece por los años 1511 por los Portugueses Antonio Abreu y Francisco Serrano. Don José de Meneses, en su travesía de Malaca á las Molucas verificada en 1526, fué impelido por los vientos y las corrientes á mucha distancia E. de Borneo. Mientras se dirijia al S. alcanzó bajo el ecuador un puerto de la isla de los Papous llamado Versija en donde permaneció algun tiempo aguardando el monzon



1 Forge des Papous

1 Herreria de los Papus

2 Homme et Femme de Dore

2 Hombre y Mujer de Dore

de Sainson del

POLAGE
VIA...

PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3 Cantos y Rojas funebres á Doret

3 Cantos y Comidas funebres en Doret

4 Aves del Paraiso, macho y hembra

4 Aves del Paraiso, macho y hembra

M. PARENTE
PINTOR ESC.

Tom. 2 Lám. XX.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

favorable. Todas las noticias que se tienen de este punto, consisten en que se hallaba á doscientas leguas de las Molucas, que estaba situado bajo el ecuador y era habitado por Papous de pelo lanoso. Este punto sin duda distaba poco de Doreï.

En 1528, dos años despues, el jeneral español Alvaro de Saavedra tocó tambien en la tierra de los Papous, en donde pasó unos dos meses á doscientas cincuenta millas. Los naturales eran negros, de pelo corto y crespo, iban desnudos, y poseían diversos instrumentos de hierro. En virtud de la manía del tiempo, llamó á aquellas islas *Islas de Oro*, pues los Españoles veían oro en todas partes. A cien leguas mas distantes, varios naturales atacaron al buque, pero perdieron tres prisioneros. Habiéndose aguado su proyecto, Saavedra regresó á las Molucas, y al año siguiente (1529) siguió el mismo camino y costeó la tierra de los Papous hasta el punto en donde habia cojido á los salvajes. A vista de aquella tierra, dos de ellos se precipitaron á las olas y alcanzaron la playa; mas el tercero se hizo cristiano con la intencion de convertir á sus compatriotas. Los dos primeros prófugos mataron á su cofradre antes de tocar en la playa. Parece que Saavedra costeó aquella tierra cerca de quinientas leguas y se dirijió en seguida al N. O.

En 1577 las naves de Grijalva visitaron cerca del ecuador dos islas denominadas *Mensum* y *Bufu*, y habitadas por Papous. «Los naturales, dice la relacion, son negros de cabello rizado; comen carne humana, son grandes ruínes y se dedican á tales maldades que los diablos van con ellos á título de compañeros.» La relacion menciona un ave del tamaño de una grulla que no puede volar, pero que corre con la mayor rapidez, y cuyas plumas sirven á los naturales para adornar la cabeza de sus ídolos. En 1545 Iñigo Ortiz de Hatez parece haber reconocido igualmente la mayor parte de la costa septentrional de la tierra de los Papous, haciendo escala en los diversos puntos y señalando muchas nuevas islas. En aquella espedicion los Españoles aplicaron á esa gran tierra el nombre de *Nueva Guinea*, en virtud de la semejanza que ecsistia entre los indijenas del país y los de Guinea.

Por esta misma época la tierra de los Papous habia sido esplorada repetidas veces, como se echa de ver por esos relatos poco individuados y confusos; pero lo que lo demuestra todavía con mas evidencia es una grosera descripcion de la costa septentrional de la Nueva Guinea, publicada en 1753 por Nicolas Sruick, en la que figuran una multitud de nombres portugueses que con dificultad podrian hacerse concordar en la actualidad con las recientes esploraciones del capitan d'Urville.

Lo que que hay de positivo es que el Holandés Schouten fué el primero en rectificar las nociones adquiridas sobre esta tierra. A 7 de julio de 1617 fondeó ante la isla Vulcano, que á la sazon era un volcan en actividad, y los isleños acudieron con cinco ó seis piraguas, aunque ninguno de cuantos se hallaban á bordo pudo comprender su lenguaje, sin esceptuar al Melanesio Moisés, tomado algunos dias antes en la Nueva Irlanda.

Despues de haber dejado á 9 de julio las islas que recibieron el nombre de *Schouten*, el navegante holandés ancló ante una isla idéntica con la que despues fué denominada *isla d'Urville*. Segun la relacion, los moradores tenian el cabello corto y rizado; llevaban anillos en las ventanas de la nariz y en las orejas, plumas en la cabeza y en los brazos, collares de dientes de gocho en la nariz y un grande ornamento sobre el pecho. Hacian uso del betel, y estaban sujetos á muchas enfermedades y deformidades. Sus habitaciones se elevaban á ocho ó diez pies sobre el nivel del suelo. En la costa se vieron dos lugarejos que destacaron algunas piraguas hácia el buque; pero fué sumamente difícil hacer trueques con los que las montaban. Solo llevaban consigo algunos cocos por los que demandaban unos precios muy subidos, pues pedian una vara de tela por cuatro de aquellos frutos; en cuanto á cerdos, no quisieron vender ninguno.

Durante muchos dias navegaron á lo largo de la costa sin que pudiesen decir á punto fijo en donde se hallaban. El dia 15 se echó el ancla cerca de dos islas fértiles en cocos, separadas de la gran tierra por medio de un canal de una milla de estension. Habiendo el capitan despachado algunos botes á tierra, los naturales se ocultaron en los bosques, y desde ellos desembalestaron una lluvia de flechas que fué contestada con descargas de pedreros; pero como el número de salvajes iba aumentando, fué preciso replegarse sobre el buque. Despues de esta isla se vieron otras dos situadas á cinco ó seis millas de la costa y llamadas *Arimoa*. No contentos con ir á cojer algunos cocos, los Holandeses pegaron fuego á las tripulaciones, y aunque furiosos y prorumpiendo en gritos de rabia, los naturales no osaron atacar á los navíos á causa de los cañones cuyas balas llegaban hasta la playa. Por la tarde se firmó y selló la paz por medio de algunas nueces de cocos, y al fin se acabó por entenderse y verificar permutas considerables. Adquirimos tantos frutos y provisiones como quisimos contra abalorios, clavos viejos y cuchillos herrumbrosos. Por lo demas aquellos salvajes parecian haber tenido ya relaciones bastante frecuentes con los Europeos; pero sin duda estaban en guerra con algunas tribus vecinas, porque habiéndose manifestado algunas piraguas por la parte del

E., suplicaban que las acañoneasen.

El 21 aparecieron otras islas, probablemente las islas de los Traidores, cuyos habitantes vinieron á comerciar con grandes piraguas cargadas de pescado seco, cocos, bananas y tabaco, acercándose con aire tímido y suave y derramando agua sobre su cabeza en señal de amistad. Su lenguaje diferia del de las islas Arimoa. De sus narices pendia un anillo de estaño, y en sus manos llevaban brazaletes de nácar. Presentóse ademas una piragua de otra isla llevando víveres y porcelanas de China, y los naturales que la montaban eran de una talle mas alta y de un tinte mas subido que los precedentes. Gustaban mucho de los abalorios y del hierro, y de sus orejas colgaban pendientes de vidrios azules ó de diversos colores. Despues de haber abandonado aquella isla, Schouten costeó otra muy elevada cuya parte occidental fué denominada *Goede-Ohoope*, nombre que fué aplicado por Dampier á una punta mas occidental. Finalmente despues de aquella interesante campaña, regresó Schouten á las Molucas.

En 1622 Roggeweens visitó tambien algunas partes de la Nueva Guinea; tocó en las islas Arimoa, en donde se le presentaron 200 piraguas llevando provisiones, y atravesó un grupo que apellidó *Mil Islas* (sin duda las islas de los Traidores), cuyos moradores, segun el diario del viaje, tenian la cabeza cubierta de un pelo espeso y rizado, con las ventanas de la nariz atravesadas por un pedazo de madera, y llevaban el nombre de Papous.

En 1643 el Holandés Abel Tasman reconoció la isla Vulcano y su cresta ignívoma, comunicó con los habitantes de la isla Jama, con quienes permutó algunas provisiones, y vió por la parte del E. la isla Moa en donde se procuró seis mil nueces de cocos y cien paquetes de pisang. En esta última tierra uno de los naturales hirió á un marinero de un flechazo; pero el culpable fué entregado en poder de los Holandeses. Dejando á un lado este accidente, todas las relaciones fueron pacíficas.

Despues de Tasman la Nueva Guinea no fué visitada por ningun otro navegante, hasta que el Inglés Dampier la sacó del olvido en 1700. En efecto, este marino vió una porcion de la costa mas occidental, descubrió la isleta de Poudou-Saboude, pasó á la parte septentrional costeándola á una distancia considerable, avistó de nuevo la isla Schouten y descubrió el islote de la Providencia. A su regreso se trilló una senda á través del estrecho que lleva su nombre, aseveró la separacion de las dos grandes islas, señaló una isleta ignívoma en el canal y otras islas que denominó Rook, Corona, Rich y un volcan, la isla Ardiente; reconoció de nuevo las islas Schouten entre las que percibió algunas piraguas á la vela, y llevando el rumbo hácia el O. pasó por Mysory y Providencia, y abandonó los mares de la Nueva Guinea.

En 1705 el pequeño buque holandés *el Geelwink* esploró detenidamente la espaciosa bahía que recibió su nombre; pero ya por efecto de algun misterio sistemático, ya por insuficiencia de observaciones, lo cierto es que no ecsiste ningun documento formal de aquella empresa. Fleurieu indicó tambien la situacion de la bahía reconocida, pero la designó equivocadamente á mas de doscientas leguas al E. de su posicion real. En el propio año el Inglés Funnel visitó algunas partes de la costa N. O. de la Nueva Guinea, sin que los habitantes manifestasen deseos de pasar á bordo de sus naves.

Sesenta años consecutivos discurrieron sin novedad hasta que en 1768 Bougainville se presentó ante las tierras de Nueva Guinea por la parte donde el capitan d'Urville juzga colocada la bahía Humboldt, y la costeó á una distancia considerable. Cook hizo otro tanto en 1770 respecto á la costa meridional la que tocó en los alrededores del cabo Walsh; y habiendo probado un desembarque para surtirse de víveres, los naturales le armaron una emboscada, dispararon sus javalinas contra los Ingleses, y con una especie de cañon ó caña hueca lanzaron unos fuegos cuyo uso y naturaleza nadie pudo sospechar. Si hemos de juzgar por las observaciones de Cook, los isleños se asemejaban á los naturales de la Nueva Holanda, con la sola diferencia de ser de un tinte menos subido. El navegante inglés fué el primero en presentar algunos pormenores ecsactos sobre la parte meridional de la Nueva Guinea, bien que no deja de confesar que en los siglos anteriores debió de ser visitada por los Españoles, Holandeses y Portugueses, que guardaron un profundo silencio sobre su descubrimiento.

En 1774 el capitan Forrest pasó desde las Molucas á la parte occidental de la Nueva Guinea en un *koro-koro* malayo, á fin de tomar algunos plantíos de nueces moscadas. Al efecto penetró en el abra de Doreï, y fué el primero que recojió documentos auténticos sobre la tierra de los Papous.

En 1790 y 1791 Maclner acometió á lo que parece las mas importantes empresas en la parte occidental de la tierra de los Papous. Se sabe que descubrió un canal muy profundo que transforma la parte O. de esta grande isla en una península casi enteramente aislada; pero esta esploracion, por otra parte poco conocida, parece ir acompañada de grandes inecsactitudes. En 1782 d'Entrecasteaux reconoció al pie de cuarenta leguas de costas de la Nueva Guinea, en las cercanías del golfo Huon y en el lado S. O., y casi otro tanto en los alrededores del cabo Goe-

de-Hoop; mas todos esos reconocimientos no fueron parte á entablar alguna relacion con los naturales.

En 1823 el capitan Duperrey se contentó con reconocer las islas Schouten y avistar á quince ó veinte leguas de distancia algunos picachos de la gran tierra; pero al año siguiente pasó trece dias en el fondeadero del abra Doreï y visitó su costa en una estension de veinte ó treinta leguas al O. de aquel abra. La recalada de Doreï dió campo á algunas investigaciones y estudios por parte de los naturalistas que ilustraron la ciencia en lo tocante á todo linaje de producciones del país. La relacion de aquel viaje no ha visto aun la luz pública; pero en cambio tenemos á la vista el diario de M. d'Urville, teniente en aquella espedicion, del que estractamos los siguientes pormenores relativamente al recalo de Doreï y á una escursion verificada en los contornos del abra:

« Las preguntas que hice en malayo á algunos naturales me habian inducido á creer que retiraban la mayor parte de sus producciones vejetales, á saber: licores, tabaco, taros, y el relato de Forrest robusteció mas y mas mi opinion. Este navegante tropezó con obstáculos insuperables para relacionarse con aquellas jentes; pues á ello no solo se oponian los Papous, si que tambien se mostraban muy descontentos del deseo que manifestaba de penetrar en su territorio.

« Lo mismo hicieron conmigo, y movieron todos los resortes para inducirme á renunciar al proyecto que habia formado de visitar á los Harfours. Los unos no querian escucharme; los otros finjian no entenderme, y los mas elegantes empleaban toda su retórica para disuadirme. Finalmente con el cebo de un *compan* (peso) y de un hermoso cuchillo pude determinar á un jóven papou, de una fisonomía intelijente, que me acompañase hasta los Harfours. Yo no sé si comunicó su marcha á alguno de los suyos ó si mudó súbitamente de resolucion; pero apenas se hubo sentado conmigo en el bote, cuando le sobrecojió un profundo temor, y alegó por pretesto todos los motivos que pudo imajinar, el hambre, la sed y demas.

« Despues de haber desembarcado cerca de las casas, redobló sus espresiones de temor, y se armó de un arco y de flechas asegurando que los Arfakis eran unas jentes muy inicuas, que nos matarian infaliblemente si no llevábamos fusiles. Yo no habia querido tomar ninguno á fin de no promover ninguna inquietud á los nuevos huéspedes que iba á visitar; así que solo llevaba la pequeña azada que me servia para arrancar las plantas. Iba acompañado solamente de un hombre tambien inerme que solo llevaba una caja de botánica.

« Sin escuchar á mi guia tomé el primer sendero que se me presentó y que parecia conducir hácia el interior. Por una casualidad bastante rara he reconocido despues que era el único que debia conducirme á mi objeto, lo cual no dejó de ser un lance bastante afortunado, porque en la disposicion en que se hallaba mi conductor, caso que me engañase, es casi seguro que no me lo hubiera enseñado. Atravesámos una comarca ocupada por selvas de un aspecto sumamente agradable, y sembrados por acá y acullá de encumbrados árboles. Mi natural no cesaba sus lamentaciones y sus esfuerzos para inducirme á retroceder ó almenos á tomar senderos laterales. Signifiquéle que no le necesitaba para maldita la cosa, y que aunque fuese solo no dejaria de ir entre los Harfours, y entonces se decidió á tomar su partido, suspiró y me tomó la delantera con objeto de ganar sin duda su polla.

« Despues de algunos minutos de marcha, en el acto de abandonar la parte litoral para entrar en la colina que la supera, encontré una espaciosa cerca, llena de bananos y de taros verdegueantes, frondosos, pero muy mal cuidados y circuídos de una sólida empalizada. Como yo me detenia para dar una ojeada, mi salvaje me salió bruscamente al encuentro asegurándome que allí dentro estaban escondidas las mujeres de los Arfakis, y que de consiguiente no podia entrar sin ser asesinado. Yo no daba mucho crédito á aquellas amenazas; pero al tender la vista en mi alrededor, percibí sobre el collado que dominaba al valle un suntuoso edificio encaramado sobre altas estacas y ofreciendo la apariencia de un reducto. Mientras estaba considerando el aspecto singular de aquella habitacion, mi Papou echó á vociferar, á lo que contestaron otros gritos confusos, entre los cuales distinguí algunas voces de mujer.

« El Papou reiteró sus instancias para hacerme retrogradar; pero al momento comencé á penetrar el objeto verdadero de sus monadas. Era imposible que aquellos individuos con quienes se daba á entender tranquilamente por medio de gritos, fuesen aquellos terribles Arfakis cuyo encuentro temia sobremanera. Por el contrario, todo anunciaba que allí se habian retirado las mujeres de los Papous con sus hijos para no verse espuestas á las miradas de los Franceses. La víspera habia visitado la aldea con Duperrey, y no pude menos de quedar sorprendido al encontrar desiertas la mayor parte de las casas. Sin duda los naturales, á la llegada de una nueva embarcacion cuyo pabellon no conocian, habian concebido sospechas sobre las intenciones de aquellos estranjeros, y juzgado que el mejor partido era el de sustraer sus mujeres y sus hijos á la vista de los recien llegados

por temor de que no acabasen por llevárselos. El azar me habia encaminado al lugar de su asilo, y de ahí procedian los temores, las inquietudes y los pretestos de mi Papou.

« Espliqué pues del mejor modo que supe á mi guia que no abrigaba el menor deseo de ver á las mujeres de que estaba repleto aquel recinto, pero que absolutamente queria ver á los Harfours. Esta declaracion no le satisfizo completamente, pero le calmó un poco y empezámos á trepar la costa. En ciertos puntos es bastante escabrosa, y los chorritos de agua que corren sobre el granito, hacen á veces el camino muy resbaladizo. A veces tambien es barrado por hendeduras ó barrancos que es preciso atravesar sobre troncos de árboles que hacen veces de puentes. Como empezábamos á subir, saliéronnos al encuentro unos quince salvajes armados de machetes, de arcos y de flechas, y aunque manifestaron una viva inquietud, no mostraron ninguna amenaza mi intencion hostil. Yo miré á mi Papou, pero no le ví amedrentado, de lo cual inferí que no habia peligro alguno. En consecuencia me adelanté hácia los recien venidos, les ofrecí algunos presentes y procuré darles á entender que no era mi objeto ver á sus mujeres. Los salvajes me escuchaban con cierta sorpresa; y aunque era evidente que no comprendian lo que les decia, alineáronse pacíficamente y me dejaron pasar. Uno de ellos en retribucion de mis presentes me ofreció una manucodiata de la especie *soberbio*, bastante bien conservada, y un jóven kangarou vivo. Acepté lo primero, y envié lo segundo á bordo.

« Como vió que continuaba mi camino, mi Papou parecia haberse confortado un poco: hablábamos de los salvajes que habíamos encontrado, y me decia que no eran Papous como él, sino bestias, animales, que no sabian hablar ni entender *malayo*. Todas sus espresiones estaban impregnadas de cierto sentimiento del mas profundo desprecio. Halléme finalmente cerca de una vasta cerca que circuía la gran casa de la cima del collado; entré sin obstáculo, y manifesté á dos ó tres salvajes el deseo de visitar la casa. Consintieron en ello sin ninguna repugnancia aparente, y aun me acompañaron. Servia de escalera una gruesa viga inclinada y esclopeada con fuerza; el edificio es un vasto cobertizo de unos cien pies de lonjitud, sostenido á una altura de veinte pies sobre una complicada armadura: el interior se compone de un pasillo que corre toda su estension con pequeños cuartos en cada lado, y en una palabra, la disposicion de aquellas casas es absolutamente semejante á la de los edificios construídos por los Papous al borde del agua. Mis nuevos huéspedes me ofrecieron á comer pan, sagú, taros y otros manjares, mostrándose mas civiles y mas hospitalarios que los Papous, quienes nunca me habian ofrecido tanto. Salido de la casa, mi guia y algunos de sus camaradas que habia encontrado, probaron de nuevo hacerme retroceder. Pero yo continué en seguir el mismo sendero; atravesé una deliciosa corriente de agua dulce, y subí á una segunda colina, en cuya cima hallé una segunda habitacion semejante á la precedente é igualmente cercada. Apesar de las objeciones de mis compañeros, llegué hasta el pié, pero no penetré en el interior. En los contornos de aquella casa eché de ver algunos lechoncitos de formas mas esbertas que los de Europa, de cola mas prolongada y de un pelaje mucho mas leonado. Aquella segunda habitacion está situada á unas 120 toesas sobre el nivel del mar y á media legua de la playa.

« Mis salvajes y sobre todo el guia, se mostraron mas urjentes que nunca para inducirme á retroceder; pero yo les declaré con decision que queria absolutamente ver á los Arfakis y hablarles. Al principio los Papous se mostraron muy embarazados, pero mi guia acabó por confesarme que aquellas dos casas pertenecian á los Arfakis, al paso que las de la playa del mar eran de los Papous, y me lo esplicó en los términos necesarios para manifestarme que hablaba la verdad. Los habitantes de aquellas casas parecian confirmar por sus jestos la ecsactitud de aquel aserto, y entonces declaré que queria visitar á los Harfours, pero todos aseguraron que no habia ninguno, con lo cual me hallé en una verdadera incertidumbre. Esta espresion de Harfours no sé si debe aplicarse á los Arfakis ó á los habitantes de las montañas, ó bien á las tribus estacionadas mas en el interior; lo cierto es que es desconocida en Doreï, y que para descifrar este enigma es preciso conocer mejor el idioma de aquellos pueblos.

« Todavía me interné á una ó dos millas mas; pero solo encontré sombrías y majestuosas selvas que tan solo ofrecian algunos rasos espaciosos cuyos árboles eran en parte quemados, en parte cortados, que parecian destinados á plantaciones. Por lo demas, no descubrí ningun rastro de habitaciones; la admósfera se encapotó, y como mis salvajes no cesaban de hostigarme paraque retrocediese, temí que no me sobrecojiesen algunas flechas sin poder acertar su procedencia: así que me decidí á retrogradar haciendo de paso una cosecha bastante rica de plantas y de insectos. Los coleópteros me ofrecieron muchas especies nuevas al rededor de las plantaciones vecinas á las casas, que en vano hubiera buscado en las selvas vírjenes del fondo del abra. A las dos me hallaba de vuelta á bordo.

« Por lo que hace á mi guia, que me acompañó hasta las casas de la playa, le reprendí severamente sobre sus incesantes fraudes y la mala

fé que me habia manifestado siempre en aquella escursion. El pobre diablo pareció sentir mis reproches y se manifestó tan confuso, que no pude menos de compadecerle. A buen seguro que en su sistema de denegacion habia obedecido á las consignas de su jefe. Díle un cuchillo, un collar y un espejo, y se mostró tanto mas satisfecho, cuanto habia perdido toda esperanza de remuneracion. »

Apesar de todos estos reconocimientos sucesivos, hace ocho años que la Nueva Guinea era conocida con harta imperfeccion, puesto que se ignoraba lo configuracion de sus tierras, los accidentes del litoral y la situacion de las vastas bahías que le interrumpen. Estaba reservada al *Astrolabio* la realizacion de esa gran empresa jeográfica, apesar de las dificultades que le oponian las pérdidas esperimentadas en Tonga-Tabour. Despues de haber salvado á 2 de agosto de 1827 el estrecho de Dampier, la corbeta dió principio al reconocimiento individuado de toda la costa, y lo continuó en una estension de 350 leguas con la precision de los métodos mas rigurosos.

El *Astrolabio* reconoció igualmente la isla del Volcan en el estrecho y encontró apagado su cráter, las islas Rook, Tupinier, Lottin, Larga, Corona, Rich, apenas indicadas hasta entonces; trazó la direccion de la inmensa cadena de los montes Finisterre, señaló por primera vez el golfo del Astrolabio, reconoció las islas Dampier, Vulcano, atravesó todas las islas Schouten, avistó todas las islas desconocidas cerca de la costa, descubrió la bahía Humboldt, flanqueada en cada lado por los enormes picachos de los montes Bougainville y Cíclopes, y sin la pérdida anterior de sus anclas que le hacia difíciles y peligrosos los fondeos hubiera indicado la situacion interior de tan importante bahía.

A unas diez leguas E. de aquel puerto, el *Astrolabio* se halló impelido hácia la costa por la calma y la corriente, y en consecuencia los naturales acudieron en piraguas haciendo ademan de atacarle; pero un fusilazo y un cañonazo libraron á los Franceses de sus visitadores, siendo este el único episodio de semejante naturaleza. El capitan d'Urville continuó su derrotero, pasó entre las islas Arimoa y la tierra, salvó la faja de aguas descoloridas, al N. de la punta que recibió su nombre, y sospechó que en aquel punto desembocaba en el mar un rio considerable. Pasando en seguida al canal de Jobie, hasta entonces no esplorado, trazó la configuracion de las islas Jobie, Mysory, Bultig y Larga, y el 25 ancló en el fondo del abra Doreï en donde pasó diez dias.

En cuanto hubo surjido la corbeta, la rodearon varias piraguas dando principio á algunas permutas con los marineros. Habíase establecido la confianza con tanta solidez por los precedentes de la *Coquille*, que las mujeres mismas no atinaron siquiera en dejar su reincidencia. La llegada de los Franceses en nada perturbó las costumbres de la puebla, sin que produjese otro resultado que un redoble de actividad comercial. Habiendo desembarcado en la playa, Mr. d'Urville quiso continuar á cuatro años de intérvalo sus esploraciones en las cabañas de los Arfakis, esperando siempre obtener algunas noticias sobre aquellas misteriosas pueblas. Para enterarnos mejor, es precios insertar la relacion de este mismo capitan:

« Cuatro jóvenes Papous á quienes habia prometido en recompensa algunas bagatelas, debian acompañarme á los sitios mas frecuentados por las manucodiatas. Despues de haber caminado por espacio de diez minutos por un delicioso valle que orilla la playa, se llega á una costa de un declive bastante rápido, pero de mediana elevacion y jeneralmente cubierta de encumbradísimos árboles. Las lluvias habian hecho el sendero muy resbaladizo y casi impracticable. Cuando se ha subido hasta unas cien toesas de altura, se encuentra una especie de meseta habitada y cultivada por una tribu de Arfakis, amiga de los Papous de la playa, bien que no deja de reinar entre ambas pueblas una desconfianza recíproca. Cuando el viaje de la *Coquilla*, descubrí por primera vez la residencia de aquella tribu; pero los Papous de la playa empleaban todos los medios imajinables para impedirme entablar ninguna comunicacion con aquellos montañeses, ora asegurándome que iban á matarme y decapitarme, ora diciéndome que eran unos imbéciles semejantes á los animales, incapaces de entender mi lenguaje ni mas ni menos que el suyo, y que solo eran dignos del mas profundo desprecio. Era indudable que aquellos Papous deseaban conservar el monopolio del comercio y no les parecia nada satisfactorio que los Arfakis participasen de las ventajas que les producian sus relaciones con nosotros.

« Por esta misma época la tribu entera de los Arfakis, compuesta á mi parecer de unas ciento cincuenta personas, habitaba dos inmensas cabañas de madera situadas sobre estacas de treinta á cuarenta pies de altura, y á las que se subia por medio de una pieza de madera escopleada que se retiraba durante la noche y al acercarse el enemigo. Cada familia tenia una celda particular, y cada cabaña ó cobertizo contenia unas veinte celdas.

Aquellos Arfakis me recibieron con mucha urbanidad y fueron mas hospitalarios que los Papous, pues me ofrecieron algunos refrijerantes, diferenciándose en esto de los segundos que nunca habian acostumbrado hacer tal.

« En la posicion que ocupaban primitivamente

las dos cabañas al borde de un barranco profundo se disfrutaba de la vista mas deliciosa. El conjunto del abra Doreï, las risueñas islas de Mana-Souari y Masmapi, la costa entera desapareciendo por la parte del S. y la imponente cordillera de los montes Arfaki, formaban un cuadro verdaderamente admirable: era la naturaleza salvaje en todo su lujo y en toda su severidad, bajo los fuegos de la linea el viajero contempla con espasmo una vejetacion tan lozana, esa superabundancia de jugos que cubre los árboles, de lechos y de plantas parásitas los terrenos al parecer mas áridos y berroqueños. En ninguna parte del globo he observado vejetales de una altura mas escesiva; las dimensiones ordinarias de los árboles de aquellas selvas sobrepujan cuanto he visto de este jénero.

« Actualmente los dos grandes cobertizos se van desmoronando, por cuyo motivo los Arfakis se han alojado en cinco ó seis edificios mas pequeños, construídos por el mismo estilo, pero menos elevados y situados á dos ó trescientos pasos mas lejos. Están rodeados de hermosas plantaciones, de taros, de calabacinos, de bananos, de calabazas, etc. Estos hombres han venidos amigablemente á mi encuentro ofreciéndome algunos refrijerantes; pero les he dado las gracias y he pasado adelante (Pl. XX — 4 y XXI — 2).

« En breve nos encontrámos en medio de selvas vastas y sombrías; en cuyo caso mis guias me aseguraron que vivian las aves que buscaban; pero sea por causa de la lluvia que cayera durante la noche, sea por un motivo cualquiera, no ví ninguno de aquellos volátiles, ni tan solo oí su grito habitual *koua, koua,* tan agudo y tan señalado entre los gritos de las otras aves. Aquellas selvas pueden atravesarse fácilmente, y aun presentan un paseo agradable bajo sus inmensos é impenetrables toldos de verdor en la mayor fuerza del sol.

« Despues de haber andado á paso redoblado durante dos horas, y despues de haber salvado muchos barrancos y algunas selvas espesas, sin hacer ningun encuentro interesante, descendimos por medio de un declive mucho mas suave que el que habíamos tomado al subir, y nos encontrámos en la playa del mar, cerca de la entrada del canal de Doreï entre el cabo Wakalo y la punta Ambla. »

« Toda la porcion de costa que corre desde este punto hasta las aldeas forma un valle de una milla de ancho ocupado por plantaciones de diversa naturaleza. Estas plantaciones no son muy bien cuidadas, pero al menos ofrecen un terreno mas descubierto y mas practicable que en todas las demas cercanías del abra Doreï. No faltan pequeños senderos que permiten al Europeo pasearse sin fatiga. Observé igualmente que las diversas especies de insectos son mucho mas variadas y frecuentes en estos sitios que en los abandonados al capricho de la naturaleza. Entre el corto número de árboles elevados que se han conservado en medio de aquellas plantaciones, he podido perseguir algunas esmeraldas, pero me ha sido absolutamente imposible acercarme á alguna de ellas á tiro de fusil.

« Habiendo tomado el pequeño sendero que sigue la direccion de la costa y me ha conducido á los lugarejos de Doreï y Kouao, las mujeres manifestaron alguna timidez, pero los hombres y los niños se familiarizaron con nosotros y nos acompañaron sin dificultad do quiera que deseámos. Despues de haber confabulado algun tiempo con ellos, á la sombra de un hermoso artocarpus, regresé á bordo. La pieza mas curiosa de mi caza era un hermoso maïnate, ave que tres años antes viera en Soura-Baya, en casa del coronel Boneille, y susceptible de cierto grado de educacion, como en Francia la mirla y el estornino. »

La buena intelijencia que reinaba entre los Papous y los marinos del *Astrolabio* estuvo á punto de ser interrumpida por un incidente imprevisto que hubiera quedado inesplicable sin las inducciones que M. d'Urville habia sacado del carácter de los Papous mucho antes de la contienda. La víspera de partir, uno de los marineros ocupados en hacer aguada en la playa recibió de improviso y sin hostilidad preliminar una flecha que salió del medio del bosque. Sus compañeros creyeron en un ataque combinado y prorumpieron en un grande grito de alarma, por lo que Mr. d'Urville creyó deber disparar un cañonazo, ya para intimidar á los salvajes, ya para llamar la atencion de los individuos desembarcados en todas direcciones y sobre todo á una partida de cazadores, compuesta de cuatro oficiales, dos maestres y otros tantos marineros.

« Desde el primer momento de alarma, añade Mr. d'Urville, los hijos de los salvajes que habia á bordo se refujiaron precipitadamente en algunas piraguas sobrecojidos de espanto y gritando: *Arfaki! Arfaki!*. Un instante despues se manifestó fuera de la entrada del arroyo la chalupa llevando al marinero Bellenger, gravemente herido de un flechazo. Esa flecha que consistia en una simple caña guarnecida de una punta muy acerada, entró por el empeine, penetró profundamente en las carnes y cayó en seguida por el movimiento que hizo Bellenger para huirla.

« Dspues de haber recobrado sus sentidos Quemener y Vigneau, refirieron que estando entrambos ocupados en sacar agua con Bellenger, vieron repentinamente y sin saber como caer á este atravesado de una flecha. Al instante dos salvajes se precipitaron en medio de ellos para apoderarse de un cubo que tenian en la mano. Nuestro camarada se habian fugado apresuradamente hácia la

chalupa, y por su parte los salvajes habian desaparecido hácia la selva. Los individuos que habia enviado al bote principal no habian podido descubrir nada, y se contentaron con alzar la flecha mortífera que me trajeron y que he conservado.

« Conforme á este relato, parece verosímil que era de los Arfakis, únicos habitantes de las montañas á quienes debíamos atribuir este ultraje. Los gritos en que habian prorumpido los niños al abandonar el buque, y la conducta constantemente amigable de los Papous daban un nuevo peso á esta opinion.

« Sin embargo deseando no despreciar ninguna precaucion necesaria en semejante circunstancia, y protejer el regreso de nuestros cazadores, mandé un bote bien armado hácia la aldea de Doreï á las órdenes de MM. Gressien y Páris. Díles la órden de permanecer á tiro de la playa y observar con cuidado los movimientos de los naturales; si estos movimientos fuesen indudablemente hostiles, debian regresar inmediatamente á bordo; si no, su consigna era de no dar ningun paso sospechoso ni imprudente, y aguardar tranquilamente el regreso á bordo de nuestros cazadores. En caso que los naturales obrasen hostilmente, estaba decidido á conducir inmediatamente la corbeta cerca de la playa con ánimo de destruirla enteramente, pues solo un castigo pronto y severo podia detener á los isleños en el curso de sus atentados.

« Pero veinte minutos despues de la partida del bote, aparecieron sucesivamente en la playa de Ninou-Kamondi los dos maestres acompañado cada uno de Papous que habian continuado en mostrarles los mismos sentimientos de benevolencia y de amistad, lo cual me tranquilizó ya mucho sobre la suerte de los demas individuos.

« En breve llegó Mr. Bertrand temblando de espanto en una pequeña piragua conducida por el capitan Oukema, el único Papou que en aquella alarma se aventuró á llegar á bordo. Érase pues que el buen capitan estaba pescando; al estampido del cañon y al sonido de bocios que resonaban entre los salvajes se acercó á las aldeas, tomó á Mr. Bertrand en su piragua é hizo el favor de llevarlo á bordo. Viera este á todos los habitantes de las aldeas dispuestos á emprender la fuga hácia los bosques; los hombres iban armados de todas armas, pero las mujeres y los niños estaban cargados de los utensilios mas necesarios. Aquellos desgraciados parecian temer á la vez la erupcion de los Arfakis no menos que la venganza de los Europeos.

« Por fin á las once y media el bote principal estaba ya de vuelta, llevando sanos y salvos á los tres últimos cazadores que nos faltaban, MM. Quoy, Guilbert y Dudemaine. Estos señores no habian observado nada que pudiese dar campo á las menores sospechas sobre la buena fé de los naturales. Hallábanse dispersos por el interior, cuando oyeron el cañonazo, á cuya señal imajinaron que habíamos venido á las manos con los Papous, y como se hallaban rodeados de estos, puede considerarse su inquietud; pero en breve se disipó al ver á los naturales á su llegada á la aldea ocupados únicamente en procurarse su salvacion por medio de una pronta retirada, y parar apenas alguna atencion en los Franceses que no tuvieron dificultad alguna para alcanzar el bote.

Entonces el buen Oukema se esforzó de nuevo, medio en malayo que hablaba tal cual, medio por jestos, en convencerme que solo los Arfakis eran capaces de cometer semejante atentado contra nuestras jentes. Los Arfakis, sus enemigos irreconciliables, recorren los bosques, y están á la mira dias enteros para sorprender un Papou; en cuyo caso le acribillan de flechazos, se arrojan sobre la víctima, le cortan la cabeza y se la llevan en triunfo para suspenderla en las puertas de sus cabañas. Lo mismo hacen los Papous con respecto á sus enemigos, por manera que todas las cabezas que habíamos notado en algunas de sus cabañas y en sus sarcófagos, traen su oríjen de esta suerte de espediciones.

Por lo demas, nuestro capitan aseguraba que ni los Papous ni los Arfakis eran antropófagos; pero los Harfours, habitantes del interior, no tienen á mengua alguna el ejercicio de tan horrífica práctica. Ellos son únicamente quienes matan las manucodiatas y las venden á los Papous por hachas, cuchillos y telas; pero el depósito principal de este comercio se encuentra al parecer en Embarbaken. Los Arfakis no matan manucodiatas, mas cultivan una gran cantidad de tabaco.

« Por mi parte, usé de toda mi elocuencia para persuadir á Oukema que los Papous no tenian que temer nada de nosotros, y para darle una garantía de mi buena fé, le hice un presente de dos pañuelos y de una medalla de bronce de cuyo destino le enteré. Al momento se colgó la medalla del cuello, rolló los dos pañuelos en torno de su cabeza á guisa de turbante, y me pidió permiso de ir á manifestarlo á sus compatriotas.

« Una hora despues, volviéronse á presentar las piraguas en mayor número que nunca, y los naturales dieron nuevo principio á las permutas con la misma confianza y seguridad que antes. »

Al dia siguiente el *Astrolabio* empezó á aparejar para salir del abra Doreï, y los naturales acudieron en tropel en sus piraguas para hacer todavía algunos trueques. Empero temiendo que la muchedumbre atestase la cubierta y fuese obstáculo á la maniobra, el capitan solo dió permi-

so para pasar á bordo al capitan Oukema. Viendo burladas sus esperanzas, los pobres Papous tendieron una triste mirada sobre la corbeta que abria su arjentado surco en las murmurantes aguas de la bahía.

Mr. d'Urville fué costeando la Nueva Guinea hasta llegar á las dos isletas Mispalu allende el cabo Goede-Hoop, y abandonó esa gran tierra despues de haber dado cima á uno de los reconocimientos mas importantes y mas útiles á la jeografía. Al año siguiente esperaba acometer una empresa semejante en la parte meridional de la isla, pero su mansion en Vanikoro y las fiebres á que dió vasto campo le forzaron á dar una direccion opuesta á sus naves; por cuyo motivo quedó reducido á proyecto el reconocimiento del S. de la Nueva Guinea, reconocimiento que sin disputa pertenece á la misma Francia que ha ecsaminado ya la parte N.

La Nueva Guinea tiene cuatrocientas leguas de largo en la direccion del E. S. E. al O. N. O. sobre una anchura de sesenta leguas, bien que sumamente variable. Está situada entre 0° 19' y los 10° 2' lat. S. y entre los 128° 23' y los 146° 15' lonj. E. El canal Macluer y la bahía del Geelwink, situada en la parte occidental, forman dos penínsulas casi de todo punto aisladas, y aun se ignora si la parte oriental allende del golfo Huon forma una sola tierra ó una reunion de islas semejantes á las de la Luisiada. El cabo Rodney ha sido considerado hasta aquí como su punta mas oriental: en toda la parte N. corre á breve distancia de la costa una cordillera de altas montañas cuyos puntos culminantes se hallan á las estremidades E. y S., es decir, al E. del golfo del Astrolabio de una parte, y de otra al O. de la bahía de Geelwink. Esta cordillera se aploma ante la punta d'Urville, ó almenos recula mucho hácia el interior. Las islas situadas en su costa septentrional son jeneralmente elevadas, de acceso fácil y libre de arrecifes, como las playas de la gran tierra. No puede decirse lo mismo en lo tocante á las de la parte meridional, especialmente en la estension del estrecho de Torres, puesto que la mayor parte no son mas que tierrasbajas, unidas entre sí por medio de una randa inestricable de arrecifes de corales.

Toda la Nueva Guinea, no menos que sus islas adyacentes, mas ó menos considerables, parecen enteramente ocupadas por Melanesios comunmente feroces y poco sociables, segun aseguran las relaciones de casi todos los viajeros. Los Papous de Doreï y de los contornos forman una variedad señalada de esa gran familia, si es que su oríjen no sea del todo estranjero, como han juzgado muchos escritores que les hacen descendientes de los Biadjous de Borneo. Por lo demas, esos Papous de Doreï son los únicos moradores de la Nueva Guinea que han podido observarse con ecsactitud y sin la menor interrupcion: así que la evaluacion etnolójica de la Nueva Guinea fundada en gran parte sobre las observaciones personales del capitan d'Urville verificadas en 1824 y 1827, deberá ceñirse á esos solos habitantes.

Nada es mas variable que los tipos de esos naturales, entre los que distingue M. d'Urville tres principales, á saber: el de los Papous propiamente dicho, el de los Harfours ó indíjenas del interior, y el de los mestizos que están impregnados de algunas cualidades de la raza malaya. Los Papous tienen en jeneral el cuerpo cenceño, la talle mediana (Pl. XX. — 4), el cuerpo esbelto y los miembros poco fornidos. La figura del rostro es bastante regular; los juanetes son poco prominentes y los labios asaz delgados; la boca es pequeña, la nariz bien formada (Pl. XXI. — 2), y su tez tersa, delicada y de un pardo pronunciado, pero no del todo negra. Tienen pocos pelos en la barba; sus cabellos son crespos, no tanto por naturaleza como por la costumbre de rizarlo incesantemente, y por lo comun lo disponen en melenas redondeadas de un volúmen prodijioso. Esta raza se muestra en Doreï de un natural tímido y poco guerrero, y no se aparta casi nunca de la parte litoral, en donde construyen constantemente sus casas sobre el nivel de las aguas del mar. Su nombre de *Papous*, segun la esplicacion mas comun, indica su color negro por contraposicion al de los Boughis y de los habitantes bronceados de las islas Malayas.

Los Harfours, entre quienes comprende Mr. d'Urville los Arfakis de Doreï, son hombres ájiles y de pequeña estatura, y se distinguen de los precedentes por su mayor robustez, sus facciones mas feroces, su tinte mas fulijinoso, su tez mas escabrosa y su flaqueza habitual que recuerda al tipo melanesio mas difundido en este mar. Estos salvajes practican el pintarroteo por cicatrices; ordinariamente van desnudos, ó cubiertos á lo sumo de un cinturon, y sus cabellos flotan al azar ó retorcidos en pequeños mechones. Esta raza parece formar los verdaderos indíjenas de esas islas, y á lo que parece puebla tambien las rejiones desconocidas de la Nueva Guinea. Las voces *Arfour*, *Alfouroue*, *Harafora*, en sentir de todos los viajeros, significan en todas las Molucas los salvajes que habitan el interior, cualesquiera que sean su tinte y su constitucion. Rechazados del litoral por los Papous, esos Harfours se han refujiado hácia las tierras centrales, en donde cultivan algunas porciones de tierra y habitan casas edificadas sobre estacas. Los Arfakis ó Harfours del abra de Doreï se hallan en estado de guerra con los Papous que habitan la playa, quienes ejercen indudablemente un monopolio sobre los productos del suelo, bien que

este monopolio no es tan tiránico como ha supuesto el capitan Forrest.

Si hemos de dar crédito á este navegante, los Harfours están obligados á suministrar á los Papous una determinada cantidad de frutos y legumbres, sin que estos les den nada en cambio. Por el contrario, cuando un Papou da á un Harfour un hacha ó un machete, ú otro instrumento, las tierras del sujeto que ha recibido el presente quedan avasalladas para siempre al donatario. De vez en cuando el Harfour está obligado á llevar alguna cosa al Papou, y aun cuando el Harfour perdiese el útil, no por esto deja de estar sujeto al tributo; pero si el útil se rompe ó se deteriora, el Papou está obligado á suministrar otro: de otro modo cesa la tasa. Lo que esplica un uso tan singular es el precio estraordinario que los Harfours atribuyen á los útiles que llevan y la imposibilidad en que se hallan de procurárselos sin el concurso de los Papous, dueños del litoral. No obstante esta razon, es muy difícil dar crédito á tan serio vasallaje cuando se concibe el temor que siente un Papou al acercarse á las casas de los Harfours.

Los mestizos, que forman la tercera variedad indíjena, son de pequeña estatura, robustos, rechonchos, de semblante huesoso, cuadrado, chato, con facciones angulosas, carrillos salientes, una boca grande, labios gruesos, nariz remachada, pero jeneralmente puntiaguda. Están confundidos con los Papous y viven con ellos. A juzgar por su tez menos obscura, su pelo mas erizado y su toca en forma de turbante, deberia inferirse que son de oríjen malayo, y esta es precisamente la opinion de M. d'Urville, que les considera como el resultado de enlaces mas ó menos antiguos entre Malayos y Papous. En esta variedad se hallan los Koranos, los Capitanes, los Rajahs, y en jeneral todos aquellos que parecen ejercer alguna autoridad sobre los indíjenas. La mayor parte hablan el malayo con mas ó menos perfeccion.

Las cercanías del abra de Doreï y las aldeas que la orillan apenas contienen mil quinientas almas de poblacion. Las armas de estos naturales son la flecha, la lanza, un broquel estrecho y prolongado y un machete de acero llamado tambien parang que sirve tambien para usos domésticos. Su alimento consiste en pan de sagú, carne de tortuga, pescado, mariscos, frutos, raíces y legumbres. Los Papous no emplean el horno de tierra como los Polinesios, pero practican un hogar al aire libre, sobre el que disponen rejillas de bambú para cocer sus alimentos, cuyo medio se emplea sobre todo para preparar las tortugas y el pescado.

Los Papous no conocen el kava, pero mascan el betel. Emplean tambien el pintarroteo, pero su piel obscura hace resaltar muy poco los dibujos. La mayor parte van desnudos, y los jefes son los únicos que llevan esterillas de hojas de banano, teñidas de colores brillantes y bordadas de franjas recortadas con tanto arte que parecen guarniciones de encaje. Sus ornamentos favoritos son brazaletes, anillos, peines y pendientes de mariscos, de concha de tortuga ó de plata cuando pueden procurársela. Fabrican tambien muchos cofrecitos de todas formas con paja de banano ó de pandano. Sus instrumentos de música son: el tamtam, guarnecido en una de las estremidades de una piel de lagarto, una trompa hecha con bambú, la flauta de Pan y la trompeta marina con un grueso *murex* agujereado.

La tribu que habita las cercanías de aquel abra solo educa un corto número de cerdos y de volatería; pero las selvas vecinas encierran muchos de esos animales en estado silvestre. Segun las observaciones de M. d'Urville, en ellas se encuentra el mayor cuadrúpedo conocido de los Papous: los demas son; el perro, el kangarou de Arrou, el falanjero y una especie de peramela nueva. En algunas localidades visitadas ecsiste tambien el casobar.

La lengua de los Papous es un idioma hablado desde Waigiou hasta Doreï, idioma que difiere tanto del malayo como de los dialectos de los Harfours. Si se ha de colejir por el conocimiento que de ella se tiene, no ofrece nada de desagradable ni duro en la pronunciacion; y aun puede decirse que es dulce y armoniosa en boca de las mujeres. Raras veces se oyen en esos pueblos los gritos discordantes y broncos que caracterizan á las tribus salvajes.

Alarmados por las tentativas de colonizacion inglesa sobre la costa australia, y temiendo para las Molucas la cercanía de tan emprendedores navegantes, los Holandeses probaron en 1828 tomarles la delantera en las costas de la Nueva Guinea, estableciéndose en los alrededores del cabo Walsh. Construyeron un fuerte en las riberas de un rio considerable que recibió el nombre de Dourga, y cuyo cróquis nos ha transmitido el viaje de Kolfous (Pl. XXII. — 4). Desde entonces todo lo que se sabe de semejante fundacion es que los nuevos huéspedes fueron diezmados por la insalubridad del clima. Actualmente sin duda ecsiste el fuerte todavía; pero su guarnicion debe de ser muy reducida.

La Luisiada, situada al E. de la Nueva Guinea, es un grupo de islas importantes, altas y pobladas de una raza de salvajes, pero feroces como los de la Nueva Bretaña y de la Nueva Irlanda. Bougainville fué el primero en 1768 que percibió esas tierras: despues de haber costeado la parte meridional por espacio de unas cien leguas hasta una espaciosa bahía despejada que denominó *callejuela del Naranjal*, retrocedió,

montó el cabo de la Delivrance, y llevó el rumbo hácia las islas Salomon. Durante esta campaña no tuvo comunicacion alguna con los naturales, y solo vió muchas piraguas bogando á lo largo de la costa, en donde se observaban grandes hogueras encendidas. El modo como caracteriza la comarca es el siguiente. « Pocos países he visto de mas hermoso punto de vista. En la playa del mar corria un terreno bajo, dividido en llanadas y sotillos y se elevaba en seguida en forma de anfiteatro hasta las montañas cuya frente se envolvia entre las nubes. Distinguíanse tres altos, pero la cadena mas elevada se hallaba á mas de veinte y cinco leguas en el interior del país. El triste estado á que nos veíamos reducidos no nos permitia sacrificar algun tiempo á la visita de aquel magnífico país, cuyas circunstancias le anunciaban enteramente fértil y rico. »

En 1793 d'Entrecasteaux esploró la parte septentrional de ese archipiélago y corrió grandes riesgos en esos parajes sembrados de escollos. Entre las islas Bonvouloir y Saint-Aignan, el navío recibió la visita de una piragua montada por hombres tímidos, de mediana estatura, de complecsion delicada, con el pelo crespo y el rostro chafarrinado de negro. Les hicieron algunos presentes, pero en cambio apenas dieron algunas batatas y bananas. No llevaban armas y no quisieron ceder un hacha de piedra por instrumentos de hierro de que hacian al parecer muy poco caso. Sus piraguas tenian una circunstancia singular, á saber, dos palos y un balancin con un vasto encañado; por lo demas eran bien trabajadas, y pintadas de diversos colores. La costa de las cercanías del cabo Pierson ofrecia sitios deliciosos. « Era, dice d'Entrecasteaux, uno de los paisajes mas risueños que hubiésemos encontrado hasta entonces; su verdor es fresco y variado; las montañas son cortadas de un modo menos uniforme que las de la costa que se halla al E. del cabo Pierson, y los cocoteros que se percibian en las partes mas encumbradas parecian enunciar la feracidad de aquella tierra y el alimento que podia suministrar á una poblacion numerosa. Viéronse muchos lugarejos cuyos habitantes se juntaban en la playa para gozar del espectáculo que les ofrecia la vista de uno de nuestros buques. Las casas de aquellos lugarejos eran de formas variadas, y poblaban el paisaje de un modo muy pintoresco. »

En las piraguas que se presentaron á las naves se veian algunos salvajes semejantes á los que se habian visto hasta entonces. Hicieron algunas permutas, y á falta de otras armas dispararon sobre el buque una lluvia de piedras que fué contestada á fusilazos. Un poco mas lejos y en frente de la isla de Well se avistaron dos piraguas partidas de dos direcciones opuestas que ofrecieron á los Franceses el espectáculo de un combate naval. Los salvajes que eran pacíficos espectadores anunciaron á los Europeos que las dos embarcaciones iban á combatirse, y que los vencedores se comerian á los vencidos. Esta esplicacion era hecha con señales esteriores de satisfaccion y jestos de canibales, verdaderamente horribles á la vista. Las dos piraguas vinieron á las manos; por espacio de media hora volaron de ambas partes las piedras con maravillosa destreza y rapidez; pero sea que renunciasen á la campaña, ó que se hubiesen reconciliado, lo cierto es que las dos piraguas cesaron el combate y recobraron cada una la direccion por donde habian venido.

Aquellas piraguas eran de una dimension mayor que ninguna de las que habíamos visto hasta entonces en las costas de la Luisiada. Una de ellas era de cincuenta pies de largo y parecia dispuesta maravillosamente para andar. Los naturales, siempre recelosos, no querian subir á bordo de ninguna nave, pero invitaban á los Franceses á desembarcar, probablemente con objeto nada satisfactorio. Mostraban huesos humanos con los que habian fabricado algunos objetos para su uso; el hierro no les tentaba, y solo se apasionaban á las telas encarnadas cuyo tinte esplendoroso fijaba vivamente sus miradas. Iban casi desnudos, y solo llevaban un cinturon al rededor de los lomos. Por otra parte aquellos individuos parecian dotados de un carácter jesuítico y feroz; uno de ellos viendo al segundo cirujano de la *Esperanza* fuera de la cinta, dirijió contra él su azagaya, pero afortunadamente fué notado con oportunidad paraque le encarasen la escopeta, lo cual fué bastante parte á detenerle.

La Luisiada ocupa un espacio de ciento veinte leguas del E. S. E. al O. N. O., es decir, desde el cabo de la Delivrance hasta las islas Lusançay y la Callejuela del Naranjal. Tiene muy poca anchura por la parte del E., pero por la del O. tendrá unas cuarenta leguas. Las islas que la componen son indicadas en los mapas con harta vaguedad, puesto que los mejores y mas recientes ni traen siquiera la delineacion de las costas; así que debemos ceñirnos á citar las islas Rossel, Saint-Aignan, d'Entrecasteaux, Trobriand, de Lusançai, como á las mas considerables. Este archipiélago está situado entre los 8° 19' y los 11° 43' lat. y á los 151° 56' y los 147° 10' long. E. No puede menos de notarse que se ignora completamente su configuracion occidental.

A cuarenta y cinco leguas N. de la isla Rossel, se halla un grupo aislado de la Luisiada y compuesta de ocho isletas bajas, selvosas é inhabitadas, descubiertas en 1812 por el capitan Laughlan del *Mary* que les dió su nombre. En

1827 el capitan d'Urville describió su jeografía y avistó á nueve millas O. un roquedo mas elevado que apellidó *Cannac*. El grupo Laughlan solo tiene unas cinco millas de diámetro en todos sentidos; pero dos islotes que lo componen cubiertos de árboles y sobre todo de hermosos cocoteros, ofrecen el aspecto mas risueño: diríase que son otros tantos verjeles arrojados sobre un Océano triste y monótono.

Solo deben indicarse de paso las islas sembradas al S. de la Nueva Guinea, á través de los arrecifes del estrecho de Torres, y cuyas principales son las islas Murray, Warmwax, Bristow, Dalrymple, Rennel, Retour, Cornwallis, Talbot y Delivrance. Las mas considerables solo tienen tres ó cuatro millas de estension; son poco elevadas, pero pobladas de salvajes melanesios semejantes á los de la Nueva Guinea, armados de arcos y de flechas, feroces, crueles y pérfidos. No pocas veces ocurrió que algunas embarcaciones mercantes tuviesen que esperimentar el mal trato de aquellos bárbaros, entre los cuales se cuentan el *Chesterfield* y el *Hormuzier* fondeados en 1793 entre las islas Warmwax y Murray; pues habiendo desembarcado algunos individuos, fueron embestidos y asesinados.

Las tierras adyacentes de la costa oriental de la Nueva Guinea fueron visitadas poco despues; por manera que solo faltan recorrer sus pertenencias occidentales que forman el estremo límite de la Melanesia. Allende se entra en las tierras malayas.

La primera de esas tierras es SALLAWATTY, tierra alta, poblada y de unas ochenta millas de circunferencia, separada de la Nueva Guinea por un estrecho poco ancho, sinuoso y sembrado de islotes que señaló por primera vez en 1774 el capitan Watson. El centro está situado á 1° 8' lat. S. y á los 128° 35' lonj. E. La isla Sallawatty se cree ocupada por una raza de Papous, numerosa y feroz, gobernada por un rajah independiente. Las pueblas que la habitan viven de pescado, tortugas y sagú. Hace poco tiempo que estos isleños se juntaban á los guerreros de los vecinos grupos, cuando tenian que acometer alguna empresa formidable sobre los puntos de las Molucas ocupados por las factorías holandeses.

Refiere Forrest que en los meses de marzo y abril los Papous de la Nueva Guinea y de Sallawatty se reunieron en gran número para ir á hacer la guerra en Guilolo, Ceram, Amboine y hasta Xulla-Bessy; asolaron la isla de Amblou, cerca de Bourou y se llevaron á muchos habitantes.

« En 1770, añade este capitan, en tiempo del equinoccio de la primavera, cuando los mares están tranquilos, se reunieron los bateles papous de la Nueva Guinea, de las islas Arrou, Sallawatty y Mysol, y remontaron el estrecho de Paciencia que separa Batchian de Guilolo. No cometieron hostilidad alguna, pero como la compañía holandesa les teme mucho, les mandó algunos diputados, é hizo á los jefes varios presentes de telas, etc. lo que dispersó la flota; y despues de haber pescado algunos dias y cazado en los bosques, se volvieron. El rajah de Sallawatty cometió la imprudencia de quedarse rezagado; pero es de notar que ni él ni ningun rajah cometieron estrago alguno.

« Deseando los Holandeses sorprenderlo, imajinaron la estratajema siguiente: un mensajero le presentó un papel firmado y sellado del gobernador de Ternate, diciéndole que era un perdon del delito que habia cometido entrando á mano armada en territorio de los Holandeses; con lo cual era mas afortunado que los otros jefes de los Papous que habian regresado á sus hogares sin semejante absolucion. Invitáronle al propio tiempo á pasar á Ternate cuyo gobernador le haria todos los honores debidos á su rango, y en donde podria comprar en los almacenes de la compañía cuanto necesitase: esta invitacion fué acompañada de un saco de pesos fuertes. El jefe indio se dejó seducir, y sintiendo que sus pesos le serian inútiles en su país y habiendo oído hablar de los preciosos artículos que vendian los Holandeses en Ternate, no pudo resistir al deseo que tenia de emplear útilmente aquel dinero que acababa de adquirir como por encanto; siguió al diputado con diez ó doce de sus vasallos, entró en el fuerte y se presentó al gobernador, quien le manifestó mucha deferencia y urbanidad.

« El gobernador despidió la guardia del príncipe indio, y se creyó tan seguro de su prisionero que ni siquiera hizo cerrar las puertas. Cuando anunciaron al rajah que era preciso rendirse, advirtió secretamente á sus jentes que estaban prontas á *mangamo*, ó á correr un *mok* para salvar á su amo y pasar á cuchillo algunos Holandeses antes de morir, de no hacer el menor movimiento para su defensa, sino de que se salvasen como quisiesen. Efectivamente emprendieron la fuga; mientras el rajah entregaba su *cris* (puñal) y en cuanto se hallaban fuera del fuerte, pasaron á bordo del koro-koro y se escaparon. Quizá los Holandeses dejaron voluntariamente escapar aquellos Indios; pero en cuanto al rajah, lo conservan prisionero todavía en el Cabo y le vijilan severamente. »

Desde luego puede presumirse que una traicion tan infame no pudo arreglar los asuntos de los Holandeses en Sallawatty y en los países papous. Desde aquella época esos pueblos han continuado sus escursiones y sus pillajes como represalias. Poco tiempo antes del paso de Mr. d'Urville en Bourou, en 1824, esta isla habia sido atacada, por cuyo motivo los Malayos solo

hablaban de los Papous como de tigres sedientos de sangre. Nada era mas temible á sus ojos que aquellas feroces pueblas, y no sabian concebir como los Franceses de la *Coquilla* pudieron tratar amigablemente con ellos.

El estrecho de Pitt ó Saggewein separa Sallawatty de Battanta, tierra elevada y de veinte y seis millas de largo sobre seis de ancho. Su punta O. es el cabo Mabo, célebre en las relaciones de los primeros navegantes que lo tomaban por la estremidad de la Nueva Guinea, y junto á este cabo hay una bahía donde puede procurarse leña y agua, aunque debiendo ponerse al abrigo de una tribu feroz de Papous. El centro está situado á 0° 50' lat. S. y á los 128° 20' lonj. E.

El estrecho de Gamen ó Dampier, reconocido por este navegante en 1700, y sembrado de muchas islas, separa Battanta de la isla Waigiou por donde pasan las embarcaciones que se dirijen á China, paso peligroso y sumamente difícil de salvar por razon de las corrientes.

La isla Waigiou, mas considerable y conocida que las precedentes, fué descubierta al parecer por los primeros navegantes europeos que se establecieron en las Molucas. Sin embargo Dampier fué el primero que en 1700 aseguró estar separado de la Nueva Guinea. Este reconocimiento fué continuado por Bougainville que en 1778 costeó su parte meridional, Forrest en 1774, d'Entrecasteaux en 1793, Freycinet en 1818, Duperrey en 1823 y 1825, y d'Urville en 1827, quienes recojieron diversos documentos sobre esa isla. Forrest visitó las ensenadas de Fofahak, Rawak y Piapis que ofrecian buenos fondeaderos, y en donde se procuró pescado, sagú y muchas tortugas. Si se ha de dar crédito á los naturales, la isla entera contiene 100.000 habitantes distribuídos bajo diferentes jefes, entre los cuales el mas poderoso ha tomado el título de rajah de Vaigiou, y residia en una isla de la parte meridional.

Los camaradas de d'Entrecasteaux surjieron en la bahía de Boni, en donde pasaron doce dias. Sus relaciones con los Papous fueron amigables; todos los dias llevaban estos á bordo pescado, pollos, tortugas, cerdos, legumbres y todo linaje de frutos. Los naturales estaban sobrecojidos de un profundo temor hácia los Holandeses: recibióse á bordo la visita de diversos jefes, y la víspera de partir, el de Rawak cenó y se acostó á bordo de la *Esperanza;* pero en cuanto echó de ver que iban á zarpar el ancla, se precipitó al agua temiendo que se lo llevasen. Este temor era por otra parte asaz fundado en una multitud de raptos cometidos por los Holandeses, que en medio de una fiesta dada á bordo habian arrebatado furtivamente al hermano mismo del rajah, cuyo acto de violencia dió márjen á una guerra que todavía duraba. Reunidos bajo las órdenes del mayor sultan de la comarca, y agregados á los guerreros de Ceram, los habitantes de Waigiou habian ido á acechar el paso del gobernador de Amboine que debia costear aquellos grupos en una escursion verificada á través de las Molucas. Antes de embarcarse aquella espedicion, los isleños pusieron en salvo sus mujeres y sus hijos, por cuyo motivo las playas estaban á la sazon casi desiertas.

A fines de 1818, Mr. Freycinet estuvo tres semanas en la pequeña ensenada de Rawak, á donde iban los Papous de Boni y de Kabareï á traficar con los Franceses. Aquellos naturales se mostraron tan tímidos como emprendedores y belicosos se creían. El Papou Srouane, jefe de la isla Boni, quedó transformado por algunos presentes en amigo y comensal del capitan. Los oficiales y los naturalistas recorrieron libremente la comarca, y en consecuencia Mr. Quoy pudo formarse una idea bastante completa del aspecto del país.

« Al rayar del alba, dice, partímos para Boni, en donde observámos la víspera un número considerable de edificios; pero al llegar en frente del abra en que se hallan, reconocímos ser inaccesibles en razon de un cinto de rompientes. Habiendo hecho algunas tentativas inútiles para salvar aquella barrera, resolvímos dirijirnos á la parte meridional de la isla, en donde el mar era mas tranquilo, y de consiguiente podia prometernos un acceso menos peligroso; pero la costa era por aquel lado bordada de una serie de árboles que cubrian las rocas hasta internarse en el agua como de una muralla casi impenetrable. Solo vímos una pequeña abra que nos pareció el único punto en que podíamos desembarcar. Por lo demas no podíamos dejar de admirar la lozanía y el esplendor de aquella vejetacion; los papagayos de los mas vivos colores, que la animaban y ecsortaban á la vez, los cacatoës de una blancura relumbrante que se dibujaban á lo lejos sobre el verde subido del follaje, con algunos otros enteramente negros, circunstancia bastante rara en esa especie de aves faramalleras.

« Continuando en costear la isla Boni, descubrímos la embocadura de un riachuelo por el que penetra el mar en el interior de las tierras, cuya circunstancia nos inspiró la idea de remontarlo. Hicímoslo efectivamente y nos deslizámos con mucha dificultad bajo las ramas de los mangles, cuyas raíces retardaban á cada paso la marcha del bote, y acabaron por atajarle el paso de todo punto. Afortunadamente pudímos desembarcar en una punta de roca, en donde recojímos algunos cascajos para aumentar la riqueza de nuestra coleccion mineralójica. Poco tiempo

despues avistámos una piragua que parecia dirijirse hácia nosotros: era Srouane, jefe de la isla Boni, que habiéndonos percibido en el acto de ir á salvar los rompientes, vino á nuestro encuentro. Suplicámosle que nos acompañase á la aldea que habitaba, pero si bien no se negó á ello positivamente, se decidió con harta lentitud, y su mismo continente era tan incierto, que no pudímos menos de cobrar alguna sombra de temor. Ora navegaba tras el bote, ora á su lado, pero nunca le tomó la delantera, y despues de habernos hecho seguir la direccion por donde viniéramos, se enmaró súbitamente, y costeando los rompientes que nos habian rechazado, se comprometió entre ellos por medio de un estrecho canalizo. Entonces le seguimos, aunque no con una completa seguridad, porque podia muy bien suceder que nuestra embarcacion se estrellase al salvar alguna barra que no ofreciese el menor peligro á una piragua en razon de su mayor lijereza. Ademas de esto, quién sabe, nos decíamos secretamente, si pretende armarnos algun lazo para aprovecharse en seguida de nuestros despojos? Pero gracias á Dios, todas estas sospechas eran injustas, puesto que Srouane nos guió con la mayor buena fé, y nuestra embarcacion salvó felizmente los azarosos rompientes vogando en un agua apacible y sosegada, bien que poco profunda. Grande fué ciertamente nuestro asombro al desembarcar, pues notámos que las veinte casas que componen el lugarejo de Boni acababan de ser abandonadas al instante mismo, y que los naturales se habian refujiado en lo interior de los bosques. No cupo entonces la menor duda de que el objeto de la demora de Srouane habia sido el de dar tiempo de ocultarse á los moradores, y con especialidad á las mujeres.

« Ese rajah puso en algun modo á nuestra disposicion toda la desierta aldea de Boni, y nos mostró todas las casas, á escepcion de una sola que supusímos ser una especie de templo. Esas casas están construídas sobre estacas sobre el nivel del agua y á la orilla del mar. Mr. Duperrey intimó á nuestras jentes la órden de no tocar nada de lo que dejaran los habitantes, y así se cumplió puntualmente. En cuanto á Srouane, despues de haber estado algun tiempo con nosotros, participado de nuestro desayuno y bebido de nuestro vino que le pareció escelente, se despidió para ir á la pesca.

« En la imposibilidad de comunicar con los indíjenas de aquella isla, decidímos que sin aguardar la vuelta del rajah saldríamos por el canalizo que nos diera á conocer, y habiéndolo verificado no sin alguna dificultad, nos dirijímos hácia el fondo del abra con objeto de visitar el rio que sirvió de aguada al almirante d'Entrecasteaux. El curso de ese rio es estrecho y sinuoso, corre sobre un lecho de guijarros, y sus riberas están cubiertas de árboles de inmensa elevacion formando un paisaje y deliciosas umbrías. El sol iba ya declinando, y sus rayos eran impotentes para contrarestar la dulce frescura que reinaba en nuestro alrededor. De repente vinieron á animar aquel cuadro sobervio tres manucodiatas, y una de ellas atravesó el rio formando ondulaciones con su magnífica cola, hasta llegar á media travesía en donde se remontó perpendicularmente, sin duda para arremeter alguna presa; cuya circunstancia nos proporcionó por mucho tiempo el placer de considerarla. Asestéle un arma, pero como la distancia era sobrado considerable, lejos de alcanzarla huyó con sus compañeras al oir el estruendo, y no se manifestaron mas.

« Por espacio de una milla remontámos la corriente, pero como nuestro bote calaba demasiada agua, fué detenido por un monton considerable de morrillos, esquitas, pedernales, etc., que abarcando toda la madre del rio le forzaban á hacer un largo rodeo.

« Sus aguas desbordan por ambos lados y dan nacimiento á varias lagunas de inmensa estension, en donde crecen muchas plantas y árboles. En algunos islotes vímos varias cabañas arruinadas que parecian desiertas desde mucho tiempo, y algunas piraguas abandonadas; pero no sabíamos si semejante despoblacion debia atribuirse á la insalubridad del clima ó á los estragos de la guerra.

« Viéndonos sin un asilo conveniente, regresámos á nuestro albergue de la víspera, y aun encontrámos fuego, artículo sumamente agradable bajo el mismo ecuador, porque sus noches son frescas y escesivamente húmedas. Al recorrer las cercanías, observé algunas huellas semejantes á las de los javalíes, lo cual me indujo á sospechar el paso de esta especie de cerdo montés, bastante comun en la comarca; tal vez eran vestijios de barbirussas, porque no seria estraño que se encontrasen en Waigiou de semejantes animales. Acostéme con mi fusil por almohada, pero no ocurrió la menor novedad en toda la noche. »

Durante la permanencia de Mr. Freycinet en Rawak, el *komalaka*, ó jefe marítimo de Guebe, fué á visitarle en su koro-koro armado. A la llegada de los Guebeos, todos los Papous que rodeaban *la Urania* desaparecieron súbitamente, por lo que se conocia fácilmente que aquellos estranjeros les infundian un profundo terror, y que el kimalaha y sus jefes trataban despóticamente á los pobres moradores de Vaigiou.

En 1823 M. Duperrey visitó tambien esas comarcas, fondeó en Fofahak, y contrajo con los naturales relaciones igualmente pacíficas y dulces; aunque no por eso dejaban los habitantes

de la playa de ocultar sus mujeres á la vista de los Europeos. Aunque sumamente tímidos y recelosos, eran negociantes muy diestros. La recalada de Duperrey fué marcada por algunas nociones de etnolojía y de jeografía: pero como la relacion de este capitan no ha visto aun la luz pública, vamos á insertar un fragmento inédito de M. d'Urville.

« Habian transcurrido ya dos dias sin que los naturales se hubiesen presentado todavía á bordo, y sin que en mis escursiones precedentes hubiese tropezado con ninguno. Sin embargo ardia yo en deseos de observar aquella raza de hombres, por razon de la diversidad de las deposiciones de los viajeros, pues los unos les describen como á salvajes feroces y sanguinarios, que solo acechan una ocasion de sorprender á los estranjeros para degollarles y decapitarles, al paso que otros les pintan dulces, tímidos y pacíficos; y queria averiguar la ecsactitud en el hecho mencionado por Forrest de que el puerto de Fofahak estaba separado de una espaciosa bahía meridional por medio de un istmo estrecho.

« A las seis de la mañana me embarqué con MM. Lesson y Rolland en el bote mayor armado de siete hombres, entre los cuales habia el Inglés Williams, cuyo zelo, intrepidez y buena fé me inspiraban la mayor confianza. Pasámos por delante de la elevada península que corona un encumbrado morro cuya forma singular afecta la de un gorro frijio, y delante de la isleta de los Sepulcros que se enlaza con la península por medio de un arrecife cubierto solamente de algunos pies de agua en la bajamar. En las playas de la isla se hallaban unos diez naturales apostados á poca distancia de sus piraguas, que nos contemplaban con inquietud y parecian dispuestos á refujiarse á sus piraguas. El conocimiento que habia adquirido ya del carácter de los salvajes me indicaba que para entrar en comunicacion con ellos, nada es tan perjudicial como salirles directamente al encuentro cuando están poseídos de miedo; pero el medio mas adecuado es hacer ademan de no verles ó no inquietarse por ellos, de cuya suerte insensiblemente va decreciendo su temor. Por lo demas, es bien sabido que este mismo es el modo mas conveniente para acercarse á todos los animales silvestres.

« Bajo este supuesto recomendé á mis camaradas que finjiesen no observarles, y proseguímos nuestro derrotero hasta alcanzar la costa meridional del abra que no ofrece un solo punto en que pueda desembarcarse, y está cubierta de árboles de una altura regular, entre los cuales descuellan los casuarinas que son los mas numerosos. En el acto de abandonar el buque, el cielo estaba encapotado; mas aunque confiaba llegar con oportunidad, cuando á las siete los nublos que amagaban á nuestras cabezas descargaron torrentes de lluvia, de suerte que en el espacio de pocos minutos estuvímos empapados hasta los huesos; pero para mí el mayor contratiempo fué el infinito perjuicio que acarreaba á mis investigaciones de botánica y de entomolojia.

« A las siete y media llegámos al fondo de la ensenada que termina el brazo occidental del abra de Fofahak, distante una legua de nuestro fondeadero. A nuestra llegada se nos ofreció una escena verdaderamente lúgubre: en vez de una playa accesible y aun habitada que juzgaba encontrar, solo ofrecia la costa un pantanoso lodazal cubierto de mangles inmensos del jénero *bruguiera*, cuyas raíces arqueadas en todos sentidos tendian una suerte de red ilimitada en toda la estension de aquel aguazal. Nada hay mas penoso ni mas difícil que internarse en aquel terreno, pues á cada paso que se da sobre aquellas raíces, se desliza el pie con riesgo de quebrarse los cascos. Quedámonos en el bote para hacer nuestro frugal desayuno esperando que cesase la lluvia; pero como iba continuando con fuerza, resuelto á no echar á perder el fruto de aquella correría, á las ocho decidí hacer un reconocimiento en el interior tan lejos como posible fuese.

« Emprendí la marcha acompañado de Rolland, de Williams y de otros dos marinos; pero M. Lesson prefirió quedarse junto al bote. En la playa hallámos dos piraguas que parecian sacadas recientemente del agua, de lo cual inferí naturalmente que aquellos sitios eran visitados de vez en cuando por los salvajes, de quienes podria encontrar nuevos vestijios en el decurso del camino. Despues de haber seguido durante unos cien pasos el lecho de un torrente asaz profundo, tropezámos con una choza que atendiendo á su forma y á la naturaleza de sus materiales solo me pareció propia para ponerse al abrigo del mal tiempo; pero á poca distancia se echaban de ver las ruínas de dos eficios mas considerables. El terreno en aquel punto es atestado de mangles, de palmeras, de lataneros, de pandanos y de otros árboles encumbrados, que en su mayor parte tienen cubiertos los troncos hasta una elevacion enorme de grandes pothos, algunos de los cuales me ofrecian sus bellos spadix terminales. Desde aquella choza parte un pequeño sendero bastante practicable que nos permitió andar á través de aquellas inestricables redes de vejetales. Despues de haber atravesado muchas veces un torrente de limpidísima agua, nos encontrámos al pie de la cuesta: el camino es desde allí mas cómodo, el piso mas seco y consistente, y recojí muchas especies de plantas nuevas para mí, de las cuales solo mencionaré el

curioso *nepenthess mirabili* cuyos dedales son siempre llenos de agua. Desgraciadamente la lluvia continuaba cayendo á chorros, y no podian conservarse perfectamente aquellos cascajos.

« A medida que íbamos subiendo, el sendero era mucho mas rápido, y el suelo era tan arcilloso y resbaladizo, que probablemente se hubieran estrellado todos nuestros esfuerzos sin los rebajos practicados por los naturales que nos servian de escalones. Sin embargo, no pocas veces ocurria escurrírsenos el pie, en cuyo caso perdíamos de una sola resbalada el fruto de muchos esfuerzos, de lo que nos consolábamos riendo á carcajada tendida de nuestro percance. Llegámos finalmente á la cumbre del istmo, cuya elevacion total calculo en unas cien toesas, y descifrámos inmediatamente el enigma que nos llamaba á aquellos sitios. En la direccion de la bahía de Fafahak los árboles me ocultaban la vista del mar y solo podia distinguir la alta y dentellada cresta que descuella; mas por el lado opuesto, es decir en la direccion del S. S. E. ví con satisfaccion una inmensa ensenada que parecia correr del S. S. E. al N. N. O., pero cuya entrada no podia percibir, y sí tan solo algunas islas mas ó menos considerables sembradas en la superficie. Este descubrimiento me hizo recobrar las fuerzas, y como el tiempo empezaba á mejorarse, quise llevar á cabo mi reconocimiento.

« Como el sendero era muy bien trillado, empezámos á descender; y siendo su declivio mucho mas rápido que del lado opuesto, los naturales han colocado gruesas ramas de árboles por el ancho á guisa de escalones para apoyar los pies. Todas estas precauciones me anunciaban una comunicacion bastante regular entre las dos bahías, y ademas distinguíamos perfectamente en el cieno la huella reciente de los dedos de los naturales. En menos de media hora llegámos al borde de un riachuelo junto al que se alzaba un cobertizo semejante al de la otra parte de la montaña, en cuyas cercanías el terreno era atestado de montones de mariscos. No debo tampoco pasar por alto que en toda la estension de aquel camino que acabábamos de descubrir, esto es, al pie de una legua, en todas aquellas prominencias el piso era cubierto de mariscos de diversas especies; por manera que casi debe colejirse que esas jentes siempre andan con provisiones de mariscos y que van comiendo todo el camino, paraque esté solado de tal manera. Yo no pude menos de decir para mi capote que Voltaire hubiera triunfado sin duda si hubiese podido ver y citar este hecho en apoyo de su sistema relativo á la presencia de los conchas en la cumbre de las montañas.

« El camino remataba en aquella choza; allende el piso estaba cubierto de raíces de mangles entrelazadas y lamidas por las aguas del mar en las altas mareas. Al principio probé de caminar en el lecho del torrente; pero desde luego me vi forzado á renunciar á este medio. En seguida quise andar sobre las raíces de los mangles, pero esperimenté dos ó tres caidas harto ingratas que me hicieron disgustar de aquella empresa. Despues de una hora consagrada en estos ensayos tan difíciles como infructosos, tomé el partido de regresar á la choza con Rolland, y aguardar á Williams que habia llegado hasta el mar. Su larga ecsistencia con los pueblos salvajes le habia acostumbrado, por decirlo así, á todos sus ejercicios, y podia andar sin dificultad por aquellos terrenos escabrosos en donde no podia sostenerme mas que bamboleando. Andorreando por las cercanías de la choza, hallé varios fragmentos de pagaya, recojí algunas plantas nuevas, y habiendo aparecido el sol, empezaron á revolotear por acá y acullá algunas mariposas revestidas de los mas ricos colores que me hicieron arrepentir de haberme dejado mi red en el bote. A su regreso, Williams me notició que despues de haber andado una media milla por encima de las raíces se halló al borde de una pequeña ensenada circuída de arrozales, que tenia su entrada al S. y encerraba dos isletas. Por lo demas, la playa no le pareció practicable en ningun punto, lo que me indujo á creer que los naturales no podian ir á la choza situada al pie del istmo mas que en piragua y aprovechándose de las altas mareas. Como eran ya las diez y media, y me era absolutamente imposible hacer tentativas sin el ausilio de los salvajes, recobré el camino del bote.

« En la cima del istmo me encaramé á un encumbrado árbol para ecsaminar con mas perfeccion la bahía del S., y me cercioré de que la parte vista por Williams solo era una ensenada de la gran bahía que por una parte se prolongaba á mucha distancia en el O. y por otraen el S. S. E. En una isla bastante considerable se veían á la orilla del mar tres grandes chozas circuídas de cultivos, lo cual me hizo suponer que era la residencia del rajah mencionado por Forrest. Convencíme ademas de que el sendero descubierto era el único medio de comunicacion entre ambas bahías.

« A mediodía estuvímos de vuelta, y yo me dirijí á la ensenada reconocida la víspera por nuestros oficiales, y situada al S. de la isla de los Sepulcros. Al rededor de una choza edificada sobre estacas se veía un grupo de doce ó quince cocoteros que nos prometian el jugo refrijerante de sus frutos y el medio de pasearnos un poco á su sombra, porque do quiera que se encuentren estos árboles el piso es jeneralmente practicable. Como el mar era bajo, y apenas habia dos pies de agua sobre el légamo, no tuvímos poca dificultad en acarrear el bote hasta la choza. Desde

luego reconocí que esa choza era tan solo una espaciosa jaula de bambú, cubierta de hojas de latanero y sostenida sobre cuatro pilares á cuatro ó cinco pies de elevacion sobre el nivel del agua, como todas las habitaciones de los Papous. En el interior solo se veían cinco fogones cuadrados, y en cada ángulo una pequeña plataforma y un canastillo y algunos tripangs disecados.

« Nada tuvímos entonces mas urjente que ir á ver si los cuchillos dejados la víspera por M. Berard, en vez de los cocos que habia hecho cojer habian sido arrebatados por los salvajes. Antes de desembarcar habia traslucido á través de los mangles á un salvaje que parecia querer ocultarse para acechar nuestros movimientos; pero hice ademan de no percibirle y prohibí absolutamente á los marinos que fuesen por aquella parte. A algunos pasos de distancia de la casa, ví caídos por la arena doce ó quince cocos frescos atados de dos en dos y un par de los cuchillos dejados la víspera clavados encima. Esta galantería de parte de nuestro jóven invisible me pareció una prenda de buen gusto, precursora de relaciones amigables. Abrímos los cocos y chupámos el jugo con inesplicable anhelo, á causa del calor escesivo que hacia, y de la falta absoluta de agua clara para estinguir nuestra sed. Satisfecho sin duda de ver acojida su hospitalidad, el jóven Papou nos salió al encuentro solo é inerme; y animado de cierta confianza nos dió la mano diciendo *bangous* (bueno), é indicándonos por señas que él era precisamente quien depositara allí aquellos cocos á nuestra intencion.

« Como era el primero que se aventuraba á acercarse, me porté con él con suma amistad y le ofrecí pendientes y un hermoso collar. Esta liberalidad, sin duda muy inesperada para él, pareció haber ganado su corazon, y nos dió á entender que todos los cocos estaban á nuestra disposicion. Entonces dí permiso á los marineros paraque fuesen á cojer cocos, recomendándoles sobremanera que no desperdiciasen ninguno y tratasen bien á cuantos isleños se presentasen. Por mi parte anduve divagando una ó dos horas por la selva, que por aquella parte es bastante practicable, é hice una rica coleccion de hermosos lepidópteros, pero sobre todo de muchos individuos de la sobervia mariposa *urania orontes*, que se posa bajo las hojas del mangle y revolotea como por saltos y corcovos. Esa magnífica especie es muy abundante en aquellos sitios charcosos.

« Alcancé finalmente el bote para comer; y encontré con satisfaccion á diez ó doce Papous jugando y comiendo con nuestros gondoleros cual si fuesen antiguos camaradas. En breve me rodearon repitiéndome: *Capitan Bangous*, *sobat*, etc., y prodigándome toda especie de pruebas de amistad. Estos hombres son en jeneral de pequeña estatura, de una complecsion débil y delicada, sujetos á la lepra; sus facciones no son sin embargo muy desagradables, el metal de su voz es dulce, su continente grave y aun impregnado de cierta melancolía habitual bien caracterizada.

« A las cuatro abandonámos aquel apostadero para pasar á bordo. Al pasar por delante de la isla de los Sepulcros, costeé la playa muy de cerca, pero sin el menor deseo de aportar en ella. Uno de los naturales se internó en el agua con un grueso pichon en las manos y me hizo seña de acercarnos; de suerte que en breve nos hallámos en medio de ellos y ecsaminámos con curiosidad su campamento. Sobre un grande hogar asaban una enorme tajada de carne de tortuga, y á poca distancia se veía un pequeño abrigo hecho de ramas de palmera, de tres pies de elevacion sobre el nivel del suelo, construido para los que parecian ser los jefes de la cuadrilla, quienes se hallaban tendidos muellemente sobre esteras con la cabeza apoyada sobre una pequeña almohada de madera esculpida. Despues de haber hablado algun tanto con ellos en malayo les dí á entender que si llevaban á bordo víveres ú objetos de su industria, recibirian en cambio diversos objetos de fábrica europea, con cuyo pacto prometieron presentarse al dia siguiente. Despues de haber pasado cinco horas entre ellos, me despedí y me hallé de vuelta á bordo al poner del sol, muy satisfecho de mi correría. »

Los Papous cumplieron su promesa. Al dia siguiente aparecieron en torno de la *Coquilla* y no cesaron de ir y venir hasta la partida del buque, traficando con la mayor buena fé, y portándose con honor y caballerosidad. Dos dias despues de la incursion de M. d'Urville, el alumno Blosseville practicó con Williams un reconocimiento hasta la residencia del rajah de la isla situada en la bahía del S., en donde se halló con una poblacion dulce, tímida, semejante á la que frecuentaba ya á los Franceses. El mismo rajah fué en persona á bordo de la *Coquilla* y ofreció al capitan Duperrey dos hermosas manucodiatas; pero pidió un fusil por un canastillo de concha bastante bella, y al ver que le negaban el trueque, se la volví.

La poblacion de Waidiou difiere poco de la de Doreï; por manera que todo lo que se ha dicho de la primera puede referirse á la segunda. Únicamente debemos añadir que los oficiales de la *Coquilla* encontraron en una aldea situada al E. de la bahía una especie de capilla adornada de muchas efijies las mas caprichosas, chafarrinadas de diversos colores, adornadas de plumas y de esterillas y dispuestas con simetría. Esta capilla seria seguramente un templo, y las figuras de madera imájenes de divinidades. Por lo demas, no pudo saberse nada

mas en lo tocante á las creencias relijiosas de esos pueblos.

La isla Waigiou es elevadísima en el interior, montuosa y casi enteramente arbolada, con unas sesenta y seis millas de E. á O. sobre treinta de N. á S. La espaciosa bahía del S. que se interna casi hasta la costa del N., parece cortar la isla en dos partes, pero la meridional es casi de todo punto desconocida. Waigiou está situada entre 0° 24' y 0° 0' lat. S. y entre los 137° 49' y los 128° 57' lonj. E.

Al N. de Waigiou se ven muchas isletas diseminadas, á saber: Boni, Rawak, Manaouaran, las islas En, y la cadena de las islas Vayag que ocupan una estension de once millas del E. S. E. al O. N. O, todas cascajosas, selvosas é inhabitadas. La isla Rouib merece una mencion particular, pues tiene mas de doce millas de circumferencia y es dominada por un majestuoso cono que se divisa de quince á veinte leguas de distancia, por lo que no deja de ser un reconocimiento sumamente precioso para esos parajes. Su cúspide está situado á 0° 2' lat. S. y á los 127° 45' lonj. E.

Al N. de Waigiou y á veinte millas de su parte oriental se presenta el grupo Aïou, isletas rodeadas de un arrecife de cincuenta millas de circumferencia. Forrest descubrió este grupo y visitó muchas de sus islas en 1795 que, segun él, son ocupadas por Papous que viven de pescado y de tortugas. Estos naturales hacen de cuando en cuando incursiones á Waigiou para procurarse el sagú necesario á la fabricacion de su pan, en las que se llevan á sus mujeres y toda su familia, y hacen ademas un pequeño comercio de conchas de tortuga y nidos de salanganas con los Chinos de Ternate y de Amboine.

Aïou-Baba, la mas importante y la mas meridional del grupo, tiene cinco millas de circumferencia y 500 pies de elevacion. Forrest distingue tres principales jefes bajo los títulos de moudo, synagui y kimalaha: el primero tenia muchas mujeres, entre las cuales habia dos Malayas arrebatadas en Ambiou cerca de Amboine. Habiendo Forrest manifestado al moudo su sorpresa de que se atreviese á comprar vasallos holandeses, el jefe salvaje respondió que en aquellas islas no se inquietaban mucho por los Holandeses, porque estaban muy lejos; que por otra parte los naturales tenian mil medios de eludir su venganza, y que cuando los Holandeses reclamaban la cabeza de un jefe papou, les remitian la de un esclavo.

Abdou y Konibar, las dos islas mas importantes despues de Aïou-Baba, apenas tienen cada una un ámbito de tres millas y unos doscientos pies de elevacion. Aseguran que en Konibar hay plantaciones de batatas, cañas dulces y otras producciones intertropicales.

Durante la permanencia de Mr. Freycinet en Rawak, en 1818, el jefe de Aïou-Baba fué á visitarle. Este es precisamente el sujeto que aquel navegante designa bajo el nombre de Moro, equivocacion probable del de moudo.

« Los Papous con quienes habíamos comunicado, dice Mr. Freycinet en su relacion, nos habian parecido intelijentes é injeniosos; pero ninguno igualaba bajo este doble aspecto á Moro, uno de los jefes de las islas Aïou, que vino á nuestro observatorio. Hablaba el malayo con facilidad, nos dirijia mil preguntas y reclamaba una esplicacion de todo cuanto veía de estraordinario entre nosotros. Pidióme con reiteradas instancias un termómetro; no sé si comprendió su uso, pero lo cierto es que habló de él por mucho tiempo á sus camaradas, y no parecia sino que les esplicaba su utilidad.

« Moro iba desnudo, y solo llevaba un simple *langouti* de corteza de higuera; era rechoncho y tenia una inmensa cabellera, como todos sus compatriotas. Estaba dotado de un carácter vivo y jovial, nos adulaba con mucha destreza cuando queria obtener alguna cosa, y me dió á entender que para presentarse en mi sociedad necesitaba un traje mas decente que el suyo. En consecuencia obtuvo insensiblemente un pantalon, luego despues una camisa, un pañuelo para decorar su cabeza, etc., y envanecido con su nuevo traje, partió para la bahía de Kavareï, sin duda para ostentar su gala.

« Al dia siguiente volvió muy de mañana con dos tortugas que me vendió, y desde entonces fué nuestro comensal ordinario hasta el punto de dormir á bordo todos los dias. Estudiaba é imitaba nuestros modales con una facilidad y una soltura que no pudieron menos de sorprendernos; en la mesa se servia del cuchillo y del tenedor con tanta destreza como nosotros. Es cierto que al través de aquella sociabilidad improvisada mostraba de cuando en cuando algunos rasgos de sencillez nativa; pero tambien era el primero en reirse de nuestras observaciones. Una vez imajinó echarse de un golpe el cajoncito en la palma de la mano y tragarse de una vez toda la pimienta. Creo que iba á ahogarse, pero lejos de esto echó á reir á carcajada suelta sobre la escelencia de semejante regalo: *bagous! bagous!* (bueno! bueno!) esclamaba. Contemplaba con tanta satisfaccion todo lo que habia sobre la mesa, que, deseando contentarle, no tuve reparo en dejarle tomar el vaso, la redoma, el plato, etc. de que se habia servido. Su alegría subió de punto cuando le dí un canastillo para poner todas aquellas riquezas, y en fé de su gratitud me regaló muchas perlas y la mas hermosa manucodiata que he traido de aquellas comarcas. No se ciñó aquí su agradecimiento, pues nos prestó señalados servicios: viéndonos rodeados continua-

mente de piraguas, constituyóse nuestro alguacil y nuestro corredor jeneral, é hizo nuestros mercados con sus compatriotas, siempre en beneficio nuestro, aunque no dejaba de encontrar tambien su cuenta. Si consentíamos por ejemplo en dar nueve cuchillos por cierta cantidad de víveres, me decia que con cinco habia bastantes, pero solo daba cuatro al vendedor, y se quedaba con el quinto. Esforzóse en demostrarme que este modo de obrar no me era desventajoso, y yo se lo concedí con mucho gusto no pudiendo menos de reirme de su industria. »

En 1828 Mr. d'Urville describió la jeografía del grupo de Aïou. Acercáronse á su buque varias piraguas; pero como reinaban á bordo la fiebre y la disentería, no quiso detenerse en aquellos parajes. De todas sus operaciones se deduce que ese grupo está situado entre 0° 19' y 0° 41' lat. N. y entre los 128° 21' y los 128° 45' lonj. E.

A 16 millas N. N. E. de las islas Aïou se ve el pequeño grupo *Asia*, descubierto en 1805 por el buque de guerra de este nombre, revisto en 1823 por el capitan Mackenzie, y esplorado en 1828 por Mr. d'Urville. Son tres isletas bajas y selvosas; ignórase si son pobladas, pero se sabe que están situadas á 0° 58' lat. N. y á los 128° 48' lonj. E.

CAPITULO XXXIX.

MALASIA.—ISLAS CELEBES.

Llevamos manifestado que á 13 de agosto se hallaba el *Oceánico* á la altura de la isla Waigiou. Los dias siguientes Pendleton llevó el rumbo mas directo para doblar por el lado del N. la isla Morty, una de las Molucas, y encaminarse á la isla Celebes. Es verdad que la brisa soplaba del S. S. O., pero el mar estaba terso como un espejo, y no parecia sino que navegábamos por una ensenada, atendido el abrigo de las grandes tierras que comunicaba á aquellos parajes un aspecto del todo diferente del que ofrecia el Mar del Sur. Por la tarde del 14 avistámos el cabo Salavaï de la isla Guilolo; el 15 montámos Morty, y el 17 teníamos Celebes á la vista. El *Oceánico* tenia delante el cabo Coffin que la termina por el lado del N. E. y las isletas Banka que la flanquean. Allende la punta avanzada y en la rejion interior se descubrian el monte Koblat y el de las Dos Hermanas. El primero consiste en un cono regular que en tiempo sereno se percibe á distancias enormes: las Dos Hermanas son dos picachos de una elevacion infinitamente menor, pero muy vistosos para los que llegan de aquella parte. A tres millas N. E. del mas septentrional de esos picachos ecsiste una tercera montaña en la que se observa una cavidad que pone de manifiesto un cráter estinguido; y al E. otra montaña cónica, negra y revestida de todos los caractéres de una cumbre ignívoma. La primera de esas montañas fué llamada *Volcan* por Mr. d'Urville. Toda esta comarca parece haber sido trabajada profundamente en otros tiempos por la accion de los fuegos subterráneos, y no seria nada estraño que en la actualidad encerrase todavía algunos tizones.

A 18 de agosto por la tarde el *Oceánico*, sorprendido por las calmas, se hallaba aun bajo el cabo Coffin, abriéndose ante su presa el canal de Banka en donde penetrámos al dia siguiente. Como la costa estaba atestada de beriles, el *Oceánico* navegó á media milla de distancia á lo largo del cabo Coffin, morro selvoso y de poca elevacion, y costeó sucesivamente las islas de este canal, Banka, Ganga, Salice y Kabroukan, pasó á la vista de la aldea de Likoupang en donde flotaba el pabellon holandés; dobló á dos ó trescientas brazas de distancia el cabo N. de Celebes, descubrió el cono de Toua-Manado y las isletas Nain, Mantrau, Siandien y Bounakin, y se presentó en la espaciosa bahía de Manado, ensenada inmensa, pero abierta, poco segura y de un fondeadero difícil, á causa de las sesenta á ochenta brazas de fondo que tiene el mar á medio cable de distancia de la costa.

El *Oceánico* desplegó su pabellon y se internó en la bahía, mas en breve le atracó una chalupa neerlandesa. Un oficial y tres soldados de marina subieron al puente y preguntaron por el capitan, manifestando que tenian que hablarle: Pendleton les hizo bajar á su cámara, y al momento se entabló una especie de consejo que duró al pie de media hora, cuyo resultado fué que la rada de Manado, privilejiada para las embarcaciones bátavas, hacia pagar muy caro á los buques estranjeros la hospitalidad de su atracadero, ciñendo ademas á un corto número de dias el tiempo de su recalo. El capitan americano no se sentia con el jenio necesario para pasar servilmente por debajo de esas horcas caudinas.

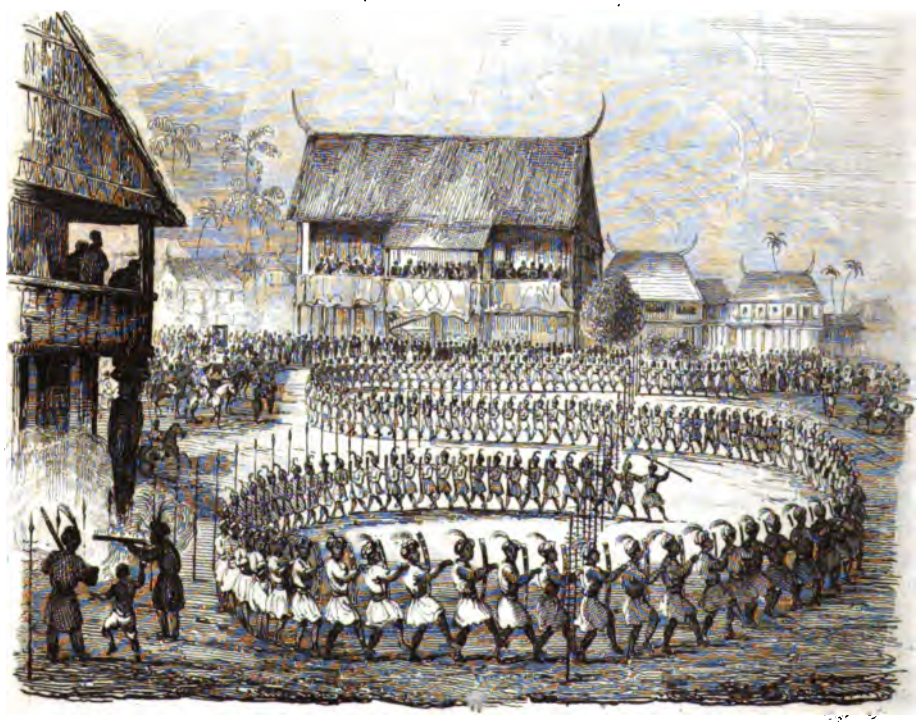
Cuando subió á la cubierta, estaba furioso: « Judíos neerlandeses! esclamaba, si pudiesen hacer pagar el aire que se respira en su rada, no dejarian de verificarlo. No, el *Oceánico* no les dará un solo peso fuerte. Poco saben ellos con quien tienen que habérselas. » Proferidas estas palabras, se dirijió al oficial y añadió: « Caballero, yo deseaba tomar de Vds. agua y víveres, pero veo que serian sobrado caros, y así he decidido hacerme inmediatamente á la vela para Manila. » Al instante hizo poner su buque en facha con objeto de no internarse mas en la bahía.

Hacia ya muchos dias que Pendleton y yo nos habíamos convenido que me despediria en Mana-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

2. Manado vu de la Rade.

2. Manado visto desde la Rada.



3. Danses Guerrières des Harfours de Célèbes

3. Danzas Guerreras de los Harfures de Celebes

do. Estéril habia sido la última campaña del *Oceánico:* antes de entrar en Nueva-Yorck, Pendleton queria recorrer por último la costa N.O. de América, cuyo itinerario era muy opuesto al mio. Quedaban inesploradas para mí una porcion de la Malasia y las tierras australes mas considerables, tierras que me prometian estudios graves y curiosos que debian de formar un botin de los mas preciosos de mi viaje. En consecuencia no podia titubear; debia despedirme sin remedio de mi digno amigo, de mi escelente capitan. Cuando le abracé, me saltaron las lágrimas á los ojos, y él mismo estaba sobrecojido de la mas tierna emocion. « Ya volvéremos á vernos, me dijo, ya. Los cruceros como nosotros siempre vuelven á encontrarse, aunque sea en el cabo del mundo. En cualquier parte en que V. se encuentre, acuérdese del *Oceánico*; es un pez marino harto conocido por donde quiera. » Trasladáronse mis maletas á bordo de la embarcacion neerlandesa que me proporcionaba pasaje hasta la costa, y colándome escala abajo, procuró abreviar aquella tierna escena. Los remeros holandeses me alejaron cuanto antes, y el *Oceánico* se orientó para hacerse á la mar. Por espacio de algunos minutos ví á Pendleton en pie sobre el alcázar, y saludándome todavía con su bocina, mientras yo ajitaba mi pañuelo y clavaba la vista sobre aquel buque que durante dos años fué mi único domicilio. Pero el agraciado *Oceánico* se folgaba á lo lejos en el mar con sus blancas velas, dejándome solo en una playa estranjera y sustrayéndose enteramente á mi vista.

Las atenciones del oficial neerlandés mitigaron en poco el sentimiento de una brusca separacion. A medio camino de la costa se nos presentó una piragua que contenia dos Europeos vestidos de blanco por el estilo criollo y cubiertos de inmensos sombreros de paja: eran dos Franceses establecidos en Manado desde largo tiempo, MM. Barbier y Martin. El primero era un antiguo oficial de la marina imperial, que habia hecho en la India la campaña de la *Semirante:* destituído por sus opiniones en 1815, mandaba entonces una pequeña goleta con la que hacia el comercio de las Molucas.

Encuentro tan imprevisto y las consideraciones que me prodigaron durante mi breve permanencia aquellos caballeros y el residente de Manado, me hicieron sentir sobremanera el poco tiempo que tenia para reconocer Celebes. Apenas llegado, cuando pensé sobre los medios de salir de aquella especie de callejon sin salida en medio de los mares malayos. Mr. Barbier no debia partir para Amboine hasta veinte dias despues, y quizá hubiese tenido que aguardar tres semanas, si un bergantin de guerra holandés, el *Siva,* adicto al servicio de Manado, no hubiese recibido la órden de hacerse á la vela para una mision urjente. El residente, Mr. Pietermat, me ofreció pasaje á bordo, y lo acepté con mucho gusto. El 23 debíamos partir.

Dos dias me faltaban pues para ver Celebes, y gracias á Mr. Barbier fueron utilizados enteramente. Este escelente compatriota me presentó al Residente, quien me dispensó tan grata acojida, que en adelante fuí admitido á todos los placeres y á todas las fiestas. Al mismo dia siguiente debia tener lugar una funcion en el lago de Tondano, escursion semi-científica, semi-pintoresca, proyectada en honor de algunos Holandeses de alto copete, viajeros como yo. Convidáronme á aquel paseo, y lo acepté con reconocimiento, como que solo me quedaba un dia para ver el litoral.

Al llegar desde altamar, Manado se presenta como un monton de casas bajas de techos inclinados, y dominadas por una habitacion de dos altos que era el domicilio del residente. Una muralla artillada con algunos cañones es la única defensa de aquel castillo en que tremola el pabellon holandés (Pl. XXV. — 2). Situada á la orilla del mar, la aldea está flanqueada á su derecha de una cadena ambulante que se divide en varios ramales, entre los cuales hay uno que va declinando hácia el mar hasta terminar á una ó dos leguas de la playa; á su izquierda se alza el Koblat. A derecha é izquierda del fuerte se levantan las casas de la aldea, de un órden de arquitectura peculiar á Celebes, elevadas sobre estacas labradas y construídas con ventanas adornadas de esculturas. Las moradas de los jefes consisten en importantes edificios precedidos de una especie de peristilo cuadrilateral y superados de un remate cubierto de bálago. Los Holandeses establecidos en el país no han practicado ningun medio de introducir en él otro modo de construccion. La poblacion de Manado, bien que indudablemente de oríjen malayo, no tenia la cara cuadrada y huesosa que caracteriza aquella raza en los demas grupos. El tinte de esos indíjenas era mas claro, su semblante mas redondo, su corpulencia menos marcada; pero entre las razas del interior de Celebes, esta diferiencia debia pronunciarse de una manera mucho mas notable.

A las seis de la mañana del 21 de agosto, hallándose ya todo dispuesto desde la víspera para nuestra incursion al lago de Tondano, emprendímos la marcha en número muy considerable. Deseando hacer á sus huéspedes los honores de aquel partido, el residente mismo formaba parte de la caravana. Escelentes caballos, briosos y llenos de fuego, nos estaban aguardando en los patios de la residencia, y 150 criados, los unos á pie, los otros montados, debian servirnos de escolta ó llevar nuestros bagajes: era verdade-

ramente una pompa de príncipe. No faltaban tampoco algunas palanquetas con sus correspondientes postas para las personas que preferian este medio de transporte.

Las cercanías de Manado, sembradas de hermosas casitas circuídas de empalizadas, me parecieron deliciosas á la salida del sol y en medio de aquella especie de marcha triunfal. Desde luego se abrió un cómodo y anchuroso camino á través de un terreno lijeramente ondulado, cubierto de selvas inmensas; pero en breve empezó una serie de encumbradas colinas sombreadas por la cabellera de sus bosques y entrecortadas de profundos barrancos. Habituados á subir ó á descender aquellas rampas, nuestros caballos animados y briosos no retrocedian ni tropezaban en aquellas gargantas perpendiculares y terminadas por un puente de madera echado sobre un barranco y cubierto de una techumbre como los puentes chinos. Concíbase una larga cabalgadada de 150 individuos, escalonados en unas rampas que serpentean á lo largo de los flancos selvosos de una fragosa montaña; aquí los caballeros de la cabeza pasando el puente á galope, mientras los últimos apenas empezaban á asomar en la cima de la montaña, y se tendrá una idea del cuadro que ofrecia aquel paseo pintoresco (Pl. XXV. — 1). Los Malayos encargados del servicio no nos daban tiempo para desear siquiera alguna cosa, pues de todo nos prevenian. Era tan considerable su número, que apenas quedaba á cada uno alguna cosa por hacer: este solo llevaba un nido de aves, aquel una botella de vino; cada miembro europeo de la cabalgada tenia doce á sus órdenes.

De esta suerte atravesámos Tawangam hermosa aldea de la comarca de Doreï, cinco millas distante de Manado, y cuyo kapala-balak (jefe) hacia parte de nuestra comitiva. Dejámos á las espaldas el encumbrado pico del monte Koblat y llegámos á Passan-Goulang en donde nos aguardaba un suntuoso desayuno. Treinta ó cuarenta naturales, vestidos de blanco y alineados en dos filas, nos sirvieron de guardia de honor, y tras aquel seto de guerreros habia algunas mujeres del país cuya timidez apenas les inducia á mostrarse. Aunque jóvenes y bastante bien vestidas, aquellas mujeres no ofrecian ningun atractivo en sus facciones: una boca muy distante de la nariz, ojos sin espresion ni armonía, una cara comprimida de arriba abajo, una nariz corta y remachada, tal es el carácter que se producia en todos aquellos semblantes. Por lo demas, las mujeres parecen encontrarse en esta isla en un estado de inferioridad bien pronunciada: su intelijencia no desmiente su fisonomía; mas bien puede decirse que son esclavas que esposas, y un hombre toma tantas mujeres como puede mantener.

Allende Paoun-Nereng y á unas diez millas de Manado empiezan selvas sombrías y lozanas, accesibles solamente por el camino trillado recientemente por los esfuerzos de los Holandeses. Aquellas selvas recordaban las de la Nueva-Guinea, así en lo tocante á las producciones del suelo como á los animales de que están pobladas. Únicamente las aves parecian mas raras bajo aquellas frescas bóvedas y menos variadas que en la tierra de los Papous, al paso que los mamíferos ofrecian grandes razas, estranjeras á la Melanesia, como el babirusa y el sapi-outang.

El barbirusa presenta algunas calidades del cerdo y del javalí, pues se domestica como el primero y está dotado de colmillos como el segundo. Comas le denomina cerdo-ciervo; Valentyn y Seba le describen igualmente. Sus formas son en jeneral algo menos toscas que las de su mismo jénero; su color ordinario es el ceniciento-rojizo; su pelo es corto y lanoso, y su piel delgada carece casi de corteza. Este animal casi nunca se mezcla con los javalíes silvestres: cuando se ve perseguido se arroja al mar y se zambulle muy bien. Valentyn asegura que no escarba, pero que se nutre de yerbas y de hojas (Pl. XXVI. — 4). El sapi-outang, mas curioso todavía, es casi parecido á un becerro ó á una pequeña vaca, como lo indica su nombre malayo, *sapi* (vaca), *outang* (de los bosques). Su hocico, sus patas y su aspecto jeneral es el de los mismos, con dos gruesas astas lijeramente rebajadas por detras. Su peso es de dos ó trescientas libras, y su obesidad es tan característica que lo han clasificado en el jénero antilope, bajo el nombre de *antilopa depresicornis* (Pl. XXVI. — 5).

En aquellas selvas pobladas de curiosos animales, se echaba de ver entre las producciones vejetales la palmera gomotou (*asguerus gomautus* Rumph), una sobervia palmera espinosa en la copa solamente y debajo de las hojas, cuyo aspecto es algo parecido al del sagutier, con un tronco de treinta á cuarenta pies de altura, terso, muy recto, superado por una hermosa mazorca de hojas como el tamarindo; lingoas ó *pterocarpus* muy comunes, y varinguis, especie de *ficus*, árbol sacrosanto de los Japoneses. La constitucion jeolójica de la comarca consiste jeneralmente en un basalto en descomposicion, cubierto de una capa de tierra vejetal cuya densidad llega á veces á quince ó veinte pies. En la superficie el suelo raras veces es terreo, pero nunca arenoso.

Hallábamonos á la sazon en la parte mas pintoresca del camino. Los barrancos eran mas hondos; á cada paso debíamos apearnos, y frecuentemente obstruian el camino espumosos torrentes, entre los cuales se contaba el de Manado. Ha-

1. Caravane de voyageurs franchissant un Torrent de Célèbes

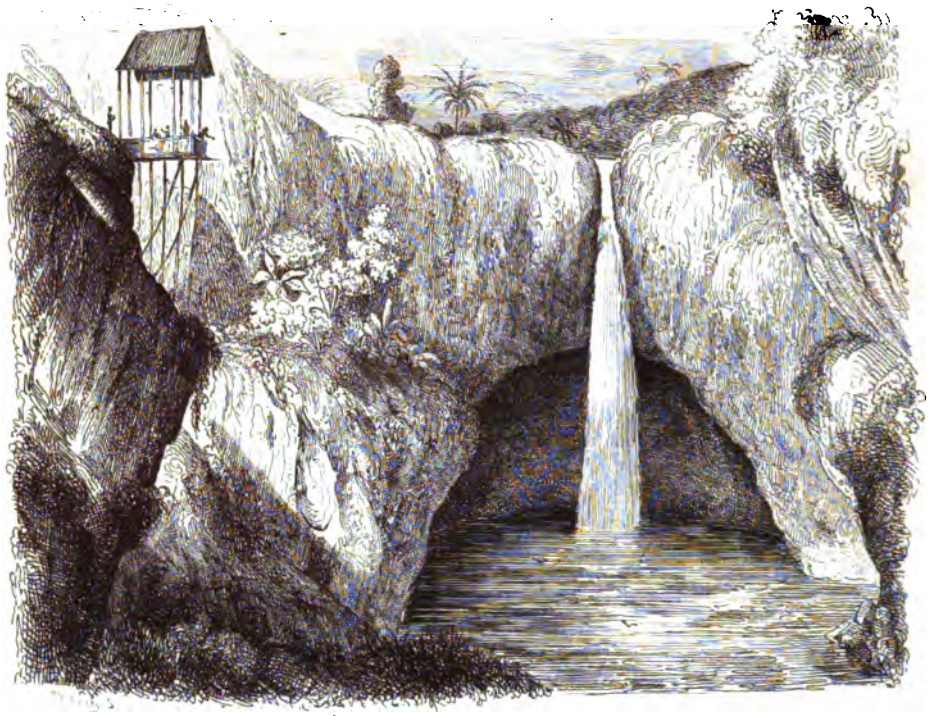
1. Caravana de Viajeros pasando una Torrentera de Celebes

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



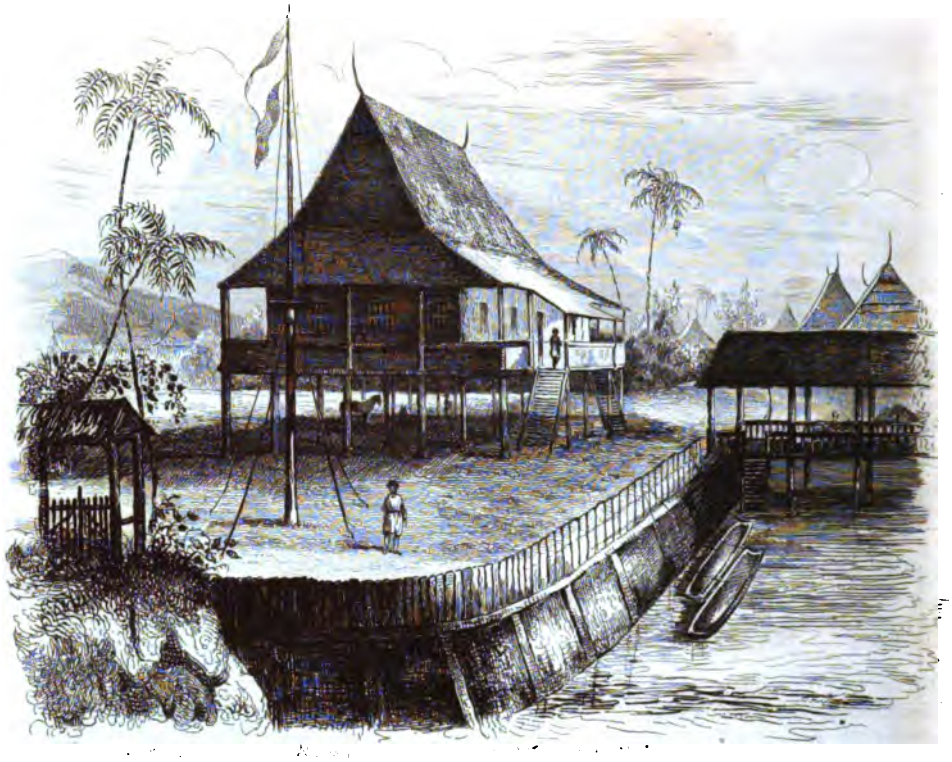
1. Chute de la Rivière de Tondano.

1 Despenadero del Rio de Tondano

2. Tondano.

de Lucion del.

VOYAGE
VIAJE



1. Maison d'Harfours à Manado.

1. Casa de Harfures en Manado.

2. Harfours de Manado.

2. Harfures de Manado.

de Maison del.

biendo dejado á las espaldas esta zona, llegámos á la meseta de Tondano, meseta deliciosa en donde se ajitaban verdes arrozales al soplo de la brisa que en aquellas alturas es mucho mas fresca. Despues de haber recorrido la aldea de Tonse-Lama, en donde se hallan varios sepulcros de basalto cubiertos de signos jeroglíficos, dejámos á la cascada del Manado, ya considerable entonces, no obstante salida apenas del lago de Tondano. En ese punto el torrente obstruído por una roca basáltica ha corroído poco á poco el obstáculo abriéndose un paso á manera de un molino. Comprimido en la salida, el volúmen entero de las aguas se arroja con fuerza para caer en forma de canastillo y con un estruendo que llena todo el espacio en una ensenada llena de espumosos remolinos. Las paredes de esa ensenada son formadas de rocas negras revestidas en su parte superior de un tapiz de veinte helechos diversos. En la superficie de las simas y en la roca tortuosa revoloteaban salanganas con el cuerpo y las alas adornados de azul fino por debajo, y metálico en la parte opuesta. Para dar al viajero el punto de vista mas completo de esta escena, uno de los últimos residentes ha hecho construir sobre el precipicio y contiguo á la roca un pabellon de corteza y varillas de sagutier (Pl. XXVI—1.).

En las cercanías de Tondano el camino se ensancha, las habitaciones son mas vastas y las plantaciones mas considerables. El camino estaba orillado por ambas partes de un seto de guerreros armados de broqueles y de sables de madera. Aguardábanos á la entrada de la pequeña ciudad un numeroso cuerpo de kapala-balaks, jefes superiores, y de hokkoums. La ciudad es hermosa aseada, elegante; sus casas son espaciosas y sólidas y alineadas á ambos lados del rio de Tondano (Pl. XXVI—2.), que corta en dos partes iguales la ciudad y el territorio, de donde resultan dos distritos que tienen su kapala-balak cada uno. La poblacion entera de Tondano se calcula en 2.000 almas; el uno de los dos distritos se denomina Tondano-Touli-Ang, y el otro Tondano-Touli-Mambo. La palabra jenérica de Tondano parece tener dos radicales, *Ton*, hombre; *dano*, agua (hombres de agua); sin duda porque la mayor parte de sus casas estaban construídas sobre estacas. Sin embargo en la actualidad la mayor parte de Tondano está situada en tierra firme; pero las estacas que todavía subsisten manifiestan con evidencia que la aldea se hallaba suspendida hace poco en el seno del lago mismo, de donde fué arrojada desde que una sublevacion local obligó á los Holandeses á emplear el cañon contra los Harfours de Tondano. Desde entonces les ha sido prohibido edificar en otras partes que en la playa, y únicamente se ha permitido á ese pueblo de pescadores aproximarse al agua tanto como desearen. Todas las casas de Tondano, muy pintorescas, se reflejan en las aguas del lago ó del rio.

Nuestra mansion en Tondano se hizo ante el palacio de la residencia situado sobre una isla cerrada por los dos brazos del Manado. Este palacio es una habitacion muy deliciosa, estropajeada de cal, y edificada como todos los edificios de los Harfours sobre enormes estacas que levantan el piso bajo sobre el nivel del suelo y forman una vasta galería bajo el mismo palacio (Pl. XXVII—1.). En cuanto nos instalámos en él, los jefes del país vinieron á saludarnos, es decir, á tocarnos la mano inclinándose, tragarse un vaso de arak y retirarse. Consumadas estas formalidades, tomámos un delicioso banquete con pescado del lago, bellos salicotes de agua dulce y palmas de palmitos muy sabrosas.

Al amanecer del dia siguiente nos hallabamos en el lago, al que debíamos dar la vuelta en pequeñas piraguas provistas de tendales de hojas. Por la parte de la ciudad se ve al principio una especie de aguazal cubierto de ciperaceas y altas gramineas del jénero *arundo* ó *saccharum*, entre las cuales se manifestaban por acá y acullá las brillantes campanas del *convolvulus* ó las purpureas espigas del *polygonum*. A la otra parte de aquel aguazal se desarrolla una magnífica ensenada de cinco á seis millas de N. N. O. á S. S. E. sobre dos de anchura media. Sus riberas, á escepcion de las del lado de Tondano, son muy dibujadas, y están dominadas por una cadena de montañas, entre las cuales las del S. son volcánicas en su mayor parte. Acaso deberia inferirse de ahí que el lago ocupa el solar de un antiguo cráter?

En la parte N., cerca de Tondano, el lago solo tiene tres ó cuatro brazas de profundidad; pero en todos los demas puntos el escandallo llega á doce ó catorce brazas con una regularidad muy señalada: así que puede muy bien decirse que el lago desecado se transformaria en una llanura tersa y despejada. En sus bordes hay cinco ó seis aldeas diseminadas y pobladas de pescadores; cuyas piraguas surjen casi siempre la superficie de la espaciosa ensenada. Una de estas aldeas, Passoun, situada en el fondo mismo del lago, presenta un aspecto harto miserable. En cuanto hubímos desembarcado, echámos de ver en el ribazo enormes y prolongados postes en los que se habian hecho agujeros redondos, dispuestos de manera que cinco ó seis personas, armadas de un majadero cada una, pudiesen machacar su arroz á la vez. Entre aquellas máquinas habia una destinada, segun nos han asegurado, para las ocasiones solemnes, que en sus dos estremidades tenian otras tantas figuras esculpidas con los atributos de ambos secsos pronunciados con evidencia y pertenecientes al jénero de escultura que ví despues

en la Nueva Zelandia. Los alrededores de aquellas aldeas, sembradas al rededor del lago, eran plantados de arrozales y de ricos plantíos de café cuyas cosechas pertenecen al gobierno holandés.

Despues de haber dado una ojeada sobre aquellas aldeas y la campiña, regresámos á Tondano en nuestras piraguas pescando ó cazando á lo largo del camino. Es verdad que solo cojimos algunos peces bastante medianos: pero en cambio matámos muchas aves, ánades, gallinetas y sobre todo garzas reales blancas, negras y lisas (Pl XXVI — 3.)

Apesar de mis deseos de diferir mi partida de un país tan delicioso y de una admósfera tan saludable, fué absolutamente preciso abandonar Tondano. Regresando por otra senda, atravesámos ricas plantaciones de café é inmensos cercados cubiertos de arroz. La primera aldea que encontrámos fué Koïa, y despues vímos el pueblo Tomohom, poblado de Harfours, que prevenidos de nuestra llegada nos habian preparado sus fiestas mas magníficas.

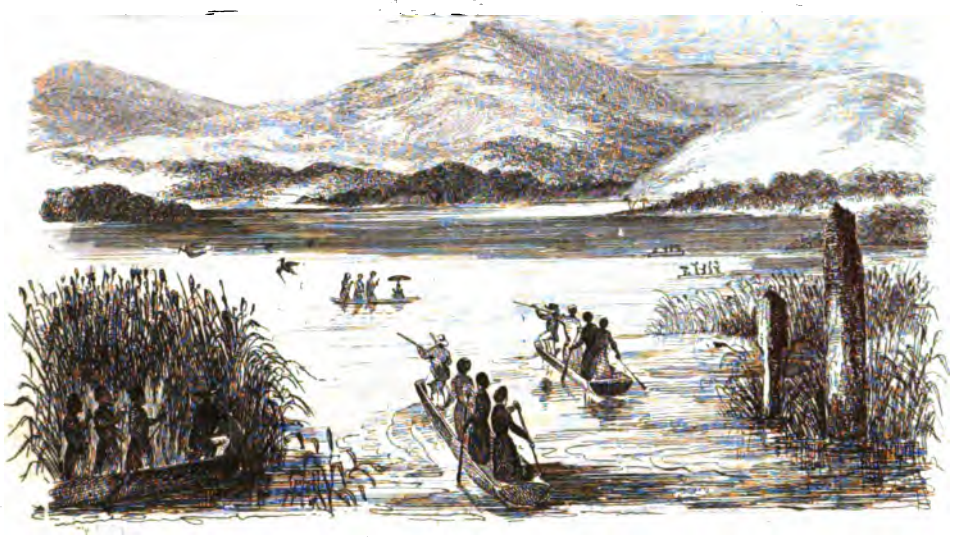
Efectivamente, no bien hubímos tomado puesto bajo la galería del kapala balak, cuando se vió todo el recinto atestado del pueblo. Ejecutáronse sucesivamente bailes, pantomimas y juegos; el primer baile fué el de diez y ocho naturales revestidos con el antiguo traje nacional de los Harfours. Este traje consistia en un elegante taparabo de seda que ceñia sus lomos y recaía por delante como las franjas de un rebocillo: sus sienes eran ceñidas por una especie de turbante superado de una manucodiata (1); su cuello recargado de collares de abalorios; sus rodillas rodeadas de jarreteras provistas de ruidosos cascabeles; su lanza emplumada y su broquel esculpido; cuyos atavíios asemejaban algun tanto aquellos individuos á los salvajes de convencion que figuran á veces en nuestra escena. El contraste de aquel traje primitivo era tanto mas marcado, cuanto cabe esos Harfours se hallaban otros Harfours de la guardia del gobernador, vestidos á la europea (Pl. XXVII. —2).

A este baile sucedió otro mucho mas pintoresco y jeneral. Ciento cincuenta á doscientos jóvenes Harfours, revestidos del simple sarong (especie de blusa malaya) con el pañuelo rollado á guisa de turbante y la manucodiata por penacho salieron á la vez al son de los petardos, de los goum-goums, de los tam-tams y de los címbalos metalicos, y empezaron á bailar por la danza de los broqueles y de las danzas ejecutando diversas maniobras sumamente complicadas con el simple jesto de una especie de coregrafo en jefe, simulando combates, alineándose, culebreándose sucesivamente. Despues de diferentes y variados pasos, se da fin á la escena por medio de una danza en redondo acompañada de un canto lento y monótono. Los naturales prolongaron aquella especie de danza agraciada y simétrica apoyando la mano derecha sobre la espalda de su vecino, y empuñando el broquel con la izquierda: era verdaderamente una fiesta oriental (Pl. XXV. —3.).

Este burgo de Harfours me ofreció una ocasion propicia para estudiar con mas ecsactitud las costumbres de este pueblo singular. No cabe duda que es una raza diferente de la raza puramente malaya, con la tez mas blanca, y la cara mas redonda, cuyos dos caractéres se reproducen en todos los individuos. Los ojos son óvalos y horizontales; el pelo negro, liso y largo, especialmente en los hombres, pero tienen muy poca barba. Por lo demás, el tinte de la piel varía segun la zona que habitan los naturales; así que es mas subido en la marina y mas claro en el interior. Los individuos oriundos de una mezcla entre Harfours y Europeos son verdaderamente de figura y contornos agraciados. Es cierto que los Harfours son pequeños de estatura, pero muy bien formados, y casi todos van vestidos á lo oriental, bien que son muy pocos los que están abanderados en el mahometismo. Todas las mujeres andan vestidas, y solo los hombres de baja estraccion van casi desnudos, con una simple camisa ó un taparabo que les cubre desde la cintura á las rodillas. Estos indíjenas son afables, buenos y hospitalarios, y no tienen nada de esa ferocidad que verdaderamente debe echarse en cara á los Harfours de las Molucas ó de la Nueva Guinea. Estando avasallados á los Holandeses, obedecen en todo al Residente como á un semidios; por manera que cuando este viaja por el interior, todo el país está ocupado en celebrar fiestas. En nuestra escursion tuvímos oportunidad para presenciar uno de esos regocijos públicos.

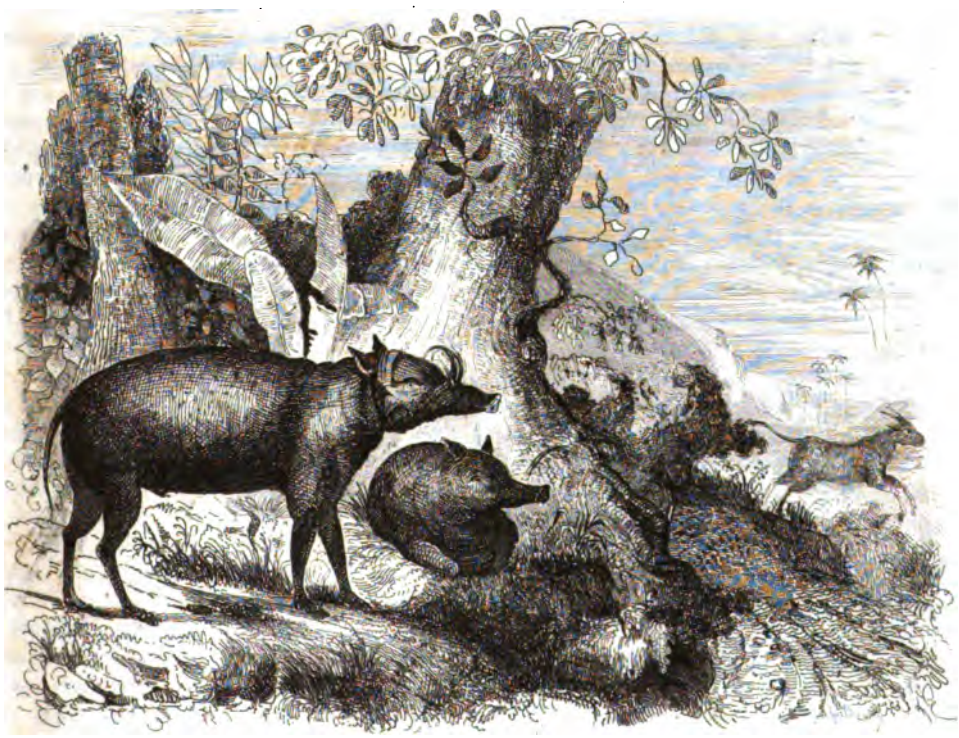
Los Harfours no tienen culto harto comprensible, pues no tienen templos, ídolos ni sacerdotes que se sepan. Su relijion parece reducirse á una especie de maniqueismo semejante al de los Tongas; creen en espíritus venéficos, y para conjurarlos se imponen privaciones espontáneas que recuerdan á veces los rigores del *tabou* polinesio. Esos espíritus venéficos tienen mucha analojía con los atouas de la Nueva Zelandia y los hotouas de Tonga. Los Harfours tienen asimismo sus sacerdotes, ó mas bien adivinos que consultan, como los agoreros romanos, el canto y el vuelo de las aves y el movimiento de las entrañas palpitantes de las victimas. A veces llevan la truhanería hacia zambullir su cabeza en el se-

(1) Ave de unas cuatro pulgadas de largo, con el pico negro, delgado y largo, y los dos dedos esternos de los pies, que son encarnados, reunidos con una membrana. Por el lomo es tornasolado de azul, verde y negro, con una hermosa raya de azul en el medio; por el vientre y los costados del cuello y del pico es encarnado. Habita en las orillas del mar y de los rios, en donde se alimenta de los pececillos que coje zambullándose en el agua.



3. Promenade sur le Lac de Tondano.

3. Paseo sobre el Lago de Tondano.



4. Babirusas mâle et femelle. *5. Sapi-outang.*

4. Babirusas macho y hembra. 5. Sapi-utang.

no humeante de la víctima, y retirándola ensangrentada vaticinan el porvenir en lenguaje rítmico.

Antes de la conquista, todas estas tribus de Harfours estaban reunidas en confederacion de Manado, y rejidas por jefes que se juntaban en congreso para tratar de los intereses jenerales. Cuando los Holandeses se enseñorearon del país, no tocaron en nada esos antiguos usos, y únicamente sujetaron á la sancion del gobernador el nombramiento de los jefes principales (kapala-balaks), quienes nombraron los hokkoums ó jefes de aldea con la aprobacion del Residente. No faltan muchos contrapesos que impiden que esta autoridad de los indíjenas sea amenazadora ni peligrosa para los Holandeses. Ninguno de aquellos empleos es hereditario, y los kapala-balaks están sujetos á la disciplina del Residente, quien á la menor falta les reduce á prision, por cuyo motivo esos hombres se hallan encadenados bajo una comision no menos ilimitada que la de los esclavos. Un Holandés cualquiera es para ellos un objeto sagrado é inviolable, y la caña sola del gobernador llevada por uno de sus peones goza de un poder soberano. Esta prenda de la autoridad holandesa es bastante parte á recomendar el respeto y la ejecucion inmediata de una órden.

Consumadas estas interesantes observaciones, dejámos Tomohon y la morada hospitalaria del kapala-balak, una de las mas hermosas que viera hasta entonces, bien construída, bien amueblada, con camapés tan antiguos como la conquista, y algunos vasos de plata, producto de la industria europea. Todo el territorio que estábamos recorriendo á la sazon, era volcánico y sembrado de pedazos de basalto y obsidianas negras, aunque en parte alguna se veian corrientes de lava bien caracterizadas. Los principales productos eran el arroz y el café. Despues de haber atravesado ondulosas mesetas, llegámos á la cima del *Gounong-Empong*) monte de los espíritus), estribo del Lokong, y de 3.500 pies de elevacion sobre el nivel del mar. Desde aquella cumbre se desplegó á nuestra vista la mas admirable perspectiva: la bahía de Manado, sus islas, el terreno circumvecino hasta el monte Klobat, todo se desarrollaba á nuestra vista. De Empong bajámos á Lota, en donde nos aguardaban otros banquetes, otras fiestas, otros bailes. Este lugarejo es muy delicioso; su calle ancha y aseada está hermoseada de edificios construídos sobre estacas, entre los cuales hay algunos muy bien labrados. De Lota pasámos en el espacio de algunas horas á Manado á donde llegó la caravana muy tarde, de suerte que apenas tuve el tiempo necesario para despedirme de mis nuevos amigos; pues como *el Siva* debia hacerse á la vela al despuntar la aurora del dia siguiente, tenia que ir á dormir á bordo.

Celebes es una isla considerable de unas doscientas leguas de largo, que se estiende desde la linea equinoccial hasta los 6° lat. S. con una superficie de 16.000 leguas cuadradas. Atendiendo á su division jeolójica, no puede menos de hacerse mencion de cuatro escotaduras que forman otras tantas penínsulas. Divídese ademas política y administrativamente en dos partes, á saber: las posesiones inmediatas de los Holandeses y las posesiones mediatas.

Entre las posesiones inmediatas deben citarse:

Los distritos de Manado y Gorontalo, de los que acabamos de recorrer una parte. El primero depende directamente de la autoridad neerlandesa, el segundo está gobernado por un sultan, vasallo del residente de Manado. Ambos distritos, que forman la península N. E. de Celebes, son muy ricos por la feracidad del terreno y el número de la poblacion, y se hallan en estado de prosperidad ascendente. Coséchase café, arroz, oro, y se hacen escelentes maromas con hilaza de goumouti. Las ciudades principales de los distritos son Manado, Gorontalo y Kema;

El gobierno de Macassar, subdividido en muchos distritos; el pequeño distrito de Macassar con sus tres poblaciones, Campong-Barou, Malayo y Bouguis; los distritos meridionales, la residencia de Bonthain y la residencia de Maros. El distrito de Macassar, en otro tiempo muy importante por haber comunicado su nombre á un estrecho, y en la actualidad capital del poderío neerlandés en Celebes, es un pequeño territorio de ocho leguas cuadradas con una poblacion de 15.000 almas, inclusas las tres islas situadas en frente de la rada, abra inmensa y segura. El distrito de Macassar no contiene ciudad alguna de este nombre, y la que ecsistia con el nombre malayo Oudjong-Padang es arruinada desde largo tiempo, y en su lugar hay solamente el fuerte Rotterdam y la ciudad de Wlaardingen, poblados por ochocientos Europeos funcionarios ó negociantes, y una guarnicion de tres ó cuatrocientos hombres. La autoridad civil reside en manos de un gobernador que tiene bajo sus órdenes cinco residentes domiciliados en los distritos del N. y del S., en los de Boulecomba y Bonthain, y en las islas Sambowa y Salayer;

Los distritos meridionales (*zuider districten*) forman una residencia de doscientas leguas cuadradas, dividida en doce rejencias que encierran una poblacion de 75.000 almas;

Los distritos de Boulecomba y Bonthain, de una estension de doscientas leguas cuadradas y de 25.000 almas de poblacion;

El distrito de Maros, que forma la hermosa residencia de este nombre, dividida en rejencias,

entre las cuales hay algunas que se aliaron á los Estados de Tanette y de Boni durante la última guerra entre la Holanda y la Inglaterra, pero que fueron reconquistadas por los primeros y anejadas de nuevo á sus posesiones. La estension de este distrito es de doscientas treinta leguas cuadradas con 100.000 almas de poblacion.

Las posesiones mediatas de los Holandeses comprenden una parte considerable de Celebes. Hablando con todo rigor deben llamarse la parte independiente de la isla; porque los príncipes que las gobiernan solo dependen de los Holandeses relativamente á su forma. Esta parte de Celebes se subdivide en muchas soberanías pequeñas que tienden á dividirse mas y mas cada dia. Todos esos régulos viven con bastante intimidad entre sí, y forman una especie de confederacion, cuyo gobernador jeneral es considerado como el *primer aliado*, y sus derechos consisten en cierto papel de medianero en las contiendas de príncipe á príncipe. Los titulares de los principados tienen que prestar juramento de fidelidad, obligacion de subordinar la eleccion de los recien electos en cadavacancia á la aprobacion del jefe europeo, y la necesidad de contraer el compromiso formal de someter la navegacion indíjena á una patente librada por los Holandeses; cargas realmente mas hostigosas que útiles y mas que provechosas perjudiciales á la parte en cuya ventaja fueron estipuladas.

Las posesiones mediatas de los Holandeses son las siguientes:

El Manphar, dividido entre siete príncipes aliados entre sí;

Los Estados de Sidereeng;

El reino de Tanette, situado en la costa occidental de la isla;

Los Estados de Louhou, Wadjo y Sopeng, al N. del golfo de Boni. El primero está situado en la costa oriental de la isla, constituye una de sus mayores soberanías, y ocupa casi la cuarta parte de todo el territorio, sin que pueda determinarse á punto fijo su poblacion. Wadjo y Sopeng ocupan una estension de doscientas leguas cuadradas, contienen al pie de 40.000 almas de poblacion y constituyen la parte mejor cultivada de toda la isla. Todos esos Estados son poblados de Boughis, raza tratante é industrial que suministra escelentes marinos á las tripulaciones de los *pros* malayos, y se encuentra en todas las comarcas de estos diferentes archipiélagos;

Los Estados del rey de Boni, muy poblados, pero pobres, que, segun un estado oficial fechado en 1824, puede armar 40.000 combatientes, lo cual hace evaluar la poblacion en 200.000 almas sobre seiscientas leguas cuadradas de superficie. Esta fuerza territorial y militar ha inspirado recientemente al rey de Boni el deseo de cercenar el territorio de los vecinos principados, dando márjen á sangrientas guerras que apenas se han estinguido. No cabe duda que sin la intervencion de los Holandeses, el rey de Boni hubiese llevado á cabo las proyectadas agresiones, y aun parece que los jefes de las poblaciones que habitan las penínsulas Balante ú oriental se han visto forzados á reconocer su patronato. La capital del reino, Bayoa, es una ciudad de 8.000 habitantes.

Los Estados del rey de Macassar, soberano decaído considerablemente desde los tiempos en que gobernaba el mas poderoso reino de la Malasia. Todos los viajeros del siglo XVII hablan de los Macassares y de su monarca; pero en nuestros dias apenas se encuentran algunos vestijios insignificantes de aquel poderío marítimo. El reino de Macassar contiene trescientas leguas cuadradas, pero esta superficie aun no encierra 60.000 almas de poblacion. El rey actual reside en Goa (Goak), cuyos muros fueron derribados en 1778.

El distrito de Tello, administrado actualmente por una reina vasalla del rey de Boni;

Los Estados de Touratte, divididos entre tres príncipes, antiguos vasallos de Boni, pero independientes desde la guerra que sostuvo este con los Ingleses en 1814.

Hay ademas algunas islas mas ó menos considerables que dependen jeográficamente de Celebes, entre las cuales debe mencionarse el grupo de Salayer, dividido entre algunos príncipes indíjenas que han reconocido la supremacía neerlandesa; las islas Bouton pertenecientes á un sultan, en donde se encuentra la pequeña ciudad de Kallá-Sousong que le sirve de residencia; Sangur, situada á la estremidad N. de la península de Manado; Siao mas pequeña y situada al S. de la anterior; Banca, sumamente pequeña, pero muy feraz; el grupo de Xoulla compuesta de varias islas, entre las cuales se cuenta Xoulla-Mangala como á la mas considerable, y Xoulla-Bessy como á la mas pequeña. En esta última hay establecido un apostadero holandés.

La isla de Celebes es casi toda montuosa, pero muy fértil en muchos puntos. Antiguamente todos sus collados eran cubiertos de árboles de especias, pero los Holandeses los hicieron arrancar todos sin escepcion, en virtud de los vandálicos cálculos de sus monopolistas. El litoral abundaba de claveros y árboles de la nuez moscada que producian riquísimas cosechas; mas en la actualidad los productos del país se reducen al cultivo de una escelente especie de café y á la esplotacion de minas de oro bastante productivas. Encuéntranse ademas en Macassar minas de cobre y de estaño, y en los bosques que cubren la isla se observa mucha madera de construccion, como el cedro, el roble, el arce, maderas de ébano, de fustete y de sándalo. Cre-

ce igualmente en ellos una suerte de bambú que se eleva hasta cuarenta pies de altura sobre uno á tres de ancho. Este vejetal tiene de trecho en trecho algunos nudos de donde salen numerosas ramas, guarnecidas de hojas parecidas á las de la caña, y pinchos largos y consistentes. Las ramas de este árbol, cuando están tiernas, se comen como salsa, y su tallo sirve para la armadura de los edificios. Asimismo contienen todas las especies de los árboles frutales de los Trópicos, la palmera, el árbol del pan, el mangle, el naranjo, el banano, la noguera, y muchos otros árboles y plantas útiles, entre los que deben citarse el algodonero, la caña dulce, el arroz, el pimiento, el café, el betel y el arec. En los cercados se cultivan la patata, la escarola, la verdolaga, la col y las nabas de Europa. Encuéntranse tambien el maíz, la raíz del mañioc, la sal, el azúcar hecho con el árbol de areeng, el benjuí y el tabaco. Las costas son abundantes de pesca, y la concha de tortuga es objeto de un comercio importante.

Celebes está cubierta de pastos y contiene un gran número de animales cuadrúpedos. Los caballos macassares son muy celebrados en toda la India por su belleza, su fuego y su brio; espórtanse de ellos para Java, Calcuta, Canton, y aun á veces para la Isla de Francia, pues en cualquier mercado que se presenten, estos animales son de venta pronta y feliz. Hace pocos años que el gobernador jeneral de Batavia mandó que le remitiesen un número bastante considerable de jumentos celebes para sus puestos de Ganjar, y parece que esta raza mezclada con los garañones javaneses ha producido escelentes potros. Los demas animales domésticos son el buey, la vaca, la cabra, los carneros y los cerdos: en los campos abundan los ciervos, los javalíes, los babirussas, los sapi-outangs y las liebres; la raza de los monos es dañina y multiplicada, por manera que sin las boas que les hacen una guerra á muerte, serían dueños del país. Las boas de Celebes son unos réptiles enormes que tienen á veces hasta veinte y cinco pies de lonjitud sobre nueve pulgadas de diámetro; no tienen dientes ni aguijon, ni son venenosas; su lengua es hendida y flecsible; su lomo negro, ensortijado con algunos reflejos de púrpura, y su vientre de un arjentado blanco. Hay tambien otras serpientes que hacen guerra á los monos, entre las cuales se cuenta una muy viva que imita la voz del mirlo. Otras de la talle de la boa persiguen á los ratones, los turones y los topos, y no faltan tampoco *cobra di capello*, no menos terribles que los de Ceylan, con el lomo de un pardo obscuro, salpicado de manchas negras, el vientre ceniciento, los ojos color de fuego, y la cabeza chata y cubierta de una cresta membranosa que forma como un casco diforme. Las familias de aves son tan variadas como brillantes: el águila y el buitre se ciernen sobre la montaña; el cuervo de Europa cubre la mayor parte de la isla con sus negras bandadas; las tórtolas, los faisanes, los patos, las gallinetas, las garzas reales, suministran abundante caza. Los pájaros, los pichones, los pollos no son menos comunes. Hay tambien en los bosques infinitas variedades de papagayos; el kakatoë blanco con su diadema de plumas amarillas que se plegan y despliegan como un abanico; el loro con su plumaje casi enteramente rojo y la gorja negra y purpurea, y el papagayo verde, que es el mas comun de todos.

Las razas que pueblan esta isla son sin duda muy diversas, aunque se tienen muy pocas noticias respecto de las mismas. Desde luego deben establecerse dos principales divisiones, los Malayos de la costa y los Harfours del interior; los primeros mas morenos y feos que los segundos, mas reservados, rebeldes y sediciosos. Pero esta nomenclatura no es suficiente, porque ademas de las diferencias ignoradas se conocen dos pueblas litorales que difieren esencialmente entre sí por sus usos, costumbres, leyes y culto; tales son los Macassares y los Boughis.

Los primeros son altos y robustos, sufridos y amantes del trabajo. Sus facciones no dejarian de ser bastante regulares, si por una costumbre harto jeneralizada en las islas malayas no achatasen la nariz de los niños. Los sacerdotes mahometanos ó *agguis* toman á su cargo la educacion de la juventud y las ceremonias del culto. Los hombres son joviales y zelosos, bien que de un comercio fácil; las mujeres son castas y reservadas. Los Macassares son muy inclinados á los ejercicios bélicos y á los bailes guerreros y ejecutados al son de los goum-goums y de los tam-tams; son asimismo escelentes escuderos, tiran el arco diestramente y manejan con mucha habilidad el sable y el *cris*, casi siempre emponzoñado.

El alimento de esos indijenas consiste en carne y pescado; comen dos veces al dia, la primera á las nueve de la mañana, y la segunda á puesta de sol. Entre dia mascan betel y arec, fuman y beben sorbete, limonada aromatizada con el jirofle y la nuez moscada. El vino de palma es la bebida ordinaria de sus banquetes; y su traje comun consiste en una almilla ó chupa que llega hasta las rodillas y un pantalon de lienzo, aunque los ricos traen vestidos de brocado, y la clase media simples taparabos ó guineas. A veces echan encima de la chupa una capita, y se cubren con un gorro de seda bordado ó con una venda de tela parecida al turbante de los Turcos. Los grandes y el pueblo se rasuran el pelo, pero lo guardan con cuidado, y del propio modo que muchas pueblas

malayas, se hacen limar y teñir los dientes, cuya operacion se practica á los doce años de edad. Por otra parte son muy limpios y aseados; acostumbran lavarse en baños como todos los mahometanos, y se untan el cuerpo con un sebo odorífero. Las mujeres llevan camisas de muselina de mangas cortas y estrechas que se cierran por el lado, pantalones de seda que caen hasta el tobillo con un pantalon de muselina encima, y todas trenzan con arte sus cabelleras. De todo esto se ve que son los mismos atavíos y lujo del Oriente.

Los Macassares se casan á los quince ó diez y seis años de edad. Entre los ricos el padre de la futura debe hacer construir una casa para la nueva pareja, y á la mañana de las nupcias el novio revestido de sus mejores trajes y acompañado de un padrino, se dirije á la mezquita de donde remite presentes á su futura. Cumplida esta formalidad, el *aggui* acompaña al jóven al templo, le esplica circunstanciadamente sus deberes y le pregunta si desea tomar á fulana por esposa. Cuando responde, le toma de una mano y tiende la otra al padrino y les presenta á entrambos á la novia. A esta le renueva la pregunta: « Quiere V. á fulano por esposo? » Si responde afirmativamente, el aggui reune las manos de ambos consortes, y la esposa entrega á su marido una sortija de oro. En seguida se da principio á un banquete, y despues de este encierran por espacio de tres dias á los desposados en un cuarto obscuro, alumbrado por una sola lámpara y provisto de algunos víveres por una vieja esclava. Transcurrido este tiempo de prueba, van á habitar la casa construída precisamente para ellos, y se corona la fiesta por medio de un opíparo banquete.

El gobierno de Macassar fué en otro tiempo el mas poderoso de los mares malayos. Este imperio, floreciente en el siglo XVI, tenia colonias en la mayor parte de las islas que lo rodeaban, un ejército numeroso, con sus correspondientes flotas, y muchos tesoros que parecen haber desaparecido de todo punto. Es cierto que hay un emperador de Macassar, pero es un emperador sin imperio, simple miembro de la confederacion de Celebes y un pobre vasallo de los Holandeses. Antiguamente la corona era hereditaria, y aun se contaba una sucesion de diez siglos de reyes lejítimos. El ejército ascendia á unos quince mil hombres, pero solo era pagado en tiempo de guerra. La bandera nacional es blanca y encarnada, sembrada de crecientes, de follajes y de aves bordadas en oro.

A mediados del siglo XVI los Macassares eran todavía idólatras; mas por aquella época algunos mercaderes de Ternate importaron el evanjelio, y el rey con todos sus vasallos recibieron el bautismo de manos de los Portugueses. Sin embargo medio siglo despues penetró en el país la fé mahometana en virtud de las relaciones de los Macassares con los Achinayos de Sumatra, y desde entonces estos indíjenas han sido transformados en musulmanes fanáticos.

Los Boughis son tambien musulmanes, aunque de un natural menos intolerante que sus vecinos. Toda la industria marítima y manufacturera de la isla parece haberse concentrado en manos de esos Boughis, pueblo marino é industrial. Fabrican muchas telas de algodon azules, blancas y de diversos otros colores, tejidos de seda, taparabos, y preciosas esterillas. Su ocupacion mas esencial parece consistir en la pesca y el cabotaje. No solamente recorren todos los grupos circumvecinos, las Molucas, Sumatra, Borneo, Java, las Filipinas, si que tambien aportan en el continente indio, visitan Macao y Canton, Madras, Calcuta, Surate y Bombay, y aun impelen sus paros hasta en las cercanías del Mar Rojo. Los mismos Boughis son esos marinos intrépidos y diestros que se estienden por las costas de la Australia, y sobre todo por el golfo de Carpentarie para pescar esos tripangs, que constituyen uno de los artículos mas ventajosos del comercio con la China.

La isla Celebes perteneció al principio á los Portugueses, que se establecieron en ella en 1525, y se sostuvieron en la misma aun despues de haber sido espulsados de las Molucas. Los Holandeses la conquistaron en 1690, y la conservaron no tanto por los beneficios que les redituaban, como por el temor de verla caer en manos de otra potencia, supuesto que los gastos ocasionados por la ocupacion han escedido en todos tiempos á los recaudos. Es de creer sin embargo que las reformas introducidas por el baron Van-der-Capellen restablecerán los negocios en mejor estado. El absurdo réjimen del monopolio ha sido grande parte para reprimir en Celebes todas las riquezas del terreno mas feraz; pero la libertad de comercio y de la labranza le restituirán sin duda las ventajas de que la ha dotado la naturaleza.

Antes de los Holandeses, la historia local ofrecia muy pocos acontecimientos que fuesen dignos de atencion. Los pueblos de estas islas que llamaban Boughis, contaban los años por los reinados de sus príncipes, y segun la cronolojía histórica que aun observan, treinta y nueve reyes han reinado en Goa-Macassar desde el oríjen de la dinastía actual hasta 1809. Este reino, considerando el término medio del reinado en trece años, solo cuenta quinientos nueve años de ecsistencia, empezando por el 1302 de nuestra era. En 1610 los Macassares, convertidos al mahometismo y animados por el espíritu de conquista, forzaron á los pueblos de Boni y de Wadjou á adoptar sus creencias. En 1640 Lamade-

rama, rey de Boni, persiguió á sus vasallos para convertirles, pero estos llamaron á los Macassares en su ausilio y vencieron al rey de Boni avasallando á sus estados. Desde entonces sus triunfos fueron continuando, y los Macassares subyugaron á Sumbawa en 1650, y á Xoulla y Bouton en 1655, arruinando en esta última isla el establecimiento holandés. Parecia que los Macassares habian atado en su carro la victoria hasta el dia en que el almirante Speelman vino á las manos con su flota compuesta de setecientos buques montados por veinte mil combatientes, y la derrotó completamente. Desde aquella fecha data el poder de los Holandeses, reinando en 1672 el rajah Palaka, emperador de Macassar.

CAPITULO XL.

MALASIA. — ISLAS MOLUCAS.

El *Siva*, su capitan Norbott, era un hermoso bergantin de guerra de los que tienen los Holandeses para el servicio de sus colonias. Salido de Manado á 24 de agosto, montó las islas que terminan Celebes por la parte del N. E. á favor de una brisa terrestre, y cuando se halló á una distancia conveniente, tomó la bordada del S. que debia conducirle á Ternate. Esta travesía verificada por un mar terso y sosegado, bajo un cielo puro y sereno, con una brisa favorable y un escelente velero, se pasó sin ningun incidente notable. El 27 el *Siva* fondeó en la rada de Ternate, teniendo á la vista á su jemela, la isla de Tidor.

Ternate y Tidor, su hermana, son isletas poco considerables, pero los puntos mas importantes del grupo Guilolo conocido bajo el nombre de *Molucas propias*. Entrambas son dominadas de montañas cónicas que se levantan á seis pies de altura sobre el nivel del mar y ofrecen entre sí una grande analojía. Algunas isletas como Panjan, Motir que un antiguo viajero denomina la isla del Placer, Batchian y Makian que tiene un cráter abierto en los flancos de una montaña, se hallan bajo la dependencia de estas dos islas, y sus sultanes tienen igualmente algunas colonias vasallas en la grande isla de Guilolo.

Ternate está situada á 0° 52' lat. N. y á los 125° lonj. al E. de Paris; tiene diez leguas de circumferencia y pertenece á un sultan mahometano cuyo magnífico *dalem* (palacio) está edificado entre la ciudad y el fuerte holandés de Oranje. Este sultan, ligado á la Holanda por medio de algunos tratados políticos y comerciales, tuvo que resignarse en los tiempos del monopolio á la estirpacion de todos los árboles de especia, pero hace poco tiempo que el baron Vander-Capellen ha hecho cesar una medida tan absurda y desastrosa. En la actualidad el réjimen del arancel ha sucedido al monopolio, y á los cultivadores de Ternate y de Tidor se les pagan diez sueldos por una libra de clavos, doce sueldos por una libra de macías y ocho por una libra de nueces moscadas.

Edificada en forma de anfiteatro á la orilla del mar, Ternate ofrece el aspecto de una ciudad deliciosa y poblada de unos cinco mil habitantes. El terreno de esta isla es sumamente fértil, y en él pueden aclimatarse todos los cultivos intertropicales. Todo el interior está poblado de habitantes tranquilos, pacíficos é indolentes, en razon de sus pocas necesidades y del ningun estímulo que escita su pereza. Los isleños de Motir fabrican vidriados bastante bellos que esportan á todas las islas circumvecinas. Los Holandeses han considerado siempre á Ternate como un apostadero eminentemente esencial, no solo bajo el punto de vista comercial, sino tambien bajo el punto de vista militar. Es ademas una de las fronteras de la Malasia neerlandesa, por lo que sufrió varios ataques durante la última guerra, pero siempre se defendió con vigor. Ternate ofreceria muchas ventajas como mercado de trueques, si supiese justipreciarse su importancia. La administracion neerlandesa se compone de un Residente, un secretario y dos empleados; pero tambien se cuenta una majistratura, un hospital de huérfanos y un consejo de justicia.

Tidor es mas poblada que Ternate, contiene una ciudad del mismo nombre, y obedece como su vecina á un sultan vasallo de los Holandeses. La calidad de su territorio y de sus cultivos á poca diferencia son los mismos.

Estos dos sultanes, como llevo dicho, tienen entrambos un apeadero en la isla de Guilolo, la mas considerable de las Molucas, en que se reproducen en pequeño las cuatro penínsulas de Celebes con sus espaciosos golfos. La parte central de la isla obedece á jefes independientes; Bitjolie es la parte sometida al sultan de Ternate; Galela la que depende del sultan de Tidor. Entrambas tienen actualmente residentes holandeses.

Entre las demas islas que pertenecen á las Molucas propias, deben citarse Motir, Makian, Batchian, de que hemos tratado; las pertenencias de esta última, Typa, Mya, Mandolly, Tawall y Dammer; Ceramlaut y Goram que parecen formar todavía un principado independiente. La Grande-Oby, vasalla de Batchian, Mysol, vasalla de Tidor; Popo con su aneja del grupo Bo; Mortay, una de las mas considerables de este archipiélago, pero casi del todo despoblada, y vasalla de Ternate; Salibabo, grupo dividido entre muchos jefes y compuesto de las islas de Tolury, Salibabo y Kabroang; por fin Mengis, formado de tres islas, Namusa, Karotta y Kar-karlang, que parecen pertenecer mas bien á las

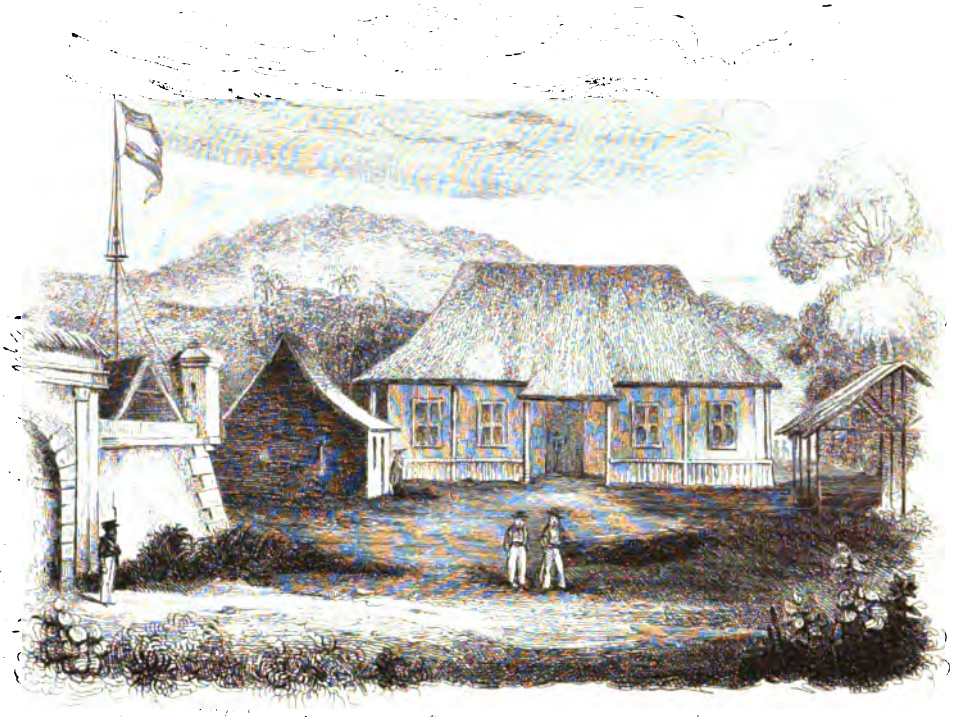
Filipinas que á las Molucas, puesto que reconocen el patronato del sultan de Mindanao.

El *Siva* permaneció solamente algunas horas en Ternate para tomar los pasaportes del residente, y reconoció las cumbres de Tawally, de Xoulla-Mangola y de Xoulla-Bessy. Cerca de esta última isla pasó á algunos cables del brick un koro-koro, en el que se echaban de ver dos ó tres individuos en traje malayo, que parecian dar órdenes á una muchedumbre de individuos desnudos de tez bronceada, pobres jornaleros que agotaban sus fuerzas en remar vigorosamente. En la proa y en la popa flotaban pabellones azules, con un triángulo encarnado circuído de figuras azules semejantes á las de los naipes. En el interior del triángulo habia tres ó cuatro círculos. En fin en medio del koro-koro flotaba un tercer pabellon blanco mucho mas grande que los otros, en cuyo centro se veía una especie de doble cuchilla con los filos en frente uno de otro: era sin duda el escudo de armas del rajah (el doble *parang*, nombre del machete entre esos pueblos). Para desarmar el enojo del maestre é infundir fuerza á los remeros, navegaban al son de los tam-tams y de los goum-goums.

A 31 de agosto apareció el *Siva* ante el estrecho de Bourou, llevó el rumbo hácia la punta Rouba, y fondeó en la bahía de Caïeli por treinta brazas á vista del fuerte Defensa. Echóse al agua el bote del brick, y yo me embarqué en él acompañando á casa del residente al capitan Norbott, que empezaba á tomar interés por mí y me contaba entre el número de sus amigos. El residente, M. Jansens, nos acojió muy bien y pasámos en tierra algunas horas. El palacio del Residente, cubierto de bálago y compuesto de un simple piso bajo, tenia una especie de galería esterior para ponerse al abrigo del sol (Pl. XXIII. — 1). A espaldas de aquella habitacion habia un hermoso jardin, y á poca distancia cuatro ó cinco mezquitas de un órden menos sencillo, superadas de pirámides cuadrangulares con dos techumbres una sobre otra: al rededor corria una especie de friso, y una especie de gradas compuestas de seis ó siete escalones conducian al interior de la mezquita. En la cumbre de un levantado cono habia un ornamento en forma de aceituna (Pl. XXIII. — 3).

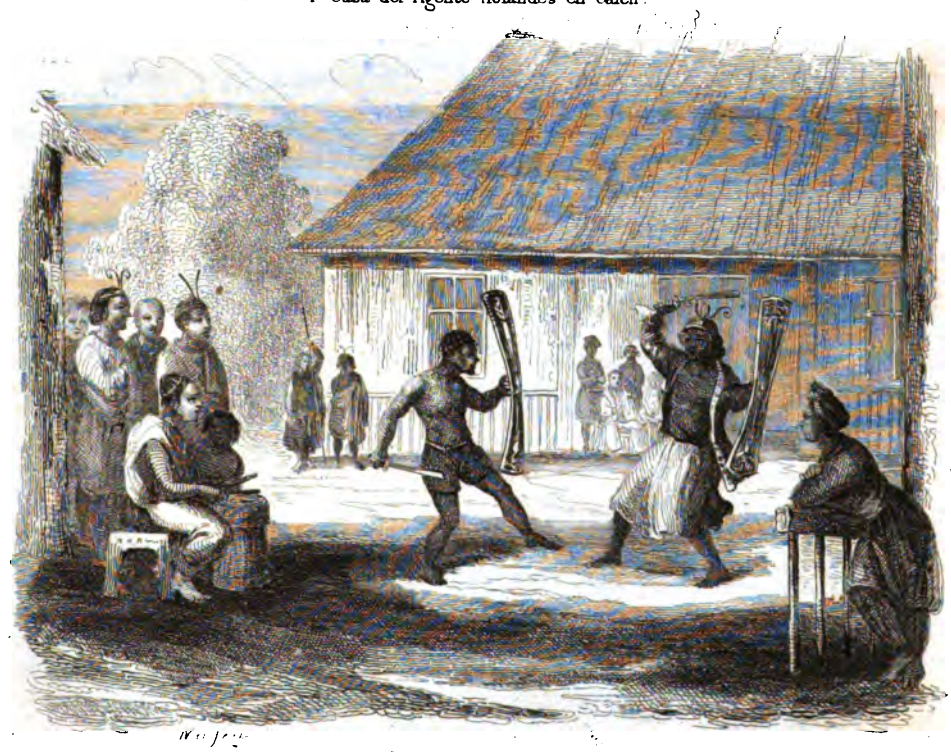
Caïeli ofrece una serie de deliciosos puntos de vista. La rada es bella y deliciosa, y puede encerrar en sí escuadras enteras, aunque solo fondean en ella de cuando en cuando algunos barcos costeños. Está dominada por el fuerte Defensa, que se halla en bastante buen estado y situado en el centro con las casas de bambú ocupadas por los Malayos á derecha é izquierda. Esta aldea es grande y bastante poblada, y forma un semicírculo de habitaciones, entrecortadas por acá y acullá de arroyuelos y sombreadas de magníficos arequiers, uno de los árboles mas elegantes de los trópicos. Las montañas que coronan Caïeli son demasiado internadas en las tierras paraque pueda penetrarse con facilidad en la campiña. Siguiendo un sendero situado á la derecha del fuerte puede andarse durante una legua bajo una calle de jatiers, árboles de pan y otros grandes vejetales de una altura prodijiosa. Los papagayos revolotean por esas selvas por bandadas brillantes y numerosas. La isla, cuyo nombre malayo *Bourou* significa *ave*, contiene aves de toda especie de tamaños entre las cuales se cita el loro, tan deseado por nuestros aficionados á la historia natural á causa de la variedad y del lustre de sus matices, ave delicada que nunca ha podido aclimatarse en nuestras frias latitudes, bien que los habitantes de Bourou no dejan de criar algunos y los hacen pasar á Amboine y á Java. La volatería es muy comun en la isla, y los huevos no son estimados para nada. Cuando reinaba el monopolio y se temia que la perspectiva de una venta marítima inspirase la idea de cultivar artículos prohibidos, la precaucion absurda tomada por los Holandeses de prohibir á los pabellones estranjeros el acceso de sus posesiones en las Molucas, podia ser algo útil; pero actualmente que parece haber cesado la prohibicion, y la Holanda parece tomar la medidas oportunas para adoptar mejor economía colonial, á que viene esta especie de bloqueo que deja una comarca fértil sin el desagüe necesario á los productos de su territorio?

Durante esta breve permanencia, el Residente quiso darnos algunas fiestas, pero la diversion principal fué un baile guerrero ejecutado en la plaza de Caïeli por algunos isleños de Amblou, en la vecina de Bourou y su aneja. De los dos campeones, el uno, desnudo hasta la cintura, solo llevaba una especie de calzoncillo corto, como el de nuestros bañadores, con un simple casquete en la cabeza; el otro llevaba un taparabo que le cubria el cuerpo desde la cintura hasta mas abajo de la rodilla, una almilla abierta y un casquete superado de un ornamento metálico, (Pl. XXIII. — 2). Uno y otro, armados de broqueles y de una especie de sable, recibian y descargaban golpes, al paso que un músico parecia escitar su entusiasmo con un goum-goum y arreglar el compás del combate. La asamblea reía á cada punto á carcajada tendida; porque los campeones acompañaron sus movimientos con los jestos mas cómicos y la pantomima mas espresiva. A este baile de isleños de Amblou sucedieron bailes nacionales de Malayos, Papous y Harfours, en los que se distinguió un niño que el Residente, M. Jansens, habia tenido de una mujer malaya. Aquellos bailes, así por su conjunto como por sus detalles, recordaban á



1. Maison de l'Agent Hollandais à Caieli.

1 Casa del Agente Holandés en Caieli.



2. Danse guerrière à Bouron.

2 Danza guerrera en Buron.

d. Jacson del

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Une Mosquée à Caïeli.

3 Una Mezquita en Caieli.

4. Rade d'Amboine.

4 Rada de Amboine.

LITHOGRAPHIE
PAUTHIER

NEW YORK
PUBLIC
LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

nuestra vista su doble orijen, asiático y polinesio, como el país mismo.

La isla de Bourou es alta, y se alza del medio del mar de las Molucas como una muralla montuosa y desigual, poblada interiormente de Harfours menos sociales y dóciles que los de Manado. Habituados desde la niñez á los ejercicios guerreros, estos indijenas nunca han accedido mas que con desconfianza á las invitaciones de los Holandeses. Es verdad que no atacan al apostadero litoral ni al castillo que lo defiende; pero mas de un apostadero aislado de la guarnicion ha tenido que sufrir el insulto de sus agresiones. La poblacion de la costa se compone de Malayos y de Chinos bastante miserables: los primeros profesan el mahometismo, frecuentan las mezquitas, tienen imanes que les predican y practican la circuncision. Las sepulturas se abren ordinariamente en algun sitio agreste y apartado, en donde se levantan tumbas de madera corroídas por la humedad del clima. Las mujeres de Bourou, como en todos los países mahometanos, se muestran muy reservadas y huyen el acceso de los hombres. Sus facciones son agradables, sus cabelleras largas, sedosas y negras como el azabache, sus ojos vivaces, sus pies infantiles, sus manos de una forma muy delicada, y sus atavíos no carecen de cierto gusto ni de cierta coquetería. Las piezas mas esenciales de su vestido son una saya y una manteleta de lienzo, y sin la perniciosa costumbre del betel, que ennegrece sus dientes y comunica á sus labios un tinte sanguinolento, las mujeres de Bourou serían unas criaturas encantadoras.

Los habitantes mas pobres se dedican á la pesca, pero los mas ricos crian bueyes javaneses y los esportan á Amboine, en donde los consumen. La isla Bourou alimenta otros bueyes en estado silvestre, javalíes, ciervos, búfalos y babirusas. Los bosques del interior son infestados de serpientes comunes y ponzoñosas, y suministran preciosas esencias de abenuz verde, cayou-pouti de los Malayos, cuyas hojas producen un aceite claro, palo hierro y tek. A buen seguro que en aquellas sombrías profundidades crecen jirofles y árboles de la nuez moscada, arrostrando la prohibicion holandesa. El ambiente de Bourou es muy húmedo: el musgo tapiza sus árboles y forma en torno de las fuentes y de los arroyos un pozal de verdor. La naturaleza es sumamente lozana, como en todas las comarcas del ecuador, y verdaderamente esplendorosa con los rayos de púrpura y de oro que refleja del sol.

Nunca se detenía el *Siva* mucho tiempo en una misma rada. Este brick era por su destino una especie de estafeta entre las islas de la Sonda y las Molucas, que apenas estacionaba en cada escala secundaria el tiempo necesario para entregar y recibir pliegos. Habiendo cumplido con esta mision con los residentes de Caïeli, hízose á la vela á 1.° de setiembre. Doblámos la punta Pela, bordeámos en el estrecho contra los vientos de S. S. E. y del S., y habiendo llegado en frente de la isleta Amblou, satélite de la grande isla, cargámos la vela tanto como fué posible para alcanzar la rada de Amboine. Sin embargo el *Siva* fué tan combatido por los vientos, que hasta 4 de setiembre no llegó á la entrada de la bahía. A las ocho de la mañana costeáramos ya á medio cable de distancia las rocas de Noessa-Niva, y en seguida el capitan Norbott dirijió el rumbo hácia el fuerte Vittoria. A la sazon la isla entera de Amboine se desarrollaba á nuestra vista aromatizando, el ambiente marítimo con los perfumes de sus jirofles. En la playa se apiñaban las casas y las chozas, cual para arrimarse al parecer á un encumbrado morro en que las habitaciones eran mas raras y las plantaciones menos agrupadas (Pl. XXIII. — 4). El fuerte con su pabellon enarbolado y las cañoneras de sus bocas de fuego; la rada en forma de herradura, poblada de embarcaciones surtas, y de piraguas y koro-koros en movimiento; la ciudad levantándose en medio del paisaje, y la lontananza de los montes de la isla Ceram que ciñen el horizonte; tal es el aspecto que ofrece á primera vista la isla de Amboine al navegante que llega de alta mar. Su configuracion jeográfica añade algo de singular á su aspecto; porque apesar de sus veinte leguas de lonjitud, Amboine está cortada en dos penínsulas casi iguales por una bahía que la escota y le da la forma de una lengua de sierpe. Esta circunstancia divide la isla en dos porciones tan distintas, que los Holandeses han aplicado un nombre á cada una: Hitou y Leytimor, separadas por una lengua de tierra que á lo sumo tiene media legua de ancho. El mar penetra en aquel vasto semicírculo formando dos bahías igualmente buenas para el fondeo de las embarcaciones de mayor porte. En frente de la mas espaciosa de estas bahías, ó bahía del S. los Portugueses edificaron el fuerte Vittoria, en donde se aloja todavía la guarnicion holandesa. La ciudad está situada á unas cien toesas en el interior.

Un bote del gobernador, que acababa de atracar al *Siva*, nos condujo á tierra; y como el capitan Norbott se veía precisado á partir inmediatamente para Batou-Gadja, residencia del gobernador, los oficiales del buque se ofrecieron á servirme de guias en un paseo por el interior de la ciudad. Verificado este, debíamos ir á Batou-Gadja en donde estábamos convidados á comer.

Nuestro primer alto tuvo lugar en el fuerte, ciudadela de mediana defensa, construída por los Portugueses y medio arruinada. Su guarnicion

ordinaria se compone de 700 hombres y está formada en su mayor parte de milicia indíjena. Poco despues tuvímos proporcion de pasar revista á una parte de ella en la plaza de armas situada en la misma ciudad. Las tropas mas veteranas se formaban por pelotones en un ángulo del recinto, simulando fuegos y ejecutando maniobras, mientras que en otro ángulo los conscriptos indíjenas se ejercitaban en el manejo de las armas en presencia de un oficial enseñador (Pl. XXIV. — 4). Aquellas tropas estaban bien uniformadas; pero como se componian de reclutas del país y apenas contaban en sus filas cuarenta Europeos, harian sin duda un papel bien triste si tuviesen que habérselas con tropas inglesas ó francesas.

No muy lejos del fuerte echámos de ver algunos tipos de las beldades malayas. Cabe una fuente que manaba de la roca habia una jóven que acababa de llenar sus dos alcarrazas. No llevaba sombrero alguno; realzada su cabellera en la coronilla de la cabeza y cubierta de un vestido con mangas, que parecia una blusa de mujer, desde el cuello hasta el tobillo, con chapines altos por el estilo de los que habia visto en Sincapour, hechos de una simple suela de madera, aquella moza era verdaderamente atractiva, esbelta y agraciada. A poca distancia se veía un miliciano con los pies desnudos y el casco en la cabeza, y un jóven malayo recostado detras de la fuente completaba el grupo (Pl. XXIV. — 1).

Continuámos nuestro camino hácia la ciudad por medio de una calle de hermosísimos árboles, adornada á ambos lados de edificios construídos á la europea. Amboine se estiende en la llanada en forma de media luna, cuyo centro es ocupado por el barrio de los Europeos. Edificios espaciosos, casas circuídas de vastas y suntuosas galerías, calles rectas, anchurosas y oreadas, jardines plantados de hermosos árboles, tal es lo que nos ofreció aquella parte opulenta y privilejiada de la ciudad.

El barrio de los Malayos cubre un trecho considerable. Es verdad que ofrece un aspecto menos rico, pero en cambio presenta muchos puntos pintorescos y bellezas naturales. A cada paso se encuentran chozas de bambú apiñadas de un modo sumamente agradable, muros de sagutier en medio de elegantes pórticos y palmeras inclinadas, cual para dar sombra á las mezquitas. Este barrio malayo es ocupado por la raza mas noble de la factoría, y todos los pisos bajos forman unas tiendas mezquinas en donde se esponen pececillos del país ó frutos del territorio. La principal ocupacion de los Malayos es la pesca; sus piraguas cargadas de redes cubren toda la superficie de la rada, y se dirijen á la pesca al son del tam-tam, sin el que los remeros no tendrian la menor enerjía. Por la noche toda la rada es iluminada por los fuegos de los barcos pescadores.

El tercer y último barrio de Amboine es el chino, en donde los mercaderes nómadas han fundado una colonia, como en Sincapour, en Manila, en Batavia, y como harán en todas partes donde haya oro por ganar, puesto que los Chinos son los Israelitas del Oriente. Los que yo ví en nada diferian de cuantos habia visto hasta entonces; la misma actividad, el mismo conocimiento en los negocios, el mismo aseo en la parada de las mercancías, el mismo órden en sus silenciosos domicilios donde permanecen reclusas sus mujeres. Lo que mas vivamente llamó mi atencion fué el *campong* ó bazar: era precisamente aquella la hora en que los moradores de Amboine iban á surtirse de todos los artículos indispensables al consumo diario. Veíanse allí las mas sabrosas frutas, los pescados mas suaves al paladar y la mejor carne del matadero; todo jénero de telas, artículos de utilidad y ornato de China y de Europa, sombrillas, laca, té y pescado salado. Es imposible describir con ecsactitud el bullicio y el movimiento que animaban aquella alhóndiga, sostenida por una veintena de gruesos postes, y cuya techumbre es cubierta con bálago. Los oficiales holandeses se cruzan con los pescadores malayos, y los aduaneros chinos apostados por el gobernador ejercen una activa vijilancia, mientras la muchedumbre de indíjenas se empuja, habla, se queja y divaga por el interior del recinto (Pl. XXIV. — 2). Por la noche, aquel bazar no pierde un punto de su actividad, y aun es el momento que escojen con preferencia los mercaderes para reunirse permaneciendo en él hasta las nueve. Todas las tiendas se alumbran con una ó dos teas de madera resinosa hechas de *dammer*, y envueltas en hojas de saguer, alumbrado que hace poco humo y se obtiene por un precio sumamente módico.

La poblacion de Amboine se compone pues de Europeos, de Malayos y de Chinos. Estas tres razas distintas habitan en la misma ciudad casi sin mezclarse, pues son muy raros los matrimonios que se verifican entre Chinos y Malayos ó entre Europeos y mozas malayas. No obstante ese contraste de costumbres, de oríjen y de relijiones, Amboine es una ciudad pacífica y fácil de gobernar; cuya poblacion asciende á 10.000 habitantes sujetos á las leyes establecidas por la flema de los Holandeses.

Al salir del campong, la hora era ya bastante avanzada, y apenas nos quedaba tiempo para presentarnos con oportunidad á la mesa del gobernador. El camino de Batou-Gadja, palacio de la residencia, es un paseo magnífico, orillado de sagutiers, que ora se prolonga bajo deliciosas arcadas de cocoteros, ora es sembrada á derecha é izquierda de boscajes poblados de avecillas, de mangles, de mangustanes, de papayos, de ba-

1. Marchands d'Amboine.

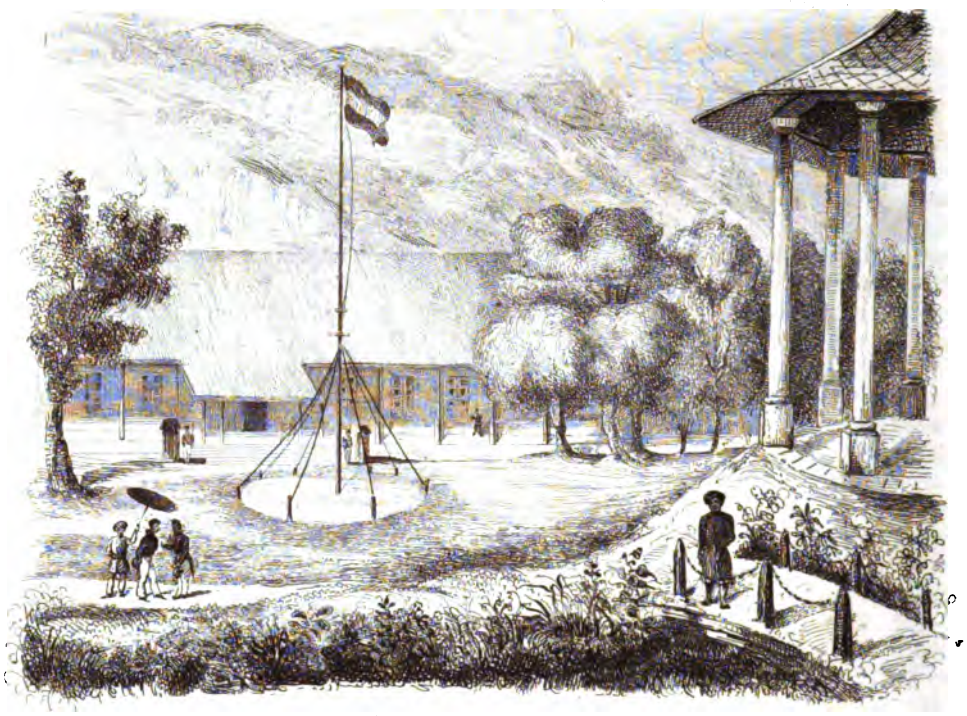
1. Maradores de Amboine

2. Un Marché au Campong Chinois.

2. Un Mercado en Campóng Chino.

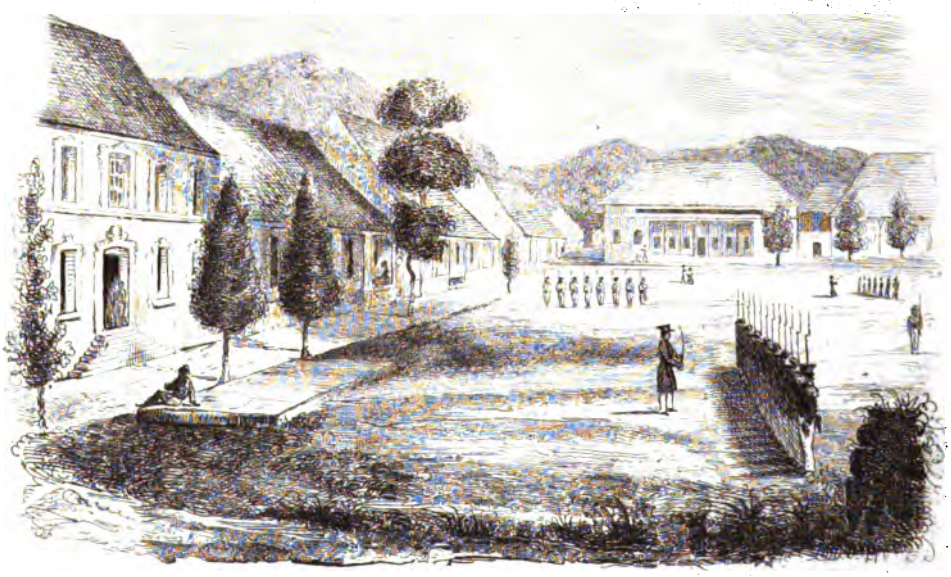
d. Lacour del.

VOYAGE
VIAJE



3. Batu Gadja Residence du Gouverneur.

3 Batu Gadja Residencia del Gobernador.



4. Place d'Armes d'Amboine.

4 Plaza de Armas de Amboine

nanos, etc. Aunque teníamos palanquetas y corceles á nuestra disposicion, andé siempre á pie, pues ninguna fiesta del mundo podia ser para mí mas atractiva que aquel delicioso paseo en medio de una naturaleza tan llena de bellezas elegantes y vivaces: era un verdadero paisaje oriental en toda su magnificencia, un májico pensil semejante á los que hacian salir las hadas de la placa de su sortija. Absorto y estasiado llegué á Batou-Gadja, deliciosa residencia recostada en una montaña, circuída de hermosos verjeles y entrecortada en todas direcciones de cristalinas corrientes. Batou-Gadja se compone de varios edificios dispuestos al rededor de un recinto interior superado de un asta de bandera; aquí un espacioso soportal sostenido por una serie de columnatas; allí el cuarto principal habitado por el gobernador, acá una galería fresca y oreada, allá puentes echados como medios de comunicacion sobre los arroyos que cruzan aquella villa encantadora (Pl. XXIV. —3.).

En la avenida encontrámos al capitan Norbott que nos estaba aguardando, y nos presentó al gobernador, quien nos recibió con mucha urbanidad y consideracion. El banquete fué alegra, suntuoso y de un lujo á la vez europeo y colonial. El aseo y la abundancia holandeses reinaron en los detalles, y en los postres comí por primera vez durios y rambutanes. La primera de esas frutas con su gusto de ajo muy pronunciado, no hizo mas que provocar mi repugnancia, pero la segunda me pareció muy sabrosa y de un gusto algo semejante al del litchi. Los criados eran Malayos, pero iban mas bien vestidos que los que habíamos encontrado hasta entonces bien calzados, cubiertos de sombreros redondos y no de turbantes, con el pelo alisado y anudado en forma de rabo.

Los dias siguientes fueron empleados en correrías por los alrededores de Amboine. En primer lugar vímos el jardin de la Compañía que ofrecia muy pocos objetos dignos de atencion, y despues la tumba del célebre naturalista Rumphius, que consiste en un simple mausoleo rodeado del hermoso arbusto dicho *panax fruticosum*. En seguida penetrámos en el seno de la campiña, una de las mas pintorescas y ricas que ecsisten en toda la superficie del globo. El primer árbol que echámos de ver fué el saguer, cuyos pedúnculos en el acto de cortarse destilan un licor agradable que se recoje por medio de pedazos de mambú. Cada uno de esos árboles puede suministrar diariamente y por espacio de dos meses de seis á ocho litros (1) de licor, y para impedir su fermentacion, los habitantes se sirven de la madera del *sonlonnea*. Ademas de este licor resulta de la secrecion del árbol una especie de azúcar negro que los Malayos apellidan *goula-itan* y que se forma en panes cristalizados. El saguer suministrar asimismo unos filamentos con los que fabrican los naturales muy buenas sogas y unas frutas que cuando están tiernas se preparan con azúcar y hacen una confitura escelente.

A mayor distancia vímos un sagutier esplotado por un indíjena. Este árbol tenia medio metro de espesor y hacia muy poco que lo habian cortado y abierto en toda su lonjitud. Esta palmera suministra casi tanto sagú en la parte superior de su tallo como cerca de su raíz. Su tronco está lleno de una fécula atravesada de fibras leñosas en toda la lonjitud. Cuando se ha arrancado el sagú del árbol, le agraman y le encierran en sacos hechos de una especie de cañamazo, formado de los pedículos del cocotero. En esos sacos se echa agua de cuando en cuando para colar la fécula, mientras que esta especie de tamiz retiene en parte las fibras leñosas. El agua cargada de fécula se recibe en gamellas sucesivas hasta que queda purgada enteramente toda la parte leñosa.

Otros vejetales curiosos llamaron nuestra atencion, entre los cuales deben citarse el *eleocarpus monogynus*, cubierto hasta en sus ramas inferiores de flores elegantes; muchas plantas de la familia de las orchideas; araelis designadas bajo el nombre de *cussonia thyrsiflora*; una *begonia*, notable por la pequeñez de sus partes; grupos enteros de *agave vivipara*; melastomes de tres pezones principales; el *canarium commune*; el *nam-nam* de los Malayos (*cynometra cauliflora*) cuyo gusto ácido se parece mucho al de una sidra; la palmera *nipa*, cuyas hojuelas sirven para retejar las chozas; el *scævola lobelia*, arbusto que crece con preferencia en las playas; el *heritiera*; el *laurus culilaban*, que suministra un aceite aromático muy apreciado; el acanto con hojas de acebo; el *erythrina corallodendron*; el *pandanus odoratissima*, cuyos frutos esféricos hacen encorvar las ramas; el *eugenia malauensis*, *elaverrhoa carambola* de fruto ácido; el *anona muricata*; el *jatropha curcas*, bueno para formar palizadas; el achiote; el arbusto *abroma angusta*, y en algunos jardines la madera de la China, la adatoda amazorcada y el abigarrado jirasol, plantas sumamente notables por la belleza de sus flores y de sus follajes.

Entre los animales observámos un lagarto volador, hermoso animal por cierto que estendiendo sus dos miembros en forma de alas se sostiene en el aire por algunos momentos; el *lacerta amboinensis*, animal de colores cambiantes como el camaleon; el *papilio Agamennon*, de alas

(1) Medida francesa que contiene ochenta pulgadas cúbicas de Castilla, y corresponde á poco menos de media azumbre, de suerte que 141 litros hacen 70 azumbres; para los áridos corresponde á la quinta parte de un celemin, aunque no muy ecsacto, pues se necesitan 100 litros para hacer 21 celemines.

magníficas, y el *cancer caminus*, especie de cangrejo muy comun en los rios que bañan la campiña.

Los naturales que pueblan las cercanías de Amboine son Malayos mezclados sin duda con los primeros indíjenas. Habiendo entrado en una de sus chozas compuesta de simples troncos de mambú cubiertos de hojas de sagutier, vímos en ella tres mujeres cuyo primer movimiento fué un sentimiento de terror. Manifestámos que nuestro objeto era comprar alguna cosa; pero solo nos contestaron con negativas constantes. *Trada! trada!* nada! nada! decian aquellas mujeres, y sin duda que esta desconfianza de su parte debe atribuirse á la mala reputacion que se granjearan los Europeos en aquella comarca; pues en cuanto ofrecímos algunas bagatelas al ama de la casa, cuando alcanzámos mucho mas de lo que habíamos pedido. De aquellas tres mujeres solo el ama era de una edad madura; las otras dos, que sin duda serian sus hijas, eran jóvenes, hermosas, bien plantadas, medio desnudas y arguyendo una gran perfeccion de formas. Únicamente llevaban una camisa que les llegaba á media pierna, fijada al rededor de los lomos por medio de un cinturon. Los hombres que sobrevinieron no cubrian mas que sus partes naturales con un simple calzoncillo semejante al langouti de los negros. Sus costumbres son dulces, sobrias é industriosas, bien que indolentes; sus chozas son casi todas construídas con el sagutier, y la techumbre ni mas ni menos que las paredes están guarnecidas de hojuelas de este árbol. El ángulo que formaban los dos lados del techo tenia 45° de inclinacion, y á la entrada de la choza habia un pequeño soportal destinado á poner los alimentos. En el interior no habia otras camas que unos enrejados cuyos travesaños tenian tres pulgadas de distancia unos de otros. Debajo habia una porcion de utensilios domésticos que consistian en tres vasos, algunas botellas compradas á los Europeos, algunas cucharas, un azadon y un cuchillo en forma de machete.

Al salir de aquella choza para regresar á Amboine vímos al pie de la montaña dos falanjeros corriendo á todo escape, y á mayor distancia nuestros guias nos mostraron un *maté*, monumento votivo y funerario sagrado para los naturales. Estos matés son ordinariamente pequeños soportales superados de un techo de unos dos pies de elevacion, cubiertos de hojuelas del nipa y sostenidos por cuatro pies de bambú. De en medio del techo pendia un trozo de bambú atado á una cuerda y la mitad cubierto de coco. Nos aseguraron que allí se habian encerrado algunos efectos del natural que estaba sepultado. Coco, bambú, postes, techumbre, todo era sagrado, y ni siquiera podia ser profanado por el contacto.

A medida que nos acercábamos á la ciudad, se echaban de ver plantaciones mas importantes de claveros y árboles de la nuez moscada. Los mas altos de estos últimos no se remontaban á mucho mas de veinte pies, mas á veces se elevan hasta la altura de los mas encumbrados pimientos. Las hojas son alternadas y óvalas, de un verde brillante en la superficie, correosas y blanquecinas en la superficie inferior. Este árbol que ofrece el aspecto del naranjo y del laurel, produce frutos desde la edad de diez años hasta cien. Sus capullos son los que constituyen los pinchos conocidos bajo el nombre de clavo de jirofle, cuya cosecha se recoje desde noviembre hasta febrero. Encuéntrase tambien en Amboine un jirofle silvestre que difiere del otro por sus hojas mas largas y su tronco mas elevado. En las islas de Banda crece asimismo el árbol silvestre de la nuez moscada.

A poca distancia de la ciudad y en un jardin vecino atrajo nuestra atencion una estraña música cuyo sonido no estaba desnudo de melodía. Deseando ver el instrumento nos acercámos: era un bambú de sesenta pies de altura que los naturales habian fijado á la orilla del mar en una situacion vertical. Entre cada nudo se hallaba una venteadura de una pulgada de largo, y todas juntas formaban otras tantas boquillas que causaban un sonido dulce y plañidero cuando se introducia el viento. Esta era el harpa eólica de los salvajes, y la música que de ella resultaba vibraba como la de la armónica. Los agujeros eran practicados en sentidos diferentes paraque la brisa animase el instrumento de cualquier parte que viniese. Cerca de aquella flauta natural, y como para servirle de acompañamiento, habia un indíjena que tocaba una especie de violin compuesto igualmente de un tronco de bambú guarnecido en una de sus estremidades de un pergamino á guisa de tambor. Las cuerdas del instrumento eran formadas por tres filamentos de corteza de junquillo tendidos sobre un puentecillo, las mas apartadas producian la armonía de la octava, la del medio la de quinta con la cuerda mas distante, y el todo era puesto en juego con una pequeña plancha de cuerdas de bambú. Este acompañamiento era monótono, y sin embargo parecia embelesar á los naturales que rodeaban al músico. Otro de sus instrumentos de música es una especie de flauta encorvada cuya estremidad inferior es terminada por dos ramas diverjentes agujereadas á iguales distancias, de donde resultan notas unísonas.

Mis paseos en las cercanías de Amboine me hacian descubrir cada dia nuevas bellezas en aquel magnífico territorio. Situada bajo una dulce latitud y en una admósfera uniforme y saludable, Amboine es una de las residencias favorecidas de las Molucas. Los flancos de sus montañas son de

una grande feracidad, y en sus llanadas y playas crecen cocoteros y sagutiers. Tambien prospera el arroz, apesar de ser menos cultivado; el café y el añil han surtido muy buen efecto en cuantas esperiencias se han hecho, y la madera de cayou-pouti suministra abundancia de aceite medicinal conocido bajo el nombre de cajeput. Pero la mayor de todas estas riquezas es la del clavero *(caryophyllus aromáticus)*, árbol precioso que ha dado márjen á guerras prolongadas y sangrientas. El monopolio del cultivo de este vejetal ha costado mucha sangre al archipiélago, y los beneficios que ha redituado á sus ejecutores no han ofrecido el equivalente de tan crueles sacrificios. Los distritos de Amboine, de Harouko, de Larique, de Saparoua y de Hila son los que se han dedicado con mas especialidad al cultivo del jirofle, y están subdivididos en comarcas puestas bajo la vijilancia de jefes indíjenas que toman el título de *radjas* ó *pattis*, pero mas comunmente el de *orang-kaïa*, y todos los parques ó jardines llamados en malayo *tanah-daté* y que contengan cierta cantidad de claveros, están puestos bajo la guardia de los *orang-touas* (ancianos), jefes subalternos que ejercen sobre las plantaciones un derecho de vijilancia, dirijen su educacion y presiden á la cosecha que dura dos ó tres meses. Asegúrase que el producto mediano de un clavero asciende á cinco ó seis libras de clavos, aunque tambien se han visto algunos que producian hasta veinte y cinco libras. El árbol es magnífico, sus ramas cortas, sus ojas oblongas y su color subido; á quince años produce frutos, pero hasta los veinte no llega á toda su fuerza. El clavo, en malayo *tjinkeh*, es al principio de un verde claro, y en seguida naranjado, hasta que toma por fin un color subido que indica el tiempo de la cosecha. Cuando se quieren obtener clavos para separarlos, deberá dejarse otro mes en el árbol, pues durante este tiempo la simiente se va abultando, pierde su olor aromático y cae. Veinte y cuatro horas despues lo siembran, brota y empieza á retoñar. El jirofle se multiplica tambien por medio de enjertos. En un año comun la cosecha de los clavos de jirofle puede evaluarse en doscientos cincuenta á trescientas mil libras, aunque en ciertos años esta cantidad es infinitamente superior, y en algunos otros muy inferior.

Hace muchos siglos que Amboine es el verjel esclusivo de los jirofles, pero no ha muchos años que se ha permitido el cultivo del árbol de la nuez moscada. De los dos productos esenciales de las *Islas de las Especias*, los Holandeses categorizando el monopolio habian destinado el jirofle á Amboine, y el árbol de la nuez moscada á Banda, por manera que Banda no podia cultivar jirofles, ni Amboine nueces moscadas. Aun hay mas: mandábanse ajentes á todas las islas circumvecinas con la órden irrevocable de arrancar todos los plantíos de jirofles y de árboles de la nuez moscada, y castigar con penas muy rigurosas á todos los Malayos y Harfours que osasen dedicarse con engaño á esos cultivos privilejiados. Se ha puesto en planta una division de tropas, ha resonado el clarin de guerra, se han emprendido campañas largas y difíciles y cruceros costosos contra vejetales. El hierro y el fuego han devastado los collados y las llanuras, á fin de que la tierra no produjese mas de lo que querian los empleados; pero para apoyar este cálculo infructífero ha sido preciso edificar fuertes, establecer numerosas guardias y pagar pensiones á los príncipes indíjenas. Estos actos de vandalismo económico no quedaron circunscritos á tan remotas comarcas, sino que cuando el sistema de prohibicion local no fué bastante parte á minorar las cosechas de tal suerte que el valor de las especias se mantuviese al nivel de las tarifas de la compañía, organizábanse en Amsterdam y en Hamburgo grandes autos de fé de canela, nueces moscadas y jirofles, ofreciendo nuevas víctimas al jenio del monopolio y de la especulacion.

Sin duda podrá creerse que este sistema proseguido con una tenacidad inflecsible y rigores inauditos, ha debido redituar enormes cantidades de oro á los que lo empleaban; pero muy al contrario, pues la Compañía nunca ha podido vender en Europa por mas de 2,000.000 de florines clavos de jirofle, nueces moscadas y macías, al paso que los gastos que reclamaba la conservacion de las Islas de las Especias ascendian al pie de 3,000.000 para los ejecutores privilejiados. No cabe duda que el monopolio, como manifiesta una larga esperiencia, es un arma de dos filos que no menos hiere á los que la manejan, como aquellos contra quienes se descarga. Hace pocos años que la Holanda parece haber reconocido este error y practicar mas sanas aplicaciones de economía comercial. El primer paso ha sido de ensanchar el círculo de los cultivos y anonadar todas las provisiones ridículas, y quizá llegará un dia que el comercio libre de especias tocará los felices efectos de su emancipacion. El gabinete neerlandés fundado en los conocimientos del baron Van-der-Capellen ha ventilado esta cuestion desde algunos años, y solo resta ya calcular el modo de conciliar el antiguo sistema con el nuevo, y los medios de acarrear una transicion urjente y necesaria.

Amboine puede ser considerada como la capital de las islas Molucas, dependientes del gobierno jeneral establecido en Java. El gobernador de Amboine tiene bajo sus órdenes muchos residentes y subresidentes; en Ternate, en Banda, en Hila, en Larique, en Bourou, en Ceram, en Manado, en Gorontalo. Bajo las ór-

denes del gobernador de las Molucas hay un administrador en jefe *(hoofd administrateur)*, encargado de la administracion jeneral de la colonia, y teniendo bajo sus órdenes empleados de corto salario. En todas las residencias ecsisten tribunales de justicia. Bajo el administrador en jefe y sus empleados hay los *orang-kaïas*, jefes indíjenas que los Holandeses escojen con preferencia entre los convertidos al cristianismo. Cada uno de esos orang-kaïas debe vijilar á cien naturales, y la Compañía les regala una espada con puño de plata, un vestido negro europeo, un sombrero y zapatos que les distinguen de sus subordinados. Su empleo es un medio de hacer fortuna, y no lo desperdician. El réjimen holandés, á la vez paternal y fiscal, es orijen de muchos abusos de que los jefes malayos y los colectores chinos saben sacar partido á las mil maravillas. De ahí resulta que sabiendo que no trabaja mas que para sus amos, el Amboinés se abandona á la neglijencia y al desaliento. Los indíjenas hablan la lengua malaya cuya pronunciacion es suave y armoniosa; mascan betel desde la mañana hasta la noche, como tambien un estracto de plantas amargas conocido bajo el nombre de *gamber*, y viven de pescado, de carne y de legumbres. La poblacion jeneral del país asciende á 50.000 habitantes, entre las cuales los 2.000 son Europeos, y el resto Malayos ó Chinos. Cuéntanse tambien algunos esclavos sacados en su mayor parte de Macassar y de Ceram.

Esta última isla solo está separada de la costa de Amboine por medio de un estrecho canal. Ceram es la mas considerable del grupo de Amboine, y la mayor de todas las Molucas despues de Guilolo. Una parte considerable de la isla depende de un sultan vasallo de los Holandeses: el sultan actual, rajah de Ilolo, percibe en Amboine una pension paraque reprima la piratería que ejercen en aquellas costas los koro-koros de los naturales, y se ha edificado á este reyezuelo y en la costa septentrional un fuerte por cuyo medio tiene á raya la comarca, cuya medida no ha dejado ya de acarrear resultados propicios. Los puertos principales de Ceram son Saway y Warou. Los Holandeses han establecido posteriormente un apostadero en Atiling, cerca de Saway, y los principales jefes indíjenas dependen del gobernador de Amboine ó del residente de Banda. Si hemos de dar crédito á Forrest, Ceram cuenta sesenta y siete leguas de largo sobre trece ó catorce de ancho, produce sagú y jirofles, apesar de las prohibiciones holandesas, y está cubierta de magníficos casuarinas. Algunos torrentes entrecortan en todos sentidos su montuosa comarca, y sin la multitud de árboles que abajándose de una á otra copa forman puentes naturales, serian casi imposibles las comunicaciones interiores. Las cumbres de este sistema tienen hasta 8.000 pies de elevacion sobre el nivel del mar. En aquellas profundas selvas habitan varios casobares. En Ceram, ni mas ni menos que en Celebes, ecsiste en el interior una raza de Harfours: mas si hemos de dar crédito al carácter feroz que le atribuyen los antiguos viajeros, ninguna otra relacion que la del nombre (hombres de las tierras) ecsiste entre estos Harfours y los pacíficos habitantes del lago Tondano. Segun Valentyn, los hombres van desnudos, á escepcion de un cinturon arrollado en torno de los lomos, con flores y hojas de palmera en la cabeza, las espaldas y las rodillas. Su broquel cuadrado está incrustado de marfil, de concha y madreperla. Entre estos isleños, los favores de una moza solo pueden obtenerse por cinco ó seis cabezas de enemigos, y para conquistar tales trofeos se cubren de musgo, se tapizan en los bosques, se disfrazan en árboles y en matorrales, y por este medio hacen caer en el garlito al imprudente que se aventura á tales profundidades. Sorprendiendo al enemigo, le atacan por la espalda, le cortan la cabeza y entran victoriosos en su pueblo al estruendo de las aclamaciones jenerales. Refiere Montano, predicador holandés, que un jefe de Harfours, creyendo presentarle un espectáculo interesante, hizo ejecutar una danza guerrera á que se dió cima por medio de serias estocadas, sangre y cadáveres, y cuando el pastor suplicó encarecidamente al rey que pusiese fin á la matanza, contestó: «No importa, son esclavos.»

Ademas de Amboine, Bourou y Ceram, el grupo de Amboine comprende Goram, uno de los puntos mas avanzados hácia el Oriente en donde haya penetrado el mahometismo; Harouko, Manipa, Saparoua y Nussa-Laut, sometidos al dominio directo de los Holandeses.

Resta todavía el grupo de Banda, uno de los mas importantes y mas ricos de todo el archipiélago de las Molucas, que puede apellidarse la tierra de las nueces moscadas. Las principales islas son Banda-Neira, la mayor del grupo y residencia del gobernador holandés; Rosingain, Lonthoir, Poulo-Aij, y Gounong-Api, que no ofrece ningun objeto notable mas que su volcan en actividad. De todas estas islas la Rosingain es la menos habitada, desde que empezaron á tener efecto las órdenes relativas á las estirpaciones de nueces moscadas. Sin embargo aseguran que desde poco tiempo se han establecido en ella algunos esclavos libertados y le han dado alguna importancia.

Pero los tres puntos esenciales son Banda-Neira, Louthoir y Poulou-Aij, que con el Gounong-Api forman la deliciosa y segura rada de Banda, defendida por los fuertes de *Belgica* y de *Nassau*, y los de *Hollandia* situados en las altu-

ras de Lonthoir. Segun las relaciones de los injenieros holandeses, esta posicion era inespugnable; mas apesar de este aserto Banda se ha rendido á los Ingleses. El fuerte de Nassau fundado por los Portugueses empezaba ya á arruinarse, cuando el almirante Peter Willemsz Verhove ancló en Neira á 8 de abril de 1609, y lo reparó. Sin embargo este establecimiento no se llevó á cabo sin una catástrofe; tal fué el asesinato del almirante y de una parte de su tripulacion, ultraje que no fué vengado hasta en 1621 por el gobernador jeneral Koen con algunas tropas ausiliares de Amboine reduciendo á Banda y las islas adyacentes. En el interin se habia construído el fuerte de Belgica, que fué reedificado despues sobre un plan mas vasto por el intrépido almirante Speelman.

Banda debe su fortuna al privilejio de la esplotacion de las nueces moscadas (*boua-pala*) y macías (*kambong-pala*), esplotacion pagada á muy alto precio por la insalubridad del clima y por los mas terroríficos terremotos. Los estragos que ocasionó una erupcion volcánica en 1691 fueron de tanta consideracion, y acompañados de tal conmocion en las aguas del mar y de tales sacudidas en el interior de la isla, que toda la parte mas acomodada de la poblacion emigró para Amboine, Ternate y Macassar.

El terreno pedregoso de Banda no parece ser especialmente propio mas que al cultivo de la nuez moscada y del macías, aunque en las partes selvosas se encuentra el árbol de canario del que se saca un aceite preferible al del cocotero, el saguer, los limoneros, los bambúes y los cocoteros. Banda puede suministrar anualmente 500.000 libras de nueces moscadas y 150.000 de macías, cuyo último producto no es otra cosa que la cortecilla interior de la nuez.

En parte alguna del mundo el árbol de la nuez moscada ha tomado mas bellos desarrollos que en Banda. Es verdad que el árbol tarda en crecer, y las tentativas verificadas en las demás islas no se han hecho sino hace poco. Cuando cae la flor, se forma la nuez, la que se engruesa lentamente tomando la forma de un albaricoque. Su corteza, de un verde amarillento, se descascara y se entreabre poniendo de manifiesto la moscada cubierta de sus macías de un hermoso encarnado. El producto anual medio de un árbol es de cinco á seis libras de nueces, aunque hay algunos que ascienden á quince ó veinte libras. Estas nueces, desprendidas de su corteza verde y del macías, se esponen sobre zarzos al humo en los *kombaisen*, edificios destinados á este uso, y en seguida las despojan de su corteza interior para templarlas en cal mezclada de agua marina. Esta preparacion ecsije infinitos cuidados. En cuanto al macías, debe ser igualmente desecado al sol y al viento, pero si para acelerar la operacion se vale de zarzos, el macías toma un mal color y resuda mas tarde.

La esplotacion del árbol de la nuez moscada en Banda difiere de la del clavero en Amboine. Aquí los indíjenas son los que cuidan de los cultivos; allí los criollos nacidos de Europeos: en Banda el trabajo es libre; en Amboine es esclavo. Este contraste trae su oríjen de un hecho muy antiguo. En 1621 cuando Banda-Neira y Lonthoir fueron subyugadas por la fuerza, la mayor parte de las pueblas indíjenas perecieron por las armas ó emigraron espontaneamente, y paraque aquel país desierto no careciese de brazos, la Compañía colonizó el territorio, y lo dividió gratuitamente entre todos los Europeos que se ofrecian á esplotarlo. La única carga de estos era la venta esclusiva á la Compañía de las especias producidas en términos de una tarifa estipulada. En cambio la Compañía arrogaba muchas ventajas á los colonos: dividió el territorio de Poulo-Aij en treinta y un parques de tierra, el de Lonthoir en treinta y cuatro, y el de Banda-Neira en tres, cada uno de veinte y cinco *almas de tierra*, es decir, formando la estension que pudiesen cultivar cómodamente veinte y cinco esclavos. Habíase calculado en aquella época que un parque podia redituar á su propietario de 625 á 650 risdales. Hecha esta concesion, hicieron los plantadores europeos venir esclavos, y al momento se dió principio á la esplotacion de la nuez moscada.

Fuerza es confesar sin embargo que este ensayo no ha sido favorable al sistema de colonizacion por medio de enajenacion de tierras. Lejos de que la idea de la propiedad fuese un incentivo para los Europeos establecidos, abandonaron á sus esclavos el cuidado de aquel cultivo empleando tan solo los individuos mas medianos y guardando los mas gallardos y robustos para el servicio de sus suntuosas casas. Así es que la vida muelle y ociosa de casi todos los *perkeniers* (que este es el nombre de los plantadores) les ha arruinado poco á poco gravando sus tierras de hipotecas y gastando sus rentas de cinco años en seis meses. En 1796 la renta de esta pequeña colonia ascendia á trescientos mil risdales, y los colonos que se habian hecho ricos solo debian sus esplendorosas fortunas al contrabando. Uno de estos últimos llegó á ser millonario por este medio; y habiendo sido acusado y condenado á los trabajos públicos, atrevióse á proponer á la Compañía una suma de cien mil florines para ser autorizado á llevar una cadena de oro en vez de una cadena de hierro.

Las últimas islas que deben citarse de todo el archipiélago de las Molucas son, en la CADENA SUD-OESTE, muchas isletas gobernadas por jefes vasallos de los Holandeses, como LETTI, MOA, una de las mas considerables, que suministra

carneros muy apreciados; Dammar con un volcan; Babber, en donde los Holandeses tenian un apostadero; Sermatta, Lackar, Kissir, en donde se encuentra un apostadero holandés en medio de una poblacion insociable, y Wetter, la mas considerable, pero mal poblada, que mas bien parece pertenecer al sistema Sumbawa-Timor.

En la Cadena del Sud-este, rejida igualmente por jefes vasallos de los Holandeses, hay las tres islas Keys, fértiles en cocoteros y en naranjos, pobladas de una raza malaya que tiene algunas costumbres, como el culto de los fetiches, la uncion y el embalsamamiento de los cadáveres, que hacen antever la Oceania; Laarat y Timorlaut, islas mas grandes que interesantes, habitadas por tribus pacíficas é indolentes, y el grupo Arrou, que algunos jeógrafos atribuyen á la Melanesia, islas pobladas y fértiles, en la que los Holandeses cuentan muchos establecimientos.

Las islas Molucas ó *islas Reales*, de la voz árabe *él meleck* (rey), tienen el carácter evidente de tierras volcánicas. El aspecto desolado de las islas, los enormes picachos salidos de un mar profundo, las rocas apiñadas y remontándose á una grande altura, y una multitud de volcanes apagados ó en actividad, indican una comarca trabajada por mucho tiempo, y que sin duda ha debido esperimentar algun fatalismo en una época inapreciable.

La historia de este archipiélago antes de la llegada de los Portugueses tiene un carácter fabuloso que debe dar márjen á la desconfianza. Todo cuanto se sabe es que en 1250 se estableció en Ternate una colonia de Guilolo y fundó una dinastía, cuyo primer rey fué Chico. Sucedióle en 1277 el rey Poit; en 1298 Kalabata, en 1304 Komala que fué conquistador; en 1317 Panharanga Malamo; en 1322 Sida-Aarif-Malamo, y despues Paji-Malamo asesinado en 1332, Shah-Alem y algunos otros hasta Molomat-Chaya que sometió las islas Xoulla. En 1372 Komala-Poulou restableció la sucesion directa interrumpida antes de él, y llegó á ser el mas poderoso rey de las Molucas; en 1432 reinó Gasi-Bougouna II, y en 1465 Marhoun que se hizo mahometano. Desde aquella época los Chinos, los Malayos y los Javaneses frecuentaron Ternate é hicieron el comercio de las especias. Zainaleldyn conquistó en 1486 Boulou, Amboine y Ceram.

Por esta época, la historia de las Molucas se mezcla con la historia de Albuquerque y de los navegantes portugueses. Ese archipiélago fué visitado tambien por Alfonso de Souza, Garcia-Enriquez y Britto Galvan. La reina rejente de Ternate y el rey de Tidor se disputan el honor de tener en sus estados un fuerte guarnecido por Portugueses, pero la reina es la que obtiene la preferencia, y para recompensarle sus simpatías, Britto, el jefe de la escuadra portuguesa, la destituyó en 1527.

Algun tiempo despues, el jóven rey de Ternate fué acusado por su tio de hechicería, y se refujió en la ciudadela en donde murió saltando de una ventana. Pero su pueblo se negó á aprovisionar el fuerte, y en consecuencia se dió principio á una colision. El comandante de la escuadra portuguesa, Menezes, se apoderó de los tres jefes, hizo cortar la mano derecha á dos de ellos y abandonó el tercero á dos enormes perros que lo devoraron. Sin embargo los naturales ecsasperados por sus venganzas bloquearon el fuerte y hambrearon la guarnicion. Asegura la crónica portuguesa que para salir de aquel mal paso fué preciso vencer á treinta mil indijenas, y que tras aquel milagroso triunfo se envió al rey de Ternate á la India para convertirle al cristianismo. No duró mucho tiempo esta fase de fortuna: pues habiendo el gobernador jeneral, Lopez de Merquito, asesinado á Auro, rey de Ternate, al volver de su viaje, el hijo del difunto, Baber, se retiró á las montañas con todos los indijenas; y en 1580 el rey de Ternate Bab-Ullah logró espulsar á los Portugueses, quienes se vieron forzados á refujiarse en Amboine en donde medio siglo antes S. Francisco Javier habia dado principio á la predicacion del cristianismo.

Por este tiempo los Holandeses aparecieron en la India bajo la direccion de Peterboot, el primer gobernador jeneral de Batavia. Vencedores sucesivamente de los Portugueses y de los Holandeses en 1620, se establecieron en las Molucas y organizaron un sistema de colonizacion, que apesar de los vicios que encerraba resistió al poder de los siglos y apenas será modificado en nuestros dias. El rey de Ternate se vió forzado á ir á Batavia y firmar un tratado por el cual permitia arrancar de su isla los claveros y los árboles de la nuez moscada. Lo propio se ecsijió al rey de Tidor, y se recompensaron estos sacrificios con 70.000 libras para el primero y 13.000 para el segundo.

Desde la época en que Estéban Verhaeye y el vice-almirante Diego de Heemskerk concluyeron su primer tratado con los orang-kaïas, es decir, desde principio del siglo décimo séptimo hasta fines del décimo octavo, los Holandeses conservaron las *Islas de las Especias* bajo su patronato incontestado, y distribuyeron á la Europa esos productos que ambicionaba á la sazon en los términos mas convenientes á sus intereses mercantiles. Esta posesion no fué perturbada por espacio de dos siglos mas que por algunas revueltas locales que la destreza de los gobernadores jenerales Both, Reinst, Koen y Van-Diemen supo sofocar con la fuerza ó calmar con la persuasion. En 1796 sobrevinieron enemigos mas se-

3. Cupang sur Timor.

3. Cupang sobre el Timor.

4. Cimetière Malais à Cupang.

4. Cementerio Malayo en Cupang.

rios; los Ingleses se apoderaron en nombre del Stathouder de todas las Molucas, de Amboine, de Banda y de Bourou; pero Ternate no se rindió hasta en 1801. Durante esta ocupacion se rompió enteramente el dique edificado dificilmente por los esfuerzos del monopolio holandés. Esplotando su privilejio en sentido inverso, la Compañía inglesa de las Indias Orientales esportó desde 1776 á 1798 ochocientas diez y siete mil trescientas doce libras de clavos de jirofle, noventa y tres mil setecientas cuarenta y dos de nueces moscadas y cuarenta y seis mil setecientas treinta de macías sin comprender en esta suma ninguna esportacion particular. Los tratados de 1814 y de 1815 restituyeron á los Holandeses con sus posesiones malayas todas las factorías de las Molucas. Por más emprendedor que sea el jenio de colonizacion que hayan manifestado los Ingleses, no tienen sin embargo esa perseverancia, esa paternidad flemática y severa, esa esperiencia local, esas costumbres de prudente economía que posibilitaba á los Neerlandeses la posesion de tan remotos grupos, situados fuera del rumbo de todas las embarcaciones. Las Molucas embarazaban á la Inglaterra, al paso que serán muy provechosas para la Holanda si persiste en continuar la senda de reformas abierta por el hábil Van-der-Capellen.

CAPITULO XLI.

MALASIA.—ISLA TIMOR.

A 10 de setiembre el *Siva* abandonó la rada de Amboine, y despues de avistar algunos escollos é islotes bajos de que está sembrado el mar, costeó el 15 la isla Timor, y surjió al dia siguiente en su bahía principal, la de Coupang, conocida tambien bajo el nombre de Babao. Esta bahía es una escotadura, cuya profundidad no baja al parecer de cinco ó seis leguas sobre tres ó cuatro de ancho; es abierta por el lado del O. y solo ofrece una completa seguridad desde principios de mayo hasta fines de octubre. A medida que se penetra en el interior de aquella ensenada, las tierras van ancreciendo y tomando la forma de un anfiteatro. Poco á poco se ve desarrollar una línea de verdeantes collados cubiertos de malezas, de donde se alzan magníficos cocoteros. El fuerte holandés de Concordia con sus muros, y á la izquierda el lugarejo malayo cruzado por un río coronan aquel cuadro, cuyos detalles y conjunto satisfacen completamente la vista del observador (Pl. XXVII. — 3). En medio de la bahía está situada una isla baja llamada Kea, circuída de un arrecife, y al E. del cabo Pacoula se encuentran otras dos islas inhabitadas como la primera, los islotes Ticour y Bourou. En la parte S. E. de la bahía señalan asimismo una mole considerable de coral conocida de los Malayos bajo el nombre de *Meniki*.

Media hora despues de nuestra llegada, la yola del bergantin atracó al desembarcadero del fuerte Concordia. Este fuerte tiene por el lado del mar un muro natural de peñados, y por la parte de tierra un recinto que lo defiende contra todos los ataques de los naturales. Pero la disposicion del terreno es de tal naturaleza, que lo abandona á la merced de una invasion de tropas bien disciplinadas. En las altas mareas podria desembarcarse delante del fuerte mismo, en una cala situada á la entrada del rio, pero en la bajamar es preciso estrellarse contra la playa. Cortado en dos partes por el rio que lo atraviesa, el pueblo malayo tiene un puente de madera construído con mucha solidez para comunicar de una á otra ribera. Al O. hay el fuerte holandés, y al E. el barrio chino. El lugarejo se compone de unas doscientas casas esparcidas por acá y acullá sin órden ni regularidad, construídas en su mayor parte de madera y compuestas de un simple piso bajo. El interior del pueblo verdea tanto como la campiña misma, y todas las calles están cubiertas por una especie de toldos impenetrables de follaje formados de mangles y enormes higueras. Así es que en todas las casas reina una frescura deliciosa, verdaderamente inapreciable en aquella zona ecuatorial.

Dos dias solamente nos habian otorgado para visitar Timor, pues nuestro brick-estafeta apenas daba á sus pasajeros el tiempo necesario para respirar el ambiente de las playas. En consecuencia tuvímos que contentarnos con visitar lo que Coupang y su litoral ofrecen de mas curioso y ceñirse á las descripciones hechas por Peron, Hogendorp y Freycinet. En nuestra primera incursion empezámos á sentir ya la falta del tiempo preciso para ecsaminar un país de tan lozana vejetacion. Las grandiosas palmeras y los entretejidos arequiers con sus agraciados penachos no dejaban ver el paisaje mas que por intérvalos; pero lo que podíamos ver se componia de sitios variados y atractivos. En los mismos alrededores del pueblo y en un llano mas descubierto avistámos el cementerio malayo, compuesto de pequeños mausoleos de piedra semejantes á los *tumulus* romanos. La forma de aquellos monumentos fúnebres parecia variar segun la importancia del difunto; ora consistia en una pirámide truncada cuadrangular y acompañada de una bóveda interior y de cuatro estatuas en los ángulos; ora en una sola piedra sepulcral con un anillo de hierro sellado en medio; á mayor distancia en una especie de adorno, en otras partes en una simple casita con una puerta en el centro que revela sus techos inclinados, mientras que aislado en un otero y ocupando largo trecho se alzaba un macizo cuadrado de mam-

postería con cierto lujo de machones para darle mayor solidez (Pl. XXVII. — 4).

Todas las cercanías de Coupang son embellecidas de huertas y jardines situados en su mayor parte á las márjenes del rio. Allí es adonde se retiran los ciudadanos acomodados de Coupang para sustraerse á los calores de la costa. Acojidos en una de esas habitaciones, admirámos por mucho tiempo cuantas bellezas naturales y suntuosidades contenia. Estaba situada en una deliciosa campiña, á una legua de distancia de la ciudad: una multitud de árboles, los unos cargados de flores y los otros de frutos, el embalsamado ambiente, el agua que murmuraba deslizándose sobre rocas graníticas, las brisas que ajitaban el follaje, los arrullos de las tórtolas, el grito de la cotorra y del todopico; todo contribuía á causar las delicias de aquella agradable residencia. El rio, protejido por elevadas cortinas de bambúes, parecia un bañadero á donde iban los propietarios del vecindario para mitigar el calor de las largas horas caniculares, acostándose en seguida sobre esteras á la sombra de los naranjos y tamarindos. Estos sibaritas se dormian muellemente con el betel en la boca venteados por jóvenes esclavos que protejian su sueño contra los insectos importunos por medio de espantamoscas de latanero.

Llegámos al edificio que debíamos visitar por medio de una dilatada avenida paralela al rio, cuya calle central era vasta y arenosa y terminaba en una grande ensenada cuadrada y llena de sabrosos pescados. Allende habia un ancho peristido sostenido por columnas y cuya parte superior formaba una especie de kiosko chino, pintoresco y gracioso. Venia en seguida un patio, y por fin la casa protejida por dos series de galerías esternas entabladas y amuebladas por hermosos sillones de caña. Esta residencia pertenecia á una rica Malaya, viuda de uno de los soberanos del país; mujer ya entrada en años, y algo embutida de gordura, pero no carente de nobleza ni de dignidad. Vestida de magníficos taparabos, nos salió al encuentro con una escolta de mozas cubiertas de telas blancas y con las cabelleras trenzadas. No bien acabábamos de sentarnos en la galería, en medio de aquellos bosques, de aquellas flores y de aquellas corrientes ó surtidores, cuando toda la muchedumbre de mozos y de mozas se puso en movimiento para el almuerzo que iban á ofrecernos. Este almuerzo fué servido con una rapidez tal, que no parecia sino que debia atribuirse á la majia. En un momento circularon entre los convidados los dulces en bandejas chinas, el té, las pastas, las frutas, mientras la reina del lugar, la propietaria de aquella residencia verdaderamente real, presidia á todo con la mas afectuosa solicitud.

Al almuerzo sucedió una fiesta. Las jóvenes se presentaron en elegante traje, con sus negras cabelleras reunidas á lo griego y retenidas por un alfiler de oro, con un lijero taparabo que solo les llegaba á media pierna, esbeltas y agraciadas cual sílfides. Los jóvenes esclavos, todos muy bien formados y gallardos, se entremezclaron con aquellos grupos de mujeres, y se dió principio á la fiesta con cantos y bailes. El canto era lento y monótono, pero tenia una armonía salvaje que vibraba hasta la medula de los huesos. El baile de las mujeres se componia de graciosos pasos en que sus elegantes cuerpos dibujaban al vivo sus contornos esbeltos y delicados. El de los hombres consistia en pantomimas militares y combates simulados que tomaban á menudo un carácter feroz. Vímos figurar un torneo ecuestre en que los campeones se embestian á galope, lanza en ristre, y sin detenerse un momento hasta que se confundian los resuellos de sus corceles. Nada cabe mas estraño y atrevido que aquellos jinetes de Timor montados en caballos, cuyas bellas proporciones recuerdan los garañones árabes, con un ajustador blanco y flotante, la cabeza rodeada con un pañuelo que deja escapar largos mechones de cabellos; el brazo ceñido de sortijas, empuñando el arma con una mano y el broquel en la otra: apretando con el calcañar el flanco de su cabalgadura, arremetiéndose, huyendo los golpes de sus adversarios y desviándose con terrible y prodijiosa deztreza (Pl. XXVIII. — 1). A los caballeros sucedieron los isleños de Ombay, isla vecina que suministra no pocos esclavos á Timor, los cuales iban suntuosamente ataviados con los trajes de gala de su país. Su cabello, peinado al estilo de algunos Oceánicos, era á veces superados de ramas de helecho en forma de garzota; su pecho y sus lomos estaban defendidos por un doble broquel, y su mano izquierda por un tercero: el broquel de delante remataba en gola; el de detrás tenia un apéndice que preservaba la cabeza de un golpe asentado por sorpresa, y el broquel móvil era escotado por la parte superior á fin de dejar la vista libre cuando protejia el rostro de los combatientes (Pl. XXVIII. — 2). De todos aquellos naturales, los unos llevaban el cris por arma; los otros la lanza, y con ella se amenazaban sucesivamente rozándose el pecho. A veces aquellas evoluciones militares no se reducian á simples duelos, sino que pasaban á ser una pequeña guerra ó un palenque. Los Malayos hacian ademan de ir en busca del enemigo, y poco despues, como si ya le hubiesen encontrado, emprendian su persecucion disparando en agudos y penetrantes aullidos.

Por la noche continuó la fiesta. Encendiéronse varias antorchas y las mandaron sostener por

1. Cavalier de Timor.

1 Soldado de a Caballo de Timor

2. Combat simulé des Guerriers d'Ombay.

2 Combate simulado de los Guerreros de Ómbai

de Sainson del.

VOYAGE

VIAJE

esclavos que figuraban como candelabros en torno del recinto del baile. La música fué reforzada, y llegó á contar cincuenta ó sesenta goumgoums y tam-tams que hacian resonar á lo lejos su espantosa armonía. Los danzantes volvieron á salir con unos taparabos cortísimos, sin armas ni broqueles, y con los brazos, cabellera y piernas adornadas de hojas de latanero y flores de malaty. De esta suerte ejecutaron diferentes bailes al son de la orquesta y á los cantos del concurso: una especie de bastonero arreglaba los pasos y aceleraba ó amainaba el compás. Esos nuevos bailes representaban cazas y ejercicios jimnásticos; y aunque su movimiento era lento, sin embargo iban acompañados de tal innumerabilidad de contorsiones, que en breve los bailarines empezaron á jadear y sudar. En los intermedios los jóvenes esclavos, vestidos de taparabos azules y encarnados, venian á ofrecernos frutas, té, licores ó dulces dispuestos elegantemente en canastillos.

Los rajahs de las cercanías eran convidados á la fiesta, pero llegaron muy tarde con sus compañeras, entre las cuales no faltaban semblantes encantadores. Todos aquellos rajahs eran hombres de gallarda presencia, vestidos con mucha gravedad de indiana de flores y ramajes. Sentáronse todos en unos sillones de caña, teniendo ante sí una mesita, encima de la que habia una caja llena de betel y nueces de arec, y detrás sus criados bien vestidos, armados de largas picas, mandados por el mayoral que fácilmente podia reconocerse por su baston con pomo de plata, y á sus lados las mujeres medio veladas, sentadas en sillas mas bajas. Estas mujeres de alto copete iban mucho mas cubiertas que las simples esclavas: llevaban un taparabo que les llegaba á los pies, é iban perfumadas de esencias y aceites odoríferos. Sus vestidos ecsalaban el benjuí y la madera de sándalo, y aun masceaban *kakioudet* que comunica al hálito un olor sumamente grato. Esta pasion para los perfumes es tan grande entre aquellas mujeres, que atestan sus lechos de flores odoríferas, y traen encima guirnaldas, collares y brazaletes. Las flores no constituyen solamente para ellas un artículo de ornato, sino tambien un lenguaje. El modo de plegar una flor ú hojas de betel encierra cierto valor y significacion en la lengua de los amantes.

Era ya bien entrada la noche cuando salimos de aquel teatro de hechicerías. Cuando nos despedimos de la viuda del rajah, treinta de sus criados fueron á buscar nuevas teas de resina, y formando dos setos luminosos nos acompañaron hasta Coupang.

Este fué el único incidente de nuestra recalada en aquella bahía. Es cierto que deseábamos seguir el itinerario de Péron en el interior de Timor, y averiguar la ecsactitud de sus observaciones cuyo carácter es tan poco romancesco; pero fué absolutamente imposible. Todas las noticias bien positivas sobre ese reconocimiento pueden resumirse en los términos siguientes.

Al N. O. de Timor hay el establecimiento portugués de Delly, puerto situado al S. de la isla Cambi, y cuyos canalizos son bastante peligrosos. A veinte y cuatro millas de Delly se halla Manataty, apostadero portugués, sin duda el mismo que designó Dampier bajo el nombre de Coupang. El puerto de Sicacole es otra estacion de esa costa, espuesta al furor de los vientos del N. y de difícil entrada.

A una milla E. de Coupang y en el ámbito de su espaciosa bahía, se encuentra Oba, deliciosa aldea, allende la que se ve una arenosa y dilatada llanura llamada *Passer Pangnian*, que se prolonga hasta la embocadura del rio Osapa. Aparecen en seguida Calapra, Lima y Osapa-Kitkil, lugarejo importante, en cuyo frente se estienden dos islas bajas. La senda va continuando á través de hermosos cocos festoneados de enredaderas hasta Osapa-Bessas, pueblo de 400 moradores, entre los cuales se cuentan algunos Chinos. Pasado este punto el camino es menos desigual, y la primera poblacion que se encuentra es Nonsouis, en donde se crian los mas briosos y ájiles caballos de la comarca. Paciendo con entera libertad, estos animales se vuelven á la caballeriza por la tarde á la voz de sus conductores, verdaderos centauros que les montan sin freno ni brida. A mayor distancia se encuentra Meniki con 300 habitantes, y los arroyos de Tarousse y Pannefenoï; este último sagrado en razon de los cocodrilos que lo pueblan; Nabaki, Panamoutti, aldeas ingnificantes; Cebello, en donde empieza una vasta llanada que se estiende hasta las montañas de Amfoa, cadena septentrional de la bahía de Coupang, y finalmente Babao seguido de pantanos y marismas que llegan hasta la pequeña ciudad de Olinama. Olinama es un conjunto de cabañas vastas y deliciosas atravesadas de parte á parte y sombreadas por la frondosidad de encumbrados árboles. Allí vivian algunas familias bajo la autoridad de los ancianos de costumbres verdaderamente patriarcales: las mujeres hilaban algodon, al paso que los hombres confeccionaban varios artículos de cestería, los niños ya robustos se refocilaban bajo el follaje, y los mas tiernos acostados sobre cuerdas de bambú eran columpiados á la sombra de los árboles.

Péron y sus compañeros mataron en Olinama un cocodrilo, cuyos despojos ecsisten en el Museo del Jardin de las Plantas (1). El cocodrilo es

(1) El capitan Mr. Dumont d' Urville, bajo cuya direccion viene redactada la presente obra, acaba de regresar á Francia despues de haber verificado á espensas del go-

en Timor, como en Ejipto, un animal sagrado: los reyes de Timor descienden del cocodrilo, los grandes del país son parientes del cocodrilo en grado mas ó menos prócsimo; así que al ascender al trono, un soberano va á hacer su ofrenda á este anfibio. En ciertos puntos se depositan víveres de que gusta mucho el cocodrilo, y el animal á cierto sonido se dirije á aquel sitio para tomar su pienso. Dícese que en este caso obedece al llamamiento, y que se muestra al pueblo. Hasta aquí es una diversion inocente; pero no lo es tanto el sacrificio de una vírjen jóven que se abandona el propio dia á la avidez de los cocodrilos de las riberas. Ataviada de flores y cubierta con sus mas ricos vestidos, la deponen de grado ó por fuerza en el *kaïbla*, sitio fatal, y los anfibios se apoderan de ella y la arrastran consigo debajo del agua. Supónese que la virjinidad es una de las rigurosas circunstancias de que debe estar dotada la víctima, fundados en que los cocodrilos dejaron una vez intacta una moza que no era vírjen. Durante la fiesta sacrifican un javalí de sedas encarnadas.

Supuesta la veneracion que se profesa á los cocodrilos, fácilmente se concibe la repugnancia que sienten los indíjenas al ver los atrevidos cazadores que iban á matar á esos animales hasta en sus madrigueras mas charcosas. Narra Péron que despues de su espedicion todos los moradores de Babao les huían como impuros. « El rey nos estaba aguardando, dice, y cuando empezó á columbrarnos, mandó uno de sus oficiales para hacernos detener debajo de un árbol, á bastante distancia de su domicilio, la carga *sacrílega* que escoltábamos, y no pudímos menos de quedar altamente sorprendidos al ver que todos los curiosos que nos habian rodeado los dos dias anteriores se apartaban de nosotros precipitadamente; el mismo rajah, bien que no dejó de acojernos con su bondad ordinaria, no quiso salirnos al encuentro mas que con grandes precauciones, por temor de que no fuésemos purificados, y nos lo dió á entender mostrándonos con el dedo una gamella hecha de un tronco de árbol, en donde debíamos meternos para recibir las abluciones de costumbre. Esta ceremonia nos causaba alguna repugnancia; pero era absolutamente indispensable. Todos los Malayos, hombres, mujeres y niños, formaban un círculo en nuestro alrededor, y apesar de las reglas del decoro europeo, tuvímos que ponernos en carnes; y como la gamella no podia contener mas que una persona, M. Lesueur y yo nos metímos en ella uno tras otro. Dos esclavos nos presentaron unos grandes vasos llenos de agua y nos la derramaron sobre la cabeza, recibiendo de esta suerte hasta veinte abluciones. Mientras estos acontecimientos, un Malayo tomó un largo bambú, y llevó nuestros vestidos, sin tocarlos siquiera, al pilon de una vecina fuente. Cuando fuímos bien purificados, el rajah mandó que nos entregasen grandes taparabos del país y nos los pusímos, y desde entonces todos se nos acercaron sin temor chanceándose de nuestros vestidos y placiéndose en llamarnos *oran malayo* (hombres malayos). »

Despues de una breve permanencia en Olinama y en Babao, Péron y sus camaradas regresaron á Coupang. Desde aquel entonces ha habido documentos mas seguros y numerosos que completan cuanto aquel reconocimiento encerraba de truncado é inecsacto.

Ateniéndonos á su parte central, Timor está situada entre los 8° y los 11° lat. S. y entre los 121° y los 124° lonj. E., con setenta y cinco millas de largo sobre diez y seis ó diez y siete de ancho. Esta isla ofrece pocos fondeaderos, pero es profunda en casi todos los puntos de su estension hasta á poca distancia de la playa. La costa O. es la mejor conocida, y presenta algunas radas como Coupang, Lifao ó Delly, y la costa

bierno otro viaje al rededor del mundo, en el espacio de tres años (1838-1840), con las corbetas del estado *el Astrolabio* y la *Zelée*. Este viaje ha dado márjen á algunas observaciones astronómicas y jeográficas que contribuirán no poco al adelanto de las ciencias náuticas, y asimismo ha cooperado al mayor lustre y ornato del Museo de Historia Natural de París, aumentando sus preciosas colecciones enriquecidas diariamente por el zelo de los viajeros, con una importante remesa que contiene un gran número de esqueletos, plantas y cascajos de rocas y otros minerales. Este Museo ha sido posteriormente visitado por el Sr. Ministro de Marina, el cual no ha podido menos de quedar altamente satisfecho al venir en conocimiento del resultado de la espedicion del *Astrolabio* y la *Zelée*, y al ecsaminar con detenido esmero aquellos objetos tanto mas apreciables cuanto en su mayor parte eran muy poco conocidos de los naturalistas y han esparcido mucha luz sobre varios puntos dudosos de zoolojía y de todas las demas ciencias naturales.

Entre los animales raros y curiosos que han presentado al Museo los oficiales de sanidad adictos á esa interesante espedicion, se distinguen varias focas entre las cuales hay una que parece pertenecer á una nueva especie; un cetaceo, el *dugong*, célebre por la escelencia de su carne, y el afecto que profesan el macho á la hembra y los hijos á sus padres. La posesion de este mamífero es sumamente preciosa si se atiende á la incertidumbre en que han estado hasta aquí los zoolojistas en lo tocante á su verdadera naturaleza.

Sin embargo, en medio de todos esos habitantes de los mares y de tan diversos parajes, descuellan dos monos que la forma singular y el tamaño escesivo de su nariz ha hecho denominar *násicos*. La prominencia de este órgano, cuya lonjitud no baja de dos pulgadas en el macho, les comunica una fisonomía verdaderamente singular, y una semejanza muy señalada con el hombre, ó almenos con el tipo mas feo de la estirpe humana.

Finalmente, la espedicion del *Astrolabio* y la *Zelée* honra sobremanera á nuestro autor, célebre ya actualmente entre todos los navegantes franceses, y el mundo científico le es deudor de muchas observaciones y documentos preciosos que ha recojido en el decurso de sus viajes y de sus importantes empresas; observaciones y documentos que han sido acojidas con entusiasmo por todas las Academias, y que han hecho acreedor á Mr. Dumont d'Urville á la dignidad de contra-almirante á que lo ha elevado últimamente el rey de los Franceses.

S. del puerto de Amacary, de donde sacan los Holandeses su madera de construccion, corriendo S. O. y N. E. en toda su lonjitud, á diferencia de las demas islas de la cadena sumatria que corren N. O. y S. E. Su territorio es una sucesion de altas montañas arboladas y entrecortadas de alfoces regulares. En su parte meridional, esa cadena que lleva el nombre de Anfoa y de Fateleou parece enteramente calcarea y madrepórica, y de los flancos de las montañas se derraman torrentes auríferos. El terreno es muy feraz casi en todas partes, y de trecho en trecho ofrece mesetas blanquecinas y calizas, entremezcladas de tierra arcillosa como los *Karrous* del cabo de Buena Esperanza.

Como todas las rejiones intertropicales, Timor tiene dos estaciones que varían al par de los monzones; la estacion seca de mayo á noviembre y la lluviosa de noviembre á mayo. A veces se hacen sentir algunos terremotos, aunque no presentan el menor peligro á los habitantes. Cítase como un fenómeno bastante singular una encumbrada montaña en el reino de Amanoubang, en cuya base hay una sima de diez á doce pies de circumferencia, de donde sale un viento tan impetuoso que la hace inaccesible. En medio de esa alternativa de sequías y de lluvia, el clima, aunque tal vez salubre en el interior, es muy nocivo en las costas, y la disentería reina en ellas con tan mortífera intensidad, aun entre los mismos indijenas, que en cierto período del mal, llega á ser casi incurable.

Las riquezas naturales del país son numerosas y variadas. Por lo tocante al reino mineral, no pueden pasarse en silencio las abundantes minas de oro y de cobre que se encuentran junto á Delly, Ade y Mantoto; pero es muy probable que en todo el país es desconocida la esplotacion subterranea de este metal, y que la cantidad obtenida procede del lavado de las arenas y de los rios. El cobre de Timor mezclado con el oro produce una especie de suas no menos precioso que el que se compone con el cobre japonés.

Entre las producciones vejetales la primera que debe mencionarse es la madera de sándalo, principal artículo de esportacion. En segundo lugar vienen el mambú que por su abundancia forma selvas impenetrables; el latanero con cuyas hojas se fabrican las velas de los paros; el banano de fruto dulce y jugoso; el coco, el mas universal de todos los vejetales intertropicales; el naranjo de la China: el mangle con sus frutos del gusto de la trementina: el papayo, el granado, el atero, el eujenia, notable por la belleza del follaje; la palmera, el tamarindo, las maderas de teck, de rosa, de acacia, de mimosa y de higuera, los casuarinas y el árbol de pan que todavía recuerdan los grupos oceánicos. Esta vejetacion es ya la de la Malasia central, rica, abundante, fecunda, sin que escluya ninguna especie de aquella zona. Los productos agrícolas tienen asimismo una nomenclatura muy estensa: el arroz, el maíz, las patatas, el algodon, el tabaco, la caña dulce cubren todas sus llanuras. El añil es comun en Tidor, pero los medios de prepararlo son muy imperfectos. Cultívase igualmente la batata, el ananas, la sandia y el melon almizcleño; las plantas medicinales, venenosas y hortalizas son innumerables.

No es menos rico el reino animal. En parte alguna son mas numerosos los monos; pero los naturales les dan caza, los matan y comen su carne, de que gustan mucho. En los bosques se encuentran búfalos y babirussas, murciélagos, pintarojos de un tamaño enorme y azote de los verjeles; ciervos, cabras entre las cuales se cuenta la cabra membrina que suministra escelente leche; carneros, orijinarios sin duda de la India; bueyes bastante raros, caballos muy comunes, ájiles y membrados. En los bosques del interior se encuentran igualmente gatos monteses, terror de las aves. Estas aves son de mil especies; águilas marinas, gavilanes, picos, patos silvestres, kakatoës blancos y papagayos graciosos y cubiertos de brillantes matices. Ademas del cocodrilo, tan respetado en el país, ecsisten una multitud de peligrosos réptiles, serpientes de ponzoñosa mordedura, escorpiones y ciento-pies, tanto mas temibles, cuanto se deslizan sin ser percibidos. La tortuga abunda en estos parajes: la tortuga franca y la tortuga caray; la una muy apreciada de los Malayos, por considerar saludable su carne, la otra estimada solamente por razon de su concha. En lo tocante á insectos, se citan mosquitos blancos y lagartos procedentes del S. á bandadas devastadoras; mariposas de magníficos colores, abejas silvestres que deponen su miel en grandes árboles y suministran una cera muy preciosa, uno de los artículos mas lucrativos de la esportacion. En los rios y en el mar se pescan sabrosísimos pescados, algunas perlas de poco valor, ostras y hermosos mariscos. Los crustaceos y testaceos se presentan tambien en abundancia; pero lo que escita mayor interés en aquella zona enteramente madrepórica, son los zoófitos vivos, miríadas de animalillos que vienen á parar en una petrificacion gradual. Todas las rocas parecen animarse bajo los puros y delicados colores de aquellos zoófitos, en medio de los cuales el *tupibora musica* ostenta sus palpos verdes y franjeados, y forma débajo de las aguas esas grandes masas semi-globulosas que ofrecen el aspecto de verdeantes praderas tendidas sobre un fondo de coral.

Timor contiene cuatro razas de habitantes: los Timorios propiamente dichos, especies de Papous ó de Harfours; los Malayos que ocupan el

litoral y que probablemente han comunicado á esta isla el nombre que actualmente lleva, *Timor* (Oriente); los Chinos establecidos en todas las factorías, los Indos de la India, y los Europeos, Portugueses ú Holandeses.

Estas dos últimas potencias se encontraron en Timor á principios del siglo XVII, como les habia acontecido en todas las Molucas. Dueños pacíficos hasta en 1615, los Portugueses fueron arrojados por esta época de Coupang por una escuadra holandesa, bien que aquella conquista no llevó en pos de sí la evacuacion completa del territorio. Los Portugueses, desposeídos de Coupang, fundaron en Lifao un establecimiento, que trasladaron á Delly, creando ademas las sucursales de Batou-Gody y Manatouti. Desde aquella remota época, la navegacion portuguesa fué cada dia en decadencia, y ningun convoy de Portugueses pudo renovar aquella lejana poblacion, de lo cual resultó una raza mestiza, mas malaya que portuguesa. Dejando á un lado al gobernador y tres ajentes, Delly solo es habitada por razas cruzadas. La sangre holandesa, renovada mas á menudo por las frecuentes espediciones de la metrópoli, tiene tambien una raza mestiza, aunque mucho mas blanca y dotada de facciones mas regulares. En jeneral domina actualmente en Timor la raza mestiza. Cuando los Ingleses arrebataron esta factoría á los Holandeses en 1801, esta poblacion fué la que pasó á cuchillo la guarnicion británica. Los Ingleses volvieron á apoderarse de la colonia en 1811, y la conservaron hasta la ejecucion de los tratados de 1814 y de 1815.

Los Timorios son robustos y bien formados, negros ó bronceados, con el pelo teñido de rojo ó de negro, y lanoso. Todos los habitantes, así hombres como mujeres, tienen la nariz chata en virtud de una práctica ejercida con los niños desde su nacimiento; cuyo uso se encuentra tambien entre diversas razas oceánicas, sin que esta conformidad sea la única que se echa de ver en esta isla que linda con la Australia. El saludo por el toque de la nariz, el pintarroteo por incision, el trueque de nombres con un estranjero cuya amistad quiere granjearse, todas estas costumbres que hemos observado y descrito en los grupos polinesios, se encuentran asimismo en Timor que aunque modificadas son fáciles de reconocer. Los Timorios se visten de dos piezas de tela blanca, ribeteadas de encarnado, de cuatro ó cinco pies de largo sobre dos de ancho, bordadas entre los ricos, y acompañadas á veces como prueba de gran lujo de pedazos de tela pintada y de dos pañuelos rollados en torno de la cabeza. En tiempo de guerra los combatientes se ponen plumas de las mas hermosas aves del país; pero el atavío mas suntuoso consiste en placas de oro y de plata y en brazaletes de un marisco muy semejante al marfil por su color. En las fiestas mas solemnes, los reyes y los grandes colocan sobre su cabeza un pedazo de oro en forma de media luna, y los vasallos inmediatos de los Holandeses traen grandes redingotes á la europea. Las mujeres de los grandes, que se manifiestan raras veces en público, se distinguen por brazaletes de oro y de plata y los collares de corales ó hilos de cobre con que circuyen sus brazos y sus piernas. Casi todas las partes de su cuerpo son pintorreadas de pequeños puntos negros en forma de flor, practicados con el ausilio de un instrumento puntiagudo templado en el añil. En el interior de las casas, las mujeres se envuelven en una ancha pieza de algodon que disponen al rededor de su cintura, por manera que conserven el seno descubierto, tapándolo únicamente cuando salen. Los hombres del pueblo tienen el pelo retenido por un pañuelo, con un taparabo que comunmente les deja desnudo el busto; pero cuando llueve echan otro taparabo sobre sus espaldas.

La poligamia se permite en Timor. Las hijas constituyen la riqueza de las familias, puesto que las venden, del propio modo que los países mahometanos, contra una suma de dinero ó un número de reses de ganado. Si el yerno no cumple con los pactos estipulados, el padre tiene derecho de recobrar su hija y aun los niños nacidos del enlace. Por otra parte los matrimonios se verifican sin grandes formalidades; pues hecha la demanda y acordado el precio, matan un animal para consultar sus entrañas, y si los augurios son propicios, el matrimonio se consuma. Cuando el marido se halla en posesion de la mujer, no tiene esta muchas ocasiones de cometer faltas; pero mientras es libre, es dueña de sí misma y se cierran los ojos sobre sus actos de flaqueza.

La cronolojía de los Timorios consiste en los nombres de los diversos gobernadores que han reinado sobre su territorio. Para caracterizar las estaciones, citan las cosechas, la plantacion del arroz y del maíz, la madurez de los frutos y la florescencia de los tamarindos. A veces tambien para designar un tiempo pasado calculan desde el estado de la virilidad. Si alguien les debe dinero, ensartan en un cordon tantos granos de maíz como se requieren para marcar el total. Sobrios y pacientes, los Timorios solo se alimentan en sus mas largos viajes de maíz tostado y triturado, de suerte que todas sus comidas se reducen á algunos granos de esta sustancia farinacea. En cambio ofrecen á los viajeros todo lo mejor que tienen, leche de búfalo caliente en grandes cilindros de bambú, y todo un carnero cocido con arroz. El alimento ordinario de los Malayos del litoral se compone de volatería, de pescado, de cerdos cocidos en leche de cocos sazonados con pimienta y especias.

No se tiene mucho conocimiento de la forma del gobierno de Timor, pues lo que se llaman reyes no es mas que una especie de jefes ó rajahs, muy limitados en sus funciones, y sedicientes prócsimos parientes del cocodrilo, su dios sacrosanto. Los rajahs que dependen del gobierno europeo tienen poderes subordinados á las formas impuestas por los Holandeses, pero si llegan á derogarlos, el Residente los hace prender y los remite prisioneros á Batavia. El signo público del vasallaje consiste en un tributo anual percibido con cierta pompa, y consumado este acto, pueden hacerse su propia parte, sacando de las cosechas de sus súbditos cierto valor en arroz, maíz, cera y madera de sándalo. Apesar de esto, los rajahs malayos no parecen tanto los amos de sus administrados como sus compañeros. En su organizacion hay un poco de igualdad republicana, pues dejando á un lado algunos fútiles ornamentos, un vestido de indiana de flores y una casa de mejor construccion, nada les distingue del pueblo. Los rajahs del interior son los mas absolutos de todos; pueden llamar á sus súbditos del modo y cuando mejor les parezca; administran justicia sin necesidad de la intervencion del Residente, y castigan al culpable ya por medio de la esclavitud, ya á fuerza de multas y aun con la muerte, aunque muy raras veces. En ciertos estados el jefe no puede pronunciar estas sentencias sin el concurso de los grandes.

En algunos reinos las mujeres, á falta de herederos pueden ascender al trono. La mayor parte de los grandes son de sangre real. De ordinario el hijo sucede al padre; pero rarísimas veces acontece que los cambios de reinado no den márjen á algunas revueltas. Cada reino tiene sus tesoros, ya en dinero, ya en piedras preciosas que en las fiestas solemnes se esponen á la veneracion del pueblo. Los vasallos creen que la pérdida de una sola pieza de aquel tesoro acarrearia tras sí grandes calamidades al país: así que, no habiendo necesidad de encerrar esas riquezas, las depositan en grandes armarios abiertos en medio del palacio del rey.

Los funerales de un rey no son tan sencillos y breves como los de un particular. A la primera noticia de la muerte del príncipe, todos sus vasallos se hacen rasurar la cabeza, y sus mujeres y concubinas prodigan las pruebas de luto interior, se tuercen los brazos, se arrancan el cabello y se golpean el pecho. Hácense sacrificios públicos, degüéllanse cerdos y búfalos; en seguida se dispone el cadáver sobre una mesa en medio de la casa, lo cubren con sus mejores vestidos, le atestan de placas de oro, de soguillas y de collares, y lo dejan de manifiesto durante dos dias que se pasan en las mas dolorosas lamentaciones. Durante este tiempo se corta en la vecina selva un grueso tronco de árbol, y se ahueca lo suficiente para contener el cadáver con todas sus alhajas. Encerrado todo, se cierra la abertura con goma, y se traslada esa especie de momia á una casa vecina en donde ha de permanecer hasta reunir el dinero necesario para los funerales mas solemnes; pero esta cantidad de dinero es tan fuerte, que no pocas veces se han visto soberanos permanecer tres, cuatro ó cinco años en sus troncos de árbol. Finalmente reunida la colecta, se da principio á la ceremonia; los reyes vecinos envian á ella sus mujeres para llorar y velar el féretro con las esposas del difunto, y los funerales terminan con un altercado entre las mujeres y los portadores; estas quieren guardar el cuerpo, pero aquellos se lo quieren llevar acuestas. Tras una resistencia bastante corta las mujeres ceden, y se deposita el cadáver en su tumba con su rostro mirando al oriente, á veces en pie, otras veces acostado, siendo la tumba en forma de pozo. Junto al sitio deponen cierta cantidad de arroz y pinang, y en seguida matan algunos caballos, perros y búfalos. Dase cima á los funerales por medio de algunas dádivas á los concurrentes; maíz y arroz al pueblo, y placas de oro á los jefes. Jeneralmente nunca hacen falta los ajentes de la Compañía holandesa.

Cuando los Timorios emprenden una guerra, sacrifican algunos animales y consultan sus entrañas antes de dar principio á la lid. Despues de esto abren la campaña prorumpiendo en agudos aullidos y soplando en cuernos de búfalo. Su vanguardia se compone de guerreros que se envuelven en pieles de macho cabrío, guerreros ú *orang-braani*, fáciles de reconocer pór sus sonajas tanto mas numerosas, cuanto mas considerable es el número de enemigos que han muerto. La guerra comienza por el pillaje, el estrago y la muerte. Cuando los combatientes han cortado cierto número de cabezas, danzan al rededor cantando himnos é interrumpiéndolos para preguntarles el motivo que les indujo á ser sus enemigos. Algunos autores han pretendido que los festines celebrados en semejantes ocasiones ofrecian escenas de canibalismo. A estas orjias sucede el sacrificio de algunos búfalos y cerdos dedicado á los manes de aquellos á quienes acaban de inmolar, y hacen secar sus craneos para ornato de su casa comun, vasta habitacion cubierta, situada junto á la cabaña del rey, revestida en tiempo de guerra de espinas y de puntas que les defiende contra todos los ataques de los enemigos.

Los mestizos que forman la raza mista de Timor constituyen su parte mas rica y mas civilizada. A primera vista parecen tímidos, pero su carácter es recomendable, bueno, hospitalario, y su corazon amador. Como son el producto de la mezcla de Europeos y naturales, varian

de tinte segun el grado de mistura, y como los dedican ya muy temprano á las faenas de esclavos malayos, acostumbran no ser muy instruídos. La educacion de la mayoría se reduce á saber leer, escribir y hacer valer sus capitales. El domicilio de estos ricos criollos es sencillo, sí, pero cómodo y sin otro lujo que el aseo, rodeado de árboles, cortado en muchas piezas y provisto á veces de agua viva. Allí es donde el jefe de la casa, agachado sobre esteras, pasa una gran parte del dia fumando ó mascando betel, al paso que su mujer y sus hijos, sentados en su alrededor, trabajan en varios objetos de paja de arroz ó de hojas de latanero.

La industria de los habitantes de Timor se reduce á la construccion de embarcaciones. Estas embarcaciones consisten en *champanes* ó *sampanes* que pueden llevar hasta cien toneladas, y son unas naves sumamente frájiles, cuyas ánconas son de madera, las boyas de bambú, los cables de junquillo ó de clin, y las maromas tambien de clin ó de filamentos de cocos. Sus paros mas pequeños son mucho mas sólidos, y en un palo de bambú se suspende una vela trapezoide hecha con la hoja del latanero. Los remos son largos bambúes terminados por discos de madera de un pie de diámetro: las piraguas son de diversas especies, formadas de un tronco de árbol y de cal.

Para confeccionar estos objetos, los Timorios se valen de hachas y cuchillos de fábrica europea. Asimismo tienen sables, picas y pólvora; funden el oro, y con él fabrican grandes sortijas para sus mujeres. Ademas hacen unas telas groseras, esterillas y cojines rellenados de algodon ó de lana.

En las cercanías de Timor y á algunas millas de distancia se encuentran muchas islas é islotes que pueden considerarse como pertenencias de la grande isla. Las mas considerables son Simao y Rottie: Simao, separada de Timor por un simple estrecho, tiene unas diez y siete millas de largo sobre seis de ancho; es menos elevada que Timor, pero selvosa y poco fértil; casi no se cultiva mas que el maíz, y sus moradores obedecen al rajah de Coupang que en otro tiempo residia en ella. Cítase en esta isla un manantial cuya agua ferrujinosa y vitriólica tiene la propiedad del jabon y blanquea el lienzo. Los bordes de esta fuente son negros y de un olor fétido. A poca distancia hay un árbol tan sumamente vasto, que sus ramas pueden cobijar hasta mil hombres. Poulo-Simao tiene cavidades en donde se encuentran á corta profundidad capas sulfurosas. En medio del estrecho, entre Simao y Timor, ecsiste el islote volcánico denominado Poulo-Kambing (la isla de los ciervos), islote de una milla de circumferencia, parecido á un sono truncado que se remonta á una altura regular de veinte y cuatro pies. Del cono manan tambien unas aguas cenagosas y sulfureas. En las playas crece en abundancia una planta que parece tener algunas virtudes médicas.

Al S. O. de Coupang está Rottie, que tiene nueve millas de largo sobre dos y media de ancho. Cuéntanse en ella quince pequeños principados entre los cuales hay uno, que es el de Ternane, en donde residia antiguamente un intérprete holandés. Los indijenas de Rottie son mas gallardos que los Timorios; y sus mujeres, las Circasianas de la Malasia, son enviadas hasta Batavia para venderlas á los posesores de harems. Los moradores de Rottie son mas depravados que los isleños de Timor, pero en cambio son mucho mas valientes y emprendedores, de suerte que no pocas veces han resistido á las invasiones holandesas. El jarabe de palmera es su bebida mas comun, y á menudo todo su alimento cuando no tienen otro: con él hacen una especie de arak, conocido bajo el nombre de *laros*, que parece ser un poderoso afrodisíaco. El amor constituye asimismo la mayor ocupacion de estos pueblos. Con la carne de búfalo y de cerdo mezclan como bebida la sangre de estos mismos animales. Al O. de Rottie se encuentra Dao, distinguida por la industria de sus habitantes que son los plateros y los joyeros de las islas vecinas.

Timor y sus islas adyacentes forman parte de un archipiélago clasificado recientemente bajo el nombre de Sumbawa-Timor y que comprende ademas las islas siguientes;

Sumbawa, de ciento ochenta millas de lonjitud sobre ciento cuarenta de anchura, dividida en dos partes por una bahía profunda que la ahonda en medio. A la entrada de esta bahía hay la pequeña Poulo-Mayo, que tiene veinte millas de largo sobre diez ú once de ancho, continuada en su estremidad oriental por la isla de Sitouda, y por la isla Llana en su estremidad occidental. Sumbawa está dividida en estados secundarios, tales como Bima, Dompo, Tomboro, Sangar, Pekat y Sumbawa, todos sujetos á un mismo jefe, quienes á escepcion del último están avasallados á la compañía de las Indias holandesas. El distrito de Bima, situado á la estremidad oriental de la isla, es de mucho el mas poderoso; y no solamente escede á los demas, si que tambien ejerce una soberanía sobre la isla de Mangaray y la parte occidental de Flores. La capital de este distrito es Bima, pequeña ciudad con un hermoso puerto, residencia de un sultan que reconoce el patronato de la Holanda. En el distrito de Tomboro se encuentra el volcan de este nombre, que goza de una funesta celebridad, sobretodo desde su erupcion de 1815, que hizo perecer la quinta parte de la poblacion del distrito. Esa erupcion

terrorífica arrojó gran cantidad de cenizas hasta la parte S. E. de la isla de Java, distante unas cien leguas del cráter, y el murmullo subterraneo se oyó en Sumatra, á doscientas treinta y cinco leguas de distancia. La grande detonacion volcánica fué semejante á una descarga de artillería, y precedió á tres columnas de fuego que salieron del cráter, y largas corrientes de lava que manaron por los flancos de la montaña. Levantóse un impetuoso viento que desarraigó los mayores árboles y se los llevó por el aire; los hombres, los animales, las cabañas arrancadas de su quicio, volaban arremolinados por el espacio; el mar, encrespado sobre su nivel, inundó los campos y derribó todos los edificios. Tras este primer desastre sobrevino una tenebrosa noche que encapotó la isla por espacio de veinte y cuatro horas. Habíase transformado el volcan en otra admósfera de humo y de cenizas, arrojando piedras con increíble violencia. El cielo se obscureció hasta en Celebes. En Sumbawa los estragos fueron ciertamente terroríficos; el techo del residente de Bima se hundió á impulsos de las piedras; Sandgir se abismó como un Herculano; Tomboro y Pekat fueron sumerjidos con sus chozas y sus habitantes. Veinte y seis personas solamente se salvaron en Sumbawa: toda la vejetacion desapareció para hacer lugar á un piso de lavas y de piedras, y tan solo hubo un otero, junto á Tomboro, que conservó sus árboles para prueba de la fecundidad del país antes de tan desastroso acontecimiento. A la catástofre sucedió una horrífica hambre: la hija del rajah murió de hambre, y el mismo jefe hubiera muerto por falta de alimento si el Residente no les hubiese enviado algunos koyangs de arroz. La ciudad de Sumbawa, mal reparada de aquel triste suceso, ha quedado convertida en un desierto poblado de ruínas.

La isla de Lombok independiente de los Holandeses, mas bien pertenece al grupo de Sumbawa-Timor que al grupo de Java. Es una tierra deliciosa, cuyas altas montañas están cubiertas de un eterno verdor, y cuyo pico tiene unos ocho mil pies ingleses de elevacion. La poblacion de Lombok, numerosa y aguerrida, no ha sufrido hasta la actualidad colonizacion propiamente dicha. Los naturales, dueños del territorio, lo esplotan por unos medios que parecen bastante adelantados, y riegan sus tierras, como los Indios con el ausilio de grandes reservatorios y estanques. Esta correlacion entre los isleños y los naturales del Karnate es al parecer continuada por otras analojías, como la de las *sutties* ú hogueras de viudas. Las dos ciudades principales de Lombok son Appiram y Bali.

Flores debe citarse tambien como perteneciente al grupo de Sumbawa-Timor. Es una isla de doscientas millas de largo sobre cuarenta ó cincuenta de ancho, y su interior es poco conocido. La parte occidental de la isla depende del sultan de Bima, y el resto está dividido al parecer en muchas soberanías independientes. Al llegar á Flores por medio del estrecho de este nombre, formado por las costas de esta isla y las de Solor ó Adinara, se divisa el encumbrado volcan de *Lovotivo*, que parece colocado en aquel punto como un faro luminoso. Mas al N. se halla la aldea de Larentouka, casi toda cristiana, y la porcion mas conocida de esta isla. Larentouka, que obedece á un rajah, ofrece comunicaciones fáciles á los navegantes y recursos de otra naturaleza; los búfalos, los cerdos, las cabras, la volatería se permutan contra piedras y balas de fusil, pólvora, vasos para beber y cuchillería comun; y antiguamente se sacaba de esta isla madera de sándalo. Al S. de Flores hay un establecimiento de Boughis en donde los Holandeses no han podido penetrar nunca.

Solor, vecina de Flores, tiene cuatro millas de largo, pero solo se conoce su distrito de Lawaijang, en que los Holandeses poseen el fuerte Frederick-Henrich. El bambú constituye una de las riquezas de esta isla; en sus costas se pesca el *noord-kaper*, ballena cuya esperma da aceite, y cuya vejiga contiene ámbar. Los pueblos del litoral, mahometanos en su mayor parte, son negociantes diestros y hábiles navegantes, y esportan nidos de aves, aceite de pescado, ámbar y otros productos contra dientes de elefante, telas de seda é hierro. La isla encierra algunos kangarous de Arrou.

Entre Flores y Timor se prolongan algunas islas que parecen continuar la cadena malaya que corre desde Sumatra hasta Timor. Entre ellas se encuentra Sabrao, rejida por un sultan, que reside en Adinara: Lomblem, abandonada á rajahs independientes; Panter y Ombay, habitadas por pueblos guerreras, bárbaras y aun antropófagas.

Al S. de Flores se halla la isla Sumba, llamada tambien Sandelbosch ó Sandal-Wood (madera de sándalo), denominacion sacada sin duda de los Malayos que la apellidan Tohindana. Sus costas meridionales son escarpadas y al parecer desiertas; la parte N. se compone de estepas desnudas de vejetacion, y en la costa O. se hallan esas pesquerías de tripangs, harto celebradas antes que el golfo de Carpentarie ofreciera sus holoturias en mayor abundancia. El mismo sándalo, que ha comunicado su nombre á la isla, no es tan apreciable como en Timor, de manera que nadie se toma siquiera la pena de esplotarlo. En cambio el algodon constituye el objeto de un comercio harto importante. Encuéntranse en la isla caballos, cerdos, búfalos, faisanes y un ave que los Holandeses llaman *jaarvoogel* (ave de años), porque su edad se conoce fá-

cilmente por el número de burujones que salen en su pico. Los isleños tienen un jenio triste y melancólico, son de alta estatura, pero bastante mal formados, y sus armas consisten en picas, broqueles y sables que manejan con suma destreza.

Las isletas Savou son mas bien conocidas que Sumba, y son tres: Savou, Benjoar y el Nuevo-Savou, situadas á veinte leguas O. N. O. de Rottie. El Nuevo-Savou es un islote que se cree inhabitado, pero es muy risueño y señalado por un picacho que lo domina. Mas al E. está Benjoar, alta y selvosa en sus cinco leguas de diámetro, y Savou, la mas importante del pequeño grupo, cubierta de chozas y selvas de cocos que bañan su pie hasta la orilla del mar. La mejor bahía de Savou es la de Timo situada en la punta S. E. Cook fondeó en Seba que se encuentra al N. O.

Savou estuvo al principio sujeta á los Portugueses, pero en la actualidad es una pertenencia holandesa. Está dividida en cinco Estados: Laai, Seba, Redguia, Timo y Massara, que entre todos pueden poner en campaña de cinco á siete mil combatientes. La vejetacion de Savou y sus productos en los diversos reinos son casi los mismos que en Timor. Los naturales, marcados por el tipo mismo de Malayos-Oceánicos, son gobernados por rajahs que desde tiempo inmemorial viven en paz y armonía. La esclavitud está vijente en Savou, lo mismo que en Timor y en la mayor parte de las islas malayas. La relijion de los habitantes es una especie de politeismo muy difícil de determinar: su alimento consiste en cerdos, búfalos, volatería, pescado, batatas y legumbres; su bebida favorita es el toddy, licor fermentado de la palmera, y el jarabe llamado *goula* semejante al del melote. El uso del betel y el pintarroteo indican asimismo esta tendencia á tomar costumbres del continente indio ó de los archipiélagos de la Oceania. Los restantes usos, como el traje, atavíos de oro y piedras preciosas, lengua, prácticas civiles y relijiosas, tienen sus análogos correspondientes en los grupos malayos que hemos descrito ó que todavía hemos de describir.

CAPITULO XLII.

MALASIA. — BORNEO.

Despues de dos dias de recalo en Coupang, partió el *Siva* á 18 de setiembre, llevó directamente el rumbo para el N., salvó el estrecho entre Ombay y Solor, pasó al S. de la isla Madou, y costeando la parte occidental del grupo Salayer, reconoció el 23 la punta S. de Celebes, dobló el cabo Salatan y ancló á 26 de setiembre á la entrada del rio de Banjermassing, á vista del principal apostadero que ocupan los Holandeses en la grande isla de Borneo. El capitan Norbott no juzgó prudente comprometerse en el rio, y aguardó que el ajente de la residencia se presentase á bordo para conferir con él. El suelo de Borneo no es harto seguro para los Europeos; la reciente catástrofe del mayor Muller es un ejemplo fatal de la acojida que les reservan los naturales, por cuyo motivo solo pude observar aquella tierra desde lejos.

Borneo es la isla mas considerable del globo despues de Madagascar y de la Nueva Holanda, si es que la Nueva Holanda sea isla. Los naturales la apellidan *Brunaï*, segun algunos autores, *Varouni*, segun M. Hamilton y *Klematan*, segun M. de Rienzi; es una tierra de trescientas leguas de N. á S. sobre una anchura que varía de cincuenta á doscientas cincuenta leguas, y está comprendida entre los 4° 20' lat. S. y los 7° lat. N. y entre los 106° 40' y los 116° 45' lonj. E. La inmensa anchura de esta isla ha impedido á los Europeos el penetrar en tan vasta comarca. No pocas veces se ha intentado colonizarla, pero todas las tentativas se han frustrado. La primera fué hecha por los Ingleses en 1774 en la isla de Balambangan, situada á la punta N. E. de la isla, y cerca de la que se llama Borneo propia; pero aquel establecimiento, situado á algunas millas del archipiélago Soulou, de donde salen los mas osados piratas de los mares malayos, fué asolado y destruído de todo punto, y los colonos tuvieron mucha dificultad en refujiarse en Poulo-Condor, isla cochinchina. No fué mas feliz una nueva esperiencia hecha en el propio punto en 1803.

No han descuidado los Holandeses crearse algunos apeaderos en el litoral. Sin embargo su primer ensayo solo tuvo resultados diplomáticos, y en virtud de un acuerdo hecho con el sultan de Bantam (distrito javanés), en su calidad de soberano de los reinos de Landanak y de Succadana en Borneo, pudieron establecerse en Pontianak, cuya soberanía llegaron á obtener. Algun tiempo despues, tras una serie de servicios prestados al sultan de Banjermassing, consiguieron fundar una especie de factoría en la jurisdiccion de este nombre. Este príncipe, en reconocimiento de un socorro que le prestaron, comprometióse en 1787 á aceptar el patronato de la Holanda y recibir de ella sus Estados como feudos hereditarios, á escepcion de algunos distritos de la costa y la mitad de la provincia de Dousoun, que la Compañía se adjudicó como propia, reservándose al propio tiempo la administracion de las aduanas y de las minas, cuyas rentas debian dividirse entre ella y el sultan, salvo las minas de Doukou-Kanang y de Doukou-Kirie que quedaron esclusivamente para el príncipe. Este tratado podria ser dificí-

de comprender, á no tener presente que Banjermassing era desde largo tiempo una sucursal del reino javanés, y que cuando el imperio de Madjapahit estaba en el apojeo de su gloria, los príncipes de Borneo eran Javaneses tributarios del grande emperador.

Así que, Pontianak en la costa N. O. por una parte, y por otra Banjermassing en la costa S. fueron los puntos en que los Holandeses intentaron fundar y mantener su supremacía. Parece que desde entonces han procurado hacer otro tanto en la costa oriental de Borneo, en el reino de Cotti, pertenencia de Soulou; pero los resultados parecen no haber sido nada satisfactorios.

En ningun tiempo el poderío europeo ha estado seguro en punto alguno de esa costa. Es verdad que algunos dias ha podido acamparse en el territorio borneo y mantenerse con amistades reales inconstantes y veleidosas, traficar en paz y hacerse respetar por algun espacio de tiempo; pero es muy raro que no hayan sobrevenido catástrofes reales para derribar una posesion que hubiera podido creerse duradera, y que la perfidia de los naturales no haya frustrado los planes de los gobiernos colonizadores y de los ajentes que trabajaban en su nombre. El capitan Padler, asesinado en 1769; los Ingleses arrojados de Balambangan en 1774; un capitan holandés degollado en 1788 con toda su tripulacion surta en Borneo, á la hora de comer; el capitan Pavin, en 1600, víctima de una alevosía de semejante naturaleza de la que se salvó *el Rubis* como por milagro; escenas y sorpresas análogas renovadas en 1803, 1806, 1810 y 1811, y el asesinato del mayor Muller, nuevo Clapperton que se habia dedicado á la esploracion interior de Borneo: todo presenta testimonios irrefragables que aseveran cuan precarias son las esperanzas de aquellos que están soñando establecimientos serios en aquel vasto y fecundo litoral, y que en el entusiasmo de sus teorías de esplotacion abrazan las minas de oro que entrañan sus montes, y las preciosas maderas que los tapizan. A no ser unos peligros de tanta monta, seria casi una mengua para la jeografía ver que una isla de mil leguas de circumferencia, á los umbrales del Asia y en medio de un archipiélago civilizado y populoso, sea mas desconocido que las mas salvajes y remotas comarcas, cabalmente en unos tiempos en que se han esplorado minuciosamente los mas recónditos escondrijos del globo.

La costa de Borneo parece indudablemente el resultado del limo acarreado por los anchos y cenagosos rios que descienden del interior de la isla. Algunos creen que tambien esta vasta isla en toda su estension se compone de muchas tierras aisladas que con el tiempo se reunieron. Si se ha de dar crédito á algunas tradiciones malayas, la montaña de Gounong-Kandang, en el distrito de Landak, situada actualmente á nueve leguas en el interior de Borneo, se hallaba á principios del siglo XV en una isla separada de la tierra firme y denominada Poulo-Kandang. En la actualidad continua todavía esta marcha de alusiones progresivas, sobretodo en esta costa occidental de la isla, en donde los habitantes edifican sus casas sobre estacas clavadas en el légamo.

Esta isla está cortada en todos sentidos de rios y arroyos, entre los cuales debe citarse el Banjermassing y el Pontsanak. Las fuentes del primero se encuentran á lo que se cree en el lago Keney-Baltou, situado al N. E. de la isla, lago inmenso llamado mar por los naturales y reconocido al parecer por M. de Rienzi. Estas corrientes contribuyen á convertir toda la parte litoral en una vasta marisma. Pero á alguna distancia en el interior empieza un sistema de montañas, cuya cumbre mas alta es la que se ha designado bajo el nombre de monte cristal. Todas esas rocas del interior parecen ser de formacion primitiva; pero no se ve ninguno de esos cascajos tan comunes en las islas situadas mas al S. y llamadas por los jeógrafos cadena de la Sonda. Las montañas abundan á lo que parece en minerales, pues en ellas se encuentra oro, antimonio, zinc, estaño é hierro. Sus diamantes son los mas hermosos del globo, y los de los distritos de Landak y de Banjermassing en especial son muy celebradas. Entre los animales se distinguen el elefante, el rinoceronte, una especie de leopardo, el oso, el caballo, el cerdo, la cabra, el gato, el perro y todas las aves caseras. El elefante, el rinoceronte y el leopardo solo se observan en los distritos septentrionales, y no se encuentran en archipiélago alguno al E. de esta lonjitud. El búfalo es tambien orijinario de Borneo, como igualmente el orang-outang que tiene en ella su verdadera patria. A buen seguro que este animal pasó á la isla de Sumatra en donde hemos observado ya sus estrañas y curiosas costumbres. En los mares circumvecinos se pescan perlas y tortugas. El reino vejetal ofrece arroz, sagú, pimienta negra, alcanfor, batatas, betel, etc. Las palmas de palmitos constituyen el principal alimento de los indijenas; las selvas contienen árboles de una altura prodijiosa, los unos escelentes para maderas de construccion, los otros como palo tinte. Hay algunos que suministran un alcanfor muy apreciado, y otros que tienen la raíz odorífera que trae el nombre de benjuí. Asimismo han surtido muy buen efecto en esta isla el algodon, el jenjibre, la nuez moscada y el jirofle.

Si de estas nociones jenerales pasamos á ob-

servaciones especiales, debemos dividir el país en rejiones. 1° los Estados de Borneo propio; 2° el país de los Dayaks, ó residencia de Pontianak en la costa N. O.; 3° los Estados de Banjermassing situados en la costa meridional y oriental, comprendidos los Estados de Cotti. Estas tres divisiones principales están sujetas á una multitud de subdivisiones, sin contar las que reconocen los indijenas por todos los países del interior.

El Borneo propio confina por un lado con los Dayaks, y por otro con los Dousouns y Tataos, y tiene comprendidas dentro de su ámbito las islas Malawelli, Banghi y Balambangan, en donde los Ingleses probaron por dos veces, en 1774 y 1803, fundar una factoría. En su distrito es donde el célebre Alejandro Dalrymple pretendia fundar la capital imajinaria de un reino polinesio.

Los naturales del Borneo propio constituyen una mezcla de Kayans, de Sulianos, Idaans, Malayos orijinarios de Jehore, Biadjous, Tidouns, Marouts, Dousouns y muchos otros pueblos, entre los cuales descuellan los Malayos ya por su número, ya por su civilizacion. Las demas tribus salvajes que con M. de Rienzi pueden llamarse los Harfours de Borneo, van desnudas, con un pedazo de tela de algodon ó de corteza de árbol rollado al rededor de la cintura. A veces los guerreros kayans llevan vestidos y gorros de piel de leopardo, y sus armas consisten en la espada, la lanza y largos broqueles. Dícese tambien que en la capital de los Kayans ecsisten cañones; pero probablemente este aserto no es mas que una vision de viajero. Estas diferentes tribus son jeneralmente feroces y sanguinarias, cortan cabezas puramente por pasatiempo, y las transforman en trofeos para adornar sus domicilios. Habitan unos edificios inmensos construídos sobre estacas, ó bien pequeñas chozas de madera cubiertas de follaje. Los primeros alojan poblaciones enteras compuestas de ciento ó doscientas personas.

No se sabe todavía cual puede ser el culto de los Borneos, ni menos hasta que punto se mezcla el sentimiento relijioso en su vida salvaje. Se sabe únicamente que no tienen sacerdotes, ni templos, ni ídolos, y que tan solo creen en los buenos y en los malos presajios. No tienen ningun alfabeto, cuya circunstancia los pone bajo el nivel de los vecinos grupos, puesto que todos tienen el suyo.

Todas las noticias que se tienen sobre su gobierno son relativas á las costas en donde predomina la raza malaya. En ellas se encuentra en gran parte la organizacion que hemos analizado al hablar de Sumatra. El rey, el sultan, *radjah* ó *jandgi per-toaan* (el que es señor) goza de una autoridad absoluta sin otro contrapeso que la influencia negativa de los *pandjerans* ó principes del país, suerte de aristocracía territorial que tambien se encuentra en los demas archipiélagos. Estos pandjerans se reparten las grandes cargas del Estado: el uno es el *bandahara* ó jefe del poder ejecutivo; el otro, el *degadong* ó superintendente del palacio del sultan; este, el *domongong*, jeneral de los ejércitos; aquel, el *pamancha* ó juez. Las rentas del soberano consisten en tributos voluntarios, la mayor parte percibidos en especie.

Esta parte de la isla, conocida bajo el nombre de Borneo propio, actualmente estéril y casi improductiva, seria susceptible de grandes mejoras agrícolas y comerciales. La capital, Borneo, situada á quince millas de distancia de la embocadura de un rio navegable y residencia del sultan, es una ciudad importante y poblada de 10.000 habitantes. Edificada sobre estacas y entrecortada de canales, parécese, segun espresion de M. de Rienzi, á una pequeña Venecia. Las casas, de la propia suerte que en la tierra de los Papous, se comunican por medio de pequeños puentes hechos de una sola palanca. Solo la fortaleza del país está construída en tierra firme.

Los principales distritos de Borneo siguiendo la direccion de N. á S. son los siguientes:

1.° Los Estados del sultan de Sambas, cuya parte septentrional, mas allá de *Tanjong-Dati* (cabo Dati), es ocupada por algunos príncipes independientes y piratas, y en cuyo interior se encuentran las comarcas de minas de Semini y de Lara. La capital de este distrito es Sambas, situada á quince leguas de las tierras y sobre el rio de este nombre, y defendida por un fuerte neerlandés.

2.° Los estados de Sumbawa que se estienden muy lejos en el interior, y que contienen las minas de oro de Mandor y de Montrado, las mas ricas de toda la Oceania. El distrito de Montrado ó Montradok, situado al pie de los montes Tradok, parece poblado enteramente de Chinos que ni permiten siquiera á los Malayos desembarcar y establecerse. Aseguran que esta colonia china fué fundada dos siglos hace por unos navegantes arrojados á esa costa á impulsos de la mas violenta tempestad. Aquellos náufragos, poco numerosos al principio, vivieron sumidos en la pobreza y en la esclavitud; pero reforzados poco á poco con todos los aventureros que la fortuna conducia á este punto, formaron un respetable nucleo que á fuerza de industria logró conquistarse una suerte de independencia. En la actualidad esta independencia es un hecho adquirido: este país pertenece á los Chinos, y su mayor riqueza consiste en minas de oro que consiguen esplotar por medio de unos procedimientos usados tambien en la América meridional.

La costa N. O. cuenta ademas:

3.° El reino de PONTIANAK, fundado en 1770 por un Árabe llamado Abdoul-Rahman, que por esta época trató con la Compañía holandesa, y que con su concurso agrandó sus Estados; á espensas de los vecinos invadió el territorio del sultan de Matan, asoló la ciudad de Succadana, y concedió en feudo á su hijo Kassim el país de Mumpawa. Cuando Kassim se vió rey en 1808, tuvo que luchar contra las agresiones de los Chinos quienes, organizados en *kong-sies* (sociedades), llegaron á ser tan formidables, que fué forzoso invocar de nuevo contra ellos la intervencion holandesa. La capital de este reino, Pontianak, está situada junto á la embocadura del rio que trae el mismo nombre, y aseguran que contiene una poblacion de 3.000 habitantes.

4.° El país de LANDAK y el de SANGOU, situados al E. del que acabamos de citar. El país de Landak es celebrado por sus diamantes, entre los cuales se cita el del sultan de Matan que pesa 367 quilates, y que pulido y trabajado podria pesar 183.

5.° El país de SIMPANG, perteneciente á un *panum-bahan* (príncipe), vasallo de Matan.

6.° Los Estados de MATAN, ó el antiguo imperio de Succadana, ocupado mucho tiempo por príncipes de orijen javanés, todos feudatarios de los reyes de Bantam. La capital de este Estado se halla situada en el interior, á las márjenes del Katappan; es la antigua Succadana, muy conocida por la estension de su comercio y por las relaciones que se creara en ella la Compañía holandesa en los primeros tiempos de su ecsistencia.

7.° El territorio del príncipe de KANDAWAGAN, otro vasallo del sultan de Matan.

Los diversos países cuya jeografía acabamos de describir, lindan con el territorio de los Dayaks, pueblas independientes ó vasallas de los citados príncipes, que componen lo que se llama la residencia N. O. Supónese que esta residencia se estiende desde Ayer-Hittam considerado como el límite meridional de las tierras de Matan, hasta Palo, límite septentrional de los de Sambas. Segun un mapa del país trazado por el infeliz mayor Muller, la comarca es jeneralmente baja, y el Danao-Malaya aun no se remonta á los cien pies de elevacion sobre el nivel del mar, aun á cuarenta y cinco leguas de su embocadura. No se ve ninguna cadena de montañas no interrumpida, y dejando á un lado algunos picachos cónicos y colinas aisladas, el terreno es una meseta de aluviones atravesada por corrientes que aglomeran indistintamente en sus embocaduras cejas de arena. El único lago que se conoce es el de Danao-Malaya, situado á 1° 5' lat. N. y á los 114° 20' lonj. E., y visitado por primera vez en setiembre de 1823 por algunos Europeos. Su lonjitud es de ocho leguas, su anchura de cuatro, y su profundidad en algunos puntos es de diez y ocho pies. En la superficie de aquella ensenada asoman muchas islas, entre las cuales hay una que fué denominada Vander-Capellen.

Las minas del canton de Landak constituyen, como llevamos dicho, la principal riqueza del país, y los diamantes mas hermosos que se encuentran á favor del sencillo método que se practica, pesan treinta y seis quilates. Las piedras pequeñas son vendidas en Pontianak; pero las grandes, como no tendrían compradores, las remiten á Batavia. Parece que estos últimos años la cantidad de piedras recojidas ha esperimentado un decremento considerable, pero en cambio continua en hallarse oro en abundancia. El oro de Simpang, de Sangou y de Landak, es el mas puro; en segundo lugar debe citarse el de Mentehari y de Mandor, y finalmente el de Montradok. El hierro se saca de Djellé, y es de calidad superior. Los demas objetos de esportacion de la costa N. O. de Borneo son la cera, los bezares, la carne de ciervo seca, las estrellamares y los nidos de aves en pequeña cantidad.

Los Dayaks, que forman la clase mas numerosa de esta poblacion, pueden ser apreciados en 200.000 individuos. Su traje es absolutamente el mismo que el de los Borneos, y sus ornamentos consisten en cuentas de vidrio y pedazos de azófar. La sal es para ellos un alimento sumamente apreciable; el tabaco, una pasion. Los Dayaks, casi siempre pacíficos, tienen unas costumbres feroces en la apariencia, que deben atribuirse al pundonor de poseer como artículos de ornato para sus domicilios el mayor número posible de craneos humanos. Los craneos de las mujeres y de los niños son reputados los mas honoríficos, puesto que los hombres han debido redoblar todos sus esfuerzos para defenderlos. Esta pasion, esta sed de craneos humanos, compone casi toda la vida guerrera de los Dayaks: continuamente están proyectando sorpresas de aldeas ó emboscadas en los bosques; mas cuando estos medios se les frustran, se juntan á los forbantes malayos con la sola condicion de obtener los craneos por su parte de botin. Cuantas mas cabezas ha cortado un hombre, tanto es mas respetable y respetado; un mozo no puede casarse hasta que haya degollado un enemigo siquiera, y el cadáver de un personaje eminente es sepultado con una cabeza cortada recientemente. Las espediciones afortunadas son celebradas con jenerales demostraciones de alegría: las mujeres toman las cabezas sangrientas, entran en el agua y se frotan con la sangre que aquella vierte. Cincuenta craneos humanos al rededor de una casa constituyen el título mas bri-

llante de nobleza que pueda obtenerse.

Supuesto semejante estado de alarma, naturalmente se concibe el motivo por qué todos los pueblos son fortificados del mejor modo posible. Cuando dos tribus por largo tiempo enemigas forman una tregua, cada una de ellas suministra un esclavo que debe ser degollado por la otra.

La tribu principal de los Dayaks es la de los Kayans, cuya capital Sagao dista al pie de veinte y cinco jornadas de Pontianak. Los Dayaks de esta residencia hablan siete dialectos diferentes, y su relijion parece consistir en una especie de veneracion para los ciervos.

Despues de la residencia de Pontianak, la mas importante de todas para el comercio neerlandés, debe citarse la residencia de las costas meridional y occidental ó de Banjermassing, formada por los estados del sultan de este nombre y por los distritos cedidos á los Holandeses. Los diversos países de que se compone esta residencia son el país de Komaay, los de Pambouan, Mandawa, el Grande y el Pequeño-Dayak y la península S. E. de Borneo, conocida bajo el nombre de Tanah-Laut. En el interior se hallan ademas los distritos de Tatas, Marta-Poura, Karang-Intang, Doukou-Kanang, Doukou-Kirie, como rambien el Dousoun que parece ser un nombre jenérico de los países interiores.

El reino de Cotti, vecino al de Banjermassing, parece obedecer á un sultan malayo, que ha transformado su capital en una guarida de forbantes, no menos terribles para los mares malayos de lo que era en otro tiempo Arjel para el Mediterraneo. Sin embargo, en esto no hace mas que imitar á su vecino el sultan de Soulou, jefe de piratas no menos temibles, que posee en Borneo muchas ciudades litorales como Malloudou, Abay y Talapan. Algunas noticias mas recientes sin embargo atribuyen toda la parte occidental de este territorio al sultan de Borneo.

Tales son los confusos datos que se tienen sobre Borneo. En efecto, ninguna de estas noticias es completa ni ecsacta, así bajo el punto de vista jeográfico, como bajo el aspecto etnolójico. Hay muchas razas mal conocidas, y otras, como la de los Dayaks, que sirven para un doble objeto. Por lo demas, esta division etnográfica ha sido establecida en los siguientes términos por un viajero moderno. « Los aborijenes del interior, dice M. de Rienzi, han recibido muchos nombres: el de Dayaks al S. y al O., de Idnans al N. y de Tidouns en la parte oriental; pero todos pertenecen á la primitiva raza de los Alforeses (Harfours). Estos son indijenas de la mayor parte de las islas de la Malasia y de la Australia, y á veces se encuentran mezclados con los Papous, así en fuerza corporal como en intelijencia y vivacidad. Los Dayaks son cultivadores, mineros y negociantes, y sus formas corporales son superiores á las de los Malayos. Adoran á *Desoata* (el criador del mundo) y á los manes de sus mayores; profesan la veneracion mas profunda á ciertas aves que les sirven de agüeros, como tambien á la mayor parte de los habitantes de la Polinesia. En seguida debe hacerse mencion de los Biadjous, y sobretodo de los que habitan la costa N. O., y finalmente de los Tidouns que viven en estado salvaje. En la parte N. E. de la isla se encuentran marinos intrépidos que se dedican á la piratería, y otros que son antropófagos. Al S. de la sultanía de Borneo se hallan las tribus salvajes de los Kayans, de los Dousouns y de los Marouts. En fin en esta grande rejion ecsiste una variedad de Biadjous que recorren Celebes, Borneo y las Filipinas, y que son una mezcla de diferentes pueblos, tales como los Chinos de pelo largo y liso y ojos oblicuos; los Japoneses sin barba, y los Macassares de dientes negros y lustrosos: así que puede muy bien decirse que esta rejion es el hogar de diversas razas. » Estas son las noticias incompletas que actualmente se tienen sobre Borneo; mas como no han podido todavía averiguarse con toda certeza, es forzoso reproducirlas con la reserva inherente á los indicios conjeturales, y aguardar que á las hipótesis formadas sobre tan inmensa comarca sucedan las revelaciones de la jeografía.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ginas.

133

153

163

173

178

181

200

202

233

240

245

249

260

llante
Su
ralme
puebl
Cuan
man i
escla
La
yans
cinco
resid
relij
racio
De
impo
debe
nal
por
los d
sos
el pa
WA,
sula
de T
los d
INTA
com
nom
E
sing
ha t
ban
yos
Med
que
fe d
Bor
DOU
cien
den
T
bre
cias
vist

ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

DEL TOMO SEGUNDO.

Páginas.

CAPÍTULO I.

Islas Hawaii. — Oahou. 1

CAPÍTULO II.

Hawaii. — Isla de Hawaii. 13

CAPÍTULO III.

Escursion al volcan de Kirau-Ea. 20

CAPÍTULO IV.

Fin de la permanencia en Hawaii. 26

CAPÍTULO V.

Descripcion jeneral de las islas Hawaii. 31

CAPÍTULO VI.

Historia de las islas Hawaii. 34

CAPÍTULO VII.

Poblacion, usos, costumbres, relijion. 62

CAPÍTULO VIII.

Travesia de las islas Hawaii á Nouka-Hiva. — Permanencia en Nouka-Hiva. 71

CAPÍTULO IX.

Nouka-Hiva. — Jeografía, habitantes y producciones. 89

CAPÍTULO X.

Travesía de las islas Nouka-Hiva á las islas Taiti. — Isla Wahiou. 98

CAPÍTULO XI.

Travesía de Nouka-Hiva á Taiti. — Isla Pitcairn. 103

CAPÍTULO XII.

Travesía de Pitcairn á Taiti. — Archipiélago Pomotou. 107

CAPÍTULO XIII.

Llegada á Taiti. — Permanencia. 116

CAPÍTULO XIV.

Archipiélago de Taiti. — Jeografía. 131

Páginas.

CAPÍTULO XV.

Archipiélago de Taiti. — Historia. 133

CAPÍTULO XVI.

Archipiélago de Taiti. — Usos, costumbres y producciones. 153

CAPÍTULO XVII.

Continuacion de la Oceania. — Islas Vavitou. — Mangia. — Vaitou. — Taki-Toubonaï, etc. — Travesía de las islas Taiti á las islas Tonga. 163

CAPÍTULO XVIII.

Travesía de Taiti á las islas Tonga. — Islas Hamoa. 173

CAPÍTULO XIX.

Islas Hamoa. — Jeografía é historia. 178

CAPÍTULO XX.

Travesía de las islas Hamoa á las islas Tonga. — Niouha. — Islas Tonga. 181

CAPÍTULO XXI.

Archipiélago de Tonga. — Jeografía. 200

CAPÍTULO XXII.

Archipiélago Tonga. — Historia. 202

CAPÍTULO XXIII.

Islas Tonga. — Costumbres. — Trajes, relijion. 233

CAPÍTULO XXIV.

Archipiélago Viti. 240

CAPÍTULO XXV.

Archipiélago Viti. — Jeografía. 245

CAPÍTULO XXVI.

Archipiélago Viti. — Historia. 249

CAPÍTULO XXVIII.

Nuevas Hébridas. — Jeografía. — Historia. 260

Páginas.

CAPÍTULO XXIX.

Nuevas Hébridas. — Jeografía. — Costumbres. 272

CAPÍTULO XXX.

Tikopia. — Vanikoro. 276

CAPÍTULO XXXI.

Vanikoro. — Historia. — Naufrajio de Lapérouse. 279

CAPÍLULO XXXII.

Vanikoro. — Jeografía. — Costumbres. 289

CAPÍTULO XXXIII.

Isla Nitendi ó Santa Cruz. — Islas Toupoua, Mindana, Duff, Taumako. 292

CAPÍTULO XXXIV.

Islas Salomon. 299

CAPÍTULO XXXV.

Islas Salomon. — Jeografía. 309

Páginas.

CAPÍTULO XXXVI.

Archipiélago Salomon. — Islas de la Matanza. 311

CAPÍTULO XXXVII.

Nueva Irlanda. — Nueva Bretaña é islas adyacentes. 315

CAPÍTULO XXXVIII.

Nueva Guinea. — Luisiada é islas vecinas. 325

CAPÍTULO XXXIX.

Malasia. — Islas Celebes. 348

CAPÍTULO XL.

Malasia. — Islas Molucas. 357

CAPÍTULO XLI.

Malasia. — Isla Timor. 367

CAPÍTULO XLII.

Malasia. — Borneo. 376

FIN DEL ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO SEGUNDO.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

Form 419